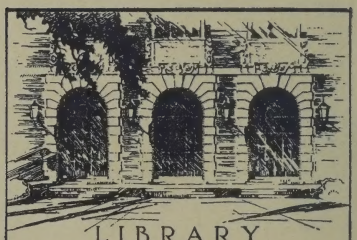
OBRAS DE SAN GREGORIO MAGNO


LIBRARY
OF THE
UNIVERSITY
OF ILLINOIS

281.4
G86
1958

OAK ST. HDSF

The person charging this material is responsible for its return to the library from which it was withdrawn on or before the **Latest Date** stamped below.

Theft, mutilation, and underlining of books are reasons for disciplinary action and may result in dismissal from the University.

UNIVERSITY OF ILLINOIS LIBRARY AT URBANA-CHAMPAIGN

OCT 8 1976

SEP 1 1 1976

DEC 1 1 1994

DEC 2 2 1994

6/16/05

L161—O-1096

OBRAS DE SAN GREGORIO MAGNO

BIBLIOTECA
DE
AUTORES CRISTIANOS
Declarada de interés nacional

ESTA COLECCIÓN SE PUBLICA BAJO LOS AUSPICIOS Y ALTA DIRECCIÓN DE LA PONTIFICIA UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

LA COMISION DE DICHA PONTIFICIA UNIVERSIDAD ENCARGADA DE LA INMEDIATA RELACION CON LA B. A. C., ESTA INTEGRADA EN EL AÑO 1958 POR LOS SEÑORES SIGUIENTES:

PRESIDENTE:

Excmo. y Rvdmo. Sr. Dr. Fr. FRANCISCO BARBADO VIEJO, O. P., *Obispo de Salamanca y Gran Canciller de la Pontificia Universidad.*

VICEPRESIDENTE: Ilmo. Sr. Dr. LORENZO TURRADO, *Rector Magnífico.*

VOCALES: R. P. Dr. Fr. AGAPITO SOBRADILLO, O. F. M. C., *Decano de la Facultad de Teología;* M. I. Sr. Dr. LAMBERTO DE ECHEVERRÍA, *Decano de la Facultad de Derecho;* M. I. Sr. Dr. BERNARDO RINCÓN, *Decano de la Facultad de Filosofía;* R. P. Dr. JOSÉ JIMÉNEZ, C. M. F., *Decano de la Facultad de Humanidades Clásicas;* R. P. Dr. Fr. ALBERTO COLUNGA, O. P., *Catedrático de Sagrada Escritura;* reverendo P. Dr. BERNARDINO LLORCA, S. I., *Catedrático de Historia Eclesiástica.*

SECRETARIO: M. I. Sr. Dr. LUIS SALA BALUST, *Profesor.*

LA EDITORIAL CATOLICA, S. A. APARTADO 466
MADRID · MCMLVIII

OBRAS DE SAN GREGORIO MAGNO

Regla pastoral. Homilías sobre la profecía de Ezequiel. Cuarenta homilías sobre los Evangelios

TRADUCCIÓN CASTELLANA POR

PAULINO GALLARDO

CANÓNIGO DE LA CATEDRAL DE PALENCIA

INTRODUCCIÓN GENERAL, NOTAS E ÍNDICES DE

MELQUIADES ANDRES

RECTOR DEL SEMINARIO TEOLÓGICO HISPANOAMERICANO

BIBLIOTECA DE AUTORES CRISTIANOS

MADRID , MCMLVIII

Nihil obstat: HERMENEGILDO LÓPEZ, Censor.

Imprimatur: † JUAN, Ob. aux. y Vic. gen. Madrid, 21 de febrero de 1958.

Depósito legal: M-286-1958.

INDICE GENERAL

281.4
G86
1958

Págs.

BIBLIOGRAFÍA XI

FECHAS DIGNAS DE SER NOTADAS DURANTE LA VIDA DE SAN GREGORIO XV

INTRODUCCION GENERAL

CAPÍTULO I.—*El hombre y la época* 3

1. Familia.—2. Estudiante y pretor.—3. Monje.—4. La doble formación de Gregorio.—5. Apocrisario en Constantinopla.—6. Papa.

CAPÍTULO II.—«*Servus servorum Dei*» 14

1. Jefe espiritual.—2. Escatología de una ciudad y de una cultura. 3. Renovación del culto.—4. Caridad.—5. Gregorio e Italia: «Patrimonium Petri».—6. Gregorio y España.—7. Acción pastoral en Africa, Galia e Inglaterra.—8. Gregorio y el Oriente. Conclusión.

CAPÍTULO III.—«*Scienter nescius et sapienter indoctus*». *El escritor* 31

1. «Registrum Epistolarum».—2. «Expositio in Librum Iob libri XXXV» *(Moralia)*.—3. «Regula Pastoralis».—4. «XL homiliae in Evangelia».—5. «XXII homiliae in Ezechiel».—6. «Libri IV Dialogorum de vita et miraculis Patrum Italicorum et de aeternitate animarum». 7. Sacramentario y antifonario. Obras apócrifas.

CAPÍTULO IV.—*Valoración de Gregorio Magno* 49

1. Los títulos de «Magno» y «doctor de la Iglesia».—2. Su autoridad entre algunos contemporáneos.—3. «Flores» o «excerpta» de sus obras. 4. Autoridad en la teología medieval.—5. Gregorio y la crítica protestante y racionalista.—6. Gregorio y la teología dogmática, ascética y moral. Gregorio y San Agustín.—7. Gregorio y la formación humanista. Su estilo.—8. Gregorio y la cultura griega.—9. Estudios entre los católicos. Conclusión.

CAPÍTULO V.—*El pensamiento teológico de Gregorio* 69

1. Doctrina sobre Dios.—2. Encarnación e Iglesia.—3. Angelología. 4. Escatología. Altar gregoriano y misas gregorianas.—5. El sistema exegético.—6. Moral.—7. Ascética: fuentes: Sagrada Escritura, San Agustín, Casiano, San Benito. Síntesis doctrinal: Compunción; contemplación: los grados, el acto; vida activa y contemplativa.

CAPÍTULO VI.—*San Gregorio en España* 93

1. Difusión de sus obras en España. Leyenda de la pérdida de los *Morales*.—2. Principales manuscritos.—3. Traducciones y ediciones.

REGLA PASTORAL

Págs.

INTRODUCCIÓN 105

Prólogo 107

PARTE I.—*Con qué cualidades debe llegarse a la prelatura* ... 108

CAPÍTULOS :

1. Que los indoctos no deben atreverse a llegarse a enseñar. 108
2. Que no deben aceptar puesto de régimen quienes no viven lo que aprendieron 109
3. De lo pesado que es regir 110
4. Que la posesión del gobierno por lo común perturba la serenidad de juicio 111
5. De los que sirven para regir, pero lo rehusan por su tranquilidad 112
6. De los que rehuyen regir, por humildad 114
7. De los que lo desean laudablemente y de los forzados a aceptarlo 114
8. De los que apetecen la prelatura, invocando lo del Apóstol 115
9. Que los que lo apetecen, acarician, por lo regular, propósitos engañosos 116
10. Con qué cualidades debe llegarse a la prelatura 117
11. Con qué cualidades no debe llegarse a la prelatura 118

PARTE II.—*De cómo debe vivir el pastor de las almas* 122

CAPÍTULOS :

1. Cómo debe comportarse en el régimen quien ha llegado bien 122
2. Quien rige debe ser limpio en el pensar 122
3. El prelado debe ir siempre delante en el obrar 124
4. El prelado debe ser discreto en el silencio y útil en el hablar 126
5. Que debe compadecerse de cada prójimo y aventajar a todos en la contemplación 128
6. Que debe tratar humildemente con los buenos y mostrar autoridad contra los vicios de los delincuentes 130
7. Que no debe desatender lo interior por lo exterior, ni viceversa 135
8. Que no debe buscar agradar a los hombres, sino para atraerlos a Dios 139
9. Que debe precaverse contra los vicios que aparecen como virtudes 141
10. Que debe ser discreto en la corrección, en el disimulo, en la ira y en la mansedumbre 141
11. Que debe dedicarse con todo empeño a meditar la santa ley 146

Págs.

PARTE III.—*Enseña cómo debe adoctrinar y amonestar a los súbditos el prelado que vive bien* 148

Prólogo 148

Capítulos :

1. De qué modo, habida cuenta de la condición de los oyentes, deba el pastor amonestarlos con provecho 148
2. Cómo a los ricos y cómo a los pobres 150
3. Cómo a los alegres y cómo a los tristes 152
4. Cómo a los súbditos y cómo a los prelados 152
5. Cómo a los criados y cómo a los amos 155
6. Cómo a los sabios de este mundo y cómo a los rudos 155
7. Cómo a los descarados y cómo a los ruborosos 156
8. Cómo a los atrevidos y cómo a los pusilánimes 157
9. Cómo a los impacientes y cómo a los pacientes 158
10. Cómo a los malévolos y cómo a los benévolos 162
11. Cómo a los sencillos y cómo a los dobles 164
12. Cómo a los sanos y cómo a los enfermos 166
13. Cómo se ha de exhortar a los que por temor al castigo viven sin culpa, y cómo a los que ni por temor al castigo se corrigen 170
14. Cómo a los muy silenciosos y cómo a los muy locuaces. 172
15. Cómo a los parsimoniosos y cómo a los precipitados 174
16. Cómo a los mansos y cómo a los iracundos 176
17. Cómo a los humildes y cómo a los soberbios 178
18. Cómo a los pertinaces y cómo a los inconstantes 180
19. Cómo a los dominados por la gula y cómo a los abstinentes 182
20. Cómo a los que dan lo suyo y cómo a los que se apropian lo ajeno 185
21. Cómo a los que ni apetecen lo ajeno ni dan lo suyo y cómo a los que dan lo suyo y, sin embargo, no dejan de apoderarse de lo ajeno 188
22. Cómo a los propensos a la discordia y cómo a los amigos de la paz 191
23. Cómo a los que siembran discordias y cómo a los pacificadores 194
24. Cómo a los que no entienden rectamente la Ley y cómo a los que la entienden rectamente, pero la tratan sin humildad 196
25. Cómo a los que debiendo predicar no lo hacen y cómo a los que lo hacen debiendo no hacerlo 198
26. Cómo se debe exhortar a los que tienen buen éxito en lo temporal y cómo a los que persigue la adversidad 202
27. Cómo a los casados y cómo a los célibes 204
28. Cómo a los experimentados en los pecados de la carne y cómo a los no experimentados 208
29. Cómo a los que lamentan los pecados de obra y cómo a los que lamentan los pecados de pensamiento 211
30. Cómo a los que lloran los pecados cometidos, pero no los dejan, y cómo a los que los dejan, pero no los lloran ... 214

Págs.

CAPÍTULOS :

31. Cómo a los que obran mal y además lo aplauden y cómo a los que motejan el mal, pero no le evitan 216
32. Cómo a los vencidos por una concupiscencia súbita y cómo a los que pecan deliberadamente 217
33. Cómo a los que cometen muchos pecados leves y cómo a los que se guardan de éstos, pero a veces cometen los más graves 220
34. Cómo se debe exhortar a los que ni principian a obrar bien y cómo a los que principian, pero no acaban 221
35. Cómo a los que obran el mal ocultamente y el bien en público y cómo a los que ocultan el bien que hacen, mas por algunos actos dan lugar a que se piense mal de ellos. 224
36. De la exhortación a muchos oyentes para fomentar las virtudes de cada uno sin acrecentar los vicios opuestos. 226
37. De la exhortación a uno solo dominado por pasiones contrarias 227
38. Que alguna vez deben dejarse los vicios más leves para quitar los más graves 228
39. Que a las almas novicias no se les debe predicar cosas altas 229
40. Que se debe predicar con las obras además de con la palabra 230

PARTE IV.—*Trata de que el predicador, después de haber realizado bien todo, vuelva al interior de sí mismo para huir de la propia complacencia* 231

Capítulo único 231

HOMILIAS SOBRE LA PROFECIA DE EZEQUIEL

Introducción 237
Prefacio 239

LIBRO I 240

Homilía 1 240
Homilía 2 (Ez. 1,1-5) 249
Homilía 3 (Ez. 1,6-9) 260
Homilía 4 (Ez. 1,10-12) 269
Homilía 5 (Ez. 1,12-14) 276
Homilía 6 (Ez. 1,15-18) 283
Homilía 7 (Ez. 1,18-23) 295
Homilía 8 (Ez. 1,24-2,1) 309
Homilía 9 (Ez. 2,1-9) 325
Homilía 10 (Ez. 3,1-14) 342
Homilía 11 (Ez. 3,15-21) 362
Homilía 12 (Ez. 3,22-4,3) 376

Págs.

LIBRO II 392

PREFACIO 392

Homilía 1 [13] (Ez. 40,1-4) 392
Homilía 2 [14] (Ez. 40,4-5) 406
Homilía 3 [15] (Ez. 40,6-8) 416
Homilía 4 [16] (Ez. 40-9,12) 430
Homilía 5 [17] (Ez. 40,12-16) 442
Homilía 6 [18] (Ez. 40,17-19) 456
Homilía 7 [19] (Ez. 40,20-26) 470
Homilía 8 [20] (Ez. 40,27-38) 486
Homilía 9 [21] (Ez. 40,39-43) 500
Homilía 10 [22] (Ez. 40,44-49) 517

CUARENTA HOMILIAS SOBRE LOS EVANGELIOS

Prólogo 535

LIBRO I 537

Homilía 1 (Lc. 21,25-33) 537
Homilía 2 (Lc. 18,31-43) 541
Homilía 3 (Mt. 12,46-50) 546
Homilía 4 (Mt. 10,5-10) 549
Homilía 5 (Mt. 4,18-22) 553
Homilía 6 (Mt. 11,2-10) 555
Homilía 7 (Io. 1,19-28) 559
Homilía 8 (Lc. 2,1-14) 564
Homilía 9 (Mt. 25,14-30) 566
Homilía 10 (Mt. 2,1-12) 570
Homilía 11 (Mt. 13,44-52) 575
Homilía 12 (Mt. 25,1-13) 579
Homilía 13 (Lc. 12,35-40) 584
Homilía 14 (Io. 10,11-16) 588
Homilía 15 (Lc. 8,4-15) 592
Homilía 16 (Mt. 4,1-11) 596
Homilía 17 (Lc. 10,1-9) 600
Homilía 18 (Io. 8,46-59) 611
Homilía 19 (Mt. 20,1-16) 616
Homilía 20 (Lc. 3,1-11) 622

LIBRO II 633

Homilía 1 [21] (Mc. 16,1-7) 633
Homilía 2 [22] (Io. 20,1-9) 637
Homilía 3 [23] (Lc. 24,13-35) 645
Homilía 4 [24] (Io. 21,1-14) 647
Homilía 5 [25] (Io. 20,11-18) 652
Homilía 6 [26] (Io. 20,19-31) 660
Homilía 7 [27] (Io. 15,12-16) 668
Homilía 8 [28] (Io. 4,46-53) 674

Págs.

Homilía 9 [29] (Mc. 16,14-20) 677
Homilía 10 [30] (Io. 14,23-31) 683
Homilía 11 [31] (Lc. 13,6-17) 692
Homilía 12 [32] (Mt. 16,24-28) 697
Homilía 13 [33] (Lc. 7,36-50) 703
Homilía 14 [34] (Lc. 15,1-10) 711
Homilía 15 [35] (Lc. 21,9-19) 724
Homilía 16 [36] (Lc. 14,16-24) 731
Homilía 17 [37] (Lc. 14,26-33) 741
Homilía 18 [38] (Mt. 22,1-14) 748
Homilía 19 [39] (Lc. 19,41-47) 760
Homilía 20 [40] (Lc. 16,19-31) 769

ÍNDICE LITÚRGICO 781
ÍNDICE DE NOMBRES 785
ÍNDICE DE MATERIAS 789

B I B L I O G R A F I A

I. Fuentes

San Gregorio Magno: *Opera omnia:* PL 75-79.

San Gregorio Magno: *Registrum Epistolarum*, ed. P. Ewald y L. M. Hartmann: Monum. German. Hist., Epistolae I y II (Berlín 1891-1899).

San Gregorio Magno: *Dialogi* l.4, ed. U. Moricca, Fonti per la Storia d'Italia, IV (Roma 1924).

II. Principales «Vidas» de San Gregorio por orden cronológico

Liber Pontificalis, ed. Duchesne (París 1886) I p.312.

Vita Gregorii, por un monje anónimo de Whitby, escrita c.700, ed. A. Gasquet (1904) [1].

Paulus Diaconus: *Gregorii Magni Vita*, ed. Grisar 1887, escrita c.787 [2].

Ioannes Diaconus: *Vita Gregorii:* PL 75,60-241, escrita c.872.

Acta Sanctorum Martii, 2 (Antuerpiae 1668) p.126.

D. de Sainte-Marthe, *Hist. de Saint Grégoire* (Rouen 1697), reproducida en Migne, PL 75,241-462.

Bianchi Giovini, A.: *Pontef. di Gregorio Magno* (Milano 1844).

Lau, G. J. Th.: *Gregor I der Grosse* (Leipzig 1845).

Baxmann, R.: *Die Politik der Päpste von Gregor bis Gregor VII* (Elberf 1868) p.44ss.

Belmonte, F.: *Gregorio Magno e il suo tempo* (Firenze 1871).

Bohringer, F. e P.: *Die Kirche Christi und ihre Zeugen*, 12.ª (Stuttgart 1879), p.140ss.

Barmby, I.: *Gregory the Great* (London 1879).

Langen, J.: *Geschichte der röm. Kirche von Leo I bis Nikolaus I* (Bonn 1885), p.414ss.

Clausier, T.: *St. Grégoire le Grand pape et docteur de l'Eglise* (Lille et Paris 1887).

Wolfsgrüber, C.: *Gregor der Grosse* (Sanlgan 1890, 1897 [2]).

Walther, W., en «Realenz. für Protest. Theol.», 7 (Leipzig 1899), 78-89.

Grisar H.: *Geschichte Roms und der Päpste in Mittelalter* (Freiburg 1901).

— *S. Greg. Magno*, trad. De Santi (Roma 1904).

Bilguer: *Gregor der Grosse* (Berlín 1904).

Dudden, F. H.: *Gregory the Great* (London 1905) 2 vols.

Tarducci, T.: *Storia di S. Gregorio Magno e del suo tempo* (Roma 1909).

Manitius, M.: *Gesch. der Latein. Liter. des Mittelalters* I (München 1911), 92-106.

Howorth, H. H.: *St. Gregory the Great* (London 1912).

[1] Publicada por A. Gasquet, *A life of pope Gregory the Great* (Westminster 1904). Fué escrita en el primer decenio del siglo VIII o acaso algo antes. Cf. W. Jones, Saints, *Lives and Chronicles in Early England* (Ithaca 1947) p.64.

[2] Publicada por Grisar, H., en «Zeitschrift für Katholische Theologie», 11 (1887) 162-173, y corregida por C. Cipolla en «Boll. Istit. Stor. ital.», 22 (1909) 10ss.; PL 75,41-60. Hago las citas por la edición de Grisar.

STUHLFAT, Walter: *Gregor I der Grosse*, Heidelb. Abh. zur mittl. Gesch. 39 (Heidelb. 1918).
M. SCHANZ: *Geschichte der rom. Litteratur* IV2 (Munchen 1920) 605-623.
GODET, P.: *Grégoire I le Grand:* «Dict. de la Théologie Catholique», 6 (1920), 1776-1781.
P. DE LABRIOLLE: *Histoire de la Litterat. lat. chret.* (Paris 1924), 685-695 (2.ª ed. Labriolle-Bardy, Paris 1947, 804-815).
LE CLERQ, H.: *Grégoire le Grand:* «Dict. d'archéologie chrétien et de liturgie», 6 (1925), 1753-1776.
BATIFFOL, P.: *St. Grégoire le Grand* (Paris 1928).
ERMINI, F.: *Gregorio Magno* (Roma, s. a.), Profili, n.68.
MORICCA, U.: *Storia della Letteratura lat. cristiana* III p.2.ª (Torino 1934), p.1562-1722.
TOSCHI, Paolo: *Gregorio I papa detto Magno:* «Enciclop. Cattol.», 6 (1951) 1112-1126.

III. Otras obras consultadas

ALTANER, B.: *Patrologie. Leben, Schriften und Lehre der Kirchenväter* (Freiburg 1950).
AIGRAIN, René: *Grégoire le Grand, les états barbares et la conquête arabe* (Hist. de l'Eglise de Fliche-Martin) vol.5.
ALVAREZ DE TOLEDO, Alonso: *Los Morales del Papa San Gregorio Magno* (Buenos Aires) 4 vols. Edit. Poblet, 1945. (La introducción es el artículo del P. Avila citado a continuación.)
AVILA, Bruno: *Los Morales de San Gregorio:* «Revista Litúrgica Argentina», 10 (1945) 86-91.
BASABE, Enrique, S. I.: *La conservación de los clásicos. Una imprenta en la Edad Media:* «Helmántica», 3 (1952) p.404-407.
BATTIFOL, P.: *Saint Grégoire le Grand* 2 (Paris 1928).
BAUER, L.: *De Christo Vivificatore Sancti Gregorii Magni doctrina Dissertatio Seminarii S. Mariae ad Lacum* (Mundelein 1938).
BECK G. J., Henry: *The Pastoral Care of Souls in Soth-East France, during the Sixth Century* (1950) en 8.º, p.LXXII + 415, 1.800 liras (Roma, Univ. Gregoriana, vol.51 de «Analecta Gregoriana»).
BOROS, A.: *Doctrina de haereticis ad mentem S. Gregorii Magni Dissertatio Gregoriana* (Roma 1935).
BOUCAUD, C.: *Saint Grégoire le Grand et la notion chrétienne de la richesse* (Paris 1912).
BRECHTER, S.: *Die Quellen zur Angelsachsenmission Gregors des Grossen:* «Beiträge zur Geschichte des alten Mönchtums und des Benediktinerordens», 22 (Münster 1941).
BUTLER, C.: *Western Mysticism. The teaching of SS. Augustine, Gregory and Bernard on Contemplation and the contemplative Life* (London 1922).
CARLUCCIO, G.: *The seven steps to spiritual perfection according to St. Gregory the Great*, Universitatis Cathol. Ottaviensis Dissertationes. Series theologica, 3 (Ottawa 1949).
CARMÉ, M.: *La théologie de S. Grégoire I*, Dissertatio (noticia sobre su defensa: «Bulletin de litterature ecclésiastique», Paris 1908, 205-10).
CARTON DE WIART, E.: *Une âme de chef: Saint Grégoire le Grand:* VS 11,21 (1929) supl. (45)-(54).
CASEL, O.: *Benedikt von Nursia als Pneumatiker:* Heilige Uberlieferung (Münster 1938) 97 ss.
CASPAR, E.: *Geschichte des Papstums von den Anfängen bis zur Höhe der Weltherrschaft* 1-2 (Tübingen 1933).

DAVIS, Henry, S. I.: *St. Gregory the Great Pastoral Care* (Ancient Christian Writers, vol.11) Westminster Maryland, The Newman Press, 1950, 218 pp.

DEKKERS, E.: *Clavis Patrum Latinorum:* «Sacris Erudiri», 3 (1951).

DUNN, Sister M. B.: *The style of the letters of St. Gregory the Great* (C. U. A., Patrist. Stud., vol.32, Wáshington 1897).

EIDENSCHINK, J. A.: *The election of Bishop in the letters of Gregory the Great with an appendix of the pallium* (The Cath. U. of America. Canon Law Studies, Wáshington, D. C., 1945).

EISENHOFER, L.: *Augustinus in den Evangelien Homilien Gregors des Grossen:* Festgabe A. Knöpfler gewidmet (Freiburg 1917), 56-66.

FARKAS, G.: *Typische Formen der Contemplation bei Gregor dem Grossen.* Dissertatio Gregoriana (Maschinenschrift) (Roma 1948).

GARCÍA COLOMBÁS, SANSEGUNDO-CUNILL, O. S. B.: *San Benito. Su vida y su Regla:* BAC 115 (Madrid 1954).

GEWAERT, I. A.: *Les origines du chant liturgique* (Gand 1890).

GILLET, R.-DE GAUDEMARIS, A.: *Grégoire le Grand, Morales sur Job:* «Sources chrétiennes», 32 (París 1952); abgek. Gillet, Mor sur Job.

HARNACK A., von: *Lehrbuch des Dogmengeschichte* 1-3,5 (Tübingen 1932).

HAUBER, Sister R. M.: *The latin late vocabulary of the Moralia of St. Gregory the Great* (C. U. A., Stud. in med. and renais. latin, vol.7, Wáshington 1938).

HEDLEY, J. C.: *Lex levitarum. La formation sacerdotale d'après saint Grégoire le Grand* (Maredsous 1922).

KINNIREY, Sister A. J.: *The late latin vocabulary of the Dialogues of St. Gregory the Great* (C. U. A., Stud. in med. and renais. latin, vol.4, Wáshington 1935).

KURZ, L.: *Gregors des Grossen Lehre von den Engeln.* Dissertatio Gregoriana (Roma 1938).

LEBBE, B.: *L'esprit du gouvernement des âmes d'après saint Grégoire le Grand:* «Rev. Liturg. Monastique», 14 (1929) 127-38.

LECLERCQ, J.: *Grégoire le Grand:* «Dict. d'Arch. Cath. et Lit.» 6 (1925) c.1753-76.

— *Contemplation et vie contemplative du VI au XII siècle. 2. L'apport de saint Grégoire* († 604): «Dict. de Spir.», 2 (1953) c.1933.

LIEBLANG, F.: *Grundfragen der mystischen Theologie nach Gregors des Grossen Moralia und Ezechielhomilien:* «Freiburger Theologische Studien», 37 (Freiburg 1934); abgek.: Grundfragen.

MADOZ, José, S. I.: *Traducciones españolas de Santos Padres:* «Rev. Esp. de Teología», 11 (1951) 437-472.

MANITIUS, M.: *Geschichte der lateinischen Literatur des Mittelalters* 1-3 (München 1911-31).

MANSELLI, Raoul: *L'escatologismo di Gregorio Magno.* Atti del 1.° Congreso internaz. di studi longobardi (Spoleto 1952) 383-87.

MARÍN, E. M.: *San Gregorio I, papa della carità* (Roma 1951).

MARROU, H.: *Saint Grégoire le Grand:* «Vie Spirituelle», 69 (1943) 442-455.

MARTIC, V. ST.: *De genere dicendi S. Gregorii Magni papae in 40 homiliis in Evangelia.* Dissertatio Freiburg-Schweiz (Mostar 1934).

MENAGER, A.: *La contemplation d'après Saint Grégoire le Grand:* «Vie Spirituelle», 5,9 (1923) 242-82.

— *Les divers sens du mot «contemplation» chez saint Grégoire le Grand:* «Vie Spirituelle», 21, 59 (1939) supl. (145)-(169); 21,60 (1939) supl. (319)-(56).

MERCATI, A.: *L'autore della Expositio in septem psalmos poenitentiales fra le opere di S. Greg. Magno:* «Revue Bénédictine», 31 (1914) 250-257.

MORIN, G.: *Les véritables origines du chant grégor.* (Rome-Tournai 1904)

NUGENT, VINCENT J., C. M.: *The concept of charity in the writings of St. Gregory the Great* (Studies in Sacred Theology, 59, Wáshington, The Catholic University of America [microcard] 1951).

O'DONNELL, J., FR.: *The vocabulary of the letters of St. Gregory the Creat* (C. U. A., Stud. in med. and renais. latin, II, Wáshington 1934).

PFEILSCHIFTER, G.: *Die authentische Ausgabe der 40 Evangelienhomilien Gregors des Grossen.* Ein erster Beitrag zur Geschichte ihrer Uberlieferung: «Veröffentlichungen aus dem kirchenhistor. Seminar München» (München 1900).

PORCEL, O.: *La doctrina monástica de San Gregorio Magno y la «Regula monachorum»* (Madrid 1950).

REGAMEY, P.: *La «componction du coeur»: 4. Saint Grégoire le Grand et Saint Isidore de Séville:* «Vie Spirituelle» 17,45 (1935) supl. (65)-(84).

RUSH, Alfred C.: *An Echo of Christian Antiquity in St. Gregory the Great:* Death in Struggle with the Devil.: «Traditio», 3 (1945) 369-379.

SALMON, P.: *Le texte de Job utilisé par S. Grégoire dans la Moralia:* Miscelania Miller = «Stud. Anselm.», 27-28 (Roma 1951) 187-94.

SCHNEIDER, F.: *Rom und Romgedanke im Mittelalter. Die geistigen Grundlagen der Renaissance* (München 1926).

SCHULZE, P.: *Die Entwicklung der Hauptlaster- und Haupttugendlehre von Gregor des Grossen bis Petrus Lombardus und ihr Einfluss auf die deutsche Literatur.* Dissertatio Greisswald (Greisswald 1914).

SCHWANE, J.: *Dogmengeschichte der patristischen Zeit* 1-4,2 (Freiburg 1895).

SCHWANK, H.: *Gregor der Grosse als Prediger.* Dissertatio Berlin (Hannover 1934).

SEGOVIA, Augusto, S. I.: *Espiritualidad Patrística* (Madrid-Cádiz 1944).

SPÖRL, J.: *Gregor der Grosse und die Antike: Christliche Verwirklichung, Romano Guardini zum 50.* Geburtstag dargebracht (Rothensels 1935) 198-211.

TIXERONT, J.: *Histoire des dogmes dans l'antiquité chrétienne* 1-3,6 (París 1922).

VOSS, Jacobus: *De fundamentis Actionis Catholicae ad mentem Sancti Gregorii Magni* (Mundelein, Illinois, 1943).

WALTHER, W.: *Gregor I:* «Realenzyklopädie für protestantische Theologie und Kirche», 7 (1899) 78-89.

WASSELYNCK, René: *Les Moralia in Job de Saint Grégoire le Grand et leur influence sur la morale du Haut Moyen Age latin* (1952) p.151. (Es una tesis presentada en la Universidad C. de Lille, pero no ha sido todavía publicada. De ella puede leerse un resumen en «Mélang. Scien. Relig.», 9 [1952] p.297.)

WEBER, L.: *Hauptfragen der Moraltheologie Gregors des Grossen. Ein Bild altchristlicher Lebensführung:* «Paradosis», 1 (Freiburg 1947).

WESTHOFF, F.: *Die Lehre Gregors des Grossen über die Gaben des Heiligen Geistes.* Dissertatio Gregoriana (Hiltrup 1940).

ZIEGLER, Adolf W.: *Die 35 Evangelien-Homilie Gregors d. G.:* «Münch. Theol. Zeitsch.», 1 (1950) 2,35-44.

FECHAS DIGNAS DE SER NOTADAS

DURANTE LA VIDA DE SAN GREGORIO

505-553 = Guerra entre griegos y godos en Italia.
Hacia 540 = Nace San Gregorio Magno.
541 = Flavio Basilio Junior, cónsul. Fin de la cronología consular.
542 = Los bizantinos, derrotados en Faenza y Florencia.
543 = Edicto sobre los Tres Capítulos.
546 = Totila entra vencedor en Roma. Se apodera de Córcega, Cerdeña, Sicilia; ataca las costas de Grecia y del Epiro.
547 = Belisario reconquista Roma. Los esclavos devastan el Ilírico.
549 = Agila, rey de los visigodos.
552 = Muerte de Totila en la batalla de Tagina.
553 = Concilio de Santa Sofía (V concilio ecuménico).
554 = Muerte de Agila. Atanagildo cede la Bética a Justiniano.
555 = Muerte del papa Vigilio.
558 = Clotario, rey de los francos.
562 = San Columbano inicia la evangelización de los pictos. Paz con Cosroes.
563 = Consagración de Santa Sofía en Constantinopla.
565 = Justino II sucede a Justiniano. Justino asume la dignidad consular.
567 = Aniquilamiento del reino gépido por los longobardos. Leovigildo sucede a Atanagildo.
568 = Campaña de los longobardos en Italia; ocupan Italia del Norte.
569 = Leovigildo conquista León y Zamora a los suevos.
570-636 = Vida de Isidoro de Sevilla.
Hacia 570 = Nacimiento de Mahoma.
572 = Leovigildo toma Córdoba a los bizantinos. Justino II persigue a los monofisitas.
573 = Desaparición del reino lombardo. Levantamiento contra Leovigildo.
575 = Cheldeberto II, rey de Austrasia. Benedicto I, papa.
579 = Hermenegildo se levanta contra Leovigildo. Pelagio II, papa.
580 = Coloquio de Toledo entre católicos y arrianos.
582-602 = Reino de Mauricio.
583 = Derrota y muerte de Hermenegildo.
584 = Creación de los exarcados de Ravena y Cartago. Fundación del reino longobardo por Autari (hasta 774).
587 = Concilio de Constantinopla. Juan el Ayunador lo preside y suscribe con el título de patriarca «ecuménico».
587 = Conversión de Recaredo. Muerte de Santa Radegunda.
589 = Tercer concilio de Toledo; conversión de los visigodos.
590 = Muere Autari, primer rey de los longobardos. Crónica de Juan de Biclara. Elección de Gregorio Magno, papa. Agilulfo, rey de los lombardos.
591 = Cheldeberto II hace la paz con Agilulfo.

Hacia 593 = Agilulfo toma Perusa y sitia a Roma; intervención de Gregorio Magno.
595 = Querella entre San Gregorio y Mauricio a propósito del título de patriarca «ecuménico» del patriarca de Constantinopla.
596 = Gregorio Magno envía a Agustín a evangelizar la Gran Bretaña.
597 = Conversión de Etelberto, rey de Kent. Ruptura entre Roma y Constantinopla.
598-601 = Armisticio entre lombardos y bizantinos.
601 = Muerte de Recaredo. Agustín, primado de Inglaterra.
602 = Los lombardos ocupan Padua. Sublevación de Focas. Muerte de Mauricio.
603 = Los lombardos ocupan Cremona y Mantua. Cosroes declara la guerra a Bizancio.
604 = Muerte de San Gregorio Magno.

INTRODUCCION GENERAL

CAPITULO I

El hombre y la época

1. *Familia.*—2. *Estudiante y pretor.*—3. *Monje.*—4. *La doble formación de Gregorio.*—5. *Apocrisario en Constantinopla.*—6. *Papa.*

Gregorio Magno vivió un período de profundas convulsiones religiosas y políticas. Ocupa a fines del siglo VI el mismo puesto preponderante que Casiodoro medio siglo antes. Con una diferencia importante: Casiodoro representa en sus obras el momento de transición entre dos mundos y dos civilizaciones, es el último esfuerzo de la romanidad, que recoge sus fuerzas para alargárselas a los godos. Con San Gregorio la crisis está superada. Los bárbaros son dueños del círculo de la antigua cultura.

Durante su niñez asistió a la entrada de Totila en Roma (17 de diciembre de 546), a la cautividad de los romanos en la Campania, a la destrucción y reconstrucción de los muros de la Urbe por los soldados de Totila y de Belisario, respectivamente; a los repetidos asaltos de los godos en 549, y a los últimos juegos circenses en el circo Máximo, real liberalidad y obsequio a los romanos del rey godo Totila al tiempo de despedirse [1]. Gregorio conserva un recuerdo vivísimo del último asedio [2].

Nacido en una familia de la nobleza romana, vive de niño los momentos más bajos en la curva de la caída de Roma y los primeros de una nueva época ascendente. Así puede muy bien ser considerado como el último romano con el que se cierra el período de los grandes Padres y literatos de la Iglesia en Occidente, o como el primer hombre medieval que supo concretar en sus obras el espíritu de una nueva edad que se había de alimentar de su moral, ascética y mística hasta San Bernardo, Santo Tomás y Santa Teresa. En su tiempo se verifica de modo transcendental ese cambio. Se cierra el período de la Edad Antigua y triunfa definitivamente una nueva concepción de la vida, pujante ya desde hacía muchos años. En sus escritos aparecen claramente yuxtapuestos, por una parte, el sentido de ocaso de la Edad Antigua y, por otra, un espíritu de empresa lleno de esperanza procedente del Evangelio. Precisamente

[1] F. GREGOROVIUS, *Storia de la città di Roma nell medievo* (Roma 1912, 3.ª ed.) p.209-317. Las biografías de San Gregorio véanse en la sección correspondiente de la bibliografía.

[2] *Diálogos* l.3 c.11: PL 77,237.

en 541, por los años de su nacimiento, termina la cronología consular, que liquida definitivamente una institución básica en la historia de Roma.

Si quisiéramos concretar este cambio en la vida de Gregorio, diríamos que recibió en herencia una fe limpia y un magnífico palacio, junto con muchos bienes. Con éstos construyó monasterios; de su palacio hizo un cenobio, y de sí, un monje. El monasterio había de correr parejas con el de Montecasino, y él había de concretar en sus escritos la ascética monacal benedictina.

Las obras de Gregorio abundan en notas biográficas del máximo interés, particularmente su epistolario. Con ellas podríamos formar una interesante y original autobiografía y penetrar en las últimas raíces de su modo peculiar de ser y escribir. Caracterizan a nuestro biografiado cierta tonalidad melancólica, que se respira en las homilías; una aversión peculiar hacia las cosas de la tierra, y un suspirar enardecido por la herencia de la gloria. Gregorio fué un alma mística encerrada en un cuerpo enfermo. En sus obras abundan las alusiones a sus dolores de estómago. Hombre de dolores, vivió en tiempo de dolor social intensamente desgarrador. Así se explica su talante deprimido y un tanto pesimista ante las cosas y las personas.

Aún no se ha precisado con exactitud la fecha de nacimiento. La colocan todos alrededor de 540 [3]. Del asalto y defensa de Roma —Totila, Belisario—en 549 conserva recuerdo en los *Diálogos*. Para entonces se daría cuenta de las cosas. Sus padres, el senador Gordiano, «de primis senatoribus», dice Gregorio de Tours [4], y la noble Silvia, pertenecen a la nobleza romana, emparentada con los Anicios. El palacio familiar se asienta en las estribaciones del monte Celio, en medio de un mundo lleno de monumentos de la Roma del Imperio y de la primitiva Roma cristiana. Todavía podemos hoy admirar algunos restos del antiguo palacio de Gordiano en los subterráneos que circundan la actual iglesia y monasterio de San Gregorio, entre ellos la llamada fuente del Santo, «fons mirabilis, immo saluberrimus», según expresión de Juan Diácono [5]. Desde su casa podía Gregorio adivinar la mole gigantesca de los palacios del Palatino, los arcos del circo Máximo y del anfiteatro Flavio, las largas arcadas de los acueductos romanos y el peregrinar de las gentes más extrañas por las vías Apia y Ostiense, tocadas ya de la tristeza de las primeras ruinas. Muchas veces se perdió jugando entre las ruinas de antiguos palacios sucesivamente despojados y ocupados por las tropas godas y bizantinas.

La familia de Gregorio era hondamente cristiana. Entre sus antepasados se encuentra el papa Félix III (483-492). La Iglesia

[3] WALTER STUHLFATH, *Gregor der Grosse, Sein Leben bis zu seinen Wahl zum Papst* (Heidelberg 1913) p.7, pone la fecha de nacimiento entre 537-548. Véase también U. MORICCA, *Storia della letteratura lat. cristiana* (Torino 1934 III p.1568.

[4] GREGORIUS TURONENSIS, *Historia Francorum* X 1: Mon. Germ. Hist., Scriptores rerum merov., I p.1.ª (Hannover 1884) p.406.

[5] IOAN. DIACONUS, *Vita Gregorii* IV 97: PL 75,239.

venera en los altares a varios miembros de la familia. Su padre se dedicó al fin de la vida al servicio de la Iglesia como regionario. Su madre pasó sus últimos años en absoluto retiro en el Aventino. Sus tías Társila y Emiliana consagraron a Dios su virginidad. Papa ya, se complace en contar a los fieles en sus homilías los ejemplos de sus santas tías vírgenes [6]. Ambas y sus padres figuran en el catálogo de los santos.

2. Estudiante y pretor

La guerra entre godos y bizantinos asoló Italia, según las vivas descripciones de Procopio en su historia [7]. Las escuelas habían decaído del esplendor que lograron siglo y medio antes con Marciano Capella y casi aquellos mismos días con Casiodoro. Justiniano había impulsado eficazmente los estudios de Derecho, base necesaria para crear la unidad religiosa, política y territorial del Imperio. Eran los estudios en menor decadencia y los que mejor cuadraban con la tradición de una familia «de spectabili senatorum prosapia». Cursó, pues, la carrera jurídica. Talento privilegiado y voluntad férrea en la lógica y orden inflexible del Derecho romano, encontró su alma robusta y severa una magnífica preparación para sus futuras e insoñadas actividades. Gregorio de Tours—en su *Historia Francorum*—afirma que su formación fué esmeradísima [8]. Su actuación futura revela una formación literaria menos brillante al lado de sólida preparación jurídica. Su estilo es elegante, flúido y musical, pero alejado en gran manera de la pureza clásica. Aún se formó en la línea tradicional dirigida a realizar el tipo ideal de orador, pero un tanto de espaldas al tratado *De oratore*, de Cicerón, y a las *Institutiones*, de Quintiliano. La tradición de la formación literaria bilingüe grecolatina se ha roto en su tiempo completamente. A pesar de que la administración era en gran parte bizantina y de su larga estancia en Constantinopla, Gregorio no llegó a aprender perfectamente la lengua griega [9].

El Santo nada nos cuenta sobre este período de su vida, salvo una ligera alusión epistolar a sus malas inclinaciones, que trataba siempre de destruir con la máxima diligencia [10]. El medio intelectual y espiritual en que se desenvuelve es el de la Roma contemporánea, en profunda crisis política e intelectual y en hondo renacer religioso.

---

[6] *Hom. in Evang.* II hom.38: PL 76,1291-1292.

[7] *De bello gothico* (ed. Comparetti, Fonti per la Storia d'Italia) I 1 p.4ss.

[8] Gregorius Turonensis, o.c., X 1: MGH, Script. rerum merov., I 407.

[9] Ewald-Hartmann, *Gregorii Papae I Registrum Epistolarum* (Berlín 1881-1889) 2 vols. (MGH, Series epistolarum, vols.1-2); I 476: «quamvis linguae graecae nescius»; II 258; II 330: «nam nos nec graece novimus, nec aliquod opus aliquando graece concripsimus».

[10] Ewald-Hartmann, *Reg. Epist.* I 469: «Ego quidem semper malis moribus fuisse recolo ac eosdem in me mores, si possum vincere ac delere, summopere festino».

El fin de carrera le llevó de la mano a los cargos administrativos públicos. Hacia 572 obtuvo uno de los más altos puestos de gobierno de la Urbe: la pretura (acaso prefectura) [11]. Son los comienzos del gobierno de los exarcas bizantinos en Ravena. Gregorio vivió con intensidad la tragedia desgarradora de Italia, arrasada por las invasiones de los lombardos, y la desolación de Roma en ruinas. Aún hoy impresionan los textos de Pablo Diácono y de otros historiadores recogidos en *Monumenta Germaniae Historica*.

El Capitolio y el Palatino elevaban al aire el esplendor maravilloso de sus columnas rotas y de sus muros en ruinas. «Sólo se ve duelo y se escuchan lamentos. Villas destruídas, fortificaciones arrasadas, campiñas despobladas, la tierra reducida a desierto. Apenas queda un hombre en los campos y en las villas... Unos han sido llevados cautivos; otros, decapitados... La que parecía maestra del mundo vemos a qué extremo ha llegado» [12]. Apenas podemos formarnos idea de la impresión que producirían aquellas ruinas en el ánimo de los romanos conscientes de su pasada grandeza. Para colmo de males, los lombardos avanzaban terribles por la península italiana, y detrás seguían los eslavos. Gregorio es uno de los pocos escritores romanos que dan noticias de las invasiones eslavas [13]. No había seguridad en ninguna parte. Los monjes tenían que abandonar los monasterios ante la crueldad de los invasores.

Arrianos como los godos y mezclados con los germanos y sármatas, los lombardos no estaban preparados para recibir la cultura antigua. El siglo y medio que tardaron en civilizarse fué uno de los períodos más terribles de la historia de Italia [14]. A su llegada a Italia pervivía aún la forma romana en las ciudades italianas. Pero cuando pasaban los lombardos con sus ejércitos desaparecían hasta los últimos vestigios de la constitución romana del municipio. Italia era incapaz de resistir militarmente. Había que pensar en las armas del espíritu. Sin muros de contención, con un espíritu nuevo que se adelantaba a aquella edad de transición, los monasterios de los hijos de San Benito, sembrados aisladamente por Europa, habían de ganar la batalla de la cultura y la religión a los pueblos bárbaros. Gregorio se complace en el libro segundo de los *Diálogos* en narrar el encuentro de San Benito con Totila y la victoria del patriarca de los monjes de Occidente. Arrastrados por las invasiones, llegaron un día a Roma los monjes Constancio y Simplicio, procedentes de Montecasino. Ambos pertenecen a la generación

---

[11] Io. Diaconus, *Vita Gregorii* I 4: PL 75,43; Ewald-Hartmann, o.c., II 354.

[12] *Hom. in Ez.* II hom.6: PL 76,1009.

[13] Ewald-Hartmann, o.c., II 249.

[14] *Diálogos* III c.38: PL 77,316: «Mox effera longobardorum gens de vagina suae habitationis educta in nostram cervicem grassata est atque humanum genus quod in hac terra prae nimia multitudine quasi spissae segetis mole surrexerat, succisum aruit. Nam depopulatae urbes, eversa castra, concrematae ecclesiae, destructa sunt monasteria virorum ac foeminarum, atque ab omni cultore destituta, in solitudine vacat terra... Nam in hac terra in qua nos vivimus, finem suum mundus iam non nuntiat, sed ostendit».

inmediatamente posterior a San Benito. Así tuvo lugar el primer contacto de Gregorio con la Orden Benedictina. Gregorio entrevió la transcendencia de la obra de aquellos esforzados atletas y el peligro que la observancia y aun su misma vida cristiana corrían viviendo sin domicilio y en contacto con las costumbres de los bárbaros. Esta preocupación, que había de ser una de las principales de su pontificado, sobre todo en sus primeros años, le movió entonces a edificar para ellos seis monasterios en Sicilia. La historia tiene que agradecerles un santo, un papa, un doctor de la Iglesia, el maestro espiritual de la Orden, el discípulo más auténtico de San Benito y uno de los ascetas más importantes de la historia de la espiritualidad.

Dios hizo que aquellos monjes se cruzasen con Gregorio en el momento psicológico preciso. Lleno de juventud, abierto al más risueño porvenir, Gregorio no encontraba satisfacción interior en los quehaceres temporales. Y comenzó a resonar en su alma la llamada a la vida contemplativa. El mundo se le presentaba como una apariencia. El más allá, como realidad única. La condición desgraciada de aquellos días, llenos de inseguridad, y una cristianización más honda de la vida, invitaba a la reflexión. Italia se encontraba estremecida por la tragedia de tantas crueldades y por los ejemplos de los santos monjes del Oriente. Un movimiento ascético profundo interesó las clases más elevadas de la sociedad romana y del clero. Los monasterios se multiplicaban [15]. ¡Cuántas veces al salir de su casa y rozar los muros de la iglesia de los Santos Juan y Pablo, fundada por el senador Panmaquio, surgió en su corazón el deseo de imitarle! Pero no se decidía a dar el paso. «Yo diferí largo tiempo la gracia de la conversión, es decir, de la profesión religiosa, y, aun después que sentí la inspiración de un deseo celeste, yo creía mejor conservar el hábito secular. En este tiempo se me manifestaba en el amor a la eternidad lo que yo debía buscar, pero las obligaciones contraídas me encadenaban y no me resolvía cambiar de manera de vivir. Y cuando mi espíritu me llevaba, ya a no servir al mundo sino en apariencia, comenzaron a agrandarse poco a poco, contra mi bien, muchos cuidados nacidos de mi solicitud por el mundo, hasta el punto de retenerme no sólo por defuera y en apariencia, sino, lo que es más grave, por mi espíritu» [16].

La lucha fué desgarradora, según esta interesantísima carta a San Leandro en el prólogo de los *Morales*. ¡Cuánto interés humano encierra esta lucha patética entre servir a Dios en el claustro o en las estructuras terrenas de la *civitas* humana! Al fin un día cambió el vestido de púrpura del gobernante—la noticia es de Gregorio de Tours [17]—por el humilde saco del monje. Colocó las reliquias

---

15 *Liber Pontificalis* (ed. L. Duchesne, Paris 1886) I 312; RENÉ AIGRAIN *Grégoire le Grand, les Etats barbares et la conquête arabe:* Hist. de l'Eglise de A. Fliche et V. Martin, v.505.

16 *Moral.*, carta dedicatoria: PL 75,509ss.

17 GREGOR. TURON., o.c., X 1: MGH, Script. rer. mer., I 407.

de los mártires en su palacio del *Clivus Scauri*, que de este modo quedó convertido en monasterio con el título de San Andrés. Allí comenzó su vida monacal. Había sido pretor durante unos tres años. De su actuación civil sacó el sentido de la disciplina y de la necesidad del orden, que recomendará insistentemente a los dignatarios civiles y eclesiásticos durante su pontificado.

Hemos querido detenernos largamente en este paso de la vida de Gregorio como elemento necesario para comprender su futura obra de gobierno y, sobre todo, su obra literaria y ascética. Formado en el Derecho, enamorado de su quehacer concreto de gobierno en la ciudad terrena, sólo después de lucha largamente diferida dejó el mundo, inspirado por un deseo celeste. Estas son las coordenadas de la vida y actuación de Gregorio. La crítica racionalista finisecular y de principios del siglo XX no ha acertado a enjuiciar con precisión esta bella y gigante figura de la Iglesia por no haberlas comprendido en su sencilla y difícil complejidad.

3. Gregorio, monje

Olegario García Porcell, O. S. B., ha escrito una magnífica tesis sobre la doctrina monástica de San Gregorio y la *Regula monacorum* benedictina [18]. Gregorio se refugió en la nueva fundación monástica del palacio Gordiano, que pronto había de hacerse célebre entre los monasterios romanos. La vida monacal se llamaba servicio de Dios, y el monasterio, escuela del servicio del Señor [19]. Al llegar al Pontificado, Gregorio había de recordar el título *servus Dei* y unirlo definitivamente al Papado.

Tres fines buscó Gregorio en la vida del claustro: separarse del mundo [20], mortificar su carne [21] y, finalmente, la alegría de la contemplación. «Me esforzaba—dice en su epistolario—en ver espiritualmente los supremos gozos, y, anhelando la vista de Dios, decía no sólo con mis palabras, sino con la medula de mi corazón: *Tibi dixit cor meum: quaesivi vultum tuum, vultum tuum, Domine, requiram*» [22]. Porcell describe detenidamente la vida en común de San Andrés, dirigida por el abad en la más estricta observancia de la pobreza, del ayuno, de la permanencia en el monasterio, del estudio y de la oración. En el estudio de la Biblia buscaba el monje menos la erudición que la contemplación. «Vivía juntamente conmigo en el monasterio un monje llamado Antonio, que anhelaba cada día con muchas lágrimas los gozos de la patria celestial y, estudiando con diligencia y fervor espiritual la palabra divina, no

18 Porcell, O. S. B., *La doctrina monástica de San Gregorio Magno y la «Regula Monachorum»*: The Cath. Univ. of America (Wáshington 1951) 227 págs.

19 *Sti. Benedicti Regula* pról. 45; *Moral.* XXXII 21; PL 76,660-661; Ewald-Hartmann, *Regist. Epist.* I 365.

20 Ewald-Hartmann, o.c., I 5.

21 Ibid., I 8.

22 Ibid., I 5-6.

buscaba en ella la ciencia profana, sino el llanto y la compunción de corazón, de modo que inflamaba su alma con su lectura, pudiendo abandonar las cosas inferiores y elevarse por la contemplación a las cosas celestiales» [23].

Gregorio siguió esta línea en sus homilías y en su comentario a Job. La compunción de corazón y la contemplación divina son los hilos conductores de su ascética. No en vano se le llama «doctor de la compunción y de la contemplación». Por otra parte, Gregorio había sentido desde su juventud especial inclinación al estudio de la Sagrada Escritura, junto con el diácono Pedro, a quien llama íntimo en la amistad y compañero en el estudio de la Sagrada Biblia *(amicitiis familiariter obstrictus atque ad sacri verbi indagationem socius)* [24]. Buscando modelos, estudió más detenidamente en su retiro los altos ejemplos de los monjes de Italia, que había de ofrecernos en los cuatro libros de los *Diálogos*. Así penetra en la Iglesia el alto ejemplo de los monjes de Occidente al lado de sus hermanos del Oriente.

En el ambiente monástico, Gregorio se entregó con plenitud a la vida de oración y penitencia. Su alimento consistió en verduras crudas, que su madre le enviaba diariamente [25]. Entonces debió de comenzar a resentirse su salud y contrajo una fuerte molestia de estómago y de vientre, a la que hay frecuentes alusiones en sus obras [26]. Allí se hizo hombre de oración. En las homilías sobre Ezequiel nos dice que durante su estancia en el monasterio podía mantenerse casi continuamente en oración [27]. En estos años se forjó su espiritualidad monacal. Sus fórmulas alimentaron a los monjes y eclesiásticos durante muchos siglos.

4. La doble formación de Gregorio

Con la primera estancia en San Andrés queda cerrado el ciclo de formación humana y sobrenatural de Gregorio. Tuvo que formarse en tiempos difíciles y tristes. Abandonada Roma por el emperador, sojuzgada su patria por godos y lombardos, asistió durante su juventud a la destrucción sistemática del mundo latino. Romano de nacimiento y temperamento, de la antigua familia de los Anicios, con larga hoja de servicios a la patria en su familia, llevaba en su carne impresos aquellos versos virgilianos que como expresión racial no habían perdido su vigencia:

> Excudent alii spirantia mollius aera
> credo equidem vivos ducent de marmore vultus,
> orabunt causas melius coelique meatus

[23] *Diálogos* IV 47: PL 77,149.
[24] *Diálogos* I praef.: PL 77,149.
[25] Io. Diac., *Vita Gregorii* I 9: PL 75,66.
[26] Ewald-Hartmann, o.c., I 538; II 249; *Hom. in Evang.* II hom.22,1: PL 76,1174.
[27] *Hom. in Ez.* I hom.11: PL 76,908.

describent radio et surgentia sidera dicent:
tu regere imperio populos, romane, memento.
Hae tibi erunt artes, pacisque imponere morem,
parcere subiectis et debellare superbos [28].

El derecho aplicado al gobierno, encarnado en plena juventud en un alto cargo administrativo, constituye su primera escuela; en el afán de servicio halló la justificación de su entrada tardía en el monasterio. Allí se encontró con los monjes de San Benito. Los monjes no trataban de hacer una teoría, sino de vivir una vida. No trataban de investigar la virtud, sino de practicarla. Seguían el ejemplo del santo patriarca, que no enseñaba otra cosa que la que vivía: «sanctus vir nullo modo potuit aliter docere quam vixit» [29]. El monje sólo trataba de vivir en Cristo, «de volver por el trabajo de la obediencia a Aquel de quien se había apartado por la desidia de la desobediencia» [30]. Esa orientación a la praxis y hacia Dios penetrará completamente las obras de Gregorio.

Las obras de San Gregorio, impregnadas de espiritualidad y de sentido bíblico, se distinguen también por su ausencia de literatura profana. Gramática se llamaba hasta el Renacimiento a los estudios de humanidades clásicas; más en concreto, a los de literatura profana. Se ha repetido sin cesar que, para San Gregorio, la gramática y la literatura son bagatelas *(nugae, blasphemae nefandorum laudes)*, que no dicen bien a un obispo, ni siquiera a un laico verdaderamente religioso [31]. Su estancia en Bizancio no le animó a estudiar a fondo el griego, aun teniendo que lamentar la necesidad de intérpretes, difícilmente exactos. Su latín es el de la buena sociedad romana de su tiempo. No tiene el aire rústico de su homónimo Gregorio de Tours, pero carece de la limpieza clásica de San Ambrosio. En la carta dedicatoria y prefacio de los *Morales* declara abiertamente a su íntimo amigo Leandro de Sevilla que no trata de evitar metacismos y barbarismos ni de dar a los nombres el sitio y caso exigidos por cada preposición, porque juzga indigno el sujetar la palabra de Dios a las leyes de la gramática de Donato [32].

El menosprecio de las humanidades es propio de los grandes movimientos de reforma. Basta recordar la escuela reformada de los franciscanos españoles de los siglos XV y XVI, en la que Laredo y otros reformados se glorían de no saber una blanca de gramática. En Gregorio no se puede hablar de odio por las letras humanas y por las

---

28 *Eneida* VI 847-853.
29 *Diálogos* II 26.
30 *Regula Sancti Benedicti* prol.: BAC, *San Benito. Su vida y su regla* p.285.
31 EWALD-HARTMANN, II 303.
32 «Non metacismi collisionem fugio, non barbarismi confussionem devito, situs modosque et praepositionem casus servare contemno, quia indignum vehementer existimo ut verba caelestis oraculi restringam sub regulis Donati» (PL 75,516; EWALD-HARTMANN, o.c., I 357). «Metacismus est cum verborum coniunctio in litterae assiduitate colligitur ut si dicas: «Mammam ipsam amo quasi meam animam» (CAPELLA MARCIANUS, *De nuptiis Philologiae et Mercurii* 5,167, ed. Dick, Leipzig 1925).

artes tal como plantea el problema Le Blant [33], pero sí de una superación de lo humano en aras de lo espiritual. Gregorio sólo quiere ser cristiano; no quiere saber nada de recursos retóricos y formas puras de arte. Para comprender sus frases hay que vivir el círculo determinado de personas a quienes se dirigen y las circunstancias históricas que su vida protagoniza. El mismo las recuerda en las últimas palabras de la última homilía sobre Ezequiel: «Iam cogor linguam meam ab expositione retinere quia taedet animam meam vitae meae. Iam nullus a me sacri eloquii studium requirat, quia versa est in luctum cithara mea et organum meum in vocem flentium. Iam cordis oculus in mysteriorum discussione non vigilat, quia dormitavit anima mea prae taedio. Iam minus lectio animo dulcis est, quia oblitus sum manducare panem meum a voce gemitus mei. Cui autem vivere non licet de Scripturae Sacrae sensibus loqui mystica qualiter libet? Et qui cogor quotidie amare vivere quando possum dulcia propinare?» [34] A esta dificultad de vivir se junta un proceso histórico que ha llegado en Gregorio a su cima, y una postura pedagógica diáfana en extremo.

Gregorio es un asceta maravilloso. Su alma anhela la contemplación divina y no ve en la expresión literaria más que un medio de llegar a Dios. Por otra parte, ha asistido al ocaso de la cultura antigua, que no dice nada al mundo bárbaro, y aun, dada en forma de literatura, pudiera llevarle al paganismo. Por eso no concibe el puro detenerse en la belleza literaria ni el estudio sistemático, sin motivo, de los autores paganos. En una misma boca, dice, no pueden estar juntas las alabanzas a Cristo y a Júpiter. Ello es para él una frivolidad indigna de un cristiano auténtico. En cambio, su formación bíblica es vasta y profunda. El estudio de la Biblia es para él y será para la Edad Media la base de una nueva cultura. En sus comentarios a los libros sagrados se concretarán muchos ejercicios futuros de retórica.

5. Apocrisario en Constantinopla

A los cuatro años de paz monacal, una orden de Benedicto I (574-578) lo sacó del monte Celio y lo nombró diácono «regionario», es decir, encargado de una de las siete regiones en que Roma estaba dividida desde el punto de vista eclesiástico [35]. «Así acaece a veces a una nave incautamente atada cuando estalla una tormenta y es arrastrada por las olas fuera del puerto», escribía más tarde a su amigo Leandro [36]. Las olas se encresparon más cuando Pelagio II (578-590) le nombró nuncio o apocrisario suyo en Constantinopla.

---

[33] Llorca, S. I., *Historia de la Iglesia* (BAC, Madrid 1955) I 661. Sobre la formación de Gregorio véase G. Lau, *Gregor I der Grosse* I 9-12, y sobre todo Dudden, *Gregory the Great* I 69-79.

[34] *Hom. in Ez.* II hom.10: PL 76,1072.

[35] Io. Diaconus, *Vita Greg.* I 25: PL 75,72.

[36] Ewald-Hartmann, o.c., I 354.

La nueva Roma acrecía cada día su esplendor cuanto disminuía el de la antigua. A ella acudían políticos y eclesiásticos de todas las partes del Imperio. Era el centro más visitado de política, de comercio y de enseñanza. Justiniano (527-565) había terminado poco antes el templo de la Ἁγια Σοφία, y bellos palacios, como el imperial y el de Placidia, residencia del apocrisario, daban profunda impresión de grandeza. Gregorio entró de nuevo en el mundo difícil de la política, que tiempo antes abandonara desengañado, y tuvo que vivirlo varios años según la difícil modalidad de Bizancio. Experiencia valiosísima para su futuro pontificado. Seis años de extraordinaria actividad. Para dar idea exacta de ella, Juan Diácono remite a sus lectores al epistolario de Pelagio II. Por desgracia se ha perdido. A través de los *Morales* y de su epistolario conocemos algunas de sus intervenciones en las disputas teológicas de la corte [37].

Gregorio trató de conservar en todo lo posible la paz del espíritu y la vida monástica. Trajo a convivir con él a varios monjes de San Andrés y se mantuvo fiel al duro vivir monacal. En el palacio de la Nunciatura se oraba, se ayunaba, se leían y comentaban los libros sagrados. Allí nació su amistad íntima con Leandro de Sevilla, de la que se nos conserva uno de los más cordiales epistolarios espirituales de Occidente. A petición suya comenzó Gregorio su comentario al libro de Job, en 35 libros, que con el nombre de *Morales* había de publicar durante su pontificado.

Al enviárselo en 589 le escribe una carta breve, pero reveladora de aquella profunda amistad: «Podrás ver las angustias que me ahogan, pues escribo tan poco a quien amo más que a nadie» [38]. Mantuvo cordiales relaciones con el emperador Mauricio, con Constantina, su esposa; con Teotisa, hermana de Constantina; con Rusticiana, con Teodoro, médico de la corte, y con otros personajes. La amistad encarna más tarde en bella correspondencia epistolar.

Su estancia en Constantinopla le puso en contacto con el esplendor de la liturgia y canto bizantinos. La reorganización de la «Schola Cantorum» de Roma durante su pontificado, el canto del *Kyrie eleison* y otras innovaciones, en el fondo envuelven un recuerdo a la liturgia y coros de Bizancio.

Hacia 586, Pelagio II llamó a su lado a Gregorio, que pudo gozar de nuevo de la paz de San Andrés, donde fué nombrado abad hacia 589 [39]. Antes había asesorado a Pelagio II en la disputa de los seis capítulos redactando la carta que el Papa envió a los obispos cismáticos de Venecia e Istria [40]. El 28 de diciembre de 587 firma una carta de donación de bienes a Maximiano, abad de San Andrés. Una antigua tradición coloca en este tiempo su providencial encuentro con unos esclavos anglosajones y su decisión de dedicarse a la evangelización de la Gran Bretaña para hacer ángeles de los anglos.

---

37 *Moral.* XIV c.46: PL 75,1078-1079.

38 PL 78,77.

39 PORCELL, O. S. B., o.c., p.41-57.

40 PAULUS DIAC., *Hist. Longobardorum* III 20: MGH, ss. Longobardicarum, p.126.

Por los *Diálogos* podemos formarnos idea de la vida de paz y oración de San Andrés. Allí quedaron inmortalizadas la sencillez y santidad de Mérulo, Antonio, Geroncio, Juan y otras almas extraordinarias del monasterio gregoriano.

6. Papa

Octubre de 589. Lluvias torrenciales desbordaron muchos ríos e inundaron diversas campiñas de Italia. Las aguas del Tíber alcanzaron en algunos puntos más altura que las de las murallas. Muchas fueron las personas ahogadas y los palacios y viviendas destruídos. Se inundaron también los graneros de la Iglesia. Finalmente, una epidemia de peste inguinar se extendió sobre Roma: era el último estadio de los males: guerras, destrucciones, hambre, peste. Roma estaba superpoblada de refugiados que huían de los avances lombardos. Los muertos por la peste se contaban a millares, dice Pablo Diácono [41]. Una de las primeras víctimas fué Pelagio II (febrero 590). Ante aquel espectáculo, clero, senado y pueblo reunidos eligieron papa unánimemente al antiguo pretor, monje, apocrisario y actualmente abad de San Andrés.

Gregorio se veía arrancado definitivamente de la soledad. Desde Justiniano era necesario para la consagración del elegido la *praeceptio* o *iusio* del emperador. Gregorio escribió a su antiguo amigo el emperador Mauricio pidiéndole que no confirmase la elección. Afortunadamente, el prefecto de la Urbe detuvo la carta, y Mauricio envió rápidamente la aprobación. Hubo necesidad de quebrantar la oposición del electo. Pablo Diácono y Gregorio de Tours nos informan en sus historias respectivas sobre los vanos intentos de huída de Gregorio a las montañas vecinas de Roma. El mismo Gregorio acepta en el prólogo de la *Pastoral* la amorosa reprensión de su amigo Juan, obispo de Ravena. El 3 de septiembre se celebró la consagración. El Martirologio romano lo celebra con estas palabras: «En Roma, la exaltación al sumo pontificado del incomparable varón San Gregorio Magno, que, obligado a tomar sobre sí esta carga, desde el más elevado trono ilustró el orbe con mayores resplandores de santidad» [42]. Todavía en octubre de 590 escribe a su amigo el patricio Narsés de Constantinopla: «Sabed que mi dolor es tan grande, que apenas puedo expresarlo. Triste es todo lo que veo, y todo lo que se cree consolador resulta lamentable en mi corazón» [43]. La carta a Leandro de Sevilla en abril de 591 es algo más optimista.

---

[41] Paulus Diac., *Vita Greg.* p.167 (ed. Grisar en «Zeitschrift für Kath. Theologie», 11 [1887] 167).

[42] Martirologio romano (Madrid 1949) p.241.

[43] Ewald-Hartmann, I 4. Del mismo tenor son las cartas a Teotisa, hermana del emperador (Ewald-Hartmann, o.c., I 5), y a Pablo: «Me duelo no poco de sentirme felicitado por vosotros, que conocéis mis gustos, y todavía creéis que esto ha sido bien para mí. Para mí hubiera sido preferible poder hacer lo que yo quería: gozar de la paz tan querida para mí» (Ewald-Hartmann, o.c., I 3).

Siente la nostalgia del monasterio, pero ella es una nueva fuente de impulso. No se trata de exageraciones retóricas; es una sincera exposición de su estado de ánimo, es la expresión de su sentimiento de responsabilidad ante los deberes inherentes a la dignidad pontificia tal como él mismo la expone en el áureo libro de la *Regla Pastoral*. Es el primer papa monje, y llevó su concepción monacal de la vida al episcopado, a la espiritualidad, a la liturgia.

CAPITULO II

«*Servus servorum Dei*»

1. *Jefe espiritual.*—2. *Escatología de una ciudad y de una cultura.*—3. *Nuevo culto.*—4. *Caridad.*—5. *Gregorio e Italia: «Patrimonium Petri».*—6. *Gregorio y España.*—7. *Acción pastoral en Africa, Galia e Inglaterra.*—8. *Gregorio y el Oriente. Conclusión.*

«Me reprendes, hermano queridísimo, con amorosa y muy humilde intención, porque, escondiéndome, quise huir de las cargas y pesadumbres del pontificado. Y por que no les parezcan a algunos livianas, quiero mostrar en este libro todo lo que entiendo que hay de trabajo en ellas» [1]. «Importa que el Pastor en sus pensamientos sea puro, en sus obras intachable, en el silencio discreto, en las palabras provechoso, con todos compasivo, más que todos levantado en la contemplación, compañero de los buenos por la humildad y rector contra los vicios de los delincuentes por el celo de la justicia. Que la ocupación de las cosas exteriores no disminuya el cuidado de las interiores y el cuidado de las interiores no le impida el proveer a las exteriores» [2].

Estos párrafos de la *Regla Pastoral*, escritos al principio de su pontificado (591), son como el programa de su futura actuación. Gregorio es un genio práctico, un romano de acción. Para él, gobernar es el destino más alto de un hombre, y el gobierno espiritual, el arte de las artes. Merece la pena señalar el paso dado por Gregorio desde su entrada en el monasterio, cuando aún resonaba en su corazón, como llamada insistente del destino, aquel verso del poeta de Mantua:

tu regere imperio populos, romane, memento,

y aquella frase celebérrima que constituye el centro de la *Regula Pastoralis* y el eje de su pontificado y se encuentra en las primeras líneas del capítulo 1 de la *Regula*: «Nadie presuma enseñar arte alguna si primero no la aprende con mucho ejercicio; y así es

[1] *Regula Pastoralis* p.1.ª pról.: PL 77,13.
[2] *Regula Pastoralis* p.2.ª c.1: PL 77,26.

gran temeridad que prelados ignorantes se encarguen de oficios y dignidades, siendo arte de artes el gobierno de las almas» *(ars artium regimen animarum)*.

Gregorio es jefe espiritual enérgico y decidido de la Iglesia. Tenemos un admirable testimonio de su actuación en su correspondencia, que agrupa 859 cartas, distribuídas en 14 libros, parte muy pequeña de la colección primitiva. Si nosotros quisiésemos trazar una semblanza con pocas pinceladas, diríamos que su gobierno se distingue por su integridad, por su fidelidad a la ley y el discernimiento en su aplicación, por el espíritu de desinterés, el respeto a los derechos de los demás, el sentido de la oportunidad y de la responsabilidad, la intolerancia ante el desorden, la indisciplina y la injusticia y, finalmente, por la puntualidad minuciosa del hombre responsable [3]. San Gregorio supo hacerse amar de sus contemporáneos y tuvo la genialidad de dar unas normas altísimas de gobierno a los obispos y de realizarlas él por delante. Con su ejemplo y con la *Regla Pastoral* moldeó la Iglesia, dice con razón Dudden.

2. Escatología de una ciudad y de una cultura

Gregorio subió al pontificado en una ciudad sembrada de apestados, de cadáveres y de ruinas. Para colmo, lombardos y bizantinos se encontraban en abierta guerra, y Roma se hallaba prácticamente a merced de los bárbaros. Las circunstancias que rodeaban la Ciudad Eterna dieron pie a su primera homilía el domingo segundo de Adviento [4]. Predicar a su pueblo era para Gregorio uno de los primeros deberes del obispo: «Nuestro Señor quiere encontrarnos prontos a su llamada y nos muestra la miseria del mundo envejecido para que podamos librarnos del amor del mundo. Nos hace saber cuántas desventuras deben prevenir su término, ya vecino, para que, si en el tiempo de la tranquilidad no queremos temer a Dios, heridos por las desventuras, temamos su próximo juicio. Al fragmento del evangelio que oísteis, el Señor antepone esto. Un pueblo se levantará contra otro pueblo y un reino contra otro, y habrá terremotos, hambre, pestilencias, guerras. De todo esto hemos visto ya herirnos algunos males, y vivimos en pavor ante la aproximación de los demás. De pueblos que caen unos contra otros y de ciudades oprimidas por la desolación hemos visto más de lo que en las Escrituras pueda leerse. De otras partes del mundo os llegan noticias de terremotos que destruyen ciudades innumerables, y nosotros sufrimos pestilencias sin fin. De prodigios en el sol, en

---

[3] E. Carton de Wiart, *Une âme de chef: Saint Grégoire le Grand:* «La Vie Spirituel», 11,21 (1929) supl. (45)-(54); Batiffol, *Saint Grégoire le Grand* p.226ss.

[4] Este evangelio se encuentra hoy en el primer domingo de Adviento. Acerca de este cambio véanse los Maurinos (PL 76,1077) y Grisar, *San Gregorio Magno* p.32. Compárese con *Diálogos* III c.38: PL 77,316.

la luna y en las estrellas aún no tenemos noticias, pero el cambio de la atmósfera nos advierte que se avecinan. En cambio, antes que Italia quedase abandonada a merced del hierro longobardo hemos visto moverse en el cielo espadas de fuego, rojo de la sangre del género humano, que se derrama a torrentes... Quien ama a Dios debe alegrarse de que el mundo termine, ya que al punto encuentra a quien ama al pasar quienes no amaron... En cambio, sienten amargura aquellos en cuyo corazón ha echado raíces el amor del mundo, los que no desean la vida futura ni tienen fe en ella... El mundo está herido cada día de calamidades nuevas. Mirad cuán pocos hemos quedado del antiguo pueblo. Nuevos males nos flagelan cada día y desventuras imprevistas nos abaten... El mundo se siente deprimido por la vejez, y, al aumentar los dolores, camina a una muerte próxima».

El mundo antes era joven, robusto, opulento; ahora marcha derecho a su fin: «Ita mundus in annis prioribus velut in iuventute viguit, ad propagandam humanae generis prolem robustus fuit, salute corporum viridis, opulentia rerum pinguis. At nunc ipsa sua senectute deprimitur, et quasi ad vicinam mortem molestiis crescentibus urgetur» [5].

El pensamiento del fin próximo del mundo es preocupación continua de Gregorio en toda su producción literaria. No es nada extraño. Esta idea se reaviva periódicamente en la historia cuando calamidades excepcionales se ciernen sobre los pueblos. Se hizo sentir de modo especial en los siglos V y VI por la opinión común de que el Imperio romano, zarandeado y astillado en Occidente, había de durar hasta el fin del mundo. Por eso la homilía primera de Gregorio plantea uno de los problemas más vivos en el ambiente de tan aciagos días. El pensamiento de Gregorio era un error lleno de profunda fecundidad. La cultura romana bajaba a su ocaso en Occidente. En angustias y desventuras estaba germinando una nueva edad. Nacía un nuevo orden de cosas: la sociedad cristiana de los pueblos medievales, latinos y germanos, unidos en los reinos romano-germánicos, que formarían el futuro imperio cristiano, la cristiandad sacral. Al cerrarse el período de la *civitas* romana, afloraba a la superficie una concepción de vida basada no en el *ius civitatis* romano, sino en el *donum caritatis* cristiano. Gregorio lloraba la decadencia y desaparición de su patria, la antigua Roma. «Vemos en esta ciudad demolidas las murallas, arruinadas las casas, y las iglesias destruídas por los huracanes, y contemplamos cómo vienen a tierra sus edificios bajo la acción inexorable del tiempo, cual si estuviesen cansados de tan larga vejez» *(longo senio lassata)* [6].

Gregorio trabaja por la formación rápida de las nuevas cristiandades en España, Galia, Germania, Inglaterra y norte de Italia. ¿Previó Gregorio este mundo futuro y trató de poner con seguridad los cimientos? Trabajó sin pretensiones para cristianizar los pueblos

5 *Hom. in Evang.* I hom.1: PL 76,1080.
6 *Diálogos* II c.15: BAC, vol.115 p.195.

germánicos, para convertir del arrianismo a los godos y visigodos, para hacer pensar y obrar en cristiano a aquellos pueblos nacientes, para ayudar a los pueblos a entrar en la Iglesia y a los hombres a salvarse. Roma, cansada como Estado por tan larga vejez, comenzó a rejuvenecerse gracias a Gregorio y a ser centro cristiano de los nuevos pueblos. Gregorio no puede prever esto con seguridad, pero trabaja con constancia y eficacia para salvar el mayor número posible, como se desprende de su actividad apostólica y diplomática. Fué el gran defensor de Roma, abandonada casi totalmente por los bizantinos. Dos veces consiguió que se levantase el asedio de la Ciudad Eterna. La primera en 592, frente al ejército de Ariulfo de Espoleto. El segundo asedio lo puso cada vez más estrecho Agilulfo, sucesor de Autharis, rey de los lombardos. El Papa, ante las noticias de los que tornaban de los frentes de lucha con las manos cortadas y ante la narración de las destrucciones de las tropas lombardas, interrumpe su explicación del capítulo 40,29 de Ezequiel, recoge el ambiente de la ciudad y pronuncia un sermón de circunstancias, en que traza un cuadro imperecedero de aquellos negros días. Es el cuadro mejor diseñado de la Roma invadida, un canto encendido a la desaparición de Roma, la escatología de una época, la oración fúnebre a la desaparición de la Ciudad Eterna. Roma había muerto. Difícil delinear pintura más tremendista que la ofrecida por el Pontífice a aquella concurrencia empapada de dolor y terror. La grandeza pasada de Roma, las profecías, los enemigos que sitiaban la ciudad, una Roma trágica sin senado y sin pueblo, un pueblo vacío, y hablándoles un papa enamorado de su patria y enamorado de sus almas.

«¿Qué hay que nos alegre en este mundo? Por todas partes vemos luto, por todas partes oímos gemidos. Las ciudades están saqueadas; los castillos, demolidos; las campiñas, devastadas; la tierra, reducida a desierto. En los campos no quedan colonos ni en las ciudades se encuentran apenas habitantes. Los pocos restos del género humano son heridos cada día incesantemente de males. Los azotes de la justicia de Dios no tienen término, porque tantos castigos no bastan a corregir los pecados. Vemos a unos arrastrados a la esclavitud; a otros, mutilados; a otros, matados... ¿Qué hay que nos sea grato en esta vida? Si todavía amamos este mundo, no amamos los gozos, sino las heridas. A qué bajo estado ha descendido aquella Roma que otras veces era señora del mundo, nos es fácil verlo. Está hecha añicos repetidamente con inmenso dolor, despoblada de ciudadanos, asaltada por enemigos, hecha un montón de ruinas. En ella se cumple lo que en un tiempo vaticinaba de Samaria el profeta Ezequiel: *Toma una caldera y llénala de agua y echa trozos de carne dentro de ella.* Y poco después: *Acumula los huesos, que yo te daré fuego; las carnes se consumirán...* [7] La caldera fué puesta al fuego desde la hora en que Roma fué fundada. Entonces se echó agua. Los huesos se reunieron cuando los pueblos

[7] Ez. 10,11.

corrieron a ella de todas partes... Mira: los pueblos han caído, y, por lo mismo, sus carnes se derritieron. Puede, por lo mismo, decirse: *Amontona los huesos, que yo te daré fuego; las carnes se consumirán, y todo aquello que está dentro de la caldera se destruirá, y los huesos quedarán deshechos* [8]. ¿Dónde está el senado? ¿Dónde el pueblo? Los huesos están destruídos; la carne, consumida. Ha desaparecido en ella todo el esplendor de las dignidades terrenas. Todo su conjunto ha sido cocido. Nosotros, los pocos que quedamos, cada día estamos amenazados de espadas y de calamidades sin fin. Puede, por tanto, decirse: *Pon la caldera vacía sobre los carbones* [9]. Porque falta el senado, ha perecido el pueblo y se multiplican cada día dolores y gemidos sobre los pocos que aún quedamos, y Roma desierta arde toda en llamas. ¿A qué decir esto de los hombres, si ya por ruinas sucesivas vemos destruídos en el suelo los mismos edificios? Por lo cual, a la ciudad ya desierta se adapta admirablemente lo que escribo ahora: «Incalescat et liquefiat aes eius». Ya se está consumiendo la misma olla en que ardían carne y huesos, porque, después de caídos los hombres, se arruinan también las murallas. ¿Dónde están los que un día se ensoberbecían de su gloria? ¿Dónde su magnificencia, dónde su orgullo, dónde sus repetidas e inmoderadas diversiones?

En ella tuvo cumplimiento lo que el profeta dijo de Nínive destruída: ¿Dónde está la morada de los leones y el alimento de los hijos de los leones? Sus generales, ¿no eran acaso leones que corrían las tierras de todo el mundo y robaban con crueldad y muerte?... Mas ahora, ¡oh dolor!, la ciudad está desolada, contrita y oprimida por los gemidos. Ni uno corre a ella para conquistarse la fortuna de este mundo. No queda ningún potentado violento que con sus opresiones robe la presa... Despreciemos con toda el alma este mundo presente o extinto ya. Desechemos los deseos del mundo al menos al fin del mundo. Imitemos los ejemplos de los santos» [10].

Tito Livio, Tácito, Virgilio, Horacio, habían cantado la fundación de Roma. A Gregorio le tocó asistir a su destrucción y constatarla. Es la oración fúnebre de la antigua Roma. Los romanos que la oyeron debieron de quedar aplanados. El talante de Gregorio es en ella deprimido y pesimista. En sus obras no encontramos ni aprecio por la belleza de la naturaleza ni amargas reprensiones contra los bárbaros y sus crueldades.

Como no llegaron los refuerzos del emperador, el Papa obró por su cuenta, y tras difíciles y trabajosas conversaciones obtuvo la paz con Agilulfo. Todavía tuvo que interponer Gregorio su autoridad frente a los lombardos. Pero, aun en los días aciagos de abandono, Gregorio reconoció la suprema autoridad del emperador.

---

[8] Ez. 24,4.
[9] Nah. 2,11.
[10] *Hom. in Ez.* II hom.6: PL 76,1009ss.

3. Nuevo culto

Como obispo de Roma, su primera preocupación fué llevar al pueblo a la práctica de la fe cristiana. «Despreciemos, repetía, este mundo presente, ya casi extinguido; desechemos los deseos del mundo al menos al fin del mundo». Gregorio repristinó la interrumpida costumbre de las estaciones con renovado fervor. En las fiestas más solemnes se reunía el pueblo en una iglesia, y desde allí se dirigía a otra basílica en que se celebraba la misa, y el papa predicaba la homilía. En el camino cantaban lo que después habría de constituir las letanías de los santos. A las estaciones se deben las cuarenta homilías sobre los evangelios. Veinte las pronunció él mismo, y mandó leer las otras en su presencia a algunos de los clérigos de su séquito cuando le impedían hablar sus agudos dolores de estómago. Juan Diácono se complace en describir aquellas largas y devotas procesiones del pueblo romano rodeando al Pontífice [11]. Para vitalizar la vida cristiana, Gregorio fomenta las prácticas de piedad, las obras buenas, las devociones populares, el culto a las reliquias e imágenes, la doctrina de los novísimos. A la vez presenta el ideal de la vida cristiana en toda su integridad.

Una nueva cultura trae consigo un nuevo culto o, al menos, su renovación. Es un principio claro que el mismo Gregorio aplica a la venida del Salvador: «Quia Dominus ac Redemptor noster novus homo venit in mundum, nova praecepta dedit mundo» [12]. Para aumentar la vida de fe, introdujo una serie de reformas en la liturgia que han hecho famoso el Sacramentario Gregoriano, del cual hablaremos más adelante. Mandó se dijese *alleluia* fuera del tiempo de Pentecostés; que se cantase el *Kyrie eleison;* que el *Pater noster* se recitase después del canon... Se le criticó fuertemente de bizantinizar la liturgia romana. Gregorio se defiende afirmando que lo mismo que lucha por que sus inferiores no cometan cosas ilícitas, así está pronto a imitarles en las buenas. Sería necio hacer consistir el primado en no querer aprender lo que se reputa por bueno [13].

La reforma litúrgica que ha dado lugar a más discusiones es la del llamado canto gregoriano. Según Juan Diácono, Gregorio fundó la *Schola Cantorum* y compiló el antifonario llamado, en su honor, gregoriano [14]. Juan Diácono escribió la vida de Gregorio casi tres siglos después de la muerte del santo Doctor. Dudden no admite las dos afirmaciones del citado biógrafo [15], pero no se puede negar que si Gregorio no fué fundador de la *Schola Cantorum*, al menos fué su restaurador y renovador. Gracias a Gregorio, la *Schola* llegó a ser un centro superior de cultura musical. Fué, además, verda-

11 Io. Diaconus, *Vita Greg.* II 18: PL 75,94.
12 *Hom. in Evang.* II hom.32: PL 76,1232.
13 Ewald-Hartmann, I 60.
14 Io. Diac., *Vita Greg.* II 6: PL 75,90.
15 Dudden, o.c., I 271-276; Howorth, *Saint Gregory the Great* (London 1912) p.211ss., sigue a Dudden.

dero seminario del clero romano. En él se cursaban todas las disciplinas necesarias para la formación sacerdotal [16]. Así resolvió el problema de la formación musical y sacerdotal de la juventud. Gregorio dió estabilidad y funciones claras a la *Schola*, que en el año 875, cuando escribía Juan Diácono, mantenía vivo el espíritu y reglamento gregorianos.

Algo parecido cabe decir del antifonario de la misa y de las horas canónicas. Gregorio no es un creador. La liturgia y la música se desarrollaban en la Iglesia desde un principio de modo natural y espontáneo. Gregorio amplió y mejoró lo ya existente. Más difícil es señalar su intervención en el cambio de sistema de la música sacra. En las liturgias occidentales se distinguen varias formas de canto con sus caracteres peculiares: el ambrosiano, el galicano, el visigótico, el gregoriano. Este, de origen romano, en tiempo de Gregorio cobra personalidad propia, distinta del de las demás liturgias occidentales en el texto y en el estilo. La intervención personal de Gregorio, que la leyenda adorna con maravillosos episodios, encuentra confirmación treinta y cuatro años después en el epitafio del papa Honorio († 638). La obra de Gregorio se realizó sobre todo por medio de los músicos profesionales que pertenecían a la *Schola Cantorum* [17]. La tradición recogida por Juan Diácono, y respaldada por Egeberto de York, ha dado lugar a fuertes disputas, todavía en curso; pero nadie podrá explicar sin el espíritu renovador y la autoridad de Gregorio la homogeneidad de estilo y procedimiento y la divulgación idéntica que se descubre en todo el repertorio antiguo gregoriano. La obra de Gregorio fué esencial en este aspecto. La prepararon otros papas, pero gracias a él se aunaron los diversos cantos en una sola liturgia, que poco a poco triunfó de los otros ritos, y se impuso como universal expresión religiosa el canto aprobado por la Iglesia de Roma. Así se plasmó la admirable unidad del canto eclesiástico. Con su colección de cantos, recogida en el antifonario, fué el verdadero ordenador y restaurador del canto eclesiástico en un momento crítico de la historia de Europa. Al concluirse el período de más férvida formación, naturalmente se sentía la necesidad de una orgánica sistematización del canto eclesiástico. Este proceso de unificación gregoriana, admirablemente homogéneo, con su carácter litúrgico y religioso, inició su difusión en el siglo VII hacia el norte de Europa, triunfando de todas las resistencias. En el siglo XI, el proceso de unificación estaba completo, salvo las circunscritas excepciones ambrosiana y mozárabe. La *civitas* cristiana había triunfado. Tenía un canto litúrgico común.

Sería interesante un estudio sobre las ideas musicales vertidas en las homilías y el significado moral que les atribuye Gregorio. El es el papa de la vida cenobítica. Le encanta la vida en común. Por eso prefiere al tímpano un coro de cantores: «En el tímpano resuena una piel; en el coro, en cambio, cantan las voces concorde-

---

16 H. GRISAR, o.c., p.56-58.
17 SUÑOL, *Gregorio:* Enciclopedia Cattolica, III 630-643.

mente». Por tanto, ¿qué se significa por el tímpano sino la abstinencia y qué por el coro sino la concordia de la caridad? [18] En los *Morales* contrapone el órgano a la cítara: «Como el sonido del órgano es producido por tubos y el de la cítara por cuerdas, podemos designar las buenas acciones por la cítara y por el órgano la santa predicación. Por los tubos del órgano, nosotros entendemos la voz de los predicadores, mientras que por las cuerdas de la cítara entendemos la intención de los que viven rectamente» [19].

4. Caridad

Al lado de la actividad en el orden espiritual, hay que poner la que desarrolló en el orden de la caridad para socorrer tantas miserias. Gregorio es el papa de la caridad. Marín, E., O. F. M., ha escrito una tesis con ese título, en que presenta al santo Doctor como maestro de la doctrina y sobre todo de la acción caritativa, en medio de las desventuras públicas y privadas con que se hubo de enfrentar: peste, sequías, inundaciones, invasiones de los bárbaros [20]. Es un estudio más práctico que doctrinal sobre las actividades del Pontífice en ese aspecto. En tiempo de Juan Diácono se conservaba en el archivo de Letrán el registro de las limosnas pontificias, con las listas de los gastos en obras de misericordia. El volumen es extraordinariamente grande, dice su biógrafo [21]. Los ingresos del vasto patrimonio de la Iglesia y las limosnas de sus amigos las daba a los pobres, a veces personalmente, una vez subvenidas las necesidades del culto. La Iglesia semejaba un gran almacén común para todos. A principio de mes se distribuían alimentos para todos, y cuatro veces al año—Pascua, fiesta de San Pedro y San Pablo, de San Andrés y cumpleaños del Papa—se hacían distribuciones más abundantes a hospitales, iglesias, monasterios, según el *Polypticus* del papa Gelasio. Diariamente recorrían la ciudad carros con vituallas enviados por el Papa para los enfermos y los pobres. Gustaba sentar a su mesa a doce peregrinos, y antes les lavaba las manos. Especialmente atendió a los evacuados de las invasiones lombardas refugiados en Roma de todas las partes de Italia [22]. Todo lo que otros papas gastaban en construir y embellecer las iglesias, lo gastó él principalmente en los pobres. «Fué, dice Pablo Diácono, ojo para el ciego, pie para el cojo, padre de los pobres».

No conoció descanso en el ejercicio de la caridad. No sólo trató de remediar las miserias, sino que trató de realizar un bienestar

---

[18] *Hom. in Ez.* I hom.8: PL 76,857.

[19] *Moral.* XX c.41: PL 76,185. Sobre este aspecto cf. Theodore Gerold, *Les Pères de l'Eglise et la musique* (París 1931).

[20] Emerio M. Marín, O. F. M., *Gregorio I Papa de la carità* (Roma 1951) 135 pp.

[21] Io. Diac., *Vita Gregor.* II 30: PL 75,97-98.

[22] Paulus Diac., *Vita Gregor.* XIV p.170 (ed. Grisar). Sobre las limosnas del Papa cf. Grisar, o.c., p.64-68.

permanente y de contribuir al advenimiento de la justicia social, que sus sucesores habían de defender en el futuro. «Publicus iustitiae socialis assertor» le llama Pío X en la encíclica *Iucunda sane*. Entre las instituciones por él fundadas merecen destacarse las «diaconías», para atender a los pobres, gobernadas por un diácono de la Iglesia romana. En la obra citada de Marín pueden verse todas las instituciones creadas o revitalizadas por su exquisita e inexhausta caridad.

5. Gregorio e Italia.—«Patrimonium Petri»

Además de obispo de Roma, Gregorio era metropolitano de una parte de Italia, patriarca de Occidente y primado de la Iglesia universal. Examinaremos brevemente su solicitud pastoral en cada uno de estos aspectos.

El «Patrimonium Petri».—Como obispo de Roma, era administrador de los bienes de la Iglesia en Campania, Sicilia, Africa y Campo Romano. Estos bienes procedían de diversas donaciones de los fieles y de los emperadores. Su organización y eficacia fué objeto preferente de la preocupación de Gregorio dentro de unos límites de humanidad, justicia y defensa de los colonos humildes que aún hoy llaman la atención. El mismo Dudden no duda en afirmar que por ningún otro aspecto merece San Gregorio el título de Grande como por la administración del Patrimonio de San Pedro [23]. Al frente de todo el Patrimonio había un rector, que tenía a sus órdenes los siete *defensores* reunidos en un colegio de *regionarios*. El primero de ellos se llamaba *primicerius defensorum*. Dependientes suyos eran los *actores* o *actionarii* y los *conductores*, que vigilaban el trabajo en los campos y recogían el producto. Es maravillosa la ecuanimidad y sentido de justicia que respiran las intervenciones del Papa y su ordenación de precios y tributos.

Italia se dividía eclesiásticamente en cuatro sedes metropolitanas: Ravena, Aquilea, Milán y Roma. La autoridad de los metropolitanos en este tiempo es bien conocida. La jurisdicción de Roma se extendía especialmente a las diócesis suburbicarias de Umbría, Apulia, Calabria, Lucania, Sicilia, Córcega, Cerdeña, etc.; pero la invasión lombarda había destruído muchas diócesis. Gregorio hubo de confiar diócesis enteras a prelados vecinos e incluso suprimir algunas [24]. Ejerció un estrecho control en el nombramiento de obispos dignos. De esta manera logró dar a las diócesis dependientes de su jurisdicción una pléyade de prelados selectos. Ejem-

[23] Dudden, o.c., I 320. Sobre el Patrimonio de San Pedro, P. Leturia, S. I., *Del Patrimonio de San Pedro al tratado de Letrán* (Madrid 1929); Spearing, *The Patrimony of the Roman Church in the thime of Gregory the Great* (Cambridge 1918).

[24] Ewald-Hartmann, o.c., I 16. Confía al obispo de Rosella el cuidado de la diócesis de Populonia; al de Narni, el cuidado de la diócesis de Terni (o.c., I 77); unió Minturno a Fornia, Cumas a Miseno, Fondi a Terracina, etc. El *Registrum Epistolarum* ofrece abundantes casos.

plo significativo de esta intervención es el acaecido en Nápoles los años 591 y siguientes, el de los obispos de Amalfi y Tarento, Cagliari, Miseno, Capua, etc. [25] El epistolario de Gregorio está lleno de valientes y apostólicas intervenciones frente a toda clase de abusos. Cuando vacaba una diócesis, Gregorio enviaba un visitador para presidir la administración y la elección del nuevo prelado.

Era respetuoso con los metropolitanos, entendiéndose directamente con ellos. A los metropolitanos les hacía responder de los obispos sufragáneos. Pero si, para bien de la Iglesia, hacía falta intervenir directamente con algún obispo, no dejaba de hacerlo. En Milán terminó la última resistencia a la condenación de los Tres Capítulos, ayudado por la mediación de la católica reina Teodolinda [26].

Con el metropolitano de Ravena surgió pronto el problema de la primacía, como había ocurrido poco antes con el de Constantinopla. Ravena era residencia del exarca imperial. Juan, su obispo, íntimo amigo de Gregorio, a quien él dedicó la *Regula Pastoralis*, se arrogó una serie de privilegios indebidos, entre ellos el uso del *pallium* fuera de la misa solemne. Gregorio encargó a su representante en Ravena que llamase la atención al obispo. Juan responde con menosprecio. Hay un epistolario que termina con una carta valiente de Gregorio: «Me contrista que tu paternidad me escriba con doblez de corazón, y mientras en las cartas usa palabras lisonjeras, cuando habla muerde, según el uso de las personas del mundo... De todo esto debo concluir que, para él, el honor del episcopado es todo exterior; consiste en la ostentación y no en el alma. Y doy gracias a Dios omnipotente que, cuando llegó a mis oídos el anuncio de cosas jamás oídas por mis predecesores, estuviesen de por medio los lombardos, entre mí y Ravena. Si no, hubiese mostrado a los hombres cuán severo sé ser» [27]. Con Mariniano, sucesor de Juan, tuvo que enfrentarse repetidamente. También intervino en las iglesias de Istria y de Dalmacia, con cuyo metropolitano, Máximo, se mostró implacable hasta que pidió perdón y reconoció el primado de Roma, lo mismo que el metropolitano de Ravena [28].

6. Gregorio y España

España fué una de las provincias más tranquilas del patriarcado de Occidente durante el pontificado de Gregorio. La conquista visigótica había dominado la rebeldía de los suevos y vascones del norte y reducido el dominio bizantino a las costas del Mediterráneo. Estaba casi conseguida la unidad política. Faltaba la unidad religiosa. Leovigildo trató a toda costa de realizarla en el arrianismo.

25 Ewald-Hartmann, o.c., I 111 149 271.
26 Ewald-Hartmann, o.c., I 233 234 236 248.
27 Ewald-Hartmann, o.c., II 295.
28 Ewald-Hartmann, o.c., II 38. Sobre Gregorio e Italia, Batiffol, o.c., 113 138.

Gregorio conoció en Constantinopla la rebelión de Hermenegildo por las informaciones confidenciales de su amigo Leandro y en Roma por los peregrinos que llegaban de España. El capítulo 31 del libro 3 de los *Diálogos*, escrito con extremada naturalidad y delicadeza, comienza así: «Como conocemos por la relación de muchos que vienen de España, Hermenegildo poco ha...». Según Gregorio, «en el pueblo visigodo murió uno para que viviesen muchos, y surgió una mies copiosa al caer en tierra fielmente un grano para obtener la vida de las almas» [29].

Todos los pueblos cristianos conocieron por los *Diálogos* la gloria y desventura del príncipe Hermenegildo, hijo de Leovigildo. Fué el primero de la casa real visigoda en abandonar la secta arriana y abrazar la fe de Nicea. Le ayudaron a dar este paso su esposa Ingunda, ferviente católica, hija de la famosa Brunequilda, y las exhortaciones de San Leandro. Hermenegildo fué de este modo defensa de los numerosos católicos perseguidos. Así surgió la guerra civil. Es una constante española. Desheredado por su padre, sin la ayuda buscada en los francos y bizantinos y traicionado por éstos, fué vencido, encarcelado y martirizado (586). La narración de Gregorio es el único documento histórico que desciende a toda clase de detalles. Los autores españoles se encierran en un singular y delicado hermetismo. En él se apoya Dudden para llamar pura ficción a la narración gregoriana. Moricca refuta a Dudden con fuentes españolas en su largo y concienzudo estudio sobre los *Diálogos* [30].

Después de muerto el príncipe, los acontecimientos se precipitaron: muerte de Leovigildo, conversión de Recaredo (587), concilio tercero de Toledo y conversión oficial del pueblo visigodo. Los pueblos latino y visigodo se unieron estrechamente, y así fué posible aquella pequeña edad de oro de nuestra cultura, que fué entonces la más alta y refinada de Occidente. Leandro pronunció su famosa homilía sobre la unidad de la fe de la Iglesia española, que todavía habla hondamente a nuestra inteligencia y corazón [31]. Ella concreta de modo admirable la exclamación de los obispos al terminar los reyes su profesión de fe: «Gloria a Nuestro Señor Jesucristo, que ha acogido en la unidad de la verdadera fe a este pueblo privilegiado de los godos y que ha establecido en el mundo un solo rebaño bajo un solo pastor». A la carta de informe de Leandro sobre estos trascendentales sucesos contestó Gregorio exultante de alegría: «No puedo expresar con palabras la alegría experimentada por mí, porque el gloriosísimo rey Recaredo, nuestro hijo común, ha pasado a la fe católica con sincera devoción. Por el modo con que me habláis de él en vuestras cartas, me obligáis a amarlo sin aún conocerlo. Como conocéis las intrigas del antiguo enemigo, el cual mueve áspera guerra contra los vencedores, ruego a vuestra santidad que veléis a su lado con diligencia a fin de que realice ple-

29 *Diálogos* III c.31: PL 75,293.

30 U. Moricca, *Storia della letteratura latina cristiana* III 1687s.

31 Menéndez Pelayo, *Hist. de los heterodoxos españoles* (Madrid 1946-1948) VII 154.

namente lo que ha comenzado, no se ensoberbezca por las buenas obras realizadas, muestre en sus acciones la bondad de la fe abrazada y se comporte como un ciudadano del reino eterno. Así, después de muchos años pasará de un trono a otro trono» [32].

Como precioso documento de la historia de los visigodos se conserva una carta dirigida por Recaredo, hacia 598 ó 599, «Domino Sancto ac beatissimo Papae Gregorio». Gans y Mommsen no la consideran auténtica, pero la historia nos habla de dos legaciones al menos enviadas por el rey al papa. Gregorio respondió al rey con una carta llena de sentido señorial: «No puedo expresar con palabras la alegría que me embarga por los sucesos acaecidos al pueblo visigodo. Es un milagro jamás oído cuanto ha sucedido en vuestros años a esta nación, la cual, por su laboriosidad, voluntaria y prestamente se ha unido a la Iglesia. Cuando yo hablo de esto con mis amigos, ¡cuántas veces exclamamos con el salmista: *Esto es mutación de la diestra del Altísimo!*» Y continúa después exhortando al rey a seguir la obra de su conversión, a ponerse en guardia contra la soberbia, en que a veces suelen incurrir los que tienen éxitos tan fuera de lo ordinario como los suyos, y, finalmente, a usar moderación con los súbditos. También los reyes se convierten en esclavos de la prepotencia, de las pasiones, de la ira, si se dejan dominar de ellas [33].

También tuvo relación con la España bizantina. Alejada tanto de la metrópoli, los magistrados imperiales resultaban verdaderos monarcas. En 603, dos obispos, Jenaro, de Málaga, y Esteban, de sede desconocida, fueron depuestos y condenados al destierro por los imperiales so pretexto de adhesión al reino visigodo, y por envidia de algunos obispos, partidarios de la corte de Bizancio. Ambos apelaron a Roma. En la Cancillería pontificia se examinaron las apelaciones una a una. Por fortuna se conserva este proceso originalísimo, única fórmula pormenorizada de procesos eclesiásticos de aquel tiempo. El Papa envió al lugar de los sucesos al *defensor* Juan con instrucciones determinadísimas, que se conservan en el *Registrum Epistolarum*, sobre los puntos que debía investigar, la colección de leyes, la fórmula según la cual debía ser absuelto Jenaro caso de probarse su inocencia [34]. Aunque no conocemos el resultado, queda clara la intervención de Gregorio como supremo juez eclesiástico.

7. Acción pastoral en Africa, Galia e Inglaterra

Lo mismo que hemos estudiado su actividad en España cabe estudiarla en Africa, Francia, Inglaterra y el Oriente. Dos palabras sobre cada uno de estos extremos.

---

[32] Ewald-Hartmann, o.c., II 56.
[33] Ewald-Hartmann, o.c., II 221-225.
[34] Ewald-Hartmann, o.c., II 410-418.

En Africa.—Después que Belisario destruyó el reino africano de los vándalos (535), las seis provincias del Africa septentrional pasaron de nuevo a los bizantinos. La Iglesia, duramente perseguida por los bárbaros, se rehizo poco a poco. La actividad de Gregorio tuvo lugar con ocasión del reflorecimiento repentino del donatismo y los escándalos correspondientes: católicos que permitían bautizar sus hijos a los herejes, obispos que permitían celebrar en las iglesias de sus diócesis a sacerdotes donatistas, algún obispo católico que por amor al dinero había cedido su sede a un obispo donatista [35]. Gregorio hizo una inútil llamada al exarca Genadio y al prefecto del pretorio Pantaleón. Después se dirigió a los obispos, y, con ayuda de su eficaz cooperación, pronto se obtuvieron los frutos esperados. En 593 se reunió un sínodo en Numidia; en 594, otro en Cartago, que tomó medidas tan fuertes como degradar y privar de sus bienes a los obispos negligentes. Gregorio encontró estas decisiones excesivamente severas. También las leyes civiles se unieron a las eclesiásticas contra los herejes. El éxito fué rápido y feliz. Desde 596 no se encuentra en su epistolario preocupación especial sobre los donatistas [36].

En Galia.—Galia había sido unificada políticamente poco antes en el reino católico de los francos. La Iglesia estaba libre de las persecuciones que padecía en otros pueblos por parte de los arrianos. Pero sangrientas guerras turbaron el reino merovingio, y la crueldad inaudita de los reyes y príncipes tuvo una proyección imposible de evitar en la vida moral y disciplinar de la Iglesia. Las condiciones de la Iglesia franca a la elección de Gregorio eran verdaderamente desastrosas: clero vicioso, obispos simoníacos, avaros y vengativos; metropolitanos con autoridad perdida, falta de reunión de concilios. Gregorio de Tours hace una pintura trágica [37]. El, entre otros prelados, tuvo el valor de levantar su voz contra las atrocidades de Chilperico. Gregorio entró en relaciones con Childeberto, rey de Austrasia, Burgundia y Aquitania, que había pedido al Papa el palio para Virgilio, obispo de Arlés, y el honor de constituirlo vicario. Aceptó Gregorio ambas cosas, mandándole que, como vicario suyo, resolviese todas las cuestiones de menor importancia, y las más graves, con la ayuda de un sínodo de doce obispos. Sólo en casos extremos debía recurrir a Roma [38]. A la vez le exponía los abusos existentes en aquella iglesia: que ninguno llega a las órdenes sagradas sino por dinero; que muchos laicos, apenas ha muerto un obispo, se hacen tonsurar y de golpe son ordenados sacerdotes. También rogó su intervención a la reina Brunequilda para hacer cesar los escándalos en la Iglesia y para perseguir las prácticas paganas que aún quedaban en los campos, como el culto a los árboles, a las fuentes y sacrificios sacrílegos con cabezas de animales.

---

35 EWALD-HARTMANN, o.c., I 146ss.

36 GRISAR, *S. Gregorio Magno* p.295ss.

37 GREG. TURON., *Hist. Francorum* IV 12 y 43; VIII 29 y 39; MGH, Scriptores rerum merov., I 148 178 342 352.

38 EWALD-HARTMANN, o.c., I 368-373.

Después Gregorio dirigió su actividad a hacer convocar un sínodo para la corrección de los abusos en la Iglesia gálica, y no cesó en su empeño ante los obispos principales, la reina y el rey, hasta que, finalmente, logró su intento. En 601 se reunió el primer concilio, seguido de otros dos en 603 y 604. Es curiosa e importante en la lucha dogmática contra los enemigos de las imágenes la correspondencia entre Gregorio y Sereno, obispo de Marsella, que se había dedicado a destruir pinturas e imágenes de los santos en las iglesias [39].

Gregorio e Inglaterra.—Britania fué provincia del Imperio hasta el año 420. Había recibido la fe en el Evangelio casi desde el principio del cristianismo. Al salir los romanos cayeron los britanos en manos de escoceses, anglos y sajones. La conversión de los anglosajones constituye un acontecimiento inesperado que llenó de alegría el corazón del Pontífice. He aquí los hitos de una película casi increíble. 590: sube Gregorio al pontificado. Nadie puede sospechar que Inglaterra está en vísperas de ser la isla de los santos. 595: nombra al presbítero Cándido rector del Patrimonio de San Pedro en Galia y le encomienda comprar esclavos anglosajones de diecisiete a dieciocho años para educarlos en un monasterio cerca de Roma y prepararlos al servicio de Dios. 596: casa Etelberto, rey de los anglosajones, con la princesa católica Berta, y sale un grupo de misioneros del monasterio de San Andrés, de Roma, camino de Inglaterra. Es jefe del grupo Agustín. Desanimados los misioneros, en Leríns reciben una carta del Pontífice: «Porque hubiera sido mejor no comenzar una obra buena que retirarse después de haberla comenzado, es necesario, amadísimos hijos, que terminéis la obra buena que con el favor de Dios habéis emprendido. No os atemoricen las fatigas del viaje ni la lengua de los hombres maldicientes, sino continuad con toda solicitud y fervor lo que por inspiración de Dios comenzasteis, sabiendo que a las grandes empresas está reservada la gloria de la eterna retribución. Obedeced humildemente a vuestro prepósito Agustín... El omnipotente Dios os proteja con su gracia y me conceda ver en la patria eterna el fruto de vuestras fatigas. Que si no puedo ir a trabajar junto con vosotros, siendo como es grande mi deseo, me encontraré partícipe con vosotros del gozo de la retribución. Dios os custodie incólumes, hijos míos queridísimos» [40]. Como la dificultad mayor era la lengua, les proveyó de intérpretes [41].

Junio de 597: es bautizado el rey. Navidad de 597: Agustín bautiza a más de 10.000. Gregorio envió nuevos refuerzos de misioneros y trazó las líneas generales de la jerarquía católica de Inglaterra, basadas en la división romana del Imperio, modificada por Agustín según las necesidades de su tiempo.

La correspondencia que Gregorio dirigió a Agustín es una maravilla en el orden ascético y en el orden de la prudencia y buen sentido, que distinguió todo su pontificado. Los *responsa* a los proble-

39 EWALD-HARTMANN, o.c., II 195 y 269-272.
40 EWALD-HARTMANN, o.c., I 425 426.
41 BEDA, *Hist. Eccles.* I 25: PL 95,55.

mas que una conversión de este tipo planteó tienen aún hoy gran valor pedagógico y pastoral. Lástima que no sean auténticos [42]. Con razón se le llama apóstol de Inglaterra. La conversión de los anglosajones constituye una de las más bellas páginas de su actividad, y él mismo no dudó en entonarla un canto lírico maravilloso en los *Morales* [43]. Con esa ocasión, la cultura de Occidente se enriqueció con algunos principios de derecho eclesiástico, que en el curso de la Historia se han de repetir siguiendo el ejemplo de Gregorio. Tal la evangelización pacífica, paternal y libre, sin imponer la religión ni coaccionar a los súbditos, sin afán de dominio por parte de los misioneros, teniendo en cuenta el carácter nacional y las costumbres de cada país. Las respuestas de Gregorio a Agustín, aun no siendo auténticas, son uno de los grandes monumentos de la cultura cristiana del Occidente en el Medievo [44].

8. Gregorio y el Oriente

Las relaciones entre Roma y Bizancio fueron difíciles en este período. A principios del siglo IV, Bizancio era una ciudad sin importancia en lo civil. Eclesiásticamente era una de las treinta sufragáneas de la sede metropolitana de Heraclea de Tracia. El concilio de Nicea (325) reconoce sus privilegios a las sedes de Alejandría y Antioquía; a Bizancio no le nombran. Al ser declarada capital del Imperio, «nueva Roma», Roma del Oriente, y cambiar de nombre, el obispo adquirió cada vez más importancia en la corte. En el concilio de Constantinopla de 381, segundo concilio ecuménico, con la más viva oposición de los legados de Roma y de los otros patriarcas fué votado un canon, según el cual, el obispo de Constantinopla tenía las mismas prerrogativas que el de Roma y ocupaba el segundo lugar, por ser Constantinopla la nueva Roma [45]. Confirmó este canon el concilio de Calcedonia de 451. En el sínodo de Constantinopla de 588, el patriarca Juan el Ayunador tomó el título de «patriarca ecuménico». Ello dió lugar en Roma a una serie de cartas en defensa del primado romano, a quien trataba de equipararse el patriarca de Constantinopla. En 594 apelaron a Roma dos sacerdotes, Juan de Calcedonia y Atanasio, condenados ambos por herejía, y apaleado el segundo en la iglesia de Santa Sofía. Gregorio mandó intervenir a su apocrisario Sabiniano; escribió al patriarca Juan, al emperador Mauricio, a sus amigos los patriarcas de Alejandría y Antioquía. El pretendido título de ecuménico constituye un peligro para la Iglesia universal. Sólo el amor de la Iglesia y la trascendencia del primado de Roma le llevó a combatir este título del patriarca bizantino. Sus sentimientos aparecen claros contestando una carta en que Eulogio, patriarca de Alejandría, le daba el título de «ecumé-

[42] S. Brechter, *Die Quellen der Angelsachsenmission Gregors des Grossen* (Münster 1941) VII 13-109 y 269-278.
[43] *Moral.* XVII c.21: PL 76,410-411.
[44] Ewald-Hartmann, o.c., II 332-343.
[45] Mansi, *Collectio Maxima Conc.* III 559.

nico». «Os ruego que no me deis más ese título... Yo no deseo distinguirme por títulos, sino por virtudes. Además no juzgo que sea un honor para mí lo que causa detrimento a la honra de mis hermanos. Mi honor es el de la Iglesia universal. Mi honor consiste en que mis hermanos no sufran ningún detrimento en el suyo. Yo recibo la mayor honra cuando no se quita ningún honor merecido a nadie... Déjense las palabras que alimentan la vanidad y hieren la caridad. «Recedant verba quae vanitatem inflant, caritatem vulnerant» [46].

Con estos sentimientos tan puros batalló por la unidad de la Iglesia y la primacía de Roma. Los patriarcas de Alejandría y Antioquía pensaban como Gregorio, pero no se atrevía a ponerse a su lado para no disgustar al emperador. Algunos han querido ver una contraposición en el título *servus servorum Dei* de Gregorio a οικουμενικος del patriarca de Constantinopla. Pero no creo que el Santo tratase tanto de dar una lección de humildad como de expresar monacalmente un servicio, tal como más arriba hemos indicado, independientemente de esta disputa [47]. Además, el término no es nuevo en la Historia, aunque sí su empleo entre los papas. A pesar de estas disputas, ningún santo occidental ha sido tan honrado en Bizancio como Gregorio Magno. En ello influyó no sólo su estancia en Constantinopla, sino sobre todo su libro de los *Diálogos*, sobre los monjes de Italia, y la serenidad con que supo plantear los temas más espinosos [48].

Gregorio tuvo que defender repetidamente el primado romano frente a algunas leyes imperiales de Mauricio y Focas, que se entrometían en asuntos eclesiásticos, y frente a la actitud de ciertos obispos de Occidente.

Conclusión

Gregorio fué un pastor maravilloso, que llegó con su solicitud pastoral a todas las iglesias. En su epistolario revive la inquietud de aquellos días. Su pontificado se distingue por su acción en España, Galia, Inglaterra, toda Italia, Armenia y el Oriente. Las provincias que experimentaron especialmente su cuidado pastoral fueron las diez dependientes de la metrópoli romana, a las que van dirigidos más de cuatrocientos documentos de su registro. Fué incansable restaurador de la disciplina canónica. Sus cartas, llenas de interés y de vida, sugeridas por circunstancias ocasionales, regulan las más diversas cuestiones de Derecho y revelan su preocu-

[46] Ewald-Hartmann, o.c., II 31: PL 77,930. Sobre el origen del título «ecuménico», S. Vailhé, *Le titre de patriarche écuménique avant Saint Grégoire le Grant:* «Echo d'Orient», 11 (1908) 65ss.; Batiffol, o.c., 205. La literatura sobre esta disputa véase en Krüger, *Realenzikl. für protest. Theol. und Kirche* 9 (1901) 302.

[47] H. Delehaye, *Servus Servorum Dei:* «Strena Buliciana» (1924) 377.

[48] F. Halkin, S. I., *Le Pape Grégoire le Grand dans l'hagiographie byzantine:* «Orientalia Christ. Periodica», Miscelianea Georg. Hoffmann, S. I., 21 (1955) 109-114.

pación por el cumplimiento de las leyes. Es un hombre de acción. Heredero de los grandes romanos, servidores de la república, cónsul de Dios y no de los hombres, fué un jefe a la altura de las situaciones más difíciles. Roma en su tiempo lleva una vida precaria. No es capital del mundo, como Constantinopla, ni de Italia, como Ravena. Vive el momento más bajo de su decadencia cuando Totila la ocupa (17-12-546) y deporta sus habitantes. En un marco de guerras crónicas y de pillajes, de hambre y de epidemias se desenvuelve su vida, su actividad y responsabilidad. Acción en la corte, avituallamiento de Roma, trato con los invasores, administración del Patrimonio de Pedro, cuidado de su diócesis, de la provincia metropolitana, del patriarcado de Occidente, del primado de la Iglesia. El dió al Pontificado un prestigio como el de San León Magno o del papa Gelasio. Su voz era escuchada y buscada en toda la cristiandad. Su obra fué curar, socorrer, ayudar, enseñar, curar las llagas sangrantes de una sociedad en ruinas. No tuvo que luchar con desviaciones dogmáticas, sino con la desesperación de los vencidos y la soberbia de los vencedores.

En su trato con los invasores y en su acción en Roma asistimos al nacimiento de lo que se llama actualmente la cristiandad sacral, que caracterizó varios siglos del Medievo y que consiste en una íntima fusión de lo espiritual y temporal en el gobierno de las *civitas*, en el cual la Iglesia asume tareas de dominio temporal. Tal proceder es producto de las circunstancias, no de ambición personal. Gregorio es súbdito fiel del emperador; pero, cuando ni éste ni sus funcionarios pueden defender a Roma, Gregorio organiza su defensa y trata directamente con los lombardos. La Iglesia encarna entonces la ciudad frente a los bárbaros. Además de esta actividad, su pontificado se distingue por su gobierno espiritual y misionero, por sus trabajos en la educación de la juventud. Su epitafio contiene en maravilloso esquema el de sus quehaceres en el Pontificado:

Suscipe terra tuo corpus de corpore sumptum
reddere quod valeas vivificante Deo.
Spiritus astra petit, leti nil iura nocebunt.
Cui vitae alterius mors magis ipsa via est.
Pontificis summi hoc clauduntur membra sepulchro
qui innumeris semper vivit ubique bonis.
Esuriem dapibus superavit, frigora veste
atque animas monitis texit ab hoste sacris.
Implebatque actu quidquid sermone docebat,
esset ut exemplum, mystica verba loquens.
Ad Christum anglos convertit pietate magistra
adquirens fidei agmina gente nova.
Hic labor, hoc studium, haec tibi cura, hoc pastor agebas
ut Domino oferres plurima lucra gregis.
Hisque Dei consul factus laetare triumphis
nam mercedem operum iam sine fide tenes.
Hic requiescit Gregorius papa qui sedit annos
XIII, menses VI, dies X. Depositus IIII idus Martias [49].

[49] EWALD-HARTMANN, o.c., II 470.

CAPITULO III

«*Scienter nescius et sapienter indoctus*». *El escritor*

1. «*Registrum Epistolarum*».—2. «*Expositio in librum Iob libri XXXV*» *(Moralia)*.—3. «*Regula Pastoralis*».—4. *XXII* «*Homiliae in Ezechiel*».—5. *XL* «*Homiliae in Evangelia*».—6. «*Libri IV Dialogorum de vita et miraculis Patrum Italicorum et de aeternitate animarum*».—7. *Sacramentario y antifonario. Obras apócrifas.*

Como escritor, Gregorio es el más fecundo de los papas medievales, uno de los cuatro doctores de la Iglesia occidental, con Ambrosio, Agustín y Jerónimo. Los tres primeros son casi contemporáneos. Pertenecen a aquella generación extraordinaria que dió también los grandes doctores a la Iglesia del Oriente: Basilio, su hermano Gregorio de Nisa, su amigo Gregorio Nacianceno, Juan Crisóstomo. El cuarto de los doctores occidentales vivió casi dos siglos más tarde. Fué un hombre más bien de acción. Escribió obras de carácter fundamentalmente ascético y moral, que hicieron de él el doctor de la compunción y de la vida contemplativa en la Edad Media, y de una obra suya, los libros *Morales* por antonomasia. Su actividad literaria se desarrolla desde el tiempo de su nunciatura en Constantinopla hasta su muerte (582-604), y está constituída por el *Registrum Epistolarum*, los *Morales*, la *Regula Pastoralis*, las XL *Homilias sobre los evangelios*, XXII *Homilias sobre Ezequiel*, los cuatro libros de los *Diálogos* y su intervención en el sacramentario y antifonario de su nombre [1].

1. Epistolario

Es la fuente informativa más rica de la actividad del Papa desde su subida al Pontificado (septiembre de 590) hasta su muerte (el 12 de marzo del 604). Prácticamente, de 604 quedan solamente

[1] Los principales manuscritos y ediciones de las obras de San Gregorio véanse en Moricca, o.c., III 1562-67. La última información sobre las obras de San Gregorio, en «Sacris Erudiri», 3 (1951) 288-291 n.1708-1723. Sobre las ediciones de San Gregorio, *Catálogo Sommario della expositione Gregoriana nella bibliotheca apostolica Vaticana* 2.ª ed. (1904). Sobre traducciones de San Gregorio véase Bardenhewer, *Geschichte der Alstchristlichen Liter.* V 290 292 297; G. Bertoni, *La versione francese delle prédiche di San Gregorio su Ezechiele* (Módena 1904); G. Bonolis, *Gli scritti e opera di S. Gregorio Magno nella storia economica e sociale d'Italia* (Pavía 1904); G. Grosjean, *Textes irlandais sur S. Grégoire le Grand:* «Revue Celtique», 49 (1932) 182-188; P. N. V. Harting, *The texs of the old English translation of Gregorys Dialogues:* «Neophilologus» (Groningen) 22 (1937) 281-302. Otras traducciones al alemán y francés, cf. L. Weber, *Hauptfragen der Moraltheologie Gregors des Grossen* (Freiburg 1947) p.258 n.5-10. Sobre traducciones y ediciones españolas, véase el capítulo 6.

cinco breves cartas. Se conservan 859, divididas en 14 libros o «registros», según los años de su pontificado. De ellas corresponden a cada año:

590... 82	594... 63	598... 240	602... 50
591... 52	595... 63	599.... 21	603... 17
592... 67	596... 42	600... 60	
593... 48	597... 37	601... 17	

Los destinatarios son prácticamente todas las clases sociales: emperadores, patriarcas, metropolitanos, obispos, monjes, seglares. La edición crítica fué comenzada por P. Ewald y terminada por L. M. Hartmann en Berlín, 1891-1899, en dos tomos, en MGH [2]. En 1907, Turchi Nicolao, en una selección, clasifica las cartas en *familiares*, o dirigidas a sus amigos; *económicas*, sobre la administración del Patrimonio de San Pedro; *canónicas; pastorales*, sobre apostolado y conversión de paganos y judíos; *litúrgicas; políticas*, que tocan el tema de Roma e Italia oprimidas por los lombardos; *dogmáticas*, que toman el tema del primado y el cisma de los Tres Capítulos, y *espirituales* [3]. En su correspondencia, Gregorio se distingue por su sencillez, dignidad y eficacia. El estilo es sencillo, y, aun sin refinamientos, contribuyó a la formación del latín eclesiástico, sobre todo al del protocolo curial y jurídico. Los formularios medievales tienen mucho que agradecerle.

Entre su correspondencia pastoral siempre se han destacado las famosas respuestas a San Agustín de Cantorbery, que le consulta sobre diversos problemas de la cristianización de Inglaterra. Ciertamente se trata de una correspondencia espúrea [4].

El valor canónico de la correspondencia de Gregorio ha sido estudiado detenidamente por Giuseppe Danuzia [5]. ¡Lástima que, más que buscar el sistema jurídico íntimo de Gregorio, haya preferido acomodar el pensamiento del Santo a un esquema preconcebido! Aun así resulta un estudio lleno de interés. Las cartas canónicas están escritas en circunstancias ocasionales y tienen un valor especial para el estudio de las fuentes del Derecho canónico por su influencia en las colecciones medievales. Danuzia estudia dete-

---

[2] L. M. EWALD-HARTMANN, *Gregorii Papae I Registrum Epistolarum* (Berlín 1881-1889), 2 vols.; MGH, Epistolae, vols.1 y 2. Las respuestas a Agustín no son auténticas, cf. S. BRECHTER, *Die Quellen der Angelsachsenmission Gregors des Grossen* (Münster 1941) p.VII 13-109 y 269-278. La carta de Liciniano de Cartagena está corregida por MADOZ, S. I. (Madrid 1948, recensión J. VALLEJO: «Emérita», 15 [1947] 149-154 255ss.). Algunas correcciones a Ewalt-Hartmann en E. SCHWARTZ, *Acta Conciliorum Oecumenicorum* IV 104-137. Lo juzga con excesiva dureza D. NORBERG, *In Registrum Gregorii Magni studia critica* (Upsala 1937-1939), y en «Eranos», 44 (1945) 304-316. Véase también P. MOHRMANN: «Revue des Etudes Latines», 15 (1937) 386-389. La primera edición de las cartas de San Gregorio es la de Augsburgo, hacia 1472, por Günther Zainer.

[3] NICOLAU TURCHI, *Sancti Gregorii Magni Epistolae Selectae* (Romae 1907) XLVIII + 292 pp.

[4] S. BRECHTER, o.c., p.13-109 269-278.

[5] GIUSEPPE DANUZIA, *Lineamenti di Diritto Canonico nell registrum litterarum* (Roma 1949) 205 pp.

nidamente la doctrina de San Gregorio sobre las normas generales del derecho, liturgia, fuentes del derecho, diversos aspectos de la ley eclesiástica, las personas en general, la autoridad pontificia, metropolitana; de los concilios ecuménicos y provinciales, poder y oficio de los obispos, derechos y deberes de los monjes, relaciones entre obispos, monjes y clero; sacramentos, lugares sagrados y bienes eclesiásticos, procesos, delitos y penas [6].

Las cartas es la obra de Gregorio más cercana a nosotros. Gracias a ellas su pontificado es uno de los mejor conocidos de la antigüedad. Están escritas sin preocupaciones literarias, en lenguaje sencillo, llano, de conversación hablada, lleno de frescor.

2. «Expositio in librum Iob libri XXXV» (Moralia)

Es su obra primera, comenzada durante la nunciatura en Constantinopla, explicando verbalmente el libro de Job a su amigo Leandro de Sevilla y a sus compañeros del monasterio de San Andrés. Fué terminada en Roma, donde el Santo reelaboró las charlas de Constantinopla entre los años 591 y 595. Va dedicada a San Leandr, quien recibió, además de la carta dedicatoria, otra en que le notificaba el envío [7]. La obra consta de 35 libros. Cuando la terminó, llenaba seis gruesos códices. Es su obra de exegesis más importante. En el prólogo-dedicatoria hace la historia del libro, expone el método de trabajo y habla del estilo de la obra:

«Agradó entonces a mis hermanos, a instancias tuyas, el forzarme con sus peticiones incesantes a comenzar el libro de Job y a exponer, en la medida en que la verdad me hiciese capaz, los misterios de tan gran profundidad. Agravaron su demanda pidiéndome no sólo la interpretación alegórica de la historia, sino aplicaciones morales a los sentidos alegóricos, y, lo que es más difícil aún, que lo explicase con apoyo de otros textos, textos que debía explicar con nuevas elucidaciones cuando fuesen poco claros». Gregorio se asustó de la dimensión de la obra, «oscura, dice él, y no intentada por nadie hasta entonces» *(obscuro opere atque ante nos hactenus indiscusso)*. «Para satisfacer su deseo he compuesto esta obra de 35 libros en seis volúmenes, unas veces por medio de exegesis literal; otras, por la interpretación más alta que da la contemplación; otras, finalmente, por medio de la lección moral. A veces puede parecer que pospongo el sentido literal para apli-

[6] El uso de recoger las cartas de los Romanos Pontífices en orden cronológico data de los tiempos de Liberio, en el siglo IV. Sin embargo, los registros de Gregorio son los primeros de extensión considerable que nos han llegado. A falta de los registros auténticos, la actual colección procede de otras tres anteriores: a) *Registrum Hadrianum*, 686 cartas; b) *Collectio ducentarum epistolarum;* c) *Collectio Pauli*, 53 cartas. Los principales manuscritos de estas colecciones pueden consultarse en el tomo 2 de la edición de Ewalt-Hartmann, así como las ediciones que, en número de veintisiete, se han hecho, según el citado editor (Ewald-Hartmann, o.c., II p.VII-XXIX).

[7] Ewald-Hartmann, o.c., I 352 353-358.

carme un poco más largamente al amplio campo del sentido moral y místico. Pero quien habla de Dios es necesario cuide dejar caer todo cuanto hace mejores a los oyentes y, cuando la ocasión lo exija, se aparte útilmente del tema comenzado. El comentarista sagrado debe ser como un río. Cuando en su recorrido llega a valles hondos, se precipita en ellos con ímpetu, y cuando les ha llenado suficientemente, vuelve de nuevo a su cauce. Tal debe ser el exegeta de la palabra divina. Cualquiera que sea el tema que trate, si encuentra a su lado una buena ocasión de edificar, vuelva hacia ese valle vecino las olas de su lengua y solamente torne al cauce del tema propuesto cuando haya impregnado suficientemente el campo con su instrucción» [8].

La Biblia la interpreta atendiendo a los tres sentidos: literal, alegórico (místico, típico) y moral, usando el uno, el otro o los tres juntos según la necesidad. El sentido literal sirve para poner los cimientos de la historia; el místico, para levantar el edificio; el moral constituye el revestimiento exterior. Alternando estos tres sentidos, el autor elabora su comentario. Más adelante estudiaremos su sistema exegético.

La última parte de la carta (c.5) está dedicada a anunciar el estilo de la obra. «Cuanto tu Santidad encuentre sin calor *(tepidum)* y sin cultivo *(incultum)*, rápidamente debe perdonarlo, sabiendo, como sabe, que ello dice claramente que me encuentro enfermo. Cuando el cuerpo está triturado por molestias, la inteligencia, afectada, languidece en la búsqueda de la expresión... Porque ¿qué otro es el oficio del cuerpo sino ser órgano de la mente? Por hábil que sea un músico, no puede realizar las exigencias de su arte si no dispone de la ayuda exterior correspondiente... Al leer esta obra no busques el follaje de las palabras. El comentador de la Sagrada Escritura debe guardarse de la ligereza de una locuacidad infructuosa, porque en el templo de Dios está prohibido plantar bosques. Y todos sabemos que, cuando las cañas de la mies abundan en hojas, los granos de las espigas engordan con menor plenitud. Por eso he desdeñado atenerme al arte del bien decir (retórica), que enseña las reglas de una disciplina exterior. Y no evito la colisión del metacismo ni la confusión del barbarismo, ni cuido del orden de las palabras, de los modos de los verbos y de los casos de las preposiciones, porque juzgo totalmente indigno sujetar las palabras del oráculo celeste a las reglas de Donato».

Al hacer esta declaración estilística, que tanto ha escandalizado a algunos historiadores racionalistas, Gregorio se sitúa en una

---

[8] Epístola dedicatoria (c.2 y 3): «Quibus... parere modo per expositionis ministerium, modo per contemplationis ascensum, modo per moralitatis instrumentum volui... Unde et in eo saepe quasi postponere ordinem expositionis invenior et paulo diutius contemplationis latitudini ac moralitatis insudo. ... Sacri enim tractator eloquii morem fluminis debet imitari... Sciendum vero est quod quaedam historica expositione transcurrimus et per allegoriam quaedam typica investigatione perscrutamur, quaedam per sola allegoricae moralitatis instrumenta discutimus, nonnullas simul sollicitius exquirentes tripliciter indagamus» (PL 75,513; EWALD-HARTMANN, o.c., I 355-356).

tradición antigua entre los Padres latinos, siguiendo a San Ambrosio, San Jerónimo y San Agustín [9].

Gregorio cumple escrupulosamente su programa a lo largo de las seis partes y de los 35 libros. Comienza por un prólogo, en el que presenta a Job en sus pruebas como tipo del Redentor en su pasión y de la Iglesia en sus persecuciones. Es la alegoría fundamental del libro. La mujer de Job significa la vida carnal; sus amigos son los herejes. Gregorio no es el primero entre los Padres en abrir paso a este alegorismo. Le habían precedido en Occidente San Hilario, San Ambrosio y San Agustín en las bellísimas páginas de las *Enarrationes in Psalmos*. Todos ellos ven en el Antiguo Testamento una figura del Nuevo, siguiendo a San Pablo, especialmente en la Epístola a los Hebreos.

Gregorio estudia el libro de Job verso por verso, palabra por palabra, con tanta minuciosidad, que el primer libro, compuesto de 56 capítulos, abarca solamente el comentario de los cinco primeros versículos del capítulo primero en los tres sentidos arriba enumerados. Pero no es el sentido alegórico lo que más ha llamado la atención en la tradición literaria occidental, como lo prueba el nombre de *Morales* aceptado universalmente. En la obra prevalece la consideración moral sobre la histórica y sobre la alegórica. Con frecuencia, dice en el prólogo, «me detengo a estudiar el sentido moral para mejorar las costumbres de los que me leen». Gregorio es ante todo un moralista. En las homilías trata de formar en las virtudes cristianas al pueblo; en la *Regula Pastoralis* quiere hacer reflexionar a los obispos y sacerdotes. En los *Morales* trata de instruir en su vocación y destino a los monjes. No es que en todas las páginas tenga delante a los monjes. Páginas maravillosas hay para todos los cristianos o para clases sociales determinadas. Pero para los monjes están escritos los más bellos capítulos, que son los dedicados a la vida contemplativa. Estas enseñanzas morales deducidas de la Sagrada Escritura, después de haber aclarado los pasajes oscuros y desarrollado el sentido alegórico, constituyen el motivo conductor principal de la obra. He aquí algunos puntos morales tocados en el comentario: insidias del vicio (I 50), desprecio de los bienes temporales (II 30), virtudes cardinales (II 76), pecados de pensamiento y obra (IV 49), penitencia (IX 56), caridad (X 2), vida activa y contemplativa (VI 56), etc. Sus ideas morales las estudiaremos más adelante. Basta decir que Weber ha podido escribir una magnífica monografía sobre los problemas fundamentales de la teología moral en San Gregorio [10]. Los juegos de números y alegorías, gratos en un principio y pesadísimos para el lector de hoy, no tienen importancia en la obra de Gregorio. Por su sencillez y accesibilidad a cualquier persona de cultura media, los *Morales* fueron uno de los libros más leídos en

[9] AMBROSIUS, *Expositio Evangelica in Lucam* 2,42: PL 15,1568; HIERONYMUS, *Translatio homiliarum Originis in Hier. et Ezech.* pról.: PL 25,585; *Comment. in Ezech.* pról.: PL 25,141; AUGUST., *De doctrina christiana:* PL 24,68.

[10] L. WEBER, *Hauptfragen der Moraltheologie Gregors des G.* (Freiburg 1947).

la Edad Media. Mariniano, arzobispo de Ravena, quiso leer algunos trozos selectos en las iglesias ya en vida de Gregorio. Pronto comenzaron las traducciones, comentarios y resúmenes para hacer accesible al mundo cristiano una teología sencilla sin la sutileza y profundidad de la de San Agustín. En esa línea trabajaron Haderico, Tajón de Zaragoza, Samuel de Lorsch, Rimberto de Hamburgo, Odón de Cluny... Manitius, en su *Historia de la literatura medieval*, dedica varias páginas a estudiar la pervivencia de los *Morales* en la Edad Media [11]. René Wasselynck ha escrito una tesis en la Universidad católica de Lille, aún inédita, sobre la influencia de los *Morales* en la historia de la moral [12]. En el capítulo 2 estudia las principales copilaciones de la obra, que son las de Paterio, Tajón de Zaragoza y Lothem, que favorecieron la difusión de la moral gregoriana en el siglo VIII. En el capítulo 3 estudia la influencia en los moralistas desde Isidoro de Sevilla (560-636) a Hincmaro de Reims (806-882). Esta influencia desborda completamente el orden de algunas obras que se pueden citar como inspiradas en Gregorio, como se puede colegir por los catálogos de las bibliotecas medievales, en ninguno de los cuales faltan ejemplares de los *Morales*. Por estos manuscritos se puede colegir claramente no sólo su difusión geográfica, sino también la hondura de su penètración vital.

3. «Regula Pastoralis»

Es un libro pequeño, bien concebido, sobre el tipo ideal de obispo. Acaso sea la obra maestra de Gregorio. Ya en el libro 30 de los *Morales* la anuncia, si los quehaceres constantes de su vida le dejan tiempo [13]. En el prólogo-dedicatoria a su amigo Juan, obispo de Ravena, le expone la ocasión y contenido de la obra. «Me reprendes, hermano carísimo, con amorosa y muy humilde intención, porque escondiéndome quise huir las cargas y pesadumbres del pontificado. Y, por que no les parezcan a algunos livianas, quiero mostrar en este libro todo lo que entiendo que hay de trabajo en ellas, para que no las desee inconsideradamente quien no las tuviere. Y si las deseó con inconsideración, tiemble de haberlas alcanzado» [14]. A continuación divide el libro en cuatro partes: cualidades que debe tener el que aspira a la dignidad episcopal, cómo debe vivir y conducirse en ella, cómo debe enseñar y, finalmente, cómo debe reflexionar sobre sí mismo y considerar de continuo su flaqueza. Esta última parte no tiene más que un capítulo y es la conclusión de toda la obra. Es una invitación al sacerdote a entrar en sí mismo y considerar su debilidad. Es la parte

11 Manitius, *Gesch. der latein. liter. des Mittelalters* (Munich 1911) I 98 ss.
12 R. Wasselynck, *Les «Moralia in Iob» de Saint Grégoire le Grand et leur influence sur la moral du Haut Moyen Age Latin* (1952) 151 pp.
13 *Moralia* XXX c.3: PL 76,531.
14 *Regula Pastoralis* pról.

más breve. La más larga es la tercera. La *Regla Pastoral* va dirigida fundamentalmente a los obispos, como los *Morales* a los monjes y las *Homilías* al pueblo.

El libro 1 comienza diciendo que ningún arte se puede improvisar ni enseñar sin antes haberlo aprendido. Por eso es gran temeridad encargarse sin preparación del oficio pastoral, ya que es arte de artes el gobierno de las almas. El arte de ser médico de los cuerpos no se improvisa, hace falta ciencia de vida. Gregorio exige como primera cualidad del sacerdocio la ciencia. No hay que admitir a los ignorantes ni a los que vienen por ambición o por gusto de los honores. Ningún ignorante se atreve a ser maestro (c.1), ni quien deshace con sus obras lo que enseña con sus palabras, ni quien carece de dominio de sí, lo mismo en las adversidades que en la prosperidad (c.3). Pero si nadie debe buscar voluntariamente el episcopado, tampoco debe substraerse el que sea capaz de ayudar a los demás, ni para buscar la paz (c.4) ni la humildad (c.5 y 6). En el capítulo 10 traza el retrato del que ha de ser prelado, y en el capítulo 11 del que jamás debe aceptar esa dignidad.

La segunda y tercera parte constituyen el centro del libro: vida del pastor y dirección de las almas. En el capítulo 1 de la segunda parte expone las cualidades del pastor en acción: uno en sus pensamientos (c.2), señalado en sus obras (c.3), discreto en el silencio y provechoso en las palabras (c.4), compasivo y dado a la contemplación (c.5), amigo de los buenos por la humildad y recto contra los vicios por el celo de la justicia (c.6). Que el cuidado de las cosas exteriores no disminuya el de las interiores, ni el de las interiores le impida proveer a las exteriores (c.7), sabiendo que no tiene por oficio agradar (c.8); que tiene que tener penetración para distinguir las virtudes de los vicios con apariencia de virtud (c.9), y discreción lo mismo en el reprender que en el disimular (c.10). Finalmente, el que gobierna ha de tener cuidado de meditar cada día la Sagrada Escritura (c.11).

La tercera parte trata de los deberes sacerdotales, que son la predicación y la dirección diversa que se ha de dar a las diversas clases de personas. «Porque no todos tienen las mismas costumbres, y muchas veces daña a unos lo que aprovecha a otros. A veces las hierbas que alimentan a algunos animales causan a otros la muerte, y el silbido suave, que amansa al caballo, azora al perro y lo inquieta... De forma que la doctrina del que enseña debe ser conforme con las cualidades del que oye... ¿Qué otra cosa son las almas de los oyentes sino cuerdas tensas de una cítara que el músico toca diferentemente para que hagan una concertada armonía? El artista pulsa con el mismo dedo, pero con diverso golpe. Así debe hacer cada obispo. Ha de enseñar la misma doctrina y con la misma fuerza de caridad, pero con diferente exhortación [15]. Gregorio distingue 36 formas diversas de predicación, y a cada una dedica un capítulo. Hombres y mujeres, mozos y viejos, ricos

[15] *Regula Pastoralis* p.3.ª pról.

y pobres, alegres y tristes, súbditos y gobernantes, siervos y señores, sabios y rudos, impudentes y vergonzosos, contumaces y pusilánimes, impacientes y sufridos, benévolos y envidiosos, sencillos y dobles, sanos y enfermos, inocentes y obstinados en el vicio, callados y parleros, perezosos y lanzados, mansos e iracundos, humildes y soberbios, pertinaces e inconstantes, misericordiosos y rapaces, codiciosos y dadivosos, amigos de la paz y de la discordia, los que no entienden la Sagrada Escritura y los que la entienden, los que tienen negocios y desean más y los que los desean y no los tienen, los casados y los solteros, los que lloran pecados de obra y los que sólo de pensamiento, los que lloran pecados y no los dejan y los que los dejan y no lloran, los que se alegran de hacer el mal y los que reprenden el mal y no lo dejan, los que cometen culpas pequeñas y los que se guardan de las pequeñas, pero caen en las grandes; los que aún no comienzan a hacer obras buenas y los que llevan a cabo las que comenzaron, los que hacen mal en secreto y bien en público y los que esconden las obras buenas y no se les da nada ser tenidos por malos. Esta descripción de caracteres diversos, fundada en generalidades psicológicas elementales, contiene consejos magníficos, remedios claros para los más diversos defectos. Es admirable el capítulo dedicado a la santificación de los enfermos. Gregorio era enfermo crónico de estómago. La última parte es una sencilla conclusión: el obispo debe velar diariamente sobre sí para que la grandeza de la virtud no le sea causa de perdición.

La *Regla Pastoral* es un código de santidad sacerdotal tanto como un tratado de pastoral. Fué acogida favorablemente y pronto llegó a ser el código de los obispos, lo mismo que la regla de San Benito era el código de los monjes. Gregorio es ante todo el pastor bueno de su grey, es decir, de Roma y de toda la cristiandad. Fué profusamente distribuída por Gregorio. Leandro la propagó en España. El emperador Mauricio la hizo traducir al griego. Concilios, obispos y gobernantes la recomiendan como indispensable. Carlomagno manda en 813 que se lea con la Biblia y algunos escritos de los Santos Padres. El sínodo de Maguncia del mismo año la recomienda [16]. El canon 30 del concilio de Chalons ordena que ningún obispo desconozca los *Concilios* y la *Regula Pastoralis*. En el concilio de Aquisgrán de 836 hay varios cánones que reproducen a la letra diversos pasajes de la *Regula*. Por Hincmaro de Reims sabemos que, en la consagración episcopal, el consagrando se arrodillaba ante el altar, tomaba en sus manos los *Cánones* y la *Regula* y juraba vivir y enseñar según ellos. Al sajón la tradujo personalmente Alfredo el Grande en el siglo IX, poco después de los concilios mencionados. Para él, se trata de un libro que debe conocer toda la juventud inglesa.

Fué libro de oro de la pastoral medieval con su estilo sentencioso, que no baja a casos concretos. Es un libro de teoría que

16 HEFELE, *Histoire des Conc.* III 1137.

mira a la práctica. Una larga hilera de ideas luminosas entregadas a la inteligencia del obispo. «Libro en estilo breve, en doctrina prolijo, lleno de misterios, más dulce que la miel», según decir de Columbano [17].

4. LX «Homiliae in Evangelia»

Las veinte primeras homilías de esta colección fueron leídas al pueblo por un notario de la Iglesia romana en presencia de Gregorio, que no podía predicar a causa de su enfermedad crónica de estómago [18]. Las otras veinte (21-40) las predicó personalmente, no sin esfuerzo. Fueron dirigidas al pueblo romano, reunido en las basílicas los días de fiesta para celebrar las estaciones durante el año 591. En verano, por causa del calor, interrumpió la predicación, que reemprendió de nuevo con el otoño al refrescar la cálida atmósfera romana [19]. Los estenógrafos recogían sus palabras, y, contra su voluntad, sin las correcciones que él creía oportunas, se iban difundiendo. Entonces Gregorio, según dice en la dedicatoria a Secundino, obispo de Taormina (Sicilia), las corrigió y publicó en dos libros, y, para evitar toda alteración en el futuro, depositó una copia auténtica en la biblioteca de la Iglesia romana [20].

Las *Homilías sobre los Evangelios* son la obra dedicada directamente al pueblo, como los *Morales* va directamente dirigida a los monjes y la *Regula Pastoralis* a los obispos y sacerdotes. Tuvieron una acogida no menos favorable que la *Regula*. Difícilmente en la historia de la Iglesia se podrá encontrar una colección de homilías tan leída y meditada. Casi en su totalidad figuran en el oficio litúrgico del breviario. En él hay trozos de todas las homilías, menos de dos.

Gregorio es un predicador popular habilísimo. La masa acudía gustosa a oír su palabra. Habla al pueblo en forma clara, sencilla, paternal. No toma como materia problemas teológicos profundos ni abusa de la interpretación alegórica. Expone los pasajes escogi-

---

17 Columbae sive Columbani, *Epistola* 1.ª p.159, ed. de Gunlach; MGH, Series Epist., vol.3, *Epistolae Karol. aevi* I p.159.

18 Io. Diac., *Vita Gregorii* II 18: PL 75,94; *Hom. in Evang.* II hom.21: PL 76,1169; Ewald-Hartmann, o.c., I 251.

19 *Hom. in Evang.* II hom.34: PL 76,1246.

20 Pfeilschrigter, *Die authentische Ausgabe der Evangelien-Homilien Gregors des Gr.*, Verofentlich.des Kirchenhist. Seminars (München 4, 1900). Sobre la calidad de las copias dice Gregorio lo siguiente: «Quia idem carissimus quondam meus Claudius, aliqua me loquente de Proverbiis, de Canticis Canticorum, de Prophetis, de libris quoque Regum et de Eptatico audierat, quae ego scripto tradere, prae infirmitate non potui, ipse ea suo sensu dictavit ne oblivione deperirent, ut apto tempore haec eadem mihi inferret et emendatius dictarentur. Quae cum mihi legisset, inveni dictorum meorum sensum valde inutilius fuisse permutatum. Unde necesse est ut tua experientia, omni excusatione et mora cessante, ad eius monasterium accedat, convenire fratres faciat, et sub omni veritate quantascumque de diversis Scripturae chartulas detulit, ad medium deducat, quas tu suscipe et mihi celerrime transmitte» (Ewald-Hartmann, o.c., II 352).

dos con claridad y los aplica con cordialidad y feliz intuición a los casos prácticos de la vida. Gregorio habla al romano medio cuando Roma ya no era cabeza del mundo y su antigua arte, sus palacios y sus templos estaban en gran parte derruídos. Gregorio vivía con intensidad aquella experiencia escatológica de un mundo atormentado, de una cultura en quiebra, de una época que había llegado al ocaso y de otra que nacía. Su afán es llegar al corazón de su pueblo, ponerse a la altura de sus oyentes. Plantear problemas dogmáticos de envergadura cuando el gran problema de aquellos días era simplemente vivir, hubiera estado fuera de lugar. El oyente medio no lo hubiera comprendido. Gregorio se hace alma de su pueblo durante aquellos años. Recoge el ambiente de destrucción que le rodea, recuerda el fin del mundo. Invita a la penitencia, a la caridad, a la limosna, a hacer el bien, al desprecio de los bienes terrenos, a la humildad. La lección moral es, sin duda, la parte mejor y más característica de esta predicación. Trata de realizar en las homilías el ideal del pastor que enseña lo que vive, según nos lo describe en los primeros capítulos de la *Regla Pastoral*.

El proceso ordinario de una homilía lo describe en la 40. Ante todo expone el sentido literal, base de los otros sentidos. Después desarrolla las consideraciones morales correspondientes de modo acomodado al auditorio. Su obligación es gobernar a su pueblo; predicar es uno de sus primeros deberes como obispo.

Los temas preferidos en sus homilías son la caducidad de los bienes de este mundo (hom.1), la necesidad de las obras buenas (12 y 39), hechas con recta intención y no con fines bastardos (12 y 13); la necesidad de la limosna generosa, dando no sólo de lo superfluo, sino de lo necesario (20); la caridad (33-39); las obras de misericordia (39); humildad y obras virtuosas como expresión de auténtica nobleza (28); obligaciones de los ricos y de los pobres (40); deberes del pastor de almas (39 y 17). Esta última homilía no fué predicada al pueblo, sino sólo a los obispos, en San Juan de Letrán, y es una de las mejores piezas de la colección. En otras homilías toca el tema del juicio (17), el valor del dolor (36), la misericordia divina (33), el valor cristiano (6 y 7). A veces promete ser breve: él está débil, la estación se encuentra lejos y el camino es difícil. Después se alarga más de lo debido y debe pedir perdón (35). Su sinceridad en las homilías puede verse de relieve en la homilía 17, que es un examen de conciencia dirigido a los obispos. Les reprocha violencias, injusticias, tibieza, tráfico con las cosas santas, dejarse arrastrar por los negocios seculares. Gregorio se muestra insatisfecho de sus debilidades y de las de sus súbditos y sólo encuentra excusa en las necesidades que les rodean *(barbarici temporis necessitate)*.

El sitio en que fueron pronunciadas consta al principio de cada una de las homilías. Nueve fueron predicadas en la basílica de San Pedro, una en San Pablo, seis en San Juan de Letrán, dos en Santa María la Mayor, dos en San Clemente y una en cada una de las siguientes iglesias: San Andrés, Santos Apóstoles Felipe y Santiago,

San Esteban, Santos Nereo y Aquileo, Santos Pedro y Marcelino (vía Merulana), Santos Juan y Pablo (Monte Celio), San Silvestre. Extramuros predicó cuatro en San Lorenzo, dos en Santa Inés y una en las siguientes iglesias: San Esteban, Santa Felicitas (vía Salaria), San Félix, San Pancracio (vía Aurelia), Santos Proceso y Martiniano (vía Aurelia), San Menas (vía Ostiense).

En cuanto al tiempo litúrgico, predicó en las siguientes festividades:

NÚM.	LUGAR	TIEMPO LITÚRGICO
1	Basílica de San Pedro.	Domingo 2.º de Adviento.
2	Basílica de San Pedro.	Domingo de Quincuagésima.
3	Santa Felícitas.	Fiesta de la Santa.
4	San Esteban.	Fiesta del Santo.
5	San Andrés.	Fiesta del Santo.
6	Santos Marcelino y Pedro.	Domingo 3.º de Adviento.
7	San Pedro.	Domingo 4.º de Adviento.
8	Santa María la Mayor.	Navidad.
9	San Silvestre.	Fiesta del Santo.
10	San Pedro.	Fiesta de la Epifanía.
11	Santa Inés.	Fiesta de la Santa.
12	Santa Inés.	Fiesta de la Santa.
13	San Félix Confesor.	Día del Santo.
14	San Pablo.	Domingo 2.º de Pascua.
15	San Pablo.	Domingo de Sexagésima
16	San Juan de Letrán.	Domingo 1.º de Cuaresma.
17	San Juan de Letrán.	A los obispos.
18	San Pedro.	Domingo de Pasión.
19	San Lorenzo.	Domingo de Septuagésima.
20	San Juan Bautista.	Sábado de las cuatro Témporas de Navidad.
LIB. II		
21	Santa María la Mayor.	Domingo de Resurrección.
22	San Juan de Letrán.	Sábado de Pascua.
23	San Pedro.	Lunes de Pascua.
24	San Lorenzo.	Miércoles de Pascua.
25	San Juan de Letrán.	Jueves de Pascua.
26	San Juan de Letrán.	Octava de Pascua.
27	San Pancracio.	Día de su fiesta.
28	Santos Nereo y Aquileo.	Día de su fiesta.
29	San Pedro.	Día de la Ascensión.
30	San Pedro.	Pentecostés.
31	San Lorenzo.	Sábado de las cuatro Témporas de Sept.
32	Santos Proceso y Martiniano.	Día de su fiesta.
33	San Clemente.	Viernes de las cuatro Témporas de Sept.
34	Santos Juan y Pablo.	Domingo 3.º d. de Pentecostés.
35	San Menas.	Día de su fiesta.
36	Santos Apóstoles Felipe y Santiago.	Domingo 2.º d. de Pentecostés.

NÚM.	LUGAR	TIEMPO LITÚRGICO
37	San Sebastián.	Día de su fiesta.
38	San Clemente Mártir (Mt. 22, 1.13).	
39	San Juan de Letrán (Lc. 19, 42.47).	
40	San Lorenzo Mártir.	Domingo 2.º d. de Pentecostés.

La lección moral se da ordinariamente en forma de exhortaciones y preceptos. Pero en Gregorio se encuentra, acaso por primera vez en la predicación cristiana, un recurso característico ampliamente difundido en la Edad Media: la predicación con ejemplos no sacados de la Sagrada Escritura, tan usada actualmente por los misioneros y de la que tanto se ha abusado en la Historia, tiene uno de sus primeros cultivadores en Gregorio. La muerte desgraciada de Quisaorio (hom.12 n.7), el bienaventurado tránsito de Sérvulo, «que muchos de vosotros habéis conocido conmigo» (hom.15 n.5), y otros ejémplos que se encuentran casi a la letra en el libro 4 de los *Diálogos* (hom.12,7: *Diál.* IV 40; hom.15,5: *Diál.* IV 15; hom.35, 8: *Diál.* IV 12; hom.37,9: *Diál.* IV 58; hom.38,15: *Diál.* IV 17; hom.40,11: *Diál.* IV 16).

Modelo de elocuencia pastoral y de predicación litúrgica, ha sido uno de los libros más venerados de la Edad Media [21]; su eficacia pastoral fué muy grande. Juntaba, como el pastor ideal, la palabra con las obras de santidad y caridad. Aquellas estaciones debieron constituir verdaderas explosiones de fe, si hemos de creer a Juan Diácono [22].

5. «Homiliarum in Ezechielem libri duo»

Las 22 homilías sobre Ezequiel están divididas en dos libros de 12 y 10 homilías, respectivamente. El primero está dedicado al obispo Mariniano [23], y el segundo a sus compañeros de claustro. No tienen relación con las estaciones ni con la liturgia del año. Son más bien una exegesis alegórica de la profecía de Ezequiel, con derivaciones teológicas y morales. Por eso, esta obra, como género literario, se acerca más a los *Morales* que a las *Homilías sobre los Evangelios*.

A petición de los fieles, comenzó Gregorio a explicar el profeta Ezequiel. Como en las 12 primeras homilías sólo comentó los tres

---

21 Los manuscritos de las homilías sobre los Evangelios abundan en todas las bibliotecas europeas, como puede verse en Moricca, o.c., p.1564, y en PL 76,1075. Sobre el antiquísimo códice de Barcelona véase E. A. Lowe: «Revue Bénédictine», 43 (1931) 103ss., y P. Truyols y Tubau, *Butletti de la bibl. de Catalunya* n.8,5-6 (1918-1919) 186-194; otros códices españoles, cf. el capítulo último.

22 Io. Diac., *Vita Gregorii* II 18-19: PL 75,95.

23 PL 76,785.

primeros capítulos y cuatro versos del cuarto, pasó entonces a explicar la última visión de Ezequiel en el capítulo 40 en otros diez sermones. «Dos cosas me preocupan—dice en el prólogo al libro segundo—: la obscuridad del texto y la rapidez con que Agilulfo se ha lanzado hacia Roma para sitiarla. Ya sabemos lo que ha pasado en Padum. Pensad, hermanos, qué poco puede penetrar en los sentidos místicos el entendimiento preocupado por el miedo de estas perturbaciones» [24]. Gregorio dedicó la última parte de la homilía 6 del libro segundo a hacer la oración fúnebre más maravillosa sobre la desaparición de Roma. De ella tratamos en el capítulo 2. Las negociaciones con los lombardos interrumpieron definitivamente el comentario a Ezequiel. Tomados por los taquígrafos, estuvieron olvidadas ocho años. A petición de los monjes de San Andrés, las revisó cuando la angustia de las tribulaciones se lo permitieron [25], y las recogió en dos libros hacia el año 600.

Las homilías sobre Ezequiel constituyen, con los *Morales*, la mejor obra teológica de Gregorio, con los mismos caracteres de los Comentarios a Job: estudio alegórico de las Sagradas Escrituras con aplicaciones teológicas y prácticas. He aquí los principales temas tratados:

NÚM.	TEMAS
1	Naturaleza de la profecía.
2	Exegesis de Ezeq. 1,1-6.
3	Cargos pastorales, vida activa y contemplativa en el predicador.
4	El predicador debe atender a Dios y a sí mismo.
5	Impulso e inhabitación del Espíritu Santo.
6	Sagrada Escritura y Evangelios.
7	Oficios de la caridad.
8	Divinidad de Jesucristo. Encarnación. Unidad de la Iglesia.
9	Gracia y libre albedrío. Obscuridad de la Sagrada Escritura.
10	Lectura, meditación y predicación de la Sagrada Escritura.
11	Del oficio pastoral. Pecados de los prelados y de los súbditos.
12	Cualidades del predicador.
LIB. II	
1 (13)	Cristo y la Iglesia. Ocultos juicios de Dios (c.40,1-3).
2 (14)	Vida activa y contemplativa (c.40,4-5).
3 (15)	La Iglesia, casa de los justos de ambos Testamentos (c.40,6-8).
4 (16)	Exposición alegórica moral (c.40,9-12).
5 (17)	De la contemplación (c.40,12-17).
6 (18)	Perfección del cristiano y del apóstol (c.40,17-20).
7 (19)	Inhabitación y dones del Espíritu Santo (c.40,20-17).
8 (20)	De la resurrección (c.40,27-38).
9 (21)	Del oficio pastoral.
10 (22)	De las virtudes teologales. Vida activa y contemplativa.

Al terminar se despide así de sus oyentes: «Nadie me reprenda si termino, pues nuestras tribulaciones han crecido en extremo,

[24] PL 76,933ss.
[25] EWALD-HARTMANN, o.c., II 363.

como veis. Estamos rodeados por todas partes de espadas; por doquier tenemos peligro inminente de muerte. Unos vuelven a nosotros con las manos cortadas; otros están cautivos; otros muertos. Es necesario reprimir la lengua, pues me da tedio de mi vida» [26]. Desde el punto de vista ascético, algunas de las homilías sobre Ezequiel son verdaderas joyas de la historia de la espiritualidad y sirven maravillosamente para conocer la ascética del Santo. Tales son la 9, 10, 11 y 12 del libro primero, y la 2, 5, 7, 9 y 10 del libro segundo. Pocas veces, como aquellos días del 593, fué la voz de Gregorio sostén de Roma. Fueron muy leídas en la Edad Media e incluso traducidas al alemán [27]. Entre las homilías de Gregorio hay que contar la *Oratio ad plebem de mortalitate*, pronunciada después de su elección y antes de su consagración pontifical [28].

6. «Libri IV dialogorum de vita et miraculis Patrum Italicorum et de aeternitate animarum»

Es la más original y popular de sus obras. La escribió a petición de sus amigos, para dar a conocer a sus contemporáneos la vida de los santos de Italia. Un día, dice en el prólogo, agobiado del peso del trabajo, se retiró a un lugar secreto, amigo de su pena. Afligido y silencioso, se le presenta el diácono Pedro, rector del Patrimonio de San Pedro en Sicilia y en Campania, quien le pregunta la causa de su tristeza. «Es—responde—siempre antigua por su causa y siempre nueva por su aumento: la incurable nostalgia de la vida monástica, a quien ha tenido que decir adiós al ser consagrado obispo. A agravar mi dolor contribuye el recuerdo de las cimas de perfección que alcanzaron muchos de los que abandonaron el mundo y el bajo fondo en que me hallo». Pedro, hombre sensato y un tanto escéptico, confiesa que no sabe que en Italia existan santos que hayan hecho milagros. Le replica Gregorio que en Italia los hay y los ha habido conocidos suyos, o de quien ha oído hablar a testigos fidedignos. Gregorio accede a la petición del diácono de narrárselos, ya que a muchos los buenos ejemplos les arrastran más que los sermones. Los cuatro libros de los *Diálogos* satisfacen los legítimos deseos del diácono Pedro.

Afortunadamente contamos con una edición crítica de los *Diálogos*, de Humberto Moricca, precedida de un magnífico estudio, que el autor reproduce en gran parte en su *Historia de la literatura latina cristiana* [29].

---

[26] PL 76,1072.

[27] Bardenhewer, o.c., V 297.

[28] PL 76,1311; Io. Diac., o.c., I 41: PL 75,79.

[29] U. Moricca, *Gregorii Magni Dialogi libri IV*, Fonti per la Storia d'Italia (Roma 1924); *Storia della letteratura latina cristiana* III 1562-1722. Un juicio crítico de la edición de Moricca véase en García M. Colombás, *San Benito* (BAC, 115) p.150ss. García M. Colombás ofrece una edición crítica corregida del l.2 de los *Diálogos*. Las antiguas versiones inglesa, francesa e italiana las recensiona Bardenhewer, o.c., V 294. Véase también A. Albareda, O. S. B., *Bibliografía diversa de la Regla benedictina* (Montserrat 1933) p.46ss.

Aunque la obra parece histórica, escrita preferentemente con intención informativa, el Papa se propone algo más profundo que narrar unos hechos y visiones, milagros y profecías, y sacar unas lecciones morales proponiendo ejemplos luminosos que imitar en su vida a obispos, monjes y seglares. Todas las obras de Gregorio hay que mirarlas a través de las trágicas circunstancias históricas que le tocó vivir. En este sentido, cabría, hasta cierto punto, ver en ella una intención de teología de la historia, de estilo menos grandioso, pero no ajeno a los libros de la *Ciudad de Dios*, de San Agustín. Podríamos decir que son la *Ciudad de Dios* escrita para la gente sencilla y llena de dolor del siglo VI. Italia parecía abandonada de las manos de Dios. Una tras otra se seguían las invasiones de los godos, lombardos, eslavos, con sus avances y retrocesos, y las reconquistas de las tropas bizantinas. Entonces Gregorio muestra la presencia extraordinaria de Dios en Italia a través de sus santos y de sus obras maravillosas. El santo era para el hombre medieval el amigo de Dios, participa del poder divino al hacer milagros, y de la ciencia divina en las profecías. Milagros y profecías son manifestaciones de la presencia del Altísimo en el santo. El santo es el instrumento de que Dios se vale para realizar sus obras. La conversión de nuevos pueblos y el nacimiento de nuevas culturas cristianas es una de las obras más maravillosas del brazo de Dios. La lucha de la concepción de la vida cristiana y pagana suscita siempre hombres extraordinarios en fuerza sobrenatural de santidad de vida y dones de gracia. Italia, llena de estos hombres, no está abandonada de Dios. Aunque pase por las amarguras de tantas tribulaciones, Dios está presente a su pueblo. Por eso el diácono Pedro exclama admirado ante tantas maravillas: «Cierto que vemos diariamente realizarse la palabra de la Verdad, que dice: *Mi Padre hasta ahora obra, y yo obro*» [30]. Así, los *Diálogos*, en que el lector actual no ve más que una sucesión de anécdotas más o menos admisibles críticamente, en su tiempo tuvieron un valor y una intención más profundos. Con razón dice Pedro: «Estamos en grandes tribulaciones, pero los milagros admirables que me narras prueban que no estamos abandonados por el Creador» [31].

Gregorio compuso su obra en 593 en forma dialogada. El diálogo como género literario estaba ya cristianizado: San Justino, San Jerónimo, Teodoreto, Casiano y otros lo habían empleado con gracia. Incluso lo habían usado en obras hagiográficas Paladio y Sulpicio Severo. Gregorio se sirve de él como recurso literario para llegar con libertad de acción y de expresión a todos los campos y proponer exquisitos ejemplos de virtud a toda clase de personas. Cuida de escoger como interlocutor a Pedro, íntimo amigo y colaborador suyo, hombre práctico y sin problemática excesiva.

Según indica el título, Gregorio ha querido restringir su tratado a los monjes de Italia, salvo raras excepciones, como la del marti-

---

[30] *Diál.* I 7: PL 77,185.
[31] *Diál.* III 30: PL 77,292.

rio de San Hermenegildo [32]. Fiel a la nomenclatura de las provincias imperiales, localiza los hechos que cuenta principalmente en Umbría, Campania, Valeria, Toscana y Samnium. Para Gregorio, Italia es Roma y las provincias adyacentes. Algunos han negado la autenticidad de los *Diálogos* o han tratado de atribuírselos a Gregorio II, poniendo su composición hacia el 714. Otros los atribuyen a San Gregorio con interpolaciones posteriores. Este es un problema histórico ya totalmente resuelto [33]. Los *Diálogos* están divididos en cuatro libros. Dedica el segundo a narrar la vida de San Benito; en el cuarto toca los problemas de los novísimos, narra apariciones de difuntos y trata de probar la inmortalidad de las almas. Allí plantea el problema de la eternidad de las penas del infierno, del lugar en que se encuentra, de la naturaleza de su fuego, que es corpóreo; la existencia y caracteres del purgatorio y del cielo. Pero acaso el tema preferido sea el de la muerte del justo [34].

Los *Diálogos* plantean incontables problemas, que Moricca, Dudden y otros biógrafos estudian largamente: su relación con la literatura hagiográfica del siglo VI, particularmente con *Gesta martyrum*. Esta obra es un canto a los mártires de las persecuciones, como los *Diálogos* son el canto a los confesores. El problema de las fuentes de los *Diálogos*, de sus supuestas contradicciones históricas, tan echadas a vuelo por la crítica racionalista; la localización y la datación de los milagros, visiones y profecías. Los *Diálogos* son un maravilloso documento histórico de la vida de su tiempo en las ciudades, aldeas y monasterios; de la vida pública y privada, civil y religiosa [35]. El estudio de estos aspectos nos llevaría demasiado lejos en esta breve introducción. Es un libro deliberadamente popular. Por experiencia propia, vivida en las homilías, sabía cuánto gustaban al pueblo los hechos edificantes y que los ejemplos inflaman en el amor más que las palabras. Los *Diálogos* fueron traducidos al griego por el papa Zacarías (741-752), al árabe, al anglosajón.

7. Sacramentario y antifonario. Obras apócrifas

Gregorio escribió otras obras exegéticas que no se conservan, acaso por haberlas destruído o por no haber podido corregirlas. Desde luego, Gregorio estaba asustado por los cambios de sentido que introducían correctores voluntarios y los copistas. Ciertamente, había predicado sobre los Proverbios, el Cantar de los Cantares, los Profetas, los libros de los Reyes y el Pentateuco. Un monje llamado Claudio, que había pertenecido a la comunidad del monte Celio cuando Gregorio buscó en ella la paz y la alegría de la con-

32 *Diál.* III 31: PL 77,289-292.

33 Dudden, *Gregory the Great* I 231ss.; Moricca, *Storia della letteratura lat. crist.* III 1673ss.

34 *Diál.* IV 10 11 12 13 14 16 17.

35 Moricca, o.c., 1671-1715; García Colombás, o.c., p.144-149.

templación, las revisó a su modo para que no se perdiesen. Pero el sentido estaba tan cambiado, que Gregorio mandó recogerlas. No parecen pertenecer, al menos completamente, al Santo las obras recogidas por Migne en el tomo 79 de la Patrología Latina: *In librum primum Regum expositionum libri sex* [36], *Super Cantica Canticorum expositio* [37], *In septem Psalmos poenitentiales expositio* [38], *Concordia quorundam testimoniorum Sacrae Scripturae* [39]. En cambio, tuvo una influencia grande en el sacramentario y antifonario llamados gregorianos.

Se llamaba sacramentario en la alta Edad Media el libro de las fórmulas usadas por el sacerdote en la celebración de la misa y en la administración de los sacramentos: colecta, secreta, prefacio, canon, poscomunión y oración *super populum*. La palabra deriva de *sacramentum*, que entonces significaba principalmente la Eucaristía, o sacramento por antonomasia. Desde el siglo VI, el sacramentario era el libro del celebrante, como el evangeliario y epistolario eran los libros del diácono y subdiácono. Los principales sacramentarios antes del gregoriano son el leoniano y el gelasiano, atribuídos a San León Grande (440-461) o a San Dámaso (366-384) el primero y al papa Gelasio el segundo (492-496). El sacramentario gregoriano sucedió al gelasiano y le suplantó casi totalmente. Fué una reforma en busca de una mayor brevedad y simplificación en la liturgia. Los tres libros de que está compuesto el gelasiano quedan refundidos en uno. En él subsiste la misma triple división en oficios propios de tiempo, de santos y oficios comunes. Con algunos retoques, el sacramentario gregoriano es el misal actual.

¿Es San Gregorio el autor? La tradición se lo atribuye unánimemente desde San Adelmo († 709), en el siglo VII.

La tesis contraria, de A. Gewaert y de G. Eckar, es inadmisible [40]. Gregorio es autor del sacramentario de modo diverso a como lo es de los *Diálogos* o de los *Morales*. Gregorio simplificó o mandó simplificar y refundir la liturgia anterior, que alcanzó, gracias a él, los caracteres que la hicieron triunfar definitivamente en la Edad Media. El sacramentario parece fué compuesto hacia el año 595, acaso para el sínodo de aquel año, en que se hicieron importantes reformas litúrgicas. Gregorio tuvo que defenderse contra los que le echaban en cara bizantinizar la liturgia romana. Culto y cultura tienen relaciones estrechas. Al nacer la nueva cultura del Medievo, Gregorio supo embellecer el culto y dar

---

36 PL 79,17-468; B. CAPELLE, *Les homélies de Saint Grégoire sur le Cantique:* «Revue Bénédictine», 41 (1929) 205. Parece obra gregoriana retocada por otro. Véase la nota 20 de este capítulo, EWALD-HARTMANN, o.c., II 352.

37 PL 79,471-548. Sobre su autenticidad, B. CAPELLE, a.c., 41 (1929) 204-219.

38 PL 79,549-658. Sobre su atribución a Egberto, obispo de Reggio Emilia, véase MERCATI, *L'Autore della Expositio in septem psalmos poenitentiales fra le opere di S. Gregorio Magno:* «Revue Bénédictine», 31 (1914) 250.

39 PL 79,659-678. Sobre los apócrifos atribuídos a San Gregorio y sus posibles autores, cf. «Sacris Erudiri», *Clavis patrum latinorum* III (1951) 290-291 n.1715-1721.

40 H. LECLERQ, *Dict. d'Archéologie chrétien et de Liturgie* XV 242-285; VI 1776-1796.

sobria magnificencia a las solemnidades litúrgicas. En su tiempo se celebraron las últimas carreras en el circo dadas por Totila al pueblo romano, y comenzó el florecimiento de la Orden Benedictina. En su tiempo se enriqueció definitivamente el culto. En este sentido es justo el título que se le ha dado de «padre de las santas ceremonias». Precisar más detenidamente los límites de la intervención gregoriana en cada oración, prefacio, etc., es una labor larga y penosa, en que derraman nueva luz cada año continuas investigaciones. Por lo demás, los manuales de la historia de la liturgia nos transmiten las palabras que Gregorio añadió en el *Te igitur, Hanc igitur*, memento de los vivos, etc.

Antifonario

Hoy se entiende por antifonario el libro litúrgico que contiene todos los cantos del oficio divino: antífonas, himnos, versos, etc. Entre los tratadistas de canto gregoriano, este libro designa la colección de cantos litúrgicos que se hace remontar por tradición a San Gregorio Magno, y que se designa comúnmente llamándole canto gregoriano.

Lo dicho sobre el sacramentario cabe aplicarlo al antifonario. Existe la misma disputa sobre la atribución, entendida en el sentido de selección y refundición, desechando y escogiendo hasta conseguir una colección definitiva. A fines del siglo pasado, la disputa fué muy viva, particularmente entre Augusto Gewaert y G. Morin. Hoy nadie discute a Gregorio una intervención fundamental en la historia del canto gregoriano. Gregorio consiguió coordinar los diversos cantos en uso en una sola liturgia, que poco a poco se impuso como universal expresión religiosa. Gregorio fué un ordenador y restaurador del canto eclesiástico, seleccionando, concretando, transformando, ordenando en una época en que el nacimiento de nuevos pueblos hacía sentir más que nunca la necesidad de una sistematización del canto eclesiástico.

Además, supo plasmar la continuidad de su obra creando una escuela superior de cultura musical con su alumnado y profesorado especializado. Eso fué la *Schola Cantorum* por él restaurada y ampliada. La Edad Media tuvo, gracias a él, una expresión musical común, el gregoriano, cantado en toda Europa desde el siglo XI, salvo en los pequeños círculos ambrosiano y mozárabe. La cristiandad sacral cantó al unísono gracias a él. El antifonario de Gregorio se conservó largos años en San Juan de Letrán atado con una cadenilla al altar mayor [41]. La *Schola Cantorum* lo consideraba como el más bello recuerdo de Gregorio. Entre los prólogos más famo-

---

[41] Io. Diac., *Vita Gregor.* II 6: PL 75,90. Sobre el antifonario y sus problemas, H. Leclerq, *Dict. d'Arch. chret. et de Lit.* I 2,2440-2462; Suñol, *Enciclopedia Catt.* III 630-643.

sos del antifonario en la Edad Media merece ser recordado este trozo del de Adriano I.

> Gregorius praesul meritis et nomine dignus
> unde gènus ducit, summum conscendit honorem.
> Renovavit monumenta patrum priorum: tunc
> composuit hunc libellum musicae artis
> Scholae cantorum anni circuli: Ad te levavi.

Para Gregorio, cantar era orar. La cristiandad nueva tenía su música unitiva, cauce de unidad y continuidad en una misma línea tradicional. Así se hizo Europa. El declinar de ese canto precede en dos siglos al de esa cristiandad, como en varios siglos la antecede. Es el arte que se adelanta a los acontecimientos.

CAPITULO IV

Valoración de Gregorio Magno

1. *Los títulos de «Magno» y «Doctor de la Iglesia».—2. Su autoridad entre algunos contemporáneos.—3. Flores o excerpta de sus obras. 4. Autoridad de Gregorio en la teología medieval: «Doctor authenticus».—5. Gregorio y la crítica protestante y racionalista.—6. Gregorio y la teología dogmática, ascética y moral. Gregorio y Agustín.—7. Gregorio y la formación humanista. Su estilo.—8. Gregorio y la cultura griega.—9. Estudios entre los católicos.—10. Conclusión. Gregorio y Justiniano.*

La estima de San Gregorio en los siglos pasados fué enorme, y no es menor en nuestros días, a pesar de los reparos incansablemente repetidos contra él por la crítica racionalista. Las monografías de los católicos sobre su dogmática, moral, ascética y acción pastoral le han situado definitivamente en la historia de la teología, de la espiritualidad y de la Iglesia.

El título de *Magno* se lo dió por primera vez Juan Diácono en la vida que escribió en Roma hacia 782-783 [1]. El título de *Doctor de la Iglesia* es posterior. En su historia de la antigua literatura cristiana menciona Bardenhewer las primeras agrupaciones de escritores eclesiásticos distinguidos con tan honroso título [2]. En el concilio de Valencia de Francia (855) se trae la autoridad de Cipriano, Hilario, Ambrosio y Agustín [3]. No aparece el nombre de Gregorio. El mismo texto se repite en el concilio de Savonières de 859 [4]. Sólo dos siglos más tarde, en la célebre controversia sobre

[1] Io. Diac., *Vita Gregorii* IV 61: PL 75,213.
[2] Bardenhewer, o.c., I 47-48; J. de Ghellick, S. I., *Le mouvement théologique du XII siècle* (Bruges 1948) p.514ss.
[3] Mansi, *Sacrorum Conc. Nova et amplissima collectio* XV 3.
[4] Mansi, o.c., XV 537.

la transubstanciación con Lanfranco (1005-1089), apela Berengario de Tours (1000-1088) a las escrituras auténticas de Ambrosio, Agustín, Jerónimo y Gregorio. Desde entonces esta lista se generalizó. La enumeración más antigua de los cuatro doctores clásicos juntos se debe, al parecer, a San Beda († 735)[5], y durante el siglo IX se fué generalizando, como observa Bardenhewer con su erudición patrológica, aún no sobrepasada.

2. Su autoridad entre algunos contemporáneos

La autoridad de Gregorio fué extraordinaria en la Edad Media. Ya durante su vida sabemos cuán conocidos y apreciados eran sus libros. En Roma corrían copias de las *Homilías sobre los Evangelios* y *sobre Ezequiel* antes de hacer él la corrección definitiva y darlas oficialmente al público. No era menor la estima en Ravena, Bizancio, Sevilla, Sicilia y norte de Francia. Su ascetismo y su sentido moral, inmediatamente aplicados a la vida, le dieron un prestigio único en una época insegura, en que era difícil incluso seguir viviendo. Por eso su autoridad igualó a la de Agustín e incluso la superó. Basta releer las patrologías escritas los días que se siguieron a su muerte. Isidoro de Sevilla, en *De viris illustribus* (c.27), afirma que nadie le igualó en su tiempo ni en el pasado: «Gregorius papa, romanae sedis apostolicae praesul, compunctione timoris Dei plenus, et humanitate summus, tantoque per gratiam Spiritus Sancti scientiae lumine praeditus, ut non modo illi in praesentibus temporibus quisquam doctorum, sed nec in praeteritis quidem par fuerit unquam... Felix tamen, et nimium felix qui omnia studiorum eius potuit cognoscere»[6]. No menos expresivo es Ildefonso de Toledo en *De viris illustribus*. Para él no hay quien pueda comparársele en la antigüedad: «Ita enim cunctorum meritorum claruit perfectione sublimis, ut exclusis omnibus illustrium virorum comparationibus, *nihil illi simile demonstret antiquitas*. Vicit enim sanctitate Antonium, eloquentia Cyprianum, sapientia Augustinum»[7]. El octavo concilio de Toledo valoró perfectamente a Gregorio como moralista: «In Ethicis assertionibus pene cunctis merito praeferendus»[8]. Todos los tratadistas medievales de autores eclesiásticos se consideran felices de poseer sus obras.

3. Flores o excerpta de sus obras

El influjo de Gregorio tiene, además, otra clase de manifestaciones en la Edad Media. Ya durante la vida de pontífice se multiplicaron las copias de sus libros por todo el ámbito de los nuevos

[5] PL 92,304.
[6] PL 83,1102.
[7] PL 96,198.
[8] Sáenz de Aguirre, *Collectio Max. Conciliorum omnium Hispaniae et Novi Orbis* III p.443,31.

pueblos. Es famosa la leyenda del hallazgo milagroso de los *Morales*, atribuído a Tajón, en Roma. Poco después de la muerte de San Isidoro († 636), en tiempo de Chindasvinto (640-649), faltaron, según la leyenda, en España las obras de Gregorio. El rey se queja de ello a los obispos y envía a Roma a hacer una copia a Tajón de Zaragoza (683) [9]. La común admisión de esta leyenda en la Edad Media es claro indicio de lo que tratamos. La influencia de Gregorio y su fama desbordan cuanto se puede decir de autores influídos en concreto, ya que apenas hay un catálogo de biblioteca medieval en el que no haya copias de sus escritos, en especial de los *Morales*, bellísimas con frecuencia. Podríamos ofrecer otro indicio de gran valor en la historia de la teología. Uno de los métodos de presentar y construir la teología en los siglos IX y siguientes fueron las selecciones de uno o varios autores. Se llamaban *excerpta, flores, deflorationes, liber floridus, scintillae, pancrisis, oculus aureus, thesaurus*, etc. Este tipo de obras fué apreciadísimo, porque presentaba de una manera sistemática el pensamiento de un Santo Padre sobre diversas materias de dogma, moral, ascética, exegesis, o los de varios Padres puestos unos al lado de otros en lo que se llamaron *cadenas* y *sentenciarios*, que los teólogos del siglo XI y XII trataron de armonizar en los libros de las *Sentencias*. Pedro Lombardo puso en armonía a los Santos Padres que parecían discordar, haciendo en teología lo que Graciano realizó en derecho poco antes en Bolonia con su famoso *Decreto* o *Concordia de los cánones discordantes*.

La obra de Gregorio está rodeada de una floreciente corte de florilegios. No hay autor cristiano antiguo con tan abundante posteridad de excerptas como nuestro Santo. Inventariarlos todos formaría una importante bibliografía, sobre todo si se indican los manuscritos que los contienen y sus caracteres. He aquí algunos, traídos por Manitius en su *Historia de la Literatura latina de la Edad Media*. Casi todos se encuentran abundantemente repetidos en todas las bibliotecas medievales. La lista de Manitius, que no he controlado, se podía enriquecer considerablemente.

1) Paterius: *Liber testimoniorum Veteris Testamenti, quem Paterius ex opusculis sancti Gregorii Papae urbis Romae cum summo studio excerpi curavit* [10]. Paterio fué discípulo de Gregorio, notario y secundicerio de la Iglesia romana.

2) *Duo libri Haderici, excerpti de Moralibus*. Manitius llama a Haderico capellán de Gregorio [10a].

3) *Liber Tagii ex opusculis S. Gregorii adunatus* le llaman unos manus-

[9] PL 75,507; L. SERRANO, O. S. B., *La obra de los Morales de San Gregorio en la literatura hispano-goda:* «Rev. de Arch., Bibliot. y Museos», 24 (1911) 389-405.

[10] PL 79,683-1136; MAX. MANITIUS, *Geschichte der lateinischen Literatur des Mittelalters* I (München 1911) 98-100; A. WILMART, *Le recueil Grégorien de Paterius et les fragments Wisigotiques de Paris:* «Revue Bénédictine», 39 (1927) 81-104; fué publicado en 1557: *Divi Gregorii Papae expositio a divo Paterio congesta* (Romae 1557) 2 vols. de 172 y 226 fols. e índices. El vol.2 añade unas homilías de Antonio Pucci.

[10a] A. WILMART, a.c., p.102: *Note sur le recueil grégorien d'Hadericus.*

critos; y otros: *Episcopi Tagii excerptiones de diversis opusculis S. Gregorii* [11]. Se trata de los cinco libros de las *Sentencias*, sacados en su totalidad de las obras de San Gregorio y algo de las de San Agustín, siguiendo el plan de los tres libros de las *Sentencias* de San Isidoro y completándolo.

4) *Liber eglogarum Ladcen, filii Baith* o *Egloga quam scripsit Latheen, filius Baith, de Moralibus Iob quos Gregorius fecit*. Esta excerpta del irlandés Lathcen consta de 28 libros [12].

5) Samuel von Lorsch: *Collectiones Samuelis de opusculis Sanctis Gregorii*.

6) *Ratholdi liber I versificatus super moralia Iob*.

7) Rumberto de Hamburgo, según su anónimo biógrafo, preparó un extracto de las obras completas de Gregorio.

8) Simón Affigemiensis compuso un extracto de los *Morales*, según noticia de Enrique de Gante: *Breviavit librum Moralium beati Gregorii in Iob, moralem expositionem per totum opus b. Gregorii excerpens* (conservado tal vez en el manuscrito Berolin. 314, siglo XIII, F.8-83-B).

9) Odón de Cluny escribió igualmente un extracto: *Excerptum abreviationis eiusdem beati Odonis de libris Moralium S. Gregorii*.

10) Alulphus de Tournai: *Excerptiones domini Alulphi monachi nostri ex opusculis Gregorii Papae... in quattuor voluminibus* [13].

11) Un diácono llamado Adalberto: *Flores ex Moralibus Gregorii Papae in Iob*, llamado por otros manuscritos *Excerpta cuiusdam Adalberti ex libris Moralium* o *Liber quoque Alberti monachi quem quasi quodam furto de Moralibus Gregorii Papae excipiendo Sententias necessarias composuit*.

12) Eberhart I de Salzburg: *De Moralibus excerptus liber beatae memoriae Eberhardi archiepiscopi*.

También en las bibliotecas españolas abundan los manuscritos de florilegios citados por Manitius y de otros nuevos. He aquí algunos:

1) *Gregorius, illuminatio animae*, Academia de la Historia, Madrid, mss. 9-10-7-41 [14].

---

11 J. VILLANUEVA, *Viaje literario a las iglesias de España* (Madrid-Valencia 1803ss.) X 35.

12 El principio lo editó M. EXPÓSITO en «Hermathema», 38 (1912) 104-106; véase además E. ANSPACH, *Miscell. Isidoriana* (Roma 1936) p.338.

13 PL 79,1137-1424; prólogo en PL 79,682ss.; editado en París en 1516: *Gregoriana super Novum Testamentum ex operibus beati Gregorii... insigne, pium ac religiosum exceptiorum opus super Novum Testamentum ab Alulpho... collectum* (Manitius, o.c., II 120-122).

14 Academia de la Historia de Madrid, mss. 9-10-7-41: «Incipit prologus qui vocatur *illuminatio animae* ex libris Moralium a quodam simplicissimo cartusiensi ad utilitatem legentium collectus et compilatus». En el fol.1v. dice: «Hac autem de causa ipsum per capitula atque per ordinem alphabeti, prout Deus dedit composui et ordinavi, quem revera non immerito Illuminationem animae volui appellari. Nam in eo si quis frequenter et diligenter legere studuerit, si eum prae manibus assidue habuerit et lecta ad memoriam reduxerit, sufficienter de omnibus quae ad salutem et eruditionem pertinent poterit illustrare. Ibi enim inveniet tam praelatus quam subditus qualiter oporteat eum vivere et alios docere, se et Deum prout possibile est in viam... Quapropter, ut dictum est, liber iste illuminatio debet merito appellari. Scire enim legentes volo et quod quidquid in hoc opusculo continetur ex solis libris Moralium sumpta sunt...» Se trata, pues, de un diccionario alfabético: angelus, Adam, anima..., ypocrita. zelus. El ms. citado consta de 268 fols., 28 por 20 cms.—El ms. 11-4-7-G (réplica 11-4-5-887-21), siglo XV (terminado de escribir el XIII de las Kal. de agosto de 1419), externamente se titula así: «Sentencias de San Gerónimo», pero la portada dice: «In nomine Domini incipit liber Sententiarum Sancti

2) *Flores de los Morales de Job*, por el canciller Pero López de Ayala Biblioteca de El Escorial, Ms. Lat. b. II 7, fols.1-103 (Zarco, *Catálogo de los Mss. castellanos de la R. Bibliot. de El Escorial*, I 32).

3) *Moralium Tabula*, por un carmelita llamado Miguel, compuesto en 1392, ms.246 de la catedral de Valencia.

4) *Resumen de los 35 libros de los Morales*, ms.170 de la catedral de Burgo de Osma.

4. Autoridad de Gregorio en la teología medieval

Un estudio detenido de las bibliotecas medievales, siguiendo los catálogos de Becker y, sobre todo, los que comenzó Traube y continuó Lehmann para Alemania y Gottlieb para Austria, nos haría ver la moda en que estuvieron estos extractos y florilegios patrísticos [15]. De hecho, cuando la teología se estudiaba a base de las llamadas *auctoritates*, Gregorio, con San Agustín, fué sin duda el autor más extractado en Occidente y, desde luego, de los llamados *doctores auténticos*, de los cuales se podía con derecho deducir argumentos. Los extractos continuaron durante toda la Edad Media, y todavía en lo más recio de la lucha protestante, el cartujo Teodoro Petreius (1640) escribió la llamada *Confessio Gregoriana*, editada en Colonia en 1598, que agrupa la teología gregoriana en capítulos sistemáticamente jerarquizados para facilitar la polémica con los protestantes [16].

Pero, además, a algunos Santos Padres se les creía inspirados por el Espíritu Santo. Odón de Cluny (942) ve en los escritos de Gregorio una obra inspirada: «Is etenim Doctor egregius, divino afflatus Spiramine atque de fonte potatus superno» [17]. Anselmo de Laón, fundador de la escuela teológica de su nombre, es todavía más explícito: «Videamus quid dicat Spiritus Sanctus in Moralibus» [18]. Lo mismo otros autores, como Honorio de Autún. Gregorio tuvo esa consideración de Doctor auténtico, canónico o inspirado, como muy pocos o ninguno en la Edad Media. A ello contribuyó, además de su autoridad como teólogo, su intervención, ya arriba precisada en

---

Gregorii pape. Romae. Liber V. XXXIII. De aeternis suppliciis...» (dos fols. y medio); «XXXIII. De sempiternis remunerationibus electorum» (dos folios).—Véanse, además de los citados, el ms. a. II. 17, fols.93a-98b, titulado: *Doctrina de vida espiritual colegida de los Morales de Sant Gregorio;* J. Zarco, *Catálogo de mss. castellanos* I p.6, y el ms.12.720 de la Bibl. Nacional de Madrid.

15 Una buena guía de las bibliotecas medievales, entre los siglos VIII-XIII, es Ch. Christ, *Geschichte der Bibliotheken in Mittelalter* (Leipzig 1940) p.138-220. También se compusieron centones con programas de vida de perfección de dicción netamente gregoriana. Cf. J. Leclerq, *Un centon de Fleury sur les devoirs des moines:* «Studia Anselmiana», 20 (1948) 75-90.

16 Theodorus Petreius, *Confessio Gregoriana in libros quatuor digesta quibus continetur quid de iis fidei christianae dogmatibus quae nostro hoc saeculo in controversiam vocantur ante annos plus minus mille de orthodoxae fidei dogmatibus senserit... Gregorius Magnus* (Coloniae 1597) 341 págs. e índices.

17 Praefatio in *Epitome Moralium:* PL 133,107-108.

18 Anselmi Laudunensis... sententias, excerpsit G. Lefèvre (Evreux 1895), p.29. Bibliot. Nac. París, Mss. Lat., 16.528, fol.1-253.

la colección musical o antifonario de su nombre. Es muy conocida en la iconografía gregoriana, y se encuentra en las mayestáticas representaciones de muchos manuscritos de los siglos X, XI y XII, la figura de San Gregorio con una paloma y a su lado un diácono con la pluma en la mano, dispuesto a copiar las enseñanzas que la paloma dicta al oído del Pontífice. Es fácil suponer que la inspiración no iba a ceñirse únicamente a las melodías musicales, como algunos parecen suponer, por encontrarse preferentemente esas representaciones en los sacramentarios y antifonarios. No hay que olvidar que los manuscritos teológicos son generalmente bastante pobres en viñetas, salvo los libros de rezo. Los *Morales* son una excepción. Para los autores medievales, Gregorio es habitáculo del Espíritu Santo. «Organum Sancti Spiritus incomparabilis suis praedecessoribus», le llama Honorio Augustodinense [19]. Ningún personaje contemporáneo pasará con esta consideración universalmente admitida a la historia de la teología. Ya Adriano I le llama «Spiritu Sancto repletus». La leyenda de la paloma se lee por primera vez en una biografía escrita por un monje anónimo de Streoneshalch, en Northumbria, al principio del siglo VIII [20]. Una tradición decía que los cielos se abrieron cuando predicaba las homilías sobre Ezequiel. Para ver cómo se le ocurrió la idea, ayudará releer este pasaje del libro II de las *Homilías sobre Ezequiel* (hom.2): «Non enim hoc temeritate aggredior sed humilitate. Scio enim quia plerumque multa in Sacro eloquio quae solus intelligere non potui coram fratribus meis positus intellexi. Ex quo intellectu et hoc quoque intelligere studui, ut scirem ex quorum mihi merito intellectus daretur. Patet enim quia hoc mihi pro illis datur quibus mihi praesentibus datur. Ex qua re largiente Deo agitur ut et sensus crescat, et elatio decrescat dum propter vos disco quod inter vos doceo quia (verum fateor) plerumque vobis audio quod dico» [21].

Así, la autoridad de Gregorio fué indiscutible, y para muchos casi única, desde el siglo VIII al XI. Gregorio era la última respuesta a los problemas teológicos en los cuatro siglos que anteceden al nacimiento de la escolástica. Hugo de San Víctor lo coloca en su metodología teológica en uno de los tres órdenes del Nuevo Testamento: Evangelios, Epístolas de los Apóstoles, Cánones y Santos Padres y Doctores [22]: Jerónimo, Agustín, Gregorio, Ambrosio, Isidoro, Orígenes, Beda y otros, cuya lectura recomienda. El Libro de las *Sentencias* de Pedro Lombardo es de mentalidad completamente agustiniana. Está repleto de citas de San Agustín; acaso lleguen al millar. Después el autor más citado es San Ambrosio, y algunas menos veces (unas 80) San Hilario. A continuación viene Gregorio Magno (unas 50 veces), Isidoro de Sevilla (unas 30), etc. Gregorio no llegó siempre a los teólogos directamente. A veces llegó a través del *De-*

19 *De Scriptoribus Ecclesiasticis:* PL 172,227.

20 H. GRISAR, *La colomba de S. Gregorio Magno:* «Rasegna Gregoriana», II (1904) 124-136.

21 PL 76,948-949.

22 *Eruditio Didascalica* l.4 2: PL 176,779.

creto de Graciano, que a su vez había tomado la interpretación de la llamada glosa de Estrabón. Santo Tomás lo cita muchas veces particularmente en la moral en la *Prima secundae* y en la *Secunda secundae* [23]. Le tiene como primera autoridad en algunos pasajes del *Tratado de los Novísimos*. Los problemas escatológicos los trata Gregorio de modo tan perfecto, que la Escolástica primitiva le atribuyó una revelación particular sobre esta materia [24]. En la moral, Gregorio es el autor más citado por el Doctor Angélico después de Aristóteles: no menos de 374 citas, según Weber. Su ascética pervive en la Edad Media. En el siglo xv abundan los manuscritos y traducciones en España, y a través de los reformados franciscanos, agustinos, dominicos y jerónimos pasa a la ascética y mística española del siglo XVI.

5. Gregorio y la crítica protestante y racionalista

Las alabanzas habían sido unánimes hasta que llegó la crítica racionalista, precedida en tiempo de la revolución protestante por Melanchton [25]. Pocos santos han sido objeto de más numerosos estudios, directos e indirectos, como lo fué el Papa Monje por parte de los racionalistas. Una enumeración, aunque sea incompleta, bastará para probarla. Harnack y Seeberg en sus historias de los dogmas; Lau, Dudden y Howorth en sus respectivas vidas de San Gregorio; Caspar y Haller en sus historias del Papado; Schneider y Gregorovius en sus historias de Roma; Manitius y Moricca en sus historias de la literatura latina cristiana y latina medieval; Schubert y Mommsen en sus historias totales o de algunos problemas de la Iglesia [26]. También algún católico da la impresión a veces de haberse dejado arrastrar en exceso de la historiografía racionalista.

¿Cuáles son las acusaciones del protestantismo contra Gregorio Magno? He aquí las afirmaciones de Harnack: «Gregorio en ninguna parte ha enunciado un pensamiento original; ha conservado más bien en todo la doctrina tradicional; pero empobreciéndola, abajando lo espiritual al nivel de cualquiera inteligencia grosera...

---

23 L. Weber, *Hauptfragen der Moraltheologie Gregors des G.* p.3ss.

24 *Summa Theologica* supl. q.97 a.5.6, etc.; San Buenaventura, IV *Sent.* dist.44 p.2 a.2 q.1: *Opera Omnia* (Ad Claras Aquas 1889) IV 925.

25 Melanchton, *Sermo de corrigendis adulescentiae studiis* (29 de agosto de 1518): «... Gregorius quem isti Magnum, ego praesultorem και δαδουχον, theologiae pereuntis voco» (*Corpus Reformatorum* XI 16).

26 A. Harnack, *Dogmengeschichte* 3,258-266; R. Seeberg, *Lehrbuch der Dogmengeschichte* (Gratz 1953) 3,37ss.; Howorth, *Gregory the Great* (London 1912); Dudden, *Gregory the Great* 442; G. Lau, *Gregor der Grosse* (Leipzig 1845); Haller, *Das Papstum* I 276; Caspar, *Geschichte der Papstums* 2,379ss.; Schneider, *Rom und Romgedanke* 98-103; Manitius, *Geschichte der lateinischen Lit. des Mittelalt.* I 93ss.; F. Gregorovius, *Storia de la città di Roma nell medievo* (Roma 1912) p.209ss.; U. Moricca, *Storia de la lett. lat. crist.* III 1562-1722; H. Schubert, *Geschichte der christlichen Kirche in Frühmittelalter* (Tübingen 1921) p.200; Th. Mommsen, *Die Bewirtschaftung der Kirchengüter unter Papst Gregor I:* «Zeitschrift für Sozial- und Wirtschaftsgeschichte», 1 (1893) 43-59.

Por la manera con que Gregorio ha acentuado las diversas doctrinas y prácticas tradicionales, ha creado el tipo vulgar de catolicismo medieval, y el tono que ha dado a la sensibilidad cristiana es el mismo con que concuerda ahora el catolicismo de hoy» [27].

Las palabras *Vulgarkatholicismus* y *Vulgärchristertum* tuvieron éxito y quedaron acuñadas entre los racionalistas para expresar la actuación de Gregorio. Basta recordar a Seeberg en sus *Lecciones de historia de los dogmas* [28] y a Schubert, quien en su historia de la Iglesia cristiana y de la antigua Edad Media reúne magníficamente todas estas imputaciones: «Con su agustinismo popular, Gregorio se conservó en la línea de la mentalidad de los papas que le precedieron, excepto Gelasio, y no hizo más que acabar la revolución comenzada con Inocencio I... El legalizó en la Iglesia latina el catolicismo vulgar *(Vulgarkatholicismus)* del tiempo de la caída de la cultura romana italiana» [29]. Términos comunes de las quejas racionalistas son, además de los transcritos, que su teología es despotenciada y decadente; que dió forma al catolicismo vulgar; increíble e insalvable credulidad en los *Diálogos;* da más valor a la moral y ascética que al pensamiento creador; falta de originalidad; despotenciación de San Agustín; desprecio de la ciencia especulativa y de las humanidades clásicas; cantor de la docta «ignorancia», que había de llevar a la ignorancia a secas; inventor de un mundo de ángeles, demonios, paraíso, infierno; el mundo superior de la superstición, sustituyendo el cristianismo de Agustín, basado en la pura confianza en Cristo, por una religión de segundo orden en que domina la idea de retribución rigurosa, con los sentimientos apropiados de fe y de esperanza. Algunos le achacan el ser interruptor de la tradición.

6. Gregorio y la teología dogmática, ascética y moral

El valor de Gregorio no está en la especulación teológica, ni en la originalidad de su penetración teológica, ni en su capacidad para el pensamiento metafísico, ni en la problemática teológica que plantea y resuelve. La crítica racionalista buscó esto principalmente en Gregorio, y no lo encontró, y por ello gira en derredor de consideraciones en gran parte negativas. Nada encontró en él que mereciese el título de doctor de la Iglesia. Le acusaron de ser uno de los autores principales de la decadencia de la teología. Todos los elementos del catolicismo vulgar que San Agustín había retirado, volvieron con doble fuerza en él, dice Harnack. La consideración moral jurídica ha vencido sobre la religiosa. Lo que en la obra *De opere et eleemosynis* de San Cipriano aparece recomendado, domina toda la concepción religiosa de Gregorio.

---

27 Harnack, o.c., III 233-244.
28 Seeberg, o.c., III 37,45-47.
29 Schubert, o.c. (Tübingen 1921) p.200.

Realmente este juicio del citado historiador de los dogmas no valora las coherencias sociales que explican la actuación de Gregorio. El hombre no es un ser absoluto, sino que se va haciendo en cada época y en cada momento. Por eso, la coyuntura personal y social, las estructuras, la mentalidad, los intereses de cada época, constituyen una suma coherente de valores que determinan en gran manera la actividad de las personas. Además, para valorar una persona hay que acercarse a ella sin esquemas preconcebidos o romperlos si hace falta. Si se deben pesar los yerros, no hay que omitir los aciertos. Todo enmarcado en la época en que vivió el autor estudiado. El hombre es hijo de su época, y más si tiene una misión social, como acontece al sacerdote.

Gregorio no es un especulativo en teología. No se plantea el problema de la razón ante los dogmas, como San Agustín cuando enuncia su famoso *intellectus fidei*, que fué el motor de toda su vida. «Quantum me posse fecisti, quaesivi te, et desideravi intellectu videre quod credidi, et multum disputavi et laboravi... Tu da quaerendi vires, qui invenire te fecisti, et magis magisque inveniendi te spem dedisti». («Deseé ver con mi entendimiento lo que creí e hice muchos ensayos y trabajos... Y tú, Señor, dame fuerzas para investigar.») O aquel otro pasaje de los *Soliloquios*, resumen de sus preocupaciones: «Quid ergo scire vis?—Haec ipsa omnia quae oravi.—Breviter ea collige.—Deum et animam scire cupio.—Nihilne plus?—Nihil omnino» [30].

La actitud fundamental de Gregorio es totalmente diversa. Para Gregorio, los milagros de Dios se deben considerar por estudio de fe y no inquirir por entendimiento, «porque muchas veces el sentido humano se mete en la vorágine de la duda, cuando no halla la razón natural de algunas cosas. Por lo cual, las cosas admirables que por la fe se han de creer no han de ser por razón investigadas, porque luego dejarían de ser maravillosas si la razón las mostrase a nuestros ojos: «Mira igitur ex fide credenda sunt, perscrutanda per rationem non sunt; quia si haec nostris oculis ratio expanderet, mira non essent» [31].

Dos actitudes distinguen dos hombres y dos épocas. Agustín, africano, talento metafísico, trató de cristianizar el neoplatonismo. Gregorio, talento práctico, romano de temperamento y nacimiento, formado en el derecho, en los cargos de gobierno civil y en un monasterio, trató de hacer vivir vida cristiana a sus contemporáneos, obispos, fieles, monjes. Agustín vive en medio de luchas dogmáticas: maniqueos, donatistas, pelagianos, y se da cuenta de su misión teológica. En tiempo de Gregorio no hubo problemas teológicos en que intervenir. Agustín cristianizó el neoplatonismo. En tiempo de Gregorio, la tradición helénica se había perdido, incluso en filosofía, y los sueños de Boecio y Casiodoro resultaban lejanos. Dos modos de ser, dos formaciones, dos circunstancias totalmente

---

30 *De Trinitate* XV c.28: PL 42,1098; *Soliloq.* I c.2: PL 32,872.
31 *Moralia* VI c.15: PL 75,739.

diversas de vida. Dos genios diversos, dos métodos diversos, una misma tradición. Agustín estudia retórica y filosofía y es profesor de la escuela estatal de Milán. Gregorio estudia en escuelas en plena decadencia, hace la carrera de derecho, trabaja en cargos de gobierno, renuncia a ellos y se retira a un monasterio para con más seguridad buscar a Dios en medio de oleadas sucesivas de invasiones. En tiempos así, la cultura cae verticalmente; no se piensa, sino se vive, se practica la religión; no se razona. No son tiempos de metafísica, sino más bien de moral.

Acaso la comparación del fundamento de una misma virtud, la humildad, en Agustín y en Gregorio, nos ayude a ver la diferencia de los dos doctores. El motivo de la humildad es diverso en ambos. En Agustín nace de la viva conciencia del abismo entre creatura y Creador y de la dependencia del hombre de Dios. Es un fundamento ontológico. Gregorio, en cambio, cimenta la humildad en la miseria propia ante la santidad y pureza de Dios. Son dos modos no exclusivos, pero sí hondamente característicos. Un somero conocimiento de la ascética de San Bernardo y de la española del siglo XVI nos dice la influencia y pervivencia del concepto gregoriano. Gregorio hablaba a gentes llenas de miserias físicas y morales, no a intelectuales. Su pontificado fué una lucha constante para espiritualizar la desesperanza de los romanos vencidos y la salvaje soberbia de los bárbaros vencedores.

Romano de temperamento, monje, pastor de la Iglesia, tiempos difíciles: he ahí las coordenadas que enmarcan la figura teológico-literaria de San Gregorio. Añádase a ello que vive cuando ya se ha efectuado la crisis de la cultura pagana en Occidente frente al poder de los nuevos pueblos invasores.

Como romano, es ordenado, jurista, amigo de la actuación práctica y eficaz en el gobierno. Esa había sido la característica de otro gran papa romano a quien la tradición distingue también con el título de *Magno:* San León (440-461). San León vivió en medio de las luchas cristológicas, meditó hondamente el misterio de la Encarnación y sus consecuencias, y tiene puntos de vista personales en teología, expresados en uno de los más bellos estilos literarios de la literatura occidental cristiana. Gregorio es menos profundo en el pensamiento, menos transparente en el estilo; solamente enriqueció la cristología con algunos pensamientos sobre la ciencia de Dios contra los agnoetas [32]. El problema más importante durante su pontificado era hacer vivir la vida cristiana a un pueblo trabajado por el hambre, la guerra, la peste, las invasiones, las evacuaciones, los odios de invasores e invadidos. Gregorio es teólogo seguro, vulgarizador extraordinario. Sabe que el catolicismo no es sólo pensamiento y raciocinio, sino contemplación, compunción, caminar hacia Dios. En unos momentos en que no cabe pensar en abstracciones y problemas filosóficos, Gregorio será el hombre de la moral entendida en el sentido clásico de camino hacia Dios.

---

[32] DENZINGER, *Enchiridion Symbolorum* n.248: PL 77,1097.

La moral gregoriana, entendida como ascesis, como ejercicio de vida cristiana, será la moral y ascética común de los siglos en que se forma Europa. El dogma que predica será para ir a la contemplación y goce de Dios. Su visión de la teología será fundamentalmente práctica.

Como monje, es un contemplativo. Se refugió en el Clivus Scauri para buscar a Dios y gozar de la alegría de la contemplación. Recordemos su nostalgia del monasterio en Constantinopla, donde fué nuncio-monje, y durante los primeros años de su pontificado. Es un monje que vive su vida mística y un pastor que da su experiencia viva para ayuda espiritual de las almas. Es un pastor y catequista maravilloso. Esa es su gloria. Sus obras tienen un fin principalmente pedagógico. Toma las ideas generalmente de San Agustín y las pone al nivel con que los espíritus medios de su tiempo viven el cristianismo. Que el agustinismo y la fuerza creadora habían decaído en los pensadores cristianos de Occidente, es un hecho histórico claro. Desde Agustín falta ordinariamente en bastantes Santos Padres una filosofía concreta, profundamente elaborada. Por eso la teología no fué creadora. Donde no hay filosofía, difícilmente habrá teología creadora. En Oriente se da el mismo fenómeno. El último gran teólogo fué San Juan Damasceno (c.675-749), que había estudiado la filosofía de Aristóteles durante varios años en la corte árabe de Damasco, antes de entrar en el monasterio de San Sabas de Jerusalén. Los sirios, que despreciaban la filosofía, apenas han tenido teología propiamente dicha, sino solamente literatura teológica. En Occidente se revitalizó la teología en el siglo XII, armonizando los pareceres, aparentemente discordantes, de los Santos Padres y elaborando con ellos y con todo el dato revelado el sistema escolástico, al ponerse los teólogos en contacto con la filosofía del Estagirita. A esa falta de filosofía contribuyó la escisión entre Oriente y Occidente y el estado de guerra permanente en Italia desde el siglo V. Toda guerra es una caída vertical de la cultura.

Como pastor de la Iglesia, Gregorio vive cuando la crisis del mundo antiguo se puede dar por realizada. Caspar, en su *Historia del Papado* [33], demuestra que en tiempo de Gregorio se ha consumado este cambio hacia una nueva actitud ante la vida, hacia una nueva cultura. Es sintomática la oración fúnebre de Gregorio a la destrucción de Roma sin senado y sin pueblo. Si quisiéramos dar un nombre a este cambio, podríamos decir que ha nacido la cristiandad monacal. Es el primer monje que sube al trono pontificio y lleva a él totalmente superada una cultura de la que era hijo, y presenta a las nacientes cristiandades de los nuevos pueblos la cultura cristiana acuñada por él en sus obras. Hijo de su tiempo, dió en su tiempo la respuesta teológica prudente y eficaz que correspondía a los problemas de su tiempo. Y su tiempo poco podía esperar de una tierra tan probada. Miraba al cielo como la verdadera vida,

[33] E. CASPAR, *Geschichte des Papstums* 2,307ss.

como la herencia eterna. Necesitaba un camino seguro para ir a Dios. ¿Cómo no iba a detestar la cultura del *carpe diem* quien tenía que vivir y predicar que todo día es día de salvación? ¿Cómo iba a buscar una problemática ajena a la de su tiempo?

Esta es la clave de su actitud ante la ciencia profana del «scienter necius et sapienter indoctus» [34] que aplica a San Benito, y de aquella frase de los *Morales:* «Relinquamus noxam sapientian et discamus laudabilem fatuitatem» [35], y de otras del mismo estilo que habían de dar en el Renacimiento ocasión a bellos libros, como el *De docta ignorantia*, de Nicolás de Cusa, y a otras posturas similares en otros humanistas católicos. ¿Por qué escandalizan tanto a la crítica racionalista estas frases en Gregorio y tantas alabanzas merecen en Nicolás de Cusa, Pico de la Mirándola y otros? Su enseñanza se orientó decididamente a llevar las almas a Dios; por eso se consagró de modo principal al estudio de los problemas morales, psicológicos, ascéticos y místicos. Por eso es la gran autoridad en moral y en ascética para los teólogos medievales.

Gregorio y Agustín.—Gregorio se confiesa a sí mismo discípulo de Agustín [36]. Tajón, en el prólogo de sus libros sobre las *Sentencias*, toma a Gregorio como fuente principal de su libro y a Agustín como fuente supletoria [37]. Esto indica que ya sus contemporáneos vieron con claridad esa dependencia. La terminología gregoriana es toda agustiniana: luz, verdad, ojo del corazón, etc. La idea central de la teología de Gregorio es agustiniana también. El hombre, creado en rectitud, desviado por el pecado, reformado por la gracia. Hay acuerdo fundamental en las tesis principales. Mucho en Gregorio recuerda a Agustín; pero entre ambos, aun usando los mismos términos, la diferencia es grande. Las palabras no tienen ya para Gregorio su significación técnica y filosófica. Gregorio se encuentra con una doctrina elaborada, y él, que no es investigador, sino hombre práctico, pastor maravilloso de almas, monje y jurista, amigo de las palabras en su acepción sencilla y vulgar, trata de conocer las debilidades de sus contemporáneos, de medicinarlas y de darle los elementos dogmáticos y morales que necesitaban las guerras continuas, las pasiones desencadenadas, la arrogancia de los vencedores y la desesperación de los vencidos. Esta es la razón por la cual Gregorio ejerció entre los monjes desde su muerte hasta San Bernardo un influjo mayor que el de San Agustín. Gregorio llena la llamada era monástica (650-1150), en la cual los libros más leídos son los de espiritualidad práctica y no los especulativos.

[34] *Diál.* II introd. GARCÍA M. COLOMBÁS, *San Benito* (BAC, vol.115) p.158.
[35] *Moral.* XXVII c.46: PL 76,444.
[36] *Hom. in Ez.* praef.: PL 76,785.
[37] In libros *Sententiarum* praefatio: «... Ac de sacris voluminibus, scilicet Sancti papae Gregorii Romensis, sententiarum capitula in quinque libellis discreta, uno codicis textu conclusa, auxiliante Domino, colligendo decerpsimus... Sed quia quorundam titulorum capitula in eiusdem sancti Papae opuscula ad supplementum rei reperire minime potuimus: ex libris Sancti Augustini episcopi pauca congerere curavimus» (PL 80,728-729). Tajón compuso en gran parte su obra durante el sitio de Zaragoza por los vascos en tiempos de Recesvinto. Describe con viveza las crueldades de aquella invasión.

Si la grandeza de Gregorio no se debe buscar en su especulación sistemática o metafísica, no por eso hay que desvalorar en él el elemento especulativo. No se puede privar a Gregorio del título de teólogo, como pretende Dudden. Gregorio no ha escrito ningún tratado sistemático sobre un problema dogmático en particular. Lo mismo hicieron la mayor parte de los Santos Padres. El estudio de la teología hasta el siglo XII es ordinariamente histórico. Es decir, se hace comentando la historia bíblica, la Sagrada Escritura. Al estudiar los diversos sentidos bíblicos de cada libro, de cada verso, de cada palabra, se hacía la especulación sobre los correspondientes problemas teológicos atendiendo a la fuerza del texto o a la voluntad del autor. Así hizo Gregorio en los *Morales* y en las *Homilías sobre Ezequiel*. Si no hay carga de especulación ni de problemática en sus obras, ciertamente hay verdadera y sólida teología. Frickel, en la conclusión de su tesis sobre la omnipresencia de Dios en la doctrina de San Gregorio, afirma que es menester hacer una importante corrección en la valoración usual del Santo y emplear mayor rectitud al enjuiciar su obra teológica [38]. Quien lea atentamente los *Morales* llegará a la misma conclusión. Gregorio no es pensador original ni tratadista sistemático. Le falta la carga de una auténtica problemática, pero se muestra como verdadero teólogo en lo que ha dicho sobre Dios, sobre su ser, sobre sus obras y omnipresencia, sobre la visión beatífica, sobre muchos aspectos de la moral. Gregorio es más amigo de las fórmulas psicológicas que de las filosóficas. La despotenciación de que tanta gala hacen los racionalistas hay que entenderla únicamente como debilitación de los aspectos metafísicos, que rehuye por formación, por cargo, por imperativo de la historia que protagoniza y por el destino fundamentalmente pastoral de sus escritos. Hay muchos otros aspectos, en los cuales, si no alcanza la profundidad y ardiente hondura del Maestro africano, no por eso están exentos de gloria. No acentúa los aspectos metafísicos, pero expresa maravillosamente los ascético-místicos y psicológicos, acomodándose como pastor al carácter práctico con que vivía la vida religiosa el pueblo y clero que le escuchaban. Que sea monje, hijo de sus deberes y de su tiempo, no se le puede echar en cara. Tuvo que acomodarse a la mediocridad de aquellos días. Fué teólogo como podía serlo un romano de temperamento y nacimiento; monje, papa en tiempos sin luchas dogmáticas y con grandes desgracias sociales.

7. Gregorio y la formación humanista. Su estilo

Uno de los cargos más insistentemente repetidos contra Gregorio es su desprecio por el estudio de los autores paganos y de las reglas de la retórica. El Santo evita cuidadosamente las citas de auto-

[38] M. Frickel, O. S. B., *Deus totus ubique simul. Untersuchungen zur allgemeinen Gottgegenwart im Rahmen der Gotteslehre Gregors des Grossen* (Freiburg Br. 1956) p.133.

res paganos y condena su estudio en carta a Desiderio, obispo de Viena de Francia. ¿Qué pensar de estas inculpaciones? Desiderio fué uno de los últimos defensores de la cultura romana. Daba lecciones de gramática, es decir, de humanidades clásicas, y explicaba los autores paganos a los jóvenes vieneses. El monje Pedro y el presbítero Lorenzo, al volver a Roma de su misión en Inglaterra, se lo contaron a Gregorio, que se llenó de admiración y horror (junio de 601): «Habiéndose anunciado buenas noticias de vuestros estudios, nos habíamos alegrado vivamente, y estábamos dispuestos a conceder lo que vuestra fraternidad nos pedía. Mas a continuación nos fué referido, y no podemos recordarlo sin horrorizarnos, que tú enseñas a algunos la gramática. Lo cual nos ha producido tanto desagrado y nos ha parecido cosa tan digna de reproche, que nos volvió en gemido y tristeza cuanto nos había sido dicho antes; y es que en una misma boca no pueden estar juntas las alabanzas a Cristo y a Júpiter. Considera tú mismo cuán vergonzoso y nefando es para un obispo recitar aquellos cantos profanos que serían inconvenientes a un laico religioso... Por eso, solamente si las cosas a Nos referidas se muestran falsas, y si se prueba que tú no te dedicas a las bagatelas de la literatura profana *(nugis et saecularibus litteris studere)*, daremos gracias a Dios, que no ha permitido que se manchase vuestro corazón con alabanzas blasfemas de lo que no debe ser ni siquiera nombrado *(blasphemis nefandorum laudibus)*, y asegurados y libres de toda preocupación, hablaremos de la petición hecha por ti» [39].

Ya tocamos este punto en el capítulo I al tratar de la formación humana de nuestro Santo. Gregorio no se plantea un problema teórico, sino práctico. La cultura romana no había sabido ofrecer a los pueblos bárbaros jóvenes un contenido vital, recio, profundo, capaz de arrastrar a las nuevas razas. Fuera de la Iglesia sólo se les había ofrecido una vestidura bella, sin contenido, con desolado vacío interior. Podemos buscar razones políticas, sociales, artísticas y religiosas de este hecho. Pero ahí está en su cruda desnudez. La cultura retórica del siglo VI era puramente formalista. Es lo mismo que la llamada cultura occidental, alejada de la Iglesia, presenta hoy frente a esa invasión descomunal que llamamos comunismo. Los bárbaros, con sus invasiones, precipitaron la ruina de aquella cultura. Por donde pasaban los lombardos, no quedaban restos del municipio, la institución romana más sólida. Nada cabe esperar de la antigua cultura frente al hecho gigantesco de las invasiones. Hablar de Júpiter y Apolo en aquellas circunstancias, alabar a los autores paganos que la encarnaban, corría el peligro de recomendar al paganismo y los vicios de que estaba impregnado a las gentes recién convertidas. La postura de Gregorio es agustiniana [40]. Es una constante en los Santos Padres. Los Padres se habían formado normalmente en la cultura humana del paganismo.

[39] EWALD-HARTMANN, o.c., II 303.

[40] H. MARROU, *Saint Augustin et la fin de la culture antique* (París 1949) I 345.

Por eso superan los valores culturales puramente humanos y llaman la atención sobre los peligros que en el paganismo había. Si a un cristiano no le decía nada hablar de los dioses paganos, a un bárbaro podía llenarle de confusión. En Gregorio es vivísima esta conciencia de peligro para los nuevos pueblos. Gregorio no conoce valor absoluto fuera del valor religioso y no le importa aparecer ignorante de la mitología y de los recursos literarios que pudieran parecer ficticios. Esa es la significación de la carta dirigida a Desiderio, obispo de Viena, más arriba citada. Gregorio se evade del mundo de los valores puramente formales y se refugia en el de las grandes realidades cristianas. Desde Agustín se ha dado un paso muy grande. En el Obispo de Hipona y en otros Padres anteriores y contemporáneos se plantea el problema de la cultura cristiana en un mundo de estructuras paganas. En Gregorio, este problema se da ya por resuelto. La cultura antigua, con sus fórmulas literarias, políticas y religiosas, ha caído por tierra. El mismo Gregorio ha tenido que entonar la oración fúnebre a aquella cultura encarnada en la antigua Roma. ¿Cómo va a proponerla como modelo y recomendarla? Por eso él busca una fórmula totalmente nueva: la de la formación plenamente cristiana.

Da pena a veces cierta crítica cuando extrema su posición contra Gregorio y juzga sus frases en función de las conquistas del siglo XIX ó XX. Ni exagerar haciendo de la corte de Gregorio un centro humanista de primer orden, como quiso Juan Diácono, ni, por otro lado, no hacerle justicia. Gregorio no desprecia la ciencia. A veces gusta, al modo agustiniano, de contraponer nuestra ignorante ciencia con la docta ignorancia del hombre sobrenatural. En el libro cuarto de los *Diálogos* canta la ignorancia del presbítero Sanctulus: «Ignoraba los preceptos de la Ley, pero sabía que la caridad es la plenitud de ella. Lo que por fuera ignoraba en el conocimiento, por dentro lo vivía en el amor» («quod foris in cognitione non noverat, intus vivebat in amore») [41]. De San Benito dice: «Recessit scienter nescius et sapienter indoctus». Para exaltar la virtud de la gente sencilla: «Comparemus, si placet, cum hac nostra indocta scientia illius doctam ignorantiam» [42]. Su docta ignorancia representa un progreso en relación con la insulsa palabrería de los retóricos profesionales de su tiempo. En San Gregorio florece la teoría de la sapiencia como sabor sapiencial. Teoría muy viva en la Edad Media, y que el mismo San Ignacio incorporó a la ascética de los *Ejercicios* de modo metódico en las meditaciones de aplicación de sentidos.

Estilo de Gregorio

Gregorio se formó en las escuelas contemporáneas de retórica. Se le achaca comúnmente el no atender a las reglas gramaticales de Donato. La afirmación está tomada del prólogo de los *Morales*.

[41] *Diál.* III 37: PL 77,313.
[42] *Diál.* III 37: PL 77,313.

Sus escritos refutan elocuentemente esta afirmación. El mismo ruega en el prólogo de los *Morales* a San Leandro que perdone lo insípido e incultivado que encuentre en su obra, por haberla escrito un enfermo de estómago. En el prólogo de los *Diálogos*, donde brilla más la sencillez e inafectación de su estilo, al aludir a las fuentes en que se inspiró, dice que en muchos casos reproducirá el pensamiento de los testigos y no sus palabras, en razón a la rusticidad de su lenguaje. Señal evidente que cuida con esmero su estilo literario. Para evitar las alteraciones de fondo y forma de las *Homilías sobre Ezequiel* compuso una copia que hiciese fe y la depositó en la biblioteca papal.

En su estilo se ve claro la influencia de su formación en el arte de la retórica, que todavía dominaba en las escuelas. Allí se hizo amigo de los párrafos de dos o tres miembros con cadencia semejante («desolatione civium, impressione hostium, frequentia ruinarum»). Le gusta el ritmo de estilo cortado, que procede por simetría de conceptos o por oposición, los juegos de palabras y conceptos, las preguntas retóricas llenas de vitalidad. Sirvan de modelo estos párrafos de las *Homilías sobre Ezequiel* (l.2 hom.6), que tradujimos en el capítulo 2, y otros de la homilía 23 de la del libro 2 de las *Homilías sobre los Evangelios*. En ellos se podrá apreciar claramente el influjo de su formación retórica y los caracteres de su modo de escribir:

«Quid est iam rogo quod in hoc mundo libeat? Ubique luctus aspicimus, undique gemitus audimus. Destructae urbes, eversa sunt castra, depopulati agri, in solitudinem terra redacta est. Nullus in agris incola, pene nullus in urbibus habitator remansit; et tamen ipsae parvae generis humanae reliquiae adhuc quotidie et sine cessatione feriuntur. Et finem non habent flagella caelestis iustitiae, quia nec inter flagella correctae sunt actionis culpae. Alios in captivitatem duci, alios detruncari, alios interfici videmus. Quid est ergo quod in hac vita libeat, fratres mei?

Si et talem adhuc mundum diligimus non iam gaudia, sed vulnera amamus. Ipsa autem quae aliquando mundi domina esse videbatur qualis remanserit Roma conspicimus. Immensis doloribus multipliciter attrita, desolatione civium, impressione hostium, frequentia ruinarum, ita ut in ea completum esse videamus quod contra urbem Samariam per hunc eumdem prophetam longe superius dicitur: *Pone ollam, pone, inquam et mitte in ea aquam, congere frusta eius in ea* (Ez. 24,4). Et paulo post: *Efferbuit coctio eius, et discocta sunt ossa illius in medio eius*. Atque iterum: *Congere ossa quoque succendam: consumentur carnes, et coquetur universa compositio, et ossa tabescent. Pone quoque eam super prunas vacuam, ut incalescat et liquefiat aes eius* (Ez. 10,11). Tunc enim nobis olla posita est, cum haec est civitas constituta. Tunc in eam aqua missa est, et frusta eius congesta sunt, quando ad eam undique populi confluebant, qui velut aqua calens, actionibus mundi fervescerunt, et quasi frusta carnium in ipso suo fervore liquarentur... Per ossa enim potentes saeculi, per carnes vero populi designantur, quia sicut carnes portantur ossibus, ita per potentes saeculi infirmitas regitur populorum. Sed ecce iam de illa omnes huius saeculi potentes ablati sunt; ossa ergo excocta sunt. Ecce populi defecerunt, carnes eius liquefactae sunt... Ubi enim senatus? Ubi iam populus? Contabuerunt ossa, consumptae sunt carnes, omnis in ea saecularium dignitatum fastus exstinctus est. Excocta

est universa compositio eius. Et tamen ipsos nos paucos qui remansimus adhuc quotidie gladii, adhuc quotidie innumerae tribulationes premunt. Dicatur ergo: *Pone quoque eam super prunas vacuam.* Quia enim senatus deest, populus interiit, et tamen in paucis qui sunt, dolores et gemitus quotidie multiplicantur, iam vacua ardet Roma. Quid autem ista de hominibus dicimus, cum, ruinis crebrescentibus, ipsa quoque destrui aedificia videmus? Unde apte de civitate iam vacua subditur: *Incalescat, et liquefiat aes eius.* Iam enim et ipsa olla consumitur, in qua prius et carnes et ossa consumebantur, quia postquam defecerunt homines, etiam parietes cadunt. Ubi autem sunt qui in eius aliquando gloria laetabantur? Ubi eorum pompa? Ubi superbia? Ubi frequens et immoderatum gaudium?» [43]

Ofrecemos otro pasaje, de las *Homilías sobre la resurrección del Señor*, que son de las más bellas de Gregorio:

«Ecce audistis, fratres carissimi, quia duobus discipulis ambulantibus in via, non quidem credentibus, sed tamen de se loquentibus Dominus apparuit, et eis speciem quam recognoscerent non ostendit. Hoc ergo egit foris Dominus oculis corporis, quod apud ipsos agebatur in oculis cordis. Ipsi namque apud semetipsos et amabant et dubitabant, eis autem Dominus foris et praesens aderat, et quis esset non ostendebat. De se ergo loquentibus praesentiam exhibuit, sed de se dubitantibus cognitionis suae speciem abscondit. Verba quidem contulit, duritiam intellectus increpavit, Sacrae Scripturae mysteria quae de se ipso erant aperuit et tamen quia adhuc in eorum cordibus peregrinus erat a fide se ire longius finxit. Fingere namque componere dicimus; unde et compositores luti figulos vocamus.

Nihil ergo simplex veritas per duplicitatem fecit, sed talem se eis exhibuit in corpore qualis apud illos erat in mente. Probandi autem erant si hi qui eum etsi nondum ut deum diligerent saltem ut peregrinum amare potuissent» [44].

Gregorio recibió una buena formación literaria y aprendió a escribir con elegancia y musicalidad un latín alejado en gran manera de la pureza clásica. Capta confusamente el ritmo que resulta de la colocación de los acentos y no tiene cuenta de la cantidad. Sin embargo, hay una armonía estilística bastante peculiar, que merece ser estudiada.

Otra característica de su estilo es el gusto por la rima, imperdonable entre los clásicos, y más si se establece entre verbos, cosa ordinaria en Gregorio. Evidentemente, toda la teoría clásica de las cantidades se había hundido en su tiempo.

No cita a ningún autor clásico, salvo a Séneca. Pero ¿quién va a negar que conocía a Horacio después de comparar su clasificación de los pecados capitales con la del Venusino en sus epístolas? [45].

[43] *Hom. in Ez.* II hom.6: PL 76,1009.
[44] *Hom. in Evang.* II hom.23: PL 76,1182.
[45] HORACIO, *Epist.* I epist.1.ª ad Maecenatem, v.33-38.

Lo mismo podíamos decir de Virgilio. He aquí un pasaje gregoriano sobre la contemplación y unos versos de Virgilio:

> Deum quasi in nocturna visione
> cernimus cum procul dubio sub
> in certa contemplatione caligamus [46].

> Ibant obscuri sola sub nocte per umbram
> quale per incertam lunam sub luce maligna [47].

8. Gregorio y la cultura griega

El tipo normal de cultura de un intelectual latino en el siglo VI ya no es, como en el de San Agustín, una cultura esencialmente literaria, fundada en la gramática y en la retórica y dirigida a realizar el tipo ideal del orador [48]. Precisamente los bárbaros aniquilan esa cultura, que había durado desde Cicerón hasta San Agustín, con una estabilidad casi sustancial, digna de ser conocida, lo mismo entre los paganos que entre los cristianos. Gregorio todavía se ha formado en esas escuelas. Hay en su estilo ritmo y elegancia, pero ha olvidado totalmente la colocación de los acentos y las cantidades. La educación clásica romana era bilingüe. Durante la República y el alto Imperio la enseñanza se impartía a la vez en griego y en latín. El alumno estudiaba la gramática y literatura griega tanto como la gramática y literatura latina. Incluso estudiaba primero la lengua y gramática griega y después la literatura romana. Por San Agustín sabemos que en el siglo IV se conservaba este plan de estudios.

En tiempo de Gregorio se había perdido esa tradición del griego. Si en San Agustín no hay ya familiaridad con el pensamiento y literatura griegos, en Gregorio ha desaparecido completamente. Viviendo en Bizancio y teniendo un cargo público dependiente de Constantinopla, no llegó a aprender la lengua griega. Este hecho merece ser destacado en toda su trascendencia. Podríamos designarlo con el nombre de olvido del griego en Occidente. La ruptura de la unidad mediterránea entre el Oriente griego y el Occidente latino, que tantos dolores había de traer a la Iglesia en la Edad Media, se preparó gradualmente al fin de la Edad Antigua. Se fué espesando en el orden lingüístico, literario, político. El olvido de la lengua hizo perder a Occidente el contacto íntimo, profundo, con la cultura griega. Esta compenetración de culturas grecolatinas llegó al máximo en tiempo de César Augusto. Después se inicia la curva de descenso: Quintiliano, San Agustín, Casiodoro, San Gregorio. En tiempo de Gregorio, aun la filosofía se había separado de

---

46 *Moral.* V c.30: PL 75,708.

47 Virgilio, *Eneida* VI 268-270.

48 «Ars grammatica praecipue consistit in intellectu poetarum et in recte scribendi loquendive ratione» (Sergius, *Explanatio in arte Donati*, Keil 4 p.485.

la tradición helénica, salvo en grupos o individuos aislados muy contados. Rota la tradición helénica, era necesario montar otra nueva.

9. Estudios entre los católicos

Los estudios sobre San Gregorio entre los católicos han venido con cierto retraso sobre los de los heterodoxos. Hoy es enorme la literatura sobre el gran Papa y diversos aspectos de su teología dogmática, moral, espiritualidad, epistolario. Estos estudios de teología positiva y de historia han contribuído a estructurar de modo cada vez más acabado las líneas de su moral, de su espiritualidad, de su escatología, de su teología en general. Las primeras respuestas a las historias de los dogmas de Harnack y Seeberg fueron las de Schwane y Tixeront. Después vinieron las biografías de Grisar, Batiffol; los grandes artículos de las enciclopedias o diccionarios teológicos. Al principio hemos dado una lista de 34 biografías de San Gregorio de autores de diversas tendencias doctrinales.

La parte más interesante para el conocimiento de su teología han sido las grandes monografías y estudios especializados sobre ella. Merece la pena de recordar que los estudios sobre Gregorio no se han interrumpido en la Iglesia: en la baja Edad Media, con los excerpta de sus obras; en los siglos XV y XVI, con abundantes ediciones, traducciones e incluso extractos dogmáticos de sus obras, como los del cartujo Teodoro Petreio y Ludovico Blosio en su *Psychagogia* [49]. Las alabanzas de los exegetas a Gregorio fueron tan grandes en el siglo áureo de la exegesis, que siguió a Trento, que todavía en 1731 publicó Tobías de la Natividad de María, agustino descalzo, un volumen de 664 páginas dedicadas a la exegesis de Gregorio al Antiguo Testamento y otro de 203 páginas para el Nuevo Testamento, con copiosos índices [50].

Después de los estudios racionalistas, la primera exposición conjunta detallada de la teología gregoriana es la de Carmé, *La théologie de Saint Grégoire*, tesis defendida en 1908 en el Instituto Católico de Toulouse. No fué publicada, y de ella sólo conozco la recensión de la defensa [51]. Después los estudios se han multiplicado particularmente a partir de la reorganización de las facultades de Teología en 1933 con ocasión de la constitución *Deus scientiarum Dominus*. La bibliografía puesta al principio es la mejor indicación. No obstante, merecen ser destacadas las tesis de Weber sobre la moral de San Gregorio, la de Bauer sobre Cristo vivificador, la de Casel sobre la tradición, la de Farkas sobre las formas típicas de contemplación

---

Blosius Ludovicus, *Psychagogia, hoc est animae recreatio quattuor libris distincta* (Romae 1587). El libro 4.º es un extracto de los *Morales*.

[49] La obra de Petreio se encuentra citada en la nota 16 de este capítulo.

[50] Tobias a Nativitate Mariae, *Biblia Gregoriana* (Augustae Vindelic. 1731).

[51] M. Carmé, *La théologie de S. Grégoire I.* Dissertatio. Recensión sobre la defensa en «Bulletin de Littérature Ecclésiastique» (París 1908) 205-210.

de San Gregorio, la de Kurz sobre los ángeles, la de Lieblang sobre la mística, la de Porcell sobre la doctrina monástica, la de Wasselynck sobre la influencia de los *Morales* en la alta Edad Media, la de Westhoff sobre los dones del Espíritu Santo, la de Frickel sobre la omnipresencia de Dios, la de Boros sobre los herejes, la de N. Hill sobre la escatología, la de Benkert sobre la idea misional en Gregorio, la de Voss J. sobre los fundamentos de la Acción Católica, la de Eidenschink sobre la elección de obispos y la de Nugent sobre el concepto de caridad. Casi todas son tesis doctorales, en su mayor parte defendidas después de 1938. A esto hay que añadir una literatura larguísima de artículos en revistas y enciclopedias. El contingente literario aumenta de día en día. Destaquemos que son pocos los temas de estudio especulativo sobre la teología de Gregorio; la mayor parte de las obras tratan de temas más bien prácticos.

10. Conclusión. Gregorio y Justiniano

Dos hombres preocupados por la idea de la unidad. Justiniano centró su idea unificadora en la religión, en el derecho y en el ejército. Gregorio, en el primado del Romano Pontífice, en la liturgia, en el canto eclesiástico, en la moral, en la ascesis. Justiniano fracasó en su empeño. Descartando la codificación del derecho, en que la cultura universal tanto le debe, en lo demás no tuvo suerte. En cambio, Gregorio pervive en el sacramentario o liturgia, en el antifonario o canto, en la moral y ascética. En ellas se formó Europa desde el siglo VI al XII. Europa, como empeño espiritual, se amasó en las obras de Gregorio. Buena lección para quienes hoy reducen Europa a una comunidad puramente económica. La crítica racionalista no le comprende por valorar en exceso, por no decir principal y casi exclusivamente, el elemento racional del dogma. Sin embargo, nadie le ha estudiado más detenidamente que ella. Vieron la genialidad de esta figura, pero no terminaron de perfilarla.

La genialidad de Gregorio fué considerar como liquidada la antigua Roma, él que era de la aristocracia romana. Se dió cuenta que de la invasión y cristianización de los pueblos bárbaros y de la conversión de los pueblos herejes nacía una nueva cultura y puso los cimientos cristianos a la unidad cristiana de Occidente. Esos cimientos son el Papado, la unidad de la fe, la unidad de la liturgia, la unidad de canto litúrgico, la unidad de ascesis. Una nueva edad trae una nueva cultura, y ésta, nuevos métodos de formación para la juventud y de vida para los hombres. Todo esto lo fomentó Gregorio con sus trabajos y con sus obras. La nueva Europa a su muerte estaba casi en marcha. Hasta el monaquismo benedictino se había vuelto más culto a su contacto. Gregorio supo recoger la dirección marcada por Casiodoro pocos años antes.

CAPITULO V

El pensamiento teológico de Gregorio

1. *Doctrina sobre Dios.*—2. *Encarnación e Iglesia.*—3. *Angelología.*—4. *Escatología. Altar gregoriano y misas gregorianas.*—5. *El sistema exegético.*—6. *Moral.*—7. *Ascética.*—8. *Fuentes: Sagrada Escritura, San Agustín, Casiano, San Benito.*—9. *Síntesis doctrinal: compunción, contemplación; los grados, el acto; vida activa y contemplativa.*

1. Carácter común en los teólogos de la antigüedad y de la baja Edad Media es no dividir la teología en compartimentos: dogma, exegesis, moral, ascética. Si nosotros, al estudiar el pensamiento de Gregorio, hacemos esa división, es solamente por claridad y buscando modo de entendernos.

La doctrina dogmática, moral y ascética de Gregorio se encuentra en pocos libros. Todo lo contrario acaece con San Agustín, cuyo pensamiento está esparcido en muchos y largos tratados, difíciles a veces de entender. Prescindiendo de su epistolario, en que no son muchas las cuestiones dogmáticas, morales y ascéticas que plantea, prácticamente la obra doctrinal de Gregorio desde el punto de vista teológico hay que reducirla a los *Morales* y a las *Homilías sobre Ezequiel*, dos volúmenes de la Patrología latina de Migne, el 75 y el 76. Desde el punto de vista dogmático, ascético y moral especulativo, son de menos importancia las *Homilías sobre los Evangelios*, aun cuando las ofrezca casi todas el breviario romano. La razón está en aquellos a quienes hablaba. Los *Diálogos* tienen importancia dogmática grande desde el punto de vista de la escatología y angelología.

Un estudio doctrinal completo desbordaría los límites de esta introducción, destinada solamente a una mejor inteligencia de las obras del Santo. Por otra parte, se han multiplicado tanto las monografías y estudios especializados, que sólo ofrecer las conclusiones nos llevaría excesivamente lejos. Por ello he creído de interés únicamente presentar con brevedad algunos de los puntos de su teología, deteniéndonos especialmente en su sistema exegético y en su ascética, por creer que son los puntos de mayor interés para la recta inteligencia de las obras de San Gregorio, que presenta el actual volumen de la BAC.

1. Doctrina sobre Dios

Dios es el ser absoluto, por encima de todo cambio, en plena posesión de su esencia infinita y eterna. Es, además, por esencia infinito e ilimitado, y, por lo mismo, incomprensible para todo ser

creado y para todo conocimiento creado. Es, además, creador y señor, que todo lo ha sacado de la nada, por un puro acto de su voluntad, y todo lo conserva y gobierna según sus eternos planes.

En la práctica de su magisterio y de su vida, Gregorio concentra la presentación de Dios en derredor de la idea de Dios, juez todopoderoso y justo, en una casi unilateral consideración de la revelación, cosa que ya Harnack notó. Pero no se puede pasar por alto que en este aspecto también se encuentra otra idea fundamental en Gregorio, según la cual Dios aparece como el objeto de la contemplación imperecedera y como el anhelo más alto, como el inmutable, como la luz infinita [1]. Dios se nos da para ser amado. En realidad, ambas concepciones de Dios aparecen yuxtapuestas en Gregorio. La una, ética; la otra, metafísica; pero sin completarse en una armoniosa conciliación. Su formación teológica monacal y su actitud fundamentalmente monástica le inclinaron ordinariamente del lado de la valoración y punto de vista moral. Ya tocamos estos temas al hablar de su formación y de su valoración como teólogo. En las homilías, el tema de Dios-juez es casi una constante.

Frickel estudia detenidamente todos los problemas de la teología natural y revelada en Gregorio. También en su introducción a los *Morales*, Robert Gillet, O. S. B., aborda el problema del conocimiento de Dios en Gregorio. A ellos me remito. Para Gregorio, ver a Dios es la vida del alma. De ahí la dirección de todo hacia la contemplación. La luz del soberbio es la gloria de la vida presente [2]. Nuestra luz es nuestra patria eterna. La luz eterna es Dios, que cuanto más inconmutablemente brilla, tanto más hondamente penetra [3]. Uno de los caracteres de la mística de Gregorio es ser luminosa. En eso se diferencia radicalmente de la del Pseudo-Areopagita y de los autores que se encuentran en su línea, como los místicos alemanes del Medievo y San Juan de la Cruz, quienes acentúan más o menos una noche obscura que se convertirá en luz. De modo contrario, Gregorio considera a Dios como luz en primer término, luz sin límites *(lumen incircumscriptum)*. Tinieblas dionisianas y luz gregoriana señalan diversos modos más relacionados entre sí de lo que pudiera aparecer.

2. Encarnación e Iglesia

La doctrina sobre la encarnación en Gregorio ha sido estudiada detenidamente por Bauer [4]. Gregorio no escribió un tratado sistemático sobre Jesucristo y la Iglesia. Bauer sistematiza el pensamiento gregoriano sobre el Verbo encarnado, las consecuencias de la en-

---

1 Frickel, *Deus totus ubique simul* p.134.
2 PL 76,927.
3 PL 76,791.
4 Bauer, Leonardus, *De Christo Vivificatore Sancti Gregorii Magni Doctrina* (Mundelein, Illinois, 1938).

carnación, la redención y su aplicación al hombre; la Iglesia, Cristo, ejemplo y consumador de la vida.

Más detenidamente ha estudiado su concepto de Iglesia Boros [5], en una monografía sobre los herejes en las obras de San Gregorio. El tema de la Iglesia lo toca frecuentemente en sus homilías. Para Gregorio, la Iglesia católica es el único medio de salvación [6].

La Iglesia es la congregación de los justos. En la Iglesia presente, o Iglesia fundada por Cristo, hay buenos y malos [7]. Los miembros de la Iglesia celeste, o Iglesia de los elegidos, son sólo éstos [8]. El reino de los cielos es la Iglesia presente [9]. A veces es la Iglesia celeste [10]. La idea paulina del cuerpo místico le era familiar [11]. Sigue la doctrina de San Agustín con acento menos interior, si bien la imaginación toma más parte. Nosotros somos con Cristo una sola persona [12]. En el pobre es Cristo quien recibe la limosna [13]; nuestros sufrimientos son los de Cristo [14]. Cristo y la Iglesia componen una persona [15]. Una característica de San Gregorio que nos mete en plena Edad Media es su mención frecuente de «Corpus et membra diaboli» [16]. Sobre su lucha en pro del primado, frente a los patriarcas de Bizancio y los obispos de Ravena, hablamos en el capítulo 2.º, números 5 y 8.

3. Angelología

Se le da a Gregorio el título de Doctor de la Milicia Celeste. Así lo hace Harnack en su historia de los dogmas [17] y lo había hecho antes Pablo Diácono en su biografía de Gregorio [18]. La vida de Gregorio, tal como nos la describen sus primitivos historiadores, tuvo especial relación en algunos momentos de extraordinaria importancia con las milicias angélicas. Merece recordarse su deseo de hacer ángeles de los anglos que vió en venta en el mercado y aquella anécdota que dió origen al cambio de nombre del castillo de Sant' Angelo. En una procesión del año 590 se vió en el sepulcro de Adria-

---

[5] Adalbertus Boros, *Doctrina de haereticis ad mentem Gregorii Magni* (Romae 1935) 75 págs.

[6] *Moral.* 25,8: PL 76,756-757.

[7] *Hom. in Evang.* II hom.38: PL 76,1285; II hom.25,3: PL 76,1185; I hom.12, 4: PL 76,1116.

[8] *Hom. in Evang.* II hom.31,8: PL 76,1232; II hom.25,3: PL 76,1185.

[9] *Hom. in Evang.* I hom.12,1: PL 76,1118; II hom.32,6: PL 76,1236.

[10] *Hom. in Evang.* I hom. 12,1: PL 76,1118-19.

[11] E. Mersch, *Le corps mystique du Christe* (Paris 1951) II 405.

[12] *Hom. in Ez.* I hom.8; II hom.3,4: PL 76,887.959.963.

[13] *Hom. in Evang.* II hom.23: PL 76,1183.

[14] *Hom. in Ez.* I hom.6: PL 832,955.

[15] *Moral.* XXIII c.1,2: PL 76,251.

[16] *Moral.* IV 11; III 15; XIII 10.11.24: PL 75,647.714.1023.1024.1034.

[17] Harnack, *Lehrbuch der Dogmengeschichte* III 242: «Mann kann Gregor der doctor angelorum et diaboli nennen».

[18] Paulus Diac.: PL 75,50. Se trata de un pasaje interpolado que no se halla en la citada edición crítica de Grisar en «Zeitsch. für Kath. Theol.», 11 (1887) 162: PL 75,48.

no un ángel, que envainó la espada en señal de reconciliación y de que cesaba la peste [19]. Kurz estudia largamente la creación, naturaleza espiritual, propiedades, prueba, pecado, caída y castigo de los demonios, recompensa de los ángeles buenos, visión de Dios, relación con Cristo como Dios y como hombre, los coros angélicos, los ángeles y el hombre.

Gregorio no es original. Su angelología depende de San Agustín y del Pseudo-Dionisio Areopagita. Pero supo aprovechar para su tiempo y para su vida el trabajo de un período pasado. Hasta dónde llega la influencia de Agustín y del Pseudo-Areopagita puede verse comparando la citada monografía de Kurz con las de Pelz y Stiglmayr sobre los autores citados [20].

4. Escatología. Altar gregoriano, misas gregorianas

Hill ha estudiado detenidamente la escatología de Gregorio en una tesis doctoral que no he podido haber [21]. Es uno de los puntos en que su autoridad fué más alta en la Edad Media, hasta ser considerado como autor inspirado. Su gloria no está tanto en los progresos que hizo cuanto en la claridad con que en los *Diálogos* y *Homilías* quedan perfiladas todas las cosas, particularmente en el libro IV de los *Diálogos*. Recordemos su título completo: *Dialogi de vita et miraculis patrum italicorum et de aeternitate animarum*. De ahí su autoridad en la Edad Media desde el *Prognosticon futuri saeculi*, de San Julián de Toledo († 690), hasta Santo Tomás, quien, al tratar del juicio particular y de la sanción inmediata, no duda en apelar al santo Papa para declarar herética la sentencia contraria [22]. La escolástica le atribuyó una revelación particular en esta materia, y, al tratar del fuego corporal del infierno, Gregorio llega a ser casi el principal testimonio en la *Suma Teológica* [23]. Los puntos principales de su doctrina son: en el cielo, los santos gozan de la vista de Dios cara a cara. En Dios lo verán todo [24]. La gloria estará en proporción de los méritos [25]. Los santos pueden ayudar con su intercesión a los que aún militan en la tierra [26].

La eternidad del infierno la afirma repetidamente frente a los «misericordiosos», que sostenían que todos los que creen en Cristo serán al fin purificados y librados del infierno. Ninguna misericor-

---

19 Io. Diac., o.c.: PL 75,280.

20 Karl Pelz, *Die Engellehre des hl. Agustinus* (Münster 1931); J. Stiglmayr, *Die Engellehre des Sog. Dionysius Areopagita:* «Compte rendu du IV Congrès Scientif. Internat. des Catholiques», I section, Sciences Religieuses, p.403-414 (Fribourg 1898); Leopold Kurz, *Gregors des Grossen Lehre von der Engeln* (Rottemburg 1938) 132 págs.

21 N. Hill, *Die Eschatologie Gregors des Grossen* 1942 (dis. Freiburg in Br.).

22 *Diál.* IV 38,29: PL 77,365-368; *Summa Theol.* Suppl. q.69 a.2.

23 *Summa. Theol.* Suppl. q.97 a.5.

24 *Moral.* XVIII 54: PL 76,93ss.; *Moral.* XXX 4: PL 76,533.

25 *Hom. in Ez.* II hom.4: PL 76,977.

26 *Moral.* XVI 51: PL 75,1151.

dia les volverá el perdón [27] ni les sacará del tormento eterno [28], porque, si termina el infierno, también terminaría el paraíso [29]. El fuego del infierno es un fuego corporal [30], pero especial, ya que quema sin consumir y calienta sin alumbrar [31]. Los condenados ven la felicidad de los bienaventurados y el castigo de los malos y no tienen esperanza alguna [32]. La intensidad de la pena corresponde a la diversidad de la culpa [33].

En cuanto al purgatorio, prueba su existencia por 1 Cor. 3,11-15 y por las palabras del Salvador cuando trata de la blasfemia contra el Espíritu Santo (Mt. 12,32). El objeto de la purificación son los pecados leves, como el hablar ocioso y excesivo, la risa inmoderada, faltas en la administración de los bienes [34]. Durante su estancia en el purgatorio, las almas pueden ser ayudadas por los fieles vivos con sufragios y limosnas, sobre todo con el sacrificio de la misa. Gregorio no es el introductor de la doctrina del purgatorio en la dogmática de la Iglesia, como afirma Lau [35]. Cualquier historia de los dogmas estudia este tema en San Cesáreo de Arlés, San Agustín, San Ambrosio, Orígenes, Tertuliano. Entre los hebreos se nos ofrecen buenos ejemplos del cuidado de orar y ofrecer sacrificios por los muertos, tal como se ve en el libro segundo de los Macabeos. Gregorio encontró, por tanto, una doctrina sobre la purificación muy desarrollada cuando se propuso tratarla con detención teológica y a la vez popularmente en los *Diálogos*. Salvo la claridad, Gregorio no tiene casi nada de nuevo.

Altar gregoriano. Misas gregorianas.—En la iglesia aneja al monasterio de San Gregorio en el monte Celio, se venera y custodia celosamente el altar en que el Santo decía misa. Está cargado de indulgencias y privilegios. El principal consiste en librar súbitamente del purgatorio el alma del difunto por el cual se aplica una santa misa celebrada en aquel altar, que por este privilegio es llamado *altar gregoriano*. Este privilegio es excepcional y único. Durante cierto tiempo, los Sumos Pontífices lo extendieron a otros altares declarándoles semejantes en el privilegio al gregoriano *(altaria gregoriana ad instar)*, respetando así la prioridad y peculiaridad del altar del monte Celio.

¿Qué decir de este privilegio? ¿Es cierto que el alma por la que se celebra la misa en el altar gregoriano sale al punto del purgatorio y sube al cielo? En esto consiste el privilegio, y para que tal indulgencia concedida por el papa obtenga con mayor seguridad y certeza su efecto liberador, interviene la intercesión de San Gregorio y la autoridad de la Iglesia. Por estos dos motivos, reconfirmados

27 *Moral.* VIII 17: PL 75,820.
28 *Moral.* XV 17: PL 75,1092.
29 *Diál.* IV 29.44: PL 77,365-367.401.
30 *Diál.* IV 29: PL 77,368.
31 *Moral.* IX 65: PL 75,912-913.
32 *Moral.* VIII 14: PL 75,818.
33 *Moral.* IX 65; XV 18.26: PL 75,913.1093.1097.
34 *Diál.* IV 39: PL 77,396.
35 Lau, *Gregor der Grosse* (Leipzig 1845) p.508.

por tantos Sumos Pontífices, se debe conservar confianza en la eficacia de tal privilegio, confianza piadosa y aprobada por la Iglesia, según la declaración de la Sagrada Congregación sobre Indulgencias del 15 de marzo de 1884.

El origen del altar gregoriano y de las misas gregorianas, es decir, de 30 misas en otros tantos días consecutivos sin interrupción, a lo cual está aneja la indulgencia gregoriana, procede de un hecho que le acaeció a Gregorio y lo narra en el libro IV de los *Diálogos* (c.55). Había dos hermanos en el monasterio, Justo y Copioso. Enfermó gravemente el primero, quien indicó al otro que le cuidaba, que conservaba ocultos tres áureos. Para purificación de Justo y escarmiento de los demás, el enfermo fué aislado y, después de muerto, enterrado en un estercolero y arrojadas encima las tres monedas, mientras gritaban todos los monjes: *Pecunia tua, tecum sit in perditionem* (Act. 8,20). «A los treinta días de la defunción comenzó mi alma—dice Gregorio—a consufrir con el difunto, a pensar con dolor en sus padecimientos y a buscar modo de librarle de ellos, si era posible. Entonces, llamando a Precioso, prepósito de nuestro monasterio, le dije: Hace mucho tiempo que nuestro hermano difunto es atormentado en el fuego (del purgatorio). Debemos emplear la caridad y ayudarle en lo posible y que se vea libre. Vete y cuídate de ofrecer por él el sacrificio (de la misa) durante treinta días sucesivos, de suerte que no pase día sin que sea inmolada la Hostia saludable por su liberación.

Precioso marchó y obedeció. Nosotros nos dedicamos a otras ocupaciones, sin cuidarnos de contar los días. Pero el monje muerto se apareció una noche a su hermano Copioso. Al verle le preguntó: ¿Cómo estás, hermano? Le respondió: Hasta ahora estuve mal, pero ahora estoy ya bien, porque hoy recibí la comunión (la unión con los demás).

Copioso corrió al punto a indicárselo a los demás. Los hermanos computaron los días cuidadosamente, y aquél era el día en que se había ofrecido por él la trigésima misa. Copioso no sabía lo que hacían los hermanos; éstos, a su vez, ignoraban lo que él había visto y lo que ellos habían hecho; y, concordando a la vez la visión y el sacrificio, quedó claro que el hermano fallecido se libró del suplicio por la Hostia saludable» [36].

En tiempos de fe era la iglesia y el altar de San Gregorio uno de los sitios más venerados de la tierra. Durante el octavario de los difuntos era difícil asegurar el orden en los fieles que asistían, y los mismos papas intervenían con frecuencia en él. Benedicto XIV visitó la iglesia y el altar gregoriano durante todos los años de su pontificado [37].

---

[36] *Diál.* IV 55: PL 77,420-421.

[37] Bibliografía sobre las misas gregorianas: Anselmo Giabbanni, O. S. B., *San Gregorio e le anime purganti:* «Tabor», 3 (1948) 282-284; P. A. Uccelli, *Delle messe gregoriane* (Napoli 1878).

5. Sistema exegético

Gregorio es un entusiasta de la Sagrada Escritura. La interpretó para santificar todos los estados y condiciones de la vida de modo maravilloso. Sus *Comentarios al libro de Job* y a las *Homilías sobre Ezequiel* son un verdadero tesoro de teología y moral de la sexta centuria [38]. Para comprenderlos hay que revivir el círculo determinado de monjes, amigos y adversarios a quienes exhorta, dirige y trata de encauzar. Gregorio tiene siempre delante a un interlocutor invisible.

Para Gregorio, la Sagrada Escritura trasciende toda ciencia y doctrina sin comparación posible [39]. Esto lo explica principalmente con dos figuras: luz y alimento. La Sagrada Escritura es luz que ilumina al hombre que camina en tinieblas [40]; es alimento divino [41]. La razón de esta estima procede de que la Sagrada Escritura es la palabra por la cual Dios nos habla [42]. Los hagiógrafos son sólo instrumentos *(calami)* del Espíritu Santo, pluma con que se escribió esta divina carta enviada a los hombres. Hay que meditarla para conocer a Dios. Todos deben conocerla, aun cuando no todos puedan penetrar en su profundidad. Por la Escritura da Dios humildad a los soberbios, confianza a los tímidos, amor a la castidad a los lujuriosos, celo a los tardos; a los iracundos, freno; a los avaros, templanza [43]; anima a los débiles, ofrece endechas a los penitentes y cantos de alegría a los que buscan consuelo. Así, todo lector, sin distinción de edad, de ingenio, de estado de vida, de condición, encuentra ayuda en la Sagrada Escritura, y no hay problema, privado o público, al que ella no responda. En la Sagrada Escritura se ofrece a los ojos de nuestra mente como un espejo para que en él se mire nuestra paz interior. Allí conocemos nuestras fealdades y hermosuras; allí percibimos cuánto adelantamos o cuán lejos estamos de la meta. Narra los hechos de los santos y provoca los corazones de los débiles a la imitación. Al recordar los hechos victoriosos de aquéllos fortalece nuestra debilidad para la lucha contra los vicios, y nuestra alma tiembla menos ante las tentaciones cuando contempla tantos triunfos de varones fuertes.

A veces no sólo refiere sus virtudes, sino también sus caídas, para que en la victoria de los fuertes veamos lo que debemos tomar, y en sus caídas, lo que debemos temer. Se nos describe a Job acrecido y a David postrado por la tentación para que la virtud de los mayores fomente nuestra esperanza y sus caídas nos animen a guardar humildad, y así, a la vez que aquéllas nos levanten al gozo,

---

38 Dudden, o.c., II 299; Batiffol, *Vie de S. Greg.* p.95ss.; L. Bauer, *De Christo vivificatore* p.3-7.

39 *Moral.* XX 1: PL 76,135.

40 *Regula Past.* p.3.ª c.24: PL 77,94; *Moral.* XIX 11: PL 76,107.

41 *Hom. in Ez.* I hom.10 n.3: PL 76,31.

42 *Moral.* XVI 35: PL 75,1142; *Moral.* praef.: PL 75,517.

43 *Moral.* VI 16: PL 75,741.

éstas nos fuercen al temor, y el ánimo del que oye, aprendiendo de allí esperanza confiada y de aquí el temor humilde, ni se ensoberbezca con temeridad, ya que el temor lo acosa, ni atemorizado desespere, pues los ejemplos de virtud le fuerzan a la confianza [44].

Los sentidos de la Sagrada Escritura.—El fundamento de esta revelación de Dios a los hombres es Cristo; a él se dirige el Viejo y el Nuevo Testamento y en él se unen íntimamente. El Viejo Testamento encuentra su cumplimiento en el Nuevo; el Nuevo está contenido alegóricamente en el Viejo. El fin y llenumbre de ambos es Cristo. En los dos querubines del tabernáculo ve los dos Testamentos. Ambos se miran mutuamente con los ojos puestos en el propiciatorio. El verdadero propiciatorio es Cristo, propiciación nuestra. Ambos Testamentos hablan del mediador concordemente. Por eso se miran mutuamente con los ojos fijos en el verdadero propiciatorio, porque lo que el uno indica, el otro lo exhibe [45]. Cristo, anunciado por los Profetas y la Ley, propuesto en el Evangelio, predicado por los apóstoles. Así, la palabra divina, diversa en el tiempo, está unida en el sentido. Idea preciosa, tan amada de la actual teología y tan querida de todos los Santos Padres [46].

Porque en Cristo se aúnan la Sagrada Escritura del Nuevo y del Viejo Testamento, por eso se puede entender la Sagrada Escritura en dos sentidos: histórico y alegórico. Es un libro escrito por dentro y por fuera: «Intus scriptus est per allegoriam, foris per historiam. Intus per spiritalem intellectum, foris autem per sensum litterae simplicem, adhuc infirmantibus congruentem. Intus quia invisibilia promittit, foris quia visibilia praeceptorum suorum rectitudine disponit. Intus quia caelestia pollicetur, foris autem quia terrena contemptibilia qualiter sint, vel usu habenda, vel ex desiderio fugienda praecipit. Alia namque de secretis caelestibus loquitur, alia vero in exterioribus actionibus iubet. Et ea quidem quae foris praecipit patent, sed illa quae de interius narrat plene apprehendi nequeunt» [47]. Por el íntimo nexo entre Cristo y el mensaje moral de la Sagrada Escritura, el sentido alegórico puede ser típico de Cristo o moral para instrucción y mejoramiento de los hombres. Así, pues, Gregorio distingue tres sentidos: el histórico, el típico o alegórico o místico, y el moral. En el prólogo a los libros de los *Morales* explica así a su amigo San Leandro su sistema exegético: «Quaedam historica expositione transcurrimus et per allegoriam quaedam typica investigatione perscrutamur, quaedam per sola allegoricae moralitatis instrumenta discutimus, nonnulla autem per cuncta simul sollicitius exquirentes tripliciter indagamus. Nam primum quidem fundamenta historiae ponimus, deinde per significationem typicam in arcem fidei fabricam mentis erigimus; ad extremum quoque per moralitatis gratiam quasi superducto aedificium colore vestimus» [48].

---

[44] *Moral.* II c.1: PL 75,553-554.
[45] *Hom. in Ez.* I hom.6 n.14.15ss.: PL 76,835-836.
[46] CLAUDE MONTDESERT, *Clement d'Alexandrie* (París 1954) p.97-98.
[47] *Hom. in Ez.* I hom.9 n.50: PL 76,883.
[48] *Moral.* praef. c.3: PL 75,513.

Estos tres sentidos no los expone siguiendo un orden sistemático, ni siempre los tres, como él mismo indica en el prólogo a San Leandro de los *Morales* y practica normalmente en el *Comentario a Job*, en las *Homilías sobre Ezequiel* y en las *Homilías sobre los Evangelios*. Por eso, más que impresión de comentario parecen una tapicería teológica maravillosa. Una visión de su arte exegético nos la brinda en el libro primero de los *Morales*, en que comenta a Job 1,1-5, y dedica diez capítulos al sentido histórico, en los cuales también toca el sentido moral según su teoría, expuesta en la ya citada carta a San Leandro. En los quince siguientes capítulos describe el sentido alegórico, y en los doce últimos el sentido moral. Notemos de paso que, por sistema, en todos los capítulos roza problemas morales siempre que se presenta la ocasión: «Quisquis de Deo loquitur, curet necesse est ut quicquid audientium mores instruit rimetur, et hunc rectum loquendi ordinem deputet si cum opportunitas aedificationis exigit, ab eo se, quod loqui coeperat, utiliter derivet. Sacri enim tractator eloqui morem fluminis debet imitari. Fluvius quippe dum per alveum defluit, si valles concavas ex latere contigit, in eas protinus sui impetus cursum divertit, cumque illas sufficienter impleverit, repente sese in alveum refundit. Sic nimirum, sic divini, verbi esse tractator debet» [49].

Teóricamente establece como principio que el sentido histórico no puede ser pasado por alto, aun cuando se busque el sentido espiritual. Es la observación con que termina el libro primero de los *Morales*: «Hoc tamen magnopere petimus ut qui ad spiritalem intelligentiam mentem sublevat, a veneratione historiae non recedat» [50]. Para él, el sentido histórico es el fundamento. Pero prácticamente se cree libre de esta exigencia. Desde el libro segundo, el esquema se va desdibujando, y cada vez da menor extensión al estudio del sentido histórico. Desde el libro sexto, el sentido histórico le sirve solamente como punto de arranque de sus explanaciones sobre el sentido alegórico y moral. Esta libertad entra dentro del sistema exegético gregoriano, como podemos ver en la tantas veces citada carta a San Leandro: «Aliquando vero exponere aperta historiae verba neglegimus, ne tardius ad obscura veniamus, aliquando autem intelligi iuxta litteram nequeunt, quia superficie tenus accepta nequaquam instructione legentibus, sed errorem gignunt... Verba litterae dum collata sibi convenire nequeunt, aliud in se aliquid quod quaeratur ostendunt, ac si quibusdam vocibus dicant: dum nostra nos conspicitis superficie destrui, hoc in nobis quaerite, quod ordinatum sibique congruens apud nos valeat intus inveniri» [51].

Carácter práctico.—Gregorio quiso en su exegesis deducir preceptos morales para mejorar a los hombres. La Sagrada Escritura en todas sus alegaciones intentó señalar al Redentor del mundo. De

---

[49] *Moral.* praef. c.2: PL 75,513.
[50] *Moral.* I c.37 n.56: PL 75,554; *Moral.* I c.11: PL 75,533.
[51] *Moral.* praef. c.3: PL 75,514.

ahí la unión estrecha entre Cristo y los preceptos morales de la Sagrada Escritura. Cristo no sólo es dador de la vida, sino autor y ejemplar de los preceptos que en ella hay que guardar y de los auxilios con que se cumplen. Así, todo tiende a Cristo. Toda la Sagrada Escritura es manifestación de la bondad de Dios, que encontró su pleno cumplimiento en Cristo. Por eso Gregorio puede afirmar al comienzo de la homilía 17 del libro primero sobre los Evangelios, dirigida en San Juan de Letrán a los obispos y clero: «Dominus et salvator noster, fratres carissimi, aliquando nos sermonibus, aliquando vero operibus admonet. Ipsa enim facta eius praecepta sunt, quia dum aliquid tacitus facit, quid agere debeamus innotescit» [52]. Así, de la Sagrada Escritura se pueden sacar todos los preceptos morales que Dios quiso dar a los hombres. A la vez, toda hay que entenderla de Cristo, a quien está unido íntimamente todo miembro de la Iglesia. De este modo, el sentido alegórico puede entenderse en sentido moral.

Este método se encuentra realizado en todos sus detalles en el libro primero de las *Homilías sobre Ezequiel* (hom.7). Lo proponemos a modo de ejemplo. Trata de la exegesis del Levítico 1,15 y 5,8: «Turtur quae pro peccato offertur, retorqueatur caput eius ad pennulas, ita ut collo inhaereat, et non penitus abrumpatur. In quibus verbis dubius legentibus sensus historicus non est. Sed si haec intelligere moraliter requiras... Nos enim ipsi in omnipotenti Dei sacrificio esse turtur debemus, ita ut caput nostrum retorqueatur ad pennulas, id est animus ad virtutes... Sed caput ad pennulas retorqueri praecipitur, ut ea quae dicis facias, et os ad opera coniungas. Nec ita caput abscindendum est, ut a corpore dividatur, quia videlicet mens nostra a carnali delectatione incidenda est, sed a carnis cura necessaria incidenda non est... Quid si hoc sacrificii genus sub typica redemptoris nostri intelligentia alius ad contemplationem requirat?... Quis enim caput nostrum est nisi Redemptor generis humani?... Sed caput corporis et incissum est, et tamen a suo corpore divissum non est, quia ex eo quod pro nobis mortem pertulit, omnes nos sibi verius in ipsa sua morte coniunxit; et per hoc quod se nostris oculis visibiliter substraxit, nostri se mentibus invisibiliter radicavit» [53].

Este sistema exegético parece a primera vista peligroso. Cada texto podría tener innumerables sentidos alegóricos. Para prevenir la posible confusión, Gregorio da las reglas siguientes:

1.ª Hay que atender debidamente al sentido literal y, en lo posible, no hay que apartarse de él. Si algunas veces cambia el orden, es por conveniencia de los oyentes. «A veneratione historiae non recedat» [54]. «Prius servanda est veritas historiae et post modum requirenda spiritalis intelligentia allegoriae. Tunc nempe allegoriae fructus suaviter carpietur, cum prius per historiam in veritatis radice solidatur. Sed quia nonnumquam allegoria fidem aedificat, et

[52] *Hom. in Evang.* I hom.17 n.1: PL 76,1139.
[53] *Hom. in Ez.* I hom.7 n.10: PL 76,845-46.
[54] *Moral.* I c.37: PL 75,554.

historia moralitatem, nos qui, auctore Deo, iam fidelibus loquimur, non abs re credimus, si ipsum loquendi ordinem postponamus» [55].

2.ª Hay que obrar con discreción: «Si omnia ad litteram sentiamus virtutem discretionis amisimus; si omnia ad spiritalem allegoriam ducimus, similiter indiscretionis stultitia ligamur. Legunt enim sacra eloquia praedicatores sancti, et aliquando in historia litteram suscipiunt, aliquando vero per significationem litterae spiritum requirunt» [56].

3.ª La doctrina deducida por alegoría hay que compararla con otros pasajes de la Sagrada Escritura y con la doctrina de la Iglesia [57]. Así desaparece todo peligro de desvío y de alegorismo exagerado.

En su estudio sobre el misticismo de Occidente indica Butler [58], siguiendo las observaciones de Dudden, que los *Morales* y las *Homilías sobre Ezequiel* se deben leer sin relación a Job o a Ezequiel y sin atender a la permanente alegorización del texto, sino solamente como libro de teología, como tratado sobre los deberes de la vida religiosa. Es buen consejo, aun cuando algunos pasajes resultan ininteligibles si no se tiene el texto bíblico delante. A la postre nunca podremos olvidar el sistema escriturístico gregoriano, y en él aquella observación del Santo sobre la dependencia de todos los sentidos del literal: «Haec per historiam facta credimus, sed per allegoriam qualiter sint impleta videamus. Iob namque diximus interpretatur dolens: Hus vero consiliator...» [59]. O aquel otro pasaje del prólogo en que promete a San Leandro satisfacer los deseos de sus hermanos los monjes que le pidieron el comentario por tres sentidos o tres vías:

> *Modo per expositionis ministerium* (sentido histórico),
> *modo per contemplationis ascensum* (sentido típico),
> *modo per moralitatis instrumentum* (sentido moral) [60].

No olvidemos el método, y, situándonos en el círculo determinado de los monjes o fieles con quienes invisiblemente dialoga, entenderemos perfectamente las obras exegéticas del Santo.

6. El pensamiento moral

Muchos otros puntos pudiéramos estudiar en relación con las obras de Gregorio para mejor inteligencia de esta edición. Entre todos vamos a fijarnos especialmente en su ascética, por ser Gregorio doctor de la compunción y de la contemplación y por las múl-

[55] *Hom. in Evang.* II hom.40 n.1: PL 76,1302.
[56] *Hom. in Ez.* I hom.3 n.4: PL 76,807.
[57] *Moral.* XVIII c.26: PL 76,58.
[58] C. Butler, *Western Mysticism. The Theaching of S. Agustine, Gregory the Great and Bernard on Contemplation and the contemplative life* (Londres 1927).
[59] *Moral.* I c.11: PL 75,533. Como ejemplo de alegorismo véase *Moral.* I c.14 sobre el n.7 como suma perfección (PL 75,535).
[60] *Moral.* praef. c.2: PL 75,518.

tiples aplicaciones ascéticas que abundan en las adjuntas homilías. Antes diremos dos palabras sobre su sistema moral.

Los problemas principales de teología moral gregoriana los ha estudiado Weber en una tesis doctoral publicada en 1947 [61], dividida en dos partes. La primera, histórica, cargada de interés, y la segunda, doctrinal. Es un trabajo lleno de precisión, al que remito a quien quiera estudiar detenidamente la moral del Santo. Algunos puntos de Weber los había tratado ya Lieblang en su obra *Grundfragen der Mystichen Theologie*, publicada en 1934 [62]. La moral de Gregorio está en íntima relación con el ambiente que le tocó vivir. El la marca profundamente con su impronta: guerras, invasiones, hambre, pestes, eran propicios a excitar el desprecio del mundo senescente y renovar la aspiración del hombre a la salvación y a la felicidad. El pensamiento de Gregorio está dominado por el deseo de la paz, de la vida contemplativa, del cielo, del despego de los bienes terrenos, de la caridad para tanta miseria, de la proximidad del fin del mundo, del anhelo del deseo celeste. El tiempo y los oyentes determinan su magisterio moral. Cuando la *civitas* antigua se resquebraja y muere, él elabora algunas normas de las que han de ser base de la nueva cultura, de la cristiandad medieval. Gregorio es tan gran catequista como teólogo.

No hizo construcción sistemática, sino más bien una teología bíblica y con frecuencia temática [63]. Sin embargo, legó a la posteridad una serie de definiciones, enumeraciones, agrupaciones y divisiones que quedaron como clásicas [64]. Así, Gregorio introdujo el grupo estoico de las cuatro virtudes cardinales [65]. Ya hablamos en el capítulo 4 de los excerpta o flores de los *Morales*. Estos textos y otros pasaron de compilación en compilación hasta los libros de las *Sentencias* y hasta la *Suma* del Doctor Angélico, que en la moral es a Gregorio a quien más veces cita después de Aristóteles [66]. Santo Tomás le cita como principal autoridad en los tratados de los vicios capitales y de los estados de perfección: del episcopal y religioso. Weber estudia en la segunda parte de su tesis los siguientes temas: contenido teológico-moral de los escritos; fin del hombre; vocación del hombre a la vida eterna; imagen de Dios; estima y desprecio del mundo; el cielo como fin del hombre; el camino de la gracia y de la virtud; gracia y libertad; virtudes infusas y dones del Espíritu Santo; las virtudes morales; el pecado; caída y pecado original; pecado personal y victoria.

Gregorio transmite a sus contemporáneos una visión cristiana del mundo. Visión que en ascética y moral durará varios siglos. Recordemos la estima de sus obras entre los obispos y entre los re-

---

61 L. WEBER, *Hauptfragen der Moraltheologie Gregors des Grossen* (Freiburg 1947).

62 F. LIEBLANG, *Grundfragen der mystichen Theologie nach Gregors des Grossen Moralia und Ezechielhomilien* (Dis. Freiburg i. B.).

63 WEBER, o.c., p.67.

64 WEBER, o.c., p.53-55.

65 *Moral.* II c.49: PL 75,592.

66 WEBER, o.c., p.2-3.

yes tal como en el capítulo 4 dijimos. Aun hoy los escritos morales de Gregorio hablan mucho al hombre de la mitad del siglo XX. Esta influencia ha sido estudiada en una tesis doctoral por René Wasselynck: «Les *Moralia* de Saint Grégoire et leur influence». En ella trata de las ideas centrales de la moral gregoriana de las principales compilaciones (Paterio, Tajón, Lathen), y, finalmente, de la influencia en los moralistas desde Isidoro de Sevilla hasta Hincmaro de Reims. Esta influencia sobrepasa cualquier lista, por larga que sea, de compilaciones que se nos conserven, como puede juzgarse por los catálogos de las bibliotecas medievales, en todas las cuales se encuentran abundantes y bellos ejemplares de los *Morales* en toda la geografía de la cristiandad medieval [67].

7. Ascética

Sobre el pensamiento ascético de San Gregorio es tan abundante la bibliografía, que no se puede dar al pie. Basta recorrer la puesta al principio para observar la enorme cantidad de artículos, ordinariamente de segunda mano, sobre diversos aspectos del pensamiento del santo Doctor de la Iglesia, particularmente sobre la contemplación. Los tres mejores estudios son los ya citados de Butler en «Western mysticism», y de Lieblang, «Grundfragen des mystichen Theologie», y Gillet en su prólogo a los libros primero y segundo de los *Morales* de la colección *Sources Chrétiennes*, número 32.

San Gregorio es el Doctor de la contemplación, como San Agustín lo es de la gracia. Su influjo en la historia de la espiritualidad no admite parangón con ningún otro. Fué el maestro espiritual de los monasterios benedictinos hasta el nacimiento de la escuela cisterciense, con el triunfo de los hijos de San Bernardo.

Gregorio era leído en sus obras, sobre todo en los *Morales*, en florilegios, centones y sumas. Durante estos siglos benedictinos, los temas espirituales dominantes son los temas gregorianos: compunción, humildad, virtudes y vicios, dones del Espíritu Santo, vida activa y contemplativa, contemplación. Basta una simple ojeada a las obras de espiritualidad de aquellos siglos, que nos ha conservado Migne, para ver su influjo en los temas, en las fórmulas, en el estilo. Poco nuevo añaden. El mismo San Bernardo vuelve sobre los mismos temas, a los que añade su teoría del amor esponsal, el alma como esposa de Cristo, y su profunda devoción a la humanidad del Salvador. Fécamp fué uno de los maestros de la espiritualidad del siglo XI, acaso el representante más auténtico de la espiritualidad de su centuria. Fué un enamorado de la vida contemplativa. Sus pensamientos proceden de la Biblia, de las obras de San Agustín y San Gregorio, de la liturgia. Algunas de sus más bellas oraciones son extractos de San Gregorio, transformados en

---

67 Manitius, *Gesch. der Latein. Lit. des Mittelalt.* I 98ss. (véase esta introducción c.4 n.3 y c.6 n.2).

invocaciones, especialmente aquellos en que expone que la vida contemplativa no se puede alcanzar perfectamente en esta vida, porque el alma, envuelta en la carne, no puede soportar la luz de la gloria divina y sólo raramente y por poco tiempo puede gozar de su dulzura [68].

8. Fuentes de la espiritualidad gregoriana: Sagrada Escritura, San Agustín, Casiano, San Benito

Entre las fuentes de la espiritualidad gregoriana hay que destacar en primer término la Sagrada Escritura. Gregorio es enamorado del estudio de la Sagrada Escritura. En él buscó, junto con el monje Antonio, no la ciencia profana, sino la compunción del corazón, de modo que, inflamada su alma con su lectura, pudiese abandonar las cosas inferiores y elevarse por contemplación a las cosas celestiales [69].

Gillet, en su introducción ya citada, resume así el empleo por Gregorio de la Sagrada Escritura como fuente de su ascética: «Vienen en cabeza los evangelios, con el 19 por 100 del total de la cifra; San Mateo, con el 8 por 100. Lucas y después Juan siguen de lejos, con un 5 por 100 más o menos. Marcos apenas ha sido utilizado. El grupo imponente de las citas paulinas, 17 por 100, da prioridad a la primera carta a los Corintios, 4 por 100, frente al 3 por 100 de la epístola a los Romanos y el 2 por 100 de la segunda carta a los Corintios. Los Salmos vienen después, con la proporción de 16 por 100; a continuación todos los profetas, 14 por 100, con predominio de Isaías, 7 por 100, y de Jeremías, 2 por 100. Los profetas menores no son, por así decir, citados. Siguen los sapienciales, 10 por 100. A la cabeza, el libro de los Proverbios, 5 por 100. Del Pentateuco, 9 por 100, son citados con frecuencia el Génesis y el Exodo, 5 y 2 por 100. El Apocalipsis y los Hechos de los Apóstoles alcanzan, respectivamente, el 3 y 2 por 100 del total de citas. Cosa rara es que Gregorio cita muy poco los libros de la Sagrada Escritura que él ha comentado. En los *Morales* apenas aparece Ezequiel; en cambio, en la *Regla Pastoral* tiene grande importancia. El libro de Job y el Cantar de los Cantares, salvo en su propio comentario, son tan poco citados el uno como el otro. Los libros históricos, en relación con su extensión, menos aún. En resumen, las citas del Antiguo Testamento son sensiblemente más numerosas que las del Nuevo, en la proporción de ocho contra seis» [70].

Estos porcentajes áridos, unidos a las observaciones del capítulo 1 sobre la formación bíblica de Gregorio y a sus obras, que son co-

---

[68] Jean Leclerq, O. S. B., *Un centon de Fléury sur les devoirs des moines*: «Studia Anselmiana», 20 (1948) 75-90; *Jean Fécamp et S. Bernard dans les Florilèges anciens:* «Studia Anselmiana», 20 (1948) 95ss. Merece citarse la bellísima oración de Fécamp *Contemplativa oratio ad Deum Summam Trinitatem.*

[69] *Diál.* IV 47: PL 77,406-407.

[70] Gillet, *Morales sur Iob* l.1 et 2 p.82.

mentarios de la Sagrada Escritura en su mayoría, nos hace ver que la Sagrada Escritura es fuente fundamental de la ascética de Gregorio.

San Agustín y Casiano.—Pocos Santos Padres son citados por Gregorio. Los índices magníficos de la edición del epistolario de Ewald-Hartmann, al que remito al lector, nos dan los nombres de Ignacio de Antioquía, Cipriano, Hilario, Basilio, Gregorio Nacianceno, Epifanio, Ambrosio, Jerónimo, Agustín, León Magno, Filastrio. Las *Homilias sobre Ezequiel* nombran una vez a San Jerónimo [71]. Se refieren abiertamente a Ambrosio y a Agustín como maestros en su dedicatoria a Mariniano [72]. Las *Homilias sobre el Evangelio* citan al Pseudo-Dionisio Areopagita.

Sin embargo, el Santo Padre de quien Gregorio más depende es Agustín. Gregorio es discípulo de Agustín. Su terminología, como dijimos al tratar de Gregorio como teólogo dogmático, es agustiniana, aun cuando en Gregorio las palabras han perdido ya su carga filosófica. Pero esa influencia no se para en el vocabulario: se extiende a todo su pensamiento. Es algo universalmente reconocido y que no cabe rectificar, sino todo lo contrario. Gillet en su citada introducción se complace en recoger algunos pasajes especiales con formulaciones idénticas acerca de la redención, distinción entre crimen y pecado, pecado mortal y venial, milagros. Gregorio hizo accesible a las mentes del siglo VI a San Agustín [73].

Menos conocidas, aunque llenas de importancia, son las famosas 24 colaciones de Casiano, que constituyen una de las joyas más bellas, por desgracia olvidadas, de la espiritualidad cristiana. La gloria de Casiano consiste en haber aplicado a la vida cenobítica la doctrina espiritual de Orígenes y de Evagrio, sobre todo la teoría de las dos vidas, activa y contemplativa, como aspectos complementarios de una misma vida cristiana perfecta. Casiano fué, además, un insigne psicólogo, que llama todavía la atención hoy a médicos y psiquiatras.

El papel de Casiano y Gregorio son similares. El primero aplicó a los monjes del Oriente la doctrina espiritual del Oriente; el segundo hizo eso mismo en Occidente. Por eso puede ser llamado Casiano de Occidente. De Casiano toma Gregorio la doctrina de la compunción, de la vida activa y contemplativa, ya puestas en su Regla por San Benito, y ciertos aspectos que tocan el dominio de la psicología y de la ascesis, cuando la doctrina de Casiano no es exclusivamente monástica. Gillet estudia en concreto la clasificación de los pecados capitales, que para Gregorio son siete en vez de los ocho que propone Casiano, porque Gregorio, siguiendo la tradición agustiniana, pone aparte a la soberbia, como madre de todos los vicios. Sin embargo, el ideal de vida en ambos es bastante diverso. Para los monjes orientales, la vida monacal es expiación del pecado. Por eso se distingue por sus extremadas penitencias. Para San Benito, el monasterio es la escuela del servicio de Dios. Para Gregorio

[71] *Hom. in Ez.* I hom.7 n.23: PL 76,852.
[72] *Hom. in Ez.* I praef.: PL 76,785.
[73] GILLET, o.c., p.86-89.

es el lugar de la contemplación. Recordemos su ideal al entrar en el monasterio (c.1).

San Benito.—La tercera fuente de su ascética es la Regla y vida benedictinas. Gregorio conoció la generación inmediata a San Benito, y en los *Diálogos* trazó la primera semblanza del patriarca de los monjes de Occidente. El fué el doctor espiritual benedictino por antonomasia en la Edad Media. San Benito hizo una Regla, construyó un modo de vida. San Gregorio es quien elaboró la vida espiritual correspondiente a ese modo de vivir. En la Regla solamente se enseña la observancia monástica. Gregorio dió a la familia benedictina y a todos los monjes de Occidente la verdadera doctrina espiritual. Gloria de San Gregorio es el haber sabido escoger en las corrientes ascéticas italianas de fines del siglo VI la benedictina, dejando a un lado la orientación de Casiodoro y la del *Ordo Monasterii*, o Regla segunda de San Agustín. Porcell estudia largamente la dependencia gregoriana, literal y doctrinal, de San Benito, en su magnífica monografía sobre la doctrina monástica de San Gregorio [74].

9. Síntesis doctrinal

Dos palabras resumen lo más característico de la ascética gregoriana: compunción y contemplación. Gregorio es el doctor de ambas.

El hombre había sido creado para la contemplación de Dios: «Ad hoc namque homo conditus fuerat, ut stante mente in arcem contemplationis se erigeret, et nulla hunc corruptio a conditoris sui amore declinaret» [75]. Caído en la culpa, luego se apartó en sí mismo del amor de su Creador, y, abandonando la torre de su firmeza, no pudo permanecer en sí mismo... Cayó debajo de sí para ser corruptible y luego fué contrario a sí mismo» [76]. Redimido por el Salvador, puede el hombre de nuevo aspirar a la contemplación. En ella se juntan la gracia divina y la actividad humana. La vida espiritual consiste en una conversión que se realiza por la humildad. A la contemplación se llega por las siete virtudes (tres teologales y cuatro cardinales) y por los siete dones. Las virtudes son el camino y los dones potencias para subir a la altura. Como la contemplación en esta vida es fugaz, es necesario unir la vida activa a la contemplativa.

Compunción.—Compunción es un término bastante olvidado por los cristianos de hoy, pero muy común e importante en la espiritualidad de los Santos Padres. No es, por tanto, Gregorio el primero que ha tratado de ella en la historia de la espiritualidad.

---

[74] Dom Olegario María Porcell, O. S. B., *La doctrina monástica de S. Gregorio y la Regula Monachorum* p.163-200.

[75] *Moral.* VIII c.10 y 18: PL 75,813.821.

[76] *Moral.* VIII c.10 n.19: PL 75,813.

Compunción es el pesar sentido y voluntario de los pecados cometidos. Para San Benito y Casiano no es sólo el arrepentimiento con lágrimas de los pecados cometidos; es el sentimiento que hace derramar lágrimas en la contemplación de las grandezas de Dios [77]. Este estado de ánimo está expresado maravillosamente en el *Miserere*. San Benito habla muchas veces en la *Regula Monachorum* de la compunción de las lágrimas. Para San Gregorio, la compunción es un sentimiento compuesto que abarca el estudio de la gloria de nuestros antepasados, para que sintamos la vileza de la vida actual; el estudio riguroso de los preceptos del Señor, para mejor cumplirlos, y la limpieza de nuestros pecados, para que nuestra inmundicia no sea indigna de penetrar la pureza de los secretos de Dios [78].

Gregorio ofrece diversas clasificaciones de la compunción. En los *Morales* distingue cuatro clases: la primera es cuando se acuerda el alma de sus males considerando dónde estuvo; la segunda es cuando, temiendo la sentencia de los juicios de Dios, preguntando entre sí, piensa dónde estará; la tercera, cuando, mirando solícitamente los males de la vida presente, considera con tristeza dónde está; la cuarta es cuando contempla los bienes de la gloria soberana y, porque no los puede alcanzar, mira con llanto el lugar donde no está» [79].

Estas cuatro clases las reduce en otras partes de sus obras a dos: compunción de tristeza, «cum interna intuens malorum suorum pavore terretur», y compunción de alegría, «cum gaudia superna conspiciens spe quadam et securitate roboratur. Illa compunctio afficientes et tristes, haec vero laetas lacrymas movet» [80]. Esta misma división la ofrecen las *Homilías sobre Ezequiel* con la nomenclatura que ha pasado a la historia como tradicional del Santo. Compunción de temor y de amor: «Alia quippe compunctio est quae per timorem nascitur, alia quae per amorem, quia aliud est supplicia fugere, aliud praemia desiderare» [81].

Los efectos de la compunción los expone maravillosamente en los libros 23 y 30 de los *Morales* y en multitud de pasajes de sus obras. La compunción de temor produce lágrimas por los pecados: «Lloran los males que hicieron y queman con el fuego de la compunción los vicios, cuya sugestión sufren aún en su alma... Pero quienes tienen compunción de amor, libres de los vicios carnales y seguros por su largo llorar, con las lágrimas de la compunción se encuentran en el fuego del amor, ponen ante los ojos de su corazón el premio de la patria celeste, desean ya verse entre los ciudadanos de la gloria. Es dura para ellos la servidumbre y el alargarse

---

77 GILLET, o.c., p.73ss.

78 *Hom. in Evang.* I hom.17 n.10: PL 76,1143.

79 *Moral.* XXIII c.21: PL 76,276. La traducción empleada en las siguientes citas es la del humanista licenciado Alonso Alvarez de Toledo, reeditada por los benedictinos de la Congregación de San Mauro (Buenos Aires 1945) III p.474.

80 *Moral.* XXIII c.6: PL 76,292.

81 *Hom. in Ez.* II hom.10 n.20: PL 76,1070.

de su peregrinación. Desean ver al Rey en su belleza y no cesan de llorar cada día por su amor» [82].

Los efectos de la compunción en los perfectos están maravillosamente descritos en el libro 23, capítulo 21, número 12 de los *Morales*. Es un pasaje clásico entre los estudiosos del Santo [83]. Más bello es este trozo del libro 30 de la misma obra. «La compunción—dice Gregorio—es una nostalgia que acompaña las alegrías de la contemplación. Toda cosa visible que en esta vida tiene a los malos ocupados, lleva a los buenos a la otra, los cuales, mirando los bienes que son hechos, arden en el amor de quien los hizo... Habla con ellos en el interior lo que calladamente suena la lengua de la compunción, y tanto más por entero la oyen en lo de dentro, cuanto más perfectamente están apartados del estruendo de los deseos exteriores. Así que para éstos no duerme la música del cielo, porque su alma conoce muy bien cuánta es la suavidad de los soberanos loores del cielo, oyéndola con los oídos del amor divinal. En lo de dentro oyen lo que codician, y con el mismo deseo de la divinidad se instruyen de los galardones de los bienes celestiales. Y de aquí es que no solamente tienen por grave la vida presente en el tiempo de la adversidad, sino en el tiempo de la prosperidad y favor, porque tienen todo lo que ven por muy cargoso, viendo que lo que dentro oyen es muy diferente. Estiman por enojoso todo lo que tienen presente, porque no es aquello lo que ellos desean. Sin cesar su alma, después de cansada de los trabajos temporales, se suspende en el descanso del gozo celestial donde ha de ser recibida, y, oyendo en su corazón la música del cielo, espera cada día para sí la compañía de los ciudadanos del paraíso. Esta música del loor soberano había resonado en los oídos de aquel que decía: Entraré en el lugar de morada admirable hasta la casa de Dios en voz de alegría y de confesión... Esta música está dormida para los malos, porque nunca, por voz de compunción, se manifiesta en sus corazones» [84].

Compunción y contemplación, aunque distintas, tienen caracteres afines: del dolor y del temor se pasa al amor. Pero la compunción no se encuentra solamente en el comienzo de la vida purificativa, sino también en la contemplación. San Isidoro, compilador fidelísimo de Gregorio, define así la compunción: «Compunctio cordis est humilitas mentis cum lacrymis» [85].

Contemplación.—El camino místico del alma que camina hacia Dios son las tres virtudes teologales; los dones del Espíritu Santo son las místicas potencias en ese caminar hacia la altura: «Septem gradibus ad portam ascenditur, quia per Spiritus Sancti septiformem gratiam aditus nobis vitae caelestis aperitur» [86]. La gracia septiforme del Espíritu Santo no sólo presta ayuda a las tres virtudes teologales, sino también a las cuatro cardinales. Gregorio es

[82] *Hom. in Ez.* II hom.10 n.20-21: PL 76,1070.
[83] BATIFFOL, o.c., p.108; GILLET, o.c., p.76.
[84] *Moral.* XXX c.5: PL 73,535.
[85] SAN ISIDORO, *Liber Sententiarum* II 12: PL 83,613.
[86] *Hom. in Ez.* II hom.7 n.7: PL 76,1016.

el primero en la historia de la espiritualidad que comparó las tres virtudes teologales y las cuatro cardinales con los dones del Espíritu Santo [87]. El relacionó también estos dones con los siete espíritus enumerados por Isaías. Así dió un gran paso la doctrina sobre las virtudes infusas teológicas y morales y la relación entre virtudes y dones.

Por los dones del Espíritu Santo, como por otros tantos grados, hay que subir a la vida espiritual: «quos gradus, de caelestibus loquens, descendendo magis quam ascendendo numeravit, videlicet sapientiam, intellectum, consilium, fortitudinem, scientiam, pietatem, timorem... Propheta ergo quia de caelestibus ad ima loquebatur, coepit magis a sapientia et descendit ad timorem. Sed nos qui a terrenis ad caelestia tendimus, eosdem gradus ascendendo enumeremus, ut a timore ad sapientiam pervenire valeamus. In mente etenim nostra primus ascensionis gradus est timor Domini; secundus, pietas; tertius, scientia; quartus, fortitudo; quintus, consilium; sextus, intellectus; septimus, sapientia»... [88] En las *Homilías sobre Ezequiel* añade un octavo grado [89].

En otros pasajes divide los grados de la vida espiritual en los tres tradicionales ya en San Agustín y Casiano, de incipientes, proficientes y perfectos [90]. Estos grados son para levantarse al amor de las cosas invisibles, para subir al monte de la contemplación, para liberarse de la dispersión de los sentidos exteriores y tender después al Creador [91]. Toda la vida espiritual está orientada a contemplar al Señor en esta vida. Sería bellísimo un estudio de los términos con que Gregorio expresa este deseo celeste, este anhelar la contemplación de Dios. He aquí algunos: «Aestuare, anhelare, inardescere, incalescere, suspirare, aeterna concupiscere, caelestia desiderare, flagrare desiderio, ad aeterna festinare, ad aeternam patriam mente transire, ad caelestia sublimare, ad caelestia levare, ad excelsa transire, ad superna evolare, ad patriam tendere, in aeterna appetere, in caelestibus delectari, ad sublimia sublevari, sese ad caelestia erigere, solis desideris aeternis inhiari, spe caelestium gaudiorum mentem relevare»... [92]

Gregorio usa continuamente la palabra *contemplación* y el verbo *contemplari*. Para llegar a ella se sube por varios grados o vías. He aquí los tres principales:

«Primus gradus est ut ad se collegat, secundus ut videat qualis

---

87 *Moral.* XXV c.7: PL 76,758.

88 *Hom. in Ez.* II hom.18: PL 76,1016.

89 *Hom. in Ez.* II hom.8 n.4: PL 76,1030: «Quisquis itaque, contemptis rebus temporalibus aeternitatis contemplatione pascitur, caelestis regni gaudia rimatur... octavo gradu interioris portae aditum intravit».

90 *Moral.* XXII c.20: PL 76,240-241.

91 *Hom. in Ez.* II hom.5 n.8: PL 76,989-990.

92 Jean Leclerq, O. S. B., *Un centon de Fléury sur les devoirs des moines:* «Studia Anselmiana», 20 (1948) 90. Ofrece un elenco de los términos que expresan el deseo celeste en las *Homilías sobre los Evangelios* y en las *Homilías sobre Ezequiel.*

est collecta, tertius ut super semetipsam surgat ac se contemplationi auctoris invisibilis intendendo subiiciat» [93].

El primer grado consiste en reprimir las imágenes de las cosas: «Ad se nullatenus colligit nisi prius didicerit terrenarum atque caelestium imaginum phantasmata ab oculis mentis compescere, quidquid de visu, quidquid de auditu, quidquid de odoratu, quidquid de tactu et gustu corporeo cogitatione eius occurrerit, respuere atque calcare, quatemus talem se quaerat intus, qualis sine istis est» [94]. Es la vía del recogimiento.

El segundo grado consiste en liberarse de las preocupaciones terrenas: «Anima videt qualis est collecta». «Ad secretum silentii recurrentes ab omni exterius perturbatione sopiamus»... «In hoc itaque silentio cordis, dum per contemplationem interius vigilamus, exterius quasi obdormiscimus» [95]. «In itinere quippe dormire est in hoc praesentis vitae transitu a rerum corporalium amore quiescere. In itinere dormire est in dierum labentium cursu ab appetitu visibilium mentis oculos claudere» [96]. Este liberarse de las impresiones terrenas es ya darse a Dios, es ya «vacare Deo», que es la suprema actividad; es un ascender no pequeño sobre sí misma [97].

En el tercer grado, el alma «super semetipsam rapta est». «Ya el alma de los escogidos sojuzga en sí los deseos terrenos; ya trasciende todas las cosas que considera que se pasan; ya se aparta y suspende de los deleites de las cosas exteriores y considera cuáles son los bienes invisibles; y, haciendo estas cosas, muchas veces es arrebatada a la dulzura de la contemplación divina; ya conoce algo de las cosas interiores así como por obscuridad; y con muy encendido deseo se esfuerza por estar presente en los misterios espirituales de los ángeles; apaciéntase del gozo de la lumbre incircunscrita, y, sacada sobre sí misma, menosprecia volver a sí misma. Mas porque todavía el cuerpo, que se corrompe, apesga el alma (Sap. 9,15), no puede mucho tiempo allegarse a la luz que ve arrebatadamente, porque la misma enfermedad de la carne encoge el alma que la trasciende y con suspiros la reduce a pensar las cosas buenas y necesarias» [98].

El acto de la contemplación lo enuncia Gregorio con multitud de fórmulas a cuál más expresivas: «Super nos rapimur, super nos ipsos tollimur per contemplationem, mentem contemplatio super semetipsam rapit, super se rapitur, sublimia contemplatur, per speculationis altitudinem semetipsam invisibilia appetendo transcendit, mens in contemplatione suspenditur, contemplationis suae (mentis) vi extra carnem tollitur, extra nos ducimur, super nosmetipsos levamur, elevat animum Spiritus sanctus»... [99]

---

93 *Hom. in Ez.* II hom.5 n.9: PL 76,989.
94 *Hom. in Ez.* II hom.5 n.9: PL 76,989-990.
95 *Moral.* c.16 n.54: PL 76,554.
96 *Moral.* V c.31 n.54: PL 75,709.
97 *Moral.* V c.34 n.62: PL 75; *Hom. in Ez.* II hom.5 n.10: PL 76,990.
98 *Moral.* VIII c.30 n.50: PL 75,713-714.
99 LIEBLANG, o.c., p.131-137.

Todos estos y otros términos semejantes nos indican que Gregorio nos describe la contemplación tal como se da en la vida. Sin tratar de clasificarla en especies, como hoy se hace en los manuales de ascética y mística. Unas veces para él es don infuso del Espíritu Santo («raptus, rapimur, tollimur, suspensio, supenditur») o contemplación infusa; otras veces se trata de la contemplación adquirida.

El acto de la contemplación.—Lieblang, Gillet y dom Butler han estudiado con detención este tema en los estudios arriba citados. Dios puede de algún modo ser conocido por los hombres, por imagen y como en espejo, pero no tal cual es. Gregorio trata este tema en sus escritos desde el punto de vista teológico y psicológico. «Mas de esta petición (de Moisés), *muéstrateme a ti mismo*, se colige que deseaba ver por la claridad de la naturaleza incomprensible a quien ya había comenzado a ver por algunas imágenes, para que de tal manera estuviese la divina esencia presente a los ojos de su alma, que ninguna imagen creada se le interpusiese temporalmente para la vista de la eternidad. Así que vieron al Señor los Padres del Viejo Testamento; pero, según la voz de San Juan, nunca ninguno vió a Dios (Io. 1,18), porque de los que estaban en esta carne mortal pudo ser visto por algunas imágenes comprensibles y no pudo ser visto por la luz incomprensible de la eternidad» [100].

En el mismo capítulo expone brevísimamente cómo pueden algunos ver en esa vida la claridad de Dios. El pasaje es largo, pero merece ser conocido: «Mas si la eterna claridad de Dios puede ser vista en una altura de contemplación por algunos vivientes en esta carne mortal, los cuales han crecido en virtud inestimable, esto no contradice la sentencia del bienaventurado Job, que dice: *Está escondida a los ojos de todos los vivientes* (Iob 28,21), porque cualquiera que vió la sabiduría, que es Dios, del todo muere, en cuanto a esa vida, para que ya no sea tenido por su amor. Cierto es que ninguno la vió de los que viven carnalmente, porque ninguno puede abrazar a Dios juntamente con el siglo. Mas el que ve a Dios, luego muere, porque con la intención de su alma y con el apego de la obra se aparta con toda su alma de los deleites de esta vida... Ninguno jamás vió a Dios espiritualmente el cual viviese carnalmente en este mundo. Por eso San Pablo, el cual, como él testifica, había en parte conocido las cosas invisibles de Dios, ya se decía muerto cuanto a este mundo: *El mundo es crucificado para mí, y yo para el mundo* (Gal. 6,14). Porque no bastara decir: «Yo soy crucificado para el mundo», si también no dijera primero: «El mundo es crucificado para mí»; porque no sólo se manifestase ser muerto al mundo, más aún, que el mundo fuese muerto para él; para que ni él codiciase ya al mundo, ni meno- el mundo a él». Hay algún pasaje en que compara la vida contemplativa con el sepulcro, en que la mente descansa, muerta al mundo» [101].

100 *Moral.* XVIII c.54 n.88: PL 76,92,93.
101 *Moral.* V c.6 n.56: PL 75,684.

En la contemplación se ve a Dios, pero no su incomunicable esencia. No podemos ver la gloria de Dios tal cual es, ya que lo que de ella resplandece en nuestra mente es semejanza, no ella misma [102]. Vemos a Dios *per caliginem, et utcumque in aenigmate, per speculum in aenigmate* (1 Cor. 13,12), «como en visión nocturna, en la noche vemos dudosamente, porque sin duda en incierta contemplación estamos obscurecidos» [103].

Esta visión nocturna se nos muestra ordinariamente bajo ciertas imágenes: «La nocturna visión suele aparecer a la contemplación del alma como debajo de unas imágenes; en la luz del día vemos con vista cierta, mas en la visión de la noche vemos dudosamente. Y porque todos los santos varones, mientras están en esta vida, ven como debajo de una imaginación los secretos de la naturaleza divina, porque aún no los contemplan más claramente, así como son... Noche es ciertamente la vida actual, pues que, mientras estamos en ella, cuando miramos las cosas interiores, andamos bajo incierta imaginación obscurecidos... En esta obscuridad de la vida presente te deseo ver, pero soy cercado e impedido por el nublado de mi enfermedad» [104].

Según esto, Gregorio ofrece razones teológicas y psicológicas por las cuales no podemos conocer a Dios tal cual es. Después del pecado original, la noche envuelve los ojos de nuestra alma y no podemos penetrar en la luz de la eternidad. Obscuridad, noche, visión nocturna, tinieblas, obnubilación, indican la limitación de la naturaleza humana frente a la divinidad, la imprecisión de nuestro conocimiento de la divinidad. Hay una inadecuación entre el ser contemplado y el sujeto que conoce, por la eminencia de Dios y la limitación del hombre. Por otra parte, psicológicamente el alma sólo conoce por imágenes lo que impide al hombre conocer a Dios, que es espíritu puro.

Sin embargo, el hombre desea contemplar a Dios. Gregorio habla del gusto, del sabor y, sobre todo, del amor. La voluntad, amando, comprende [105]. Recibe el alimento del amor [106]; lo poco que ve aumenta su fervor y su amor [107]: es una gracia divina. El Espíritu Santo es quien enciende el amor en el que mueve e ilumina [108]. El alma, en la contemplación, tanto más duramente se aflige de las cosas superfluas cuanto más sutilmente conoce qué es lo que ama [109]. La contemplación es un gustar de la luz incircunscrita. En nosotros hay un desearla, un anhelarla; después viene el soplo divino que nos arrebata. Las palabras que emplea Gregorio, y que

---

102 *Hom. in Ez.* I hom.8 n.30: PL 76,868.
103 *Moral.* V c.30 n.53: PL 75,708; VIII c.30: PL 75,830; *Hom. in Ez.* II hom.1 n.17; PL 76,947.
104 *Moral.* XXIII c.20 n.39: PL 76,274-275.
105 *Moral.* VI c.37 n.58 (PL 75,762): «Machina quippe mentis est vis amoris».
106 *Hom. in Ez.* I hom.5 n.12: PL 76,826.
107 *Hom. in Ez.* II hom.5 n.17: PL 76,995.
108 *Hom. in Ez.* I hom.5 n.10: PL 76,824.
109 *Moral.* V c.33 n.60: PL 75,712.

más arriba transcribimos: «rapitur, tollimur», etc., expresan nuestra pasividad.

La contemplación es una anticipación, un pregustar la eterna felicidad. Es, a la vez, una imitación de la vida divina y una lucha entre el peso de nuestra corrupción, lo que hay de bajo en nosotros, y el alma. Gregorio expone esa lucha con extraordinaria viveza en el libro décimo de los *Morales*. «Ahora, por la infusión de la gracia del Espíritu Santo, levanta al alma del pensamiento carnal y la ensalza en el menosprecio de las cosas transitorias, y el alma menosprecia todo lo que codiciaba en las cosas bajas y enciéndese en los deseos soberanos, y por la fuerza de su contemplación es apartada de la carne, aunque por la carga de su corrupción es todavía detenida en ella. Esfuérzase en mirar el resplandor de la lumbre incomprensible, y no puede; lo cual el alma, reprimida por su enfermedad, no penetra, pero, siendo lanzada, lo ama» («Et tamen repulsus amat») [110].

La contemplación da una íntima seguridad, una firme esperanza de la gloria, un sabor y un gusto espiritual [111] que es característico en la mística gregoriana y que de ella pasó a la de la Edad Media. El mismo enuncia las relaciones entre el amor y el conocimiento en una ley que se hizo famosa con el tiempo en la escuela espiritual cisterciense: «Dum enim audita supercaelestia amamus, amata iam novimus, quia amor ipse notitia est» [112]. Por el amor conocemos, «per amorem cognoscimus», dice en los *Morales* [113]. Así se comprende su observación en las *Homilías sobre Ezequiel*: «Mensura amoris minor est ubi adhuc mensura minor est cognitionis» [114].

Gregorio es un místico, y en todos estos párrafos pasados nos vuelca su experiencia personal.

El acto de la contemplación es breve. He aquí algunas de sus expresiones: *raptim, quasi furtim, furtim et tenuiter, raptim et oculte, per transitum, subito aflatu, furtive* [115]. La lucha del alma para mantenerse en la contemplación después de terminada ésta, es una lucha continua. Gregorio emplea los términos de *reverberare, diverberare, repellere*. Estos términos indican a las claras el dolor que entraña volver a la vida activa [116].

Las condiciones requeridas para la contemplación son, para San Gregorio, el conocimiento de sí, la humildad, la pureza de corazón, el temor y la compunción. Gillet las estudia largamente [117]. A ellas se podían añadir algunos aspectos tratados por él en los *Diálogos*,

---

110 *Moral.* X c.8 n.13 (PL 75,927): «Per amorem agnoscimus auctoris nostri contemplandam speciem quam sequamur».

111 *Moral.* V c.26 (PL 75,726): «Cum saporem incircumscriptae veritatis contemplatione subita subtiliter degustamus».

112 *Hom. in Evang.* II hom.27 n.4: PL 76,1207.

113 *Moral.* X c.8: PL 75,927.

114 *Hom. in Ez.* II hom.9 n.10: PL 76,1048.

115 *Hom. in Ez.* I hom.5 n.12: PL 76,826; II hom.2 n.12: PL 76,955. LIEBLANG, o.c., p.57.

116 *Moral.* X c.15 n.31: PL 75,938.

117 GILLET, o.c., p.64-81.

como el recogimiento que él llama a veces «habitar en sí mismo» o «consigo mismo» como medio para alcanzar la verdad, expresión usada ya por San Gregorio de Nisa [118].

Vida activa y contemplativa.—La doctrina de la vida activa y contemplativa es tradicional en la Iglesia desde Clemente Alejandrino y Orígenes. Orígenes aplica ya a ambas el evangelio de Marta y María. En Evagrio es fundamental la distinción entre ambas vidas, activa (πραγτικόν) y contemplativa (γνωστικόν). Agustín, en el libro 19 *De civitate Dei* [119] y en otros pasajes, distingue la vida «ociosa, actuosa y mixta», y en otros la activa y contemplativa. Casiano aplica esta distinción a la vida cenobítica (activa) y a la anacorética (contemplativa). Sin embargo, los teólogos y ascetas tomaron la teoría de las dos vidas y su unión de San Gregorio. A juicio de Butler [120], esta teoría es la más importante aportación de Gregorio a la historia y práctica de la espiritualidad. Gregorio aplicó la doctrina de ambas vidas a la vida monástica, como Casiano había aplicado la doctrina de Orígenes a la vida cenobítica y anacorética. En los libros medievales de ascética es indiscutida la autoridad de Gregorio en esta materia.

Nos ofrece la definición en las *Homilías sobre Ezequiel*. La activa se realiza en las obras de misericordia corporales y espirituales: «Activa enim vita est panem esurienti tribuere, verbum sapientiae nescientem docere, errantem corrigere, ad humilitatis viam superbientem proximum revocare, infirmantis curam gerere, quae singulis quibusque expediant dispensare, et commissis nobis qualiter subsistere valeant providere. Contemplativa vero vita est charitatem quidem Dei proximi tota mente retinere, sed ab exteriore actione quiescere, soli desiderio Conditoris inhaerere, ut nil iam agere libeat, sed calcatis curis omnibus, ad videndam faciem sui Creatoris animus inardescat: ita ut noverit carnis corruptibilis pondus cum moerore portare, totisque desideriis appetere illis himnidicis angelorum choris interesse, admisceri caelestibus civibus, de aeterna in conspectu Dei incorruptione gaudere» [121]. En los *Diálogos* define la vida contemplativa con una fórmula que perdura en toda la Edad Media: «soli Deo vacari» [122].

La diferencia esencial entre ambas está en que la vida activa está enderezada a la acción externa; la contemplativa aspira al descanso de la acción externa que posibilite la concentración en sí para levantarse a la consideración de las cosas celestiales, para ocuparse en las cosas espirituales, y dedicarse sólo a Dios. Por la vida activa se camina en la fe; por la contemplativa se da el hombre prisa a la visión de Dios [123] y degusta ya en sabor la vida venidera [124]. La

---

118 J. DANIELOU, *Platonisme et Théologie Mystique* (Paris 1944) p.224.
119 *De civitate Dei* XIX c.19: PL 41,647; cf. además PL 38,615.618.
120 BUTLER, *Western Mysticism* II p.221.
121 *Hom. in Ez.* II hom.2 n.8: PL 76,953; I hom.5 n.12: PL 76,826.
122 *Moral.* V 10: PL 75,689.
123 *Hom. in Ez.* II hom.4 n.23: PL 76,972.
124 *Hom. in Ez.* I hom.3 n.9: PL 76,809.

activa es de muchos; la contemplativa, de pocos; la activa es buena, la contemplativa es mejor; la activa está en la necesidad; la contemplativa, en la voluntad. Afortunadamente se comparan a Marta y María, a Lía y Raquel. Todos estos pasajes son citados continuamente en los ascetas medievales. De la vida activa se pasa a la contemplativa, primero es la vida activa, después se llega a la contemplativa. Todas estas relaciones las expone maravillosamente en la homilía 2.ª del libro segundo de las *Homilías sobre Ezequiel* y en el capítulo 37 del libro primero de los *Morales* [125].

En la vida monástica se junta la vida contemplativa (estudio y contemplación) y la vida activa (oficios de la vida humana). También Cristo unió ambas vidas. Gregorio aplica esta unión a los monjes y predicadores y apresa en bellísimas fórmulas la unión de ambas vidas en ellos.

CAPITULO VI

San Gregorio en España

1. *Difusión de sus obras en España. Leyenda de la pérdida de los «Morales».*—2. *Principales manuscritos.*—3. *Traducciones y ediciones.*

Un estudio completo de este tema abrazaría dos partes. La primera, estadística: manuscritos, traducciones, ediciones de las obras de San Gregorio en nuestra Patria. La segunda parte sería doctrinal: peso teológico del Santo en las letras españolas, principalmente en la exegesis, en la moral, en la ascética y en la mística. El estudio acabado de los dos aspectos daría lugar a una monografía más larga que la presente. Hay una dificultad difícilmente superable hoy para realizar este empeño: la falta de catálogos de los manuscritos de nuestras bibliotecas y de las obras publicadas por nuestras imprentas en los siglos XVI y siguientes. Tampoco existen monografías doctrinales históricas sobre San Gregorio y nuestros teólogos. Por ello, más que agotar el tema, trato de ofrecer unas ligeras indicaciones para quien quiera trabajar en serio sobre el primer aspecto. En cuanto al segundo, me conformo con afirmar el influjo y autoridad de San Gregorio entre nuestros exegetas, ascetas, místicos, moralistas y teólogos dogmáticos desde los Padres visigodos hasta Ribera, San Juan de la Cruz y otros teólogos posteriores. Me han ayudado en la composición de este capítulo los siguientes autores:

Beer, Rudolf: *Handchritfenschätze Spaniens* (Viena 1894).

Bruno Avila, O. S. B.: *Los «Morales» de San Gregorio Magno* (Buenos Aires 1945), introd.

Madoz, José, S. I.: *Traducciones españolas de los Santos Padres:* «Rev. Esp. de Teol.», 11 (1951) 437ss.

125 *Hom. in Ez.* II hom.2 n.10: PL 76,954.

SERRANO, L.: *La obra de los «Morales» de S. Gregorio en la literatura hispanogoda:* «Rev. de Arch., Bibl. y Museos», 24 (1911) 482-497.

— *Traducciones castellanas de los «Morales» de San Gregorio:* «Rev. de Arch., Bibl. y Museos», 25 (1911) 389-405.

— *La leyenda del Cronicón Pacense:* «Rev. de Arch., Bibl. y Museos», 20 (1909) 401-411.

1. Difusión de sus obras. Leyenda de la pérdida de los «Morales»

Las obras de San Gregorio fueron recibidas en España con el mismo entusiasmo que en el resto de la Cristiandad. De los *Morales* sabemos, además, que fueron escritos a petición de San Leandro, entre otros. El santo arzobispo de Sevilla fué uno de los grandes propagandistas en España de la *Regula Pastoralis*. También Liciano, obispo de Cartagena, le pidió un ejemplar a San Gregorio [1]. Sus obras se esparcieron por España con la misma rapidez que por el resto de Europa. Basta ver su influencia en los libros de las *Sentencias* y en otras obras de San Isidoro, en los cinco libros de las *Sentencias*, de Tajón; en el *Prognosticon futuri saeculi*, de San Julián de Toledo [2]; en las obras de San Braulio de Zaragoza, de Alvaro de Córdoba, etc., para apreciar la huella profunda de Gregorio en los escritores de la época visigoda. Otro indicio importante es el número relativamente crecido de manuscritos de letra visigótica de las obras de San Gregorio. Los seis primeros códices presentados por Millares en su *Contribución al Corpus de códices visigóticos* son de los *Morales* [3].

La leyenda de la pérdida de los *Morales* es otra prueba palpable del entusiasmo extraordinario existente en España por esta obra, lo mismo que el viaje a Roma de Tajón y el milagroso encuentro del original en la Biblioteca Pontificia. El relato fabuloso fué recogido en el *Cronicón* del Anónimo cordobés y de él pasó a casi todos los manuscritos medievales y a las principales ediciones de los *Morales* casi hasta nuestros días. Por haber nacido esta leyenda en España, me creo en el deber de presentarla, siguiendo la traducción ya usada en el capítulo anterior de Alfonso Alvarez de Toledo.

«El bienaventurado San Gregorio Papa, a instancia y pedimiento de San Leandro, arzobispo de Sevilla, hizo la exposición llamada *Morales* sobre el libro del bienaventurado Job, como claramente aparece en su prólogo... Muerto San Isidoro, perdiéronse por negligencia los *Morales* que San Leandro había traído, en tal manera que en toda España no se pudieron hallar. Pasados después algunos años, Cindesindo, rey de España, hizo concilio en Toledo, en el que

[1] PL 77,599.

[2] A. VEIGA VALIÑO, *La doctrina escatológica de San Julián de Toledo* (Lugo 1940) p.137ss.

[3] AGUSTÍN MILLARES CARLO, *Contribución al Corpus de códices visigóticos* (Madrid 1931) p.179. Son los mss. 102 de la Bibl. Capitular de Barcelona (s.x), el de San Isidoro de León (951), el Emilianense 5 (s.x-xi), el de la Bibl. Nac. de Madrid, vitrina 2-1 (945), procedente de la Bibl. Capitular de Toledo; el ms. lat. 93 de la John Rylands Library, de Manchester, y el ms. 11-4 de la Bibl. Capitular de Toledo.

se hallaron presentes treinta obispos, los cuales, unánimes, se quejaron al rey de haberse perdido los *Morales*. Este obispo era muy amigo de la Sagrada Escritura. Así que, ido a Roma, viendo que el Papa dilataba de día en día el negocio so color de que era muy dificultoso poderse hallar en la librería de los originales de la Sede Apostólica por la multitud de los libros, suplicó a Su Santidad le diese licencia para velar una noche en la iglesia de San Pedro. Habida la licencia, como este obispo suplicase a Dios de corazón que tuviese por bien hacerle próspero el efecto de su camino..., vió hacia la medianoche toda la iglesia llena de muy grande claridad. Y luego vió cómo una gran compañía de muy reverendos varones, vestidos de unas ropas resplandecientes, entraban por la puerta de la iglesia, que iban, por descendente orden de dos en dos, al altar de San Pedro. Y como el obispo, con grande espanto, no osase moverse del lugar donde estaba, vió cómo dos de aquéllos se salieron de la compañía y vinieron a él. Y uno de ellos, saludándole dulcemente, le preguntó quién era, y de dónde venía, y a qué había venido, y por qué velaba en aquella hora. Después que el obispo le hubo respondido por orden a todo, diciéndole la causa de su camino y por qué velaba allí y estaba en oración, aquel que allí había venido, señalándole con el dedo, le dijo: En aquella caja de libros que allí ves, está el libro de los *Morales* que buscas. Entonces el obispo, habida confianza, le dijo: Ruégote, señor mío, que tengas por bien de decir a mí, tu siervo, qué procesión es esta de tan esclarecidos varones. Respondiendo el santo varón, le dijo: Aquellos dos delanteros que ves, que se llevan de las manos el uno al otro, son los bienaventurados apóstoles San Pedro y San Pablo; todos los otros que ves en pos de ellos son los Sumos Pontífices sucesores de ellos, y por el orden que les sucedieron en el Pontificado les siguen ahora. Y así como en su vida amaron a esta iglesia, así ahora después de su muerte la aman, y muchas veces la vienen a visitar. Entonces le dijo el obispo: Ruégote, señor, que me digas quién eres tú. Y él respondió: Yo soy Gregorio, por cuyos libros has tomado el trabajo de tan grande camino. Y a esta causa vine aquí, por satisfacer a tu demanda. El obispo le dijo entonces: Ruégote, señor mío, si aquí está el glorioso San Agustín, me digas cuál és; porque no menos amo yo sus libros que los tuyos. El le respondió: Al bienaventurado San Agustín, varón excelentísimo por quien preguntas, lugar más alto de nosotros lo tiene. Y como esto hubo dicho, volvióse, con el compañero que con él había venido, a la compañía de los otros. Después de esto vió el obispo cómo todos se salieron por la puerta de la iglesia en el mismo orden que entraron, y con la misma claridad que primero viera, haciendo todos acatamiento con mucha reverencia, las cabezas inclinadas, al altar de San Pedro. Venida la mañana, el dicho obispo contó al Santo Padre todo lo que había visto. Y así, trasladado el libro de los *Morales*, lo trajo a España. Y de entonces acá se mandó poner en ellos esta visión y milagro» [4].

[4] PL 75,507-510.

2. Principales manuscritos

Difícil es hacer un recuento exacto de los manuscritos gregorianos en España. Son muchas las bibliotecas que no tienen catálogos editados, y es difícil en Madrid encontrar un fondo serio de catálogos reunidos. Beer, de quien aún estamos viviendo, en su estudio sobre los catálogos de las bibliotecas medievales españolas registra unos ochenta manuscritos gregorianos. Según él, había manuscritos de los *Morales* en San Pedro de Montes (León), La Espina (Valladolid), San Benito (Valladolid), Sahagún, Valcabado, Bembibre, Sandoval, Samos, Celanova, San Isidoro de León, Berlanga, Oña, Cardeña, San Millán de la Cogolla, Ripoll, Poblet, Salinas, catedrales de Oviedo, Vich, Zaragoza, Barcelona, Toledo, Córdoba, etc. Gran parte de estos manuscritos han desaparecido en las invasiones y revoluciones españolas.

La colección más famosa de manuscritos de San Gregorio en España son los cuatro de la catedral de Toledo, pertenecientes a los siglos X, XII y XIV. El más importante fué escrito en 945 por el monje Florencio y trasladado a la Biblioteca Nacional por decreto del Gobierno de 1 de enero de 1869. Este manuscrito ha sido largamente estudiado por Eguren [5], Hartel, Loew y otros. En la Academia de la Historia, en el fondo correspondiente a los monasterios de San Miguel de la Cogolla y San Pedro de Cardeña, se conservan cinco manuscritos, dos de ellos de los *Morales*, otro de los *Diálogos* y dos de las *Homilías sobre Ezequiel*. Son los manuscritos I, V, XXIII, XXXVIII y XLIX. También se conserva un manuscrito de la *Regula Pastoralis*, mss. 9-11-1-13 [6].

En la Biblioteca Nacional se conservan 23 manuscritos con obras de San Gregorio.

Dialogi: mss. 105, 548, 385, 9.764, 9.623.

Diálogos (en castellano): mss. 66 y 473. El ms. 13.086, p.161, contiene la carta de Hernán Pérez de Guzmán a Fr. Gonzalo de Ocaña, jerónimo, pidiéndole los romanzase. La contestación a esta carta sirve de prólogo a los *Diálogos*, p.164. Ambas fueron publicadas en la edición de los *Diálogos* de Sevilla de 1532.

Morales: mss. 10.136-10.138, con la versión castellana de Pedro López de Ayala; mss. 12.734-12.736 contienen una traducción anónima de principios del siglo XV; ms. 12.720, compendio de traducción castellana.

Homilías varias: mss. 78 y 209.

Homiliae in Evang.: ms. 212.

[5] José María de Eguren, *Memoria descriptiva de los códices notables conservados en los archivos eclesiásticos de España* (Madrid 1859) p.82; Martín de la Torre y Pedro Longás, *Catálogo de códices latinos bíblicos* (Madrid 1935) p.187-193.

[6] Cristóbal Pérez Pastor, *Indices de los códices de San Millán de la Cogolla y San Pedro de Cardeña existentes en la Bibl. de la Real Academia de la Historia* (Madrid 1908).

Homiliae. in Ez.: ms. 209.
Regula Pastoralis: mss. 173, 207, 486.
Epistolarum libri quatuor: ms. 215.

Obras pseudo-gregorianas:

Expositio super Cantica Canticorum: ms. 6.311.
In Parabolas Salomonis, Ecclesiastem, Canticum Canticorum: ms. 37.

En San Isidoro de León hay tres manuscritos de San Gregorio, usados los dos primeros en la composición de sus obras por el canónigo San Martín de León. Los manuscritos I y IX contienen los *Morales;* en el manuscrito VIII se conservan algunas homilías [7]. En la catedral leonesa se conserva un códice, ms. XIV, del siglo x, con las *Homilías sobre los Evangelios* [8]. En la catedral de Osma hay códices de los *Morales,* ms. 173 (s.xii); de los *Diálogos,* ms. 45 (s.xv); de la *Regula Pastoralis,* ms. 66 (s.xv); de las *Homilías sobre los Evangelios,* ms. 169 (s.xv); de las *Homilías sobre Ezequiel,* ms. 104 (s.xiii); los *Excerpta de Paterio sobre el Antiguo Testamento,* ms. 172 (s.xiii), y dos mss. de *Excerpta de sus obras,* mss. 46 y 170 (s.xiv). Este último contiene un resumen de los *Morales* [9].

También la catedral de Valencia es rica en manuscritos gregorianos: de los *Morales,* ms. 54 (s.xiv); de las *Homilías sobre Ezequiel,* ms. 102 (s.xii); *Homilías sobre los Evangelios,* ms. 265 (s.xv); una colección de 214 cartas, ms. 207 (s.xiv); *Pastoral,* ms. 263 (s.xv); *Diálogos,* ms. 285 (s.xiv); un índice alfabético de materias y autoridades de los *Diálogos,* compuesto por un carmelita llamado Miguel, ms. 246 (s.xiv, 1392); comentario al Cantar de los Cantares, ms. 295 (s.xv) [10]. En la Biblioteca Universitaria de Valencia había antes de las pasadas inundaciones códices de los *Morales,* ms. 1.068 (s.xiv); de los *Diálogos,* ms. 1.069 (s.xii), y del *Epistolario,* ms. 1.070 [11].

Sería de interés hacer un recorrido a las bibliotecas catedrales y ofrecer un cuadro estadístico completo con todos los manuscritos gregorianos por siglos. Pero no he podido encontrar en Madrid los catálogos deseados. También en bibliotecas particulares hay ejemplares gregorianos. Tal en la del conde de Osuna y en la de Menéndez Pelayo.

En la del conde de Osuna hay dos manuscritos de los *Morales,*

---

[7] Julio Pérez Llamazares, *Catálogo de los códices y documentos de la Real Colegiata de San Isidoro de León* (León 1923) p.1 35-36.

[8] García Villada, S. I., *Catálogo de códices y documentos de la catedral de León* (Madrid 1919).

[9] Timoteo Royo Orcajo, *Catálogo descriptivo de los códices que se conservan en la santa iglesia catedral de Burgo de Osma* (Madrid 1929) p.114 185 258 264 256 115.

[10] Elías Olmos y Canalda, *Códices de la catedral de Valencia* (Valencia 1943). También en Gerona hay dos mss. de los *Diálogos* y otro de *Notabilia Beati Gregorii,* Batle y Prats, L., *La Catedral de Gerona* (Gerona 1947) p.84; Villanueva, *Viaje,* XII,118.

[11] Marcelino Gutiérrez del Cano, *Catálogo de los manuscritos existentes en la Bibl. Universitaria de Valencia* II p.79.

mss. 123 y 124 [12], de los siglos XV y XIV, el segundo con la traducción de López de Ayala.

El ms. 6 (s.XV) de la Biblioteca de Menéndez Pelayo contiene los *Morales* [13]. En El Escorial hay abundantes manuscritos gregorianos, con obras enteras y con excerptas, cartas y homilías aisladas. Los que contienen obras más largas del Santo son los siguientes, según el catálogo del P. Guillermo Antolín [14]:

Diálogos: mss. b. I, 6 (s.XII); b. I, 7 (s.XV); b. III, 6 (s.XIV); G. IV, 25 (s.XIV); T. III, 32 (s.XIV); e. IV, 18 (s.XIV); q. III, 10 (s.XII); q. III, 20 (s.XIII).

Morales: T. I, 1; I. III, 2 (s.XIII); b. I, 5 (s.XIV).

Hom. in Evang.: d. I, 1 (fol.349v); d. I, 2 (f.347); R. II, 10 (s.XII).

Hom. in Ez.: a. II, 5; q. III, 10 (s.XII); q. III, 20 (s.XIII).

Epistolarum Regist.: ms. a. I, 6 (s.XIV).

La descripción detallada de algunos códices de la Biblioteca Nacional de Madrid puede verse en el tomo de *Manuscritos bíblicos* [15]: son los ms. 51 (del año 945), ms. 100 (s.XIV), ambos de los *Morales*, y el ms. 64 de los comentarios a las Parábolas de Salomón, Eclesiastés y Cantar de los Cantares (obra apócrifa).

Los códices más antiguos españoles, según Beer [16], son el del príncipe Alfonso: *Gregorius in Novum Testamentum* (del año 812) y *Homiliae in Evangelium* (año 901), de la catedral de Oviedo; el de los *Morales* de Cardeña (914), el de El Escorial (924), el de Toledo de 925; los *Diálogos* de Seo de Urgel, etc. Los códices visigóticos principales los enumeraremos más arriba.

Por falta de catálogos no puedo dar una lista más completa. Pero lo aportado es suficiente para ver la riqueza de nuestras bibliotecas en manuscritos gregorianos.

3. Traducciones y ediciones

Traducciones.

Poco podemos añadir a lo publicado por Madoz en «Revista Española de Teología» (1951), y por el P. Serrano, O. S. B., sobre los *Morales* en la «Rev. de Arch., Bibl. y Museos».

Morales

Existen al menos tres traducciones y mucho material inédito, que hace falta estudiar detenidamente: una anónima, otra de D. Pe-

[12] José María Rocamora, *Catálogo abreviado de los manuscritos de la Bibl. del Excmo. Sr. Conde de Osuna y Duque del Infantado* (Madrid 1882) p.33.

[13] Artigas, *Catálogo de la Bibl. de Menéndez Pelayo* p.14.

[14] Guillermo Antolín, O. S. A., *Catálogo de códices latinos de la Bibl. de El Escorial* vol.1-3.

[15] Martín de la Torre y Pedro Longás, *Catálogo de códices latinos* t.1, Bíblicos, p.187-192 279.

[16] R. Beer, *Handschriftenschätze Spaniens* p.619 696 697.

dro López de Ayala, y la tercera, del licenciado Alfonso Alvarez de Toledo. Las dos primeras, como medievales, son más libres; la tercera es literal, de un buen humanista. Tuvo varias ediciones en el siglo XVI. Es la traducción manejada por Santa Teresa, según nos cuenta ella en el capítulo 5 de su vida. Las Descalzas de San José de Avila conservan religiosamente los dos tomos de esta traducción, con esta nota puesta al principio del segundo volumen: «Estos *Morales* son los de nuestra Santa Madre, y en las horas de dormir arrimaba a ellos su santa cabeza; y algunas señales que tienen hizo con sus santas manos, apuntando cosas que le hacían devoción». Parece no existen traducciones anteriores a las citadas, como creían Nicolás Antonio [17] y Rodríguez de Castro [18]. De las dos primeras se conserva mucho material inédito en las Bibliotecas Nacional de Madrid y de El Escorial.

He aquí los manuscritos principales:

PEDRO LÓPEZ DE AYALA:
B. Nac. Madrid: mss. 10.136-10.138.
El Escorial: ms. b. II, 7: flores de los *Morales* de Job por López de Ayala.
ANÓNIMA:
B. Nac. Madrid: mss. 12.734-12.736.
B. El Escorial: j. b. 12; jj. b. 6; jj. b. 7; R. II, 8; a. 2, 17; b. I, 8; b. III, 6; b. II, 8; b. II, 9; b. II, 11; b. II, 12; b. II, 13... [19]

Varios de estos manuscritos solamente contienen fragmentos considerables. Sobre el comentario a los *Morales* en la tercera parte del *Rimado de Palacio*, de López de Ayala, puede consultarse a Valbuena Prat [20].

Regula Pastoralis

Cuatro traducciones al castellano conozco de la *Regula Pastoralis:*

1) La del licenciado Moya de Contreras (Zaragoza 1527). Esta traducción la cita Madoz, a.c., p.457-459.

2) Amonestaciones del *Pastoral* del beatísimo padre el grande Gregorio, traducidas del latín en romance, Zaragoza 1547 (Bib. Nac. Madrid, R. 17.449).

3) La de Fr. Gregorio de Alfaro, editada en Madrid en 1604.

4) La de González San Martín, publicada en Barcelona en 1930.

Diálogos

Conozco una traducción completa hecha en el siglo XV por Fr. Gonzalo de Ocaña, jerónimo, prior del monasterio de Santa

---

17 *Hispania Vetus* II 5.
18 RODRÍGUEZ DE CASTRO, *Bibl. Española* II 390.
19 ZARCO CUEVAS, *Manuscritos castellanos de la R. Bibl. de El Escorial* II 378; I 6 33-37.
20 ANGEL VALBUENA PRAT, *Hist. de la literat. española* I (1937) 185.

María de la Sisla, y conservada en diversos manuscritos de diversas bibliotecas. He aquí algunos:

B. Nacional Madrid: mss. 66 (s.xv) y 473.
B. de El Escorial: ms. b. II, 13 (s.xv).
B. Academia de la Historia: ms. 49 (s.xv), procedente de San Millán de la Cogolla.
Biblioteca Capitular de Toledo: ms. II, 8.

Tuvo la suerte de ser editada en Toulouse hacia 1488 con el título *El libro del diálogo de Sant Gregorio* (Bib. Nacional Madrid I, 493).

Otra versión de los *Diálogos* existe en la Bib. Nacional de Madrid, ms. 7.131, letra del siglo XIX, sin nombre de autor.

El libro segundo de los *Diálogos*, por contener la vida de San Benito, ha sido además traducido por Juan Castañiza y publicado en Salamanca (1583), en Valladolid (1599); al catalán, en Montserrat (1923); al castellano, por Bruno Avila en Buenos Aires (1938), y, finalmente, traducido y publicado en edición bilingüe en Madrid (BAC, vol.115, 1954) por los PP. Colombás y Cunill, O. S. B.

Homilías

Las *Homilías sobre Ezequiel* fueron traducidas por el ya citado Fr. Gonzalo de Ocaña en 1442, a petición de la reina D.ª María, primera esposa de D. Juan II. Figuraron en la biblioteca de la reina Isabel la Católica, según Clemencín; así como los *Morales* de San Gregorio. Se conserva la traducción en la Biblioteca Capitular de Toledo, ms. II, 8.

Las *Homilías sobre los Evangelios* se publicaron en el *Homiliario* de Alcuino, Valencia 1532.

Javier Caminero, *Los Santos Padres*, I, 1878, publicó 31 homilías de San Gregorio.

Cartas

Ms. ij. b. 12 de El Escorial contiene al principio la carta de San Gregorio a San Leandro de Sevilla, publicada por Rodríguez de Castro [21] y puesta al frente las traducciones de los *Morales*.

Obras del Pseudo-Gregorio

Heriberto de Reggio Emilia, ms. 23 de San Cugat de Vallés, acabado el 28 de septiembre de 1707: Explicación de los siete salmos penitenciales [22].

Ediciones.

Diálogos

En el siglo XV no se editó ninguna obra de San Gregorio en España, según el monumental catálogo de Vindel. En Toulouse se

[21] RODRÍGUEZ DE CASTRO, *Bibl. Española* II 390-395.
[22] GRIERA, *La cultura de San Cugat del Vallés* (Barcelona 1943) p.33.

hizo una edición de los *Diálogos*, traducidos por Gonzalo de Ocaña: «El libro del *Diálogo* de Sant Gregorio», hacia 1488 (Bibl. Nac. de Madrid, I, 493...) Del siglo XVI se conservan en la Bibl. Nac. de Madrid nueve ediciones de obras de San Gregorio: cuatro de los *Morales*, una de la *Pastoral*, una de los *Diálogos*, otra del libro 2.º de los *Diálogos*, otra en latín de las *Homilías sobre los Evangelios* y otra de la *Exposición al Cantar de los Cantares*, atribuída al Santo.

Morales

Esta traducción fué hecha por el licenciado Alonso Alvarez de Toledo en el año de 1514. Fueron impresos en Sevilla por Jacobo Cromberger... (1527), 2 vols. en fol. de 253 y 278 fols. Nicolás Antonio cita una edición de Sevilla de 1513, pero no se conoce ningún ejemplar de ella actualmente; Escudero dice que, caso de existir, fué hecha en 1514.

La misma edición fué reproducida en Sevilla en 1534 y 1549, y, según Bruno Avila, otras dos veces más en veinticinco años.

Diálogos

Los «Diálogos» del bienaventurado papa Sant Gregorio, sacados del latín en romance, nuevamente por el reverendo P. Gonzalo de Ocaña (Toledo 1514), 60 fols. (antes, Tolosa 1488) (B. Nac. Madrid, I. 493). La misma traducción editada de nuevo en Sevilla (Cromberger) en 1532, corregida y enmendada (B. Nac. Madrid, R. 861). Trae al principio la carta de Hernán Pérez de Guzmán a Ocaña.

La vida de San Benito, trad. del latín por Fr. Juan de Castañiza, con las vidas de sus dos discípulos San Mauro y San Plácido (Salamanca 1583, Valladolid 1599).

Exemplis e miracles d'Sent Benet recoptats per Sent Gregori Papa en lo seu libre dels dialechs, d'un codex catalá del quincen segle, por Jaume Bofarull (Vilanova, Oliva, 19).

San Benito. Su vida y su Regla, por los PP. García Colombás, León M. Sansegundo y Odilón M'Cunill, O. S. B. (BAC, vol. 115, Madrid 1954).

Pastoral

Treynta y seys amonestaciones del Pastoral de beatissimo padre el Grande Gregorio Papa (Zaragoza 1547), 89 fols.

Pastoral de San Gregorio Papa. Traducido del latín..., por el P. Fr. Gregorio de Alfaro (Madrid 1604).

Gobierno eclesiástico y seglar que contiene el Pastoral del gloriosísimo..., traducido por el P. Fr. Gregorio de Alfaro (Valencia 1769).

Pastoral de San Gregorio Papa, trad. de Fr. Gregorio Alfaro (Apostolado de la Prensa, Madrid 1944).

Regla Pastoral del..., traduc. del latín por Gonzalo San Martín. Introducción del P. Ricardo de Arconada (Barcelona 1930), XXVII 226 págs.

Homilías sobre los Evangelios:

Liber homeliarum, XL, beati Gregorii papae urbis Romae, ex diversis evangelii lectionibus, simul cum homeliis aliorum doctorum quae per annum in dominicis diebus leguntur summa cura ac diligentia correctus. In regali civitate Burgensi, per Federicum Alemanum, 1510, 117 fols. (B. Nac. de Madrid, I. 2.277, R. 36.926).

Homilías sobre los Evangelios, traducidas y editadas en el siglo XVI en la obra titulada *Homiliario de Alcuino*. «Homiliario en el cual se contienen ciento y treinta y seis homilías o sermones sobre los Evangelios, según la orden romana, compuesto por los más excelentes doctores que la Iglesia tiene y recopiladas por el famoso y gran doctor Alcuino» (Valencia 1532), 315 hojas.

Comentario al Cantar de los Cantares (atribuída a San Gregorio):

Expositio beati Gregorii papae super Cantica Canticorum, in qua docetur fidelis anima qualiter diligere debeat Christum sponsum suum, Salmanticae, per Ioannem Gyser, 1508 (Bibl. Nac. de Madrid, R. 641).

De las *Homilías sobre Ezequiel* y del *Epistolario* no conozco ediciones en España.

REGLA PASTORAL

INTRODUCCIÓN

Pronto conocerá el lector discreto con cuánta razón ha sido tan celebrado y recomendado el *Libro de la Regla Pastoral*, que, a raíz de ser elegido, contra su voluntad, Sumo Pontífice, escribió San Gregorio Magno, «para, como él mismo lo dice, que no les parezcan a algunos ligeras las cargas del gobierno pastoral, y así quien esté libre de ellas no las apetezca imprudentemente, y quien incautamente las apeteció tema haberlas conseguido».

También le chocará que, a pesar de tantas y tales encomiendas, este libro apenas sea hoy conocido poco más que de nombre por gran parte de los que tienen cura de almas, y ni siquiera de nombre por tantos que de una o de otra manera tienen a su cargo enseñar y regir a otros: que si directamente a la dignidad y régimen episcopal se dirige San Gregorio, su doctrina tiene plenísima aplicación a toda clase de personas sobre quienes pese la obligación de regir la nación, el pueblo, la familia, etc., etc.

Fortuna grande que las bibliotecas nos conservan con diligente esmero este y otros tesoros que nos legó la antigüedad sabia y santa; pero lástima grande también el que esos pensiles de flores y aromas tan exquisitos no tengan más fácil acceso a los que, si en ellos libaran esas flores y esos aromas, endulzarían y embalsamarían el ambiente de esta vida cristiana de hoy, que parece resentirse del amargo y fétido paganismo que la envuelve.

A nosotros, aunque retrasado, al fin ha venido, gracias a un buen amigo, un ejemplar de las obras de este Santo Padre y Doctor Máximo de la santa Iglesia; y nos hemos apresurado a trasladar a nuestra lengua este precioso y utilísimo tratado, para provecho propio en primer lugar y también para, sin envidia, antes con grande amor, comunicarle a quienes quieran apropiarse este manantial abundoso de doctrina celestial; que esta diferencia media entre los bienes materiales y los bienes del espíritu: aquéllos, repartidos, tocan a menos; de ahí que engendran el egoísmo, raíz de todas las contiendas del mundo, porque el egoísta todo lo quiere para sí, y, con todo, no se sacia; prueba evidente de lo vanos y engañosos que son tales bienes; los espirituales, en cambio, como son verdaderos bienes, por naturaleza tienden a difundirse, y cuanto más se comunican más crecen ellos y la virtud que consigo llevan en quien los da y en quien los recibe.

Vuelvan, pues, aquí los ojos de su consideración todos: los que tienen que regir y los que deben ser regidos, porque todos pueden

aprender a vivir de manera que logren recibir alegres, cuando venga, al Juez Supremo, que ha de dictar la suerte definitiva y eterna de cada uno conforme a sus obras.

Y perdone el lector que le haya retrasado el acceso a tan sabroso alimento; que, como también lo dice San Gregorio en otra parte (pról. a las *Homil. sobre Ezequiel*), entre las viandas exquisitas puede tal vez agradar un bocadillo más ordinario, y también suele anticiparse a la comida alguna poción que estimule y haga después más grato el sabor de los platos exquisitos.

EL TRADUCTOR.

REGLA PASTORAL

Al santísimo Juan, obispo de la ciudad de Ravena

PROLOGO

1. Con benigno y humilde afecto desapruebas, hermano carísimo, el que yo hubiera querido rehuir, ocultándome, las cargas del gobierno pastoral, sobre la gravedad de las cuales expongo por escrito en este libro todo lo que pienso, para que no les parezcan ligeras a algunos; y así, quien de ellas está libre no las apetezca imprudentemente, y quien incautamente las apeteció tema haberlas conseguido.

En cuatro partes hállase dividida la materia de este libro, a fin de llegar gradualmente, por medio de razones ordenadas, como por pasos contados, al ánimo del lector; porque cuando la necesidad lo requiere, es muy de pensar: con qué cualidades debe uno llegar a la dignidad de la prelatura, y cómo debe vivir el que a ella ha llegado debidamente, y cómo debe enseñar el que vive bien; y el que enseña bien reconozca de continuo, con la mayor reflexión posible, su flaqueza; para que ni la humildad rehuya el acceso, ni la vida impida el arribo, ni la enseñanza contradiga a la vida, ni la presunción ensoberbezca a la enseñanza.

2. Por tanto, lo primero es que el temor refrene el apetito; luego, que la vida recomiende el magisterio recibido sin buscarlo; es necesario después que la bondad del Pastor, la cual se manifiesta en su vida, se propague también con sus palabras; y, finalmente, falta que la consideración de la propia flaqueza quite mérito a cualesquiera obras perfectas, no sea que la hinchazón de la soberbia las anule ante los ojos del oculto Juez.

Mas porque hay muchos parecidos a mí en la impericia que, no sabiendo conocerse a sí mismos, quieren enseñar lo que no han aprendido—los cuales tienen el peso de este magisterio por tanto más leve cuanto menos conocen la magnitud de su gravedad—, desde el exordio mismo de este libro quedan reprendidos; de manera que los indoctos e imprudentes que apetecen escalar las alturas del magisterio, desde el mismo principio de nuestro discurso deben sentirse condenados en los atrevimientos de su precipitación.

PRIMERA PARTE

Con qué cualidades debe llegarse a la prelatura

CAPITULO I

Que los indoctos no deben atreverse a venir a enseñar

3. Sabido es que no hay arte alguno que pueda ser enseñado sin antes haberle aprendido tras diligente reflexión. Por tanto, con gran temeridad toman los indoctos el magisterio pastoral, siendo, como es, el régimen de las almas, el arte de las artes; porque ¿quién no sabe que las enfermedades del alma están más encubiertas que las enfermedades de las entrañas? Y, no obstante, con frecuencia los que jamás han conocido las reglas del espíritu no temen profesar de médicos del corazón, cuando los que desconocen la virtud curativa de las plantas se avergüenzan de ser tenidos por médicos del cuerpo.

Pero ahora que, por obra de Dios, todo lo más principal del presente siglo se inclina a reverenciar la religión, hay dentro de la Iglesia algunos que, bajo pretexto del gobierno, codician la gloria del honor, apetecen parecer doctores, desean sobresalir de entre los demás y, como dice la Verdad (Mt. 23,7), *buscan ser saludados en la plaza, los primeros asientos en los banquetes y las primeras sillas en las sinagogas.* Los cuales tanto menos dignamente pueden desempeñar el oficio pastoral, cuanto que por sola vanagloria vinieron a este magisterio de humildad; pues en este magisterio, la misma lengua se contradice cuando se practica una cosa y se enseña otra.

Contra estos tales se queja el Señor por el profeta, diciendo (Os. 8,4): *Ellos reinaron, y no por mí; fueron príncipes, mas yo no los reconocí;* porque rigen por propia voluntad, no por voluntad del supremo Rector, los que, sin contar con el sostén de virtud alguna, nunca llamados por Dios, sino excitados por su concupiscencia, más bien que conseguir, arrebatan la autoridad para regir. Pero a los tales el oculto Juez los soporta y no los conoce; porque a los que tolera con su permisión, cierto es que los desconoce por el juicio de reprobación. Por eso dice a algunos que volvían a El, aun después de obrar milagros (Lc. 13,27): *Apartaos lejos de mí todos vosotros, artífices de la maldad; no sé de dónde sois.*

La voz de la Verdad echa en cara la ignorancia de los pastores, cuando por el profeta (Is. 36,11) dice: *Los pastores mismos están faltos de toda inteligencia;* a los cuales de nuevo detesta el Señor, diciendo (Ier. 2,8): *Los depositarios de la ley me desconocieron.* De manera que la Verdad se queja de que ellos no le conocen a El, porque, ciertamente, los que no conocen los intereses del Señor, son desconocidos del Señor, según lo atestigua San Pablo, que dice (1 Cor. 14,38): *El que lo desconoce será desconocido.*

Sin duda que muchas veces corresponde a lo que merecen los súbditos la ignorancia de los pastores; los cuales, aunque por culpa suya no tengan la luz de la ciencia, sin embargo, por justo juicio de Dios sucede que por la ignorancia de éstos pequen también los que los siguen. Que por eso la misma Verdad dice en el Evangelio (Mt. 15,14): *Si un ciego se mete a guiar a otro ciego, entrambos caen en la hoya.* Por lo mismo, el salmista, no deseándolo, sino profetizándolo, anuncia (Ps. 68,24): *Obscurézcanse sus ojos para que no vean, y tráelos siempre agobiados sus dorsos.* Ojos son, en verdad, los que, colocados en el puesto del más alto honor, aceptan el deber de ir delante en el camino; y quienes a estos tales se juntan para seguirlos, con razón son llamados dorsos, jueces, cegados los ojos, el dorso se inclina; es decir, que, cuando los que presiden pierden la luz de la ciencia, cierto es que todos los que los siguen se inclinan para llevar las cargas de los pecados.

CAPITULO II

Que no deben aceptar puesto de régimen quienes no cumplen, viviendo, lo que aprendieron estudiando

4. Hay también algunos que con hábil cuidado estudian las reglas del espíritu, pero conculcan con su vida lo que penetran con la inteligencia: enseñan de corrida lo que aprendieron, no en la práctica, sino en el estudio; y, claro, lo que predican con la palabra lo contradicen con las costumbres; de donde resulta que, marchando el pastor por los despeñaderos, la grey sigue al precipicio.

Razón por la cual el Señor, por el profeta, se queja de la despreciable ciencia de los pastores, diciendo (Ez. 34,18): *Vosotros, habiendo sido abrevados en aguas limpísimas, enturbiasteis con vuestros pies las que sobraban, y muchas de mis ovejas tenían que apacentarse de lo que vosotros hollasteis con vuestros pies y beber del agua que con vuestros pies habíais enturbiado.*

Efectivamente, los pastores se abrevan en aguas limpísimas cuando beben, entendiendo rectamente, los raudales de la verdad; y enturbiar esas mismas aguas con los pies significa enturbiar con la mala vida lo que se propone en la santa meditación. De manera que las ovejas beben el agua enturbiada por los pies de aquéllos cuando algunos súbditos, en vez de practicar lo que oyen de palabra, solamente imitan las obras malas que ven. Los cuales, cuando están

sedientos de las palabras y por las obras se pervierten, es como que toman en sus vasijas el lodo de las fuentes enturbiadas.

Por eso también está escrito por el profeta (Ez. 44,12): *Ellos, los malos sacerdotes, son el lazo de la ruina de mi pueblo;* y, por lo mismo, otra vez dice el Señor por el profeta (Ez. 44,12): *Fueron la piedra de escándalo de la casa de Israel.* Nadie, pues, hace en la Iglesia mayor daño que quien, obrando mal, tiene puesto de santidad; porque a éste, cuando delinque, nadie se atreve a reprenderle; y la culpa con mayor eficacia sirve de ejemplo cuando, por la reverencia al estado, es honrado el pecador.

Pero estos indignos huirían el peso de tanta responsabilidad si, con el oído del alma atento, meditaran la sentencia de la Verdad, que dice (Mt. 18,6): *Quien escandalizare a uno de estos parvulitos que creen en mí, más le valiera que le colgasen del cuello una de esas piedras de molino que mueve un asno y así fuese sumergido en el fondo del mar.* Por la piedra de molino que mueve un asno se significa el ajetreo y trabajo de la vida del siglo; y por el fondo del mar se designa la última condenación; por consiguiente, quien, elevado a un puesto de santidad, o con las palabras o con el ejemplo desedifica a los demás, mejor que el que los sagrados ministerios le mostraran a los demás como ejemplar en la culpa le sería, en verdad, el que los cuidados terrenos le ocuparan en hábito seglar hasta la muerte; porque, ciertamente, si cayera solo, al fin sería más tolerable la pena del infierno que le atormentara.

CAPITULO III

De lo pesado que es el regir, por lo mismo que hay que soportar todo lo adverso y temer todo lo próspero

Hemos dicho todo esto en resumen, para poner de manifiesto cuán pesada sea la carga de regir y con el propósito de que quien no sea capaz de estos sagrados oficios no se atreva a profanarlos, ni, por el deseo de sobresalir, emprenda el camino de la perdición; que por eso Santiago (3,1) lo prohibe piadosamente diciendo: *No queráis muchos de vosotros, hermanos míos, hacer de maestros;* y por eso mismo, el Mediador entre Dios y los hombres, que, superando en ciencia y prudencia a los mismos espíritus celestiales, reina en los cielos desde antes de los siglos, rehusó aceptar el reino en la tierra, pues escrito está (Io. 6,15): *Conociendo Jesús que habían de venir para llevársele por fuerza y levantarle por rey, huyóse él solo otra vez al monte.*

5. Y ¿quién habría podido gobernar a los hombres tan sin culpa sino aquel que al fin regiría a sus mismas criaturas? Mas, por lo mismo que se dejó ver en la carne, no sólo para redimirnos con su pasión, sino también para enseñarnos con su vida, dando El primero ejemplo a los que habían de seguirle, no quiso que le hicieran rey; en cambio, se fué voluntariamente al patíbulo de

la cruz, rehuyó la gloria de la dignidad que se le brindaba y deseó los dolores de la oprobiosa muerte; con el fin de que sus miembros aprendieran a rehusar los favores del mundo, a no temer sus amenazas, a amar, por causa de la verdad, las adversidades y a declinar, temerosos, la prosperidad; porque así como ésta muchas veces mancilla el corazón con la soberbia, así aquéllas purifican con el dolor: en éstas levántase el ánimo, pero en aquéllas, aun cuando estuviera erguido, se abate; en éstas se olvida de sí mismo, pero en aquéllas, aunque no quiera, a la fuerza se vuelve a pensar en sí mismo; en éstas muchas veces se pierde lo bueno que anteriormente se hizo; en aquéllas, aun las costumbres inveteradas se corrigen; porque, ordinariamente, con lo que enseña la adversidad se somete a disciplina el corazón, el cual, cuando se eleva a las alturas del mando, en seguida, con la costumbre de la gloria, degenera en soberbio, como Saúl, que, considerándose primeramente indigno, había huído; en seguida que empuñó las riendas del reino se ensoberbeció, pues, deseoso de que se le rindiera honor ante el pueblo, no quiso ser reprendido públicamente y apartó de sí al mismo que le había ungido rey. Asimismo, David, que en casi todos sus actos era grato al juicio de Dios, en seguida que le faltó el peso de la tribulación mostró fuera la llaga de la hinchazón y se hizo cruelmente inflexible en la muerte de Urías, porque en el apetito de la mujer se desvaneció débilmente, y quien antes supo perdonar piadoso a los malos, después aprendió a desear, sin retractarse, la muerte aun de los buenos; pues primero no quiso herir al perseguidor, a quien tuvo en sus manos, pero después, aun con daño del ejército, que peleaba denodadamente, dió muerte al capitán adicto; y si los castigos no le hubieran tornado al perdón, sin duda que la culpa le habría distanciado lejos de los elegidos.

CAPITULO IV

Que, ordinariamente, la posesión del gobierno perturba la serenidad del juicio

Muchas veces el cargo de regir, una vez tomado, agita violentamente el corazón, y cualquiera se halla incapaz de atender a cada cosa cuando con la mente confusa se derrama por muchas. Por eso cierto sabio amonesta discretamente, diciendo (Eccli. 11,10): *Hijo, no quieras abarcar muchos negocios;* porque, claro está, nunca se reflexiona plenamente en cada una de las obras cuando la mente se divide en muchas; y cuando por la costumbre de vigilar es atraída al exterior, pierde la solidez del temor interno y se entrega con afán al cuidado de las cosas exteriores, y, con saber discurrir muchas cosas, solamente se desconoce a sí misma. Y es porque, recargándose más de lo necesario con las cosas exteriores, como preocupada en el camino, se olvida de adónde se dirigía, de tal modo que, enajenada por el cuidado de lo que pretende, ni siquiera se da

cuenta de los daños que sufre y hasta desconoce en cuántas cosas delinque. Tampoco creyó Ezequías cuando mostró a los extranjeros que le visitaron el repuesto de los aromas (Is. 39,4); pero recabó la ira del Juez, aunque en el castigo de su futura descendencia, porque creyó obrar lícitamente.

6. También cuando se ofrecen a la mano muchas cosas y pueden hacerse, las cuales, porque se han hecho, causan admiración a los súbditos, regularmente el ánimo se engríe en su pensamiento y provoca de lleno contra sí la ira del Juez, aunque no se muestra al exterior contra las obras de iniquidad; porque el Juez está en lo interior, y en lo interior lo que se juzga.

Por consiguiente, cuando delinquimos en el corazón, lo que dentro de nosotros hacemos queda oculto para los hombres; pero, no obstante, pecamos, siendo testigo el mismo Juez. Tampoco el rey de Babilonia se mostró exteriormente reo de engreimiento cuando profirió aquellas palabras arrogantes (Dan. 4,27); con todo, antes de acabar de proferirlas oyó de voz profética la sentencia de su reprobación. Es verdad que ya anteriormente había borrado la culpa de la soberbia cometida, puesto que predicó a todos sus súbditos el Dios omnipotente, que él declaró habérsele manifestado; pero, después de esto, pagado de la fortuna de su poder y gozándose de haber hecho cosas grandes, primero se prefirió a todos, y después, ensoberbecido, llegó a decir (Dan. 4,27): *¿No es ésta la gran Babilonia que yo he edificado para capital de mi reino con la fuerza de mi poderío y el esplendor de mi gloria?* Expresión que, en efecto, hizo que se manifestara claramente la venganza de la ira que ya había excitado la soberbia oculta; porque el justo Juez vió primero, sin dejarse ver, lo que después reprendió, castigándolo públicamente. Por eso le convirtió en animal irracional, le separó de la sociedad humana y, trastornada la razón, le juntó con las bestias del campo, para que, por severo y justo juicio de Dios, perdiera hasta el ser de hombre quien se había estimado por más grande que los hombres.

Mas al decir estas cosas no condenamos la potestad, sino que apuntalamos la flaqueza del corazón contra el apetito de ella; a fin de que quienes se reconozcan imperfectos no se atrevan a arrebatar las alturas del gobierno, y los que en el camino llano zozobran no pongan sus pies en el precipicio.

CAPITULO V

De los que pueden aprovechar con el ejemplo de sus virtudes en la sublimidad del poder, pero lo rehusan, buscando su propia tranquilidad

Hay, sin embargo, algunos que cuentan con excelentes dones de virtudes y que están enriquecidos con grandes dotes para instruir a los demás y que son limpios por la guarda de la castidad,

vigorosos por la virtud de la abstinencia, henchidos de abundante doctrina, benignos por la piedad y rectos con la severidad de la justicia; los cuales, si con todo eso llamados, rehusan la sublimidad del gobierno, por lo regular pierden para sí esos mismos dones que recibieron, no sólo para provecho de ellos, sino también para provecho de los demás.

Cuando piensan, pues, en su ganancia y no en la de los otros, ellos mismos se privan de los bienes que quieren tener privadamente; que por eso la Verdad dice a los discípulos (Mt. 5,14): *No se puede encubrir una ciudad edificada sobre un monte, ni se enciende la luz para ponerla debajo de un celemín, sino sobre un candelero, a fin de que alumbre a todos los de la casa;* y, por lo mismo, dice a Pedro (Io. 21,16): *Simón, hijo de Juan, ¿me amas?;* el cual, después de haber respondido al punto que sí le amaba, oyó: *Apacienta mis ovejas.* Ahora bien, si es prueba del amor el cuidado de apacentar, quienquiera que, teniendo muchas virtudes, rehusa apacentar la grey de Dios, convencido queda de que no ama al supremo Pastor. Por esto dice San Pablo (2 Cor. 5,14): *Si Cristo murió por todos, luego es consiguiente que todos murieron. Y si Cristo murió por todos, resta que los que viven no vivan ya para sí, sino para el que murió y resucitó por ellos.*

7. También a este propósito dice Moisés (Deut. 25) que el hermano que sobrevive tome a la mujer del hermano que murió sin hijos, y que engendre hijos con el nombre del hermano, y que, si no quisiere recibirla, le escupa la mujer en el rostro y le quite el calzado de un pie, y que la casa de éste se llame casa del descalzado. Ahora bien, el hermano difunto es aquel que, apareciéndose después de su gloriosa resurrección, dijo: *Id y decid a mis hermanos...*; el cual murió como sin hijos; y al hermano superviviente se le manda tomar, como por suerte, a la esposa de aquél, porque en verdad es cosa digna que se imponga el cuidado de la Iglesia a aquel que pueda regirla bien. A éste, si no quiere, la mujer le escupe en el rostro, porque a quien no cuida de aprovechar a otros con los dones que haya recibido, también la santa Iglesia como que le escupe en el rostro, echándole en cara los bienes suyos, al cual se le quita el calzado de un pie para que su casa se llame casa del descalzado, porque escrito está (Eph. 6,15): *Tened calzados los pies, prestos a seguir y predicar el Evangelio de la paz.* Luego, cuando atendemos como al nuestro al cuidado del prójimo, cubrimos nuestro pie con el calzado; pero quien, pensando en su utilidad, descuida la de los prójimos, como que pierde con deshonor el calzado de un pie.

Pues así hay algunos que, dotados, como hemos dicho, de grandes talentos, ardiendo en deseos de la sola contemplación, rehuyen predicar para provecho de los prójimos, aman el retiro sosegado, desean ardientemente el silencio de la meditación. Si de tal proceder se les juzga estrechamente, sin duda que son reos de tantos cuantos pudieron aprovechar, saliendo al público.

¿Con qué razón, pues, antepone su soledad al provecho de los otros el que viera claro que puede hacer bien a los prójimos, habiendo el Unigénito del Padre Eterno salido del seno del Padre al público para aprovechar a muchos?

CAPITULO VI

Que los que rehuyen la carga de regir por razón de humildad, cuando no se oponen a los juicios divinos, entonces son de verdad humildes

Hay también algunos que rehusan sólo por humildad, por no verse preferidos a otros, a los cuales ellos se tienen por inferiores. La humildad de éstos, cuando va acompañada además de las otras virtudes, entonces ciertamente es verdadera a los ojos de Dios si no se obstina en rechazar esto que se le manda soportar útilmente. Pero no es verdaderamente humilde quien entiende que debe presidir por juicio de la voluntad divina y, sin embargo, desdeña el presidir. Mas el sometido a las disposiciones de Dios y ajeno a la obstinación, cuando se le impone el alto cargo de regir, si ya está prevenido de facultades con las que aproveche a otros, aunque por su voluntad debe huir, también contra su voluntad debe obedecer.

CAPITULO VII

Que a veces algunos desean laudablemente el ministerio de la predicación y otros son traídos a ello por la fuerza

Por más que a veces algunos desean laudablemente el ministerio de la predicación, y otros, en cambio, también laudablemente son traídos a él contra su voluntad. Lo cual conocemos claramente si atendemos a la conducta de dos profetas, uno de los cuales se ofreció espontáneamente para ser enviado a predicar, a lo cual, en cambio, el otro rehusó con pavor encaminarse.

8. En efecto, Isaías, de buen grado, se ofreció al Señor, que preguntaba a quién enviaría, diciéndole (Is. 6,8): *Aquí estoy; envíame.* Jeremías, en cambio, es enviado y, no obstante, suplica humildemente que no le envíe, diciendo (Ier. 1,6): *¡Ah, ah, ah, Señor Dios!, bien veis que yo no sé hablar, porque soy jovencito.*

He aquí que cada uno se expresa exteriormente de diverso modo, pero el afecto de ambos procede de la misma fuente de amor; porque doble es el precepto de la caridad, a saber, el amor de Dios y el amor del prójimo. Ahora bien, Isaías, queriendo aprovechar a los prójimos por medio de la vida activa, apetece el ministerio de la predicación; en cambio, Jeremías, deseando estarse adherido continuamente al amor de su Creador por la vida contem-

plativa, se resiste a ser enviado; luego lo que plausiblemente apetece el uno, plausiblemente atemoriza al otro; éste, para no perder, hablando, las ventajas de la silenciosa contemplación; aquél, para no sufrir, callando, los daños del que se consagra a la contemplación. Mas en el uno y en el otro hay que considerar discretamente esto: que aquel que rehusó, no resistió plenamente, y este que quiso ser enviado se vió antes purificado por la brasa del altar.

De manera que quien no esté purificado no debe atreverse a desempeñar los ministerios sagrados, ni aquel a quien elige la gracia de lo alto debe oponerse, soberbio, bajo la máscara de la humildad.

Mas, como es muy difícil a cada uno poder conocer que está purificado, lo más seguro es declinar el ministerio de la predicación; con todo, no debe oponerse pertinazmente, conforme habemos dicho, cuando se conoce ser voluntad de Dios el que se acepte.

Ambas cosas realizó admirablemente Moisés (Ex. 3), quien no quiso, y, sin embargo, aceptó ponerse al frente de tan grande muchedumbre. Tal vez fuera soberbio si hubiera aceptado sin temor la dirección de aquel innumerable pueblo; y también se mostrara soberbio si hubiera rehusado obedecer el mandato del Creador; mas en uno y otro caso se mostró humilde, en uno y otro caso sometido; pues, temiendo de sí mismo, no quiso ponerse al frente del pueblo, y, no obstante, confiando en las fuerzas de quien le mandaba, consintió.

Por consiguiente, deduzcan de aquí los temerarios cuán culpablemente no temen, llevados del amor propio, preferirse a los demás, cuando los varones santos, aún mandándoselo Dios, temieron aceptar el gobierno de las muchedumbres. Moisés, persuadiéndoselo Dios, tiembla, y, en cambio, cualquier débil anhela recibir el peso de tal honor; y quien de suyo se ve harto inclinado a caer, pone con gusto el hombro para cargar con pesos ajenos: no puede soportar el peso de lo que él ha hecho, y aumenta la carga.

CAPITULO VIII

De los que apetecen prelatura y toman como argumento de su ligereza las palabras del Apóstol

Con frecuencia, los que apetecen presidir toman como argumento de su vanidad las palabras del Apóstol, que dice (1 Tim. 3,1): *Quien desea obispado, desea un buen trabajo;* el cual, no obstante de alabar tal deseo, en seguida trueca en motivo de temor lo que antes alabó, pues a renglón seguido dice: *Por consiguiente, es necesario que un obispo sea irreprensible.* Y enumerando a continuación las virtudes que le son necesarias, pone de manifiesto en qué consiste el que sea irreprensible. Luego, si aplaude el deseo, también atemoriza con su precepto. Es como si claramente dijera: Alabo que lo pretendáis, pero antes sabed qué es lo que pretendéis, no sea

que, descuidando medir vuestras fuerzas, aparezca que sois tanto más feamente reprensibles cuanto más os apresuráis a ser vistos de todos en la sublimidad del honor.

9. El gran maestro en regir anima con el aplauso, pero retrae con el terror; de suerte que a sus oyentes, por una parte, los aleja de la soberbia con la descripción de lo subido de la irreprensibilidad, y por otra parte, alabando el ministerio que se pretende, los dispone para tal vida.

Aunque es de notar que esto se dice en aquel tiempo en el cual quien presidía a los pueblos era el primero conducido a los tormentos del martirio; así que entonces, efectivamente, fué laudable el pretender el episcopado, cuando, por él, no era dudoso el tener que sufrir los más graves suplicios. Que también por eso el ministerio del episcopado se define con la apelación de buen trabajo, cuando se dice: *Quien desea episcopado desea buen trabajo.*

Luego quien pretende el episcopado, no por razón de ministerio de buen trabajo, sino por la gloria del honor, él mismo da testimonio de que no es el episcopado lo que apetece; y no sólo es que en absoluto no le quiere, sino que ni siquiera le conoce quien, anhelando la sublimidad del poder, se deleita interiormente pensando en dominar a los demás; se goza en su propia alabanza, pone el corazón en los honores, y se regocija de la abundancia de bienes que lo acompañan. Busca, por consiguiente, las granjerías del mundo bajo el velo de la dignidad con la que debía despojarse de las ventajas del mundo. Y cuando un alma piensa en arrebatar el *summum* de la humildad para envanecerse, confunde en su interior lo que en apariencia pretende.

CAPITULO IX

Que, por lo común, el alma de los que pretenden gobernar acaricia el engañoso propósito de realizar buenas obras

Mas, por lo común, los que desean escalar el magisterio pastoral tienen también el propósito de realizar algunas buenas obras; y por más que apetecen esto con la intención de vanagloriarse, sin embargo, piensan que ellos han de hacer grandes cosas. Pero el resultado es que lo uno lo anulan con su intención, y lo superficial de su pensamiento muestra la intención de lo que pretenden; porque, la mayor parte de las veces, la misma alma se engaña y aparenta pretender con la buena obra lo que en realidad no pretende y no buscar la gloria mundana, que es lo que ciertamente busca.

Esta alma que apetece la prelatura se muestra tímida mientras lo pretende, pero audaz cuando lo ha logrado; porque, temiendo no llegar, se recela; mas, en llegando, de pronto piensa que le era justamente debido aquello que ha logrado; y cuando comienza a disfrutar el oficio del poder que recibió, complacido, olvídase de cuanto había píamente pensado.

Por tanto, es menester que, cuando el pensamiento desvaría, en seguida se reflexione en las obras pasadas y que cada uno piense qué ha hecho cuando era súbdito; y al instante conocerá si podrá, siendo prelado, realizar las cosas buenas que había prometido; pues jamás puede aprender humildad en las alturas quien, puesto en lo bajo, no dejó de ensoberbecerse; ni sabe rehuir el aplauso cuando se ofrece quien aprendió a buscarle con afán cuando faltaba; ni jamás llega a dominar a la avaricia, cuando pretende sustentar a muchos, quien no tuvo con lo suyo bastante para sí mismo. Conózcase, por tanto, cada uno por la vida pasada, para que en la codicia de la prelatura no le engañe y burle un falso propósito.

Aparte el que, por lo regular, en la posesión de la prelatura se pierde también la práctica de obrar bien que se tenía en la tranquilidad. [10.] Porque cuando el mar está sosegado, hasta el poco diestro piloto guía derechamente la nave; mas, cuando está agitado por olas tempestuosas, hasta el piloto adiestrado titubea. ¿Y qué es la potestad de la prelatura sino una tempestad para el alma?; en la cual tempestad, como la nave del corazón siempre está sacudida por las furiosas olas de los pensamientos, incesantemente se ve impelida de acá para allá; de suerte que por los repentinos excesos de hablar y de obrar como que se resquebraja entre los escollos que le salen al paso.

Ahora bien, en medio de tales cosas, ¿qué conducta se ha de seguir y a qué hay que atenerse sino a que el dotado de virtudes venga a la prelatura obligado, y el que de ellas carezca no se acerque ni aun coaccionado? El primero, si se resiste totalmente, tema que, por guardar en el sudario el talento recibido, será condenado por su ocultación; pues guardar el talento en el sudario significa esconder bajo el ocio de una muelle pereza los dones recibidos. El segundo, cuando apetece la prelatura, piénselo bien, no sea que, como los fariseos, con el ejemplo del mal obrar, estorbe a los que pretenden entrar en el reino de los cielos; pues, como dice el Maestro, ni ellos entran ni dejan a los otros entrar. Este también debe considerar que, cuando el prelado elegido acepta la prelatura del pueblo, viene a ser como médico que se acerca al enfermo. Ahora bien, si en su cuerpo están vivas aún las pasiones, ¿qué presunción es la de quien se apresura a curar a un herido, llevando él la herida al descubierto?

CAPITULO X

Con qué cualidades debe llegarse a la prelatura

Por todos los medios, pues, debe ser llevado, contra su voluntad, para ejemplo de bien vivir, quien, muerto a todas las pasiones de la carne, vive ya espiritualmente, porque desprecia las prosperidades del mundo; quien no teme adversidad alguna, porque sólo desea los bienes interiores; aquel cuyo espíritu, bien dotado para tal empeño, ni se opone del todo por la flaqueza del cuerpo ni demasiado

por la contumacia; quien no se deja llevar por la codicia de lo ajeno, sino que da generosamente lo suyo; quien, por tener entrañas de piedad, más pronto se inclina a perdonar, pero que, sin tolerar nunca más de lo conveniente, se encastilla en la rectitud; quien no ejecuta acción alguna ilícita y deplora, como propias, las que hacen los demás; quien de lo íntimo del corazón se conduele del mal ajeno y se alegra de los bienes del prójimo igual que de su provecho; quien se muestra a los demás como ejemplo, de tal modo que no tenga que avergonzarse entre ellos, ni siquiera de lo pasado; quien procura vivir de tal manera que, a la vez, pueda con abundancia de doctrina regar los áridos corazones de los prójimos; quien con la práctica y experiencia de la oración ha aprendido que puede obtener del Señor lo que le pida; aquel a quien ya, como de un modo especial, se dice por el profeta: *Apenas hables, te diré: Aquí estoy.*

Si tal vez se nos presentara alguno para llevarnos a que intercedamos por él ante un hombre poderoso que está irritado contra él, y que es para nosotros desconocido, al punto responderíamos: No podemos ir a interceder, porque no tenemos trato alguno íntimo con él.

Ahora bien, si un hombre se avergüenza de hacerse intercesor ante otro hombre en el cual no confía por modo alguno, ¿con qué cara se arroga el papel de intercesor ante Dios en favor del pueblo quien, por su modo de vivir, no sabe estar familiarizado con su gracia? ¿O cómo solicita de El la gracia para los otros quien no sabe si está con él aplacado?

11. En lo cual hay que temer todavía con mayor inquietud otra cosa, es a saber: que quien cree poder aplacar la ira, acaso él mismo la merezca por su culpa; pues todos sabemos que, cuando se envía para aplacar uno que desagrada, el ánimo del irritado se excita para cosas mayores.

Luego quien todavía se halle enredado en deseos terrenales tome precauciones, no sea que, encendiendo más vivamente la ira del justo Juez, por complacerse en el puesto de honor, venga a ser causa de ruina para los súbditos.

CAPITULO XI

Con qué cualidades no debe llegarse a la prelatura

Conózcase, pues, cada uno diligentemente, para que no se atreva a asumir el puesto de prelado si todavía reina en él algún vicio merecedor de castigo; y no apetezca convertirse en intercesor de culpas de otros aquel a quien afea la culpa propia.

A este propósito, con voz del cielo, se dice a Moisés (Lev. 21,17): *Dile a Aarón: Ninguno, en las familias de tu prosapia, que tuviere algún defecto, ofrecerá los panes a su Dios ni ejercerá su ministerio.* Donde seguidamente se añade: *Si fuere ciego, si cojo, si de nariz chica, o enorme, o torcida; si de pie quebrado o mano manca; si corcovado,*

si legañoso, si tiene nube en el ojo, si sarna incurable, si algún empeine en el cuerpo, o fuere potroso.

Pues bien, *ciego* es quien desconoce la luz de la contemplación divina; quien, envuelto en las tinieblas de la vida presente, cuando mira sin amor la luz que ha de venir, no sabe por dónde dirigir los pasos de sus obras; que por eso se dice en la profecía de Anna (1 Reg. 2,9): *El dirigirá los pasos de sus santos; mas los impíos serán por El reducidos al silencio en medio de tinieblas.*

Y *cojo* es quien ve, sí, por dónde debe caminar, mas por flaqueza de ánimo no puede mantenerse en el camino de la vida buena que ve; porque los pasos de la obra no siguen eficazmente el camino de la virtud cuando, debilitados por la costumbre, no se enderezan adonde quisiera con solo el deseo; pues por esto dice San Pablo (Hebr. 12,12): *Volved a levantar vuestras manos lánguidas y caídas, y fortificad vuestras rodillas debilitadas; marchad con paso firme por el camino, a fin de que alguno, por andar claudicando en la fe, no se descamine de ella, sino antes bien se corrija.*

Y *de nariz chica* es quien no es capaz de tener la medida de la discreción; que, como por la nariz percibimos los buenos olores y la fetidez, rectamente en la nariz se significa la discreción, mediante la cual elegimos las virtudes y reprobamos los delitos. Por lo mismo, también se dice en alabanza de la Esposa (Cant. 7,4): *La nariz tuya es tan bien formada como la torre del Líbano;* porque, en verdad, la santa Iglesia, mediante la discreción, conoce las dificultades de cada caso; y desde lo alto conoce las batallas que de los vicios han de venir.

Pero hay algunos que, no queriendo ser tenidos por romos, entrometiéndose más de lo necesario en ciertas disquisiciones, con frecuencia son engañados por la excesiva sutileza. Por eso también se añade aquí: *de nariz enorme o torcida;* porque nariz enorme y torcida significa la exagerada sutileza de la discreción, que, cuando excede más de lo conveniente, ella misma confunde la rectitud de la obra.

Y *de pie quebrado o mano manca* es quien no puede en absoluto andar el camino de Dios y, totalmente inútil, carece de buenas obras; no porque, como el cojo, no las tenga por causa de la debilidad, sino porque es completamente extraño a ellas.

12. Y es *corcovado* aquel a quien el peso de los cuidados terrenos agobia de tal modo que nunca mira a lo alto, sino que sólo atiende a las cosas que aquí abajo hollamos con los pies; quien, aunque oyera algo de los bienes de la patria celestial, no levanta a ellos el corazón, impedido como está por el peso de la perversa costumbre; porque no puede enderezarse para meditar aquel a quien tiene encorvado la costumbre de mirar solícito lo terreno. De la figura de éstos dice el Salmista (18,10): *Encorvado estoy y abatido he sido en gran manera:* y, reprobando la culpa de los tales, dice por sí misma la Verdad (Lc. 8,14): *La semilla caída entre espinas son los que la escucharon* (la palabra divina); *pero con los cuidados y las riquezas y las delicias de la vida, al cabo la sofocan y nunca llega a dar fruto.*

Y *legañoso* es aquel cuyo talento para conocer la verdad es eminente, pero se le nublan, no obstante, para ello, las obras de la carne. En los ojos legañosos, las pupilas están sanas, sí, pero con el humor que fluye se entumecen los párpados enfermos, al lastimarse los cuales por la fluxión frecuente, llega también a viciarse el vigor de la pupila.

Hay algunos (el sentido de los cuales trastorna las obras de la vida carnal) que con su talento podían conocer perfectamente lo recto; pero, acostumbrados a las malas obras, se ciegan. De manera que legañoso es aquel cuyo sentido aguzó la naturaleza, pero le ofuscó la mala costumbre. Al cual le dice oportunamente el ángel (Apoc. 3,18): *Unge tus ojos con colirio para que veas.* Ahora bien, ungimos los ojos con colirio para ver cuando ayudamos el vigor de nuestro entendimiento con la medicina de las buenas obras, a fin de ver la claridad de la luz verdadera.

Y *tiene nube en el ojo* aquel a quien no se le deja ver la luz de la verdad porque con la soberbia se ciega a la sabiduría y la justicia. Por manera que la pupila negra del ojo ve, y, teniendo nube, nada ve, porque, ciertamente, cuando el entendimiento humano conoce que es un necio pecador, logra el conocimiento de la claridad interior; pero, cuando se arroga el candor de la sabiduría y de la justicia, se queda sin la luz del entendimiento divino y no alcanza jamás la claridad de la luz porque con la arrogancia se exalta a sí mismo, como de algunos dice San Pablo (Rom. 1,22:) *Mientras se jactaban de sabios, pararon en ser unos necios.*

Y tiene *sarna incurable* aquel a quien domina de continuo el desenfreno de la carne; pues, en la sarna, el hervor de las vísceras brota en la piel, por lo cual acertadamente se significa la lujuria, porque, cuando la tentación interna llega a brotar en la obra, efectivamente el hervor interno pasa a ser sarna de la piel y ya invade por fuera el cuerpo; y es que, cuando la concupiscencia no se reprime en el pensamiento, también domina en la obra. Por eso parece que San Pablo intentaba curar la comezón de la piel cuando decía (1 Cor. 10,13): *No os sorprenda sino la tentación humana,* esto es, como si claramente dijera: Es propio del hombre sentir en el corazón la tentación diabólica, pero debe arrostrar la batalla de la tentación y vencer en la obra.

También tiene *algún empeine en el cuerpo* quien siente en el pensamiento el acicate de la avaricia, la cual, si no se reprime cuando es poca, seguro es que se acrecienta sin medida; pues el empeine se apodera del cuerpo sin dolor y, creciendo sin molestia del enfermo, afea la hermosura de los miembros. Asimismo, la avaricia llena de úlceras al alma cautiva cuando parece deleitar, y, ofreciendo al pensamiento cuanto puede conseguir, aviva la irritación; y al herir no causa dolor, porque el ánimo enardecido le promete la abundancia a cambio de la culpa.

13. Pero se pierde la hermosura de los miembros porque por la avaricia se afea también la hermosura de las otras virtudes, y todo el cuerpo queda como envenenado, porque arraiga en el alma

todos los vicios, según lo afirma San Pablo cuando dice (1 Tim. 6, 10): *Raíz de todos los males es la avaricia.*

14. Y es *potroso* quien, si no realiza obras torpes, pero se recarga sin moderación con el continuo pensamiento de ellas; quien nunca se lanza, es verdad, hasta la obra nefanda, pero cuya alma, sin repugnancia alguna, se deleita en la voluptuosidad de la lujuria; pues existe tal defecto cuando el humor de las vísceras desciende hasta las partes viriles, las cuales, en consecuencia, se entumecen con ofensa del decoro. Tiene, por tanto, este defecto quien, cayendo muellemente con el pensamiento en la lujuria, lleva en el corazón el peso de la torpeza, y, aun cuando no ponga por obra las malas acciones, no se aparta de ellas con la mente; y tampoco puede elevarse con decisión a obrar bien, porque el peso torpe le abruma en el interior.

Por consiguiente, quienquiera que se vea dominado por alguno de estos defectos tiene prohibido ofrecer los panes al Señor, no sea que no pueda borrar los delitos ajenos aquel a quien todavía dominan los propios.

Y puesto que ya hemos manifestado brevemente las cualidades con que puede uno llegarse dignamente al magisterio pastoral, y hemos también expresado cómo debe temerle el indigno, ahora demostraremos cómo debe vivir en este magisterio quien a él ha llegado dignamente.

SEGUNDA PARTE

Que trata de la vida del pastor de las almas

CAPITULO I

Cómo debe comportarse en el régimen de las almas quien a él haya llegado dignamente

La vida del prelado debe ser tanto más excelente que la vida del pueblo cuanto más suele diferir de la del rebaño la vida del pastor. Por eso es menester que con solícito cuidado se haga cargo de cuán obligado está a obrar con rectitud, por lo mismo que, con respecto a él, el pueblo es llamado grey.

Es por ello necesario que sea limpio en los pensamientos, el primero en obrar, discreto en el silencio, útil en hablar, prójimo de cada uno en la compasión, dado a la contemplación más que otro alguno, humilde compañero de los que obran bien, firme en velar por la justicia contra los vicios de los que delinquen, sin disminuir el cuidado de las cosas interiores por las ocupaciones exteriores ni dejar de proveer a lo exterior por la solicitud de lo interior.

Mas expongamos, desentrañándolo más largamente, esto que hemos apuntado en esta sucinta enumeración.

CAPITULO II

Que quien rige debe ser limpio en el pensar

El prelado debe ser limpio en los pensamientos, a fin de que no mancille inmundicia alguna a quien toma este cargo, para que además pueda limpiar las manchas que ensucian a los corazones ajenos; porque necesario es que procure estar limpia la mano que cuida de lavar las manchas de los otros, no vaya a suceder que, si tiene enlodada su mente, manche más cualquiera cosa que toque; pues a este propósito se dice por el profeta (Is. 52,11): *Purificaos vosotros, los que traéis los vasos del Señor.* Ahora bien, traen los vasos del Señor los que toman a su cargo las almas de los prójimos para conducirlas a las mansiones eternas, viviendo de la fe.

Consideren, pues, en su interior cuán limpios deben estar quienes, en virtud de su propia promesa, llevan al templo de la eternidad los vasos vivos. Por eso la Palabra de Dios manda (Ex. 28) que a Aarón se le coloque en el pecho el racional del juicio con dos cadenillas trabadas entre sí, significando que no deben dominar jamás al corazón del sacerdote los pensamientos de disipación, sino que se ajuste sólo a la razón, de manera que no piense algo indiscreto o inútil quien, puesto por modelo de los otros, debe mostrar siempre, en la gravedad de su vida, cuánta razón alberga en su pecho.

Y de propósito se agrega que en ese racional se escriban los nombres de los doce patriarcas, porque llevar siempre a los patriarcas escritos en el pecho significa meditar de continuo la vida de los antiguos; pues entonces vive irreprensiblemente el sacerdote cuando de continuo tiene presente la vida ejemplar de los Padres que precedieron, cuando sin cesar medita en los ejemplos que dejaron los santos, y reprime los pensamientos ilícitos para no extralimitarse en el obrar.

Y este racional acertadamente se llama «del juicio», porque el prelado debe distinguir con agudo juicio lo bueno y lo malo y meditar solícito en qué cosas, y a quiénes, y cuándo, y cómo convengan; y, además, no buscar su propio interés, sino tener por suyos los bienes de los demás. Por eso también allí (Ex. 28) está escrito: *En el mismo racional del juicio pondrás* estas dos palabras: *doctrina y verdad, las cuales Aarón llevará sobre su pecho cuando se presentare delante del Señor; y sobre su pecho llevará siempre el juicio de los hijos de Israel en la presencia del Señor.*

Ahora bien, llevar el sacerdote en el pecho el juicio de los hijos de Israel en la presencia del Señor significa examinar las causas de los súbditos, atendiendo sólo al juicio interior, de manera que en aquel que resuelve haciendo las veces de Dios nada humano se mezcle ni sea un sentimiento privado el que avive los deseos de corregir, y que, cuando se muestre celoso contra los vicios ajenos, no vaya buscando su propio interés, no sea que o la oculta malquerencia empañe la serenidad del juicio, o que la ira precipitada la perturbe, sino que, atento al temor de quien todo lo preside, esto es, del Juez interior, no se juzgue a los súbditos sin grande temor. Temor, por cierto, que, si bien humilla al alma del prelado, también a la vez la purifica; de suerte que ni la presunción engría su espíritu, [15] ni el afecto carnal la mancille, ni el apetito de las cosas terrenas le ofusque con importunos pensamientos terrenales; cosas que no sólo no deben inclinar al alma del prelado, sino que es necesario que se apresure a vencerlas, rechazándolas, a fin de que el vicio que tienta por medio de la sugestión no llegue a subyugarle con la suavidad del deleite; pues, cuando el alma rechaza tardíamente esto, de temer es que se siga el consentimiento.

CAPITULO III

Que el prelado debe ir siempre delante en el obrar

El prelado debe ser siempre el primero en obrar, para, con su ejemplo, mostrar a los súbditos el camino de la vida, y para que la grey que sigue la voz y costumbres del pastor camine guiada por los ejemplos más bien que por las palabras; pues quien, por deber de su puesto, tiene que decir cosas grandes, por el mismo deber viene obligado a mostrarlas; que más agradablemente penetra los corazones de los oyentes la palabra que lleva el aval de la vida del que habla, porque a la vez que, hablando, manda, ayuda a hacerlo mostrándolo con las obras. Por esto dice el profeta (Is. 40,9): *Súbete sobre un alto monte tú, que anuncias buenas nuevas a Sión;* esto es, que quien predica cosas celestiales, dejadas al punto las obras terrenas, parezca estar fijo en la cumbre de todas ellas, y tanto más fácilmente atraiga a los súbditos a mejores obras cuanto desde mayor altura clama con el mérito de su vida.

He ahí por qué, según la ley divina (Ex. 29), el sacerdote toma la espaldilla derecha y la aparta para el sacrificio; significando que su proceder debe ser no sólo útil, sino también ejemplar; es decir, que no sólo sus obras sean buenas entre las de los malos, sino que, además, así como en el honor de su puesto supera también a los súbditos que obran rectamente, asimismo los aventaje en la bondad de sus costumbres. Al cual sacerdote está además reservado el comer el pechito con la espaldilla, para que aprenda a inmolar a Dios en sí mismo lo que se le prescribe comer del sacrificio, y para que no sólo medite en su pecho las cosas rectas, sino que, además, con la espaldilla de sus obras invite a cuantos le ven a pensar en cosas altas, y para que no apetezca prosperidad alguna de la vida presente ni tema adversidad alguna.

Teniendo, pues, presente el temor íntimo, desprecie los halagos del mundo, y la reflexión ahuyente los temores con el atractivo de la dulcedumbre interior. Por lo cual, también con mandato de la Palabra divina, el sacerdote se cubre ambos hombros con el velo del sobrehumeral, para que con el ornato de las virtudes se defienda siempre contra lo adverso y contra lo próspero, puesto que, según palabra de San Pablo (2 Cor. 6,7), *con las armas de la justicia* pueda combatir *a la diestra y a la siniestra,* esto es, que, proponiéndose sólo la rectitud, no decline a un lado ni a otro de la baja delectación: no le engrían las prosperidades, ni la adversidad le conturbe; no le cautiven las cosas lisonjeras hasta el extremo de apetecerlas ni le lleven hasta la desesperación las cosas desagradables; de suerte que, no rebajando con pasión alguna la rectitud del alma, muestre toda la hermosura del humeral con que se cubre ambos hombros.

Superhumeral que sabiamente se manda que esté hecho de oro, y de jacinto, y de púrpura, y de grana dos veces teñida, y de lino

fino retorcido, para demostrar con cuánta variedad de virtudes debe resplandecer el sacerdote.

De manera que en la vestidura del sacerdote debe brillar ante todo *el oro*, para que en él sobresalga principalmente la inteligencia de la sabiduría.

16. Al cual se agrega el *jacinto*, que resplandece con el color del cielo; para que de todo lo que penetra con su inteligencia se levante, no a los amores de cosas bajas, sino al amor de las celestiales, no sea que, si, incauto, se deja conquistar por sus alabanzas, quede también despojado de la misma inteligencia de la verdad.

También se mezcla con el oro y el jacinto *la púrpura*, para que se entienda que el corazón del sacerdote, esperando las cosas sublimes que predica, debe reprimir en sí mismo las sugestiones de los vicios y oponerse a ellas como con potestad regia, como quien tiene siempre presente la nobleza de la interna regeneración y preserva con sus costumbres la vestidura del reino celestial. En efecto, de esta nobleza del espíritu dice San Pedro (1.ª 2,9): *Vosotros sois el linaje escogido, una clase de sacerdotes reyes*. También nos aseguramos de esta potestad, por la que reprimimos los vicios, con la palabra de San Juan, que dice (1,12): *A todos los que le recibieron, que son los que creen en su nombre, dióles poder de llegar a ser hijos de Dios;* y el salmista encomia esta dignidad diciendo (Ps. 138,17): *Yo veo, Dios mío, que tú has honrado sobremanera a tus amigos; su imperio ha llegado a ser sumamente poderoso;* porque, en verdad, el espíritu de los santos se levanta de un modo particular a las alturas, aun cuando exteriormente se les ve soportar resignados las cosas viles.

Y al oro, al jacinto y a la púrpura se agrega además *la grana dos veces teñida*, para que todos los bienes de las virtudes queden hermoseados por la caridad ante los ojos del Juez interior; y así, lo que ante los hombres brilla, ante los ojos del Juez oculto lo inflame la llama del amor interior; caridad que, en efecto, ilumina como con doble tintura al que ama a Dios y al prójimo. Luego quien por desear la hermosura de Dios abandona el cuidado del prójimo, o por cuidar de los prójimos se entibia en el amor divino, por descuidar una cualquiera de estas dos cosas, no sabe tener en el ornato del superhumeral la grana dos veces teñida.

Pero, aunque el alma se entregue a cumplir los preceptos de la caridad, sin duda falta todavía que se mortifique la carne por medio de la abstinencia. Por lo cual, a la grana dos veces teñida se agrega *el lino retorcido*. Y pues de la tierra toma el lino su nítida belleza, ¿qué se significa por el lino sino la castidad, que resplandece con la hermosura de la pureza del cuerpo? Lino fino retorcido que también se agrega al ornamento del superhumeral, porque, cuando se mortifica la carne con la abstinencia, entonces llega la castidad al perfecto candor de la pureza.

De modo que, cuando entre las demás virtudes va también adelante el mérito de la carne mortificada, es como que entre la varia hermosura del superhumeral resplandece el lino retorcido.

CAPITULO IV

Que el prelado debe ser discreto en el silencio y útil en el hablar

Sea el prelado discreto en el silencio y útil cuando hable, de modo que ni diga lo que se debe callar ni calle lo que se debe decir; porque así como el hablar imprudente conduce al error, así también el silencio indiscreto deja en el error a los que podían ser instruídos, pues con frecuencia los prelados imprudentes, temiendo perder el favor humano, no se atreven a decir libremente lo que se debe y, conforme a lo que dice la Verdad, ya no se cuidan de la grey con amor de pastores, sino cual mercenarios, puesto que cuando viene el lobo huyen, esto es, se resguardan bajo el silencio.

Y por esto el Señor los increpa por el profeta, diciendo (Is. 56, 10): *Perros mudos, impotentes para ladrar.* [17] Por lo mismo, de nuevo se queja, diciendo (Ez. 13,5): *Vosotros no habéis hecho frente ni os habéis opuesto como muro a favor de la casa de Israel, para sostener la pelea en el día del Señor.* En efecto, hacer frente es oponerse a las potestades de este mundo, hablando con santa libertad en defensa del pueblo; y sostener la pelea en el día del Señor es resistir, por amor a la justicia, a los malos que pelean; y, aplicándolo al pastor, ¿qué otra cosa es no haberse atrevido a predicar la rectitud sino volver, callando, la espalda al enemigo? El cual pastor, si sale a la defensa de la grey, opone un muro a favor de la casa de Israel. Por eso, en otra parte se dice al pueblo delincuente (Ez. 13): *Tus profetas te anunciaron cosas falsas y necedades y no descubrieron tu iniquidad para excitarte a la penitencia.*

Es de saber que en la Sagrada Escritura se da algunas veces el nombre de profetas a los que enseñan. Los cuales profetas, cuando indican como presentes los sucesos, declaran los que han de suceder.

A éstos acusa la Palabra divina de que anuncian falsedades, porque, cuando temen corregir las culpas, halagan con la impunidad a los delincuentes, pues nunca descubren la maldad de los que pecan, porque, en vez de increparlos, enmudecen; siendo así que la llave para descubrirlo es la palabra de la corrección, porque la acusación descubre la culpa que muchas veces desconoce hasta el mismo que la cometió. Por eso San Pablo dice (Tit. 1,9): *A fin de que seas capaz de instruir en la sana doctrina y redargüir a los que contradijeren.* Por lo mismo se dice por Malaquías (2,7): *En los labios del sacerdote ha de estar el depósito de la ciencia, y de su boca se ha de aprender la Ley, puesto que él es el ángel del Señor de los ejércitos.* Y también el Señor amonesta por Isaías (40), diciendo: *Clama sin cesar, alza esforzadamente tu voz.*

Quienquiera, pues, que se llegue al sacerdocio, recibe el oficio de pregonero, para que, antes de la llegada del Juez, que viene después con terror, él mismo le preceda clamando. Por tanto, si el

sacerdote no sabe predicar, ¿qué voces dará el pregonero mudo? Que por esto el Espíritu Santo se asentó sobre los primeros pastores en forma de lenguas, precisamente porque a los que hubiere llenado en seguida los hace hablar. Por eso se manda a Moisés (Ex. 28) que el sacerdote, al entrar en el templo, lleve entremezcladas unas campanillas, para esto mismo, para que tenga palabras de predicación y no quebrante con su silencio el mandato del supremo Espectador; pues escrito está: *que se oiga el sonido cuando entra o sale del santuario a vista del Señor y no pierda la vida;* porque el sacerdote que entra y sale, si no se deja oír, muere; concita, pues, contra sí la ira del oculto Juez cuando entra o sale sin el sonido de la predicación. Y avisadamente se dice que en sus vestiduras lleve entremezcladas unas campanillas, porque ¿qué debemos entender por las vestiduras del sacerdote sino las buenas obras? Así lo atestigua el profeta, que dice (Ps. 131,9): *Revístanse de justicia tus sacerdotes.* Por tanto, las campanillas se entremezclan en sus vestiduras para que las mismas obras buenas prediquen también, como el sonido de la lengua, el camino de la vida.

Mas, cuando el prelado se dispone para hablar, atienda a la gran cautela con que debe hablar, no sea que, si se lanza a hablar sin concierto, queden los corazones de los oyentes heridos con el dardo del error, y que tal vez, por parecer sabio, rompa neciamente la trabazón de la unidad. A propósito, pues, de esto dice la Verdad (Mc. 9,49): *Tened siempre en vosotros sal y guardad la paz entre vosotros.* Por consiguiente, quien se empeña en hablar a lo sabio, tema mucho, no sea que perturbe con su palabra la unión de sus oyentes; [18] que por esto San Pablo dice (Rom. 12,3): *En vuestro saber no os levantéis más alto de lo que debéis, sino que os contengáis dentro de los límites de la moderación.*

Por lo mismo, según mandato divino (Ex. 39), en el vestido del sacerdote se entrelazan granadas con las campanillas; pues ¿qué se significa por las granadas sino la unidad de la fe?; porque, así como en la granada bajo una sola corteza están defendidos muchos granos en el interior, así la unidad de la fe protege a innumerables pueblos de la santa Iglesia, a los cuales mantiene dentro de ella una diversidad de méritos. Luego, para que el prelado no se arriesgue a hablar sin precaución, es por lo que la Verdad clama a los discípulos lo que antes hemos citado: *Tened siempre en vosotros sal y guardad la paz entre vosotros;* como si, valiéndose de la figura del vestido del sacerdote, dijera: Juntad a las campanillas las granadas, a fin de que en todo lo que decís mantengáis con grande vigilancia la unidad de la fe.

Deben también los prelados cuidar con solícita atención no sólo de no decir jamás cosas malas, sino, además, de no proferir inmoderada y desconcertantemente las cosas buenas; porque con frecuencia se pierde la eficacia de lo que se dice, cuando se presenta a los oyentes con imprudente e inoportuna locuacidad; pues esta misma locuacidad, que no sabe aprovechar a los oyentes, perjudica también a su autor. Por lo cual, acertadamente se dice por Moisés (Lev. 15,2):

El hombre que padece gonorrea será inmundo. La calidad del discurso que se ha oído es en la mente de los que oyen semilla del futuro pensamiento, porque, cuando la palabra se percibe por el oído, se engendra el pensamiento en la mente; por eso, aun los sabios de este mundo llaman *sembrador de doctrina* al egregio predicador. Por tanto, se dice que es inmundo quien padece gonorrea, porque quien padece de locuacidad, por ella se hace inmundo, ya que, si expusiera ordenadamente, podría engendrar prole de buenos pensamientos en los corazones de los oyentes, mientras que, deslizándose incautamente por la locuacidad, derrama semilla no para engendrar, sino para mancillarse.

Por lo mismo, también San Pablo, cuando aconseja a su discípulo la insistencia en la predicación, dice (2 Tim. 4,1): *Te conjuro, pues, delante de Dios y de Jesucristo, que ha de juzgar a vivos y muertos al tiempo de su venida y de su reino: predica la palabra, insiste con ocasión y sin ella.* Antes de decir: sin ocasión, puso delante: con ocasión; precisamente porque, si el hablar sin ocasión no sabe ser oportuno, pierde su utilidad para la mente de los que oyen.

CAPITULO V

Que el prelado debe compadecerse de cada uno de los prójimos y que debe aventajar a todos en la contemplación

Sea el prelado prójimo de cada uno por la compasión y aventaje a todos en la contemplación; esto es, que con sus entrañas de piedad haga suyas las dolencias de los otros, y que, elevándose a las alturas de la contemplación, se sobreponga también a sí mismo, deseando las cosas invisibles; de manera que ni por aspirar a lo celestial desatienda las flaquezas de los prójimos, ni por atender a las debilidades de los prójimos deje de aspirar a lo celeste. He ahí San Pablo, que es llevado en rapto al paraíso y trata de penetrar los arcanos del tercer cielo; y, no obstante de haber sido levantado a la contemplación de aquellas cosas invisibles, vuelve su atención al tálamo conyugal y dispone cómo deben realizar su vida secreta, [19] diciendo (1 Cor. 7,2): *Mas, por evitar la fornicación, viva cada uno con su mujer y cada una con su marido. El marido pague a la mujer el débito, y de la misma suerte la mujer al marido.* Y poco después: *No queráis defraudaros el derecho recíproco, si no es por algún tiempo de común acuerdo, para dedicaros a la oración.* Y de nuevo agrega: *Y después volved a cohabitar, no sea que os tiente Satanás por vuestra incontinencia.* Vedle; ya está fijo en los secretos celestiales, y, sin embargo, con entrañas de condescendencia escudriña el lecho nupcial; y a quien la contemplación levanta arrebatado hasta lo invisible, la compasión le baja hasta los secretos de los flacos; traspone los cielos por medio de la contemplación, pero, con todo, no descuida su solicitud por la situación de los carnales; porque, unido

a la vez a lo más alto y a lo más bajo por el lazo de la caridad, en sí mismo es arrebatado poderosamente a lo alto por la fuerza del espíritu, y por la piedad, con ánimo tranquilo, enferma con los otros; que por eso dice (2 Cor. 11,99): *¿Quién enferma que no enferme yo con él? ¿Quién es escandalizado que yo no me requeme?*; y, por lo mismo, en otra parte dice (1 Cor. 9,20): *Con los judíos he vivido como judío*, lo cual declara, no por cierto desmintiendo la fe, sino manifestando su piedad, con el fin de que, transfigurándose en la persona de los infieles, aprendiera por sí mismo cómo debía compadecerse de los otros, por lo mismo que ofrecía a los demás lo que, si él fuera tal, habría querido que se le ofreciera debidamente. Por esto dice de nuevo (2 Cor. 5,13): *Pues nosotros, si extáticos nos enajenamos, es por respeto a Dios; si nos moderamos, es por vosotros*, porque sabía elevarse a sí mismo en la contemplación y atemperarse a sus oyentes abajándose.

He ahí por qué Jacob, estando el Señor apoyado arriba y la piedra ungida abajo, vió a los ángeles que subían y bajaban; es a saber, porque los santos predicadores no sólo desean llegar a lo alto contemplando al que es cabeza de la Iglesia, esto es, al Señor, sino que también descienden a lo bajo teniendo compasión de los miembros de ella.

Por eso Moisés entra y sale frecuentemente del tabernáculo; y así, el que dentro se extasía en la contemplación, afuera se ve ungido por los negocios de los débiles: dentro contempla los arcanos de Dios; afuera soporta las obras de los carnales. El cual también recurre al tabernáculo en los asuntos dudosos y consulta el Señor delante del arca del testamento, sin duda por dar ejemplo a los prelados, para que, cuando afuera duden acerca de lo que deben disponer, vuelvan siempre a la reflexión, como quien dice al tabernáculo, y consulten al Señor, como delante del arca del testamento, cuando en las cosas de que dudan repasan en el interior de sí mismos las páginas de la Sagrada Escritura. Por eso la Verdad, que, tomando nuestra humanidad, se nos hizo visible, en el monte se entrega a la oración y en las ciudades obra milagros, ofreciendo así ejemplo que deben imitar los buenos prelados. De modo que, si es verdad que deben apetecer la contemplación de las cosas celestiales, deben, no obstante, intervenir compasivos en las necesidades de los fieles; porque entonces es más perfecta la caridad cuando hace suyas misericordiosamente las flaquezas de los prójimos, porque después de haber descendido benignamente a lo bajo, más eficazmente vuelve de nuevo a lo alto.

Muéstrense, pues, los prelados de tal manera, que los súbditos no se avergüencen de manifestarles sus secretos, para que, cuando los párvulos se hallen fluctuando en medio de las tentaciones, recurran, como al regazo de una madre, a ponerlo en conocimiento del pastor, y laven con el consuelo de su exhortación y con las lágrimas de la oración las manchas de la culpa tentadora con que piensan haberse mancillado. Que por eso también (3 Reg. 7) ante las columnas del pórtico del templo cargan con un baño grande para

lavarse las manos doce bueyes, los cuales muestran visibles al exterior sus partes delanteras, pero quedan ocultas las posteriores. [20] Pues ¿qué significan los doce bueyes sino todo el orden de los prelados?, refiriéndose a los cuales, San Pablo cita la Ley, que dice (1 Cor. 9,9): *No pongas bozal al buey que trilla.* Nosotros vemos las obras exteriores de ellos, pero desconocemos lo que interiormente queda para la oculta retribución del rectísimo Juez. Y cuando ellos, con paciencia, se disponen condescendientes a borrar las culpas que los prójimos confiesan, es como si cargan con el baño ante las puertas del templo, con el fin de que quien quiera entrar por la puerta de la eternidad, muestre sus tentaciones para que las conozca el pastor, y, como en el buen baño, se lave las manos del pensamiento o de la obra.

Mas ocurre con frecuencia que, cuando el prelado conoce afable las tentaciones ajenas, con oír las tentaciones también él se siente tentado, porque, sin duda, la misma agua del baño en que se lava la multitud del pueblo también se mancha. Y es porque, al recibir las manchas de los que se lavan, como que pierde el sosiego de su pureza. Pero nunca debe temerlo el pastor, porque, por la gracia de Dios, que todo lo dispone sabiamente, con tanta mayor facilidad sale ileso de su tentación cuanto más misericordioso se ha mostrado en trabajar contra la tentación ajena.

CAPITULO VI

Que el prelado debe familiarizarse humildemente con los que obran bien, y erguirse por celo de la justicia contra los vicios de los delincuentes

Familiarícese humildemente el prelado con los que obran bien y yérgase por celo de la justicia contra los vicios de los delincuentes; de manera que en nada se tenga por más que los buenos y, cuando la culpa de los malos lo exige, reconozca en seguida el poder de su prelatura, esto es, que, sin atender a su honor, se considere como igual a los que obran bien, y no tema ejercitar contra los perversos los derechos de su potestad. Porque, según me acuerdo haber dicho en los libros *Morales* (l.21 c.10), es cosa clara que la naturaleza ha hecho a todos los hombres iguales; pero, por la diversidad de méritos, la culpa pospone unos contra otros; y debido a esta diversidad proveniente del pecado, por juicio divino está dispuesto que, como no hay hombre que pueda mantenerse firme, cada uno sea regido por otro.

Por lo cual, todos los que gobiernan deben pensar que no tienen, de suyo, la potestad del orden, sino la igualdad de naturaleza, ni deben gozarse de presidir, sino de aprovechar a los hombres, pues a nuestros antiguos Padres se les conmemora no como reyes de hombres, sino como pastores de rebaños; y cuando el Señor bendijo a Noé y a sus hijos, diciendo (Gen. 9,1): *Creced y multi-*

plicaos y poblad la tierra, en seguida agregó: *Que teman y tiemblen ante vosotros todos los animales de la tierra*; de manera que como este temor y temblor ante ellos se impone a los animales de la tierra, está claro que ello queda prohibido respecto de los hombres, porque el hombre aventaja en naturaleza a los animales, sí, pero no a los demás hombres; y se le dice que sea temido de los animales y no de los hombres precisamente por esto: porque el querer ser temido por un igual es ensoberbecerse contra la naturaleza.

[21] Y, no obstante, es necesario que los prelados sean temidos de los súbditos cuando se halla que éstos no temen en modo alguno a Dios, para que los que no temen el juicio divino, al menos por miedo a los hombres teman pecar. Si bien los prelados nunca deben ensoberbecerse de este temor necesario, en el que han de buscar no su gloria, sino la justicia o el bien de los súbditos; puesto que, en exigir ser temidos de los que viven perversamente, los dominan no como a hombres, sino como a bestias; porque, en realidad, en aquello en que los súbditos se comportan como irracionales, en eso también deben estar sometidos al temor.

Mas con frecuencia el prelado, por lo mismo que está puesto sobre los demás, se ensoberbece con pensamientos arrogantes; y cuando todo lo someten a su juicio; cuando sus mandatos se cumplen en seguida a medida de su deseo; cuando todos los súbditos, si algo bueno ha hecho, prorrumpen en alabanzas y no hay parecer alguno que contradiga lo mal hecho; cuando, como por lo regular ocurre, aplauden lo que debieran reprobar, engañado porque todo se le rinde, su ánimo se engríe y, mientras por de fuera está rodeado de los mayores aplausos, interiormente se queda vacío de la verdad; y, olvidado de sí mismo, procura que todos hablen de él; y se tiene por tal cual lo que por fuera oye de sí y no cual debió discernir interiormente; desprecia a los súbditos y no los tiene ya por iguales a él en naturaleza; y cree que excede también en méritos de vida a los que por una feliz contingencia ha superado en potestad; se estima por más sabio que los otros, a quienes ve que supera en el poder. Además, sitúase a sí mismo en cierta altura, y, a pesar de verse ligado a los otros por igual condición de naturaleza, desdeña mirarlos como iguales; y así llega hasta hacerse semejante a aquel de quien está escrito (Iob 41,25): *Todo lo desprecia, como que él es el rey de todos los hijos de la soberbia*; el cual, apeteciendo el puesto más elevado y teniendo a menos vivir asociado a los demás ángeles, dice (Is. 14,18): *Levantaré mi trono al lado del septentrión y seré semejante al Altísimo*; debido a lo cual, por admirable juicio de Dios, al erguirse exteriormente a la cima del poder, interiormente se halla en lo profundo de la abyección.

Hácese, pues, semejante al ángel apóstata el hombre que tiene a menos ser semejante a los hombres. Así sucedió a Saúl, quien, después del mérito de su humildad, cuando se vió en las alturas, hinchóse de soberbia; pues fué constituído rey por su humildad, mas por la soberbia fué reprobado, como lo atestigua el Señor cuando dice (1 Reg. 15,17): *¿No es verdad que, cuando eras tú tan peque-*

ño a tus ojos, fuiste hecho cabeza de las tribus de Israel? Primero habíase considerado pequeño a sí mismo; mas, afirmado en el poder temporal, ya no se consideraba pequeño, pues, teniéndose por más en comparación de los otros porque tenía mayor poder que todos, se consideraba por más grande que todos. Y, cosa admirable, mientras él se tenía por pequeño, fué grande ante Dios; pero, cuando se creyó grande, delante de Dios fué pequeño.

Por consiguiente, cuando el ánimo se envanece de tener muchos súbditos, por lo general viene a viciarse en la disolución de la soberbia, lisonjeado por la misma supremacía del poder.

Poder que ciertamente desempeña bien quien sabe con él erguirse contra las culpas y sabe, además, mantener en él la igualdad con los otros; pues la mente humana, si, aun cuando no está revestida de poder alguno, muchas veces se envanece, ¡cuánto más se envanecerá cuando va acompañada del poder! No obstante, desempeña bien esta potestad quien haya aprendido con cuidado a valerse de ella en lo que ayuda y a rechazarla en lo que tiene de tentación, así como a considerarse en ella igual a los demás y, con todo, hacerse respetar de los delincuentes por el celo de la justicia.

Pero esta discreción la conocemos mejor si examinamos los ejemplos del primer pastor; porque Pedro, constituído por Dios en el principado de la santa Iglesia, rehusó la excesiva veneración del buen Cornelio, que se le postraba humilde, [22] y se reconoció por igual a él, diciéndole (Act. 10,26): *Alzate, que yo no soy más que un hombre como tú.* En cambio, cuando descubrió el fraude de Ananías y de Safira, al punto puso de manifiesto con cuánto poder sobre los demás había sido investido; pues con su palabra acabó con la vida de aquellos a quienes halló haber mentido al Espíritu Santo. De esta suerte, contra los pecados se manifestó con el poder supremo en la Iglesia; poder que no ejercitó con los hermanos que obraban bien, cuando le rendían afectuosamente el honor. En este caso, la santidad de vida mereció trato de igualdad; en el otro, el celo de la justicia descubrió el derecho de la potestad.

San Pablo no sabía mostrarse prelado con los hermanos que obraban bien, cuando decía: *No porque dominamos en vuestra fe, sino que somos ayudadores de vuestro gozo.* Y por eso en seguida añadió: *Pues estáis firmes en la fe;* como si aclarase lo que antes había expresado diciendo: No dominamos en vuestra fe, por lo mismo que estáis firmes en la fe, pues somos iguales a vosotros en eso en que reconocemos que estáis firmes. Y como si no supiera que era prelado para sus hermanos, decía (1 Thes. 2,7): *Nos hicimos como párvulos entre vosotros;* y otra vez (2 Cor. 4,5): *Haciéndonos siervos vuestros por amor de Jesucristo;* pero, cuando halló culpa que debía corregirse, pronto se acordó de que era maestro, diciendo (1 Cor. 4, 21): *¿Qué estimáis más? ¿Que vaya a vosotros con la vara del castigo?*

La prelatura, pues, se desempeña bien cuando el prelado ejerce su dominación contra los vicios más bien que contra los hermanos.

Pero, cuando los prelados corrigen a los súbditos que delinquen, es necesario además que atiendan solícitos a castigar, sí, lo que re-

clama la disciplina, ejercitando su poder contra las culpas, pero reconociéndose iguales a los hermanos a quienes corrigen, guardando la humildad; aunque también es cosa digna el que en nuestro interior demos preferencia a los mismos que corregimos, ya que nosotros corregimos los vicios de ellos por exigirlo así la disciplina; pero contra los que nosotros cometemos, ni siquiera somos molestados por otro con una sola palabra. Por consiguiente, tanto más responsables somos ante Dios cuanto más impunemente pecamos ante los hombres. Además, nuestro castigo queda a los súbditos tanto más libres del juicio de Dios cuanto aquí no deja sin castigo sus culpas. Así que debe guardarse la humildad en el corazón y la disciplina en las obras; y entre uno y otro hay que atender con prudencia a que no se debiliten los derechos de la autoridad por guardar sin discreción la virtud de la humildad y a que no deje de estar sometida bajo la férula de la disciplina la vida de los súbditos por humillarse el prelado más de lo conveniente.

Mantengan, pues, los prelados en lo exterior el poder, que reciben para utilidad de los otros; y en su interior guarden el temor de la propia estima; pero, no obstante, por algunas muestras que oportunamente salen al exterior, conozcan también los súbditos que los superiores son humildes, para que en ellos vean la autoridad que deben temer y reconozcan la humildad que deben imitar.

Procuren asimismo y de continuo que su autoridad, cuanto mayor aparezca al exterior, tanto más se deprima en ellos interiormente, no sea que llegue a vencer a la reflexión y arrastre al alma a deleitarse en sí y ya no pueda la mente regirse a sí misma por haberse apoderado de ella el placer de dominar; pues para que el ánimo del que preside no se vea arrastrado a engreírse, complaciéndose en su potestad, se dice acertadamente por el Sabio (Eccli. 32, 1): *¿Te han hecho rey? No te engrías; pórtate entre ellos como uno de tantos.* También por eso dice San Pedro (1.ª 5,3): *Apacentad la grey, no como que queréis tener señorío sobre la heredad del Señor, sino siendo verdaderamente los dechados de la grey.* Por eso mismo, la Verdad, llamándonos a los más altos merecimientos de las virtudes, [23] dice por sí misma (Mt. 20,25): *No ignoráis que los príncipes de las naciones avasallan a sus pueblos y que sus magnates los dominan con imperio. No ha de ser así entre vosotros, sino que quien aspire a ser mayor entre vosotros, debe ser vuestro criado, y el que quiera ser entre vosotros el primero, ha de ser vuestro siervo, al modo que el Hijo del hombre ha venido, no a ser servido, sino a servir.* He aquí por qué indica los suplicios que aguardan al siervo envanecido con la mayordomía cuando dice (Mt. 24,48): *Pero, si este siervo fuere malo y dijere en su corazón: Mi amo no viene tan presto, y con eso empezare a maltratar a sus consiervos y a comer y a beber con los borrachos, vendrá el amo de tal siervo en el día que no espera y a la hora que menos piensa, y le echará enhoramala y le dará la pena que a los hipócritas;* pues con razón es considerado por uno de los hipócritas quien, simulando disciplina, trueca el ministerio de regir en instrumento de dominación.

Mas, con todo, alguna vez se peca más gravemente observando entre los perversos la igualdad más bien que la disciplina; pues Helí, que, llevado de una falsa piedad, no quiso castigar a sus hijos delincuentes, él mismo fué castigado severamente con sus hijos ante el riguroso Juez; que por eso, con voz de Dios, se le dice (1 Reg. 2,29): *Has tenido tú mayor respeto a tus hijos que no a mí*, y por lo mismo increpa a los pastores por medio del profeta (Ez. 34, 4): *Lo que estaba quebrado no lo soldasteis, y lo descarriado no lo tornasteis*, o sea, *no bizmasteis las ovejas perniquebradas ni recogisteis las descarriadas*. De manera que se recoge a las ovejas descarriadas cuando al caído en la culpa se le vuelve al estado de gracia a fuerza de la solicitud pastoral, y se bizma a las perniquebradas cuando por medio de la disciplina se reprime la culpa, a fin de que el mal no llegue hasta causar la muerte si no le coarta la severidad del castigo.

Pero con frecuencia se agrava más la fractura si se la liga sin discreción, pues se resiente más si las vendas la oprimen inmoderadamente. Por lo cual es necesario que, cuando con la corrección se oprime la herida del pecado en los súbditos, el mismo que la oprime tenga además una prudente moderación, y, por lo mismo, debe ejercitar contra los delincuentes los derechos de la disciplina, de tal modo que no pierda las entrañas de piedad. Debe cuidarse, pues, que la piedad muestre a los súbditos que el rector es madre y que la disciplina le muestre como padre, y en ambos casos hay que proveer con solícita circunspección a que la represión no sea rígida ni remisa la piedad; porque, como ya hemos dicho en los libros *Morales*, tanto la disciplina como la piedad pierden mucho si se mantienen la una separada de la otra; antes bien, para con los súbditos deben los prelados tener tal misericordia que consuele justamente, y tal disciplina que castigue con piedad. He ahí por qué, según enseña la Verdad, por el amor del Samaritano el medio muerto es llevado a la posada y se le aplican a las heridas vino y óleo; a saber, para que las heridas, con el vino, queden mortificadas, y con el óleo se suavicen. Es, pues, necesario que quien gobierna, para sanar las heridas, ofrezca con el vino la mordedura del dolor y con el óleo la suavidad de la misericordia, a fin de que por medio del vino se purifique lo putrefacto y por medio del óleo se ayude a lo que debe sanarse. Por tanto, debe mezclarse la lenidad con la severidad, atemperando convenientemente lo uno con lo otro, para que ni por la mucha severidad se exasperen los súbditos ni por la mucha piedad se hagan disolutos. Lo cual, según San Pablo, está significado en el arca del tabernáculo, en la que con las tablas están juntas a la vez la vara y el maná; porque si con la ciencia de la Sagrada Escritura está en el pecho del buen prelado la vara de la corrección, debe también estar el maná de la dulcedumbre. [24] Por esto dice David (Ps. 22,4): *Tu vara y tu báculo han sido mi consuelo;* pues con la vara somos golpeados y con el báculo nos apoyamos. Si hay, pues, castigo de la vara que hiere, haya también el consuelo del báculo que sirva de sostén.

En consecuencia, haya amor, pero que no relaje; haya rigor, pero que no exaspere; haya celo, pero que no flagele inmoderadamente; haya piedad, pero que no perdone más de lo conveniente; de manera que, mezclándose la justicia y la clemencia en la autoridad del que gobierna, el prelado, por una parte, al atemorizar, cautive los corazones de los súbditos, y, por otra, no obstante, al cautivar, los refrene el temor del castigo.

CAPITULO VII

Que el prelado no debe disminuir el cuidado de lo interior por atender a lo exterior, ni dejar de proveer a lo exterior por el cuidado de lo interior

No debe disminuir el prelado el cuidado de las cosas interiores por atender a las exteriores, ni abandonar la provisión de lo exterior por la solicitud de las interiores, no sea que, entregado a las cosas exteriores, decaïga de las interiores, o bien, ocupado solamente de las interiores, no procure a los prójimos las exteriores que debe, pues muchas veces algunos, olvidándose de que son prelados por causa de las almas de los hermanos, con todo el ardor de su corazón se consagran a los cuidados seculares y se engríen de hacer estas cosas cuando ocurren, y también, cuando no ocurren, las procuran, inventándolas febrilmente de día y de noche; con lo cual, cuando descansan de éstas porque acaso no ocurren con oportunidad, se fatigan más perniciosamente con su misma quietud, pues consideran como un placer estar agobiados de ocupaciones y tienen por trabajo el no trabajar en negocios terrenales. Y así sucede que, gozándose en verse urgidos por las agitaciones humanas, se olvidan de las cosas interiores que debieran enseñar a los otros.

De lo cual también resulta que la vida de los súbditos, claro está, se debilita, porque, al querer adelantar espiritualmente, halla en su camino el obstáculo que ofrece el ejemplo de su prelado; pues, en desmayando la cabeza, desaparece el vigor de los miembros, y en vano corre veloz el ejército a explorar al enemigo cuando el mismo capitán yerra el camino; no hay entonces exhortación que levante los ánimos de los súbditos ni increpación alguna que corrija sus culpas, porque, cuando el prelado de las almas hace oficio de juez terreno, la solicitud del pastor abandona el cuidado de la grey y los súbditos no pueden conseguir la luz de la verdad; pues cuando el pastor pone los sentidos en los cuidados terrenos, el polvo levantado por el viento de la tentación ciega los ojos de la Iglesia.

Contra lo cual clama derechamente el Redentor del género humano cuando, queriendo reprimir en nosotros la voracidad del estómago, dice (Lc. 21,34): *Velad, pues, sobre vosotros mismos, no suceda que se ofusquen vuestros corazones con la glotonería y la embriaguez;* pues en seguida agregó: *y los cuidados de esta vida.* Lugar

en el cual de propósito añadió además lo que por ello era de temer. *No sea,* dice, *que os sobrecoja de repente aquel día;* y anuncia cómo será la venida de ese día diciendo que *será como un lazo que sorprenderá a todos los que moran sobre la superficie de toda la tierra.* Por eso, de nuevo dice (Lc. 16,13): *Ningún criado puede servir a dos señores.*

25. He ahí por qué San Pablo, queriendo apartar, o más bien, reconviniéndolas, aparta del trato del mundo a las almas de los religiosos, cuando dice (2 Tim. 2,4): *Ninguno que se ha alistado en la milicia de Dios debe embarazarse con negocios del siglo, a fin de agradar a aquel que le alistó;* y, por lo mismo, impone a los prelados de la Iglesia el precepto de quedarse libres de tales cuidados, y presenta los medios de atender a ellos cuando dice (1 Cor. 6,4): *Si tuviereis pleitos sobre negocios de este mundo, tomad por jueces, antes que a los infieles, a los más ínfimos de la Iglesia,* esto es, que atiendan a vuestros asuntos terrenos los que no están adornados de dones espirituales; como si claramente dijera: Ya que no pueden juzgar de las cosas espirituales, atiendan, al menos, a las cosas exteriores necesarias. Y he ahí por qué Moisés, que habla con Dios, merece que Jetró, extranjero, le reprenda porque con vana fatiga atiende a los negocios terrenos de los pueblos, y además, a continuación se le ofrece el consejo de que constituya quienes han de dirimir por él los pleitos y que él atienda más libremente a los ministerios espirituales para enseñar a los pueblos.

Deben, pues, los súbditos apreciar los asuntos inferiores y los prelados deben meditar los más subidos, a fin de que el polvo del cuidado no ofusque el ojo que está en lo alto para enseñar los caminos. Y puesto que todos los que presiden son cabeza de los súbditos, para que los pies puedan emprender los caminos rectos es indudable que la cabeza debe proveerlos desde lo alto, no suceda que si la cabeza se inclina hacia la tierra, encorvando la línea del cuerpo, los pies tropiecen en el camino de su progreso.

Por consiguiente, ¿con qué conciencia se arroga entre los demás el honor pastoral el prelado de las almas, cuando él mismo se halla enredado en negocios terrenales que debió reprimir en los otros? Al cual, por cierto, amenaza con la ira de un justo castigo el Señor por el profeta, diciendo (Os. 4,9): *Por lo cual será el sacerdote como el pueblo.* El sacerdote será como el pueblo cuando quien desempeña el oficio espiritual obra las mismas cosas que hacen también los que todavía se ocupan de los cuidados carnales. Contemplando lo cual el profeta Jeremías, con gran dolor, pero nacido de caridad, lo deplora cuando, como bajo la figura de la destrucción del templo, dice (Lam. 4,1): *¡Cómo se ha oscurecido el oro del templo y mudado su color bellísimo! ¡Dispersas están las piedras del santuario por los ángulos de todas las plazas!* Porque ¿qué se significa *por el oro,* que sobrepuja a todos los metales, sino la excelencia de la santidad? ¿Y qué por *su color bellísimo* sino la reverencia de la religión, amable para todos? ¿Qué por las *piedras del santuario* sino las personas consagradas por los sagrados ór-

denes? ¿Y qué por el nombre de *plazas* sino toda la holgura de la vida presente? [Pues, como en lengua griega «platos» significa anchura, sin duda por la anchura se han llamado plazas; pero la Verdad dice por sí misma (Mt. 7,13): *La puerta ancha y el camino espacioso son los que conducen a la perdición*].

Ahora bien, el oro se oscurece cuando la vida santa se mancha con los afectos terrenos, y se muda el color bellísimo cuando disminuye la estima que antes se tenía a algunos de quienes se juzgaba que vivían religiosamente; porque cuando alguno después de practicar la santidad se entromete en las afecciones terrenas, despreciada la reverencia que se le tenía, como que empalidece por haber cambiado de color ante los ojos de los hombres.

También las piedras del santuario están dispersas por las plazas cuando los que, para ornato de la Iglesia, debieron consagrarse a los misterios secretos del santuario, muestran al exterior desear con ansia los caminos espaciosos de los negocios seculares, pues eran hechos piedras del santuario precisamente para esto: para que aparecieran en el *Sancta Sanctorum* con los ornamentos pontificales; [26] pero cuando los ministros de la religión no recaban de los súbditos, con el mérito de su vida, el honor que al Redentor se le debe, tampoco las piedras del santuario tienen los ornamentos pontificales.

Y estas piedras del santuario ciertamente yacen dispersas por las plazas cuando las personas consagradas por la ordenación, llevadas de la liviandad de sus placeres, se entregan a los negocios de la tierra. Y es de notar que dice que estas piedras están dispersas no simplemente por las plazas, sino por los ángulos de las plazas; porque, aun cuando agencian lo terreno, desean aparecer grandes; de manera que, por la complacencia en lo que les agrada, corren los caminos espaciosos, y, no obstante, por el puesto de la santidad están en lo más saliente de las plazas.

Tampoco ofrece dificultad alguna el entender por piedras del santuario las mismas piedras con que estaba construído el santuario, las cuales andan dispersas por lo más visto de las plazas cuando los investidos de los sagrados órdenes, en cuyo ministerio parecía asentarse la gloria de la santidad, sirven con el deseo los negocios seculares.

De manera que alguna vez deben sobrellevarse los negocios seculares por compasión, pero jamás deben procurarse por amor a los mismos, para que no suceda que, agravando el ánimo de quien los maneja, vencido por el peso de ellos, caiga desde los cielos sumergido en lo profundo.

Mas, por el contrario, hay algunos que asumen, sí, el cuidado de la grey, pero quieren entregarse para su provecho a las cosas espirituales de tal modo que jamás se ocupan de las cosas exteriores; los cuales, descuidando del todo los asuntos materiales, no atienden en modo alguno a las necesidades de los súbditos. La predicación de estos tales sin duda que es ordinariamente despreciada; porque cuando sin ofrecer los remedios necesarios para la vida

presente corrigen los hechos de los pecadores, éstos nunca los escuchan con gusto, pues la palabra adoctrinadora no penetra en el corazón del necesitado si no lleva por delante la recomendación de la mano misericordiosa, que cuando la piedad del predicador derrama su riego en el corazón del oyente, entonces la semilla germina con facilidad.

Por lo cual es necesario que el prelado pueda infundir en el pensamiento las cosas espirituales y proveer a las materiales no perniciosas. Aviven, pues, los pastores los deseos espirituales de los súbditos, pero de modo que en ellos muestren también su providencia por la vida material; porque, como hemos dicho, casi con razón se desalienta el ánimo de la grey para recibir la predicación cuando el pastor desatiende el cuidado del subsidio exterior.

He ahí por qué el primer Pastor amonesta solícito, diciendo (1 Petr. 5,1): *A los presbíteros que hay entre vosotros suplico yo, vuestro compresbítero y testigo de la pasión de Cristo, como también participante de su gloria, la cual se ha de manifestar a todos en el porvenir, que apacentéis la grey de Dios puesta a vuestro cargo.* El cual en este mismo lugar pone de manifiesto si lo que recomienda es el pasto del alma o el del cuerpo, cuando en seguida añade: *Velando sobre ella, no precisados por la necesidad, sino con afectuosa voluntad que sea según Dios; no por un sórdido interés, sino gratuitamente.* Palabras en las que indudablemente se previene a los pastores que no por atender con demasía a las necesidades de los prójimos se causen ellos la muerte con el filo de la ambición, y que no por proveer a los prójimos con los subsidios de la carne queden ellos ayunos del pan de la justicia. San Pablo aviva esta solicitud de los pastores cuando dice (1 Tim. 5,8): *Quien no mira por los suyos, mayormente si son de su familia, ha negado la fe y es peor que un infiel.*

Así es que entre estas cosas siempre se ha de temer y hay que atender cautelosamente a que, cuando procuran los cuidados exteriores, no decaigan ellos de la atención interior, pues generalmente, como ya hemos dicho, los corazones de los prelados, mientras atienden incautos a las solicitudes exteriores, se resfrían en el fervor interior y, derramados afuera, no temen olvidarse de por qué han recibido el régimen de las almas.

27. Es, pues, necesario contener en cierto límite la solicitud exterior que se dedica a los súbditos, por lo que acertadamente dice el profeta (Ez. 44,20): *Los sacerdotes no raerán su cabeza ni dejarán crecer su cabello, sino que lo cortarán cortándolo con tijeras.* Y con razón son llamados sacerdotes los que presiden a los fieles para ofrecerlos el dote sagrado. Ahora bien, los cabellos exteriores en la cabeza significan los pensamientos en la mente, los cuales, porque nacen sin sentir sobre el cerebro, expresan los cuidados de la vida presente y que, brotando a veces importunos por negligencia del sentido, como que proceden de nosotros sin darnos cuenta. Por consiguiente, ya que todos los que presiden deben tener, es cierto, cuidados exteriores y, no obstante, no deben ocu-

parse de ellos con ardor, atinadamente se prohibe a los sacerdotes raer la cabeza y dejarse crecer el cabello, para que ni alejen de sí totalmente los pensamientos carnales de la vida de los súbditos ni tampoco los dejen crecer con demasiado abandono; por eso se dice bien allí: *Cortarán su cabello cortándolo con tijeras*, esto es, que provean con toda la solicitud necesaria a los cuidados temporales y, no obstante, se corten con frecuencia para que no crezcan demasiado.

En consecuencia, cuando mediante una administración providente de las cosas exteriores se protege la vida de los cuerpos y al mismo tiempo no se la impide por una excesiva atención al espíritu, es como que los cabellos se conservan en la cabeza del sacerdote para que cubran y protejan la piel, y a la vez se cortan para que no tapen los ojos.

CAPITULO VIII

Que el prelado no debe poner todo su afán en complacer a los hombres; mas, con todo, debe atender a con qué fin los debe agradar

También es necesario, a este respecto, que el prelado vigile con discreción, para que no le tiente el deseo de agradar a los hombres; y que, cuando con celo pone su atención en las cosas interiores y provee a las exteriores, no busque el que los súbditos le amen a él más que a la Verdad, no sea que cuando, escudado en las buenas obras, parece estar alejado del mundo, el amor propio le aparte del Creador; porque enemigo es de Dios quien por las obras buenas que hace desea ser amado él en vez del Redentor; pues reo de pensamiento adúltero es el joven por quien el esposo transmite dones a la esposa si desea con ello hacerse agradable a los ojos de ella.

Y sin duda, cuando el amor propio cautiva el ánimo del prelado, unas veces arrastra desordenadamente a la blandura y otras veces a la dureza. En efecto, por el amor de sí, el ánimo del prelado se inclina a la blandura, porque, cuando ve a los súbditos pecar, para que no se entibie el amor que ellos le tienen no se decide a corregirlos, y aun a veces suaviza con la adulación los yerros de los súbditos a quienes debiera reprender. Por eso atinadamente se dice por el profeta (Ez. 13,18): *¡Ay de aquellos que ponen almohadillas debajo de todos los codos y hacen cabezales para poner debajo de las cabezas de toda edad, a fin de hacer presa de las almas!* Porque poner almohadillas debajo de todos los codos es dar alientos con la blanda adulación a las almas que decaen de la rectitud y que hallan su descanso en el amor que tienen a este mundo; así que, cuando al pecador no se le aplica la dureza de la reprensión, antes se le ofrece la suavidad del aplauso para que muellemente yazga, puesto que

no le molesta aspereza alguna, es como poner almohadillas al codo y cabezales a la cabeza del que yace.

28. Por cierto que los prelados amadores de sí mismos se comportan así con aquellos de quienes temen poder sufrir detrimento en su deseo de gloria temporal; pero contra aquellos a quienes ven que nada pueden contra ellos, a éstos sí que los aprietan siempre con la severidad de una rígida reconvención; a éstos jamás los amonestan con piedad, sino que. olvidados de la monsedumbre pastoral, los atemorizan con el derecho de su dominación.

A tales increpa derechamente la Palabra divina por el profeta, que dice: *Pero vosotros los sometiais a vuestro imperio con rigor y con violencia.* Más amadores de sí mismos que de su Creador, yérguense jactanciosos ante los súbditos y atienden, no a lo que deben, sino a lo que pueden hacer; nada temen del juicio venidero los que malamente se glorían de su poder temporal; pláceles obrar libremente cosas ilícitas y que no les contradiga ningún súbdito. Por consiguiente, quien goza en obrar mal y, sin embargo, quiere que ante esto callen todos, él mismo atestigua que desea que le amen a él más que a la Verdad, la cual no quiere que sea sostenida contra él.

Cierto es que no hay quien viva de modo que no falte en algo; por tanto, quien quiere que nadie le perdone falazmente, éste quiere que se ame a la verdad más que a él mismo; que por eso San Pedro recibió con agrado la reconvención de San Pablo (Gal. 2); por eso David oyó humilde los insultos de aquel súbdito: porque los buenos rectores, como no saben amarse con amor propio, aceptan como un obsequio humilde de los súbditos la palabra de libre sinceridad.

Mas en lo que a esto respecta es necesario que la solicitud pastoral se atempere con tal moderación que, cuando los súbditos pudieran entender rectamente algunas cosas, lo expresen con libertad, sí, pero con tal que la libertad no se trueque en soberbia; no suceda tal vez que, si se les concede sin límites la libertad de hablar, pierdan la humildad que corresponde a su condición.

También es de saber que no conviene que los rectores apetezcan agradar a los hombres, sino que con la suavidad de su estimación atraigan a los prójimos al amor de la verdad, no por el deseo de ser ellos amados, sino para que con el amor a ellos dejen como abierto algún camino por donde los corazones de los oyentes se lleguen al amor de su Creador, ya que es cosa difícil que se oiga con gusto al predicador a quien no se ama, aun cuando anuncie cosas buenas. Debe, por tanto, procurar el prelado que se le ame para poder ser escuchado; mas, con todo, no buscar tal amor para sí mismo, para que no se halle con que, por una oculta tiranía del pensamiento, suplanta a quien, por su ministerio, piensa servir. Cosa que da bien a entender San Pablo cuando nos pone de manifiesto los secretos de su vigilancia, diciendo (1 Cor. 10,33): *Al modo que yo también procuro complacer a todos;* el cual, no obstante, luego dice: *Si yo*

buscara todavía agradar a los hombres, no sería siervo de Cristo. Luego San Pablo agrada y no agrada; porque en procurar agradar no se busca a sí mismo, antes bien lo que busca es que por él agrade a los hombres la verdad.

CAPITULO IX

Que el prelado debe, precavido, saber que muchas veces los vicios se muestran falazmente como virtudes

Debe saber además el prelado que los vicios muchas veces aparentan ser virtudes; así, con frecuencia bajo el nombre de sobriedad se disimula la avaricia, y, al contrario, la prodigalidad se oculta bajo el dictado de largueza; muchas veces el perdón desordenado se cree ser piedad, y la ira desenfrenada se toma por vehemente celo espiritual; otras muchas veces el obrar precipitado se considera como rápida actividad, y la tardanza en obrar como gravedad de juicio.

29. Por lo cual es necesario que el director de almas distinga cautelosamente las virtudes y los vicios, no sea que la avaricia se apodere del corazón y se engría de ser sobria en sus donaciones; o bien, cuando es pródigo en dar algo, se gloríe como si fuera generoso por compasión; o, perdonando lo que debió castigar, encamine a los súbditos a los eternos suplicios; o, castigando cruelmente los delitos, él mismo peque más gravemente; o que lo que pudo hacerse recta y sosegadamente lo precipite, decidiendo antes de tiempo; o que, por diferir el recompensar las obras buenas, las trueque en peores.

CAPITULO X

Que el prelado debe ser discreto en la corrección y en el disimulo, y en la ira y en la mansedumbre

Es de saber, además, que a veces deben disimularse discretamente los vicios de los súbditos, pero dejando entender que se disimulan; otras veces, aun cuando se han conocido claramente, deben tolerarse hasta el tiempo oportuno; otras veces deben reprenderse con suavidad, y otras con indignación.

En efecto, algunos vicios, como hemos dicho, deben disimularse discretamente, pero debe dejarse entender que se disimulan, a fin de que el delincuente, conociendo que ha sido sorprendido y que se le sufre, se avergüence de aumentar las culpas que sabe que se le toleran en silencio, y él, constituyéndose en juez de sí mismo, se castigue, ya que la paciencia del prelado misericordiosamente le disimula. Con tal disimulo, efectivamente corrige certeramente a la Judea el Señor, cuando dice por el profeta (Is. 57,11): *Has faltado a la fe, ni te has acordado de mí, ni has reflexionado en tu corazón.*

Porque yo callaba y hacía el desentendido. Con lo cual disimuló y a la vez puso de manifiesto las culpas; pues, aunque guardó silencio acerca de lo que había pasado, dijo también por qué callaba.

Asimismo, algunas culpas claramente conocidas deben tolerarse hasta que se ofrezca oportunidad, es decir, cuando no es oportuno corregirlas claramente; porque los tumores, punzados antes de tiempo, se irritan más y peor, y si los remedios no se aplican a tiempo, consta ciertamente que pierden la virtud de curar.

Pero mientras se aguarda el tiempo de corregir a los súbditos, la paciencia del prelado deja caer sobre él mismo el peso de las culpas. Por lo que dice bien el Salmista (Ps. 128,3): *Sobre mi espalda descargaron golpes los pecadores.* Efectivamente, sobre las espaldas soportamos los pesos; por eso se queja de que sobre su espalda descargaron golpes los pecadores, como si claramente dijera: A los que no puedo corregir los soporto como una carga que llevo sobre mí.

También algunas culpas deben examinarse sutil y ocultamente, para que, por ciertas señales que se muestran, descubra el prelado todo lo que hay oculto en la mente de los súbditos y, llegado el tiempo de la corrección, por las cosas pequeñas conozca las mayores. Por eso se dice bien por Ezequiel (8,8): *Hijo del hombre, horada la pared.* Pasaje en el que agrega el profeta: *Y, horadado que hube la pared, apareció una puerta. Díjome entonces: Entra y observa las pésimas abominaciones que cometen éstos aquí. Y, habiendo entrado, miré, y he aquí figuras de toda especie de reptiles y animales, y la abominación de la familia de Israel y todos sus ídolos estaban pintados por toda la pared.*

30. Ahora bien, por Ezequiel se significa el orden de los prelados; por la pared, la dureza de los súbditos. ¿Y qué es horadar la pared sino quebrantar la dureza del corazón de los súbditos con agudas disquisiciones? Al cual, cuando hubo horadado la pared, se le apareció una puerta, porque, cuando se quebranta la dureza del corazón, ya con cuidadosas investigaciones, ya con oportunas reconvenciones, es como que se abre una puerta desde la cual se ven todos los pensamientos ocultos en aquel a quien se corrige.

Por eso también certeramente se prosigue en el lugar citado: *Entra y observa las pésimas abominaciones que cometen éstos aquí.* Entra como a observar las abominaciones quien, examinando ciertas señales que aparecen al exterior, penetra los corazones de los súbditos de tal modo que se pongan de manifiesto todas las cosas malas que piensan. Por lo que también añade: *Y habiendo entrado, miré, y he aquí figuras de toda especie de reptiles y animales.* En los reptiles, figurados están todos los pensamientos terrenos, y en los animales, los que están un poco levantados de la tierra, sí, pero que todavía buscan recompensas terrenas; porque los reptiles están pegados con todo el cuerpo a la tierra, mas los animales tienen gran parte del cuerpo levantado de la tierra, aunque siempre se inclinan hacia la tierra por el apetito de la gula. De manera que hay reptiles entre la pared cuando se revuelven en la mente pensamientos que nunca

se levantan de los deseos terrenales; y además hay animales entre la pared cuando, si bien se piensan cosas justas y honestas, pero es con el fin de saciar el apetito de ganancias y honores temporales, pues en verdad estos tales, de suyo, están con el pensamiento como levantados de la tierra, pero con el apetito de la gula se inclinan totalmente a lo bajo.

Por lo que además se añade con acierto: *Y toda la abominación de la familia de Israel y todos sus ídolos están pintados en la pared*, pues escrito está (Col. 3,5): *Y la avaricia, que viene a ser una idolatría.* Ordenadamente, pues, tras de los animales se mencionan los ídolos, porque, si bien algunos con alguna acción honesta parece como que se levantan de la tierra, sin embargo, por la ambición mala, ellos mismos se abaten a la tierra. Y se dice bien que estaban pintadas, porque, cuando interiormente son atraídos por las figuras o apariencias de las cosas exteriores, es como que se pinta en el corazón cuanto se piensa al discurrir sobre las imágenes fingidas.

Y también es de notar que primero se ve la hendidura en la pared y después la puerta, y al fin se muestra la abominación oculta; porque, en efecto, primero aparecen al exterior las señales de cada pecado; después, la puerta de la iniquidad que se ha descubierto, y al fin se descubre todo el mal que estaba oculto en el interior.

También algunos delitos deben reprenderse con suavidad; porque, cuando se comete la maldad, pero sólo por ignorancia o por flaqueza, sin duda es necesario que la corrección del delito se aplique con grande moderación, pues todos, mientras vivimos en este cuerpo mortal, estamos sujetos a las debilidades de nuestra corrupción. Por consiguiente, cada uno debe colegir por sí mismo cómo le convendrá compadecerse de la flaqueza ajena, por que no parezca olvidarse de sí mismo si prorrumpiera, enardecido, en palabras de increpación contra la flaqueza del prójimo. Por eso acertadamente amonesta San Pablo cuando dice (Gal. 6,1): *Si alguno, como hombre que es, cayere, desgraciadamente, en algún delito, vosotros, los que sois espirituales, al tal instruídle con espíritu de mansedumbre, haciendo cada uno reflexión sobre sí mismo y temiendo también caer en la tentación.* Es como si claramente dijera: Cuando te desagrada lo que ves en la debilidad ajena, piensa en lo que tú eres, para que se te modere el ardor de la reprensión, temiendo también para ti lo que reprendes.

31. No obstante, algunos delitos deben reprenderse con indignación, a fin de que, cuando el culpable no reconoce la culpa, caiga en la cuenta de su gravedad por boca de quien le reprende. Pero cuando alguno, por miedo a la dureza de la reprensión, disculpa el mal que se perpetró, tema que ello se vuelva gravemente en contra suya.

En fin, es deber del prelado poner de manifiesto, por medio de la predicación, la gloria de la patria celestial, descubrir cuántas tentaciones del enemigo hállanse encubiertas en el camino de esta vida y corregir con gran firmeza de celo los defectos de los súbditos, que no deben tolerarse impunemente, no vaya él mismo a hacerse

reo de las culpas de todos si se enardece menos contra las culpas.

A este propósito se dice muy bien por Ezequiel (4,1): *Toma un ladrillo y póntelo delante, y dibujarás en él la ciudad de Jerusalén,* y a continuación añade: *Y delinearás con orden un asedio contra ella, y levantarás fortificaciones, y harás trincheras, y sentarás un campamento contra ella, y colocarás arietes alrededor de sus muros;* y en seguida le agrega su consejo: *Coge luego una sartén de hierro y la pondrás, cual si fuera una muralla de hierro, entre ti y la ciudad.*

Ahora bien, ¿de quién es figura Ezequiel sino de los maestros?; al cual se dice: *Toma un ladrillo y póntelo delante, y dibujarás en él la ciudad de Jerusalén.* De igual modo, pues, los doctores, cuando para enseñar ganan el corazón terreno de los oyentes, toman para sí un ladrillo, que ponen delante de sí, porque le observan con toda la atención de su mente. En el cual se les manda también dibujar la ciudad de Jerusalén, porque, cuando predican a los corazones terrenos, ponen de manifiesto cuánta sea la visión de paz.

Mas, como se reconoce caído de la patria celestial, si no sabe cuántas tentaciones del astuto enemigo acometen, oportunamente se añade: *Y delinearás con orden un asedio contra ella y levantarás fortificaciones.* Los santos predicadores, pues, delinean con orden un asedio contra el ladrillo en que está dibujada la ciudad de Jerusalén cuando ponen de manifiesto a la mente terrena, para que ya aspire a la patria celestial, cuántas dificultades para alcanzarla ofrecen los vicios mientras dura la vida; porque, al dar a conocer de qué modo cada uno de los pecados acecha a los que van adelantando, es como que, con la voz del predicador, se pone en orden el asedio alrededor de la ciudad de Jerusalén.

Y como no sólo deben conocer de qué modo atacan los vicios, sino también cómo nos defienden las virtudes que practicamos, rectamente se agrega: *Y levantarás fortificaciones.* En efecto, el santo predicador levanta fortificaciones cuando enseña las virtudes con las cuales se resiste a los vicios.

Y porque, a medida que las virtudes crecen, por lo común aumentan los ataques de la tentación, todavía se añade con razón: *Y harás trincheras, y sentarás un campamento contra ella, y colocarás arietes alrededor de sus muros.* Hácense, pues, trincheras cuando el predicador anuncia la gravedad de la tentación creciente; y sienta un campamento contra Jerusalén cuando predica a la recta intención de sus oyentes las desatinadas y casi incomprensibles insidias del astuto enemigo; y coloca arietes alrededor de sus muros cuando pone de manifiesto los dardos de las tentaciones que nos asedian por todas partes en esta vida, y que horadan los muros de las virtudes.

Pero aunque todas estas cosas las exponga con agudeza el predicador, si no se enardece con espíritu de emulación contra los delitos de cada uno, no se granjeará absolución alguna para la eternidad. [32.] Por eso todavía se agrega allí atinadamente: *Coge luego una sartén de hierro y la pondrás, cual si fuera una muralla de hierro, entre ti y la ciudad.* Por la sartén se figura ciertamente el fervor de

la mente; y por el hierro, la dureza de la increpación. ¿Y qué es lo que enfervoriza y atormenta más fuertemente al alma del doctor sino el celo de Dios? Por eso San Pablo se requemaba con el hervor de esta sartén cuando decía (2 Cor. 11,29): *¿Quién enferma que no enferme yo con él, y quién es escandalizado que yo no me requeme?* Y porque quien arde en el celo de Dios, para no ser condenado por negligencia, se escuda siempre con fuerte defensa, rectamente se dice: *Y la pondrás, cual si fuera una muralla de hierro, entre ti y la ciudad.* Se pone, pues, una sartén de hierro, cual muralla férrea entre el profeta y la ciudad, porque, cuando los rectores muestran ahora un fuerte celo, tienen luego ese mismo celo por gran defensa entre ellos y sus oyentes, para que no suceda que, si aflojan ahora en la corrección, luego carezcan de defensa.

Pero, sin embargo, es de saber que, cuando el ánimo del rector se enardece para corregir, muy difícil es que no profiera algo que no debe decir; y muchas veces ocurre que, al reprender con gran dureza la culpa de los súbditos la lengua del maestro se desliza hasta en palabras de exageración; y cuando la increpación crece desmesuradamente, los corazones de los delincuentes se deprimen desesperanzados. Por lo cual es menester que cuando el rector, exasperado, reconoce haber herido más de lo que debió el sentimiento de los súbditos, recurra dentro de sí a la penitencia para obtener con sus lamentos ante la divina presencia el perdón de lo que él mismo falta en la guarda del celo de Dios. Cosa que en figura manda el Señor por medio de Moisés cuando dice (Deut. 19,5): *Si alguno salió de buena fe con su amigo al bosque a cortar leña y al tiempo de cortarla se le fué el hacha de la mano y, saltando del mango, el hierro hirió y mató a su amigo, este tal se refugiará en una de las supradichas ciudades de refugio y salvará la vida. No sea que, arrebatado de dolor, algún pariente de aquel cuya sangre fué derramada le persiga y le prenda y le quite la vida.*

Ahora bien, salimos al bosque con el amigo siempre que nos ocupamos en considerar los delitos de los súbditos, y de buena fe cortamos la leña cuando con buena intención refrenamos los vicios de los delincuentes; pero el hacha se nos va de la mano cuando hay exceso en las palabras de la reprensión; y hiere y mata al amigo porque la contumelia, una vez proferida, hace morir en el amigo el sentimiento del amor, pues el corazón del corregido repentinamente se precipita en el odio cuando le irrita una increpación más inmoderada de lo debido.

Y es necesario que este que incautamente cortando leña mata al prójimo se refugie en las tres ciudades, para que, defendido en una de ellas, viva, porque si, entregado al llanto de la penitencia en la unidad del sacramento, se acoge a la esperanza, la fe y la caridad, no es tenido por reo del homicidio perpetrado. Y no le mata cuando le halla el pariente del prójimo, porque el justo Juez, que se unió a nosotros tomando nuestra naturaleza, cuando viniere, no exige responsabilidad de una culpa a la cual amparan, con el perdón de El, la fe, la esperanza y la caridad.

CAPITULO XI

Con cuánto empeño debe dedicarse el prelado a meditar la santa Ley

33. Ahora bien, todo lo que hemos dicho lo cumple debidamente el prelado si, animado del espíritu del temor y del amor de Dios, medita cuidadosamente cada día los preceptos de la Sagrada Escritura, con el fin de que las palabras de la enseñanza divina reaviven el ardor de la solicitud y dé una reflexiva mirada hacia la vida celestial que el trato con los hombres destruye incesantemente.

Y por lo mismo que la compañía de los seglares le arrastra a la antigua y mala vida, renuévese siempre con espíritu de compunción en el amor de la patria celestial; porque el corazón se disipa mucho con los tratos humanos; y constando ciertamente que él mismo se precipita atraído por el ruido exterior de los negocios, debe procurar levantarse de continuo mediante el cuidado de instruirse.

Por eso San Pablo amonesta a su discípulo, puesto como prelado de la grey, diciéndole (1 Tim. 4,13): *Entretanto que yo voy, aplícate a la lectura.* Y por eso David dice (Ps. 118,97): *¡Cuán amable me es tu Ley, oh Señor! Todo el día es materia de mi meditación.* Y, por lo mismo, el Señor, para cuando había de transportarse el arca, manda, diciendo (Ex. 25,12): *Harás cuatro anillos de oro, que pondrás en los cuatro ángulos del arca, dos en un lado y dos en otro. Harás también unas varas de madera de setim, y las cubrirás con láminas de oro, y las meterás por los anillos de oro que están en los lados del arca, y servirán para llevarla, las cuales estarán siempre metidas en los anillos ni jamás se sacarán de ellos.*

34. ¿Qué se significa por el arca sino la Iglesia? A los cuatro ángulos de la cual se manda agregar cuatro anillos de oro, porque, como se halla difundida por las cuatro partes del mundo, se la presenta sostenida por los cuatro libros del santo Evangelio.

Y hácense varas de madera de setim, que se introducen en los mismos anillos para llevarla, porque se han de buscar doctores firmes y perseverantes que, como varas incorruptibles, adheridos siempre a las enseñanzas de los Libros Sagrados, pongan de manifiesto la unidad de la Iglesia y, como introducidos en los anillos, lleven el arca, pues llevar el arca con las varas significa que los buenos doctores dan a conocer la Iglesia predicando a las rudas mentes de los infieles.

Los cuales (doctores o varas) se mandan cubrir también con oro, para que, cuando hablan con los otros, brillen también con el esplendor de la vida.

Y se añade que además *siempre estarán metidos en los anillos ni jamás se sacarán de ellos*, porque, en verdad, es necesario que quienes atienden al ministerio de la predicación no cesen en el estudio

de la Sagrada Escritura. Para eso, pues, se manda que las varas estén siempre metidas en los anillos, para que, cuando la oportunidad exige llevar el arca, no se produzca demora alguna por meter las varas en los anillos; esto es, porque, cuando los súbditos reclaman del pastor algo espiritual, es por demás vergonzoso que trate de aprender entonces, cuando debe poner en claro la cuestión. Por tanto, se manda que las varas estén metidas siempre en los anillos, para significar que los doctores, meditando siempre en su corazón las Sagradas Letras, levanten sin demora el arca del testamento cuando sea necesario que de pronto enseñen algo. Por lo cual, el primer Pastor de la Iglesia atinadamente amonesta a los demás pastores, diciendo (1 Petr. 3,5): *Prontos siempre a dar satisfacción a cualquiera que os pida razón de la esperanza en que vivís*; como si claramente dijera: Para que ninguna tardanza impida llevar el arca, jamás estén las varas fuera de los anillos.

TERCERA PARTE

Que enseña de qué modo debe adoctrinar y amonestar a los súbditos el prelado que vive bien

PROLOGO

Ya que hemos expuesto cuál debe ser el prelado, demostremos ahora de qué modo debe enseñar; pues, como mucho antes que nosotros enseñó Gregorio Nacianceno, de venerable memoria, no conviene a todos una e igual exhortación, porque no todos tienen iguales géneros de vida y porque con frecuencia dañan a unos las cosas que a otros aprovechan; así como muchas veces las hierbas que a unos animales nutren causan a otros la muerte, y como un ligero silbo amansa a los caballos e instiga a los perros, y la medicina que corta una enfermedad agrava otra, y el pan que robustece la vida de los adultos causa a los niños la muerte.

Por tanto, la palabra de los maestros debe acomodarse a la condición de los oyentes, de manera que a cada cual aproveche lo suyo, sin dejar nunca el arte de la común edificación. Porque las almas atentas de los oyentes, ¿qué son sino a manera, por así decirlo, de cuerdas de distinta tensión en la cítara, las cuales pulsa el artista de un modo distinto para que no produzcan sonido desacorde? Y las cuerdas producen modulación acorde precisamente porque son pulsadas con un mismo plectro, sí, pero no con igual pulsación.

Por consiguiente, todo maestro, para formar a todos en una sola virtud, la de la caridad, debe llegar al corazón de los oyentes con una sola doctrina, es verdad, pero no con una misma exhortación.

CAPITULO I

De qué manera, habida cuenta de la condición de los oyentes, deba el pastor amonestarlos con provecho

1) Porque de un modo se debe exhortar a los hombres y de otro a las mujeres.
2) De un modo a los jóvenes y de otro a los ancianos.
3) De un modo a los pobres y de otro a los ricos.
4) De un modo a los alegres y de otro a los tristes.
5) De un modo a los súbditos y de otro a los prelados.

6) De un modo a los criados y de otro a los amos.
7) De un modo a los sabios y de otro a los rudos.
8) De un modo a los descarados y de otro a los ruborosos.
9) De un modo a los insolentes y de otro a los pusilánimes.
10) De un modo a los impacientes y de otro a los pacientes.
11) De un modo a los benévolos y de otro a los malévolos.
12) De un modo a los sencillos y de otro a los dobles.
13) De un modo a los fuertes y de otro a los débiles.

35. 14) De un modo a los que, por miedo al castigo, viven sin culpas, y de otro a los que de tal modo se han endurecido en la maldad, que ni con castigos se corrigen.

15) De un modo a los muy taciturnos y de otro a los muy locuaces.

16) De un modo a los parsimoniosos y de otro a los precipitados.

17) De un modo a los mansos y de otro a los iracundos.
18) De un modo a los humildes y de otro a los engreídos.
19) De un modo a los pertinaces y de otro a los inconstantes.
20) De un modo a los glotones y de otro a los abstinentes.

21) De un modo a los que por misericordia distribuyen lo suyo y de otro a los que hasta de lo ajeno quieren apoderarse.

22) De un modo a los que ni apetecen lo ajeno ni dan de lo suyo y de otro modo a los que dan lo suyo y, sin embargo, no dejan de apoderarse de lo ajeno.

23) De un modo a los que están de acuerdo y de otro a los que no lo están.

24) De un modo a los que siembran discordias y de otro a los pacíficos.

25) De un modo a los que no entienden rectamente las palabras de la santa Ley y de otro a los que las entienden rectamente, pero no las hablan con humildad.

26) De un modo a los que pudiendo predicar dignamente temen hacerlo por humildad y de otro a los que algún defecto o la edad impiden predicar y, sin embargo, la precipitación o falta de reflexión los impelen a hacerlo.

27) De un modo a los que prosperan en lo temporal que apetecen y de otro a los que apetecen los bienes del mundo, pero son molestados por la adversidad.

28) De un modo a los casados y de otro a los libres de tales lazos.

29) De un modo a los conocedores de los pecados de la carne y de otro a los que los ignoran.

30) De un modo a los que lamentan los pecados de obra y de otro a los que lamentan los de pensamiento.

31) De un modo a los que lloran los pecados cometidos, pero, con todo, no los dejan, y de otro a los que los dejan, pero no los lloran.

32) De un modo a los que obran y aplauden lo ilícito y de otro a los que motejan los delitos, pero no los impiden.

33) De un modo a los que son vencidos por una concupiscencia repentina y de otro a los que deliberadamente se entregan a la culpa.

34) De un modo a los que hacen cosas ilícitas, aunque pequeñas, y de otro a los que se guardan de cometer faltas pequeñas, pero alguna vez caen en las más graves.

35) De un modo a los que principian a obrar bien y de otro a los que nunca terminan lo que comenzaron.

36) De un modo a los que obran el mal ocultamente y el bien públicamente y de otro a los que ocultan lo bueno que hacen y, sin embargo, con algunos actos públicos dejan que públicamente se piense mal de ellos.

Mas ¿qué utilidad reportaría el que hayamos enumerado todo esto reunido si no aclaramos en forma de exhortación cada cosa con toda la brevedad que nos sea posible?

Discurramos, pues, ordenadamente y con mayor amplitud por todos estos modos, comenzando por el primero.

Debe amonestarse de un modo a los hombres y de otro a las mujeres, porque a los hombres se les deben proponer cosas difíciles, y a las mujeres, cosas más suaves, de suerte que decidan a aquéllos a realizar cosas grandes y a éstas a prendarse de las más delicadas.

36. *Debe amonestarse de un modo a los jóvenes y de otro a los ancianos,* porque, generalmente, una reprensión severa hace provecho a aquéllos, mientras que a éstos la recomendación suave los dispone a obrar mejor; pues escrito está (1 Tim. 5,1): *No reprendas con aspereza al anciano, sino exhórtale como a padre.*

CAPITULO II

De un modo se debe amonestar a los pobres y de otro a los ricos

Porque debemos aliviar a aquéllos, consolándolos en la tribulación, e infundir a éstos temor al engreimiento.

En efecto, el Señor dice al pobre por el profeta (Is. 54,4): *No temas, porque no serás avergonzada.* Halagando al cual, dice después: *¡Pobrecilla, combatida de la tempestad!* Y de nuevo la consuela, diciendo: *Yo te recogí en el camino de tu pobreza.*

Y, al contrario, San Pablo dice a su discípulo respecto a los ricos (1 Tim. 6,17): *A los ricos de este siglo mándales que no sean altivos ni pongan su confianza en las riquezas caducas.* Donde es muy de notar que el Maestro de la humildad, al hacer mención de los ricos, no dice: ruega, sino: manda; porque si bien es verdad que hay que tener compasión de la flaqueza, pero no se debe honor a la altivez. Se manda, pues, que lo rígido que a éstos se les debe decir se les diga con tanta mayor severidad cuanto con más altivos pensamientos ellos se engríen de las cosas transitorias. De ellos dice el Señor en el Evangelio (Lc. 6,24): *¡Ay de vosotros, los ricos!, porque ya tenéis*

vuestro consuelo, pues como no saben qué cosa son los gozos eternos, se consuelan con la abundancia de la vida presente.

Por tanto, hay que ofrecer consuelo a los que trae atormentados el camino de la pobreza, y hay que infundir espanto a los que el consuelo de la gloria temporal presta alientos, con el fin de que aquéllos aprendan que son dueños de las riquezas que no apetecen y éstos caigan en la cuenta de que jamás pueden tener lo que desean.

Sin embargo, la cualidad moral de las personas cambia este orden, v. gr., cuando el rico sea humilde y el pobre sea soberbio; porque entonces el lenguaje del predicador debe acomodarse a la condición del oyente, de suerte que fustigue la soberbia del pobre con tanto mayor rigor cuanto menos le doblega aun la misma pobreza que sufre; y con tanta mayor dulzura alabe la humildad del rico cuanto él se engríe de la abundancia que tiene.

Además, algunas veces se debe aplacar al rico soberbio con una amonestación suave, porque también las durezas y las heridas, por lo común, se suavizan con fomentos blandos, y la furia de los enajenados se aplaca saludablemente con los halagos del médico, y, condescendiendo dulcemente con ellos, se mitiga el ardor de su locura. Y no debe pasar inadvertido que, cuando el mal espíritu se apoderaba de Saúl, David, tocando el arpa, calmaba y atemperaba su furor. Ahora bien, ¿qué se da a entender por Saúl sino la soberbia de los poderosos? Y ¿qué por David sino la vida humilde de los santos? Por consiguiente, cuando Saúl es arrebatado por el espíritu inmundo, David, cantando, templa la vesania de aquél; es decir, que cuando el sentido de los poderosos se convierte, por la soberbia, en furor, justo es que se le procure la salud con la suavidad de la cítara, esto es, con el sosiego de nuestra locución.

37. También alguna vez, cuando los poderosos de este siglo se resisten, debe requerírseles valiéndose de ciertos símiles, como que se trata de asunto ajeno, y, cuando hayan sentenciado rectamente contra el otro, entonces, con la debida moderación, se les debe traer a que adviertan su propia culpa, para que el corazón hinchado por el poder temporal no se yerga contra quien le corrige, ya que por su propia sentencia echa sobre sí el castigo de la soberbia, y para que no trate en modo alguno de defenderse, puesto que él mismo queda aprisionado por sentencia de su boca. He ahí por qué el profeta Natán (2 Reg. 12), que había ido a acusar al rey, se comportó como que buscaba parecer en la causa de un pobre contra un rico, para que primero dictara el rey sentencia y después oyera su culpa, de modo que no pudiese contradecir el fallo que él mismo había pronunciado. De manera que el santo varón, considerando al rey pecador y sobremanera audaz, procuró primero situarle como reo por propia confesión y después herirle con la acusación: ocultó de momento su propósito, mas de pronto hirió al que ya había sujetado. Sin duda que habría llegado más lentamente si desde el principio hubiera querido denunciar claramente la culpa; pero, anteponiendo el símil, aceleró la acusación que ocultaba: como médico se llegó al enfermo, examinó la herida que había de curar, pero dudó de la

paciencia del enfermo; por tanto, ocultó bajo el vestido el cuchillo que había de curar, el cual, sacado de pronto, le clavó en la herida, de modo que el enfermo sintiera, antes de verle, el cuchillo que le cortaba; no fuera que, viéndole antes, rehusara sentirle.

CAPITULO III

De un modo se debe amonestar a los alegres y de otro a los tristes

Porque a los alegres se les deben presentar las cosas tristes que siguen al castigo, y, en cambio, a los tristes se les deben mostrar las cosas alegres que están prometidas con el reino.

Conozcan los alegres, por lo áspero de las amenazas, lo que deben temer; oigan los tristes los gozos de los premios en los cuales pongan sus esperanzas. A aquéllos, pues, se les dice (Lc. 6,25): *¡Ay de vosotros los que ahora reís, porque día vendrá en que lloraréis!* Oigan éstos, en cambio, lo que enseña el mismo Maestro (Io. 16,22): *Yo volveré a visitaros, y vuestro corazón se bañará en gozo y nadie os quitará vuestro gozo.*

Mas hay algunos alegres y tristes, no por las cosas, sino que son tales por ciertas complexiones; a los cuales ciertamente se les debe intimidar con que determinadas complexiones son propensas a determinados vicios, pues los alegres están propensos a la lujuria, y los tristes a la ira. Por lo cual es necesario que cada uno considere no solamente lo que por su complexión tiene que tolerar, sino también lo malo que de la propensión tiene que purificar, para que no suceda que, por no querer luchar contra lo que tolera, caiga además en el vicio de que se considera libre.

CAPITULO IV

De un modo se debe exhortar a los súbditos y de otro a los prelados

A aquéllos, para que no los abrume la sujeción; a éstos, para que no los engría el puesto elevado; a aquéllos, para que no hagan menos de lo que se les manda; a éstos, para que no manden hacer más de lo justo; a aquéllos, para que se sometan humildemente; a éstos, para que presidan con moderación. A aquéllos, pues, se les dice (Col. 3,20): *Hijos, obedeced a vuestros padres en lo que es según el Señor;* y a éstos se les manda (Col. 3,21): *Padres, no provoquéis a ira a vuestros hijos.* En los cuales están representados, respectivamente, los unos y los otros.

38. Aprendan aquéllos cómo han de obrar interiormente ante los ojos del oculto Juez; éstos, además, cómo deben ofrecer exteriormente a sus súbditos ejemplos de bien vivir, pues deben saber los

prelados que, si alguna vez obran perversamente, son responsables de tantas muertes cuantos son los ejemplos de perversión que transmiten a sus súbditos; por lo cual es necesario que se guarden de la culpa con tanto mayor cuidado cuanto que, por las perversidades que ellos cometan, no sólo se acarrean ellos la muerte, sino que se hacen reos de la de las almas de los otros a quienes desedificaron con sus perversos ejemplos.

De manera que deben ser amonestados: aquéllos, para que al menos no sean más rigurosamente castigados si en su conciencia hallan que son culpables; y éstos, para que no sean juzgados de los yerros de los súbditos, aunque, por lo que a ellos respecta, se cuenten seguros; aquéllos, a que vivan tanto más cuidadosos de sí cuanto más libres están de ajenos cuidados; y éstos, a que cuiden de los otros de tal modo que no dejen de atender a sí mismos; y en el cuidar de sí mismos sean tan celosos, que no descuiden lo más mínimo el velar por los súbditos; pues al que no trabaja para sí se le dice (Prov. 6,6): *Anda, perezoso, ve a la hormiga y considera su obrar y aprende a ser sabio;* y este otro es amonestado terriblemente cuando se dice (Prov. 6,1): *Hijo mío, si saliste por fiador de tu amigo, has ligado tu mano con un extraño y te has enlazado mediante las palabras de tu boca, y ellas son el lazo en que has quedado preso.*

Salir por fiador del amigo es tomar a su cargo el alma ajena, obligándose a salvarla; por lo cual queda su mano ligada con el extraño, porque su alma queda obligada a un cuidado solícito que antes no tenía; y se ha enlazado mediante las palabras de su boca y ellas han sido el lazo en que ha quedado preso, porque, al obligarse a decir cosas buenas a sus encomendados, necesita él mismo observar primero lo que ha de decir. Queda, pues, enlazado mediante las palabras de su boca cuando, por exigirlo la razón, se ve obligado a no desviar su vida por otro cauce distinto del que él aconseja; por lo que antes el justo Juez viene obligado a satisfacer en sus obras cuanto consta que él ha mandado a los otros con su palabra.

Por eso, en el mismo lugar (Prov. 6,3), en seguida se añade oportunamente la exhortación, diciendo: *Haz, pues, hijo mío, lo que te digo, y líbrate a ti mismo, ya que has caído en manos de tu prójimo; corre de una a otra parte; apresúrate, despierta a tu amigo; no concedas sueño a tus ojos ni dejes que se cierren tus párpados.* Quienquiera, pues, que está puesto al frente de otros, para con su vida servirles de ejemplo, queda amonestado, no sólo para que él mismo vigile, sino para que despierte al amigo, porque no basta con que él esté vigilante viviendo bien, si además no despierta del sopor del pecado a aquel a quien preside. Así que con razón se dice: *No concedas sueño a tus ojos ni dejes que se cierren tus párpados,* porque conceder sueño a los ojos es desatender totalmente el cuidado de los súbditos, apartando de ellos la atención; y los párpados se cierran cuando nuestros pensamientos, llevados de la pereza, disimulan lo que conocen que se debe reprender a los súbditos; dormirse del todo, pues, es no conocer ni corregir las acciones de los que las ejecutan, pero no dormir, sino dormitar, es conocer, sí, lo que debe repren-

derse y, por pereza del ánimo, no corregirlo con las debidas amonestaciones; además, que, dormitando, llega a apoderarse de los ojos un completísimo sueño, y así, generalmente, cuando el prelado, por culpa de su negligencia, no ataja el mal que conoce, llega alguna vez hasta a ignorar lo que delinquen los súbditos.

39. De manera que debe exhortarse a los prelados a que, mediante una discreta solicitud, tengan ojos vigilantes por dentro y por fuera y procuren hacerse como los animales del cielo, que son presentados y descritos llenos de ojos por todo alrededor e interiormente. Justo es, por tanto, que cuantos presiden tengan ojos por dentro y alrededor, para que procuren agradar al Juez interior y a sí mismos y que, además de dar exteriormente ejemplos de vida, conozcan lo que en los otros deben corregir.

A los súbditos se les debe aconsejar que no juzguen temerariamente la vida de sus prelados, si tal vez vieren que ellos hacen algo reprensible; no sea que, al censurar rectamente el mal, impulsados por la soberbia, queden sumidos en otros males mayores.

Se les debe aconsejar que, cuando consideran las culpas de los superiores, no se hagan más atrevidos contra ellos; antes bien, si algunas cosas de los superiores son malas en demasía, sepan juzgar en su interior de tal modo que, constreñidos por el temor de Dios, no rehusen, sin embargo, sujetarse a ellos por el yugo de la obediencia. Lo cual pondremos mejor de manifiesto trayendo a cuento el comportamiento de David (1 Reg. 24). Ello es que, habiendo entrado Saúl, su perseguidor, a exonerar el vientre en una cueva, hallábase en ella con sus hombres David, quien hacía tanto tiempo venía soportando la injusta persecución de aquél; y, habiéndole incitado sus hombres a que hiriese a Saúl, los reprimió, respondiendo que no debía poner sus manos en el ungido del Señor; pero, no obstante, se levantó cautelosamente y rasgó la orla de la clámide de Saúl. Ahora bien, ¿a quién se significa por Saúl sino a los malos superiores, y a quién por David sino a los buenos súbditos? Asimismo, exonerar Saúl el vientre significa que los malos superiores extienden la maldad que han concebido en el corazón hasta las obras de misericordia y muestran con actos exteriores el mal que han concebido en su interior. Al cual, no obstante, teme herir David, porque los piadosos corazones de los súbditos, absteniéndose de todo pecado de detracción, no hieren con mordacidad alguna la vida de los superiores, aun cuando los sorprendan en alguna imperfección. Y estos buenos súbditos, si alguna vez, por flaqueza, apenas pueden contenerse en hablar, si bien débilmente, de ciertos excesos externos de los superiores, es como que cortan silenciosamente la orla de la clámide de ellos; porque, en efecto, cuando, siquiera sea sin daño y ocultamente, rebajan la dignidad del superior, es como que cortan la vestidura superior del rey; pero, sin embargo, vuelven a sí mismos y se reprenden vehementísimamente aun de la más leve palabra con que los han lastimado. Por eso también está allí sabiamente escrito (1 Reg. 24,6): *E inmediatamente remordió a David su conciencia de haber cortado la orla del manto de Saúl.*

Por consiguiente, no se deben zaherir los actos de los superiores con el aguijón de la lengua, ni aun cuando se juzga que hay razón para reprenderlos; y cuando la lengua se desliza contra ellos, siquiera sea en lo más mínimo, es menester que el corazón se reprima, mediante la aflicción de la penitencia, de modo que se vuelva a sí mismo y, hallando que ha ofendido la dignidad del superior, tema que le sea contrario el juicio de aquel que le ha dado tal superior; porque, cuando ofendemos a los superiores, nos oponemos a la disposición de aquel que nos los ha dado por superiores.

Por eso mismo, también Moisés, sabiendo que el pueblo había murmurado contra él y contra Aarón, dice (Ex. 16,8): *Porque ¿quién somos nosotros? Contra el Señor son, y no contra nosotros, vuestras murmuraciones.*

CAPITULO V

De un modo debe exhortarse a los criados y de otro a los amos

40. A saber: a los criados, a que siempre tengan presente la humildad de su condición, y a los amos, a que no se olviden de su naturaleza, por la que han sido hechos iguales a los criados.

A los criados se les debe exhortar a que no menosprecien a los amos, para que no ofendan a Dios contraviniendo con soberbia la disposición de El; asimismo hay que hacer saber a los amos que se ensoberbecen contra Dios, valiéndose de sus dones, cuando no consideran como sus iguales en naturaleza a los que tienen como súbditos por su clase.

A aquéllos se les debe exhortar a que reconozcan que son criados de los amos; y a éstos, que son coservidores de los criados; porque a los unos se les dice (Col. 3,22): *Siervos, obedeced en todo a vuestros amos temporales;* y otra vez (1 Tim. 6,1): *Todos los que están bajo el yugo de la servidumbre han de considerar a sus señores como dignos de todo respeto;* y a los otros se les dice (Col. 4,1): *Amos, tratad a los siervos según lo que dictan la justicia y la equidad, sabiendo que también vosotros tenéis un Amo en el cielo.*

CAPITULO VI

De un modo se ha de amonestar a los sabios de este mundo y de otro a los rudos

Pues a los sabios se les debe aconsejar que aprendan a prescindir de lo que saben; y a los rudos, que quieran aprender lo que ignoran.

Lo primero que hay que disipar en aquéllos es el que se tengan por sabios; a éstos, en cambio, hay que informarlos en lo que de la sabiduría divina se conoce, porque, como no se ensoberbecen, tienen ya como dispuestos los corazones para recibir la edificación.

Con aquéllos hay que trabajar para que se hagan más sabiamente ignorantes y dejen la necia sabiduría y aprendan la sabia estulticia divina; pero a éstos hay que predicarles de manera que de la que se tiene por ignorancia se aproximen más a la verdadera sabiduría. Por eso se dice a aquéllos (1 Cor. 3,18): *Si alguno de vosotros se tiene por sabio según el mundo, hágase necio a los ojos de los mundanos, a fin de ser sabio a los de Dios.* En cambio, a éstos se dice (1 Cor. 1,26): *No sois muchos los sabios según la carne;* y otra vez (1 Cor. 1,27): *Dios ha escogido a los necios según el mundo para confundir a los sabios.*

A aquéllos, por lo común, los convierten los argumentos de razón; a éstos, por lo regular, los convierten mejor los ejemplos; es decir, que a aquéllos aprovecha el verse vencidos en sus argumentos, pero a éstos basta a veces el conocer las acciones laudables de otros. Por eso el egregio maestro dice (Rom. 1,14): *Deudor soy igualmente a sabios e ignorantes;* y cuando exhortaba a la vez a algunos sabios de los hebreos y también a algunos rudos, hablando a aquéllos sobre la inteligencia del Antiguo Testamento, superó con sus argumentos la sabiduría de ellos, diciendo (Hebr. 8,13): *Lo que se da por anticuado y viejo, cerca está de ser abolido;* pero, viendo que a algunos sólo podía atraérselos con ejemplos, en la misma carta añadió (Hebr. 11,36): *Los santos sufrieron escarnios y azotes, además de cadenas y cárceles; fueron apedreados, puestos a prueba de todos modos, muertos a filo de espada;* y otra vez (Hebr. 13,7): *Acordaos de vuestros prelados, los cuales os han predicado la palabra de Dios, cuya fe habéis de imitar, considerando el fin dichoso de su vida.* De esta suerte, doblegaba a aquéllos la razón vencedora, y a éstos la halagadora imitación los persuadía a subir a lo más excelso.

CAPITULO VII

De un modo se ha de amonestar a los descarados y de otro a los ruborosos

41. Porque a aquéllos solamente suele contenerlos en su atrevimiento la increpación dura, mientras que a éstos, por lo regular, una exhortación suave los dispone para lo mejor; aquéllos no caen en la cuenta de que obran mal hasta que son muchos los que los reprenden con aspereza; a éstos, para corregirse, generalmente les basta con que el maestro les recuerde, siquiera suavemente, sus culpas; a aquéllos se los corrige mejor reprendiéndolos con denuestos; pero de éstos se saca mayor provecho si se los reprende indirectamente.

En efecto, el Señor, increpando abiertamente al impudente pueblo judío, dice (Ier. 3,3): *Tú presentas el semblante de una mujer descarada; no has querido tener rubor alguno.* Y, en cambio, alienta al pueblo verecundo, diciendo (Is. 54,4): *Ni memoria conservarás de la confusión de tu mocedad, ni te acordarás más del oprobio de tu viudez, pues será tu dueño aquel que te ha criado.*

También San Pablo increpa claramente a los gálatas, que pecaban descaradamente, diciendo (Gal. 3,1): *¡Oh gálatas insensatos!, ¿quién os ha fascinado para desobedecer así a la Verdad?* Y de nuevo (Gal. 3,3): *¿Tan necios sois que, habiendo comenzado por el espíritu, ahora vengáis a caer en la carne?* En cambio, como compadeciéndose, reprende las faltas de los vergonzosos, diciendo (Phil. 4,10): *Yo, por mí, me holgué sobremanera en el Señor de que al fin ha florecido aquel afecto que me tenéis; siempre lo habéis tenido, mas no hallabais coyuntura;* de este modo, la increpación severa puso de manifiesto los pecados de aquéllos y el lenguaje halagador veló la negligencia de éstos.

CAPITULO VIII

De un modo se debe amonestar a los insolentes y de otro a los pusilánimes

Pues aquéllos, como presumen mucho de sí mismos, desdeñan a los demás con denuestos; al paso que éstos, como tienen conciencia exagerada de su debilidad, por lo común caen en la desconfianza. Aquéllos tienen por singularmente grande cuanto hacen; éstos piensan que lo que hacen es sumamente despreciable, y, por lo mismo, vienen a dar en la desconfianza.

Así es que quien acusa debe poner discretamente en claro las obras de los primeros, para demostrarles que desagradan a Dios en aquello en que ellos se complacen. Corregimos, pues, mejor a los insolentes cuando ponemos de manifiesto que está mal hecho aquello que ellos creen haber hecho bien, para que, de donde piensan conquistar gloria, de ahí se les siga una provechosa confusión.

Pero alguna vez, cuando de ningún modo advierten haber incurrido en el vicio de la insolencia, llegan más pronto a corregirse si quedan convencidos de la culpa de otro más manifiesta, traída indirectamente; de modo que de aquello que no pueden aprobar vengan a caer en la cuenta de que sin razón sostienen lo que defienden. Por lo cual, San Pablo, viendo a los corintios insolentes y mutuamente enorgullecidos los unos contra los otros, diciendo uno: «Yo soy de Pablo», y otro: «Yo soy de Apolo», y otro: «Yo de Cefas», y otro: «Yo de Cristo», sacó a plaza el pecado de incesto que entre ellos se había cometido, y que permanecía sin corregir [42], diciendo (1 Cor. 5,1): *Es ya voz pública el que entre vosotros se cometen deshonestidades, y tales cuales no se oyen aun entre los gentiles, hasta llegar alguno a abusar de la mujer de su propio padre; y, con todo, estáis hinchados de orgullo y no os habéis entregado al llanto para que fuese quitado de entre vosotros el que ha cometido semejante maldad.* Como si claramente dijera: ¿Qué andáis diciendo, insolentes, que sois de éste y de aquél, vosotros, que estáis mostrando con vuestra negligencia no ser de ninguno?

Mas, por el contrario, a los pusilánimes los hacemos entrar en el camino del bien obrar de modo más conveniente si los recorda-

mos algunas buenas obras que han hecho, y si otras que hicieron desordenadamente las corregimos, no como cometidas, sino desaprobando que en adelante se lleguen a cometer; de suerte que el aplauso tributado haga aumentar las que aprobamos y la exhortación tímida tenga mayor fuerza en los pusilánimes contra las cosas que reprendemos. Por eso, el mismo San Pablo, conociendo que los tesalonicenses, que se mantenían fieles a la predicación recibida, se hallaban turbados y pusilánimes porque creían que se avecinaba el fin del mundo, primeramente los alaba de la fortaleza que en ellos ve, y después, amonestándolos con cautela, robustece su debilidad, pues dice (2 Thess. 1,3): *Debemos dar continuamente gracias a Dios por vosotros, hermanos míos; y es muy justo que lo hagamos, pues que vuestra fe va aumentándose más y más, y la caridad que tenéis recíprocamente unos para con otros va tomando un nuevo incremento, de tal manera que nosotros mismos nos gloriamos de vosotros en las iglesias de Dios por vuestra paciencia y fe.* Y habiendo hecho primeramente el delicado pregón de esta vida de ellos, poco después prosigue diciendo (2 Thess. 2,1): *Os suplicamos, por el advenimiento de nuestro Señor Jesucristo y de nuestra reunión al mismo, que no abandonéis ligeramente vuestros sentimientos ni os alarméis con supuestas revelaciones, con ciertos discursos o cartas que se supongan enviadas por nosotros, como si el día del Señor estuviera ya muy cercano.* Como verdadero maestro, pues, hizo que primero oyeran, alabados, lo que debían recordar, y después lo que, exhortados, debían hacer, de manera que el aplauso adelantado robusteciera su corazón y no le dominara la iniquidad de que habló después; y aunque los conocía inquietos por la sospecha del próximo fin, no los reprendía por haberse ya inquietado, sino que, como ignorando la inquietud pasada, les prohibe inquietarse en adelante. Y así, al sentirse, mediante aquella ligera recomendación, conocidos por el predicador, se consideran más dignos de reprensión cuanto más temieran ser conocidos por él.

CAPITULO IX

De un modo se debe exhortar a los impacientes y de otro a los pacientes

Pues a los impacientes hay que decirles que por descuidarse en refrenar sus ímpetus se ven arrastrados, además, a otros muchos precipicios de iniquidades que no quieren; porque cierto es que la ira empuja al pensamiento a donde no quiere la voluntad, y ésta, perturbada, obra casi sin saber aquello que, después de conocido, lamenta.

Hay que decir también a los iracundos que cuando, arrastrados por el ímpetu de su conmoción, obran como enajenados cualquier cosa, apenas conocen sus maldades después de ejecutadas; los cuales, cuando no resisten nada a su perturbación, hasta des-

figuran lo bueno que con la mente serena habrían hecho [43] y destruyen con un ímpetu repentino lo que edificaron tal vez con un trabajo cuidadoso durante mucho tiempo, ya que por el vicio de la impaciencia se pierde la virtud de la caridad, que es la madre y guardadora de todas las virtudes, pues escrito está (1 Cor. 13,4): *La caridad es sufrida;* por consiguiente, no habiendo paciencia no hay caridad.

Además, por este vicio de la impaciencia se desvanece la doctrina, que es la que sustenta las virtudes, porque escrito está (Prov. 19,11): *La doctrina del hombre se conoce por la paciencia.* Por consiguiente, tanto menos docto muestra ser uno cuanto se halla ser menos paciente. Y en verdad que no puede sembrar bienes enseñando quien viviendo no sabe tolerar pacientemente los males ajenos.

También muchas veces por este vicio de la ira el pecado de la soberbia se apodera del alma, porque, cuando no aguanta uno el ser despreciado, procura hacer ostentación de cosas buenas, si alguna tiene oculta, y así, por la impaciencia, viene a dar en la soberbia, y al no poder soportar el desprecio, se gloría de la ostentación, descubriéndose a sí mismo. Por lo que está escrito (Eccl. 7,9): *Mejor es el hombre sufrido que el arrogante;* porque, en efecto, el sufrido prefiere aguantar cualesquiera males antes que el que sean conocidas por su ostentación sus buenas obras ocultas, mientras que el arrogante prefiere jactarse de sus obras buenas, aunque sean falsas, por no poder sufrir ni las malas más insignificantes.

Y porque cuando se pierde la paciencia también se pierden los otros bienes que ya se han hecho, sabiamente se manda a Ezequiel que abra una fosa en el altar de Dios, a saber, para que en ella se guarden los holocaustos colocados sobre el altar; porque si en el altar no hubiera una fosa, el viento que viniera esparciría toda ofrenda que hallara en él. Ahora bien, ¿qué entendemos por el altar de Dios sino el alma del justo, que con cuantas obras buenas que hiciere pone otras tantas ofrendas sobre sí ante los ojos de Dios? Y ¿qué significa la fosa del altar sino la paciencia de los buenos, que, humillando el alma para soportar las adversidades, la muestran a modo de fosa colocada en lo bajo? Hágase, pues, una fosa para que el viento no esparza la ofrenda puesta sobre él, es decir, conserve la paciencia el alma de los elegidos, no sea que, empujada por el viento de la impaciencia, llegue a perder hasta lo bueno que había hecho. Y atinadamente se menciona que esta fosa sea de un codo, porque, en efecto, no perdiendo la paciencia se guarda la medida de la unidad. Por lo que también San Pablo dice (Gal. 5,13): *Sed siervos unos de otros y así cumpliréis la ley de Cristo.* En verdad, la ley de Cristo es el amor de la unidad o la caridad, que une, la cual cumplen bien sólo aquellos que ni cuando son maltratados la quebrantan.

Oigan los impacientes lo que está escrito en los Proverbios (16, 32): *Mejor es el varón sufrido que el valiente, y quien domina sus pasiones que un conquistador de ciudades.* Menor victoria es la de las ciudades, porque se conquistan cosas que están fuera; y es

mucho más lo que se conquista por la paciencia, porque el mismo espíritu se vence a sí mismo; y se domina a sí mismo cuando la paciencia le impele a refrenarse en su interior.

Oigan los impacientes lo que la Verdad dice a sus elegidos (Lc. 21,19): *Mediante vuestra paciencia poseeréis vuestras almas.* Hemos sido formados por modo tan admirable que la razón sea dueña del alma, y el alma del cuerpo; pero el alma queda despojada del derecho de dominar al cuerpo cuando ella no se somete primero a la razón. Por tanto, el Señor puso de manifiesto que la paciencia es la guardadora de nuestra naturaleza, al enseñarnos a ser dueños de nosotros mismos mediante ella. Conocemos, pues, cuán grave sea el pecado de la impaciencia, porque por ella perdemos la posesión o dominio de lo que somos.

44. Oigan los impacientes lo que otra vez se dice por Salomón (Prov. 29,11): *El insensato habla luego cuanto en su pecho tiene; pero el sabio no se apresura, sino que reserva algunas cosas para en adelante.* Con el ímpetu de la impaciencia sucede que se derrama al exterior todo el espíritu, el cual echa afuera en seguida la perturbación, porque no se lo estorba en el interior recuerdo alguno de la sabiduría; pero el sabio no se apresura, sino que se reserva para en adelante; y así, herido, no desea vengarse en seguida, antes bien, tolerante, prefiere perdonar, aunque no por eso ignora que todo hallará su compensación en el último juicio.

Mas, por el contrario, a los pacientes se debe aconsejar que no se quejen interiormente de lo que exteriormente sufren con paciencia, no sea que el sacrificio de tal virtud que ofrecen íntegro en el exterior se desvirtúe con la ponzoña de la malicia interior; pues si bien esto no lo conocen los hombres, pero, no obstante, se peca delante de Dios; por lo que tanto mayor culpa será dolerse cuanto mayor fama de virtud se quiere recabar para sí de los hombres.

Por lo que hay que decir a los pacientes que procuren amar a aquellos a quienes es necesario sufrir, no sea que, si el amor no sigue a la paciencia, la virtud que se muestra al exterior se trueque en un pecado peor de odio. Por esto San Pablo, después de decir (1 Cor. 13,4): *La caridad es sufrida,* a continuación añade: *Es dulce y bienhechora,* demostrando así que a los que sufren por la paciencia no deja de amarlos también por la benignidad.

Por igual motivo, el egregio Doctor, al recomendar a sus discípulos la paciencia, diciendo (Eph. 4,31): *Toda amargura, ira, y enojo, y gritería, y maledicencia, con todo género de malicia, destiérrese de vosotros,* como si ya estuvieran bien dispuestas todas las cosas para lo exterior, se dirige a lo interior cuando al fin dice: *Con todo género de malicia.* Porque, en efecto, en vano se quitan del exterior el enojo, la gritería y la maledicencia si en el interior domina la malicia, madre de los vicios, e inútilmente se corta por fuera la enfermedad en las ramas si en la raíz perdura para brotar de nuevo más aumentada.

Por lo mismo, también la Verdad dice por sí misma (Lc. 6,27): *Amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os aborrecen y orad*

por los que os persiguen y por los que os calumnian. De manera que, ante los hombres, la virtud consiste en sufrir a los contrarios, pero ante Dios consiste en amarlos; porque Dios sólo acepta el sacrificio que de veras y ante El abrasa la llama de la caridad en el altar de la buena obra.

Por esto es por lo que de nuevo dice a algunos pacientes, sí, pero que, sin embargo, no aman (Mt. 7,3): *¿Con qué cara te pones a mirar tú la mota en el ojo de tu hermano y no reparas en la viga que está dentro del tuyo?* En efecto, la perturbación de la impaciencia es como una mota, pero la malicia en el corazón es como una viga en el ojo; porque el soplo de la tentación promueve aquélla, pero a ésta la lleva casi de continuo la maldad consumada. Acertadamente, pues, se agrega allí (v.5): *Hipócrita, saca primero la viga de tu ojo, y entonces verás cómo has de sacar la mota del ojo de tu hermano;* como si dijera al alma inicua que se duele interiormente y que al exterior se muestra santa por la paciencia: Arroja primero de ti la mole de la malicia y después reprende a los otros la ligereza de su impaciencia, no suceda que, por no cuidar de vencer el disimulo, sea peor para ti el tolerar los males ajenos.

También suele acontecer a los pacientes que, al tiempo en que o bien sufren la adversidad o cuando escuchan las afrentas no sienten pena alguna y muestran paciencia, de tal modo que llegan hasta conservar limpio el corazón; pero cuando poco después traen a la memoria aquello mismo que soportaron, se enardecen con el fuego del dolor, buscan medios de vengarse y, arrepintiéndose de la mansedumbre que tuvieron sufriendo, la truecan en maldad.

45. Pronto remedia a éstos la predicación si les pone de manifiesto cuál sea la causa de su cambio. Y es que el enemigo astuto mueve guerra contra los dos, a saber, al uno incitándole para que primero infiera injurias; al otro, provocándole para que, lastimado, devuelva las injurias. Pero muchas veces, cuando ya ha dominado al que, seducido, irrogó la injuria, es vencido por el otro, que soporta ecuánime la ofensa inferida. Después, vencedor ya del uno, a quien subyugó incitándole, con toda su fuerza se alza contra el otro y se requema contra el que ha resistido valiente y le ha vencido, al cual, ya que no pudo conmoverle al tiempo de lanzarle el dardo para que devolviera las injurias, cesando por entonces de la lucha franca y poniendo asechanzas al pensamiento con artera sugestión, le aguarda en busca del tiempo oportuno para el engaño. Por eso, a la hora del descanso torna al espíritu del que le venció, y o bien le recuerda los daños sufridos en los bienes, o bien los dardos de las injurias, y, exagerando mucho lo que se le ha hecho, lo presenta como intolerable, y le conturba con tan grande aflicción, que muchas veces el varón paciente, cautivo ya, después de la victoria se avergüenza de haberlo soportado tranquilamente, y se duele de no haber devuelto las injurias, y busca ocasión oportuna para devolver males mayores. ¿A quiénes, pues, se asemejan éstos sino a los que, habiendo quedado valerosamente victoriosos en el

campo, después, por su descuido, son apresados dentro de los muros de la ciudad? ¿A quiénes se asemejan sino a los que una grave enfermedad que los acomete no los quita la vida y les mata una fiebrecilla persistente que sobreviene?

Así es que a los pacientes se les debe aconsejar que, tras de la victoria, hurten el cuerpo, de modo que desde las almenas del pensamiento procuren acechar al enemigo vencido en franca lucha, y teman más al dolor que arteramente se insinúa, no sea que después el astuto enemigo se solace con mayor gozo en el engaño, por lo mismo que carga sobre los que le vencieron el yugo que antes le habían impuesto a él.

CAPITULO X

De un modo se debe amonestar a los benévolos y de otro a los malévolos

Porque a los benévolos se debe aconsejar que se gocen en las virtudes ajenas, de modo que quieran también tenerlas propias; que aplaudan con cariño los hechos de los prójimos, pero de suerte que también los acrecienten imitándolos, no venga a suceder que si en el estadio de la vida presente asisten al combate ajeno como atentos favorecedores, pero como espectadores perezosos, concluído el certamen se queden sin el premio de la victoria por lo mismo que no trabajan en él, y entonces contemplen, afligidos, las palmas de aquellos en cuyos trabajos ahora ellos, ociosos, no participan.

Es verdad que pecamos harto si no nos complacemos en lo bueno que los otros hacen, pero nada merecemos si no imitamos, en lo posible, lo bueno que nos complace.

Hay, pues, que decir a los benévolos que, si no se dan prisa a imitar las obras buenas que aprueban con sus alabanzas, el gozo que sienten por la santidad de las virtudes es igual que el que sienten por la vacuidad de la destreza en los juegos los necios espectadores de los juegos públicos; porque éstos rinden aplausos a lo que hacen los aurigas y los histriones, pero, sin embargo, no quieren ser lo que ven que son aquellos a quienes aplauden; admiran el que aquéllos hayan hecho cosas que agradan, pero rehusan agradar ellos del mismo modo.

46. Hay que decir a los benévolos que, cuando vean los hechos de los prójimos, entren dentro de su corazón y no hagan gala de los hechos ajenos, no sea que se queden sólo en alabar lo bueno y rehuyan ellos hacerlo; pues cierto que serán más gravemente sancionados en el último juicio aquellos a quienes gustó aplaudir lo que no quisieron imitar.

A los malévolos se les debe exhortar a que consideren la ceguera de los que se duelen de la prosperidad ajena y se requeman de la ajena exaltación. ¡Cuán desgraciados son los que con la mejora del prójimo se hacen ellos peores y que, viendo crecer la prosperi-

dad ajena, se dejan morir sin remedio por la malicia de su corazón! ¿Quiénes más desdichados que éstos, a quienes hace más perversos la inquietud que sienten por la felicidad que ven? En cambio, si se complacieran en los bienes de los otros que ellos no pueden tener, los harían suyos; pues todos los que están unánimes en la fe son como muchos miembros unidos en un mismo cuerpo, los cuales, si son distintos en el oficio, pero en aquello en que mutuamente convienen se hacen una misma cosa; y así sucede que el pie se vale del ojo para ver, y los ojos se valen de los pies para andar; al lenguaje sirve el oído, y los oídos acuden al lenguaje para su ejercicio; el vientre sufraga a las manos, y las manos trabajan para el vientre. Por tanto, en la misma constitución del cuerpo hallamos lo que debemos hacer. Es, pues, harta necedad no imitar lo que somos, ya que en verdad se hace nuestro lo que, aunque nosotros no lo podamos hacer, lo amamos en los otros y hace que sea de los que nos aman lo que ellos aman en nosotros.

Por todo esto deben pensar los envidiosos cuánto poder tiene la caridad, que hasta las obras del trabajo ajeno las hace nuestras sin trabajo nuestro.

Hay que decir, pues, a los envidiosos, que, por no guardarse de la envidia, se sumergen en la antigua maldad del astuto enemigo; porque de él esté escrito (Sab. 2,24): *Por la envidia del diablo entró la muerte en el mundo*, pues como el mismo espíritu maligno, nuestro enemigo, perdió el cielo, tiene envidia al hombre, creado para él, y, ya que él se ve perdido, quiere extender su condenación perdiendo a otros.

Se debe exhortar a los envidiosos a que conozcan a cuántas nuevas caídas y mayores daños se sujetan, ya que, no arrojando del corazón la envidia, se precipitan aun a obras manifiestamente perversas; pues si Caín no hubiera tenido envidia de que la ofrenda de su hermano era agradable a Dios, tampoco habría llegado hasta darle muerte, según lo que está escrito (Gen. 4,4): *El Señor miró con agrado a Abel y a sus ofrendas, pero de Caín y de las ofrendas suyas no hizo caso, por lo que Caín se irritó sobremanera y decayó su semblante.* La ira, pues, fué el semillero del fratricidio, porque, apesadumbrado de que era mejor que él, para que de ningún modo lo fuera, lo mató.

Hay que decir a los envidiosos que, a la vez que se requeman por dentro con este vicio, también desbaratan cualquier otra cosa buena que piensan tener, según lo que está escrito (Prov. 14,30): *El corazón sano da vida a la carne, mas la envidia es carcoma de los huesos.* Y ¿qué se significa por las carnes, sino ciertas obras flacas y débiles? ¿Y qué por los huesos, sino las obras fuertes? Y muchas veces sucede que, a los ojos de los hombres, los unos, debido a su sano corazón, parecen débiles en algunas de sus obras, mientras que los otros parece que ya realizan obras fuertes, pero, sin embargo, se consumen interiormente por el vicio de la envidia que sienten de los bienes de los demás. Con razón, pues, se dice que *el corazón sano proporciona salud a la carne*, porque si el cora-

zón se mantiene sano, aunque algunas obras sean débiles al exterior, alguna vez se robustecen. Y también con razón se añade allí que *la envidia es carcoma de los huesos,* [47.] porque, debido al vicio de la envidia, ante los ojos de Dios no tienen valor ni aun las obras que a los ojos de los hombres parecen grandes, pues estar carcomidas por la envidia significa echarse a perder aun ciertas obras buenas.

CAPITULO XI

De un modo se ha de amonestar a los sencillos y de otro a los dobles

Se ha de alabar a los sencillos porque cuidan de no decir jamás falsedades; pero hay que aconsejarles que aprendan a ocultar alguna vez la verdad, porque, así como siempre daña el decir cosas falsas, también a veces perjudica a algunos el oír la verdad. Por eso el Señor, moderando con el silencio su lenguaje, dice a sus discípulos (Io. 16,12): *Aún tengo otras muchas cosas que deciros, mas por ahora no podéis comprenderlas.*

Por tanto, se debe aconsejar a los sencillos que, así como siempre evitan provechosamente la falsedad, así también profieran siempre útilmente la verdad. Hay que aconsejarles que junten con la virtud de la sencillez la prudencia, de manera que mantengan la seguridad de la sencillez sin perder la circunspección de la prudencia; que por eso dice el Doctor de las Gentes (Rom. 16,19): *Deseo que seáis sabios en orden al bien y sencillos como niños en cuanto al mal.* Porque, ciertamente, en el corazón de los elegidos la astucia de la serpiente debe agudizar a la simplicidad de la paloma, y la simplicidad de la paloma debe moderar la astucia de la serpiente, esto es, que ni llevados de la prudencia den en la astucia, ni por la sencillez se hagan perezosos en el deseo de saber.

Pero los dobles, por el contrario, deben ser amonestados para que conozcan cuán grave sea el trabajo de la doblez que culpablemente practican, ya que, temiendo ser sorprendidos, buscan siempre argumentos falaces y siempre están inquietos con temerosas sospechas. No hay cosa que defienda mejor que la veracidad, ni hay cosa que se diga más fácilmente que la verdad; porque, cuando uno quiere defender su falsedad, el corazón se fatiga con rudo trabajo; que por eso está escrito (Ps. 139,10): *Toda la malignidad de sus labios vendrá a descargar sobre ellos mismos,* pues la malignidad que ahora satisface, luego descarga su peso, porque oprime después con duro castigo al alma de la que ahora brota con suave inquietud.

Por esto se dice, según Jeremías (9,5): *Tienen avezada su lengua a la mentira, se afanaron en hacer mal;* como si claramente dijera: Los que sin esfuerzo alguno pudieron ser amigos de la verdad se esfuerzan por pecar, y, rehusando el vivir con verdad, se cargan de trabajos para morir. Porque muchas veces, sorprendidos en la culpa, huyendo de ser conocidos cuales son, se esconden bajo el

velo de la falsía y se esfuerzan por disimular el mal que hacen, y aun lo que ya claramente se ve, de tal modo que a veces hasta el que pretende corregir sus culpas, engañado por las nieblas de la falsedad expuesta, casi llega a creer que no es verdad lo que de ellos tenía por cierto. De ahí que acertadamente, bajo la figura de la Judea, se dice por el profeta al alma que peca y que se excusa (Is. 34,15): [48.] *Allí tendrá su cueva el erizo.* Por el nombre del erizo se significa ciertamente la doblez del alma falaz y que astutamente se defiende; porque, en efecto, al erizo, al ser sorprendido, todavía se le ven la cabeza y los pies y el cuerpo; pero al punto de ser cogido se hace una bola y guarda dentro los pies, esconde la cabeza, y así como antes se veía todo él, así ahora desaparece todo él. Lo mismo son cabalmente las almas falaces cuando se ven sorprendidas en sus excesos. Y se ve la cabeza del erizo porque, al principio de acercarse el pecador a la culpa, se le ve; se ven los pies del erizo porque la maldad se conoce por las huellas que deja cuando se comete; y, no obstante, cuando aduce de pronto las disculpas, el alma falaz guarda dentro los pies, porque esconde todas las huellas de su maldad; esconde la cabeza, porque demuestra a maravilla que ni siquiera ha intentado mal alguno; y queda hecho una bola en las manos de quien le tiene, porque el que trata de corregirle, olvidando de pronto todo lo que ya sabía, tiene al pecador encerrado en su conciencia, y con haberle visto todo al sorprenderle, engañado con la tergiversación de la falaz defensa, también le desconoce todo. Tiene, pues, el erizo su cueva en los réprobos, porque la doblez del alma falaz, replegándose en su interior, se esconde en las tinieblas de la defensa.

Oigan los falaces lo que está escrito (Prov. 10,9): *Quien anda con sencillez anda seguro.* Es, pues, prenda de gran seguridad el obrar con sencillez. Oigan lo que dice el Sabio (Sap. 1,5): *El Espíritu Santo, que enseña la sabiduría, huye de ficciones.* Oigan lo que otra vez atestigua la Escritura (Prov. 3,32): *El Señor sólo conversa con los sencillos.* La conversación de Dios consiste en revelar secretos a las almas humanas, ilustrándolas con su presencia. Se dice, pues, que conversa con los sencillos, porque con la luz de su visita descubre misterios celestiales a los entendimientos de aquellos a quienes no ofusca sombra alguna de doblez.

Es, por tanto, un mal particular el de los falaces, porque, a la vez que engañan a otros con su perversa y torcida acción, se glorían como de ser más prudentes que los demás, y como no tienen en cuenta lo rigoroso del juicio, los desgraciados se llenan de regocijo de sus propios daños.

Mas oigan cómo lanza sobre ellos el dardo de la indignación divina el profeta Sofonías cuando dice (1,14): *Cerca está el día del Señor, día grande y terrible, día de ira aquél, día de tribulación y congoja, día de calamidad y miseria, día de tinieblas y de oscuridad, día de nublados y de tempestades, día del terrible sonido de la trompeta contra las ciudades fuertes y contra los altos ángulos.*

Y ¿qué se entiende por las ciudades fuertes sino las almas suspicaces y cercadas siempre de falaz defensa, las cuales, cuando se reprende su culpa, no dejan que las lleguen los dardos de la verdad? Y ¿qué se entiende por los altos ángulos sino la doblez del alma mendaz, porque en los ángulos la pared es siempre doble? Y ¿qué se entiende por los ángulos de la pared sino los corazones mendaces, los cuales, al huir de la sencillez de la verdad, en cierto modo se repliegan dentro de sí por la perversidad de la doblez, y lo que es peor aún, allá en sus conciencias se engríen del mismo pecado de la doblez, haciendo gala de prudentes? Pero cercano está el día del Señor, día lleno de venganza y de ira contra las ciudades fuertes y contra los altos ángulos, porque la ira del juicio final acaba con los corazones humanos cerrados con defensas contra la verdad y deslía a los envueltos en dobleces. [49.] Entonces, pues, caen las ciudades fuertes, porque Dios condena a las almas suspicaces; entonces se desploman los altos ángulos, porque los corazones que se ufanan de la prudencia de la mentira caen a tierra por fallo de la justicia.

CAPITULO XII

De un modo se debe exhortar a los sanos y de otro a los enfermos

Se debe aconsejar a los sanos que ejerciten la salud del cuerpo en procurar la salud del alma, no sea que vengan a hacerse peores si emplean para el mal la gracia de la salud que han recibido y merezcan después más graves castigos, por lo mismo que ahora no temen hacer mal uso de los más abundantes favores de Dios.

Se debe aconsejar a los sanos que no desaprovechen la oportunidad de la salud para merecer la salvación eterna, porque escrito está (2 Cor. 6,2): *Llegado es ahora el día de la salvación.* Se les debe advertir que si ahora que pueden no quieren agradar a Dios, más tarde, cuando quieran, no podrán; que por eso es por lo que la Sabiduría abandona después a los que antes llamó por mucho tiempo y no quisieron, cuando dice (Prov. 1,24): *Estuve yo llamando, y vosotros no respondisteis; os alargué mi mano, y ninguno se dió por entendido; menospreciasteis todos mis consejos y ningún caso hicisteis de mis reprensiones. Yo también miraré con risa vuestra perdición y me mofaré de vosotros cuando os sobrevenga lo que temíais;* y de nuevo (v.28): *Entonces me invocarán* los impíos, *y no los oiré; madrugarán a buscarme, y no me hallarán.*

De manera que, cuando se desprecia la salud del cuerpo, que se ha recibido para obrar bien, una vez perdida, se conocerá todo su valor; y en vano se la busca a lo último cuando no se emplea útilmente la que se concedió en tiempo oportuno. [50.] Por eso, otra vez se dice atinadamente por Salomón (Prov. 5,9): *No des tu honra a gente extraña, ni tus años floridos a una cruel, a no ser que quieras que los extraños se enriquezcan con tus bienes y vaya a parar*

en casa de otro el fruto de tus sudores; por donde tengas al fin que gemir, cuando hayas consumido tus carnes y tu cuerpo. Y ¿quiénes son nuestros extraños sino los espíritus malignos, que han sido privados de la herencia de la patria celestial? Y ¿en qué consiste nuestra honra verdadera sino en que, encerrados en cuerpos de tierra, sin embargo, hemos sido creados a imagen y semejanza de nuestro Creador? Y ¿quién otro es el cruel sino el ángel apóstata, el cual, además de acarrearse él mismo la pena de muerte por la soberbia, aun perdido, todavía no cesa de procurar la muerte al género humano? De manera que da su honra a gente extraña quien, formado a imagen y semejanza de Dios, emplea los años de su vida en complacer a los espíritus malignos; y además entrega sus años floridos a una cruel, quien gasta, conforme a la voluntad del enemigo que para su mal le domina, el tiempo que ha recibido para vivir. Por eso, muy bien se añade: *A no ser que quieras que los extraños se enriquezcan con tus bienes y vaya a parar en casa de otro el fruto de tus sudores.* Luego quien con la salud que ha recibido en el cuerpo y con la sabiduría de que ha sido adornado en la mente trabaja, no para practicar virtudes, sino para cometer pecados, obrando o lujuriosa o soberbiamente, enriquece con el fruto de los sudores suyos no, por cierto, su casa, sino la casa de los extraños, esto es, las obras de los espíritus inmundos, porque, asociándose a ellos, aumenta el número de los que se pierden.

Y con acierto se agrega: *Por donde tengas al fin que gemir, cuando habrás consumido tus carnes y tu cuerpo.* Generalmente los vicios gastan la salud de la carne, y cuando se pierde, la carne se ve en seguida atormentada con molestias, y cuando ya el alma se apresura a salir, entonces se solicita con afán, como para vivir bien, la salud perdida y por tanto tiempo mal empleada; y cuando ya no pueden los hombres reparar los años de su negligencia sirviendo a Dios, entonces gimen porque no quisieron servirle; por lo que en otro lugar se dice (Ps. 77,34): *Cuando el Señor hacía en ellos mortandad, entonces recurrían a él.*

Pero a los enfermos, por el contrario, se les debe exhortar a que se tengan por hijos de Dios, precisamente porque los flagela con el azote de la corrección, pues si no determinara dar la herencia a los corregidos no cuidaría de enseñarlos con las molestias; que por eso el Señor dice a San Juan por el ángel (Apoc. 3,19): *Yo reprendo y castigo a los que amo;* y por eso otra vez está escrito (Prov. 3,11): *No rehuses, hijo mío, la corrección del Señor ni desmayes cuando El te castigue, porque el Señor castiga a los que ama y azota a todo el que recibe por hijo;* y por eso dice el Salmista (Ps. 33,20): *Muchas son las tribulaciones de los justos, pero de todas los librará el Señor.* También por eso el santo Job, clamando en su dolor, dice (10,15): *Si yo fuere justo, no levantaré cabeza, estando como estoy agobiado de aflicciones y miserias.*

Hay, pues, que decir a los enfermos que, si creen que su patria es el cielo, necesario es que en la patria de aquí, como en extraña, padezcan trabajos; que a cuento de esto viene el que se labraran

afuera las piedras para que en la construcción del templo del Señor se colocaran sin ruido de martillos; es decir, que ahora, afuera, nos vemos golpeados por los azotes para que luego seamos colocados en el templo del Señor sin golpes de corrección. Así que quiten los golpes ahora cuanto de superfluo haya en nosotros y después acóplenos al edificio la sola concordia de la caridad.

Se ha de aconsejar a los enfermos que consideren cómo, para que logren las herencias terrenas, los hijos carnales son corregidos con los azotes de la disciplina. ¿Por qué, pues, se nos ha de hacer dura la pena de la corrección divina, por la cual se logra una herencia que jamás se ha de perder y se evitan los suplicios que han de durar para siempre? Por eso es por lo que dice San Pablo (Hebr. 12,9): *Si tuvimos a nuestros padres carnales que nos corrigieron y los respetábamos, ¿no es mucho más justo que obedezcamos al Padre de los espíritus para alcanzar la vida eterna? Por cierto, que aquéllos en pocos días nos corregían conforme a su voluntad, mientras que éste sólo en lo que es útil para recibir su santificación.*

Se debe aconsejar a los enfermos que consideren de cuánta salud para el alma sirve la molestia del cuerpo, porque ella llama con insistencia al alma al conocimiento de sí misma; y cómo el aviso de la enfermedad reforma al alma, a la cual, por lo común, la salud trae descuidada; y así, el espíritu que, olvidado de sí, es llevado al engreimiento, por el tormento que sufre en la carne, viene a acordarse de la condición a que está sujeto.

Lo cual se significa por Balaam, en el mismo retraso de su viaje (pero si hubiera querido seguir obediente a la voz de Dios) (Num. 22). Porque Balaam se encamina a realizar su propósito, pero se lo impide el animal que él guiaba. En efecto, detenida por la prohibición, el asna ve al ángel, al cual no ve el espíritu humano, y es que muchas veces la carne, detenida por sus molestias, con su dolor hace que el alma conozca a Dios, al cual no veía el espíritu, que la rige; y de este modo impide los deseos del espíritu, que, como de paso, quiere el provecho de este mundo, hasta que llega a conocer al que, invisible, le sale al paso en el camino. [51.] Por lo cual dice muy bien San Pedro (2 Petr. 2,16): *Recibió el castigo de su locura; una bestia muda, en que iba montado, hablando en lenguaje humano, refrenó la necedad del profeta.* En efecto, el hombre necio es corregido por la bestia muda en que va montado cuando el cuerpo recuerda al alma que se ensoberbece la virtud de la humildad que debía tener. Pero Balaam no recibió este don de la corrección, precisamente porque, yendo a maldecir, cambió las palabras, pero no la intención.

Debe aconsejarse a los enfermos que consideren cuán grande don sea la molestia del cuerpo, la cual lava los pecados cometidos y reprime los que podían cometerse, y que, arrancándolas de las llagas exteriores, clava en el alma conmovida las llagas de la penitencia, conforme a lo que está escrito (Prov. 20,30): *Púrganse los males por las llagas y con incisiones que penetran hasta las entrañas.* Púrganse los males por las llagas, esto es, que el dolor de los castigos purga

las maldades, así las de pensamiento como las de obra, pues con el nombre de entrañas suele entenderse generalmente el alma, porque, así como el vientre consume las viandas, así el alma, considerando las molestias, las purifica. Y que por las entrañas o el vientre se significa el alma enséñalo aquella sentencia en la que está escrito (Prov. 20,27): *El espíritu del hombre es una antorcha divina que penetra todo lo secreto del corazón;* como si dijera: Cuando la iluminación del Espíritu divino llega al alma del hombre, iluminándola, hace que se conozca a sí misma ella, que antes de la venida del Espíritu Santo podía, sí, mantener malos pensamientos, pero no sabía expiarlos. Púrganse, pues, los males por las llagas y con incisiones que llegan hasta las entrañas, porque, cuando somos heridos exteriormente, callados y sufridos, nos acordamos de nuestras culpas y traemos ante nuestros ojos todo lo malo que habemos hecho; y así, por esto que padecemos exteriormente, interiormente nos dolemos más de lo que hemos pecado; con lo cual sucede que, por medio de las llagas exteriores del cuerpo, nos purifique más la herida secreta del corazón, porque la herida secreta del corazón cura la malicia de la obra perversa.

Para que los enfermos conserven la virtud de la paciencia se les debe exhortar a que continuamente consideren cuántos males soportó nuestro Redentor por sus criaturas; cómo aguantó tantas injurias que le inferían sus acusadores; cómo El, que continuamente arrebata de las manos del antiguo enemigo las almas cautivas, recibió las bofetadas de los que le insultaban; cómo El, que nos lava con el agua de la salvación, no hurtó su rostro a las salivas de los pérfidos; cómo El, que con su palabra nos libra de los suplicios eternos, toleró en silencio los azotes; cómo El, que nos concede honores permanentes entre los coros de los ángeles, aguantó los bofetones; cómo El, que nos libra de las punzadas de los pecados, no hurtó su cabeza a la corona de espinas; cómo El, que nos embriaga de eterna dulcedumbre, aceptó en su sed la amargura de la hiel; cómo El, que adoró por nosotros al Padre, aun siendo igual a El en la eternidad, calló cuando fué burlonamente adorado; cómo El, que dispensa la vida a los muertos, llegó hasta morir, siendo El mismo la Vida.

¿Por qué, pues, se tiene por cosa dura el que un hombre aguante de Dios los azotes a cambio de males, cuando Dios soportó de los hombres tantos males a cambio de bienes? ¿O quién de sano juicio se mostrará descontento de sus castigos, cuando él mismo, que aquí vivió sin pecado, no salió de aquí sin ser flagelado?

CAPITULO XIII

De un modo se debe aconsejar a los que por temor de los castigos viven sin culpa y de otro modo a los que se han endurecido en la maldad, de tal suerte que ni por los castigos se corrigen

52. Porque a los que temen los castigos se les debe aconsejar que jamás tengan por cosa grande los bienes temporales que ven tener también los malos, y que jamás rehuyan como intolerables los males presentes, con los que no ignoran que son afligidos muchas veces los buenos.

Se debe aconsejar a los que temen los castigos que, si quieren verse libres de los verdaderos males, teman los suplicios eternos, mas sin detenerse en el temor de tales suplicios, sino que vayan creciendo con el sustento de la caridad hasta vivir la gracia del amor; porque escrito está (1 Io. 4,18): *La perfecta caridad echa fuera al temor servil;* y en otra parte (Rom. 8,15): *No habéis recibido ahora el espíritu de servidumbre para obrar todavía solamente por temor, como esclavos, sino que habéis recibido el espíritu de adopción de hijos, en virtud del cual clamamos con toda confianza: Abba!, esto es, ¡Padre mío!* Por lo que el mismo Doctor vuelve a decir (2 Cor. 3,17): *Donde está el espíritu del Señor, allí hay libertad.* Luego, si todavía el temor del castigo es el que aparta de obrar mal, cierto es que no goza de libertad alguna el alma que teme; porque, si no temiese el castigo, sin duda cometería el pecado. Así es que el alma a quien sujeta la servidumbre del temor desconoce el don de la libertad. El bien, pues, debe ser amado por sí mismo, y no se debe practicar a impulsos del temor de las penas; porque quien obra el bien exclusivamente porque teme los males de los tormentos, quiere que no hubiera qué temer para atreverse a obrar lo ilícito. Por donde aparece más claro que la luz que con el deseo se pierde la inocencia ante Dios, en cuya presencia se peca.

Por el contrario, aquellos a quienes ni los castigos apartan de sus iniquidades, deben ser acometidos con reprensión tanto más acerba cuanto mayor es la insensibilidad en que se han encastillado.

Generalmente, pues, se les debe mostrar desdén por indignos, pero sin desdeñarlos; y se les debe mostrar desconfianza, pero sin desesperarlos, sino de tal manera que la desconfianza que se les muestra los haga temer, y la amonestación que se añade los torne a la esperanza; así es que hay que sacar a plaza las severas sentencias de Dios contra ellos, para que, considerando la eterna maldición, se reconozcan.

Oigan, pues, que en ellos se ha cumplido lo que está escrito (Prov. 27,22): *Aun cuando majares al necio en un mortero como se maja la cebada con el mazo, no desprenderías de él su necedad.*

Contra ellos se queja el profeta del Señor cuando dice (Ier. 5,3): *Molístelos a golpes, y no han hecho caso de la corrección.*

Por eso dice el Señor (Ier. 15,7): *Hice muertes y estragos en mi pueblo, y ni aun con todo eso han retrocedido de sus malos caminos.* Por lo mismo vuelve a decir (Is. 9,13): *El pueblo no se ha convertido hacia aquel que le hiere.*

Por esto, con palabras propias de los que castigan, se lamenta el profeta Jeremías (51,9) diciendo: *Hemos medicinado a Babilonia, y no ha sanado.* Babilonia, pues, es medicinada; pero, no obstante, no llega a sanar, cuando el alma, derramada en obras malas, no escucha las palabras de la corrección; siente los golpes de la corrección, pero no hace caso de volver al camino recto de la salvación. Por lo que el Señor reprende al pueblo de Israel, cautivo y, con todo, no convertido, cuando dice (Ez. 22,19): *Por cuanto todos* los de la casa de Israel *habéis venido a ser escoria,* yo os *reuniré como quien junta plata, y cobre, y estaño, y hierro, y plomo en medio de la fragua*; como si claramente dijera: He querido purificarlos con el fuego de la tribulación y busqué hacerlos o como plata o como oro, pero en el crisol se han convertido en cobre, y en estaño, y en hierro, y en plomo, porque en medio de la tribulación se entregaron impetuosamente a los vicios.

53. Ahora bien, el cobre, cuando es golpeado, suena más que los otros metales; por tanto, quien, golpeado, suena con el ruido de la murmuración, en medio del crisol se ha convertido en cobre; y el estaño, cuando se elabora con arte, aparenta el aspecto de la plata; así es que quien con la tribulación no se desprende del vicio de la disimulación, en la fragua se ha convertido en estaño; válese del hierro quien acecha la vida del prójimo, y así, quien con la tribulación no se desprende de la malicia de causar daño hácese hierro en el crisol; también el plomo es el más pesado de todos los metales; se halla, pues, con que es plomo quien tan oprimido se encuentra por el peso del pecado, que aun en medio de la tribulación no se aligera de los deseos terrenales. Por eso de nuevo está escrito (Ez. 24,12): *Se ha trabajado con afán, pero no se ha podido quitar su mucho sarro ni aun a fuerza del fuego.* El fuego, pues, de la tribulación nos remueve para purgarnos del sarro de los vicios, pero ni a fuerza del fuego perdemos el sarro cuando aun en medio de los castigos no nos privamos del vicio. Por eso dice otra vez el profeta (Ier. 6,29): *Inútilmente derritió los metales en el crisol el fundidor, pues que no han sido consumidas las maldades de ellos.*

Pero es de saber que alguna vez, cuando, a pesar de los castigos, permanecen sin corregirse, deben ser cautivados con una amonestación suave, pues a los que no corrigen los golpes fuertes, a veces las blanduras los retraen de sus malas acciones; que también el agua tibia ha devuelto la salud a quienes no pudo curar una poción fuerte de jugos de hierbas; y algunas heridas que no pueden curarse con la incisión se curan con fomentos de óleo; y el duro diamante resiste la incisión del hierro, pero se ablanda con la sangre templada de los cabritos.

CAPITULO XIV

De un modo deben ser amonestados los excesivamente silenciosos y de otro los muy locuaces

A los muy callados hay que hacerlos saber que, cuando incautamente huyen de ciertos vicios, en su interior hállanse envueltos en otros peores; porque con frecuencia por reprimir inmoderadamente la lengua hablan mucho y peor en sus adentros; es decir, que los pensamientos se agolpan más en la mente, por lo mismo que los reprime la forzada guarda de un silencio indiscreto; y estos pensamientos fluyen además con tanta mayor abundancia, por lo regular, cuanto más seguros están de que no los ven al exterior los que los reprenderían. Por lo que, a veces, el alma se ensoberbece y menosprecia por débiles a cuantos oye hablar; y como cierra la boca del corazón, no conoce cuántos vicios descubre ensoberbeciéndose, pues reprime la lengua y engríe el alma; y como no considera su malicia y pecado, cuanto más en secreto censura a todos, con tanta mayor libertad lo hace.

Por tanto, debe aconsejarse a los excesivamente callados que procuren aprender con todo cuidado no sólo cómo deben comportarse exteriormente, sino también cómo deben hacerlo interiormente, de modo que teman el juicio oculto de sus pensamientos más que la reprensión que de sus palabras hagan los prójimos.

A propósito de esto también escribe Salomón (Prov. 5,1): *Atiende, hijo mío, a lo que te enseña mi sabiduría e inclina tus oídos a los documentos de mi prudencia, para que pongas guarda a los pensamientos.* Cierto es que nada hay en nosotros más huidizo que el corazón, porque huye de nosotros cuantas veces se desliza en malos pensamientos; que por eso dice el Salmista (39,13): *Mi corazón me ha abandonado,* y, por lo mismo, al volver en sí, dice (2 Reg. 7,27): *Tu siervo ha hallado su corazón para dirigirte esta plegaria.* [54.] Luego, cuando se reprime cuidadosamente el pensamiento, se halla el corazón que se acostumbró a huirse.

Además, por lo general, los excesivamente callados, cuando sufren algunas injusticias, irrumpen en un dolor más violento, por lo mismo que no cuentan lo que sufren; porque, si contaran sosegadamente las molestias sufridas, saldría del corazón el dolor; pues las heridas cerradas atormentan más, porque, cuando se echa fuera la podre que fermenta dentro, el dolor dispone para la salud. Deben, pues, saber esto los que callan excesivamente, para que no acrecienten la fuerza del dolor callando las molestias que sufren.

De manera que se les debe aconsejar que, si aman a los prójimos como a sí mismos, no les callen lo que justamente deben reprenderles, pues con la medicina de la palabra se concurre a la salud del uno y del otro, puesto que se reprime la acción mala y perversa en aquel que la ejecuta y en el que la sufre; con descubrir la herida se calma el ardor del resentimiento.

Por tanto, los que ven las malas acciones de los prójimos y, sin embargo, las callan, obran como quien a vista de las heridas esconde la medicina; y se hacen reos de la muerte por lo mismo que, pudiendo, no han querido dar el remedio.

En consecuencia, la lengua debe refrenarse discretamente, pero no tanto que no se la pueda soltar, pues está escrito (Eccli. 20,7): *El hombre sabio callará hasta un cierto tiempo;* esto es, de modo que, cuando lo considere oportuno, dejando a un lado el rigor del silencio, se ocupe útilmente, hablando lo que sea conveniente; que también está escrito en otro lugar (Eccl. 3,7): *Hay tiempo de callar y tiempo de hablar.*

Hay que examinar discretamente la variedad de los tiempos, para que no suceda: o que, cuando la lengua deba reprimirse, inútilmente se derrame en palabras, o que, cuando puede hablar con provecho, perezosamente se reprima. Considerando bien lo cual, dice el Salmista (140,3): *Pon, Señor, una guardia a mi boca y un candado que cierre oportunamente mis labios.* Pide, pues, que se ponga a su boca no una pared, sino una puerta, a saber, para que pueda abrirse y cerrarse. De lo cual también nosotros debemos aprender con cuidado cuándo deba la boca hablar con discreción y, asimismo, cuándo conviene que calle.

Pero, en cambio, a los que se entregan a la locuacidad se les debe aconsejar que miren atentos cuánto se apartan de la rectitud cuando se derraman en profusión de palabras, pues el alma humana, lo mismo que el agua, así como, contenida, sube a lo alto, porque busca el nivel de donde baja, así, suelta, se pierde, porque se desparrama inútilmente por lo más bajo. Pues así, ni más ni menos, cuando, por no reprimir la lengua, se desparrama en vanas palabras, viene como a desviarse en otros tantos arroyuelos, por lo que, además, no es capaz de tornar al interior de su propio conocimiento, porque, disipada por la locuacidad, no ahonda en lo profundo de la íntima consideración; pero, en cambio, queda toda al descubierto a los dardos del enemigo que le acecha, porque no estaba cercada de guardia alguna que la defienda; conforme a lo que está escrito (Prov. 25,28): *Como ciudad abierta y sin muros, tal es el hombre que, ofreciéndose hablar, no puede reprimir su necia verborrea.*

Según esto, la ciudad del alma, cuando no tiene el muro del silencio, está abierta a los dardos del enemigo; y cuando ella misma sale afuera por las palabras, se ofrece indefensa al enemigo, el cual la vence tan sin esfuerzo cuanto que ella misma, por medio de la locuacidad, pelea también en daño propio.

55. Y como generalmente el alma desidiosa es impelida a deslizarse por ciertos grados en la caída, cuando descuidamos el evitar las palabras ociosas, tal vez llegamos hasta las culpables, de suerte que primero place hablar de cosas ajenas y después morder con detracciones la vida de aquellos de quienes se habla, hasta que, al fin, rompe la lengua en contumelias manifiestas; de donde se siembran los celos, nacen las riñas, se encienden las hogueras del odio y se extingue la concordia de los corazones.

Por lo cual dice Salomón (Prov. 17,14): *El que suelta el dique de las aguas es como el que comienza la pelea;* pues soltar el dique de las aguas significa soltar la lengua en un torrente de palabras. Contrario a lo cual y en buen sentido se dice en otro lugar (Prov. 18, 4): *Son como agua profunda las palabras que salen de la boca de Dios.*

Por consiguiente, quien suelta el dique de las aguas es causa de las riñas; esto es, quien no refrena la lengua acaba con la concordia. En contra de lo cual está escrito (Prov. 26,10): *Quien impone silencio al necio aplaca los enojos;* pues cuando el locuaz no quiere refrenar su lengua, sucede que tampoco puede mantenerse en la rectitud de la justicia. Lo cual atestigua el profeta cuando dice (Ps. 139,12): *El hombre deslenguado no medrará en la tierra.* También por eso vuelve a decir Salomón (Prov. 10,19): *En el mucho hablar no faltará pecado.* De éstos dice Isaías: *El silencio es guardián de la justicia,* como dando a entender que el alma se despoja de la justicia cuando no se priva de la inmoderada locuacidad. Por eso dice Santiago (1,26): *Si alguno se precia de ser religioso sin refrenar su lengua, antes bien, engañando su corazón, la religión suya es vana.* Y de nuevo dice (1,19): *Sea todo hombre pronto para escuchar, pero retenido en hablar y refrenado en la lengua.* Y, por lo mismo, declarando el poder de la lengua, añade más adelante (3,8): *La lengua es un mal que no puede atajarse y está llena de mortal veneno.* De ahí que la misma Verdad nos advierte diciendo (Mt. 12,36): *De cualquier palabra ociosa que hablaren los hombres han de dar cuenta en el día del juicio;* y es ciertamente palabra ociosa toda la que no tiene razón de justa necesidad ni se propone piadosa utilidad. Luego si hasta de una palabra ociosa se ha de pedir cuenta, consideremos qué castigo esperará a la locuacidad, por la que llegamos a pecar hasta con palabras malas.

CAPITULO XV

De un modo se debe aconsejar a los parsimoniosos y de otro a los precipitados

Pues a los primeros se les debe persuadir a que no pierdan las obras buenas que se deben hacer, por dejarlas para después; y a los segundos se les debe aconsejar que no disminuyan el valor de las buenas obras con hacerlas antes del tiempo debido, por apresurarse incautamente.

De manera que al perezoso se le ha de hacer saber que muchas veces, cuando no queremos hacer oportunamente las cosas que podemos, poco después, cuando queremos, ya no podemos; porque la desidia del alma, cuando no se la sacude con oportuno ardor, se aumenta furtivamente con el sopor, el cual hace decaer totalmente el deseo del bien.

Por lo que claramente dice Salomón (Prov. 19,15): *La pereza hace venir al sueño;* pues el perezoso, cuando piensa rectamente,

está como despierto; pero cuando no hace nada, se adormece. Y se dice que la pereza hace venir al sueño porque cuando se deja de querer obrar bien, poco a poco se pierde además el cuidado de pensar bien. Por lo que acertadamente se añade: *Y el alma negligente padecerá hambre;* porque el alma, cuando no aspira con ardor a lo más alto, se derrama perezosa por los bajos deseos; y por lo mismo que se dispensa de someterse a disciplina, se derrama en deseos de placeres. [56.] Por eso el mismo Salomón dice otra vez (Prov. 21,25): *Los deseos consumen al perezoso.*

He ahí por qué, según enseña la misma Verdad, se dice que (Mt. 12), cuando salió un solo espíritu, la casa quedó limpia; pero que cuando vuelva con otros más, hallándola desocupada, la ocupa. Ordinariamente, el perezoso, cuando descuida hacer las cosas necesarias, se las presente unas como muy difíciles y teme hacer incautamente otras; y cuando le parece hallar alguna razón aparente para temer, declara que no obró tan mal con mantenerse inactivo. Al cual dice bien Salomón (Prov. 20,4): *No quiso arar el perezoso por miedo al frío; mendigará, pues, en verano y no le darán nada.*

En efecto, el perezoso no quiere arar por miedo al frío cuando, dejándose dominar por la desidia y la pereza, al pensar lo que debe hacer, o lo disculpa o no lo hace. También deja de arar el perezoso por miedo al frío cuando del contrario teme males pequeños y tolera que se hagan males mayores. Con razón, pues, se dice: *Mendigarán en verano, y nada le darán;* pues quien ahora no se esfuerza en obrar el bien, cuando aparezca más ardiente el sol del juicio, como en vano solicita entrar en el reino, mendiga en verano, y nada le darán.

Por eso, otra vez dice el mismo Salomón (Eccl. 11,4): *El que anda observando el viento, no siembra nunca, y el que atiende a que hay nubes, jamás se pondrá a segar.* Ahora bien, ¿qué se significa por el viento sino la tentación de los espíritus malignos? ¿Y qué por las nubes que mueve el viento sino las adversidades de los hombres malos? En efecto, los vientos empujan las nubes, porque los hombres malos son agitados por el soplo de los malos espíritus. Luego quien anda observando el viento, no siembra, y el que atiende a que hay nubes, jamás siega, porque quien teme la tentación de los espíritus malignos y quien teme la persecución de los hombres malos, ni ahora siembra los granos de las buenas obras ni después recogerá las gavillas de la santa retribución.

Mas, por el contrario, a los precipitados se les debe aconsejar que, cuando adelantan el tiempo de obrar el bien, echan a perder su valor y muchas veces vienen a caer en el mal por no discernir el bien. Estos jamás atienden a qué, cómo y cuándo han de obrar cada cosa, pero con frecuencia reconocen que no debieron hacer así lo que hicieron.

A éstos, bajo la figura de sus oyentes, dice bien Salomón (Eccli. 32,24): *Tú, hijo mío, no hagas cosa alguna sin consejo, y no tendrás que arrepentirte después de hecho;* y en otra parte (Prov. 4,25): *Adelántese tu vista a los pasos que des.* Adelántase la vista a los pasos

cuando a las obras preceden los rectos consejos. Por tanto, quien descuida prevenir con la consideración lo que hace, camina a ojos cerrados, y prosiguiendo anda el camino, pero no va mirando delante de sí, y por lo mismo cae más pronto, porque no atiende con la mirada de la consideración a donde debía poner el pie de la obra.

CAPITULO XVI

De un modo se debe exhortar a los mansos y de otro a los iracundos

Porque los mansos, cuando presiden, adolecen de algo parecido y como consiguiente a la indolencia del abandono, pues ordinariamente, por estar inclinados a la lenidad, suavizan más de lo necesario la severidad del rigor; pero los iracundos, por el contrario, cuando ocupan el mando, del mismo modo que, si la ira los impele, se precipitan en la vesania, así también, si se hallan en el disipado sosiego del descanso, introducen la relajación en la vida de los súbditos.

57. Estos, cuando el furor los arrebata, airados, no saben lo que han hecho y desconocen lo que, airados, se atormentan a sí mismos; y lo que es más grave, a veces piensan que el arrebato de la ira es celo de la justicia, y cuando el vicio se tiene por virtud, sin temor se aumenta la culpa.

Con frecuencia, pues, los mansos se muestran débiles, porque les da pena el reprender, y con frecuencia los iracundos se engañan pretextando celo de la rectitud. A la virtud de los primeros se agrega ocultamente el vicio; en cambio, a los segundos su vicio les parece como virtud ferviente.

Debe, por tanto, aconsejarse a los primeros que huyan de lo que se les agrega, y a los segundos, de lo que tienen. Atiendan aquéllos a lo que no tienen; éstos, a lo que tienen. Háganse solícitos los mansos; reprueben los iracundos su irritabilidad.

A los mansos se les debe aconsejar que procuren tener también celo por la justicia; a los iracundos se les debe aconsejar que al celo que ellos piensan tener junten la mansedumbre; pues precisamente por eso el Espíritu Santo se muestra en figura de paloma y de fuego, porque a todos los que llena los hace aparecer mansos con la sencillez de la paloma e inflamados con el ardor del celo. Por consiguiente, no está en modo alguno lleno del Espíritu Santo quien, tranquilo en la mansedumbre, abandona el ardor del celo, ni tampoco quien con el ardor del celo pierde la virtud de la mansedumbre.

Todo lo cual mostraremos mejor si traemos a cuento el modo de enseñar de San Pablo, quien a dos discípulos, y dotados de igual caridad, les da, no obstante, distintos consejos para la predicación, ya que, aconsejando a Timoteo, dice (2 Tim. 4,2): *Reprende, ruega, exhorta con toda paciencia y doctrina;* y, aconsejando asimismo a Tito, dice (Tit. 2,15): *Esto es lo que has de enseñar, y exhorta y reprende con plena autoridad.* ¿Cómo es que distribuye con tal arte su

enseñanza que, para mostrarle, al uno le recomienda que lo haga con autoridad y al otro que lo haga con paciencia, sino porque ve que Tito es de espíritu más manso y que Timoteo es algo más vehemente? A aquél le estimula con el cuidado del celo; a éste le modera con la suavidad de la paciencia; añade a aquél lo que le falta; substrae a éste lo que le sobra; pone cuidado en avivar a aquél con la espuela y en moderar a éste con el freno. Así, el gran Cultivador de la Iglesia, que ha tomado a su cargo, riega los sarmientos que deben crecer y los poda cuando los ve crecer más de lo justo, a fin de que ni dejen de dar fruto por crecer ni, por crecer inmoderadamente, pierdan los que han brotado.

Pero son distintas la ira que brota insensiblemente bajo apariencia de celo y la ira que arrebata el corazón turbado, sin pretexto de justicia; pues aquélla se muestra desordenadamente en lo que debe, pero ésta siempre se enardece hasta en lo que no debe. Es, pues, de saber que los iracundos se diferencian de los impacientes en que los unos no toleran ni lo que ellos mismos hacen, y a los otros aun lo que se tolera los desazona.

De manera que los iracundos atacan aun a los que se les doblegan, promueven la ocasión de reñir, gozan con el trabajo de contender; a los cuales, no obstante, corregimos mejor si nos doblegamos ante su misma irritación, pues, una vez perturbados, no se dan cuenta de lo que oyen; pero, vueltos en sí, escuchan las palabras de exhortación con tanto mayor gusto cuanto más se avergüenzan de haber sido aguantados con la mayor tranquilidad; pues al alma ebria de furor, todo lo bueno que se le dice le parece malo; [58.] por eso (1 Reg. 25) Abigail calló plausiblemente a Nabal, cuando estaba ebrio, la culpa que éste había cometido, y cuando había digerido el vino, se la dijo plausiblemente también, y así pudo conocer el mal que había hecho y que, ebrio, no oyó.

Mas cuando los iracundos arremeten contra los otros de tal modo que no es posible doblegarse del todo, se les debe llamar la atención, no con manifiesta reprensión, sino tratándolos ingeniosamente con cierta cortesía.

Cosa que aclararemos mejor refiriendo el hecho de Abner (2 Reg. 2); es a saber: Como Asael corriera con incauta ligereza tras él, está escrito que Abner dijo a Asael: *Retírate, deja de perseguirme, no me pongas en trance de verme forzado a coserte en la tierra con la lanza;* el cual no hizo caso ni quiso desviarse; entonces Abner, volviendo de través la lanza, con la parte inferior hirióle en una ingle y atravesóle de parte a parte, dejándole muerto. Y ¿de quién es figura Asael sino de aquellos a quienes el furor precipita, arrebatándolos excesivamente, los cuales deben ser esquivados en el ímpetu de su furor con tanta mayor cautela cuanto más locamente están arrebatados? Por eso también huye Abner—nombre que en nuestra lengua significa «luz del padre»—, porque la lengua de los doctores, que da a conocer la suprema luz de Dios, cuando ve que el alma de alguno se deja llevar por los precipicios del furor y deja de lanzar contra él los dardos de su palabra, obra como quien no

quiere herir a quien le persigue. Mas cuando los iracundos no se aplacan con reflexión alguna y, como Asael, no dejan de perseguir y de ensañarse, es necesario que los que intentan reprimir a los furiosos no se muestren ellos enfurecidos, sino que den muestras de tranquilidad; pero deben proferir cortésmente algunas palabras que indirectamente puncen el ánimo del furioso. También por eso es por lo que Abner, cuando se enfrentó contra su perseguidor, le traspasó, no directamente, sino de través con la punta de la lanza. Amenazar con la lanza es evitar el ímpetu de la increpación manifiesta, y herir al perseguidor con la lanza de través es tocar de algún modo y tranquilamente al furioso y vencerle, como quien perdona. Pero Asael cayó muerto en seguida, porque las almas sensibles, cuando de una parte advierten que se las perdona y de otra que, no obstante, se les habla con tranquilidad y razonablemente al interior, en seguida caen del furor con que se habían exaltado; por eso, los que con el toque suave vuelven atrás del ímpetu de su furor, mueren como a golpe de lanza.

CAPITULO XVII

De un modo se debe exhortar a los humildes y de otro a los soberbios

A los primeros se debe dar a conocer cuán verdadera es la gloria que conquistan esperando; a los segundos se debe persuadir de cuán vana es la gloria temporal que ambicionan y no logran.

Oigan los humildes cuán sin fin son los bienes que esperan y cuán pasajeros los que desprecian; oigan los soberbios cuán transitorios son los bienes que esperan y cuán eternos los que pierden.

De labios del Maestro oigan los humildes (Lc. 18,14): *Todo el que se humilla será ensalzado;* oigan los soberbios (ibid.): *y el que se ensalza será humillado.*

Oigan los humildes (Prov. 15,33): *A la gloria ha de preceder la humildad;* oigan los soberbios (Prov. 16,18): *A la caída precede la soberbia y antes de la ruina se remonta el espíritu.*

Oigan los humildes (Is. 66,2): *¿En quién pondré yo mis ojos sino en el humilde y contrito de corazón y que oye con temor mis palabras?* ; oigan los soberbios (Eccli. 10,9): *¿De qué se ensoberbece el que es tierra y ceniza?*

Oigan los humildes (Ps. 37,6): *Dios pone los ojos en las criaturas humildes;* oigan los soberbios (ibid.): *Y mira como lejos de sí a los altivos.*

59. Oigan los humildes (Mt. 20,28): *El Hijo del hombre no ha venido a ser servido, sino a servir;* oigan los soberbios (Eccli. 10,15): *El primer origen de todo pecado es la soberbia.*

Oigan los humildes (Phil. 2,8): *Nuestro Redentor se humilló a sí mismo, haciéndose obediente al Padre hasta la muerte;* oigan los soberbios lo que de su capitán está escrito (Iob 41,25): *El es el rey*

de todos los hijos de la soberbia. Por tanto, la soberbia del diablo se ha convertido en ocasión de la perdición nuestra; y la humildad de Dios ha servido de fundamento para nuestra redención; pues nuestro enemigo, criatura como las otras, quiso mostrarse más soberbio que todas; en cambio, nuestro Redentor, que es mayor que todos, se dignó hacerse un parvulito entre todos.

Dígase, pues, a los humildes que, al par que ellos se abajan, aumentan su semejanza con Dios; y dígase a los soberbios que, al par que ellos se engríen, descienden hasta imitar al ángel apóstata. Y, en verdad, ¿qué cosa hay más baja que la soberbia, que cuanto se levanta más de lo que es, tanto se aleja de la cima de la verdadera elevación? ¿Y qué cosa hay más sublime que la humildad, que cuanto más se baja, más se allega a su Autor, que mora en lo más alto?

Pero, tocante a esto, hay otra cosa que debe meditarse atentamente, y es que frecuentemente a los unos los engañan las apariencias de humildad y a los otros el desconocimiento de su soberbia; porque, muchas veces, a algunos que se creen humildes se les junta un temor tal cual no deben temer los hombres; y también muchas veces suele acompañar a los soberbios el sostener su libertad de hablar. Y así sucede que, cuando hay que reprender algunos vicios, aquéllos callan por temor y, no obstante, piensan que callan por humildad; éstos, en cambio, hablan por la impaciencia de la soberbia y, sin embargo, creen que hablan por la libertad de defender la rectitud.

A aquéllos, para que no reprendan lo malo, los contiene el vicio del temor bajo la apariencia de humildad; a éstos, para que reprendan lo que no deben o más de lo que deben, los empuja el desenfreno del temor con apariencias de libertad. Por lo que, así como se debe aconsejar a los soberbios que no sean más libres de lo conveniente, así debe aconsejarse a los humildes que no se bajen más de lo debido, para que no suceda, o que aquéllos truequen la defensa de la justicia en desahogo de la soberbia, o que éstos, por someterse más de lo necesario a los hombres, se vean obligados también a respetar sus vicios.

Hay que tener en cuenta, además, que muchas veces corregimos mejor a los soberbios si con las represiones mezclamos la suavidad de algunas alabanzas; y así, se les debe poner delante, o ciertas cosas buenas que en ellos hay, o bien decir que podían tenerlas, si es que no las tienen; con eso, después que lo bueno que se les ha mencionado y que les agrada ha dejado su ánimo propicio para escuchar, al fin deben reprenderse las cosas malas que nos desagradan; al modo que a los caballos indómitos los tocamos también primero con mano blanda para después sujetarlos mejor con el látigo, y a la medicina amarga se agrega la dulzura de la miel con el fin de que, gustando lo que ha de aprovechar a la salud, no se sienta su desagradable amargor, y de esta manera, engañado el gusto con la dulzura, se echa afuera, mediante lo que amarga, el humor de la enfermedad. Por tanto, a los soberbios se les deben suavizar los comienzos de la reprensión, mezclándolos con alabanzas, para que,

aceptando los aplausos, de que gustan, reciban también las reprensiones, que odian.

60. Con todo, generalmente podemos persuadir mejor a los soberbios las cosas útiles, si decimos que a ellos ciertamente les ha de aprovechar más bien que a nosotros, si les decimos que el hacerse ellos mejores los ha de aprovechar más que a nosotros y si les rogamos que lo hagan más bien por nosotros que por ellos; pues la soberbia se rinde fácilmente al bien cuando cree que en rendirse aprovecha también a otros.

Por eso Moisés, que por mandato de Dios caminaba por el desierto guiándole una nube del cielo, queriendo sacar de entre los gentiles a su pariente Hobab y ponerle bajo la obediencia del Omnipotente, le dice (Num. 10,29): *Nosotros partimos para el país cuyo dominio nos ha de dar el Señor; ven con nosotros para que te hagamos bien, pues el Señor ha prometido bienes a Israel;* y habiéndole respondido él: *No iré contigo, sino que me volveré a mi tierra, donde nací,* en seguida le añadió (v.31): *No nos abandones, ya que tú eres práctico de los sitios en que debemos acampar por el desierto y nos servirás de guía.* Y no es que a Moisés le apurara el desconocer el camino, puesto que el conocimiento de la Divinidad habíale dotado claramente de la ciencia profética, y le iba delante la nube, y su conversación familiar y frecuente con Dios le instruía interiormente de todo, sino que, varón verdaderamente discreto, hablando a un oyente ensoberbecido, le pidió ayuda para dársela él; requeríale por guía en el camino para poder guiarle él en la vida. Y así consiguió que el oyente soberbio se rindiera a la voz que le aconsejaba por lo mismo que pensaba aventajar a su consejero.

CAPITULO XVIII

De un modo se debe aconsejar a los pertinaces y de otro a los inconstantes

Porque a los pertinaces se les debe decir que presumen de sí más de lo que son y que por eso no se avienen con los consejos ajenos. En cambio, a los inconstantes se les debe persuadir de que se estiman en poco al desconfiar excesivamente de sí mismos, y que por eso, debido a la inseguridad de sus pensamientos, a cada paso cambian de parecer.

Hay que decir a aquéllos que, si no se creyeran valer más que los otros, jamás preferirían su parecer a los consejos de los demás. Hay que decir a éstos que, si de algún modo atendieran a lo que son, no los traería y llevaría por todas las playas el viento de la movilidad.

A aquéllos dice San Pablo (Rom. 12,16): *No queráis teneros dentro de vosotros mismos por sabios o prudentes;* oigan éstos, en cambio (Eph. 4,14): *No nos dejemos llevar aquí y allá de todos los vientos de las opiniones.*

De aquéllos dice Salomón (Prov. 1,31): *Comerán, pues, los frutos de su viña y se saciarán de sus consejos;* en cambio, de éstos escribe en otro lugar (Prov. 15): *El corazón de los necios es inconstante.* En efecto, el corazón de los sabios siempre es constante, porque, aquietándose con los rectos consejos, constantemente se encaminan a obrar el bien; por el contrario, el corazón de los necios es inconstante, porque, no hay duda, mostrándose vario nunca permanece igual que antes era.

Mas porque ciertos vicios, así como ellos engendran de sí mismos otros, así ellos nacen de otros, importa sobremanera saber que los hacemos desaparecer mejor cuando con la corrección secamos la misma fuente de su miseria. Así, pues, la pertinacia nace de la soberbia, y la inconstancia de la ligereza de carácter.

Por tanto, debe aconsejarse a los pertinaces que reconozcan la soberbia de su pensamiento y que procuren vencerse a sí mismos, para que no suceda que, desdeñando someterse exteriormente a los rectos consejos de los otros, queden interiormente cautivos de la soberbia. [61.] Se les debe aconsejar que consideren discretamente que el Hijo del hombre, quien siempre tiene una misma voluntad con el Padre, para darnos ejemplo en reprimir nuestra voluntad dice (Io. 6,38): *Yo he descendido del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad de Aquel que me ha enviado.* El cual, para recomendar más el valor de esta virtud, declara que esto mismo ha de observar en el último juicio, cuando dice (Io. 5,30): *No puedo yo de mí mismo hacer cosa alguna. Yo sentencio según oigo a mi Padre.* Así que, ¿con qué juicio desdeña el hombre acceder a la voluntad ajena, siendo así que el Hijo de Dios y del hombre, cuando viene a ostentar la gloria de su poder, afirma que no juzga de sí mismo?

Pero a los inconstantes, por el contrario, se les debe aconsejar que robustezcan su juicio con la firmeza; pues, si arrancan del corazón la raíz de su ligereza, entonces secan en sí los brotes de la versatilidad; porque asimismo, cuando se dispone un lugar sólido en que deba colocarse el cimiento, entonces se construye un edificio robusto; luego, mientras no se corrija la ligereza del juicio, tampoco se vence la inconstancia de los juicios. A lo cual se muestra bien ajeno San Pablo cuando dice (2 Cor. 1,17): *¿Acaso he dejado de obrar por inconstancia? ¿O las cosas que resuelvo las resuelvo a gusto de la carne, de modo que ya diga: Sí; ya: No?* Como si claramente dijera: No me dejo llevar del viento de la inconstancia, porque no me domina el vicio de la ligereza.

CAPITULO XIX

De un modo se debe aconsejar a los dominados por la gula y de otro a las abstinentes

Porque a aquéllos acompaña la vana locuacidad, la ligereza en el obrar y la lujuria; y a éstos muchas veces la impaciencia y otras muchas veces el vicio de la soberbia.

Que si a los dominados por la gula no los tomara la inmoderada locuacidad, aquel rico que a diario tenía espléndidos banquetes no sentiría la lengua tan fuertemente abrasada, que llega a decir (Lc. 16,24): *Padre Abrahán, compadécete de mí y envíame a Lázaro para que, mojando la punta de su dedo en agua, me refresque la lengua, pues me abraso en estas llamas.* Palabras con las que ciertamente se demuestra que, con haber banqueteado a diario, más frecuentemente había pecado con la lengua, puesto que, abrasándose todo, pedía refrigerio principalmente para su lengua.

En otro lugar, la autoridad sagrada atestigua que a los entregados a la gula acompaña en seguida la ligereza en el obrar, cuando dice (Ex. 32,6): *El pueblo se sentó a comer y beber y se levantaron después a divertirse.* Y es que la hartura conduce a los tales hasta la lujuria, porque, dilatándose el vientre con la hartura, se avivan los acicates de la sensualidad.

He ahí por qué al enemigo astuto, que despertó el sentido del primer hombre para que apeteciera la manzana, pero le sujetó con el lazo del pecado, la voz divina le dijo (Gen. 3,14): *Andarás arrastrándote sobre tu pecho;* como si le dijera: Por el pensamiento y la glotonería dominarás en el corazón de los hombres.

Y que a los dados a la gula acompaña la lujuria lo atestigua el profeta, que, narrando cosas manifiestas, deja entender las ocultas cuando dice: *El príncipe de los cocineros destruyó los muros de Jerusalén;* porque el príncipe de los cocineros es el vientre, al que con grande diligencia rinden honor los cocineros para que se sature agradablemente de alimentos; y los muros de Jerusalén son las virtudes del alma que se ha elevado en deseos de la paz celeste. Por tanto, el príncipe de los cocineros destruye los muros de Jerusalén, porque, cuando el vientre se dilata con la voracidad, las virtudes del alma se desvanecen por la lujuria. [62.] De no ser a sí y si las almas de los abstinentes no perdieran muchas veces la serenidad por la impaciencia, San Pedro, después de decir (2 Petr. 1, 5): *Habéis de poner todo vuestro cuidado en juntar con vuestra fe la fortaleza, con la fortaleza la ciencia, con la ciencia la templanza,* tampoco añadiría en seguida de propósito: *Con la templanza la paciencia.* Previó, pues, que a los abstinentes les falta la paciencia, y se la recomendó para que la tuviesen.

Además, si el vicio de la soberbia no se adentrase en el alma de los abstinentes, tampoco habría dicho San Pablo (Rom. 14,3): *El que no come no se meta a juzgar al que come.* El cual, hablando en

otro lugar a otros con el fin de reprimir las disposiciones de los que se gloriaban de la virtud de la abstinencia, añadió (Col. 2,23): *En las cuales* (disposiciones) *hay verdaderamente una apariencia de sabiduría en su observancia libre y acompañada de humildad y en castigar el cuerpo y no contemplar nuestra carne.*

Pasaje en el que se debe notar con cuidado que el egregio Doctor, en su disputa, equipara con la superstición el aparentar humildad; porque, cuando por la abstinencia se mortifica la carne más de lo debido, por fuera se hace ostentación de humildad, pero interiormente se ensoberbece mucho de esa misma humildad; pues si el alma no se ensoberbeciera muchas veces de la virtud de la abstinencia, el fariseo arrogante no la enumeraría de propósito como uno de los mayores méritos cuando dice (Lc. 18,12): *Ayuno dos veces a la semana.*

Por consiguiente, hay que recomendar a los inclinados a la gula que no se traspasen con el aguijón de la lujuria por entregarse al deleite de la comida; que consideren cuánta locuacidad y cuánta ligereza de juicio los acecha mediante la comida, y que no se dejen aprisionar con los lazos de los vicios por servir regaladamente al vientre, pues que tanto más nos alejamos del segundo Padre cuanto más repetimos la caída de nuestro primer padre por la desordenada costumbre de alargar la mano a la comida.

A los abstinentes, por el contrario, se les debe aconsejar que vigilen con cuidado, no sea que por huir del vicio de la gula les nazcan otros vicios peores a la sombra de la virtud, y no sea que, a la vez que mortifican la carne, se entregue el espíritu a la impaciencia, porque si la ira se apodera del espíritu, ya no hay virtud alguna en vencer la carne.

También algunas veces, cuando el alma de los abstinentes reprime la ira, cierta alegría que surge como extraña echa a perder y hace que se desvanezca el mérito de la abstinencia, por lo mismo que no se guardan de los vicios del espíritu. Por lo cual rectamente dice el profeta (Is. 58,3): *Es que en el día de vuestro ayuno hacéis todo cuanto se os antoja;* y poco después (v.4): *Es porque vosotros ayunáis para seguir los pleitos y contiendas y herir con puñadas a otros sin piedad.* Los antojos se refieren a la alegría; las puñadas, a la ira. En vano, pues, se mortifica la carne con la abstinencia cuando el alma, llevada de movimientos desordenados, se derrama en los vicios.

Debe exhortarse además a los abstinentes a que guarden su abstinencia, y que la guarden siempre sin cambiar, y que jamás la tengan por la virtud más excelente a los ojos del Juez oculto, no sea que, si tal vez se cree que es de gran mérito, se engría con soberbia; que por eso dice el profeta (Is. 58,6): *¿Acaso es éste el ayuno que yo estimo, y no más bien que partas tu pan con el hambriento y que a los pobres y a los que no tienen hogar los acojas en tu casa?* En lo cual es de considerar por cuán pequeña virtud se mira la abstinencia, la cual no se recomienda sino en atención a otras virtudes. Por eso Joel (1,14) dice: *Intimad el ayuno santo.* Santificar,

pues, el ayuno es ostentar una abstinencia de la carne digná de Dios, acompañada de las demás virtudes.

63. Debe exhortarse a los abstinentes a que sepan que entonces ofrecen una abstinencia digna de Dios cuando distribuyen a los menesterosos lo que de los alimentos substraen; pues debe oírse, entendiéndolo bien, lo que el Señor reprende por el profeta (Zach. 7,5): *Cuando ayunabais y plañíais en el quinto y séptimo mes durante estos setenta años, ¿acaso ayunasteis por respeto a mí? Y cuando comíais y bebíais, ¿acaso no lo hacíais mirando por vosotros mismos?* Y es que no ayuna por atención a Dios, sino por atención a sí mismo, quien ayuna, si no da a los menesterosos lo que por entonces quita a su estómago; antes bien, lo guarda para ofrecérselo al estómago después.

Para que ni el apetito de la gula haga a los unos decaer de la firmeza de su juicio, ni la carne mortificada suplante a los otros con el engreimiento, oigan aquéllos de labios de la Verdad (Lc. 21, 34): *Velad, pues, sobre vosotros mismos, no sea que se ofusquen vuestros corazones con la glotonería y la embriaguez y los cuidados de esta vida;* donde, además, se agrega un temor útil: *Y os sobrecoja de repente aquel día que será como un lazo que sorprenderá a todos los que moran sobre la superficie de toda la tierra.* Oigan éstos (Mt. 7, 15): *Nada que de afuera entre en el hombre puede hacerle inmundo; mas las cosas que proceden del hombre, ésas son las que dejan mácula en el hombre.*

Oigan aquéllos (1 Cor. 6,13): *Las viandas son para el vientre, y el vientre para las viandas; mas Dios destruirá aquél y éstas;* y otra vez (Rom. 13,13): *Andemos, no en comilonas y borracheras;* y de nuevo (1 Cor. 8,8): *Lo cierto es que el comer no es lo que nos hace recomendables a Dios.* Oigan éstos (Tit. 1,15): *Para los limpios, todas las cosas son limpias;* mas para los manchados e infieles nada hay limpio.

Oigan aquéllos (Phil. 3,19): *Cuyo Dios es el vientre y que hacen gala de lo que es su desdoro.* Oigan éstos (1 Tim. 4,1): *Algunos han de abandonar la fe y la verdad;* y poco después (v.3): *Quienes prohibirán el matrimonio y el uso de los manjares que Dios creó para que los tomasen con hacimiento de gracias los fieles y los que han conocido la verdad.*

Oigan aquéllos (Rom. 14,21): *Bien está no comer carne y no beber vino ni tomar otra cosa por la cual se escandaliza tu hermano.* Oigan éstos (1 Tim. 5,23): *Usa un poco de vino por causa de tu estómago y de tus frecuentes enfermedades.*

Aprendan, por tanto, aquéllos a no apetecer desordenadamente los alimentos de la carne; y éstos no se atrevan a condenar una criatura de Dios que ellos no apetecen.

CAPITULO XX

De un modo se debe aconsejar a los que ya distribuyen caritativamente los bienes suyos y de otro a los que pretenden apropiarse aun los bienes ajenos

Porque a los que ya distribuyen misericordiosamente los bienes suyos se les debe aconsejar que no se tengan, engreídos en su pensamiento, por más que aquellos a quienes reparten generosamente sus bienes, y que no se estimen como mejores precisamente porque ven que ellos sostienen a los demás; pues que también el dueño de una casa terrena, cuando distribuye la colocación y servicios de los criados, dispone que unos manden y que otros obedezcan, a unos ordena que provean lo necesario para los demás y a otros que coman lo que de ésos han recibido, y, con todo, muchas veces los que mandan desagradan al padre de familias, y los que obedecen se mantienen gratos a él; merecen su enojo los que son administradores y perseveran sin molestar los colocados bajo el mando de otro.

Por tanto, a los que ya distribuyen por misericordia los bienes suyos se les debe aconsejar que se reconozcan puestos por el Señor del cielo como administradores de los subsidios temporales y que se comporten con humildad, por lo mismo que saben que son de otro las cosas que dispensan, y que, considerando que están puestos al servicio de aquellos a quienes dan lo que han recibido, jamás engría su alma la soberbia, antes bien el temor la contenga. [64.] Por lo cual también es necesario que reflexionen con cuidado para que no desempeñen mal su cometido, no sea que o den algunas cosas a quienes no deben dar ninguna, o no den ninguna a quienes deben dar algunas, o den muchas a quienes deben dar pocas, o den pocas a quienes deben dar muchas. No los asalte el deseo de recibir recompensa, ni el apetito de gloria pasajera extinga el mérito de la dádiva, ni le acompañe pena que anule el don ofrecido, ni se alegre el alma más de lo debido por el don justamente prestado, ni se atribuyan a sí cosa alguna cuando todo lo hayan realizado debidamente, no sea que, después de haberlo hecho todo, vengan al cabo a perderlo todo.

Y para que no se atribuyan a sí la virtud de su liberalidad, oigan lo que está escrito (1 Petr. 4,11): *Quien tiene algún ministerio, ejercítelo como una virtud que Dios le ha comunicado.*

Para que no se gocen inmoderadamente en sus buenas obras, oigan lo que está escrito (Lc. 17,10): *Después que hubiereis hecho todas las cosas que os han mandado, habéis de decir: Somos siervos inútiles, hemos hecho lo que teníamos obligación de hacer.*

Para que la tristeza no eche a perder la donación, oigan lo que está escrito (2 Cor. 9,7): *Dios ama al que da con alegría.*

Para que no busquen gloria transitoria por el favor que conceden, oigan lo que está escrito (Mt. 6,3): *Haz que tu mano izquierda*

no perciba lo que hace tu derecha, esto es, que a la dádiva piadosa jamás se mezcle el deseo de gloria de la vida presente, sino que la buena obra no apetezca el aplauso.

Para que no requieran el retorno del favor dispensado, oigan lo que está escrito (Lc. 14,12): *Tú, cuando das comida o cena, no convides a tus amigos, ni a tus hermanos, ni a los parientes o vecinos ricos, no sea que también ellos te conviden a ti y te sirva esto de recompensa; sino que, cuando haces algún convite, has de convidar a los pobres y a los tullidos, y a los cojos y a los ciegos, y serás afortunado, porque no pueden pagártelo.*

Para que lo que debe darse en seguida no se dé tarde, oigan lo que está escrito (Prov. 3,28): *No digas a tu amigo: Anda y vuelve, mañana te daré, pudiendo dárselo.*

Para que, bajo pretexto de largueza, no derrochen lo que poseen, oigan lo que está escrito (2 Cor. 9?): *Sudet eleemosyna in manu tua* (texto que no hallo; puede sustituirle éste, Eccli. 29,27: Sostén al prójimo según tu posibilidad, pero mira también por ti mismo, a fin de que no te precipites).

Para que cuando se necesite mucho no se dé poco, oigan lo que está escrito (2 Cor. 9,6): *Quien escasamente siembra, cogerá escasamente.*

Para que cuando conviene dar poco no den mucho, y luego no se impacienten ellos mismos por tener que aguantar la escasez, oigan lo que está escrito (2 Cor. 8,13): *No se pretende que los otros tengan holganza y vosotros estrechez, sino que haya igualdad, supliendo al presente vuestra abundancia la necesidad de los otros, para que asimismo su abundancia sea también suplemento a vuestra indigencia.* Porque cuando el ánimo del que da no sabe soportar la escasez, si se priva de mucho, busca, con daño suyo, ocasión de impacientarse. Por tanto, primero se debe preparar el ánimo a la paciencia y después ya se puede dar o mucho o todo; no suceda que, por no soportar con bastante tranquilidad la estrechez que acomete, además de perder el mérito de la dádiva hecha antes, pierda al alma además la murmuración subsiguiente.

Para que no hagan eso de no dar nada a quienes se debe dar algo, aunque sea poco, oigan lo que está escrito (Lc. 6,30): *A todo el que te pida, dale.*

65. Y para que no den cosa alguna a los que nada en absoluto se debe dar, oigan lo que está escrito (Eccli. 12,5): *Sé liberal con el hombre de bien y no apoyes al pecador. Haz bien al humilde y no concedas dones al impío.* Y en otro lugar (Tob. 4,18): *Pon tu pan y tu vino sobre la sepultura del justo, y no comas ni bebas de ello con los pecadores.* Y da su pan y su vino a los pecadores quien reparte socorros a los inicuos precisamente por ser inicuos. Por eso también algunos ricos de este mundo mantienen histriones con abundantes larguezas, mientras los pobres de Cristo se ven atormentados por el hambre. Ahora, quien da su pan al indigente pecador, mas no por ser pecador, sino porque es hombre, sin duda mantiene

no al pecador, sino a un pobre justo, porque en él no ama la culpa, sino la naturaleza.

También se debe aconsejar a los que ya reparten caritativamente sus bienes que, cuando con la limosna redimen los pecados cometidos, cuiden solícitos de no cometer otros que tengan que redimir después; que no tengan por venal la justicia de Dios, creyendo que, porque procuran dar dinero por los pecados, ya pueden pecar impunemente (Mt. 6,25): *Pues qué, ¿no es más el alma que el alimento, y el cuerpo que el vestido?* Luego quien da comida o vestido a los pobres, pero, no obstante, se mancha con la iniquidad del alma o del cuerpo, ofrece a la justicia lo que es menos y al pecado lo que es más: ha dado a Dios sus cosas, pero él se ha entregado al diablo.

Por el contrario, a los que hasta lo ajeno quieren apropiarse se debe aconsejar que oigan con atención lo que el Señor dirá cuando venga al juicio, pues dice (Mt. 25,42): *Tuve hambre, y no me disteis de comer; sed, y no me disteis de beber; era peregrino, y no me recogisteis; desnudo, y no me vestisteis;* a los cuales rechaza antes diciendo (v.41): *Apartaos de mí, malditos; id al fuego eterno, que fué destinado para el diablo y sus ángeles.*

He ahí, no oyen que cometieran rapiñas u otras cosas violentas y, no obstante, son entregados a los fuegos eternos del infierno. De donde debe, por tanto, colegirse a qué gran castigo serán condenados los que arrebatan lo ajeno cuando tan severamente son castigados los que retuvieron indiscretamente lo propio. Reflexionen de qué castigo los hace reos la cosa robada cuando a tal pena los condena lo que no han entregado; reflexionen qué merecerá la injusticia cometida cuando la piedad no ejecutada tal castigo merece.

Cuando pretendan apropiarse lo ajeno, oigan lo que está escrito (Hab. 2,6): *¡Ay de aquel que amontona lo que no es suyo! ¿Hasta cuándo recogerá él, para daño suyo, el denso lodo de las riquezas?* Ahora bien, recoger el avaro para daño suyo el denso lodo significa acumular riquezas terrenas a costa del pecado.

Cuando deseen ampliar el espacio de una casa grande, oigan lo que está escrito (Is. 5,8): *¡Ay de vosotros los que juntáis casa con casa y agregáis heredades a heredades hasta que no quede ya más terreno! ¿Por ventura habéis de habitar vosotros solos en medio de la tierra?* Como si claramente dijera: ¿Hasta dónde queréis extenderos los que no queréis copartícipes en el bien común? Oprimís, sí, a los cercanos, mas siempre hallaréis otros contra quienes podáis extenderos.

Cuando hambrean acrecentar los caudales, oigan lo que está escrito (Eccli. 5,9): *El avariento nunca se saciará de dinero, y quien ama ciegamente las riquezas, ningún fruto sacará de ellas.* Ciertamente sacaría fruto de ellas si, no apegándose a ellas, quisiera distribuirlas bien; pero quien las retiene con amor, también peca sin fruto.

Cuando a la vez arden en deseos de poseer toda clase de riquezas, oigan lo que está escrito (Prov. 28,20): *Quien se afana demasiado*

por enriquecerse no estará exento de culpa; porque, en efecto, quien ambiciona aumentar riquezas, no se da cuenta del lazo del pecado que le estrangula.

66. Cuando desean cualesquiera ventajas del mundo presente y se olvidan de los males que padecerán en lo futuro, oigan lo que está escrito (Prov. 20,21): *El patrimonio adquirido desde el principio y apriesa, al fin carecerá de bendición.* En esta vida principiamos el camino para llegar en el último día a la herencia de la bendición; por tanto, quienes desde el principio se apresuran por heredar, se cercenan la herencia de bendición del último día, porque cuando por el pecado de avaricia apetecen enriquecerse aquí, se hacen allí desheredados del eterno patrimonio.

Y cuando ambicionan muchas cosas o pueden conseguir cuanto ambicionan, oigan lo que está escrito (Mt. 16,26): *¿De qué le sirve al hombre el ganar todo el mundo si pierde su alma?* Como si la Verdad dijera claramente: Con sólo que el hombre pierda eso mismo que él es, ¿qué le aprovecha amontonar todo lo que está fuera de él?

Con todo, generalmente se corrige más pronto la avaricia de los raptores si quien los aconseja pone de manifiesto cuán fugitiva sea la vida presente; si los hace recordar cuántos que en esta vida trabajaron con afán y largo tiempo por enriquecerse no pudieron, sin embargo, disfrutar mucho tiempo las riquezas allegadas: una muerte prematura les quitó de repente cuanto su maldad había acumulado, no de una vez ni de repente, los cuales no sólo dejaron aquí lo que habían arrebatado, sino que llevaron consigo al juicio la condenación de su rapiña.

Así que oigan los ejemplos de éstos, a los cuales sin duda también ellos condenan con sus palabras, para que, cuando las palabras lleguen al corazón, por lo menos se avergüencen de imitar a los que condenan.

CAPITULO XXI

De un modo se debe exhortar a los que ni apetecen los bienes ajenos ni dan generosamente los suyos, y de otro modo a los que dan lo que tienen y, no obstante, no dejan de apoderarse de lo ajeno

A los que ni apetecen los bienes ajenos ni dan generosamente los suyos se les debe aconsejar que con gran diligencia tengan presente que la misma tierra de que ellos se han provisto es común a todos los hombres y, por tanto, también da en común frutos para todos. En vano, pues, se tienen por inculpables los que reclaman exclusivamente para sí el don común de Dios, los cuales, cuando no dan de lo que han recibido, contribuyen a la muerte de los prójimos, porque casi a diario hacen perecer a tantos cuantos

son aquellos a quienes, por guardarlos para sí, privan de los subsidios de los pobres que se mueren.

Cuando suministramos, pues, algunas cosas necesarias a los indigentes, los devolvemos lo que es suyo, no damos generosamente lo nuestro: satisfacemos una deuda de justicia más bien que realizar una obra de misericordia, y por eso la misma Verdad, cuando habla de que se ha de practicar cautamente la misericordia, dice (Mt.. 6,1): *Guardaos de hacer vuestras buenas obras en presencia de los hombres, con el fin de que os vean;* y ensalzando esta doctrina, dice el Salmista (Ps. 111,9): *Derramó a manos llenas sus bienes entre los pobres, su justicia permanece eternamente.* Al hablar, pues, de esta largueza dispensada a los pobres, quiso ante todo llamarla, no misericordia, sino justicia, porque lo que da el Señor de todos sin duda que es justo que quien lo recibe lo use en común. También por esto dice Salomón (Prov. 21,26): *El justo da y nunca cesa.*

Se les debe aconsejar asimismo que mediten cuidadosamente que, contra la higuera que no dió fruto, el severo labrador se queja aun de que ocupe un lugar en la tierra (Lc. 13); pues la higuera ocupa infructuosamente la tierra cuando el alma de los endurecidos guarda inútilmente lo que podría aprovechar a muchos; la higuera ocupa infructuosamente la tierra cuando el lugar que otro podría cultivar con la luz de las buenas obras, el necio le cubre con la sombra de la desidia.

67. Pero éstos suelen a veces decir: Nosotros usamos de lo que se nos ha concedido, no buscamos lo ajeno; y aunque no realizamos obras merecedoras de la recompensa que se debe a la misericordia, pero no hacemos cosa alguna mala. Y lo sienten así precisamente porque cierran el oído del corazón a las palabras del cielo, porque tampoco se expresa en el Evangelio (Lc. 16) que el rico que se vestía de púrpura y de lino y que a diario banqueteaba espléndidamente hubiera arrebatado lo ajeno, sino que había empleado infructuosamente los bienes propios, y que a éste después de esta vida le recibió el infierno vengador, no por haber obrado algo ilícito, sino porque del todo se entregó a disponer inmoderadamente de lo lícito.

A estos obstinados se les debe aconsejar que reconozcan que ante todo hacen a Dios esta injuria, la de no satisfacer al que todo se lo ha dado, ofreciéndole algún holocausto de misericordia. Por eso el Salmista dice (48,8): *No podrá ofrecer a Dios cosa que le aplaque ni precio alguno en rescate de su alma;* pues ofrecer precio en rescate del alma es devolver obras buenas a la gracia, que nos previene.

He ahí por qué San Juan Bautista exclama diciendo (Lc. 3,9): *La segur está ya puesta en la raíz de los árboles; así que todo árbol que no da buen fruto será cortado y arrojado al fuego.* Los que se tienen por no perjudiciales porque no arrebatan lo ajeno, prevengan el golpe de la segur que se avecina y abandonen la indolencia de una seguridad desprevenida, no sea que, por descuidar el rendir

frutos de buenas obras, sean cortados totalmente y como de raíz de la presente vida.

Por el contrario, a los que dan lo que tienen y no desisten de arrebatar lo ajeno, se les debe aconsejar que no se hagan peores por el deseo de aparecer demasiado generosos bajo la apariencia de bien; pues éstos que indiscretamente dan lo propio, no sólo caen, como hemos dicho, en la murmuración por faltarles la paciencia, sino que, forzados por la escasez, llegan hasta convertirse en avaros. ¿Qué cosa hay más desdichada que el alma de éstos, a quienes de la largueza les nace la avaricia y que de la virtud nace en ellos la cosecha de pecados?

Así que se les debe aconsejar que primero aprendan a usar razonablemente de lo suyo, y después no ambicionen lo ajeno; porque, si no se cercena en el mismo brote la raíz de la culpa, jamás se seca la espina de la avaricia, que crece abundante por las ramas.

Por tanto, si primeramente se dispone bien del derecho de poseer, se quita la ocasión de la rapiña; y cuando ya han aprendido a no mezclar las obras buenas de misericordia con la maldad de la avaricia que se le une, pues reclaman violentamente lo que donaron larga y misericordiosamente, entonces se les debe aconsejar que oigan cómo deben distribuir caritativamente lo que poseen; porque una cosa es hacer obras de misericordia por la remisión de los pecados y otra cosa es pecar para hacer misericordia, la cual ya no puede llamarse misericordia, porque ya no sirve para dar fruto dulce la que amarga por el virus de la raíz amarga.

De ahí es, pues, el que Dios por el profeta repruebe hasta los mismos sacrificios, cuando dice (Is. 61,8): *Yo soy el Señor, que amo la justicia y que aborrezco el latrocinio consagrado en holocausto;* [68.] y por eso en otro lugar dice (Prov. 21,27): *Abominables son las víctimas de los impíos, pues son fruto de iniquidad.*

Los cuales también substraen muchas veces a los necesitados lo que ofrecen a Dios; pero con cuánta indignación lo rechaza el Señor lo da a saber el Sabio, que dice (Eccli. 34,24): *El que ofre cesacrificio de la hacienda de los pobres es como el que degüella un hijo delante del padre.* Así, pues, con cuánta ira contemple este sacrificio, demostrado queda con compararle al dolor de un padre ante cuyos ojos se mata al hijo.

Y, con todo, generalmente ponderan cuánto dan, pero dejan de considerar cuánto arrebatan; llevan casi por cuenta las dádivas, pero rehusan considerar las culpas. Oigan, por tanto, lo que está escrito (Ag. 1,6): *Aquel que ganaba salarios, lo ha ido poniendo en saco roto.* En efecto, el dinero se ve cuando se echa en un saco roto, pero no se ve cuando se pierde. Luego los que miran cuánto dan, pero no atienden a cuánto arrebatan, echan en saco roto los salarios, porque los recogen mirándolos como seguridad de su esperanza, pero los pierden sin darse cuenta.

CAPITULO XXII

De un modo se debe aconsejar a los propensos a la discordia y de otro a los amigos de la paz

Pues a los propensos a la discordia se debe amonestar que tengan por cosa certísima que, por más que abunden en cuantas virtudes quieran, no pueden hacerse espirituales en manera alguna si desdeñan el estar unidos a los prójimos por medio de la concordia, pues escrito está (Gal. 5,22): *Los frutos del Espíritu son caridad, gozo, paz;* por tanto, quien no cuida de guardar la paz, renuncia a tener este fruto del Espíritu. Por eso dice San Pablo (1 Cor. 3,3): *Habiendo entre vosotros celos y discordias, ¿no es claro que sois carnales?;* por lo mismo, en otro lugar dice (Hebr. 12,14): *Procurad tener paz con todos y la santidad de vida, sin la cual nadie puede ver a Dios;* y de nuevo amonesta al mismo propósito (Eph. 4,3): *Sed solícitos en conservar la unidad del Espíritu con el vínculo de la paz; un cuerpo y un espíritu, así como fuisteis llamados a una misma esperanza de vuestra vocación.* Luego no se llega a la esperanza de una misma vocación si a ella no se corre con el alma unida a los prójimos.

Mas sucede con frecuencia que algunos, por haber recibido ciertos dones particulares, ensoberbeciéndose, pierden el don de la concordia, que es mejor; por ejemplo, cuando uno, que tal vez refrenando la gula sujeta su carne más que los otros, tiene a menos concordar con aquellos a quienes supera en la abstinencia; pero, como separa de la concordia la abstinencia, atienda a lo que aconseja el Salmista cuando dice (Ps. 150,4): *Alabad al Señor con panderos y armoniosos conciertos.* Ahora bien: en el pandero, la piel seca y golpeada suena, y en los conciertos concuerdan las voces reunidas; así, pues, quien aflige su cuerpo, pero abandona la concordia, alaba, sí, a Dios con el pandero, pero no le alaba con armoniosos conciertos.

También ocurre frecuentemente que cuando una superior ciencia engríe a algunos, los aparta de la compañía de los demás, y, precisamente porque saben más, se muestran como desabridos en lo que atañe a la virtud de la concordia. Oigan, pues, éstos lo que por sí misma dice la Verdad (Mc. 9,49): *Tened siempre en vosotros sal y guardad la paz entre vosotros.* Ciertamente, sal sin paz no es don de virtud, sino argumento de condenación; por tanto, quien más sabe, por lo mismo, delinque más gravemente, y, por consecuencia, también merecerá inexcusablemente mayor castigo. [69.] A los cuales con razón les dice también por Santiago (3,14): *Si tenéis un celo amargo y el espíritu de discordia en vuestros corazones, no hay para qué gloriaros y levantar mentiras contra la verdad.* No es ésta la sabiduría que desciende del cielo, sino la terrena, animal, diabólica; pues la sabiduría que es del cielo, en primer lugar es pudorosa y, además, pacífica. Es pudorosa porque entiende respetuosamente, y es pacífica porque jamás se aparta de la compañía de los prójimos por la soberbia.

A los disidentes se les debe amonestar de manera que conozcan que, mientras no concuerdan en la caridad con los prójimos, ningún sacrificio de buenas obras ofrecen a Dios, porque escrito está (Mt. 5,23): *Si al tiempo de presentar tu ofrenda en el altar allí te acuerdas de que tu hermano tiene alguna queja contra ti, deja allí mismo tu ofrenda delante del altar y ve primero a reconciliarte con tu hermano y después volverás a presentar tu ofrenda.* Precepto del que se debe ponderar cuán intolerable aparece la culpa de aquellos cuyo sacrificio es rechazado, porque, si todas las obras malas se borran con las buenas obras que se hacen después, consideremos cuán grande mal sea la discordia, que, mientras no está totalmente extinguida, no permite que se haga el bien.

Debe aconsejarse a los desacordes que, ya que cierran los oídos del alma a los mandatos del cielo, abran los ojos del alma y consideren lo que sucede en las criaturas ínfimas; pues generalmente las aves de una misma clase no dejan de asociarse en sus vuelos, y los animales brutos pacen agremiados; cosas que, si las consideramos con discreción, nos dicen que la criatura irracional, concordando entre sí, da a entender cuánto mal cometen por la discordia la criatura racional cuando ésta pierde voluntariamente lo que aquélla guarda movida de su natural.

Por el contrario, a los amadores de la paz se debe advertir que no les suceda no querer llegar a la paz perpetua por amar más de lo que deben la paz que poseen; pues, generalmente, la tranquilidad de la vida sirve de más grave obstáculo para las aspiraciones del alma; esto es, que cuanto menos molesta resulta la vida que se tiene, tanto menos se ama la que no se tiene, y cuanto más agrada la vida presente, tanto menos se procura la eterna. Por lo cual, la Verdad, hablando por sí misma, cuando distinguía de la paz celestial la terrena y excitaba a los discípulos a que de la presente aspirasen a la futura, dice (Io. 14,27): *La paz os dejo, la paz mía os doy;* es decir: dejo la transitoria, doy la permanente; luego, si el corazón se abraza con la que se deja, nunca se llega a la que se dará. Por tanto, la paz presente se ha de tener de modo que se debe amar y también menospreciar, a fin de que no quede el alma presa de la culpa si la ama inmoderadamente.

Por lo que, además, debe aconsejarse a los amadores de la paz que no dejen nunca de reprender las malas costumbres de los hombres por desear demasiado la paz humana, y que no se aparten de la paz del Creador por consentir con los perversos, y que no anulen la paz interior por temer exteriormente las luchas humanas. Pues ¿qué es la paz transitoria sino cierto vestigio de la paz eterna? ¿Y qué mayor locura puede haber que la de amar las huellas impresas en el polvo y no amar a quien las dejó impresas?

Por eso David, que se creía absolutamente obligado a los pactos de la paz interior, declara que no tenía concordia con los malos, cuando dice (Ps. 138,21): *¿No es así, Señor, que yo he aborrecido a los que te aborrecían? ¿Y no me consumía interiormente por causa de los enemigos? Odiábalos con odio perfecto y los miré como enemigos míos.*

[70.] Ahora bien: haberlos odiado con odio perfecto significa amar lo que tienen de criaturas y reprobar lo que hacen; reprimir las costumbres de los malos y hacer bien a su vida. Luego, cuando se deja de reprender, se debe considerar cuán grande culpa sea tener paz con los malvados, cuando un tan gran profeta ofreció a Dios, como un holocausto, el haber concitado, por Dios, las enemistades de los perversos.

Por esto es por lo que la tribu de Leví (Ex. 32), habiendo tomado las armas, irrumpió por medio del campamento, porque la mano que declaró haberse consagrado a Dios no quiso perdonar a los pecadores que debían ser castigados. Asimismo, Finees (Num. 25), desdeñando el favor de los ciudadanos pecadores, hirió con el puñal a los que se habían unido con las madianitas, y, así airado, aplacó la ira del Señor.

Por eso la Verdad dice por sí misma (Mt. 10,34): *No tenéis que pensar que yo haya venido a traer paz a la tierra; no he venido a traer la paz, sino la guerra.* Y es que, cuando incautamente trabamos amistad con los malos, nos atamos a la culpa.

Por eso Josafat, que es ensalzado con tantas alabanzas, por su vida pasada, próximo ya a morir, es reprendido de su amistad con el rey Acab, y le dice el Señor por el profeta (2 Par. 19,2): *Tú das socorro a un impío y te estrechas en amistad con gente que aborrece al Señor; por tanto, merecías experimentar la ira del Señor; mas se han hallado en ti buenas obras, pues arrancaste los bosques idolátricos de la tierra de Judá.* Por cuanto nuestra vida trata amistades con los perversos, discrepa de Aquel que es la misma Verdad.

Debe aconsejarse a los amadores de la paz que no teman perder la paz temporal cuando se deciden a reprender de palabra. También se les debe aconsejar que guarden interiormente con todo afecto esa misma paz de que se privan exteriormente por la represión verbal. Ambas cosas que David muestra haber guardado cautelosamente, cuando dice (Ps. 119,7): *Yo era pacífico con los que aborrecían la paz; pero ellos, así que los hablaba, se levantaban contra mí sin motivo alguno.* He ahí que, cuando hablaba, era impugnado, y, sin embargo de ser impugnado, era pacífico, porque ni dejaba de reprender a los desatinados ni se descuidaba de amar a los que reprendía.

Por lo mismo, dice también San Pablo (Rom. 12,18): *Vivid en paz, si ser puede, y cuanto esté de vuestra parte, con todos los hombres.* Queriendo, pues, exhortar a los discípulos a que tuvieran paz con todos, primero dijo: *Si ser puede,* y luego añadió: *Y en cuanto está de vuestra parte.* Era difícil, en verdad, que pudieran tener paz con todos si reprendían los malos hechos; pero, cuando por nuestra reprensión se perturba la paz temporal en el corazón de los malos, necesario es que se guarde intacta en nuestro corazón; por eso dice bien: *En cuanto está de vuestra parte;* esto es, como si dijera: Como la paz se mantiene por el consentimiento de ambas partes, si la rechazan los que son reprendidos, conservadla, no obstante, íntegra en vuestra alma vosotros, los que reprendéis. Y así otra vez amonesta el mismo a sus discípulos, diciendo (2 Thess. 3,14): *Si alguno*

no obedeciere lo que ordenamos por esta carta, tildadle al tal y no converséis con él para que se avergüence; y en seguida añadió: *Mas no le miréis como enemigo, sino corregidle como a hermano.* Como si dijera: Romped la paz exterior con él, pero guardad cordialmente para con él la interior, de suerte que vuestra discordia hiera al alma del pecador de tal modo que no se aparte de vuestros corazones la paz, ni aun desdeñada.

CAPITULO XXIII

De un modo se debe amonestar a los sembradores de discordias y de otro a los pacificadores

Pues a los sembradores de discordias se debe exhortar a que caigan en la cuenta de a quién imitan, puesto que, cuando se halló la cizaña mezclada con la buena semilla, [71.], del ángel apóstata está escrito (Mt. 13,39): *El enemigo que la sembró es el diablo;* de un miembro o partidario del cual dice también Salomón (Prov. 6,12): *El hombre apóstata es un hombre perniciosísimo; no habla más que iniquidades, guiña los ojos, hace señas con el pie, habla con los dedos, maquina el mal en su depravado corazón, en todo tiempo siembra discordias.* He ahí: de quien quiso decir que siembra discordias, primero le llamó apóstata, porque, como el ángel ensoberbecido, si no hubiera caído primero interiormente de la vista de Dios, no habría llegado después a sembrar discordias exteriormente. Al cual se describe bien, diciendo que guiña los ojos, hace señas con el pie y habla con los dedos, porque la guarda interior es la que exteriormente mantiene en orden los miembros; luego quien ha perdido la estabilidad del alma, consiguientemente se derrama al exterior movido de la inconstancia, y con su movilidad exterior da a entender que interiormente no se mantiene de la raíz de la estabilidad.

Oigan los sembradores de discordias lo que está escrito (Mt. 5,9): *Bienaventurados los pacíficos, porque ellos serán llamados hijos de Dios;* y deduzcan que, si los que promueven la paz son llamados hijos de Dios, sin duda son hijos de Satanás los que la perturban. Todos, pues, los que por la discordia se apartan del verdor de la caridad, tórnanse áridos, los cuales, aunque en sus actos den brotes de buenas obras, son ciertamente inútiles, porque no nacen de la unidad de la caridad.

Deduzcan, por tanto, de aquí los sembradores de discordias de cuántas maneras pecan, ya que, perpetrando esa sola iniquidad, arrancan de raíz y juntamente de los corazones humanos todas las virtudes; en un solo mal, pues, realizan innumerables, porque, sembrando la discordia, extinguen la caridad, que es ciertamente la madre de todas las virtudes. Y como a los ojos de Dios nada hay más precioso que la virtud de la caridad, nada hay tampoco más grato al diablo que la extinción de la caridad. Por consiguiente, quien, sembrando discordias, acaba con el amor de los prójimos, sirve más

íntimamente al enemigo de Dios; porque aquella caridad de la que el diablo cayó, por haberla perdido, él la quita de los corazones de aquellos a quienes ha herido y les corta el camino de su ascensión.

A los pacificadores, por el contrario, se les debe aconsejar que no malroten el valor de tan grande obra si no saben entre quiénes deben asentar la paz, porque, así como daña mucho el que falte la unión entre los buenos, así es mucho más pernicioso el que no falte a los malos; pues si la maldad de los perversos se asienta en la paz, sin duda que aumenta el poder de sus malas acciones, porque, por lo mismo que están concordes en la maldad, con mayor violencia acometen con aflicciones a los buenos.

Por esto es por lo que contra los vasos de aquel condenado, esto es, contra los predicadores del anticristo, dice la voz divina al santo Job (41,14): *Los miembros de su cuerpo están perfectamente unidos entre sí;* y por eso, bajo la figura de las escamas de sus satélites, se dice claramente (Iob 41,7): *Están sus escamas tan pegadas la una a la otra, que ni un soplo pasa por entre ellas.* En efecto, los secuaces de éste, por lo mismo que no los divide entre sí oposición alguna de discordia, por eso precisamente se agrupan con mayor fuerza en perjuicio de los buenos. Luego quien junta en paz a los malvados, suministra fuerzas a la iniquidad, porque debilita a los buenos, a los cuales persiguen unánimes.

De ahí que el gran Predicador, sorprendido por la gran persecución de los fariseos y los saduceos, procuró dividir entre sí a los que veía fuertemente unidos contra él, cuando exclamó diciendo (Act. 23,6): *Hermanos míos, yo soy fariseo, hijo de fariseos, y por causa de mi esperanza en la resurrección de los muertos es por lo que voy a ser condenado;* y como los saduceos negaban que hubiera que esperar la resurrección de los muertos [72.], en la cual creían los fariseos según las enseñanzas de la Sagrada Escritura, se introdujo la discordia en la unanimidad de los perseguidores, y Pablo salió ileso de entre la turba dividida, la cual, interiormente unida, acometíale sin piedad.

De manera que a los que se ocupan en procurar la paz debe aconsejarse que primero deben infundir en las almas de los malos el amor de la paz interna, para que luego pueda ser de provecho la paz exterior, por que, entreteniéndose el corazón de ellos en el propio conocimiento, debido a este conocimiento, no se precipiten a la maldad, y mientras atienden a la paz suprema no encaucen de modo alguno la terrena al servicio de su perversión.

Ahora bien, cuando algunos perversos son tales que, aunque quieran, no pueden dañar a los buenos, sin duda debe establecerse entre ellos la paz terrena; y esto aun antes de que puedan conocer la paz celestial, a fin de que a los que la malicia de su impiedad los exaspera contra el amor de Dios, se amansen al menos mediante el amor del prójimo y, como de lo más cercano, pasen a lo mejor, para que así suban hasta aquella paz del Creador, de la que están más alejados.

CAPITULO XXIV

De un modo se ha de exhortar a los que no entienden rectamente las palabras de la santa Ley y de otro a los que las entienden rectamente, sí, pero las tratan sin humildad

A los que no entienden rectamente las palabras de la santa Ley se debe exhortar a que consideren que lo que es como una salubérrima poción de vino lo truecan para ellos en una poción de veneno y que vienen como a herirse mortalmente con un arma medicinal cuando destruyen lo que de suyo es sano por mantener precisamente lo que, por enfermo, debieron cortar, mirando por la salud.

Se les debe aconsejar que consideren que la Sagrada Escritura es como una lámpara encendida para nosotros en la noche de esta vida, cuyas palabras, cuando no son entendidas rectamente, sin duda se cubren de tinieblas en medio de la luz. Es decir, que a éstos no les arrastraría su perversa intención de entenderlas torcidamente si antes no los hinchara la soberbia; pues, mientras se les antoja que son más sabios que los demás, desdeñan seguir a los otros en una inteligencia mejor, y como reclaman para sí el dictado de sabios ante el vulgo imperito, cuidan sobremanera de echar por tierra lo que otros entienden rectamente, sosteniendo con tesón su perversa inteligencia.

Por esto se dice bien por el profeta (Am. 1,13): *Para extender sus dominios abrieron los vientres de las preñadas de Galaad.* Ahora bien, Galaad se interpreta por acervo del testimonio; y como toda la congregación de la Iglesia a una sirve de testimonio de la verdad por su confesión, por Galaad se entiende apropiadamente la Iglesia, que por boca de todos los fieles atestigua lo que hay de verdad acerca de Dios. Y preñadas de Galaad se llama a las almas que por el amor divino conciben la inteligencia de la palabra, las cuales, si llegan a perfeccionarse, a su debido tiempo han de dar a luz la inteligencia concebida, mostrándola en sus buenas obras. Y extender sus dominios es acrecentar la fama de su opinión; por tanto, abrieron los vientres de las preñadas de Galaad para extender sus dominios, porque, en efecto, los herejes, con su perversa predicación, hacen perecer las almas de los fieles que habían concebido alguna inteligencia de la verdad y hacen que se les extienda patente de sabios; pues, ciertamente, con el cuchillo del error rasgan los corazones de los párvulos, ya preñados con el concepto de la palabra, y granjean como suya la fama de la doctrina.

73. Cuando nos empeñamos, pues, en instruir a éstos para que no entiendan torcidamente, es necesario que los aconsejemos que ante todo no busquen gloria vana, porque, si se arranca de raíz la vanidad, consiguientemente sécanse los ramos de una falsa afirmación.

También se les debe aconsejar que no conviertan, engendrando errores y discordias, en sacrificio de Satanás la misma Ley de Dios,

que se ha dado precisamente para prohibir los sacrificios a Satanás. De ello se queja el profeta, diciendo (Os. 2,8): *Fuí yo quien les dió el trigo, y el vino, y el aceite, y el que les dió abundancia de plata y de oro, que ofrecieron a Baal.*

En efecto, de Dios recibimos el trigo cuando en las expresiones más oscuras, dejando a un lado la cobertura de la letra, sentimos en lo interior del espíritu el secreto de la Ley; el Señor nos presta su vino cuando mediante la predicación nos embriaga en las sublimidades de su Escritura; también nos da su aceite cuando con blandura y suavidad conforma nuestra vida con los preceptos más llanos; nos da plata en abundancia cuando nos suministra sus palabras con todo el esplendor de la verdad; y además nos enriquece con oro cuando hace irradiar nuestra mente con la inteligencia del supremo resplandor.

Cosas todas éstas que los herejes ofrendan a Baal, porque, entendiéndolo todo torcidamente, también lo trastruecan todo en los corazones de los oyentes, y del trigo de Dios, y del vino, y del aceite, lo mismo que de la plata y del oro, ofrecen sacrificio a Satanás, porque las palabras de paz las cambian en el error de la discordia.

Por lo cual se les debe aconsejar que consideren que, cuando por su mala inteligencia de los preceptos de paz hacen la discordia, ante el justo juicio de Dios, ellos mismos, de las palabras de vida, sacan para sí la muerte.

En cambio, a los que entienden rectamente las palabras de la Ley, pero no las tratan con humildad, se les debe exhortar a que, antes de exponer ellos a otros las palabras de Dios, se examinen a sí mismos, no sea que, por atender a lo que hacen los demás, se abandonen ellos mismos, y que, habiendo entendido rectamente todo lo de la Sagrada Escritura, solamente no presten su atención a lo que, por medio de ella, se dice a los engreídos.

Por tanto, los que no tratan con humildad las palabras de Dios, sin duda que deben ser amonestados a que, antes de propinar remedios a los enfermos, miren con cuidado la ponzoña de la enfermedad suya, no sea que, curando a otros, se den la muerte a sí mismos.

Debe, pues, aconsejarse a éstos que miren atentamente, no sea que vayan en desacuerdo su manera de vivir y el sentido de lo que dicen; no sea que prediquen una cosa hablando y otra obrando. Así que oigan lo que está escrito (1 Petr. 4,11): *El que habla o predica, hágalo de manera que parezca que Dios habla por su boca.* Luego quienes no tienen de suyo las palabras que profieren, ¿por qué se enorgullecen de ellas como si fueran propias?

Oigan lo que está escrito (2 Cor. 2,17): *Nosotros predicamos como de parte de Dios, en la presencia de Dios y según Cristo.* De parte de Dios y en la presencia de Dios habla quien entiende haber recibido de Dios la palabra de la predicación y por ella busca agradar, no a los hombres, sino a Dios.

Oigan además lo que está escrito (Prov. 16,5): *Es abominable del Señor todo arrogante;* porque, ciertamente, cuando en la pala-

bra de Dios busca el aplauso y la gloria propia, usurpa el derecho del Dador, de quien ha recibido eso mismo de que se alaba.

Y oigan lo que por Salomón se dice al predicador (Prov. 5,15): *Bebe el agua de tu aljibe y de los manantiales de tu pozo. Rebosen por fuera tus manantiales y espárzanse tus aguas por las plazas. Sé tú solo dueño de ellas y no entren a la parte los extraños.* En efecto, el predicador bebe el agua de su aljibe cuando, volviendo a su corazón, oye primero lo que él mismo dice; y bebe de los manantiales de su pozo cuando él mismo se satura con el riego de su palabra; y se agrega con razón: *Rebosen por fuera tus manantiales y espárzanse tus palabras por las plazas* [74.], porque justo es que él mismo beba primero y luego se derrame en los demás predicando, pues rebosar por fuera los manantiales significa derramar exteriormente en los otros la eficacia de la predicación, y esparcir las aguas por las plazas es repartir la palabra divina entre la gran concurrencia de oyentes, conforme a la condición de cada uno. Y porque, cuando se hace llegar al conocimiento de todos la palabra de Dios, por lo regular asalta calladamente el apetito de vanagloria, se ha dicho después: *Sé tú el dueño de ellas y no entren a la parte los extraños.* Con razón llama extraños a los espíritus malignos, de los cuales se dice por el profeta en boca del hombre tentado (Ps. 53,5): *Gentes extrañas han alzado bandera contra mí, y poderosos atentan a mi vida.* Dice, pues: *Espárzanse tus aguas por las plazas,* y no obstante: *Sé tú solo el dueño de ellas;* como si claramente dijera: Cuando es necesario, ejerce la predicación exteriormente, pero sea de modo que no te juntes, por la soberbia, con los espíritus inmundos; ni admitas a la parte contigo en el ministerio de la palabra divina a tus enemigos.

También esparcimos las aguas por las plazas, y, no obstante, somos nosotros solos los dueños de ellas, cuando exteriormente derramamos ampliamente la predicación y, sin embargo, no ambicionamos en modo alguno conquistar por ella aplausos de los hombres.

CAPITULO XXV

ASIMISMO, DEBE ACONSEJARSE DE UN MODO A LOS QUE, PUDIENDO PREDICAR DIGNAMENTE, POR EXAGERADA HUMILDAD, TEMEN HACERLO, Y DE OTRO MODO A AQUELLOS A QUIENES SE LO IMPIDE ALGÚN DEFECTO O LA EDAD, Y, A PESAR DE ELLO, LA FALTA DE REFLEXIÓN LOS IMPELE A HACERLO

Porque a los que, pudiendo predicar dignamente y, por exceso de humildad, no se atreven, se les debe exhortar a que deduzcan cuánto faltan en cosas de mayor importancia por atender a lo que importa menos; pues si estos mismos ocultaran a los prójimos necesitados el dinero que tienen se harían indudablemente cooperadores de su desgracia, deduzcan por ahí de qué delito se hacen reos los que, privando de la palabra de la predicación a los hermanos que

pecan, ocultan los remedios a las almas que mueren. Por lo que dice bien un acertado sabio (Eccli. 20,32): *La sabiduría que se tiene oculta y el tesoro escondido, ¿de qué sirven aquélla y éste?*

Si el hambre acosare al pueblo y ellos guardaran oculto el trigo, indudablemente serían reos de la muerte; consideren, pues, con qué pena deben ser castigados los que, cuando las almas perecen de hambre de la palabra, ellos no suministran el pan de la gracia que han recibido. Por eso también se dice rectamente por Salomón (Prov. 11,26): *Quien esconde los granos será maldito de los pueblos.* Esconder los granos es guardar para sí las palabras de la santa predicación; pues bien, este tal es maldito de los pueblos, porque en la sola culpa del silencio es declarado reo del castigo de los muchos a quienes pudo corregir.

Si los conocedores del arte de la medicina vieran una herida que debe sajarse y, a pesar de ello, no quisieran sajarla, sin duda se harían, por su indolencia, reos de la muerte del hermano. Vean, pues, cuánta será la culpa en que incurren los que, conociendo las heridas de las almas, son negligentes en sajarlas con el filo de la palabra.

A propósito de lo cual también se dice por el profeta (Ier. 48,10): *Maldito el que veda a su espada el verter sangre.* [75.] Ahora bien, vedar a su espada el verter sangre es vedar que la palabra de la predicación mate la vida carnal. De la cual espada se dice en otro lugar: *Mi espada comerá las carnes.* De manera que, cuando éstos guardan para sí la palabra de la predicación, oigan las sentencias divinas lanzadas contra ellos, a fin de que el temor de éstas arroje de los corazones el temor de predicar que ellos tienen.

Oigan que el que no quiso negociar su talento le perdió con la sentencia de su condenación. Oigan que San Pablo se declaró irresponsable de la perdición de sus prójimos, por cuanto que él no se perdonó el combatir los vicios de ellos cuando dice (Act. 20,26): *Os protesto en este día que yo no tengo culpa de la perdición de ninguno, pues no he dejado de intimaros todos los designios de Dios.* Oigan lo que por boca del ángel se amonesta a Juan, diciendo (Apoc. 22,17): *Quien escucha diga también: Ven;* esto es, que aquel a quien se hace sentir la voz interior llame también a otros allí adonde él es llevado, no sea que, si el llamado se acerca desprovisto al que le llama, encuentre cerradas las puertas. Oigan que Isaías, que calló en el ministerio de la predicación, ilustrado con la luz de lo alto, se reprende a sí mismo con grandes voces de arrepentimiento, diciendo (Is. 6,5): *Desgraciado de mí, que no he hablado.* Oigan que por Salomón promete la Sabiduría multiplicarse en aquel que no se deja dominar del vicio de la pereza en aquello que ya consiguió, porque dice (Prov. 11,25): *El alma benéfica será colmada de bienes, y será embriagada de ellos la que a otros embriaga.*

Por tanto, quien, predicando exteriormente, hace bien a otros, recibe el colmado de aumento interior y, mientras no cesa de embriagar el alma de los oyentes con el vino de la sagrada palabra, crece en su embriaguez del beneficio multiplicado.

Oigan que David ofreció a Dios como un don el no haber escondido la gracia de la predicación que había recibido, diciendo (Ps. 39,10): *No he tenido jamás cerrados mis labios; Señor, tú lo sabes: no he tenido escondida en mi corazón la justicia; publiqué tu verdad y la salvación que de ti viene.* Oigan que en el coloquio del Esposo se dice a la Esposa (Cant. 8,13): *¡Oh tú, la que moras en las huertas!, los amigos están escuchando, hazme oír tu voz.* La Iglesia, en efecto, mora en las huertas, la cual conserva en verdor interno las plantas tiernas de las virtudes que ha cultivado. Escuchar los amigos la voz de ella significa que todos los elegidos desean la palabra de la predicación; voz que también desea oír el Esposo, que anhela que ella predique a las almas de los elegidos.

Oigan que Moisés, viendo a Dios irritado contra el pueblo, y habiendo mandado tomar las armas para castigarle, anunció que se pusieran de parte de Dios los que sin vacilar castigasen los pecados de los delincuentes, diciendo (Ex. 32,26): *El que sea del Señor júntese conmigo; ponga cada cual la espada a su lado; pasad y traspasad de un lado a otro por medio del campamento, y cada uno mate al hermano, y al amigo, y al vecino.* Ahora bien, poner la espada a su lado es anteponer el cuidado de la predicación a los placeres de la carne, de manera que quien cuida de predicar cosas santas es necesario que procure dominar las sugestiones ilícitas. Y pasar de un lado a otro es pasar reprendiendo de un vicio a otro, por los que la muerte penetra en las almas. Y pasar por medio del campamento es vivir dentro de la Iglesia con tanta rectitud, que quien redarguye las culpas de los delincuentes no se deja llevar en favor de ninguno; por eso además se agrega bien: *Y cada uno mate al hermano, y al amigo, y al vecino;* es decir, que mata al hermano, al amigo y al vecino quien, hallando algo que se debe reprender, no perdona del filo de la predicación ni siquiera a los que ama por razón de parentescos.

76. Luego si se dice que es de Dios quien por el celo del amor de Dios se mueve a combatir los vicios, sin duda demuestra no ser de Dios quien, pudiendo, se niega a reprender los vicios de los carnales.

En cambio, a los que, bien un defecto, bien la edad, impiden el ministerio de la predicación y, a pesar de ello, la falta de reflexión los impele a hacerlo, se les debe aconsejar que no por arrogarse precipitadamente el deber de tan alto ministerio, vayan a cerrarse el camino de mejorarse después; y que no por arrojarse fuera de tiempo a lo que no pueden, pierdan además lo que habrían podido hacer oportunamente a otro tiempo; y que no quieran poner de manifiesto que no han aprendido la ciencia que se empeñan en exhibir a destiempo.

Se les debe aconsejar que reflexionen cómo los pollos de las aves que quieren volar antes de haber adquirido las alas su perfección, por querer lanzarse a lo alto, se ven precipitados a lo profundo.

Se les debe aconsejar que consideren que con las construcciones

recientes y no consolidadas, si no se les pone encima el peso de los techos, no se fabrica una habitación, sino ruinas.

Se les debe aconsejar que consideren que si las hembras dan a luz la prole que han concebido, antes de estar plenamente formada, no llenan las casas, sino las sepulturas.

Por esto es por lo que la misma Verdad, que habría podido perfeccionar repentinamente a los que quisiera, después de haber instruído a los discípulos acerca de la eficacia de la predicación, para que los imperfectos no se atrevieran a predicar, añadió en seguida (Lc. 24,49): *Permaneced en la ciudad hasta que seáis revestidos de la fortaleza de lo alto.* Permanecemos, pues, en la ciudad cuando nos encerramos en lo interior de nuestras almas y no divagamos hablando al exterior, a fin de que, cuando estemos perfectamente revestidos de la fortaleza divina, entonces salgamos como de nosotros mismos afuera, instruyendo también a otros.

Por esto dice un acertado sabio (Eccli. 32,10): *Tú, ¡oh joven!, habla, si es necesario, a duras penas en lo que a ti te toque. Preguntado una y otra vez, reduce a pocas palabras tu respuesta.*

Por esto es por lo que nuestro mismo Redentor, con ser el Hacedor de los cielos y enseñar a los ángeles manifestando su poder, no quiso hacerse maestro de los hombres en la tierra antes de los treinta años; precisamente para infundir a los precipitados un salubérrimo temor, ya que el mismo que no podía perder la gracia de la vida perfecta, no quiso predicar sino en la edad madura, pues escrito está (Lc. 2,42): *Y siendo ya de doce años cumplidos..., se quedó el Niño Jesús en Jerusalén;* y poco después se agrega que, buscado por sus padres, *le hallaron en el templo, sentado en medio de los doctores, y ora los escuchaba, ora los preguntaba.* Hay que considerar, pues, con cuidadosa reflexión, que cuando Jesús tenía doce años, se dice, fué hallado sentado en medio de los doctores, no enseñando, sino preguntando. Con este ejemplo se demuestra claramente que ningún joven debe atreverse a enseñar, puesto que aquel Niño, que por el poder de su divinidad suministra a sus mismos doctores la voz de la ciencia, quiso ser enseñado preguntando.

He ahí por qué San Pablo dice a su discípulo (1 Tim. 4,11): *Esto has de enseñar y ordenar. Nadie te menosprecie por tu adolescencia.* Y debemos tener en cuenta que en la Sagrada Escritura alguna vez se llama juventud; cosa que se demuestra en seguida si traemos a plaza las palabras de Salomón, que dice (Eccli. 11,9): *Gózate, ¡oh joven!, en tu adolescencia;* pues si no juzgase que ambas cosas son una misma, no llamaría joven al adolescente a quien aconsejaba.

CAPITULO XXVI

DE UN MODO SE DEBE ACONSEJAR A LOS QUE TIENEN BUEN ÉXITO EN LO TEMPORAL QUE APETECEN, Y DE OTRO MODO A LOS QUE APETECEN, SÍ, LOS BIENES DEL MUNDO, PERO, NO OBSTANTE, SE VEN OPRIMIDOS POR EL PESO DE LA ADVERSIDAD

77. Porque a los que tienen buen éxito en lo temporal que apetecen, se les debe aconsejar que, cuando todas las cosas salgan a medida de su deseo, ya que fijan su atención en las cosas que les dan, no descuiden el buscar al Dador; que no amen el lugar de la peregrinación en vez de la patria; que no truequen los subsidios del camino en impedimentos de la llegada; que no rehuyan contemplar la claridad del sol por deleitarse en la nocturna luz de la luna.

Hay, pues, que aconsejarlos que cualesquiera cosas que consigan en este mundo las consideren como un consuelo en la desgracia, no como premio de recompensa; antes bien, yergan el ánimo contra los favores del mundo, no sea que se precipiten a ellos con toda la fruición del corazón; pues quien no reprime con el deseo de una vida mejor la prosperidad de que disfruta a gusto del corazón, convierte la fortuna de la vida pasajera en ocasión de perpetua muerte. Es por eso por lo que, bajo la figura de los idumeos, que, por abandonarse a su prosperidad, fueron derrotados, son reprendidos los que se alegran de su buen éxito en este mundo, cuando se dice (Ez. 36,5): *Llenos de gozo se apropiaron para sí, y con todo su corazón y voluntad, la tierra mía.* Palabras en las que se pone de manifiesto que no sólo porque se gozaban, sino porque se gozaban con todo su corazón y voluntad, serán castigados con severa reprensión.

Por eso dice Salomón (Prov. 1,32): *La indocilidad de los ignorantes causará su perdición, y aquella que neciamente creen ser su felicidad, será su ruina.*

Por lo mismo amonesta San Pablo diciendo (1 Cor. 7,30): *Los que hacen compras, vivan como si nada poseyesen, y los que gozan del mundo, como si no gozasen de él;* es decir, que las cosas que exteriormente se nos vienen abundantes a las manos las utilicemos de manera que no aparten nuestro corazón del deseo del amor divino; ni amengüen la pesadumbre interna de la peregrinación las cosas que ofrecen consuelo a los desterrados; ni nos gocemos, como si fuéramos felices, con las cosas transitorias los que nos consideramos desgraciados si estamos muertos a las eternas. Que por eso es por lo que la Iglesia pone en boca de los elegidos (Cant. 2,6): *Mi esposo pondrá su mano izquierda debajo de mi cabeza y con su diestra me abrazará.*

La prosperidad de la vida presente es como poner Dios su mano izquierda debajo de la cabeza a quien apremia con el deseo del amor perfecto; pero Dios la abraza con la diestra, porque la mantiene con todo afecto al amparo de su eterna bienaventuranza.

Por eso en otro lugar dice Salomón (Prov. 13,16): *En su mano derecha trae larga vida, y las riquezas y la gloria en la izquierda.* Con lo cual enseñó de qué condición sean las riquezas y la gloria, pues las mencionó puestas en la izquierda. Por lo cual, el Salmista dice (Ps. 107,7): *Sálvame con tu diestra;* y no dice mano, sino diestra, precisamente para que con decir diestra se entendiera que buscaba la salvación eterna. Por lo mismo, otra vez está escrito (Ps. 67): *Tu mano diestra, ¡oh Señor!, quebrantará la cabeza de tus enemigos.*

Por tanto, aunque los enemigos de Dios prosperen en la mano izquierda, en la derecha verán quebrantada su cabeza, porque generalmente la vida presente eleva a los malos, pero el advenimiento de la eterna felicidad los condena.

78. Debe aconsejarse a los que prosperan en este mundo que consideren con discreción que la prosperidad de la vida presente se concede unas veces para invitar al mejoramiento de la vida, y otras veces, para mayor castigo en la eternidad. Que por eso es por lo que al pueblo de Israel se le promete la tierra de Canaán, por excitarle de algún modo a esperar más tarde los bienes eternos, pues aquel pueblo rudo no creería en las promesas que para más tarde le hacía Dios si no recibiese también inmediatamente algo de su Prometedor. Por eso, para afianzarle con mayor certidumbre en la esperanza de los bienes eternos, jamás es atraído a los dones por la sola esperanza, sino que además es atraído a la esperanza por medio de los dones. Lo cual atestigua claramente el Salmista, diciendo (Ps. 104, 44): *Y dióles el país de los gentiles e hízoles disfrutar de las labores de los pueblos.*

Sin embargo, cuando el alma humana no corresponde con buenas obras a la generosidad de Dios, de donde se cree nutrida generosamente, de ahí mismo es condenada con mayor justicia; que por eso dice en otra parte el Salmista (Ps. 72,18): *Derribástelos cuando ellos estaban elevándose más;* es decir, que cuando los réprobos no corresponden con buenas obras a los dones de Dios, cuando aquí se abandonan totalmente y se entregan a las prosperidades que les afluyen, de donde aprovechan exteriormente, de ahí caen interiormente. Por esto es por lo que se dice al rico atormentado en el infierno (Lc. 16,25): *Recibiste bienes durante la vida.* El malo, pues, recibe bienes durante su vida, precisamente para que allá reciba males colmados, ya que aquí ni aun recibiendo bienes se convirtió.

Por el contrario, a los que apetecen bienes de este mundo, pero luchan en vano con la adversidad, se les debe aconsejar que reflexionen con solícita consideración con cuánto amor vela por ellos el Criador y Dispensador de todo, por lo mismo que no los deja lograr sus deseos; pues al enfermo a quien el médico desahucia le deja tomar cuanto apetece; en cambio, al que cree que puede sanar, le prohibe muchas veces lo que apetece. De manera que gócense en la esperanza de la herencia eterna aquellos a quienes abate la adversidad de la vida temporal, porque la divina Providencia, si no viera que los había de salvar para siempre, no pondría freno a los que quiere enseñar bajo el régimen de la disciplina.

Se debe, pues, aconsejar a los que se ven oprimidos por la adversidad en las cosas temporales que apetecen que consideren solícitos que, muchas veces, aun los justos, cuando el poder temporal los eleva, se ven envueltos en los lazos de la culpa; pues, como ya hemos dicho en la primera parte de este libro, David fué primero mucho más grato a Dios cuando era súbdito que cuando llegó a reinar; porque, cuando era súbdito, por amor a la justicia temió herir a su adversario que había caído en sus manos; en cambio, siendo rey, arrebatado por la lujuria, hasta hizo morir a un soldado adicto suyo. ¿Quién, pues, buscará sin daño riquezas, quién poder, quién gloria, si todas estas cosas fueron dañinas para aquel que las tuvo sin buscarlas? ¿Quién, sin gran esfuerzo de discreción, se salvará entre todas estas cosas, cuando en medio de ellas se vió sorprendido, con mediar la culpa, aquel que por elección divina había sido preparado para ellas?

Se les debe aconsejar que consideren que de Salomón, a quien se menciona caído hasta en idolatría después de sabiduría tanta, no se recuerda que antes de haber caído hubiera tenido adversidad alguna en este mundo; pero la sabiduría concedida abandonó aquel corazón, al que no había defendido ni la más mínima enseñanza de la adversidad.

CAPITULO XXVII

De un modo se debe exhortar a los casados y de otro a los que están libres de estos lazos

79. A los casados, pues, se les debe aconsejar que, cuando piensan en lo que mutuamente se deben el uno al otro, cada uno procure complacer a su cónyuge de tal manera que no desagrade al Creador; que cumplan los deberes que tienen con el mundo de tal modo que no omitan el cumplimiento de los deberes que tienen para con Dios; que gocen de los bienes presentes, pero de tal suerte que teman con atención vigilante los males eternos; que se duelan de los males temporales, pero en forma tal que se consuelen plenamente fijando su esperanza en los bienes perdurables; que, por lo mismo que conocen ser pasajero todo lo que hacen, sepan que en lo permanente está lo que desean, y que los males del mundo no hacen desfallecer al corazón cuando le conforta la esperanza de los bienes celestiales, ni engañan los bienes de la vida presente cuando entristecen los sospechados males del juicio venidero.

Con eso, el ánimo débil y fiel de los esposos cristianos, que ni puede desentenderse del todo de lo temporal, pero que, no obstante, puede juntarse con el deseo a lo eterno, aunque yazga a tiempos en el deleite de la carne, reanímese con el sustento de la esperanza del cielo y, teniendo las cosas del mundo como para servicio del viaje, espere las de Dios como fruto de la llegada y no se entregue todo

a lo que hace, no sea que se vea privado por completo de lo que más firmemente debió esperar.

Lo cual expresa bien y brevemente San Pablo cuando dice (1 Cor. 7,29): *Los que tienen mujer vivan como si no la tuviesen; y los que lloran, como si no llorasen; y los que gozan, como si no gozasen.* Ahora bien, tiene mujer como si no la tuviese quien de ella usa para alivio de la carne, pero de tal manera que nunca por ella decaiga de la rectitud de la mejor intención hasta llegar a las malas obras; tiene mujer como si no la tuviese quien, viendo que todas las cosas son transitorias, soporta por necesidad el cuidado de la carne, mas espera con deseo los gozos eternos del espíritu; y llorar sin llorar es deplorar los males exteriores, pero de modo que también sepa gozar del consuelo de la esperanza eterna; y, asimismo, gozar sin gozar es apartar de las cosas bajas el ánimo, pero de modo que nunca deje de temer las más altas.

Y el mismo doctor y predicador de las gentes, en el mismo lugar añade oportunamente poco después, diciendo, (v.31): *Porque la escena de este mundo pasa;* como si claramente dijera: No queráis amar de asiento al mundo, ya que ni el mismo mundo que amáis puede permanecer; en vano fijáis el corazón en el mundo como si hubierais de permanecer en él, puesto que el mismo a quien amáis huye.

Se debe aconsejar a los casados que se toleren mutua y pacientemente las cosas en que a veces uno a otro se desagradan y que las eviten, exhortándose mutuamente, porque escrito está (Gal. 6,2): *Comportad las cargas unos de otros, y con eso cumpliréis la ley de Cristo.*

Ahora bien, la ley de Cristo es la caridad, puesto que El, además de concedernos abundantemente sus bienes, también soportó bondadosamente nuestros males; luego nosotros cumplimos la ley de Cristo y sus mandatos, imitándole, cuando nos comunicamos benignamente nuestros bienes y soportamos bondadosamente los males de los nuestros.

Se debe aconsejar a los casados que cada uno de ellos atienda no a lo que él aguanta del otro, sino a lo que El hace sufrir, porque, si considera las cosas que le soportan, más fácilmente tolera lo que de su cónyuge soporta.

80. También se debe aconsejar a los casados que se acuerden de que se han unido para tener sucesión y que cuando, por entregarse inmoderadamente a la unión, truecan en servicio de la voluptuosidad lo que está destinado a la propagación, entiendan que, aunque no tratan con extraños, pero en la misma unión matrimonial traspasan los derechos del matrimonio. Por lo que es menester amonestarlos con frecuentes exhortaciones que lloren amargamente el mancillar con voluptuosas uniones lo que de digno tiene la unión.

Por esto es por lo que el Apóstol, sabio médico celestial, no tanto por instruir a los sanos cuanto por mostrar las medicinas a los enfermos, dice (1 Cor. 7,1): *En orden a las cosas sobre las que me habéis escrito, loable cosa es en el hombre no tocar mujer; mas, por evitar la fornicación, viva cada uno con su mujer, y cada mujer con su marido.*

Ahora bien, habiendo puesto por delante el temor de la fornicación, sin duda que impuso precepto a los que no están firmes; y recomienda el tálamo a los que caen para que no caigan tal vez a tierra. Por eso, todavía añade para los débiles (v.3): *El marido pague a la mujer el débito, y de la misma suerte la mujer al marido.* Y ya que a éstos concede algún placer en la grande honestidad del matrimonio, poco después agrega (v.6): *Esto lo digo por condescendencia, que no lo mando.* Ahora bien, se insinúa que es culpa lo que se ofrece por condescendencia, sólo que se libra de ella por lo mismo que, mediando la condescendencia, no se hace cosa ilícita; pero esto que es lícito no obliga en conciencia.

Lo cual pone bien de manifiesto Lot en sí mismo, el cual (Gen. 15) huyó de Sodoma, que ardía; pero, en llegando a Segor, no subió en seguida a lo alto del monte. En efecto, huir del incendio de Sodoma es huir de los ilícitos incentivos de la carne, y lo alto de los montes significa la pureza de los continentes; o bien, están casi en el monte los que ya se unen por la cópula conyugal, pero, no obstante, se libran de toda voluptuosidad de la carne fuera de la debida unión para verificar la generación de la prole; pues ¿qué es estar en el monte sino el no buscar en la carne otra cosa que el fruto de la descendencia? Estar en el monte es no juntarse carnalmente a la carne.

Mas porque hay muchos que dejan, sí, los pecados de la carne y, sin embargo, situados en el matrimonio, no se limitan sólo a usar de los derechos del débito, Lot salió de Sodoma, pero, con todo, no subió en seguida al monte, porque, aunque ya se deja la vida condenable, todavía no se tiene delicadamente la celsitud de la continencia conyugal.

Pero hállase en medio la ciudad de Segor, que salva al enfermo que huye; es decir, que cuando los cónyuges se unen con la incontinencia, además de huir el caer en pecado, también se salvan por el perdón: hallan, efectivamente, como una pequeña ciudad en la que se defienden del fuego; porque esta vida conyugal ciertamente no es admirable en virtudes, pero, no obstante, está libre de los suplicios.

81. Por esto el mismo Lot dice al ángel (Gen. 19,20): *Ahí cerca está una ciudad pequeña donde podré refugiarme y en ella me salvaré. ¿No es ella de poca monta y no estará en ella segura mi vida?* Se dice, pues, que Segor está cerca, y, no obstante, se la presenta como segura para salvarse, porque la vida conyugal no está separada del mundo, ni ajena, con todo, al gozo de la salvación. Pero, en este caso, los cónyuges hallan refugio para su vida, como en una pequeña ciudad, cuando ruegan mutuamente por sí mismos con asiduas oraciones.

De ahí que rectamente se dice a Lot por el ángel (v.21): *Mira, aun en esto te otorgo la súplica: no destruiré la ciudad por la cual me has hablado;* es decir, que, cuando se hace oración a Dios, no se condena tal vida del matrimonio. Acerca de la cual oración también aconseja San Pablo, diciendo (1 Cor. 7,5): *No queráis defraudaros*

el derecho recíproco, a no ser de común acuerdo para dedicaros a la oración.

Por el contrario, a los que no están ligados por el matrimonio se les debe aconsejar que cumplan con mayor perfección los preceptos divinos, por lo mismo que no los obliga a los cuidados del mundo el yugo de la cópula carnal. De manera que los que se ven libres de la carga del matrimonio deben no dejarse oprimir por el peso ilícito de los cuidados terrenos, antes bien, cuanto más expeditos tanto más dispuestos los halle el día de la venganza, no sea que cuanto mejor pueden obrar por estar libres, tanto mayores castigos merezcan por haber sido negligentes.

Oigan que el Apóstol, instruyendo a algunos para la gracia del celibato, no despreció el matrimonio, sino que reprobó los cuidados del mundo que surgen del matrimonio, diciendo (1 Cor. 7,35): *Yo digo esto para provecho vuestro, no para echaros un lazo y obligaros a la continencia, sino para exhortaros a lo más loable y a lo que habilita para servir a Dios sin embarazo alguno.* En efecto, de los matrimonios nacen los cuidados terrenos, y, por lo mismo, el Maestro de las Gentes recomendó lo mejor a sus oyentes, a fin de que no se embarazaran con solicitudes terrenas.

Por consiguiente, el célibe a quien embarazan los cuidados terrenos, si bien jamás se sujeta al matrimonio, con todo, no ha evadido las cargas del matrimonio.

Debe aconsejarse a los célibes que no piensen juntarse a las mujeres bacantes sin merecer juicio de condenación; pues cuando San Pablo a tantos crímenes execrandos juntó el vicio de la fornicación, indicó cuál era su castigo, diciendo (1 Cor. 6,9): *Ni los fornicarios, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los afeminados, ni los sodomitas, ni los ladrones, ni los avarientos, ni los borrachos, ni los maldicientes, ni los que viven de rapiña, han de poseer el reino de Dios.* Y otra vez (Hebr. 3,4): *Dios condenará a los fornicarios y a los adúlteros.*

Así es que se les debe aconsejar que, si toleran con dificultad para la salvación las acometidas de las tentaciones, se acojan al puerto del matrimonio; pues escrito está (1 Cor. 7,9): *Más vale casarse que abrasarse;* porque cierto es que sin culpa se llegan al matrimonio, con tal de que todavía no hayan prometido cosa mejor; pues quien ha prometido practicar un bien mayor ya hizo ilícito el bien menor que le estaba permitido, según lo que está escrito (Lc. 9,62): *Ninguno que, después de haber puesto la mano en el arado, vuelve los ojos atrás, es apto para el reino de los cielos.* Por tanto, quien se había propuesto un bien mayor, si, dejados los bienes mayores, se torna a los inferiores, convicto queda de mirar atrás.

CAPITULO XXVIII

De un modo se debe exhortar a los que tienen experiencia de los pecados carnales y de otro a los que no tienen tal experiencia

Porque a los que han experimentado los pecados de la carne se les debe aconsejar que, después del naufragio, por lo menos cobren miedo al mar y que se horroricen de los peligros de perderse una vez conocidos; no sea que los que misericordiosamente se han librado después de los males cometidos por repetirlos, mueran lastimosamente; que, por eso, al alma que peca y nunca cesa de pecar se le dice (Ier. 3,3): *Tú presentas el semblante de una mujer meretriz; no has querido tener rubor alguno.*

Así, pues, se les debe aconsejar que, ya que no han querido guardar intactos los bienes recibidos de la naturaleza, procuren al menos reparar los lesionados.

82. Sin duda que los tales necesitan considerar cuántos hay, entre tan gran muchedumbre de fieles, que se conservan incontaminados y que sacan a otros de su error. ¿Qué han de decir, por tanto, éstos si, mientras los otros se mantienen en su integridad, ellos ni siquiera se corrigen después de haber experimentado los daños? ¿Qué han de decir si, mientras muchos llevan además consigo a otros al reino, ellos ni al mismo Señor, que los espera, se someten?

Se les debe aconsejar que consideren los pecados pretéritos cometidos y que eviten los inminentes; pues por eso, bajo la figura de la Judea, el Señor, por el profeta, a las almas corrompidas de este mundo las recuerda las culpas pasadas para que se avergüencen de mancharse con las futuras, diciendo (Ez. 23,3); *Se prostituyeron estando en Egipto, se prostituyeron en su mocedad; allí perdieron su honor y fueron desfloradas al entrar en la pubertad.* En efecto, se pierde el honor en Egipto cuando la voluntad humana se hace esclava del deseo torpe de este mundo; en Egipto queda desflorada la pubertad cuando los sentidos naturales, íntegros aún en sí mismos, se mancillan con la corrupción de la concupiscencia tentadora.

Debe aconsejarse a los que han experimentado los pecados de la carne que miren con vigilante cuidado con cuánta benevolencia nos abre Dios las entrañas de su piedad cuando después de los delitos volvemos a El, ya que por el profeta dice (Ier. 3,1): *Si un marido repudia a su mujer, y ella, separada de éste, toma otro marido, ¿acaso volverá otra vez a recibirla? ¿No quedará la tal mujer inmunda y contaminada? Tú es cierto que has pecado con muchos amantes; a pesar de esto, vuélvete a mí, dice el Señor, que yo te recibiré.* He aquí que de la mujer adúltera y abandonada se saca un argumento de justicia, y, no obstante, a nosotros, cuando después de la caída volvemos, se nos brinda no justicia, sino piedad.

Por tanto, deduzcamos de aquí cuánta será nuestra maldad si

después del pecado no volvemos arrepentidos, ya que con tanta piedad se nos perdona a los delincuentes, o qué tal será el perdón que sobre los pecadores deja caer Aquel que no cesa de llamar después de la culpa.

Qué tal sea esta misericordia del llamamiento después del delito, ciertamente se da bien a conocer cuando al hombre contrario se le dice (Is. 30,20 y 21): *Tus ojos estarán viendo siempre a tu doctor; escuchen tus oídos sus palabras cuando va tras de ti gritando.* En efecto, el Señor amonestó cara a cara al género humano cuando al hombre, creado en el paraíso y dotado de libre albedrío, le indicó lo que debía hacer y lo que debía no hacer. Pero el hombre volvió la espalda a la cara de Dios cuando, ensoberbecido, despreció sus mandatos. Y, no obstante, Dios no abandonó al soberbio, antes bien, dictó una ley para volver a llamar al hombre; envió ángeles que le exhortaran, y El mismo apareció en nuestra carne mortal; luego, yendo tras de nosotros, nos amonestó El mismo, que, aun despreciado, nos llamó a recuperar la gracia.

Ahora bien, lo que ha podido decirse a la vez de todos en general, forzosamente puede sentirse de cada uno en particular, ya que cada uno, como puesto ante la cara de Dios, percibe las palabras de su amonestación cuando antes de cometer pecados conoce los preceptos de su voluntad; pues estar todavía en la presencia de Dios es no despreciarle aún por el pecado. Pero, cuando, abandonado el bien de la inocencia, apetece de propósito la iniquidad, ya vuelve la espalda a su presencia. Mas he aquí que todavía, después de haberle vuelto la espalda, sigue amonestando Dios, que aconseja volver a El después de la culpa. Vuelve a llamar al que se ha apartado, no mirando a lo cometido, sino abriendo sus entrañas de piedad al que vuelve. [83.] Y nosotros oímos la voz de quien nos amonesta por detrás cuando, al menos después del pecado, nos volvemos a Dios, que nos invita. Por tanto, ya que no queramos temer su justicia, avergüéncenos siquiera la piedad del que nos llama, puesto que tanto más grave es la maldad con que se le desprecia, cuanto más El, aun despreciado, no cesa de llamar.

Por el contrario, a los desconocedores de los pecados de la carne se les debe aconsejar que, cuanto más en alto están, con tanta mayor precaución teman precipitarse en la ruina.

Se les debe amonestar de manera que conozcan que, precisamente porque se mantienen en más preeminente lugar, son también acometidos con más frecuentes dardos del tentador; porque tanto más violento suele éste erguirse cuanto con mayor firmeza ve que se le vence; y más intolerablemente se indigna de ser vencido cuando ve que luchan contra él los escuadrones intactos de la carne flaca.

Se les debe aconsejar que contemplen sin cesar los premios, y sin duda menospreciarán los trabajos de las tentaciones que soportan; pues si se atiende a la felicidad sin término que ya se toca, se hace suave lo que de paso se trabaja o se sufre.

Oigan lo que se dice por el profeta (Is. 56,4): *Esto dice el Señor a los eunucos: A los que observaren mis sábados y practicaren lo que*

yo quiero y se mantuvieren fieles a mi alianza, les daré un lugar en mi casa y dentro de mis muros y un nombre más apreciable que el que le darían los hijos y las hijas. Eunucos son los que, reprimiendo los movimientos de la carne, arrancan de sí el afecto de la mala obra. Y se declara el lugar que tendrán cerca del Padre, porque, en verdad, también los hijos son preferidos en la casa del Padre con una mansión permanente.

Oigan lo que se dice por San Juan (Apoc. 14,4): *Estos son los que no se mancillaron con mujeres, porque son vírgenes. Estos siguen al Cordero doquiera que vaya,* y cantan un cántico que ninguno puede cantar sino aquellos ciento cuarenta y cuatro mil. Ahora bien: cantar un cántico singular al Cordero es gozar con El de la incorrupción de la carne perpetuamente y con preferencia a todos los demás fieles. Cántico, sin embargo, que pueden oír los demás elegidos, aunque no puedan cantarle; porque por la caridad ciertamente están contentos de la elevación de aquéllos, aunque no suban a sus premios.

Oigan los desconocedores de los pecados de la carne lo que de esta integridad dice la Verdad (Mt. 19,11): *No todos son capaces de esta resolución.* Cosa que, por lo mismo que declaró no ser de todos, puso de manifiesto ser suma; y el predicar que se logra difícilmente, deja entender a los que lo oyen con cuánta cautela se debe guardar una vez lograda.

También se debe aconsejar a los que no tienen experiencia de los pecados de la carne que sepan preferir la virginidad al matrimonio; pero, con todo, que no se tengan por más que los casados; antes bien, a la vez prefieran la virginidad y pospónganse a ellos, y no dejen lo que ellos estiman por mejor, y manténganse vigilantes en aquello por lo cual no se glorían en vano.

Se les debe aconsejar que muchas veces las obras de los del siglo confunden la vida de los continentes, cuando aquéllos realizan obras extraordinarias y éstos no avivan sus corazones o no son diligentes en lo que reclama su estado. Por eso se dice bien por el profeta (Is. 23,4): *Avergüénzate, Sidón, dice el mar.* Como por las voces del mar es invitada Sidón a avergonzarse cuando, comparada con la vida de los seglares y que fluctúan en este mundo, es reprobada la vida del que parece defendido y seguro; pues muchas veces, algunos, después de haber pecado carnalmente, se vuelven a Dios y se comportan en buenas obras con tanto mayor fervor cuanto más dignos de castigo se consideran por sus malas obras; [84.] y también muchas veces algunos que han perdurado en la integridad de la carne, cuando se encuentran tener menos que llorar y piensan que la inocencia de su vida los basta plenamente, no hacen diligencia alguna para estimularse al fervor del espíritu. Y, por lo regular, ocurre que la vida que después de la culpa arde en amor de Dios es más grata al Señor que la vida inocente que se empereza con la seguridad. Por eso también se dice por boca del mismo Juez (Lc. 7,47): *Le son perdonados muchos pecados porque ha amado mucho;* y: *En el cielo habrá más gozo por un pecador que hace penitencia que por no-*

venta y nueve justos que no necesitan de penitencia. Verdad que deducimos en seguida de la misma vida práctica si atendemos a nuestros propios juicios; pues a la tierra que, después de haber dado espinas, arada produce frutos más abundantes, la apreciamos en más que a la que no tuvo espinas, pero que, después de cultivada, produce mies estéril.

A los que desconocen los pecados de la carne se les debe aconsejar que no se prefieran a los demás por verse en las alturas de un estado más perfecto, ya que desconocen cuántas cosas hacen mejor los que están en un orden inferior; porque, en el tribunal del justo Juez, la cualidad de las acciones cambia los méritos de los estados. Y ¿quién, atendiendo a las mismas apariencias de las cosas, no sabe que en la naturaleza de las piedras preciosas el carbunclo es preferido al jacinto? Y, no obstante, el color azul del jacinto es preferido al ofuscado del carbunclo, porque lo que el orden de la naturaleza substrae a aquél, se lo agrega la hermosura del color, y lo que a ésta presta el orden natural, lo afea el color. Pues así sucede en el género humano, que algunos en un orden superior son peores y otros en un orden inferior son mejores; porque éstos, viviendo bien, trascienden la condición del estado inferior, y aquéllos disminuyen el mérito del estado superior por no ajustar a él sus costumbres.

CAPITULO XXIX

De un modo se debe exhortar a los que lamentan los pecados de obra y de otro a los que lamentan los pecados de pensamiento

Pues a los que deploran los pecados de obra se les debe aconsejar que con llanto perfecto borren los males cometidos, no suceda que se atengan más a lo que deben por la acción perpetrada y paguen menos en gemidos de satisfacción; pues escrito está (Ps. 79,6): *Nos ha alimentado con paz de lágrimas y nos ha dado a beber lágrimas con abundancia;* es a saber, para que el alma de cada uno beba las lágrimas de su compunción con tanto arrepentimiento cuanto se acuerda de que por los pecados se había quedado seco de Dios.

Se les debe aconsejar que traigan de continuo a la vista los pecados cometidos y que vivan de modo que merezcan no ser vistos por el justo Juez. Por eso David, cuando oraba diciendo (Ps. 50,11): *Aparta tus ojos de mis pecados,* poco antes dijo (v.5): *Delante de mí tengo siempre mi pecado;* como si dijera: Te ruego que no mires mi pecado, porque yo mismo no ceso de mirarle. Y también por esto dice el Señor por el profeta: *Yo no me acordaré de tus pecados, pero tú acuérdate.*

Se les debe aconsejar que consideren cada uno de los pecados cometidos y que, cuando por cada uno deploran la fealdad de su error, a la vez los laven todos y a sí mismos con lágrimas. Por eso se dice bien por Jeremías cuando considera cada uno de los pecados de Judea (Lam. 3,48): *Ríos de aguas salen de mis ojos.* Sacamos ríos

de aguas de nuestros ojos cuando derramamos lágrimas esparcidas por cada uno de los pecados. Es verdad que el alma no se duele a un mismo tiempo de todos igualmente; pero, cuando asalta a la memoria más vivo el recuerdo, ora de éste, ora del otro, conmovida, en cada uno se purifica a la vez de todos.

85. Se les debe aconsejar que confíen en la misericordia que solicitan, no sea que desfallezcan a fuerza de una aflicción inmoderada, que tampoco el Señor haría presentes piadosamente ante los ojos de los pecadores las culpas que deben llorar si quisiera castigarlas severamente por sí mismo; pues consta que ha querido substraer de su juicio a los que, previniéndolos con su misericordia, los hizo jueces de sí mismos. Y por eso está escrito (Ps. 94,2): *Corramos a presentarnos ante su acatamiento, dándole gracias.* Por lo que San Pablo dice (1 Cor. 11,31) que, *si nosotros entramos en cuentas con nosotros mismos, ciertamente no seremos juzgados.*

Una y otra vez se les debe aconsejar que confíen esperanzados, pero de tal modo que no lleguen a dormirse en una incauta seguridad; pues muchas veces el astuto enemigo, cuando ve al alma, a la que asaltó con el pecado, afligida por su ruina, la seduce con los halagos de una pestífera seguridad. Lo cual se manifiesta figuradamente recordando el suceso de Dina. En efecto, está escrito (Gen. 34, 1): *Salió un día Dina a ver a las mujeres de aquel país; a la cual como viese Siquén, hijo de Hemor Heveo, príncipe de aquella tierra, enamoróse de ella y la robó y desfloró violentamente a la virgen. Quedó su corazón ciego y extremadamente apasionado por esta joven, y, viéndola triste, procuró ganarla con caricias.*

Pues bien: Dina sale para ver a las mujeres de aquel país extranjero cuando cada alma, negligente en cuidar de sí y cuidándose de las acciones ajenas, sale fuera de su costumbre y fuera de su propio estado. A la cual desflora Siquén, príncipe de aquel país, porque el diablo pervierte a la que halla ocupada en cuidados extraños. Y queda su corazón apasionado por ella, porque la ve unida a él por la iniquidad. Y porque, cuando el alma reconoce la culpa, vuelve en sí y pone empeño en llorar el pecado cometido, el corruptor pone ante los ojos de ella vanas esperanzas y seguridades para quitar la utilidad de la tristeza, rectamente se añade allí después: *Viéndola triste, procuró ganarla con caricias;* pues ora dice que son más graves las cosas que otros hacen, ora que lo que ha hecho es nada, ora que Dios misericordioso, o bien promete todavía el tiempo siguiente para hacer penitencia, a fin de que el alma, mientras se deja llevar engañada con estas cosas, se detenga en hacer penitencia, con el propósito de que el alma a quien ahora no entristecen los pecados no reciba después bien alguno, y, en cambio, se vea luego más cubierta de suplicios la que aquí se gozó en los placeres.

Por el contrario, a los que lamentan los pecados de pensamiento se les debe aconsejar que consideren atentos en lo oculto de su corazón si delinquieron sólo deleitándose o también con el consentimiento; pues el corazón tentado se deleita, sí, por la corrupción de la carne y, no obstante, no consiente en tal perversidad por la

razón, de modo que, en el secreto del pensamiento, a un mismo tiempo contrista lo que place y place lo que contrista. Pero alguna vez el alma se queda absorta en el abismo de la tentación, de manera que no resiste en modo alguno a la tentación, sino que sigue deliberadamente a donde la lleva el deleite; y si se ofrece a la mano el poder ejecutarlo exteriormente, por el afecto a tales cosas consuma sus deseos interiores. Lo cual, examinado según la justa apreciación del riguroso Juez, ya no es sólo culpa de pensamiento, sino ciertamente de obra; porque, si bien la marcha lenta de las cosas exteriormente difirió el pecado, interiormente la voluntad le consumó en el acto del consentimiento.

86. Además, en nuestro primer padre hemos aprendido que llegamos al mal de toda culpa por tres modos; a saber: por la sugestión, por la delectación y por el consentimiento. El primero es obra del enemigo; el segundo es de la carne, y el tercero es obra del alma, pues el tentador sugiere lo malo, la carne se doblega al deleite y, por fin, el espíritu, vencido por el deleite, consiente. Por eso aquella mala serpiente sugirió; Eva, como la carne, cedió al deleite, pero Adán, como el espíritu, rendido a la sugestión y al deleite, consintió. De manera que por la sugestión conocemos el pecado, somos dominados por el deleite y por el consentimiento quedamos presos.

Se debe, por tanto, aconsejar a los que lloran los pecados de pensamiento que examinen con cuidado en qué límite del pecado han caído, para que conforme al modo de la caída que interiormente sientan en sí mismos sea la medida del llanto con que se levanten, no sea que, si lo malo pensado remuerde menos, lleguen a consumar la obra.

Mas a este respecto se les debe atemorizar, pero de modo que no se desalienten, pues Dios misericordioso muchas veces perdona más pronto los pecados de pensamiento, por lo mismo que no consiente que se ejecuten de obra; y la maldad pensada se perdona tanto más pronto cuanto menos estrechamente se liga con la ejecución de la obra. Por eso rectamente se dice por el Salmista (Ps. 31,5): *Confesaré, dije yo, contra mí mismo al Señor mi injusticia, y tú perdonaste la malicia de mi pecado.* Ahora bien: quien ha domado la malicia del corazón ha dado a entender que quiere confesar las injusticias de sus pensamientos; y cuando dice: *Dije yo, confesaré,* y en seguida agregó: *Y tú perdonaste,* declara cuán fácil es el perdón de esto; y cuando promete que todavía pedirá, ya ha obtenido lo que prometía pedir; de manera que como la culpa no había llegado a la obra, la penitencia tampoco llegará a la tortura, sino que una reflexiva aflicción purificará la mente, manchada ciertamente tan sólo por una maldad pensada.

CAPITULO XXX

De un modo se debe exhortar a los que lloran los pecados cometidos, pero no los dejan, y de otro a los que los dejan, pero no los lloran

Pues a los que lloran los pecados cometidos, pero no los dejan, se les debe exhortar a que aprendan cuidadosamente que en vano se limpian llorando los que se manchan viviendo malamente; porque se lavan con lágrimas para, después de limpios, volver a mancharse; que por eso está escrito (Prov. 26,11): *Como el perro, que vuelve a lo que ha vomitado;* y (2 Petr. 2,22): *Y la marrana, lavada, a revolcarse en el cieno.*

En efecto, el perro, cuando vomita, sin duda arroja fuera la comida que oprimía su pecho; pero, cuando torna a lo que vomitó, vuelve a cargarse de aquello de que se había descargado; así, los que lloran los pecados que han cometido, sin duda arrojan fuera la iniquidad de que malamente se habían saciado y que oprimía lo íntimo del alma, iniquidad que vuelven a tragarse cuando después de la confesión la repiten. Y el puerco, cuando se lava, vuelve a mancharse más cuando se revuelca en el cieno; asimismo, quien llora el pecado cometido, pero, no obstante, no le deja, se hace como reo de mayor culpa, porque menosprecia el perdón que llorando pudo impetrar; y se revuelca como en agua cenagosa, porque cuando, a pesar de sus lágrimas, impide la limpieza de su vida, ante los ojos de Dios hace que se manchen las mismas lágrimas.

87. Por eso en otra parte está escrito: *No repitas las palabras en tu oración,* porque repetir las palabras en la oración significa cometer después del llanto lo que es necesario llorar de nuevo. Por eso se dice en Isaías (1,16): *Lavaos, purificaos.* Después de estar lavado desdeña purificarse quien después de las lágrimas no guarda la inocencia de la vida. Se lavan, pues, pero no están purificados, los que no dejan de llorar los pecados cometidos, pero de nuevo cometen pecados que deben llorar. He aquí por qué dice también un acertado sabio (Eccli. 34,30): *Quien se lava por haber tocado un muerto y de nuevo le toca, ¿de qué le sirve el haberse lavado?* En efecto, se lava por haber tocado un muerto quien con lágrimas se lava del pecado; pero vuelve a tocar al muerto después de haberse lavado quien después de las lágrimas repite el pecado.

A los que lloran los pecados cometidos, pero, no obstante, no los dejan, se debe aconsejar que consideren atentos que, así como los malos muchas veces se compungen sin provecho para la justicia, así también los justos son tentados inicuamente para la culpa. En efecto, debido a los méritos, se establece una admirable medida en la disposición interior, de manera que aquéllos, cuando hacen algo bueno que al cabo no perfeccionan, en esto confían, presuntuosos, a pesar de las maldades que plenísimamente perpetran; en cambio, éstos, cuando son tentados para el mal que de ningún modo con-

sienten, por lo mismo que, debido a la flaqueza y debilidad, vacilan, mediante la paciencia y la humildad, fijan con mayor firmeza su corazón en la justicia.

He aquí por qué Balaam, al contemplar los campamentos de los justos, dice (Num. 23,10): *¡Ojalá pueda yo lograr el morir como los justos y que mi fin sea semejante al suyo!*; pero, cuando pasó el tiempo de la compunción (Num. 24,14), dió un consejo contra la vida de aquellos a cuya muerte había deseado que se asemejara la suya, y, en hallando ocasión de saciar su avaricia, en seguida se olvidó de la inocencia que había preferido.

Por eso el Doctor y Predicador de las gentes dice (Rom. 7,23): *Echo de ver otra ley en mis miembros, la cual resiste a la ley de mi espíritu y me sojuzga a la ley del pecado que está en los miembros de mi cuerpo*, el cual es, por cierto, tentado precisamente para que, conociendo su propia debilidad, se afiance más fuertemente.

¿En qué consiste que aquél (Balaam) se compunge y, sin embargo, no llega a justificarse, y, en cambio, éste (Pablo) es tentado y, no obstante, no se mancilla con la culpa, sino en esto que así queda claramente demostrado, a saber: en que ni a los malos sirven de provecho las obras buenas imperfectas ni las malas no consumadas condenan a los buenos?

Mas, por el contrario, a los que no reinciden en los pecados que cometieron, pero, sin embargo, no los lloran, se les debe exhortar a que no tengan por perdonadas las culpas que, aunque no repetidas con nuevos actos, pero tampoco las lavan con llanto alguno; que tampoco el escritor, con dejar de escribir, ha borrado lo escrito, aunque no añada nuevos escritos; ni quien ha inferido contumelia satisface con sólo callar, sino que es necesario que contradiga con palabras humildes las palabras de la precedente soberbia; ni el deudor queda absuelto con sólo que no aumente la deuda si no paga lo que debía. [88.] Pues del mismo modo, cuando ofendemos a Dios, no le satisfacemos con sólo cesar en el pecado si no condenamos con lamentos contrarios los placeres que hubimos amado. Y si, aunque no nos manche en esta vida culpa alguna de obra, nunca, mientras vivimos aquí, podría contarse nuestra inocencia segura, porque tentarían nuestra alma muchas cosas ilícitas, ¿con qué juicio se cuenta seguro quien, habiendo cometido pecados, él mismo es testigo de que no es inocente?

Y no es que Dios guste de nuestros castigos, sino que con medicamentos contrarios cura la enfermedad de los delitos, de tal suerte que los que nos hemos apartado de El deleitándonos en los placeres, volvamos de nuevo amargados con las lágrimas, y los que, deslizándonos por lo ilícito, hemos caído, nos levantemos, absteniéndonos también de lo lícito, y una tristeza saludable deseque el corazón que se había derramado por la insana alegría, y la oposición de una vida humilde cure lo que había llagado la hinchazón de la soberbia.

Por eso, pues, está escrito (Ps. 74,5): *Dije a los malvados: No queráis cometer más la maldad; y a los pecadores: No os engriáis*

ponderando vuestro poder. Ciertamente, los pecadores se engríen ponderando su poder cuando, conocida su iniquidad, no se humillan arrepentidos.

Por todo esto, en otro lugar se dice (Ps. 50,19): *No despreciarás, ¡oh Dios!, el corazón contrito y humillado.* Por tanto, quien llora los pecados, pero no los deja, tiene el corazón contrito, pero desdeña humillarse; y quien deja los pecados, pero no los llora, ya se humilla, pero rehuye tener contrito el corazón. Por eso dice San Pablo (1 Cor. 6,11): *Tales habéis sido algunos de vosotros, pero fuisteis lavados, fuisteis santificados;* porque, sin duda, una vida más enmendada santifica a aquellos a quienes también lavan por el arrepentimiento los gemidos de la aflicción. Por eso San Pedro, viendo a algunos aterrados por la consideración de sus pecados, los amonestó, diciendo (Act. 2,38): *Haced penitencia y sea cada uno de vosotros bautizado.* Antes de recomendar el bautismo recomendó primero los gemidos de la penitencia, de manera que primero se bañaran en el agua de su aflicción y después se lavaran con la del sacramento del bautismo.

¿Con qué juicio, pues, viven seguros del perdón los que son negligentes en llorar las culpas anteriores, cuando el mismo Pastor supremo de la Iglesia creyó que a este sacramento, que de un modo particular borra los pecados, se debía anticipar alguna penitencia?

CAPITULO XXXI

De un modo se debe exhortar a los que obran lo ilícito y, además, lo aplauden, y de otro a los que motejan lo malo, pero no lo evitan

Pues a los que aplauden lo malo que hacen se les debe exhortar a que consideren que muchas veces con lo que dicen pecan más que con lo que hacen; porque en lo que hacen ellos solos obran el mal, pero con lo que dicen extienden la maldad a tantas personas cuantas son las almas a quienes enseñan, alabando las iniquidades. Se les debe, por tanto, aconsejar que, ya que no impidan arrancar el mal, teman, al menos, esparcirlo.

Se les debe exhortar a que tengan por bastante su propia perdición, y además se les debe aconsejar que, ya que no temen ser malos, al menos se avergüencen de parecer que lo son; pues muchas veces con ocultar la culpa se la ahuyenta, porque, cuando el alma se avergüenza de parecer lo que, no obstante, no teme ser, a veces llega a avergonzarse de ser lo que rehuye parecer. [89.] En cambio, cuando un perverso se da a conocer descaradamente, por lo mismo que más libertinamente comete toda maldad, la tiene también por lícita y sin duda se precipita muchas veces a lo que se le antoja ser lícito.

Por lo cual está escrito (Is. 3,9): *Como los de Sodoma, hacen alarde de su pecado y no le encubren.* Sodoma encubriría su pecado

si al menos pecara con temor; pero había perdido los frenos del temor la que ni para pecar buscaba las tinieblas. Por lo que de nuevo está escrito (Gen. 18,20): *El clamor de Sodoma y de Gomorra se aumenta más y más.* El pecar, pues, con clamor es pecar de obra, y también es pecar descaradamente.

Por el contrario, a los que motejan lo malo, pero no lo evitan, se debe aconsejar que reflexionen, previsores, qué es lo que ante el juicio de Dios han de decir para excusarse los que, siendo ellos mismos jueces, no se excusan del reato de sus maldades; porque ¿qué son éstos sino unos pregoneros de sí mismos? Dan voces contra los pecados y ellos mismos se declaran reos con las obras.

Se les debe exhortar a que vean que ya está hecho el juicio de la oculta retribución, porque su entendimiento está iluminado para que vea el mal que cometen y que no se esfuerzan en vencer; de suerte que cuanto mejor lo ven, más gravemente pecan, porque, además de percibir la luz de la inteligencia, no abandonan las tinieblas de su mala acción y porque, cuando descuidan la gracia recibida para ayudarse, convierten esa misma gracia en testimonio contra ellos y aumentan sus suplicios con la luz de la inteligencia que habían recibido para que pudieran borrar los pecados. Es decir, que la malicia de éstos, cuando obra lo que juzga ser malo, ya experimenta aquí el juicio venidero, de suerte que, reconociéndose sujeta a los suplicios eternos, aquí entretanto, y ante su propio juicio, no se da por absuelta, y allí recibirá tanto más graves tormentos cuanto que aquí no deja el mal que hasta su propia alma condena.

Por eso, pues, la Verdad dice (Lc. 12,47): *Aquel siervo que, habiendo conocido la voluntad de su amo, no se portó conforme quería su Señor, recibirá muchos azotes.* Y, por lo mismo, el Salmista dice (Ps. 54,16): *Desciendan vivos al infierno.* En efecto, los vivos conocen y sienten lo que se hace cerca de ellos, pero los muertos nada pueden sentir, y descenderían muertos al infierno si perpetraran el mal desconociéndolo; mas, cuando conocen lo malo y, sin embargo, lo hacen, ¡desgraciados!, descienden, vivos y sintiéndolo, al infierno de la iniquidad.

CAPITULO XXXII

De un modo se debe amonestar a los que son vencidos por una súbita concupiscencia, y de otro a los que deliberadamente se entregan al pecado

Pues a los que vence una súbita concupiscencia se les debe aconsejar que se consideren puestos cada día en medio del combate de esta vida y protejan con el escudo de un solícito temor el corazón, que no puede prever las heridas, a fin de que tengan horror a los dardos ocultos del enemigo que asedia, y en medio de tan tenebrosa lucha se guarezcan, por una constante vigilancia, dentro de los campamentos del alma; porque si el corazón se despoja de la solí-

cita circunspección, queda expuesto a las heridas, ya que el astuto enemigo con tanta mayor libertad hiere el pecho cuanto más desprovisto le ve de la loriga de la previsión.

90. Debe aconsejarse a quienes son vencidos por una súbita concupiscencia que pierdan la costumbre de cuidar demasiado de lo terreno, porque, cuando embarazan con demasía su atención en los negocios transitorios, no se dan cuenta de los dardos de las culpas con que son traspasados. Cosa que pone de manifiesto el lamento del herido y dormido, que dice por Salomón (Prov. 23,35): *Me han azotado, pero no me han dolido los azotes; arrastráronme, mas yo nada he sentido; ¿cuándo quedaré despejado para volver a beber?* En efecto, el alma que se duerme en el cuidado de su vigilancia es azotada, y no la duelen los azotes, porque, como no ve los males que la amenazan, desconoce también los que ha cometido; es arrastrada, y nada siente, porque es llevada por los atractivos de los vicios y, con todo, no despierta para guardarse; la cual desea quedar despejada, sí, pero es para volver de nuevo a beber; porque, aunque para su guarda se deja vencer del sueño de la pereza, pero pone empeño en estar despejada para los negocios del siglo, con el fin de embriagarse siempre de placeres, y durmiéndose para lo que debería estar cuidadosamente despejada, apetece estar despejada para lo que habría podido dormirse plácidamente.

Por eso, más arriba del lugar citado está escrito (Prov. 22,34): *Y vendrá a ser como el que está dormido en medio del mar y como el soñoliento piloto que ha perdido el timón.* En medio del mar está dormido quien, colocado en medio de las tentaciones de este mundo, descuida prevenir las sacudidas de los vicios que irrumpen como montañas de olas amenazadoras; y es como el piloto que pierde el timón el alma que pierde el cuidado de vigilar para regir la nave del cuerpo, pues si el piloto empuña solícito el timón, ora dirige la nave contra la corriente, ora corta oblicuamente el ímpetu de los vientos; asimismo, cuando el espíritu rige al alma vigilante, ora desprecia unas tentaciones, venciéndolas; ora declina otras con su previsión, de modo que, violentándose, venza las presentes y, proveyendo, se haga fuerte contra las luchas venideras.

Por lo mismo, también se dice en otro lugar acerca de los esforzados guerreros de la patria celeste (Cant. 3,8): *Cada uno lleva su espada al lado por temor de los peligros nocturnos.* Se lleva, pues, la espada al lado cuando con el acicate de la predicación se doma la perversa sugestión de la carne, y por noche se significa la ceguera de nuestra flaqueza y debilidad, porque de noche no se ve lo que del enemigo nos amenaza. Cada uno, pues, lleva al lado la espada por temor a los peligros nocturnos; es decir, que los varones santos y perfectos, como temen lo que no ven, con la vigilancia están siempre dispuestos para el combate.

Por eso, otra vez se dice a la Esposa (Cant. 7,4): *La nariz tuya, como la torre del Líbano.* Generalmente, por la nariz nos percatamos de una cosa que no vemos; también por la nariz distinguimos los buenos olores y la fetidez. ¿Qué se significa, pues, por la nariz

de la Iglesia sino la previsora discreción de los santos? La cual se dice, además, que es semejante a la torre que hay en el Líbano, porque la discreta providencia de los santos de tal modo está situada en lo alto, que, además de prever los combates de las tentaciones antes de que vengan, se halla también protegida contra ellos cuando lleguen, porque las cosas que se prevé que han de venir causan menos miedo cuando llegan, y cuando uno está preparado contra las acometidas del enemigo, éste, que se creyó no esperado, por lo mismo que ha sido previsto, se enerva.

91. Mas, al contrario, a los que se entregan de propósito al pecado, se debe aconsejar que reflexionen con previsora consideración que, cuando deliberadamente obran el mal, provocan contra sí mismos con juicio más severo; así que les condenará una sentencia tanto más dura cuanto más estrechamente atan a la culpa los lazos de su deliberación.

Tal vez borrarían más pronto los delitos arrepintiéndose, si hubieran caído en ellos por precipitación, porque el pecado que se consolida con la deliberación se perdona más tarde; pues si el alma no despreciara del todo lo eterno, no perecería en la culpa deliberadamente. Luego los caídos por la precipitación y los que caen deliberadamente se diferencian en que éstos, cuando por el pecado caen del estado de justicia, por lo regular caen a la vez en el abismo de la desesperación y son arrancados de cuajo de la raíz de la esperanza. Por esto es por lo que el Señor reprende, no tanto los pecados de la precipitación cuanto los pecados de propósito, cuando por el profeta dice (Ier. 4,4): *No sea que se manifieste cual fuego mi enojo y suceda un incendio, y no haya quien pueda apagarle por causa de la malicia de vuestros designios.* Y por eso, de nuevo, airado, dice (Ier. 23,2): *Yo vendré a castigaros a vosotros por causa de la malignidad de vuestras inclinaciones.* Luego, porque se diferencian de los otros pecados los pecados que se cometen deliberadamente, el Señor castiga no tanto los hechos malos cuanto los propósitos de la malignidad, pues en las obras muchas veces se peca por debilidad, muchas por negligencia; pero en los propósitos siempre se peca con maliciosa intención.

Condenado lo cual, rectamente se dice por el profeta que da a conocer al Varón bienaventurado (Ps. 1,1): *Ni se sienta en la cátedra pestilencial.* En efecto, la cátedra suele ser o del juez o del prefecto. Sentarse, pues, en la cátedra pestilencial es cometer los pecados por efecto del juicio; sentarse en la cátedra pestilencial es discernir por medio de la razón lo malo y, no obstante, perpetrarlo con deliberación; es como quien se sienta en la cátedra del juez perverso que se engríe de la iniquidad tanto que deliberadamente se decide a cometer el mal; y como son prefectos de las turbas que asisten los que están escudados con el honor de la cátedra, por eso los pecados que se cometen deliberadamente superan a los delitos de los que pecan por precipitación.

Por tanto, se les debe aconsejar que deduzcan de aquí los que

hasta de propósito se entregan a la culpa con qué castigo han de ser condenados más tarde los que ahora son, no compañeros, sino prepósitos de los perversos.

CAPITULO XXXIII

De un modo se debe aconsejar a los que con frecuencia obran cosas ilícitas, aunque mínimas, y de otro a los que se guardan de las culpas pequeñas, pero a veces caen en algunas más graves

A los que con frecuencia se exceden en culpas, aunque levísimas, se debe aconsejar que nunca consideren cuáles, sino cuántas cosas ilícitas cometen, porque, si desprecian el temer cuando las pesan, deben temer cuando las cuentan. Pequeñas ciertamente, pero innumerables gotas de agua llenan las grandes profundidades de los ríos; y el albañal que crece, silenciosamente hace lo que a las claras el torrente enfurecido; y pequeñísimas son las llagas que brotan en los miembros por la lepra; pero, cuando una multitud de ellas se extiende sin número, acaba con la vida lo mismo que una herida grave causada en el pecho.

92. Por esto rectamente está escrito (Eccli. 19,1): *Poco a poco se arruinará el que desprecia las cosas pequeñas.* Por tanto, quien es negligente en llorar y evitar los pecados leves perderá del todo el estado de gracia, no de repente, es verdad, pero sí paulatinamente.

Se debe aconsejar a los que con frecuencia se exceden en cosas pequeñas que consideren atentos que cometer pecados veniales resulta a veces peor que cometer un pecado grave, pues el pecado mayor, como en seguida se conoce que es pecado, también se corrige más pronto; pero el pequeño, como se le tiene casi por nada, es tanto peor cuanto con mayor tranquilidad nos acostumbramos a cometerle. Por eso ocurre con frecuencia que el alma acostumbrada a los pecados leves no se espanta de los más graves y, además, alentada por las culpas, llega hasta conceder cierto valor al mal, y cuanto más ha aprendido a pecar sin temor en lo poco, tanto menos caso hace de temer en los pecados graves.

Por el contrario, a los que se guardan de las culpas leves, pero alguna vez se precipitan en las graves, se debe aconsejar que se conozcan cuidadosamente a sí mismos, porque, cuando su corazón se engríe de haber observado las cosas pequeñas, el propio insondable abismo de su engreimiento les precipita hasta cometer los más graves; y cuando por de fuera dominan las cosas pequeñas, pero en el interior se hinchan de vanagloria, depravan interiormente su alma con la fiebre de la soberbia y exteriormente también su vida por las malas obras.

Por tanto, se debe aconsejar a los que se guardan de cosas pequeñas, pero que alguna vez se precipitan en las graves, que no caigan interiormente, por lo mismo que creen estar firmes en lo

exterior, no sea que el engreimiento de una justicia menor venga a trocarse, ante la recta apreciación del severo Juez, en camino para caer en el lazo de una culpa mayor; porque los que, vanamente engreídos, ponen todo el afán en guardar un bien pequeño, justamente abandonados, se ven envueltos en culpas mayores y, cayendo, aprenden que aquello en que se mantuvieron firmes no había servido para evitar males inmensos al corazón enorgullecido de bienes pequeños.

Se les debe aconsejar que consideren que por las culpas más graves quedan sujetos a mayor castigo y, no obstante, muchas veces pecan más gravemente en las pequeñas que observan; porque en aquéllas hacen, sí, cosas inicuas, pero en éstas encubren a los hombres que son inicuos; de donde resulta que, cuando cometen males mayores, son reos de manifiesta iniquidad ante Dios, y cuando observan los bienes pequeños, aparecen ante los hombres con fingida santidad; y por esto es por lo que se dice a los fariseos (Mt. 23,24): *Coláis un mosquito y os tragáis un camello;* como si claramente dijera: Examináis detenidamente los bienes pequeños y destruís los mayores. Y por lo mismo son increpados otra vez por boca de la Verdad cuando oyen (Mt. 23,23): *Pagáis diezmo hasta de la hierbabuena, del eneldo y del comino, y habéis abandonado las cosas más esenciales: la justicia, la misericordia y la buena fe.* Donde no se debe escuchar con descuido que, cuando dice que pagaban el diezmo de cosas pequeñas, prefirió mencionar las leguminosas, sí, pero también las de buen olor, sin duda para manifestar que los hipócritas, cuando observan las cosas pequeñas, aunque omiten el cumplimiento de las mayores, pero observan aquellas pequeñas que ante los juicios de los hombres difunden su aroma o fama por todas partes.

CAPITULO XXXIV

De un modo se debe aconsejar a los que ni siquiera principian las obras buenas, y de otro a los que las principian, pero no las acaban

93. A los que ni siquiera principian las obras buenas se les debe recomendar primero, no las cosas que crean que deben estimar para su salud, sino que antes deben destruirse aquellas en que ellos malamente se ocupan; porque, si no aprenden antes por experiencia cuán perniciosas son las cosas que ellos tratan, no les atraen las que oyen y que no han experimentado; como no quiere que le levanten el que no sabe que se ha caído, ni demanda remedio para curar quien no siente el dolor de las heridas.

Por tanto, primero se les debe poner de manifiesto cuán vanas son las cosas que aman, y después cuán provechosas las que abandonan. Persuadiéndose primero de que deben evitarse las que aman, sin dificultad conocerán que merecen amarse las que rehuyen; y aceptarán mejor las cosas que no han experimentado si de veras

conocen lo que oyen que han sostenido los experimentados, porque, cuando se hayan persuadido con juicio cierto de que las falsedades que ellos mantenían son vanas, entonces con todo el deseo aprenden a buscar las buenas doctrinas.

Oigan, pues, que los bienes presentes muy pronto dejarán de deleitar, pero su responsabilidad perdurará sin pasar, porque aquí aun a los que no quieran se les quita lo que place, y después aun a los que no quieren les está reservado para suplicio lo que duele. Así que cobren un temor saludable a las cosas en que, para su daño, se deleitan, de modo que, conmovida su alma al ver los grandes daños de su ruina, vuelva la espalda al camino que llevaba y, temiendo lo que había amado, aprenda a amar lo que había despreciado.

Que por esto es por lo que se dice a Jeremías al enviarle a predicar (Ier. 1,10): *He aquí que hoy te doy autoridad sobre las naciones y sobre los reinos, para que desarraigues, y destruyas, y arrases, y disipes, y edifiques, y plantes;* porque, si no destruyera primero lo perverso, no podría edificar provechosamente lo bueno. Luego, si no desarraiga de los corazones de sus oyentes las espinas del vano amor, cierto que en vano plantaría en ellos las palabras de la sagrada predicación.

Por eso es por lo que San Pedro, para después edificar, primero destruye, cuando, en vez de aconsejar a los judíos lo que debían hacer, los reprendía de lo que habían hecho, diciendo (Act. 2,22): *A Jesús de Nazaret, hombre autorizado por Dios ante vuestros ojos, con milagros, maravillas y prodigios que por medio de El ha hecho entre vosotros, a este Jesús, dejado a vuestro arbitrio por una orden expresa de la voluntad de Dios y decreto de su presciencia, vosotros le habéis hecho morir clavándole en la cruz por manos de los impíos; pero Dios le ha resucitado, librándole de los dolores de la muerte.* Esto es, para que, destruídos con el conocimiento de su maldad, tanto más provechosamente oyeran la edificación de la predicación sagrada cuanto con mayores deseos la buscasen. Así es que al instante preguntaron: *Pues, hermanos, ¿qué es lo que debemos hacer?* A los cuales en seguida se responde: *Haced penitencia y sea bautizado cada uno de vosotros.* Palabras de edificación que sin duda habrían despreciado si no hubieran descubierto antes saludablemente la ruina de su perdición.

Por esto mismo es por lo que Saulo, cuando resplandeció sobre él la luz enviada del cielo, no oyó en seguida lo bueno que debía hacer, sino lo malo que había hecho; pues cuando postrado preguntaba, diciendo (Act. 22,8): *¿Quién eres tú, Señor?*, al instante se le respondió: *Yo soy Jesús Nazareno, a quien tú persigues;* y como de pronto añadiese: *¿Qué haré, Señor?*, al punto se le agregó: *Levántate y entra en la ciudad, donde se te dirá todo lo que debes hacer.* [94.] He aquí que el Señor, hablando desde el cielo, reprendió las obras de su perseguidor; pero, sin embargo, no le mostró de pronto lo que debía hacer: he aquí que ya había caído por tierra toda la obra de su soberbia y después de su ruina demandaba, humilde, ser edificado, y, destruída la soberbia, todavía se retardan las palabras de

edificación, por cierto para que el cruel perseguidor yaciera destruído largo tiempo y después se levantara tanto más consolidado en el bien cuanto más, totalmente derribado de su error primero, hubiera caído antes.

Por consiguiente, los que todavía no han comenzado a obrar el bien, primero deben ser derribados de la dureza de su corazón con la mano correctora, para que después se levanten al estado del recto obrar; pues también derribamos el árbol alto de la selva precisamente para colocarle sobre el techo del edificio, y, no obstante, no se le coloca en seguida en el edificio, y acertadamente, para que se seque primero su vicioso verdor y luego se levante a la cumbre con tanta mayor seguridad cuanto más se ha reducido su humor en lo bajo.

Mas, por el contrario, a los que no concluyen las obras buenas que han comenzado se les debe aconsejar que consideren con prudente circunspección que, con no llevar a cabo lo que se han propuesto, destruyen también lo que comenzaron, pues, cuando lo que parece que se debe hacer no crece con solícito cuidado, también decrece lo que se había hecho bien.

Efectivamente, en este mundo el alma humana, como la nave contra la corriente de un río que busca su nivel, no puede mantenerse fija en un lugar, porque, si no se esfuerza en subir, se desliza agua abajo. Luego, si la mano del que obra no levanta, fuerte, hasta su perfección las obras comenzadas, esa dejadez en el obrar pugna contra lo que está hecho.

A esto se refiere lo que se dice por Salomón (Prov. 18,9): *Quien es flojo y desmadejado en sus labores, hermano es del que disipa los bienes;* es decir, quien no ejecuta perfectamente el bien comenzado, con la flojedad de su negligencia imita a la mano del que destruye.

Por eso se dice al ángel (de la iglesia de Sardis) (Apoc. 3,2): *Sé vigilante y consolida lo restante que está para morir, porque yo no hallo tus obras cabales en presencia de mi Dios.* Ahora bien, porque las obras de éste no fueron halladas cabales delante de Dios, predecía que habían de perecer también las que había hecho; luego, si lo que en nosotros está muerto no se acerca a la vida, también se extingue lo que ya tenemos como vivo.

También se les debe aconsejar que reflexionen despacio que había podido ser más tolerable no emprender el camino recto que el volverle la espalda después de haberle emprendido, pues, si no miraran atrás, nunca decaerían del comenzado propósito. Oigan, por tanto, lo que está escrito (2 Petr. 2,21): *Mejor les fuera no haber conocido el camino de la justicia que después de conocido volverse atrás.*

Oigan lo que está escrito (Apoc. 3,15): *Ojalá fueras frío o caliente; mas, por cuanto eres tibio y no frío ni caliente, estoy para vomitarte de mi boca.* Ahora bien, caliente es el que comienza y lleva a cabo los buenos propósitos, y frío es quien ni siquiera principia lo que se debe acabar; y así como del frío se pasa al calor por lo tibio, así también por lo tibio se pasa del calor al frío; luego quien, perdido el frío de la infidelidad, se enardece para hervir, pero sin

traspasar en modo alguno la tibieza, sin duda que, mientras se detiene en una peligrosa tibieza sin esperar al calor, hace por enfriarse. Pero, así como antes de la tibieza el frío está por venir, así después del frío ya no se espera la tibieza. Quien todavía está en pecado no pierde la esperanza de la conversión; pero quien después de la conversión se entibia ha quitado hasta la esperanza que de pecador pudo tener.

95. Por eso pretende que uno sea o caliente o frío, para que no le vomite tibio; es decir, pretende que el no convertido aún ofrezca de suyo esperanza de convertirse, o que, ya convertido, se enfervorice en las virtudes, a fin de que no sea vomitado por tibio el que, por pereza, vuelve desde el calor que prometió al frío perjudicial.

CAPITULO XXXV

De un modo se debe aconsejar a los que obran el mal ocultamente y el bien en público, y de otro a los que ocultan el bien que hacen y, sin embargo, por algunas obras, permiten que públicamente se piensen de ellos algunos males

A los que obran el mal ocultamente y el bien públicamente se les debe convencer de la gran rapidez con que vuelan los juicios humanos.

Se les debe aconsejar que fijen la atención de su alma en el término de las cosas, en que el testimonio del aplauso humano pasa, mientras la sentencia divina, que penetra los secretos, perdura para la eterna remuneración. Por tanto, cuando ponen ante los juicios divinos sus maldades ocultas y a los ojos humanos sus buenas obras, aun sin testigos, es bueno lo que públicamente hacen, pero no está sin el testigo eterno lo que ocultamente delinquen. Y así, ocultando sus culpas a los hombres y descubriendo a ellos sus virtudes, aun ocultándolo, descubren por donde deben ser castigados y, descubriéndolo, esconden aquello por donde podían ser remunerados.

A los cuales la Verdad llama (Mt. 23) *sepulcros blanqueados, bellos por defuera, pero por dentro llenos de huesos muertos;* porque en el interior guardan los males de los vicios; pero a los ojos de los hombres, con mostrar algunas obras buenas, se lisonjean de sola la exterior apariencia de justicia.

Así es que se les debe aconsejar que no desprecien las obras buenas que hacen, pero que las presten mayor mérito, pues en harto poco estiman sus buenas obras los que piensan que para su recompensa bastan los aplausos humanos, puesto que, cuando por una buena obra se busca la alabanza transitoria, se vende a precio vil una cosa digna de eterna recompensa. Del cual precio vil recibido dice la Verdad (Mt. 6): *En verdad, en verdad os digo que ya recibieron su recompensa.*

Se les debe aconsejar que consideren que, mostrándose malos en lo oculto, pero mostrándose públicamente ejemplares con las

buenas obras, manifiestan que rehuyen lo que se debe seguir y gritan que se debe amar lo que aborrecen; viven al fin para otros y mueren para sí mismos.

Mas, al contrario, a los que obran ocultamente el bien y, sin embargo, por algunas obras permiten que se piense mal de ellos, se les debe aconsejar que, cuando se dan vida a sí mismos en virtud del bien que hacen, no causen a otros la muerte con obras que sirven para ser malamente juzgados; que no amen a los prójimos menos que a sí mismos, y que, cuando ellos mismos beben la poción de vino saludable, no viertan poción de mortal veneno en las almas atentas a juzgarlos.

Estos, ciertamente, con procurar hacer en lo oculto el bien y con algunos hechos sembrar malos ejemplos de sí, en algunos prójimos ayudan poco a la vida y en otros dañan mucho; pues quien tiene por bastante dominar el apetito de ser alabado, si oculta lo bueno que hace, engaña en lo que respecta a la edificación, y quien no deja ver el bien que debe ser imitado es como quien, una vez echada la semilla que debe germinar, arranca las raíces. [96.] Que por eso la Verdad dice en el Evangelio (Mt. 5,16): *Vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre, que está en los cielos;* en donde se halla también aquella sentencia que parece mandar cosa distinta (Mt. 6,1): *Guardaos de hacer vuestras buenas obras en presencia de los hombres con el fin de que os vean.*

¿Qué es, pues, esto de que hagamos nuestras buenas obras de modo que no se vean y, con todo, se manda que deben ser vistas, sino que debemos ocultar las obras buenas que hacemos para que no seamos nosotros alabados y, sin embargo, se han de manifestar para que aumentemos la gloria de nuestro Padre celestial? Que por eso, cuando el Señor nos prohibe obrar nuestra justicia en presencia de los hombres, en seguida añadió: *Con el fin de ser vistos de los hombres;* y cuando de nuevo manda que nuestras buenas obras deben ser vistas de los hombres, al punto agregó: *Para que glorifiquen a vuestro Padre, que está en los cielos.* Por tanto, al fin de cada sentencia manifestó cómo debían ser vistas y cómo no se debían ver; esto es, que la intención del que obra no buscara el que su obra fuera vista para alabanza propia, pero que no la ocultara, para gloria del Padre celestial.

Esto supuesto, ocurre muchas veces que la obra buena se hace ocultamente, aun cuando se hace en público, y también se hace públicamente cuando se hace en lo oculto, porque quien en su buena obra pública no busca su gloria, sino la gloria del Padre celestial, esconde lo que hizo, pues sólo ha tenido por testigo a Aquel a quien procuró agradar; y quien en su obra buena secreta pretende ser visto y alabado, aunque tal vez nadie haya visto lo que hizo, sin embargo, lo ha hecho delante de los hombres, porque llevó con él tantos testigos cuantas alabanzas pretendió en su corazón.

Ahora bien, cuando en lo que no es pecado no se oculta del juicio de los hombres una torcida apreciación, por el ejemplo se da ocasión de pecar a todos los que lo creen malo. Por eso también

ocurre con frecuencia que los que por descuido permiten que se piense de ellos cosas malas, ellos, ciertamente ningún mal hacen, pero, no obstante, delinquen muchas veces en aquellos que siguieron sus ejemplos.

Es por esto por lo que San Pablo dice a los que comían, sin contaminarse, ciertas viandas inmundas, pero que, por comerlas, daban ocasión de escándalo a los débiles (1 Cor. 8,9): *Cuidad de que esta libertad que tenéis no sirva de tropiezo a los flacos;* y de nuevo: *Perecerá por tu ciencia ese hermano enfermo, por amor del cual murió Cristo.* Por esto es por lo que Moisés, cuando decía (Lev. 19,14): *No hables mal de un sordo,* en seguida añadió: *Ni pongas tropiezo ante los pies del ciego.* Hablar mal de un sordo es detraer al ausente y que no oye; y poner tropiezo ante los pies del ciego es obrar algo discreto, sí, pero que ofrece ocasión de escándalo a quien no tiene la luz de la discreción.

CAPITULO XXXVI

De la exhortación que debe dirigirse, cuando son muchos los oyentes, con el fin de fomentar las virtudes de cada uno, de manera que por tal exhortación no se acrecienten los vicios contrarios a las virtudes

Esto es lo que debe observar el pastor de las almas en su distinta predicación, para que aplique con mayor tino los remedios oportunos a la enfermedad de cada uno.

Porque, con exigir grande cuidado el propinar cada remedio a cada uno de los que deben ser exhortados y con ser asaz laborioso instruir a cada cual en lo que le es propio, ofreciéndole la debida reflexión, es, sin embargo, mucho más difícil aconsejar a un mismo tiempo y en un solo discurso y con una exhortación común a innumerables oyentes y que están sujetos a diversas pasiones.

97. En efecto, entonces hay que acomodar la palabra de arte tal que, con ser diversos los vicios de los oyentes, se halle ajustada a cada uno y, sin embargo, en sí misma no sea diversa; esto es, que ataque las pasiones ordinarias de un solo golpe, sí, pero, como espada de doble filo, cuándo de un lado, cuándo de otro, corte la hinchazón de los pensamientos carnales.

Es decir, que a los soberbios se predique la humildad de modo que no se aumente el miedo de los tímidos, y a los tímidos se infundan alientos de modo que no crezca el desenfreno en los soberbios.

Predíquese a los ociosos y perezosos la diligencia en el bien obrar, pero de suerte que no se aumente en los inquietos la libertad de una actividad desmedida.

Apláquese la ira de los impacientes de modo que no aumente la negligencia en los remisos y sosegados; inflámese el celo en los remisos, pero de modo que no se acreciente el furor de los iracundos.

A los avaros infúndase la generosidad para dar, pero de suerte

que no se desenfrene la profusión de los pródigos; predíquese a los pródigos la moderación, pero de manera que no crezca en los avaros el ansia de cosas perecederas.

Ensálcese el matrimonio a los incontinentes, pero de modo que los ya continentes no se vuelvan a la lujuria; alábese a los continentes la virginidad del cuerpo, pero de suerte que no se haga despreciable a los casados la fecundidad de la carne.

Deben predicarse los bienes de modo que no se fomenten de soslayo los males; deben alabarse los bienes mayores de modo que no se menosprecien los pequeños, y deben fomentarse los bienes pequeños de manera que no, por creer que ellos bastan, deje de atenderse a los mayores.

CAPITULO XXXVII

De la exhortación que debe dirigirse a uno mismo que está dominado por pasiones contrarias

Difícil labor, por cierto, es para el predicador sondear con la palabra de una sola predicación común las ocultas pasiones y vicios de cada uno, y volverse de un lado a otro, al modo de los que luchan en la palestra; pero su labor es mucho más penosa cuando se ve obligado a predicar a uno mismo que está dominado por vicios contrapuestos, pues con frecuencia hay uno que es de una complexión abierta o alegre, y, no obstante, una tristeza que ha brotado de pronto le deprime cruelmente.

Debe entonces el predicador procurar que la tristeza, que sobrevino de pronto, desaparezca, pero de modo que no se aumente la alegría que ya abunda por la complexión; y asimismo se refrene la alegría que proviene de la complexión, de modo que no aumente la tristeza súbita.

Este padece la costumbre de una inmoderada precipitación, y, con todo, alguna vez la violencia de un temor nacido de repente le pone dificultad en aquello que debe hacerse rápidamente. El otro está dominado por la costumbre de un temor exagerado y, sin embargo, alguna vez una temeraria precipitación le impele a lo que apetece. De suerte que en el primero debe reprimirse el temor que surge de pronto, pero de modo que no crezca la precipitación por largo tiempo cultivada; y en el segundo debe reprimirse la precipitación nacida repentinamente, pero de manera que no domine el temor que la complexión ha imprimido.

¿Y por qué admirarse de que los médicos de las almas sean tan cuidadosos, cuando con tanta discreción se acomodan en su arte los médicos de los cuerpos, que curan, no el alma, sino el cuerpo? [98.] Pues bien: muchas veces a un cuerpo débil acosa una fiebre implacable, a la cual deben aplicarse remedios fuertes; pero es el caso que el cuerpo débil no soporta el remedio fuerte. Entonces el médico cuida de evitar la persistente enfermedad de

modo que no aumente la supuesta debilidad del cuerpo, no suceda tal vez que la fiebre acabe con la vida; dispone, pues, el remedio con tal discreción, que a un mismo tiempo haga frente a la fiebre y a la debilidad.

Luego si la medicina corporal, aplicada indivisiblemente, puede aprovechar divisiblemente (que entonces es verdadera medicina cuando por ella se remedia el mal persistente de tal modo que, aplicada, sirve a la vez a la complexión), ¿por qué la medicina del alma, aplicada en una sola y misma predicación, y que tanto más sutilmente obra cuanto a cosas más invisibles se aplica, no podrá curar enfermedades de costumbres de orden diverso?

CAPITULO XXXVIII

Que alguna vez deben dejarse los vicios más leves a fin de quitar los más graves

Mas porque a veces acomete la fiebre de dos vicios, uno que domina más débilmente y otro que tal vez domina con mayor violencia, sin duda que lo más derecho es acudir con presteza a poner remedio al vicio por el cual más rápidamente se llega a la muerte. Y cuando no puede reprimirse el que conduce a la muerte próxima sin que a la vez crezca el vicio contrario que ya existe, al predicador se le debe tolerar que, mediante su exhortación y con cauteloso artificio, consienta crecer al uno con tal de poder apartar al otro de la muerte próxima. Cuando hace lo cual no aumenta el mal, sino que defiende la vida de su enfermo, al cual ofrece tal medicina mientras halla tiempo oportuno para encontrar la salud.

Así, muchas veces uno que jamás se modera en la glotonería y que ya se ve acometido por los estímulos de la lujuria que le domina, aterrado por esta lucha, cuando procura remediarse con la abstinencia, se ve importunado por la tentación de vanagloria, y en el cual es cierto que no se extingue un vicio en modo alguno si no se fomenta el otro, ¿cuál de los dos males se debe atacar, sino el que más peligrosamente oprime? De manera que por entonces debe tolerarse que, aun con daño del que vive, crezca la vanagloria motivada de la abstinencia, con el fin de que la lujuria provocada por la glotonería no extinga por completo su vida.

Por esto es por lo que San Pablo, considerando a su oyente inseguro entre querer obrar todavía el mal o gozarse de la recompensa del aplauso humano por obrar el bien, dice (Rom. 13,3): *¿Quieres tú no tener que temer nada de aquel que tiene el poder? Pues obra bien y merecerás de él alabanzas.* Claro que ni se ha de obrar bien para no tener que temer a ninguno que tenga poder en este mundo ni por recabar la gloria de un aplauso pasajero; pero como juzgaba que el alma débil no podría llegar a tanta resistencia como evitar a la vez la maldad y la alabanza, el egregio predicador, con su consejo, ofrecióle algo y algo le quitó: conce-

diéndole lo leve le substrajo lo más fuerte, con el fin de que, dejando al alma con algo suyo íntimo, la apartara también sin esfuerzo de algo suyo, ya que no se decidiera a soportarlo todo de una vez.

CAPITULO XXXIX

Que a las almas novicias no se les deben predicar de lleno cosas levantadas

99. Mas debe saber el predicador que no debe traer el ánimo de su oyente a más de lo que alcancen las fuerzas de éste, no sea que la cuerda del alma, por decirlo así, tendiéndola más de lo que resiste, se rompa.

Deben, pues, encubrirse ciertas cosas elevadas cuando son muchos los oyentes, y descubrirse apenas a unos pocos; que, a cuento de esto, la Verdad misma dice (Lc. 12,42): *¿Quién piensas que es aquel administrador fiel y prudente a quien su amo constituyó mayordomo de su familia, para distribuir a cada uno a su tiempo la medida del trigo correspondiente?* Por la medida de trigo se significa la moderación de la palabra, para que no ocurra que, al echar en un corazón angosto algo de que no es capaz, se derrame fuera.

Por eso San Pablo dice (1 Cor. 3,1): *Yo no he podido hablaros como a hombres espirituales, sino como a personas carnales; y, como a niños en Cristo os he alimentado con leche y no con manjares.*

¿Por qué Moisés, cuando sale de hablar secretamente con Dios, vela su rostro resplandeciente? Sin duda porque así no da a conocer a las turbas los secretos de la íntima claridad. Por eso la voz divina manda por medio de él (Ex. 21,33) que quien abriera un pozo y no le cubriese y viniera a caer en él un buey o un asno, pagara el precio de las bestias, pues quien llega a los profundos manantiales de la ciencia, si no los encubre a los corazones en bruto de los oyentes, se le considera merecedor de la pena cuando por sus palabras cayera en el escándalo el alma, bien sea limpia, bien sea inmunda.

Por eso se dice al santo Job (88,36): *¿Quién dió al gallo el instinto?* El predicador santo, pues, cuando clama en estos tiempos caliginosos, canta, como el gallo en la noche, diciendo (Rom. 13,11): *Ya es hora de despertarnos de nuestro letargo;* [100.] y otra vez (1 Cor. 15,34): *Estad alerta, ¡oh justos!, y guardaos del pecado.* Pero el gallo en las altas horas de la noche suele cantar reciamente; mas, cuando ya la mañana está próxima, emite pequeñas y débiles voces; sin duda porque quien predica como es debido a los corazones que todavía están en la oscuridad, clama las cosas manifiestas y nada de los misterios ocultos les da a entender hasta que, cuando ya se aproximan a la luz de la verdad, oigan entonces algunas cosas más sutiles acerca de las cosas celestiales.

CAPITULO XL

De la predicación con las obras y con la palabra

Ahora, de todo lo que anteriormente hemos dicho, tornamos al cuidado de la caridad, a fin de que a cualquier predicador se le oiga en las obras más que en las palabras; y viviendo él bien deje impresas las huellas para que le sigan; es decir, que, más bien obrando que hablando, muestre por dónde se debe caminar. Que también el gallo, del que el Señor en su alocución se vale para expresar la figura del buen predicador, cuando ya se prepara para emitir su canto, se sacude primero las alas y, golpeándose a sí mismo, se hace más vigilante; y esto, porque es necesario que quienes aconsejan por medio de la palabra de la sagrada predicación se despierten al deseo del bien obrar, no sea que con su voz exciten a otros, mientras que ellos son perezosos para obrar.

Sean ellos los primeros en lanzarse a obras las más levantadas, y entonces hagan a los otros solícitos para obrar bien. Hiéranse primero a sí mismos con las alas de los pensamientos; busquen con diligente examen cuanto en ellos mismos esté inútilmente paralizado; corríjanlo con solícita reprensión, y entonces compongan al fin con su palabra la vida de los otros.

Cuiden primero de castigar lo propio con llantos y después clamen contra lo que en los otros se debe castigar; y antes de que resuenen las palabras de la exhortación griten con sus obras todo lo que han de hablar.

CUARTA PARTE

Que trata de que el predicador, después de haber realizado bien todo, vuelva al interior de sí mismo, para que no le ensoberbezca la vida ni la predicación

CAPITULO UNICO

Mas, porque con frecuencia, cuando se ha esparcido copiosa y convenientemente la predicación, el ánimo del que habla se engríe para consigo mismo con secreto gozo de su propia ostentación, es menester gran cuidado para mortificarse hiriéndose con el temor, no venga a suceder que quien llama a la salud, curando las llagas de otros, él mismo, por descuidar la salud suya, se entumezca, o se rinda él ayudando a otros, o caiga levantando a los demás; pues con frecuencia la grandeza del poder ha servido a algunos para perderse, porque, contándose seguros, por confiar demasiado en sus fuerzas, inopinadamente perecieron por su descuido.

Y es que, cuando la virtud se resiste a los vicios, el alma se complace en sí misma con cierta delectación de sí; y ocurre que el ánimo del que obra bien pierde el miedo de su circunspección y, seguro, descansa confiando en sí. Al alma así emperezada, el astuto seductor va enumerando lo mucho que ha hecho y la ensalza en la hinchazón del pensamiento como de mayor valía que los demás.

De donde resulta que, ante los ojos del justo Juez, el recuerdo de la virtud es la sepultura del alma; porque cuanto se ensalza a sus ojos recordando lo que ha hecho, tanto cae ante los ojos del Autor de la humildad.

Por esto se dice al alma que se ensoberbece (Ez. 32,19): *¿En qué eres tú más hermoso? Desciende abajo y yace entre los incircuncisos;* como si claramente dijera: Ya que te ensalzas por la hermosura de las virtudes, esa misma hermosura te empujará para que caigas.

Asimismo, bajo la figura de Jerusalén es reprobada el alma que se ensoberbece de la virtud, cuando se dice (Ez. 16,14): *Eres perfecta debido a los adornos que yo puse en ti, dice el Señor; pero, envanecida de tu hermosura, te prostituiste.* En efecto, el alma se envanece confiando en su beldad cuando, gozosa de los méritos de las virtudes, se gloría, segura de sí; mas por esta misma confianza llega a prostituirse, porque, cuando al alma disipada la engañan sus pensamientos, los espíritus malignos, seduciéndola con innumerables vicios, la corrompen.

101. Pero es de notar que se dice: *Te prostituiste*, en tu nombre; porque, cuando el alma ha dejado su dependencia del supremo Rector, en seguida busca su propia gloria y comienza a atribuirse todo lo bueno que ha recibido para que sirviera de pregón del Dador, y desea extender la gloria de su fama, y se desvive por parecer a todos admirable. Luego se prostituye en su nombre, porque, abandonando la fe conyugal, por el apetito de las alabanzas se somete al espíritu corruptor.

Por eso dice David (Ps. 77,61): *Toda la fuerza de ellos la entregó a cautiverio; toda su gloria la puso en poder de sus enemigos.* Se entrega, pues, en manos del enemigo la fuerza y la gloria cuando, por engreirse de la buena obra, domina el enemigo al alma engañada. Engreimiento de la virtud que, aun cuando no triunfa plenamente, sin embargo, siempre tienta en algo al alma de los elegidos. Por eso David dice otra vez (Ps. 29,7): *En medio de mi prosperidad había dicho yo: No experimentaré jamás mudanza alguna.* Mas, porque se había engreído por confiar en su virtud, poco después de lo que había dicho agregó: *Apartaste de mí tu rostro y al instante fuí trastornado.* Como si claramente dijera: Me consideré fuerte en medio de las virtudes, pero, apartado de ti, he conocido cuán grande es mi debilidad.

También por eso dice de nuevo (Ps. 118,106): *Juré y ratifiqué el observar tus justísimos decretos.* Mas, como no se debía a sus fuerzas el mantenerse en la observancia que juraba, trastornado de repente, conoció su debilidad. Por lo que además se acoge en seguida al refugio de la oración, diciendo (v.107): *Abatido he sido, Señor, en gran manera; vivifícame según tu promesa.*

Pero algunas veces la Providencia divina, antes de proveer con sus dones, llama al alma al recuerdo de su debilidad, para que no se engría de las virtudes recibidas. [102.] Por eso el profeta Ezequiel, cuantas veces es llevado a contemplar los secretos celestiales, primero es llamado «hijo del hombre», cual si el Señor le advirtiera claramente diciendo: Para que no levantes con engreimiento tu corazón por las cosas que ves, reflexiona con cuidado lo que eres, a fin de que, cuando penetres en tales profundidades, reconozcas que eres hombre, y así, al verte arrebatado más allá de lo que eres, vuelvas solícito a ti mismo con el freno de tu debilidad.

Por tanto, es necesario que, cuando nos halague la abundancia de virtudes, la mirada del alma se vuelva a su flaqueza y se mantenga saludablemente en lo bajo, para que vea, no lo bueno que hace, sino lo que descuida hacer, a fin de que, humillándose el corazón con el recuerdo de su debilidad, ante el Autor de la humildad se afiance más y con mayor firmeza en la virtud.

Y porque muchas veces Dios omnipotente, si bien perfecciona en muchas cosas las almas de los rectores, sin embargo, las deja en parte algo imperfectas, precisamente para que, cuando brillan radiantes en muchas virtudes, se requemen con la pesadumbre de su imperfección y no se glorien de grandes, y para que, viendo que todavía luchan perseverantes contra los defectos pequeños, pero

que no acaban de vencer, no se atrevan a ensoberbecerse de sus principales actos.

Aquí tienes, santo varón, que, cuando, impelido por la necesidad que yo tengo de ser reprendido, atiendo cuidadoso a mostrar cuál debe ser el pastor, pintor feo, he dibujado un hombre hermoso; y yo, que todavía me veo envuelto en medio de las olas de los delitos, encamino a otros a las playas de la perfección.

Pero te ruego que en el naufragio de esta vida me sostengas con la tabla de la oración, para que, ya que el propio peso me sumerge, la mano de tu mérito me levante.

HOMILIAS SOBRE LA PROFECIA DE EZEQUIEL

INTRODUCCION

En las críticas circunstancias en que amenazaba a Roma aquella gran calamidad, cuando las vastísimas incursiones de los longobardos, que con ímpetu formidable invadían Italia, después de haber traspasado el Po, al mando de Agilulfo comenzaban a irrumpir en oleadas apresuradísimas contra la ciudad de Roma, alcázar de la fe católica, el santísimo papa Gregorio, en medio de la gran inquietud de toda la ciudad, emprendió la obra de exponer al pueblo romano por medio de homilías la profecía de Ezequiel. De la cual los tres primeros capítulos, que son sobremanera oscuros y difíciles, los explanó claramente en doce homilías; y en otras diez homilías expuso el capítulo 40, que trata de la visión de la restauración del templo de Jerusalén.

De manera que con estas veintidós homilías compuso dos libros, el primero de los cuales contiene las doce primeras homilías, y el segundo, las diez del capítulo 40, las cuales no terminó, porque, asaz solícito por la salvación de la ciudad, vióse forzado a desistir de la exposición, como él mismo lo atestigua con estas palabras, expresivas de su íntimo sentimiento:

«Y nadie me reproche si, después de esto que he dicho, ceso de hablar, pues, como todos lo estáis viendo, hanse aumentado nuestras tribulaciones: por doquiera estamos asediados y cercados por las armas; por doquiera tememos el inminente peligro de la muerte: los unos vuelven a nosotros con las manos cortadas; de otros nos refieren que han sido hechos cautivos; de otros, que han sido muertos. Véome ya forzado a cesar en la exposición, porque *tedio me causa el vivir* (Iob 10,1). Nadie, pues, me exija ya que atienda a la sagrada predicación, porque *mi cítara se ha convertido en llanto, y en voces lúgubres mis instrumentos músicos* (Iob 30,31). Ya el ojo del corazón no está atento a descubrir los misterios, porque *hase adormecido de tedio el alma mía* (Ps. 118,28). Ya es menos dulce al alma la lección, porque, a fuerza de gemir, heme olvidado de comer mi pan. ¡Cómo ha de sentir gusto en exponer los sentidos místicos de la Sagrada Escritura aquel a quien no le es permitido vivir! Y puesto que me veo forzado a beber a diario tantas amarguras, ¿cuándo podré propinar cosas dulces? ¿Qué resta, pues, sino que, en medio de los azotes que sufrimos por nuestros pecados, demos gracias a Dios con lágrimas? Pues El mismo, que nos ha criado, también se ha hecho nuestro padre por el espíritu de adopción que

nos ha dispensado; y así, a sus hijos a veces los alimenta con pan, a veces los corrige con el azote, porque por medio de los mimos y de los palos nos adoctrina para la herencia perpetua. Sea, pues, la gloria al Omnipotente, nuestro Señor Jesucristo», etc.

Todo esto es de San Gregorio.

De manera que cuando Agilulfo, célebre por toda clase de cruel barbarie, dirigiéndose desde el campamento de Perusa a Roma, puso cerco a la ciudad con horrible asedio, hasta el punto de que ya habíase apoderado de todos un gran terror, el Pontífice, hallándose cercado por tan grandes angustias, pronunció las siguientes homilías, a saber: estas veintidós, las cuales expuso con tal abundancia de sentidos y de sentencias las más santas, que, cuando las leemos, reconocemos a San Gregorio que habla con claridad y elegancia y que predica con gravedad y con unción y que todo lo explana ubérrimamente.

HOMILIAS SOBRE EZEQUIEL

PREFACIO

Gregorio, siervo de los siervos de Dios, al dilectísimo hermano Mariniano, obispo. Con haberme asaltado tantos cuidados, había dado al olvido las homilías sobre Ezequiel, que, según yo las exponía al pueblo, habían sido transcritas tomándolas al oído. Mas, después de ocho años, a ruego de los hermanos, procuré requerir las copias de los notarios y, repasándolas, con el favor de Dios las enmendé cuanto lo permitieron las angustias de las tribulaciones.

Ahora bien, tu caridad había pedido que las enviara para leerlas, pero tuve por harto inconveniente el que bebiera agua despreciable quien me consta que asiduamente bebe las profundas y límpidas aguas en los torrentes de los santos Padres Ambrosio y Agustín; mas luego, considerando que con frecuencia entre las delicias cotidianas también resultan agradables las viandas ordinarias, he transmitido al lector estas insignificantes pociones para que, después de fastidiado de la comida más grosera, con mayor avidez torne a los manjares más delicados.

LIBRO I

HOMILIA I

Teniendo que hablar, con el favor de Dios, sobre el profeta Ezequiel, primeramente debo declarar los tiempos y los modos de la profecía, a fin de que, a la vez que se abre su acceso, se conozca mejor su valor.

1. Tres son los tiempos de la profecía, a saber: el pasado, el presente y el futuro.

Pero es de notar que en dos de estos tiempos la profecía no corresponde a su etimología, porque, llamándose profecía por cuanto anuncia las cosas futuras, cuando habla del pasado o del presente pierde la razón de su nombre, puesto que manifiesta no lo que ha de suceder, sino que menciona lo que ya ha pasado o lo que actualmente es.

Sin embargo, con más verdad decimos que son tres los tiempos de la profecía si lo declaramos con testimonios de la Sagrada Escritura.

Profecía de futuro es ésta: *Sabed que una virgen concebirá y parirá un hijo* (Is. 7,14).

Profecía de pasado es ésta: *En el principio creó Dios el cielo y la tierra* (Gen. 1,1), pues el hombre habló de aquel tiempo en que no existía el hombre.

Profecía de presente es ésta, cuando San Pablo dice: *Si profetizando todos entra un infiel o un idiota, de todos será convencido, será juzgado de todos; los secretos de su corazón se harán manifiestos, y, por tanto, postrado sobre su rostro, adorará a Dios, confesando que verdaderamente Dios está en medio de vosotros* (1 Cor. 14,24 y 25); pues cuando se dice: *los secretos de su corazón se harán manifiestos*, por este modo de profetizar, claramente se manifiesta que el Espíritu no predice lo que ha de suceder, sino que declara lo que de presente ocurre.

Ahora bien, ¿por qué razón se llama espíritu de profecía al que no indica lo que ha de suceder, sino que muestra lo que de presente es? En lo cual es de advertir que rectamente se llama profecía, no porque anuncie lo futuro, sino porque descubre lo oculto. En efecto, así como el tiempo oculta a nuestros ojos cualquier cosa futura, así también la causa oculta a nuestros ojos lo que está presente; lo que ha de suceder, pues, se oculta en el tiempo futuro, mas el pensamiento presente se oculta en lo escondido del corazón.

Hay también profecía de presente cuando se encubre, no ya en el alma, sino en un lugar ausente, alguna cosa que, no obstante, la descubre el espíritu; y el espíritu del profeta se hace presente allí donde no está presente su cuerpo. En efecto, Giezi hallábase lejos del profeta cuando recibía de Naamán de Siria los regalos, y sin embargo, el profeta le dijo: *Pues qué, ¿no estaba yo presente en espíritu cuando aquel hombre saltó de su coche para ir a tu encuentro?* (4 Reg. 5,26).

2. También es de saber que los tiempos de la profecía se armonizan mutuamente para probar, de suerte que unas veces lo pasado se prueba mediante lo futuro, y otras veces lo futuro se prueba por lo pasado.

En efecto, Moisés había dicho (Gen. 1,1): *En el principio creó Dios el cielo y la tierra;* mas ¿quién creería que refería en verdad lo pasado, si no hubiera dicho también de futuro? Por eso, al fin del mismo libro, al principio del cual había referido aquello de lo pasado, intercaló en boca de Jacob algo profético referente a lo futuro, diciendo (Gen. 49,10): *El cetro no será quitado de Judá ni de su posteridad el caudillo hasta que venga el que ha de ser enviado, y éste será la esperanza de las naciones.* El cual (Moisés) también por sí mismo hizo al pueblo la profecía del Mesías cuando dijo (Deut. 18,15): *El Señor Dios tuyo te suscitará un Profeta de tu nación y de entre tus hermanos. A él oirás como a mí* (v.19). *Mas el que no quisiere escuchar a aquel Profeta será exterminado de su pueblo.* ¿Por qué, pues, entremezcló lo futuro con lo pasado sino para que, viendo cumplirse lo que predijera de futuro, hiciera patente que también había dicho verdad en lo que dijo de lo pasado?

3. Y bien; ya que hemos enseñado cómo, mediante las profecías de futuro, se prueban las profecías de lo pasado, todavía resta que demostremos, por las Sagradas Escrituras, cómo en ese mismo espíritu profético las profecías de lo futuro se prueban con profecías de lo pasado.

En efecto, habiendo tenido un sueño el rey de Babilonia (Dan. 2,2), mandó convocar a los magos, y a los adivinos, y a los hechiceros, y a todos los sabios de Babilonia, y los requirió no sólo a que le descifrasen el sueño, sino a que le descubriesen lo que había soñado; sin duda para colegir de lo pasado si en las respuestas de ellos hallaba certeza de lo futuro. Habiéndole ellos respondido que no podían nada, fué llevado a su presencia Daniel, el cual, requerido para que lo refiriese, no sólo respondió a lo que fué preguntado, sino que explicó también el origen de tal sueño, diciendo (Dan. 2,29): *Tú, ¡oh rey!, estando en tu cama, te pusiste a pensar en lo que sucedería en los tiempos venideros;* y poco después (v.31): *Tú, ¡oh rey!, tuviste una visión y te parecía ver como una estatua grande,* etc. Es decir, que en seguida de exponer el orden del sueño del rey descubrió lo que de él se deducía que había de acontecer.

Examinemos ahora el orden de la profecía: de los pensamientos vino a descubrir el sueño, y del sueño vino a descubrir lo futuro; por consiguiente, quien descubrió la misma raíz (llamémosla así)

del sueño, ciertamente probó, mediante lo pasado, que serían verdaderas las cosas que anunciaba acerca de lo futuro.

En cambio, la profecía de tiempo presente no necesita testimonio de pasado ni de futuro; porque, cuando una cosa oculta se descubre por las palabras de la profecía, la misma cosa que se descubre atestigua la verdad de la profecía.

4. Ahora, ya que hemos tratado de los tiempos de la profecía, resta que digamos algo acerca de sus modos y cualidades, ya que el Espíritu de profecía no asiste siempre ni del mismo modo al ánimo del profeta; pues a veces el Espíritu de profecía acude al ánimo del profeta acerca de lo presente y no le acude acerca de lo futuro; otras veces le acude acerca de lo futuro y no le acude acerca de lo presente; algunas veces, en cambio, le asiste acerca de lo presente y de lo futuro y también a veces acerca de lo pasado, de lo presente y de lo futuro; unas veces le asiste el Espíritu de profecía acerca de lo pasado y no le asiste acerca de lo futuro; otras veces le acude acerca de lo futuro y no le acude acerca de lo pasado; en cambio, alguna vez le asiste en parte acerca de lo presente y en parte no le asiste; y otras veces le asiste en parte acerca de lo futuro y en parte no le asiste.

Pero, si nos es posible, expongamos con testimonios de la Sagrada Escritura esto mismo en el orden en que lo hemos enunciado.

5. El Espíritu profético acude al ánimo del profeta acerca de lo presente y no le acude acerca de lo futuro; como cuando Juan Bautista, viendo venir al Señor, dijo (Io. 1,29): *He aquí el Cordero de Dios, ved aquí al que quita los pecados del mundo.* Pero cuando ya estaba para morir, habiendo enviado a sus discípulos, le preguntaba, diciendo (Mt. 11,3): *¿Eres tú el que ha de venir o debemos esperar a otro?;* palabras en las que se manifiesta que él había sabido que el Redentor había venido, sí, a la tierra, pero que dudaba si El descendería a abrir por sí mismo las puertas cerradas del infierno (del limbo de los justos).

Habíale, pues, acudido el Espíritu de profecía acerca de lo presente, puesto que, al ver la humanidad del Mediador y conociendo su divinidad, confesaba que El era el Cordero que quitaría los pecados del mundo; pero no habíale acudido acerca de lo futuro, puesto que no conocía su advenimiento al infierno.

6. A veces también acude el espíritu profético al alma del profeta acerca de lo futuro, y no le acude acerca de lo presente, como claramente lo atestigua la historia del libro del Génesis, cuando Isaac envió a su hijo Esaú a cazar; en lugar del cual Rebeca presentó para recibir la bendición a su hijo menor, el cual, revestido con las pieles del cabrito, fingió el cuerpo de su hermano al tacto de su padre, y éste dió la bendición al hijo menor, creyendo que era el mayor, y le anunció lo que mucho después había de sucederle; pero no pudo saber quién era el que estaba delante de él.

Luego el espíritu profético acudió al alma del profeta acerca de lo futuro y no le acudió acerca de lo presente, puesto que el padre, ciego, predecía lo futuro y no conocía al hijo que estaba presente.

7. Otras veces el espíritu profético asiste al alma del profeta lo mismo acerca de lo presente que de lo futuro; lo cual aprendemos claramente en el mismo libro del Génesis (46).

En efecto, en él está escrito que, acercándose Jacob al fin de su vida, y habiendo hecho José que se presentaran ante él sus dos hijos para que, mediante su bendición, pudieran merecer los bienes futuros, colocó el mayor a la diestra y al menor a la siniestra; y como Jacob, medio ciego por la edad, no pudiera distinguir con la vista humana quién fuera el primero y quién el menor, cruzando los brazos, impuso su mano derecha sobre el menor y la izquierda sobre el mayor; queriendo corregir lo cual, José (48,18) dijo: *No están así bien las manos, padre; porque este otro es el primogénito;* y oyó (19): *Lo sé, hijo mío, lo sé. Este será en verdad padre de pueblos y multiplicarse ha; mas su hermano menor será mayor que él.*

Luego el espíritu profético asistió al alma del profeta lo mismo acerca de lo presente que acerca de lo futuro, puesto que Jacob anunciaba lo futuro y por el espíritu discernía a los que estaban delante de él, a los cuales no podía ver con los ojos corporales.

Igualmente había asistido el espíritu profético al profeta Abdías, acerca de lo presente y de lo futuro, cuando, teniendo oscurecidos sus ojos, conoció ser la mujer de Jeroboam aquella que fingía ser otra; y la declaró lo que había de sucederla en lo futuro, diciendo (3 Reg. 14,6): *Entra, esposa de Jeroboam; ¿para qué finges ser otra? Ello es que yo tengo comisión de darte una mala nueva;* v.7: *Ve y di a Jeroboam: Esto dice el Señor Dios de Israel...* v.9: *Porque has obrado peor que todos los que te han precedido y te forjaste dioses ajenos y de fundición para provocarme a ira, y a mí me has desechado y vuelto las espaldas;* v.10: *por tanto, yo voy a llover desastres sobre la casa de Jeroboam.*

Había, pues, tocado el espíritu profético al alma del profeta a la vez acerca de lo presente y de lo futuro, puesto que pudo reconocer a la que entraba y anunciarla lo futuro.

8. También algunas veces acude el espíritu profético al alma del profeta simultáneamente acerca de lo pasado, de lo presente y de lo futuro; como cuando Isabel, viendo que María venía a visitarla, conoció que llevaba en gestación al Verbo encarnado y ya la llamó Madre de su Señor, diciendo (Lc. 1,43): *¿De dónde a mí tanto bien que venga la Madre de mi Señor a visitarme?*

Acerca de la cual concepción también se le dice a José por medio del ángel (Mt. 1,20): *Lo que se ha engendrado en ella* (en María) *es obra del Espíritu Santo.*

Además, Isabel dice (Lc. 1,45): *¡Oh!, bienaventurada tú que has creído, porque se cumplirán las cosas que se te han dicho de parte del Señor.*

De manera que al decir: *Bienaventurada tú que has creído,* claramente indica que conoció por el Espíritu las palabras que el ángel había dicho a María; y al añadir: *Se cumplirán las cosas que se te han dicho de parte del Señor,* previó lo que había de sucederle en lo futuro.

Luego fué asistida por el espíritu profético a la vez acerca de lo pasado, de lo presente y de lo futuro, puesto que conoció que María había creído las promesas del ángel, y porque, llamándola Madre, entendió que llevaba en el seno al Redentor del género humano; y al predecir que todo se cumpliría, vió también lo que sucedería después.

9. A veces el espíritu de profecía toca al alma también acerca de lo pasado y no acerca de lo futuro, como se muestra claro en el apóstol San Pablo, que dice a los discípulos (Gal. 1,11): *Os hago saber, hermanos, que el Evangelio que yo os he predicado no es cosa humana;* (v.12) *pues no lo he recibido ni aprendido yo de algún hombre, sino por revelación de Jesucristo.* De donde también a otros discípulos dice (Eph. 3,3): *Por revelación se me ha manifestado este misterio.* El cual (apóstol), no obstante, al ir a predicar a Jerusalén para anunciar el mismo Evangelio que había conocido por revelación, dice (Act. 20,22): *Al presente, constreñido por el Espíritu, yo voy a Jerusalén, sin saber las cosas que me han de acontecer allí.*

En efecto, el misterio del Evangelio es éste: que el Unigénito dél Padre se ha encarnado y se ha hecho hombre perfecto; que fué crucificado, muerto y sepultado y resucitó al tercero día; también que a los cuarenta días subió a los cielos y está sentado a la diestra del Padre.

Luego, como hubo conocido por revelación el Evangelio, el espíritu de profecía le asistió acerca de lo pasado; mas, como no sabía lo que tenía que padecer por el mismo Evangelio, está claro que no le asistió respecto a lo futuro; porque cuando dice (v.23): *Solamente puedo deciros que el Espíritu Santo en todas las ciudades me asegura y avisa que en Jerusalén me aguardan cadenas y tribulaciones,* claramente se manifiesta que eso que había de acontecerle había sido revelado a otros respecto de él, mas no a él de sí mismo, según lo que de él dice Agabo (Act. 21,11): *Así atarán los judíos en Jerusalén al hombre cuyo es este ceñidor.*

10. Otras veces, en cambio, el espíritu de profecía asiste acerca de lo futuro y no asiste acerca de lo pasado, como está escrito en el hecho de Eliseo; porque, cortando leña uno de los hijos de los profetas, se le cayó el hierro del hacha al agua, el cual exclamó (4 Reg. 6,5 y 6): *¡Ay, ay de mí, Señor mío, ay!, que esta hacha la había tomado prestada. Y dijo el varón de Dios: ¿Dónde ha caído? Y señalóle el lugar. Cortó, pues, Eliseo un palo y arrojólo allí, y salió a flote el hierro.* Hecho del profeta en el cual se conoce que quien preguntó dónde había caído, sabía lo que había de hacer; pero, no obstante, al preguntar, consta que no sabía dónde había caído el hierro.

Luego el espíritu profético había asistido a Eliseo respecto a lo futuro, pero no respecto a lo pasado, puesto que pudo saber que había de sacar a la superficie el hierro caído en lo profundo, pero no supo dónde había caído.

11. A veces el espíritu profético acude en parte y en parte no acude respecto a lo presente. Lo cual atestigua la historia del após-

tol San Pedro cuando el espíritu le anunció los soldados que Cornelio le enviaba.

En efecto, está escrito (Act. 10,19): *El espíritu le dijo: Mira, ahí hay tres hombres que te buscan*, a cuyo encuentro salió él y, preguntándoles, dijo (v.21): *¿Cuál es el motivo de vuestro viaje?* Palabras en que se pone de manifiesto que no oía del espíritu el motivo del viaje por el cual preguntaba a los soldados.

Luego el espíritu había acudido en parte al alma de Pedro y en parte no había acudido, puesto que le manifestó que iban los soldados, pero calló el motivo por que iban.

12. Unas veces el espíritu de profecía toca en parte respecto a lo futuro y en parte no le toca; como cuando los hijos de los profetas dicen a Eliseo, refiriéndose al rapto de Elías (4 Reg. 2,3): *¿No sabes tú cómo hoy se te lleva el Señor a tu amo?* Y, sin embargo, después que fué arrebatado Elías, se derramaron por diversos lugares buscándole por los montes y por los valles. Luego el espíritu de profecía habíalos acudido en parte y en parte no los había asistido, puesto que buscaban a quien no habían de hallar y de quien sabían que había de ser llevado.

De manera que en parte fueron asistidos y en parte no lo fueron, puesto que sabían que podía ser arrebatado y no sabían que no podía ser hallado.

También el mismo Eliseo fué asistido en parte respecto a lo futuro por el espíritu de profecía y en parte no lo fué cuando dijo al rey de Israel (4 Reg. 13,18): *Hiere la tierra con un dardo;* y después que, habiéndola herido tres veces, cesó de tirar, irritóse contra él el varón de Dios y le dijo (v.19): *Si hubieras tirado cinco o seis o siete veces, habrías herido a la Siria hasta exterminarla; mas ahora la vencerás por tres veces.* De manera que él había sabido que vencería a la Siria tantas veces cuantas hubiera herido la tierra; pero cuando le dice: *Hiere la tierra*, no sabía cuántas veces había de herirla. Y así, al indignarse porque había herido la tierra tres veces, denota claramente que había sido asistido en parte respecto a lo futuro por el espíritu profético y que en parte no había sido asistido, puesto que predijo que la Siria sería herida y, con todo, quiso que fuese herida más veces la tierra.

Asimismo, cuando Samuel fué enviado por el Señor a ungir a David, respondió (1 Reg. 16,2): *¿Cómo tengo de ir? Lo sabrá luego Saúl y me quitará la vida.* Y, sin embargo, ungió a David, pero Saúl no le quitó la vida. Luego el alma del profeta fué asistida en parte acerca de lo futuro y en parte no lo fué, puesto que sabía que David sería ungido rey, pero ignoraba que Saúl no le mataría.

13. Es de saber, además, que algunos profetas son asistidos acerca de los sucesos cercanos y no lo son acerca de los más remotos; otros, en cambio, lo son respecto de los distantes y no lo son respecto de los cercanos; pero algunos son asistidos por el espíritu profético respecto de los sucesos cercanos y de los distantes.

Que unos son asistidos respecto de lo cercano y no de lo más distante; así, Samuel supo que se habían extraviado las asnas y

anunció que habían sido halladas, predice que Saúl sería rey y también anuncia que le sucedería David; pero no predijo que éste sería el padre del Rey eterno.

Otros son asistidos respecto de lo distante y no lo son respecto a lo cercano; así, el mismo David supo que el Unigénito de Dios había de encarnar, pues, refiriéndose a la Judea, dice (Ps. 86,5): *Un hombre ha nacido en ella, y ese mismo, el Altísimo, es quien la ha fundado;* también entiende que ha de ascender a los cielos y ha de sentarse a la diestra del Padre, pues dice (Ps. 109,1): *El Señor dijo a mi Señor: Siéntate a mi diestra;* y, sin embargo, no previó muchas cosas cercanas que ocurrieron; así—por citar algunas de las muchas—no entendió que Siba, criado de Mifiboset, mintió en daño de su amo; y prometiendo a Amasa, dijo (2 Reg. 19,13): *No me haga el Señor bien alguno y sí mucho mal si no te hiciera general perpetuo de mis tropas en vez de Joab,* ignorando lo que sucedería después, esto es, no sólo que el mismo Amasa no recibiría el generalato en vez de Joab, sino que poco después moriría a manos de Joab (2 Reg. 20,10). Y también cuando quiso construir el templo al Señor, no sabiendo lo que pronto sucedería, requirió a otro profeta (2 Reg. 7,2).

14. Otros son asistidos respecto a lo distante y también respecto a lo cercano; así, Isaías anunció lo que sucedería mucho después, diciendo (Is. 7,14): *Sabed que una virgen concebirá y parirá un hijo, y su nombre será Emmanuel;* acerca de lo cual dice otra vez (Is. 9,6): *Ha nacido un parvulito para nosotros y se nos ha dado un hijo, el cual lleva sobre sus hombros el principado y tendrá por nombre el Admirable, el Consejero, Dios, el Fuerte, el Padre del siglo venidero, el Príncipe de la paz.* (v.7) *Su imperio será amplificado y la paz no tendrá fin.*

También el espíritu profético predijo de cerca, respecto del rey Ezequías, que se curaría de su enfermedad, y anunció cuántos años viviría después de la enfermedad.

15. Además, a veces falta a los profetas el espíritu de profecía, y no les asiste siempre, para que, no teniéndole, conozcan también que, cuando le tienen, es por don. De ahí que Eliseo, cuando prohibió a su criado Giezi que apartase a la mujer Sunamites que, llorando, se echó a sus pies, dijo (4 Reg. 4,25): *Déjala, porque su alma está llena de amargura y el Señor me lo ha ocultado y no me ha revelado nada de eso.*

Igualmente, cuando Josafat le preguntó por lo futuro, faltándole la inspiración profética (4 Reg. 3,15), mandó que le llevasen uno que tañera el arpa, para que, mientras éste cantaba al son del arpa, descendiera a él la inspiración profética y le revelara lo futuro; pues la voz de la salmodia, cuando se hace con devoción del corazón, por ella se abre al Señor omnipotente el camino al corazón para que infunda al alma devota bien los secretos de la profecía o bien la gracia de la compunción. Por eso está escrito (Ps. 49,23): *El sacrificio de alabanza, ése es el que me honra, y ése es el camino por el cual manifestaré al hombre la salvación de Dios.* Ahora bien, lo que en

latín significa *(salutare Dei)* la salvación de Dios, en hebreo significa Jesús; por consiguiente, en el sacrificio de alabanza se abre camino a Jesús; porque, cuando por medio de la salmodia se infunde la compunción, en nuestro corazón se abre camino por el cual al fin se llega a Jesús, conforme El lo dice, hablando de su manifestación (Io. 14,21): *El que me ama será amado de mi Padre; y yo le amaré y yo mismo me manifestaré a él.* También por eso está escrito (Ps. 67,5): *Cantad al Señor, entonad salmos a su nombre, allanad el camino al que sube sobre el occidente. El Señor es el nombre suyo,* pues quien, resucitando, venció la muerte, ese mismo es el que sube sobre el occidente; al cual, cuando cantamos, allanamos el camino para que venga a nuestro corazón y nos inflame en la gracia de su amor.

Ahora bien, por qué no asiste siempre a los profetas el espíritu profético, también lo indica el varón de Dios, que, enviado contra Samaria, anunció los males que habían de venirla; el cual, no obstante, habiéndole prohibido el Señor comer en el camino, quedó engañado por una falsa persuasión suya, del profeta, al cual no habría engañado la palabra falaz si le hubiera asistido el espíritu de profecía.

16. Es, pues, de saber que también alguna vez los santos profetas, cuando son consultados, debido a la gran costumbre de profetizar, profieren algunas afirmaciones procedentes de su espíritu y piensan que lo anuncian por espíritu profético; mas, como son santos, corregidos al instante por el Espíritu Santo, de El aprenden lo que es verdad y se reprochan a sí mismos por haber dicho lo que era falso.

En efecto, ¿quién no sabe que el profeta Natán fué un varón santo?; el cual reprendió francamente a David su pecado y le anunció lo que había de sucederle por su culpa; pero, cuando le requirió David porque quería construir el templo, al punto le contestó (2 Reg. 7,3): *Haz lo que te dicta tu corazón, pues el Señor está contigo.* Acerca de lo cual a continuación se dice (v.4): *Mas aquella misma noche, he aquí que el Señor habló a Natán, diciéndole* (v.5): *Anda y dile a mi siervo David: Esto dice el Señor: ¿Conque tú piensas edificarme casa para mi habitación?* (v.6) *Pues yo no he habitado en ninguna casa desde el día que saqué a los hijos de Israel de la tierra de Egipto hasta el presente.* Y poco después (v.12): *Cuando hayas terminado tus días e ido a descansar con tus padres, yo levantaré después de ti a un hijo tuyo que nacerá de ti y consolidaré su reino.* (v.13) *Este edificará un templo en el que será adorado mi nombre.*

He ahí al profeta Natán, quien primero había dicho al rey: No te detengas, hazlo, y, adoctrinado después por la inspiración profética, le anuncia que no puede hacer eso, y contradijo los propósitos del rey y sus propias palabras, porque conoció que había sido falso lo que, llevado de su propio espíritu, había dicho.

17. Acerca de lo cual entre los profetas verdaderos y los falsos hay esta diferencia: que los verdaderos profetas, si tal vez anuncian algo de su propio espíritu, instruídos por el Espíritu Santo, corri-

gen este error en las mentes de los que los oyeron; en cambio, los falsos profetas, además de anunciar cosas falsas, ajenos al Espíritu Santo, perseveran en su error.

18. Ahora, examinados ya los tiempos y los modos de la profecía, cúmplenos poner la atención en de qué modo dispensa Dios omnipotente el gobierno de su ira para provecho de los hombres.

Pues bien, el pueblo de Israel había abandonado a su Creador y por eso estaba sometido al rey de Babilonia en la cautividad, y, no obstante, con él es enviado cautivo el profeta Ezequiel, quien, por la gracia divina, fácilmente aplacaba a Dios, a fin de, por medio de él, anunciarle todo cuanto había de suceder y para dignarse consolar el ánimo del pueblo afligido.

Ponderemos, si nos es posible, cuán grande sea la donación de la piedad divina, pues que de tal modo se airó el Señor con su pueblo que, no obstante, no se airó definitivamente; pues, si no estuviera airado, no habría entregado el pueblo a la cautividad; y, si definitivamente se hubiera airado, no habría enviado cautivos con él a sus elegidos.

Pero esta divina misericordia obra de manera que en aquello mismo de que se vale para castigar a los carnales, facilita a los espirituales el progreso de la virtud; y a la vez que purga a aquéllos por la tribulación, se vale de la compañía de éstos para que éstos crezcan más, y de tal modo se aíra con los injustos, que, no obstante, consuela sus corazones con la compañía de los justos, para que no suceda que, si del todo los abandona, ninguno vuelva al perdón después de la culpa. De manera que, conteniendo, rechaza; y, rechazando, contiene, cuando, con aquellos a quienes condena, a la vez los envía en su tribulación a aquellos a quienes ama.

¿Quién será capaz de ponderar las entrañas de piedad tan grande? Porque cierto es que el Señor no deja sin castigo las culpas del pueblo, y, con todo, no rechaza definitivamente al pueblo que delinque. Y así, cuando Moisés envió doce exploradores a la tierra de promisión, como diez de ellos infundieran la desesperanza en el pueblo, éste, encendido en ira, murmuró y se quejó de haber sido engañado por el Señor, con el fin de que sus cadáveres fueran a yacer en el desierto; al cual pueblo Dios omnipotente, airado, dijo que ninguno de ellos entraría en la tierra de promisión. Movidos a compunción por esta amenaza, reconocieron haber obrado mal, afligiéronse hasta llorar y, ciñéndose las armas, comenzaron a subir al monte en contra de los enemigos, con el fin de poder entrar en la tierra de promisión después de arrepentidos; a los cuales dice el Señor por Moisés (Deut. 1,42): *Adviértelos que no vayan ni peleen, porque yo no estoy con ellos; no sea que queden abatidos a los pies de vuestros enemigos.*

En lo cual es de ponderar que, si no estaba con ellos, esto es, a su favor, ¿por qué les prohibe subir a pelear para que no caigan abatidos?; y si estaba a su favor, ¿por qué dice: No estoy con ellos? Mas, por un admirable don de disciplina y de misericordia, a un mismo tiempo estaba con ellos y no estaba; no estaba con

ellos para que vencieran, pero estaba con ellos para que no pereciesen por su enemigos.

¡Oh inefables entrañas de piedad! Persigue las culpas y, no obstante, protege a los pecadores; muéstrase airado y, con todo, los defiende de los enemigos. A ese modo la madre se irrita muchas veces con su hijo parvulito: le reprende, le increpa, le azota; mas, si viera que va al precipicio donde peligra su vida, tiéndele su mano y le sostiene; de manera que la que habíale azotado, irritada, como si no le amase, igualmente le sostiene con toda solicitud cual si no le hubiera azotado airada.

19. Dicho esto sólo en el prefacio, hemos hecho prueba de nuestra navegación como dentro del puerto, para después tender las velas como en el inmenso piélago, a fin de indagar los misterios que encierra la profecía.

Mas como no confiamos en nuestras fuerzas, sino en Aquel que (Sap. 10,21) *hizo elocuentes las lenguas de los infantes*, (Sap. 1,7) *por cuanto el Espíritu del Señor llena el mundo universo y, como comprende todas las cosas, tiene conocimiento de todo, hasta de una voz;* pues Dios omnipotente es la Palabra del Padre omnipotente; también los que gustamos hablar de El en modo alguno dejaremos de hablar de El, pues suministra palabras útiles el Verbo omnipotente, que, habiéndose encarnado por nosotros, vive y reina con el Padre en unidad del Espíritu Santo, Dios, por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA II

(Ez. 1,1-5)

1 [1] *Y en el año trigésimo, en el mes cuarto, a cinco del mes, sucedió que, estando yo en medio de los cautivos junto al río Cobar, se me abrieron los cielos, y tuve visiones divinas.* [2] *A cinco del mes, en el quinto año, después de haber sido trasladado a Babilonia el rey Joaquín o Jeconías,* [3] *dirigió el Señor su palabra a Ezequiel, sacerdote, hijo de Buzi, en la tierra de los caldeos, junto al río Cobar, y allí se hizo sentir sobre él la mano o virtud de Dios;* [4] *y miré, y he aquí que venía del norte un torbellino de viento y una gran nube y un fuego que se revolvía dentro de la nube, y un resplandor alrededor de ella, y en su centro una imagen como de ámbar, esto es en medio del fuego.* [5] *Y en medio de él se veía una semejanza de cuatro animales, la apariencia de los cuales era la siguiente: había en ellos algo que se parecía al hombre.*

Es costumbre del lenguaje profético describir primero la persona, el tiempo y el lugar de la profecía, y comenzar después a narrar los misterios de ella; de suerte que, para mostrar más sólidamente la verdad, asienta primero el fundamento de la historia y después por los signos y alegorías saca los frutos del espíritu.

Así, pues, Ezequiel indica su edad cuando dice: *En el año*

trigésimo, en el mes cuarto, a cinco del mes. Y para señalar el lugar, añade: *Estando yo en medio de los cautivos, junto al río Cobar, se abrieron los cielos y tuve visiones divinas.* Fija además el tiempo cuando agrega: *A cinco del mes, en el quinto año después de haber sido trasladado a Babilonia el rey Joaquín.* Y para dar a conocer bien la persona, refiere además su linaje, cuando añade: *Dirigió el Señor su palabra a Ezequiel, sacerdote, hijo de Buzi.*

2. Pues bien, la primera cuestión que se nos ofrece es ésta: ¿Por qué quien nada había dicho aún comenzó diciendo así: *Et factum est,* y aconteció el año trigésimo?... Porque *y* es conjunción copulativa, y sabido es que la locución siguiente no se junta sino a la precedente. ¿Por qué, pues, quien nada había hablado dice: *y aconteció,* no habiendo locución a la que se junte esto que comienza?

En esta cuestión hay que fijarse en que, así como nosotros vemos las cosas corporales, así los profetas, con el sentido profético, ven las cosas espirituales y les son presentes interiormente las palabras que oyen y exteriormente las que dicen. Luego está clara la razón de por qué quien nada había dicho comenzó diciendo: *Y sucedió en el año trigésimo,* porque esta locución que profirió al exterior la juntó a la locución que había oído interiormente; a la visión interior añadió las palabras que profirió, y por eso comenzó diciendo: *Y sucedió;* agregó, pues, esto que principia a hablar exteriormente, como si también fuera exterior lo que interiormente había visto.

3. Ahora, esto que se dice: que en el trigésimo año recibió el espíritu de profecía, indica algo que nosotros debemos considerar, es a saber: que es conforme a razón el que no se otorgue la facultad de enseñar la doctrina sino en la edad perfecta. He ahí por qué el Señor, a los doce años de edad, quiso que le hallaran sentado en medio de los doctores, mas no enseñando, sino preguntando (Lc. 2). Para que no se atrevieran, pues, los hombres a predicar en edad no capacitada, a sus doce años de edad se dignó preguntar a los hombres en la tierra Aquel que por su divinidad enseña siempre a los ángeles en el cielo; porque, como El mismo es la Sabiduría de Dios, los ángeles viven viendo que de El se sacian en la beatitud eterna.

Esto mismo recomienda también Moisés, bajo el misterio de la alegoría, cuando dice (Deut. 15,19): *No pondrás al trabajo del arado al primerizo de la vaca,* pues por el primerizo de la vaca entendemos la buena obra hecha en la débil edad de nuestros primeros años, en la cual cierto es que no se debe arar, porque, siendo nuestros primeros años los de la adolescencia o de la juventud, debemos no predicar todavía, para que el arado de nuestra lengua no se atreva a desgarrar con su palabra la tierra del corazón ajeno, sino que, mientras nosotros somos débiles, debemos contenernos dentro de nosotros mismos, no sea que, si antes de tiempo hacemos ostentación de nuestras débiles obras, las perdamos; que también los arbustos plantados, si antes de arraigar en la tierra se les toca apenas con la mano, se secan en seguida; mas, una vez

que han arraigado, en nada les perjudica el tocarlos con la mano, y los vientos los agitan, pero no por eso los dañan; igualmente, los muros recién construídos, si se los empuja, se destruyen, a no ser que se les haya secado ya la humedad. Pues de igual modo, mientras la mente no se halla por completo seca del humor de su malignidad, no debe tocar la ajena con la mano de su lengua, para que no pierda su solidez antes de recibirla plenamente, para que impulsada, no caiga, ni, cual arbusto sin raíces, se seque si le sacuden más de lo que puede resistir.

No se debe mostrar para ejemplo sino lo que está bien probado. De suerte que lo primero es que la mente esté bien asentada y después que se manifieste para utilidad de los prójimos, cuando ya no haya peligro de que se derrumbe engreída por la alabanza ni de que se amilane aunque la hiera el vituperio; porque, si bien a Timoteo se le dice (2 Tim. 4,11 y 12): *Esto has de enseñar y ordenar; nadie te menosprecie por tu adolescencia*, es de saber que en la Sagrada Escritura a veces se llama adolescencia a la juventud, y así está escrito (Eccl. 11,9): *Gózate, joven, en tu adolescencia.*

Se le muestra, pues, de edad madura, sin duda para dar a entender la autoridad que se debe tener en la predicación a fin de que parezca concordar en ella con la vida y el espíritu todo lo demás que atañe a la predicación.

4. Y no oponga alguno contra esto el que Jeremías (c.1) y Daniel (c.13) recibieron, siendo niños, el espíritu de profecía, porque no se deben presentar los milagros como prueba contra lo que ordinariamente sucede; pues Dios omnipotente (Sap. 10) *hizo elocuentes las lenguas de los infantes* y (Ps. 8) *de la boca de los niños y de los que aún están mamando hizo salir perfecta alabanza.*

Pero una cosa es lo que nosotros decimos que se debe hacer y enseñar y otra cosa es lo que sabemos que se ha verificado milagrosamente.

5. Ahora bien, si se pregunta si también en la expresión de la edad del profeta se puede entender algún sentido místico, no es absurdo el que el profeta presente también de esa edad al Señor, a quien anuncia con sus palabras, puesto que en el año trigésimo se abrieron los cielos al profeta Ezequiel y tuvo visiones divinas junto al río Cobar, y el Señor, a los treinta años de su edad, vino al río Jordán y también se abrieron los cielos, y vino el Espíritu Santo en figura de paloma y también se oyó una voz del cielo que decía (Mt. 3,17): *Este es mi Hijo amado, en quien tengo todas mis complacencias.*

6. Pero, además, las mismas palabras hebreas nos valen de mucho para interpretar el misterio; porque, según San Jerónimo *(In Ez.* c.3), Cobar significa peso o gravedad, y Ezequiel, fortaleza de Dios, y Buzi, despreciado o desdeñado, y caldeos, cautivadores o como demonios.

Según esto, Ezequiel vino junto al río Cobar, porque, significando Cobar peso o gravedad, ¿qué se designa por el río Cobar sino propiamente el género humano, que desde su nacimiento corre

a la muerte y se es grave a sí mismo por causa de los pecados que comete y que lleva sobre sí, pues, según está escrito (Zach. 5,7), *la impiedad está sentada sobre un talento* (o quintal) *de plomo*, es decir, que todo pecado es de mucho peso, porque no deja al alma levantarse a lo alto? Por eso también el Salmista dice (Ps. 4): *Hijos de los hombres, ¿hasta cuándo seréis de pesado corazón?*

Y pues que está escrito del Señor que El es el poder de Dios y la sabiduría de Dios (1 Cor. 1), Ezequiel vino junto al río Cobar, porque el que es la fortaleza de Dios, por el misterio de la encarnanación, se dignó acercarse al género humano, que iba cargado con el peso de sus pecados y que desde su origen corre constantemente a la muerte, según de El se dice por el Salmista (Ps. 1,3): *Será como árbol plantado junto a las corrientes de las aguas.* En efecto, está plantado junto a las corrientes de las aguas porque encarnó junto a la corriente de los pueblos que van corriendo.

Pero hemos dicho que Ezequiel se interpreta por la fortaleza de Dios, y Buzi por despreciado, y, no obstante, Ezequiel es hijo de Buzi, porque el Unigénito de Dios se dignó tomar carne de aquel pueblo al que el Señor despreció por culpa de su perfidia. Luego la fortaleza de Dios nace del despreciado o desechado, porque nuestro Redentor se dignó tomar la humanidad del pueblo pérfido y desechado.

Y vino a tierra de los caldeos. Caldeos, según hemos dicho, significa los que cautivan o como demonios; pues los inicuos, como, además de perpetrar ellos iniquidades, persuaden también a otros y los traen a la iniquidad, sin duda que son cautivadores, lo cual se interpreta por ser casi demonios, porque, aunque no son demonios por naturaleza, pero ellos mismos se toman el servicio de los demonios.

De manera que la fortaleza de Dios vino a la tierra de los caldeos porque el Unigénito del Padre apareció entre aquellos que, además de que ellos mismos se habían deslizado en el pecado, traían también a otros, cautivándolos, al pecado.

Pero vuelva a tratar de la persona del profeta nuestra exposición.

Y allí se hizo sentir sobre él la mano del Señor.

7. Mano o brazo del Señor se llama al Hijo, porque *por El han sido hechas todas las cosas* (Io. 1), del cual dice también el Salmista (Ps. 118): *Sea hecha tu mano, para que me salve.* En efecto, la mano de Dios, que en cuanto a la divinidad no ha sido hecha, sino engendrada, en cuanto a la humanidad ha sido hecha para sanar las llagas del género humano. Luego el profeta conoció la encarnación del Unigénito allí donde sintió sobre él la mano del Señor.

8. Ahora, en lo que aquí se añade: *Y miré y he aquí que venía del septentrión un torbellino de viento*, debemos examinar en las palabras del profeta el orden de su locución; pues quien antes había dicho de sí mismo: *Abriéronse los cielos y tuve visiones divinas*, después, como si hablara de otro, añade: *Y allí se hizo*

sentir sobre él la mano del Señor; y luego, como tornando a hablar de sí, dice también: *Y miré y he aquí que venía del septentrión un torbellino de viento.*

¿Qué es esto, que una vez habla Ezequiel y otra vez habla de Ezequiel? Si siempre hablara de sí, no habría cuestión; si siempre hablara como de otro, igualmente tampoco habría cuestión; ¿qué es, pues, esto que de tal modo varía el lenguaje profético, que una vez habla el profeta de sí y otra vez parece que otro habla de él?

Pues es de saber que estos que están llenos del espíritu de profecía, en eso mismo de unas veces hablar directamente de sí y otras veces hablar de sí mismos como si hablaran de otros, indican que quien habla no es el profeta, sino el Espíritu Santo por el profeta. En cuanto que la locución se hace por medio de ellos, ellos mismos hablan de sí, y en cuanto que hablan por inspiración del Espíritu Santo, es el Espíritu Santo quien habla de ellos por medio de ellos mismos, como lo atestigua la Verdad, que dice (Mt. 10,20): *No sois vosotros quien habla entonces, sino el Espíritu de vuestro Padre, el cual habla por vosotros.* De donde también Moisés dice (Num. 12, 3): *Era Moisés el hombre más manso de cuantos moraban sobre la tierra;* el cual, con no decir: Yo era, sino: El era, indica claramente que era otro el que hablaba por medio de él. De ahí también el que San Juan dice (Io. 12,26): *Vió al discípulo al cual amaba Jesús.* Y, por lo mismo, San Pablo, para mostrar que no era él quien hablaba, dijo (2 Cor. 13,3): *¿O queréis hacer prueba de Cristo, que habla por mi boca?*

Luego, porque en la locución profética uno es el que guía y otro el que sigue, cuando el profeta habla de sí mismo, es la persona del que sigue; mas cuando el Espíritu Santo habla por medio del profeta, échase de ver la majestad del que guía.

En consecuencia, rectamente y como hablando de otro, se dice: *Allí se hizo sentir sobre él la mano del Señor;* y, hablando de sí, en seguida agrega: *Y miré y he aquí que venía del septentrión un torbellino de viento y una gran nube.*

Ahora debemos averiguar qué sea esto que dice: *Y he aquí que venía del septentrión un torbellino de viento y una gran nube.*

9. Por eso de que el viento del aquilón paraliza con el frío, no incongruamente se designa con el nombre de aquilón la torpeza del espíritu maligno; cosa que atestigua también el profeta Isaías, el cual denuncia que el diablo había hablado diciendo (Is. 14,13): *Sentaréme sobre el monte del Testamento al lado del septentrión.* Sentóse, pues, el espíritu maligno sobre el monte del Testamento, porque al pueblo judío, que había recibido la Ley, hízole esclavo suyo por la perfidia.

De manera que, cuando manda en los corazones de los doctores, siéntase sobre el monte del Testamento el diablo, el cual siéntase también al lado del septentrión cuando posee las almas resfriadas de los hombres.

Por eso igualmente se dice en el Cantar de los Cantares por boca del Esposo (Cant. 4,16): *Retírate, aquilón, y ven tú, austro, a soplar*

en todo mi huerto y espárzanse sus aromas; porque, cuando, por mandarlo Dios, se retira el espíritu de frialdad, ocupa el alma de los fieles el espíritu de fervor, el cual sopla por el huerto de Dios, esto es, por la santa Iglesia, para que, cual aromas, se esparza, llegando a conocimiento de muchos, la fama de sus virtudes. Por manera que, en retirándose el aquilón, esto es, el espíritu maligno, llena al alma, cual austro, el Espíritu Santo, el cual, como sopla enfervorizando, en seguida espárcense del corazón de los fieles los aromas de las virtudes.

Luego el profeta, contemplando las cosas que habían de suceder al fin, vió venir del lado del septentrión un torbellino de viento, porque al fin del mundo el espíritu maligno se adueña más fuertemente de la mente de los hombres, entorpeciéndolos con su frío. De ahí lo que está escrito (Apoc. 12,12): *¡Ay de la tierra y del mar!, porque el diablo bajó a vosotros, lleno de furor, sabiendo que le queda poco tiempo.* En efecto, el antiguo enemigo ha redoblado con más furor los esfuerzos de sus insidias en las almas humanas.

Contra la creciente soberbia del cual se ha manifestado la humildad de Dios encarnado, y, para curar de su enfermedad al humano linaje, el poder del Médico se mostró precisamente entonces cuando más había crecido su enfermedad.

10. Con razón, pues, se llama torbellino de viento a la incursión del espíritu maligno, pues el torbellino, al edificio que toca, con su empuje lo derrumba; y toda tentación del antiguo enemigo que se verifica en el alma es un torbellino de viento, porque, sacudiéndola por medio de las concupiscencias, la derrumba del estado de su rectitud.

Pero, pasando en silencio esto que al fin ha de acontecer al género humano por obra del astuto enemigo, nosotros aplicaremos estas palabras a sola la Judea, de donde era el profeta y cuya perdición ve proféticamente. La cual tanto más gravemente sacudió con el torbellino de viento venido del aquilón al Verbo humanado, cuanto más se mantuvo en la fría perfidia por su entorpecimiento, después de haber caído, sacudida, de su rectitud.

Luego el torbellino de viento vino del aquilón cuando el espíritu maligno sacudió con la tentación al pueblo judío.

11. Y allí se añade además rectamente: *Y una gran nube,* porque cuanto más se enardece uno en la crueldad, tanto más merece obcecarse en las tinieblas de su ignorancia. En efecto, cuando le vieron negaron al Redentor del género humano, al cual habían esperado, conociéndole por la Ley y por los profetas. De donde resultó que su entendimiento se viera envuelto en la gran nube de su ignorancia, y así, después, al buscarle, no conocieran a quien antes podían anunciar y no querían amar, porque, como de un lado veían sus virtudes y milagros y de otro sus padecimientos, había venido del aquilón a los corazones de los infieles una gran nube que, por el frío de su pecado, en medio de los milagros los cegaba con la debilidad que mostró en su pasión.

Pero se añade qué es lo que siguió a la gran nube y ceguera, cuando en seguida dice: *Y un fuego que se revolvía dentro de la nube.*

12. Ahora bien, con el nombre de fuego, cuando se emplea en figura, unas veces se designa el Espíritu Santo y otras veces la malicia de la mente.

Del buen fuego está escrito (Lc. 12,49): *Yo vine a traer fuego a la tierra, y ¿qué he de querer sino que arda?* Según esto, se trae fuego a la tierra cuando el alma terrena, inflamada por el ardor del Espíritu Santo, quema totalmente sus deseos carnales. Pero del mal fuego se dice (Hebr. 10,27): *Y ahora el fuego abrasador que ha de consumir a los enemigos,* porque el corazón perverso se consume en su malicia; pues como el fuego del amor eleva la mente, así el fuego de la malicia la hace caer por tierra; pues así como el Espíritu Santo eleva al corazón que El llena, así el ardor de la malicia le inclina siempre a lo bajo.

Luego la Judea, cegada por la nube de su ignorancia, por haberse lanzado en seguida con violencia a la maldad de la persecución, se vió envuelta en su fuego, la cual se vió arrastrada a la maldad por la misma crueldad en que se abrasaba.

Venía, pues, del aquilón el torbellino de viento y una gran nube y un fuego que se revolvía, porque, llevada a la ceguera de la ignorancia por el frío de su entorpecimiento, llegó violentamente hasta la crueldad de la persecución. De ahí lo que a otro profeta se le dice (Ier. 1,13): *¿Qué es eso que tú ves? Veo, respondió en seguida, una olla hirviendo, y viene de la parte del norte.* En efecto, ¿qué otra cosa fué más que una olla hirviendo la mente de los judíos, cruel en la persecución y revolviendo tempestades de pensamientos en la crueldad de su malicia? Y se dice que viene de la parte del aquilón porque, si no se hubiera doblegado al espíritu contrario por el entorpecimiento de su mente, no se hubiera enfurecido contra los buenos con tanta malicia.

De manera que el fuego que se revolvía sigue a la nube, porque a la ceguera de su mente siguió la crueldad de la persecución: *que si le hubieran conocido, nunca hubieran crucificado al Señor de la gloria* (1 Cor. 2,8).

Pero este fuego en una parte quemó y en otra alumbró, porque se añade: *Y un resplandor alrededor de ella* [13.], pues mientras en la Judea tiene lugar la persecución, la santa predicación de los apóstoles se difundió por todo el mundo, según ellos mismos lo dicen (Act. 13,46): *A vosotros debía ser primeramente anunciada la palabra de Dios, mas ya que os juzgáis vosotros indignos, nos vamos a los gentiles.* Luego, por la crueldad de la malicia que abrasó la mente de la Judea, Dios omnipotente derramó la luz a los gentiles; porque por haber perseguido ella a su Redentor y a sus miembros, habiéndose derramado los santos apóstoles por diversas partes, nosotros, que estuvimos situados en las tinieblas alrededor de la Judea, por donación de la gracia celestial, hemos llegado a ver el esplendor de la luz verdadera. De ahí está escrito (Is. 9,2): *El pueblo que andaba*

en tinieblas y en las sombras de la muerte, vió una gran luz. De manera que este fuego de la malicia que en los corazones de los judíos provocó el incendio de la persecución, antes de que afligiese con su crueldad a los santos apóstoles, cebóse en el mismo Autor y Redentor del género humano.

Por eso se añade: *Y en su centro, esto es, en medio del fuego, una imagen como de ámbar.* [14.] ¿Qué se significa en la imagen de ámbar sino a Cristo Jesús, mediador entre Dios y los hombres? En efecto, el ámbar es un compuesto de oro y de plata. En el ámbar, al mezclarse el oro y la plata, la plata aumenta en claridad; el oro, en cambio, palidece en su brillo; aquélla gana en claridad, éste pierde en claridad. Luego, habiéndose unido en el Hijo unigénito de Dios la naturaleza divina a la naturaleza nuestra, en esa unión la humanidad aumentó en la gloria de la majestad, mientras que la divinidad atemperó a los ojos humanos el poder de su esplendor; y por cuanto la naturaleza humana quedó más clarificada, fué como que la plata creció por su unión con el oro, y por cuanto la divinidad atemperó a nuestros ojos su esplendor, fué como palidecer el oro por su unión con la plata; pues si aquella naturaleza inmutable que, permaneciendo igual en sí, renueva todas las cosas, hubiera querido aparecer a nosotros tal como es, más que renovarnos habríanos abrasado en su esplendor. Pero Dios omnipotente atemperó a nuestros ojos la magnitud de su claridad, a fin de que, al par que su claridad se acomodara a nosotros, nuestra debilidad brillara en su luz a semejanza suya y, merced a la gracia recibida, mudase, por decirlo así, el color de su naturaleza.

Luego en medio del fuego está el ámbar, es decir, en medio de la persecución, Dios hecho hombre.

Prosigue: *Y en medio de él una semejanza de cuatro animales.* [15.] Eso que se dice: en medio de él, lo mismo da entenderlo en medio del ámbar que en medio del fuego; porque estos cuatro animales, esto es, los cuatro evangelistas, afligidos con muchas tribulaciones en el fuego de la persecución, también se mantuvieron firmes en virtud de la fe en la encarnación.

16. Ahora bien, si estas cosas que hemos dicho, aplicándolas a la primera venida del Señor, quisiéramos entenderlas también de la segunda venida, se le debe prestar rapidísimo asentimiento, porque muchas veces el espíritu profético dice alguna cosa pequeñísima y a la vez deja entender otras muchas.

En efecto, viene del septentrión el torbellino de viento, porque la causa de los pecados exige que el sacudimiento del justo Juez perturbe a la vez todos los elementos, ya que el terror de la última perturbación se dice que viene de donde se engendra; y como el juicio de la última perturbación se hace para herir las mentes frías de los pecadores, rectamente se dice que el torbellino viene de la parte del aquilón.

Este sacudimiento se llama propiamente torbellino de viento, porque en aquel día se conmoverán con un extremado pavor los corazones de todos los que fueren hallados en carne mortal; pues

cuando comience a cumplirse lo que está escrito (Mt. 24,29): *El sol se obscurecerá, la luna no alumbrará, y las estrellas caerán del cielo, y las virtudes de los cielos temblarán,* ¿qué hombre en sano juicio habrá que no tema la sentencia del eterno Juez?; porque entonces acuden allí los pecados a la vista de todos; allí todo cuanto se obró con deleite acude a la memoria con pavor; allí la negrura del triste pensar en la pena de la próxima condenación...

Por eso se agrega: *Y una gran nube.* En efecto, entonces, al recuerdo de los pecados, las tinieblas de la ceguedad deprimen el sentido de la inteligencia, cuando no se permite a los réprobos contemplar al Hijo de Dios en su divinidad; pues *dirigirán sus ojos hacia Aquel a quien traspasaron* (Io. 12,37), y *será arrebatado el impío para que no vea la gloria de Dios* (Zach. 12).

Y además se añade allí: *Y un fuego que se revolvía,* es a saber, aquel fuego del juicio que abrasa totalmente el cielo aéreo y la tierra, ya no permite a los impíos engreírse en su soberbia, antes bien, envuelve a los que ciertamente alcanza la pena de su condenación.

17. *Y un resplandor alrededor de ella;* porque (Mt. 24,27) *como el relámpago sale del oriente y se deja ver hasta el occidente, así será el advenimiento del Hijo del hombre.* Allí entonces a ninguno se permite ocultarse del juicio en su alma, porque es penetrada por el mismo resplandor del juicio. Día del juicio, del que en seguida se añade: *Y en su centro, esto es, en medio del fuego, una a modo de figura de ámbar;* pues el mismo que preside a todos los ángeles y arcángeles, nuestro Redentor (que es, a semejanza del ámbar, uno de una y otra naturaleza, así también en ambas naturalezas a la vez permaneció Dios con el Padre, y para nuestra redención se hizo hombre mortal con los hombres), entonces se dejará ver en todo su terror, y el fuego del juicio le servirá para el suplicio de los réprobos. Por eso está escrito (1 Cor. 3,13): *El día del Señor le descubrirá, puesto que se ha de manifestar por medio del fuego.* Y por eso el salmista dice (Ps. 49,3): *Vendrá Dios manifiestamente; vendrá nuestro Dios y no callará; delante de El un fuego devorador, y alrededor suyo una tempestad horrorosa.* Y, por lo mismo, el apóstol San Pedro dice (2.ª, 3,10): *El día del Señor vendrá como ladrón, y entonces los cielos con espantoso estruendo pasarán, y los elementos con el ardor del fuego se disolverán.*

Y como entonces todos los santos, que abandonaron todas las cosas del mundo, vendrán como jueces, oportunamente se añade en seguida: [18.] *Y en medio de él se veía una semejanza de cuatro animales.* Y ¿qué se designa por los cuatro animales sino los cuatro evangelistas? Y no sin razón por los cuatro evangelistas se señala el número de todos los perfectos, porque todos los que ahora son perfectos en la Iglesia aprendieron por el Evangelio de ellos la rectitud de su perfección. En medio, pues, de él se veía una semejanza de cuatro animales, porque los que ahora han realizado obras perfectas, conforme a los preceptos evangélicos, aparecerán entonces unidos a su cuerpo junto a su majestad y hechos jueces a una

con El. Y por esto se dice a los mismos santos apóstoles (Mt. 19,28): *Vosotros, que me habéis seguido, en el día de la resurrección, cuando el Hijo del hombre se sentará en el solio de su majestad, vosotros también os sentaréis sobre doce sillas, y juzgaréis las doce tribus de Israel.* De ahí lo que Isaías dice (3,14): *El Señor vendrá a juicio con los ancianos de su pueblo;* y de ahí lo que Salomón habla de la Iglesia cuando dice (Prov. 31,23): *Su Esposo hará un papel brillante en las puertas cuando se siente con los senadores del país.*

Ahora bien, después de haber tratado esto brevemente, aplicándolo, según comenzamos, en orden al primer advenimiento, volvamos en la exposición a lo de las personas de los evangelistas.

Prosigue: *La apariencia de los cuales era la siguiente: Había en ellos algo que se parecía al hombre.* [19.] ¿A qué hombre se refiere aquí sino a Aquel de quien está escrito (Phil. 2,6 y 7): *El cual, teniendo la naturaleza de Dios, no tuvo por usurpación el ser igual a Dios, y, no obstante, se anonadó a sí mismo, tomando la naturaleza de siervo, hecho semejante a los hombres y reducido a la condición de hombre?* De manera que estos animales, para poder elevarse a la virtud de la santidad, tienden a asemejarse a este hombre, porque no serían santos si no fueran semejantes a El, ya que cuanto ellos tienen de entrañas de piedad, cuanto de mansedumbre de espíritu, cuanto de guarda de humildad, cuanto de ferviente caridad, todo lo han recibido de la misma fuente de la misericordia, de la misma raíz de la mansedumbre, de la misma virtud de la justicia, esto es, del Mediador entre Dios y los hombres, nuestro Dios y Señor.

El egregio Predicador manifiesta ser semejante a este hombre cuando dice (1 Cor. 4,16): *Sed imitadores míos como yo lo soy de Cristo;* a elevarnos a su semejanza nos amonesta cuando dice (1 Cor. 15,47): *El primer hombre, formado de la tierra, es terreno; el segundo hombre, que viene del cielo, es celestial. Según esto, así como hemos llevado la imagen del hombre terreno, llevemos también la imagen del hombre que descendió del cielo.*

Pero en tanto se conduce uno a semejanza de este hombre en cuanto imita la vida de su Redentor; porque vivir en desacuerdo con sus mandatos y con sus obras, ¿qué otra cosa es sino estar lejos de parecerse a El?

Los santos predicadores lamentan la vida de los pecadores, y de nuestra Cabeza está escrito (Lc. 19) que lloró sobre Jerusalén. Aquéllos gózanse en las buenas obras de sus súbditos y aman a los que obran rectamente, y de nuestro Redentor, cuando aquel joven le dijo (Mt. 19,20): *Todos esos mandatos los he guardado yo desde mi juventud,* está escrito (Mt. 10,21): *Jesús mostró quedar prendado de él.* Los santos predicadores soportan las injurias que les hacen y no devuelven a su vez injuria alguna, y nuestro Redentor, cuando le dijeron (Io. 8,48): *Estás endemoniado,* no devolvió la injuria, sino que mansamente respondió, diciendo: *Yo no estoy poseído del demonio.* Arden los santos predicadores en celo por la rectitud, y el Redentor de todos, haciendo un látigo de cordeles, arrojó del templo a los que vendían y compraban y echó

por tierra los puestos de los vendedores de palomas y de los que cambiaban las monedas. En todo cuanto hacen con fortaleza guardan con todo cuidado la humildad, y nuestro Redentor dice (Mt. 11,29): *Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón.* También aman a sus perseguidores los predicadores santos, y el mismo Hacedor y Redentor de todos, puesto en la cruz de su pasión, rogó por sus perseguidores, diciendo (Lc. 23): *Perdónalos, Padre mío, porque no saben lo que hacen.* Por sus hermanos mortifican sus miembros, y el Autor de la vida se entregó hasta morir por dar vida a los elegidos.

Dígase, pues, de los santos animales que había en ellos algo que se parecía al hombre, porque lo que tienen de santos y de admirables, esto les viene de esa especie de semejanza, es decir, de la imitación de sus virtudes.

Ahora bien, la cabeza de todos nosotros es nuestro Redentor, y por Salomón se dice (Eccl. 2,14): *Tiene el sabio sus ojos en la cabeza, pero el necio anda a obscuras.* Entonces, pues, tenemos los ojos en la cabeza cuando en callada meditación observamos la vida de nuestro Redentor, cuando todo nuestro propósito se encamina a imitarle para que no suceda que si el ojo del alma descuida el mirar los caminos de la luz, caiga en seguida envuelto en las tinieblas del error.

Dábase prisa para asemejarse a este hombre el profeta que decía (Ps. 118,15): *Yo contemplaré tus mandamientos y consideraré tus leyes.* El que silenciosamente considera las leyes del Señor y se apresura a contemplar sus mandamientos, ¿qué otra cosa hace sino reformarse a sí mismo conforme a la imagen del hombre nuevo? Y porque esto ocurre sin cesar en los corazones de los santos, rectamente se dice aquí de los animales: *Había en ellos algo que se parecía al hombre.*

20. Y tras esta semejanza que ahora se tiene en las costumbres, algún día se llega a la semejanza de la gloria, que por esto dice San Juan (1.ª, 3,2): *Somos ahora hijos de Dios, mas lo que seremos algún día no aparece aún; pero sabemos, sí, que, cuando se manifieste claramente, seremos semejantes a El en la gloria;* y el mismo agrega en seguida la causa de esto cuando dice: *Porque le veremos como El es.*

Ahora bien, el ser de Dios es permanecer eterno e inmutable, porque todo lo que se muda deja de ser lo que era y comienza a ser lo que no era; pero el ser de Dios consiste en no ser jamás diferente, en permanecer siempre el mismo; por eso dice a Moisés (Ex. 3): *Yo soy el que soy; y dirás a los hijos de Israel: El que es me ha enviado a vosotros.*

De manera que San Juan dice que *seremos semejantes a El porque le veremos como El es.* Luego, por lo mismo que contemplamos la esencia de su naturaleza, libertados ya de nuestra mutabilidad, quedamos fijos en la eternidad: nos trocaremos en el mismo a quien veremos, porque, viendo a la vida, no moriremos; trascenderemos nuestra mutabilidad viendo la inmutabilidad; no estaremos sujetos

a corrupción alguna viendo la incorrupción. Además, entonces la semejanza del hombre estará también en nuestros cuerpos, pues por eso dice San Pablo (Phil. 3,20): [21.] *Nosotros mismos ya somos ciudadanos del cielo; de donde asimismo estamos aguardando al Salvador, nuestro Señor Jesucristo* (v.21), *el cual transformará nuestro vil cuerpo y lo hará conforme al suyo glorioso.*

Luego entonces estarán conforme a la claridad del cuerpo del Señor los cuerpos de los elegidos, los cuales, aunque no tienen por naturaleza igualdad con su gloria, pero por gracia tendrán configuración semejante a la de El.

De manera que, por asemejarse ahora a su vida las costumbres de los elegidos, también en la resurrección seguirá por toda la eternidad la semejanza en el alma, porque le veremos como El es; y porque también nuestros cuerpos recibirán la semejanza de El en su configuración, dígase rectamente de los santos animales que *había en ellos algo que se parecía al hombre.*

Y baste el que hayamos tocado a la ligera estas cosas en el exordio de la exposición, para que la facultad de hablar, reforzándose con el silencio, surja más robusta para indagar los misterios que faltan, pues estamos ciertos de que tenemos por ayudador al mismo de quien hablamos, el cual vive y reina con el Padre, en unidad del Espíritu Santo, Dios por todos los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA III

(Ez. 1,6-9)

6 *Cada uno tenía cuatro caras y cuatro alas;* 7 *sus pies eran derechos, y la planta de sus pies, como la planta del pie de un becerro, y despedían centellas, como se ve en un acero muy encendido.* 8 *Debajo de sus alas, a los cuatro lados, había manos de hombre; y tenían caras y alas por los cuatro lados.* 9 *Y juntábanse las alas del uno con las del otro. No se volvían cuando andaban, sino que cada uno caminaba según la dirección de su rostro.*

1. Los cuatro santos animales que con espíritu profético se prevén como futuros están retratados en minuciosa descripción cuando se dice: *Cada uno tenía cuatro caras y cada uno cuatro alas.*

¿Qué se entiende por la cara sino el conocimiento, y qué por las alas sino el vuelo? En efecto, todos son conocidos por la cara, y los cuerpos de las aves se remontan a lo alto por medio de las alas. De manera que la cara se refiere a la fe, y las alas a la contemplación; porque por la fe somos conocidos de Dios, como El mismo lo dice de sus ovejas (Io. 10,14): *Yo soy el Buen Pastor y conozco mis ovejas, y las ovejas me conocen a mí;* y El mismo dice otra vez (Io. 13,18): *Yo conozco a los que tengo escogidos;* y por la santa contemplación, por la que nos remontamos sobre nosotros mismos, somos como levantados en el aire.

Tenían, pues, cada uno cuatro caras, porque, si inquieres qué es lo que Mateo siente acerca de la encarnación del Señor, siente, fuera de duda, lo mismo que Marcos, Lucas y Juan; si buscas lo que siente Juan, cierto que es lo mismo que Lucas, Marcos y Mateo; si investigas lo que siente Marcos, es lo mismo que Lucas, Juan y Mateo; y si preguntas lo que siente Lucas, hallarás ser lo mismo que lo que sienten Juan, Mateo y Marcos.

Cada uno, pues, tenía cuatro caras, porque el conocimiento de la fe, por el que son conocidos de Dios, en cada uno es igual que en los cuatro, pues cuanto hallares en uno, eso mismo hallarás igualmente en los cuatro.

2. Y cada uno tenía cuatro alas, porque, además de que todos predican igualmente concordes al Hijo de Dios omnipotente, nuestro Señor Jesucristo, también, levantando los ojos de su alma a la divinidad, vuelan en alas de la contemplación.

Luego lo de las caras de los evangelistas se refiere a la humanidad del Señor, y lo de las alas a la divinidad, porque es como que las caras miran a Aquel a quien ven corpóreo; pero, cuando le predican como incircunscrito e incorpóreo por razón de la divinidad, es como que se elevan por los aires en las alas de la contemplación.

De manera que, porque todos tienen una misma fe acerca de la encarnación, e igual contemplación de la divinidad cada uno, rectamente se dice aquí: *Cada uno tenía cuatro caras y cada uno cuatro alas.*

Mas porque de nada valdría a sus predicadores tener la fe y la contemplación del Señor si no tuvieran también sus santas obras, prosigue: *Y sus pies eran rectos.* [3.] ¿Y qué se significa por los pies sino el progreso de los actos? Se dice, pues, que los pies de los animales eran rectos, porque las obras de los santos evangelistas y los de todos los perfectos no se vuelven para seguir la iniquidad.

Luego no tienen pies rectos los que se vuelven a las cosas malas del mundo que habían abandonado. Acerca de los cuales está escrito (2 Petr. 2,22): *Volvióse el perro a lo que vomitó, y la marrana, lavada, a revolcarse en el cieno.* El egregio doctor quejábase de algunos porque volvían atrás de la rectitud de los pies, a los cuales increpaba, diciendo (Gal. 4,9): *¿Cómo tornáis otra vez a esas observancias que son sin vigor ni suficiencia, queriendo sujetaros nuevamente a ellas? Observáis los días y meses y tiempos y años. Témome de vosotros no hayan sido inútiles entre vosotros mis trabajos.* Y él mismo aconseja a otros (Hebr. 12,12 y 13): *Por lo cual alzad las manos caídas y las rodillas descoyuntadas y dad pasos derechos con vuestros pies.*

Mas para que en los mismos santos predicadores se manifestase la gravedad de la vida, la fortaleza y la discreción, se añade rectamente: *La planta de sus pies, como la planta del pie de un becerro.*

4. Que los santos predicadores se designan con el nombre de bueyes lo enseña el apóstol San Pablo (1 Cor. 9,9) exponiendo un texto de la Ley (Deut. 25,4): *No pondrás bozal al buey que trilla.* De manera que los santos predicadores tienen la planta del pie como la planta del pie de un becerro, esto es, que camina despacio,

es fuerte y dividida. Todo predicador, pues, debe ser venerado por su gravedad, fuerte en su obrar, y en la división de la uña discreto; porque no se acepta fácilmente su predicación si se muestra ligero en sus costumbres, ni mostrará madurez alguna si no se mantuviera firme en obrar contra todo lo adverso; y la misma firmeza en el obrar pierde todo el mérito de la virtud si faltara la discreción en el entendimiento.

Por ejemplo, hemos leído nosotros la Sagrada Escritura; si todo lo entendemos al pie de la letra, hemos perdido la discreción; si creemos que todo es alegoría espiritual, somos igualmente presa de la necia indiscreción. Pero leen las sagradas páginas los santos predicadores, y unas veces en la historia se atienen al sentido literal y otras veces investigan el sentido espiritual de la letra; ahora imitan las buenas obras de los Padres precedentes conforme las hallan en la letra, ahora entienden en sentido espiritual y para la perfección ciertas cosas que, tomadas a la letra, no se deben imitar. ¿Qué es lo que hacen los santos predicadores cuando obran así sino tener dividida la uña?

Acerca de los cuales se añade todavía: *Y despedían centellas, como se ve en el acero muy encendido.* [5.] El acero es un metal muy sonoro, y con acierto se comparan al acero las voces de los que predican, porque (Ps. 18,5) *su sonido se ha propagado por toda la tierra, y hasta el cabo del mundo sus palabras.* Y está bien dicho acero muy encendido, porque la vida de los predicadores suena y arde: arde en deseos y suena en palabras. Es, pues, acero muy encendido la predicación fervorosa. Y del acero muy encendido saltan centellas, porque de sus exhortaciones saltan las palabras inflamadas a los oídos de los oyentes. Rectamente, pues, se han llamado centellas a las palabras de los predicadores, porque enfervorizan a aquellos a quienes llegaran al corazón.

También se debe considerar que las centellas son muy sutiles y tenues, porque, cuando los santos predicadores hablan de la patria celestial, no pueden descubrir con la palabra cuanto pueden arder en deseos, y de su lengua saltan a nosotros ciertas a modo de centellas, porque en lo que dicen apenas si se alcanza un débil conocimiento de lo que, no obstante, en ellos arde no débilmente; porque ni son capaces de ver tanto cuanto es la patria celestial ni pueden tampoco decir tanto cuanto ven. Luego el acero muy encendido arroja centellas cuando el predicador apenas si puede hablar de aquello que a él le abrasa fuertemente. Mas, por la divina piedad, sucede que el ánimo del oyente se inflama con estas tenuísimas centellas, pues hay algunos que, con poco que oigan, se llenan de grandes deseos, y de donde recibieron apenas unas tenuísimas chispas de palabras, de ahí arden perfectamente en el amor de Dios.

6. Es, por tanto, la palabra de Dios centella en el corazón del oyente; y el buen oyente da luego fruto abundante de ciencia de allí de donde primero había recibido un poco de la semilla de la palabra de Dios.

Con lo cual concuerda bien el milagro hecho por el profeta Eliseo en la viuda que, para no perder sus dos hijos por llevárselos el acreedor, hizo lo que dijo el profeta, y de aquel poco aceite que tenía fué vertiéndolo en las vasijas vacías, todas las cuales se llenaron completamente, y con esto quedó la mujer libre de lo que adeudaba a su acreedor. Pues bien, esta mujer, ¿a quién representa sino a la santa Iglesia, madre, como de dos hijos, de los dos pueblos, el judío y el gentil? La cual anteriormente, por mala obra hecha por seducción del astuto espíritu, como que había recibido dinero del acreedor y temía perder a los dos hijos que había engendrado; mas, obedeciendo a las palabras del profeta, esto es, a los preceptos de la Sagrada Escritura, de un poco de óleo que tenía, vertió en los vasos vacíos; esto es, que cuando las mentes vacías de muchos oyen de labios de un doctor algo acerca del amor de la divinidad, con la gracia que rebosa se llenan completamente del óleo del divino amor, y ya los corazones de muchos, que antes eran como vasos vacíos y que parecían impregnados sólo con un poco de óleo, se han llenado del óleo del espíritu. Dándose lo cual a unos y a otros y recibiendo los oyentes la fe, la mujer de Sarepta, esto es, la santa Iglesia, no queda en deuda con su acreedor.

Prosigue: *Debajo de sus alas, a los cuatro lados había manos de hombre.* [7.] En este pasaje pueden entenderse las cuatro partes del mundo, a saber: Oriente, Occidente, Mediodía y Aquilón, porque la predicación de los santos, por disposición divina, se extendió a todas las partes del mundo.

8. También por los cuatro lados podemos entender las cuatro principales virtudes de las que se originan las demás, a saber: prudencia, fortaleza, justicia y templanza, las cuales entonces las hemos adquirido de veras cuando observamos su orden; pues la primera es la prudencia; la segunda, la fortaleza; la tercera, la justicia, y la cuarta, la templanza. Porque ¿qué puede aprovechar la prudencia si la fortaleza falta?; porque conocer uno lo que no puede hacer, más que virtud es una pena. Ahora quien entiende prudentemente lo que debe hacer y hace con fortaleza lo que ha entendido, cierto que ya es justo; pero a su justicia debe seguir la templanza, porque muchas veces la justicia, si no tiene moderación, degenera en crueldad; luego aquélla es verdadera justicia que se acomoda con el freno de la templanza, esto es, que cada cual debe moderar también el celo en que arde, no sea que, si es más impetuoso de lo debido, pierda la justicia, cuyos dictámenes no sabe guardar.

9. Pero dos son las vidas de los santos predicadores, a saber: la activa y la contemplativa; mas en el tiempo la activa es anterior a la contemplativa, porque del bien obrar se tiende a la contemplación; ahora que en mérito la contemplativa es mayor que la activa, porque ésta se emplea en ejecutar obras presentes; aquélla, en cambio, gusta ya con íntimo deleite el descanso venidero. ¿Qué se significa por las manos sino la vida activa, y qué por las alas sino la vida contemplativa? Hay, pues, manos de hombre debajo de las

alas de ellos, es decir, la virtud de obrar bajo las alas de la contemplación.

Lo cual figuran bien en el Evangelio aquellas dos mujeres, a saber: Marta y María (Lc. 10): *Marta estaba muy afanada en disponer todo lo que era necesario, mientras María, sentada a los pies del Señor, escuchaba sus palabras.* La una atendía a la obra; la otra, a la contemplación; la una atendía a la vida activa por el ministerio exterior; la otra, a la contemplativa, por tener el corazón pendiente de la palabra; y aunque la activa es buena, pero es mejor la contemplativa, porque aquélla se acaba con la vida mortal, mientras que ésta llega a su plenitud en la vida inmortal. Por eso se dice: *María eligió la mejor parte, de la que no se la privará.*

Luego, por ser la activa inferior en mérito a la contemplativa, rectamente se dice que *había manos de hombre bajo las alas de ellos,* porque, aunque por la activa hacemos algo bueno, mas por la contemplativa volamos a deseos celestiales.

Por lo mismo, en Moisés la activa es llamada servidumbre, y la contemplativa libertad. [10.] Y con ser una y otra don de la gracia, mientras vivimos entre los prójimos, para los buenos la una es necesaria, la otra de voluntad, porque ¿quién que conoce a Dios ha entrado en su reino sin antes haber obrado bien? De manera que sin la contemplativa pueden entrar en la patria celestial los que no descuidan hacer el bien que pueden; mas sin la activa no pueden si descuidan hacer el bien que les es posible. Esta, pues, es necesaria; aquélla, de voluntad; la activa, de servidumbre; la contemplativa, de libertad.

De donde se dice a Moisés (Ex. 21,2): *Si compraras un esclavo hebreo, seis años te servirá; el séptimo saldrá libre de balde. Cual era el vestido con que entró, tal ha de ser aquel con que saldrá. Si tenía mujer, la mujer también saldrá con él. Mas, si su señor le hubiese dado mujer y le hubiese parido hijos e hijas, la mujer y sus hijos serán de su señor y él saldrá con su vestido. Que si el esclavo dijere: Yo amo a mi señor y a mi mujer e hijos, no quiero recobrar mi libertad, el dueño le presentará ante los dioses* (los jueces) *y, arrimándole a los postes de la puerta, le horadará la oreja con una lezna y quedará esclavo suyo para siempre.*

Hemos dado un poco más alargado el testimonio con objeto de mostrar la diferencia de servidumbre y libertad en una y otra vida. Mas no debe llevarse a mal si, para exponer esto, asentamos el fundamento en que apoyamos lo que decimos.

11. Pues bien, hebreo se interpreta «el que pasa»; y se compra el siervo hebreo cuando uno que con el espíritu ha pasado ya de este siglo, se sujeta al servicio de Dios, pues quien hubiere llegado a pasar o prescindir de este mundo con el espíritu, ése verdaderamente desea servir a Dios. Así pasó Moisés para ver la visión; así David (Ps. 66), *viendo al impío exaltado y elevado sobre los cedros del Líbano, pasó y vió que ya no existía.* Y es que, mientras no pasamos de este mundo con el espíritu, nos parece que los poderes de los inicuos son alguna cosa.

Pero al siervo hebreo comprado se le manda servir seis años, de modo que al séptimo quede libre de balde; y ¿qué se designa con el número seis sino la perfección de la vida activa?; y ¿qué se señala con el número siete sino la contemplativa? De manera que sirve seis años y al séptimo queda libre quien de la vida activa, que ha cumplido perfectamente, pasa a la libertad de la vida. .

Y es de notar que *sale libre de balde*, porque (Lc. 17,10) *éstos, después que todo lo hubieren hecho bien, dicen: Somos siervos inútiles.* Estos, así como tuvieron la vida activa por dón, así también tendrán por gracia la contemplativa.

Con igual vestido que entró saldrá, porque es del todo necesario que cada uno de nosotros persevere en aquello que ha comenzado y que hasta el fin de la obra conserve la misma intención con que la principió. En efecto, pasa a la vida contemplativa quien en su vida activa no cambió en peor el vestido de su intención.

También hay algunos que, antes de asociarse en esta vida al servicio de Dios, ya desean obrar bien. Hay, en cambio, otros que aprenden a obrar bien después de haber venido al servicio de Dios, de manera que quien ha procurado hacer obras buenas antes de entrar al servicio de Dios, es siervo hebreo comprado con su mujer; [12.] y este tal puede muchas veces pasar a la vida contemplativa sin dejar la activa; por eso también se agrega allí: *Si tuviere mujer, también saldrá con él.* Queda, pues, también en libertad con él la mujer cuando quien ha llegado a la contemplación no abandona aún la actividad de las buenas obras con que puede aprovechar a otros.

Mas, si su señor le hubiere dado mujer y ésta le hubiera parido hijos e hijas, la mujer y sus hijos serán de su señor y él saldrá con su vestido. El señor da mujer al siervo comprado cuando un predicador junta con su buena acción al que ha puesto al servicio de Dios; porque también los predicadores son llamados, como al profeta Eliseo se le dice de su predicador (4 Reg. 2,3): *¿No sabes tú cómo hoy se te lleva el Señor a tu amo?*

Y la mujer del siervo comprado pare hijos e hijas cuando la buena acción engendra frutos o fuertes o débiles; pero la mujer que le ha dado el señor permanece con sus hijos bajo el señor, y el siervo sale con su vestido, porque la buena acción o los buenos frutos de la acción del predicador merecen recompensa.

Mas, si él persevera en la intención de su buen deseo, por la gracia divina sale libre a la contemplación.

Y si el esclavo dijere: Yo amo a mi señor y a mi mujer y a mis hijos; no quiero recobrar mi libertad. El esclavo ama a su señor cuando el predicador observa solícito los preceptos, y no quiere recobrar su libertad por amor a la mujer y a los hijos cuando por amor a la vida activa y a sus frutos no quiere pasar a la vida contemplativa, porque, al considerar que en el desempeño de su ministerio tiene cosas buenas que hacer, no quiere retirarse a descansar libremente.

Y el dueño le presentará a los dioses (a los jueces) *y, arrimándole a los postes de la puerta, le horadará la oreja con una lezna y quedará esclavo suyo para siempre.* Quien, pues, ha resuelto perseverar en la vida activa es ofrecido por el amo a los dioses cuando su predicador le imbuye en la doctrina de los Santos Padres, que en el camino de Dios omnipotente fueron nuestros sacerdotes; y es conducido a los postes de la puerta del tabernáculo para que oiga algo más elevado acerca del ingreso en el tabernáculo celeste y conozca bien el día del tremendo juicio, para que en las obras humanas que hace no busque complacer a los hombres. Por eso se le horada la oreja con una lezna cuando a su alma hiere el santo temor de Dios, para que, traspasada con la agudeza de la palabra, sepa, en todo lo que hace, dirigir siempre su atención a lograr el ingreso en el reino y a llevarla como perforada en el poste de la puerta del tabernáculo, puesto que en el siglo es esclavo para poder ser libre después del siglo; [13.] pues en el siglo es esclavo quien ha resuelto servir a los hombres en la vida activa para después del presente siglo poder llegar a la libertad verdadera. Acerca de la cual dice San Pablo (Rom. 8,21) que *todas las criaturas serán libertadas de esa servidumbre a la corrupción, para participar de la libertad y gloria de los hijos de Dios;* porque entonces tendremos verdadera libertad cuando nuestra adopción de hijos de Dios llegare a la gloria; mientras que ahora no sólo la vida activa permanece en la esclavitud, sino hasta la contemplativa, por la que somos elevados sobre nuestro natural, no logra todavía por completo la libertad del alma, sino sólo algo parecido, porque aquel descanso interior sólo se ve en enigma.

Sin embargo, aun la misma vida activa, en cuanto tenga de poca contemplación, en tanto más se dilata y sublima ya, porque, cuando no piensa en lo temporal, sino en lo eterno, logra cierta libertad de espíritu.

De manera que, por cuanto la vida contemplativa vuela a lo más alto y supera a la vida activa en cierta, digámoslo así, dignidad de su seguridad, se dice aquí bien: *Y había manos de hombres bajo las alas de ellos.*

14. Pero, si en este lugar por este hombre se entiende nuestro Redentor, había manos de hombre bajo las alas de ellos, porque, si no se hubiera hecho hombre el Señor que elevase las almas de los predicadores, no volarían los animales que allí aparecen. Y no sin fundamento se dice que había manos de hombre debajo de las alas de ellos, puesto que de nuestro Redentor está escrito (Hebr. 1,3): *El cual, siendo, como es, esplendor de su gloria y vivo retrato de su sustancia, y sustentándolo todo;* luego su mano sustenta nuestros corazones, su mano nos levanta a la contemplación; pues si, como se ha dicho, el Verbo omnipotente no se hubiera hecho hombre por los hombres, los corazones humanos no volarían hasta contemplar la excelencia del Verbo. Por tanto, de ahí proviene la dignidad de las almas humanas, de haber aparecido Dios humilde entre los hombres. Dígase, pues, de los santos animales: *Y había manos de hombre bajo las alas de ellos.*

Acerca de los cuales (de los santos animales) todavía se agrega: *Y tenían caras y alas por los cuatro lados. Y juntábanse las alas del uno con las del otro por las cuatro partes.*

15. Tienen cara y alas, porque, cuando predican en todas las regiones del mundo, dan a conocer todo lo que sienten acerca de la humanidad y divinidad de nuestro Redentor; pues, predicando por doquiera a Dios encarnado, muestran la cara en las cuatro partes del mundo, y cuando anuncian que es uno con el Padre y el Espíritu Santo, vuelan por doquiera en alas de la contemplación.

Sus alas juntábanse las del uno con las del otro, porque toda su virtud y toda su sabiduría, por la que superan a los demás hombres en el vuelo de la contemplación, alternativamente se juntan en la paz y en la unanimidad; por lo que está escrito (Iac. 3,17): *La sabiduría que desciende de arriba, además de pudorosa, es pacífica.* De ahí que la Verdad dice a sus mismos predicadores (Mc. 9,49): *Tened en vosotros sal y guardad la paz entre vosotros.* De manera que se juntaban las alas de un animal con las del otro, porque la virtud y sabiduría de los predicadores santos están alternativamente unidas en la paz de la caridad y de la concordia. Las alas del uno estarían separadas de las del otro si, en aquello en lo que cada uno se eleva en la Sabiduría, no quisiera tener paz con el otro.

Prosigue: *No se volvían cuando andaban, sino que cada uno caminaba según la dirección de su rostro.*

16. Los animales alados, esto es, los santos predicadores, cuando andan no se vuelven, porque de los actos terrenos pasan a lo espiritual, de tal modo que jamás se vuelven después a las cosas que dejaron. Ir ellos con la mente siempre a lo mejor es como andar por cierto camino.

Lo contrario se dice de los réprobos, porque con el corazón se volvieron a Egipto. La Verdad dice por sí misma (Lc. 9,62): *Ninguno que después de haber puesto su mano en el arado vuelve los ojos atrás es apto para el reino de Dios.* En efecto, poner la mano en el arado es como abrir la tierra de su corazón con la reja de la compunción para que produzca frutos; pero vuelve los ojos atrás quien, después de haber principiado a obrar bien, vuelve a lo malo que abandonó. Cosa que, por no ocurrir a los elegidos de Dios, rectamente se dice aquí por el profeta: *No se volvían cuando andaban.*

17. Y por qué no se volvían, lo indica cuando añade: *Cada uno caminaba según la dirección de su rostro.*

Delante de nosotros están las cosas eternas, detrás las temporales, pues cuando vamos adelante hallamos aquéllas, y cuando nos volvemos, como que las dejamos como atrás. De ahí que aquel gran animal alado, porque había escalado hasta los secretos del tercer cielo, decía (Phil. 3,13): *Mi única mira es, olvidando las cosas de atrás y atendiendo sólo y mirando a las de adelante, ir corriendo hacia el hito, para ganar el premio a que Dios llama desde lo alto.* Atendiendo, pues, a las cosas de adelante, se olvidó de las cosas de atrás, porque, despreciando lo temporal, sólo buscaba lo eterno.

De manera que los santos animales caminaban según la dirección de su rostro, porque ya no volvieron a apetecer las cosas que habían abandonado y dirigen los pasos del bien obrar poniendo la mira de su contemplación en las cosas eternas que apetecen.

18. Quienquiera, pues, que haya resuelto ya caminar adelante, debe pensar y considerar mucho que es cosa distinta mirar atrás con la obra y mirar atrás con el pensamiento. Pues hay algunos que proponen hacer grandes cosas y, conscientes de sus pecados, tratan de distribuir entre los pobres mucho de lo que poseen, para redimir con sus entrañas de misericordia sus pecados ante los ojos de Dios; y ya comienzan a realizarlo, pero muchas veces, al hacerlo, hiere su alma el temor de la pobreza y, temiendo verse necesitados, se hacen duros para con los menesterosos y suspenden la buena obra que habían comenzado.

Estos, ciertamente, después de andar, se volvieron, porque no quisieron caminar según la dirección de su rostro. Contra los cuales rectamente dice Salomón (Prov. 20,4): *No quiso arar el perezoso por miedo del frío; mendigará, pues, en verano, y nada le darán.* Por tanto, quien por miedo y pereza del alma no quiere obrar bien, cuando aparezca en el juicio, como si dijéramos en el verano, el Sol de justicia, mendigará vida, pero no se la darán, porque no quiso obrar bien para lograrla.

Otro, despreciando los deseos de la carne, trata de abandonar todas las cosas y consagrarse al servicio de Dios omnipotente y propone someterse al freno de la continencia y de la castidad; pero, viendo que otros han caído después de haber guardado castidad, teme hacer eso que delibera; y sucede que con el pensamiento vuelve atrás aquel que, mirando adelante, caminaba ya a lo alto con los pasos de la mente. Del cual se dice por Salomón (Eccl. 11,4): *El que anda observando el viento, no siembra; y el que atiende a que hay nubes, jamás se pondrá a segar.*

En efecto, con el nombre de *viento* se significa el espíritu maligno, que acomete al alma con tentaciones; y con el nombre de *nube* se designa al pecador, que se mueve a impulso de la tentación; luego quien anda observando el viento, no siembra, y quien atiende a que hay nubes, jamás se pondrá a segar, quiere decir que el que, temiendo las tentaciones del espíritu maligno y atendiendo a la caída de los inicuos, desconfía de sí mismo, ni ahora practica obras buenas ni después recibirá el don de la justa retribución.

Hay, en cambio, algunos que realizan, sí, las cosas buenas que han conocido y, haciéndolas, proponen hacer otras mejores, pero cambian, retractándose de lo mejor que deliberaban; pero, aunque decaen de lo mejor que proponían, realizan el bien que comenzaron. Estos, a los ojos humanos, ciertamente, parece que perseveran en el bien obrar, pero a los ojos de Dios omnipotente faltaron a su propósito. De lo que resulta muchas veces que su buena obra agrada menos a Dios, porque, cuando con pavor del alma se pone sin constancia en un grado mejor de deliberación, su misma inconstancia los acusa.

Ahora bien, como los que son perfectos se examinan con mucha y sutil discreción, y para no deslizarse a lo peor ni en obra ni en pensamiento, cada día piensan cuánto van aprovechando, rectamente se dice de ellos: *No se volvían cuando andaban, sino que cada uno caminaba según la dirección de su rostro.*

19. A todo esto, y por conclusión, plácenos considerar quiénes somos nosotros, que tratamos de estas cosas; de dónde venimos y hasta qué misterios de la divina Palabra hemos sido levantados para escudriñarlos. ¡Oh!, ciertamente, en nuestros antiguos padres fuimos adoradores de los ídolos, mas he aquí que por el Espíritu de la gracia ya penetramos el sentido de las palabras celestiales. ¿De dónde a nosotros esto? Esto lo ha hecho el Redentor del género humano, que por el profeta ha dicho (Is. 5,17): *Y los extranjeros disfrutarán de los campos desiertos convertidos en fértiles campiñas.* En efecto, estos dichos de los profetas fueron campos desiertos para los judíos, porque no quisieron entenderlos en sentido místico; mas para nosotros se han convertido en fértiles campiñas, porque, además de conformarnos con la historia, por gran favor de Dios, sus dichos saben espiritualmente a nuestra alma; y ya los extranjeros comemos lo que los nacionales de la Ley no quisieron comer.

Demos gracias al Unigénito, alabemos a la eterna Sabiduría, que vive y reina..., etc.

HOMILIA IV

(Ez. 1,10-12)

10 *Por lo que hace a su rostro, todos cuatro lo tenían de hombre y todos cuatro tenían cara de león a su lado derecho; al lado izquierdo, todos cuatro cara de buey; y en la parte de arriba tenían todos cuatro cara de águila.* 11 *Sus caras y sus alas extendíanse hacia lo alto: juntábanse dos alas de cada uno y con las «otras» dos cubrían sus cuerpos.* 12 *Y andaba cada cual de ellos según la dirección de su rostro.*

1. Por el santo espíritu profético son descritos minuciosamente los animales alados, para que la misma minuciosidad de la descripción nos descubra que por estos santos animales están figuradas las personas de los evangelistas, sin que la palabra de Dios deje duda alguna a nuestro entendimiento.

He ahí que se dice: *Todos los cuatro tenían el rostro de hombre y todos cuatro tenían cara de león al lado derecho; al lado izquierdo tenían todos cuatro cara de becerro, y en la parte de arriba tenían todos cuatro cara de águila.*

Ahora bien, que estos cuatro animales alados representan a los cuatro santos evangelistas, lo atestiguan los mismos principios de cada libro evangélico; porque, como Mateo principió por la generación humana, rectamente se le representa por el hombre; y como Marcos principió por el clamor en el desierto, rectamente se le de-

signa por el león; y como Lucas comenzó por el sacrificio, se le indica bien por el becerro; y como Juan comenzó por la divinidad del Verbo, dignamente está significado por el águila, pues comienza diciendo: *En el principio era el Verbo, y el Verbo era en Dios, y el Verbo era Dios;* mirando a la misma divinidad, como que fijó, cual águila, sus ojos en el sol.

Mas, como todos los elegidos son miembros de nuestro Redentor, y nuestro Redentor es cabeza de todos los elegidos, nada se opone a que en lo que están figurados sus miembros lo esté también El mismo; pues el mismo Unigénito de Dios se hizo verdadero hombre, El mismo se dignó morir, cual becerro, en el sacrificio de nuestra redención; El mismo, en virtud de su fortaleza, resucitó, como león —aparte que también se dice que el león duerme con los ojos abiertos, y en la muerte en que nuestro Redentor pudo dormir en cuanto a la humanidad, estuvo despierto, permaneciendo inmortal, en cuanto a su divinidad—; y El mismo, después de su resurrección, subiendo a los cielos, se remontó, como águila, a lo más alto. Así que lo es todo para nosotros; porque, naciendo, es hombre; muriendo, es becerro; resucitando, es león, y subiendo a los cielos, se ha hecho águila.

2. Además, como también hemos dicho antes que por estos animales se significan los cuatro evangelistas y que en éstos se hallan figurados todos los perfectos, resta que demostremos cómo en estas visiones de los animales se señalan cada uno de los elegidos, o sea, que todo elegido y perfecto en el camino de Dios es, a la vez, hombre, y becerro, y león, y águila. El hombre es animal racional; el becerro es animal que suele ofrecerse en sacrificio; el león es el animal más fuerte, según está escrito (Prov. 30,30): *El león, que, como el más fuerte de todos los animales, no teme el encuentro de nadie;* el águila se remonta a lo más alto y fija sus ojos, sin deslumbrarse, en los rayos del sol. Pues bien, todo el que es perfecto en la razón es hombre; y en cuanto se sacrifica a sí mismo, privándose de los placeres del mundo, es becerro; y porque con su voluntaria mortificación afianza su fortaleza contra toda adversidad, es león, por lo que está escrito (Prov. 28,1): *El justo se mantiene a pie firme, como el león, sin asustarse de nada,* y porque contempla desde lo alto todo lo celestial y terreno, es águila.

Luego, porque el justo por la razón es hombre, por sacrificarse en la mortificación es becerro, por estar seguro de su fortaleza es león, y se hace águila por la contemplación, cada uno de los justos puede estar figurado en estos santos animales. Lo cual hemos explanado a propósito de demostrar que cuanto se ha dicho de los cuatro animales tiene aplicación asimismo a cada uno de los perfectos.

3. Pero nos surge una gran dificultad por lo que respecta a los evangelistas y santos predicadores, a saber: por qué el hombre y el león están a la derecha en los cuatro, y, en cambio, el becerro está a la izquierda de los cuatro; pues no será sin misteriosa razón el decir por qué aquellos dos están a la derecha y que éste está a la

izquierda. Además hay que averiguar por qué se menciona que el águila está, no a la derecha ni a la izquierda, sino arriba de los cuatro. De manera que nos hemos presentado dos dificultades, que es menester que las solucionemos con el favor de Dios.

Pues bien, el hombre y el león se muestran estar a la derecha, y el becerro a la izquierda, porque a la derecha tenemos las cosas alegres y a la izquierda las tristes; por eso decimos siniestro a lo que consideramos sernos adverso; y, como ya hemos dicho que por el hombre se significa la encarnación, por el becerro la pasión, por el león la resurrección de nuestro Creador, y como todos los elegidos se han gozado en la encarnación del Hijo unigénito, por el cual hemos sido redimidos, mas de su muerte los santos apóstoles, los primeros elegidos, se contristaron y de nuevo se regocijaron de su resurrección, por eso que su nacimiento y resurrección causó alegría a los discípulos, a quienes su pasión contristó, se describe que el hombre y el león estaban a la derecha y que el becerro estaba a la izquierda, y también porque los mismos evangelistas, que se gozaron en su humanidad y se confirmaron en el gozo con su resurrección, se habían contristado en su pasión. Luego el hombre y el león están a la derecha porque la encarnación de nuestro Redentor los vivificó y su resurrección los confortó; pero el becerro está a la izquierda porque la muerte de El por un poco de tiempo los hizo caer en la infidelidad.

También con razón se coloca el águila, no a un lado, sino en lo alto, o bien porque significa la ascensión o bien porque declara que el Verbo del Padre está con Dios Padre, con esto supera en la virtud de la contemplación a los otros evangelistas, a los cuales iguala en hablar de la divinidad, pero la considera con sublimidad mayor que los otros.

Pero si se dice que el águila, en unión de los otros, son los cuatro animales, maravilla que se la describa estar sobre cada uno de los cuatro, si no es porque, como Juan vió al Verbo en el principio, también se superó a sí mismo, pues si no se hubiera superado a sí mismo, no habría visto al Verbo en el principio; mas, como también se superó, no sólo está sobre los otros, sino que, unido también a los otros, se colocó a sí mismo sobre los cuatro.

4. Prosigue: *Sus caras y sus alas extendíanse hacia lo alto.* Se dice que sus caras y sus alas miraban y se extendían a lo alto porque toda intención y contemplación de los santos tiende por arriba de ellos para poder alcanzar lo que apetecen en los cielos; pues ya se vigile con la buena obra, ya con la contemplación, entonces es de veras bueno lo que hace cuando desea complacer a Aquel de quien procede, a su Creador; porque quien parece hacer cosas buenas, pero con ellas desea complacer, no a Dios, sino a los hombres, inclina hacia abajo el rostro de su intención; y por lo mismo que en la palabra de Dios contempla las cosas divinas a fin de poder solucionar las dificultades mediante lo que de ella entiende, como no desea saciarse con la dulcedumbre de la bienaventuranza que escudriña, sino aparecer docto, éste, sin duda, no extiende hacia lo alto

las alas de su entendimiento, sino que, como emplea la vigilancia de su sentido en el terreno apetito, abate a lo profundo las alas que debía tender a lo alto y con las que él debía elevarse.

Por lo cual, en lo que a esto respecta, debe procurarse que todo lo bueno que se hace se eleve a lo celestial por la intención, pues quien por el bien que hace apetece gloria terrena, inclina hacia abajo sus alas y su rostro.

Por eso el profeta Oseas (5,2) dice a algunos: *Habéis hecho caer las víctimas en el abismo;* pues ¿qué son las lágrimas de la oración sino las víctimas de nuestra oblación, conforme a lo que está escrito (Ps. 50,19): *El espíritu compungido es el sacrificio para Dios?* Pero hay algunos que en su oración se deshacen en lamentos a fin de o adquirir ventajas terrenas o parecer santos a los hombres. ¿Qué hacen éstos sino arrojar víctimas al abismo? Pues, por lo mismo que están en lo más bajo las cosas que anhelan, arrojan a lo profundo el sacrificio de su oración. En cambio, los elegidos, como en sus buenas obras desean agradar a Dios omnipotente y por la gracia de la contemplación aspiran a gustar la eterna bienaventuranza, extienden a lo alto la cara y las alas.

5. Prosigue: *Juntábanse dos alas de cada uno y con las otras dos cubrían sus cuerpos.* Antes habíase dicho que sus caras y sus alas extendíanse a lo alto, y en seguida se agrega esto que hemos dicho, que juntábanse dos alas de cada uno; donde claramente se entiende que se extendían a lo alto y se juntaban, pero que dos cubrían sus cuerpos. Ahora bien, ¿a qué se llama *pennae* (plumas o alas) de los animales sino a las *alae*, alas? Acerca de lo cual nosotros debemos averiguar con diligente inquisición cuáles son las cuatro alas de los santos, dos de las cuales, extendidas hacia lo alto, se juntan y las otras dos cubren sus cuerpos.

Pues, si miramos con atención, hallamos que son cuatro las virtudes que levantan de los actos terrenos a todo animal alado, a saber: el amor y la esperanza respecto a las cosas futuras, el temor y la penitencia respecto a las pretéritas. De manera que las alas mutuamente unidas se extienden hacia lo alto porque el amor y la esperanza levantan a lo eterno las mentes de los santos; y porque los elegidos, además de amar las cosas celestiales que esperan, esperan también las cosas que aman, rectamente se dice que estas alas se juntaban.

Pero las otras dos cubrían sus cuerpos, porque el temor y la penitencia cubren a los ojos de Dios los pecados pretéritos de ellos. De manera que, como se ha dicho, las alas se juntan arriba cuando el amor y la esperanza levantan a lo alto los corazones de los elegidos y los queda pendientes de lo celestial; pero las otras dos cubren los cuerpos cuando el temor y la penitencia ocultan de la vista del eterno Juez los pecados pretéritos de ellos, pues cuando temen y lloran, precisamente porque se acuerdan de haber pecado, ¿qué otra cosa hacen sino cubrir el cuerpo, puesto que por las referidas obras buenas (temor y penitencia) abstraen del riguroso examen las obras carnales? En efecto, escrito está (Ps. 31,1): *Felices aquellos a quienes*

se han perdonado sus iniquidades y se han tapado sus pecados. Tapamos, pues, los pecados cuando sobre las malas obras ponemos los buenos actos, pues lo que se cubre se pone debajo, y aquello con que se cubre se pone encima. Luego, cuando renunciamos a lo malo que hemos hecho y elegimos el bien que debemos hacer, como que ponemos una cubierta sobre aquello que nos avergüenza ver.

6. Ahora bien, mientras los varones santos permanecen todavía en este mundo, tienen algo que deben ocultar a los ojos de Dios, porque es totalmente imposible que no pequen jamás, o de palabra, o de obra, o de pensamiento. De donde el santo Job, que había hablado con perfección a los hombres, sin embargo, al oír la voz de Dios, reprendiéndose a sí mismo de su misma locución perfecta, decía (Iob 39,34): *Cerraré mi boca con la mano;* es así que la mano es signo de la obra, y la boca de la locución; luego poner la mano sobre la boca es cubrir con buenas obras los pecados de la lengua.

Plácenos, hermanos carísimos, llamar al Doctor de las Gentes en testimonio de esto: cómo este santo animal se esfuerza en poner su mirada en las cuatro alas, con dos de las cuales vuela a lo alto y con las otras dos cubre el cuerpo, porque cubre lo pasado que había hecho.

Veamos, pues, cuán grande amor le remonta a lo celestial (Phil. 1,21): *Mi vivir es Cristo, y el morir mi ganancia.* Conozcamos con cuánta esperanza se eleva hasta lo más alto (Phil. 3,20): *Nosotros vivimos ya como ciudadanos del cielo, de donde asimismo estamos aguardando al Salvador, Jesucristo, Señor nuestro.*

Veamos si, aun poseyendo tales virtudes, todavía teme (1 Cor. 9, 27): *Castigo mi cuerpo y lo esclavizo, no sea que, habiendo predicado a otros, venga yo a ser reprobado.* Conozcamos si le pesa de haber obrado mal (1 Cor. 15,9): *Yo soy de los apóstoles el ínfimo, que ni merezco ser llamado apóstol, pues que perseguí la Iglesia de Dios.* Palabras en las cuales, ¿qué hace sino acusar la dureza de nuestra alma, puesto que él lamenta lo que hizo antes del bautismo, pero nosotros, aun después del bautismo, hemos cometido muchos pecados y, con todo, rehuímos el llorar?

De manera que los santos animales usan cuatro alas, porque con el amor y la esperanza vuelan a las cosas celestiales y por el temor y la penitencia lamentan lo ilícito que han hecho.

7. Pero, como se ha dicho que dos alas de cada uno se juntaban, tal vez se entiende que se juntaban no las alas propias que se elevan, sino que las alas del uno se juntaban a las del otro, o sea, de suerte que las alas que se elevan concuerdan unánimes en la unión. En tal caso surge esta cuestión: que, si las dos alas que se elevan significan el amor y la esperanza y las dos que cubren los cuerpos significan el temor y la penitencia, ¿por qué se dice que las dos extendidas se juntan y no se dice lo mismo de las dos que cubren los cuerpos? Pero a esto, con el favor de Dios, acude una fácil razón de por qué las alas de los santos, el amor y la esperanza, están unidas, pero las dos que cubren los cuerpos, el temor y la penitencia, no están unánimemente unidas entre sí.

En efecto: David, temeroso y penitente, se aflige por su caída carnal; Pedro lloró amargamente su pecado de infidelidad; Pablo lamenta la crueldad de su anterior persecución; todos, sin embargo, aspiran a una misma patria, todos se apresuran a llegar al único Creador de todos; luego dos alas de cada uno están unidas y dos no lo están, porque por el amor y la esperanza aspiran y desean una misma cosa, mas es distinto lo que deploran por el temor y la penitencia.

8. Prosigue: *Cada uno de ellos andaba* «coram facie sua», *a presencia de su rostro.* Antes se dijo: *Cada uno de ellos andaba* «ante faciem suam», en la dirección de *su rostro;* y ahora se dice: *Cada uno de ellos andaba «coram facie sua».* De manera que parece ser la misma sentencia repetida; pero, como *coram* lo traducimos a vista de su rostro, discurriendo sutilmente, podemos distinguir que una cosa es caminar rostro adelante, y otra a vista del rostro. En efecto, caminar rostro adelante es aspirar a lo que está delante; pero andar a vista del rostro es no estar ausente a sí mismo.

Según lo cual, todo justo que mira con solicitud su vida y considera con diligencia cuánto crece cada día en el bien o cuánto decae tal vez del bien, éste, como se pone delante de sí mismo, anda *(coram)* en presencia de sí mismo, puesto que observa vigilante si se levanta o si cae; pero quien descuida la guarda de su vida, o desdeña, o no sabe examinar lo que hace, lo que habla, lo que piensa, éste no anda *(coram)* a vista de sí mismo, puesto que no sabe cuáles son sus costumbres y sus actos.

No está presente a sí mismo quien no anda solícito en examinarse y conocerse cada día. Pero aquel que atiende a sus actos como si fuera otro, éste se pone de veras delante de sí mismo y está presente a sí mismo.

9. Muchos son los pecados que cometemos, pero no nos parecen graves precisamente porque nuestro amor propio condesciende a ojos cerrados con nosotros en nuestro engaño. De donde resulta casi siempre que nuestras culpas graves las juzgamos por leves, y las culpas leves de los prójimos las juzgamos por graves. En efecto, está escrito (2 Tim. 3,2): *Levantaránse hombres amadores de sí mismos;* y sabemos que el amor propio cierra con dureza el ojo del corazón. De lo cual resulta que lo mismo que nosotros hacemos y pensamos que no es grave, lo hace el prójimo, y con frecuencia nos parece harto detestable.

Y ¿por qué esto así, que lo que nos parece leve en nosotros, en el prójimo nos parece grave, sino porque ni nos miramos a nosotros como miramos al prójimo, ni al prójimo le miramos como nos miramos a nosotros? Pues, si nos miráramos como al prójimo, claramente echaríamos de ver lo que en nosotros hay de reprensible; y asimismo, si mirásemos al prójimo como a nosotros, su acción jamás nos parecería intolerable, puesto que tal vez hemos hecho tales cosas con frecuencia y pensábamos no hacer cosa intolerable para el prójimo.

Este juicio de nuestra mente, mal aplicado, cuidó Moisés de corregirle por un precepto de la Ley, cuando dijo (Lev. 19,36) que *debía ser justo el modio y el sextario.* De ahí el que Salomón diga (Prov. 20,10): *Un peso y otro peso, una medida y otra medida, son dos cosas que abomina Dios.* Sabemos que los mercaderes tienen peso mayor y menor, porque tienen un peso para lo que pesan para sí, y otro para lo que pesan para el prójimo; para dar disponen pesos más leves, para recibir más pesados. De modo que todo hombre que pesa de modo distinto lo que pertenece al prójimo y de distinto lo que a él mismo corresponde, tiene peso y peso, ambos abominables a Dios; porque, si amase al prójimo como a sí mismo, querría para él el bien, como le quiere para sí; y si se mirase a sí como mira al prójimo, se juzgaría en lo malo como juzga al prójimo.

Por consiguiente, debemos mirarnos a nosotros mismos con el cuidado con que miramos a los otros, y ponernos, según se ha dicho, ante nosotros mismos, para que, imitando sin cesar a los animales alados, andemos siempre teniéndonos a nuestra vista para no ignorar lo que hacemos.

Los perversos, en cambio, como poco ha hemos dicho, no andan *(coram)* teniéndose presentes, porque jamás consideran lo que hacen, tienden a la perdición y se gozan en sus malas acciones. De los cuales está escrito (Prov. 2,14) que *se gozan en el mal que han hecho y hacen gala de su maldad.*

Con frecuencia, cierto es, el justo que los ve llora; pero ellos, cual frenéticos, son llorados y se ríen.

10. Otros dan generosamente de lo propio a los necesitados; pero, si se les ofrece ocasión, oprimen a los indigentes y devastan con sus rapiñas a los mismos a quienes socorrían. Estos ponen ante los ojos de su consideración lo bueno que han hecho, no las acciones pésimas que cometen. Estos, claro está, no andan *(coram)* en presencia suya, pues, si se tuvieran presentes, verían distintamente lo que hacen y conocerían cómo con sus malos actos echan a perder las obras buenas, conforme a lo que está escrito (Agg. 1,6): *Aquel que ganaba salarios los ha ido echando en saco roto.* En efecto, del saco roto sale por un lado lo que se echa por otro; así, las almas indiscretas no ven cómo por obrar mal se pierde la recompensa que se gana con las obras buenas.

Otro guarda la castidad del cuerpo y se vigila cuidadoso para no admitir representaciones exteriores, está conforme con lo suyo, no arrebata lo ajeno; pero, no obstante, tal vez guarda en el corazón odio contra el prójimo; y estando escrito (1 Io. 3,15): *Quien tiene odio a su hermano, es un homicida,* considera cuán limpio está en las obras exteriores y no atiende a lo cruel que es en el interior de su alma. Este que anda en las tinieblas de su corazón y no lo sabe, ¿qué hace sino estar ausente de sí mismo?

Otro ya no arrebata lo ajeno, ya preserva de la inmundicia su cuerpo, ama ya santamente al prójimo y, consciente de las pasadas culpas, se lamenta de corazón en sus oraciones; mas, concluída la oración, se alegra, busca cosas de este mundo de que gozar y con

los goces temporales abandona negligente el alma y no cuida de que los goces inmoderados no excedan en él a la medida de las lágrimas; y sucede que, riendo demasiado, pierde lo bueno que, llorando, había merecido. Tampoco éste anda en presencia suya, porque rehuye conocer los daños que padece; pues escrito está (Eccl. 7,5): *El corazón de los sabios está donde hay tristeza, y el corazón de los necios donde hay diversión.*

Por consiguiente, en todo cuanto hacemos debemos observarnos con cuidado interior y exteriormente, a fin de que, siguiendo a los animales alados, estemos presentes a nosotros mismos, teniendo por ayudador al Unigénito del Padre, Jesucristo, nuestro Señor, que con Dios vive y reina en unidad, etc.

HOMILIA V

(Ez. 1,12-14)

A donde los llevaba el ímpetu del espíritu, allá iban; ni se volvían cuando caminaban. 13 *Y estos animales, a la vista, parecían como ascuas de ardiente fuego y como lámparas encendidas. Veíase discurrir por en medio de los animales un resplandor de fuego y salir del fuego relámpagos.* 14 *Y los animales iban y volvían a manera de resplandecientes relámpagos.*

1. ¡Oh, cuán admirable es la profundidad de la palabra de Dios! ¡Qué gusto da fijar en ella nuestra atención! ¡Qué placer penetrar sus secretos teniendo por guía la gracia! Cuantas veces la desentrañamos discurriendo, ¿qué otra cosa hacemos sino introducirnos en la umbría de una selva para, al refrigerio suyo, resguardarnos de los ardores de este siglo? Leyéndola, allí entresacamos hierbas frondosísimas de sentencias y, meditando, las rumiamos.

En la locución que hace tres días os dirigimos, hermanos carísimos, se declaró cómo los animales descritos en la visión representan, ora a nuestro Redentor, ora a los cuatro evangelistas y también a todos los perfectos. Pues bien, todavía se describe más detalladamente la virtud de estos animales alados para que, a imitación suya, también nosotros, débiles y despreciables, nos extendamos cuanto nos sea posible con la ayuda de Dios.

He aquí ya que se dice: *A donde los llevaba el ímpetu del espíritu, allá iban.* [2.] Los elegidos y los réprobos son llevados por diverso ímpetu; a saber: los elegidos, por el ímpetu del espíritu; los réprobos, por el ímpetu de la carne.

Y es de saber que el ímpetu de la carne lleva el ánimo al odio, a la soberbia, a la inmundicia, a la rapiña, a la gloria exterior, a la crueldad, a la perfidia, a la desesperación, a la ira, a las discordias, a los placeres. El ímpetu del espíritu, en cambio, lleva el alma a la caridad, a la humildad, a la continencia, a abundar en misericordia, al aprovechamiento interior, a las obras de piedad y de la penitencia.

Por lo cual es menester que tengamos siempre cuidado de exa-

minar en todo lo que hacemos cuál ímpetu nos guía, si nuestro pensamiento recibe el ímpetu de la carne o el del espíritu. Porque amar lo terreno, preferir lo temporal a lo eterno, tener los bienes exteriores, no ya para lo necesario, sino apetecerlos para el placer; buscar cómo vengarse del enemigo, alegrarse de la desgracia del rival, eso es ímpetu de la carne. Mas, por el contrario, amar lo celestial, despreciar lo transitorio, procurar lo necesario para la vida, no para gozar de voluptuosidad transitoria; condolerse de la muerte del enemigo, eso es ímpetu del espíritu.

Y como todos los justos se ejercitan siempre en practicar estas virtudes, rectamente se dice de ellos ahora: *A donde los llevaba el ímpetu del espíritu, allá iban.*

3. Pero debemos saber que muchas veces el ímpetu de la carne se disfraza bajo la apariencia de ímpetu espiritual, y nuestro pensamiento se engaña creyendo que hace espiritualmente lo que hace carnalmente. Y así, con frecuencia, uno que cede a los estímulos de la ira se enciende más de lo necesario en celo por vengar la justicia contra los delincuentes, y, traspasando los límites de la justicia, obra con crueldad, pensando que obra justamente. A éste se le ha disfrazado el ímpetu de la carne bajo la apariencia de espíritu, pues en lo que piensa obrar justamente no se ha atenido a la norma de la discreción. Asimismo, con frecuencia, otro que cuida de la mansedumbre con exceso, ve los vicios de los súbditos y rehuye corregirlos con el ardor del celo; y por no corregirlos, cruelmente los multiplica en ellos; y sucede que su lenidad daña a un tiempo a él y a los súbditos, puesto que la pereza de su ánimo la juzga por paciencia, y por el ímpetu de la carne se aleja del ímpetu del espíritu.

Por consiguiente, nuestro primer cuidado debe ser hacer un buen examen de nuestro corazón, para no dejarnos llevar por un manifiesto ímpetu de la carne ni, seducidos por los malos pensamientos, nuestro ánimo, aun conociendo que son malos, no obstante los ejecute.

El segundo cuidado debe hacernos vigilantes, para que el ímpetu de la carne no se introduzca subrepticiamente como ímpetu del espíritu y nos disfrace de virtudes los pecados que hacemos. 4. Porque es de saber que son culpas más graves las que con la citada apariencia imitan a las virtudes, porque las culpas conocidas claramente sumen el ánimo en la confusión y le traen a penitencia; éstas, en cambio, no sólo no le humillan en la penitencia, sino que hasta engríen el alma del que las ejecuta, reputándolas por virtudes.

5. Ahora bien, esto que antes se había dicho de los santos animales: *No se volvían cuando andaban*, otra vez se repite, para confirmarlo más; porque los elegidos tienden al bien de tal modo, que ya no vuelven a perpetrar el mal; pues (Mt. 10,22) *quien perseverare hasta el fin, éste se salvará*, y, según se dice por Salomón (Prov. 4,18), *la senda de los justos es como una luz brillante que va en aumento y crece hasta el mediodía*, porque en las almas de éstos, los buenos deseos y el conocimiento de la luz interior es ya parte del día; pero, como hasta el fin de la vida van creciendo en la virtud, entonces llegan

al mediodía cuando, llevados al reino de los cielos, en aquella luz que desean, ya nada les falta.

6. *Prosigue: Y estos animales, a la vista, parecían como ascuas de ardiente fuego y como lámparas encendidas.* El aspecto de estos animales se compara a las ascuas de fuego ardiente y a lámparas encendidas. Ahora bien: el que toca al ascua viva se quema; es decir, que quien se adhiere a un varón santo, de la asiduidad en verle, de la frecuente conversación y del ejemplo de su vida toma el encenderse en amor de la verdad, el huir de las tinieblas de sus pecados y el enardecerse en deseos de la luz; de suerte que ya arde en el amor verdadero quien antes se hallaba tan muerto en la iniquidad cuanto era el frío en que yacía.

Pero las lámparas derraman su luz más lejos, y cuando alumbran a otro, en este otro resplandecen. La fama, pues, de quien sobresale por el espíritu profético, o por la predicación de la doctrina, o por el don de milagros, luce como lámpara por todas partes; y todos los que oyen referir sus buenas obras, como por éstas se levanta al amor de las cosas celestiales, en cuanto se dan a conocer por sus buenas obras resplandecen como con luz de lámpara.

De manera que los varones santos, porque como tocando a algunos que están cerca de ellos los encienden en amor de la patria celestial, son ascuas; pero, en cuanto que alumbran a algunos que están lejos para que no vengan a caer en las tinieblas del pecado, se hacen lámparas.

Esta diferencia hay, pues, entre las ascuas y las lámparas: que las ascuas arden, pero no ahuyentan las tinieblas del lugar donde ellas yacen; pero las lámparas, como resplandecen con grande luz de llamas, ahuyentan las tinieblas esparcidas alrededor.

7. Por lo cual es de notar que hay algunos santos tan humildes y ocultos y que se mantienen en puestos ínfimos tan en silencio, que apenas si pueden otros tener noticia de su vida. Y ¿qué son éstos sino ascuas? Que si es verdad que por su fervor tienen el fuego del espíritu, pero no tienen la llama del ejemplo ni disipan de los ajenos corazones las tinieblas de los pecados, porque huyen totalmente de que se conozca su vida, ellos, sí, están encendidos, pero no sirven de luz para otros.

En cambio, estos otros que difunden los ejemplos de las virtudes y que con su vida y con sus palabras ponen de manifiesto a los que están en el error de la luz de las buenas obras, con razón son llamados lámparas, porque tanto por el ardor de sus aspiraciones como por la llama de su palabra ahuyentan de los corazones de los pecadores las tinieblas del error.

Luego quien ocultamente vive bien, pero no sirve para el aprovechamiento ajeno, ascua es; ahora, quien, dedicado a imitar la santidad, muestra en sí a muchos la santidad, lámpara es, porque, además de arder para sí, también luce para otros.

8. Prosigue: *Veíase discurrir por en medio de los animales un resplandor de fuego y salir del fuego relámpagos.* Veíase salir un resplandor de fuego, y del fuego relámpagos, y discurrir por en medio

de los animales, porque si aquellos animales alados no recibieran de la verdad el calor del fuego, no arderían como ascuas ni como lámparas; pues por el nombre de fuego suele significarse el Espíritu Santo, del cual dice el Señor en el Evangelio (Lc. 12,49): *Yo he venido a poner fuego en la tierra. ¿Y qué he de querer sino que arda?* Así que, cuando un corazón carnal recibe el Espíritu Santo, encendido en el amor espiritual, llora el mal que ha hecho; y la tierra arde cuando, por el remordimiento de la conciencia, el corazón del pecador se quema y se abrasa en el dolor de la penitencia. Por eso, otra vez está escrito (Deut. 4,24): *Tu Dios es un fuego devorador.* Nuestro Creador, además de fuego, se llama devorador, porque torna limpia de la herrumbre del pecado al alma que El llena.

Luego al Espíritu Santo se le llama resplandor de fuego y relámpago que sale del fuego y que discurre por en medio de los animales, porque, llenando toda la Iglesia, arroja de sí mismo llamas de amor en los corazones de los elegidos para que, a modo de relámpagos, atemorice y encienda en su amor los corazones insensibles.

9. Mas, como el Espíritu Santo antes de los siglos es Dios coeterno con el Padre y con el Hijo, debemos averiguar por qué se dice que discurría, siendo así que el que discurre pasa a un lugar en que no estaba y deja el lugar en que estuvo. ¿En qué razón, pues, nos fundamos para decir que el Espíritu Santo discurre, cuando todo está en El y no hay lugar alguno en donde no esté?, conforme a lo que está escrito (Sap. 1,7): *El Espíritu del Señor llena el universo mundo*, y, sin embargo, en alabanza de la Sabiduría se añadió (Sap. 7, 22): *En ella mora el Espíritu de inteligencia, Espíritu santo, único, múltiple, sutil, ágil;* y poco después: *humano, estable.* [10.] Palabras de las que nuevamente se nos origina una gran cuestión: ¿por qué este Espíritu que lo llena todo se dice que es ágil y estable? Pero, si discurrimos al modo humano de hablar, encontramos bien pronto el sentido del que habla.

En efecto, como el hombre en la región en que está discurre por todas partes, sin duda que viene pronto a todas partes y de repente se le halla donde menos se espera; luego para significar la presencia del Espíritu omnipotente en todas partes se le llama a la vez ágil y estable: estable, porque por naturaleza todo lo contiene; y ágil, porque dondequiera se hace presente aun a los que le desconocen; porque lo llena todo se dice que es estable; porque a todos se hace presente se le llama ágil.

Luego el resplandor del fuego y los relámpagos que salen del fuego discurren por en medio de los animales alados, porque el Espíritu Santo está a la vez presente a todos y a cada uno, y a los que toca los enciende y a los que enciende los ilumina para que, tras del frío anterior, encendidos, ardan y por el fuego del amor que hubieren recibido lancen llamas de buenos ejemplos. El relámpago, pues, que sale de este fuego toca a las almas indolentes, y tocándolas las excita e inflama para que, ardiendo y luciendo, corran en pos de su amor. Por eso, en otro lugar está escrito (Dan. 7,9):

De llamas de fuego era su trono, y fuego encendido las ruedas de éste. De manera que a los que tienen cura de almas y que aceptaron el cargo de apacentar la grey no se les permite cambiar de lugar; mas porque, puestos en un solo lugar, ostentan en sí la providencia de la Divinidad y arden, se dice que el trono de Dios es de llamas de fuego; pero los que, por amor de Dios, van de un lado a otro predicando, son las ruedas de fuego que arden, porque, al discurrir con tal deseo por diversos lugares, encienden también a otros en el mismo fuego en que ellos arden.

11. Sin embargo, puede entenderse también el discurrir y la movilidad del Espíritu Santo sobre otra consideración, a saber: en los corazones de los santos, respecto de ciertas virtudes, permanece siempre; pero respecto de otras viene para marcharse, y marcha para venir; así, en la fe, en la esperanza, en la caridad y en otras virtudes, sin las cuales no se puede llegar a la patria celestial, como son la humildad, la castidad, la justicia y la misericordia, no abandona el corazón de los santos; ahora, en el don de profecía, en la elocuencia de la doctrina, en el don de milagros, a veces se hace presente a los elegidos y a veces se retira: se hace presente para que se eleven, se retira para que se humillen; se hace presente para honrarlos con el poder que ostentan, se retira para que conozcan lo que son sin tal poder; preséntase para mostrar lo que pueden por El, se retira para poner de manifiesto qué y cuáles son sin El.

De manera que en las virtudes, sin las cuales no se puede llegar a la vida, el Espíritu Santo está de asiento en los corazones de sus elegidos, pero en aquellas en que se ostenta la virtud de la santidad, algunas veces está misericordiosamente presente y otras veces misericordiosamente se ausenta. Se dice, pues, que el Espíritu Santo discurre y es ágil porque en los signos y virtudes no está de continuo conforme al deseo de cada uno; se le muestra, pues, con razón, como discurriendo por en medio de los santos animales.

Ahora bien, el discurrir se refiere a la agilidad; así que el Espíritu discurre entre los perfectos, porque, aunque por algún tiempo se retira de su corazón, en seguida vuelve.

12. Prosigue: *Y los animales iban y volvían a manera de resplandecientes relámpagos.* Habiéndose dicho antes que, cuando caminaban, no se volvían, ¿en qué sentido se dice ahora que los animales iban y volvían? Parecen ser harto contrarias estas dos afirmaciones: iban y no volvían; iban y volvían. Pero muy pronto conoceremos cómo debe entenderse esto, si distinguimos cuidadosamente las dos vidas, a saber: la activa y la contemplativa; porque en la una podemos permanecer fijos, pero en la otra de ninguna manera podemos permanecer con el alma atenta.

Pues bien, cuando dejamos nuestra indolencia y avivamos en nosotros el deseo de obrar bien, ¿adónde vamos sino a la vida activa, de la cual no podemos volver de ningún modo, porque quien después de ella torna a la perversidad del vicio que había abandonado, cierto es que no sabe ser animal celeste; pero cuando de la vida activa subimos a la contemplativa, como el alma no puede per-

manecer largo tiempo en la contemplación, sino que todo lo eterno, que ve como en un espejo y en enigma, lo ve como a hurtadillas y de paso, el ánimo, por su misma debilidad rechazado de lo inmenso de tanta grandeza, retorna a sí mismo. Y es necesario que vuelva a la vida activa y que se ejercite continuamente en practicar obras buenas, para que, cuando ya no puede levantarse a contemplar lo celestial, no rehuse después obrar el bien, y así suceda el volver, con sus buenos actos, a levantarse a la contemplación y del pábulo de la verdad contemplada recibir el alimento del amor. Y porque, debido a la debilidad de la corrupción, no puede mantenerse mucho tiempo en la contemplación, volviendo de nuevo a las buenas obras, se apacienta con el recuerdo de la suavidad de Dios y se nutre exteriormente con los buenos actos e interiormente con los buenos deseos.

He aquí, pues, por qué de los varones perfectos que vuelven después de su contemplación se dice (Ps. 144,7): *A boca llena hablarán del recuerdo de tu suavidad*. En efecto, porque siempre que pueden tocar, gustándola a modo de relámpago, la dulzura de su suavidad, desean, con el recuerdo y la palabra, traerla en su memoria.

Por eso, y claramente, el Salmista nos amonesta diciendo (Ps. 96, 11): *Amaneció la luz a los justos y la alegría a los de recto corazón;* y en el v.12: *Alegraos, ¡oh justos!, en el Señor y celebrad con alabanzas su santa memoria*. El cual en otro lugar dice (Ps. 30,20): *¡Oh cuán grande es, Señor, la abundancia de tu dulzura!;* la cual es evidente que no sabría cuán abundante fuese si no la hubiera gustado de algún modo en la contemplación. Por eso de nuevo dice (Ps. 30,23): *Yo dije en un arrebato mío: Arrojado me hallo de tu vista;* pues de no haber conocido la dulzura de la suavidad eterna levantado en un arrebato del alma, no sabría cuán alejado yacía retenido aún en este mundo.

Luego los animales descritos van y no vuelven, y van y vuelven, porque los varones santos, de una parte, no vuelven a las maldades después de haber emprendido la vida activa, y de otra parte, de la vida contemplativa, que no pueden retener continuamente, tornan a la vida activa; pues, según se ha dicho, vencidos por el peso de su debilidad, vuelven, rechazados, a sí mismos, para que, marchando, sepan lo que deben desear y, volviendo, sepan dónde yacían; para que, caminando, sepan dónde no están aún y, volviendo, entiendan lo que son.

13. Ahora bien, de qué modo vuelven estos santos animales, se demuestra cuando se añade: *A manera de resplandecientes relámpagos*. Y están bien comparados a resplandecientes relámpagos los santos animales, porque los varones santos, cuando vuelan a contemplar lo celestial, como impregnan lo principal de su espíritu en el amor de la patria celeste, mas, agobiados por el peso de la humana condición, vuelven a sí mismos, declaran a sus hermanos los bienes del cielo que, al menos como en un espejo, pudieron contemplar, y encienden sus ánimos en el amor de la claridad interior, que no pueden ver tal como es ni pueden referirla tal como la vie-

ron, pero, hablando, con sus palabras impresionan e incendian los corazones de sus oyentes.

De manera que vuelan como relámpagos resplandecientes, porque, cuando hablan de las cosas celestiales, la luz sobrenatural brilla a través de ellos e inflama los corazones de los oyentes en el amor de la patria celestial; y así, cuando, al hablar, hieren, a modo de resplandecientes relámpagos derraman el fuego de los deseos espirituales.

14. También van y vuelven de otro modo los santos animales. Van cuando son enviados a predicar para dar a conocer la gracia del don celestial y obran prodigios a vista de los infieles para atraerlos a la fe; pero vuelven cuando, atribuyéndolo a la virtud de Dios omnipotente, no se atribuyen a sí mismos lo que han hecho.

Son, pues, relámpagos cuando hacen prodigios, porque hieren los corazones de los que lo ven, los aterran, los iluminan y los encienden. Por eso está escrito (Hab. 3,11): *Marcharán al resplandor de tus saetas, al resplandor de tu relumbrante lanza.* Las palabras de los santos son saetas del Señor, las cuales hieren los corazones de los pecadores; pero estas saetas tienen armas. Sabéis, hermanos, que los luchadores lanzan saetas (armas ofensivas), pero se defienden con las armas (defensivas). Luego, cuando a las palabras añaden milagros, es como que se defienden con las armas para no ser ellos heridos.

Marcharán, pues, al resplandor de tus saetas, porque las palabras de Dios salen al descubierto, pero porque a las sentencias de los doctores deben acompañar las obras prodigiosas, rectamente se agrega: *Al resplandor de tu lanza que relumbra;* porque, cuando los acompañan las armas de los milagros, relampaguean a las mentes de los perseguidores para que no se atrevan a perseguirlos.

De manera que estos animales van y vuelven a manera de resplandecientes relámpagos, porque los santos, después de obrar prodigios entre los hombres, después de encender los corazones de los oyentes con la luz que han derramado, vuelven a dar gloria a su Creador alabándole, porque saben que por El pudieron hacer tales cosas.

15. Así, Pedro, después de obrar el milagro de sanar al hombre cojo de nacimiento, de lo cual se admiraron cuantos de ello tuvieron conocimiento, dijo (Act. 3,12): *¿Por qué os maravilláis de esto y por qué nos estáis mirando a nosotros como si por virtud o potestad nuestra hubiéramos hecho andar a este hombre? El Dios de Abrahán, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob, el Dios de nuestros padres, ha glorificado a su Hijo Jesús.* Y poco después (v.16): *Su poder es el que, mediante la fe en su nombre, ha consolidado los pies a este que vosotros visteis y conocisteis tullido.* En efecto, obrando el milagro, con la luz del milagro deslumbró los ojos de los que lo vieron; pero, practicando la humildad y alabando a su Creador, como que volvió al lugar de donde venía, porque declaró de dónde procedía la luz del relámpago.

De manera que los santos animales, cuando van a obrar prodigios y cuando vuelven al interior de sí mismos para dar gloria a su Autor, son relámpagos, porque, lo mismo al obrar los milagros que cuando dan ejemplos de humildad, hieren e inflaman las almas de los que los ven.

Y en todo lo que hacen devuelven siempre la gloria al Creador, precisamente para conservar con verdadera estabilidad el poder que reciben; porque, si ellos se atribuyen algo, no podrían conservar lo que habían recibido.

También por eso dice bien Salomón (Eccl. 1,7): *Los ríos van a desaguar en el lugar de donde salieron, para volver a correr de nuevo.* Y ¿qué otra cosa son los varones santos, así en las virtudes como en la doctrina, más que ríos que riegan la tierra seca de los corazones carnales? Pero muy pronto se secarían, lo mismo en lo que hacen que en lo que enseñan de palabra, si no volvieran siempre solícitos, por medio de la intención del corazón, al lugar de donde han nacido; porque, si no vuelven a lo interior del corazón ni se afianzan al amor del Creador con los lazos de los buenos deseos, lo mismo desfallece su mano en las obras que hacían que su lengua se seca en lo que hablaba. Pero vuelven siempre al interior por el amor, y todo lo que, obrando y hablando, difunden en público, secretamente lo beben de la fuente del amor, pues amando aprenden lo que enseñando hablan.

Luego los ríos van a desaguar al lugar de donde salieron para volver a correr de nuevo, porque siempre beben el agua de la sabiduría en el lugar de donde mana para que no se seque al correr.

16. Por consiguiente, en todo lo que hacemos, volvamos solícitos a la fuente de la luz verdadera, demos a nuestro Creador gracias por los bienes que hemos recibido y digámosle humildemente con el profeta Isaías (26,12): *Todas nuestras obras tú nos las hiciste;* pues nuestros bienes son obra de Aquel que no sufre levantarnos sin bajarse El mismo por nosotros; pues si Dios, coeterno con el Padre, no se hubiera hecho hombre en el tiempo, ¿cuándo el hombre temporal habría gustado lo eterno? Luego el descenso de la Verdad se trocó en ascensión de nuestra humanidad.

Demos gloria y alabemos al que vive con el Padre en unidad del Espíritu Santo por todos los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA VI

(Ez. 1,15-18)

15 *Y mientras estaba yo mirando los animales, apareció una rueda sobre la tierra junto a cada uno de los animales; la cual tenía cuatro caras;* 16 *y las ruedas y la materia de ellas era, a la vista, como del color del mar; y todas cuatro eran semejantes, y su forma y su estructura eran como de una rueda que está en medio de otra rueda.* 17 *Caminaban*

constantemente por sus cuatro lados y no se volvían cuando andaban. 18 *Asimismo, las ruedas tenían tal postura en firme y tal altura, que causaba espanto el verlas.*

1. *Agua tenebrosa suspensa en las nubes del aire* (Ps. 17,12) es, por lo obscura, la ciencia en los profetas; mas, según afirma Salomón, decimos: *Gloria es de los reyes el grabar con buril su palabra y es gloria de Dios el que se investigue su palabra.* (El texto de la Biblia dice: «Gloria es de Dios el cubrir con un velo su palabra, y gloria es de los reyes el investigar el sentido de ella».) Porque así como honra a los hombres el guardar sus secretos, también redunda en gloria de Dios el descubrir los misterios de su palabra, pues la misma Verdad dice a sus discípulos (Mt. 10,27): *Lo que os digo en la noche predicadlo a la luz del día;* esto es, exponed claramente lo que oís en las obscuridades de las alegorías.

Sin embargo, es de grande utilidad la obscuridad de las palabras de Dios, porque ejercita el entendimiento para que se dilate con la fatiga y, ejercitado, capte lo que, ocioso, no podría alcanzar.

Tiene todavía algo que vale más, y es que, si la inteligencia de la Sagrada Escritura estuviera al alcance de todos, perdería en valor. Cuando se llega a entenderla en algunos pasajes más obscuros, refecciona con tanta mayor dulzura cuanto mayor trabajo costó a la mente el entenderlo.

Ved aquí que ahora se dice por boca de Ezequiel: *Y mientras estaba yo mirando los animales, apareció una rueda sobre la tierra.* [2.] ¿Y qué significa la rueda sino la Sagrada Escritura, que en todas sus partes se expone ante las mentes de los que oyen, sin que haya error alguno que la detenga en el camino de su predicación? Y se expone en todas partes, porque, lo mismo entre lo próspero que entre lo adverso, ella recta y humildemente avanza majestuosa.

En efecto, el círculo de sus preceptos unas veces está arriba y otras abajo, porque a los más perfectos se les anuncian espiritualmente, a los débiles se les aplica conforme a la letra, y lo que los pequeñuelos entienden a la letra, los varones doctos lo subliman mediante la inteligencia espiritual; porque ¿quién de los pequeños no se deleita leyendo la sagrada historia del suceso de Esaú y de Jacob, cuando el uno sale a cazar para ser bendecido, y el otro, mediante la suplantación hecha por la madre, recibe la bendición de su padre? (Gen. 27 y 59). Historia en la que, ciñéndose a una inteligencia poco sutil, parece que Jacob no arrebató fraudulentamente la bendición del primogénito, sino que la recibió como debida a él, puesto que, con el consentimiento de su hermano, habíala comprado, dándole en pago el alimento. [3.] Pero, no obstante, si alguno, pensando más profundamente, quisiera examinar la conducta de cada uno de ellos, mediante los secretos de la alegoría, en seguida se eleva desde la historia al misterio.

Y ¿qué significa el que Isaac apetezca comer de la caza de su hijo mayor sino que Dios omnipotente deseaba deleitarse en las buenas obras del pueblo judío?; pero, habiéndose retrasado éste,

Rebeca puso en su lugar a Jacob, esto es, que, mientras el pueblo judío cuida de obrar bien exteriormente, la madre, la gracia, instruyó al pueblo gentil para que ofreciera al Padre la comida del bien obrar y recibiera la bendición del hermano mayor. Y Jacob le presentó la comida hecha de los animales caseros, porque el pueblo gentil, no cuidándose de sacrificios exteriores para agradar a Dios, dice por la voz de la profecía (Ps. 55,12): *Dentro de mí quedan, ¡oh Dios!, los votos que te he hecho, y que cumpliré, cantando tus alabanzas.* ¿Y por qué Jacob se cubrió las manos, los brazos y el cuello con pieles de cabrito sino porque era costumbre ofrecer un cabrito por el pecado? Y el pueblo gentil, por no avergonzarse de confesarse pecador, destruyó ciertamente en sí los pecados de la carne, pero no se avergonzó de confesarse cubierto de pecados carnales. ¿Y qué significa vestirse con los vestidos del hermano mayor sino que, obrando bien, se vistió con los preceptos de la Sagrada Escritura que se habían dado al pueblo mayor? Y el menor usa en la casa los vestidos que el mayor, saliendo fuera, dejó dentro, porque el pueblo gentil entiende los preceptos que el pueblo judío no pudo entender por atenerse en ellos solamente a la letra.

¿Y qué significa el que Isaac no conozca al hijo a quien bendice sino lo que del pueblo gentil dice el Señor por el salmista (Ps. 17,45): *Un pueblo a quien yo no conocía se sometió a mi dominio; apenas me oyó, rindióme obediencia?* ¿Qué significa no ver al que está presente y, sin embargo, ver lo que le ha de suceder en lo futuro, sino que Dios omnipotente, cuando por medio de sus profetas predecía que la gracia había de propagarse a la gentilidad, no veía a ésta presente por la gracia, pues entonces la dejó en el error, y, sin embargo, previó que alguna vez había de recogerla por la gracia de la bendición? Por eso el mismo Jacob es figura del pueblo gentil, y al bendecirle se le dice (Gen. 27,27): *Bien se ve que el olor que sale de mi hijo es como el olor de un campo florido, al cual bendijo el Señor;* pues, según dice la Verdad en el Evangelio (Mt. 13,38), *el campo es este mundo.* Y porque el pueblo gentil, convertido a la fe, despide por sus elegidos el olor de las virtudes por todo el mundo, el olor del hijo es olor como de campo florido, [4.] porque de un modo huele la flor de la vid, pues es grande el poder y la fama de los predicadores que embriagan las almas de los oyentes; de otro modo la flor del olivo, pues suave es la obra de misericordia, que, a modo del óleo, conforta y luce; de otro modo la flor de la rosa, pues maravillosa es la fragancia que de la sangre de los mártires resplandece y se difunde; de otro modo la flor del lirio, porque la vida inmaculada de la carne proviene de la incorrupción de la virginidad; de otro modo la flor de la violeta, porque es grande la virtud de los humildes, que, deseando ocupar los últimos puestos, por su humildad no se encumbran a lo alto y, en cambio, guardan en su alma la púrpura del reino celestial; de otro modo huele la espiga cuando llega a su madurez, porque en la perfección de las buenas obras está el saciar a los que han hambre de justicia.

Luego porque el pueblo gentil se ha derramado por sus elegidos en todas las partes del mundo y por medio de las virtudes que practica llena con el olor de la buena fama a todos los que lo entienden, dígase rectamente: *Bien se ve que el olor de mi hijo es como el olor de un campo lleno de flores.*

Mas como estas virtudes no las tiene de sí mismo, añade: *Al cual bendijo el Señor.*

5. Y porque también el pueblo de los elegidos, por lo que toca a algunos, se eleva hasta la contemplación, y, por lo que a otros respecta, solamente abunda en obras de la vida activa, rectamente se dice allí: *Déte Dios del rocío del cielo y de la fertilidad de la tierra;* pues el rocío cae de arriba y sutilmente, y cuantas veces vemos, aunque tenuemente, algo de lo celestial mediante la infusa contemplación interior, otras tantas recibimos del rocío del cielo; mas, cuando obramos el bien aun mediante el cuerpo, nos enriquecemos de la fertilidad de la tierra.

6. Ahora bien, ¿qué significa el que Esaú volvió tarde a su padre sino que el pueblo judío tarda en venir a aplacar al Señor? Al cual pueblo también se le dice esto en la bendición: *Llegará tiempo en que sacudirás su yugo y librarás de él tu cerviz,* porque el pueblo judío se libra de la esclavitud del pecado por la fe, según está escrito (Rom. 11,25): *Hasta tanto que la plenitud de las naciones haya entrado, entonces salvarse ha todo Israel.*

7. ¿A quién de los pequeñuelos no servirá de sustento el relato evangélico del milagro obrado por el Señor cuando mandó llenar de agua las tinajas vacías y al punto convirtió el agua en vino? Pero, cuando esto oyen los de ingenio más despierto, además de creer la sagrada historia, inquieren qué es lo que interiormente insinúa; pues quien pudo convertir el agua en vino, también pudo llenar directamente de vino las tinajas vacías; pero manda llenar de agua las tinajas, porque nuestros corazones deben llenarse primero con la historia de la lección sagrada; y nos convierte el agua en vino cuando, mediante el misterio de la alegoría, la misma historia se trueca en un sentido espiritual.

8. De manera que la rueda apareció sobre la tierra porque se acomoda en el lenguaje a los párvulos, y, no obstante, infundiendo a los mayores un sentido espiritual es como rueda que da vueltas.

De ahí que también está escrito en la Ley (Ex. 25,31): *Labrarás también de oro purísimo y a martillo un candelero con su tronco, y brazos, y vasitos, y bolitas, y lirios que broten del mismo.* ¿Quién está figurado en el candelero sino el Redentor del género humano, el cual infundió en la naturaleza humana la luz de la divinidad, para hacerse el candelero del mundo, a fin de que a su luz todo pecador viera las tinieblas en que se hallaba sumido? Y, por lo mismo que El tomó nuestra naturaleza sin el pecado, se manda que el candelero del tabernáculo se haga de oro purísimo; y se labra a golpes de martillo, porque también nuestro Redentor, que desde su concepción y nacimiento es verdadero Dios y ver-

dadero hombre, soportó los golpes de la pasión y así llegó a la gloria de la resurrección.

De manera que el candelero fué labrado de oro purísimo y a martillo, porque, además de no tener pecado, sin embargo, por medio de los oprobios de la pasión, también dispuso su cuerpo para la inmortalidad, ya que, por lo que respecta a las virtudes del alma, no tuvo nada en qué perfeccionarlas con los tormentos; pues de su cuerpo escrito está (Col. 2,19): *Del cual todo el cuerpo, recibiendo la influencia por sus ligaduras y coyunturas, va creciendo por el aumento que Dios le da.*

En efecto, todos nosotros somos el cuerpo de El; y el cuerpo está unido por los ligamentos y coyunturas; pues cuando a la cabeza está unido el tronco, y al tronco los brazos, y a los brazos las manos, y los dedos a las manos, y los otros miembros están unidos a los demás miembros, todo el cuerpo está perfecto; y así, los santos apóstoles, como estuvieron unidos a nuestro Redentor inmediatamente, fueron como el pecho unido a la cabeza; y porque a éstos siguieron los mártires, fueron como los brazos unidos al pecho; y como a éstos se unieron, mediante las buenas obras, los pastores y doctores, fueron como las manos unidas a los brazos.

Ahora bien, todo este cuerpo de nuestro Redentor se está labrando todos los días en el cielo por medio de las ligaduras y coyunturas; porque, cuando allí son llevadas las almas elegidas, sus miembros se juntan a El. Del cual se dice bien que, *labrado y construído a martillo, va creciendo por el aumento que Dios le da;* porque Dios omnipotente, nuestro Redentor, que no tiene de suyo nada en qué crecer, todavía va creciendo cada día en sus miembros. Por eso en otro lugar está escrito (Eph. 4,13): *Hasta que arribemos todos al estado del varón perfecto, a la medida de la edad perfecta según Cristo.*

De manera que por el tronco del candelero debe entenderse la Iglesia, que es su cuerpo, pues en medio de tantas adversidades se mantiene libre; y los brazos que brotan del tronco son los predicadores, que han dado en el mundo un sonido dulce, a saber, un cántico nuevo; mas los vasitos suelen llenarse de vino, ¿y qué son las bocas de los doctores sino vasitos que nos embriagan con el vino de la ciencia para que olvidemos los halagos del mundo que antes hemos gustado? ¿Y qué representan las bolitas sino la rueda de la predicación, pues la esfera da vueltas toda ella, y la predicación es una esfera que ni en la adversidad puede reducirse ni crecer en la prosperidad; en medio de la adversidad se mantiene firme y en medio de la prosperidad humilde, ni se tuerce por el temor ni por la elación; no puede, pues, detenerse en su marcha, porque toda ella va dando vueltas.

9. Y para completar todo esto que hemos puesto por ejemplo, después de los brazos, los vasitos y las bolitas, rectamente se dice que en el candelero haya lirios, porque tras de la gracia y rotación de la predicación sigue aquella floreciente patria, eterna primavera en flores, es decir, en almas santas.

Las bolitas, pues, se refieren al trabajo, y los lirios, a la recompensa; de manera que, como en Moisés las bolitas significan la doctrina de la predicación, así aquí por la rueda se significa la Sagrada Escritura. Por eso el profeta, después de ver los santos animales, agregó: *Mientras estaba yo mirando los animales apareció una rueda sobre la tierra.*

10. En lo cual, ya que después se describen las ruedas, debemos averiguar por qué se dice que apareció primero una rueda, sino porque al pueblo antiguo se le dió sólo el Antiguo Testamento, que diera vueltas, como una rueda, para instrucción del mismo.

Y se dice bien que la rueda apareció sobre la tierra, pues al hombre, que pecó, se le dijo (Gen. 3): *Polvo eres y volverás a ser polvo;* luego la rueda apareció sobre la tierra porque Dios omnipotente impuso la ley sobre los corazones de los que pecaron.

Pero como estos animales alados representan, según hemos dicho, a los santos evangelistas, ¿cómo es que primero se ve a los santos animales y luego a la rueda, habiendo sido primero el Antiguo Testamento y habiendo seguido después los santos evangelistas? Mas aquí podemos bien entender que el profeta vió primero a los que aventajaron en mérito, porque cuanto el Evangelio aventaja al Antiguo Testamento, tanto debieron anteceder también en la descripción profética los predicadores evangélicos. [11.] Por más que todavía hay otra cosa que considerar en esta descripción, y es que el espíritu de profecía junta en sí a la vez las cosas anteriores y las posteriores, de suerte que la lengua del profeta no puede proferirlas todas a la vez, sino que de las locuciones anteriores va dando salida a aquella multitud de cosas, y ora dice lo postrero tras de lo primero, ora lo primero tras de lo postrero. Por eso el profeta Ezequiel, bajo la figura de la santa Iglesia universal y de los cuatro animales, ve la gloria de los evangelistas; o por eso el profeta en los cuatro animales ve figurada la gloria de la santa Iglesia universal y también la de los evangelistas, y, sin embargo, pone detrás las cosas que sucedieron antes, con lo que claramente da a entender que a un tiempo había visto lo que la lengua corporal no puede decir a la vez.

Mas como hemos dicho que en los cuatro animales están significados también todos los perfectos, se ha de tener asimismo en cuenta que antes de la Ley hubo algunos santos que vivieron ajustados estrictamente a la ley natural y agradaron a Dios omnipotente; luego, tras de los animales, se describe la rueda porque también antes de la Ley hubo muchos elegidos y perfectos a los ojos de Dios omnipotente.

Y aunque, como hemos dicho, debamos tomar los animales por solos los evangelistas, hay todavía otra cosa que debemos tener en cuenta: que el profeta veía en espíritu que las palabras que profería envueltas en obscuridades se descubrirían, no al pueblo judío, sino a los gentiles; y así, hablando para nosotros, debió describir primero los animales y después la rueda, porque nosotros, que hemos venido a la fe por la misericordia de Dios, hemos apren-

dido, no el Evangelio por la Ley, sino la Ley por el santo Evangelio. Ahora bien, dónde y cuál rueda apareció lo agrega cuando dice: *Junto a cada uno de los animales, la cual tenía cuatro caras;* donde además se añade: *Y el aspecto de las ruedas y la materia de ellas era como del color del mar; y todas cuatro eran semejantes, y su forma y su estructura eran como de una rueda que está en medio de otra rueda.*

12. ¿Y qué significa el que poco después de hablar de una rueda se añade: *Como una rueda que está en medio de otra rueda,* sino que en la letra del Antiguo Testamento late alegóricamente el Nuevo Testamento? También se dice que esa misma rueda que apareció junto a los animales tenía cuatro caras; por eso, porque la Sagrada Escritura en ambos Testamentos está dividida en cuatro partes; pues el Antiguo Testamento comprende la Ley y los Profetas, y el Nuevo Testamento, el Evangelio y los Hechos y Dichos de los Apóstoles.

Además, sabemos que a donde dirigimos el rostro allí vemos lo que es necesario; de ahí que la rueda tiene cuatro caras, porque primero vió los males que hay que extirpar en los pueblos por la Ley; después lo vió por los profetas, pero más sutilmente por el Evangelio, y al fin por los apóstoles vió las culpas de los hombres que había que extirpar.

También puede entenderse que la rueda tiene cuatro caras porque la Sagrada Escritura se dió a conocer por las cuatro partes del mundo mediante la gracia de la predicación. De ahí que rectamente se diga primero que apareció una rueda junto a los animales y después que la rueda tenía cuatro caras; porque, si la Ley no concordara con el Evangelio, no se conocería en las cuatro partes del mundo.

13. Sigue: *Y el aspecto de las ruedas y la materia de ellas era como del color del mar.* Rectamente se describen las palabras sagradas como semejantes al color del mar, porque en ellas hay una gran cantidad de sentencias y un cúmulo de sentidos. Y no sin razón se dice que la Sagrada Escritura es semejante al mar, porque las sentencias que dice se afianzan en el sacramento del bautismo. O bien se debe tener en cuenta que, cuando caminamos a la tierra deseada, vamos navegando en barcos por el mar; ¿y qué es lo que nosotros deseamos sino aquella tierra de la que está escrito (Ps. 141, 6): *Mi porción en la tierra de los que viven?* Y somos transportados, como he dicho, en el leño que surca el mar; y sabemos que la Sagrada Escritura nos anuncia el leño de la cruz en la Ley, cuando dice (Deut. 21,21): *Maldito es todo aquel que es colgado en un madero;* lo cual atestigua de nuestro Redentor San Pablo cuando dice (Gal. 3,13): *Habiéndose hecho por nosotros objeto de maldición.* También por los profetas se anuncia el leño de la cruz cuando se dice (Ps. 95): *El Señor reinó desde el madero;* y otra vez Jeremías (11,19): *Démosle el leño en vez de pan.* Pero en el Evangelio ya claramente se pone de manifiesto el leño de la cruz cuando se describe la misma pasión del Señor, que había sido profetizada;

y el Apóstol también lleva esta misma cruz en las palabras y en las obras, cuando dice (Gal. 6,14): *El mundo está crucificado para mí y yo lo estoy para el mundo;* y otra vez: *A mí líbreme Dios de gloriarme sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo.*

De manera que, para nosotros, que aspiramos a la vida eterna, es un mar por sus cuatro caras la Sagrada Escritura, la cual anuncia la cruz, porque por el leño nos conduce a la tierra de los vivientes. Pues si el profeta no viera la Sagrada Escritura semejante al mar, no diría (Is. 11,9): *El conocimiento del Señor llenará la tierra como las aguas llenan el mar.*

14. Prosigue: *Y todas cuatro eran semejantes, y su forma y su estructura eran como de una rueda que está en medio de otra rueda.* Todas cuatro eran semejantes, porque lo que predica la Ley, eso mismo predican también los profetas; y lo que anuncian los profetas, eso lo manifestó el Evangelio; y lo que manifestó el Evangelio, esto es lo que predicaron los apóstoles por todo el mundo. Son las cuatro semejantes, porque las palabras divinas, aunque distintas en el tiempo, son, no obstante, unas mismas en el sentido.

15. *Y su forma y su estructura eran como de una rueda que está en medio de otra rueda.* Una rueda como en otra rueda es, según hemos dicho, el Nuevo Testamento dentro del Antiguo Testamento, porque lo que indicó el Antiguo Testamento, eso puso de manifiesto el Nuevo Testamento. Así, por decir un poco de muchas cosas: ¿Qué significa el que, cuando duerme Adán, es formada Eva, sino que, cuando Cristo muere, es formada la Iglesia?

¿Qué significa el que Isaac es conducido para el sacrificio, y que lleva él la leña, y que es puesto en el ara, y, no obstante, vive, sino que nuestro Redentor, condenado a muerte, él mismo cargó sobre sí el madero de la cruz y que, en cuanto a la humanidad, murió en sacrificio por nosotros, pero de modo que, no obstante, en cuanto a la divinidad permaneció inmortal?

¿Qué significa el que después de la muerte del Sumo Pontífice volvió a su lugar absuelto el homicida sino que el género humano, que pecando se causó a sí mismo la muerte, después de la muerte del verdadero Pontífice, esto es, de nuestro Redentor, es desatado de los lazos de sus pecados y devuelto a la posesión del paraíso?

¿Y qué significa el mandar que se haga un propiciatorio en el tabernáculo, sobre el cual se pongan, uno a un extremo y otro al otro, dos querubines de oro purísimo, con las alas extendidas y cubriendo el oráculo? ¿Y por qué se miran uno al otro con los rostros vueltos al propiciatorio sino porque ambos Testamentos concuerdan mutuamente en lo que respecta al Mediador entre Dios y los hombres, de tal modo que lo que uno señala, el otro lo hace patente? ¿Y qué se significa por el mismo propiciatorio sino el mismo Redentor del género humano, del cual se dice por San Pablo (Rom. 3,25): *A quien Dios propuso para ser la víctima de propiciación, en virtud de su sangre, por medio de la fe?* ¿Y qué se significa por los dos querubines, llamados plenitud de la ciencia, sino ambos Testamentos, uno de los cuales está a un extremo del pro-

piciatorio y el otro al otro extremo, porque lo que acerca de la encarnación de nuestro Redentor comenzó a anunciar, profetizando, el Antiguo Testamento, eso mismo lo narra ya perfectamente cumplido el Nuevo Testamento? Y los dos querubines fueron hechos de oro purísimo, porque ambos Testamentos están escritos con la verdad pura y limpia. Y extienden las alas y cubren el oráculo, porque nosotros, que somos el oráculo de Dios omnipotente, somos protegidos contra las culpas que nos amenazan, con lo que nos edifica la Sagrada Escritura, cuyas sentencias, cuando las consideramos con cuidado, nos resguardan con sus alas contra el error de la ignorancia. Y los dos querubines se miran el uno al otro con los rostros vueltos al propiciatorio, porque en nada discrepan el uno del otro ambos Testamentos; y tienen el rostro como vuelto el del uno al del otro, porque lo que el uno promete, el otro lo exhibe, viendo puesto en medio de ambos al Mediador entre Dios y los hombres. Claro que los querubines apartarían de sí el rostro si lo que prometiera el Antiguo Testamento lo negara el otro; mas como hablan de acuerdo acerca del Mediador entre Dios y los hombres, para mirarse mutuamente miran al propiciatorio.

Luego la rueda está en medio de otra rueda, porque en el Antiguo Testamento está el Nuevo Testamento, y, según hemos repetido muchas veces, lo que prometió el Testamento Antiguo, eso exhibe el Nuevo, y lo que aquél anunció obscuramente, eso claramente lo predica éste cumplido ya.

16. Prosigue: *Caminaban constantemente por sus cuatro lados y no se volvían.* ¿Adónde van las palabras divinas sino al corazón de los hombres? Pero, cuando marchaban, iban por sus cuatro lados, porque la Sagrada Escritura va al corazón de los hombres señalando el misterio por la Ley, va un poco más claramente profetizando al Señor por los profetas, por medio del Evangelio exhibiendo lo que profetiza, y por los apóstoles va predicando a Aquel a quien el Padre manifestó para redención nuestra.

Las ruedas, pues, tienen caras y caminos, porque las palabras divinas dan a conocer los preceptos exhibiendo las obras; y van por sus cuatro partes, porque, como hemos dicho, hablan en tiempos distintos, o bien, porque en todas las partes del mundo predican al Señor encarnado.

17. Y en seguida se dice de ellas: *Y no se volvían cuando andaban.* Esto se ha dicho anteriormente respecto a los animales, pero no puede entenderse lo mismo de las ruedas que de los animales, puesto que de las ruedas hemos dicho que significan los Testamentos, y el Antiguo Testamento anduvo, es verdad, porque por la predicación vino a conocimiento de los hombres, pero después se volvió a sí mismo, porque en sus preceptos y sacrificios no pudo ser observado hasta el fin. No permaneció, pues, inmutable porque le faltó la inteligencia espiritual; pero, cuando nuestro Redentor vino al mundo, hizo que lo que se entendía carnalmente se entendiera en sentido espiritual; de manera que, al entenderse su letra espiritualmente, toda aquella exposición carnal vino a

vivificarse en él. En cambio, el Nuevo Testamento es llamado también Testamento eterno en las páginas del Antiguo Testamento, porque su inteligencia nunca se muda. Con razón, pues, se dice que las ruedas iban caminando y no se volvían cuando andaban, porque el Nuevo Testamento ya no se deroga, mientras que el Antiguo Testamento se entiende ya espiritualmente. Ya no se vuelven atrás, porque hasta el fin del mundo permanecen inmutables; marchan, pues, pero no se vuelven, porque vienen espiritualmente a nuestro corazón, de tal modo que sus preceptos o enseñanzas ya no se mudan más.

18. Prosigue: *Las ruedas tenían tal estatura y altura que causaba espanto el verlas.* ¿Cómo es que se refiere que en las palabras de la Sagrada Escritura hay estas tres cosas, a saber: estatura, altura y aspecto horrible, es decir, terrible?

Con gran diligencia debemos investigar qué es lo que se llama estatura de la Sagrada Escritura, qué su altura y qué su aspecto horrible. Es de saber, pues, que estatura o estar firme corresponde a la vida del que obra bien; por eso se dice por San Pablo (1 Cor. 10, 12): *Mire no caiga el que piensa estar firme;* el cual dice también a sus discípulos (Phil. 4,1): *Perseverad así firmes en el Señor, carísimos;* y el profeta (Eliseo), que conocía estar firme ante el Señor por su vida y costumbres, dice (4 Reg. 5,16): *Vive el Señor, ante cuya presencia estoy...*

Y la altura es la promesa del reino celestial, a la cual se llega cuando se ha subyugado ya toda corrupción de la vida mortal.

Y el aspecto horrible es el terror de la gehenna o infierno, que atormenta sin fin a los réprobos y los conserva siempre en el tormento.

De manera que la estatura consiste en la rectitud de la predicación; la altura, en lo elevado de la promesa celestial, y el aspecto horrible, en las amenazas y terrores del futuro suplicio.

Tiene, pues, estatura la Sagrada Escritura, porque dirige las costumbres a mantenerse firmes para que las almas de los oyentes no se rindan a las concupiscencias terrenas; tiene altura, porque promete gozar de la vida eterna en la patria celestial, y tiene también aspecto terrible, porque amenaza a todos los réprobos con los suplicios eternos.

Muestra, pues, su estatura en la formación de las costumbres; muestra su altura en la promesa de los premios, y muestra su espantable aspecto en los terrores de los suplicios.

Es, pues, recta en los preceptos, alta en las promesas, terrible en las amenazas.

Tiene estatura cuando por el profeta dice (Is. 1,16): *Cesad de obrar mal, aprended a hacer bien, buscad lo que es justo, socorred al oprimido, haced justicia al huérfano, amparad a la viuda;* y otra vez (Is. 18,7): *Parte tu pan con el hambriento, y a los pobres y a los que no tienen hogar acógelos en tu casa, y viste al que veas desnudo y no desprecies tu propia carne.* Tiene altura cuando por el mismo profeta dice (Is. 60,19): *Ya no habrás menester sol que te dé*

luz durante el día, ni te alumbrará el esplendor de la luna, sino que el Señor será la sempiterna luz tuya, y tu gloria el Dios tuyo. Tiene horrible aspecto cuando describe el infierno, diciendo (Is. 34,8): *Ha llegado el día de la venganza del Señor, el año de hacer justicia a Sión; y convertirse han en pez sus torrentes y en azufre el polvo, y arderán todas sus campiñas como si fueran pez; ni de día ni de noche cesará el incendio.* Tierra que describe también el santo Job diciendo (Iob 10,21): *Tierra tenebrosa y cubierta de sombras de muerte; tierra de miseria y de tinieblas, en donde tiene su asiento la sombra de la muerte y donde todo está sin orden y en un horror sempiterno.*

Tiene estatura cuando por ella promete el Señor ser propicio, diciendo (Is. 66,22): *Como los cielos nuevos y la nueva tierra que yo haré permanecer delante de mí, dice el Señor, así permanecerá tu descendencia* (¡oh Jerusalén!) *y tu renombre;* pues los que no disipan su vida en la maldad, ésos están verdaderamente firmes en la presencia de Dios. Tiene altura cuando en seguida añade: *Y de mes en mes y de sábado en sábado vendrá todo hombre a postrarse delante de mí y me adorará, dice el Señor.* ¿Qué es el mes sino el curso de los días, y qué el sábado sino el descanso, en el que no es lícito hacer obra servil? Se dice, pues, de mes en mes porque los que aquí viven con perfección, allí son llevados a la perfección de la gloria; y de sábado en sábado, porque los que aquí cesan de obrar mal, allí descansan en la celestial retribución. Tiene también terrible aspecto cuando en seguida agrega: *Y saldrán a ver los cadáveres de los que prevaricaron contra mí, cuyo gusano nunca muere y cuyo fuego jamás se apagará.* ¿Qué cosa más horrible puede decirse y pensarse que recibir las heridas de la condenación y que nunca cesan los dolores de las heridas? De este horrible aspecto de la rueda se dice bien por Sofonías cuando se anuncia que se acerca el día del juicio sobre las almas de los endurecidos (Soph. 1, 14): *Cerca está el día grande del Señor, está cerca y con suma velocidad está llegando. Amargas voces serán las del día del Señor. Los poderosos se verán entonces en apreturas. Día de ira aquél, día de tribulación y de congojas, día de calamidad y de miseria, día de tinieblas y de obscuridad, día de nublados y de tempestades, día del sonido terrible de la trompeta.*

19. Pero, ya que hemos puesto lo que se dice de la rueda exterior, ahora resta el deber de hablar de la estatura, altura y aspecto horrible de la rueda interior.

En efecto, la rueda interior tiene su estatura cuando por el santo Evangelio nos prohibe someternos a los deseos terrenales, diciendo con palabras del nuestro Redentor (Lc. 21,34): *Velad sobre vosotros mismos, no suceda que se ofusquen vuestros corazones con la glotonería y embriaguez y con los cuidados de esta vida.* Tiene altura cuando, refiriéndose a nuestro Redentor, promete (Io. 1,12): *A todos los que creen en su nombre dióles el poder hacerse hijos de Dios.* ¿Y qué hay más alto que este poder? ¿Qué puede decirse más sublime que esta altura, en la que cualquier hombre creado se hace hijo del Creador? Tiene horrible aspecto cuando habla

de los réprobos, diciendo (Mt. 25,46): *Irán éstos al eterno suplicio.*

Tiene estatura cuando la Verdad amonesta a los discípulos diciendo (Lc. 12,33): *Vended lo que poseéis y dad limosna; haceos unas bolsas que no se echen a perder.* Tiene altura de promesa cuando dice (Mt. 8,11): *Vendrán del Oriente y del Occidente y descansarán con Abrahán, con Isaac y con Jacob en el reino de los cielos.* Tiene horrible aspecto cuando añade (v.12): *Mientras que los hijos del reino serán echados afuera a las tinieblas exteriores: allí será el llanto y el crujir de dientes.* A los cuales de nuevo dice la Verdad (Io. 8,21): *Vosotros moriréis en vuestro pecado.*

Tiene estatura cuando por boca del primer Pastor dice (2 Petr. 1, 5): *Juntad con vuestra fe la fortaleza, con la fortaleza la ciencia, con la ciencia la templanza, con la templanza la paciencia, con la paciencia la piedad, con la piedad el amor fraternal, y con el amor fraternal la caridad.* Tiene altura cuando poco después dice (v.11): *Pues de este modo se os abrirá de par en par la entrada en el reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo.* El cual otra vez promete a los buenos pastores (1.ª, 5,4): *Cuando se deje ver el Príncipe de los pastores, recibiréis una corona inmarcesible de gloria.* Tiene aspecto horrible cuando dice (2 Petr. 3,10): *El día del Señor vendrá como ladrón, y entonces los cielos, con espantoso estruendo, pasarán, y los elementos, con el ardor del fuego, se disolverán. Pues ya que todas estas cosas han de ser deshechas, ¿cuáles debéis ser vosotros en la santidad de vuestra vida y piedad, aguardando y corriendo a esperar la venida del día del Señor, día en que los cielos encendidos se disolverán y se derretirán los elementos con el ardor del fuego?*

Tiene estatura cuando nos levanta de los deseos terrenales por San Pablo, que dice (Col. 3,5): *Haced morir los miembros que son del hombre terreno que hay en vosotros: la fornicación, la impureza, las pasiones deshonestas, la concupiscencia desordenada y la avaricia, que viene a ser una idolatría.* Tiene altura cuando promete, diciendo (Col. 3,3): *Vuestra vida está escondida con Cristo en Dios; cuando aparezca Cristo, que es nuestra vida, entonces apareceréis también vosotros gloriosos con El.* Tiene horrible aspecto cuando amenaza, diciendo (2 Thess. 1,7): *Cuando el Señor Jesús descenderá del cielo y aparecerá con los ángeles de su poder, con llamas de fuego, a tomar venganza de los que no conocieron a Dios y de los que no obedecen al Evangelio de Jesucristo, los cuales sufrirán la pena de eterna condenación por la presencia del Señor y por el brillante resplandor de su poder.*

Tiene estatura cuando nos amonesta diciendo (1 Thess. 5,15): *Procurad que ninguno vuelva a otro mal por mal, sino tratad de hacer siempre bien unos a otros y a todos.* Tiene altura cuando promete, diciendo (Rom. 6,8): *Si nosotros hemos muerto con Jesucristo, creemos que también viviremos juntamente con Cristo;* y si resistimos con El, también con El resucitaremos. Y otra vez (Rom. 8,18): *Los sufrimientos de la vida presente no son de comparar con la gloria venidera que se ha de manifestar en nosotros.* Tiene horrible aspecto cuando amenaza diciendo (Hebr. 10,27): *Una terrible expectación del juicio*

y del fuego abrasador que ha de devorar a los enemigos de Dios. El cual dice otra vez (v.31): *Horrenda cosa es caer en las manos de Dios vivo.*

Y todas estas cosas las compendia en una breve sentencia, cuando dice (Eph. 3,18): *Para que podáis comprender con todos los santos cuál sea la anchura, y la largura, y la alteza, y la profundidad.*

Ancha, en efecto, es la caridad, porque comprende hasta el amor de los enemigos, y por esta caridad con que Dios nos ama generosamente, también nos soporta longánime. Esto es lo que nosotros debemos mostrar a los prójimos, lo que vemos que nuestro Creador nos muestra a nosotros sin merecerlo.

De manera que la anchura y la longura corresponde a la estatura, porque dilata nuestras costumbres por medio del amor para que la caridad fraterna soporte longánime los males.

La altura es la recompensa de los premios, de cuya inmensidad se dice (1 Cor. 2,9): *Ni ojo vió, ni oído oyó, ni pasó a hombre por el pensamiento cuáles cosas tiene Dios preparadas para aquellos que le aman.* Es, pues, sublime en la altura, porque no hay pensamiento alguno que pueda comprender los gozos eternos de los santos.

Es también profunda aquella imponderable condenación de los suplicios, que a los que alcanza los sumerge en los abismos. En las cuales cosas tienen aspecto horrible las sagradas palabras, porque, cuando hablan de los suplicios infernales, infunden a los oyentes un terror imponderable.

Rectamente, pues, se dice que las ruedas tenían estatura y altura y aspecto horrible, porque la Sagrada Escritura en uno y otro Testamento es recta amonestando, y sublime prometiendo, y amenazando terrible.

Hermanos carísimos, baste por hoy el haber expuesto estas cosas con la ayuda de Dios, a fin de que, reparados con el descanso, volvamos a exponer las que siguen, confiando en el Autor de todo, nuestro Dios y Señor Jesucristo, que vive y reina con el Padre, en unidad del Espíritu Santo, Dios, por todos los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA VII

(Ez. 1,18-23)

18 *Y la circunferencia de todos cuatro estaba llena de ojos por todas partes.* 19 *Y caminando los animales, andaban también igualmente las ruedas junto «o detrás» de ellos. Y cuando los animales se levantaban de la tierra, se levantaban también del mismo modo las ruedas con ellos.* 20 *A cualquiera parte donde iba el espíritu, allá se dirigían también en pos de él las ruedas, porque había en las ruedas espíritu de vida.* 21 *Andaban las ruedas si los animales andaban; parábanse si ellos se paraban; y cuando se levantaban ellos de la tierra, se levantaban también las ruedas en pos de ellos, porque había en las ruedas espíritu de vida.* 22 *Y sobre las cabezas de los animales había una semejanza de*

firmamento, que a la vista parecía un cristal estupendo; el cual estaba extendido arriba por encima de sus cabezas. 23 *Debajo, empero, del firmamento se veían las alas de ellos extendidas, tocando el ala del uno a la del otro y cubriendo cada cual su cuerpo con las otras dos alas; cubríase cada uno del mismo modo.*

1. Como ya sabéis, hermanos carísimos, el profeta acostumbra a fijar su atención ahora en esto, ahora en aquello, y de unas cosas pasa de súbito a otras, como lo hizo el Salmista hablando de Dios (Ps. 7,12...): *Dios, justo juez, fuerte y sufrido, ¿enójase acaso todos los días? Si vosotros no os convirtiereis, vibrará su espada; entesado tiene su arco y asestado, y en él ha puesto dardos mortales y tiene dispuestas sus abrasadoras saetas.* Y de repente agrega: *El impío ha parido la injusticia, concibió el dolor y parió el pecado; él abrió y ahondó una fosa, mas ha caído en la misma fosa que él hizo.*

He ahí que, cuando está hablando de la justicia de Dios, de repente, casi sin cambiar de tono, trae a cuento la culpa del pecador. Y básteme haber puesto éste solo por vía de ejemplo, porque quienquiera que esté acostumbrado a leer los profetas no ignora con cuánta frecuencia hacen esto.

Por eso ahora el profeta Ezequiel, cuando hablaba de las ruedas, agregó: *Y todo el cuerpo de ellos estaba lleno de ojos por todas partes.*

2. De manera que quien dijo: *de ellos*, y no *de ellas*, sin duda indica que de repente pasa de las ruedas a hablar de los animales, por los cuales indudablemente se designan también, según se ha dicho, los perfectos.

De suerte que se dice que los cuerpos de los animales estaban llenos de ojos, por lo mismo que el obrar de los santos es todo circunspección, proveyendo con diligencia los bienes y evitando con destreza los males.

Y esto es muy laborioso, porque la mente de los santos vigila con todo cuidado, no sea que a sus ojos se oculte lo malo bajo la apariencia de bien.

La vida de los santos, pues, es circunspecta a fin de que ni sea tan libre que se haga soberbia—porque muchas veces la soberbia se excede en palabras, que gusta llamar «santa libertad»—, ni se haga, en vez de humilde, temerosa—porque a veces el temor deprime el ánimo y no se atreve a decir lo que es justo—, y, no obstante, en esa tímida actitud aparenta ser humildad; ni en vez de ser económica sea tacaña—porque muchas veces la avaricia gusta ser tenida por sobriedad a fin de que parezca que retiene justa y necesariamente lo que no quiere dar por compasión al necesitado—, ni en vez de ser misericordiosa se haga pródiga—ya que, a veces, la prodigalidad piensa que es misericordia—, porque una cosa es dar de lo necesario a los prójimos por amor a la piedad, y otra disipar lo que se posee sin hallar recompensa.

Por consiguiente, en qué estima sea tenida ante el juicio del Creador cualquier cosa que se haga, eso debe deducirse de la raíz de la intención. Por eso también el mismo Creador dice (Mt. 6,22):

Antorcha de tu cuerpo son tus ojos; si tu ojo fuere sencillo, todo tu cuerpo estará iluminado; es decir, que llama *ojo* a la intención, y *cuerpo* a la acción. De manera que, si nuestra intención fuese pura y recta ante Dios, en su juicio nuestra acción no será tenebrosa.

Luego, porque los varones santos discretamente vigilan para verse y guardarse por todas partes, a fin de, por lo mismo, no apetecer lo malo ni ejecutarlo bajo la apariencia de bien, es decir, para que no los engañen los vicios como si fueran virtudes, tienen todo el cuerpo lleno de ojos alrededor; pues todo lo que hacen está lleno y circundado con solícita providencia. [3.] Por eso el apóstol Pablo, viendo que los corintios querían compadecer a uno que hacía penitencia del crimen que había cometido, dice (2 Cor. 2,10): *Lo que vosotros le concediereis por indulgencia, yo se lo concedo también; porque, si yo mismo uso de indulgencia, uso de ella por amor vuestro en nombre y persona de Cristo, a fin de que Satanás no arrebate a ninguno de vosotros, pues no ignoráis sus maquinaciones.*

Ahora bien, si debía perdonarse, ¿por qué el egregio Maestro se asocia humildemente a la buena voluntad de los discípulos, de modo que no parecieran discrepar ni El de los discípulos ni de El los discípulos en lo tocante a la compasión, sino porque con ojo solícito y provisor tuvo en cuenta que muchas veces, cuando uno condona, otro se irrita? ¿Y qué sacrificio de misericordia es el que se ofrece en desacuerdo con el prójimo? Por eso rectamente dice: *A fin de que Satanás no arrebate a ninguno de vosotros, pues no ignoráis sus maquinaciones;* o sea, porque suele introducirse el mal de la discordia en el corazón de uno de donde ve que otro ha logrado compasión.

Es, pues, imperfecto el bien que se hace sin atender a que no surja por otro lado algún mal, a no ser que tal vez haya culpa en no hacer lo que no puede hacerse sin escándalo de alguno.

4. Y hemos dicho esto por satisfacer un deseo de nuestra caridad, porque en nuestro bien obrar a veces hay que evitar el escándalo del prójimo y a veces hay que menospreciarle por nada. Cosa que hemos aprendido en nuestro mismo Creador, el cual, cuando Pedro, requerido, le pidió el tributo, primero propuso un ejemplo por el que dió a entender que El nada debía, diciendo (Mt. 7,24): *Los reyes de la tierra, ¿de quién cobran tributo, de sus hijos o de los extraños?* Y habiéndole dicho: *De los extraños,* en seguida respondió El: *Luego los hijos están exentos.* Con todo, después de demostrar que El estaba libre, porque no causara tal vez escándalo a alguno, añadió: *Sin embargo, por no escandalizarlos, ve al mar y tira el anzuelo y coge el primer pez que saliere, y, abriéndole la boca, hallarás una estatera de cuatro dracmas; tómala y dásela por mí y por ti.* El cual, en otra ocasión, después de haber dicho (Mt. 15,11): *No lo que entra por la boca mancha al hombre,* se le acercaron los discípulos y le dijeron (v.13): *¿No sabes que los fariseos se han escandalizado de esto que acabas de decir?* Mas El respondió (v.13): *Toda planta que mi Padre celestial no ha plantado, será arrancada de raíz. Dejadlos; ellos son ciegos que guían otros ciegos.* Ahí tenéis; la

Verdad maestra, para no escandalizar a algunos, pagó el tributo que no debía, y ésta otra vez, aunque vió que causaba escándalo en otros, al contrario, la misma Verdad los dejó estar en su escándalo.

5. De lo cual nosotros hemos de deducir que debemos evitar el escándalo de los prójimos en cuanto podemos hacerlo sin pecado; mas, si de la verdad se toma motivo de escándalo, más provechoso es que nazca el escándalo antes que dejar la verdad.

Luego los cuerpos de los animales están llenos de ojos cuando, cautelosos, se vigilan por todas partes.

6. Pero debemos saber que muchas veces, cuando miramos a los otros réprobos, ocurre que desatendemos otras cosas; y en aquello que descuidamos, sin duda que ahí no tenemos ojo, pues sabemos por el testimonio del Evangelio lo que dijo aquel fariseo que había subido al templo para orar. Dijo, pues (Lc. 18,11): *¡Oh Dios! Yo te doy gracias.* Justamente, sí, daba gracias a Dios, de quien había recibido los bienes que había hecho. El cual añadió además: *Porque no soy como los demás hombres, que son ladrones, injustos, adúlteros; ni tampoco como este publicano; ayuno dos veces a la semana, pago los diezmos de todo lo que poseo.* He ahí el fariseo; para ostentar su abstinencia, para emplear la misericordia, para dar gracias a Dios, había tenido ojo, pero no le tenía para la guarda de la humildad. ¿Y qué aprovecha el guardar cuidadosamente casi toda la ciudad contra las asechanzas del enemigo, si se deja abierto un portillo por donde entren los enemigos? ¿Y de qué sirve la vigilancia que se pone en casi todas las partes, cuando, por descuidar un solo sitio, queda toda la ciudad abierta a los enemigos? El fariseo, pues, que observó el ayuno, pagó los diezmos y dió gracias a Dios, vigiló en la guarda de su ciudad casi por todas partes; mas, como dejó abierto un portillo, el de la soberbia, por donde, negligente, dejó cerrado el ojo, por ahí dió entrada al enemigo.

Luego, porque las mentes de los santos están vigilantes, mirando en torno de sí, y en todo cuanto hacen miran con temor y solicitud, ya para no obrar mal, ya para no dejar de hacer lo bueno que está mandado, o que, una vez ejecutados las buenas obras, no se ensoberbezcan en sus pensamientos y pequen tanto más gravemente cuanto más justos parecen por fuera y más ocultamente pecan, acertadamente se dice: *Todo el cuerpo de ellos estaba lleno de ojos en derredor.*

7. Mas también es de saber que en la traslación antigua no hay *todo el cuerpo de ellos en derredor*, sino que se dice: *Las espaldas de ellos llenas de ojos;* sentencia que, por lo que respecta a la edificación, no discrepa en el sentido, pues lo que está a la cara hasta los hombres pecadores suelen verlo muchas veces; mas los varones justos tienen ojos en las espaldas, porque se vigilan no sólo en lo que está ante la vista, sino también en lo que no se ve a la cara; de suerte que los que examinan las cosas ocultas y se vigilan en las que están encubiertas, ciertamente tienen ojos en la espalda.

Lo cual puede, no obstante, de otro modo, ya que lo que está delante de nosotros lo vemos; pero nuestras espaldas los otros las

ven, pero nosotros no podemos verlas; mas, como los varones santos se miran sutilmente en lo que pueden ser juzgados por los otros y se examinan rigurosamente, como con frecuencia son observados con rigor por los otros, por lo mismo que ni siquiera ignoran lo que podría haber oculto en ellos, es como que llevan luz u ojos en las espaldas.

Prosigue: *Y caminando los animales, andaban igualmente también las ruedas a par de ellos; y cuando los animales se levantaban de la tierra, se levantaban también del mismo modo las ruedas con ellos.*

8. Caminan los animales cuando los varones santos aprenden en la Sagrada Escritura cómo han de vivir moralmente, esto es, que las divinas palabras se elevan con el que las lee.

Y se levantan de la tierra los animales cuando los varones santos se quedan suspensos en la contemplación; y que, cuanto más aprovecha en la Sagrada Escritura cualquier santo, tanto más adelanta en él la Sagrada Escritura, rectamente se dice: *Cuando caminaban los animales, andaban igualmente también las ruedas a par de ellos; y cuando los animales se levantaban de la tierra, levantábanse también del mismo modo las ruedas con ellos,* pues las Sagradas Escrituras se elevan a la par del que las lee, porque tanto más las entiende cada cual cuanto más profundamente las medita.

De ahí que las ruedas no se levantan si no se levantan los animales, porque, mientras las mentes de los lectores no se eleven a lo alto, las palabras de Dios, no entendidas, yacen como en lo profundo, pues como al lector a quien parece frío el sentido de la palabra divina, el lenguaje de la Sagrada Escritura ni excita su mente ni irradia luz alguna en su entendimiento, la rueda, además de ociosa, yace en tierra. Pero, al contrario, si el animal anda, es decir, busca la norma de bien obrar y procura de corazón hallar el modo de obrar bien, también las ruedas andan a la par; porque tanto provecho hallas en el sagrado texto cuanto tú mismo aprovechas en él.

Ahora, si el animal alado se elevara a la contemplación, en seguida se levantarían de la tierra las ruedas, porque conoces que no son terrenas las cosas que al principio creíste que en la Sagrada Escritura eran dichas al modo terreno; y sucede que sientes ser celestiales las palabras de la Sagrada Escritura cuando, levantado por la gracia de la contemplación, tú mismo te hallas absorto en las cosas celestiales; y se reconoce la admirable e inefable virtud de la sagrada palabra cuando el espíritu del lector está penetrado del amor celestial.

Luego porque el animal se eleva a lo alto la rueda vuela.

9. Prosigue: *A cualquiera parte donde iba el espíritu, allá se dirigían también en pos de él las ruedas.* A donde, pues, tiende el espíritu del lector, allá se dirigen también las divinas palabras; porque si, mirando y pensando, buscaras en ellas algo elevado, estas sagradas páginas se elevan también contigo y suben a lo más alto. Se dice, pues, bien: *en pos de El,* porque, si el espíritu del lector busca aprender en ellas algo moral e histórico, le sigue el sentido moral de la historia; si algo típico, en seguida se conoce la locución

figurada; si algo contemplativo, al punto las ruedas adquieren como alas y quedan suspensas en el aire, porque en las sagradas palabras se descubre la inteligencia o sentido celestial.

Luego, dondequiera que iba el espíritu, allá con el espíritu que iba se dirigían también las ruedas en pos de él. Las ruedas, pues, siguen al espíritu, porque las palabras de la Sagrada Escritura, según se ha dicho muchas veces, crecen en inteligencia según lo que en ellas sienten los lectores [10.]; pues en una misma sentencia de la Sagrada Escritura, el uno se alimenta sólo de la historia, otro busca el sentido típico; otro, en cambio, por la figura busca el sentido contemplativo o místico. Y con frecuencia sucede que, conforme se ha dicho, en una misma sentencia pueden hallarse los tres sentidos a la vez. Así, Moisés, cuando fué llamado desde la zarza que ardía, se acercó a ella para enterarse de lo que veía, y he ahí que la zarza ardía y no se consumía. Gran milagro es éste. Si en él atiendes sólo a la historia, ya hay ahí con qué se nutre el alma del lector, viendo que el fuego arde en la leña y no la consume. En cambio, si buscas entender lo que eso significa, ¿qué se entiende por la llama sino la ley de la cual está escrito (Deut. 33,2): *En su mano derecha la ley del fuego?* ¿Y qué por la zarza sino el pueblo judío, cubierto con las espinas de sus pecados? Pero la zarza que ardía no pudo consumirse, porque el pueblo judío recibió, sí, la ley, mas, a pesar de ello, no abandonó las espinas de sus pecados, ni la llama de la divina palabra consumió enteramente sus vicios.

Tal vez otro alguno desea que se contemplen en este hecho cosas más altas por medio del sentido típico, puesto que, elevándose el espíritu, elévanse a par de él las ruedas, y así: Entre los hombres hízose igualmente hombre perfecto el Hijo único de Dios, el cual no tuvo pecados propios, pero cargó sobre sí las espinas de nuestra maldad y se dignó humillarse por nosotros hasta la pasión y recibir en sí mismo el fuego de nuestra tribulación. Ardió, pues, mas no se consumió, porque en cuanto a la humanidad murió, pero permaneció inmortal en cuanto a la divinidad; tomó de nosotros aquello por donde sacrificarse por nosotros, pero también en lo suyo propio permaneció impasible e inconmutable para cambiarnos a nosotros de lo nuestro.

Acaso otro requiere la moralidad de la historia y, además, el sentido místico por el sentido alegórico; pues bien, todos saben perfectamente esto que en la Ley está escrito (Lev. 1 y 5): que a la tórtola que se ofrece por el pecado se la retuerza la cabeza hacia el pescuezo, de modo que la cabeza quede adherida al cuello y nunca se la arranque de él. Palabras cuyo sentido histórico no es dudoso para los lectores; pero, si esto quieres entenderlo en sentido moral, la rueda se mueve en dirección al sentido moral de la sentencia de la divina palabra, y así, nosotros mismos debemos ser la tórtola que se ofrezca en sacrificio a Dios omnipotente, retorciendo nuestra cabeza hacia el pescuezo, esto es, nuestro ánimo hacia las virtudes; pues, no sin razón, por la cabeza entendemos el entendimiento, porque así como la cabeza rige al cuerpo, así el entendimiento rige

los actos. Pero se manda retorcer la cabeza hacia el pescuezo para que hagas lo que dices y juntes las palabras a las obras. Y no se ha de desprender la cabeza de modo que se separe del cuerpo, sino que, desprendida en parte, se mantenga unida a su cuerpo; a saber, que debemos apartar y desprender nuestra mente de la delectación de la carne, pero no es menester que la separemos del cuidado de la carne. De aquí está escrito (Rom. 13,14): *No busquéis cómo contentar los antojos de vuestra carne.* Luego sin duda se concede en caso de necesidad lo que se prohibe hacer por antojos. De manera que la cabeza de la tórtola en parte se la desprende y en parte queda adherida, a fin de que, según se ha dicho, nuestra mente quede desprendida de los contentos de la carne y, no obstante, no esté apartada de atender a lo que necesita la carne.

Y si esta clase de sacrificio bajo la inteligencia o sentido figurado del cuerpo de nuestro Redentor requiere otra cosa para la contemplación, suba a cosa más fuerte el espíritu, elévense los animales, para que a la par se eleven las ruedas. ¿Quién es, pues, nuestra cabeza sino el Redentor del género humano, del cual está escrito (Eph. 1,22): *Le ha constituído cabeza de toda la Iglesia, la cual es su cuerpo?* Cuyo nombre se propusieron los judíos borrar de la tierra, persiguiéndole, y cuando le crucificaron y le vieron ya en el sepulcro, creyeron haber logrado apartarle del amor de todos. Pero la cabeza de la tórtola en parte fué desprendida y, sin embargo, no fué separada de su cuerpo, porque, por lo mismo que sufrió la muerte por nosotros, en su misma muerte nos unió a todos con El más fuertemente; y por lo mismo que se apartó visiblemente de nuestros ojos, se arraigó invisiblemente en nuestros corazones. De suerte que la cabeza de la tórtola desprendida se adhirió a su cuerpo, pues nuestro Redentor padeció por nosotros, pero no se apartó de nosotros en su pasión.

Luego, porque lo que dicen las sagradas palabras crece con el espíritu de los que las leen, rectamente se dice ahora: *A cualquiera parte donde iba el espíritu, allá se dirigían también en pos de él las ruedas.*

11. Y prosigue: *Porque había en las ruedas espíritu de vida.* Había, pues, en las ruedas espíritu de vida, porque las sagradas palabras, mediante el don del espíritu, nos avivan para repeler de nosotros las obras mortíferas.

También puede entenderse que el espíritu va cuando Dios toca al ánimo del lector de diversos modos y orden, cuando por las palabras del sagrado texto, ora le aviva el celo para castigar, ora le aplaca para la paciencia; ya le instruye para la predicación, ya le compunge para los lamentos de la penitencia.

Pero hagamos un breve recorrido por estas mismas palabras que hemos dicho y veamos de qué modo siguen las ruedas al espíritu que se llama espíritu de vida y que se dice estar en las ruedas.

En efecto, si el espíritu tocase con el fervor del celo el ánimo del lector, en seguida se verá en la Sagrada Escritura (Ex. 33) que Moisés, enfervorizado por el espíritu, pasó a cuchillo al pueblo

cuando, al volver al campamento, supo que había pecado de idolatría; (Num. 25) que Finees aplacó la ira del Señor persiguiendo la lujuria con la espada; (Act. 5) que Pedro con la palabra hirió y dió muerte a los que le mintieron; (1 Cor. 4) que Pablo amenaza con el castigo a los discípulos negligentes.

12. Si el espíritu de vida toca el ánimo del lector para guardar la paciencia, también en seguida siguen las ruedas, porque en las sagradas páginas halla (Num. 20) que Moisés y Aarón, que sufrieron la persecución del pueblo por haberle anunciado las disposiciones de Dios, recurrieron al tabernáculo a rogar por el mismo pueblo del que huían o se escondían; pero su alma santa, además de soportar la hinchazón de los soberbios, sin embargo, no irrumpió todavía en odio contra ellos, pues la verdadera paciencia es la que además ama a quien soporta, porque tolerar, pero odiando, no es la virtud de la paciencia, sino cobertura del furor. También en las mismas Escrituras (1 Reg. 8) halla que Samuel, arrojado de la altura del principado, todavía confiesa haber rogado por los que le arrojaron; que ningún santo ha llegado a la gloria sino observando la paciencia; que el mismo Autor y Redentor del género humano soportó las salivas, bofetadas, la corona de espinas, la cruz, la lanza..., y, sin embargo, rogó por los perseguidores.

13. Si el espíritu de vida mueve el ánimo del lector para que se dedique a la predicación, en seguida siguen también las ruedas, porque en la Sagrada Escritura halla (Ex. 15) cuántas veces Moisés, por mandato de Dios, se atrevió a hablar libremente al rey de Egipto; que Esteban decía a los pérfidos judíos (Act. 7,51): *Vosotros resistís siempre al Espíritu Santo*, y no temió ser apedreado; que Pedro, vapuleado para que no hablara en el nombre de Jesús, con grande libertad respondió (Act. 5,29): *Es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres;* que Pablo esté atado, y, con todo, diga (Phil. 1): *La palabra de Dios no está ligada.*

14. Si el espíritu de vida estimula a los lamentos de la penitencia, en seguida siguen las ruedas manifestando en las palabras de la Sagrada Escritura la penitencia de David; que el rey, reprendido por el profeta de no haberse sometido al Rey del cielo, no se avergonzó de confesar al sujeto que le increpaba lo que había hecho; que el publicano, que reconoció ser reo de su maldad, aunque llegó al templo siendo injusto, salió del templo ya justificado; que Pedro lavó con lágrimas las manchas de su negación; que el ladrón que en la cruz reconoció su culpa, al mismo punto de la muerte halló el perdón.

De las mismas ruedas vuelve a ocuparse el profeta, y añade (v.21): *Cuando ellos andaban, andaban ellas; cuando ellos se mantenían firmes, ellas se paraban, y cuando se elevaban de la tierra, también las ruedas se levantaban en pos de ellos, porque había en las ruedas espíritu de vida.*

15. Como sabéis, hermanos carísimos, estas cosas ya se han expuesto en su mayor parte, sólo que se narra nuevamente su descripción; así que no nos avergüence a nosotros el repetir también,

exponiéndolo brevemente, lo que el Espíritu se ha dignado referir de nuevo.

En estas palabras, pues, sólo esto se dice otra vez: que, *cuando ellos se paraban, se varaban ellas.* Hay, pues, algunos que llegan en su progreso hasta haber distribuído convenientemente los bienes terrenos que han recibido, se consagran a las obras de misericordia y prestan ayuda a los vejados. Estos, es verdad, van adelante en cuanto tienden a ser útiles a los prójimos; y así, las ruedas andan con éstos, porque las Sagradas Escrituras ajustan los pasos de sus palabras al paso de ellos.

Y hay otros que se mantienen firmes en la fe que recibieron, de tal modo que pueden resistir cualesquiera contradicciones, y no sólo no se dejan en modo alguno arrastrar al mal de la perfidia, sino que además impugnan a los que dicen cosas perversas y los traen a la rectitud.

Con estos que se mantienen firmes, también se mantienen firmes las ruedas, porque los confirman en su rectitud las palabras de la Sagrada Escritura cuando en ellas oyen (Thess. 2,14): *Estad firmes y mantened vuestras tradiciones*; y de nuevo (1 Petr. 5,8): *Vuestro enemigo, el diablo, anda girando como león rugiente alrededor de vosotros en busca de presa que devorar; resistidle firmes en la fe.*

Y hay otros que desprecian todo lo terreno y desdeñan el poseer cosa alguna de las que pasan y se entregan a la contemplación de Dios, según se ha dicho. De modo que, en estos que se elevan, las ruedas se elevan también; porque cuanto más se elevan a lo alto, tanto le hablan de cosas altas las Sagradas Escrituras.

Luego los animales andan para utilidad del prójimo, están firmes para su guarda y se elevan para la contemplación de Dios; y, [16.] asimismo, las ruedas van, están firmes y se elevan, porque la elección santa que se busca se halla tal como es también el que la busca, mantiénese firme contigo. ¿Has entrado en la vida activa? Contigo anda. ¿Llegaste a la firmeza y constancia del espíritu? Está contigo. ¿Has llegado, por gracia de Dios, a la vida contemplativa? Vuela contigo.

17. También se repite otra vez: *Porque había en las ruedas espíritu de vida.* Se dice por segunda vez que en las ruedas había espíritu de vida, porque son dos los Testamentos de la Sagrada Escritura, los cuales quiso el Espíritu de Dios que ambos se escribieran para librarnos de la muerte del alma. O, en verdad, porque son dos los preceptos de la caridad, a saber, el amor de Dios y el amor del prójimo; por los cuales las palabras de la Sagrada Escritura nos vivifican. De manera que se dice por segunda vez que en las ruedas había espíritu de vida, porque en la Sagrada Escritura aprendemos el amor de Dios y el amor del prójimo.

Por los preceptos, pues, de la Sagrada Escritura revivimos los que yacíamos muertos por la culpa. Por eso el Salmista dice a Dios (Ps. 118,93): *Nunca jamás olvidaré tus justísimas instituciones, pues en ellas me diste vida,* pues llama «instituciones» a los precep-

tos de Dios, con los cuales, corrigiéndonos, nos vivifica. De los cuales habla con mayor claridad el mismo Salmista (Ps. 118,16): *Yo me deleito en tus preceptos y no me olvidaré de tus palabras.* De manera que con ellos nos vivifica, porque por ellos nos muestra la vida espiritual y la infunde en nuestras almas mediante las inspiraciones del Espíritu Santo. Cosa que, como se realiza a diario por don de la gracia en las almas de los elegidos, en las ruedas había espíritu de vida.

Esta Escritura se ha hecho para luz que alumbre el camino en medio de las tinieblas de la presente vida; que por eso dice San Pedro (1 Petr. 1,19): *A la cual hacéis bien en mirar atentamente, como a una antorcha que luce en un lugar obscuro;* y por lo mismo dice el Salmista (Ps. 118,105): *Antorcha para mis pies es tu palabra, y luz para mis sendas.*

Sin embargo, sabemos que esta misma antorcha nuestra es para nosotros obscura, a no ser que la Verdad la encienda en nuestras almas, por lo que el Salmista dice en otra parte (Ps. 17,29): *Y pues que tú, ¡oh Señor!, das la luz a mi antorcha, esclarece, Dios mío, mis tinieblas* ¿Y qué es una antorcha encendida sino luz? Pero la luz creada no nos alumbra si no la enciende la Luz increada.

Luego, porque Dios omnipotente creó y declaró lo que dicen los Sagrados Testamentos, había espíritu de vida en las ruedas.

Prosigue: *Y sobre las cabezas de los animales había una semejanza de firmamento, que parecía a la vista un cristal estupendo, el cual estaba extendido arriba por encima de sus cabezas.*

18. Esto lo expondremos, Dios mediante, de dos modos, para dejar al lector que elija lo que mejor le parezca.

Pueden, pues, con el nombre de firmamento, entenderse las potestades celestes, ya que con acierto se dice que el firmamento parecía un cristal; porque el cristal es en verdad muy fuerte, pero se solidifica del agua, y la naturaleza angélica, cuando fué creada, recibió el libre albedrío, para que o quisiera mantenerse en humildad y permanecer en la presencia de Dios omnipotente, o se precipitara en la soberbia y perdiera la bienaventuranza; y así fué como semejante al agua. Ahora bien, como, habiendo caído algunos, los ángeles santos persistieron en su bienaventuranza y recibieron en premio no poder ya caer jamás, en éstos su naturaleza, por no poder quedar ya sujeta a mutación, es como una gran masa de cristal o de agua endurecida.

El cual cristal se dice ser estupendo y que está extendido sobre la cabeza de los animales, porque aquellas potestades angélicas que asisten ante la presencia de Dios omnipotente son terribles y estupendas para nosotros, que aún vivimos en nuestra corrupción; y se nota que están sobre la cabeza de los animales porque sus gozos ahora exceden el sentir de nuestras mentes, pues ¿quién es el que, permaneciendo en la carne corruptible, puede comprender cuál sea aquel gozo inefable y sin fin de los ángeles? ¿Qué felicidad sea ver sin estorbos la cara del Creador y permanecer sin mudanza en tal deleite?

19. Pero en el nombre de firmamento puede verse figurado nuestro Redentor, verdadero Dios sobre todas las cosas y hecho hombre perfecto entre todas las cosas; en el cual nuestra naturaleza ha sido consolidada ante el Padre y del cual también dijo proféticamente el Salmista (Ps. 79,38): *Tiende tu mano sobre el varón de tu diestra, sobre el Hijo del hombre, a quien tú consolidaste para ti;* porque la naturaleza humana, antes de ser tomada por el Creador de todo, era tierra; no era, pues, firmamento, ya que al hombre pecador se le dijo (Gen. 3,19): *Polvo eres y a ser polvo tornarás;* mas después que fué tomada por el Creador de todo, y elevada a los cielos, y colocada sobre los ángeles, lo que era tierra quedó hecho firmamento.

Mas se infiere que es tierra semejante al firmamento que se ve cuando dice: *parecía un cristal estupendo,* pues el cristal, según se ha dicho, es cierta congelación del agua mediante la cual se hace fuerte; ahora bien, ya sabemos cuánta sea la movilidad del agua; y así, el cuerpo de nuestro Redentor, como estuvo sujeto a las pasiones hasta la muerte, en cuanto a algo es semejante al agua, porque naciendo, creciendo, fatigándose, padeciendo hambre y sed y muriendo, cada instante su vida se deslizó movediza; viendo el curso de la cual, el profeta dice (Ps. 18,6): *Salta como gigante a correr su carrera;* mas como, por la gloria de su resurrección, sanó de la corrupción en virtud de la incorrupción, a modo del cristal se consolidó del agua para que esta naturaleza estuviera en El y esa misma naturaleza que tenía no estuviera ya sujeta a la mudanza de la corrupción.

Luego el agua se convirtió en cristal cuando la debilidad de su corrupción se trocó, mediante su resurrección, en la firmeza de la incorrupción.

20. Pero es de notar que se dice ser este cristal estupendo, esto es, temeroso. Porque ¿quién no sabe cuál es la belleza del cristal? Y ¿no es maravilla cómo en este cristal convengan la hermosura y el pavor?

Mas a todos los que conocen la verdad consta que el Redentor del género humano, cuando apareciere como juez, será hermoso para los justos y terrible para los injustos; pues el mismo a quien los elegidos contemplan manso, a este mismo le contemplan tremendo y terrible los réprobos. Y los elegidos no le verán entonces terrible, porque ahora no cesan de contemplar su terror, pues cuidadosamente consideran cuán terrible vendrá al juicio, lloran las culpas cometidas y evitan las inminentes; a diario tienen a la vista del alma su pavor, sin cesar están pendientes de cuándo aparecerá tremendo, y cada día obran, temerosos, para no temer cuando venga.

Luego el aspecto del firmamento parecía un cristal tremendo.

Y, porque el mismo pavor de aquel a quien tienen presente en sus pensamientos sirve de protección a sus almas, rectamente se agrega: *estaba extendido arriba por encima de sus cabezas.*

Este firmamento que, a semejanza de un cristal, aparece sobre

las cabezas de estos animales, es tremendo y está extendido porque, de donde aterra las almas de los buenos, de ahí las protege; pues, si ahora no infundiera el terror en sus corazones, tampoco los protegería ahora de los pecados y luego de los suplicios; mas, como siempre consideran el gran pavor del juicio, conservan extendidas las alas de las virtudes.

Por eso añádese también en seguida: *Debajo, empero, del firmamento veíanse las alas de ellos extendidas.*

21. Entonces las alas de las virtudes están extendidas debajo del firmamento cuando el bien que uno tiene le comparte con otro, esto es, cuando quien recibe bienes terrenos socorre la penuria del prójimo indigente; quien está lleno del don de la doctrina ilumina con la palabra de la predicación las tinieblas del prójimo ignorante; quien está fortalecido con la potestad temporal libra de la violencia a los vejados; quien tiene la gracia de curar piadosa y humildemente procura con su intercesión la salud a los enfermos; quien, libre de ocupaciones exteriores, ha merecido consagrarse a Dios, ruega por los prójimos pecadores.

Ocurre con frecuencia que quien se preocupa demasiado de las riquezas terrenas no atiende cuanto debe a la oración, y también con frecuencia sucede que quien, descargado de todo, se consagra a orar a Dios, carece del sustento para la vida; mas, cuando el rico da alimento y vestidos al pobre y el pobre ora por el alma del rico, las alas de los animales están extendidas las del uno al otro respectivamente; porque, mientras aquél me predica y desecha de mi corazón las tinieblas de la ignorancia, y yo, porque tal vez él se ve oprimido por algún poderoso de este mundo, le otorgo el consuelo de mi defensa y le arranco de las manos que le hacen violencia, mutuamente nos tendemos nuestras alas para prestarnos el afecto y la ayuda.

De ahí que el primer Pastor amonesta rectamente, diciendo (1 Petr. 4,7-10): *Sed prudentes y vigilad en oraciones; pero sobre todo mantened constante la mucha caridad entre vosotros, porque la caridad encubre multitud de pecados. Ejercitad la hospitalidad los unos con los otros: comunique cada cual al prójimo la gracia o don según que la ha recibido.*

Lo que en Ezequiel se llama *ala*, eso en el apóstol Pedro se llama *gracia;* y lo que aquél dice: *alas extendidas del uno al otro*, esto lo llama el Pastor de la Iglesia *comunicar cada cual al prójimo la gracia según que la ha recibido.*

Nuestras alas, pues, no están ya extendidas si sólo atienden a la salud nuestra; pero entonces están extendidas cuando dirigimos a utilidad del prójimo lo que poseemos.

Ahora bien, como nuestros bienes no proceden de nosotros, sino que los hemos recibido de Aquel por quien somos, cuanto más hallamos habérnoslos dado nuestro Hacedor para utilidad común, tanto menos debemos retenerlos privadamente para nosotros. Por eso el apóstol Pedro en esa misma exhortación añade rectamente: *como buenos dispensadores de los multiformes dones de Dios;* y agre-

ga: *El que habla, hágalo de manera que parezca que habla Dios por su boca; quien tiene ministerio, ejecútelo como una virtud que Dios le ha comunicado.* Como si claramente dijera: Compartid humildemente el bien con los prójimos, puesto que sabéis que lo que tenéis no lo tenéis de vosotros.

Por consiguiente, no estará recta o extendida el ala de cualquiera virtud cuando, al compartir con el prójimo, carezca de humildad.

Prosigue: *Cada cual cubría su cuerpo con dos alas; del mismo modo cubríase cada uno.*

22. Ya hemos dicho antes que por el cuerpo se significa la acción y por las alas las virtudes; mas, habiendo dicho: *Debajo del firmamento veíanse las alas del uno extendidas al otro,* se debe averiguar por qué se dice después: *Cada uno cubría su cuerpo con dos alas.*

En lo cual patentemente se indica que unas alas tendían del uno al otro y, sin embargo, con dos alas cubrían el propio cuerpo. ¿Qué es esto sino que debemos comunicar a los otros las virtudes que hemos recibido, de tal modo que no dejemos de pensar, cautos, en lo que nosotros hemos pecado, y lamentar todos los días nuestras culpas por medio del temor y la penitencia, pues anteriormente hemos llamado temor y penitencia a las dos alas con que se cubría el cuerpo?

Crezcamos, pues, en la caridad, de modo que tendamos las alas al prójimo y jamás dejemos de pensar y lamentarnos a nosotros mismos. Tiéndanse las alas al lado y cubran las alas el cuerpo de manera que con nuestras buenas obras ofrezcamos ejemplos, y el temor y la penitencia escondan del juicio lo malo que hemos hecho.

Mas en la versión antigua se dice de estas alas: *Dos estaban unidas a cada uno y cubrían los cuerpos de ellos;* palabras en las que se entiende que eran las mismas alas las que se unían del uno al otro y las mismas las que cubrían los cuerpos de ellos. Cosa que figuradamente se entiende bien, porque ante Dios omnipotente nos protegen aquellas mismas virtudes que por caridad compartimos y unimos con los prójimos, viviendo con los cuales en concordia, cubrimos los males que hemos hecho.

También por estas alas pueden entenderse los dos preceptos de la caridad, a saber: el amor de Dios y el del prójimo; pues amando a Dios castigamos en nosotros nuestros males, esto es, cubrimos nuestros cuerpos; y amando al prójimo nos apresuramos a aprovecharle en lo que podemos, esto es, tendemos a él nuestras alas.

23. Ahora bien, esto que se añade: *del mismo modo cubríase cada uno,* no se halla en la versión antigua y da lugar a preguntar: ¿Por qué después de haber dicho: *cada cual cubría su cuerpo con dos alas,* se agrega: *del mismo modo cubríase cada uno?* Pero después de escudriñar con solicitud la versión de los Setenta, la de Aquila, la de Teodoción y la de Símaco, nada de estas palabras

hallamos; mas, leyendo los escritos de San Jerónimo, hemos encontrado que esta sentencia sí que se halla puesta así en el original hebreo, aunque no a la letra, sino en cuanto al sentido.

Puede, pues, preguntarse: ¿Por qué después de decir: *cada cual cubría su cuerpo con dos alas*, se añade: *del mismo modo cubríase cada uno?* Porque si dijera *el uno* y luego *el otro*, estaría bien dicho; pero después de decir *cada uno*, ¿por qué se añade *el otro*, puesto que en decir *cada cual* ya están incluídos todos? Mas, si distinguimos la vida de los perfectos y los méritos de los que van adelantando, vemos que no está mal puesto el *cada cual* y el *cada uno* o *el otro;* pues quienes lloran lo suyo y tienden al prójimo, para ejemplo, las alas de sus virtudes, son sin duda perfectos; pero hay muchos párvulos que ven sus lágrimas y los imitan; y los que habrían podido permanecer desnudos en sus maldades contemplan a los varones santos y más vigilantes y al punto se irritan contra sus propias maldades, de suerte que se lamentan y se enfervorizan para la penitencia; y como ven que los santos cubren sus cuerpos, así también ellos se cubren con las alas de sus lágrimas, pues se hieren a sí mismos con grandes lamentaciones de por qué los que no tienen virtudes no deploran de ninguna manera sus pecados, cuando no cesan de llorar los que con sus ejemplos sin cesar tienden a los prójimos las alas de las virtudes.

24. Palabras de las que deducimos que es necesario que nosotros, que somos párvulos aún, pongamos siempre ante los ojos del alma las virtudes y lágrimas de los perfectos. Imitemos lo que vemos en los otros, para que, obrando, comencemos a crecer en perfección y podamos ocultar de aquel riguroso examen los pecados que habemos cometido.

En nuestros asiduos llantos, en nuestra diaria penitencia hallamos el Sacerdote que en el cielo intercede por nosotros, del cual dice también San Juan: *Si alguno pecare, tenemos por abogado para con el Padre a Jesucristo justo: El mismo es la víctima de propiciación por nuestros pecados.*

¡Oh! Ya salta de gozo el ánimo en oyendo el poder de nuestro Abogado; mas de nuevo el temor contiene nuestro gozo, porque ese que es nuestro Abogado es llamado *justo*, y nosotros tenemos causas injustas, y el abogado justo no acepta en modo alguno la defensa de causas injustas ni consiente en abogar en pro de la injusticia. ¿Qué haremos entonces, carísimos hermanos míos? Pero ved que ya ocurre al alma lo que hemos de hacer: dejemos y confesemos los pecados que habemos cometido, pues escrito está (Prov. 18,17): *El justo es el primero en acusarse a sí mismo.* Pues si cualquier pecador convertido al llanto ya comienza a ser justo en cuanto empieza a confesar lo que hizo, ¿por qué no será justo el que con lágrimas se encrudelece contra su injusticia? Luego nuestro Abogado justo nos defenderá a los justos en el juicio, porque nosotros mismos nos reconocemos y nos acusamos por injustos.

Confiemos, pues, no en nuestras lágrimas, no en nuestras obras, sino en el alegato del Abogado nuestro, quien con el Padre vive y reina en unidad del Espíritu Santo, Dios, por todos los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA VIII

(Ez. 1,24-2,1)

24 *Y oía yo el ruido de las alas como ruido de muchas aguas, como ruido del excelso Dios; así que caminaban, el ruido era semejante al de un gran gentío, o como ruido de un ejército; y así que se paraban, bajaban sus alas.* 25 *Porque cuando salía una voz de sobre el firmamento que estaba encima de sus cabezas, ellos se paraban y abatían sus alas.* 26 *Y había sobre el firmamento que estaba encima de sus cabezas como un trono de piedra de zafiro, y sobre aquella especie de trono había la figura como de un personaje.* 27 *Y yo vi como una especie de electro y a manera de fuego dentro de él y alrededor de su cintura hasta arriba; y desde la cintura abajo vi como un fuego que resplandecía alrededor.* 28 *Cual aparece el arco iris cuando se halla en una nube en día lluvioso, tal era el aspecto del resplandor que alrededor se veía.* **2.** 1 *Esta visión era una semejanza de la gloria de Dios. Yo la tuve y caí postrado sobre mi rostro.*

Al fin de la homilía anterior se dijo que muchos aprovechan por los ejemplos de los justos, y esto mismo nos descubre con mayor certeza el profeta cuando a lo que había dicho agrega: *Y oía yo el ruido de las alas como ruido de muchas aguas.*

1. En el lenguaje sagrado, por las *aguas* suelen designarse los pueblos; así se dice por San Juan (Apoc. 17,15): *Las aguas son pueblos.* De manera que en las aguas está figurado el pueblo, porque en la vida hace ruido debido al tumulto de la carne y cada día declina por el decaimiento de la mortalidad.

Ahora bien, como ya hemos dicho repetidas veces, las alas son las virtudes de los santos. ¿Qué es, por tanto, el que el profeta oye el ruido de las alas como el ruido de muchas aguas sino que, por la piedad de Dios omnipotente, aquellas alas de las virtudes que al principio sonaban en pocos santos, ahora ya, difundida la predicación, resuena en la vida de muchos pueblos? Pues, cuando el Señor hubo encarnado y padecido y resucitó, hubo pocos animales alados, porque harto raros fueron los que desearan las cosas celestiales y se remontaran a lo alto con las alas de las virtudes; pero después que la predicación de su divinidad se difundió por el mundo, ¿quién será capaz de decir y ponderar ya cuántos párvulos, cuántos de edad madura, cuántos jóvenes robustos, cuántos débiles, cuántos pecadores convertidos, cuántas vírgenes, ancianos, se remontan a las cosas celestiales por la fe, por la esperanza y por la caridad?

He ahí el ruido de las alas que al principio hubo en pocos animales, ahora resuena ya en los pueblos; ahora ya las alas de las virtudes levantan a la muchedumbre del mundo a deseos celestiales.

2. Luego está bien dicho: *Y oía yo el ruido de las alas como ruido de muchas aguas*, porque, como hemos dicho antes, aquel ruido de las virtudes, que al principio es el ruido de pocos santos que sube a los oídos de Dios, luego es el de muchas aguas, esto es, de muchos pueblos, que se ha multiplicado.

Del cual ruido aún se dice bien: *como ruido del excelso Dios*. ¿Y qué significa decir que el ruido de las alas de los santos animales es como ruido del excelso Dios sino que Dios omnipotente, El mismo llena de deseos celestiales las almas de los santos y, una vez llenos, El mismo las oye? El mismo, pues, infunde el amor en el corazón de los santos, y El mismo recibe las preces de los corazones que le aman. Pedro lloró amargamente su negación (Lc. 22), pero antes se dice allí que Jesús miró a Pedro. María Magdalena, tras de muchas manchas de culpas, llegóse con lágrimas a los pies de nuestro Redentor; pero ¿quién se las infundió en el interior sino quien, benigno, la recibió exteriormente? ¿Quién la urgía a llorar con espíritu de compunción sino quien exteriormente, delante de todos los convidados, la recibía para perdonarla? De manera que nuestro Redentor despejaba la mente de la mujer pecadora cuando se compungía de la culpa, y la libraba de la culpa. Luego bien dicho está: *el ruido de las alas como ruido del excelso Dios*, porque lo que se obra en las virtudes de los santos se debe a la gracia de quien otorga los méritos, el cual rectamente se recuerda por el profeta que es el *Dios excelso* (Is. 57,15).

3. Ahora bien, en la Sagrada Escritura unas veces se dice *Dios* por denominación, mas otras por esencia. Así se dice por denominación, conforme a lo escrito (Ex. 7,1): *Mira, yo te he constituido dios de Faraón;* y cuando Moisés dice: *Si alguno hiciere esto o aquello, apliquelo a los dioses*, esto es, a los sacerdotes; el cual dice otra vez: *No hablarás mal de los dioses*, esto es, de los sacerdotes; y así dice el Salmista (Ps. 81,1): *Presente está Dios en la reunión de los dioses.*

Esencialmente se dice *Dios*, como cuando a Moisés se le dice (Ex. 3,6): *Yo soy el Dios de tu padre, el Dios de Abrahán, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob.* De ahí que, queriendo distinguir el nombre nuncupativo del nombre esencial de Dios, el apóstol San Pablo habló de nuestro Redentor, diciendo (Rom. 9,5): *Cuyos padres* son los patriarcas, *de los cuales desciende Cristo según la carne, el cual es Dios bendito sobre todas las cosas por siempre jamás.*

De manera que quien por denominación es llamado *Dios entre todas las cosas* es el que esencialmente es *Dios sobre todas las cosas.* Luego, para demostrar que Cristo es por naturaleza Dios, hace notar que éste no solamente es Dios, sino que es Dios sobre todas las cosas; porque también todo elegido, según ya hemos dicho o puesto para dar ejemplo de justicia, puede ser llamado *dios*, pero *Dios en-*

tre todas las cosas, porque es *dios* por apelación; mas Cristo es *Dios sobre todas las cosas*, porque por naturaleza es Dios.

Luego a quien San Pablo llama *Dios sobre todas las cosas*, a ése el profeta Ezequiel llama *Dios excelso*.

Pero después de haber dicho: *Oía yo el ruido de las alas como sonido de muchas aguas*, ¿por qué todavía se añade: *como ruido del Dios excelso?* Podemos también entender lo que sabemos que ha de suceder a todos los elegidos; pues, según ya hemos dicho, hubo ruido de alas en los predicadores santos y hubo ruido de aguas en los pueblos convertidos y que siguieron; pero ese mismo ruido será alguna vez ruido del Dios excelso, porque la multitud que ahora es traída a la fe por los santos doctores, algún día se congregará en la patria celestial para que allí todos los elegidos alaben sin fin, cuando sin fin le vean, al que alaban.

Y porque entonces toda la multitud de santos se hace perfectamente el cuerpo del Redentor (según la expresión de San Pablo, que dice [Rom. 8,21]: *Porque la misma criatura será liberada de esa servidumbre a la corrupción, para participar de la libertad y gloria de los hijos de Dios)*, y entonces se adhieren a El de tal manera que ya no hay nada de la corrupción, que por la resurrección queda vencida, y nada que se oponga a su santo amor, sino que se hallará unida a su Redentor, rectamente se dice: *como ruido del Dios excelso*.

4. Es de notar el orden que observa el que describe, pues primero se llama *ruido de las alas de los animales* al que después se llama *ruido como de muchas aguas*, y al fin se dice *ruido del Dios excelso;* porque lo que primero predicaron los santos, eso lo creyeron después y lo mantuvieron los pueblos convertidos a la fe; los cuales, al fin, elevados a los cielos, tributarán alabanzas al Libertador de todos.

De manera que el ruido de los animales se hace como ruido de aguas, y el ruido de aguas se hace como ruido del Dios excelso, porque la alabanza de Dios omnipotente que proclamaron pocos al principio, después la aclamaron muchos, y la que ahora pregonan muchos, mientras en ellos todavía opone resistencia la corrupción, esa misma la harán resonar en la patria celeste todos los elegidos, unidos ya a su Cabeza.

Más aún: se describen las obras y las virtudes de los animales cuando se agrega: *Así que caminaban, el ruido era semejante al de un gran gentío y como ruido de un ejército.*

5. Si por el ruido del Dios excelso se designa la alabanza de nuestro Creador en la patria celestial, no es maravilla el que la palabra profética se refiera de nuevo a las obras de los santos que moran aún en esta vida; puesto que lo que interiormente infunde de una vez el Espíritu Santo en el corazón de los profetas no lo expresa exteriormente de una vez con la palabra. En efecto, el agua de la sabiduría con que se llena el espíritu del profeta rebosa abundante en la contemplación; pero como toda boca del hombre, esto es, la capacidad de la carne, es angosta al Espíritu para dar salida a aquella inmensidad que se ve, la lengua, al referirlo, lo hace sepa-

radamente. Así es que, después de haber visto que el ruido de las alas era en los cielos como ruido del Dios excelso, vuelve de nuevo a la tierra y refiere lo que aquí hacen los animales alados para merecer allí lo sumo, y dice: *Así que caminaban, el ruido era semejante a un gran gentío o como ruido de un ejército.*

Los animales caminan cuando los santos predicadores recorren el mundo predicando y atrayendo; y como éstos a cuantos congregan, una vez que creen, los levantan a que canten a nuestro Creador, el ruido se hace semejante al ruido de un gran gentío, y como en la predicación entablan lucha con las aéreas potestades, rectamente se agrega: *o como ruido de un ejército.*

Cuando por los santos predicadores se congregan los pueblos fieles, se convierten dentro del recinto de la fe en ejército contra los espíritus malignos; y los fieles, llenándose cada día de celestiales deseos, desprecian lo terreno, trátanse ásperamente por amor de la patria de arriba y se hacen ejército contra las aéreas potestades, porque caminan armados de la fe y guarnecidos de buenas obras. Y así, cual si se tratara de algunos campamentos de un ejército espiritual, por San Pablo se dice (Eph. 6,11): *Revestíos de toda la armadura de Dios para poder contrarrestar a las asechanzas del diablo.* (12) *Porque no es nuestra pelea contra la carne y la sangre, sino contra los príncipes y potestades, contra los adalides de estas tinieblas del mundo, contra los espíritus malignos esparcidos por los aires.* [6.] Luego son un ejército formado de la multitud de los santos los que han emprendido la guerra contra las aéreas potestades. Por eso la Iglesia universal descríbese bajo la figura de la Amada, pues se dice (Cant. 6,3): *Hermosa eres, querida mía, y llena de dulzura, bella como Jerusalén, terrible como un ejército en orden de batalla.*

Ahora bien, como Jerusalén se traduce por *visión de paz,* nombre con el cual se designa la patria celestial, la santa Iglesia es llamada dulce y bella como Jerusalén, porque su vida y deseo se compara ya a la visión de la paz íntima; de manera que, por cuanto que ama a su Autor y por cuanto que desea ver el rostro de Aquel de quien está escrito (1 Petr. 1,12): *En el conocimiento del cual desean penetrar los ángeles,* por esos mismos deseos de su amor, dígasela semejante a los ángeles; la cual, cuanto más amable se hace a Dios, tanto más temible se hace a los espíritus malignos.

Y de qué modo sea terrible se pone de manifiesto en la comparación que se agrega: *como un ejército en orden de batalla.* ¿Y qué significa el que la santa Iglesia ha de ser temida por sus enemigos como un ejército en orden de batalla? ¡Ah! No carece de profundo sentido esta comparación, y por lo mismo hemos de examinarla sutilmente.

Pues bien, sabemos y consta que un ejército entonces se muestra terrible a sus enemigos cuando están compactas y apretadas sus filas, de modo que por ningún lado se las ve interrumpidas; porque, si está dispuesto de modo que se deje vacío algún lugar por donde pueda penetrar el enemigo, claro que ya no es terrible para sus enemigos. Luego, asimismo nosotros, cuando entablamos combate es-

piritual contra los espíritus malignos, es a todo trance necesario que, siempre unidos y compactos por la caridad, jamás seamos hallados desunidos por la discordia; pues, por muchas obras buenas que tuviéramos, si falta la caridad, por el mal de la discordia se abre en el ejército lugar por donde pueda entrar el enemigo a herirnos.

7. En verdad, si tuviéremos castidad sin caridad, el antiguo enemigo no teme, porque tampoco a él hace violencia la carne para que se corrompa en su lujuria; no teme la abstinencia, porque tampoco él usa de comida, puesto que no le urge la necesidad corporal; no teme el que se repartan los bienes terrenos, si a esta obra no acompaña la caridad, porque tampoco él necesita de los subsidios de la riqueza; pero teme mucho que tengamos en nosotros verdadera caridad, esto es, el amor humilde que nos mostramos mutuamente, así como envidia mucho nuestra concordia, porque ve que nosotros tenemos en la tierra la que él perdió en el cielo por no querer tenerla.

Luego está bien dicho *terrible como ejército en orden de batalla*, porque los espíritus malignos temen a la muchedumbre de los elegidos porque los ven unidos y amparados contra ellos por la concordia de la caridad.

8. De cuánto valga, pues, la virtud de la concordia consta, puesto que, sin ella, queda demostrado que las demás virtudes no son virtudes. Grande es, sí, la virtud de la abstinencia; mas, si uno se abstiene de los alimentos para andar juzgando mal a los otros por razón de la comida y, además, condena el que los fieles tomen los manjares, habiéndolos creado Dios para comerlos con acción de gracias, ¿en qué se ha convertido para éste la virtud de la abstinencia sino en lazo para la culpa?

Por eso también el Salmista, a fin de dar a entender que la abstinencia nada es sin la concordia, dice (Ps. 150,4): *Alabadle con panderos y con acordados conciertos;* porque en el pandero el cuero produce sonido seco, mas a coro las voces suenan acordes. ¿Y qué se significa por el pandero sino la abstinencia, y qué por el coro o voces armoniosas sino la concordia de la caridad? De manera que quien guarda la abstinencia, pero abandona la concordia, alaba, sí, con el pandero, mas no con acordados conciertos.

También hay algunos que, porque procuran saber más de lo necesario, desdeñan la paz con los prójimos, despreciándolos por estúpidos y necios. Por eso la Verdad por sí misma amonesta, diciendo (Mc. 9,49): *Tened en vosotros sal de sabiduría y guardad así la paz entre vosotros.* De suerte que quienquiera que procura tener la sal de sabiduría, necesario es que cuide de nunca apartarse de la paz de la concordia.

Ahora bien, lo que hemos dicho de estas dos virtudes, eso mismo se ha de entender de todas las demás; por lo que San Pablo amonesta terriblemente, diciendo (Hebr. 12,14): *Procurad tener paz con todos y la santidad de vida, sin la cual nadie puede ver a Dios.*

9. Y que, sin la concordia, nada sea grato a Dios, la misma

Verdad lo pone de manifiesto por sí misma cuando dice (Mt. 5,23): *Si, al tiempo de presentar tu ofrenda en el altar, allí te acuerdas de que tu hermano tiene alguna queja contra ti, deja allí mismo tu ofrenda delante del altar y ve primero a reconciliarte con tu hermano, y después volverás a presentar tu ofrenda.* Ahí lo tenéis; no quiere aceptar el sacrificio de los mal avenidos; rehusa recibir su holocausto.

Por consiguiente, de ahí juzgad cuán grande mal sea el de la discordia, ya que, por causa de él, se rechaza aquello por lo cual se borra la culpa.

Mas como los elegidos siempre están unidos por la caridad, y esta caridad de ellos es como un cántico de alabanza al Creador, y a los espíritus malignos, esto es, a sus antiguos enemigos, infunde la pena del temor, rectamente se dice ahora de los animales alados: *Así que caminaban, el ruido era semejante al de un gran gentío, o como ruido de un ejército.*

10. Pero se debe tender la vista de la fe desde el principio de la Iglesia hasta el fin del mundo y ver cómo andan estos ejércitos; pues se llaman ejércitos las multitudes acampadas cuando marchan en orden de batalla o cuando en el camino se detienen en un lugar determinado. Es, por tanto, la vida del presente siglo camino para las muchedumbres, para todos los santos que viven en concordia.

Uno es, pues, el ejército de los que predican, los cuales trabajan de un lado para otro en disposición de pelear en la santa obra de recoger las almas.

Otro es el ejército de los continentes y de los que se apartan de este mundo, los cuales cada día se disponen a librar en su corazón la batalla contra los espíritus malignos.

Otro es el ejército de los buenos casados, que, viviendo acordes en el amor de Dios omnipotente, páganse mutuamente el débito carnal, pero de tal modo que jamás se olvidan de las buenas obras que deben a Dios, y que, si algo delinquen en cuanto hombres, lo redimen con obras pías.

Luego, porque desde el principio de la Iglesia hasta el fin del mundo los distintos órdenes de fieles que viven en concordia pelean contra las aéreas potestades, los ejércitos caminan y se produce a modo de ruido de ejército, porque, para alabanza de Dios omnipotente, en ellos se oyen las armas de las virtudes y de los milagros.

Pero respecto a los animales alados se añade aún: *Y así que paraban, parábanse sus alas.*

11. Los santos animales se paran cuando en atenta contemplación consideran las cosas de Dios; y paran sus alas porque, al ver los altos juicios de Dios, parécenles viles las virtudes que ellos tienen. Cosa que se expone claramente cuando en seguida se añade: *Porque, cuando salía una voz de sobre el firmamento que estaba encima de sus cabezas, ellos se paraban y abatían sus alas.*

12. Arriba hemos indicado que *el firmamento* debe exponerse en doble sentido, porque el nombre *firmamento* puede entenderse, según se ha dicho, por las potestades celestes; y también puede con el nombre *firmamento* designarse al Unigénito encarnado, por

cuanto que nuestra naturaleza se ha consolidado en El para la eternidad, para *in aeternum*.

Así que digamos primeramente lo que sentimos respecto de los ángeles y después acerca del Señor de los ángeles.

Ved, pues, que se dice: *Cuando salía una voz de sobre el firmamento, ellos se paraban y abatían sus alas.* En este lugar primero hay que tener en cuenta que abatir no se ha de entender el tender de abajo arriba, sino de ponerlas de arriba abajo, puesto que antes se ha dicho: *Cuando se paraban, parábanse sus alas.* Conforme a los Setenta, lo de *y así que paraban, parábanse sus alas,* se entiende que cesaban de volar, pero manteniendo en alto las alas en disposición de volver a volar; y lo de *cuando salía una voz... abatían sus alas,* se entiende que las rendían, bajándolas en señal de sumisión.

Así se explica que el Santo escriba este párrafo.

Ahora nosotros debemos averiguar cuál sea la voz que salía de sobre el firmamento; y conoceremos mejor cuál sea esta voz si, procediendo de abajo arriba, vamos ascendiendo como por grados.

Así como con la voz se aviva el oído del cuerpo, así se aviva el sentido del alma con la inteligencia, puesto que se trata de cosas interiores, porque hay en el alma cierta voz que es a manera de sonido de la inteligencia. Mas es de saber que en nuestros sentidos a veces habla la voz de la carne, a veces la voz del alma, a veces la voz del firmamento y a veces la voz que está sobre el firmamento.

13. Supongamos ahora uno lastimado por el prójimo y que discurre con la razón humana cómo lastimarle a su vez, cómo devolver mal por mal; a éste háblale al alma la voz de la carne, porque, mandándonos los preceptos divinos hacer bien a los que nos odian, quien piensa en hacer mal a quien le odia, oye en su alma la voz de la carne.

A diario obramos muchas cosas terrenas y tras de ello nos volvemos a la oración; el alma se enciende en compunción, pero en el alma están dando vueltas las imágenes de las cosas que hemos hecho y estorban el atender en la oración al sentimiento de la compunción, y lo que voluntariamente hicimos fuera, ahora, sin quererlo, lo padecemos interiormente, y ciertos fantasmas de pensamientos desparraman la mente por las imágenes corpóreas para que no se recoja toda solamente en la oración. También esto es voz de la carne.

14. Pero, cuando reprimimos estas cosas y ahuyentamos de los ojos del alma todas las imágenes corpóreas, buscando en nosotros mismos la misma naturaleza o condición del alma, cómo sea que puede vivificar al cuerpo, pero no pueda como desea recogerse a sí misma en los buenos pensamientos, encontramos cierto espíritu intelectual que vive por poder del Creador y que vivifica al cuerpo que sostiene, pero que, no obstante, está sometido al olvido y sujeto a mutación, al cual con frecuencia abate el temor y engríe el gozo. Y así, este entendimiento es voz de su alma, porque publica lo que es; voz, sin embargo, que todavía está bajo el firmamento.

15. Pues bien: trascendiendo el alma, buscamos la voz del firmamento cuando investigamos cuál sea aquella innumerable mul-

titud de santos ángeles que está en la presencia del Señor omnipotente; cuál sea en ellos el gozar sin fin la vista del Señor; cuál su alegría perenne; cuál el fuego del amor que no atormenta, sino que deleita; cuánto sea en ellos el deseo de saciedad o hartura y cuánta sea su hartura con el deseo, en los cuales ni el deseo causa pena ni la hartura produce fastidio; cómo son bienaventurados adhiriéndose a la bienaventuranza; cómo, contemplando siempre la eternidad, se hacen eternos; cómo, uniéndose a la Luz verdadera, se hacen luz; cómo, mirando siempre al inconmutable, se truecan en la inconmutabilidad. Pero, cuando pensamos estas cosas de los ángeles, la voz es todavía del firmamento, no de sobre el firmamento.

16. Pase, pues, el alma y desde estas cosas trascienda todo cuanto es creado; fije los ojos de la fe en la sola luz de su Creador, único que todo lo vivifica, el que lo creó, Dios, que es dondequiera y dondequiera es todo; que, incircunscrito e incomprensible, puede ser conocido y no puede ser visto; que jamás está ausente y, sin embargo, está lejos de los pensamientos de los inicuos, porque ni está ausente de donde está lejos, pues donde no está por gracia está presente por el castigo; que todo lo dispone, mas no todo lo dispone de igual modo, pues dispone unas cosas para que sean, mas no para que vivan y sientan, cuales son todos los seres insensibles; otras cosas dispone para que sean, vivan y sientan, pero no para que entiendan, cuales son los brutos animales; otras dispone para que sean, vivan, sientan y entiendan, cuales son la naturaleza humana y la angélica; y, con no ser El jamás distinto de sí mismo, dispone distintamente las distintas cosas; que dondequiera está presente y apenas puede ser hallado; al cual, parado, seguimos y no podemos cogerle.

Imaginemos qué naturaleza será aquella que todo lo tiene, lo llena todo, todo lo abarca, todo lo sobrepuja y lo sostiene todo. Y no es que de una parte lo sostenga y de otra lo sobrepuje, ni que de una parte lo llene y de otra lo abarque, sino que abarcándolo lo llena, llenándolo lo abarca, sosteniéndolo lo sobrepuja, y lo sostiene sobrepujándolo.

Cuando el espíritu, atento a ella, medita el poder de esta naturaleza, tiene lugar la voz de sobre el firmamento, porque concibe la inteligencia de Aquel que con su incomprensibilidad trasciende el sentir de los ángeles.

17. Luego, cuando se oye la voz de sobre el firmamento, páranse los animales y páranse las alas de ellos; porque las mentes de los santos, cuando en atenta contemplación consideran el poder de su Creador, estiman por viles las virtudes que ellos tienen y tanto más se humillan cuanto más alto es para ellos lo que sobre los ángeles suena.

Tal vez sean, sí, doctores; mas en comenzando a pensar silenciosamente en el alma cuál sea la inefable sabiduría de Dios, que sin ruido de palabras enseña a las mentes de los hombres, y cómo, cuando esta misma sabiduría no enseña a las almas de los oyentes, en vano trabaja la voz de los que enseñan, al punto se les antoja vil

la doctrina de ellos, porque (1 Cor. 3,7) *ni el que planta es algo ni el que riega, sino Dios, que es el que hace crecer.*

Tal vez son profetas, pero cuando calladamente consideran que con su ojo profético no pueden penetrar a la vez todos los misterios de la Divinidad, porque, como dice el Apóstol (1 Cor. 13,9), *ahora nuestro conocimiento es imperfecto e imperfecta la profecía,* en aquella inmensidad de misterios hallan que es poco todo lo que ven, y consideran cuán poco es lo que con el ojo atento han visto como por celosías acerca de aquella inmensa altura de luz.

Bajen, pues, sus alas cuando se deje oír la voz de sobre el firmamento; esto es, humíllense en aquello que han visto cuando miran lo sobrenatural que no pueden comprender.

18. Además, con frecuencia los bienes que hay en los pensamientos de los santos estimulan a que las almas se eleven confiando en sí, pero en seguida recurren a los ocultos juicios de Dios: cómo los unos, por engreírse, se precipitan desde las virtudes al infierno, mientras que los otros, corregidos de los vicios por la humillación, son levantados al cielo. De ahí que el profeta, llamando a humildad, atemoriza y amonesta, diciendo (Ps. 65,5): *Venid a contemplar las obras de Dios y cuán terribles son sus designios sobre los hijos de los hombres.*

¿Quién, pues, podrá considerar debidamente cuál debe ser nuestro terror ante los juicios de Dios, cuando el uno desde las virtudes tiende, al fin, a los vicios, y el otro desde los vicios concluye, al cabo, en las virtudes? Porque, según dice Salomón (Eccl. 9,1-2), *hay justos y sabios, y las obras de ellos están en las manos de Dios; y, con todo, no sabe el hombre si es digno de amor o de odio, sino que todo se reserva incierto para lo venidero.* Prov. 14,12: *Un camino hay que al hombre parécele camino real o derecho y, no obstante, le conduce a la muerte.*

Y así, el considerar estos profundos juicios ocultos, ¿qué otra cosa es sino bajar las alas, esto es, no confiar ya en virtud alguna, sino temblar con grande temor?, pues ya consideren la naturaleza de Dios omnipotente, ya atiendan a sus juicios, tiemblan y temen.

19. Luego, en ellos, bajar las alas significa humillar las virtudes que tienen.

Así bajó las alas Abrahán, quien, cuando comenzó a hablar con Dios, reconoció ser él polvo y ceniza, diciendo (Gen. 18,27): *Hablaré a mi Señor, aunque yo sea polvo y ceniza.*

Así bajó las alas Moisés, quien, instruído en toda la ciencia de los egipcios, así que oyó la voz de Dios, conoció que él no sabía hablar, y dijo (Ex. 4,10): *Yo te suplico, Señor, tengas presente que yo nunca he tenido facilidad en hablar; y aun me hallo más embarazado y torpe de lengua después que hablas con tu siervo;* cual si claramente dijera: Después que te he oído las palabras de vida, me reconozco confuso en mi modo anterior de hablar.

Igualmente Isaías, cuya vida había agradado al Señor hasta el punto de mandarle a predicar, después de haber contemplado al Señor y haber sido tocado en su boca con el fuego del altar, dijo

(Is. 6,5): *¡Ay de mí, que no he hablado por ser yo hombre de labios manchados!* He ahí que, levantado a las alturas, se disgusta de tener manchados los labios; que, si no hubiera visto el ala de la pureza celestial, no se habría tenido por impuro.

Igualmente Jeremías, hablando con Dios, clama (Ier. 1,6): *¡Ah! ¡Ah! ¡Señor Dios! Ved que no sé hablar, porque soy jovencito;* pues, ante lo que él oía hablar, había conocido que él no sabía hablar.

Así Daniel (c.8), en viendo aquella sublime visión, languideció y enfermó durante muchos días.

Y es porque los que son fuertes en virtudes, al contemplar las grandezas de Dios, se tienen por enfermos y débiles.

Asimismo, el santo Job, de quien el Señor dijo a los amigos de aquél (Iob 42,7): *No habéis hablado con rectitud en mi presencia, como mi siervo Job,* en oyendo hablar a Dios, respondió, diciendo (42,3): *Confieso, Señor, que yo he hablado indiscretamente y de cosas que sobrepujan infinitamente mi saber;* y poco más arriba (v.6): *Por eso yo me acuso a mí mismo y hago penitencia envuelto en polvo y ceniza.* De modo que quien había hablado sabiamente entre los hombres, así que oyó a Dios, que le habló, se acusó de haber hablado imprudentemente, porque, al contemplar la verdadera sabiduría, la suya desmereció.

Luego, ante la voz que viene de sobre el firmamento, los animales bajan sus alas, porque, ante el poder de Dios, ya le queremos contemplar en su naturaleza, ya queremos descubrirle en sus ocultos juicios; por lo mismo que sus grandezas son para nosotros impenetrables, pierden su valor los bienes, si es que creíamos tener algunos, y los que éramos tenidos porque volábamos en alguna ciencia, al considerar sobre nosotros la naturaleza invisible y sus impenetrables juicios, nos paramos humildemente con las alas caídas.

Prosigue (v.26): *Y había sobre el firmamento que estaba encima de sus cabezas como un trono de piedras de zafiro, y sobre aquella especie de trono había la figura como de un hombre.*

20. ¿Qué se designa por el trono sino aquellas virtudes angélicas que superan en la dignidad de un lugar superior aun a los mismos ángeles? Porque, como los ángeles son llamados nuncios, con frecuencia vienen los ángeles a dar ciertas noticias a los hombres; nunca se lee que los tronos sean enviados como nuncios, porque los preside de mucho más sublimemente el Creador de todo.

De donde el apóstol Pablo, describiendo los órdenes de los celestes ejércitos, a los cuales vió cuando fué arrebatado al tercer cielo, dice (Col. 1,16): *Ora sean tronos, ora dominaciones, ora principados, ora potestades, todas las cosas fueron creadas por El mismo y en atención a El mismo.* De suerte que mencionó los tronos antes de los órdenes a los cuales conoció que aquéllos presidían.

Y está bien comparado el trono a la piedra de zafiro, porque la piedra de zafiro tiene el color de los aires. Se comparan, pues, las virtudes a la piedra de zafiro, porque estos espíritus, a quienes

Dios omnipotente preside desde más alto, ocupan un puesto de dignidad más alto en los cielos.

Pero sobre el trono había la figura como de un hombre, porque también sobre aquellas virtudes que anteceden a los mismos ángeles está la gloria de nuestro Redentor.

Por tanto, se debe notar cuál orden se observa, ya que se describe que sobre los animales está el firmamento; sobre el firmamento, el trono, y sobre el trono, el hombre; porque también sobre los hombres santos que aún viven en este cuerpo corruptible están los ángeles, y sobre los ángeles, las potestades angélicas superiores y más próximas a Dios; sobre las potestades próximas a Dios se eleva el Mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús.

21. Mas, si, como antes hemos dicho, por el nombre *firmamento* debe entenderse el Mediador entre Dios y los hombres por razón de la humanidad asunta—ya que, por el espíritu de profecía, bajo la denominación de un solo nombre suelen señalarse muchas cosas—, la voz que se oyó sobre el firmamento es la que desde el cielo resonó sobre el Señor al bautizarse, y que decía (Lc. 9): *Tú eres mi Hijo; en ti me he complacido;* o, como se dice por otro evangelista (Mc. 3 y Io. 1), *éste es mi Hijo amado, en el que me he complacido.*

Investiguemos, pues, cómo los animales oyen esta voz y bajan las alas. Responda, preguntado, el profeta Habacuc (3,1): *¡Oh Señor!, oí tu anuncio y quedé lleno de temor; consideré tus obras y quedé y salí fuera de mí.*

Y ¿qué es lo que el Padre habla del Hijo cuando dice: *En el cual me he complacido?* Pues todo el que, arrepintiéndose, corrige algo que hizo, por lo mismo que se arrepiente, indica que se ha disgustado de sí mismo, puesto que enmienda lo que hizo; y cuando el Padre omnipotente, al modo humano, como podía ser entendido por los hombres, habló de los pecadores, diciendo (Gen. 6): *Pésame de haber creado al hombre sobre la tierra,* es como que se disgustó a sí mismo en los pecadores; mas en sólo su Unigénito, nuestro Señor Jesucristo, se complació, porque de ningún modo se arrepintió de haber creado entre los hombres a este Hombre, en el cual no halló pecado alguno, como de El se dice por el Salmista (Ps. 109, 4): *Juró el Señor y no se arrepentirá;* y dijo: *Tú eres sacerdote sempiterno según el orden de Melquisedec.* Sólo, pues, en nuestro Redentor se complació el Padre, porque sólo en El no encontró culpa en que poder acusarse como arrepentido.

22. Oigan, pues, los santos la voz de sobre el firmamento y teman; porque, si sólo El está sin pecado, en la inocencia de El ven ellos en cuántas cosas delinquen cada día y que es necesario que las lloren incesantemente.

Consideran también que, además, el Autor de la vida no salió de esta vida sin el dolor de la pasión; y, por consiguiente, esta voz sonó sobre el firmamento, porque también la sentencia de muerte pronunciada por el Padre precedió a la resurrección del Unigénito.

Pero, cuando la voz de sobre el firmamento se oye, los animales

se paran y abaten sus alas, porque todos los santos, en viendo de tal modo flagelado al mismo Unigénito, deponen cualesquiera de sus méritos, si es que de alguno presumen; porque, si el que vino sin pecado no salió de aquí sin ser flagelado, ¿cómo no merecerán ser flagelados los que acá vinieron con pecado?

Luego el firmamento que está sobre la cabeza de los animales, esto es, que trasciende las mentes de los santos, tiene una voz superior a él, porque nuestro Redentor sobrellevó en la carne la sentencia que, con el Padre, El dispuso en cuanto Dios; al oír la cual los justos se aterran y abaten toda presunción de sus fuerzas; pues, por muchas virtudes en que brillen, ¿qué merece la vida de los pecadores, si por nosotros se sometió al castigo la vida de Aquel que no estuvo sujeto al pecado?

23. Mas he aquí que, con decir que *sobre el firmamento que estaba sobre la cabeza de ellos había como un trono de piedras de zafiro*, se nos origina una grave cuestión, porque si por el firmamento se representa al Señor y por las piedras de zafiro y semejanza de trono las sumas potestades angélicas, ¿cómo es de creer que ellas estén sobre el firmamento, esto es, sobre el Señor, puesto que en seguida se añade: *Y sobre aquella especie de trono había la figura como de un hombre?* Pues, si, como se ha dicho, el firmamento representa al Señor y luego el hombre es el Señor, ¿cómo puede entenderse, en buena razón, que él mismo está sobre el trono y él mismo bajo el trono?

Pero los apretados nudos de esta cuestión los desata el mismo de quien hablamos, quien por boca del Espíritu Santo descubre lo que estaba encubierto.

En efecto, pues, el Unigénito encarnado, por cuanto se ha hecho hombre, fué inferior a los ángeles, según lo que de El está escrito (Ps. 8,6): *Hicístele un poco inferior a los ángeles;* mas, después de resucitar y subir a los cielos, preside a todas las angélicas potestades, según lo que otra vez de El está escrito en el mismo lugar: *Todo lo sometiste bajo de sus pies*, y como El mismo lo dice (Mt. 28, 18): *Se me ha dado toda potestad.*

Luego el firmamento está bajo del trono, y el hombre sobre el trono, porque, por la asunción de la naturaleza humana, El mismo nació inferior a los ángeles y El mismo fué exaltado sobre los ángeles; el cual también, antes de ser exaltado por la gloria de la resurrección, por la divinidad fué superior a los ángeles; pero, sin embargo, conforme se ha dicho, fué inferior a los ángeles en cuanto a la humanidad, por la que se sometió incluso a la muerte; mas, después que, resucitado, venció a la muerte, sobrepuso también su humanidad por encima de los ángeles más encumbrados.

Así es que se describe que primero se vió el trono sobre el firmamento y después el hombre sobre el trono, porque el Redentor del género humano, subiendo a los cielos, exaltó sobre los ángeles la humanidad que, cuando descendió, tomó inferior a los ángeles.

24. Pero decimos que fué hecho inferior a los ángeles, conforme, predicando el Apóstol, hemos oído que *fué hecho bajo la ley*,

entendiendo que la humanidad asunta era inferior a los ángeles por razón de esa humillación en que se dignó aparecer; que, por lo demás, en seguida que *el Verbo se hizo carne* (Io. 1), al punto Dios fué hombre con potestad sobre los ángeles.

En efecto, de El antes de la pasión está escrito (Mt. 4,11): *Y he aquí que se acercaron los ángeles y le servían;* mas, con todo, a fin de que apareciera la debilidad de su humanidad, de nuevo está escrito de El (Lc. 22,43): *Se le apareció un ángel del cielo, confortándole.* De manera que, según lo correspondiente a una y otra naturaleza, se describe a los ángeles ora sirviéndole, ora confortándole; en la una y en la otra naturaleza uno mismo, porque el que fué Dios antes de los siglos se hizo hombre al cabo de los siglos; al cual, no obstante, antes de su pasión los ángeles le sirven y el ángel le conforta; pero, después de su pasión y resurrección, los ángeles pueden servirle, sí, mas ya no pueden confortarle, porque, como antes se ha dicho, aunque primero apareció el firmamento bajo del trono, sin embargo, ya el hombre está sobre el trono.

El santo profeta, para mostrar que en la persona del tal hombre había visto la unión de las dos naturalezas, en seguida añade (v.27): [25.] *Y yo vi como una especie de electro y a manera de fuego dentro de él y alrededor de su cintura hasta arriba; y desde la cintura abajo vi como un fuego que resplandecía alrededor.*

26. ¿Cómo es que *el Mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús* (1 Tim. 2), se le describe con aspecto de fuego dentro de sí desde la cintura hasta arriba por todo alrededor, y desde la cintura abajo como un fuego resplandeciente alrededor? Hay, pues, que averiguar por qué se dice que desde la cintura arriba tiene fuego interior y, sin embargo, no fuego resplandeciente, y, en cambio, se dice que desde la cintura abajo tiene aspecto de fuego, pero no se menciona que este fuego le tiene por dentro, sino que le tiene resplandeciente y alrededor.

Pues bien, ¿qué se significa con el nombre de *lomos o cintura* sino la propagación de la mortalidad? Por lo que también de Leví se dice (Hab. 7) que todavía se hallaba en los lomos de su padre cuando Melquisedec vino al encuentro de Abrahán. De los lomos de Abrahán salió la Virgen María, en cuyo seno, por la virtud del Espíritu Santo, se dignó encarnar el Unigénito del Padre, mediante la cual encarnación Dios se dió a conocer al universo mundo, como también le dice por el Salmista (Ps. 44,4): *Ciñete la espada al lado de tu muslo; ¡oh Rey poderosísimo!* Ciñóse, pues, el Poderosísimo la espada cerca del muslo, porque, mediante la encarnación, llegó a ser poderosa la palabra de la predicación.

¿Y qué significa este fuego sino el ardor del Espíritu Santo, que enciende los corazones que llenare? Del cual la misma Verdad dice: (Lc. 12): *Vine a traer fuego a la tierra.* ¿Y qué significa, por consiguiente, el que, en esta especie de hombre que apareció al profeta, el fuego arde interiormente de los lomos arriba en derredor, y de los lomos abajo no hay fuego interiormente, antes bien, resplandece exteriormente, sino que antes de la encarnación del Uni-

génito, nuestro Redentor, solamente la Judea tuvo el fuego de su amor; pero después de su encarnación resplandeció en derredor su fuego, porque derramó en los gentiles por todo el mundo la claridad del Espíritu Santo?

De manera que primero había fuego interiormente, pero no había resplandor, porque el Espíritu Santo llenaba la Judea en muchas partes, mas aún no había brillado su luz en el conocimiento de los gentiles. En cambio, desde sus lomos abajo resplandece el fuego en derredor, porque, después que tomó carne de la Virgen, extendió por doquiera en el género humano los dones del Espíritu Santo.

Y es de notar que se describe estar este fuego en derredor desde los lomos arriba, no exterior, sino interiormente, porque, conforme se ha dicho, la llama del amor en los elegidos y en los varones espirituales llenó la Judea por doquiera dentro de sus límites, pero, sin embargo, no salía fuera, porque no se difundía entre los gentiles.

27. En efecto, primero estaba el fuego en el interior, cuando Jacob decía (Gen. 49,18): *Yo, Señor, aguardaré tu salud.* Lo que en latín decimos *salud*, eso en hebreo se dice *Jesús;* palabra en la que se pone de manifiesto la mente de Jacob, cómo ardía en deseos de Jesús, a quien manifestaba esperar, al morir. Ardía el fuego cuando Moisés decía (Ex. 33,13): *Si es que yo he hallado gracia en tu presencia, muéstrame tu rostro para que yo te conozca.* Ardía el fuego en la mente cuando David decía (Ps. 41,3): *Sedienta está mi alma del Dios fuerte y vivo. ¡Cuándo será que yo llegue y me presente ante la cara de Dios!;* el cual, deseando la encarnación del Verbo, dice (Ps. 84,8): *Muéstranos, Señor, tu misericordia y danos tu salud.* Ardía el fuego cuando Simeón, deseando salir de la corrupción de la vida presente, oyó que (Lc. 2,28) *no había de morir antes de ver al Cristo del Señor.*

Mas he aquí que este fuego resplandece ya de los lomos abajo exteriormente, porque toda la gentilidad está inflamada en el amor de Dios encarnado.

28. Pero esto puede entenderse también de otro modo, porque nuestro Redentor, Dios y Señor, Jesucristo, se dió a conocer a los hombres por su humanidad, el cual ya fué conocido de los ángeles antes de la encarnación. Luego para nosotros resplandece en derredor desde los lomos abajo el fuego que en el cielo arde interiormente desde los lomos arriba, porque allí los espíritus celestes le ven en su divinidad y arden en las llamas de su amor, pero nosotros, que le amamos en su humanidad asunta, puestos aún en esta vida corruptible, tenemos exteriormente el resplandor de aquel fuego. Y así, uno mismo es el que está sobre el trono y el que sobre los lomos tiene fuego interiormente para los ángeles, y para los hombres tiene exteriormente fuego en derredor, porque en todo cuanto es amado por los ángeles y en todo cuanto es deseado por los hombres, uno mismo es el que arde en los corazones de los que le aman.

De ahí que aquellas grandes potestades o jerarquías angélicas se llamen *serafín*, esto es, incendio; de ahí está escrito acerca del mismo Creador de todo (Hebr. 12,29 y Deut. 4): *Nuestro Dios es*

como un fuego devorador; pues Dios se llama fuego porque enciende en las llamas de su amor a las almas que llena; y por eso los serafines se llaman incendio, porque las potestades o jerarquías próximas a El están abrasadas en el fuego imponderable de su amor allá en los cielos.

En este fuego encendidos arden los corazones de los justos en la tierra; caldeados con este fuego, vuelven a la penitencia los corazones de los pecadores que, ardientemente inflamados, truecan el temor en amor, porque los que primeramente comenzaron a deshacerse en miedo, después arden en el fuego del amor; y como los ángeles son en el cielo miembros suyos, así también son miembros suyos en la tierra los hombres convertidos.

Uno mismo es, pues, el hombre que de los lomos arriba arde interiormente y el que de los lomos abajo envía en derredor el resplandor de su fuego; porque por su divinidad mantiene a los ángeles en su amor y por su humanidad llamó a los hombres al deseo de su santo ardor.

29. Prosigue (v.28): *Cual aparece el arco iris cuando se halla en una nube en día lluvioso...* El Señor omnipotente puso el arco en señal de alianza entre El y los hombres de que no volvería más a inundar el mundo en el diluvio, diciendo (Gen. 9,13-15): *Pondré mi arco en las nubes en señal de alianza entre mí y la tierra* (v.14). *Y cuando yo cubriere de nubes el cielo, aparecerá mi arco en ellas, y me acordaré de mi alianza con vosotros.*

Por eso en el arco aparecen a la vez el color del agua y el del fuego, porque en parte es azul y en parte rojo, para que sea testigo de uno y otro juicio, a saber: del uno que se ha de hacer y del otro ya hecho, pero que ya no se ha de hacer más, porque cierto es que el mundo será quemado con el fuego del juicio, pero no le raerá ya el agua del diluvio.

Ahora bien, ¿qué significa el que el profeta vió el fuego resplandeciente en los lomos del hombre que presidía en el trono, según él dijo: *Cual aparece el arco iris cuando se halla en una nube en día lluvioso?* Pues como por el fuego se designa, según se ha dicho, el ardor del Espíritu Santo, ¿qué semejanza hay entre el arco iris y el Espíritu, para que se diga que el fuego que apareció era a modo del arco? Mas, si fijamos la atención en la visión del arco que ya hemos dicho, veremos cómo el arco significa el Espíritu. En efecto, en el arco, según arriba hemos dicho, aparecen el agua y el fuego; y después del advenimiento del Mediador, la virtud del Espíritu Santo apareció al género humano, por cuanto que con el agua del bautismo lavó a los elegidos de Dios y los incendió con el fuego del amor divino. De manera que como que en color mixto de agua y de fuego a la vez se pone en la nube un arco para testimonio, cuando la Verdad dice (Io. 3,5): *Quien no renaciere del agua y del Espíritu Santo no puede entrar en el reino de Dios.*

Y el arco está en la nube en día lluvioso, porque se hace visible en la encarnación del Señor y en la difusión de la predicación, a fin de que, queriéndolo el Señor, sean llamados a penitencia los cora-

zones de los creyentes, pues no hay inconveniente en que aceptemos que la nube significa la carne del Redentor, de la cual se dice por el Salmista (Ps. 103,3): *Tú haces de las nubes tu carroza.* En efecto, hace de las nubes su carroza, porque El que en su divinidad está en todas partes, en la carne ascendió a los cielos.

30. Y bien, una vez terminada toda la mística visión, agrega: *Tal era el aspecto del resplandor que se veía alrededor, y esta visión asemejaba la gloria del Señor.* Viendo, pues, lo que la gracia del Espíritu Santo hace en todo el mundo, dice: *Tal era el aspecto del resplandor que se veía en derredor;* mas, queriendo contemplar la gloria del Espíritu Santo, que permanece interiormente, pero no pudiendo verla tal como es, agrega: *Y esta visión era una semejanza de la gloria del Señor.* No dice: «la visión de la gloria», sino *una semejanza de la gloria,* a saber, para mostrar que, por más atención que ponga la mente humana, aunque rechace del pensamiento todos los fantasmas de imágenes corporales, aunque ya aparte de los ojos del alma todos los espíritus finitos, con todo, mientras permanezca en carne mortal, no puede ver la gloria de Dios tal como es, sino que lo que de ella resplandece en el alma una semejanza es, no ella misma. También por eso, el predicador que había sido arrebatado hasta el tercer cielo decía (1 Cor. 13,12): *Al presente vemos como por espejo y en enigma.*

31. En lo cual se nos origina una no despreciable cuestión, a saber: ¿Cómo es que Juan Evangelista, cuando con palabra profética describió la perfidia de los judíos contra los milagros del Redentor, agregó, diciendo (Io. 12,41): *Esto dijo Isaías cuando vió la gloria de El* (del Mesías) *y habló de su persona;* y si Ezequiel vió, ¿cómo se dice que éste vió una semejanza de la gloria y que aquél vió su gloria? Porque, cuando Juan Evangelista narró primero los milagros de nuestro Redentor y después añadió la infidelidad de los judíos, manifiesta que Isaías había visto la gloria del mismo Redentor nuestro, que había aparecido en el mundo; pues todo lo admirable que el Señor obra en la tierra es gloria de Dios omnipotente y en todas sus obras se ve su gloria; y así es como Isaías vió en la tierra su gloria; pero Ezequiel no pudo ver la gloria tal como es en el cielo, porque de un modo es su gloria en las cosas que son hechas y de otro modo lo es en sí mismo. De suerte que esta gloria suya que hay en las cosas puede verse, pero aquella que hay en El no puede verse ahora sino por semejanza.

Mas sepamos si, aun elevado, pudo el profeta soportar siquiera esta semejanza de la gloria.—[32.] Prosigue (c.2 v.1): *Yo la tuve y postréme sobre mi rostro.* Si, pues, no pudiendo soportarla, cayó postrado en tierra, ¿qué habría sido de este varón si hubiera visto tal como es la gloria de El? En la cual debemos pensar con grande tristeza y con lágrimas considerar en cuánta miseria y debilidad hemos venido a caer nosotros, que no podemos soportar ni el mismo bien para el cual hemos sido hechos.

Sin embargo, hay otra cosa que de la actitud del profeta debemos considerar en nosotros. Pues el profeta, en seguida que vió la seme-

janza de la gloria del Señor, cayó postrado rostro en tierra, nosotros, ya que no podemos ver por espíritu profético esta semejanza de la gloria, debemos conocerla asiduamente y solícitos contemplarla en la sagrada predicación, en las advertencias del cielo, en los preceptos espirituales. También nosotros, cuando vemos algo de Dios, caemos sobre nuestro rostro, porque nos avergonzamos de lo malo que recordamos haber cometido; pues donde se confunde el hombre, allí cae. Por eso, también San Pablo decía a algunos como caídos sobre sus rostros (Rom. 6,21): *¿Qué fruto sacasteis entonces de aquello de que al presente os avergonzáis?*

33. Aquí tenéis que, por concesión del don de la gracia del cielo, hemos sacado a luz el principio de este libro del profeta Ezequiel, envuelto en misterios; y que, explanando moralmente los dichos místicos, hemos extraído de la tierra la historia volante del profeta, a fin de que la que primera volaba para las almas de los párvulos, como yo, pero que no se eleva, ahora ya sea por ellos leída y conocida y vuele y se eleve.

Demos, pues, gracias a nuestro Redentor, que continuamente nos refecciona con el alimento espiritual, El que es (Io. 6) *el pan vivo que desciende del cielo y da la vida al mundo*, el cual vive y reina con el Padre en unidad del Espíritu Santo, Dios, por todos los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA IX

(Ez. 2,1-9)

2 1 *Y oí la voz de uno que hablaba y me dijo a mí: Hijo de hombre, ponte en pie y hablaré contigo.* 2 *Y después que él hubo hablado, entró en mí el espíritu y me puso sobre mis pies; y escuché al que me hablaba.* 3 *Y decía: Hijo de hombre, yo te envío a los hijos de Israel, a esos gentiles y apóstatas que se han apartado de mí; ellos y sus padres han violado hasta el día de hoy el pacto que tenían conmigo.* 4 *Son hijos de rostro duro y de corazón indomable esos a quienes yo te envío. Y les dirás: Esto dice el Señor Dios.* 5 *Por si acaso ellos escuchan y por si cesan, porque es ésa una familia contumaz. Y sabrás que tienen un profeta en medio de ellos.* 6 *Tú, pues, hijo de hombre, no los temas, ni te amedrenten sus palabras, pues tú tienes que haberlas con incrédulos y pervertidores y habitas con escorpiones; no temas sus palabras ni te amedrenten sus rostros, pues ella es una familia rebelde.* 7 *Tú, pues, le repetirás mis palabras, por si acaso escuchan y cesan, porque es gente a propósito para irritar.* 8 *Empero, tú, ¡oh hijo de hombre!, escucha cuanto te digo y no seas rebelde como lo es esta familia; abre tu boca y come todo lo que te doy.* 9 *Y miré, y he aquí una mano extendida hacia mí, la cual tenía un libro arrollado, y lo abrió delante de mí, y estaba escrito por dentro y por fuera, y lamentaciones y canciones lúgubres y ayes era lo que se hallaba escrito en él.*

1. Con el favor de Dios, nuestro Señor Jesucristo, hemos examinado en ocho homilías el principio del libro del profeta Ezequiel, envuelto en grandes tinieblas y ligado con ciertos nudos misteriosos. Ahora ya son más llanas y menos difíciles las cosas que siguen. De suerte que hablamos a vuestra caridad, dando gracias a Dios omnipotente porque, tras de tanta opacidad de las selvas, al fin hemos salido alegres a las campiñas, en las cuales pondremos el intrépido pie de nuestra locución echando el paso con cierta libertad.

Ved, pues, que el profeta, después de haber contemplado la semejanza de la gloria de Dios y caer postrado sobre su rostro, agrega (v.1): *Y oí la voz de uno que hablaba y me dijo a mí: Hijo de hombre, ponte en pie y hablaré contigo.* Donde todavía añade: *Y después que él hubo hablado, entró en mí el espíritu y me puso sobre mis pies.*

2. Vedlo; la voz divina mandó ponerse en pie al profeta, que yacía postrado; mas no podría en modo alguno levantarse si no hubiera entrado en él el espíritu de Dios omnipotente; porque por favor de Dios omnipotente podemos, sí, emprender buenas obras, pero no podemos ejecutarlas si el mismo que nos las manda no nos ayuda. Por eso, cuando Pablo amonesta a sus discípulos, diciendo (Phil. 2,12): *Trabajad con temor y temblor en la obra de vuestra salvación,* en seguida agrega quién obra en ellos esa misma obra, diciendo (v.13): *Pues Dios es el que obra en vosotros, por un efecto de su buena voluntad, no sólo el querer, sino el ejecutar.* Por eso la misma Verdad dice a sus discípulos (Io. 15,5): *Sin mí nada podéis hacer.*

Mas en esto es de considerar que, si nuestras buenas obras son dones de Dios, de modo que en ellas no haya algo nuestro, ¿por qué nosotros buscamos la retribución eterna como merecida? Y si son tan nuestras que no sean dones de Dios omnipotente, ¿por qué damos a Dios omnipotente gracias por ellas? Pero es de saber que nuestras obras malas son solamente nuestras, mas nuestras obras buenas son de Dios omnipotente y nuestras, porque El, inspirándonos, nos previene para que queramos, y sigue ayudándonos para que no queramos en vano, sino que podamos llevar a cabo lo que queremos. Luego, con la gracia preveniente y la buena voluntad que sigue, lo que es don de Dios omnipotente se hace mérito nuestro. Cosa que San Pablo explica en una breve sentencia, cuando dice (1 Cor. 15,10): *He trabajado más que todos;* y para que no pareciera que atribuía a su virtud lo que había hecho, agregó: *No yo, sino la gracia de Dios conmigo;* pues, como había sido prevenido del don del cielo, reconocióse como ajeno a su buena obra: *pero no yo;* ahora que, como la gracia preveniente había hecho en él que libremente obrara el bien, pues con el libre albedrío había seguido (o cooperado) a esa gracia en la obra, agregó: *sino la gracia de Dios conmigo.* Como si dijera: He trabajado en la buena obra, no yo, pero también yo; pues en cuanto he sido prevenido

por solo Dios, *no yo;* mas en cuanto voluntariamente he correspondido a ese don, *también yo.*

Y dicho esto brevemente contra las afirmaciones de Pelagio y de Celestino, volvamos al orden de la exposición: *Hijo de hombre, ponte en pie y hablaré contigo.*

3. Debemos notar el orden de la locución y de la obra; porque primero aparece la semejanza de la gloria de Dios para que se abata; después le habla para que se levante; luego envía el espíritu de gracia sobreabundante y le levanta y le pone sobre sus pies. Si no viéramos, pues, en la mente algo de la eternidad, nunca nos abatiríamos arrepentidos; mas ya la voz del Señor nos anima, yacentes, a obrar para que nos levantemos a hacer lo que nosotros con las propias fuerzas no podemos hacer.

Luego un mismo espíritu nos llena y nos levanta y nos pone sobre nuestros pies, para que los que hubimos caído, prontos a la penitencia por la culpa, nos mantengamos después rectos en el bien obrar.

Pero el profeta agregó lo que oyó estando en pie, cuando dice (v.2): *Y escuché al que me hablaba,* (v.3) *y decía: Hijo de hombre, yo te envío a los hijos de Israel, a esos gentiles y apóstatas que se apartaron de mí.*

4. El profeta describe lo suyo para significar lo nuestro; porque ¿qué es esto que se le dice a él, caído: *Ponte en pie y hablaré contigo?* Quien hablaba al caído, ¿por qué promete no hablarle sino estando en pie? Porque es de saber que unas son las cosas que debemos oír caídos y otras las que debemos oír levantados; pues al caído se le dice que se levante, y al que está en pie se le manda que debe ir a predicar. De manera que, mientras todavía yacemos envueltos en nuestra debilidad, no se nos debe conceder autoridad para predicar; mas cuando ya estamos en pie obrando bien, cuando ya comenzamos a mantenernos en rectitud, ya es sazón para deber ser enviados a ganar a otros con la predicación.

Estando, pues, en pie el profeta, tuvo la visión espiritual y cayó; pero, una vez caído, recibió el mandato de levantarse; y levantado, oyó la orden de predicar. Es que los que aún nos mantenemos en la cumbre de la soberbia, cuando ya comenzáremos a sentir algo del temor de la eternidad, justo es que caigamos para hacer penitencia; y cuando, reconociendo ya más avisadamente nuestra debilidad, nos abatimos humildes, por la alentadora palabra divina se nos manda levantarnos a obras más fuertes; y cuando ya perseveramos firmes en el bien obrar, necesario es que de donde nosotros nos hemos corregido, de ahí, predicando, levantemos también a otros.

De suerte que al caído no se le manda que vaya a predicar, no sea que destruya con sus obras lo que pudiera edificar con la palabra. Por lo que rectamente se dice también por el Salmista (Ps. 39, 3-4): *Sacóme del lago de la miseria y del inmundo cieno y asentó mis pies sobre la piedra, dando firmeza a mis pasos; púsome en la boca un cántico nuevo, un cántico en loor de nuestro Dios.* Primero,

pues, es sacado del lago de la miseria para que asiente sólidamente los pies sobre la piedra; mas, como a la fe recta debe seguir la obra, sus pasos son dirigidos a fin de que tras de la rectitud de los pasos, esto es, tras de la perfección de la buena obra, recibiera además en su boca el cántico nuevo de la predicación.

Así, por la voz del Redentor cayó postrado Saulo cuando marchaba soberbio a Damasco; y el que había de ser predicador, sin embargo no oyó en seguida que predicara lo que había visto, sino que a él postrado se le dice (Act. 9,7): *Entra en la ciudad y se te dirá lo que debes hacer.* De manera que, cuando está postrado, solamente pudo oír esto: que se levantara y aprendiera lo que oyese.

5. Pero nosotros debemos averiguar: ¿Por qué Ezequiel y Pablo caen de bruces, y del que va a caballo, esto es, del engreído con la gloria de este mundo, se dice: «Caiga hacia atrás el que va sobre él»; y otra vez de los perseguidores del Señor está escrito (Io. 18,6): *Retrocedieron y cayeron en tierra.* ¿Qué es esto que los elegidos caen de bruces, y los réprobos de espaldas, sino que quien cae de espaldas, sin duda cae donde no ve, pero el que cae de bruces ve dónde cae? De suerte que, como los inicuos caen en las cosas invisibles, se dice de ellos que caen de espaldas, porque caen donde no pueden ahora ver lo que después les seguirá; en cambio, los justos, como ellos mismos se abaten voluntariamente en estas cosas visibles para ser levantados a las invisibles, caen como de bruces, porque, compungidos con temor, viendo, se humillan.

6. Mas es de notar que se dice: *Yo te envío a los hijos de Israel, a esos gentiles y apóstatas, que se han apartado de mí.* Como hay dos modos de apartarse de Dios, así de dos modos se hacen apóstatas los hombres; porque cada uno se aparta de su Creador o por la fe o por las obras; luego, así como es apóstata el que se aparta de la fe, así quien vuelve a las malas obras que dejó sin duda alguna será tenido por Dios como apóstata aunque parezca conservar la fe; pues lo uno sin lo otro no puede valer, porque ni la fe sirve sin las obras, ni las obras sin la fe, a no ser acaso que éstas se hagan para alcanzar la fe, como Cornelio, que antes de ser creyente mereció ser oído por sus buenas obras; de donde se deduce que hacía las buenas obras para alcanzar la fe, porque a quien se dice por el ángel (Act. 10,4): *Tus oraciones y tus limosnas han subido arriba hasta el acatamiento de Dios, haciendo memoria de ti,* y en seguida, por razón de esta subida, se le manda que envíe a buscar a Simón, quien, cuando llegue, debe predicarle, cierto que pidió cosa por la que mereció ser oído.

Prosigue: *Sus padres han violado hasta el día de hoy el pacto que tenían conmigo. Son hijos de rostro duro y de corazón indomable esos a quienes yo te envío.*

7. Vedlo; hay una culpa de soberbia, porque han violado el pacto; ved otra de obstinación, porque le han violado hasta el día de hoy; ved en la iniquidad de los hijos culpa grave de imprudencia, porque son de rostro duro, pues no se avergüenzan de

los males que cometen y jamás, ni aun después de la culpa, vuelven a la penitencia, porque son de corazón indomable.

Y puesto que son tan malvados y tan obstinados, ¿quién no echa de ver que la persona del profeta puede ser despreciada de hombres tan perversos? Mas ved que se da autoridad al profeta cuando se agrega: *Y les dirás: Esto dice el Señor Dios.* Cual si claramente dijera: Como, por lo que hace a ti, serás despreciado, es menester que hables de mi boca; para que no seas despreciado tú que eres enviado, al proferir mis palabras, muestra quién te envía.

Prosigue (v.5): *Por si acaso ellos escuchan y por si cesan, porque es ésa una familia contumaz.*

8. Constando que Dios omnipotente sabe todas las cosas, es muy de admirar por qué se dice: *Por si acaso ellos escuchan y por si cesan.* Respecto a lo cual debemos saber que esta expresión dubitativa del Señor no procede de ignorancia, sino que tiene cierta significación; pues ¿quién no sabe que quien todo lo hizo y todo lo ve lo sabe todo? Y la Verdad por sí misma dice en el Evangelio acerca de los predicadores del anticristo (Mt. 24,24): *Harán grandes maravillas y prodigios, por manera que aun los escogidos, si posible fuera, caerían en error.* ¿Por qué se dice esto con duda, siendo verdad que Dios lo sabe antes? Porque una de dos: si son escogidos, no puede ser; y si puede ser, no son escogidos; y, no obstante, se dice: *aun los elegidos, si posible fuera, caerían en error;* luego esta duda de la expresión del Señor respecto a los corazones de los escogidos fué para significar la tentación; porque los que son escogidos para perseverar serán tentados por los prodigios de los predicadores del anticristo, a fin de hacerlos caer. De manera que por esta expresión, *si posible fuera,* se significa que los escogidos serán tentados en el corazón: vacilan, pero no caen. Se dice, pues, *si posible fuera* porque vacilarán; y son, no obstante, llamados escogidos porque no caen. De manera que la expresión dubitativa del Señor significa el azoramiento de la mente en los escogidos, a los cuales llama escogidos porque sabe que perseverarán en la fe y en las buenas obras.

También se dice aquí: *Por si acaso ellos escuchan y por si cesan.* Y se dice *por si acaso* para demostrar que de una gran multitud pocos han de oír. Luego ¿qué significan las palabras de duda del Señor sino los pocos oyentes?

9. Pero es de notar que, después de haber citado las cosas malas de sus padres difuntos, cuando manda al profeta que vaya a los hijos, diga: *Por si acaso ellos escuchan y por si cesan.* ¿Qué expresa el decir *por si acaso ellos,* sino que sus padres, que murieron en la culpa, no quisieron oír?

Reflexionemos nosotros—yo os lo ruego—en la fuerza que tiene esta expresión dubitativa del Señor, que dice: *Por si acaso ellos escuchan.* Claramente habla a nosotros, que, afligidos, oprimidos, presos, hemos perdido todos los bienes que poseíamos en este mundo. Estamos viendo destruídas las ciudades, talados los campos, demolidas las iglesias, y, no obstante, todavía continuamos

las iniquidades de nuestros padres y no nos enmendamos de la soberbia que en ellos hemos visto; y ellos pecaron en medio de los goces, pero nosotros—lo que es más grave—pecamos en medio de los castigos.

Mas he aquí que Dios omnipotente, que juzga las iniquidades, se ha llevado ya a nuestros mayores, ya los ha llamado a juicio; a nosotros todavía nos espera a que hagamos penitencia, aguarda todavía a que volvamos; y habiendo ya juzgado a ellos, a nosotros nos otorga la longánime paciencia suya para no perdernos con nuestros mayores, cuando dice: *por si acaso ellos escuchan y por si cesan, porque es ésa una familia contumaz.*

10. También es llamada contumaz toda alma que, después de haber recibido la fe, persevera o torna a su iniquidad, porque con sus depravadas costumbres rechaza de sí a Dios, a quien por la fe había recibido como morador en ella.

Ahora bien, la casa es habitada por su dueño; luego, si casa, ¿por qué contumaz?; y si contumaz, ¿por qué casa, estando ya deshabitada? Casa, porque en ella había comenzado a habitar Dios por medio de la fe; pero contumaz, porque, habiendo repudiado las malas costumbres, de ella salió para que vacía quede la que antes llenaba el huésped celestial. También por eso, como lo hemos aprendido de labios de la Verdad, el iniquísimo espíritu (Mt. 12,45): *Con otros siete espíritus peores que él encuentra la casa desocupada,* porque llena el alma que carece de virtudes.

11. Prosigue: *Y sabrán que tienen un profeta en medio de ellos.* El conocer a los buenos suele servir a los malos o para ayuda de su salvación o para testimonio de su condenación. Sepan, pues, que en medio de ellos hay un profeta, para que, oyendo su predicación, o sean impelidos a levantarse y convertirse, o sean condenados en sus iniquidades de tal suerte que no tengan excusa.

Continúa (v.6): *Tú, pues, hijo de hombre, no los temas, ni te amedrenten sus palabras, pues tú tienes que haberlas con incrédulos y pervertidores y habitas con escorpiones.*

12. Consta cuán perversos sean aquellos a quienes se le manda predicar, puesto que se le aconseja que no los tema; y porque todos los depravados y perversos hacen otras iniquidades con los que les predican cosas buenas y hasta los amenazan con otras por aquello bueno que hacen, se dice: *no los temas;* y por las amenazas que les dirigen se agrega: *ni te amedrenten sus palabras.* O bien, porque los réprobos y los inicuos infieren males a los buenos y siempre quitan autoridad a los actos de ellos, al profeta enviado se le amonesta que no tema ni su crueldad ni su furor y que no tema sus palabras.

En decir al profeta: *No temas,* se le autoriza para predicar; y porque todos los que vivimos en Dios somos órganos de la verdad, de tal manera que muchas veces me habla a mí por otros y otras veces a otros por mí, tal debe ser en nosotros la autoridad de la divina palabra, que quien preside la predique libremente y el súbdito no rehuya hablar humildemente lo que es bueno; pues lo bueno que

el inferior dice al superior, entonces es bueno cuando se dice con humildad, porque, si la rectitud en el sentir carece de humildad en el hablar, en la rama de la lengua se viciará la raíz del sentir; vicio que ya no procede de la rama, sino que está en la raíz, porque, si no se ensoberbeciera el corazón, no se engreiría la lengua.

Por lo tanto, para hablar debe haber autoridad humilde en el superior y humildad libre en el inferior.

Pero es el caso que con frecuencia entre los hombres se trueca el modo de hablar, según ya lo hemos dicho mucho más arriba; pues a veces el que habla impelido por la hinchazón de la soberbia piensa que habla en virtud de la autoridad que le concede su autoridad, y a veces otro calla por un necio temor y piensa que calla por humildad; aquél, atento a su puesto de mando, no se da cuenta de que siente altanería; éste, considerando su posición de súbdito, teme decir lo bueno que siente y desconoce cuánto falta a la caridad callando. [13.] Así, pues, la soberbia se cubre con la autoridad, y el temor humano con la humildad, hasta el punto de no poder considerar el uno lo que debe a Dios ni el otro lo que debe al prójimo, porque aquél mira a los que le son súbditos y no atiende a Aquel a quien todos están sujetos; yérguese en elación y hace gula de su envanecimiento, como si ello fuese autoridad. Este, en cambio, a veces, cuando teme perder la gracia del superior y que por ello tenga que sufrir algún daño temporal, oculta la rectitud que tiene, y al temor que le constriñe, calladamente para sí le llama humildad; pero tácitamente en su pensamiento juzga a aquel a quien nada quiere decir; y sucede que en lo que se tiene por humilde, en eso se hace más gravemente soberbio. Por consiguiente, deben siempre distinguirse la libertad y la soberbia, la humildad y el temor, a fin de que ni el temor aparente humildad ni la soberbia libertad.

Por eso a Ezequiel, como era enviado a hablar no sólo al pueblo, sino también a los ancianos, para que, incauto, no tuviese el temor por humildad, se le advierte que no debe temer, cuando se le dice: *No los temas;* y para que no le amedrenten acaso sus palabras de desprecio, se agrega: *ni te amedrenten sus amenazas;* [14.] y además se añade la causa por la que no debe temer las amenazas de los que le desprecien, cuando en seguida se agrega: *porque tienes que haberlas con incrédulos y pervertidores y habitas con escorpiones.*

Debieran, sí, ser temidos aquellos a quienes se le manda hablar, si hubieran sido gratos a Dios omnipotente; pero, como son incrédulos y pervertidores y despreciadores de sus palabras, no se les debe temer; porque harto necio es querer agradar a quienes sabemos que no agradan al Señor. Deben temerse y reverenciarse los juicios de los justos, porque son miembros de Dios omnipotente, y ellos condenan en la tierra lo que Dios reprende desde el cielo.

En efecto, el desprecio de los perversos es la aprobación de nuestra vida, porque ya se manifiesta que tenemos algo de la justicia los que comenzamos ya a desagradar a los que no agradan a Dios; pues nadie puede, en una misma cosa, ser grato a Dios om-

nipotente y a sus enemigos, porque quien da gusto a los enemigos de Dios se declara enemigo de Dios, y será contrario a los enemigos de la verdad quien de voluntad se somete a la verdad. De ahí que los varones santos, cuando reprendían enardecidos no temían, con sus libres increpaciones, suscitar contra sí las iras y los odios de aquellos de quienes saben que no aman a Dios. Lo cual da a conocer vivamente el profeta, presentándolo como un don al Creador de todo cuando dice (Ps. 138,21-22): *¿No es así, Señor, que yo he aborrecido a los que te aborrecían? ¿Y no me consumía interiormente por causa de tus enemigos? Odiábalos con odio perfecto y los miré como a enemigos míos.* Como si claramente dijera: Considera cuánto te amo, que no temo excitar contra mí las enemistades de tus enemigos.

De ahí que otra vez diga (Ps. 37,21): *Los que vuelven mal por bien murmuraban de mí porque seguía la virtud.* Mucho bien hace el justo cuando contradice libremente a los que obran mal; mas los perversos vuelven mal por bien cuando desprecian a los justos porque defienden la justicia en contra de ellos. Y es que los justos no atienden a los juicios humanos, sino al juicio del Juez eterno; y por eso desprecian las palabras de burla. Y por eso decía Pablo a los corintios sus burladores (1 Cor. 4,3): *Por lo que a mí toca, muy poco se me da el ser juzgado de vosotros o en cualquier juicio humano;* el cual, aun no hallando en su conciencia de qué reprenderse, añadió: *Pues ni aun yo me atrevo a juzgarme a mí mismo;* y, viendo que ni su propio juicio bastaría para la santidad perfecta, agregó: *No por eso me tengo por justificado;* y da la razón de por qué ni de sí mismo se fía, añadiendo: *Pues quien me juzga es el Señor.* Como si claramente dijera: Creo que no debo fiarme de mi propio juicio, porque me juzga Aquel cuyo juicio yo no comprendo.

De ahí que el santo Job, cuando en medio de los dolores de las llagas sufría los dardos de las palabras, las lenguas de sus amigos que le despreciaban, con el pensamiento recurre en seguida a la conciencia, y miró a ver dónde tendría segura el alma, diciendo (Iob 16,20): *Mira que mi testigo está en el cielo y allí arriba reside el que me conoce a fondo;* y él mismo añade: *Mis amigos son unos habladores; a Dios es a quien recurren, deshechos en lágrimas, mis ojos.*

15. De manera que, en todo lo que se dice de nosotros, debemos, callando, recurrir al interior de nuestra alma y allí buscar al testigo y juez interior, porque ¿qué aprovecha el que todos alaben cuando la conciencia acusa, o qué puede perjudicar el que todos nos desprecien y sólo nos defienda la conciencia?

He ahí por qué el santo Job, persistiendo sin que flaquee su ánimo entre las lenguas de los burladores, ya que se ve impugnado en la tierra con falsas razones, buscó en el cielo un testigo. De ahí el que Isaías dice (Is. 3,12): *Pueblo mío, los que te llaman bienaventurado, ésos son los que te traen engañado y destruyen el camino que tú debías seguir.* Esto es, para que el pueblo no hiciera caso de las alabanzas y no pereciera más gravemente en las culpas, en seguida se le dice a quién debe atender y cúyo juicio debe temer, cuando se añade (v.13): *El Señor se presenta para hacer justicia, se presenta*

para juzgar a los pueblos; cual si claramente se dijera: ¿Por qué te atienes a los juicios humanos tú que sabes estar sobre ti el juez celestial?

16. He ahí por qué la Verdad afirma que Juan el Bautista no es una caña agitada por el viento, cuando dice (Mt. 11,7): *¿Qué salisteis a ver en el desierto, una caña agitada por el viento?* Y que esto lo preguntó no afirmándolo, sino negándolo, compruébanlo las siguientes palabras, pues dice (v.8): *¿Qué salisteis a ver, un hombre vestido con lujo y afeminación? Ya sabéis que los que visten así en palacios de reyes están.*

La caña agitada por el viento, con los soplos, ora se yergue, ora se inclina; pues bien, todo ánimo débil, que o con las burlas se abate o con los aplausos se exalta, es caña agitada por el mundo; lo cual no era Juan, porque se mantenía inflexible en lo más elevado de su mente, en medio de las alabanzas y de las burlas de los hombres.

17. Pero requiere gran estudio esto: si es que, para mantenernos en el camino de bien obrar, debemos siempre despreciar o no hacer caso de las palabras de los burladores, o si alguna vez debemos reprimirlas.

Acerca de lo cual es de saber que, así como nosotros no debemos excitar de propósito la lengua de los detractores para que no perezcan, así, cuando son excitados por su malicia, debemos tolerarlos ecuánimes para acrecentar nuestro mérito; pero también debemos reprimirlas alguna vez, no sea que, esparciendo malas cosas de nosotros, corrompan los corazones de los inocentes que podrían escucharnos para el bien.

De ahí es que San Juan confunda la lengua de sus detractores, diciendo (3 Io. 9-10): *Ese Diótrefes, que ambiciona la primacía entre los demás, nada quiere saber de nosotros; por tanto, si voy allá, yo residenciaré sus procedimientos, haciéndole ver cuán mal hace en ir vertiendo especies malignas contra nosotros.* Y de ahí que otra vez hable San Pablo acerca de los corintios detractores, diciendo (2 Cor. 10, 10-11): *Ya que ellos andan diciendo: las cartas, sí, son graves y vehementes, pero el aspecto de la persona es ruin y su lenguaje despreciable, sepa quien así habla que, cuando nos hallemos presentes, obraremos de la misma manera que hablamos en nuestras cartas cuando estamos ausentes.*

18. De manera que aquellos cuya vida está puesta por ejemplo que imitar, deben, si les es posible, reprimir los dichos de sus detractores, para que no suceda el que no hagan caso de su predicación los que pudieran oírlos y, permaneciendo en sus malas costumbres, no se cuiden de vivir bien.

Pero esto requiere un detenido estudio, a fin de que el ánimo se examine a sí mismo, no sea que tal vez busque la gloria de su alabanza y nuestro pensamiento se finja que busca las almas; pues con frecuencia el ánimo gusta alimentarse con que se alabe su nombre, y, bajo pretexto de las ganancias espirituales, gózase cuando sabe que dicen de él cosas buenas.

También muchas veces se irrita contra sus detractores en defensa de su gloria y se finge a sí mismo que esto lo hace por celo de aquellos cuyos corazones aparta del buen camino la palabra del detractor. Por consiguiente, los que, examinando delicadamente su conciencia, en ella encuentran no tener apego alguno a la gloria privada, deben cuidar con la mayor diligencia que no prevalezcan contra su fama las palabras de los detractores.

19. De ahí el que alguna vez los justos y perfectos publican sus virtudes y cuentan los bienes que de Dios han recibido, no para con su ostentación sacar ventajas entre los hombres, sino para atraer con su ejemplo a que vivan bien aquellos a quienes ellos predican. Por eso el apóstol San Pablo (1 Cor. 11) narra a los corintios cuántas veces fué azotado, cuántas apedreado, cuántas naufragó, cuánto sufrió por la verdad, que fué arrebatado hasta el tercer cielo y que fué conducido al paraíso; y lo hace para apartarlos de los falsos predicadores; de modo que, dándoles a conocer cómo era él, tuvieran en menos a aquellos a quienes él sabía que ellos veneraban sin razón.

Cuando los perfectos hacen esto, es decir, cuando publican sus virtudes, son también imitadores de Dios omnipotente, que publica sus glorias a los hombres para que todos le conozcan.

Ahora bien, mandando la Sagrada Escritura, que dice (Prov. 27,3): *La boca de otros, no la tuya, sea la que te alabe,* ¿cómo El mismo hace lo que prohibe? Pues porque, si Dios omnipotente callara sus alabanzas, ninguno le conocería; si nadie le conociera, nadie le amaría, y si ninguno le amara, ninguno llegaría a la vida. Por eso también de El se dice por el profeta (Ps. 110,6-7): *Manifestará a su pueblo las obras de su poder, para darle la herencia de las naciones.* [20.] Luego publica sus virtudes, no para agradarse a sí mismo con las alabanzas, sino para que los que le conocieron por sus alabanzas lleguen a la herencia eternal.

Asimismo, los justos y los perfectos, no sólo cuando reprochan las palabras con que son vituperados, sino también cuando refieren a los flacos las virtudes que tienen, tampoco son reprensibles, porque lo que pretenden al referir su vida es conquistar para el cielo las almas de los otros. Con todo, es de saber que éstos jamás descubren sus virtudes a no ser que, como hemos dicho, o la utilidad de los prójimos o una grave necesidad ciertamente lo exijan. Por eso el apóstol San Pablo, después de haber enumerado sus virtudes a los de Corinto, añadió (2 Cor. 12,11): *Estoy hecho un mentecato* con tanto alabarme, *pero vosotros me habéis forzado a ello.*

Mas a veces ocurre que, obligados por la necesidad, en las cosas buenas que refieren busquen, no la utilidad de los otros, sino la suya propia; así el santo Job enumera sus obras, diciendo (Iob 29,15-16): *Era yo ojos para el ciego y pies para el cojo; era el padre de los pobres y me informaba con la mayor diligencia de los pleitos de que no estaba enterado;* y hace mención de otras muchas cosas que había hecho. Pero, como, hallándose llagado y dolorido, increpábanle sus amigos diciendo que él había obrado como un impío, que había sido insolente con los prójimos y opresor de los pobres, el santo varón,

encontrándose entre los azotes de Dios y las palabras humanas de acusación, advirtió su mente gravemente sacudida e impelida al foso de la desesperación; y próximo ya casi a caer si no trajera a la memoria lo bueno que había hecho, lo trae para volver su ánimo a la esperanza, no fuera a ser que, oprimido por las palabras y por las llagas, cayera en la desesperación. Luego el enumerar sus buenas obras no es por el deseo de que lo conozcan para que le alaben, sino para dar alientos a su alma con la esperanza.

De manera que los justos, así como a veces publican sin arrogancia lo bueno que hacen, así también, sin celo por la propia gloria, desmienten los dichos de sus detractores, porque propalan noticias perniciosas; pero, cuando no pueden desmentirse los dichos de los detractores, entonces no hay más que aguantarlo con ecuanimidad.

Mas no hay que temer los dichos de los detractores, no sea que, por miedo al vituperio de los perversos, se deje el camino de la rectitud. Por eso ahora al profeta Ezequiel se le dice: *No temas sus palabras, porque son incrédulos y pervertidores para contigo.*

21. Menor mal sería si estos que son incrédulos no fueran además pervertidores; porque, como éstos no creen que hay premios del reino de los cielos ni suplicios del infierno, si se los deja en su embotamiento, apartan a otros también de la fe y del bien obrar para que tampoco los otros consigan el reino que ellos mismos no quieren apetecer; porque éstos, cuando saben que algunos más jóvenes comienzan a obrar el bien y ya evitan el mal, ora haciendo burla de lo que se promete en los cielos, ora despreciando los suplicios del infierno, con que amenaza Dios omnipotente, ya alabando los bienes temporales y prometiendo con astuta persuasión los placeres del presente siglo, pervierten las almas de los inocentes y desvían los caminos de éstos; gozan cuando pueden apartar de la vida a otros y conducirlos a la muerte; alégranse en sus propias maldades y saltan de gozo con las ajenas. Sin duda no les basta su castigo a estos que hacen por no morir solos.

Mas, si acaso encuentran algún justo de tanta virtud ya que no se atrevan a llevarle la contra, ya que no puedan pervertirle, se hacen escorpiones. El escorpión anda acariciando, pero hiere con la cola, y no muerde de frente, sino que daña con la parte posterior. Luego son escorpiones todos los aduladores y maliciosos, que no resisten a los buenos a la cara, pero que en cuanto se apartan los desacreditan; a los otros que pueden los irritan, los causan todo el daño que pueden y no dejan de infiltrar ocultamente su ponzoña.

Son, pues, escorpiones los que a la cara parecen lisonjeros e inofensivos, mas por detrás llevan veneno que difundir. De modo que los que hieren ocultamente es como que traen oculta la muerte. Y por eso se dice por el salmista (Ps. 117,12): *Rodeáronme como abejas y ardieron en ira como fuego que prende en espinos.* Ahora bien, la abeja tiene miel en la boca, pero con el aguijón de la cola hiere; y todos los que halagan con la lengua, pero oculta y maliciosamente hieren, son abejas, porque hablando muestran la dulzura de la miel, pero hiriendo ocultamente infieren el daño. Haciendo esto arden en

ira como el fuego en el espino, porque por las llamas de los detractores se quema, no la vida de los justos, sino las apariencias de pecados que pudiera haber en ellos.

Dígase, pues, *son incrédulos y pervertidores y habitas con escorpiones;* esto es, incrédulos para con Dios, pervertidores para con los prójimos débiles, pero escorpiones aun para con los fuertes y robustos, a los cuales, aunque a la cara no se atreven a contradecir, mas ocultamente infieren la herida del descrédito. En efecto, son a la vez incrédulos, pervertidores y escorpiones, porque no creen lo que han oído acerca de Dios, apartan de las buenas costumbres a aquellos sobre los que prevalecen y hieren con ocultos manejos a quienes no pueden doblegar.

22. En lo cual es también de notar que cuando al profeta se le dice: *son incrédulos y pervertidores y habitas con escorpiones,* se ofrece a nosotros medicina de consuelo, porque muchas veces causa tedio el vivir cuando no queremos habitar con los malos; nos quejamos de por qué no son buenos los que viven con nosotros; no queremos soportar lo malo de los prójimos; juzgamos que ya debían ser todos santos, sin querer que haya cosa que aguantar de los prójimos.

Pero aquí aparece más claro que la luz que, mientras rehuímos soportar a los malos, es muy poco bueno lo que todavía tenemos nosotros; pues no es perfectamente bueno sino quien fuere bueno con los malos. Por eso el santo Job afirma de sí mismo (Iob 30,29): *Soy como hermano de los dragones y compañero de los avestruces.* Por eso el apóstol Pablo dice a sus discípulos (Phil. 2,15): *En medio de una nación depravada y perversa, en donde resplandeceréis como lumbreras del mundo.* Por eso Pedro, pastor de la grey del Señor, dice (2 Petr. 2,7-8): *Libertó al justo Lot, a quien estos hombres abominables afligían, pues conservaba puros sus ojos y oídos, habitando entre aquellos que a diario sin cesar atormentaban con obras detestables su alma pura.*

Sin embargo, muchas veces, cuando nos quejamos de la vida de los prójimos, ponemos empeño en cambiar de lugar, escoger una vida secreta y retirada, ignorando, claro está, que, donde falta el espíritu, el lugar no sirve de ayuda; pues el mismo Lot, de quien hablamos, mantúvose santo en Sodoma y en el monte pecó. Y que los lugares no preservan las almas, atestígualo el primer padre del género humano, que aun en el mismo paraíso cayó; pero lo menos es lo que contamos de la tierra, porque si el lugar pudiera salvar, Satanás no habría caído del cielo.

De ahí que el Salmista, viendo que en este mundo hay tribulaciones, buscó un lugar adonde huir, pero fuera de Dios no le halló seguro; por lo que, además, pidió que se le hiciera ese lugar, por el cual suspiró cuando decía (Ps. 30,3): *Sé para mí un Dios tutelar y un alcázar de refugio para ponerme a salvo.*

Deben, pues, ser tolerados dondequiera los prójimos, porque no puede hacerse un Abel donde no le ejercita o prueba la malicia de un Caín.

23. Una sola razón hay por la que se debe evitar la compañía de los malos: el que, si acaso no pueden ser corregidos, arrastren a imitarlos, porque, no enmendando ellos su malicia, pervierten a los que les estuvieron unidos. Por eso San Pablo dice (1 Cor. 15,33): *Las malas conversaciones corrompen las buenas costumbres;* y como se dice por Salomón (Prov. 22,24-25): *No tengas amistad con el hombre iracundo ni te acompañes con el furioso, no sea que imites sus procederes y des a tu alma ocasión de ruina.*

De manera que, así como los varones perfectos no deben huir a los prójimos perversos, ya que con frecuencia los atraen a la rectitud y ellos nunca son arrastrados a la perversidad, así los débiles deben evitar la compañía de los malos, no sea que vengan a complacerse en el imitar el mal que con frecuencia están viendo y que no pueden corregir; pues al modo que aspirando e inspirando atraemos el aire al cuerpo, así oyendo continuamente las palabras del prójimo se nos adhieren al alma; y como el aire malo atraído con la constante respiración inficiona al cuerpo, así la perversa conversación asiduamente oída inficiona el alma de los débiles hasta hacerla morir en el deleite de la mala obra por causa de la maldad de la conversación asidua.

24. Prosigue: *No temas sus palabras ni te amedrenten sus rostros, pues ella es una familia rebelde.* Débese temer el ofender a los buenos, no sea que por ellos se le provoque a ira a Aquel que habita siempre en sus corazones; pues según hemos dicho más arriba, si no debemos temer cuando ofendemos a los malos, porque nuestras acciones desagradan a aquellos a quienes tampoco agrada la justicia del Creador, ¿por qué hemos de temer que nos sean ingratos los que no son gratos a Dios? He ahí por qué ahora se dice: *No temas sus palabras ni te amedrenten sus rostros, pues ella es una familia rebelde.* Cual si claramente dijera: Serían de temer si no me irritasen con sus obras.

De los cuales todavía se agrega (v.7): *Tú, pues, les repetirás mis palabras, por si acaso escuchan y cesan, porque es gente a propósito para irritar.*

25. ¿Qué otra cosa hace quien peca sino concitar contra sí la ira de su Creador? Y sabemos que cuantas veces delinquimos de obra, de palabra o de pensamiento, otras tantas irritamos a Dios contra nosotros. Y, sin embargo, aguanta y espera clemente con paciencia; además, por medio de sus predicadores se adelanta a exhortarnos. Así, pues, todo el que predica rectamente, si es oído, aplaca la ira del Creador, irritado contra el pueblo prevaricador. De ahí la necesidad de que él mismo obre mal, lo que suele avivar el furor de su Creador contra el pueblo.

26. Por lo que, además, se añade (v.8): *Empero, tú, hijo de hombre, escucha todo cuanto te digo y no seas rebelde, como lo es esta familia.* Esto es, no hagas tú el mal que ves hacer, no sea que hagas tú lo que te esfuerzas en prohibir.

Todo pecador, pues, debe reflexionar atentamente, a fin de que quien ha sido enviado a levantar a los caídos no caiga él mismo con

ellos en la obra perversa y le hiera esta sentencia de San Pablo, que dice (Rom. 2,1): *En lo que condenas a otros te condenas a ti mismo.* Por eso Balaam, lleno del espíritu de Dios para que hablara, pero, sin embargo, detenido en la vida carnal por su propio espíritu, habla de sí mismo, diciendo (Num. 2,4): *Palabra del que ha oído la palabra de Dios, del que ha conocido la doctrina del Altísimo, del que ha caído, y con eso ha abierto los ojos.* Cayendo, ha abierto los ojos quien vió lo recto que debía decir, pero no quiso ver rectamente; es a saber: cayendo en la obra perversa y teniendo los ojos abiertos en la santa predicación.

27. Pero puede entenderse otra cosa: ¿Por qué se prohibe ser rebelde al santo Ezequiel, que es enviado a predicar? Porque, si no obedeciera cuando es enviado a predicar la divina palabra, con su silencio el profeta habría irritado a Dios omnipotente, igual que el pueblo con sus malas obras; pues así como los malos irritan a Dios porque hablan u obran mal, así los buenos algunas veces le irritan porque callan lo bueno; la culpa de aquéllos está en obrar lo malo; la de éstos, en callar lo bueno. También los buenos irritan a Dios igual que los malos en esto: en que, no reprobando lo malo, con su silencio los dejan libres para continuar.

Prosigue: *Abre tu boca y come todo lo que yo te doy.*

28. Abrimos nuestra boca cuando hablamos rectamente, y también entonces comemos lo que de Dios recibimos; porque, cuando comenzáremos a predicar, se da y crece en nuestros sentidos el alimento de vida. Por eso otro profeta dice (Ps. 118,131): *Abrí mi boca y atraje el espíritu.* No atraería, pues, el aire si no abriera la boca; porque, si no se empleara en predicar a los prójimos, no crecería en él la gracia de la doctrina.

29. Sigue (v.9): *Y miré y he aquí una mano extendida hacia mí, la cual tenía un libro arrollado, y lo abrió delante de mí, y estaba escrito por dentro y por fuera.*

Así como por el profeta se designa el orden de los predicadores, así por el libro que recibió se significan las Sagradas Escrituras; pues libro arrollado es el lenguaje obscuro de la Sagrada Escritura, la cual está envuelta en la profundidad de sus sentencias, de tal suerte que no la penetran fácilmente todas las inteligencias.

Pero se abre el libro delante del profeta, porque la obscuridad de la sagrada palabra se disipa ante los predicadores.

La mano de Dios había alargado el libro, cuando el Salvador decía (Mt. 13,24-26): *El reino de los cielos es semejante a un hombre que sembró buena semilla en su campo; pero, al tiempo de dormir los hombres, vino cierto enemigo suyo y sembró cizaña en medio del trigo y se fué. Estando ya el trigo en hierba y apuntando la espiga, descubrióse también la cizaña,* y lo que resta, que, aun callándolo yo, vuestra caridad lo recuerda. Mas el libro que había mostrado arrollado, lo abrió cuando expuso esto que decía por enigma, diciendo (Mt. 13,37-40): *El que siembra la buena semilla es el Hijo del hombre; el campo es el mundo; la buena simiente son los bienes del reino; la cizaña son los hijos del maligno; el enemigo que la sembró*

es el diablo; la siega es el fin del mundo; los segadores son los ángeles. Y así como se recoge la cizaña y se quema en el fuego, así sucederá al fin del mundo.

De manera que el libro arrollado se muestra abierto cuando lo que se había dicho obscuramente se declara, exponiendo su sentido.

Este libro arrollado lo abrió la Verdad cuando hizo con los discípulos lo que está escrito (Lc. 24,27): *Entonces les descubrió el sentido para que entendieran las Escrituras.*

30. Y de este libro todavía se añade: *El cual estaba escrito por dentro y por fuera;* pues el libro de la Sagrada Escritura está escrito por dentro alegóricamente y por fuera históricamente; por dentro, en sentido espiritual, y por fuera, en el sentido corriente y llano de la letra, cual corresponde a los todavía débiles; interiormente, porque promete las cosas invisibles; por fuera, porque, con la rectitud de sus preceptos, dispone las cosas visibles; por dentro, porque promete las cosas celestiales; por fuera, porque ordena cómo se han de usar y cómo se han de apartar del deseo las despreciables cosas terrenas. Habla, pues, unas cosas relativas a los secretos celestiales y manda otras relativas a los actos exteriores. Y por cierto que las que manda por fuera están patentes, pero lo que narra por dentro no puede comprenderse plenamente. Por eso está escrito (Ps. 103,2 y 3): *Extendiste los cielos como un pabellón y cubriste de aguas la parte superior de ellos.*

¿Qué se significa por los cielos sino la Sagrada Escritura, por medio de la cual nos alumbran el Sol de la Sabiduría, la luna de la ciencia y las estrellas de los ejemplos y virtudes de los antiguos padres?

Y se extiende como un pabellón porque, hecha a nuestros ojos a modo de lengua de carne por sus escritores, se despliega al ser expuesta por las palabras de los doctores.

¿Y qué se designa con el nombre de aguas sino los coros santísimos de los ángeles? Acerca de los cuales está escrito (Ps. 148,4): *Alaben el nombre del Señor todas las aguas que están sobre el firmamento.* Luego el Señor cubre con aguas lo alto de este cielo, porque lo elevado de la Sagrada Escritura, esto es, lo que narra de la naturaleza divina y de los gozos eternos, cosas todavía ignoradas por nosotros, solamente son conocidas de los ángeles en secreto. De manera que este cielo se extiende ante nosotros y, sin embargo, lo más alto de él está cubierto de aguas; es decir, que también algunas cosas de la Sagrada Escritura nos son ya patentes por la exposición de su sentido; pero otras, que sólo a los ángeles pueden estar manifiestas, para nosotros se guardan ocultas aún.

Sin embargo, de estas cosas ocultas, parte entendemos en sentido espiritual, o bien recibimos del Espíritu Santo señales los que todavía no conocemos plenamente estas cosas y, no obstante, las amamos de corazón y, en los mudos sentidos espirituales que ya conocemos, nos alimentamos con el pasto de la verdad.

31. Diga, pues, que *estaba escrito por dentro y por fuera,* porque en la Sagrada Escritura los fuertes se sacian con los dichos

más ocultos y más sublimes, y nosotros los párvulos nos nutrimos con los preceptos más patentes. Por eso está escrito (Ps. 103,18): *Los altos montes sirven de asilo a los ciervos; los peñascos, de madriguera a los erizos.*

Tengan, pues, montes de inteligencia los que ya han aprendido a dar saltos de contemplación; pero sean los peñascos el refugio de los erizos, porque nosotros, párvulos y cubiertos con los espinos de nuestros pecados, ya que no podamos entender las cosas elevadas, nos salvamos en el refugio de la piedra, esto es, en la fe de Cristo. Por lo que también se dice a algunos (1 Cor. 2,2): *No me he preciado de saber otra cosa entre vosotros sino a Jesucristo, y éste crucificado.* Como si dijera: Porque he pensado que vosotros no podíais comprender los misterios de su divinidad, os he hablado solamente de las debilidades de su humanidad.

Prosigue: *Y lo que en él se hallaba escrito eran lamentaciones y canciones y ¡ay de!, ¡ay de!,* o amenazas.

32. No hay duda que la canción se toma a veces en buen sentido y a veces en malo; porque podemos decir: canción alegre y canción lúgubre; pero nosotros tomamos aquí la canción en buen sentido, siguiendo la costumbre de la Escritura, que casi siempre suele poner un cántico en los sucesos prósperos. Así, cuando Dios omnipotente salvó a su pueblo del mar Rojo, escrito está (Ex. 15,1): *Entonces Moisés y los hijos de Israel entonaron este cántico al Señor.* Y cuando David obtuvo de los enemigos la victoria, escrito está (2 Reg. 22,1): *Cantó David asimismo al Señor las palabras de este cántico.*

También Salomón dice (Prov. 25,20): *Cantar canciones a un corazón afligido es como echar vinagre en el nitro.* Pues, si se echa vinagre en el nitro, en seguida el nitro hierve y entra en ebullición; y el alma perversa, cuando se la corrige increpándola o bien se la inculcan cosas buenas por medio de la dulzura de la predicación, con la corrección se hace peor y se abrasa en la iniquidad de la murmuración precisamente con lo mismo que debía retraerla de la iniquidad.

Asimismo, por Elihú se dice del ingrato y que se desespera (Iob 35,10): *Mas ninguno dijo: ¿Dónde está el Dios que me crió, el cual inspira cánticos en la noche?* En efecto, cántico en la noche es la alegría en la tribulación. Recibimos un cántico en la noche cuando, con los gozos futuros, nos consolamos de las angustias presentes.

Mostrábanos un cántico el Apóstol cuando decía (Rom. 12,12): *Alegraos con la esperanza, sed sufridos en la tribulación.* David indica tener un cántico en la noche cuando dice (Ps. 31,7): *Tú eres mi asilo en la tribulación que me tiene cercado. Tú, alegría mía, líbrame de los que me tienen rodeado.* El que refiere que está cercado de la tribulación y, sin embargo, llama a Dios *alegría mía,* sin duda canta un cántico en la noche.

Luego, como la Sagrada Escritura ha acostumbrado a poner

casi siempre un cántico en lo bueno, así debemos nosotros entenderlo en este lugar.

33. En cambio, el *¡ay de!* en la Sagrada Escritura suele entenderse del llanto eterno con mayor frecuencia que del presente. Por eso está escrito (Is. 3,9): *¡Ay del impío en su maldad, porque se le dará el castigo merecido por sus obras!* Y el santo Job habla diciendo (Iob 10,15): *Si yo fuera un impío, ¡ay de mí!, y si justo, no levantaré cabeza estando como estoy saturado de aflicciones y de miserias.*

Ahora bien, la aflicción de los justos es temporal; luego quien mostró que el justo tiene aflicción y el impío *¡ay de mí!*, distinguió el *¡ay de mí!* de la aflicción temporal.

También la Verdad dice por sí misma: *¡Ay del mundo a causa de los escándalos!*, y *¡Ay de vosotros los que ahora reís, porque lloraréis!*, y *¡Ay de las que en aquellos días estén de parto y amamantando!*

Por consiguiente, nosotros debemos pensar cómo están escritas en el Sagrado Libro estas tres cosas: lamentaciones, canciones y ayes. [34.] Es a saber: las lamentaciones, porque en él está escrita la penitencia de los pecadores; canciones, porque allí se anuncian por anticipado los gozos de los justos; y los ayes, porque allí está expresada la condenación de los réprobos.

Luego, para que castigues los pecados o hagas penitencia de ellos, lee las lamentaciones que en este libro están escritas (Ioel 2): *Rasgad vuestros corazones y no vuestros vestidos;* y en otro lugar (Iac. 4,9): *Plañid y sollozad; truéquese vuestra risa en llanto, y el gozo en tristeza.*

Ahora, para que te llenes de alegría con la promesa del futuro gozo, conoce los cánticos de alabanza eterna que en este libro están escritos (Ps. 83,5): *Bienaventurados, Señor, los que moran en tu casa; alabarte han por los siglos de los siglos.* Y como de la Jerusalén celeste se dice por un sabio (Tob. 13,22): *Todas sus calles serán enlosadas de piedras blancas y relucientes, y en todos sus barrios se oirán cantar aleluyas.* Este cántico de la patria celeste habían venido a cantarnos sus ciudadanos, los cuales clamaban acordes (Lc. 2,14): *Gloria a Dios en lo más alto de los cielos y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad.*

Pero si todavía estás pegado al presente siglo, si todavía te deleitas en los placeres terrenos, no puedes gozar los bienes eternos de que oyes hablar. Conoce, por tanto, en este libro el *¡ay de ti!* que en él está escrito, y, por el temor, arroja de tu alma lo que amas, para que puedas con razón amar el cántico que lees. Allí, en efecto, bajo la figura de un condenado está representada la multitud de réprobos, cuando con voz de la Verdad se dice (Mt. 22,13): *Atado de pies y manos arrojadle a las tinieblas exteriores, donde no habrá más que llanto y crujir de dientes.* Entonces, pues, caen los réprobos en las tinieblas exteriores, porque ahora se arrojaron ellos voluntariamente en las interiores por no seguir la luz de la verdad, ni creyendo ni obrando el bien.

Y se manda que sean arrojados a las llamas atados de pies y manos, porque ahora, que es tiempo de obrar y de correr, no quisieron tener libres las manos y los pies para obrar y para correr.

Allí está escrito de los réprobos (Is. 66,24): *Su gusano no muere y su fuego no se extinguirá.* Allí a los condenados y rechazados se dice (Mt. 25,41): *Apartaos de mí, malditos; id al fuego eterno, que fué destinado para el diablo y sus ángeles.*

En este libro escrito está todo lo que edifica, todo lo que instruye. ¿Así que pecaste y ya te pesa de haber cometido lo ilícito?; para que aprendas a hacer penitencia, allí encuentras lamentos; ¿deseas reanimar el espíritu con la esperanza de los gozos celestiales?; allí encontrarás canciones para tu consuelo; pero si has perpetrado el mal y no te pesa de haberlo cometido, sino que yergues la cerviz del alma y no te mueves a lamentación alguna de penitencia ni te corriges con alguna esperanza de los gozos celestiales, quieras o no quieras, has de oír el *¡ay de ti!*, allí escrito para que aquel a quien no humilla el temor para la penitencia, ni la esperanza le levanta a los premios eternos, vea ya de antemano la pena de su condenación y caiga sin excusa en el suplicio eterno.

35. Por consiguiente, hermanos, ¿qué es lo que debemos hacer nosotros, míseros, sino estar atentos a las palabras de este libro y castigar con lágrimas el mal que nos acordamos haber cometido, a fin de que por los lamentos de la penitencia lleguemos al cántico de la vida? No sea que, si ahora no queremos afligirnos, tengamos que estar sintiendo después y sin fin el *¡ay de mí!*

Y no nos abata en la desesperación la multitud de nuestras heridas, porque mayor es el poder del médico que la magnitud de nuestra enfermedad; pues ¿qué hay que no pueda remediar para la salud quien de la nada pudo crearlo todo?

En efecto, el Unigénito es coeterno con el Padre omnipotente, el cual vive y reina con El en unidad del Espíritu Santo por todos los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA X

(Ez. 3,1-14)

3 [1] *Díjome el Señor: Hijo de hombre, come cuanto hallares; come ese volumen y ve a hablar a los hijos de Israel.* [2] *Entonces abrí mi boca y dióme a comer aquel volumen.* [3] *Y díjome: Hijo de hombre, con este volumen que yo te doy, tu vientre se alimentará y llenaránse tus entrañas. Comíle, pues, y hallóle mi paladar dulce como la miel.* [4] *Y díjome él: Hijo de hombre, anda y anuncia a la familia de Israel mis palabras;* [5] *porque no eres enviado tú a un pueblo de extraño lenguaje y de idioma desconocido, sino a la casa de Israel;* [6] *ni a varias naciones cuyo hablar te sea desconocido y extraña su lengua, cuyas palabras no puedes entender; que, si a éstos fueres tú enviado, te escucharían.* [7] *Mas los de la casa de Israel no quieren escucharte, porque*

ni a mí mismo quieren oír; pues la casa toda de Israel es de frente descarada y de corazón endurecido. 8 *He aquí que yo te daré un rostro más firme que el rostro de ellos y una frente más dura que la frente suya.* 9 *Te daré un rostro como el diamante y el pedernal; no tienes que temer ni turbarte ante ellos, porque ella es una familia contumaz.* 10 *Y díjome: Hijo de hombre, recibe en tu corazón y escucha bien todas las palabras que yo te hablo;* 11 *y anda, preséntate a los hijos de tu pueblo que fueron traídos al cautiverio y les hablarás de esta manera: He aquí lo que dice el Señor Dios; por si atienden y cesan.* 12 *Y arrebatóme el espíritu y oí detrás de mí una voz muy estrepitosa: Bendita sea la gloria del Señor «que se va» de su lugar.* 13 *Y oí el ruido de las alas de los animales, de las cuales la una batía con la otra, y el ruido de las ruedas que seguían a los animales, y el ruido de un grande estruendo.* 14 *Y me reanimó el espíritu y me tomó; e iba yo lleno de amargura y de indignación de ánimo; pero estaba conmigo la mano del Señor, que me confortaba.*

1. Algunos que leen la palabra de Dios en la Sagrada Escritura, cuando logran penetrar algunas sentencias más profundas, entumecidos en su mente, suelen menospreciar los preceptos menores que se dan a los débiles y querer cambiarlos de sentido. Estos, si en ella entendieran rectamente lo sublime, no tendrían en menos, no, los mandatos más sencillos; porque los preceptos divinos hablan en algunos a los mayores de tal modo que en otros se acomodan a los párvulos para que por aumentos de inteligencia, a modo de pasos del alma, crezcan y lleguen a entender los mayores.

2. Por eso ahora al santo profeta se le dice: *Hijo de hombre, come cuanto hallares.* Se ha de comer cuanto se halla en la Sagrada Escritura; porque lo parvo arregla la vida sencilla, y lo grande edifica la inteligencia aguda.

3. Prosigue: *Come ese volumen y ve a hablar a los hijos de Israel. Entonces abrí mi boca y dióme a comer aquel volumen.* Es, pues, la Sagrada Escritura comida y bebida. Por eso, también el Señor amenaza por otro profeta (Am. 8,11): *Yo enviaré hambre sobre la tierra; no hambre de pan ni sed de agua, sino de oír la palabra de Dios.* Quien, habiendo substraído su palabra, dice que nos angustiará con hambre y sed, demuestra que su palabra es para nosotros comida y bebida.

Pero es de notar que unas veces es comida y otras es bebida; pues en las cosas más obscuras, que no pueden entenderse si no son expuestas, la Sagrada Escritura es comida, porque lo que se expone para que sea entendido es como que se mastica para ser deglutido; pero en las cosas más claras es bebida, pues la bebida se deglute sin masticar. Así que bebemos los mandatos más claros porque, aun sin exponerlos, los podemos entender. Mas, porque el profeta Ezequiel había de oír muchas cosas obscuras e intrincadas, no se le dice, respecto del sagrado volumen, *bebe*, sino *come;* cual si claramente se dijera: Estudia y entiende, esto es, primero mastica y deglute después.

Pero en nuestro estudio de la Sagrada Escritura debe observarse este orden: que las conozcamos de tal modo que, una vez conocido lo mal que hemos obrado, arrepentidos de nuestra iniquidad, evitemos el cometer otras; [4.] y cuando ya, por el mucho llorar, comenzare a haber confianza en el perdón de los pecados, valiéndonos de la palabra de Dios que ya entendemos, traigamos también a otros a la vida. Que para esto deben ser entendidas: para que nos aprovechen a nosotros y para conferirlas con otros con propósito de su provecho espiritual.

Por eso se dice bien ahora: *Come este volumen y ve a hablar a los hijos de Israel.* Como si del sagrado alimento se dijera: Come y apacienta; sáciate y eructa; toma y reparte; confórtate y trabaja.

5. Y es de notar que el profeta añade: *Entonces abrí mi boca y dióme a comer aquel volumen.* Otro profeta asegura que el corazón tiene boca, pues dice (Ps. 11,3): *Con labios mentirosos, hablan cosas malas de corazón a corazón.*

Luego abrimos la boca cuando preparamos el sentido para entender la palabra de Dios. Por eso el profeta abrió la boca a la voz del Señor, porque a la inspiración del precepto del Señor quedan con la boca abierta los deseos de nuestro corazón para tomar algo del alimento de vida.

Y, sin embargo, este mismo tomar no es cosa de nuestras fuerzas si no da de comer el mismo que manda comer, sino que más bien es alimentado aquel que por sí no puede comer.

Y porque para captar las palabras celestiales no es idónea nuestra debilidad, nos alimenta aquel que nos distribuye a su tiempo la medida del trigo, puesto que, cuando en la Sagrada Escritura entendemos hoy lo que ayer ignorábamos y mañana comprendemos lo que no sabemos hoy, nos alimentamos del pan cotidiano por dispensación de la gracia divina. De manera que es como si Dios omnipotente alarga su mano a la boca de nuestro corazón y pone en nuestros sentidos la comida de la divina palabra tantas veces cuantas nos descubre su inteligencia.

Nos alimenta, pues, con el volumen cuando nos dispensa el favor de descubrirnos el sentido de la Sagrada Escritura y llena de su dulcedumbre nuestros pensamientos. Por eso se agrega todavía (v.3): *Y díjome: Hijo de hombre, con este volumen que yo te doy, tu vientre se alimentará y llenaránse tus entrañas.*

6. En la versión antigua no se halla *tu vientre se alimentará y llenaránse tus entrañas.* Pero en la versión última, que es la que tenemos por más veraz, está escrito: *Tu vientre se alimentará y llenaránse tus entrañas.*

Nuestra boca, pues, come cuando leemos la palabra de Dios; pero se llenan nuestras entrañas cuando entendemos y observamos lo que, leyendo, hemos conseguido entender.

En efecto, en la Sagrada Escritura, por *vientre* suele significarse a veces el entendimiento; de ahí que por Jeremías se dice (Ier. 4, 19): *Mis entrañas, las entrañas mías, se han conmovido.* Y porque esto lo había dicho del vientre o entrañas espirituales y no de las

corpóreas, añadió: *Todos los afectos interiores de mi corazón están en desorden,* pues nada tenía que ver con la salud del pueblo el que predicara el profeta que a él le dolía el vientre corporal, sino se duele del vientre que siente la aflicción del alma.

Mas ¿a qué traemos a cuento el ejemplo del profeta, teniendo más claro el testimonio del Señor? Necesario es, pues, que, cuando la Verdad habla por sí misma, el profeta calle, porque donde luce el sol, la lámpara no alumbra. En efecto, dice (Io. 6): *Quien cree en mí, como dice la Escritura, brotarán de su vientre ríos de agua viva;* porque, cuando de la mente de los fieles fluyen las santas predicaciones, es como que del vientre de los que creen brotan ríos de agua viva; pues ¿qué otra cosa son las vísceras del vientre sino lo interior del alma, esto es, la recta intención, el santo deseo, la voluntad, humilde para con Dios y piadosa para con el prójimo? Por eso ahora se dice rectamente: *Tu vientre se alimentará y llenaránse tus entrañas;* porque, en recibiendo nuestra alma el alimento de la verdad, ya no quedan vacías nuestras entrañas, sino llenas del alimento de vida.

7. Consideremos, hermanos míos carísimos, cuán piadosa sea esta promesa, por la que se dice: *Tu vientre se alimentará y llenaránse tus entrañas con este volumen que yo te doy.*

Muchos leen y se quedan ayunos de lo que leen; muchos oyen la voz de la predicación, pero después de oír la voz retíranse vacíos; el vientre de los cuales come, sí, pero sus entrañas no se llenan, porque, aunque reciben en el entendimiento la inteligencia de la palabra santa, olvidando y no practicando lo que han oído, no lo guardan en las entrañas del corazón.

Y de ahí es lo que, por otro profeta, increpa el Señor a algunos, diciendo (Ag. 1,5 y 6): *Poned vuestros corazones sobre vuestros caminos; esto es, poneos a reflexionar atentamente sobre vuestros procederes; habéis sembrado mucho y recogido poco, habéis comido y no os habéis saciado, habéis bebido y no os habéis embriagado.*

Mucho siembra en su corazón, pero recoge poco, quien, después de leer o también oír hablar de los mandatos celestiales, conoce muchas cosas, pero fructifica poco por obrar negligentemente. Come y no se sacia quien, después de oír la palabra de Dios, apetece ganancia o gloria del siglo. Y está bien dicho que no se sacia, porque come una cosa y tiene hambre de otra; bebe y no se embriaga, porque se inclina a oír la voz de la predicación, pero no muda el alma. Por la embriaguez suelen mudarse los sentidos de los que beben; luego quien se muestra pronto para conocer la palabra de Dios, pero desea conseguir las cosas de este siglo, bebe y no se ha embriagado; pues, si se hubiera embriagado, sin duda que habría mudado el alma, de modo que ya no buscaría lo terreno, no amaría lo vano y transitorio que había amado, puesto que de los elegidos se dice por el Salmista (Ps. 35,9): *Quedarán embriagados con la abundancia de tu casa;* y es que tan llenos están del amor de Dios omnipotente, que, con el cambio del alma, parécense extraños a sí mismos, cumpliéndose lo que está escrito (Mt. 12 y Lc. 5):

Quien quiera venir en pos de mí, niéguese a sí mismo. Niégase a sí mismo quien cambia en mejor y comienza a ser lo que no era, y deja de ser lo que era.

8. Con frecuencia hemos visto a algunos que, compungidos al oír predicar, cual si se convirtieran, mudaron el hábito, mas no el alma; de tal modo que tomaron el hábito religioso, pero no abandonaron los vicios antiguos; vanamente agitados por los estímulos de la ira, procuraron con ardor el daño del prójimo por la malicia del dolor; se ensoberbecieron de ostentar ante los hombres algunas cosas buenas; buscaron con afán las ganancias de este mundo y fiaron su santidad en solo el hábito que tomaron exteriormente. A estos tales, ¿qué otra cosa se les debe decir sino esto que el egregio Doctor dice a algunos guardadores de las exterioridades de la Ley cuando escribe (Gal. 5,6): *Para con Jesucristo nada vale el ser circunciso o incircunciso, sino la nueva criatura,* pues no es cosa de gran mérito el que se nos haga algo exteriormente en el cuerpo, sino que lo que sobre todo se debe apreciar es lo que se nos haga al alma?

9. Porque despreciar al mundo presente, no amar lo transitorio, rendir cordial y humildemente el alma a Dios y al prójimo, observar la paciencia ante las injurias inferidas y, guardada la paciencia, rechazar del corazón el don que nos incita al mal, dar de lo propio a los pobres, no ambicionar jamás lo ajeno, amar al amigo en Dios y a los enemigos amarlos por Dios, llorar con el prójimo afligido y no alegrarse de la muerte del enemigo, esto es la nueva criatura que el propio Doctor de las Gentes, con mirada vigilante, demanda de los otros discípulos cuando dice (2 Cor. 5,17): *Si alguno está en Cristo, ya es nueva criatura; acabóse lo que era viejo y todo viene a ser nuevo.*

10. En efecto, del hombre viejo es buscar el mundo presente, apetecer lo transitorio, engreir con soberbia el alma, no tener paciencia, pensar en dañar al prójimo que nos ha hecho mal, no dar de lo suyo a los pobres y pretender lo ajeno para acrecentarlo, no amar a nadie puramente por Dios, devolver enemistades por enemistades, gozarse de la aflicción del prójimo; todo esto, que traemos de la raíz corrompida, es propio del hombre viejo.

Mas quien ya ha dominado esto y ante los preceptos del Señor vuelve su alma a la benignidad, de éste rectamente se dice: *Acabóse lo que era viejo y todo viene a ser nuevo.*

11. De suerte que entonces es todo nuevo en nuestras almas cuando dejamos los vicios del hombre viejo, cuando el vientre come el precepto de la divina palabra y las entrañas se llenan del todo.

Con frecuencia, pues, vemos que algunos se han entregado con toda el alma al estudio de la santa lección y que, al descubrir entre las palabras del Señor en cuánto han delinquido, se han deshecho en lágrimas, se han afligido con una continua tristeza y no hallan deleite en prosperidad alguna de este mundo, de tal modo que la vida presente se les hace una carga y hasta la misma luz los fastidia; apenas si admiten la ordinaria conversación y difícilmente alivian

el alma del rigor de la disciplina; solamente del llanto y del silencio gozan por amor del Creador.

El vientre de éstos come el sagrado volumen, y sus entrañas están repletas, porque su memoria no ha olvidado los preceptos de vida que el entendimiento ha podido captar, antes su espíritu, recogido en Dios, leyéndolos y recordándolos, los ha conservado.

12. Y ordinariamente ocurre que todos éstos, por don de la gracia celestial, reciben además la palabra de la doctrina y afectuosamente nutren a los prójimos con el alimento de la verdad que ellos dulcemente rumian en su interior; la predicación de los cuales resulta de veras grata a los agentes cuando sus obras no contradicen a sus predicaciones, porque de su propia vida toman lo que por la lengua comunican a los prójimos.

Por eso rectamente añade aquí el profeta: *Comíle, pues, y hallóle mi paladar dulce como la miel.*

13. El libro que llenó las entrañas se ha hecho en la boca dulce cual la miel, porque los que de veras han aprendido a amarle en las entrañas de su corazón, ésos saben también hablar dulcemente del Señor omnipotente. Si la Sagrada Escritura es dulce al paladar de éstos, cuyas vísceras vitales están llenas de los mandatos de él, porque a quien los lleva impresos interiormente para vivir, a ése le es agradable hablar de ellos, en cambio no resulta dulce el sermón a quien una vida réproba está remordiendo dentro de la conciencia.

De ahí la necesidad de que quien predica la palabra de Dios considere primero cómo debe vivir, para que luego, de su vida, deduzca qué y cómo debe predicar; porque, en la predicación, la conciencia enamorada de Dios edifica más que el arte de hablar; pues amando lo celestial, dentro de sí mismo lee el predicador el modo de persuadir cómo deben despreciarse las cosas terrenas; pues quien repasa interiormente su vida, también edifica exteriormente, amonestando con su ejemplo a los otros; es como que moja la pluma de la lengua en el corazón en lo que con la mano de la palabra escribe exteriormente para el prójimo. Por eso el egregio predicador, cuando, al exhortar muchas cosas a los discípulos, dijo que de nada le remordía la conciencia, en seguida añadió (Phil. 4,8-9): *Toda virtud, toda disciplina loable, esto sea vuestro estudio. Lo que habéis aprendido, y recibido, y oído, y visto en mí, esto habéis de practicar; y el Dios de la paz será con vosotros.*

Prosigue (v.4): *Y díjome él: Hijo de hombre, anda y anuncia a la familia de Israel mis palabras.*

14. En esto de decir el Señor al profeta: *Anuncia a la familia de Israel mis palabras,* ¿qué otra cosa hace sino ponerle en la boca el freno de la moderación, para que no se atreva a decir exteriormente lo que no hubiera oído primero en el interior? Porque los falsos profetas anunciaban sus palabras, no las de Dios; acerca de los cuales está escrito (Ier. 23,16): *No queráis escuchar las palabras de los profetas que os profetizan y os engañan; ellos cuentan las*

visiones de su corazón, no lo que ha dicho el Señor; y de nuevo (v.21): *No hablaba yo con ellos y ellos profetizaban.*

De lo cual debe deducirse que, igualmente, cualquier expositor que en la explanación de la divina palabra tal vez compone algo mintiendo para complacer a los oyentes, anuncia sus palabras, no las de Dios; pero esto es cuando miente con ánimo de agradar o de seducir; porque, si, buscando en las palabras de Dios la virtud, él mismo siente de modo distinto que quien las profirió, y asimismo si pretende edificar en caridad bajo otro sentido, también son palabras de Dios las que dice, puesto que Dios, por medio de la Sagrada Escritura, habla sólo para esto, para atraernos a su amor y al amor del prójimo.

Prosigue (v.5-7): *Porque no eres tú enviado a un pueblo de extraño lenguaje y de idioma desconocido, sino a la casa de Israel; ni a varias naciones cuyo hablar te sea desconocido y extraña su lengua, cuyas palabras no puedas entender; que, si a éstas fueras tú enviado, te escucharían; mas los de la casa de Israel no quieren escucharte, porque ni a mí mismo quieren oír.*

15. Desde el principio del mandato por el que se envía al profeta a predicar, claramente se indica la vocación de los gentiles y el repudio de Israel; porque, cuando se dice: *no eres enviado a varias naciones, cuyo hablar te sea desconocido y extraña su lengua, cuyas palabras no puedas entender,* abiertamente se declara la obediencia de los gentiles, que en algún tiempo acatarían sin tardanza las voces de los predicadores.

Y cuando se añade: *mas los de la casa de Israel no quieren escucharte, porque ni a mí mismo quieren oír,* señálase la dureza de la Judea, que conoció la voz de los predicadores, pero no quiso seguirla, mientras la desconocida lengua de los gentiles se apresuró a obedecer, aunque ella era extraña a la Ley.

Así que está bien dicho: *No quieren escucharte, porque ni a mí mismo quieren oír,* en conformidad con esto que está escrito: *Quien a vosotros desprecia me desprecia a mí.* Y además se agrega la causa de por qué no le oyen, cuando se dice: *Pues la casa toda de Israel es de frente descarada, de corazón endurecido.* [16.] Al manifestar que la casa de Israel es de frente descarada, ¿qué se debe pensar sino que la culpa frecuente marca la frente del corazón con la impudencia, de suerte que, por lo mismo que se comete con mayor frecuencia, tanto menos se avergüenza de ella el ánimo de quien la comete? Y, por lo mismo, el pecador llega a veces a tanta dureza de corazón, que ya se hace insensible a la corrección; porque a quien se encallece en la costumbre de pecar no le hace impresión alguna la palabra de quien le reprende, esto es, la mano de quien le palpa, como se dice a la Judea con frecuencia delincuente: *Se te ha puesto la cara como la de una meretriz; no te avergüenzas.* O bien, frente descarada es la que está acostumbrada a las acciones de este mundo; porque así como hay muchos que anteponen el sosiego a todas las ganancias y honores del mundo, así hay también algunos que, por que parezcan ser algo en este mundo, llénanse de fatigas

en trabajos terrenos, sostienen pleitos, mézclanse en contiendas, y aunque sientan desfallecer su cuerpo en medio de tales trabajos, sin embargo, dominados por el amor a las cosas terrenas, fatíganse con gusto. A los cuales se dice por el profeta (Os. 10,11): *Efraim, novilla avezada a trillar con gusto las mieses*, pues la novilla acostumbrada a la trilla de la era, aunque se la dispense del trabajo, espontáneamente vuelve a él; asimismo, para algunas mentes depravadas nada hay más trabajoso que el que se les mande no trabajar en cosas de este mundo; pues con frecuencia algunos, rechazados de ocupaciones terrenas, ruegan que se les deje volver a ellas, piden que se les recargue; piensan que con el descanso han caído en gran peligro.

Son, pues, de frente descarada los que no sólo no huyen de tales trabajos, sino que hasta se avergüenzan de parecer inoportunos para los trabajos que se les niegan.

Prosigue (v.8): *Te daré un rostro más firme que el rostro de ellos y una frente más dura que la frente suya.*

17. Así como es laudable el avergonzarse del mal, así es reprensible el avergonzarse de lo bueno; pues el avergonzarse del mal es propio de la sabiduría, pero avergonzarse del bien es propio de la fatuidad. Por eso está escrito (Eccli. 4,25): *Hay vergüenza que conduce al pecado, y hay también vergüenza que acarrea la gloria.* Quien, pues, se avergüenza, pesaroso, del mal que ha hecho, viene a la libertad de la vida; pero quien se avergüenza de obrar bien, cae del estado de rectitud y va camino de la condenación, según dice el Redentor (Lc. 9,26): *Quien se avergonzare de mí y de mis palabras, de ése tal vez se avergonzará el Hijo del hombre cuando venga en su majestad.*

Hay algunos que ya conciben el bien en su alma, pero no se oponen abiertamente a los malos; éstos, claro es, no son aptos para defender la verdad, porque son buenos en el alma, pero no tienen autoridad para hablar o no se atreven a hablar. Aquél debe ser defensor de la verdad que no teme ni se avergüenza de decir lo que rectamente siente. Por eso aquí se le promete al profeta como un grande don: *Yo te daré un rostro más firme que el rostro de ellos y una frente más dura que la frente suya.*

Ahora bien, ¿qué es el pecador sino un herido, y qué es el predicador sino un médico? Luego, si el pecador que yace herido no se avergüenza, ¿por qué avergonzarse el médico que por medio de la medicina procura la salud?

Es verdad que, por lo común, al predicador se le oye con reverencia, pero alguna vez los perversos le desprecian como si no hablara cosas útiles para ellos. Por eso aquí rectamente se dice: *Te daré un rostro como el diamante y el pedernal.* [18.] El diamante y el pedernal ambos son duros, pero el uno de ellos es precioso y el otro vil; el diamante se toma para adorno, el pedernal es pisado por los caminantes.

Con frecuencia ocurre el avergonzarnos de decir algo a aquellos a quienes vemos que oyen nuestra corrección con demasiada humildad; y, en cambio, a veces sucede que tememos dirigir la pre-

dicación a quienes vemos no hacer caso y despreciar su reprensión; mas, si lo entendemos rectamente, tanto a los que vemos que nos rinden honor, cuanto a los que vemos que nos desprecian, atrevámonos a exhortarlos o a reprenderlos. De modo que ni debemos avergonzarnos por la humildad de los unos ni temer la soberbia de los otros.

Dígase, pues: *Te daré un rostro como el diamante*, esto es, cuando seas honrado de los oyentes; y *Te daré un rostro como el pedernal*, cuando los oyentes no te hagan caso y te desprecien; para que ni, porque te honren, refrenes, avergonzado, la lengua; ni, por el desprecio, calles, temeroso.

19. Prosigue: *No tienes que temer ni turbarte delante de ellos, porque ella es una familia contumaz.* Esto ya se ha expuesto anteriormente; mas es de notar por cuán contumaz es tenido aquel cuya contumacia tan frecuentemente se repite.

Luego el pecador debe ser reprendido y jamás temido, porque es una familia contumaz; debería, sí, ser temido el hombre, si él mismo, en cuanto hombre, temiera al autor de todo; pero quien no usa de la razón para temer a Dios, tanto menos debe ser temido en nada cuanto él es menos en lo que debió ser.

20. Prosigue (v.10-11): *Y díjome: Hijo de hombre, recibe en tu corazón y escucha bien todas las palabras que yo te hablo; y anda, preséntate a los hijos de tu pueblo que fueron traídos al cautiverio.*

Hay que mirar atentamente y con cuidado lo que el Señor dice al profeta: que primero oiga sus palabras y que después hable. Oímos las palabras de Dios si las cumplimos; y entonces las hablamos rectamente a los prójimos cuando primero las hubiéramos cumplido nosotros. Cosa que confirma bien el evangelista San Marcos cuando narra el milagro obrado por Cristo, diciendo (7,32): *Presentáronle un hombre sordomudo, suplicándole que pusiera sobre él su mano;* e indica el orden de esta curación cuando añade: *Le metió los dedos en las orejas y con la saliva le tocó la lengua.* ¿Qué se significa por los dedos del Redentor sino los dones del Espíritu Santo? Por eso, cuando en otra ocasión arrojó al demonio, dijo (Lc. 11,20): *Si yo echo los demonios con el dedo de Dios, es evidente que ha llegado ya a vosotros el reino de Dios.* En lo cual, por otro evangelista se refiere que dijo (Mc. 12,28): *Si yo echo los demonios en virtud del Espíritu de Dios, síguese por cierto que el reino de Dios ha llegado a vosotros.* De uno y otro de estos dos lugares se colige que el Espíritu se llama dedo; luego meter los dedos en las orejas es abrir, por medio de los dones del Espíritu Santo, la mente del sordo para que obedezca.

Pero ¿qué significa el tocar con saliva la lengua de él? La saliva de nuestro Redentor es para nosotros la sabiduría de la palabra de Dios que hemos recibido.

En efecto, la saliva fluye de la cabeza a la boca; y así, aquella sabiduría que es El mismo, al tocar nuestra lengua, en seguida la dispone para predicar.

El cual, *alzando los ojos al cielo, suspiró;* no porque El necesitara gemir, puesto que El daba lo que pedía, sino que nos enseñó a que nosotros suspiremos a El, que preside en el cielo, para que, por el don del Espíritu Santo, se abran nuestros oídos, y por la saliva de su boca, esto es, por la ciencia de la divina palabra, se suelte nuestra lengua a predicar.

Y al sordomudo al punto se le dice: *Efeta, esto es, abríos, y en seguida se abrieron sus oídos y se soltó el impedimento de su lengua.* En lo cual es de notar que por los oídos cerrados se dijo: *abríos.* A quien, pues, le fueron abiertos los oídos del corazón a la obediencia, por consecuencia es evidente que también se le suelta el impedimento de la lengua, para decir a otros que deben hacer las cosas buenas que él hiciere.

Donde se agrega con razón que *hablaba rectamente,* porque habla rectamente quien, hablando, amonesta que se debe hacer lo que él antes, obedeciendo, hacía.

21. Ahora, el que sea el profeta enviado al pueblo que está en el cautiverio, debe entenderse por este cautiverio no sólo el que tenía aquel pueblo en el cuerpo, sino el cautiverio del alma en que se hallaba. En efecto, había pasado de Jerusalén a Babilonia; y ¿qué significa Jerusalén sino visión de paz, y qué Babilonia sino confusión?

Ciertamente, todo el que del bien obrar cae en obras perversas es como que de Jerusalén viene a la ciudad de Babilonia, porque del buen deseo se ha deslizado en los vicios: dejó, pues, las alturas de la contemplación y yace cautivo en la confusión. Cosa que suele acontecer con frecuencia a los que, cuando obran el bien, en él se glorían de su virtud. Por eso el Salmista, para que de la visión de la paz, esto es, de las buenas obras, no emigrara cautivo a Babilonia, suplicando al Señor, dice (Ps. 61,7): *El Señor es mi ayudador, no emigraré.* Porque, si confiara en sí, emigraría, cayendo de las obras de justicia.

22. Pero tampoco hay que desesperar de aquellos que del estado de rectitud han caído en la mala obra; porque veis aquí que el profeta es enviado al cautiverio, y por otro profeta (Mich. 4,10) dice el Señor: *Pasarás a Babilonia, mas allí serás puesta en libertad;* pues muchas veces sucede que quien hubo caído en la confusión de los vicios, avergonzándose del mal que hizo, vuelve a la penitencia y se libra de sus caídas, viviendo bien. Luego ¿qué decir de éste sino que ha pasado hasta Babilonia y allí ha sido puesto en libertad? El cual, después que por su obcecación obró perversamente, avergonzado de ese mismo mal que perpetró, yérguese contra sí mismo y, obrando bien, vuelve al estado de rectitud, de suerte que después de llegar a Babilonia fué puesto en libertad, ya que también, por la gracia de Dios, se ve libre de la confusión.

Luego el profeta habla a los cautivos cuando increpa a los que del estado de rectitud cayeron cautivos en los vicios del error.

23. Prosigue: *Y les hablarás de esta manera: He aquí lo que dice el Señor Dios, por si atienden y cesan.* Cuantas veces, con voces de

Dios, se recuerda la dificultad de oír y se dice: *por si se oye,* ¿qué otra cosa se significa sino la dureza del pueblo cautivo?

En estas palabras hay para nosotros gran consuelo, porque, si Dios omnipotente, cuando envía al profeta, da a entender que es difícil que aquel pueblo perverso oiga sus palabras, ¿por qué nosotros, miserables, nos contristamos cuando nos vemos despreciados por nuestros hermanos en nuestras exhortaciones? Repetidas veces hablamos a los delincuentes, con frecuencia reprendemos, casi siempre nos dirigimos a ellos con blandas palabras, y, sin embargo, el uno escucha y el otro no hace caso de oír; aquél en parte acepta la exhortación y en parte la rechaza; de manera que a diario vemos cumplirse esto que por otro profeta anuncia el Señor, a saber, las cosas que, airado, hará, cuando dice (Am. 4,7): *Yo hice que lloviese en una ciudad y que no lloviese en otra; a un paraje le di lluvia y otro se secó por no habérsela dado.* Y es que, cuando un alma recibe las palabras de la santa exhortación y otra rehuye recibirla, Dios hace que llueva en una ciudad y que no llueva en otra; pero, cuando el mismo que oye se corrige de unos vicios y no cuida de enmendarse de los otros, una misma ciudad en parte recibe la lluvia y en parte permanece seca, esto es, en la parte que rechaza la lluvia de la predicación.

En efecto, hay algunos que no oyen absolutamente la predicación; éstos rechazan de plano recibir la lluvia; y hay otros que oyen, pero, sin embargo, no la siguen de corazón, porque resecan en sí algunos vicios, mas perseveran gravemente obstinados en otros; pues vemos con frecuencia a algunos que, debido a la predicación, rechazan de sí la fiebre de la avaricia y no sólo no arrebatan ya lo ajeno, sino que hasta dan de lo propio a los indigentes, y, sin embargo, ni refrenan los estímulos de la ira ni guardan con espíritu sosegado la debida paciencia. También otros, debido a la predicación, vencen ya la inmundicia de la carne, guardan casto el cuerpo; sin embargo, todavía su ánimo no se humilla, como debe, a los prójimos, antes se engríen altaneros en su pensamiento: en éstos, una parte ha recibido la lluvia, puesto que ha producido fruto, y la parte que no recibió la lluvia se secó, puesto que, no recibiendo plenamente la palabra de exhortación, mantúvose estéril en obrar el bien.

Prosigue (v.12): *Y arrebatóme el espíritu y oí detrás de mí una voz muy estrepitosa. Bendita sea la gloria del Señor* (que se va) *de su lugar.*

24. ¿Qué es esto de que el profeta, después de ser enviado al cautiverio de los hijos del pueblo, oye tras de sí una voz muy estrepitosa que dice: *Bendita sea la gloria del Señor* (que se va) *de su lugar?* Habíase dirigido efectivamente a los pecadores de Babilonia y oía tras de sí la gloria del Señor (que se va) de su lugar.

El lugar de Dios es Jerusalén, esto es, la visión de paz, porque en verdad ven las cosas de Dios aquellas almas que no bajan al cautiverio de Babilonia, esto es, a los vicios de la confusión; pues Dios habita allí donde se busca la verdadera paz, donde se ama la gloria

de la interior contemplación; así que el que se desliza o se deja caer en la perversidad desdeña ser el lugar de Dios.

Luego el lugar de Dios es cada una de las almas santas o cada uno de los espíritus angélicos que mora en los cielos; y la gloria de Dios es bendecida en su lugar cuando o los hombres o los santos ángeles cantan alabanza eterna al Hacedor de todos.

Por eso de que los justos tratan de convertir a los pecadores, como, al considerar los vicios de éstos, ponen los ojos en las obras carnales, es como que pasan a Babilonia; pero los que, debido a su estado de rectitud, como, para gloria de Dios, no dejan de considerar las virtudes de los santos, aunque con el pensamiento atienden a otra cosa, es como que desde Jerusalén oyen por detrás la voz de la gloria del Señor, esto es, la oyen de su lugar.

25. Mas ¿por qué nos detenemos en esto nosotros que, con el favor de Dios, podemos decir y exponer más claramente en otro sentido estas palabras del profeta? Dice, pues: *Y arrebatóme el espíritu.*

El espíritu arrebata al predicador cuando ya enajena de los cuidados terrenos su alma, levantada al amor de Dios omnipotente, de modo que no le agrade hacer otra cosa sino lo que sirva para allegar ganancias espirituales y enviar a los reinos celestes el fruto de su labor cotidiana. Por eso también se nos manda (Io. 6,27): *Trabajad para tener, no el manjar que se consume, sino el que dura hasta la vida eterna.*

26. Y con acierto se añade: *Y oí detrás de mí una voz muy estrepitosa.*

El profeta, lleno del Espíritu Santo, narra como pasadas las cosas que ve han de suceder; porque en la predestinación ya están hechas las que todavía han de suceder *de facto.*

Luego, ¿qué significa el que el profeta oyó una voz muy estrepitosa sino que, tras de la palabra de la predicación que se dirige a los pecadores, siguen los lamentos de la penitencia?

27. Todos los perversos, cuando obran mal y no oyen lo bueno que los justos les predican, no conocen cuán graves son las cosas que hacen y, debido a su ignorancia, perseveran seguros en su estupor, y, caídos en la culpa, reposan muellemente, como se dice de cierto pueblo pecador que se contaba seguro (Ier. 48,11): *Reposó en sus heces, porque yacía seguro en los pecados.*

28. Pero cuando los malos principian a oír la palabra de la predicación, a conocer cuáles son los suplicios eternos, cuál el terror del juicio y cuán minucioso el examen de cada uno de los pecados, entonces se oyen los lamentos de los convertidos y de los penitentes, porque los que antes yacían tranquilos en la llaga, tocados luego por la mano medicinal, vuelven con dolor a la salud.

De esta conmoción de los penitentes se dice por otro profeta (Zach. 14): *Afianzáronse sus pies y se conmovió toda la tierra,* porque cuando las huellas de la verdad se dejan grabar en el alma de los oyentes, la misma alma, turbada en la consideración de sí misma, se conmueve. Por eso el Salmista ruega por los pecadores, diciendo

(Ps. 79,1): *Tú, que te asientas sobre los querubines; conmuévase la tierra;* e implorando para los afligidos y penitentes, dice (Ps. 59,4): *Hiciste estremecer la tierra y llenástela de turbación, cura sus llagas, porque está muy malparada.*

Pues bien, la tierra conmovida y turbada es el pecador angustiado por el conocimiento de su delito y conducido a los lamentos de la penitencia, pues al hombre que peca se le ha dicho (Gen. 3,19): *Polvo eres y a ser polvo tornarás.*

Ruegue, pues, la tierra contrita para ser sanada; y ya que, en cuanto pecador, se ha conmovido, en cuanto afligida por sus delitos consuélese con el gozo de la misericordia del cielo.

De manera que ésta es la voz muy estrepitosa que oye todo el que, cuando juzgue sus actos, se conmueve con la aflicción de la penitencia.

29. Mas oigamos lo que dice esa voz: *Bendita sea la gloria del Señor* (que se va) *de su lugar.*

Los corazones de los pecadores habían sido lugar del espíritu maligno; pero, cuando, irritados contra sí mismos, vuelven por la penitencia a la vida de la gracia, ya son hechos lugar del Señor, pues ya se yerguen contra sí mismos, ya castigan con las lágrimas de la penitencia los males que han cometido; luego de donde antes, por amor del presente siglo, se oían injurias contra el Creador, de ahí se oyen ahora bendiciones de gloria en alabanza del Señor; y los corazones de los penitentes que antes, en pecado, eran lugar extraño, ya para el Señor se han convertido en lugar suyo; pues los que se convierten de sus pecados, no sólo se duelen de lo malo que han hecho, sino que se encaminan a la perfección con obras admirables, a fin de hacerse animales santos de Dios omnipotente, para subir a lo alto en signos y virtudes, dejando totalmente la tierra y, con los dones recibidos, quedar suspensos en deseos de lo celestial.

30. De los cuales todavía se añade: *Y oí el ruido de las alas de los animales que batían la una con la otra.*

El profeta oye tras de sí una voz muy estrepitosa, porque, según se ha dicho, a la voz de los predicadores sigue el llanto de los penitentes; y oye el ruido de las alas de los animales, porque del mismo llanto de los penitentes se originan las virtudes de los santos. De manera que tanto más adelantan en el bien obrar cuanto se acuerdan, al reconocer su vida, de haber obrado más perversamente.

Pero estas palabras ofrecen una gran duda, porque el profeta no dice claramente si cada uno de los animales batían una con otra sus propias alas o si más bien estos santos animales con sus alas se herían mutuamente, de modo que el ala de uno tocaba al otro y el ala del otro tocaba a la de aquél.

31. Mas, porque generalmente en la Sagrada Escritura se dicen algunas cosas de un modo oscuro, precisamente para que, por admirable disposición de Dios, se expongan de muchas maneras, nosotros, con la ayuda de Dios, debemos exponer a vuestra caridad lo uno y lo otro.

Ya hemos dicho muchas veces que las alas de los animales significan las virtudes de los santos. ¿Cómo es, pues, que cada uno de los animales, al batir sus alas, toca la una con la otra, sino porque claramente se nos da a entender que, si nos hacemos animales santos, una virtud excita en nosotros otra virtud, llamándose la una a la otra a la perfección?

Por ejemplo: ¿hay uno que ya tiene la ciencia de la palabra de Dios?, aprenda a tener entrañas de misericordia. En efecto, por la ciencia de la palabra de Dios aprende (Lc. 11,41): *Dad limosna, y con eso todas las cosas son limpias en orden a vosotros.* Y cuando ya comenzare a ser misericordioso dando limosna, lee las palabras de la divina autoridad, y cuanto en ella aprende acerca de la misericordia lo entiende ya mucho mejor por la experiencia; pues allí está escrito (Iob 29): *Era el padre de los pobres;* cosa que tal vez antes lo leía y no hacía caso; pero, cuando ya en su corazón la naturaleza empieza a imitar la misericordia, lee y comprende qué cosa sea ser padre de los pobres, porque vuelve a su interior y en sí mismo entiende lo que por defuera oye.

Una cosa es dar limosna por precepto y otra por caridad. Hacerlo por precepto es cosa de principiantes, mas hacerlo por caridad es un bien de los perfectos, porque lo hacen no sólo por estar mandado, sino que, además, aman al hacer lo que está mandado. De ahí, pues, lo que se dice por el Salmista (Ps. 118,159): *Mira, ¡oh Señor!, cuánto he amado tus mandamientos; por tu misericordia otórgame la vida.* Cumplir, pues, los mandamientos de Dios por promesa es propio del que sirve y obedece; hacerlo amando es del obediente y amante.

Luego, cuando por la ciencia se aprende la misericordia de la caridad y por la caridad se aumenta en el corazón compungido la ciencia de la misericordia, un ala toca con la otra en nosotros, porque una virtud excita a otra virtud. Así, por ejemplo, quien guarda la virtud de la castidad en su cuerpo, se enciende en celo contra los lujuriosos a fin de expiar las manchas de tal inmundicia, y con frecuencia, al ver a algunos caídos, se doma, se aflige y se adhiere fuertemente a la limpieza de la castidad. La mente del cual, si tal vez fuese tentada de la inmundicia de la lujuria, con el mismo ardor con que reprende a otros se reprende a sí mismo y se avergüenza de pensar cosas inmundas que recuerda haber reprendido a otros. En éste, pues, un ala toca a la otra cuando una virtud excita a la otra y la preserva de la inmundicia.

32. Mas, si, como hemos dicho antes, los animales se tocan mutuamente con sus alas y el ala de cada uno toca el ala del otro, también está claro, con la ayuda de Dios, el sentido de esta descripción.

¿Qué significa en este caso el que los animales alados se toquen mutuamente el ala del uno con el ala del otro sino que todos los santos se tocan mutuamente con sus virtudes y se excitan a progresar al considerar las virtudes ajenas?; pues no se le conceden todas a uno, para que no caiga, engreído, en soberbia, sino que a éste

se le da lo que no se da a ti, y a ti se da lo que a otro se niega, para que, cuando aquél considera el bien que tú tienes y que él no tiene, en su pensamiento te prefiera a él, y tú, asimismo, cuando ves que él tiene lo que no tienes tú, te pospongas a él en tu pensamiento y se cumpla lo que está escrito (Phil. 2,3): *Cada uno mire a los demás como superiores a él.*

Y, para decir un poco de muchas cosas, a éste se le conceptúa de una virtud de abstinencia admirable, y, sin embargo, no tiene la palabra de la ciencia; en cambio, a aquél se le concede la palabra de la ciencia, y, no obstante, trabaja por lograr la virtud de una perfecta abstinencia y no lo consigue; a éste se le concede facilidad de palabra para que, ofreciendo el consuelo de su protección a algunos que se ven oprimidos, hable libremente en defensa de la justicia; pero, no obstante, poseyendo mucho en este mundo, quiere dejarlo todo y todavía no puede; a aquél, en cambio, ya se le ha concedido dejar todo lo terreno y no quiere tener nada en este mundo; mas, con todo, aún no se atreve a emplear su autorizada palabra contra algunos pecadores, y quien debió hablar con libertad, precisamente porque ya no tiene en este mundo cosa que se lo impida, rehuye hablar libremente contra algunos por no perder acaso la tranquilidad de su vida; a este otro se le ha dado el don de profecía, ya prevé muchas cosas que han de suceder, y, sin embargo, viendo y compadeciéndose de la enfermedad del prójimo presente, no puede curarla; a aquél se le ha dado la gracia de curar y con sus oraciones aleja del cuerpo del prójimo la molestia corporal que actualmente tiene, y, sin embargo, ignora lo que poco después ha de sucederle a él.

De manera que, por admirable disposición, Dios omnipotente dispensa sus dones entre sus elegidos de tal modo que a éste da lo que niega a aquél y a uno le da más y a otro menos, para que, cuando éste ve que aquél tiene lo que no tiene él, o considera que aquél ha recibido más de lo que él piensa haber recibido menos, todos admiran a su vez, es decir, el uno en el otro, los dones de Dios, y de esta misma admiración se humillen el uno y el otro y piensen que en el divino juicio le ha sido preferido aquel a quien ve tener lo que él no tiene.

Luego con sus alas se tocan a su vez los animales cuando las almas santas se tocan unas a otras con sus virtudes, y tocándose se excitan, y excitándose vuelan a la perfección.

33. Veamos de qué modo había sido tocado con las alas de los apóstoles y excitado a la penitencia Pablo, quien, considerando los males de su pretérita persecución y la vida inocente de los apóstoles, decía (1 Cor. 15,9): *Yo soy de los apóstoles el mínimo, que ni merezco ser llamado apóstol, porque perseguí a la Iglesia de Dios.*

En efecto, consideró la inocencia de los apóstoles, y, por su precedente malicia, hízosele sin valor a sus ojos toda la solicitud que él mostraba por la Iglesia, y no atendió a en cuánto aventajaba a muchos en las dotes de inteligencia que él había recibido,

porque, ponderando la inocencia de ellos, se dolió de haber sido en algún tiempo perseguidor suyo.

Y ahora veamos si alguno de los apóstoles admira el entendimiento que se dió a Pablo. Requiramos al Príncipe de los Apóstoles, el cual, amonestando a sus discípulos, dice (2 Petr. 3,15): *Según que también nuestro carísimo hermano Pablo os escribió, conforme a la sabiduría que se le ha dado, como lo hace en todas sus cartas, tratando de esto mismo en ellas, en las cuales hay algunas cosas difíciles de comprender, cuyo sentido los indoctos e inconstantes pervierten.*

De manera que Pablo admira la inocencia en todos los apóstoles, y el Príncipe de los Apóstoles admira la sabiduría en Pablo; luego con las alas se tocan los que así se excitan mutuamente a la perfección, a la cual vuelan.

34. Y es que Dios omnipotente hace en los corazones de los hombres lo mismo que en las regiones de la tierra. Porque podía hacer que cada región produjera toda clase de frutos; pero, si una región no necesitara de los frutos de otra región, no tendría comunicación con ella. De donde resulta que a ésta la ha dotado de abundancia de vino, y a la otra de abundancia de aceite; a ésa de multitud de ganados, y a aquélla, en cambio, de abundancia de frutas, a fin de que, dando a aquélla lo que ésta no tiene y produciendo ésta lo de que aquélla carece, aunque separadas unas de otras las regiones, estén a la vez unidas por la comunicación de los dones. Luego, como las regiones de la tierra, así son las almas de los santos, que, comunicándose mutuamente lo que han recibido, emplean sus frutos, como unas regiones con otras regiones, para unirse todas en una sola caridad.

35. Pero, entre todo esto, es de saber que, así como todos los elegidos siempre atienden en los otros a esto, a lo que de Dios han recibido mejor que ellos para en su concepto preferirlos a sí y someterse a ellos con humildad, así, en cambio, la mente de los réprobos jamás considera qué tienen otros mejor que ellos, sino lo bueno que ellos tienen mejor que los otros; porque ni siquiera piensan en qué bienes del espíritu hayan recibido los otros y que a ellos faltan, sino en qué cosas buenas tienen ellos y qué cosas malas tienen los otros; y como Dios omnipotente ha distribuído cada una de las virtudes para esto, para que el uno se humille al otro en su pensamiento, los réprobos hacen que lo bueno que han recibido sirva para con ello perderse en el engreimiento, por estar siempre considerando las cosas buenas que ellos tienen y que no tienen los otros, y jamás cuidan de atender a cuántas son las cosas buenas que tienen los otros y que ellos no tienen. De manera que lo que la divina piedad dispone para el aumento de la humildad, eso lo convierten las mentes de los réprobos en aumento de soberbia; y de la diversidad de dones, de que debieran crecer en la virtud de la humildad, vienen a carecer del bien.

36. Por esto, pues, necesario es, hermanos carísimos, que siempre consideréis como un deber el mirar en vosotros qué es lo que

hay de menos y en qué es lo que los otros han recibido más ampliamente que vosotros, a fin de que, mirándolos sobre vosotros mismos por lo bueno que ellos tienen y que vosotros no tenéis, por la humildad crezcáis también vosotros hasta obtenerlo; pues, si vosotros atendéis con cuidado en ellos a los bienes que han recibido, y ellos consideran en vosotros a los dones que tenéis, mutuamente os tocáis en las alas, a fin de que, siempre excitados, voléis a lo celestial.

Prosigue: *Y oí el ruido de las ruedas que seguían a los animales, y el ruido de un gran estruendo.*

37. En las ruedas, hemos dicho arriba, están significados los Testamentos de la palabra divina; por tanto, el ruido de las ruedas es la palabra de los Testamentos.

De manera que, después del ruido de las alas de los animales, se oye también el ruido de las ruedas; y es que, una vez recibida la palabra de los que predican, como las virtudes de los santos vuelan a obras más elevadas y mutuamente se impelen a progresar, elévase el estado de la santa Iglesia para que por todo el mundo se lean las páginas de los Sagrados Testamentos. Ya, pues, resuena por todas partes el santo Evangelio, por doquiera los dichos de los apóstoles, por doquiera la Ley y los Profetas.

Luego, después del ruido de las alas, sigue el ruido de las ruedas, porque después de los milagros de los santos, libres y autoritarias se oyen dentro de la Iglesia las palabras de la Sagrada Escritura. Y las ruedas siguen a los animales, porque, como arriba se ha dicho, después que llegó a ser tenida en honor la vida de los santos, también parecieron a los hombres venerandas las palabras de los Testamentos.

38. O más bien, las ruedas siguen a los animales, porque en la vida de los Santos Padres aprendemos lo que debemos entender en el libro de la Sagrada Escritura. En efecto, la conducta de ellos nos descubre lo que las páginas de los Testamentos dicen en sus predicaciones.

Pero debemos averiguar por qué después de haber dicho antes: *Oí tras de mí una voz muy estrepitosa,* después también del ruido de las alas y de las ruedas, se añade: *el ruido de un gran estruendo.* Lo cual, si se mira con cuidado, puede hallarse que no en balde se repite.

39. En efecto, dos son los estrépitos grandes que conmueven nuestro corazón: uno que proviene del temor y otro de la caridad; el uno le promueve el llanto de los penitentes; el otro, el fervor de los amantes. El primer estrépito tiene lugar después de la palabra de la predicación, cuando lloramos los males que hemos cometido. Después del ruido de las alas tiene lugar el segundo estrépito cuando con grandes llantos requerimos los bienes celestiales que hemos oído.

He aquí que, cuando dentro de la santa Iglesia conocemos los ejemplos virtuosos de muchos Padres, es como que oímos a diario el ruido de las alas; y cuando la sagrada predicación resuena por

todas partes, como que nos excitamos con el ruido de las ruedas; y cuando por la misma sagrada predicación nos encendemos en el amor de nuestro Creador, por el fervor del grande fuego lamentamos hallarnos todavía tan lejos del rostro de Dios omnipotente.

De manera que, después de la primera voz muy estrepitosa, al fin se oye también el ruido de un gran estruendo, porque los que, conociendo a Dios, comenzamos a llorar los pecados, amando ya a quien conocemos, no cesamos de suspirar por El con lágrimas. Así que, después del ruido de las ruedas, sigue el ruido de un gran estruendo, porque, cuando en la boca del corazón comienzan a resonar los Testamentos de Dios, el espíritu de los oyentes, compungidos por el amor, se mueve al llanto. De ahí, pues, nace el que las palabras de la Sagrada Escritura se hagan sabrosas al paladar de los que las leen; y de ahí nace el que los amantes las lean casi siempre en silencio y como a hurtadillas. De ahí también lo que se dice por otro profeta (Hab. 3,14): *Como el pobre que come en lo oculto.*

Cortaste la cabeza de los poderosos en la enajenación; en ella conmoviéronse las gentes, abrirán sus bocas como el pobre que come a ocultas. (En versión distinta de la Vulgata.)

Dios omnipotente corta, pues, la cabeza de los poderosos en la enajenación, porque rechaza de sí, enajenándola, la soberbia de los judíos; y en la enajenación se conmueven las gentes, porque mientras los judíos caían de la fe, los corazones de los gentiles corrieron al conocimiento de la fe. Gentes, por cierto, que abren la boca del corazón para recibir el alimento en la sagrada lección; y comen, como el pobre, ocultamente, porque leyendo con prisa y en silencio, toman las palabras de vida.

40. Pero es de saber que cuanto más los oyentes aprovechan en la caridad e inteligencia, tanto mayor gracia del Espíritu se da a los santos predicadores. Por eso, habiendo dicho antes el profeta: *Arrebatóme el Espíritu y oí detrás de mí una voz muy estrepitosa*, después de la voz muy estrepitosa y del ruido de las alas y de las ruedas y del ruido de un gran estruendo, al punto añade: *Y me reanimó el Espíritu y me tomó.*

41. ¿Por qué, después de haber dicho que ya había sido arrebatado del Espíritu, otra vez refiere que le reanimó y le tomó? Pues es que la mente de los predicadores se levanta a cosas más altas cuando, por ellos, los sentidos de los oyentes se mueven a desear a Dios omnipotente. En efecto, los predicadores santos sirven para que, por su ministerio, se multipliquen los dones de la santa Iglesia, según de la misma santa Iglesia se ha dicho (Ps. 64, 10-11): *El río de Dios, que está rebosando de aguas, hincha sus canales, multiplica sus* (generaciones) *producciones, se alegrará cuando rebose en rocíos.* Ríos son, efectivamente, los santos predicadores, que riegan la tierra de nuestro corazón; mas, cuando se desbordan los ríos, se multiplican las generaciones de la Iglesia; porque, cuando los predicadores reciben más abundante la gracia del Es-

píritu, aumenta el número de fieles, y la santa Iglesia se alegra en sus rocíos.

Pues bien, en los rocíos o destilaciones, el agua que había caído en el techo va desde el techo a la tierra; pero el techo de la Iglesia son los santos predicadores, que nos protegen, intercediendo y resguardándonos con sus amonestaciones; y cuando el corazón de ellos se inunda divinamente en la predicación, es como que el agua viene del cielo al techo; mas cuando ellos nos riegan con sus palabras, es como que el agua fluye del techo a la tierra.

De manera que la santa Iglesia se alegra cuando se derrama en su rocío, porque, cuando brota en la fe y en las buenas obras, considera los dones que ha recibido y salta de gozo en las voces de sus predicadores.

Luego, porque, al levantarse los oyentes a cosas mejores, también se multiplica la gracia de los que predican, el profeta dice: *Y me reanimó el Espíritu y me tomó.* De ahí que tanto más y más reanima el Espíritu al predicador y lo toma cuanto a mejor vida cambia al oyente.

42. Pero debemos averiguar por qué se dice que primero le reanimó y que después le tomó, siendo así que el Espíritu no reanima la mente si no la toma. Mas aquí decir *le tomó* es decir *constantemente le tomó,* porque hay algunos a quienes el Espíritu eleva o reanima, pero no los toma; el entendimiento de éstos lánzase también a las cosas espirituales; mas, con todo, permaneciendo su vida en las obras carnales, no concuerda con el entendimiento. Así, Balaam había sido elevado por el espíritu de profecía, pero no le tomó, puesto que, es cierto, pudo contemplar lo que había de suceder mucho después, pero no quiso apartar su mente de los deseos terrenales. En cambio, el santo profeta, como había sido elevado en la ciencia e igualmente asunto o tomado en la vida, oigamos ya cómo se encamina a predicar:

43. *E iba yo lleno de amargura y de indignación de ánimo.*

Pensad, carísimos hermanos, por qué iba lleno de amargura aquel a quien habían levantado los dones del Espíritu. ¿O es que a todo corazón al que asume el mismo Espíritu, le llena de amargura y de indignación?

En lo cual es de saber que aquel para quien todavía la vida es dulce, aunque parezca que habla la palabra de Dios, no es predicador a quien el Espíritu ha reanimado y tomado; pues alma a quien llena el Espíritu, la hace pasar de la amargura de las cosas temporales al deleite de las eternas.

Dulce es, sí, estar en las cosas humanas, mas para quien no ha saboreado todavía gozo alguno de los cielos; porque, cuanto menos comprende los gozos eternos, tanto más placenteramente descansa en los temporales. Pero, cuando uno ha gustado ya con el paladar del corazón cuál sea la dulcedumbre de los premios celestiales, cuál el coro de los ángeles cantores de himnos, cuál la visión de la incomprensible Trinidad, a éste, cuanto más dulce le es lo que interiormente ve, tanto más amargo se le trueca todo lo que soporta

por defuera; enójase consigo por las cosas que recuerda haber hecho mal y se disgusta de sí mismo cuando ya comienza a gustarle Aquel que todo lo creó; reprime los pensamientos, se acusa en las palabras y con lágrimas castiga o corrige las obras; anhela las cosas de arriba, desprecia, sin hacerlas caso, todas las cosas terrenas, y, mientras no posee todavía en realidad lo que desea, tiene por dulce el llorar y afligirse con lamentos continuos; y porque ve que no se halla todavía en la patria para la que ha sido creado, en el destierro de esta vida no hay cosa que le agrade más que su amargura. Tiene por indigno el estar sujeto a las cosas temporales y suspira ardientemente por las eternas.

También por eso rectamente se dice por Salomón (Eccl. 1,18): *La mucha sabiduría tiene consigo muchas desazones, y quien acrecienta el saber, también acrecienta el trabajo.*

Los que conocen, pues, las cosas celestiales tienen por indigno el someter su ánimo a las cosas terrenas; y a medida que conocemos mejor las cosas que hemos hecho mal, nos irritamos contra nosotros mismos, y la mucha sabiduría trae consigo mucha desazón, porque cuanto más progresamos en el conocimiento, tanto más nos indignamos de nuestro mal proceder; y con la ciencia crece el dolor, porque, cuanto más conocemos lo eterno, tanto más nos dolemos de estar en este miserable destierro.

O como se dice en otra versión: *El que añade ciencia añade trabajo;* pues desde que comenzamos a saber cuáles son los gozos celestiales, tanto más trabajamos, llorando, para poder evadir los lazos de nuestros errores.

Luego en la mucha sabiduría hay muchas desazones, porque, cuando ya saboreamos lo eterno, tenemos por indigno el apetecer lo temporal; si ya gustamos lo eterno, nos despreciamos a nosotros mismos, por haber hecho lo que ha podido apartarnos del amor a la eternidad; la conciencia repréndese a sí misma, se acusa de lo que ha hecho, castiga con la penitencia aquello de que se acusa, traba lucha en el ánimo para tener paz con Dios.

44. Así Acab, el rey inicuo, reprendido por el profeta, cuando oyó la sentencia de Dios contra él, temió y se apoderó de él tal tristeza, que el Señor llegó a decir a su profeta (3 Reg. 21,29): *¿No has visto cómo Acab se ha humillado delante de mí? Pues ya que por mi respeto se ha humillado, no enviaré aquellos castigos durante su vida.* Palabras del Señor, en las que es de considerar cómo se agradará en que amargue la tristeza a sus elegidos que temen perder al Señor, cuando así le agradó la penitencia del réprobo que temía perder el presente siglo; o cuán grata le será la aflicción espontánea de las culpas en aquellos que le complacen, cuando le agradó hasta en aquéllos al tiempo en que le ofendían.

Pero es de saber que nadie puede hacer esto de todo corazón por amor de Dios omnipotente sino aquel cuyo ánimo hubiera tomado el Espíritu Santo, porque, ¿cuándo el hombre con sus fuerzas podrá despreciar lo terreno, amar lo celestial, buscar la paz con Dios, entablar lucha consigo, reprenderse en su pensa-

miento y castigarse con gemidos? Nadie puede hacer esto sino aquel a quien diere fortaleza la divina gracia.

45. Por eso también se añade: *Pero estaba conmigo la mano del Señor, que me confortaba.* En efecto, no podemos nosotros levantarnos perfectamente al bien sin que el Espíritu Santo con la gracia preveniente nos eleve y con la subsiguiente nos conforte.

Mas se debe averiguar que, habiéndose escrito arriba, acerca del libro que había recibido el profeta: *Hallóle mi paladar dulce como la miel,* ¿por qué razón se dice después: *E iba yo lleno de amargura en mi espíritu?*

Efectivamente que es muy de admirar el que concurran simultáneamente la dulzura y la amargura; mas es de saber, según el anterior sentido, que, cuando la palabra de Dios comienza a endulzar el paladar del corazón, el ánimo de éste, sin duda, se hace amargo a sí mismo, pues por lo mismo que en ella aprende sabiamente cómo debe reprenderse, por eso se castiga con mayor dureza en la amargura de la penitencia, y tanto más se disgusta a sí mismo cuantas más cosas de Dios omnipotente dignas de amor ve en ese libro.

Pero, como el hombre, por sus propias fuerzas, no puede llegar a esto, rectamente se dice: *Estaba conmigo la mano de Dios, que me confortaba.*

Ahora bien, en la Sagrada Escritura también alguna vez se llama *mano del Señor* al Hijo unigénito, porque todas las cosas han sido hechas por El, y de cuya Ascensión al Padre omnipotente habla por Moisés, diciendo: *Levantaré al cielo mi mano.* Esta mano, que conforta los corazones de sus elegidos, decía a sus discípulos (Io. 15,5): *Sin mí nada podéis hacer.*

Por consiguiente, en todo cuanto pensamos debemos tener siempre en cuenta que pensamos porque nos alienta y que obramos porque nos ayuda Aquel que vive y reina con el Padre en unidad del Espíritu Santo, Dios, en los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA XI

(Ez. 3,15-21)

15 *Llegué, pues, al cautiverio, al montón de las nuevas mieses, donde estaban aquellos que habitaban junto al río Cobar; y detúveme donde estaban ellos, y allí permanecí melancólico siete días en medio de ellos.* 16 *Y al cabo de los siete días hablóme el Señor, diciendo:* 17 *Hijo de hombre, yo te he puesto por centinela en la casa de Israel, y de mi boca oirás mis palabras y tú las anunciarás a ellos de mi parte.* 18 *Si, diciendo yo al impío: Morirás sin remedio, tú no se lo intimas ni le hablas a fin de que se corrija de su impío proceder y viva, aquel impío morirá en su pecado, pero yo te pediré cuenta de su sangre.* 19 *Pero, si tú has apercibido al impío y él no se ha convertido de su impiedad ni de su impío proceder, él ciertamente morirá en su maldad, mas tú has salvado tu alma.*

20 *De la misma manera, si el justo abandonare la virtud e hiciere obras malas, yo le pondré delante tropiezos: él morirá porque tú no le has amonestado; morirá en su pecado y no se hará cuenta alguna de las obras justas que hizo; pero yo te pediré a ti cuenta de su sangre.* 21 *Mas, si hubieres apercibido al justo a fin de que no peque y él no pecare, en verdad que él tendrá verdadera vida, porque le apercibiste, y tú has librado tu alma.*

Entre otras maravillas de la profecía, esto tienen también de admirable los libros de los profetas: que en ellos unas veces se expresan las cosas con palabras y otras veces las palabras se expresan por medio de cosas; de suerte que no sólo sus palabras, sino también sus obras son profecías.

Y así, ahora se dice: *Llegué al cautiverio, al montón de las nuevas mieses, donde estaban aquellos que habitan junto al río Cobar.*

1. Ya que hubiese razón para que debiera indicar que había ido al cautiverio, ¿qué necesidad había de expresar por el lugar las nuevas mieses, diciendo: *al montón de las nuevas mieses*, sino porque muchas veces por las cosas se señalan también los lugares del suceso?

En efecto, ya habían pasado muchos años de cautiverio, cuando profetizaba Ezequiel y habían muerto ya muchos de los que habían sido llevados cautivos, a cuyos hijos venía a hablar el profeta. Por eso también se le dice más arriba (2,3-4): *Hijo de hombre, yo te envío a los hijos de Israel, a esos gentiles y apóstatas que se han apartado de mí; ellos y sus padres han violado hasta el día de hoy el pacto que tenían conmigo. Son hijos de rostro duro y de corazón indomable esos a quienes yo te envío.*

De los cuales, como muchos habían de creer y venir, al cabo, por la obediencia, a dar frutos abundantes de buenas obras, son llamados *montones de mieses.*

Y que las almas buenas son llamadas *mieses de Dios* atestígualo otro profeta, diciendo (Ier. 2,3): *Israel está consagrado al Señor y es como las primicias de sus mieses.* Asimismo fueron también hechas mieses del Señor las gentes más tarde convertidas a la fe. Mas, como Israel fué el primero que creyó en Dios, rectamente el profeta le llamó las primicias de sus mieses.

Luego, como el profeta dirigió su palabra no al pueblo primero, sino a los hijos de ese mismo pueblo, vino al montón de las nuevas mieses.

Bien; ya hemos dicho qué es lo que se designa por el río Cobar, cosa que no repetimos ahora ya por no engendrar fastidio repitiéndolo.

Prosigue: *Y detúveme donde estaban y allí permanecí melancólico siete días en medio de ellos.*

2. Es de notar con cuánta compasión se une el santo profeta al pueblo cautivo. Y se junta a ellos, deteniéndose y entristeciéndose con las tristezas de ellos; porque la raíz de la palabra es el poder de la obra; es decir, que la eficacia de la palabra depende de las obras virtuosas, o sea que la palabra es eficaz cuando es consecuen-

cia del bien obrar; y el oyente escucha con gusto la palabra que el predicador profiere, compadecido, en su alma.

De este modo se junta el hierro con el hierro: hácese primero líquido para que después mutuamente se mantenga por sí mismo; mas, si no se le ablanda primero, no puede luego sostenerse fuertemente unido.

Así detúvose el profeta con el pueblo cautivo, y permaneció melancólico en medio de ellos, a fin de que, juntándose a ellos en caridad, se hiciera más asequible y le conquistara en seguida con la fuerza de la palabra.

Pero, como el pueblo de Israel, que es llamado pueblo contumaz, porque ni aun en medio de los castigos reconoció sus culpas, no tenía el ánimo oprimido por tristeza alguna, el profeta cuidó de mantenerse melancólico entre los que estaban gozosos, para demostrar en silencio lo que había venido a enseñar hablando; así, antes de hablar, en lo que, melancólico, calló, representó lo que habrían dicho las palabras.

Continúa: *Y al cabo de los siete días hablóme el Señor, diciendo.*

3. En eso de que permaneció siete días melancólico y al cabo de los siete días recibió la orden de Dios para que hablara, claramente indica que en esos mismos días, entristecido, callaba. Y ¿qué es lo que el santo profeta nos da a entender con este silencio suyo sino que quien haya aprendido primeramente a bien callar, ése es el que de veras ha aprendido a hablar?; pues la guarda del silencio es como el alimento de las palabras. Y en verdad que quien primero calla ordenadamente por humildad, ése recibe además crecido el don de la palabra.

De ahí lo que se dice por Salomón (Eccl. 3,7): *Hay tiempo de callar y tiempo de hablar.* No dijo, no, *hay tiempo de hablar y tiempo de callar,* sino que primero adelantó el tiempo de callar y después añadió el de hablar; porque debemos aprender, no a callar hablando, sino que debemos aprender a hablar callando.

Luego si el santo profeta, que fué enviado a hablar, calló primero por tanto tiempo, para después hablar rectamente, nosotros debemos pensar cuán culpable será no callar aquel a quien ninguna necesidad obliga a hablar.

Prosigue: *Hijo de hombre, yo te he puesto por centinela en la casa de Israel.*

4. Es de notar que se declara que es centinela aquel a quien el Señor envía a predicar. Aquel, pues, a quien se le encomiendan cuidados ajenos es llamado guardián o centinela, a fin de que se mantenga en la altura de la mente y con el obrar conserve la razón del nombre.

Por tanto, no es centinela quien no está en lo alto, porque el centinela siempre está en lo alto, para que pueda ver desde lejos lo que ha de venir; así que quienquiera que está puesto por centinela del pueblo, debe estar en lo alto en cuanto a la vida, a fin de que pueda ser útil por su providencia.

He ahí por qué otro profeta amonesta al centinela, diciendo (Is. 40,9): *Súbete sobre un alto monte tú que anuncias buenas nuevas a Sión.* Es decir, que quien recibe el puesto de predicador suba a lo alto del bien obrar: suba a lo alto y sobrepase las obras de los que le han sido encomendados, para que tanto más sepa ver la vida de los súbditos cuanto menos afecto ponga en las cosas terrenas que desprecia.

5. ¡Oh cuán duro es para mí esto que estoy diciendo!; porque al hablar me hiero a mí mismo, cuya lengua ni predica como es debido ni la vida corresponde suficientemente a lo que la lengua dice; pues muchas veces me entretengo en palabras ociosas y, perezoso y negligente, dejo de exhortar y edificar a los prójimos. En la presencia de Dios estoy hecho un mudo y un charlatán: mudo en lo necesario, charlatán en lo ocioso.

Pero ved ahí que lo que dice Dios acerca de la vida del centinela me fuerza a hablar; no puedo callar, y, hablando, temo herirme. Hablaré para que la espada de Dios, aunque sea por mí mismo, llegue a traspasar el corazón del prójimo. Hablaré, hablaré para que la palabra de Dios hable por mí contra mí. Yo no niego que soy culpable; viendo estoy mi flojedad y mi pereza; tal vez la misma confesión de la culpa sirva para obtener el perdón del piadoso Juez.

6. ¡Ah! Cierto que, cuando estaba en el monasterio, podía contener de palabras ociosas la lengua y tener casi de continuo fija la mente en la oración; mas luego que eché sobre los hombros del corazón la pesada carga pastoral, ya no puede el espíritu recogerse asiduamente en su interior, porque está dividido entre muchas cosas, pues me veo obligado a examinar las causas, ora de las iglesias, ora de los monasterios; a pensar con frecuencia en la vida y actos de los particulares; bien a defender y solucionar ciertos negocios de los ciudadanos, bien a gemir bajo las armas de los bárbaros que irrumpen y a temer a los lobos que acechan al rebaño puesto bajo mi custodia; unas veces a cuidar de que no falten los subsidios a los obligados a la regla de la disciplina, otras veces a soportar ecuánime a ciertos ladronzuelos, y otras a salirlos al paso, por observar la debida caridad.

De manera que, con pensar en tantos y tan graves asuntos, la mente dividida y hecha trizas, ¿cuándo vuelve a sí misma para recogerse toda en la predicación y no apartarse del ministerio de predicar? Y como, por exigencias del puesto, con frecuencia me junto con seglares, a veces yo mismo me dispenso de la obligación de hablar; porque, si me mantengo en el constante rigor de mi dignidad y oficio, sé que los más débiles me huyen y jamás los puedo atraer a lo que yo pretendo. De donde resulta que, a veces, tengo que oír las palabras ociosas de ellos, y, como yo, también débil, poco a poco me dejo llevar de las palabras ociosas y yo mismo principio a hablar lo que sin querer había comenzado a escuchar, caigo con gusto donde me causaba tedio caer.

Por consiguiente, ¿qué o cuál centinela soy yo, que no sólo no

estoy en lo alto del monte en cuanto a las obras, sino que todavía yazgo en el valle de la debilidad?

Mas poderoso es el Creador y Redentor del género humano, por cuyo amor ni siquiera me dispenso de anunciar su palabra, para concederme a mí, indigno, además de la altura de vida, la eficacia de la palabra.

7. La vida, pues, del centinela debe ser elevada y circunspecta, a saber: elevada, para que no sucumba por amor a las cosas terrenas; y circunspecta o vigilante por todas partes, para que no la hieran los dardos del enemigo oculto.

Y no le basta al centinela vivir él en lo alto, sino que debe, hablando asiduamente, atraer también a lo alto a sus oyentes y, asimismo, hablando, inflamar las almas de ellos en el amor de la patria celestial. Pero esto lo hace bien cuando su lengua saca de su vida el fervor; porque la antorcha que no está encendida no alumbra a lo que se le pone debajo. Y he ahí por qué de Juan dice la Verdad (Io. 5,35): *Juan era una antorcha que ardía y brillaba;* a saber: que ardía por el deseo del cielo y que brillaba por la palabra. Por tanto, para que se sostenga la verdad de la predicación, es menester que la vida se mantenga levantada.

También por eso, en el Cantar de los Cantares rectamente se dice a la Esposa por boca del Esposo (Cant. 7,4): *La nariz tuya como la torre del Líbano.* Ahora bien, hermanos carísimos: ¿qué alabanza es esta de comparar la nariz de la Esposa a una torre? Como por la nariz discernimos siempre los aromas y la fetidez, ¿qué se significa por la nariz sino la discreción de los centinelas? Y esta nariz se dice ser como la torre, y además como la torre del Líbano, por que se sepa que la discreción de los prepósitos debe estar siempre defendida por la circunspección y mantenerse viviendo en lo alto, esto es, no yacer en el valle del obrar defectuoso; pues así como la torre se coloca en el monte para vigilar, a fin de ver de lejos a los enemigos que vienen, así la vida del predicador debe mantenerse fija en lo alto, para que, a guisa de nariz, distinga la fetidez de los vicios y los aromas de las virtudes, vea de lejos las incursiones de los espíritus malignos y tenga aseguradas con su providencia las almas a él encomendadas.

Prosigue: *Y de mi boca oirás mis palabras y tú las anunciarás a ellos de mi parte.*

8. Ved aquí que de nuevo se amonesta al profeta que no presuma de hablar lo que no oyere, sino que primero abra el oído de su corazón a la voz del Creador y después abra la boca de su cuerpo para que le oiga la plebe.

Por eso, otro profeta dice (Ps. 48,5): *Tendré atento el oído a la parábola; al son del salterio descifraré mi enigma.* Por tanto, quien predica rectamente primero, conforme se ha dicho, incline el oído a lo que se le habla interiormente y después abra la boca del cuerpo con el propósito de amonestar.

Prosigue (v.18): *Si, diciendo yo al impío: Morirás sin remedio, tú no se lo intimas ni le hablas a fin de que se corrija de su impío proceder*

y viva, aquel impío morirá en su impiedad, pero yo te pediré cuenta de su pecado.

9. En estas palabras, ¿qué es lo que nosotros debemos notar, qué es lo que solícitamente debemos considerar, sino que ni el súbdito muere por culpa del superior, ni el superior está sin culpa cuando el inferior que no oye las palabras de vida muere por su culpa? Al impío, pues, es debida la muerte; pero el centinela debe anunciarle la palabra de vida e increpar su impiedad; mas, si el centinela calla, ese impío muere en su iniquidad, porque, debido a su impiedad, no mereció que el centinela le dirigiera la palabra; pero el Señor pedirá cuenta de su perdición al centinela, porque él le mató, pues callando le entregó a la muerte.

Pensad, por tanto, hermanos carísimos, pensad que el que nosotros no seamos pastores dignos es culpa vuestra, de quienes nosotros somos tales prelados, y que, si alguna vez vosotros os derramasteis en la iniquidad, también esto fué culpa nuestra, porque no nos tuvisteis oponiéndonos y reclamando contra vuestros malos deseos. A vosotros y a nosotros hacéis bien, si cesáis de obrar mal; a vosotros y a nosotros hacemos bien cuando no callamos lo que desagrada. ¡Oh cuán libre de la muerte de sus encomendados estaba el egregio predicador que decía (Act. 20,26 y 27): *Yo no tengo la culpa de la perdición de ninguno, pues que no he dejado de intimaros todos los designios de Dios!* Sería, sí, culpable, si no se los hubiera anunciado; pero no fué culpable de la perdición de aquellos a quienes procuró anunciar los designios de Dios. Y en esas palabras estamos incluídos nosotros, estamos comprendidos nosotros, estamos denunciados nosotros, los que nos llamamos sacerdotes, los que, sobre los males propios que tenemos, añadimos también las muertes ajenas, porque matamos a tantos cuantos son los que nosotros, tibios y callados, vemos ir cada día a la muerte.

10. Ahora bien, cuando se dice: *Yo te pediré cuenta de su sangre*, si en este lugar por el nombre de sangre se significa la muerte del cuerpo, se aumenta mucho el miedo por nuestro silencio, porque, si el que está puesto al frente para vigilar a sus súbditos tan severamente es tenido por reo de la muerte del cuerpo, que al fin alguna vez ha de morir, ¿de qué culpa no se hace reo por la muerte del alma del súbdito que habría podido vivir siempre si hubiera oído la palabra de corrección?

Pero más bien por la voz *sangre* pueden entenderse los pecados; por lo que alguno, llorando los pecados de la carne, dijo (Ps. 50,16): *Líbrame de la sangre, ¡oh Dios, Dios Salvador mío!* Luego de la sangre del que muere se pide cuenta al centinela, porque se conceptúa ser culpa del prepósito, si callare, la muerte del súbdito.

Sin embargo, algo puede hacer para que, aunque muera el súbdito, él quede libre: levántese, vigile, opóngase a las malas obras, según lo que está escrito (Prov. 6,3-4): *Corre de una a otra parte, apresúrate, despierta a tu amigo, no concedas sueño a tus ojos ni dejes que se cierren tus párpados.* También, por eso, aquí se añade (v.19): *Pero, si tú has apercibido al impío y él no se ha convertido de su impie-*

dad ni de su impío proceder, él ciertamente morirá en su maldad, mas tú has salvado tu alma.

11. Por tanto, entonces muere sin culpa tuya el súbdito cuando te hubiera tenido opuesto a lo que causó su muerte, pero te ligarás a la muerte a la que no te hubieras opuesto.

Y son de notar las cosas que debe predicar el centinela, a saber: la fe y las obras; porque dice: *Pero si tú has apercibido al impío y él no se ha convertido de su impiedad ni de su impío proceder.* La impiedad, en efecto, pertenece a la infidelidad, y el proceder impío a las malas obras. Y todo centinela debe tener este cuidado, el de atraer primero a la piedad de la fe y después a obrar piadosamente, esto es, al bien obrar.

12. Ahora bien, tratándose de exhortar, debemos manifestar brevemente cuánto orden y consideración en lo que habla debe poner el pastor, porque el doctor debe pensar qué habla, a quién habla, cuándo habla, cómo habla y cuánto habla; pues, si en algo de esto falta su locución, no es apta.

En efecto, escrito está (Gen. 4, según los Setenta): *Si ofrecieras rectamente, mas si no repartes bien, pecaste.* Pues bien: ofrecemos rectamente cuando obramos el bien con buen deseo, pero no repartimos rectamente si no hacemos caso de obrar el bien con discreción.

13. Debemos, pues, considerar lo que debemos decir, para que, según dice San Pablo (Col. 4,6), *vuestra conversación sea siempre con agrado, sazonada con sal de discreción.*

Mas también debemos atender a con quién hablamos, porque con frecuencia la palabra de reprensión que esta persona admite no la admite la otra; y muchas veces una misma persona, según el modo de obrar, se hace otra. Por eso el santo profeta Natán, con la sentencia de una fuerte reprensión, hirió a David después del adulterio. El cual, después que David dijo del que robó la oveja (2 Reg. 12, 5): *Hombre que tal hizo reo es de muerte,* en seguida le respondió (v.7): *Ese hombre eres tú.* En cambio, cuando le hablaba del reino de Salomón, como entonces no hubo culpa, se postró, reverenciándole humildemente. De manera que fué distinta la palabra del profeta para una misma persona por encontrarla distinta.

14. También se ha de atender a cuándo debemos hablar, porque muchas veces, aunque se difiera la increpación, después se recibe benignamente, y otras veces, en cambio, se desvirtúa si lo que se debió decir antes pierde la oportunidad. Que la prudente mujer de Nabal, viéndole ebrio, no quiso reprenderle la culpa de su tenacidad, y, en cambio, cuando hubo digerido el vino, le sacudió provechosamente con la reprensión. Asimismo, el profeta que dice (Ps. 39,16): *Queden luego confundidos y avergonzados los que me dicen: ¡Ea, ea!,* anuncia que a las lenguas de los aduladores no se las debe diferir para luego la reprensión, porque la adulación, si se la sufre pacientemente por un poco de tiempo, aumenta y poco a poco cautiva el ánimo para que, deleitándose en la palabra, mitigue el rigor de su rectitud; mas, para que no aumente, debe ser rechazada al punto y sin demora.

15. También hemos de atender a cómo debemos hablar; porque muchas veces las palabras que a éste le vuelven a la salud, al otro le dañan. Por eso mismo San Pablo, que exhorta a Tito, diciendo (Tit. 2,15): *Reprende con plena autoridad*, a Timoteo le exhorta diciendo (2 Tim. 4): *Reprende, ruega, exhorta con toda paciencia y doctrina.* ¿Cómo es que al uno recomienda la autoridad y al otro la paciencia sino porque vió que el uno era de un espíritu más blando, y el otro, en cambio, era de espíritu más vehemente? Al blando debía unírsele, con la autoridad del mando, la severidad en la palabra; en cambio, al otro, de espíritu fogoso, debía moderársele con la paciencia, no fuera a ser que, si se enardecía más de lo justo, en vez de sanar lo herido, hiriera lo sano.

16. Se ha de cuidar también de cuánto debemos hablar, no sea que, si a aquel que no es capaz de aguantar muchas palabras le entretenemos mucho tiempo, alargando la exhortación o la reprensión, le causemos fastidio. Por lo cual, el mismo egregio predicador habla a los hebreos, diciendo (Hebr. 13,22): *Os ruego llevéis a bien todo lo dicho para exhortaros y consolaros, aunque os lo he dicho brevemente.*

Sobre todo esto conviene, principalmente para con los débiles, que oigan pocas cosas y las que ellos puedan entender, pero que los lleguen a compungir su alma con el dolor de la penitencia; porque, si de una vez se les dirigen múltiples exhortaciones, como no son capaces de retener muchas, se quedan sin ninguna. Por eso, también los médicos del cuerpo cubren con el medicamento apropiado, sí, pero delicadamente, los paños que aplican al estómago de los enfermos; porque, si los llenaran del medicamento, en vez de aliviar la enfermedad del estómago confortándole, la agravarían oprimiéndole.

17. Es de notar, no obstante, que, si alguna vez el sermón más prolijo traspasa la debida moderación, no resulta peligroso para los oyentes, pero sí que ofrece mucho peligro el no atender con cuidado a de qué modo, qué y a quiénes se habla. Por tanto, las almas vergonzosas que tal vez han cometido culpas deben ser reprendidas suavemente; porque, si se las reprende con aspereza, más bien que adoctrinarlas, se las echará a perder. Al contrario, las almas descaradas e impudentes, si fueran reprendidas con blandura, esa misma blandura las provocaría a mayores culpas. [18.] Lo cual hemos aprendido bien del mismo egregio Predicador, el cual, sabiendo que los corintios se habían dividido en cisma por amor particular a las personas, atendiendo a la verecundia de ellos, comenzó su carta con acción de gracias y alabanzas, diciendo (1 Cor. 1, 4-6): *Constantemente estoy dando gracias a Dios por vosotros, por la gracia de Dios que se os ha dado en Jesucristo; porque en El habéis sido enriquecidos con toda suerte de bienes, con todo lo que pertenece a la palabra y a la ciencia; habiéndose así verificado en vosotros el testimonio de Cristo.* El cual todavía agrega y dice (v.7): *De manera que nada os falte de gracia ninguna a vosotros, que estáis esperando la manifestación de nuestro Señor Jesucristo.* Yo te pregunto, ¡oh

Pablo!, si ya nada falta, ¿por qué te fatigas escribiéndoles, por qué, estando lejos, hablas? Por que consideremos, hermanos carísimos, cuánto alaba, ved que afirma habérseles dado la gracia de Dios; dice que han sido enriquecidos con toda clase de bienes, en toda palabra y en toda ciencia; declara que en ellos se ha verificado el testimonio de Cristo, es decir, el testimonio que dió de sí mismo muriendo y resucitando; y atestigua que nada les falta de gracia ninguna. ¿Quién creerá, pregunto, que poco después recrimina a los que de tal modo alaba? Porque, después de lo demás, añade (v.10): *Mas os ruego encarecidamente, hermanos carísimos, por el nombre de nuestro Señor Jesucristo, que todos digáis lo mismo y que no haya entre vosotros cismas.* ¿Qué cisma, pues, pudo introducirse solapadamente entre los tan perfectos y alabados? V.11-12: *Porque he llegado a entender, hermanos míos, por los de Cloé, que hay entre vosotros contiendas, quiero decir que cada uno de vosotros toma partido, diciendo: Yo soy de Pablo, yo de Apolo, yo de Cefas, yo de Cristo.*

Veis que a los que había alabado en toda palabra y en toda ciencia, a quienes había dicho que nada les faltaba en gracia alguna, hablándolos poco después y llegando poco a poco a increparlos, los reprende por hallarse divididos entre sí mismos; y a quienes primeramente recordó la salud de que gozaban, luego los mostró patentes sus llagas. Hábil médico, al ver la llaga que debía curar y conociendo la timidez del enfermo, anduvo palpando mucho tiempo y de pronto hirió; primero puso alabanzas con mano blanda y después clavó el cuchillo de la acusación, pues, si a las almas vergonzosas no se las reprendiera con suavidad, hablándolas de otras cosas de que reciban consuelo, pronto caerían en desesperación con la reprimenda.

19. Pero ¿es que acaso mintió San Pablo al decir primero que nada les faltaba en ninguna gracia a los que después había de decir que les faltaba la unión? No, por cierto; nadie, por ignorante que sea, llegará a creer de él semejante cosa, sino que, como entre los corintios había algunos llenos de toda gracia y había otros divididos en pro de unas o de otras personas, comenzó por alabar a los perfectos para llegar a reprender con modesta invectiva a los enfermos, aplicando además aquí la medicina del corazón al uso de la medicina del cuerpo; pues cuando el médico ve que debe punzar una herida, empieza por palpar las partes sanas que hay cerca de la herida, para llegar después, palpando suavemente, a las partes que están llagadas. De manera que San Pablo, cuando alabó a los corintios perfectos, tocó los miembros sanos cerca de la llaga; pero, cuando reprendió de su división a los enfermos, tocó la llaga que había en el cuerpo.

20. Veamos, en cambio, a este mismo, que tan modesta y mansamente se comporta para corregir a los corintios, de qué modo se yergue contra los gálatas que se habían apartado de la fe; pues sin reparo alguno los reprende con invectivas ya en el exordio, porque, en poniendo por delante el saludo, comienza así (Gal. 1,6): *Me maravillo de cómo así tan de ligero abandonáis al que os llamó*

a la gracia de Jesucristo. A los cuales, además, después de otras cosas, agrega en abierta acusación (Gal. 3,1): *¡Oh gálatas insensatos!, ¿quién os ha fascinado?*; porque sus mentes duras, si no fueran golpeadas con una fuerte acusación, de ningún modo conocerían el mal que habían hecho; pues casi siempre los que son impudentes, cuanto menor es la reprensión, tanto menores creen ser sus culpas y conocen ser mayores aquellas que les reprenden con mayor vehemencia.

Por lo cual es necesario que la palabra del predicador se acomode siempre a la condición de los oyentes, de modo que con los vergonzosos no sea áspera, ni blanda con los impudentes.

¿Y qué maravilla es que haga esto el distribuidor de la palabra divina, cuando el agricultor que arroja la semilla en la tierra, primero examina la calidad de la tierra, a qué semillas parece apropiada, y, después que conoce la calidad de la tierra, entonces esparce la simiente?

Mas, como ya hemos hablado largamente acerca de la calidad de la doctrina, conviene que volvamos al orden de la exposición que hemos comenzado.

V.20: *De la misma manera, si el justo abandonare la virtud e hiciere obras malas, yo le pondré delante tropiezos; él morirá porque tú no le has amonestado; morirá en su pecado, no se hará cuenta de las obras justas que hizo; pero yo te pediré a ti cuenta de su sangre.*

21. Porque el predicador no habló al justo que cayó en el pecado, es tenido por responsable de su sangre; y por no haber sido solícito en la predicación, se ha hecho participante en el castigo.

Pero como dice: *Morirá en su pecado y no se hará cuenta alguna de las obras justas que hizo*, nosotros debemos tener muy en cuenta que, cuando nosotros obramos mal, sin razón traemos a la memoria las cosas buenas que antes hemos hecho, porque, en obrando mal, ya no se debe tener confianza alguna en lo bueno pasado.

Mas puede preguntarse si se ha de predicar al justo después de haber caído o antes que caiga. Sin duda que el predicador debe vigilar para que no llegue a caer y antes de que caiga, porque prosigue:

22. *Mas, si hubieres apercibido al justo a fin de que no peque y él no pecare, en verdad que él tendrá verdadera vida, porque le apercibiste, y tú has librado tu alma.* Luego, si el predicador ha librado su alma por lo mismo que apercibió al justo a fin de que no pecara, cuando, por callar el predicador, el justo cae en el pecado, el predicador es culpable porque calló.

¿Y quién de vosotros, pregunto, es bastante para esto, no sólo para corregir con cuidado a los pecadores, sino además para vigilar a fin de que no caigan los justos? Pues nosotros, conscientes de nuestra debilidad, cuando vemos a los varones justos no nos atrevemos a aconsejarlos que vayan por el camino recto, porque vemos que van por él; y, no obstante, obligación del predicador es aconsejar también a los justos; por lo que decía el eximio Predicador (Rom. 1,14): *Me debo igualmente a sabios y a ignorantes.*

23. Pero es muy penoso hablar de todo aquello que se ha dicho del justo que ha tornado a la iniquidad, y es muy para temer esto que dice el Señor: *Pondré delante de él tropiezos.*

Dice así: *Si el justo abandonare la virtud e hiciere obras malas, yo le pondré delante tropiezos.*

Ahora bien, nosotros decimos que, si obra la iniquidad, tropieza; y es totalmente verdad esto que decimos. ¿Por qué, pues, Dios omnipotente pone todavía tropiezos a quien ve que ya ha obrado el mal y ha caído por la iniquidad que cometió?

¡Ah, que son muy rigurosos los juicios de Dios!, y El, que espera largo tiempo al pecador para que vuelva, al que no vuelve y que le desprecia todavía, le pone donde más gravemente tropiece.

24. En efecto, el pecado, que no se borra en seguida por la penitencia, o es pecado o a la vez causa y pena del pecado, pues el primero que comete es pecado; pero, si no se borra en seguida, haciendo penitencia, por justo juicio de Dios omnipotente, al alma sujeta ya a los pecados la permite caer además en otra culpa, para que la que no quiso, llorando y enmendándose, purificar lo que hubo hecho, empiece a acumular pecados a pecados. Luego el pecado que no se borra con el llanto de la penitencia es a la vez pecado y causa de pecado, porque de él nace el que todavía quede más sujeta el alma del pecador.

Pero el pecado que se sigue del pecado es a la vez pecado y pena del pecado, porque, aumentando la ceguera, se engendra en castigo de la primera culpa, para que ya venga a ser en el pecador, a modo de castigo, ese mismo aumento de los vicios.

Además, sucede a veces que un solo y mismo pecado sea a la vez pecado y causa y castigo del pecado. Supongamos, si no, que uno ha codiciado alguna cosa del prójimo y que, ya que no pudo abiertamente, la arrebató furtivamente; pero, acusado del hurto, niega con juramento haberla hurtado: ya tenemos que en éste la codicia fué pecado y causa de pecado, porque por ella llegó a hurtar; pero el mismo hurto por el cual arrebató la cosa codiciada fué también para él pecado y castigo del pecado, porque, en castigo de la concupiscencia no reprimida, sucedió ya que llegara hasta robar y que la culpa interior del corazón creciera en la obra en castigo de su ceguedad; y porque pretendió encubrir el hurto con el juramento, del pecado surgió un nuevo pecado. Luego el hurto que procedió de la concupiscencia y trajo el juramento se hizo pecado, y pena del pecado respecto a la culpa precedente, y pecado y causa de pecado respecto a la culpa subsiguiente, porque, mecido de ella, engendró esta última.

Lo cual da bien a entender San Pablo cuando, refiriéndose a algunos que conocían a Dios, pero que no le honraban, dice (Rom. 1, 21-23): *Porque, habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como a Dios ni le dieron gracias, sino que devanearon en sus discursos.* Ved ahí que es pecado y causa de pecado. Y qué se siga de esa causa lo añade: *Y quedó su insensato corazón lleno de tinieblas; y mientras que se jactaban de sabios, pararon en ser unos necios, hasta llegar a*

transferir a un simulacro con la imagen de hombre corruptible y a figuras de aves y de bestias cuadrúpedas y de serpientes el honor solamente debido a Dios incorruptible. He aquí el pecado que solamente sería pena del pecado si todavía de él no se siguiera otro pecado; pero, tras de la infidelidad de ellos, se añade (v.24): *Por lo cual Dios los abandonó a los deseos de su corazón, a los vicios de su impureza en tanto grado, que deshonraron ellos mismos sus propios cuerpos.*

Luego, porque, conociendo a Dios, no le glorificaron como a Dios, de este pecado y causa de pecado llegaron además a esto, a caer en el culto de las serpientes y de las aves; pero como todavía, por esta ceguera, también cayeron en la inmundicia y deshonor de la carne, la misma ceguera de su infidelidad respecto a su anterior conocimiento, además de pecado, es pena de pecado; pero respecto a la inmundicia subsiguiente fué pecado y causa de pecado.

25. Y como de estas cosas ya se ha tratado en los libros *Morales*, no debemos ahora detenernos más en ella, sino que con temblor debemos considerar esto: ¿Cómo es que Dios, justo y omnipotente, cuando se aíra con los pecados precedentes, permite que el alma, ciega, se precipite en otros? De donde Moisés dice (Gen. 15, 16): *No está llena todavía la medida de los pecados de los amorreos;* y David dice también (Ps. 68,28): *Tú permitirás que añadan pecados a pecados y no acierten con tu justicia;* asimismo, otro profeta dice (Os. 4,2): *La maldición, y la mentira, y el homicidio, y el robo, y el adulterio lo han inundado todo y una maldad alcanza a otra.* Una maldad alcanza a otra cuando a un pecado se agrega otro pecado, de manera que, a los ojos de Dios, el alma aparece ensangrentada con iniquidades sobre iniquidades. El apóstol San Pablo dice (1 Tim. 2): *Para que siempre llenen el número de sus pecados.* También a Juan se le dice por medio del ángel (Apoc. 22,11): *El que daña dañe aún, y el que está sucio siga ensuciándose.*

De donde también ahora dice el Señor: *Si el justo abandonare la virtud y obrare la iniquidad, pondré tropiezos delante de él.* Como si claramente dijera: Porque no quiso, arrepintiéndose, ver donde había tropezado ya, abandonándole por justo juicio, le pondré para que también tropiece en otra parte.

Pero este ponerle del Señor no es forzarle a pecar, sino no querer librarle del pecado, conforme a lo que se dice de Faraón (Ex. 4): *Yo endureceré su corazón.* No es que Dios endurezca el corazón del que peca, sino que, cuando no libra del endurecimiento, se dice que endurece.

Así es que Dios misericordioso nos dilata el tiempo para la penitencia; pero cuando nosotros convertimos la gracia de su paciencia en aumento de la culpa, ese mismo tiempo que piadosamente dispuso para perdonar lo trueca para herir con más rigor, de suerte que quien no haya querido convertirse en el tiempo que para ello ha recibido, por ahí aumenta su mal, haciéndose reo, por donde pudo borrarle si hubiera querido convertirse.

Por eso está escrito (Rom. 2,4-5): *¿No reparas que la bondad de Dios te está llamando a penitencia? Tú, al contrario, con tu dureza y*

corazón impenitente vas atesorándote ira y más ira para el día de la venganza y de la manifestación del justo juicio de Dios. Luego de la bondad de Dios omnipotente va el réprobo atesorándose ira para el día de la ira; porque, cuando recibe tiempo para hacer penitencia y lo emplea en pecar, el mismo remedio de la gracia le trueca en aumento de la culpa. Por eso, Dios omnipotente, que ve convertidos en aumento de culpa los remedios concedidos, convierte la bondad que concedió en juicio más riguroso, para castigar después tanto más cuanto más aguarda ahora; y ya que el hombre no quiere dejar el pecado para vivir, aumente aquello por donde muera.

Pero ya caiga el justo en la culpa, ya el pecador en la muerte, el centinela debe temer el verse igualmente envuelto, por su silencio, en la responsabilidad de los que pecan.

26. ¡Ay!, que, mientras hablo, quiero apartar de mí mismo los ojos, y de ahí que la palabra divina se dirige contra mí mismo, para que vea mi negligencia y tema que dice para mí lo que yo digo; pues, como antes he dicho, ¿qué corazón hay que se recoja dentro de sí mismo, cuando está derramado en cuidados tan sin número? ¿Y cuándo puedo yo, además de atender solícito a todo lo que me rodea, mirarme a mí mismo con el espíritu recogido? ¿Cuándo puedo yo corregir, acusando los pecados de los perversos; custodiar, alabando y amonestando las acciones de los buenos, y mostrar a los unos terror y a los otros dulzura? ¿Cuándo puedo yo, además de pensar en las cosas que son necesarias a los hermanos, emplear también mi solicitud en vigilar la ciudad contra los dardos del enemigo y proveer para que los ciudadanos no perezcan víctimas de una incursión inesperada, y en medio de todas estas cosas ocuparme plena y eficazmente en repartir la palabra de exhortación para salud de las almas, ya que hablar de Dios requiere una mente muy tranquila y libre?; porque entonces se rige bien la lengua en el sermón cuando el sentido descansa seguro en la tranquilidad; pues ni el agua agitada refleja bien la imagen de quien la mira, sino que entonces, cuando no se mueve, es cuando en ella se ve la imagen de quien la mira. ¿Qué exhortación os hará, por consiguiente, hermanos carísimos, vuestro centinela, a quien conturba la confusión de tantos asuntos?

¡Oh!, ciertamente, el profeta de quien hablamos, en su última revelación, viendo el templo, narra las cosas que vió en el mismo templo, diciendo (Ez. 41,16): *La tierra hasta las ventanas, y las ventanas estaban cerradas.* También el apóstol San Pablo dice (1 Cor. 3,16): *¿No sabéis vosotros que sois templo de Dios?* Y (2 Cor. 6,16): *¿Y qué acuerdo entre el templo de Dios y los ídolos?* En este templo las ventanas son los sacerdotes, centinelas que en el pueblo fiel defienden la luz de la santa predicación. Pero, cuando la tierra llega a las ventanas, las ventanas están cerradas; esto es, que, cuando en el corazón de los sacerdotes domina el pensamiento terreno, las ventanas no dan paso a la luz, porque los sacerdotes están mudos en lo que pertenece al deber de predicar.

27. Y hay algo más grave en el orden de los sacerdotes, y es

que no pueden estar fijos en su pensamiento, como los que llevan una vida quieta y retirada; pues, como hemos dicho arriba, estos que están apartados del puesto de regir pueden lavar con el llanto las culpas de sus pecados y después del llanto perseverar en la misma tristeza de ánimo, como está escrito de aquella buena mujer que había orado ante el tabernáculo y después de la gracia de la compunción no cambió de propósito en su ánimo, puesto que se dice: *Y su semblante ya no cambió más.*

En lo cual nosotros debemos considerar que, si así lloró la mujer que buscaba un hijo, ¿cómo debe llorar el alma que busca a Dios?

Ahora bien, el sacerdote, después de la compunción y de las lágrimas, se ve también obligado a conocer las necesidades de sus hijos y escuchar con ánimo paciente las cosas de que huye, y después de suspirar por las cosas celestiales, aguantar las cargas de cualesquiera hombres carnales, y con frecuencia, conforme a las circunstancias, cambiar los sentimientos del corazón, porque a veces está gozándose en las ganancias espirituales, mas, si se le acercase alguno entristecido, si no hace suya la tristeza de éste, no se compadece de su tribulación; otras veces está lamentándose de la condenación de las almas y de pronto se le presentan quienes se están gozando de algunas prosperidades suyas, de cuya alegría, si no se alegra el sacerdote, será tenido porque no ama a los hijos de cuyo gozo no se alegra; y sobre todo diciendo San Pablo (Rom.12,15): *Alegraos con los que se alegran y llorad con los que lloran.*

28. Nada, pues, hallo tan penoso en el puesto de los sacerdotes como doblegar el ánimo para compadecer y cambiarle conforme al de las personas que se le acercan. Y, no obstante, esto es muy necesario; porque, si el predicador parece ingrato, ¿cuándo, por su predicación, se rendirá el pecador a la gracia de obrar el bien?

También por eso, el mismo profeta dice en la última parte: *Y cuando los sacerdotes ejercen ministerio en el interior, no usen vestidos de lana;* acerca de los cuales se añade: *Cuando salgan al atrio exterior al pueblo, se despojarán de sus vestiduras, con las cuales ejercieron sus ministerios, y las depositarán en el gazofilacio del tabernáculo.*

En efecto, los vestidos de lana son más gruesos; por eso, cuando el sacerdote se acerca al ministerio santo, esto es, cuando entra en el interior por la compunción, necesita un entendimiento más sutil y que se revista como de vestidura de lino; mas, cuando sale afuera, al pueblo, conviene que deponga las vestiduras con que había ministrado dentro y que aparezca ante el pueblo revestido de otras vestiduras. Porque, si se mantiene en el rigor de su compunción, si perdura en la tristeza que tuvo al tiempo de la oración, no admitirá oír las palabras de los de fuera; y ¿qué hará la grey necesitada, si el pastor rehusa oír y atender también a lo que reclama el tiempo presente? Revístase, por tanto, de vestidos más gruesos el pastor que sale ante el pueblo, para que acostumbre también su alma a tolerar las cosas terrenas para utilidad de sus hijos.

Pensad, por tanto, hermanos carísimos, cuánto sea el trabajo del centinela; el tender el corazón a lo más alto y de pronto llamarle a lo bajo, aguzar el ánimo en las sublimidades del conocimiento interior y, por atender a las necesidades exteriores de los prójimos, hacerle de repente craso, por así decirlo, en el pensamiento.

29. Por consiguiente, no necesito yo exponer ahora las palabras del profeta, sino llorar ante vosotros la miseria mía. Por lo que ruego que vuestra oración me haga tal que pueda aprovechar a vosotros y a mí.

Poderoso es para, por vuestra intercesión, concederme esto a mí, indigno y débil, Aquel que en su piedad se dignó aparecer débil por nosotros (1 Cor. 1,24): *Es la virtud y la sabiduría de Dios, que tomó nuestra enfermedad para con la suya robustecer la debilidad nuestra.* Jesucristo, nuestro Señor, que vive, etc.

HOMILIA XII

(Ez. 3,22-4,3)

22 *E hízose sentir sobre mí la mano del Señor; y díjome: Levántate y sal al campo, y allí hablaré contigo.* 23 *Y, poniéndome en camino, salí al campo; y he aquí que la gloria del Señor que estaba allí era al modo de aquella que vi junto al río Cobar, y postréme sobre mi rostro.* 24 *Y entró en mí el espíritu y me puso sobre mis pies; y me habló y me dijo: Ve y enciérrate dentro de tu casa.* 25 *Y tú, hijo de hombre, mira que han dispuesto contra ti ataduras y tú no podrás salir de en medio de ellos.* 26 *Y yo haré que tu lengua se pegue a tu paladar, de modo que estés mudo y no seas ya un hombre que reprende; porque ella es una familia contumaz.* 27 *Mas así que yo te habré hablado, abriré tu boca y tú les dirás a ellos: Esto dice el Señor Dios: El que oye, oiga; y el que duerme, duerma; porque es ésta una familia contumaz.*

4 1 *Y tú, hijo de hombre, toma un ladrillo y póntele delante, y dibujarás en él la ciudad de Jerusalén,* 2 *y delinearás con orden un asedio contra ella, y colocarás arietes alrededor de sus muros.* 3 *Coge luego una sartén de hierro y la pondrás, cual si fuera una muralla de hierro, entre ti y la ciudad; y a ésta la mirarás con un rostro severo, y ella quedará sitiada, pues tú la pondrás cerco. Ello es una señal contra la casa de Israel.*

1. Las Sagradas Escrituras, guardada la verdad histórica, dan a conocer las cosas que no señalan abiertamente, unas veces por el tiempo y otras por el lugar. A saber:

Por el tiempo, como cuando, predicando el Señor a los judíos, se dice (Io. 10,22): *Y era en invierno.* ¿Qué razón hubo para que entre aquellos misterios que la Verdad predicaba se añadiera, nombrándole, el invierno, sino para poner de manifiesto, por la circunstancia del tiempo, el frío y que, mientras oían las palabras de la Verdad, permanecían duros los corazones de los judíos?

Otras veces por el lugar, como cuando se dice que, al bajar Moi-

sés del monte, dió la Ley al carnal pueblo israelítico, que acampaba en lugar campestre; y que el Señor, sentado en el monte, habló a los apóstoles, dándoles preceptos espirituales; ello es para mostrar que a aquéllos, como carnales, se les daban los preceptos menores en el valle de la tierra, y que éstos, como espirituales y santos, escuchaban en el monte preceptos celestiales, y dar a ver claramente que los que con el corazón suben a los cielos dejaron las flaquezas del mundo y se mantuvieron en lo sublime de la mente.

Por eso ahora el profeta Ezequiel, por mandato de Dios, describe en qué lugar se hallaba, para indicar por la circunstancia del lugar lo que después seguiría en relación con los misterios del profeta.

2. Ved, pues, que dice: *Hízose sentir sobre mí la mano del Señor, y díjome: Levántate y sal al campo y allí hablaré contigo.* ¿Qué es esto, que el Señor había hablado antes a su profeta en medio del pueblo de Israel y, sin embargo, después le dice: *Sal al campo y allí hablaré contigo,* sino que antes quiso difundir la gracia de su profecía en la Judea y que después se dignó manifestarla por toda la gentilidad? Que no sin razón por el campo se designa la gentilidad, puesto que ella está diseminada por todo el mundo.

3. Donde, además, se añade: *Y poniéndome en camino, salí al campo, y he aquí que la gloria del Señor que estaba allí era al modo de aquella que vi junto al río Cobar.*

El profeta vió en el campo la gloria del Señor que había visto junto al río Cobar, en medio de Israel, porque a los gentiles se apareció la misma majestad del Señor que, por revelación del Espíritu, se había manifestado primero a los elegidos en el pueblo judío.

4. Sigue: *Y postréme sobre mi rostro.* Al ver la gloria del Señor, postróse el profeta sobre su rostro; porque, aunque el hombre se eleve a entender las cosas celestiales, sin embargo, al contemplar la majestad de Dios, conoce la flaqueza de la condición suya y como que apenas puede tenerse en pie quien se ve ser ceniza y polvo ante los ojos de Dios.

Prosigue: *Y entró en mí el espíritu y me puso sobre mis pies.*

5. Cuando nos postramos humildes ante Dios, cuando reconocemos ser polvo y ceniza, cuando consideramos la flaqueza de nuestra condición, no nos mantenemos en nuestra tiesura y soberbia; Dios omnipotente nos levanta por su espíritu y nos pone sobre nuestros pies, a fin de que los que hemos caído y yacemos humildes en la consideración de nuestra flaqueza nos mantengamos rectos, como sobre nuestros pies, en el bien obrar.

¿Y por qué se hace esto con el profeta en el campo sino para significar de un modo particular que también había de darse a los elegidos de entre los gentiles el Espíritu Santo, el cual, a aquellos a quienes tomare, primero los abatiría del estado de su soberbia y luego los haría estar firmes sobre sus pies, esto es, en las buenas obras, conforme a lo que se dice por San Pablo (Hebr. 12,12): *Volved a levantar vuestras manos caídas y fortaleced vuestras rodillas debilitadas; marchad por el recto camino con paso firme?*

6. Prosigue: *Y me habló y me dijo: Ve y enciérrate dentro de tu casa.* ¿Qué significa el mandar al profeta que salga de en medio del pueblo de Israel al campo, y después, que del campo vuelva a su casa, sino que la gracia de la predicación, quitada al pueblo judío, se difundió por toda la gentilidad?

Mas, como al fin del mundo los judíos vuelven a la fe, el profeta se vuelve a su casa, para que otra vez en su pueblo more la predicación que ahora brilla entre las diversas gentes, como en el campo.

En efecto, escrito está (Rom. 11,25): *Hasta tanto que la plenitud de las naciones haya entrado; y entonces salvarse ha todo Israel.* Porque por otro profeta se dice (Os. 5): *Aunque los hijos de Israel fueran como las arenas del mar, las reliquias se salvarán.*

Salga, pues, de en medio del pueblo al campo el profeta y del campo vuelva a su casa, para que la predicación que se hizo en la Judea salga entre las gentes, y cuando se hayan llenado de fe las gentes, reciba la Judea los dones de la doctrina espiritual que perdió.

Y se manda al profeta encerrarse dentro de su casa, porque, en tiempo del anticristo, el pueblo judío, convertido, se verá oprimido con crueles persecuciones de parte de las naciones que han permanecido en la infidelidad. Por eso está escrito (Apoc. 11,2): *El atrio exterior del templo no le midas, por cuanto está dado a los gentiles, los cuales han de hollar la Ciudad Santa durante cuarenta y dos meses.*

V.25: *Y tú, hijo de hombre, mira que han dispuesto contra ti ligaduras y te atarán, y tú no podrás salir de en medio de ellos.* V.26: *Y yo haré que tu lengua se pegue a tu paladar, de modo que estés mudo y no seas ya un hombre que reprenda; porque ella es una familia contumaz.*

7. Palabras por las que, si seguimos el orden de la exposición alegórica, el profeta recibe ligaduras y es atado en su casa, porque, al fin, cuando creyere la Judea padece grandes persecuciones en tiempo del anticristo, de suerte que los ministros de la iniquidad no aceptarán sus predicaciones, antes, oponiéndose a ellas, los oprimirán con cadenas de dolor.

Y no saldrá de en medio de ellos, porque no llega la predicación al corazón de los malvados mientras la lengua de los buenos, ligada por las tribulaciones, calla; pues entonces habrá muchos infieles de entre los judíos que perseguirán a los judíos que creyeren.

Por eso es de notar, además, que aquí también se dice que el profeta estará atado dentro de su casa, a saber, para indicar que la Judea, cuando fuere fiel, se verá atribulada por la persecución de los de su linaje. Por tanto, mientras no se cree que el Unigénito del Eterno Padre, encarnado y muerto, ha resucitado y subido a los cielos, según lo predican las páginas de la Sagrada Escritura, sin duda que estará ligada la profecía, la cual, si ellos la entendieran tal como está anunciada, la predicación vendrá como a tener libres sus pasos. Entonces, por consiguiente, la ciencia de los predicadores se verá compelida por los réprobos a callar.

8. Por lo que también se añade aquí: *Y yo haré que tu lengua*

se pegue a tu paladar, de modo que estés mudo y no seas ya un hombre que reprende, porque ella es una familia contumaz.

Pero como, cuando prediquen Enoc y Elías—que ambos son llamados dos olivos por Zacarías y dos candelabros por Juan—, muchos de los judíos que entonces permanecieren en la infidelidad vuelven al conocimiento de la verdad, según lo que del mismo Elías se dice (Mt. 17,11): *Elías vendrá, y entonces restituirá todas las cosas*, también aquí se añade rectamente: *Mas, cuando yo te hubiere hablado, abriré tu boca y tú les dirás a ellos: Esto dice el Señor Dios.* [9.] Pues entonces, como al fin, se abrirá la boca del profeta, cuando, por la predicación de Enoc y de Elías, que predicarán a los judíos que vuelven a la fe, se conocerá que la profecía de la Sagrada Escritura habíase referido a Cristo.

Y ya que hemos expuesto alegóricamente estas cosas, ahora las expondremos en sentido moral a vuestras caridades.

10. ¿Qué significa, pues, el mandar al profeta salir al campo, sino que todo el que predica sale, como al campo, para hablar a los que están apartados de él y apartados de la iniquidad?

Y allí ve la gloria del Señor, porque tanto desde más lejos percibe la gracia de la doctrina cuanto más se dedica al trabajo de la predicación por amor de los prójimos. Saliendo, pues, afuera es favorecido con una alta visión, porque de donde, con el ministerio de su predicación, ilumina la ciega ignorancia en los ajenos corazones, de ahí le sube la gracia de lo alto a más alta inteligencia.

Mas, como el predicador debe atender siempre a su alma, para conservar interiormente la humildad y la pureza, es menester que, después de salir al campo, vuelva a su casa, para que, en eso mismo que él predica, conozca también cómo es él mismo dentro de su conciencia; porque si, o esto que él predica no lo observa, o de lo que predica pretende gloria, cuando habla sale, sí, al campo, pero, no pensando en sí mismo, no se cuida de volver a su casa.

De manera que, recibido el espíritu, nos recluímos en casa cuando, por favor suyo, nos recogemos a examinar los secretos de nuestra alma, para que el ánimo se sienta descansar en Dios y no discurra ya, siguiendo la inquietud del pensamiento, tras de las concupiscencias exteriores, apeteciendo aplausos o gloria de los hombres.

11. Refiriéndose a esta casa del corazón, la misma Verdad dice por sí misma a uno a quien hubo sanado (Io. 5,8): *Toma tu camilla y ve a tu casa.* En efecto, por la camilla en que descansa la carne se significa la misma carne, y por la casa se significa la conciencia. Y como cuando, muertos en el alma, yacemos en los vicios, descansamos en los vicios de la carne, enfermos, somos llevados en el lecho; pero, cuando estuviéramos sanados en el alma, para resistir ya a los tentadores vicios de la carne, es necesario que soportemos en nuestra carne las afrentas de las tentaciones. Por eso, al enfermo, vuelto a la salud, se le ordena: «Toma tu lecho», esto es, lleva tú el lecho en que tú has sido llevado; porque es necesario que

todo el que ha sido curado cargue con la afrenta de la carne en que antes yacía enfermo.

¿Qué es, por tanto, decir: *Toma tu lecho y ve a tu casa*, sino: soporta las tentaciones de la carne, en la que hasta ahora yaciste, y vuelve a tu conciencia para que veas lo que hiciste?

De manera que al profeta se le manda que, después de salir al campo, se recluya en su casa, para que el predicador, después de la gracia de la doctrina que administra a los prójimos, torne a su conciencia y con sutil examen se examine a sí mismo, no sea que de lo que predica afuera interiormente busque para sí algo de gloria transitoria.

12. También por eso se dice por Salomón (Prov. 5,15): *Bebe el agua de tu aljibe y de los manantiales de tu pozo. Rebosen por fuera tus manantiales y espárzanse tus aguas por las plazas. Sé tú solo el dueño de ellas y no entren a la parte contigo los extraños.*

Mas parecen ser muy contrarias las cosas que dice: *Rebosen por fuera tus manantiales y espárzanse tus aguas por las plazas*, añadiendo en seguida: *Sé tú solo el dueño de ellas y no entren a la parte contigo los extraños.* Pero ¿cómo puede ser él solo dueño del agua de la ciencia si rebosan por fuera sus manantiales? Pues es que, cuando predicamos a los pueblos, claro está que esparcimos las aguas por las plazas, porque extendemos en la multitud de los oyentes las palabras de la ciencia; pero cuando nosotros, con la ayuda de Dios, nos recogemos interiormente y nos vigilamos alrededor con cauta solicitud, para que no nos arrastren a la soberbia los espíritus malignos—que con razón son extraños a nosotros, porque perdieron la suerte de la bienaventuranza—, entonces somos nosotros solos dueños de las aguas que esparcimos por las plazas, de modo que no participen de ellas con nosotros los extraños, sin duda aquellos de quienes está escrito (Ps. 53,5): *Gentes extrañas han alzado bandera contra mí y poderosos atentan a mi vida.*

Luego esparce las aguas por las plazas y es él solo dueño de ellas quien, por lo que predica a muchos, no se engríe en pensamientos de gloria temporal; pues entonces el hombre es dueño de lo que enseña cuando se goza, no de ser conocido, sino de aprovechar.

Luego el profeta desde el campo reclúyese en su casa, para que quien habla de Dios, después que salió fuera para hablar en provecho de los prójimos, se recoja siempre a su interior a examinar humildemente los secretos de su corazón.

Por lo que, además, se añade: *Y tú, hijo de hombre, mira que han dispuesto ligaduras contra ti y te atarán, y tú no podrás salir de en medio de ellos.*

13. Ahora bien, cuando algún predicador se recluye a la casa de su conciencia, se disponen lazos contra él y queda atado en ellos, porque cuanto más se adentrare en el pensamiento, tanto más conoce el alma del justo con cuántas debilidades de su mortalidad se encuentra ligada; que, si San Pablo no se viera ligado, no hubiera dicho (Phil. 1,23): *Tengo deseo de verme libre de las ataduras de este cuerpo y estar con Cristo.* Por eso se dice por el Salmista

(Ps. 101,21): *Para escuchar los gemidos de los que estaban atados con cadenas, para libertar a los hijos de los destinados a la muerte;* y en otro lugar dice: *Lleguen hasta ti los gemidos de los que están encadenados.*

Con frecuencia, cuando ya el alma desea salir para contemplar en la figura de su Redentor, cuando suspira por hallarse en los gozos celestiales, ve los lazos de su mortalidad, por los cuales ligada todavía está retenida en este mundo y gime. Por eso es por lo que Jeremías, viendo el sutil juicio de Dios, dice (Lam. 3,7): *Me circunvaló por todos lados para que no escapase; púsome pesados grillos.*

Tenemos, pues, cadenas, que son la flaqueza y corrupción de nuestra mortalidad; pero, cuando se nos agregan la tribulación y los gemidos, hácense más pesadas nuestras cadenas. Y es cierto que, mientras el justo padece el vivir esta vida, apresúranse a aprovechar a otros, hablando cosas buenas; pero, cuando ve las mentes endurecidas y las advierte ocupadas en contiendas, retiene la palabra de la predicación. Y no sale de en medio de ellos, porque calla lo que podía hablar, según se dice por San Pablo (Phil. 2,3): *Nada por tema;* y otra vez (1 Cor. 11,16): *Pero si, no obstante, alguno se muestra terco, nosotros no tenemos esa costumbre.*

Por lo que también se añade a propósito aquí: *Y yo haré que tu lengua se pegue a tu paladar, de modo que estés mudo y no seas ya un hombre que reprende, porque ella es una familia contumaz.*

14. Aunque también a veces el Señor, frente a la resistencia, enciende en su celo la lengua de los predicadores para que no callen, sino que con las palabras de la verdad ahoguen los dichos de los mentirosos o falaces. Por eso aquí se agrega: *Mas, cuando yo te habré hablado, abriré tu boca y tú les dirás a ellos: Esto dice el Señor Dios.*

15. Bien; esto que hemos expuesto brevemente bajo el doble sentido (alegórico y moral), pláceme que, tocándolo ligeramente, lo repasemos según el sentido literal.

Pues bien, ¿qué otra cosa se nos recomienda en las palabras de la historia más que la virtud de la obediencia, cuando al profeta se le manda: ahora que vaya al cautiverio junto al río Cobar, luego salir al campo, y del campo volver a casa; de suerte que, marchando primero en virtud del mandato y luego saliendo y de nuevo volviendo a su casa y relegándose a ella, quebrante siempre el arbitrio de su voluntad ante al mandato de la divina palabra, a fin de que, pendiente del celestial precepto, cumpla, no su voluntad, sino la de su Creador?

Y además le dice: *Y tú, hijo de hombre, mira que han dispuesto contra ti ligaduras y te atarán, y tú no podrás salir de en medio de ellos.*

En lo cual es de notar que el profeta conoce lo adverso, para que se disponga a hacerlo frente; pues los males que no vienen inesperados tienen menor poder contra el alma. Con todo, cuando de antemano se conocen las cosas adversas, se pone de manifiesto cuánta sea la virtud de la obediencia en aquel que ya sabe lo ad-

verso que ha de padecer y, no obstante, no desobedece la voz del Señor.

Gran reflexión requieren las palabras que en seguida se añaden: *Y yo haré que tu lengua se pegue a tu paladar, de modo que estés mudo y no seas ya un hombre que reprende, porque ella es una familia contumaz.*

En efecto, debemos discurrir si sólo por los pecados de los oyentes, o también alguna vez, por vicio del predicador, se substrae la palabra de la predicación.

16. Bien mirada la cuestión, se distinguen cuatro casos: que unas veces, por los malos oyentes, se quita la palabra a los doctores; otras veces, por los buenos oyentes, se da la palabra a los doctores, aun a los malos; otras veces, para justificación de los que enseñan y de los que oyen, se concede a los buenos doctores, para que ellos mismos crezcan en mérito y también sus oyentes crezcan en inteligencia y en vida; pero otras veces, porque ni los unos son dignos de recibir la palabra de la doctrina de los que la predican ni los que ocupan el puesto de doctor merecen proferir las palabras de la doctrina, se retiene la predicación, para que los unos y los otros sean rigurosamente juzgados.

Efectivamente, por los malos oyentes se impide predicar a los buenos doctores, como ahora se le dice a Ezequiel: *Yo haré que tu lengua se pegue a tu paladar, de modo que quedes mudo y no seas ya un hombre que reprende, porque ella es una familia contumaz;* y como se le dice a Pablo: *Apresúrate y sal pronto de Jerusalén, porque no escucharán tu testimonio de mí;* y como está escrito de los apóstoles que quisieron predicar en Asia: que *se lo prohibió el Espíritu de Jesús.*

También, por los buenos oyentes, se concede predicar aun a los malos doctores, como de los fariseos lo dice el Señor (Mt. 23,3): *Practicad y haced todo lo que os dijeren, pero no obréis como ellos, porque ellos dicen, pero no hacen.*

Por los malos oyentes y por la vida indigna de los que debieran predicar, se substrae la predicación; como a Helí, que no tuvo palabra de corrección severa para corregir a sus hijos, porque su negligencia y la vida de sus hijos exigía que con ellos cayera también el pueblo y que el arca del Señor pasara cautiva a los filisteos (1 Reg. 4).

Es grande gracia de Dios cuando los doctores dirigen severa reprensión a los que obran inicuamente. En contra de lo cual ahora se dice: *Quedarás mudo y como hombre que no reprende.* Reprendería a los delincuentes si merecieran la gracia de tal reprensión.

17. Mas habiendo, así en el enseñar como en el silencio, tanta diversidad de méritos que no puede saberse fácilmente si la predicación se substrae por culpa de los oyentes o del que parece ocupar el puesto de adoctrinar, ¿qué otra cosa se nos manda a nosotros sino que guardemos siempre humildad ante estas cosas dudosas? De manera que, cuando podamos hablar, no nos engriamos, porque tal vez esa gracia de nuestra predicación no se nos ha concedido

a nosotros, sino a nuestros oyentes; y lo mismo, cuando no podemos hablar, no deben juzgarnos los que nos han sido encomendados, no sea tal vez que no podamos hablar, no por nuestro pecado, sino por culpa de los oyentes.

Luego en esto todo está para nosotros incierto respecto de nuestros méritos, a fin de que tengamos por gracia segura la humildad, de suerte que, cuando predicamos, pensemos que vosotros habéis merecido de Dios omnipotente este don; y cuando nosotros enmudecemos en la predicación, aunque la culpa sea nuestra, vosotros, sin embargo, debéis creer que es particularmente vuestra, de manera que, atribuyéndonos mutuamente lo malo a nosotros y a los otros lo bueno, suceda que, en virtud de esa humildad, vuelva la palabra adoctrinadora que había sido retenida.

Prosigue: *Mas, así que yo te hubiere hablado, abriré tu boca y tú les dirás a ellos: Esto dice el Señor Dios: El que oye oiga, y el que duerme duerma, porque es ésta una familia contumaz.*

18. Con frecuencia algunos quieren oír la palabra de Dios, pero, al ver que otros cierran sus oídos, también ellos se apartan de oír las palabras de salud; y, por lo general, muchos apetecen descansar y desentenderse de todos los negocios de este mundo y no estar sujetos a ningún deseo terrenal; pero, al ver que otros prosperan obrando inquietos y que se engrandecen en este mundo con riquezas y honores, como todavía no están firmes en el camino de la rectitud, por el ejemplo de los otros caen ellos también en las malas obras.

Por eso es por lo que el Salmista, hablando figuradamente de los débiles, decía (Ps. 72,2): *A mí vacilaronme los pies, a pique estuve de resbalar, porque me llené de celo al contemplar a los impíos, al ver la paz de los pecadores.* Y, por lo mismo, otra vez dice: *Mientras el impío se ensoberbece, el pobre se requema.* Por eso, con palabras del Señor se dice al profeta Jeremías respecto de Judá y de Israel (Ier. 3, 6-7): *¿No has visto tú las cosas que ha hecho la rebelde Israel? Fuése sobre todo monte alto y debajo de todo árbol frondoso, y allí se ha prostituído. Y después que ella hizo todas estas cosas, le dije yo: Vuélvete a mí, y no quiso volverse.* Donde en seguida se agrega cómo, por emularla, cayó también Judá, que parecía mantenerse firme; pues dice: *Y su hermana Judá, la prevaricadora, vió* (v.8) *que, por haber sido adúltera la rebelde Israel, yo la había desechado y dado libelo de repudio; y no se amedrentó su hermana la prevaricadora Judá, sino que también ella se fué a idolatrar.*

Vedlo; Dios misericordioso es despreciado, y llama; da prenda de su misericordia a sus enemigos, puesto que dice a la prevaricadora: *Vuélvete a mí, y no quiso volverse.* Pero, como el pueblo de Israel abandonó a Dios omnipotente, no queriendo volver, recibió el libelo de repudio, esto es, le abandonó, pecando, pero recibió el libelo de repudio, permaneciendo sin castigo en sus iniquidades.

Así que el alma que peca se aparta; pero, si después del pecado la sigue la prosperidad, ningún castigo, ninguna reprensión la llama al corazón para que vea la separación que ha hecho entre Dios

y ella; recibe además libelo de repudio para que, abandonada como extraña, haga el mal que quiera y no sienta el azote del celo de Dios, para que descienda más profundamente en los suplicios eternos.

Pero su hermana Judá, como ha visto en sus placeres a la abandonada Israel, también se abrasa de celo en la inmundicia de la fornicación; pues, como vió que la adúltera prosperaba en su perversidad, no temió pecar peor y apartarse de junto al Señor, como quien dice: del tálamo de su legítimo esposo.

Por eso es necesario que, cuando vemos a los que pecan abandonados sin castigo en su culpa, entonces los tengamos por más miserables; pues de ahí se dice por Salomón (Prov. 1,32): *La indocilidad causará a los ignorantes su perdición, y lo que los necios o pecadores creen su prosperidad, será su ruina.* Quien, pues, se aparta de Dios o no le obedece y prospera, tanto más próximo a su perdición está cuanto más alejado está del celo por la disciplina.

Dígase, pues: El que oye oiga, y el que duerme duerma, porque ésta es una familia contumaz. Como si claramente dijera: Vosotros, los que ya habéis comenzado a oír la palabra de la verdad y a dejar de hacer el mal, no imitéis la costumbre de aquellos que estáis viendo que me enojan.

19. Lo cual, sin embargo, podemos entenderlo también de otro modo, a saber: Algunos oyentes no escuchan porque aplican, sí, sus oídos a la sagrada palabra, pero no apartan de los deseos del mundo su corazón; y hay algunos que descansando no descansan, porque es verdad que con el cuerpo no ejecutan acciones malas, pero revuelven con deleite en su pensamiento las obras perversas. Por eso, de la Judea, llegada a la cautividad, está escrito (Lam. 1): *Viéronla sus enemigos y se han burlado de sus fiestas.* En efecto, los enemigos se burlan de los sábados cuando los espíritus malignos infunden malos pensamientos en la mente ociosa, para que, ya que descansa en las obras, no descanse en el deleite de las malas obras.

Luego rectamente se dice aquí: *El que oye oiga,* para que la palabra llegue al oído del cuerpo de tal modo que se oiga también en el oído del corazón; y *El que descansa descanse,* para que se rechacen del pensamiento los malos deseos cuando ya parece que se han rechazado de la obra.

Y para que, como hemos dicho, no se oigan los malos ejemplos, se añade: *Porque es ésta una familia contumaz,* pues los malos ejemplos, aunque sean tolerados por largo tiempo, de pronto caen; y los débiles ven los castigos de ellos, para que no imiten a aquellos cuyas culpas juzgaban impunes.

Por eso también se agrega aquí la desolación de la misma Judea, que es llamada familia contumaz, diciendo en seguida el Señor a su profeta (4,1-2): *Y tú, hijo de hombre, toma un ladrillo y póntelo delante, y dibujarás en él la ciudad de Jerusalén, y delinearás con orden un asedio contra ella, y levantarás fortificaciones, y harás trincheras, y sentarás un campamento contra ella, y colocarás arietes alrededor de sus muros. Coge luego una sartén de hierro y la pondrás, cual si fuera una muralla de hierro, entre ti y la ciudad; y a ésta la mirarás con un*

rostro severo, y ella quedará sitiada; pues tú la pondrás cerco. Lo dicho es una señal contra la casa de Israel.

20. En estas palabras, ¿qué otras cosas se significan, según la historia, sino el asedio y destrucción de la ciudad de Jerusalén y la aflicción del pueblo pecador? El cual es llamado familia contumaz, cuando claramente se dice: *Delinearás con orden un asedio contra ella, y levantarás fortificaciones, y harás trincheras, y sentarás un campamento, y colocarás arietes alrededor de sus muros.*

Mas como las palabras de la profecía generalmente narran la historia de manera que por ella describa también misterios, es necesario que esto que hemos referido históricamente lo expongamos espiritualmente, máxime porque en ello se intercala lo que parece no poder sostenerse en sentido histórico, a saber, cuando se dice: *Y tú coge una sartén de hierro y la pondrás, cual si fuera una muralla de hierro, entre ti y la ciudad, y a ésta la mirarás con un rostro muy severo, y ella quedará sitiada.*

Pues si a las cosas históricas no se mezclaran misterios, ¿qué necesidad el profeta tenía de la sartén de hierro para ponerla entre él y la ciudad a fin de separarse del asedio de ella? Por tanto, cuando aquí se dice: *Coge una sartén de hierro y la pondrás, cual una muralla férrea, entre ti y la ciudad,* abiertamente se declara que el profeta se verá libre del asedio de la ciudad por la misma sartén de hierro.

Y lo mismo si se añade lo que antes había dicho: *Y mirarás a ésta con rostro muy severo y quedará sitiada.* En lo cual se manifiesta que el profeta no estará en aquel asedio si pone la sartén de hierro entre él y la ciudad.

Mas lo cierto es que, tanto en esa cautividad como en la que después aconteció al pueblo de Israel, ninguno se libró de la cautividad, sino que a todos igualmente envolvió esta calamidad.

Por lo tanto, ¿quién puede entender a la letra cómo ponga el profeta la sartén de hierro entre él y la ciudad que ha de ser asediada?

Aunque se haya, pues, cumplido a la letra lo que en la descripción del ladrillo se lee bajo la figura de la ciudad de Jerusalén, nosotros, sin embargo, debemos saber que por la sartén designa algo alegórico, a la vez que describe el real asedio de Jerusalén.

21. Por lo cual quedamos enterados de que a la vez sabemos que algo se ha cumplido según la Historia y también conocemos haber algo que, según la alegoría, carece de razón. De manera que debemos creer que en las palabras y obras del profeta está figurado el asedio de Jerusalén, y por este asedio se figura otro asedio, a saber, el asedio interior. En el cual con razón buscamos qué es lo que puede significarse por la sartén de hierro, que es llamada muralla de hierro.

Pues bien: ya sabemos que se realizó aquel asedio en el que la ciudad de Jerusalén quedó destruída; pero busquemos ahora aquel otro asedio que se realiza a diario en el interior. Acerca del cual, por figura, se dice: *Y tú, hijo de hombre, toma un ladrillo y póntele delante, y dibujarás en él la ciudad de Jerusalén.*

22. Mas antes debemos averiguar por qué al profeta Ezequiel, tanto cuando ve cuántas veces contempla cosas sublimes como cuando se le manda hacer algo misterioso, se le llama *hijo de hombre*. Puesto que con frecuencia su mente es levantada a las cosas celestiales y se apacienta de cosas ocultas e invisibles, es necesario que entre las cosas ocultas que penetra sea llamado *hijo de hombre*, para que siempre tenga presente lo que él es y jamás se engría de las cosas a que es llevado. Pues ¿qué es llamarle siempre *hijo de hombre* al profeta, levantado a las cosas espirituales, sino recordarle su propia miseria, para que, consciente de su flaca condición, en su pensamiento no se envanezca de la grandeza de su contemplación?

23. Mas como el mismo profeta, según hemos dicho antes, es figura de los predicadores o doctores, rectamente se le dice ahora: *Toma un ladrillo y póntele delante.*

Todo doctor, pues, cuando recibe a algún oyente terreno para enseñarle la doctrina de la divina palabra, toma un ladrillo; y cuando comienza a hablarle de cuál sea la recompensa celestial, cuál la visión de la paz de los cielos, dibuja la ciudad de Jerusalén en el ladrillo, el cual se le pone delante, porque considera atentamente la cualidad del oyente, esto es, mira su adelanto o su defecto, y, conforme a la inteligencia de él, acomoda las palabras de su predicación, de manera que pueda grabar en la mente del que le oye la ciudad de Jerusalén, esto es, la visión de paz.

Dígase, por tanto: *Toma un ladrillo*, a saber, el corazón terreno; *póntele delante*, esto es, para que observes con atención la vida e inteligencia de él. Y ya está como descrita en el ladrillo Jerusalén cuando la mente terrena comienza a conocer los verdaderos gozos de aquella paz interior y anhela ver la gloria de la patria celestial. Como que se dibuja la visión de paz cuando la mente, que antes gustaba las cosas de la tierra, se eleva ya, por el amor, a contemplar la gloria del reino celestial.

24. Mas, en cuanto el alma comenzare a amar lo celestial, en seguida que se recogiere toda atenta a la visión de la paz interior, aquel antiguo enemigo que cayó precipitado del cielo, la envidia, comienza a asediarla más, y remueve tentaciones más violentas que de costumbre, de tal manera que generalmente tienta al alma que le resiste como nunca la había tentado cuando la poseía. Por lo que está escrito (Eccli. 2,1): *Hijo, en entrando en el servicio de Dios, persevera firme en la justicia y en el temor y prepara tu alma para la tentación.* Por eso también al endemoniado que curó el Señor, el demonio, al salir de él, le atormentó horriblemente, según está escrito (Mc. 9,25): *Y dando gritos y atormentando horriblemente al joven, salió de él.* ¿Cómo es que el antiguo enemigo desgarró, al salir de él, al hombre a quien no desgarró cuando le poseía, sino porque generalmente, cuando es arrojado del corazón, promueve en él tentaciones más violentas que las que había suscitado cuando le poseía tranquilamente?

Y por eso también los israelitas dicen a Moisés y Aarón (Ex. 5,21): *Atienda el Señor a esto que nos pasa y juzgue, pues vosotros nos habéis*

hecho abominables a los ojos de Faraón y de sus servidores y habéis puesto en su mano el cuchillo para que nos degüelle. Ahora bien, la Ley y los Profetas están figurados en Moisés y Aarón. También muchas veces el ánimo débil como que murmura dentro de sí contra las sagradas palabras; porque, después que hubo comenzado a oír y seguir las palabras del cielo, la animadversión del rey de Egipto, esto es, la tentación del maligno espíritu, le prepara asechanzas.

Por eso, después de dibujada en el ladrillo la ciudad de Jerusalén, se le dice con razón al profeta: *Delinearás con orden un asedio contra ella, y levantarás fortificaciones, y harás trincheras.*

25. Por tanto, al alma en que ya se ha dibujado la visión de la paz, es necesario que se le anuncien las batallas de las tentaciones; porque, para que pueda llegar a aquellos gozos eternos de la paz, es preciso, sin duda alguna, que sostenga aquí muchos combates de tentaciones. De la cual alma con razón se dice: *Delinearás con orden un asedio contra ella.*

En efecto, los predicadores preparan un asedio contra el alma a que deben enseñar cuando con sus advertencias la indican de qué modos se oponen los vicios a las virtudes: cómo la lujuria hiere a la castidad; cómo la ira perturba la tranquilidad del ánimo; cuánto debilita la alegría necia el vigor de la mente; cómo el mucho hablar destruye la guarda del corazón; cómo la envidia mata la caridad; cómo la soberbia socava el alcázar de la humildad; cómo la falacia, cuando al hablar falsea la verdad, también la falsea en el pensamiento, de manera que quien no ha querido decir lo que entendía ser verdad, ya no entienda lo que pueda decir.

Se pone asedio por parte del predicador cuando por las palabras de la santa exhortación se pone de manifiesto qué vicios y de qué modos acechan a cada una y a cuáles virtudes. Y el predicador levanta fortificaciones contra la Jerusalén que dibuja en el ladrillo cuando denuncia qué males y cuán pertrechados vienen contra el alma; cómo los vicios se enmascaran bajo la apariencia de virtudes, de manera que, como repetidas veces hemos dicho, la ira inconsiderada pretende parecer justicia, y el perdón del castigo quiere parecer mansedumbre, y la avaricia ser llamada sobriedad, y la desordenada disipación de los bienes que se la llame benevolencia. Viene, pues, a ser como levantar fortificaciones contra el alma cuando los vicios se levantan como si fueran virtudes y se muestran aparentemente en alto, cuando en realidad yacen siempre en lo bajo.

26. Además se añade todavía: *Y harás trincheras.* Por lo mismo, pues, que el alma empieza a desear las cosas celestiales, los espíritus malignos, con sus tentaciones, multiplican más en ella los pensamientos terrenos. Por tanto, el profeta hace trincheras cuando el santo predicador denuncia a las almas buenas cómo suelen introducirse, sin ser vistos, los deseos terrenos.

Y aún se añade: *Y sentarás un campamento contra ella y colocarás arietes alrededor de sus muros.* Es como que sienta un campamento el doctor contra el alma cuando indica las insidias que los

espíritus malignos acumulan y refuerzan contra el alma, para tentarla, no ya de un vicio solo, sino a la vez de vicios reunidos; [27] porque hay algunos vicios conjuntos como por cierta afinidad; v.gr., la disipación del espíritu, la gula y la inmundicia de la lujuria; la charlatanería, la mentira y el perjurio.

En efecto, de la disipación del espíritu el alma es arrastrada a la glotonería, y al dilatarse el vientre con los alimentos, la carne, engreída, es llevada cautiva a la lujuria; y asimismo, del mucho hablar se engendra la mentira, porque es muy difícil que quien habla mucho no mienta además, y muchas veces la mentira se encubre con el perjurio para ocultarse a los juicios humanos; igualmente, la soberbia no puede estar en modo alguno sin la envidia y sin la vanagloria; pues todo soberbio envidia a los otros el honor que él ambiciona, y cuando tal vez le hubiera obtenido, se engríe vanidoso de la gloria temporal, y porque ve que los otros no han podido obtenerlo, se goza, vanagloriándose de tener esto sobre los demás.

28. También es de saber que con frecuencia algunos vicios no acuden a la mente a la vez, sino que se sustituyen de modo que el uno sucede al otro en la tentación; y aquél viene de frente, pero el otro sigue de lado en la tentación, de manera que, mientras se resiste al uno, el otro se adueña del alma engañada. Esos mismos vicios de que antes hemos hablado, por lo general se sustituyen furtivamente el uno al otro. Algunas veces, v.gr., mientras nos empeñamos en dominar en nosotros la ira más de lo necesario, la lenidad se apodera del alma para que no aplique a los que pecan la severidad conveniente; muchas veces, en cambio, cuando nos disgusta proceder con incauta lenidad, el celo se trueca en furia y arrastra cautiva al alma fuera de los límites de la paciencia.

De manera que, por venir los vicios mezclados y unidos contra el alma, con razón los labios del orador preparan trincheras contra la Jerusalén dibujada; y porque a veces separados hieren de aquí para allá al sentido, se ordenan arietes alrededor.

Así que el predicador coloca arietes alrededor cuando avisa cautamente cuán suavemente hiere la lujuria, cuán ásperamente mata la impaciencia, cuán laboriosamente inflama y da muerte la avaricia, cuán hinchadamente la soberbia quita la vida.

De suerte que colocar arietes alrededor es poner de manifiesto, al predicar, qué armas de los vicios suelen herir por doquiera al alma.

29. Prosigue: *Coge luego una sartén de hierro y la pondrás, cual muralla férrea, entre ti y la ciudad.*

Siendo el hierro un metal fuerte y friéndose la comida en la sartén, ¿qué se significa por la sartén de hierro sino el fuerte hervor del celo espiritual? En efecto, el celo espiritual del doctor fríe o hace hervir al alma, porque se siente atormentada viendo que algunos débiles dejan lo eterno y se deleitan en las cosas temporales.

¡Oh!, qué bien había tomado la sartén de hierro San Pablo cuando, herido por el celo de las almas, decía (1 Cor. 2): *¿Quién*

enferma que yo no enferme? ¿Quién se escandaliza que yo no me requeme? Aquel corazón suyo que había inflamado en el celo de las almas, ¿qué otra cosa le había hecho sino una sartén en la que ardía en amor de las virtudes contra los vicios, pues lo que se quemaba era la sartén? Se requemaba, sí, y se cocía, porque se enardecía de amargura; pero en su afligido corazón preparaba el alimento de las virtudes.

30. ¿Y qué significa el poner el profeta esa sartén como muro de hierro entre él y la ciudad, sino que ese fuerte celo que ahora bulle en la mente del doctor, en el día del último juicio será testigo entre él y el alma a la que celó contra los vicios? De manera que, aunque aquel a quien adoctrina no haya querido oír, sin embargo, el doctor, por el celo que muestra, no se hace reo de la negligencia del oyente. Pone, por consiguiente, un muro de hierro entre él y la ciudad, porque, al tiempo de la vindicta, el doctor queda libre del peligro de condenación precisamente porque ahora sufre el resquemo del corazón por el celo de la vigilancia.

Es verdad, no hay para Dios omnipotente otro sacrificio semejante al celo de las almas, pues por eso el Salmista dice (Ps. 68,10): *El celo de tu casa me devoró.*

Cuánto aplaca al Señor Dios omnipotente la freidura del corazón que se obra en el celo espiritual, claramente se patentiza cuando por la Ley se manda que se ofrezca en sacrificio; pues acerca de él está escrito: *Será freída en sartén provista de aceite y la ofrecerá caliente en olor de suavidad al Señor el sacerdote que por derecho sucediere a su padre, y toda la ofrecerá en el altar* (Pat. in Lon. 6, c).

Ahora bien, la flor de harina se fríe en la sartén cuando el alma pura del justo se abrasa en el ardor del santo celo; la cual se manda rociar con óleo, esto es, que se mezcle con la caridad de la misericordia, para que arda y luzca en la presencia de Dios omnipotente.

Rocíase, pues, con óleo el alma que se fríe en la sartén, porque en el rigor del santo celo es necesario que arda y luzca por la virtud de la misericordia, pues ama al mismo a quien parece perseguir. Por eso también se manda que se ofrezca caliente en olor suavísimo al Señor; porque, si el celo no tiene amor, la flor de harina que se ofrece de la sartén ha perdido el calor.

Y es de notar a quién se manda que haga la ofrenda, a saber, al sacerdote que en derecho suceda a su padre; pues sucede en derecho al padre aquel sacerdote que en sus costumbres demuestra ser hijo del Señor omnipotente y que no discrepa de la nobleza interior con obras innobles.

Y se manda que todo se queme en el altar, esto es, para que sea hecha holocausto. Que esta diferencia hay entre el sacrificio y el holocausto: que todo holocausto es sacrificio, mas no todo sacrificio es holocausto; pues muchas obras buenas que se hacen son sacrificio, pero no son holocausto, porque no consumen toda el alma en amor espiritual.

Así que los que se entregan a las obras de Dios de tal modo que, no obstante, no dejan algunas cosas que son del mundo, ofrecen, sí, sacrificio, pero no holocausto. En cambio, los que abandonan todo lo que es del mundo y consagran toda su alma en el fuego del amor de Dios, éstos sí ofrecen y se hacen holocausto al Señor omnipotente.

De manera que la flor de harina en la sartén es el alma pura del justo en la aflicción del celo espiritual, la cual, por el cuidado de las almas, se fríe, y no sólo se tiene por sacrificio, sino también por holocausto para el Señor.

Tomemos, pues, la sartén de hierro y pongámosla como muro de hierro entre nosotros y la ciudad, esto es, hagámonos de un fuerte celo, para que luego encontremos en él una fuerte defensa entre nosotros y el alma de nuestros oyentes; que entonces hemos de hallar un muro de hierro si ahora le tenemos fuertemente, a saber: enseñando, custodiando, persuadiendo, increpando, halagando, aterrando, obrando a veces con lenidad y a veces severamente.

De esta severidad se añade rectamente: *Y la mirarás con rostro severo y ella quedará sitiada.*

31. ¿Qué significa mirar con rostro severo a la Jerusalén dibujada en el ladrillo sino que al alma a la que el doctor anuncia la visión de la paz celestial, si todavía la ve flaquear en sus acciones, no se le debe mostrar más remiso y clemente? Por lo cual está escrito (Eccli. 7,26): *¿Tienes hijos? Cela su cuerpo y no les muestres complacientes tu rostro.*

En efecto, las almas débiles y dadas a los apetitos del mundo se guardan a veces mejor con la severidad; como el rostro severo, esto es, el vigilar la perversidad, quita toda esperanza de un frívolo perdón, atemoriza al alma inconstante y con la fuerza del rigor la contiene en el deleite de los vicios.

Cuando el doctor hace esto es siempre necesario mantener en el corazón la dulzura y la humildad, a fin de que ame mucho y nunca se engría, soberbio, contra aquel a quien, no obstante, por aprovecharle, rehusa mostrarle amor y humildad.

32. Sigue: *Y tú la pondrás cerco.* El doctor pone cerco al alma del oyente cuando declara que en todo cuanto se hace en esta vida puede haber lazos de tentación, para que, andando por doquiera temerosa y cautelosa por doquiera, cuanto más tímida viva, tanto viva más vigilante.

Prosigue: *Ello es una señal contra la casa de Israel.*

33. Atendiendo a la historia del asedio, que se realizó a la letra, lo que el profeta hizo es una señal contra la casa de Israel; si se atiende al misterio que cada día se obra, mediante el doctor, respecto al alma de cada uno, es una señal contra la casa de Israel lo que hizo y lo que anunció que había de hacerse; porque, así como Israel soportó materialmente el asedio, así cada una de las almas que ya comienzan a servir a Dios omnipotente siente que le

asedian las insidias de los espíritus malignos, de los cuales, si de veras quiere librarse, debe saber que, por sus fuerzas, no puede librarse, sino que es menester que espere el auxilio de Aquel que a nosotros, los que aún vivimos en esta carne corruptible, puede, por el misterio de su redención, hacernos más fuertes que los mismos espíritus que no tienen carne, Jesucristo, nuestro Señor, que vive y reina con el Padre en unidad del Espíritu Santo, Dios, por todos los siglos de los siglos. Amén.

LIBRO II

PREFACIO

Ya que los muchos cuidados que me agobian no permiten exponer ante vuestras caridades y por su orden todo el libro del profeta Ezequiel, vuestros buenos deseos hanse avenido con gusto a pedir que al menos debo exponer la última visión que le fué hecha acerca del edificio asentado sobre el monte; visión que es la más oscura de todas sus visiones.

Y, claro, es menester que yo ceda a vuestra petición; pero hay dos cosas que perturban mi ánimo: la una es que esta visión hállase envuelta en nieblas de oscuridad tanta, que apenas se advierte en ella alguna inteligencia; la otra es que ya hemos sabido que Agilulfo, el rey de los longobardos, ha rebasado el Po, apresurándose con todo empeño a poneros cerco.

Pensad, pues, hermanos carísimos, qué es lo que en estos nebulosos y místicos sentidos puede llegar a ver la pobre inteligencia, presa de las perturbaciones de su temor; pues cuanto más solícita anda acerca de las cosas terrenas, tanto menos ve las que son del cielo, por lo mismo que con sus cuidados es llevada fuera de sí y atiende mucho menos al interior; porque escrito está: *La habitación terrena deprime el sentido que piensa en muchas cosas.* Por tanto, la que, aun recogida, no es capaz de penetrar en las cosas de arriba, pensad qué es lo que podrá derramada; pues sabemos, lo sabemos todos, que el río que se divide en muchos arroyos, en su cauce queda seco.

Sin embargo, la gracia de lo alto está sobre todo, y, si la carga de mis pensamientos me abate, las alas de vuestros deseos me levantan.

Oscura es por cierto la obra que emprendemos; pero imaginémonos que viajamos de noche: resta, pues, que a tientas caminemos.

HOMILIA I [XIII]

(Ez. 40,1-4)

40 1 *El año vigésimo quinto de haber sido llevados al cautiverio, al principio del año, a los diez días del mes, catorce años después que la ciudad fué arruinada, en aquel mismo día, se hizo sentir sobre mí*

la virtud del Señor y condújome allá (a Jerusalén). [2] *Llevóme en una visión divina a la tierra de Israel y púsome sobre un monte muy elevado, sobre el cual había como el edificio de una ciudad que miraba hacia el mediodía.* [3] *E introdújome dentro de él, y he aquí un varón cuyo aspecto era como de bronce y tenía en su mano una cuerda de lino y una caña de medir en la otra mano, y estaba parado a la puerta.* [4] *Y díjome este varón.*

El año vigésimoquinto de haber sido llevados al cautiverio, al principio del año, a los diez días del mes, catorce años después que la ciudad fué arruinada, en aquel mismo día, se hizo sentir sobre mí la virtud del Señor y condújome allá.

1. Habiendo de narrar cosas místicas, pone por delante la historia, para que se cumpla en el tiempo lo que se debe creer en la revelación.

Pero es de notar que en el exordio de este libro indicó el año en que comenzó a profetizar, y al fin consigna lo que vió en la última visión, de manera que puede conocerse en cuántos años escribió el libro de su profecía; es a saber, el tiempo en que comenzó a profetizar lo consignó al principiar a hablar, cuando dice (c.1 v.1): *Se me abrieron los cielos y tuve visiones divinas, a cinco del mes, en el año quinto después de haber sido trasladado el rey Joaquín.* Y ahora dice: *El año vigésimo quinto de haber sido llevado al cautiverio.*

Este mismo profeta había sido llevado cautivo a Babilonia con el rey Joaquín en la primera cautividad, pues acerca de la segunda cautividad de los de Jerusalén añade: *En el año décimocuarto después de ser destruída la ciudad*, y Sedecías había reinado en la ciudad de Jerusalén once años después de la primera cautividad, en la que el profeta Ezequiel fué conducido con el rey Joaquín. Y después del cautiverio de Sedecías, que era asimismo la segunda cautividad de la ciudad, al año décimocuarto, el profeta tuvo su última visión. Ahora bien, once y catorce, sumados una vez, hacen veinticinco; luego, si en el año quinto de la primera cautividad refirió la primera visión, y dice que esta última tuvo lugar en el año vigésimo quinto, queda bien patente que las palabras de su narración se extienden a veinte años de duración desde la visión primera hasta la última.

Y nadie debe oponer que a la mitad del libro de su profecía, cuando habla del rey de Babilonia, hace memoria del año vigésimo séptimo; porque, como nada intercala referente al tiempo de su cautiverio, claramente demuestra que describe los tiempos de aquel rey, de quien había sido encargado de profetizar.

Mas lo que dice: *Al principio del año, a los diez días del mes*, expresa simplemente el tiempo, para que también del mismo tiempo quede fija en los corazones de los oyentes, conforme a la letra, la raíz de la palabra, de la cual reportan después frutos espirituales.

2. Pero es de notar lo que dice: *Catorce años después que la ciudad fué arruinada, en aquel mismo día.* Pues ¿qué significa el que,

por esta visión última, Dios omnipotente se ha dignado conceder la promesa de su misericordia en ese mismo día, en el cual cumplió su justa ira en la ciudad arruinada, sino que aquella divinidad en la que no hay movimiento ni mutación, notifica a los afligidos y penitentes, con la misma luz de su justicia, con qué castiga a los soberbios y contumaces?

3. Señalado, pues, primeramente el tiempo de su visión, añade: *Se hizo sentir sobre mí la virtud del Señor y condújome allá; llevóme en una visión divina a la tierra de Israel y púsome sobre un monte muy elevado, sobre el cual había como el edificio de una ciudad que miraba hacia el mediodía.* Edificio de tal ciudad que de ningún modo puede ser tomado a la letra; porque poco más adelante añade que ese mismo edificio medía una caña de seis codos y un palmo, pero la puerta de la misma ciudad medía catorce codos, y la entrada o frontispicio o fachada de la citada puerta declara tener sesenta codos; todo lo cual no es posible mantenerlo a la letra; porque ¿cómo a la vez ha de medir todo el edificio una caña de medir, esto es, seis codos y un palmo, y las puertas del edificio catorce codos, y los frentes de las puertas se dilatan hasta sesenta codos? La puerta está en la ciudad, y los frentes en las puertas; y no hay razón alguna que pueda admitir que es menor el continente que aquello que es por él contenido.

Mas en la Sagrada Escritura aun las cosas que pueden tomarse conforme al sentido histórico, generalmente deben tomarse en sentido espiritual; de manera que se crea en la verdad de la historia y de los misterios de la alegoría se acepte la inteligencia espiritual, conforme a lo que sabemos ya por el Salmista (Ps. 8,4): *Yo contemplo tus cielos, obra de tus dedos; la luna y las estrellas, que tú creaste.* Pues he ahí que la descripción exterior es conforme a la razón, porque los cielos son obra de Dios y la luna y las estrellas han sido creadas y asentadas por El. Pero, si el Salmista afirma esto solamente de las obras exteriores y no también en un sentido místico, porque declaró que los cielos son obra de Dios, y puesto a enumerar la luna y las estrellas, ¿por qué no mencionó igualmente al sol, que sabemos que también es obra suya? Porque, si sólo hablaba conforme a la letra, para mencionar al luminar menor, debió mencionar primero al luminar mayor; pero, como hablaba en sentido místico, para que entendamos por la luna a la santa Iglesia y por las estrellas a los hombres santos, no quiso nombrar al sol, precisamente porque hablaba al mismo Sol eterno, del cual está escrito (Mal. 4,2): *Mas por vosotros, los que teméis al Señor, nacerá el Sol de justicia,* y del cual los réprobos dirán al fin (Sap. 5,6): *No ha salido para nosotros el Sol de justicia.*

Luego al decir: *La luna y las estrellas, que tú creaste,* y, no obstante, pasar en silencio al sol, que también fué hecho, indicó que hablaba con aquel Sol que hizo, no sólo materialmente al sol, la luna y las estrellas, sino también espiritualmente a la luna, o la Iglesia, y a las estrellas, o los hombres santos.

Por consiguiente, si, aun cuando la razón encuentra clara la historia, somos conducidos a la inteligencia alegórica, ¡cuánto más deben entenderse en sentido alegórico las cosas espirituales en las que el sentido histórico no concierta con la razón!

Se hizo sentir sobre mí la mano del Señor y condújome allá. Llevóme en una visión a la tierra de Israel.

Eso que dijo: *Condújome allá*, lo añade con repetir: *Llevóme a la tierra de Israel*. La mano en la visión es la virtud en la contemplación.

¿Qué es lo que claramente indica en estas palabras sino que, acerca de la ciudad que había visto, nada dice a la letra, sino que habla en sentido espiritual de la que en espíritu contemple?

4. *Y púsome sobre un monte muy elevado.* ¿A quién significa este monte muy elevado sino al *Mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo* (2 Tim. 2), el cual es de la tierra, sí, pero de más alto de la tierra, porque la carne del mismo Redentor nuestro tiene la materia de lo bajo, mas por el poder sobresale en las alturas? Del cual habría dicho poco diciendo *alto*, si no hubiera añadido *muy;* porque no sólo es hombre superior a los hombres, sino también hecho hombre sobre los ángeles.

Por eso de El se dice por Isaías (4,2): *En aquel día, el fruto de la tierra será ensalzado;* pues nuestro Creador se hizo para nosotros fruto de la tierra, puesto que por nosotros encarnó. Pero ya el fruto de la tierra ha sido ensalzado, porque El, que nació de la tierra, reina en el cielo sobre los ángeles; pues, según voz de David y de San Pablo (Ps. 8,7), *todas las cosas has sujetado a sus pies;* Hebr. 2,8: *Conque, si Dios todas las cosas ha sujetado a El, no ha dejado alguna que no esté a El sometida.*

Este monte, pues, es elevado, y mucho, porque, aunque sea de la tierra por la naturaleza de la humanidad, es, con todo, incomparable por la alteza de la divinidad.

De ahí que, cuando el profeta Isaías vió que este Señor había de venir en la carne, elevado por el espíritu de profecía, dijo (Is. 2,2): *En los últimos días, el monte en que se erigirá la casa del Señor tendrá sus cimientos sobre la cumbre de todos los montes.* Ahora bien, la casa del Señor fué el pueblo israelítico; de manera que aquel monte que se dignó encarnar en el pueblo de Israel es llamado casa del Señor. Es verdad que en ese pueblo hubo varones santos, que con razón podrían llamarse montes, porque, por méritos de su vida, acercáronse a los cielos; pero el Unigénito encarnado no fué igual que estos montes, porque por su divinidad trasciende la naturaleza, méritos y vida de todos. Por eso, con razón se le llama *Monte sobre la cumbre de todos los montes*, porque en cuanto a su divinidad se le halló sublimado aun sobre lo más alto de los santos, como que los que más se habían adelantado en Dios, apenas podían tocar con la altura de su pensamiento las huellas de El. Luego el monte que allí se dice *sobre la cumbre de todos los montes* es el mismo que aquí se exhibe como *monte muy elevado*.

5. *Sobre el cual había como el edificio de una ciudad que miraba hacia el mediodía.*

Es de notar que no se dice: sobre el cual había un edificio, sino: *como un edificio;* precisamente para mostrar que todo se dice, no de la edificación de una ciudad material, sino espiritual; pues quien declara que ha visto, no un edificio, sino un como edificio, remite el corazón de los oyentes a un edificio espiritual, conforme a lo que se dice por el Salmista (Ps. 121,3): *Jerusalén, la cual se va edificando como una ciudad,* porque, como aquella visión de la paz interior se va construyendo de la reunión de los ciudadanos santos, la Jerusalén celeste se va edificando como una ciudad. La cual, sin embargo, mientras en esta tierra de peregrinación es flagelada y tundida con las tribulaciones, sus piedras son labradas a diario. Y esa misma ciudad, es decir, la Iglesia, que ha de reinar en el cielo, todavía trabaja en la tierra; de cuyos ciudadanos dice San Pedro (1.ª, 2,5): *Y vosotros, como piedras vivas, edificaos sobre El,* y San Pablo dice (1 Cor. 3,9): *Vosotros sois el campo que Dios cultiva, sois el edificio que Dios fabrica.* Ciudad que, en verdad, aquí tiene ya, en las costumbres de los santos, un gran edificio suyo.

En efecto, en un edificio, una piedra soporta a otra, porque una piedra se pone sobre otra, y la que sostiene a una es sostenida por otra. Así, cabalmente así, en la Iglesia, cada cual, a la vez que él soporta a uno, es soportado por otro, porque los prójimos se toleran mutuamente, para que por ellos se levante el edificio de la caridad. Que por eso San Pablo amonesta diciendo (Gal. 6,2): *Comportad las cargas unos de otros, y con eso cumpliréis la ley de Cristo;* y, aclarando la razón de la ley, dice (Rom. 13,10): *El amor es el complemento de la ley.*

Si, pues, yo con mis costumbres descuido el soportaros, y vosotros en las vuestras no hacéis caso de tolerarme, ¿por dónde podrá levantarse el edificio de la caridad entre nosotros, a quienes no une, por la paciencia, el mutuo amor? Porque en un edificio, como antes hemos dicho, la piedra que soporta es soportada; pues como yo tolero ya las costumbres de los que todavía son rudos en el bien obrar, así también yo he sido tolerado por aquellos que me han precedido en el temor de Dios, y me soportaron para que, siendo yo soportado, aprendiera a soportar, como también ellos fueron soportados por sus mayores.

Pero las piedras que se colocan en lo más alto y en el remate del edificio, ellas, sí, son soportadas por las otras, mas ellas no soportan a las otras, como también los que han de nacer al fin de la Iglesia, esto es, al fin del mundo, son soportados por sus antecesores para que arreglen sus costumbres con las buenas obras; mas, como no los siguen después quienes por ellos aprovechen, no soportan sobre sí piedras fieles del edificio.

De manera que ahora unos son soportados por nosotros; nosotros, en cambio, somos soportados por los otros; pero el fundamento soporta todo el peso de la fábrica, porque las costumbres de todos los fieles las soporta sólo nuestro Redentor, del cual San

Pablo dice (1 Cor. 3,11): *Nadie puede poner otro fundamento que el que ya ha sido puesto, el cual es Jesucristo.*

El cimiento soporta las piedras y no es soportado por las piedras; nuestro Redentor, pues, soporta todos nuestros males, pero en El no hay mal alguno que debiera ser tolerado. Por eso se dice bien aquí: *Púsome sobre un monte muy elevado, sobre el que había como el edificio de una ciudad,* porque nuestras costumbres y pecados los soporta sólo Aquel que soporta toda la fábrica de la santa Iglesia, el que por boca del profeta dice de los que todavía viven perversamente (Ier.): *Trabajé aguantando.* Pero no trabaja aguantando el Señor, el poder de cuya divinidad no sufre fatiga alguna, sino que, hablando al modo humano, llama trabajo a la paciencia que tiene con nosotros.

6. También es de notar que el profeta vió que miraba hacia el mediodía la ciudad que había contemplado. Ahora bien, que el viento del mediodía suele ponerse por tipo del Espíritu Santo, lo reconocen todos los acostumbrados al estudio de la Sagrada Escritura, como, al contrario, por el aquilón frecuentemente se significa al diablo; porque como aquél dilata con el calor, éste con el frío entumece; y la Verdad dice (Mt. 24,12): *Abundará la iniquidad y se resfriará la caridad de muchos.* Asimismo, el profeta afirma de la Judea, diciendo (Ier. 6,7): *Como la cisterna conserva fresca su agua, así Jerusalén conserva fresca su malicia.* Por eso se declara que el diablo dijo, según lo afirma el profeta (Is. 14,13): *Sentaréme sobre el monte del Testamento, al lado del septentrión.*

Y que la gracia del Espíritu Santo quita la rudeza de la mente, de aquí lo deduce el Salmista (Ps. 125,4): *Señor, líbranos de la cautividad, como los torrentes al soplo del mediodía.* Pues nuestra cautividad, que con entorpecimiento del frío había permanecido perezosa para seguir a Dios, desaparece con el calor del Espíritu Santo para que corra en el amor de Dios.

Por lo que también ahora se dice que la ciudad que había sido edificada en el monte miraba hacia el mediodía; porque la Iglesia de los elegidos descubre sus pensamientos con el soplo del Espíritu Santo y, apartándose de todo lo alto de su soberbia, concibe el calor del amor en Dios, a quien cree, de suerte que nada le agrada si no es someterse a su gracia, caldearse en su amor y llenarse siempre del regalo de su soplo.

De donde también aquel contemplativo, inflamado en ferviente amor, decía (Ps.): *Mi alma saltará de gozo en el Señor y se deleitará en su Salvador.* El que en latín es llamado *Salvador,* en hebreo se llama *Jesús,* luego el profeta, como por el espíritu de profecía contemplaba su proceder y milagros y, además, el misterio de nuestra redención, declara que salta de gozo en el Señor, que se deleita en Jesús; pues como ardía y arde fuertemente en el amor, de ahí concebía el gozo en su alma.

Pensemos, pues, que, si las almas de los padres espirituales se deleitaron en Aquel que no había venido aún, pero le preveían,

¡qué culpa será no amarle después de haber venido y habernos mostrado su proceder, sus milagros y su redención!

Se dice, pues, que esta ciudad mira hacia el mediodía, como si claramente se dijera que aquella ciudad primera, esto es, la Sinagoga, se mantuvo en sus infieles al norte, la cual se mantuvo en el frío de su perfidia; en cambio, la santa Iglesia, como de la fe concibió la caridad, por el calor mira al mediodía y como que se sostiene con el viento cálido, porque se goza, no en fiar de sí, sino en el regalo de la gracia espiritual.

7. Prosigue: *Y condújome allá*. Penetra en el edificio de la ciudad espiritual quien, en la santa Iglesia, considera la conducta de los buenos y la imita; pues mirar a los elegidos de la santa Iglesia es penetrar en el edificio que está sobre el monte.

Este, v.gr., lleva la vida ligada al matrimonio, está contento con lo que posee, no se apodera de lo ajeno, da a los indigentes lo que sobra de lo suyo y no echa en descuido llorar los pecados de que no está exenta la vida diaria conyugal, y por lo mismo que los cuidados de la familia conturban su ánimo, se ejercita en el llanto.

En cambio, aquél ya ha dejado todo lo del mundo, nada de él apetece tener, mantiénese sólo con el ejercicio de la contemplación, con lágrimas se alegra en la esperanza de los premios celestiales, pasa por alto lo presente que se le ha concedido tener, busca hablar cada día constantemente con el Señor, ningún cuidado de este mundo fugaz perturba su ánimo, dilata siempre el alma con la esperanza de los gozos celestiales.

Otro ha dejado ya todo lo del mundo, y su alma se eleva en la contemplación de las cosas celestiales; sin embargo, manteniendo el puesto de gobernar, por la edificación de muchos, aunque no le domina el deseo de las cosas pasajeras, a veces, por compasión hacia los prójimos, atiende a ellas, de modo que en cuidar de ellas se compadece de los prójimos, predica a los oyentes la palabra de vida y suministra lo necesario para las almas y para los cuerpos; y, si bien, mirando por sí mismo, vuela ya en alas del deseo del cielo por medio de la contemplación, sin embargo, todavía, por el provecho y utilidad del prójimo, trabaja en las cosas temporales. De suerte que quienquiera que en la santa Iglesia cuida solícito de considerar para perfeccionarse, ora en la vida de los buenos casados, ora en el alcázar de los continentes y que dejan todas las cosas del mundo, o también en la dignidad de los predicadores, ya ha entrado en el edificio de la ciudad puesta sobre el monte.

En cambio, quien desdeña considerar, para su adelanto, la vida de los mejores, todavía está fuera del edificio; y si admira el honor de que ya goza en el mundo la santa Iglesia, contempla como por fuera el edificio y se maravilla; mas, como sólo atiende a lo de por fuera, no ha entrado al interior.

Y he aquí un varón cuyo aspecto era como de bronce. [8.] En el varón está figurado el mismo que está figurado en el monte. Pero se dice que este varón mide el edificio. Mas rectamente el Señor está figurado en el varón y en el monte, porque El mismo es

el que dispone todas las cosas dentro de la Iglesia y El mismo es el que sostiene la Iglesia y, sosteniéndola, la eleva a los cielos, como el mismo Redentor lo declara también en el Evangelio, cuando dice (Io. 10,2): *El que entra por la puerta, pastor es de las ovejas;* y poco después: *Yo soy la puerta;* y de nuevo poco después agrega: *Yo soy el buen pastor.* Luego, si El es el pastor y El es la puerta, ¿por qué en este lugar no se ha de entender que El es el monte y El el varón que mide el edificio en el monte?

9. Mas debemos averiguar nosotros por qué de este varón se dice que tiene aspecto como de bronce.

Todos sabemos, hermanos, que el bronce es un metal muy durable y muy sonoro; ¿por qué, pues, el aspecto del Mediador entre Dios y los hombres se compara con el aspecto del bronce sino por eso que todos sabemos claramente, porque el Hijo unigénito, tomando la forma de siervo, por la gloria de su resurrección, trocó en eterna la fragilidad propia de nuestra naturaleza, puesto que en El la carne se hizo ya durable sin fin; pues (Rom. 6,9), *resucitado de entre los muertos, ya no muere otra vez, y la muerte ya no tendrá dominio sobre El.*

¿Y por qué su encarnación se compara con el metal sonoro sino porque, por la asunción de nuestra humanidad, la gloria de su majestad resonó para todos?; y tiene aspecto como de bronce por razón del cuerpo, porque Dios se dió a conocer al mundo en la carne. De donde también se dice por San Juan (Apoc. 16,16): *Y tenía escrito en sus vestiduras y en el muslo: Rey de los reyes y Señor de los señores.* Y ¿cuáles son sus vestiduras sino el cuerpo que tomó de la Virgen? Sin embargo, no son cosas diferentes el vestido y El mismo; y si también se dice que la carne es nuestro vestido, pero, no obstante, nosotros no somos la carne de que estamos revestidos. Mas Isaías, viendo muy de lejos este vestido de El cubierto de sangre por la cruz de su pasión, dijo (Is. 63,2): *¿Por qué está rojo tu vestido y está tu ropa como la de aquellos que pisan la vendimia en el lagar?* A lo que El mismo responde: *El lagar lo he pisado yo sólo, sin que nadie haya estado conmigo.* El lagar en que El fué pisado sólo le pisó El, que con su poder venció la pasión que sufrió, porque El, que padeció hasta morir en la cruz, resucitó de la muerte con gloria.

Está, pues, bien dicho: *Sin que nadie haya estado conmigo;* porque aquellos por quienes había venido a padecer debieran haber participado de su pasión; y se queja de aquellos cuya vida procuraba en su pasión, porque aun en aquel tiempo no creían en su pasión.

Y por el muslo se significa la propagación de la carne. Luego, como por la propagación del género humano—conforme a la narración de las generaciones que hacen San Mateo y San Lucas—, nació de la Virgen a este mundo por el misterio de su encarnación, para indicar a todas las gentes que sería rey, trae escrito en el vestido y en el muslo: *Rey de reyes y Señor de los señores.*

Por donde se dió a conocer al mundo, por ahí proporcionó el conocimiento de su elección. Luego la predicación de su carne es

como un sonido del bronce. Dígase, pues, con razón: *cuyo aspecto era como el aspecto del bronce.*

10. Sigue: *Y tenía en su mano una cuerda de lino.* En los Setenta Intérpretes no se menciona la cuerda de lino, sino la cuerda de cimentadores. Si, para la exposición de este verso, tomamos la versión de los Setenta, ¿qué otra cosa entendemos por los cimentadores sino los doctores santos, quienes, hablando de las cosas espirituales, labran para el edificio del cielo piedras vivas, esto es, las almas de los elegidos? Pues ¿qué otra cosa fué cuanto hablaron los Padres antiguos, y los profetas, y los apóstoles, y los sucesores de los apóstoles, sino labrar piedras en esta fábrica de santos que diariamente se construye?

Ahora bien, en la cuerda del cimentador suele suceder esto, que debe conocerse la igualdad y rectitud de la pared que se construye; de manera que, si la piedra sobresale por dentro, se la echa afuera, y si rebosa por fuera, se la llama al interior. Y esto, precisamente, es lo que hace a diario la predicación de los doctores: que cada una de las almas a quien tal vez no conviene echar sobre sí la carga del régimen, aunque apetezca aparecer al exterior, se la llame al interior; y asimismo, la que quiere ocultarse y cuidar tan sólo de sí, si puede ser útil a sí y a muchos, aun deseando estar oculta, pónesela afuera, para que se la vea. Con esto sucede que se mantiene el orden de las santas piedras cuando quien quiere escalar el honor es repelido, y es elevado a la cumbre del orden sagrado aquel que huye del honor.

Mas como, según por nuestro intérprete hemos aprendido la historia de los hebreos, no había en su mano la cuerda de cimentadores, sino la cuerda de lino, debemos exponer esto que para nosotros es cierto.

Ya sabemos que la cuerda de lino es más delgada que las que se hacen de otra materia; y ¿qué debemos entender por la cuerda de lino sino la predicación más sutil, esto es, la espiritual?

Lo que la Ley reprendía, por tanto, fué cuerda, sí, pero no fué de lino, porque no reprendió con predicación sutil a aquel pueblo rudo, en el que, por justo castigo, refrenó los pecados de obra, mas no los de pensamiento; que fué después el Señor quien, predicando, puso por sí mismo la ley a los pensamientos de los hombres e hizo saber que había un completo pecado aun en el corazón. Tuvo, pues, en su mano la cuerda de lino, porque dice (Mt. 5,27-28): *Habéis oído que se dijo a vuestros mayores: No cometerás adulterio. Yo os digo más: Cualquiera que mirare a una mujer con mal deseo hacia ella, ya adulteró en su corazón.*

Luego la cuerda de lino es la predicación sutil que liga la mente del que oye para que no se precipite ni aun en el más ligero pensamiento.

Y es de notar que se dice que tiene la cuerda en la mano, esto es, la predicación en la obra, pues El mismo hizo cuanto enseñó, según está escrito (Act. 1,1): *Lo que Jesús hizo y enseñó.*

Y porque lo mismo que enseñó mandó que se escribiera, para

que se transmitiese a los sucesores, rectamente se agrega: *Y una caña de medir en la otra mano.*

11. De la santa Iglesia, por otro profeta, promete el Señor, diciendo (Is. 35,7): *Nacerá la verde caña y el junco*, lo cual me acuerdo haber expuesto en otro lugar (hom.5), de manera que por la caña deban entenderse los escritores, y por los juncos los oyentes. Pero como en la humedad suelen nacer la caña y el junco, y con una misma agua crecen ambos, y la caña se toma para escribir y con el junco no se puede escribir, ¿qué debemos, pues, entender en la caña sino que una sola es la doctrina de la verdad, con la cual se rige a muchos oyentes?

Pero, de los regidos, unos progresan en la palabra de Dios hasta hacerse escritores, esto es, como cañas; otros, en cambio, oyen la palabra de vida, conservan el verdor de la buena esperanza y de las buenas obras, pero, sin embargo, no pueden progresar hasta escribir. Estos ¿qué son en el agua del Señor sino juncos, por decirlo así? Los cuales, reverdeciendo, crecen, pero nunca sirven para escribir letras.

Nuestro Redentor, como mandó que los doctores consignaran por escrito lo que El dijo de palabra, tuvo en la mano la caña de medir. La cual se llama de medir porque en ella los trabajos o escritos de los doctores están contenidos bajo cierta oculta dispensación de juicio, de manera que pueden aprovechar a unos lectores y a otros no.

Por eso, cuando los santos apóstoles requirieron al Maestro de la verdad que les dijera más claramente por qué hablaba en parábolas a las turbas, oyeron (Mt. 13 y Mc. 14): *Porque a vosotros se ha concedido conocer los misterios del reino de los cielos y a los otros no.*

O bien, es caña de medir, porque en las sagradas palabras suyas, que a nosotros se nos han dado escritas, conocemos hallarse ocultas sus disposiciones, ya que, por incomprensible juicio suyo, el uno entra en la medida de sus elegidos y el otro es dejado fuera, como que de ningún modo se merece pertenecer al número de los elegidos.

Luego tiene en una mano la cuerda y en la otra mano la caña de medir; pues quien con la cuerda mide un lugar, en un lado la trae y en otro la retrae, por un lado la alarga y por otro la acorta.

Así, ni más ni menos, hace nuestro Redentor en la elección de los hombres: mientras a unos los saca de sus iniquidades, a otros los deja en su iniquidad; en aquel que se ha dignado escoger alarga la cuerda de su medida oculta, y en aquellos que juzgó debían ser abandonados, ¿qué otra cosa hizo sino encoger la cuerda?, para que los buenos sean admitidos dentro del edificio celestial y queden fuera los malos, los cuales, como no hay en ellos bienes que se estimen, quedan como sin medir.

12. Esta cuerda y caña de medir tuvo en su mano nuestro Redentor cuando se dignó avisar al apóstol Pablo por medio de aquel varón de Macedonia que se le apareció para decirle (Act. 16,9): *Ven a Macedonia y socórrenos;* y, en cambio, queriendo los apóstoles ir a predicar al Asia, *no se lo permitió el Espíritu de Jesús.* ¿Cómo

es que los apóstoles eran llamados a ir donde tal vez no pensaban marchar y se les prohibe ir a donde ellos querían, sino porque la cuerda y la caña de medir del oculto Juez está en la mano para que unos oigan la palabra de vida y otros no merezcan oírla?

Luego la cuerda es una medida que se extiende a un lado y se retrae al otro.

13. También, por testimonio del santo Evangelio, hemos sabido que uno se llegó a Jesús diciendo (Mt. 8,19): *Maestro, yo te seguiré adondequiera que fueres;* al cual se le respondió (v.20): *Las zorras tienen sus madrigueras y las aves del cielo nido, mas el Hijo del hombre no tiene dónde reclinar su cabeza.* Y vino otro diciendo (v.21): *Señor, permíteme vaya a dar sepultura a mi padre;* al cual se le respondió (v.22): *Sígueme tú y deja que los muertos entierren a sus muertos; tú sígueme y anuncia el reino de Dios.*

¿Cómo es que aquél promete seguirle y es dejado, y éste quiere volver a su casa y, sin embargo, se le amonesta que debe seguirle? Aquél no es recibido; a éste ni por espacio de una hora se le dispensa de tal favor.

Luego por oculto e interior juicio es guiada la cuerda y la caña de medir en que éste es traído y aquél dejado, para que el edificio celestial se construya, no sin un justo examen.

14. También por la caña de medir puede entenderse la Sagrada Escritura, puesto que quien la lee, en ella se mide a sí mismo: o cuánto progresa en virtud espiritual, o cuán alejado permanece de las cosas buenas que están mandadas; cuánto crece ya en la práctica de lo bueno o cuán postrado yace todavía en las malas obras.

Prosigue: *Y estaba parado a la puerta.*

15. El que está a la puerta, en parte está dentro y en parte está fuera, puesto que parte de él se ve por fuera y otra parte está oculta por dentro.

Pues así nuestro Redentor, misericordiosamente hecho carne por nosotros, ante los ojos humanos parece como en la puerta, porque por la humanidad apareció visible y se mantuvo invisible por su divinidad.

De ahí que los judíos, que por la promesa de los profetas le esperaron, confundidos por su perfidia, se turbaron, porque vieron mortal a aquel a quien creyeron que venía para su engrandecimiento.

De manera que, como antes se ha dicho, quien está parado a la puerta, en parte está fuera y en parte se ve dentro. Por eso ni la misma perfidia de los judíos fué dejada sin la manifestación del poder divino, puesto que, viendo sus milagros, hallábanse forzados a creer; pero luego, considerando sus padecimientos, rehusaban creerle Dios a quien veían mortal en la carne. Por eso sucedió que dudaron en reconocerle, pues veíanle hambriento, sediento, que comía, bebía; que se cansaba, dormía, y pensaban que era puro hombre; le veían resucitar muertos, limpiar leprosos, dar vista a los ciegos, lanzar los demonios, y pensaban que era superior a los hom-

bres. Pero el pensar que era hombre llegaba a confundir en el corazón de ellos los milagros de él.

De ahí que la santa Iglesia, deseando verle ya claramente, por boca de la Esposa dice (Cant. 2,9): *Vedle cómo se pone detrás de la pared nuestra;* pues quien a los ojos humanos mostró lo que tomó de la humana naturaleza y permaneció invisible en sí mismo, para los que quieran verle claramente permanece como detrás de la pared, porque no se dejó ver claramente en su majestad.

Mantúvose como detrás de la pared porque ostentó la naturaleza humana, que asumió y ocultó a los ojos humanos la naturaleza divina. Por eso allí se agrega también (Cant. 2,9): *¡Cómo mira por las ventanas, cómo está atisbando por las celosías!*

Ahora bien, el que mira por las ventanas y por las celosías, ni está todo oculto ni se le ve todo. Asimismo se hizo nuestro Redentor ante los ojos de los que dudaban; porque si, obrando milagros, no hubiera sufrido algo como hombre, habría aparecido ante ellos plenamente como Dios; e igualmente, si, padeciendo las cosas humanas, no hubiera hecho nada como Dios, se le creería puro hombre. Mas, como hizo obras divinas y soportó las humanas, miró a los hombres como por ventanas y celosías, a fin de aparecer Dios por los milagros y quedar oculto por las pasiones, para que fuese visto como hombre por las pasiones, pero se le reconociera estar más allá del hombre por los milagros.

Mas, como se dice que este hombre está parado en la puerta, nosotros debemos averiguar si estuvo con la cara vuelta al interior. Y descubriremos más pronto de qué modo estaba si atendemos a lo que se ha dicho antes y después. Primero, pues, se dice: *Había como el edificio de una ciudad que miraba hacia el mediodía, e introdújome dentro de él;* y poco después, acerca del mismo varón, se añade: *Estaba parado a la puerta,* y en seguida se agrega: *Y díjome este varón.*

16. Quien, después de introducir al profeta en el edificio, estando parado a la puerta, habló, claramente consta que estaba con la cara al interior y la espalda al exterior; mas, introducido el profeta, a quien el varón que estaba a la puerta habló, sin duda tenía la cara hacia la puerta, de donde oía las palabras del que hablaba.

¿Cómo es, pues, que el varón mira al interior y el profeta hacia afuera? ¿Cómo es que el rostro del varón mira hacia el edificio y los ojos del profeta hacia la puerta, sino porque el Unigénito del Padre se encarnó precisamente para hacernos entrar en el edificio espiritual, esto es, en la fe de la santa Iglesia? Los ojos del cual están siempre mirando su edificio, atendiendo sin cesar a cuanto adelanta cada uno en las virtudes. El profeta, en cambio, mira hacia la puerta, porque quien oye la palabra de Dios debe poner siempre los ojos del corazón en la salida y meditar sin cesar cuándo será que salga de esta vida y llega a la vida eterna.

En efecto, para eso encarnó Dios, para introducirnos en la fe y llevarnos a ver su rostro. También por eso habló en el santo Evangelio, diciendo (Io. 10,9): *El que por mí entrare se salvará, y entrará y saldrá, y hallará pastos;* a saber, entrará a la fe, saldrá a la realidad,

porque hallará pastos en la hartura eterna. Por eso dice también el Salmista (Ps. 120): *El Señor guardará tu entrada y tu salida;* pues el Señor guarda la entrada de cada una de las almas por la que se entra en la fe, y asimismo la salida por donde sale a la realidad, para que ni quien entra en la Iglesia se vea suplantado por los errores, ni sea arrebatado por el antiguo enemigo quien de esto temporal sale a lo eterno.

Mas por esta salida nuestra, en la que debemos meditar cada día, el Apóstol habla de nuestro Redentor, diciendo (Hebr. 13,12-14): *Para santificar al pueblo con su sangre, padeció fuera de la puerta. Salgamos, pues, a El, fuera de la ciudad, cargados con su improperio, puesto que no tenemos aquí ciudad permanente, sino que vamos en busca de la que está por venir.*

De manera que el varón que apareció se quedó parado a la puerta y habló así; porque el Mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo, también en el tiempo de su pasión dió preceptos de vida, para que los que en El creen miren siempre a la puerta y, meditando solícitos su pasión, no aparten además de su salida los ojos de su corazón.

Nosotros, asimismo, cuando ya comenzáremos a despreciar la carne de nuestro cuerpo, a soportar las angosturas de nuestra mortalidad por el deseo de la inmortalidad, a tender a la libertad de la luz eterna, a anhelar los gozos de la patria celestial, tenemos los ojos hacia la puerta, porque, cuando queremos pasar de los misterios temporales a los eternos, ya como que hemos vuelto la espalda a la presente vida y tenemos la cara del corazón en el deseo de nuestra salida.

En efecto, escrito está (Sap. 9,15): *El cuerpo corruptible apesga el alma, y este vaso de barro deprime la mente ocupada en muchas cosas.*

17. De manera que por la contemplación tendemos ya la mente fuera de las estrechuras de la carne. Todavía, sin embargo, por la misma angostura de la carne, la tenemos dentro de la puerta en los misterios que hemos conocido. Porque frecuentemente el espíritu se suspende en la divina contemplación, de tal manera que ya se alegra de percibir por cierta semejanza algo de aquella libertad eterna que *ni el ojo vió ni el oído oyó,* de tal modo, no obstante, que cuando, rechazado por el peso de la mortalidad, vuelve a lo de abajo, se encuentra ligado por ciertas ataduras de sus alas.

Mira, por consiguiente, a la puerta quien ve los gozos de su verdadera libertad y ya desea la salida, pero todavía no puede. Por eso, el pueblo hebreo, librado de la servidumbre de Egipto, mientras Dios hablaba desde la columna de la nube, cada uno de ellos estaba en pie fuera de su pabellón y oraba. De los cuales poco después se dice (Ex. 33,8): Y cuando Moisés salía para ir al tabernáculo se levantaban todas las gentes y quedaba cada cual en pie a la puerta de su pabellón.

Que allí estamos donde fijamos los ojos del espíritu.

Por eso Elías dice (3 Reg. 17,1): *Vive el Señor, en cuya presencia estoy.* Sí, estaba allí donde había fijado el corazón.

Ahora bien, ¿qué significa ver el pueblo la columna de la nube y permanecer en pie fuera del pabellón y orar sino que el espíritu humano, cuando ve, aunque en enigma, las cosas superiores y celestiales, ya sale del claustro de la habitación corpórea elevado por el pensamiento, y adora humildemente a Aquel cuya naturaleza, aunque no ve, pero admira su poder mediante la iluminación de la mente?

Y cuando Moisés entra en el tabernáculo, el pueblo ve sus espaldas y permanece a las puertas de sus pabellones, o sea, que, cuando algún santo predicador habla cosas altas de Dios, ya como que entra en el tabernáculo de la morada eterna. Aunque los débiles no puedan ponderar plenamente el valor de su predicación, pero ven como las espaldas, porque con el entendimiento siguen lo último que recuerdan; y aun en aquellas cosas que menos pueden entender, ya como que salen de su pabellón y están a las puertas, pues piensan ya en dejar la habitación de la carne y caminar a aquellos gozos de la vida eterna que oyen.

También por eso se dice que Elías, al oír la voz del Señor, que le hablaba, salió a la puerta de su cueva y veló su rostro; pues cuando por la gracia de la contemplación se oye en el alma la voz de la Sabiduría eterna, ya no está todo el hombre dentro de su cueva, porque el alma ya no se cuida de la carne, sino que está a la puerta, porque piensa en salir de las estrechuras de la carne.

18. Mas el que está a la puerta de la cueva y percibe en el oído del corazón la palabra de Dios, necesita velar su rostro, porque, cuando por la divina gracia somos levantados a entender las cosas más altas, cuanto más sutilmente somos levantados, tanto más debemos nosotros rebajarnos siempre, humillándonos en nuestro entendimiento, para que no pretendamos (Rom. 12,3) *levantarnos en nuestro saber más de lo debido, sino que os contengáis dentro de los límites de la moderación*, para que no erremos discurriendo mucho en las cosas invisibles, para que no busquemos algo de luz corporal en aquella naturaleza incorpórea.

Aplicar, pues, el oído y velar el rostro es oír en el alma la voz de la naturaleza interior y, no obstante, apartar los ojos del corazón de toda especie corpórea, para que el alma no se imagine cosa alguna corporal en aquella naturaleza que dondequiera está toda y dondequiera incircunscrita.

De manera, hermanos carísimos, que nosotros, que por la muerte, resurrección y ascensión a los cielos de nuestro Redentor, hemos conocido ya los gozos eternos; los que sabemos que en testimonio de la divinidad de El aparecieron exteriormente nuestros conciudadanos, sus ángeles, apetezcamos al Rey, deseemos a los conciudadanos a quienes ya conocemos, y, permaneciendo firmes en este edificio de la santa Iglesia, tengamos los ojos puestos en la puerta, demos la espalda de la mente a esta corruptible vida temporal y tendamos el rostro del corazón a la libertad de la patria del cielo.

Mas ved que todavía son muchos los cuidados de la vida corruptible que nos oprimen; luego, ya que no podemos salir de ellos totalmente, estemos al menos a la puerta de nuestra cueva, dispuestos a salir prósperamente algún día por la gracia de nuestro Redentor, que vive y reina con el Padre en unidad del Espíritu Santo, Dios, por todos los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA II [XIV]

(Ez. 40,4-5)

4 *Y díjome este varón: Hijo de hombre, mira con tus ojos y aplica bien tus oídos para escuchar y deposita en tu corazón todas las cosas que yo te mostraré, porque para que se te muestren has sido tú conducido acá; cuenta a la casa de Israel todo cuanto ves.* 5 *Y vi afuera un muro que circuía la casa; y el varón, en cuya mano estaba la caña de medir de seis codos y un palmo, midió la anchura del edificio, la cual era de una caña, y de una caña también la altura.*

1. Para que algunos tal vez en su callado pensamiento no me reprendan porque presumo exponer tan profundos misterios del profeta Ezequiel—cosa que no han intentado los grandes expositores—, conozcan la intención con que lo hago: que no lo acometo temeraria, sino humildemente, pues sé que, generalmente, muchas cosas que sólo no pude entender en la Sagrada Escritura, las entendí puesto entre mis hermanos. Y también procuré saber por mérito de quién se me daba a mí entender esa inteligencia; y claro está que esto se me da a mí en favor de los que me están oyendo.

Por tanto, resulta que, con el favor de Dios, el entender crece y la elación disminuye al aprender, por causa vuestra, lo que entre vosotros enseño; porque, confieso la verdad, generalmente, con vosotros oigo lo que digo. Por consiguiente, cuanto en este profeta entienda menos, se debe a mi obscuridad, y, si algo pudiera entender bien, se debe al favor que Dios hace a vuestra caridad.

Con frecuencia, y por gracia de Dios omnipotente, en su divina palabra muchas cosas se entienden mejor cuando más en secreto se lee su palabra y cuando el ánimo, consciente de sus culpas, al reconocer lo que ha oído, se hiere con el dardo del dolor y se traspasa con la espada de la compunción de tal modo que nada le place sino llorar y lavar sus manchas con ríos de lágrimas. Entre lo cual, alguna vez es arrebatado a contemplar cosas más sublimes, y en este deseo es atormentado con un suave llanto.

Duélese el alma de estar aquí, donde todavía yace postrada en su debilidad, y de no estar aún allí donde brille fuertemente iluminada y ya no tenga que volver los ojos de la mente a las tinieblas de la mortalidad.

De ahí, pues, nace ese ardor en la mente, y del ardor se origina el llanto, y como todavía no puede adherirse a las cosas del cielo, cansada de llorar, en su fervor halla descanso.

Pero una cosa es cuando se trata del aprovechamiento de uno solo y otra cuando se trata de la edificación de muchos; así es que, al exponer, con ayuda de Dios, la doctrina, se han de tratar las cosas que arreglen la vida y costumbres de los oyentes. Por tanto, continuemos ahora, según comenzamos, exponiendo en las palabras del profeta lo que nos sirva de edificación para querer obrar bien.

2. *Hijo de hombre, mira con tus ojos y aplica bien tus oídos para escuchar.*

Llevado a ser testigo de cosas espirituales, ¿qué es que cuando se dice: *mira con los ojos*, se añade: *tuyos*, y, al añadir: *aplica los oídos*, se agrega: *tuyos?* Porque es de saber que también los carnales tienen ojos y oídos del cuerpo, y de ellos se valen para las cosas que se ven corporalmente; pero ojos y oídos del corazón solamente los tienen los espirituales, quienes ven por el entendimiento las cosas invisibles y oyen sin sonidos las alabanzas de Dios.

Estos oídos buscaba el Señor omnipotente cuando decía (Lc. 2): *Quien tenga oídos de oír, oiga;* porque ¿quién podía haber entonces, en aquel pueblo, que no tuviera oídos corporales? Por tanto, al decir: *Quien tenga oídos de oír, oiga*, claramente se demuestra que buscaba aquellos oídos que no todos podían tener. Dígase, pues: *Hijo de hombre, mira con tus ojos y aplica bien tus oídos para escuchar.*

Ya dijimos en la primera exposición por qué, cuantas veces el profeta es llevado a ver cosas espirituales, se le llama hijo de hombre. Mas, para que esto no se olvide, lo repetiré brevemente: porque, llamándole así, se recuerde siempre lo que es de su flaqueza, a fin de que no se envanezca de la magnitud de la contemplación.

Y es de notar que son cosas distintas el decir *mira con tus ojos y escucha bien con tus oídos*, y llamarle, sin embargo, *hijo de hombre*. Pero, por estas palabras, ¿qué otra cosa se le dice claramente sino: Mira espiritualmente las cosas espirituales, y, con todo, acuérdate de tu flaqueza?

3. Por eso también el que, generalmente, quien es más levantado en la contemplación, suele verse más molestado de las tentaciones, como suele acontecer a los que van adelantando en el bien; el alma de los cuales, o bien cuando está afectada por la compunción, o bien cuando la contemplación la arrebata sobre sí misma, en seguida la acude la tentación, para que no se envanezca de las cosas a que ha sido arrebatada. Porque en la compunción y en la contemplación levántase a Dios, mas con el peso de la tentación se ve flagelada a sí misma; de manera que la tentación la da paso para que no la infle la contemplación, y, de igual modo, la contemplación la eleva para que no la abata la tentación; pues, si la contemplación la elevara de modo que totalmente faltara la tentación, el alma caería en la soberbia; y si la tentación la oprimiera de suerte que no la levantase la contemplación, casi caería en la culpa. Mas, por admirable disposición de Dios, en cualquier medio el alma se libra, de modo que ni en lo bueno se ensoberbezca ni en lo malo caiga.

Por eso también del Señor se dice por el santo Job (28,25): *Pesé las aguas con medida.* En efecto, pesar Dios las aguas con medida es mantener en humildad el sentir de las almas entre lo próspero y lo adverso, entre los dones y las tentaciones, entre lo sumo y lo ínfimo.

Así Elías había hecho bajar fuego del cielo (4 Reg. 1), había contenido las aguas del cielo, y, sin embargo, aterrado de pavor por una mujer, huía por los desiertos; el ángel aparece al que huye, le presenta comida, porque le falta largo camino; predica, y, con todo, no desecha del corazón el temor; porque, en el corazón del profeta, aquella debilidad del temor le servía de gran defensa de la fortaleza del alma.

Sigue: *Deposita en tu corazón todas las cosas que yo te mostraré, porque para que se te muestren has sido tú conducido acá. Cuenta a la casa de Israel todo cuanto ves.*

4. *Deposita en tu corazón;* como si dijese: Considera que has sido conducido aquí para que se te muestren, y anuncia lo que ves, porque a esto has sido conducido acá, para que veas, y para eso ves, para que anuncies. Porque, quien, viendo las cosas espirituales, aprovecha, debe aprovechar también a otros comunicándolas.

En efecto, ve para que lo anuncie quien, por lo mismo que él aprovecha, cuida también de aprovechar al prójimo predicando. Por eso en otro lugar está escrito (Apoc. 22,17): *Quien escucha, diga: Ven.* Por tanto, aquel a quien ya Dios llama, hablándole al corazón, es necesario que hable al prójimo ejerciendo el ministerio de la predicación, y, por ende, llame a otro, puesto que él ha sido llamado ya. Por eso también el Esposo habla en el Cantar de los Cantares (8,13), diciendo: *¡Oh tú, que habitas en las huertas!, los amigos están escuchando; hazme oír tu voz.* En las huertas, pues, habita la Iglesia; en las huertas también habita cada una de las almas que están repletas del verdor de la esperanza y de las buenas obras. Seca está, en verdad, la esperanza de este siglo, porque todo lo que de aquí se ama rápidamente se marchita; y el apóstol San Pedro nos exhorta a darnos prisa, cuando dice (1 Petr. 1,4): para alcanzar *una herencia incorruptible, incontaminada e inmarcesible.* Luego es menester que quien habita en las huertas haga oír su voz al Esposo, esto es, que emita el cántico de la buena predicación, en el cual cántico se deleite Aquel a quien desea; porque están escuchando los amigos, es decir, todos los elegidos que desean oír las palabras de vida para ir a vivir a la patria celestial.

Mas ya el profeta nos anuncia las cosas que ve.

Prosigue: *Y vi afuera un muro que circuía la casa por todas partes.*

5. En la Sagrada Escritura generalmente suele llamarse *muro* al Señor encarnado, porque nos defiende con su protección, según de la santa Iglesia se dice por el profeta (Is. 26,1): *El Señor será para ella muro y antemural.* Es El, pues, para nosotros muro, porque custodiándonos nos circunda por todas partes; pero antemural lo han sido para nosotros todos los profetas, que, antes de que el Señor

apareciera en la carne, fueron enviados a levantar el edificio de la fe profetizando.

Luego el Señor está puesto en la santa Iglesia por muro para nosotros, y los profetas por antemural de El, porque a los que El protege plenamente llegaron también las palabras de los profetas que construyeron la fe.

Por eso está bien puesto primero el muro y después el antemumural, porque los de la gentilidad que hemos sido llamados, si no hubiéramos conocido primero al Señor, no habríamos recibido las palabras de los profetas.

Y es de notar lo que se dice: que este muro del edificio espiritual está afuera. En efecto, el muro que se construye para defensa del edificio suele ponerse, no dentro, sino fuera. ¿Qué falta, pues, hacía decir que estaba afuera, siendo así que jamás suele ponerse el muro sino fuera, puesto que para que defienda lo que hay dentro es necesario que esté puesto afuera? ¿Qué es, pues, lo que claramente se muestra con esta expresión sino la misma encarnación del Señor?; porque, para nosotros, el muro interior es Dios; pero el muro de afuera es Dios hombre. Que de ahí, por cierto profeta se dice (Hab. 3,13): *Saliste para salvar a tu pueblo, para salvarle por medio de tu Cristo.* Pues este muro, a saber, el Señor encarnado, no sería muro para nosotros si no estuviese afuera; porque no nos protegería adentro si no apareciera al exterior.

Tampoco se ha de pasar en negligente descuido que se dice estar este muro puesto en derredor por todas partes. En efecto, la casa de Dios no son sólo los ángeles santos, de quienes el Salmista dice (Ps. 25,8): *Señor, yo he amado el decoro de tu casa y el lugar donde reside tu gloria,* sino que también lo somos nosotros, en cuyas almas se ha dignado habitar el Señor. Y este muro está rodeando la casa por todas partes, porque el Unigénito del Padre, que en los cielos es la fortaleza de los ángeles, El, aquí abajo, se ha hecho la redención de los hombres: fortaleza de ellos para que no caigan, ayuda nuestra para que nos levantemos después de la caída.

6. Ahora bien, si por la casa de Dios se significa en este lugar tan sólo la multitud de hombres redimidos, también el Señor es el muro que nos circunda por todas partes, pues para defendernos perfectamente por todas partes puso por obra todo lo que enseñó, conforme está escrito (Act. 1): *Todo lo que Jesús comenzó a obrar y a enseñar;* pues como vino a llamarnos a la patria celestial, prácticamente nos enseñó a despreciar los bienes transitorios y no temer los males temporales. Por eso, El no hizo caso de los oprobios, soportó las injurias, no temió la muerte, no rehuyó el patíbulo de la cruz, y, cuando quisieron alzarle por rey, al punto huyó.

¿Qué otra cosa nos enseña con estos ejemplos sino que nosotros debemos no temer las adversidades de este mundo y evitar lo próspero? Porque, generalmente, sus bienes preocupan el ánimo más que lo que sus males le perturban.

En efecto, antes de su pasión oyó contumelias, pero no las devolvió; por largo tiempo soportó en silencio a su traidor y, cuando

éste le saludó falsamente, no le negó el ósculo; aceptó la muerte para que nosotros no la temiéramos; mostró su resurrección para que nosotros creyéramos que podemos resucitar; además, después de su pasión llamó a la gracia de la fe a los que le crucificaron, devolviendo favor por iniquidad.

Luego El, que nos instruyó con su ejemplo, se hizo en todo para nosotros muro en derredor y por todas partes.

7. Prosigue: *Y el varón tenía en la mano la caña de medir de seis codos y un palmo.* Ya dijimos en la pasada lección que la Sagrada Escritura está significada en la caña; la cual se dice que es de medir porque con ella medimos todos los actos de nuestra vida, y esto para que veamos cuánto habemos aprovechado o cuán lejos estamos del aprovechamiento. Porque, ello es frecuente, en cuanto hacemos alguna cosa, ya nos creemos con algún mérito; pero, cuando recurrimos a la palabra de Dios y vemos los preceptos sublimes, allí conocemos cuánto nos falta para llegar a la perfección.

Luego la caña es de medir porque por la mano de los escritores se mide la vida de los oyentes.

Y se dice que esa caña está en la mano del varón, o porque la Sagrada Escritura está en la potestad del Mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo, o bien porque esto que quiso que se escribiera lo cumplió con sus obras.

Y se declara que esta caña mide seis codos y un palmo; pues son dos las vidas en las que Dios omnipotente nos instruye por las Sagradas Escrituras, a saber, la activa y la contemplativa. Y por los seis codos, ¿qué otra cosa se significa sino la vida activa, puesto que en el día sexto completó Dios omnipotente su obra? Y el palmo que, además de los seis codos, se dice que hay en la caña, ya es signo del día séptimo; pero, sin embargo, no es un codo. Luego la vida activa está significada por los seis codos, y la contemplativa por el palmo; porque aquélla la perfeccionamos con las obras, y de ésta, en cambio, aunque tendemos a ella con el corazón, apenas si podemos tocar un poco.

8. Por tanto, vida activa es dar pan al necesitado, enseñar con la palabra de la sabiduría al que no sabe, corregir al que yerra, traer al camino de la humildad al prójimo que se ensoberbece, tener cuidado del enfermo, conceder a cada uno las cosas convenientes y proveer de los subsidios necesarios a los que nos están encomendados.

En cambio, la vida contemplativa es mantener toda el alma en caridad de Dios y del prójimo, sí, pero abstenerse de todo acto externo con el solo deseo de adherirse al Creador; de suerte que ya nada hagamos, sino que, pasando por encima de todos los cuidados, el alma arda en deseos de ver la cara de su Creador, de modo que sepa ya soportar con tristeza el peso de la carne corruptible y apetecer con todas sus ansias hallarse presente a los coros de los ángeles que cantan himnos, mezclarse entre los ciudadanos del cielo y gozar de la eterna incorrupción en la presencia de Dios.

Ahora bien, en el palmo están la mano y los dedos extendidos;

y por el palmo se alcanza un poco de la medida del codo; porque, por mucho que sea el amor en que arda el alma, por mucha que sea la fuerza con que el pensamiento tienda al Señor, no logra ver tan perfectamente lo que ama, sino que sólo principia a ver lo que ama; porque, como dice el ardentísimo Predicador (1 Cor. 13,12) *al presente no vemos a Dios sino como en un espejo y bajo imágenes obscuras, pero entonces le veremos cara a cara. Yo no lo conozco ahora sino imperfectamente, mas entonces le conoceré a la manera que yo soy conocido.* Luego del séptimo codo llegamos a medio tocar un palmo los que en esta vida llegamos a gustar sólo los comienzos de la interior contemplación.

Mas como no puede tenerse perfectamente la vida activa, y en el día sexto fué formado el hombre, el cual debe obrar bien, la caña tiene seis codos.

9. Bien significaron estas dos vidas aquellas dos mujeres, a saber: Marta y María. Una de ellas se ocupaba en los servicios ordinarios, mientras que la otra estaba sentada a los pies de Jesús y escuchaba las palabras de su boca; y como Marta se quejase de su hermana porque descuidaba el ayudarla, el Señor respondió diciendo: *Marta, te ocupas y cuidas solícita de muchas cosas; en verdad que sólo una cosa es necesaria: María ha elegido la mejor parte, que no se le quitará.*

Ved que no se reprende la parte de Marta, sino que se alaba la de María; tampoco dice que María eligió la parte buena, sino la mejor; para indicar que también es buena la parte de Marta. Y por qué la parte de María sea la mejor, se deduce al decir luego que no se le quitará; pues la vida activa falta con el cuerpo, porque ¿quién dará de comer al hambriento en la vida eterna, donde nadie tiene hambre, y dará de beber al sediento donde nadie tiene sed? ¿A qué muerto sepultaré donde nadie muere? Luego en el siglo presente acaba la vida activa. Pero la contemplativa comienza aquí y se completa en la patria celestial; porque el fuego del amor que comienza a arder aquí, cuando viere al mismo a quien ama ya, se enardece más en su amor. Luego la vida contemplativa jamás se quita, porque, desaparecida la luz del presente siglo, llega a su perfección.

10. Como también se nos ha dicho ya, estas dos vidas las significaron las dos mujeres del santo patriarca Jacob, a saber, Lía y Raquel. En efecto, Lía se traduce por *laboriosa*, y Raquel por *oveja* o *principio de visión*. Pues bien, la vida activa es laboriosa, porque se fatiga en el trabajo; pero la contemplativa es simple, sólo anhela ver el Principio, esto es, a Aquel mismo que dice (Io. 8, 25): *Yo soy el principio, el mismo que os estoy hablando.*

Bien; el santo Jacob había deseado a Raquel, mas por la noche recibió a Lía; es a saber: porque todo el que se convierte al Señor desea la vida contemplativa, apetece la quietud de la vida eterna, pero antes es necesario que, en la noche de la vida presente, obre el bien que puede, se fatigue en trabajar, esto es, reciba a Lía, para que después repose en los brazos de Raquel, para ver al Principio.

Raquel, pues, veía, pero era estéril; Lía, en cambio, era legañosa, pero fecunda, a saber: que el alma, cuando en la contemplación apetece el ocio, ve más, pero engendra menos hijos para Dios; en cambio, se dedica al ministerio de la predicación y ve menos, pero engendra más.

Raquel es hermosa e infecunda; porque la vida contemplativa es hermosa para el alma, pero, como apetece estar quieta en el silencio, no engendra hijos por medio de la predicación: ve y no pare, porque, en el deseo de su quietud, siente menos afán por reunir a otros y no es apto para descubrir a otros, predicando, cuanto ve dentro de sí.

Lía, en cambio, es legañosa, pero fecunda; porque la vida activa, al ocuparse en obrar, ve menos; pero como, ya con la palabra, ya con el ejemplo, excita a los prójimos a la imitación suya, engendra muchos hijos en el bien obrar; y si no puede fijar la mente en la contemplación, sin embargo, con eso que hace exteriormente, puede engendrar imitadores.

De modo que, tras de abrazar a Lía, llegó Jacob a Raquel; esto es: que todo perfecto primero se llega a la fecundidad de la vida activa y después se une al descanso de la contemplativa.

Rectamente, pues, se dice que en la medida de la caña había primero seis codos y después un palmo; porque, para llegar después a la vida contemplativa, se tiene primero la vida activa.

11. Pero es de saber que, como el buen orden de la vida consiste en tender de la vida activa a la contemplativa, también por lo general el alma vuelve útilmente de la vida contemplativa a la activa para realizar con mayor perfección la vida activa, por lo mismo que la vida contemplativa enfervoriza a la activa.

Debe, pues, la vida activa hacernos pasar a la contemplativa; pero alguna vez la vida contemplativa debe llamarnos de aquello que hemos visto interiormente a mejorar la vida activa.

Por eso el mismo Jacob, después de haber abrazado a Raquel, volvió a Lía, porque no se debe dejar del todo la vida laboriosa después de ver el Principio.

12. Pero en la vida contemplativa tiene el alma una grande lucha cuando se eleva a lo celestial, cuando tiende el ánimo a las cosas espirituales, cuando pone su empeño en sobreponerse a todo lo que corporalmente se ve, cuando se angustia por dilatarse.

Es verdad que a veces vence las tinieblas de su ceguera y llega a dominar las que se le oponen, y así logra como furtiva y tenuemente algo de la luz infinita; pero, con todo, pronto vuelve a sí misma, llagada; y de aquella luz a la que, alentada, pasó, vuelve gimiendo y llorando a las obscuridades de su ceguera.

Lo cual está bien figurado en la historia sagrada que narra la lucha de Jacob con el ángel (Gen. 32), pues, cuando volvía a sus padres propios, topó en el camino con el ángel, con el cual libró una gran lucha.

Pues bien, el que lucha en una contienda, a veces se halla superior, a veces inferior a aquel con quien lucha. Luego el ángel del

Señor y Jacob, que contiende con el ángel, figuran el alma de cada cual de los perfectos, puestos en la contemplación. El alma, cuando pone su empeño en contemplar a Dios, como puesta en una contienda, a veces como que vence, porque se deleita entendiendo y sintiendo algo de la luz infinita; y a veces sucumbe, porque, aun deleitándose, de nuevo desfallece. Y como que es vencido el ángel cuando Dios es aprehendido interiormente en el entendimiento.

13. Pero es de notar que el mismo ángel vencido tocó el nervio del muslo de Jacob y le hizo debilitarse inmediatamente; y desde entonces Jacob claudicó de un pie; o sea, que, cuando Dios omnipotente es ya conocido por el deseo y por el entendimiento, sécase en nosotros toda voluptuosidad de la carne; y quienes antes, como apoyados en los dos pies, parecíamos buscar a Dios y retener el siglo, después de conocida la suavidad de Dios, quédanos un solo pie sano y el otro claudica, porque, debilitado el amor del siglo, necesariamente sólo prevalece en nosotros el amor de Dios.

Luego, si detenemos al ángel, claudicamos de un pie; porque, al crecer robusto en nosotros el amor interior, necesariamente se debilita la fortaleza de la carne.

En efecto, quien claudica de un solo pie, se apoya en el pie que tiene sano; que es decir también que quien tuviera ya seco el deseo de las cosas de la tierra, con toda fuerza se sostiene en el solo pie del amor de Dios, porque el pie del amor del siglo, que habíase acostumbrado a poner en la tierra, ya le lleva levantado de la tierra.

Por tanto, también nosotros, si volvemos a nuestros propios padres, esto es, a los padres espirituales, detengamos en el camino al ángel, para aprehender a Dios en suavidad íntima; pues la vida contemplativa es dulzura muy amable, que rapta al alma sobre sí misma, descubre lo celestial, muestra, además, que debe despreciarse lo terreno, y ante los ojos del alma pone de manifiesto lo espiritual y oculta las cosas corpóreas. Por eso dice bien la Iglesia en el Cantar de los Cantares (5,2): *Dormía yo y estaba mi corazón velando.* Duerme, pues, con el corazón vigilante, porque, por lo mismo que adelanta contemplando interiormente, deja de obrar mal exteriormente.

14. Mas entre todo esto es de saber que, aunque mientras se vive en esta carne mortal se aprovecha contemplando, nadie aprovecha en virtud de la contemplación de modo que pueda tener fijos los ojos en el sol de esa luz infinita; pues tampoco se ve todavía a Dios omnipotente en su claridad, sino que el alma discurre algo respecto de ella, con lo cual, reanimado, aproveche y después llegue a la gloria de su visión.

Precisamente así lo afirma Isaías, cuando declara que él vió a Dios y dice (Is. 6,1): *En el año que murió el rey Ozías, vi al Señor sentado en un solio excelso y elevado;* y añadió en seguida: *Y las franjas de sus vestidos llenaban el templo.*

Cuando Ozías, el rey soberbio y presuntuoso, muere, se ve al Señor; es que, cuando con el deseo del alma se da muerte a la so-

berbia de este mundo, es entonces cuando el alma contempla la gloria de Dios.

Y es de notar que el Señor está sentado sobre un solio excelso y elevado; porque ¿cuál es su solio sino la criatura angélica o la humana, en la cual gobierna por el entendimiento que la dió? Y el solio se llama excelso y elevado, porque la naturaleza humana elevada se encamina a la gloria celestial, y la criatura angélica, después que, habiendo caído muchos espíritus, quedó asegurada en el cielo, y para que no caiga de donde fué elevado, quedó también confirmada.

Ahora bien, su solio es lo mismo que su templo, porque el Rey eterno habita allí donde se asienta. Luego templo de Dios somos nosotros, en cuyas almas se digna habitar.

Y lo más bajo de El, las franjas de sus vestidos, llenaban el templo, porque lo que de El se ve ahora todavía no es El, sino que está bajo de El. Así Jacob vió al ángel y declara que vió a Dios; porque, cuando vemos sus ministerios, ya es mucho lo que somos levantados sobre nosotros.

Y es de notar que se dice: *Llenaban el templo,* porque, aunque aparece el ángel, sin embargo, satisface el deseo del alma débil, pues, aunque todavía no puede ver lo que es más, ya, sin embargo, admira lo ínfimo que ve.

De manera que lo que estaba bajo de El llenaba el templo, porque, como se ha dicho, ni aun cuando el alma llega a la contemplación contempla lo que El es, sino lo que está bajo El.

En la contemplación ya tiene lugar el gusto de la quietud interior. Y porque esta contemplación es como una parte y no puede ser total, rectamente está escrito en el Apocalipsis (8): *Hízose un silencio en el cielo como de una media hora.*

Efectivamente, cielo es el alma del justo, como el Señor lo dice por el profeta (Is. 66): *Mi trono es el cielo;* y (Ps. 18): *Los cielos publican la gloria de Dios.* Luego, cuando el alma está en la quietud de la vida contemplativa, se hace un silencio en el cielo, porque desaparece del entendimiento el estrépito de los actos terrenos para que el oído se disponga al secreto interior.

Mas, como esta quietud de la mente no puede ser completa en esta vida, se dice que ni siquiera por espacio de una hora se hizo el silencio en el cielo, sino como de media hora, para que se entienda que ni aun dura media hora completa, pues se pone por delante el *casi o como de.* Y es que, en seguida que el alma comienza a elevarse y adentrarse en la luz de la quietud interior, volviendo en seguida la algarabía de los pensamientos, se confunde de sí misma, y en esta confusión se ciega.

Por consiguiente, la vida contemplativa que allí (en el Apocalipsis) se dice ser *como de media hora,* en el profeta Ezequiel se llama, no un codo, sino *un palmo.*

Ved, hermanos carísimos, que, por querer exponer el modo de cada una de las vidas, nos hemos excedido un poco más en hablar;

pero a las almas buenas, a las que una y otra vida resulta amable para obrar, no debe serle pesada para oír.

Prosigue: *Y midió la anchura del edificio, la cual era de una caña; y de una caña también la altura.*

15. Dios omnipotente, que no se dilata en las cosas grandes ni se encoge en las estrechas, habla de toda la Iglesia igual que si hablara de una sola alma; y muchas veces lo que se dice de una sola alma, nada impide que se diga de toda la Iglesia.

Pues bien: la latitud del edificio se refiere a la caridad, de la cual dice el Salmista (118,96): *Tu ley no tiene término ni medida.* Nada, pues, más ancho que recibir a todos en el seno del amor y no mantener las angustias de odio alguno. Así es de ancha, en efecto, la caridad, que en la amplitud de su amor puede acoger también a los enemigos. Por eso mismo se manda (Lc. 6): *Amad a vuestros enemigos y haced bien a los que os odian.*

También debemos considerar que la latitud se refiere a lo llano, pero la altura a lo levantado o a lo grande. Luego la anchura pertenece a la caridad del prójimo, y la altura a la inteligencia del que contempla. Pero la altura y la anchura del edificio tienen la medida de una caña; a saber, porque cada alma, cuanto estuviere dilatada en el amor del prójimo, tanto estará de alta en el conocimiento de Dios; pues a medida que se dilata más por el amor, más arriba se levanta por el conocimiento; y tanto se eleva sobre sí misma cuanto tiende de suyo al amor del prójimo.

Y como la naturaleza angélica y la naturaleza humana son igualmente el edificio en que Dios habita, por cuanto la criatura angélica está arriba y la humana todavía está abajo, por la anchura y la altura del edificio pueden significarse una y otra criatura, puesto que la una todavía mora abajo y la otra permanece en las alturas.

Y con una sola caña se miden una y otra, porque la humildad de los hombres a veces llega a igualar a los ángeles; por eso está escrito (Mt. 22,30): *Ni se casan ellos ni se casarán con ellos;* y, por lo mismo, se dice por San Juan (Apoc. 21,17): *Medida de hombre, que era la del ángel;* porque el hombre es conducido hasta aquella altura en que se gozan los ángeles ya confirmados.

Por consiguiente, la latitud del edificio es tanta cuanta es su altura, porque los elegidos que ahora trabajan aquí abajo, alguna vez dejarán de ser desiguales a los ángeles.

Pero, en medio de todo esto, volvamos nosotros a nuestra alma y amemos a Dios y al prójimo con todas las fuerzas del corazón. Dilatémonos en el afecto de la caridad, para que seamos levantados a la altura de la gloria. Compadezcamos por amor al prójimo para juntarnos a Dios por el conocimiento. Abajémonos a los hermanos más pequeños para igualarnos con los ángeles en el cielo. Porque el varón que en figura representa al Redentor ha medido la latitud del edificio con una sola caña, y la altura también con una caña.

Ahora, pues, mide las costumbres, pesa las costumbres, considera los pensamientos, para dar después sin fin la recompensa Jesucristo, unigénito del Padre, que con El vive y reina, en unidad del Espíritu Santo, por todos los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA III [XV]

(Ez. 40,6-8)

6 *Y fué a la puerta que miraba al camino de Oriente, y subió sus gradas, y midió un umbral de la puerta, cuya anchura era de una caña, esto es, cada uno de los umbrales tenía una caña de ancho.* 7 *Y cada cámara tenía una caña de largo y una de ancho, y entre una cámara y otra había cinco codos.* 8 *Y el umbral de la puerta junto al vestíbulo de la puerta interior tenía una caña.*

1. El varón que se describe con la caña de medir en su mano *fué a la puerta que miraba al camino del Oriente.*

Y ¿quién otro está significado por el nombre de *puerta* sino el mismo Señor y Redentor nuestro, que se hizo para nosotros puerta del cielo, como El mismo lo dice (Io. 14,8): *Nadie viene al Padre sino por mí?*

Mas, como hemos dicho que este mismo varón vestido de lino es figura del Señor, debemos averiguar de qué modo puede compaginarse que el mismo Señor pueda estar figurado en el varón y en la puerta, siendo así que el varón vino a la puerta. ¿Es tal vez que El mismo viene a sí mismo? ¿O es así porque también El mismo lo atestigua en el Evangelio, diciendo (Io. 10,12): *Quien no entra por la puerta en el aprisco de las ovejas, sino que sube por otra parte, el tal es un ladrón y salteador. Mas el que entra por la puerta, pastor es de las ovejas;* y poco después dice (v.9): *Yo soy la puerta;* y otra vez añade (v.11): *Yo soy el buen Pastor?* Luego, si el Pastor entra por la puerta, El mismo es la puerta, El mismo es, además, el Pastor, y El mismo, sin duda, entra por sí mismo.

Y ved que, pretendiendo aclarar el sentido de Ezequiel, juntamos, además, una cuestión del Evangelio. Así, pues, debemos averiguar de qué modo El mismo entra, y entra por sí mismo.

Pues bien, nuestro Señor y Redentor, según la carne, es una cosa con la santa Iglesia, a la cual redimió, como lo afirma San Pablo cuando dice (Col. 1,24): *Yo estoy cumpliendo en mi carne lo que resta padecer a Cristo en pro de su cuerpo, que es la Iglesia.* La Iglesia es el cuerpo de esta cabeza, y la cabeza de este cuerpo es Cristo. De esta cabeza suya se goza el cuerpo, esto es, la santa Iglesia, cuando por el Salmista dice (26,8): *Y ahora mi cabeza me ha hecho gozarme sobre mis enemigos.* Por tanto, como también ella ha de ser exaltada alguna vez, ahora ya su cabeza, habiendo vencido a sus enemigos, goza en los cielos.

Luego, cuando alguno de los elegidos llega a la vida, como sus miembros entran por El a El, El mismo entra por sí a sí; pues El

mismo es el que entra en sus miembros: El la cabeza a la cual llegan los miembros del que entra. Cosa que insinúa de muchos modos Ezequiel, quien dice que el varón vino a la puerta; y muestra cuál sea esta puerta diciendo: *La que mira al camino del Oriente*, pues para nosotros es camino el mismo que dice (Io. 15): *Yo soy el camino, la verdad y la vida;* El es también el camino del Oriente, de quien está escrito (Zach. 3,3): *Yo haré venir a mi siervo, el Oriente.*

Luego la puerta mira al camino del Oriente, que significa Aquel que nos abrió el camino al Oriente o al orto de la luz.

2. También con el nombre de *puerta* puede entenderse cada uno de los predicadores, porque quien con su boca nos abre la entrada del reino del cielo puerta es; por eso tanto en el Apocalipsis de San Juan como en la última visión de este profeta se describen doce puertas.

Igualmente sin dificultad puede entenderse por *puerta* la ciencia de la Sagrada Escritura, la cual nos abre la entrada del cielo dándosenos a entender.

Asimismo podemos tomar por *puerta* la fe primera, a la que llegamos para entrar en el edificio de las virtudes. Por eso se añade aquí claramente: [3.] *Y subió sus gradas;* pues ¿qué son las gradas de esta puerta sino los méritos de las virtudes? Que tanto al conocimiento del Mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo, como a la ciencia de la divina palabra, o a la misma fe que de ella recibimos, vamos subiendo a más perfección por ciertos grados; pues nadie de repente se hace sumo, sino que, sea quienquiera, principia por lo ínfimo en las buenas costumbres para llegar a lo sumo.

De estas gradas se dice por el Salmista (Ps. 47,3): *Dios será conocido en sus gradas. (In gradibus suis,* dice el texto; *in domibus,* dice la Vulgata.) Esto es, que, cuando el Señor recibe o ampara a la santa Iglesia, es conocido en sus gradas; porque su gloria se manifiesta por los adelantos de ella o a medida que ella avanza o toma incremento; pues tanto es Dios conocido de los hombres por sus virtudes cuanto la Iglesia va creciendo.

También habla de estas gradas Job, cuando dice (Iob 31,37): *A cada paso mío le iría pregonando.* En efecto, va pregonando al Señor omnipotente a cada paso quien, al crecer en las virtudes que comenzó, siempre le rinde alabanzas por su piedad.

Si no hubiera gradas en la ascensión del corazón, no diría el Salmista (83,8): *Caminarán de virtud en virtud.* [4.] Y no es de admirar que haya grados de virtud en virtud, puesto que cada una de las virtudes se practica como por ciertos grados; y así, por el incremento de los méritos se llega a la perfección, porque son cosas distintas los principios de la virtud, el progreso y la perfección. Que si la misma fe no llegara a su perfección por ciertos grados, no hubieran dicho los apóstoles (Lc. 17,5): *Auméntanos la fe.* También acudió a Jesús uno que pretendía que curara a su hijo, y, preguntado si creía, respondió (Mc. 9,23): *Yo creo, Señor; ayuda tú mi incredulidad.*

Pensad, os ruego, lo que se dice. Si creía, ¿por qué habla de su incredulidad? Y si conocía que tenía incredulidad, ¿cómo creía? Pues porque la fe, por oculta inspiración de la gracia, crece por los grados de sus méritos; en un mismo tiempo, el que todavía no creía perfectamente, a la vez creía y era incrédulo.

5. Sin duda el Señor describe estos grados bajo el nombre de *mies* cuando dice (Mc. 4,26-29): *El reino de Dios viene a ser a manera de un hombre que siembra su heredad; y ya duerma o vele, el grano va brotando y creciendo noche y día, sin que el hombre lo advierta; porque la tierra, de suyo, produce primero el trigo en hierba, luego la espiga y, por último, el grano; y después que está el fruto maduro, inmediatamente se le echa la hoz, porque llegó ya el tiempo de la siega.*

El hombre echa la semilla en la tierra cuando forma en su corazón el buen propósito; y después de haber echado la semilla se duerme, porque ya descansa en la esperanza de obrar bien; pero se levanta de noche y de día, porque marcha entre lo próspero y lo adverso; y la semilla germina y crece sin él darse cuenta, porque, aunque todavía no puede advertir su crecimiento, la virtud, una vez concebida, camina a la perfección, y de suyo la tierra fructifica, porque, con la gracia preveniente, el alma del hombre se levanta espontáneamente a la perfección del bien obrar. Pero esta tierra primero produce el trigo en hierba, luego la espiga, y al fin la espiga el trigo.

En efecto, producir la tierra hierba es tener aún lo tenue del buen principio; y la hierba llega a ser espiga cuando la virtud concebida en el alma lleva adelante la buena obra; pero la espiga da el fruto del grano de trigo cuando ya la virtud adelanta tanto, que puede obrar robusta y fuertemente. Y cuando ya de suyo ha producido el fruto, en seguida echa la hoz, porque ha llegado el tiempo de la siega. Dios omnipotente, una vez producido el fruto, aplica la hoz y seca su mies, o sea, que, cuando ha llegado cada uno a obrar perfectamente, corta su vida temporal por la sentencia dada, para llevar su grano a los celestes graneros.

De manera que, cuando concebimos buenos deseos, echamos la semilla en la tierra; cuando comenzamos a obrar bien, somos hierba, y cuando, progresando en el bien obrar, crecemos, llegamos a espigas, y cuando ya estamos firmes en obrar el bien con perfección, ya llevamos en la espiga el grano maduro.

6. Hierba, pues, había sido Pedro, quien, al tiempo de la pasión, siguiendo al Señor por amor, temió confesarle ante la voz de la criada; pues tenía ya verdor en la mente, puesto que creía al Redentor de todos, pero, demasiado flexible aún, era pisoteado por el temor. Ya habíase levantado en espiga, cuando, anunciándoselo el ángel, veía vivo en Galilea a Aquel a quien había temido confesar cuando iba a morir. Pero había llegado a ser grano maduro en la espiga cuando, venido de arriba el Espíritu y robusteciéndole en su amor su alma, de tal modo quedó firme, que, herido, despreciaba

el poder de los perseguidores y en medio de los tormentos predicaba libremente a su Redentor.

No se desprecie, pues, a ninguno a quien veamos que aún está flaco de alma para el buen propósito, porque el trigo de Dios comienza por ser hierba para llegar a hacerse grano.

Luego el varón vestido con vestiduras de lino fué a la puerta, o sea, que nuestro Señor y Redentor es llevado hasta El mismo por los miembros suyos que entran; y sube por sus gradas, es decir, que, cuando nosotros vamos adelantando, tanto más exaltado está por nosotros cuanto más alto e incomprensible se le reconoce.

Se dice, pues, que sube por sus gradas en la virtud de nuestras almas, porque tanto más exaltado se nos muestra cuanto más separado de las cosas de aquí abajo está nuestro espíritu.

7. Sigue: *Y midió un umbral de la puerta, cuya anchura era de una caña.*

¿Por qué, habiendo dicho un umbral, agrega en seguida: *cada umbral*, sino porque claramente insinúa que todavía se habla de otro umbral inferior?

Pero la puerta, para ser puerta, álzase desde el umbral; luego, si el Señor es la puerta, ¿quién es el umbral de la puerta sino aquellos Padres antiguos, de cuyo linaje se dignó encarnar el Señor, según se dice por San Pablo (Rom. 9,5): *Cuyos padres son aquellos de quienes desciende Cristo según la carne, el cual es Dios bendito sobre todas las cosas por siempre jamás?*

En esta sentencia de San Pablo debemos notar que también los demás hombres son llamados dioses, como se le dice a Moisés (Ex. 7,1): *Yo te he constituído dios de Faraón;* y por el Salmista se dice (81,1): *Presente está Dios en la reunión de los dioses.* Pero es que una cosa es llamarse Dios por naturaleza y otra por denominación; y si Moisés es constituído por dios de Faraón, pero es llamado dios entre los dioses, no Dios sobre todas las cosas; en cambio, el que se encarnó en las entrañas de la Virgen es llamado Dios sobre todas las cosas.

De manera que el umbral de la puerta son los Padres antiguos, de quienes nació el que nos abrió la entrada al reino celestial. Mas el umbral de la puerta se mide con una sola caña; porque aquellos Padres antiguos que, predicando y viviendo bien, pudieron anunciar a nuestro Redentor, tuvieron como seis codos en obrar bien y un palmo por la contemplación incoada; pues como la obra perfecta y la contemplación incoada hizo sublime la vida de ellos en la unidad de la fe, la medida del umbral fué de una sola caña.

Sigue: *Y cada cámara tenía una caña de largo y una caña de ancho.*

8. Consideremos lo que suele suceder en la cámara, y de ahí deduciremos lo que sucede en la santa Iglesia.

En efecto, en la cámara el esposo y la esposa se congregan y se juntan en amor.

¿Quienes son, pues, cámaras en la Iglesia sino los corazones de aquellos en los que las almas se unen por amor al Esposo invisible,

de modo que el alma arda en deseos de El, nada de este mundo apetezca, tenga por penosa la duración de la vida presente, sienta prisa por salir de ella y descansar en el abrazo amoroso, en la visión del Esposo celestial? Así es que el alma que es tal no recibe consuelo alguno del presente siglo, sino que apasionadamente suspira, bulle, anhela y ansía por aquello que ama; la misma salud del cuerpo hácesele despreciable, porque ha sido traspasada por el dardo del amor. De donde en el Cantar de los Cantares (5,8) se dice: *Yo desfallezco de amor.* Mala salud tiene el que desconoce el dolor de esta herida; pero, si el alma comenzase a alentar en el deseo celestial y a sentir la herida del amor, con la herida se encuentra más en salud la que antes estaba enferma de salud. [9.] Un solo consuelo suele hallar en la vida presente el alma que ama fuertemente a su Esposo; que, por diferírsela la vista de El, con su palabra aprovechen las almas de otros y que ardan en llamas de amor al Esposo; se entristece porque ve que se prolonga; todo lo que ve le resulta triste, porque todavía no ve a Aquel a quien desea ver; pero, como he dicho, le sirve de no pequeño consuelo si el retraso sirve a su alma fervorosa para que por ella se reúnan muchas, y con muchas ver más tarde a Aquel a quien ella sola quería más pronto.

Por eso otra vez dice la Esposa en los Cantares (2,5): *Confortadme con flores, fortalecedme con manzanas, porque desfallezco de amor.* Porque ¿qué son las flores sino almas que ya han comenzado a obrar bien y que exhalan el aroma del deseo celestial? ¿Y qué son las manzanas después de las flores sino almas ya perfectas de los buenos, que del principio del santo propósito han llegado a dar el fruto de las buenas obras?

De modo que la que languidece de amor pide ser confortada con flores y fortalecida con manzanas, porque, ya que no se la permite ver todavía a Aquel a quien desea, le sirve de gran consuelo el alegrarse de los adelantos de otros.

Luego al alma lánguida de amor confórtesela con flores y manzanas, o sea, descanse en las buenas obras del prójimo, ya que todavía no puede contemplar cara a cara a Dios.

10. Pensemos, pues, qué cámara sería el alma de Pablo, que decía (Phil. 1,21): *Mi vivir es Cristo, y el morir, ganancia.* ¡Con cuánto amor habíase unido a Dios omnipotente quien reputaba por su vida a solo Cristo y por ganancia morir! De ahí es que otra vez dice (Phil. 1,23): *Tengo deseo de verme libre de las ataduras de este cuerpo y estar con Cristo, lo cual es, sin comparación, mucho mejor.*

Vedlo, pues, ahí; veamos que desea morir porque languidece de amor.

Y mientras vemos que ello se te difiere, pregunto: ¿No pides que se te conforte con flores? Lo pide abiertamente, porque sigue (v.24): *Pero quedar en esta vida es necesario por vosotros;* y a los discípulos ya adelantados dice: *Pues ¿cuál es nuestra esperanza, y gozo, y corona de gloria sino vosotros ante nuestro Señor Jesucristo?*

11. Por eso se dice que la misma cámara medía una caña a lo largo y una caña a lo ancho. Ahora bien, la altura pertenece a la

longanimidad, y la anchura a la amplitud de la caridad. Luego cada cámara tiene tanto de alta cuanto pudiere tener de ancha, porque el alma encendida en el deseo celestial, cuanto es el amor que tiene para congregar al prójimo, tanta longanimidad muestra para esperar a Dios, y pacientemente soporta lo que tarda en subir a lo alto, porque la anchura de la caridad se dilata en el provecho del prójimo.

También la altura significa la longanimidad de la paciencia que se muestra al prójimo, porque, cuanto más dilatada por el amor estuviere el alma, tanto más paciente será también por la longanimidad; porque tanto aguanta uno al prójimo cuanto le ama: si amas, pues, soportas; si dejas de amar, dejas de aguantar. A quien amamos menos, también le toleramos menos, pues, asaltando el fastidio más pronto, las acciones del prójimo se nos hacen de más gravoso peso, porque no nos le alivia el ala de la caridad.

12. Sigue: *Y entre una cámara y otra había cinco codos.*

Antes había hablado de una sola cámara y luego cuenta que entre una cámara y otra hay cinco codos; a saber, porque muchas cámaras hacen una, como también muchas iglesias se llaman una Iglesia. Por eso en el Apocalipsis de San Juan se escribe a siete iglesias, por las cuales se designa a una católica.

De manera que los que, como hemos dicho, en la santa Iglesia, en su amor fervoroso, sienten que van a Dios y a Él se unen ya con el deseo, son llamados cámaras o tálamos. Pero, en cambio, hay en ella algunos que, no pudiendo alcanzar tales alturas y que, sujetos todavía a los cinco sentidos del cuerpo, tanto menos aman a Aquel que ha hecho todas las cosas cuanto más ligados se ven a las cosas que han sido hechas.

También algunos se han ejercitado en el amor del Señor y aspiran a amar al prójimo, en practicar buenas obras corporales, y redimen con limosnas sus pecados; pero, como no saben arder en deseos del cielo en la fuerza del amor interno, están todavía como retenidos y atados por los sentidos corporales, aunque, guiados por los que desean perfectamente la visión de Dios, también ellos se encaminan a la perfección del alma.

Luego entre una y otra cámara hay cinco codos, es decir, que los que todavía no suben desde los cinco sentidos exteriores a la inteligencia mística, mientras viven entre aquellos cuyo espíritu arde en amor, adelantan en el edificio de la fe, como los que entre las cámaras no están dentro de la medida del celestial edificio, pero que también poco a poco van substrayéndose al apetito de los sentidos corporales y espaciando la mente a imitar la caridad que ven, de ahí se extienden hasta las cámaras.

Por consiguiente, el que no estén descritos por los seis codos, sino por los cinco, designa la imperfección que tienen todavía; [13.] pero, no obstante, por su buen deseo se menciona que están dentro de la medida del edificio espiritual, puesto que por voz de la Iglesia se dice (Ps. 138,16): *Todavía era yo un embrión y ya me distinguieron tus ojos;* y otra vez por el Salmista dice (113,13):

Bendiga a todos los que temen al Señor, así a los pequeños como a los grandes.

De manera que éstos son imperfectos y débiles, pero, en cuanto alcanzan a conocer, aman a Dios y al prójimo y no dejan de hacer el bien que pueden. Los cuales, aunque todavía no están adelantados en los dones espirituales de modo que ejerciten el alma, o en las obras perfectas, o en la ardiente contemplación, sin embargo, no dejan de amar a Dios y al prójimo en cuanto se les alcanza. De donde resulta que también ellos, aunque en lugar inferior, están colocados en el edificio santo, porque, si tal vez son inferiores en la doctrina, en la profecía, en el don de los milagros, en practicar el total desprecio del mundo, sin embargo están en el fundamento del temor y del amor en que están cimentados; porque, si bien no arden en deseos fervientes del cielo, en las obras exteriores que son capaces de ejecutar están animados por el vaho de la caridad y colocados entre los edificios de los prójimos que sobresalen.

Por eso también la Esposa habla rectamente en el Cantar de los Cantares (3,9), cuando dice: *De madera del Líbano se ha hecho el rey Salomón su trono; las columnas las ha hecho de plata, y el respaldo de oro; las gradas, de púrpura, y el centro, con amor por causa de las hijas de Jerusalén.*

Pero no es creíble que Salomón, rey de tanta grandeza y que abundaba en delicias tan inmensas que no podía apreciarse el valor de su oro, no es creíble que en aquellos días estuviera tan sin precio la plata, que se hizo el trono de madera. Pero es de saber que Salomón, nuestro Rey pacífico, es quien se hizo su trono de madera del Líbano. En efecto, la madera de cedro del Líbano es de todo punto incorruptible. [14.] Además, el trono de nuestro Rey es la santa Iglesia, que está construída de los santos Padres, esto es, de mentes incorruptibles; la cual rectamente es llamada trono o angarillas, porque a diario lleva las almas al convite eterno del Creador. Trono al que han puesto columnas de plata, porque los predicadores de la santa Iglesia resplandecen con el brillo de la palabra; y con las columnas de plata tiene el respaldo o reclinatorio de oro, porque, en lo que los predicadores dicen brillantemente, las almas de los oyentes descubren el brillo de la caridad, en la cual reclinarse, pues por eso que oyen lúcida y brillantemente descansan por lo que alumbra en su corazón.

De modo que las columnas son de plata y el respaldo está hecho de oro, porque mediante la luz de la palabra se halla en el alma la claridad de la quietud. Ya irradia efectivamente en el alma aquel fulgor interior para que por la intención se apoye donde no se halle la gracia de la predicación.

En verdad, de esta misma Iglesia está escrito en el Salmo: *Las alas de la paloma son plateadas, y el extremo de su dorso parecía oro;* la cual Iglesia, llena aquí del espíritu de mansedumbre, como una paloma, tiene las alas de plata, y lo posterior del dorso como de oro, porque aquí reviste a sus predicadores con el brillo de la palabra, mas en el postrero siglo muestra en sí el resplandor de la caridad.

Pero cuál sea el acceso para esta claridad que se muestra en el interior lo añade cuando en seguida agrega acerca de ese mismo siglo: *Sus gradas de púrpura.*

De verdadera púrpura, en efecto, porque están teñidas en su sangre; con razón aparecen de color de sangre, porque, al principio de la Iglesia, una multitud de fieles llegó al reino por el martirio. Nuestro Redentor puso las gradas de púrpura en su trono, porque a la claridad que se ve en el interior se llega por la tribulación de la sangre.

15. ¿Qué hemos de hacer, por consiguiente, nosotros, miserables y destituídos de toda fortaleza? ¿Qué hemos de hacer? Ved que en este siglo no podemos ser columnas, porque en nosotros no brilla ni la fortaleza en el obrar ni la luz de la predicación; no tenemos reclinatorio de oro, porque todavía no contemplamos como es debido, por el entendimiento, el descanso espiritual de la claridad interior; no somos gradas de púrpura, porque no nos atrevemos a derramar la sangre por nuestro Redentor. ¿Qué ha de ser, pues, de nosotros? ¿Qué esperanza nos quedará si nadie llega al reino sino quien está dotado de las más altas virtudes?

Pero también para nosotros hay consuelo: amemos cuanto podamos a Dios y al prójimo, y también perteneceremos igualmente al trono de Dios, porque, como allí está escrito, *el centro cubrióle de amor.*

En verdad, ten caridad, y sin duda perteneces de veras allí adonde se levanta la columna de plata y se mantiene la grada de púrpura. Y que eso se dice por nuestra debilidad, claramente se demuestra al añadir allí en seguida: *Por causa de las hijas de Jerusalén,* pues la palabra de Dios, que no dice hijos, sino hijas, ¿qué otra cosa significó por el sexo femenino sino las almas débiles?

Luego lo que allí se dice que por las hijas de Jerusalén entre las columnas de plata, el respaldo de oro y las gradas de púrpura, en el centro está el amor, eso mismo se significa aquí por los cinco codos entre las cámaras; porque también los que están débiles en las virtudes, si no descuidan el obrar por caridad el bien que pueden, no son ajenos al edificio de Dios.

Sigue: *Y el umbral de la puerta junto al vestíbulo de la puerta interior media una caña.*

16. Con hacer mención de que el umbral que ahora se describe está junto al vestíbulo de la puerta interior, se muestra claramente que el umbral que antes se ha descrito fué el exterior.

Mas, si la puerta es el Señor, averigüemos cuál sea el umbral interior y el exterior de la puerta. Y pues todos entran por el umbral de la puerta, ¿cuáles son estos dos umbrales sino los Padres del Antiguo Testamento y los Padres del Nuevo Testamento? Y, por cierto, no sólo aquellos de quienes el Señor se dignó encarnar, sino todos los Padres del Antiguo Testamento fueron umbrales de esta puerta, porque todos los que merecieron predicarle y esperar en El descubrieron a cuantos a El vinieron el acceso a la fe, para que todo

el que creyera en el Señor como que pasaría ya de este umbral a la puerta.

Y ¿por qué se menciona primero el umbral exterior y luego el interior sino porque los Padres del Antiguo Testamento fueron antes, y después los doctores del Nuevo Testamento?

Con acierto designa el umbral exterior a los Padres del Antiguo Testamento, porque con la predicación suya se sancionaron las obras malas; mas, por la de los del Nuevo, todas las almas se ven coartadas hasta de los pensamientos ilícitos, pues demuestran que hay verdadera culpa hasta en la deliberación del corazón. Aquéllos procuraron, es verdad, preservar de las torpezas de la crueldad y de la rapiña las almas de los oyentes; pero éstos, al extirpar, no sólo las acciones malas, sino hasta los pensamientos ilícitos, ¿qué otra cosa son para nosotros sino el umbral interior? Por eso, además, habla la misma Verdad, diciendo (Mt. 5,21-22:) *Habéis oído que se dijo a vuestros mayores: No matarás, y que quien matare será condenado en juicio. Yo os digo más: Quienquiera que tome ojeriza con su hermano merecerá que el juez le condene.*

También el umbral exterior designa rectamente a los Padres que de tiempo en tiempo vivieron más alejados de la encarnación de nuestro Redentor. Pues, ciertamente, desde la muerte de Abel comenzó ya la pasión de la Iglesia, porque una sola es la Iglesia de los elegidos que precedieron y la de los que siguen. Sin embargo, como a los discípulos se les dice (Lc. 10,24): *Muchos reyes y profetas desearon ver lo que vosotros veis, y no lo vieron,* el no ver corporalmente presente a nuestro Redentor es como haber estado los Padres antiguos en el exterior. En el exterior, sí, pero, sin embargo, no estuvieron fuera de la Iglesia, porque con el pensamiento, con las obras y con la predicación ya tuvieron los sacramentos de la fe, columbraron esta grandeza de la santa Iglesia que nosotros vemos, no en esperanza, sino teniéndola ya, pues como nosotros hemos sido hechos salvos en la pretérita pasión del Redentor, así ellos lo han sido por la fe en la misma pasión futura.

Luego ellos estuvieron en el exterior, no fuera del misterio, sino fuera del tiempo.

17. También, por eso, en la construcción del tabernáculo se mandó que las columnas de plata se colocaran dentro y que exteriormente, por todo el circuito, se pusieran anillas de bronce, en las que todo el tabernáculo quede sujeto. De manera que las columnas de plata se colocan en el interior, y las anillas de bronce en el exterior y en derredor, para que el tabernáculo se mantenga fijo; es a saber, para que los santos apóstoles se afianzaran en la luz de su predicación, para que todo el tabernáculo, esto es, la santa Iglesia, se mantuviera en la integridad de la fe; los Padres del Antiguo Testamento y los Profetas, como anillas de bronce, se colocaron al exterior, los cuales, con los cordeles de sus palabras, mantuvieron fijas y sólidamente ligadas las mentes de los predicadores; y para esto son anillas de Dios, para mantener sujeto a la fe el tabernáculo.

Luego los que vivieron anteriormente a esta Iglesia fueron ani-

llas colocadas al exterior; pero, no obstante, ellos sujetan a los que están en ella, porque, al predicar los futuros misterios celestiales, después de realizados éstos, los hicieron creíbles a todos.

Luego, para que las columnas permanezcan inmobles dentro, las anillas sostienen fuera con cordeles, que es: para que los santos apóstoles creyeran perfectamente el misterio de la encarnación del Señor, la predicación de ellos hizo que antes de que esto se realizara pudieran verlo y predecirlo.

También por eso, atinadamente el Príncipe de los Apóstoles, grande columna, por cierto, del nuevo tabernáculo, habla, diciendo: (2.ª 1,19): *Tenemos todavía un testimonio más firme, que es el de los profetas, al cual hacéis bien en mirar atentamente, como a una antorcha que luce en un lugar oscuro.* Palabras en las que indica cuánto habíase levantado hasta lo más alto de la cumbre, donde persiste fijo en la fe.

Se ha hecho, pues, para nosotros la Escritura de la palabra profética cual antorcha en medio de las tinieblas de la presente vida y luz para el camino. Por eso dice el Salmista (118,105): *Antorcha para mis pies es tu palabra, y luz para mis sendas.* Sin embargo, esta antorcha de la palabra profética luce ya en verdad para los inteligentes, pero permanece aún envuelta en las obscuridades de la alegoría; por lo que a estos mismos dichos de los profetas se les llama también en el salmo *agua tenebrosa en las nubes del aire;* a saber, porque es oculta la ciencia de los profetas.

Y no sin razón se hicieron de plata las columnas y de bronce las anillas, puesto que lo que los apóstoles predican ya claramente, eso lo dijeron ya obscuramente, en sentido místico, los profetas. Así que rectamente están significados en el metal de cobre los que no fueron claros en su predicación; en cambio, los santos apóstoles, que hablaron con claridad del misterio de nuestro Redentor, están bien significados en las columnas de plata.

Y es de notar que la plata suena y brilla, pero el bronce suena, mas no brilla; y es que los predicadores del Nuevo Testamento predicaron claramente lo que además pudieron mostrar; en cambio, los predicadores del Nuevo Testamento, al anunciar cosas obscuras acerca del misterio celestial por medio de las sombras de la alegoría, como que dieron sonido, pero sin luz.

Luego lo que allí se significa por las columnas y las anillas, aquí está significado por el umbral interior y el exterior.

18. Ahora, si por la puerta entendemos en este lugar la Sagrada Escritura, también ella tiene dos umbrales: exterior e interior, porque se compone de letra y de alegoría. Y así, el umbral exterior de la Sagrada Escritura es la letra, y su umbral interior la alegoría. Y como por la letra tendemos a la alegoría, es como que pasamos de la luz que hay en el exterior a la que hay en el interior.

Hay además en ella muchas cosas que a la letra edifican al alma de tal modo que, mediante esto que se refiere exteriormente, es traída a lo interior el alma del oyente. Allí, efectivamente, hallamos recomendaciones de las obras y ejemplos de virtud; allí se manda lo que debemos hacer también corporalmente; allí en las obras de los varo-

nes santos y fuertes se pone de manifiesto lo que se manda obrar, para que, después que los preceptos más claros y las acciones de los justos nos han enseñado a obrar bien, entonces dirijamos, si podemos, los pasos del alma al umbral interior, esto es, a la inteligencia mística de la contemplación interior.

Aplicaos, yo os lo ruego, hermanos carísimos, a meditar las palabras de Dios; no despreciéis los escritos que nos ha enviado nuestro Creador; es muchísimo lo que el alma se recalienta para no enervarse en el frío de su iniquidad. [19.] En ella aprendemos que los justos que nos precedieron obraron fuertemente y nosotros nos disponemos a participar en el bien obrar; con la llama de los santos ejemplos enciéndese el ánimo de quien los lee; al ver la fortaleza con que ellos han obrado, indígnase mucho contra sí porque no los imita.

Rectamente por eso dice el Esposo a la Esposa (Cant. 4,4): *Tu cuello es como la torre de David, ceñida de baluartes, de la cual cuelgan mil escudos, arneses todos de valientes.*

Ahora bien, en el cuello está la garganta y en la garganta la voz. [20.] ¿Qué se significa, pues, por el cuello de la santa Iglesia sino su santa palabra? Y al mencionar que de ella cuelgan mil escudos, por este número perfecto se da a entender todo número, porque toda nuestra defensa está contenida en la divina palabra, pues allí efectivamente están todos los preceptos, allí los ejemplos de los justos.

Si, pues, anda el alma resfriada en el amor de su Creador, oiga lo que se dice (Mt. 3): *Amarás al Señor tu Dios con toda tu alma y con todas tus fuerzas.* Si alguno tal vez se deslizó en odiar al prójimo, oiga lo que se dice: *Amarás al prójimo como a ti mismo.* ¿Codicia los bienes ajenos? Oiga lo que está escrito: *No codicies los bienes de tu prójimo.* ¿Hase encendido el alma en ira por la injuria que de palabra o de obra le ha inferido el prójimo? Oiga lo que se dice (Lev. 19,18): *No procures la venganza ni conserves memoria de la injuria de tus conciudadanos.* ¿Se abrasa el alma malherida en la concupiscencia de la carne? Para que la vista del alma no siga al pensamiento, oiga lo que poco antes se ha dicho (Mt. 5,28): *Cualquiera que mirare a una mujer con mal deseo hacia ella, ya adulteró en su corazón.* ¿Tal vez alguno tiene el propósito de concebir en su alma odio contra el enemigo? Oiga lo que allí está escrito (Lc. 6): *Amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os odian.* ¿O es que aquel que no roba lo ajeno, acaso todavía retiene lo propio desordenadamente? Oiga lo que allí se dice (Lc. 12): *Vended lo que poseéis y dad limosnas.* ¿El alma flaca desea gozar de Dios a la vez que del mundo? Oiga lo que allí está escrito (Mt. 6): *Nadie puede servir a dos señores.* ¿El otro retiene lo que posee, mas no por necesidad, sino por amor de concupiscencia? Oiga lo que allí está escrito (Lc. 14): *Quien no renuncia a todo lo que posee no puede ser mi discípulo;* pues algunos lo dejan todo, pero muchos lo renuncian poseyéndolo, de tal modo que no sucumben al apetito. Hay quien desea vivir muellemente, descansado, y rehuye, cuando puede, sufrir algún trabajo por Dios.

Luego en el cuello de la Iglesia, esto es, en la predicación de la divina palabra—la cual, por sus defensas y altura, se dice ser como la torre de David—, cuelgan mil escudos, porque cuantos son los preceptos que hay allí son otras tantas defensas que tiene nuestro corazón.

21. ¿Así que para conservar la inocencia, aun heridos por el prójimo, corremos a mantenernos en la humildad? Venga ante nuestros ojos Abel, de quien está escrito que fué muerto por su hermano, y no se lee que opusiera resistencia. ¿Se elige la pureza del alma aun dentro del matrimonio? Debe imitarse a Enoc, quien, aun casado, anduvo con Dios; y no le hallaban, porque Dios le llevó a otra parte.

¿Nos apresuramos a anteponer los preceptos de Dios a la utilidad de la vida presente? Venga ante los ojos Noé, el cual, posponiendo los cuidados de su casa, por mandato del Señor omnipotente, vivió por espacio de cien años ocupado en construir el arca.

¿Hay empeño en mantenerse bajo la virtud de la obediencia? Debemos mirar a Abrahán, quien, dejando casa, parentela y patria, obedeció en salir al lugar que había de recibir en herencia, y salió sin saber adónde iría (Gen. 12); y salió resuelto, por la herencia eterna, a dar muerte al hijo querido, que había recibido por heredero (Gen. 22). Y por lo mismo que no dudó en ofrecer al Señor el unigénito, recibió ser padre de todo un pueblo.

¿Agrada la sencillez de costumbres? Venga a la memoria Isaac, a quien la sencillez de su vida le hizo hermoso a los ojos de Dios.

¿Se busca cómo debe lograrse la perseverancia en el trabajo? Tráigase a la memoria a Jacob, que, después de servir constante a un hombre, fué también dotado de esta virtud para que no pudiera ser vencido del ángel que se le oponía.

¿Trabajamos por vencer los atractivos de la carne? Vuelva a la memoria José, quien, solicitado por su ama, cuidó de guardar la continencia de la carne, aun con peligro de su vida; de donde resultó que, como había aprendido a regir bien sus miembros, también presidiese para regir a todo Egipto.

¿Queremos alcanzar la mansedumbre y la paciencia? Traigamos ante los ojos a Moisés, el cual, no obstante regir a seiscientos mil armados, sin contar los niños y las mujeres, se dice que fué el más manso de todos los hombres que habitaban sobre toda la tierra.

¿Ardemos en celo por la rectitud contra los vicios? Póngase ante los ojos Finees, quien, traspasando con la espada a los carnalmente unidos, volvió el pueblo a la castidad y, airado, aplacó la ira de Dios.

En nuestras dudas, ¿queremos poner la confianza en Dios omnipotente? Recordemos a Josué, que soportó confiado el dudoso combate y sin dudar llegó a la victoria.

¿Queremos corregir ya la aspereza del alma y dilatar el espíritu con la benignidad? Venga a nuestro pensamiento Samuel, quien, desechado del principado por el pueblo, cuando el mismo pueblo le pedía que orase a Dios por él, respondió diciendo (1 Reg. 12,23):

Lejos de mí este pecado contra el Señor, que yo cese de rogar por vosotros. En efecto, el santo varón creyó pecar si no pagase con la benignidad de favorecer con la oración a los que había experimentado enemigos hasta el punto de desecharle. El cual, otra vez, cuando por mandato de Dios fué enviado a ungir a David por rey, respondió (1 Reg. 16,2): *¡Cómo tengo de ir! Lo sabrá Saúl y me quitará la vida.* Y, sin embargo, como había conocido lo airado que Dios estaba con Saúl, tanto se afligió y lloró, que el Señor llegó a decirle (1 Reg. 1,1): *¡Hasta cuándo has de llorar tú a Saúl, habiéndole desechado yo!* Pensemos, pues, cuánto ardería el amor en su alma, que hasta lloraba por aquel de quien temía que le quitaría la vida.

¿Queremos evitar a quien tememos? Debemos pensar con solicitud, no sea que, si acaso hallemos ocasión, devolvamos mal por mal a aquel a quien huímos. Por tanto, vuelva al recuerdo David, que también halló ocasión de matar al rey que le perseguía, y, sin embargo, puesto en la ocasión de poder herirle, eligió el bien que debía hacer y no el mal que otro merecía, diciendo (1 Reg. 23,11): *No levantaré yo mi mano contra mi señor, por cuanto es el ungido del Señor.* Y cuando después el mismo Saúl fué muerto por sus enemigos, lloró la muerte de aquel de quien, vivo, había sido perseguido.

¿Estamos resueltos a hablar a los poderosos de este mundo que yerran? Traigamos al alma la autoridad de Juan, quien, al reprender a Herodes su mal proceder, no temió la muerte por defender la verdad; y como Cristo es la Verdad, él también dió la vida por Cristo, puesto que la dió por la verdad.

¿Estamos prontos ya a entregar nuestro cuerpo a la muerte por Dios? Venga a la memoria Pedro, que se goza en los azotes; que, apresado, resistió a los príncipes; que despreció su vida por la Vida.

Deseando morir, ¿estamos dispuestos a tener en nada todo lo adverso? Póngase ante los ojos a Pablo, que estaba dispuesto, no sólo a ser atado, sino aun a morir por Cristo, no apreciando su vida en más que a sí mismo.

¿Queremos que nuestro corazón arda en el fuego de la caridad? Meditemos las palabras de San Juan, pues todo lo que dice bulle en el ardor de la caridad.

22. Porque en cualquiera palabra de la Sagrada Escritura hallamos defensa para la virtud, nos encontramos con que *de ella penden mil escudos, arneses todos de valientes* (Cant. 4,4).

Si, pues, queremos luchar contra los espíritus malignos, busquemos armas de protección en el cuello de la Iglesia, que solamente para nosotros ha sido erigida como la torre de David; esto es, en la Sagrada Escritura, para con el conocimiento de los preceptos adquirir fuerza y ayuda contra los vicios.

¡Ea, pues, apresurémonos a hacernos fuertes contra las potestades aéreas! En esta torre hallamos la armadura de nuestra alma, para que de allí tomemos los preceptos del Creador, de allí los ejemplos de los anteriores, con los cuales nos armemos inexpugnablemente contra nuestros adversarios.

Cuando quieras, pues, alcanzar alguna virtud, allí la encuentras cumplida ya por los Padres; allí encuentras tu armadura con la cual te defiendas en las luchas espirituales.

Puesto que de ella cuelgan mil escudos, si alguno quiere pelear, tome de ellos y con esa virtud escude su pecho y lance los dardos de la palabra.

23. Y es de notar que se dice que está circundada de baluartes. Los baluartes, en verdad, hacen lo mismo que los escudos, porque unos y otros defienden al que pelea; pero entre unos y otros hay esta diferencia: que los escudos los movemos a donde queremos para nuestra defensa, mas con el baluarte podemos defendernos, pero no podemos moverle; el escudo se lleva a la mano, mas el baluarte no se le tiene. ¿Qué diferencia, pues, hay entre los baluartes y los escudos sino que en la Sagrada Escritura leemos también los milagros de los Padres precedentes y oímos el poder de sus buenas obras? En efecto, allí conocemos que el uno pudo dividir el mar, el otro parar el sol, éste resucitar al muerto, ése enderezar con su palabra al paralítico, aquél curar con su sombra a los enfermos, y el otro, sin mandarlo, preservar de la fiebre a los enfermos. Todos ellos, sin embargo, fueron mansos con la longanimidad de la paciencia y ardorosos en el celo de la rectitud, abundosos en la predicación de la divina palabra y a la vez largos en la misericordia.

De manera que sus milagros atestiguan la verdad de lo que han dicho acerca de Dios, porque, si no hablaran de El con verdad, no obrarían tales milagros mediante El; y, asimismo, sus obras atestiguan cuán piadosos fueron, cuán humildes y cuán benignos.

Por consiguiente, si somos tentados acerca de la fe, que hemos concebido de su predicación, miremos atentos los milagros de los que hablan y nos confirmaremos en la fe que de ellos hemos recibido.

¿Qué son, pues, sus milagros sino baluartes nuestros, puesto que por ellos podemos defendernos y, sin embargo, no los tenemos en nuestra mano, porque nosotros no podemos hacer tales milagros?

En cambio, el escudo está en la mano y defiende, porque la virtud de la paciencia, la virtud de la misericordia..., precediéndonos la gracia, también están en la potestad de nuestro arbitrio y protege contra el peligro de la adversidad.

De manera que nuestra torre está edificada con sus baluartes y de ella cuelgan mil escudos, porque en la Sagrada Escritura nos resguardamos del dardo del adversario bajo los milagros de los Padres y, además, tenemos en la mano los escudos de las santas costumbres.

Pero es de notar que el umbral de la puerta tiene de medida una caña, y la caña mide seis codos y un palmo; es a saber, que en la Sagrada Escritura se halla la doctrina para obrar con perfección y el principio de la contemplación sobrenatural.

Ahora, si por la puerta se entiende aquí cada uno de los predicadores, el umbral exterior en la puerta es la vida activa, y el

interior la vida contemplativa; pues por aquélla se camina en fe y por ésta se corre a la realidad; aquélla enseña cómo debe vivir exteriormente cada uno, ésta guía interiormente para que del bien vivir se llegue a los gozos eternos.

Basta por hoy con que hayamos tratado estas cosas, pues, con habernos pasado a otras, ya hemos hablado con exceso. Lo restante lo reservamos para otra lección, a fin de rehacernos con el silencio, esperando en el Verbo, que vive y reina con el Padre, en unidad del Espíritu Santo, por todos los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA IV [XVI]

(Ez. 40,9-12)

9 *Y midió el vestíbulo de la puerta, que era de ocho codos, y de dos codos su fachada; y el vestíbulo (o corredor) de la puerta estaba en la parte de adentro.* 10 *Las cámaras de la puerta de oriente eran tres a un lado y tres al otro; una misma era la medida de las tres cámaras, e igual medida tenían las fachadas de ambas partes.* 11 *Y midió la anchura del umbral de la puerta, que era de diez codos y de trece codos su altura.* 12 *Y la margen que había delante de las cámaras era de un codo, y un codo hacia toda su medida por una y otra parte.*

1. El varón cuyo aspecto era como de bronce, *midió el vestíbulo de la puerta, que era de ocho codos, y de dos codos su fachada.* Y por que no creyéramos que el vestíbulo estaba a la parte de fuera de la puerta, añade: *y el vestíbulo de la puerta estaba en la parte de adentro.*

Ahora bien, ¿qué se significa por el vestíbulo interior sino la anchura de la vida eterna, la cual, aun entre las angustias de la vida presente, ya se la concibe en esperanza, y de la cual se dice por el Salmista (Ps. 99,4): *Entrad por sus puertas cantando alabanzas; venid a sus atrios entonando himnos;* pues cuando confesamos con lágrimas nuestros pecados, entramos por la puerta angosta de la vida; mas, cuando, después de esto, somos llevados a la vida eterna, entramos por los atrios de nuestra puerta cantando himnos de alabanza, porque allí ya no habrá angustias cuando nos haya asumido la alegría de la gloria?

Refiriéndose a la angustia de nuestra confesión, dice la Verdad (Mt. 7,13): *Entrad por la puerta angosta;* y cuando el Salmista había creído recibir los gozos eternos en su anchura, decía (Ps. 30,9): *Abrid ancho camino a mis pies.*

Así que por la puerta se va al atrio; o sea, desde las angustias de la confesión se llega a la anchura de la gloria.

De manera que los gozos que en David se llaman atrios, en Ezequiel se llaman vestíbulo interior.

Por eso se dice también que este mismo vestíbulo medía ocho codos, pues allí han de ser recibidos todos los que ahora traba-

jan, ejercitándose en las obras y aspirando a los eternos gozos por la gracia de la contemplación.

2. Y no sin razón se señala en ocho codos la medida del vestíbulo; porque todo el tiempo se desenvuelve en siete días, pues el día eterno, a saber, el que siga después de pasadas las vicisitudes de estos siete días, es el octavo.

Por eso también el Salmista, considerando el día de la resurrección, ya que había de hablar del rigor del último juicio, puso delante el título, diciendo: *Para el fin, salmo de David para la octava;* y para mostrar de qué octava estaba hablando, siguió al principio del salmo refiriéndose al día del temor terrible, diciendo (Ps. 6,1): *Señor, no me reprendas en tu saña ni me corrijas en medio de tu furor;* pues ahora todos son corregidos por medio de los castigos y se les enmienda corrigiéndolos, y son corregidos con mansedumbre, no con ira; pero, en aquel riguroso examen, toda reprensión y corrección es con ira, porque ya no hay perdón tras de la corrección.

La razón de este octavo número es que después del sábado quiso el Señor resucitar de la muerte. En efecto, el día del domingo, que es el tercero de la muerte del Señor, en el orden de los días ocupa el número octavo, puesto que sigue al séptimo. Por eso la verdadera pasión de nuestro Redentor y su verdadera resurrección figuró algo de su cuerpo en los días de su pasión (o sea, que la pasión y resurrección de Cristo, cabeza de la Iglesia, figuraron lo que a su cuerpo, a su Iglesia, sucedería), pues en la feria sexta padeció, el sábado reposó en el sepulcro y el domingo resucitó de la muerte. Y así, la vida presente todavía es para nosotros la feria sexta, porque se pasa con dolores y se ve atormentada entre angustias; pero el sábado, como que descansamos en el sepulcro, porque, después de morir el cuerpo, encontramos el descanso del alma; mas ya el domingo, esto es, al tercero de la pasión, el octavo en el orden, como hemos dicho, resucitaremos de la muerte en el cuerpo, y también en el cuerpo gozaremos de la gloria del alma.

Luego lo que maravillosamente hizo en sí nuestro Redentor significó en verdad lo de nosotros, a saber, que en la feria sexta nos recibe el dolor, en el sábado el descanso y en la octava la gloria. De ahí lo que se dice por Salomón (Eccl. 11,2): *Reparte a siete y aun a ocho partes, porque no sabes tú los males que pueden sobrevenir en la tierra.* Damos, pues, siete y ocho partes a la vez cuando en los siete días disponemos las cosas que ocurren de modo que consigamos llegar a la vida eterna. De manera que, si ahora se vive con cautela, después se evita la ira del tremendo juicio venidero.

Ocho codos, pues, mide el vestíbulo interior, porque, por la luz que sigue después de los siete días, se nos descubre la amplitud de la eternidad. [3.] Pero nadie llega a ella sino quien aquí tuviere con devoción la caridad de Dios y del prójimo. Por eso se añade: *y de dos codos su fachada.*

Ahora bien, la fachada de la puerta es el mérito del bien de la presente vida; pues así como por el vestíbulo interior debe enten-

derse el descanso supremo, así por la fachada de la puerta es necesario significar la situación de la vida presente.

Mide, por tanto, dos codos la fachada de la puerta, porque por quien procura guardar aquí el amor de Dios y del prójimo llega el vestíbulo de la eternidad. Nuestra vida, por consiguiente, tiene como la medida de dos codos: debe tender cada día por la caridad al amor de Dios y a la vez al amor del prójimo; y no es caridad verdadera si tiene menos de dos codos.

Por eso Moisés, cuando por medio de los colores de los vestidos expuso las virtudes de los elegidos, en el adorno del pontífice mandó poner la grana dos veces teñida. Y ¿qué se significa por la grana sino la caridad, que siempre arde en llamas del amor?

Pero la grana se tiñe dos veces cuando nuestra caridad arde no sólo en amor de Dios, sino también del prójimo; porque quien ama a Dios de manera que abandona el cuidado de los prójimos que tiene a su cargo, todavía en él está teñida una sola vez; y quien ama al prójimo de modo que aminora el deseo con que debe aspirar a Dios, tampoco está en él dos veces teñida la grana.

Por consiguiente, debemos amor a aquellos con quienes vivimos y anhelar con todos nuestros deseos a Aquel en quien vivamos de veras.

Ved, pues, que, para confesar la fe y oír la palabra del Señor omnipotente, nosotros, los que al parecer vestimos hábito religioso, nos congregamos desde las distintas partes del mundo y con diversas iniquidades nos hemos reunido concordes en la Iglesia, de tal suerte que parece evidente que ya se ha cumplido lo que se dice por Isaías acerca de la promesa hecha a la Iglesia (Is. 11,6): *Habitará el lobo juntamente con el cordero, y el tigre estará echado junto al cabrito,* pues, debido a las entrañas de la santa caridad, el lobo habita con el cordero; porque los que fueron ladrones en el siglo descansan en paz con los humildes y mansos, y el tigre está echado junto al cabrito, porque quien fué vario en las manchas de sus pecados concuerda humilde con el que se desprecia a sí mismo y se confiesa pecador.

También se añade en el mismo lugar: *El becerro, el león y la oveja andarán juntos,* porque tanto aquel que con el corazón contrito se dispone a sacrificarse a diario por Dios, y el otro que, cual león, era feroz por su crueldad, y el otro que, cual oveja, se mantenía en la simplicidad de su inocencia, se han reunido en el aprisco de la santa Iglesia.

Ved cuál sea la caridad, que en almas de tan distinta condición se enciende, abrasa, y se manifiesta haciéndolas parecidas al oro.

Pero es menester que, por lo mismo que los elegidos se aman así, se afanen por ir a Aquel a quien merezcan ver eternamente gozosos en el cielo; pues uno solo es el Señor y Redentor nuestro, que aquí junta unánimes los corazones de sus elegidos y siempre, con deseos interiores, los estimula al amor sobrenatural.

Por eso también se añade allí: *Y un niño pequeño será su pastor.* ¿Quién es este niño pequeño sino Aquel de quien está escrito: *Nos*

ha nacido un niño, se nos ha dado un hijo? El conmina a los que habitan unidos y cada día los inflama por el deseo interno, para que no se peguen a las cosas terrenas. Y este su mismo conminar es encendernos incesantemente en su amor, para que, mutuamente, no permanezcamos con el pensamiento en este destierro, ni el descanso de esta vida nos agrade hasta el punto de hacernos olvidar la patria, ni se adormezca el alma complaciéndose con las prosperidades.

De ahí el que mezcle con sus dones los azotes, para que nos amargue todo lo de este mundo que nos deleita y se levante en el alma aquel fuego que nos anima a vivir quietamente el deseo del cielo, y que, por decirlo así, muerda agradablemente, atormente dulcemente y alegremente contriste.

Luego el Niño nos conmina, porque el que ha sido hecho poco menos que los ángeles, por el amor que nos dona no permite que nuestra alma se apegue a este mundo.

De manera que tenemos la grana dos veces teñida cuando aquí amamos al prójimo como a nosotros mismos y nos afanamos por ir al Creador de todos con aquellos a quienes amamos.

Por consiguiente, si teñimos dos veces con perfecta caridad nuestra vida, la fachada de nuestra puerta mide en nosotros dos codos.

Luego si por el nombre de puerta se significa o el doctor o la Sagrada Escritura, o bien la fe, en la medida de dos codos, sin inconveniente alguno, se significa la caridad, porque quien enseña por amor de Dios y del prójimo predica de verdad, y es verdadera ciencia la que edifica la caridad, y es fe robusta la que se ejercita en el amor de Dios y del prójimo.

Prosigue: *Y las cámaras de la puerta de Oriente eran tres a un lado y tres al otro; una misma era la medida de las tres cámaras.*

4. Ya hemos dicho antes lo que significan las cámaras y el camino de Oriente, y no creo necesario repetirlo más largamente, sino más bien debemos averiguar por qué se dice: *tres de un lado y tres de otro.*

Pues bien, las cámaras que están a la parte de Oriente son los corazones de los fervorosos en el amor de Dios; y tanto los que vivieron en el Antiguo Testamento como los que los imitaron en el Nuevo Testamento, consta sin duda, todos ellos estuvieron encendidos en el amor de la Trinidad, pues ni amarían verdaderamente a Dios si no hubieran recibido la gracia de la misma Trinidad, que es Dios.

Hay, pues, tres cámaras de un lado y tres de otro en el camino de Oriente, porque, habiéndose dignado el Señor encarnar entre los Padres antiguos y los nuevos, es como que el camino del Oriente apareció en medio de las cámaras, las cuales, para su verdadera hermosura, están adornadas del conocimiento de la Trinidad.

Ahora, si ese mismo número se refiere a las virtudes de los elegidos, tres son las virtudes sin las que no puede salvarse quien es capaz de obrar algo; a saber: fe, esperanza y caridad. Y como los Padres del Antiguo Testamento tuvieron la misma fe, esperanza

y caridad que los doctores del Nuevo, se describen tres cámaras a un lado y tres al otro lado.

5. O bien, porque, como hubo tres clases de Padres antiguos, en la ley de gracia siguieron tres clases de Padres nuevos. En efecto, el pueblo antiguo tuvo Padres antes de la Ley, Padres durante la Ley y al fin profetas; y en el pueblo nuevo, primero creyeron las primicias de los hebreos, después abrazó la fe la *plenitud de la gentilidad* (Rom. 9), y después, al fin de los tiempos, se salvarán las reliquias de los hebreos.

Luego, porque la encarnación del Señor tuvo anteriormente Padres antes de la Ley, Padres en la Ley y al fin profetas, y posteriormente reunió fieles de entre los hebreos, luego fieles de entre los gentiles y al fin las reliquias de los hebreos, por eso se dice que el camino del Oriente tiene tres cámaras a un lado y tres al otro lado.

Mas esto mismo lo podemos entender sin inconveniente, diciendo que hay tres clases de fieles; porque, así en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, una es la clase de los que predican, otra la de los continentes y otra la de los buenos casados.

De ahí que el mismo profeta, en la parte anterior, vió tres varones librados: Noé, Daniel y Job, y en los tres claramente están significados los predicadores, los continentes y los casados; porque Noé rigió el arca en medio de las aguas y, por tanto, figuró a los rectores; Daniel en el palacio del rey se entregó a la abstinencia, y por lo mismo figuró la vida de los continentes; y Job, que dignamente figura la clase de los buenos casados, agradó a Dios viviendo en el matrimonio y ocupándose en los cuidados de su propia casa. Luego, como antes de la venida del Mediador hubo predicadores, continentes y buenos casados que aguardaron el mismo advenimiento de El y con grandes deseos quisieron verle, también después, como lo estamos viendo, hay predicadores, continentes y buenos casados que deseamos contemplar a nuestro Redentor, no ya encarnado, sino en la gloria de su majestad, el camino del Oriente tiene tres cámaras a un lado y tres al otro, conforme lo canta el Salmista, que de este mismo camino, o sea, de nuestro Redentor, dice (Ps. 17,12): *Su pabellón le cubría por todas partes.*

6. Pero debemos pensar con solícita atención lo que se dice: que era igual la medida de las tres cámaras; porque ¿cómo es que tienen igual medida, estando la dignidad de los predicadores tan distante de la de los continentes y de los que callan, y distando mucho de la de los casados la dignidad de los continentes?

En efecto, los casados, aunque obren bien y deseen ver a Dios omnipotente, hállanse ocupados por los cuidados domésticos y, forzados por la necesidad, tienen el pensamiento dividido en lo uno y en lo otro; mas los continentes están alejados de las obras de este mundo, refrenan el placer de la carne hasta del lícito matrimonio, no se hallan envueltos en el cuidado de los hijos ni en los peligrosos y difíciles pensamientos de los negocios familiares; pero los predicadores no sólo se reprimen de los vicios, sino que además impiden pecar a otros, los conducen a la fe y los instruyen en el deseo del

bien vivir. ¿Cómo, pues, la medida de los unos es igual a la de los otros, cuya vida no es igual?

Pero es igual la medida de los tres, porque, aunque la diversidad de los méritos es muy distinta en ellos, sin embargo, no hay diferencia en la fe, por la cual todos caminan, puesto que la misma fe, que a éstos los mantiene firmes en las cosas mayores, conforta la debilidad de los otros en las cosas pequeñas. O bien, es igual la medida de los tres, porque en la última retribución, aunque no sea igual la dignidad de todos, sin embargo, todos tendrán la misma vida bienaventurada.

Por lo que también el mismo Señor dice por sí mismo (Io. 14,2): *En la casa de mi Padre hay muchas habitaciones;* pero, no obstante, los que a ella fueron llevados, aunque llegaron a distintas horas, recibieron un solo denario.

¿Y por qué razón corresponden las muchas habitaciones con un solo denario sino porque serán distintas, sí, las dignidades de los santos ciudadanos, pero, no obstante, tendrán la misma retribución del descanso eterno?; porque, aunque sea distinto el mérito de cada uno, no habrá diversidad de gozos; porque, aunque el uno goce más y el otro menos, a todos alegra un mismo gozo: el de ver a su Creador.

7. Esto mismo se debe entender así de los antiguos como de los nuevos Padres, porque, teniendo el camino del Oriente tres cámaras a un lado y tres al otro lado, es una misma la medida de los tres, pues la misma fe y el mismo mérito que poseen los corazones de los antiguos, esa misma llena los corazones de los que siguieron colocados bajo el Nuevo Testamento, como dice por sí San Pablo (2 Cor. 4,13): *Teniendo un mismo espíritu de fe, según está escrito* (Ps. 115,1): *Creí, por eso hablé; también nosotros creemos y por eso hablamos también.*

En efecto, aquellos Padres espirituales creyeron que Dios omnipotente es la Trinidad, así como los Padres nuevos han predicado la misma Trinidad, puesto que Isaías oyó a los ejércitos angélicos que clamaban el *Santo, Santo, Santo, Señor Dios de los ejércitos,* pues para mostrar la Trinidad se dice tres veces Santo, y para que aparezca que es una sola la substancia o naturaleza de la Trinidad se muestra que es, no Señores de los ejércitos, sino Señor de los ejércitos. Y entendiéndolo también así David, dice (Ps. 66): *Bendíganos Dios, Dios nuestro; bendíganos Dios.* El cual, después de haber dicho tres veces *Dios,* para manifestar que es uno solo, añadió: *Y sea temido en todos los términos de la tierra.* También San Pablo habla, diciendo (Rom. 11,36): *Porque todas las cosas son de El, y todas son para El, y todas existen en El;* a saber: de El o del Padre, por El, esto es, por el Hijo, y en El, es decir, en el Espíritu Santo. Y después de haber dicho tres veces *El,* agregó: *A El sea la gloria por siempre jamás. Amén.* Quien, pues, no dijo *a ellos,* sino *a El,* después de haber dicho tres veces *El,* distinguió las personas, y, añadiendo *a El la gloria,* no separó la substancia.

De manera que, como una misma es la fe de los Padres antiguos y de los nuevos, rectamente se dice que era una misma la medida de las tres cámaras. Lo cual se repite con otras palabras, cuando se añade: *E igual medida tenían las fachadas de ambas partes.* [8.] Es, pues, igual la medida de las fachadas de ambas partes, porque nuestros Padres, así los que pertenecen al Antiguo Testamento como los del Nuevo, concuerdan en una misma fe del Mediador; los cuales, por lo mismo que están llenos de caridad, doman su carne con la abstinencia, iluminan con la luz de la predicación los corazones de los oyentes, obran milagros y practican las virtudes, por eso de que sus bondades se nos muestran al exterior, no sin razón son llamados fachadas de este edificio espiritual, pues todo lo que ahora se muestra al descubierto es fachada, como es vestíbulo del edificio lo que se nos oculta en el interior.

Por eso a la santa Iglesia se le dice en el Cantar de los Cantares (6,6): *Como un trozo de granada son tus mejillas, aun lo que tienes encubierto.* Efectivamente, las mejillas de la santa Iglesia son los Padres espirituales, quienes ahora brillan por sus milagros y aparecen venerables como en su rostro; pues, cuando vemos a muchos obrar maravillas, profetizar lo futuro, renunciar totalmente al mundo, arder en deseos celestiales, las mejillas se enrojecen como un trozo de granada.

Pero ¿qué es todo esto que admiramos en comparación de aquello de lo que está escrito (Is. 64,4 y 1 Cor. 2,9): *Ni ojo vió, ni oído oyó, ni pasó por pensamiento humano cuáles cosas tiene Dios preparadas para aquellos que le aman.*

Con razón, pues, se añade, después de admirar las mejillas de la Iglesia: *Aun lo que tienes encubierto.* Como si claramente se dijera: Cosa grande es, sí, lo que en ti no está oculto, pero son mucho más estimables las cosas que están ocultas.

Prosigue: *Y midió la anchura del umbral de la puerta, que era de diez codos, y de trece codos su altura.*

9. Ya hemos hablado más arriba mucho acerca de la significación de la puerta; pero debemos recordar algo por lo cual la prudencia del lector pueda comprender también lo demás.

En efecto, se ha dicho que por la puerta puede significarse la Sagrada Escritura; pero ahora debemos esforzarnos en aclarar esto: ¿Por qué la anchura del umbral de la puerta mide diez codos y su largura trece? Mas, en este lugar, la altura de la puerta se llama longitud, al modo que nosotros decimos que es largo de estatura quien vemos que es alto, puesto que la longitud de la puerta no puede decirse de su través o anchura, cuya medida se ha dicho que es de diez codos.

Por tanto, ¿qué fué la latitud o anchura del umbral de la puerta sino la ley del Antiguo Testamento? Y su longitud, ¿qué fué sino la gracia del Testamento Nuevo? Es a saber: Porque, ciertamente, cuando la Sagrada Escritura reprimió por el Antiguo Testamento las obras criminosas y mandó dar las décimas, fué como que, por los mandatos mínimos, quedó yaciendo en la latitud del umbral;

mas, cuando por el Nuevo Testamento reprimió los malos pensamientos, mandó dejarlo todo, hasta la misma vida del cuerpo, por Dios y despreciarlo con el presente siglo, fué como que nuestra puerta se levantó a gran altura.

Es verdad; al pueblo israelítico se le dieron, por medio de la Ley, los preceptos menores; por eso Moisés habló al pueblo en el campo; pero el Señor dió preceptos más elevados a los apóstoles; por eso también los intimó en el monte con los mandamientos de vida.

En verdad, cuando nuestro Señor dice por el Evangelio (Mt. 5,17): *No penséis que yo he venido a destruir la doctrina de la Ley y los Profetas; no los he venido a destruir, sino a darles su cumplimiento*, había venido, pues, a cumplir la Ley El que añadió la gracia a la justicia de la Ley; de manera que lo que aquélla mandaba en lo mínimo, El ayudaba a perfeccionarlo en lo sumo, y lo que aquélla coartaba en las obras, El lo arrancaba hasta del corazón.

Queda entendido, por consiguiente, que la Ley, que yacía en la anchura, se levantó en la altura, pues el mismo conocimiento de Dios que en aquélla tuvieron los Padres espirituales no le tuvo todo el pueblo hebreo, porque, cuando los profetas predicaban, el pueblo desconocía a Dios omnipotente, es decir, a la Santa Trinidad; sólo creía en el Decálogo, desconociendo la Ley de la Trinidad.

Mídase, pues, la anchura del umbral de la puerta en diez codos, porque aquel pueblo duro, ignorando lo sutil de la fe, servía a los mandatos del Decálogo.

Mídase, pues, la altura de la puerta en trece codos, porque, por el Nuevo Testamento, en el corazón del pueblo fiel, sobre los mandamientos del Decálogo—el cual observa mejor—, se aumentó el conocimiento de la Trinidad, y, al cumplir con perfección los mandamientos de la Ley, creyó que la Trinidad es Dios omnipotente.

10. También puede preguntarse aquí con razón: ¿Por qué esta anchura del umbral de la puerta, que arriba se había dicho que se medía con una caña, después se ha añadido que medía diez codos y luego se agrega que la altura de la puerta medía trece codos? Porque, como muchas veces se ha dicho, una caña tiene seis codos y un palmo; pero diez codos ya es medida superior a la de una caña, y trece codos, más que los diez. ¿Cómo es, pues, que el umbral de la puerta mide primero una caña, después su umbral mide diez codos y, al fin, la altura de la puerta mide trece codos, sino porque los santos Padres, que, por la santa Escritura, sabemos que fueron antes de la Ley, supieron que había un Dios omnipotente, o sea la Santa Trinidad; pero no predicaron claramente la Santa Trinidad que ellos conocieron. Los cuales, obedientes a sus mandatos, y conservando limpia su vida, fué como tener en los seis codos de la caña la perfección de las obras, y, viendo con frecuencia a los ángeles, tuvieron el palmo de la contemplación. Pero, una vez dada la Ley, aquel pueblo rudo de los hebreos se afanó en cumplir los preceptos del Decálogo, pero, sin embargo, no se instruyó en el conocimiento de la Santa Trinidad, y aunque los Padres espirituales la hubieren

conocido perfectamente, la multitud de la Sinagoga no pudo descubrir el misterio de la Trinidad, ni siquiera buscarle.

11. En cambio, una vez venida la gracia por el Nuevo Testamento, todo el pueblo fiel conoció que Dios omnipotente era la Trinidad, y con tal conocimiento completó todo el alcance del Decálogo.

Así que mídase primero con una sola caña el umbral de la puerta, luego su anchura con diez codos y, por último, con trece codos la altura de la puerta; porque, antes de la Ley, ni los santos Padres tuvieron la vida activa ni la contemplativa; y bajo la ley del Decálogo, el pueblo, desconociendo el misterio de la naturaleza divina, sirvió en la anchura de los mandamientos; y ahora, bajo la gracia completados con mayor perfección los preceptos del Decálogo, todo el que viniere a la fe conoce los misterios de la Trinidad.

12. En lo cual debemos saber, además, que, adelantando los tiempos, creció también la ciencia de los Padres espirituales; pues en la ciencia de Dios omnipotente, Moisés fué más instruído que Abrahán, y los profetas más que Moisés, y los apóstoles más que los profetas.

Me engaño, si la misma Escritura no dice esto (Dan. 12,4): *Muchos la recorrerán y sacarán mucha doctrina.*

Pero esto mismo que hemos dicho de Abrahán, de Moisés, de los profetas y de los apóstoles, lo demostraremos, si nos es posible, con palabras de la misma Escritura.

¿Quién, pues, no sabe que Abrahán habló con Dios?; y, sin embargo, el Señor dice a Moisés (Ex. 6,2): *Yo soy el Dios que me aparecí a Abrahán, a Isaac y a Jacob, como Dios todopoderoso, pero no les revelé mi nombre Adonai.* He ahí que a Moisés había descubierto más que a Abrahán, puesto que indica a Moisés que a él refería de sí lo que no había descubierto a Abrahán.

Y veamos si los profetas pudieron alcanzar mayor conocimiento que Moisés acerca de la naturaleza divina. En efecto, el Salmista dice (Ps. 118,97): *¡Cuán amable me es tu ley, oh Señor! Todo el día es materia de mi meditación;* y añade (v.99): *He comprendido más que todos mis maestros, porque tus mandatos son mi meditación;* y de nuevo: *He entendido más que los ancianos.* Luego quien refiere que él medita la Ley y atestigua haberla entendido mejor que todos sus maestros y que los ancianos, declara que había recibido mayor ciencia divina que Moisés.

¿Y de qué modo demostraremos ahora que los apóstoles fueron más instruídos que los profetas? Por cierto que la Verdad dice (Lc. 10): *Muchos reyes y profetas ansiaron ver lo que vosotros veis y oír lo que vosotros oís, y no lo lograron.* Luego habían conocido de la divina ciencia más que los profetas, porque lo que éstos vieron sólo en espíritu, ellos ya lo veían corporalmente.

Está, pues, cumplida ya la sentencia de Daniel que dijimos antes: que muchos la recorrerán y sacarán mucha doctrina.

Luego la medida de la caña, que es de seis codos y un palmo extiéndase a diez codos; y la medida de diez codos elévese, al fin

a trece codos; porque cuanto más se acerca el mundo a su fin, tanto más largamente se nos descubre la entrada a la ciencia eterna.

Sigue: *Y la margen que había delante de las cámaras era de un codo.*

13. Según hemos dicho repetidas veces, las cámaras son los corazones de los elegidos, fervorosos en el amor de Dios.

¿Qué se significa por la margen que hay delante de las cámaras sino la fe? Porque, si primero no se tiene fe, de ningún modo se llega al amor espiritual, pues no es la caridad la que precede a la fe, sino la fe a la caridad, puesto que nadie puede amar lo que no creyere. De manera que la margen delante de las cámaras es la fe delante del ardor de la caridad, porque, como se ha dicho, si no creyeres lo que oyes, no podrás en modo alguno encenderte en el amor de las cosas que oyes.

Pero la margen delante de las cámaras es de un codo, porque entonces la fe junta en el amor los corazones de los oyentes, cuando no están divididos por los errores ni por el cisma, sino que permanecen en la caridad. Es decir: para que la margen de un codo lleve el ánimo del oyente a la cámara; porque el espíritu celeste que aquí predica en figura, después le muestra en los cielos.

14. Por eso también se añade rectamente: *Y un codo hacia toda su medida por una y otra parte.* Se dice: *por una y otra parte,* como si dijera: del uno y del otro.

En efecto, por la anchura del umbral y por la altura de la puerta hemos dicho que se designan el Antiguo y el Nuevo Testamento; pero al fin se añade que un codo es el límite de cada uno, a saber, porque el Antiguo Testamento nos anunció un Mediador entre Dios y los hombres, y el Nuevo Testamento nos anuncia que ese mismo, a quien ya conocemos encarnado por nosotros, vendrá en la eterna claridad.

Luego es un codo la medida de cada uno, porque Aquel a quien la Ley anunció apareció en la carne, y el mismo de quien ahora habla el Nuevo Testamento aparecerá en la majestad de la gloria; y entonces será el fin del uno y del otro, cuando, visto en el poder de su divinidad, completará todo lo que se ha anunciado; pues escrito está (Rom. 10,4): *El fin de la Ley es Cristo, para justificar a todos los que creen en El.* Esto es, el fin, mas no el que acaba, sino el que perfecciona; pues entonces perfeccionó a la Ley cuando apareció encarnado, según habíalo predicho la Ley.

15. Pero todavía el Nuevo Testamento nos predica algo más de El, todavía narra de su reino muchas cosas que no vemos cumplidas aún.

Vedlo; todos los días se lee el Evangelio y se predican cosas que han de venir; luego, cuando ya se haya cumplido lo que también anunció de sí, entonces será el fin del Nuevo Testamento; pero tendrá fin el Nuevo Testamento porque se completará, porque, cuando Aquel de quien habla se diere a ver, concluirán las palabras del Nuevo Testamento.

De ahí que también a la Iglesia, que espera el día de la verdadera luz como a la primavera, se le dice por boca del Esposo (Cant. 2,10-

12): *Levántate, apresúrate, amiga mía, paloma mía, hermosa mía, y ven, pues pasó ya el invierno, disipáronse y cesaron las lluvias; despuntan las flores en nuestra tierra.* Pues, para el Esposo celestial, tanto la santa Iglesia como cada alma elegida es amiga por el amor, paloma por el espíritu y hermosa por la belleza de las costumbres. Y cuando ya es sacada de la corrupción de la carne, sin duda ha pasado para ella el invierno, porque se alejó el frío de la vida presente.

También el invierno se va y vuelve, porque, cuando es llevada a contemplar a Dios omnipotente en su substancia, ya no serán necesarias las gotas de las palabras para que se difunda la lluvia de la predicación, puesto que verá más ampliamente lo poco que pudo oír.

Entonces aparecen las flores en nuestra tierra, porque, cuando el alma comenzare a saborear cierta suavidad de la bienaventurada vida eterna, ya se halla como envuelta en el perfume de las flores, lo cual, después que saliere, se le trocará en fruto más abundante.

Por eso también se dice allí: *Ha llegado el tiempo de la poda.*

En efecto, al tiempo de la poda se cortan los sarmientos estériles, para que los que prevalecen o están sanos den fruto más abundante.

De modo que el tiempo de nuestra poda viene cuando dejamos la infructuosa y dañina corrupción de nuestra carne, para poder lograr el fruto del alma, pues el fruto será para nosotros ubérrimo: la visión de un codo.

Luego uno es el fin o la medida de ambas márgenes, porque uno es el que ha dicho (Ps. 140,10): *Yo solo hasta que pase.* El cual solo con el Padre y el Espíritu Santo preside en el cielo, como el pájaro solitario en el edificio.

Así como cumplió la Ley por el misterio de su encarnación y de su perfecta humanidad, así cumplirá las promesas del Nuevo Testamento, manifestando la gloria de su claridad.

16. La medida del arca nos habla también de este solo codo; pues el arca, que se mandó hacer con trescientos codos de larga, sesenta de ancha y treinta de alta, se termina en un solo codo. Y ¿qué se designa por el arca sino la santa Iglesia, que en la parte inferior es amplia y en la superior se angosta?; puesto que desde trescientos codos y sesenta y treinta se reduce en uno, porque desde aquella latitud que la santa Iglesia tiene en sus miembros flacos, poco a poco vase angostando hasta llegar en lo alto a un solo codo. Pues la misma razón exige que creamos que en aquella latitud del arca estuvieron todas las bestias, todos los cuadrúpedos y reptiles en las partes inferiores, y en las partes superiores, por el contrario, los hombres y las aves, así como en la parte superior, a un lado, estuvo la ventana por la cual despachó el hombre al cuervo y a la paloma para conocer si había cesado ya el agua del diluvio.

Y como esta misma arca remató en un codo, el hombre y las aves estuvieron cerca del un codo.

De manera que por el arca rectamente se significó la Iglesia universal, que todavía es amplia en sus muchos carnales y angosta

en los pocos espirituales, y como esta arca la recoge un solo hombre que está sin pecado, como que se termina en un solo codo.

17. Ahora bien, dentro del seno de la Iglesia vemos a muchos erguidos en la soberbia, disolutos en el placer de la carne, ansiosos por adquirir cosas de la tierra, cruzar los mares impulsados por la avaricia, dominados por la ira, procurar pleitos a los prójimos, dañar a los que prevalecen; pero como la Iglesia los tolera todavía para que se conviertan, moran como en la parte baja, donde las bestias, en la latitud del arca.

Vemos a otros que ya no procuran lo ajeno, soportan ecuánimes la injuria inferida, contentos con lo que tienen, y que viven humildemente; pero, como éstos ya son pocos, el arca se angosta.

Y vemos a algunos hasta dejar lo que poseen, no cuidarse de cosa alguna de la tierra, amar a los enemigos, privar su carne de todo placer, someter todos sus movimientos al dictamen de la razón y soportar trabajos por el deseo de la celeste contemplación; pero, como estos tales son harto raros, en el arca son colocados cerca del codo, donde están contenidos los hombres y las aves.

Véase, no obstante, si entre ellos hay alguno que esté sin pecado, y no se halla uno solo; porque ¿quién está sin pecado sino sólo Aquel que no fué concebido en pecado? Luego el arca se termina en un solo codo, porque uno solo hay sin pecado, el Autor y Redentor de la santa Iglesia, al cual y por el cual van acercándose los que se han reconocido pecadores.

Dígase, pues, del umbral y de la puerta: *Y la medida de ambas era de un solo codo;* porque, cuando el único Mediador entre Dios y los hombres, Cristo Jesús, aparezca en su majestad, completará todo lo predicho y prometido en uno y otro Testamento.

18. Pero, aunque en este lugar no hace mención de ambos, margen y cámaras, tampoco se opone a esta sentencia, porque, cuando se nos manifieste la majestad de nuestro Redentor, concluirá la fe, cuando ya el hombre comenzare a ver lo que creyó; llegarán a su término las cámaras, porque los corazones de los fieles se perfeccionarán en el amor de El incomparablemente mucho más que lo que ahora están.

Luego un codo será el remate de ambos, porque la visión de un solo Señor y Salvador pone fin a la fe y perfecciona la caridad en sus elegidos.

19. Pláceme considerar quiénes somos nosotros, los que tratamos estas cosas. Por cierto que procedemos de la gentilidad; cierto que nuestros padres fueron adoradores de leños y de piedras. ¿De dónde, pues, a nosotros esto, que hasta hoy desconocen los hebreos, y tratamos de penetrar estos tan profundos misterios del profeta Ezequiel?

Demos, pues, gracias al único que puso por obra todo cuanto de El está escrito en las Santas Escrituras, a fin de que a los que no entendían lo que oían se les descubriera lo que veían.

En efecto, allí están contenidas su encarnación, allí su pasión, allí su resurrección, allí su ascensión. Pero ¿quién de nosotros,

oyendo esto, lo creería si no supiera que se ha cumplido? Mas el libro sellado que, como se lee en el Apocalipsis de San Juan (v.5), *nadie podía abrir ni leer*, lo abrió el León de la tribu de Judá, porque en su pasión y resurrección nos hizo patentes todos sus misterios, y en cuanto por nosotros soportó todos los males de nuestra debilidad, nos mostró los bienes de su poder y de su majestad, [20.] pues El se hizo carne para que nosotros fuéramos espirituales, El se inclinó benigno para levantarnos, salió para introducirnos, apareció visible para mostrarnos lo invisible, aguantó los azotes para sanarnos, aguantó los oprobios y las burlas para librarnos del oprobio eterno, murió, en fin, para darnos vida.

Demos, pues, gracias al vivificador y muerto, tanto más vivificador por lo mismo que fué muerto. Por lo que Isaías, contemplando bien nuestra salud y la muerte de El, dice (Is. 28,21): *Para ejecutar su obra, una obra que es ajena de El; para hacer su obra, una obra que es extraña de El;* pues la obra de Dios es recoger las almas que El creó y llevarlas a los gozos de la luz eterna; pero ser flagelado y escupido, crucificado, muerto y sepultado, esto no es obra de Dios en su naturaleza, sino obra del hombre pecador, que todo esto mereció por el pecado (1 Petr. 2,24). Pero El es el que llevó nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero de la cruz, y quien, en su naturaleza, antes siempre inaprehensible, se dejó aprehender y azotar en la naturaleza nuestra. Si no hubiera tomado lo que era propio de nuestra debilidad, tampoco nos habría llevado a la fortaleza de su poder.

¿De dónde, pues, el que haga su obra? Ajena a El es su obra, y para hacer su obra, obra que es extraña a El; esto es, Dios hecho carne, para recogernos en su justicia, se dignó ser flagelado, como hombre pecador, por nosotros. E hizo la obra ajena para hacer su obra, porque, por lo mismo que enfermando soportó nuestros males, a nosotros, que somos criaturas suyas, nos condujo a la gloria de su fortaleza, en la cual vive y reina con el Padre, en unidad del Espíritu Santo, por todos los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA V [XVII]

(Ez. 40,12-15)

12 *Y las cámaras tenían seis codos de ambos lados.* 13 *Y midió la puerta desde el techo de una cámara hasta el techo de la puerta, y tenía veinticinco codos de anchura; la puerta de una estaba frente a la otra.* 14 *E hizo* (midió) *las fachadas de sesenta codos; y a la fachada hizo el atrio de la puerta por todo alrededor.* 15 *Y desde la fachada de la puerta hasta la fachada interior de la otra puerta del atrio había cincuenta codos,* 16 *y ventanas oblicuas en las cámaras y en las fachadas que estaban dentro de la puerta por todas partes alrededor; había también en los zaguanes ventanas alrededor por la parte de dentro, y delante de las fachadas había figuras de palmas.*

1. El profeta, después de haber mencionado antes las cámaras, añade que las cámaras tenían seis codos de ambos lados. En lo cual se nos origina una gran cuestión: ¿Por qué dijo arriba que medían una caña, que dijo tener seis codos y un palmo, y más abajo dice que las cámaras medían seis codos? Pues, si no miden una caña, sino seis codos, falta un palmo, que arriba se decía haber en la medida de la caña.

Pero si las cámaras son los sentidos y pensamientos de los fieles, en los que las almas castas se unen en el amor de su Creador, y por los seis codos se expresa el obrar con perfección, y por el palmo la contemplación incoada, debemos mirar a los miembros de la santa Iglesia universal, y en seguida hallamos que en ella hay cámaras que miden una caña y hay otras que sólo miden seis codos; porque en ella hay algunos fieles que aman a Dios omnipotente de tal modo, que son perfectos en la vida activa y absortos en la contemplación; éstos ciertamente miden una caña, porque tienen los seis codos de la vida activa y el palmo de la contemplación. Pero hay otros que también aman a Dios omnipotente y son perfectos en el bien obrar, mas no saben con inteligencia más sutil contemplar sus grandezas; aman, sí, pero no saben investigar los gozos de su claridad; éstos tienen también seis codos, mas no tienen el palmo, porque por el amor ya le están unidos, pero por lo que respecta a la contemplación le están separados.

Ahora bien, después de esta mención se refiere que las cámaras están de un lado y de otro, porque es de saber que las almas fieles, así del pueblo judío como de la gentilidad, se unieron en el amor de nuestro Creador y Redentor.

Por eso, cuando nuestro mismo Redentor se dirigía a Jerusalén montado en el asnillo, como lo atestigua el Evangelio (Mt. 21,8), *muchos tendían por el camino sus vestidos, otros cortaban ramos de los árboles y los tendían por el camino; y tanto los que iban delante como los que venían detrás clamaban diciendo: ¡Hosanna al hijo de David! ¡Bendito sea el que viene en nombre del Señor!*

2. Es que nuestro Salvador, montado en el asnillo, se dirige a Jerusalén cuando un alma fiel, rigiendo, por así decirlo, su asnillo, se encamina a la visión de la paz interior.

También monta en el jumento cuando preside toda la Iglesia universal y la inflama en el deseo de la paz eterna.

Y muchos tienden sus vestidos por el camino, porque doman con la abstinencia sus cuerpos para prepararle el camino hasta el alma y dar a los sucesores buenos ejemplos.

Y otros cortan ramos de los árboles y los derraman por el camino, porque en la enseñanza de la verdad toman las mismas palabras y sentencias que pronunciaron los Padres, y las tienden, mediante la humilde predicación, en el camino del Señor, llegándose al ánimo del oyente. Cosa que también hacemos ahora nosotros, aunque indignos; porque, cuando en nuestra exhortación nos valemos de las sentencias de los Padres, cortamos ramos de los árboles y los derramamos en el camino del Señor omnipotente.

Pero los que iban delante y los que seguían detrás clamaban: *Hosanna*. Precedió, en efecto, el pueblo judío, siguió el gentil; y porque todos los elegidos, así los que pudo haber en la Judea como los que ahora hay en la Iglesia, creyeron y creen en el Mediador entre Dios y los hombres, los que iban delante y los que seguían detrás clamaban: *Hosanna*. *Hosanna* en lengua latina, *salud* decimos nosotros. De El mismo esperan la salud los primeros, y la esperan los presentes, y le pregonan: *Bendito el que viene en nombre del Señor*, porque una misma y sola fe y esperanza es la de los pueblos precedentes y la de los que siguen, pues así como los pecados de aquéllos son perdonados en virtud de la pasión y resurrección de El, así nosotros somos salvos en virtud de su pasión pasada y de su resurrección permanente por los siglos. Al mismo, pues, a quien nuestros mayores del pueblo judío creyeron y amaron futuro, ese mismo creemos nosotros que ya ha venido y le amamos y ardemos en deseos de El hasta que le veamos cara a cara.

Por consiguiente, seis cámaras hay de un lado y de otro; porque comprenden los corazones de los que en la primera parte del siglo y en la última abrazan su fe.

Sigue: *Y midió la puerta desde el techo de una cámara hasta el techo de la puerta, y tenía veinticinco codos de anchura.*

3. Ya hemos dicho repetidas veces que la puerta puede significar la fe, y, por esta fe, al mismo Señor y Redentor nuestro, el Mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo; porque, creyendo en El, queda abierta la puerta a la fe. Pero también, no sin razón, tomamos la puerta por la Sagrada Escritura, que en el conocimiento de nuestro Redentor nos descubre esa misma fe, porque, conocida como es debido, penetramos al conocimiento de las cosas visibles.

Ahora, si en este lugar, según hemos dicho antes, por la puerta se entiende la Sagrada Escritura, hay que averiguar qué es lo que se designa por el techo de la cámara y qué por el techo de la puerta.

Pues bien, la cámara tiene techo, porque el alma de los que aman está cubierta, y así está oculto el fervor del amor: y la puerta tiene techo, porque toda la Escritura ha sido, en verdad, escrita para nosotros, pero no la entendemos toda; [4.] hay, sí, en ella muchas cosas tan claras que sirven de pasto a los pequeñuelos; pero hay otras sentencias más oscuras que sirven para que se ejerciten los fuertes, puesto que se hacen más agradables cuando con el esfuerzo se llegan a entender; y hay otras completamente cerradas, a fin de que, al no entenderlas, conocedores de la flaqueza de nuestra ceguera, adelantemos en humildad más que en conocimiento. Sí; hay en ella ciertas cosas que hablan de lo celestial de tal modo que sólo están patentes a los celestes moradores en su patria y que, entre tanto, no están descubiertas para nosotros, que peregrinamos. Es como cuando uno se encamina a una ciudad desconocida y en el camino oye muchas cosas de ella; algunas las colige por la razón, pero otras, como todavía no las ve, de ningún modo llega a entenderlas; en cambio, los ciudadanos que en ella están ven

hasta las cosas que se callan y entienden las que de ella se dicen. Así nosotros, ahora estamos todavía en el camino, oímos muchas cosas de aquella patria celestial, y unas ya las entendemos por el espíritu y por la razón, pero otras las veneramos sin entenderlas.

Por eso de la misma Sagrada Escritura está escrito (Ps. 103, 2 y 3): *Extendiste los cielos como una piel y cubriste de aguas la parte superior de ellos.* En efecto, el cielo está extendido como una piel, porque la Sagrada Escritura se nos despliega, exponiéndola por labios de los mortales; pero hay aguas en los cielos, esto es, las muchedumbres superiores, o sea, los ejércitos de los ángeles, con los cuales está cubierta la parte superior de los cielos. Que es decir que las cosas más altas y más oscuras que hay en la Sagrada Escritura sólo están patentes a los espíritus angélicos y permanecen desconocidas aún para nosotros.

Luego la cámara tiene techo porque el prójimo ignora todavía cuánto es amado por el prójimo.

También la puerta, esto es, la Sagrada Escritura, tiene techo, porque no podemos aún penetrar con el entendimiento todo lo que oímos acerca de las cosas celestiales.

5. Resta, por consiguiente, que caminemos por las que entendemos, adelantando cada día en la caridad; y, aunque todavía no vean nuestros prójimos en nosotros cuánto los amamos y nosotros veneremos con humildad lo que no entendemos todavía en la Sagrada Escritura, sin embargo, en aquello que ya alcanza nuestro entendimiento debemos dilatarnos, obrando el bien.

Pues bien, estamos dotados de cinco sentidos corporales, a saber: el de la vista, el del gusto, el del olfato, el del oído y el del tacto; este número de cinco, multiplicado por sí mismo, llega hasta el número veinticinco. Ahora bien, sin estos cinco sentidos corporales no podemos cumplir exteriormente los preceptos celestiales; el alma, como juez, los preside interiormente en sus oficios y sabe qué es lo que exteriormente puede hacer justa o misericordiosamente, según que abandonen o cumplan sus oficios.

Por tanto, cuando el alma se llena del temor de Dios omnipotente, es necesario que nuestros cinco sentidos nos sirvan para obrar el bien, como obligados a ello; y cuando por ellos comenzáremos a obrar misericordiosamente, cada día se descubre más la misma misericordia y se dilata, como si fuera un seno de bien obrar.

De manera que los cinco sentidos se multiplican por sí mismos cuando lo que por ellos se hace se multiplica mediante el progreso diario en el bien obrar. Y por eso se dice que la anchura es de veinticinco codos.

En cambio, el temor, la dureza y la desidia son angostura. Y así, todo el que teme dar de comer al hambriento por miedo de que falte para él, está en la angostura del temor; y el que no cubre al que está yerto de frío porque sólo quiere él ir cubierto, se ve todavía coartado por la angostura de su tenacidad; quien no hace el bien porque se entorpece con la pereza del espíritu, su entorpecimiento es angostura para él.

Por consiguiente, grande anchura de alma es atender al pobre, escuchar sus ruegos, darle el estipendio, prestarle defensa y no temer enemistarse con cualquier adversario por la defensa del pobre.

6. Mídase, pues, en veinticinco codos la anchura que media entre la cámara y la puerta, porque en la obra exterior de los sentidos se prueba y se conoce la anchura de la bondad que hay en el interior; pues qué es lo que hayas aprendido ya de la Sagrada Escritura y cuánto ames silenciosamente al prójimo, lo muestras en la anchura de tu buena obra.

Así que véase clara en veinticinco codos la anchura entre la cámara y la puerta, para que entre la caridad y la ciencia sirva de testigo la obra; la cual si faltara, cierto es, sin género alguno de duda, que tú ni has conocido a Dios ni amas al prójimo, esto es, que no tienes ni la puerta de la Sagrada Escritura ni la cámara del amor.

Y es de notar que se dice haber medido desde el techo de la cámara hasta el techo de la puerta. Porque nuestra pequeñez queda probada por las cosas que para nosotros están encubiertas en la Sagrada Escritura y porque lo que en ella no entendemos deber nuestro, es no el conocerlas soberbiamente, sino el venerarlas con humildad.

Por eso también del Señor está escrito (Ps. 10,6): *Sus párpados están examinando a los hijos de los hombres.* En efecto, sus párpados están examinando cuando nos descubre unas cosas y oculta otras; descubriendo, examina si nos engreímos de entenderlas, y ocultando, examina si no despreciamos lo que no podemos entender.

Ahora, por lo que de nuestro amor al prójimo callamos es por lo que estamos mejor aprobados en la presencia de Dios omnipotente; pues fingida es la caridad que hay en los labios de algunos y verdadera la que hay en los corazones de otros; y por lo que hace a la caridad, frecuentemente se ostenta por tal lo que no lo es; pero lo que lo es se prueba, porque nuestro amor al prójimo, mejor que la lengua, lo pregona la buena obra. De manera que en nuestra buena obra vea el prójimo que le amamos, y cuando no podamos hacer tanto como queremos, basten ante Dios omnipotente los ocultos deseos de nuestro amor.

Luego desde el techo de la cámara hasta el techo de la puerta haya grande anchura, para que desde lo oculto de nuestra caridad para el prójimo hasta la humildad de la ciencia obremos siempre el bien por Dios y en cuanto entendemos y podemos.

7. Puede entenderse también por la puerta la misma entrada ya al reino de los cielos. Y así, la cámara tiene techo y la puerta tiene también techo, porque ni se sabe ahora cuánto sea nuestro amor para con Dios y para con el prójimo, ni sabemos tampoco cuándo seremos introducidos de esta vida al descanso de la vida eterna, ya que nuestro Creador ha querido que nos sea desconocido el día de nuestra muerte, a fin de que, como siempre se ignora, siempre se le crea próximo y se viva con tanto más fervor cuanto más incierto se está de ser llamado.

Por eso la anchura de la cámara a la puerta se extiende hasta veinticinco codos, porque debemos multiplicar e incrementar y practicar todo cuanto nos es posible, hasta nuestra entrada en el reino, el amor que hemos comenzado a tener a Dios y al prójimo a la vez.

Asimismo, desde el techo de la cámara hasta el techo de la puerta hay grande anchura, porque desde la gracia, por la que empezamos a amar a Dios, hasta el amor al mismo, que ya nos abre la morada del reino celestial, debemos dilatarnos en practicar muchas obras buenas, sufrir pacientemente las adversidades, repartir con gusto los buenos oficios de la caridad, amar a los mismos que nos hacen sufrir, dar de lo que tenemos, no codiciar lo ajeno, amar a los prójimos como a nosotros mismos, alegrarnos de su bien como si fuera nuestro y llorar como nuestros los males suyos. En un alma así, en la que no hay las angosturas del odio, hay grandes anchuras. Anchuras, por cierto, que concebimos del amor a Dios y al prójimo en cuanto lo conocemos por los santos mandamientos.

Y esas mismas anchuras de los veinticinco codos también las entendemos sin inconveniente si las queremos aclarar conforme a la Sagrada Escritura. En efecto, había dicho que las cámaras medían seis codos, que en el sexto día había sido formado el hombre; y se refiere que en ese mismo día el Señor completó sus obras; y por eso suele considerarse el número seis por símbolo de la perfección. Y, como por los cuatro libros del santo Evangelio conocemos todas las acciones buenas, si multiplicamos seis por cuatro, llegamos hasta veinticuatro, al cual se añade la unidad porque en un solo Dios obramos todos siempre. Luego esta anchura debió extenderse en veinticinco codos, porque toda buena obra se conoce, como hemos dicho, por los cuatro libros del santo Evangelio y se completa en el conocimiento y confesión de un solo Dios.

Prosigue: *La puerta de una estaba enfrente a la de la otra.*

8. Aquí este *enfrente* no significa estar en contra, sino en línea recta. Está, pues, una puerta enfrente de otra porque se va en línea recta desde la entrada exterior a la interior.

Ahora bien, en el conocimiento de Dios omnipotente, la primera puerta para nosotros es la fe, y la segunda el rostro de El, al cual llegamos caminando por la fe. En esta vida, pues, entramos en la fe para llegar después a su rostro. Luego una puerta está enfrente de la otra porque por el acceso de la fe se abre el acceso a la visión de Dios.

Pero, si alguno no quisiera entender estas dos puertas en esta vida, tampoco ello se opone a una saludable inteligencia; porque muchas veces queremos contemplar la naturaleza invisible de Dios omnipotente, mas no podemos; y el alma, fatigada por estas dificultades, vuelve a sí misma, y allí hace de sí misma gradas de ascensión, de manera que primero se contempla a sí misma, si puede, y luego investiga, en cuanto le sea posible, aquella naturaleza que está sobre ella misma. Ahora que nuestra mente, mientras estuviere di-

sipada en las imágenes carnales, jamás será capaz de contemplarse a sí o a la naturaleza del alma, porque la ciegan tantos obstáculos cuantos son los pensamientos que la traen y la llevan.

9. Por tanto, la primera grada es recogerse en sí misma; la segunda, que vea cuál es, recogida; la tercera, que se sobreponga a sí misma y sujete, atenta a la contemplación de su Creador invisible.

Pero de ningún modo se recoge a sí misma si antes no aprendiere a ocultar de la vista del alma los fantasmas de las imágenes terrenas y celestiales y a desechar y pasar por alto cuanto a su mente ocurriera de lo que se ve y se oye, de lo que se huele, de lo que se toca y de lo que se gusta con el cuerpo, a fin de que se halle en el interior tal y como es sin estas cosas; porque, cuando en estas cosas piensa, es como que revuelve dentro de sí ciertas sombras de los cuerpos.

Con la mano de la discreción debe apartarse todo de los ojos del alma, a fin de que el alma se contemple tal como fué creada, inferior a Dios y superior al cuerpo, para que, vivificada por su superior, ella vivifique lo inferior que administra.

Ella, además, está infundida en el cuerpo de manera que no está dividida en partes por las partes de los miembros, puesto que en cualquier lugar que se golpea una parte del cuerpo se duele toda, sino que por modo admirable, presidiendo con una sola vivificación de los miembros, no siendo ella distinta por naturaleza, sin embargo, por medio del cuerpo hace cosas distintas. En efecto, ella ve por los ojos, oye por los oídos, huele por las narices, gusta por la boca, toca por todos los miembros y por el tacto distingue lo suave de lo áspero.

Luego cuando el alma se contempla a sí misma en las imágenes del cuerpo, ya está en la primera puerta. Pero de esta puerta se va a la otra, donde se contempla algo de la naturaleza de Dios omnipotente.

De manera que el alma en el cuerpo es la vida de la carne; pero Dios, que lo vivifica todo, es la vida de las almas. Por tanto, si la vida vivificada es de tal magnitud que no puede comprenderse, ¿qué entendimiento podrá comprender cuánta sea la majestad de la Vida vivificante?

Mas considerar y discurrir esto ya es entrar algo, porque el alma, del conocimiento de su valor, deduce lo que debe sentir acerca del Espíritu infinito, el cual rige de un modo incomprensible hasta las cosas que, de un modo también incomprensible, creó, [10.] puesto que nuestro Creador rige, de un modo muy lejos de ser comprendido, a su criatura y hace unas cosas para que sean, pero que no vivan; otras, para que sean y vivan, pero que no puedan discernir algo de la vida; y otras, para que vivan y disciernan (1 Cor. 12,11): *mas todo lo hace uno solo*, no divisible en las diversas cosas; pues en verdad es sumo y jamás distinto de sí mismo. En cambio, el alma, aunque por la naturaleza no es distinta de sí misma, sin embargo, por el conocimiento se divide; pues en un momento

dado, éste, que piensa en lo que ha visto, olvida pensar en lo que ha oído, y en el mismo instante en que piensa en lo que pertenece al oído o al gusto, no puede pensar en lo del olfato o del tacto; porque por lo que atiende y por lo que olvida se distingue siempre de sí misma, pues ahora tiene esto en el pensamiento y luego lo otro.

Dios omnipotente, que jamás es distinto de sí mismo, con el mismo poder con que lo ve todo, lo oye todo, y con el mismo poder con que todo lo crea, lo juzga todo. Por tanto, su ver todas las cosas es a la vez regirlas, y contemplarlas es administrarlas.

Y no ayuda a los justos con un pensamiento y con otro condena a los injustos, sino que un solo y mismo poder de su naturaleza singular, siempre distinto de sí mismo, dispone cosas distintas.

Mas ¿por qué admiramos esto en el poder del Creador, cuando hasta en la criatura estamos viendo vestigios de su poder? Porque la naturaleza del lodo y de la cera son distintas; el rayo del sol no es distinto, y, sin embargo, con no ser distinto, obra en el barro de distinto modo que en la cera, puesto que con el mismo e idéntico calor de su fuego endurece el barro y licúa la cera. Pero tal vez esto consiste en la naturaleza del lodo y de la cera, no en la naturaleza del sol, que parece obrar de modo distinto en las distintas naturalezas.

Mas Dios omnipotente tiene de sí mismo poder para disponer las cosas mudables sin mudarse El, para hacer cosas distintas permaneciendo El idéntico y para formar cosas diversas sin cambiar El de pensamiento.

Luego Dios, jamás distinto de sí mismo, obra de modo muy distinto, el cual está en todas partes y en todas partes está todo, pues dice (Is. 66,1): *El cielo es mi solio, y la tierra la peana de mis pies;* y de El mismo está escrito (Is. 40,12): *El es el que ha medido el cielo en el hueco de la palma de la mano y ha cerrado en su puño toda la tierra.*

11. De lo cual forzoso es deducir que quien preside los cielos como su solio, está sobre y dentro, y quien mide en su palma los cielos y cierra en su puño la tierra, está fuera, sobre y dentro. Luego Dios omnipotente, para manifestar que El está dentro y sobre todas las cosas, hizo saber que el cielo es su solio; y para mostrar que todo lo circunda, afirma que cierra el cielo en la palma de la mano y la tierra en su puño. El está dentro y fuera, El abajo y arriba; arriba, rigiendo; abajo, sosteniendo; llenándolo, dentro; rodeándolo, fuera. De tal modo está dentro, que a la vez soporta; y de tal modo circunda, que a la vez penetra; y preside en tal modo, que a la vez sostiene; y sostiene de tal modo, que a la vez preside.

Luego, cuando el alma, levantada hasta sí misma, entiende su módulo o medida y conoce que trasciende todo lo corpóreo, y que del conocimiento de sí misma tiende al conocimiento del Creador, ¿qué es lo que ésta ve sino una puerta enfrente de la otra puerta?

Por eso el profeta dice del Autor de todas las cosas (Ps. 138,6): *Admirable se ha mostrado tu sabiduría en mi creación;* pues, si por

mucho que lo intente, no puede el alma ni aun a sí misma comprenderse perfectamente, ¿cuánto menos la magnitud de Aquel que pudo hasta crear el alma? Y después de esforzarse por entender la ciencia de Dios, desfallecido e impotente, añade: *Se ha remontado tanto, que es superior a mi alcance.*

Y cuando, afanosos y tendiendo a conocer algo de la naturaleza invisible, desfallecemos, volvemos atrás; y si bien no podemos penetrar lo interior, sin embargo, ya desde la puerta exterior vemos la puerta interior. El mismo trabajo de la consideración ya es puerta, porque muestra algo de lo que hay dentro, aunque todavía no se puede penetrar.

Prosigue: *E hizo* (midió) *las fachadas de sesenta codos, y a la fachada hizo el atrio de la puerta por todo alrededor.*

12. Ya hemos dicho repetidas veces que el número seis significa la perfección de la buena obra; y no por seguir lo que se han empeñado en sostener los sabios de este siglo, diciendo que el número seis es perfecto porque, numerado, en su orden se completa, esto es, que, sumando uno, dos y tres, se completa el número seis, o porque se divide en tres partes: sexta, tercera y media, o sea, en una, en dos y en tres, sino que decimos ser perfecto el número seis porque, como antes hemos dicho (Gen. 1), *en el sexto día completó Dios sus obras.* Y como dió al hombre pecador la Ley, la cual está escrita en los diez mandamientos; y seis, repetido diez veces, suma sesenta, rectamente se figura por los sesenta codos la perfección de las buenas obras.

Lo cual indica también claramente en el Evangelio el Señor, cuando, al exponer la parábola del sembrador, dijo (Mt. 13,8): *Otros cayeron en buena tierra y dieron fruto: dónde a treinta, dónde a sesenta, dónde a ciento por uno.* Fruto de a treinta saca de la buena tierra cuando el alma concibe la perfección de la fe, o sea, en la Trinidad; saca de a sesenta, cuando practica con perfección las obras del vivir bueno; y saca de a ciento, cuando ha llegado ya a la contemplación de la vida eterna.

También, puesto que nuestra siniestra es la vida presente y nuestra diestra la vida eterna, rectamente por el número ciento se designa la contemplación de la vida eterna; porque, como después de treinta y de sesenta llegamos a contar ciento, este número ciento pasa a colocarse a la derecha. La fe y la obra se mantienen todavía a la izquierda, porque, mientras vivimos aquí, creemos lo que no vemos y obramos para verlo; pero, cuando ya el alma subiere a contemplar la vida eterna, llega como a contemplarla a la derecha.

De manera que midió las fachadas en sesenta codos; pues, como por el número sesenta se designa la perfección, ¿qué se significa por las fachadas del edificio sino las mismas obras que se ven al exterior?; repartir la palabra de la predicación, dar de comer al hambriento, vestir al desnudo y, por obrar bien, soportar con paciencia las adversidades..., ¿qué otra cosa son sino fachadas del edificio celestial?; porque la hermosura de las obras exteriores adorna la habitación de Dios, que todavía está oculto dentro.

Pero estas fachadas tienen atrio por todas partes alrededor, porque en él las obras son grandes si la anchura de la caridad las dilata en el alma. En efecto, de la caridad está escrito (Ps. 118,96): *Tu ley no tiene término ni medida.* De ella dice otra vez el Salmista (Ps. 30,9): *Abriste ancho camino a mis pies.*

13. Y ved que, al decir esto, se me ocurre pensar: ¿cómo que es ancha la caridad, si por la caridad es por donde se llega a Dios, y la Verdad dice por sí misma (Mt. 7,13): *Entrad por la puerta angosta.* Y de nuevo oigo al Salmista, que dice (Ps. 16,4): *Por respeto a las palabras de tus labios he seguido sendas escabrosas;* y en el Evangelio dice el Señor (Mt. 11,30): *Mi yugo es suave, y mi carga ligera?* ¿Cómo, pues, la caridad es ancha, si la puerta es angosta? ¿Y cómo su yugo es suave y su carga ligera, si los preceptos de Dios que se observan son duros?

Pero esta cuestión nos la soluciona en seguida la misma Verdad; porque el camino de Dios es angosto para los principiantes, mas para los que llevan vida perfecta es ancho.

También son duras las cosas que, contra costumbre, proponemos en nuestro ánimo, y, sin embargo, la carga del Señor, después que hemos comenzado a llevarla, se nos hace ligera, de tal modo que por su amor hasta la persecución agrada, y todo padecer por Él se convierte en dulzura para el alma; como se gozaban los apóstoles (Act. 5) cuando eran maltratados por causa del Señor.

Luego esa misma puerta angosta es ancha para los amantes; esos caminos escabrosos se hacen suaves y llanos para los que corren espiritualmente; y cuando el alma aprende que por los dolores temporales recibe los gozos eternos, comienza a amar lo que la aflige.

Luego el atrio delante de las fachadas es la anchura del amor en la perfección de la obra.

14. Y es de notar que se dice *por todo alrededor;* esto es, para que el hombre, en todo lo que hace, se dilate siempre en la amplitud de la caridad, no sea que le angosten o el temor o el odio. De manera que, si alguno habla de Dios y no guarda en el alma la caridad que predica, tiene la fachada del edificio, pero no tiene el atrio ante la fachada; si uno da limosna a los pobres y tal vez por eso se envanece en su corazón, o socorre al prójimo en su necesidad, pero no lo hace por caridad, sino que calladamente se engríe, muestra, sí, la fachada del edificio, pero no ha hecho el atrio ante la fachada; si uno soporta las ofensas que le infiere el prójimo y aguanta en silencio el mal que se le hace, grande es la paciencia que demuestra si no guarda resentimiento en el corazón, si busca ganar, por la tranquilidad de la mansedumbre, al mismo que le había tratado mal; porque, si, mostrando exteriormente paciencia, guarda resentimiento en el interior y no ama al que aguanta, tiene, sí, la fachada del edificio, pero no tiene el atrio ante la fachada; porque quien se somete a las angosturas del odio, sin duda que ha perdido la anchura de la caridad; pues, como hemos dicho anteriormente, la paciencia que ama al mismo a quien sufre, ésa es la

verdadera, porque sufrir, pero odiar, no es la virtud de la mansedumbre, sino disimulo de la ira.

También es de notar que se le llama *el atrio de la puerta*. Nuestra puerta, efectivamente, es la entrada al reino; y amar a Dios y al prójimo perfectamente es dirigirse a la entrada del reino, pues en tanto se acerca uno a la entrada en cuanto ama, y en tanto rehusa entrar en cuanto es negligente en el amor, puesto que ni se cuida de ver lo que apetece.

Luego entonces tenemos el atrio de la puerta cuando por la anchura de la caridad entramos ya con el deseo en la vida eterna, a la que todavía no podemos llegar. De manera que, cuando hacemos bien al prójimo, resta conocer la intención de la buena obra; si el alma no busca la recompensa de la presente gratitud, antes bien, si aspira a la futura, esperando, en vez de lo temporal, lo eterno y, en vez de lo terreno, lo celestial, pues las esperanzas de las cosas celestiales aseguran al alma para que no sea conmovida por las ondas tempestuosas de lo terrenal.

Acerca de la cual esperanza se dice por San Pablo (Hebr. 6,19): *La cual sirve a nuestra alma como de áncora segura y firme, y penetra hasta las interioridades del velo.* Y también de estas interioridades se añade aquí (v.15): *Y delante de la fachada de la puerta que llegaba hasta la fachada del atrio de la puerta interior, cincuenta codos.* (Que era de cincuenta codos lo largo de todo el cuerpo del portal desde la fachada por donde se entraba hasta la otra por donde se salía al atrio. Nota de Scío.)

15. Lo que se dice en este lugar: *Desde la fachada de la puerta*, se refiere no a la parte exterior, sino a la interior, puesto que declara que llega hasta la fachada del vestíbulo de la puerta interior. Por eso se dice que la medida de este lugar era de cincuenta codos.

Por los cincuenta codos se significa el descanso eterno; ahora bien, el número siete tiene también su perfección, porque en ese día se completó el número de los días, y por la Ley, el día del sábado se dedicó al descanso; y bien, el número siete, multiplicado por sí mismo, llega al cuarenta y nueve, al cual si se añade la unidad, se llega hasta el cincuenta; porque toda nuestra perfección estará en la contemplación de aquel Uno, en la contemplación del cual no faltará ya nada de salud y de gozo.

También por eso el jubileo, o sea el año cincuenta, se dedicó al descanso, porque quien llegare a los gozos de Dios omnipotente ya no tendrá jamás llanto ni dolor.

16. Pero es de notar que el lugar que se dice medir cincuenta codos se refiere al que hay hasta la fachada del vestíbulo de la puerta interior. Luego aquí el profeta describe, no ya el mismo vestíbulo de la puerta interior, sino el lugar interior que hay hasta el vestíbulo de la puerta interior. Y por este lugar se significa, como ya dijimos, nuestra esperanza, la cual, mientras busca el descanso eterno, lleva al alma al vestíbulo de la puerta interior; pues por lo mismo que deseamos las cosas celestiales, y suspiramos por los gozos eternos,

y buscamos el descanso de la vida eterna, ya nos acercamos a la fachada del vestíbulo interior.

Signifíquese, pues, por la puerta la fe, por el atrio la caridad, y por el lugar que acerca a la fachada del vestíbulo de la puerta signifíquese la esperanza; las tres virtudes sin las cuales no puede entrar en el celeste edificio quienquiera que tenga ya uso de razón.

Téngase, pues, la fe en la puerta, porque conduce al conocimiento; la caridad en el atrio, porque ensancha el alma en el amor, y figúrese la esperanza en el lugar de los cincuenta codos, porque, mediante los deseos y los suspiros, introduce al alma en los secretos gozos del descanso. Pues, aunque no vemos todavía cómo es de verdad la luz de este descanso, sin embargo, por las celosías de la inteligencia ya vemos algo.

Por eso aquí se añade (v.16): *Y ventanas oblicuas en las cámaras.*

17. En las ventanas oblicuas, la parte por donde entra la luz es angosta, pero la parte interior que recibe la luz es ancha. O sea, que las mentes de los contemplativos, aunque vean tenuemente algo de la verdadera luz, en sí mismas se dilatan en gran amplitud; es a saber, que las mismas cosas que se ven, apenas si unas pocas pueden entenderse; que lo que los contemplativos ven de la eternidad es muy poco, pero de eso poco se ensanchan los senos de las almas, aumentando en ellas el fervor y el amor; y por eso se dilatan más, porque son admitidas a la luz del descanso como por angosturas.

Y como las anchuras de la contemplación no pueden concederse sino a los amantes, se dice que hay ventanas oblicuas en las cámaras y que están no al exterior, sino interiormente; porque de esas mismas ventanas se agrega: *Y en las fachadas que estaban dentro de la puerta por todas partes alrededor.* [18.] Las había, pues, en las cámaras, las había también en las fachadas de las cámaras que se habían construído dentro de la puerta, por todas partes alrededor, porque quien guarda interiormente el corazón, ése es el que recibe además la luz de la contemplación; mas los que todavía piensan demasiado en las cosas exteriores desconocen cuáles sean las celosías de la contemplación de la luz eterna; porque tampoco se aviene con las imágenes de las cosas corporales aquella infusión de la luz incorpórea, pues, mientras sólo se piensa en las cosas visibles, no se admite en el alma la luz invisible.

Ahora, quien atiende ya a la luz de la contemplación debe procurar con gran empeño mantenerse siempre en humildad: jamás se jacte de la gracia que se le infunde y considere que esas ventanas, que significan las almas contemplativas, son oblicuas; esto es, que por las ventanas oblicuas la luz entra y el ladrón no entra; los verdaderos contemplativos, pues, siempre abaten, humildes, sus sentidos, y así entra en sus almas la inteligencia de la contemplación, pero no entra la jactancia de la soberbia. Y así, las ventanas están abiertas y están defendidas; porque para sus almas está también abierta o patente la gracia de que están llenas, y, sin embargo, no dejan que entre a ellas el enemigo para ensoberbecerlas.

19. Pero es de notar que se dice haber dentro de la puerta ventanas oblicuas por todas partes alrededor; porque no es que la gracia de la contemplación se dé a los grandes y no a los pequeños, sino que con frecuencia la reciben los grandes y con frecuencia los pequeños; más frecuentemente los retirados y alguna vez los casados.

Luego, si no hay estado alguno entre los fieles que pueda quedar excluído de la gracia de la contemplación, quien guarda interiormente el corazón puede también ser iluminado con la gracia de la contemplación; porque dentro de la puerta, por todas partes alrededor, hay construídas ventanas oblicuas, para que nadie se gloríe de esta gracia como de cosa singular; nadie se juzgue privado del don de la luz verdadera; porque en lo que uno piensa ser el primero, muchas veces es más rico otro que de sí piensa no tener alguna cosa buena.

Por eso, además, se añade aquí: *Había también en los zaguanes ventanas alrededor por la parte de dentro.*

20. Después de haber hablado de las ventanas en las fachadas, agregó las ventanas alrededor en los zaguanes; porque no sólo los altos miembros de la santa Iglesia que sobresalen tienen la gracia de la contemplación, sino que este don lo reciben también generalmente aquellos miembros que, aunque todavía por el oficio yacen en puestos bajos, sin embargo brillan ya por el deseo en lo alto; pues, si Dios omnipotente no infundiera la luz de la contemplación en aquellos que parecen despreciados, no habría ventanas en los zaguanes.

Vemos, pues, que algunos, colocados en los más altos puestos de la santa Iglesia, hablan profundamente de las cosas celestiales y con admirable solicitud escudriñan los secretos de la patria celestial, en cuanto es capaz la mente ilustrada, porque hay ventanas en las fachadas.

Hay otros, en cambio, dentro del seno de la Iglesia que parecen despreciables a los ojos humanos, pero que, en cuanto pueden, meditan cuáles sean los gozos eternos; porque hay ventanas oblicuas, mas en los zaguanes.

21. Y está bien dicho: *por todas partes alrededor*, porque investigar cosas secretas es dar vueltas alrededor de ellas; cuando el alma dice en su pensamiento: ¿Piensas que esto es aquello o no?, da como vueltas para hallar lo que busca; y cuando comienza a nacer en su pensamiento la luz incircunscrita, viene a ella un rayo de verdad como por ventanas oblicuas.

Efectivamente, en la contemplación, dando vueltas a nuestros pensamientos, aprovechamos muchos, al modo que, registrando con frecuencia los ejemplos de los buenos, aprovechamos en las costumbres; porque, cuando ya el alma piensa en pasar a cosas mejores, inquiere lo mejor que puede oír de otros: ahora investiga en la vida de éste, ahora en la del otro santo.

Por eso también cierto elegido que, en el anchuroso río de la santa Iglesia, había dirigido la vista del alma por todo el mundo,

buscando la vida de los buenos para imitarla, decía (Ps. 26,6): *Estaré dando vueltas alrededor de su tabernáculo, inmolando sacrificio de júbilo.* Vedle: para inmolar sacrificio de júbilo daba vueltas alrededor; porque, si no enviara su alma de acá para allá, a inquirir la vida de los buenos, no llegaría a inmolar el sacrificio de júbilo.

Pero, cuando los varones santos son llevados a los más altos puestos dentro de la santa Iglesia, su vida se pone como en un espejo para que todos vean lo bueno que deben imitar.

22. Por eso todavía se añade: *Y delante de las fachadas había figuras de palmas.* ¿Qué significan las palmas sino los premios de la victoria? En efecto, ellas suelen darse a los vencedores. Por eso también, de los que en el certamen del martirio vencieron al antiguo enemigo y ya gozaban victoriosos en la patria, está escrito (Apoc. 7, 9 y 10): *Con palmas en sus manos; y exclamaban a grandes voces, diciendo: Salud a nuestro Dios, que está sentado en el solio, y al Cordero.*

Ahora bien, tener las palmas en la mano es haber obtenido la victoria en las obras; y la palma de estas obras se retribuirá allí donde ya se gozará sin lucha. Por eso aquí no se dice: *Había palmas en las fachadas,* sino *figuras de palmas en las fachadas;* porque la palma de la victoria se verá allí donde ya se goza sin fin; pues aquí generalmente vemos que los varones santos hacen milagros, practican muchas virtudes, purifican leprosos, arrojan los demonios, curan las enfermedades del cuerpo al tacto de la mano, predicen lo futuro con el espíritu profético...; pero todas estas cosas no son todavía palmas, sino sólo figuras de palmas, puesto que también se concede a los réprobos hacer tales cosas; que por eso la Verdad dice por el Evangelio (Mt. 7,22 y 23): *Muchos me dirán en aquel día: ¡Señor!, ¡Señor!, ¿pues no hemos predicado nosotros en tu nombre, y lanzado en tu nombre demonios, y hecho muchos milagros en tu nombre? Mas entonces yo les protestaré: Jamás os he conocido; apartaos de mí, operarios de la maldad.*

Una sola es la señal de la elección: la firmeza en la caridad, según está escrito (Io. 13,35): *Por aquí conocerán todos que sois mis discípulos, si os tenéis amor unos a otros.*

Sin embargo, estos milagros, cuando los hacen los elegidos, son muy distintos de los que hacen los réprobos; porque lo que los elegidos hacen por caridad, los réprobos procuran hacerlo con engreimiento.

Con todo, los mismos milagros que por caridad hacen los elegidos, todavía no son palmas, sino figuras de palmas; porque de ellos se muestra exteriormente cuáles son tenidos interiormente ante Dios omnipotente. Pero se les convertirán en palmas allí donde ya no habrá la oposición de la muerte; que el egregio Predicador vió que entonces se daba la verdadera palma a los vencedores cuando previó que se hacía la resurrección de los muertos, según él dice (1 Cor. 15, 53-55): *Es necesario que este cuerpo corruptible sea revestido de incorruptibilidad y que este cuerpo mortal sea revestido de inmortalidad. Mas, cuando este cuerpo mortal haya sido revestido de inmortalidad,*

entonces se cumplirá la palabra escrita: La muerte ha sido absorbida por una victoria. ¿Dónde está, ¡oh muerte!, tu victoria? ¿Dónde está, ¡oh muerte!, tu aguijón? Entonces será la perfecta victoria cuando la muerte haya sido plenamente absorbida, pues en todo lo admirable que ahora vemos hacer no vemos ya la victoria, sino todavía figuras de la victoria.

Porque, generalmente, a los santos y a los colocados en los puestos más eminentes se les conceden poderes y señales; para que otros se estimulen a obrar bien, aparecen figuras de palmas ante las fachadas del edificio interior.

Y baste en el día de hoy haber tratado estas cosas, para que con más decisión pasemos a lo que resta, con la ayuda de nuestro Señor Jesucristo, que vive y reina...

HOMILIA VI [XVIII]

(Ez. 40,17-19)

17 *Y condújome al atrio exterior y vi allí los gazofilacios; y el pavimento del atrio estaba enlosado de piedras alrededor: treinta gazofilacios había alrededor del pavimento.* 18 *Y el pavimento en las fachadas de las puertas era más bajo según la longitud de las puertas.* 19 *Y midió la anchura desde la fachada de la puerta inferior hasta el principio del atrio interior por la parte de fuera, y tenía cien codos al oriente y al norte.*

1. Después que, al señalar las ventanas oblicuas, ha dicho el profeta muchas cosas acerca de la gracia de la contemplación, dice que fué conducido al atrio exterior y recuerda que vió gazofilacios, en los cuales, ¿qué otra cosa se designa sino la ciencia de los doctores?

Pero con razón puede preguntarse en esto: ¿cómo es que, enseñando los doctores santos cosas espirituales e internas, dice el profeta que fué conducido al exterior y que en el exterior vió los gazofilacios?

Mas es de saber que una cosa es la contemplación, que ve tanto cuanto no es capaz de decir, y otra cosa es la ciencia y la doctrina, que es tanto cuanto puede expresar con palabras.

En efecto, en comparación de aquella luz que no es capaz de ser expresada con palabras, todo esto que con palabras puede expresarse está como fuera. Por eso dice: *Y condújome al atrio exterior y vi allí los gazofilacios, y el pavimento del atrio estaba enlosado de piedras alrededor.*

2. Como *philacteón*, griego, significa guardar, y *gaza* en lengua persa significa riquezas, suele llamarse gazofilacio al lugar o cosa en que se guardan las riquezas. Así, pues, ¿qué se significa por los gazofilacios sino, como ya hemos dicho, los corazones de los doctores, llenos de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia?; porque, según dice San Pablo (1 Cor. 12,8), *el uno recibe del Espíritu Santo*

el don de hablar con sabiduría, el otro recibe del mismo Espíritu el don de mucha ciencia.

Hay, pues, algunos que por don de la gracia entienden aun aquellas cosas que no han oído exponer a los doctores: éstos ciertamente han recibido el don de hablar con sabiduría; y hay algunos que por sí mismos no son capaces de entender lo que han oído, pero retienen lo que leyeron en los expositores y profieren científicamente lo que leyendo aprendieron. ¿Estos de qué están llenos sino del don de hablar con mucha ciencia?

Aunque también puede entenderse esto de otro modo: que la sabiduría se refiere a la vida buena, y la ciencia a la buena doctrina. Por tanto, quien vive bien y predica prudentemente, con razón es llamado gazofilacio del edificio espiritual, porque de sus labios se derraman las riquezas celestiales.

El mismo Doctor de las Gentes veía que los discípulos abundaban en estas riquezas, cuando decía (1 Cor. 1,5): *En El habéis sido enriquecidos con toda clase de bienes en todo don de la palabra y en toda ciencia.*

De manera que en el edificio de la santa Iglesia hay construídos gazofilacios, porque la lengua de los doctores abunda en riquezas de ciencia.

Y que éstas son verdaderas riquezas lo declara por sí misma la Verdad, cuando de las efímeras riquezas dice (Mt. 13) que las falaces riquezas sofocan la palabra de la ciencia. Son, pues, verdaderas riquezas espirituales la sabiduría y la ciencia de la doctrina, en comparación con las cuales son llamadas falaces las que pueden fenecer. De aquellas riquezas se dice por Salomón (Prov. 21): *Hay un tesoro inestimable en la boca del sabio.*

Aún más: aparte el que las riquezas espirituales conducen a la vida eterna, hay una gran diferencia entre éstas y las riquezas terrenas; porque las riquezas espirituales aumentan repartiéndolas, pero las riquezas terrenas, o se acaban repartiéndolas, o se retienen, y así resultan inútiles.

Luego los que guardan dentro de sí las riquezas verdaderas son llamados con razón gazofilacios.

3. Y esos gazofilacios tienen pavimento alrededor, porque se les adhiere y somete la humildad de los oyentes.

Y se dice con razón que este pavimento está enlosado de piedra en el atrio, porque las almas fieles están unidas en la anchura de la caridad.

Y estas almas son llamadas *piedras* por la firmeza de la fe, y *colocadas en el pavimento* por la trabazón de la humildad.

A estas almas de los fieles, firmes en la fe, habíalas visto el apóstol Pedro cuando decía (1.ª, 2,5): *Sois vosotros a manera de piedras vivas edificadas como una casa espiritual.*

De esas piedras de la santa Iglesia dice el Señor por Isaías (54,11-12): *Yo mismo colocaré por orden las piedras, y te edificaré sobre zafiros, y haré de jaspe tus baluartes, y de piedras de relieve tus*

puertas, y de piedras preciosas todos tus recintos. Todos tus hijos serán adoctrinados por el Señor.

De manera que, para defensa de la santa Iglesia, Dios omnipotente ha edificado el jaspe, que es piedra de color verde, o sea, que consolidó las almas de sus predicadores en el amor del eterno reverdecimiento, para que desprecien todo lo transitorio y nada apetezcan en este mundo, que al cabo termina, y desprecien por sin substancia todos sus goces. Por eso también el Pastor de la Iglesia, llamando a sus oyentes a los pastos del eterno verdor, habla de Dios, diciendo (1.ª, 1,3): *Por su gran misericordia nos ha regenerado con una viva esperanza, mediante la resurrección de Jesucristo de entre los muertos, para una herencia incorruptible, y que no puede contaminarse, y que es inmarcesible, reservada en los cielos para vosotros.*

4. Las puertas de esta santa Iglesia se ponen con piedras de relieve o esculpidas; o sea, que aquellos por cuya voz entramos nosotros en la vida eterna, al mostrar en sí mismos las obras santas que están preceptuadas por Dios, como que las tuvieran esculpidas o puestas de relieve en sí mismos. Serían puertas, no de relieve, sino lisas, si dieran voces, sin mostrar sus buenas obras; pero, cuando hablan conforme a como muestran vivir, son puertas porque conducen al interior, y son esculpidas o de relieve porque en su vida cumplen lo que dicen a los otros.

Todos los recintos de esta santa Iglesia los vemos dispuestos con piedras preciosas cuando en ella vemos a los fieles firmes en la fe y en la caridad; pues para mostrar a quienes había llamado piedras preciosas agregó: *Todos tus hijos serán adoctrinados por el Señor.*

Luego todos los recintos de la Iglesia, que Isaías vió edificados con piedras preciosas, es lo que Ezequiel dijo ser el pavimento enlosado de piedras por todo alrededor.

Y todavía añade Ezequiel acerca de los gazofilacios: *Treinta gazofilacios había alrededor del pavimento.*

5. El número diez se toma siempre por símbolo de la perfección, porque la observancia de la Ley está comprendida en los diez mandamientos; también la vida activa y la contemplativa están simultáneamente unidas en los preceptos del Decálogo, porque en ellos se mandan el amor de Dios y el amor del prójimo, correspondiendo a la vida contemplativa el amor a Dios y a la vida activa el amor al prójimo.

Ahora bien, todo doctor, para dilatarse plenamente en la vida activa y cuidar de elevarse a la vida contemplativa, debe tener fe perfecta en la Trinidad. Por eso se dice que son treinta los gazofilacios, para que, sumado tres veces el número diez, la vida y la lengua del doctor se afiance en la Trinidad.

6. Pero debemos mirar con atención que el profeta, después de haber descrito los gazofilacios, agregó: *El pavimento alrededor;* y luego añade que había *gazofilacios alrededor del pavimento*, para que se vea que hay gazofilacios alrededor del pavimento y que hay pavimento alrededor de los gazofilacios.

En efecto, el pavimento y los gazofilacios están separados de tal manera, que los gazofilacios están edificados alrededor del pavimento, y el pavimento alrededor de los gazofilacios. Y, hermanos, no sin gran misterio se dice esto: que alrededor de los gazofilacios está el pavimento, y que el pavimento está alrededor de los gazofilacios.

A saber: el pavimento tiene gazofilacios alrededor, porque la vida de los oyentes cada día se instruye y guarda por la lengua de los doctores, puesto que los buenos doctores en las palabras de la santa erudición, ora con fomentos de dulzura, ora con la aspereza de la increpación, cuidan de vigilar para defender de los vicios la vida de sus oyentes; pero también ellos tienen gazofilacios alrededor, porque con frecuencia el corazón de los doctores es también atacado con tentaciones de los vicios, ya para que se yerga con la soberbia de la jactancia, ya para que se encienda en estímulos de la ira; mas, al considerar la vida de los buenos oyentes y pensar que ellos han progresado con sus exhortaciones, se avergüenzan de no ser tales cuales ven que Dios, por medio de ellos, ha hecho ser a los otros, y tanto más se aseguran en su alma cuanto más conscientemente caen en la culpa. Y es que, cuando a los doctores les vienen a la memoria sus mismas palabras, se avergüenzan de no hacer lo que dicen. De ahí que también se diga por Salomón (Prov. 16,26): *El hombre que trabaja, para sí trabaja; que a ello le fuerza su boca.* Nuestra boca, pues, nos fuerza a trabajar cuando por lo que hablamos nos reprimimos de los vicios: que harta torpeza es, descuidándonos, caer allí de donde procuramos levantar a los otros con nuestra predicación.

Luego los gazofilacios tienen alrededor pavimento, porque sirve de gran custodia para los doctores la vida venerable de los oyentes, y su misma palabra les sirve de ayuda, porque se avergüenzan de no resistir las tentaciones de los vicios, habiendo ellos armado a los otros contra los vicios. Pues ¿qué otra cosa hacemos, mientras estamos en esta vida, sino mantener lucha contra los espíritus malignos?

7. Tal vez el alma del doctor es, como hemos dicho, tentada por la soberbia; pero, bien por no perecer él, bien para no llevar a otros con su ejemplo a la perdición, prontamente se examina, vigilante, y se reprime en los pensamientos; trayendo a su memoria la vida de sus oyentes, humíllase a sí mismo, y, por cuantos medios puede, hace por que no prenda la soberbia en su alma ni domine en las obras.

Efectivamente, escrito está (Eccli. 10,15): *El origen de todo pecado es la soberbia.* ¿Cuál es, por tanto, el fruto de la buena obra ante los ojos de Dios, si está podrido en la raíz de la soberbia?

Muchas veces, como ya se ha dicho, es tentada su alma por la ira, pero en seguida se recoge a vigilarse por todas partes, y, reprimiéndose por el peso de la disciplina, logra que el movimiento del alma no pase a la lengua ni brote en las palabras, con lo que sucede que la ira del ánimo perturbado, allí donde nace por descui-

do, allí mismo muere sofocada por el juicio. De lo cual proviene que de la culpa iniciada haga nacer la virtud el alma que, si bien no quiso guardarse fuertemente para que no surgiera el movimiento, sin embargo, en la conmoción se venció con fortaleza. Por eso se dice bien por Salomón (Prov. 16,32): *Mejor es el varón sufrido que el valiente, y quien domina sus pasiones, mejor que un conquistador de ciudades.*

Es preferido el paciente, porque, en aquel acto de las victorias, el hombre es vencedor de hombres; pero, en esta mansedumbre de la paciencia, el alma se vence a sí misma.

Prosigue: *Y el pavimento en la fachada de las puertas era más bajo según la longitud de las puertas.*

8. Si referimos la longitud de las puertas al lugar en que las puertas fueron construídas, el pavimento era más bajo, según la longitud de las puertas, porque cuanto podía ocupar el lugar de las puertas tanto estaba ocupado también el pavimento que estaba debajo. Por tanto, la longitud del pavimento no era distinta de la de las puertas; pero, no obstante, no había igualdad del pavimento con las puertas.

Y ¿cómo es que el pavimento es igual de largo que las puertas y, sin embargo, no era igual, sino porque la vida de los pueblos es muy distinta de la vida de los doctores?; porque, aunque en el aspirar al reino de los cielos tienen la misma longitud de la esperanza, no tienen iguales cuidados en la vida.

Tiéndase, pues, de igual modo el pavimento a lo largo, porque cierto es que los oyentes tienen la misma fe y la misma esperanza que los predicadores; pero yazga el pavimento abajo, para que todos los oyentes conozcan que sus predicadores los aventajan mucho en méritos.

Ahora si, como arriba dijimos, debemos entender la misma altura de la puertas por la altura de ellas, al subir a las puertas por gradas, según se dijo poco después, tanto pavimento queda abajo cuanto cada puerta sube en altura; porque cuanto más santa es la vida del doctor, tanto más humilde se hace el sentir del oyente, y al ver que la vida de su predicador sube a mucha altura, se desprecia a sí mismo; pues algunas cosas puede imitarlas, otras acaso no puede; en las que puede, aprovecha; en las que no puede, crece en humildad, y, por tanto, esto que no puede imitar para su adelanto, le sirve también de provecho.

9. Vedlo; pensamos los dichos y hechos que de nuestros predicadores leíamos y conocemos a cuánta altura se elevaron las puertas. Ahora bien, pasando en silencio los milagros que obraron, hablemos de las virtudes de su corazón.

Pues bien, Pablo, que se dice muerto a la Ley por la Ley (Rom. 7), porque, para creer en Cristo, la misma Ley le predicaba eso, inflamado en una fe vivísima, no quiso someterse carnalmente a los preceptos de la Ley y prohibió la circuncisión entre los gentiles; y como el apóstol Pedro quisiera que todavía se conservase la ley de la circuncisión, se le opuso abiertamente, y dice de él que en esto

fué reprensible; y, hablando de esto a los discípulos, no sólo lo llama culpa, sino, lo que es más, hipocresía, esto es, simulación, diciendo (Gal. 2,11): *Y cuando vino Pedro a Antioquía le hice resistencia cara a cara por ser digno de reprensión;* y poco después (v.13): *Y los demás judíos se conformaron con su parecer disimulado.*

Y el mismo Príncipe de los Apóstoles, después de amonestar muchas cosas a los discípulos y sabiendo que algunos murmuraban de los escritos de Pablo, dice (2.ª, 3,15-16): *Según que también nuestro carísimo hermano Pablo os escribió conforme a la sabiduría que se le ha dado, como lo hace en todas sus cartas, tratando en ellas de esto mismo, en las cuales hay algunas cosas difíciles de comprender, cuyo sentido los indoctos e inconstantes pervierten, lo mismo que las demás Escrituras, para su propia perdición.*

Helo ahí: Pablo en sus cartas escribe que Pedro es reprensible, y vedlo: Pedro en sus cartas afirma que Pablo es admirable en las que escribió.

Cierto es que, si Pedro no hubiera leído las cartas de Pablo, no las habría alabado; pero, si las leyó, en ellas halló que le llama reprensible. Luego, amigo de la verdad, alabó el haber sido reprendido, y le agradó el que no le había gustado que sintiera de modo distinto al que debía, y se conformó con el sentir de su hermano menor; y en este asunto se hizo seguidor de su hermano menor para aventajarle además en esto, a saber: en ser, estando en el ápice del apostolado, también el primero en la humildad.

Ponderad, pues, hermanos carísimos, ¡en qué altura de alma se mantuvo quien alabó aquellas cartas en las que halló escrito que él era reprensible! ¡Cuánta pudo ser aquella mansedumbre! ¡Cuál la quietud de su ánimo! ¡Qué solidez e imperturbabilidad de pensamiento!

Vedle; es reprendido por un inferior y no lleva a mal el ser reprendido; no se acuerda de que fué el primero llamado al apostolado, ni de que había recibido las llaves del reino de los cielos, ni de que cuantos pecados perdonara en la tierra serán perdonados en el cielo, ni de que anduvo a pie sobre las ondas del mar, ni de que, con sólo mandarlo en nombre de Jesús, curó al paralítico, ni de que con su sombra sanaba a los enfermos del cuerpo, ni de que con su palabra dió muerte a los que mintieron, ni de que con su oración resucitaba los muertos. De manera que como que apartó de la memoria todos los dones que había recibido, para no llevar a mal el oír las palabras de la reprensión y mantener sólidamente un solo don, la humildad.

Pero ¿quién de nosotros, que hiciera el más mínimo milagro, reprendido por un hermano menor, oiría con paciencia las palabras de la reprensión? Conque no hemos hecho milagro alguno y, si alquien por acaso nos reprendiera, en seguida nos erguimos, tácitamente nos tenemos por unos grandes y traemos a nuestro ánimo el recuerdo de las virtudes, aun de las que no tenemos... Mas Pedro, por el contrario, con virtudes permaneció humilde en las reprensiones, pero la puerta se levantó a las alturas.

Verdad que nosotros no podemos imitar tanta mansedumbre, sino que, como somos pavimento, yacemos más abajo.

10. Pero hay algunos que entienden que este Pedro no es el Príncipe de los Apóstoles, sino algún otro de ese mismo nombre, el que fué reprendido por Pablo. Los cuales, si leyesen con atención las palabras de Pablo, no dirían eso, pues Pablo, antes de decir: *Cuando Pedro vino de Antioquía, le hice resistencia cara a cara*, para mostrar de qué Pedro hablaba, al principio de su relato adelantó (Gal. 2,7-8): *Habiendo reconocido que a mí se me había confiado por Dios el evangelizar a los incircuncisos, así como a Pedro a los circuncisos; pues quien dió eficacia a Pedro para el apostolado entre los circuncisos, me la dió también a mí entre los gentiles.*

Queda, pues, patente de qué Pedro habla Pablo, a saber, de aquel a quien llama apóstol y de quien dice que fué el primero a quien se concedió predicar el Evangelio a los circuncisos.

11. También hubo algunos que dijeron no ser de Pedro la segunda epístola, en que se alaban los escritos de San Pablo; pero, si quisieran meditar las palabras de la misma epístola, pensarían muy de otro modo. Efectivamente, en ella está escrito (1,17): *Al descender sobre El mismo con tanta gloria una voz del cielo que le decía: Este es mi Hijo, en quien me estoy complaciendo;* y añade: *Nosotros oímos también esta voz del cielo venida, estando con El en el monte santo.*

Lean, pues, el Evangelio, y en seguida conocerán que, cuando vino esta voz del cielo, Pedro apóstol estaba con el Señor. Luego escribió esta epístola el mismo que en el monte oyó esta voz del Señor.

12. Y bien, ya que hemos hablado un poco de Pedro, ahora, si os place, volvámonos a la mansedumbre de Pablo y ponderemos, si nos es posible, cuánta mansedumbre tuvo, en medio de su deseo de longanimidad, aquel que tan ardoroso fué en el celo por la predicación, que ni siquiera perdonó al Príncipe de los Apóstoles. Y pasemos en silencio (2 Cor. 11,25) que tres veces fué azotado con varas, una vez apedreado; naufragó tres veces, estuvo una noche y un día hundido en alta mar y que cinco veces recibió de los judíos cuarenta azotes menos uno, ya que mueven menos nuestro ánimo a la ira los males que nos irrogan nuestros enemigos declarados, pues lo que más suele dolernos son los males que padecemos de parte de los propios; que por eso la misma Verdad, contra su traidor, habla por el Salmista, diciendo (Ps. 54,13): *En verdad que, si me hubiera llenado de maldiciones un enemigo mío, hubiéralo sufrido con paciencia; mas tú, que aparentabas ser otro yo, mi guía y mi amigo, tú que juntamente conmigo tomabas el dulce alimento.* Ponderemos, digo, si podemos, cuán manso sería para con los discípulos Pablo, que tan paciente fué para con los perseguidores. Cierto que, cuando llegó a Corinto, apartó a los corintios del culto de los ídolos, los hizo ver quién era el verdadero Dios y les predicó los gozos de la vida eterna, y después de haber congregado en la fe una gran muchedumbre de pueblo, soportó tal inopia, que trabajó forzado por su

gran necesidad, y no recibió el pan terreno de aquellos discípulos a quienes predicó el pan celestial; insistía en predicar por la vida de los oyentes; persistía en el trabajo manual por la vida de su cuerpo; de otras partes, sí, le remitían estipendios los discípulos para que se pudiera predicar a los corintios; por lo que también él mismo, por medio de una carta, habla después a los corintios, diciendo: *Cuando estuve entre vosotros y me vi necesitado, a nadie fué gravoso, porque lo que necesité lo suplieron los hermanos que vinieron de Macedonia.* A los cuales, pidiendo perdón por el agravio, todavía se les adelanta, diciendo: *He expoliado a otras iglesias, recibiendo estipendios para ejercer entre vosotros el ministerio.*

Pensemos, por tanto, si podemos, cuánta mansedumbre supone el repartir en la predicación el pan del espíritu y no recibir el pan del cuerpo; instruir los corazones de los oyentes en las riquezas eternas y padecer hambre entre esos discípulos fieles y ricos; entre los hartos sufrir necesidad y, sin embargo, no decir lo que sufría, ni quejarse siquiera; ver en los oyentes tenaces lo duro de sus entrañas para con él, y, con todo, no desistir de predicar, pues, según atestiguan las Actas de los Apóstoles, predicó en esa ciudad constantemente durante un año y seis meses. Sólo después de haberse ausentado de los corintios les escribió cuanto había sufrido mientras vivió entre ellos. ¿Y por qué nunca les dijo esto mientras vivió entre ellos? Para que no hicieran mandados lo que no habían hecho con él de buena voluntad y para que, conociendo la miseria de ellos, quedara oculta la voluntad.

¿Y por qué escribe esto después desde lejos? Para que no quedaran sin ninguna corrección los discípulos, y, ya que se habían mostrado duros con su maestro, para que no se comportaran así con los otros hermanos.

En verdad que Pablo, perfecto maestro de las gentes, olvidándose de lo suyo y cuidando de los demás, cumplió lo que había predicado: *Nadie busque lo que es suyo, sino lo de los demás, ni penséis en las cosas propias, sino en hacer bien a los demás.* ¡Oh, qué grande es esta virtud de la mansedumbre! ¡Cuánto vale la tranquilidad del espíritu!

Y ¿quién de nosotros, si convirtiese para Dios omnipotente a un rico de este mundo, y viera que él mismo está necesitado y que aquel rico no le ofrece los subsidios para que viva, no desconfiaría en seguida de la vida de aquél? ¿Quién no diría que había trabajado en vano? ¿Quién no cesaría en sus exhortaciones a aquel a quien viera no dar fruto de buenas obras, primeramente para con él mismo?

13. Pero Pablo, por su mansedumbre, se mantuvo firme en la cima de las virtudes: amó, predicó y llevó a cabo el bien que había comenzado, y, soportando perseverante aquellas cosas, llevó a la misericordia los corazones de los corazones, puesto que, cuando después indica saber el adelanto de ellos, en la misma carta escribe (2 Cor. 9,1-2): *Acerca de la asistencia que se dispone a favor de los santos, para mí es por demás el escribiros, pues sé bien la prontitud de vuestro ánimo, de la cual me glorío entre los macedonios; porque*

la Acaya está ya pronta desde el año pasado, y porque vuestro ejemplo ha provocado la emulación de muchos. De los cuales vuelve a decir: *No sólo lo habéis hecho, sino que comenzasteis a querer hacerlo desde el año pasado.* De manera que quien tomaba en ellos nota, no tanto de las obras cuanto de los deseos, sin duda que alaba en ellos, más bien que las obras, los piadosos deseos.

Y debemos notar que, a la vez que los consuela, los afrenta, al decir: *Desde el último año.* Habían obrado bien, pero tarde; y así el Maestro los alaba, pero no sin reprensión. Médico, en verdad, es quien aplica a la llaga el medicamento que a un tiempo robustece lo sano y sana lo que hallare insano; predicando estas cosas llevó a cabo lo que comenzó; y la virtud de su admirable mansedumbre ablandó la dureza de los discípulos, inclinando sus corazones a la misericordia; porque la longitud de la puerta ascendió a lo alto.

Pero nosotros no somos capaces de imitar la longanimidad de tanta mansedumbre, porque, es cierto, somos pavimento y yacemos en nuestras despreciables costumbres.

14. Y ved que, cuando hablo de los dos capitanes del ejército celestial, me acude también a la memoria el mártir San Esteban, quien, por amor de su Creador, detenido y puesto en medio de sus perseguidores, mantúvose impertérrito, enseñó libremente y, celoso de la verdad, increpó con valentía a sus perseguidores, diciendo (Act. 7,51): *Vosotros resistís siempre al Espíritu Santo,* y cuando corrían a coger piedras y le están matando a pedradas, puesto de rodillas, oró por los mismos perseguidores, diciendo (v.59): *Señor, no les hagas cargo de este pecado.* Por tanto, ¿qué virtud es esta que enciende en celo de tal modo que a los mismos que la amenazaban les echa en cara libremente su perfidia, y que ama de tal modo que aun al morir ora por los mismos que le dan la muerte?

Es verdad, ardió en celo de tal modo cual si no tuviese nada de mansedumbre, y con tanta mansedumbre persistió en amarlos cual si no sintiese contra ellos ardor alguno.

Ante estas cosas pensemos dónde yace el reato de nuestra conciencia; pues ¿quién de nosotros que recibiese del prójimo tan sólo una afrenta de palabra no devuelve al instante la injuria, no se conmueve todo, no irrumpe en odio y no se olvida del precepto del amor?

Pero, con la gracia de Dios omnipotente, todo lo pudo Esteban, el cual, estando lleno del Espíritu Santo, mirando al cielo, vió la gloria de Dios y a Jesús que estaba en pie a la diestra, y dijo: *Yo estoy viendo los cielos abiertos y a Jesús que está en pie a la diestra de Dios,* porque, elevándose a lo alto, fué puerta.

Esto, pobres de nosotros, no podemos imitarlo con nuestras fuerzas, porque, como pavimento, andamos por lo bajo.

15. Mas ¿por qué hablamos de nuestra admiración ante la vida de los santos, cuando los Padres antiguos, al considerar la vida de los predicadores de la santa Iglesia, también se admiraron? ¿O es que no estaba admirado de la vida de ellos el Salmista, cuando decía (Ps. 138,17): *Yo veo, Dios mío, que has honrado sobre*

manera a tus amigos; su imperio ha llegado a ser sumamente poderoso? De qué amigos diga esto, pregúntalo al Evangelio, en que la Verdad dice a sus predicadores (Io. 15,14): *Vosotros sois mis amigos;* y también Isaías, intuyendo la vida de ellos, dice (Is. 60,8): *¿Quiénes son estos que vuelan como nubes y como las palomas a sus ventanas?*

Con razón son llamados nubes los predicadores santos, porque llueven con sus palabras y relampaguean con sus milagros. También se dice de ellos que vuelan como nubes, porque, viviendo en la tierra, de fuera de la tierra fué todo lo que obraban. Por eso, también de cierta nube se dice (2 Cor. 10,3): *Aunque vivimos en la carne, no militamos según la carne.*

Los primeros padres usaban del matrimonio, procreaban hijos, poseían riquezas y atendían a los cuidados de la familia; pero, previendo ya con espíritu profético a éstos dejar las riquezas, no buscar cosa alguna en la tierra, no poseer nada, los llaman, no ya hombres, que andan por la tierra, sino nubes, que vuelan. Vuelan, pues, los que como que no tocan la tierra, porque nada de ella apetecen.

Los cuales están además como palomas en sus ventanas; pues por su espíritu de mansedumbre en nada del mundo ponen sus ojos para apetecerlo.

Consideremos, por lo tanto, cuánta sea la altura que tienen las puertas de este edificio espiritual, a las cuales admiran los padres espirituales, y cuánto debemos humillarnos ante ellos nosotros, que somos pavimento.

Pero, ya que hemos hablado de la grande altura de las puertas, conozcamos ahora algo de la anchura de ellas.

Sigue: *Y midió la anchura desde la fachada de la puerta inferior hasta el principio del atrio interior por la parte de fuera, y tenía cien codos al frente y al norte.*

16. En estas palabras, si tomamos la puerta por el acceso por el que entramos al conocimiento del Señor, la puerta inferior es la fe, pero el atrio interior es la contemplación.

Y la puerta inferior tiene anchura en la fachada, o sea, que la fe, por la amplitud de su caridad, realiza obras que ven los prójimos; y cuando nosotros vemos que los más perfectos obran eso con valentía, nosotros, que nos estrechamos en nuestras obras, por ellos recibimos ejemplos de grandes obras; y cada acción santa viene a hacernos ancho el camino que antes nos era angosto por las dificultades.

También tiene fachada el atrio interior, porque la vida contemplativa, por ciertas señales de deseos y de gemidos, también muestra cuánto ve interiormente la que tanto ama.

Ahora bien, el número diez, multiplicado por sí mismo, llega a ciento; por eso el número ciento significa grande perfección, como se dice de los elegidos (Mt. 19,29): *Cualquiera que dejare casa, o hermanos, o hermanas, o madre, o esposa, o hijos, o heredades por causa de mí, en cambio recibirá cien veces más sólidos bienes y*

poseerá la vida eterna. Pero no es que cualquier santo deje las cosas terrenas precisamente para poder poseerlas multiplicadas en este mundo; porque quien deja la tierra con deseo terreno, no deja la tierra, sino que la apetece; ni es que quien deja una esposa recibirá ciento, sino que por el número ciento se significa la perfección.

Quien, pues, por el nombre de Dios, renuncia lo temporal y lo terreno, recibe ya aquí la perfección del alma, para que no apetezca más lo que desprecia y llegue en el futuro siglo a la gloria de la vida eterna.

De manera que recibe cienduplicado lo que dió quien, recibiendo el espíritu de perfección, no necesita de las cosas terrenas, aunque no las tiene; pues pobre es aquel que necesita lo que no tiene; porque quien, no teniéndolas, no quiere tenerlas, rico es.

La pobreza, ciertamente, consiste en la indigencia del alma, no en la cantidad de lo que se posee; porque a quien le va bien en la pobreza, no es pobre.

Luego el varón midió desde la fachada de la puerta inferior hasta el principio del atrio interior, por la parte de fuera, cien codos; porque nuestro Redentor, por medio de los maestros y doctores, con la medida de la perfección mide cada día la vida de los fieles, ya sea por la fe, en lo que se ve de las buenas obras; ya sea por la contemplación, en los santos deseos; [17.] pues muchos, situados en la fe, parecen obrar cosas grandes, pero no llegan a la medida de cien codos, porque buscan gloria terrena en eso que hacen; y algunos parecen atormentarse con la abstinencia y con insistir en los lamentos, pero su medida no llega a los cien codos, porque en las cosas que hacen buscan el favor de los juicios humanos. ¿Quién es, pues, el que llega a la medida de los cien codos, sino aquel cuyas buenas obras están hechas con recta intención, de manera que en lo que hace no vuelve su atención a la apetencia de ganancias temporales o de alabanzas transitorias?

18. He ahí, pues; la anchura en la fachada de la puerta inferior consiste en ejercer la misericordia con los prójimos, en dar de lo propio con largueza y en socorrer con prontitud al indigente.

Pero si, al dar lo tuyo, no apeteces lo ajeno, si de tu obra buena no pretendes la gloria terrena, con razón estás en la medida del número ciento, es decir, en la perfección; porque quien parece dar de lo suyo por misericordia y tal vez arrebata con violencia lo ajeno, éste ignora todavía cuál sea el camino de la perfección, ni ha aprendido por dónde se va a la perfección, puesto que no han dado todavía ni siquiera con el principio de ella, pues primeramente debió desechar de la mente el apetito y después dar de lo que justamente posee; que por eso está escrito (Ps. 33,15): *Huye del mal y obra el bien.* ¿Y qué bien puede ser el que haga quien todavía no se ha apartado del mal?

Hay también algunos que, como se ha dicho, se abstienen de los alimentos y atormentan su carne; pero, no obstante, si se les prueba, se conoce en seguida que anhelan la gloria del mundo. Estos muestran la fe desde el atrio interior, pero no alcanzan la

medida de cien codos. [19.] Están, pues, en el número de la perfección aquellos de quienes se dice por San Pablo (Gal. 5,24): *Tienen crucificada su carne con los vicios y las pasiones.*

Y es de notar que no se dice que éstos se miden por dentro, sino por fuera, a saber, porque nuestro Redentor, cuando por nosotros o aprueba o juzga las obras de los hombres, no mide por dentro; y de ahí lo que por el Evangelio dice (Mt. 7,18): *Por sus frutos los conoceréis;* porque, como por lo que vemos es por lo que juzgamos el ánimo—que no vemos—del que obra, unas veces medimos la anchura que hay en la fachada de la puerta inferior, otras veces la fachada del atrio interior, por la parte de fuera; así, cuando vemos a otros dar limosna, consolar al triste, defender al vejado, no buscar gloria alguna en este mundo, no ambicionar ganancias del mundo, o vemos a otros domar su carne, perseverar en sus lágrimas, ocuparse en conversaciones del cielo, no apetecer honores transitorios, ¿qué otra cosa debemos pensar que son éstos sino perfectos y santos? Luego, cuando hallamos que éstos, por lo que nosotros vemos, son perfectos, medimos por fuera su vida en cien codos. [20.] Y como muchos de los judíos y muchos de los gentiles llegaron a esta medida de la perfección, rectamente se añade: *al oriente y al norte;* pues con razón es llamado Oriente el pueblo judío, del cual ha nacido Aquel que es llamado *Sol de justicia* y del cual se dice por el profeta Malaquías (4,2): *Para vosotros, que teméis al Señor, nacerá el Sol de justicia.*

Mas por el norte se significa la gentilidad, que por largo tiempo entorpecióse en el frío de su infidelidad y en cuyo corazón dominó aquel que, según testimonio del profeta, dijo de sí mismo: *Pondré mi solio en el aquilón.*

De manera que, como Dios omnipotente, encarnado, perfeccionó a algunos de la Judea y a algunos de la gentilidad, en la Iglesia, midió cien codos, no sólo al oriente, sino también al norte.

21. Ya, pues, que bajo el nombre de aquilón (o norte) se ha ofrecido hablar de la gentilidad, plácenos considerar cuánto se han derramado sobre nosotros las entrañas misericordiosas de nuestro Creador; pues todos nosotros descendemos de la gentilidad. Nuestros antiguos padres adoraban leños, piedras; abandonaron al Dios que los había hecho y adoraron los dioses que ellos hicieron. Pero nosotros, por la gracia de Dios omnipotente, hemos venido de las tinieblas a la luz.

Recordemos de qué tinieblas hemos venido y demos gracias por la luz que hemos recibido; pues quien no se acuerda de su misericordia, ni idea tiene de la divina misericordia. De ahí que por el Salmista se dice de Dios (Ps. 16,7): *Haz brillar de un modo maravilloso tus misericordias, ¡oh Señor!, que salvas a los que en ti esperan;* porque entonces brillan para nosotros de un modo maravilloso las misericordias de Dios, cuando nosotros traemos a la memoria nuestras miserias, pues, recordando lo que fuimos, entendemos a quién somos deudores de lo que somos.

Cantemos, pues, gozosos a nuestro Creador nosotros los que hemos librado el cuello de nuestra mente del servicio de la criatura; gocémonos de que en nosotros se ha cumplido lo que se dijo por Isaías (30,28): *El freno del error, que sujetaba las quijadas de los pueblos, servirá para que vosotros entonéis un cántico, como en la noche de la santa solemnidad.*

En efecto, el freno del error había sujetado las quijadas de los pueblos cuando la gentilidad, sujeta al error de la idolatría, no sabía entonar cánticos de alabanza a Dios; pero este mismo freno del error ya se ha convertido para nosotros en cántico, cuando con gozo salmodiamos y cantamos: *Todos los ídolos de las naciones son demonios; mas el Señor es el que hizo los cielos;* y de nuevo (Ps. 113,4-7): *Todos los ídolos de las naciones no son más que plata y oro, obra de la mano de los hombres; tienen boca, pero no hablarán; tienen ojos, pero no verán; orejas tienen, pero nada oirán; narices tienen, y no olerán; tienen manos, y no palparán; pies, pero no andarán.*

De manera que los que salmodiando decimos estas cosas a Dios, hemos convertido en cántico al Señor el freno del error que impedía a nuestra lengua para cantar las alabanzas de Dios.

Por tanto, está bien dicho: *como en la santa solemnidad,* porque, cuando confesamos a Dios, cantando sus alabanzas, nos gozamos en la santa solemnidad.

Correspondamos, pues, con nuestras costumbres, a tanta misericordia de nuestro Redentor; y, puesto que ya hemos conocido la luz, echemos a un lado las tinieblas de las malas obras.

22. ¿Qué hay ya, os pregunto, que pueda agradar en este mundo? Doquiera vemos llanto, doquiera oímos gemir; las ciudades destruídas, deshechos los campamentos, los campos desiertos, desolada ha quedado la tierra, no hay quien cultive los campos, apenas si ha quedado algún habitante en las ciudades; y, sin embargo, esas pequeñas reliquias del género humano a diario y sin cesar van siendo heridas. Y no tienen fin los azotes del cielo, porque ni en medio de los azotes se corrigen las acciones culpables.

Vemos que unos son llevados cautivos, otros quedan mutilados y otros muertos. ¿Qué es, pues, lo que en esta vida puede agradar, hermanos míos?

Pero si todavía amamos este mundo, no son ya gozos lo que amamos, sino llagas.

Viendo estamos cuál ha quedado Roma, la misma que en otro tiempo parecía señora del mundo: quebrantada multiplicadas veces con inmensos dolores, con la desolación de sus ciudadanos, con los ataques de sus enemigos y las frecuentes ruinas..., de tal suerte que en ella vemos cumplido lo que contra la ciudad de Samaria se dice mucho antes por este mismo profeta (c.24,3): *Toma una olla, tómala, te digo yo, y echa agua en ella, y mete dentro pedazos de ella;* y poco después (v.5): *Haz que hierva a borbotones y se cuezan también los huesos que hay dentro de ella;* y de nuevo (v.10-11): *Amontona huesos, que yo les daré fuego; se consumirán las carnes y se deshará todo cuanto contiene la olla, y los huesos se disolverán.*

Después de esto, pondrás sobre las brasas la olla, para que se caldee y se derrita su cobre.

Entonces fué puesta para nosotros la olla cuando esta ciudad fué construída; entonces se echó agua en ella y se metieron dentro pedazos de carne cuando de todas partes afluían a ella los pueblos, que, como agua caliente, hervían en obras mundanas y, como pedazos de carne, se licuaban en su mismo hervor.

De la cual acertadamente se dice: *Haz que hierva a borbotones y se cuezan también los huesos que hay dentro de ella;* porque primero dominó en ella con gran fuerza el afán de la gloria del siglo; pero después esa gloria, con sus secuaces, llegó a faltar.

De manera que por los huesos se significan los poderosos del siglo y por las carnes se designan los pueblos, porque, así como los huesos sostienen las carnes, así los poderosos sostienen la debilidad de los pueblos.

Pero ved que ya han sido arrebatados de ella todos los poderosos del siglo; luego han sido cocidos los huesos; ved que ya han desaparecido los pueblos; luego sus carnes hanse consumido. Así que dígase: *Amontona huesos, que yo los daré fuego, y se consumirán las carnes, y se deshará todo cuanto contiene la olla, y los huesos se disolverán.* ¿Dónde está ya el senado? ¿Dónde ya el pueblo? Quedaron quebrantados los huesos, hanse consumido las carnes, toda clase de dignidades seculares hase extinguido en ella; toda ella ha hervido a borbotones; y a nosotros, los pocos que quedamos todavía, nos cercan diariamente las armas y cada día nos rodean tribulaciones sin cuento.

Dígase, pues: *Pon también sobre las brasas la olla vacía;* o sea, que, como falta el senado, el pueblo perece, y, no obstante, en los pocos que restan se multiplican a diario los dolores y los gemidos; Roma, ya vacía, arde.

Mas ¿por qué decimos esto de los hombres, cuando, aumentando las ruinas, vemos que también quedan destruídos los edificios?

Por eso de la ciudad ya tan vacía se dice: *Caldéese y licúese su mismo cobre,* porque ya se está consumiendo la misma olla en que antes se consumían las carnes y los huesos, pues, una vez desaparecidos los hombres, hasta las paredes se caen.

¿Dónde están, si no, los que un día se alegraban de su gloria? ¿Dónde la pompa de ellos? ¿Dónde la soberbia? ¿Dónde el frecuente e inmoderado gozo?

23. Hase cumplido en ella lo que contra Nínive destruída se dice por el profeta (Nah. 2,11): *¿Dónde está esa guarida de leones, ese pasto de sus cachorros?* ¿O es que no eran leones los capitanes y príncipes que se derramaron por diversas provincias del mundo y, maltratando y dando muerte, arrebataban la presa? Aquí hallaban su pasto los cachorros de los leones, porque los niños, los adolescentes, los jóvenes seculares y los hijos de los del siglo corrían de una en otra por todas partes, queriendo prosperar en este mundo.

Pero vedla: ya está desolada, quebrantada ya, llena ya de ge-

midos; ya nadie acude a ella para prosperar en este mundo, ya no queda ningún poderoso, ningún valiente que con violencia les arrebate la presa. Digamos, por consiguiente: ¿Dónde está la guarida de los leones, dónde el pasto de sus cachorros?

Le ha sucedido lo que sabemos que de la Judea se dice por el profeta (Mich. 1,16): *Pélate toda la cabeza, como águila.* La calvicie del hombre sólo suele suceder en la cabeza, la calvicie del águila en todo el cuerpo, porque, cuando se hace muy vieja, se caen de sus miembros todos los pelos y las plumas. Luego su calvicie se extiende como la del águila, porque quien perdió el pueblo perdió la palma (de la victoria); y se le cayeron las plumas de las alas, con las que se había acostumbrado a volar para cazar la presa, porque todos los poderosos, por los cuales arrebataba lo ajeno, han sido extinguidos.

24. Y esto que decimos del quebranto de la ciudad de Roma, sabemos que ha sucedido a todas las demás ciudades del mundo; pues unos lugares han quedado desolados con la mortandad, otros han perecido bajo el filo de la espada, otros han sido atormentados por el hambre y a otros háselos tragado la tierra.

Despreciemos, pues, de todo corazón este siglo presente, ya casi extinguido; pongamos fin a los deseos de este mundo al menos con el acabarse del mundo; imitemos, en cuanto podamos, la conducta de los buenos: que son muchos los que por el oriente y por el norte alcanzan la medida de cien codos por la perfección de su vida; pues la Judea y la gentilidad se han levantado, como se ha dicho, a la cumbre de la santidad.

Aunque también por el oriente y el norte pueden entenderse los justos y los pecadores.

En efecto, no sin razón pueden llamarse oriente los justos, que, como nacieron a la luz de la fe, han perseverado en la inocencia. Y con razón entendemos por el norte los pecadores, que, caídos por el frío del alma, languidecieron bajo la sombra de su pecado.

Pero, como la misericordia de Dios omnipotente llama a estos tales a penitencia, los lava por medio de la compunción y de las lágrimas, los enriquece con las virtudes y los levanta hasta la gloria de la perfección, no sólo se miden cien codos al oriente, sino también al norte, puesto que, por los dones y la penitencia, los pecadores llegan con los justos a la perfección.

HOMILIA VII [XIX]

(Ez. 40,20-26)

20 *Asimismo midió tanto la longitud como la anchura de las puertas del atrio exterior que cae al norte,* 21 *y sus cámaras tres a un lado y tres al otro; y su frontispicio y su vestíbulo eran, según la medida de la primera puerta, de cincuenta codos de largo y veinticinco codos de ancho.* 22 *Y sus ventanas y el vestíbulo y las entalladuras eran según*

la medida de la puerta que miraba al oriente, y para subir a ella había siete gradas, y delante de ella un zaguán. 23 *Y la puerta del atrio exterior estaba enfrente de la puerta del atrio exterior a norte y a oriente; y desde una a otra puerta midió cien codos.* 24 *Y llevóme al camino del mediodía, en donde estaba la puerta que miraba al mediodía, y midió su fachada y su vestíbulo, que eran de las mismas medidas que las otras.* 25 *También sus ventanas y los zaguanes alrededor eran, como las otras ventanas, de cincuenta codos de largo y veinticinco de ancho.* 26 *Y subíase a esta* puerta *por siete gradas, y delante de ella había un zaguán y palmas entalladas, una de un lado y otra de otro, en su fachada.*

1. Gran discreción deben tener los lectores para no creer que, cuando en la Sagrada Escritura hallan una palabra, esa palabra tiene siempre la misma significación. Así, por ejemplo, la palabra *sol* unas veces se toma en buen sentido y otras en malo, pues con el nombre de *sol* unas veces se significa a Dios y otras a la persecución, como lo atestigua el libro de la Sabiduría (5,6): *En el infierno los impíos han de decir: Luego descarriados hemos ido del camino de la vida; no nos ha alumbrado la luz del Sol de justicia.* Y de la semilla del Señor sembrada se dice (Mt. 13,6): *Mas, nacido el sol, se quemaron y se secaron;* esto es, que, venida la persecución, en los corazones de los réprobos se secan las palabras de la predicación.

Asimismo, *león* significa *el Señor*, porque está escrito (Apoc. 5,5): *Ya viene el león de la tribu de Judá;* y con el nombre de león se expresa la imagen del diablo; así se dice por el primer Pastor de la Iglesia (1 Petr. 5,8): *El diablo, cual león rugiente, da vueltas, buscando a quién devorar.*

Igualmente, con el nombre de *buey* se designa al sabio; por eso está escrito (Deut. 22,10): *No ayuntarás buey y asno;* es decir: no asocies en la predicación al sabio con el necio. Y también por el buey se significa al fatuo, como se dice de aquel que se ha hecho cautivo del amor torpe (Prov. 7,22): *Al punto la va siguiendo, como buey que llevan al matadero;* esto es, como el fatuo es llevado a la muerte.

Y bien, he dicho esto para que no se crea que porque he expuesto que la puerta representa al Señor, o a los predicadores, o a la fe, dondequiera que en este profeta se lea la palabra *puerta*, no se significa otra cosa.

Si cuando el profeta habla de una puerta rectamente se ha entendido la fe, porque una es la fe de todos los elegidos; pero, cuando se nombran otras puertas, pueden entenderse las bocas de los predicadores, por los cuales se conoce la vida verdadera y por los cuales se llega al conocimiento de los celestes misterios.

Por lo que respecta a la puerta por la que hemos dicho que se designa la fe, debemos notar que se llama inferior; pues mientras estamos en esta vida, como que todavía nos encontramos en lo más inferior, y la fe es rectamente la puerta inferior, porque a nos-

otros, que vivimos en la tierra, descubre el conocimiento de Dios. Por eso ahora se dice: *Midió tanto la longitud cuanto la anchura de la puerta del atrio exterior que cae al norte; y sus cámaras, tres a un lado y tres al otro, y su frontispicio y su vestíbulo eran, según la medida de la primera puerta, de cincuenta codos de largo y veinticinco codos de ancho. Y sus ventanas y las entalladuras eran según la medida de la puerta que miraba al oriente; y para subir a ella había siete gradas, y delante de ella un zaguán.*

2. Acerca de la puerta del atrio exterior que cae al norte repítense las mismas cosas que ya se han dicho de la otra puerta anteriormente, y se añaden otras que de la antes dicha puerta había callado el profeta. Así es que, para poder disertar más ampliamente sobre esto que todavía no se ha tratado, debemos hacer una breve repetición de lo que se ha dicho.

Pues bien; la puerta mira al camino del norte cuando un predicador conoce la vida del pecador y por la predicación le descubre los secretos de la vida.

Esta puerta se llama del atrio exterior porque atrio exterior es esta vida, en la que se ve corporalmente todo lo que se hace corporalmente.

Y se mide tanto en longitud cuanto en anchura, porque, cuando el pecador es guiado a la fe, es necesario que su doctor considere o mida cuánto aprovecha de su exhortación, así en la longitud de la fe como en la anchura de la caridad; pues quien se convierte a Dios, si todavía pone su esperanza en los bienes de la vida presente, no tiene longitud, porque breve es la vida en que ha puesto su esperanza; si, por apetecer lo terreno, todavía se siente dominado por el odio al prójimo, no tiene longitud ni anchura, porque no sabe despreciar lo transitorio ni tampoco dilatarse en el amor del prójimo. Pero cuando un convertido espera con longanimidad los gozos de la vida eterna, tolera con caridad las molestias de los prójimos y desprecia el apetecer lo que no tiene, la puerta tiene longitud y anchura, porque la gloria del predicador está en el progreso del oyente. De ahí que a algunos el gran Predicador los llama (Phil. 4,1) *mi gozo y mi corona;* y otra vez: *Mirad que yo vivo si permanecéis firmes en el Señor;* y de nuevo (1 Thes. 3,8): *Ahora podemos decir que vivimos, puesto que vosotros estáis firmes en el Señor.*

Luego la puerta que mira al norte tiene longitud o altura y anchura cuando el predicador convierte a la fe al infiel enervado por el frío de su pecado, y pues por la esperanza tiende a lo alto y se dilata por la amplitud de la caridad, se cubre de gloria.

Y como, al predicar el conocimiento de la Santísima Trinidad, algunos creen en el amor a la misma Trinidad, esta misma puerta tiene tres cámaras a un lado y tres al otro, porque todo lo que el Creador habla por el Nuevo Testamento acerca de la Trinidad, eso mismo lo muestra del Antiguo Testamento, y perfecciona en el amor de la patria celestial los corazones de los oyentes, de manera que el alma que se junta a Dios, como esposa al esposo, descansa como en una cámara y se aleja totalmente de los deseos te-

rrenos. [3.] O bien, como mucho antes dijimos, porque tres son las clases de los que viven bien, a saber: la de los buenos casados, la de los continentes y la de los predicadores. Y también porque algunos casados anhelan en amor de la patria celestial; y otros, por la esperanza del gozo eterno, maceran su carne, rehuyen toda ocupación terrena y aborrecen el ocuparse de los cuidados de este siglo; y otros desprecian los bienes de la tierra y predican los gozos celestiales que han conocido. ¿Qué son éstos, en cuyo pensamiento y meditación el alma se une a su esposo, sino cámaras en el edificio espiritual?

Y porque no sólo la Iglesia de los gentiles tiene estas tres clases de buenos, sino que también la Sinagoga los tuvo en algún tiempo, cuando una gran multitud de espirituales esperó ardientemente la gracia del Redentor, la puerta del edificio celestial tiene tres cámaras a un lado y tres al otro; pues cuando un predicador llama al oyente a la patria del cielo, también pone de manifiesto cómo los nuevos y los antiguos Padres ardieron en este celestial deseo, ya que, por lo general, los ejemplos conmueven más que los argumentos de la razón, y cuando el predicador dice cómo vivieron en el amor de Dios los casados, los continentes y los predicadores, así en el Nuevo como en el Antiguo Testamento, la puerta que habla demuestra tener tres cámaras a un lado y tres al otro.

Esta puerta tiene también frontispicio, porque en la vida del predicador hay obras que se ven.

Y tiene delante del frontispicio el vestíbulo, porque, antes de enseñar a obrar bien, predica la fe, por la cual el alma que viene humildemente se levanta a la altura de las buenas obras.

Y todas estas cosas tienen la misma medida de la puerta, según esto que se añade: que tenía cincuenta codos de altura y veinticinco de anchura.

4. Ya recordáis que más arriba traté esto con mayor amplitud; que dijimos que el número cincuenta significa la perfección; también que, por concederse cada cincuenta años el descanso al pueblo antiguo, se llamó el año cincuenta jubilar; que el número siete, en el que se encierra todo el tiempo, multiplicado por siete, suma cuarenta y nueve, al cual se añade la unidad, porque en la contemplación del Unico se completa el descanso eterno.

Luego tenemos ese mismo número cincuenta en la longitud, porque no puede llegar a aquel descanso sino sólo quien puede mantenerse con firmeza de ánimo en su esperanza. Y como por el número cincuenta somos invitados al descanso eterno, nos enseña también esto: que se mandó poner diez cortinas que tuvieran cincuenta asillas y cincuenta anillos de oro al lado de arriba.

Cortinas del tabernáculo son todos los que con diversos colores de virtudes sirven de ornamento en la santa Iglesia, los cuales, a la vez que velan lo interior, adornan todo lo exterior, porque su vida, en lo que se ve al exterior, es adorno, y su entendimiento escondido en el interior, al no poder expresar las cosas que guardan en la mente, en cierto modo las ocultan dentro de ellos.

Y con razón son diez las cortinas, porque los corazones de los santos aprovecharon por la observancia del Decálogo.

Y se mandó que las cincuenta asillas de las cortinas fueran de jacinto, por ser el jacinto de color parecido al del cielo, a fin de que las almas, levantadas de las cosas de abajo mediante la observancia de los preceptos celestiales, queden prendidas de lo más alto, como las cortinas pendientes de las asillas.

Y es de saber que estas asillas tienen además anillos de oro, esto es, entendimiento que irradia la sabiduría verdadera; el cual entendimiento, porque debe ser en todo circunspecto y estar resguardado con la vigilancia de una cautelosa solicitud, con razón está figurado por los anillos de las cortinas.

5. Y es de notar que se manda poner asillas al lado y a la parte de arriba y que se pongan los anillos en las cortinas, porque los preceptos celestiales y el conocimiento espiritual deben tenernos, no sólo pendientes en el amor de Dios, sino también unidos en caridad con el prójimo; pues en cuanto que amamos a nuestro Creador, es como que estamos en el aire pendientes de las asillas, y en cuanto que amamos a los prójimos como a nosotros mismos, tenemos al lado asillas y anillos, para que las cortinas del tabernáculo, esto es, las almas de los fieles, se mantengan unidas por la caridad y no divididas por la discordia.

Por eso también aquí, después de los cincuenta codos, en seguida se añade la medida de veinticinco codos, esto es, la anchura que corresponde a la caridad del prójimo, puesto que ella se extiende al amor del prójimo y practica en favor de ellos todas las buenas obras que puede.

Ahora bien, todas las obras buenas que se realizan corporalmente se realizan por los cinco sentidos corporales, a saber: por la vista, por el oído, por el olfato, por el gusto y por el tacto; y el número cinco, multiplicado por sí mismo, suma veinticinco, esto es, que las obras buenas, una vez comenzadas, mediante el fervor, avivan al alma a aumentarlas y se multiplican por sí mismas. De ahí que ensanchen la mente para que no se encoja con el entorpecimiento, antes bien se dilate en buenas obras mediante la caridad; pues toda indolencia de la tibieza es angostura; en cambio, toda benignidad de la caridad es anchura grande, porque, aunque tal vez falte cosa que dar al prójimo necesitado, ancha es la riqueza de la buena voluntad, que basta para merecer la recompensa del reino de los cielos, según está escrito (Lc. 2,14): *Y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad.*

6. Continúa (v.22): *Y sus ventanas, y el vestíbulo, y las entalladuras eran según la medida de la puerta que miraba al oriente.* Todo esto se expuso ya ampliamente más arriba, y, por tanto, no se debe alargar el sermón con una exposición morosa. Sin embargo, debe notarse con gran empeño esto: que se dice que la puerta del norte tiene todo igual que la puerta de oriente, a saber: las ventanas de la contemplación, el vestíbulo de la humildad y las entalladuras de las buenas obras; pues todos los que han nacido en la

conversión y se mantuvieron inocentes tienen puerta al oriente, porque su entrada al reino celestial está patente por la luz que recibieron; y todos los que después cayeron en pecado, quedaron oprimidos por el frío de su indolencia, pero por la penitencia vuelven al amor de la patria celestial y se enfervorizan, tienen la puerta al norte, porque también a éstos, después del frío de su pecado, se les abre por misericordia la entrada del reino.

Y se dice haber esta puerta al norte porque también los pecadores convertidos se enriquecen de virtudes, igual que son ricos los que evitaron tener que arrepentirse del pecado. Por eso dice el Señor por el Salmista (Ps. 101,10): *Mezclaba el alimento con la ceniza*, porque recibía a los pecadores lo mismo que a los justos, pues de los pecadores está escrito (Mt. 11,21): *Habrían hecho penitencia cubiertos de ceniza y de cilicio*. La ceniza, pues, se come como el pan cuando el pecador, por la penitencia, vuelve, como el inocente, a su Creador.

Luego la puerta del norte tiene ventanas, tiene vestíbulo, tiene entalladuras, porque, cuando el pecador, después de la culpa, vuelve a la vida, muchas veces recibe la luz de la contemplación, y del recuerdo de su maldad recibe la gracia de una humildad grande y también tal eficacia en su bien obrar que parezca como esculpido o entallado en su vida todo lo que está mandado hacer.

Y para subir a ella había siete gradas, y delante de ella un zaguán.

7. Por siete gradas se sube a la puerta, porque por la gracia septiforme del Espíritu Santo se nos abre la entrada del reino de los cielos. Isaías, comenzando a enumerar esta gracia septiforme o en la misma Cabeza nuestra o en su Cuerpo, que somos nosotros, dice (11,1-2): *Y reposará sobre El el Espíritu del Señor, espíritu de sabiduría y de entendimiento, espíritu de consejo y de fortaleza, espíritu de ciencia y de piedad, y estará lleno del espíritu del temor del Señor.* Como hablaba de cosas celestiales, enumeró estas gradas, descendiendo más bien que ascendiendo, a saber: sabiduría, entendimiento, consejo, fortaleza, ciencia, piedad y temor; y como está escrito (Eccli. 1,16): *El principio de la sabiduría es el temor de Dios*, consta, sin lugar a duda, que por el temor de Dios se sube a la sabiduría, no desde la sabiduría se va al temor, porque cierto es que la verdadera sabiduría tiene caridad, y está escrito (1 Io. 4,18): *La perfecta caridad echa fuera el temor*. Luego el profeta, como hablaba desde las cosas del cielo a las de abajo, comenzó antes por la sabiduría y acabó por el temor. Pero nosotros, que de las cosas terrenas tendemos a las celestiales, hagamos mención de esas mismas gradas ascendiendo, de manera que desde el temor podamos llegar a la sabiduría.

De suerte que en nuestra alma la primera grada de nuestra ascensión es el temor de Dios; la sagunda, la piedad; la tercera, la ciencia; la cuarta, la fortaleza; la quinta, el consejo; la sexta, el entendimiento, y la séptima, la sabiduría.

Ya está el temor de Dios en el alma; pero ¿cuál es este temor si en él no está la piedad? Porque quien no sabe compadecerse del

prójimo, quien finge compadecerse de él en sus tribulaciones, el temor de este tal es nulo ante los ojos de Dios omnipotente, porque no sube hasta la piedad.

Mas con frecuencia la piedad suele caer en error por desorden en la misericordia, cuando acaso perdona lo que no debe perdonarse; pues los pecados que pueden ser castigados con el fuego del infierno deben corregirse con el azote de la disciplina; por eso debe condenarse la piedad cuando perdona temporalmente y arrastra al eterno suplicio. Luego, para que la piedad sea verdadera y ordenada, debe elevarse a otra grada, esto es, a la ciencia, para que sepa, así lo que debe castigar por misericordia como lo que debe perdonar por piedad.

Pero ¿de qué sirve el que uno sepa lo que debe hacer, si no tiene fortaleza para hacerlo? Luego nuestra ciencia debe subir hasta la fortaleza, para que, sabiendo lo que se debe hacer, pueda hacerlo mediante la fortaleza de ánimo y no tiemble por el temor, no sea que, detenida por el pavor, no pueda defender el bien que conoce.

Pero muchas veces la fortaleza, si está desprevenida y menos cautelosa contra los vicios, viene a ser víctima de su presunción; suba, pues, al consejo, para que, proveyendo, ponga primero a salvo todo lo que puede hacer con valor.

Mas no puede haber consejo donde falta el entendimiento, porque quien no entiende el mal que padece el que obra, ¿cómo puede asegurar el bien que le alivia? De manera que desde el consejo debemos subir al entendimiento.

Mas ¿de qué sirve que el entendimiento vigile con gran agudeza, si no sabe moderarse con la madurez? Subamos, por tanto, del entendimiento a la sabiduría, para que lo que agudamente ha discurrido el entendimiento, la sabiduría lo disponga maduramente.

De manera que, como por el temor subimos a la piedad, por la piedad somos llevados a la ciencia, por la ciencia subimos a robustecernos con la fortaleza, por la fortaleza ascendemos al consejo, por el consejo nos adelantamos al entendimiento y por el entendimiento llegamos hasta la madurez de la sabiduría, por siete gradas llegamos a la puerta por la que se nos abre la entrada a la vida espiritual.

8. Y se dice bien que había un zaguán delante de ella, porque quien primeramente no tuviera humildad, no sube las gradas de estos dones espirituales, conforme a lo que está escrito (Is. 66,2): *¿Sobre quién posará mi Espíritu sino sobre el humilde, el manso y que oye con temor mis palabras?* Del cual se dice por el Salmista (Ps. 83,6 y 7) que *en este valle de lágrimas ha dispuesto en su corazón las gradas para subir hasta el lugar santo.*

El valle es, en efecto, un lugar humilde; y todo pecador que de corazón se aflige y llora humildemente, progresa subiendo de virtud en virtud.

El Salmista otra vez dice (Ps. 103,10): *Tú haces brotar las fuentes en los valles;* o sea, que Dios omnipotente presta los dones de su gracia a los humildes.

9. También por el zaguán puede entenderse la fe, puesto que ella está antes que las gradas y que las puertas; porque primero venimos a la fe, para que después, por las gradas de los dones espirituales, entremos por la puerta de la vida celestial: que no venimos por las virtudes a la fe, sino que por la fe se llega a las virtudes.

Así, Cornelio el centurión, cuyas limosnas anteriores al bautismo son alabadas por testimonio del ángel, no vino a la fe por las obras, sino que por las obras llegó a la fe, puesto que por el ángel se le dice (Act. 10,4): *Tus oraciones y tus limosnas han subido hasta el acatamiento de Dios.* Pero si antes del bautismo es cierto que no creía en Dios, ¿por qué oraba? O ¿cómo le habría oído Dios omnipotente, si no le pedía que le perfeccionase en las buenas obras? Luego sabía que Dios era el Creador de todas las cosas, aunque ignoraba que el Hijo del Omnipotente se hubiera encarnado.

Mas, si antes no creyera, no habría podido obrar bien, pues escrito está (Hebr. 11,6): *Sin fe es imposible agradar a Dios.* Luego tuvo fe aquel cuyas oraciones y limosnas pudieron agradar a Dios. Con su buena conducta mereció conocer perfectamente a Dios y creer el misterio de su encarnación hasta llegar a recibir el sacramento del bautismo. Luego por la fe llegó a las obras, aunque por las obras se afirmó en la fe.

De manera que el zaguán está ante las gradas, porque quien primero cree, ése asciende luego por las gradas de las virtudes hasta la entrada de la puerta.

Sigue (v.23): *Y la puerta del atrio interior estaba enfrente (contra) de la puerta del norte y la oriental.*

10. En este lugar, la voz *(contra) enfrente* se pone, no por significar oposición o adversidad, sino por dar a entender que estaban en línea recta, esto es, que la puerta del atrio interior aparecía colocada de manera que la puerta del norte y la del oriente tendían rectamente a la entrada de ella.

¿Y qué significa el que la puerta del atrio interior esté colocada en línea recta frente a la puerta de oriente y del norte, sino esto que claramente se da a entender: que la entrada al reino de los cielos se abre por igual al pueblo judío y al gentil, a los justos y a los pecadores convertidos después de su pecado?

¡Grande es, pues, la misericordia de nuestro Creador!

Y la puerta interior no sólo mira a la puerta de oriente, sino también a la del norte; porque no sólo a los que perseveran en la inocencia, sino también a los pecadores, que con la penitencia castigan sus pecados, se descubren los gozos del atrio interior, para que conozcan los inefables misterios de la patria celestial; conociéndolos, los deseen; deseándolos, corran, y corriendo, lleguen.

Estos misterios del gozo eterno había conocido el que decía (Ps. 41,2): *Sedienta está mi alma del Dios fuerte y vivo. ¡Cuándo será que yo llegue y me presente ante la cara de Dios!*

El predicador de los gentiles todavía anhelaba la entrada del reino celestial, cuando decía (Phil. 1,23): *Deseo verme libre de las ataduras de este cuerpo y estar con Cristo.* Estos secretos gozos es-

condidos habíalos conocido la Esposa, que decía (Cant. 5,4): *Mi Amado metió la mano por la ventana y al ruido de El se conmovió mi corazón.* El Amado mete la mano por la ventana cuando el Señor con su virtud da a nuestra alma toque de sutil inteligencia; y nuestro corazón se conmueve a su toque, porque nuestra flaqueza, en cuanto se siente tocada del conocimiento del gozo celestial, se conmueve con su mismo gozo; y en su alma siente pavor y alegría, porque, aunque ya conoce lo que del gozo celeste desea, pero todavía teme, no sea que se pierda lo que apenas siente débilmente.

¿Qué resta, pues, sino que enderecen el camino de la vida perfecta todos los que conocen aquellos gozos de la vida celestial? Que por eso aquí se añade también: *Y desde una a otra parte midió cien codos.*

11. Ya hemos dicho antes que el número ciento es perfecto porque se compone de diez veces diez. De manera que quien ve la entrada del atrio interior, en verdad es necesario que corra por la vida de la perfección y que desde la puerta del principio llegue hasta la entrada de la consumación.

Mídase, por tanto, en cien codos el atrio interior, porque desde las puertas exteriores hasta la puerta interior se dilata cien codos, o sea, que quien comenzó amando tenga en el alma la anchura de la perfección, de suerte que a quien ama no le estrechen las adversidades, sino que, despreciando todo lo transitorio, corra por el atrio de la perfección hasta llegar a los gozos secretos.

Hay, pues, muchos que por las siete gradas han llegado ya a la entrada de la puerta exterior, conforme a la medida de la donación de lo alto, humildes por el temor, misericordiosos por la guarda de la piedad, discretos por la ciencia, libres por la fortaleza de ánimo, cautos por el consejo, previsores por el entendimiento y oportunos por la sabiduría; pero que, forzados por alguna necesidad, todavía atienden a los cuidados de este mundo, y de donde ya en su mayor parte quedaron libre su alma, allí quedan retenidos contra su voluntad; y con atender a las cargas de los negocios que llevan a cuestas, atienden menos a los preceptos celestiales, y aunque no dejan de anhelar sinceramente por la patria eterna, pero esos mismos deseos no dejan de languidecer en ellos, porque al alma encadenada por los cuidados temporales no le agrada amar tanto cuanto debe los verdaderos gozos que ha conocido.

Estos, las más de las veces, acaban por sacudir de su cuello el yugo del mundo, lo dejan todo, deponen las cargas de los cuidados terrenos y, para extender más lejos los deseos del alma a los anhelos celestiales, piden vida solitaria, y en ella, atentos a las piadosas oraciones, entregados a la santa meditación, se afectan, devotos, con el llanto, con el fuego del amor queman lo viejo del corazón y se renuevan, ardiendo en gozo celestial. Estos, por lo general, inflamados en ese su deseo, ansían verse libres de la carne, y tras del llanto no quieren volver a la vida presente. Sin embargo, se les retrasa para que el amor, diferido con esta dilatación, adelante y crezca en el deseo ardiente de eso que parece negársele.

Tal sucedió en la región de los genesarenos: aquel que había sido librado de la legión de demonios, quería irse ya con el Señor; pero, sin embargo, se le dice (Lc. 8,39): *Vuélvete a tu casa y cuenta las maravillas que Dios ha obrado a favor tuyo.*

Asimismo, la Esposa, ardiendo en santos deseos, habla en el Cantar de los Cantares (3,1), diciendo: *En mi lecho eché de menos por la noche al que ama mi alma; anduve buscándole y no le encontré.* Se echa de menos al Amado cuando el alma, en su ocio y descanso que apetece, quiere ver ya al Señor, desea ya ir a El, suspira por que se le acaben ya las tinieblas de la presente vida. Pero le busca y no le encuentra, porque, aunque le desea con grande amor, sin embargo, no se le concede todavía ver a quien ama.

12. Estas almas de los santos, ¿qué hacen en este deseo sino correr ya desde las puertas exteriores por el atrio hasta la puerta interior? A las cuales acontece con frecuencia que, viéndose compungidas por gran merced de la gracia celestial, ya se creen perfectas y se tienen por obedientes, pero es porque no hay quien mande cosas duras; y presumen de pacientes, pero es porque nadie las toca con contumelias y contrariedades. Y con frecuencia sucede que, aun sin quererlo, reciben el ministerio espiritual y son elevados al gobierno de los fieles; y al ser probados por aquí y por allá con grandes tribulaciones, turbado su espíritu, se hallan ser imperfectos los que, no probados, se creyeron ser perfectos. De lo cual resulta que se reconcentran dentro de sí mismos y se avergüenzan del oprobio de su flaqueza, y, robustecidos con su misma confusión, oponen la paciencia a la adversidad y de la misma tribulación sacan provecho los que antes, en su ocio por contarse seguros, andaban flojos, y comienzan a ser de veras tales cuales antes vanamente pensaban ser.

De manera que éstos, cuando desde las puertas exteriores son llamados hasta la puerta interior por el atrio del buen deseo, este mismo atrio en ellos mide cien codos, porque mediante el amor y el ejercicio adelantan cada día en la santa perfección; y perfeccionarse en el alma por los cotidianos deseos es como medir cien codos el atrio interior.

Luego para eso hay cien codos desde las puertas hasta la puerta, para que haya como ciertas dilaciones de donde resulte esa dilación del vivir por la que a diario se crece en las virtudes, y así se llegue con mayor perfección a la entrada interior.

Sigue (v.24-26): *Y llevóme al camino del mediodía, en donde estaba la puerta que mira al mediodía, y midió su fachada y su vestíbulo, que eran de las mismas medidas que las otras. También sus ventanas y los zaguanes alrededor eran, como las otras ventanas, de cincuenta codos de alto y veinticinco de ancho. Y subíase a esta puerta por siete gradas, y delante de ella había un zaguán y palmas entalladas, una de un lado y otra de otro, en su fachada.*

13. Ya se han dicho todas las cosas que respectan a la puerta del oriente y del norte, y no es conveniente repetir a cada paso lo que hemos ya dicho, exponiéndolo una y otra vez.

Debemos notar, sin embargo, que en este edificio espiritual hay

abiertas una puerta al oriente, otra al norte y otra al mediodía; y que así como por el frío del aquilón se significan los pecadores, así por el camino del mediodía los de espíritu fervoroso, los cuales, encendidos en el fuego del Espíritu Santo, crecen en las virtudes como la luz meridiana.

De manera que la puerta del oriente está abierta para que los que incoaron bien los sacramentos de la fe y no cayeron después en el abismo de los vicios lleguen a los gozos eternos; la puerta del norte está patente para que quienes, después de haber comenzado a disfrutar del calor y de la luz, cayeron en el frío y obscuridad de sus pecados, por la compunción de la penitencia alcancen el perdón y conozcan cuál sea la verdadera alegría de la eterna retribución; y quede abierta la puerta al mediodía, para que quienes con santos deseos practican con fervor las virtudes penetren de continuo con inteligencia espiritual los misterios del gozo interior.

Mas, a cuenta de esto, puede preguntarse: ¿Cómo, siendo cuatro las puertas de este mundo, en este edificio se mencionan, no cuatro puertas, sino solamente tres? Cosa que con razón se preguntaría si el profeta hubiera visto, no un edificio espiritual, sino un edificio material.

Ello es porque la santa Iglesia, esto es, el edificio espiritual, para llegar a los gozos secretos, sólo tiene tres puertas, a saber: la fe, la esperanza y la caridad: una al oriente, otra al norte y la tercera al mediodía.

En efecto, la puerta en el oriente es la fe, porque por ella nace en el alma la luz verdadera; la puerta al norte es la esperanza, porque quien se halla caído en pecado, si desespera del perdón, está perdido irremisiblemente; por eso es necesario que quien por su iniquidad ha caído en la muerte, reviva por la esperanza en la misericordia; la puerta al mediodía es la caridad, porque arde en el fuego del amor; pues como el sol sube a lo más alto al mediodía, así la luz de la fe por la caridad se eleva hasta el amor de Dios y del prójimo.

Luego al atrio interior se va por tres puertas, o sea que por la fe, por la esperanza y por la caridad se llega a los gozos eternos.

Pero surge además otra cuestión: ¿Por qué se dice que la puerta interior está frente a las puertas de oriente y del norte y no se dice si está o no abierta a la puerta del mediodía?

Mas, como hemos dicho que por el oriente se designan los principiantes y por el norte los caídos, era justo que tanto a los principiantes, a quienes todavía el sol calienta poco, como a los caídos, pero que vuelven por la conversión, se les dijera claramente que para ellos está patente la puerta del atrio interior, porque así nos certificaba respecto de aquellos de quienes podía dudarse; y esto no había por qué decirlo de la puerta del mediodía, porque nadie ignora que los que con fervor de espíritu perseveran en las virtudes lleguen a los gozos eternos.

Sigue: *Y palmas entalladas, una de un lado y otra de otro, en su fachada.*

14. ¿Cómo es que antes se dijo que había palmas pintadas en su fachada y ahora se dice que las palmas eran entalladas? Porque, como ya dijimos antes, la pintura de las palmas es la ostentación de signos o milagros; mas ahora se dice que las palmas están entalladas para significar la manifestación de las buenas obras; pues a los mismos predicadores más encumbrados se les dice (Mt. 5,16): *Vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre, que está en los cielos.*

Luego los que demuestran llevar impresas en su vida sus buenas obras tienen entalladas las palmas en su fachada, porque ya muestran ahora en sus santas obras cuánta gloria o victoria los seguirá después; o bien porque hemos dicho que la fe está designada por la puerta oriental, la esperanza por la del norte, y por la del mediodía la caridad.

Pero debemos notar que se dice que en la puerta del oriente hay pintadas palmas, mas en las del norte y mediodía hay palmas entalladas. Y es porque ocurre con frecuencia que los que aun son principiantes todavía no se ejercitan en obras grandes y de solidez, pero los que después de la culpa vuelven a la virtud, por lo regular, para poder reparar ante los ojos de Dios omnipotente sus culpas, se ejercitan en grandes virtudes; y como ya con el fervor del espíritu han aumentado sus obras y sus virtudes, es como que se calientan al mediodía con las obras santas.

Luego la puerta del oriente está pintada, pero la del norte y la del mediodía están entalladas, porque la señal de la victoria que aparece en los principiantes, en los arrepentidos y fervorosos ya se muestra más sólida y fuertemente.

15. También es muy de notar que se dice: *una de un lado y otra de otro.* Es porque todos los que aspiramos a entrar en la vida debemos tener también palmas del lado derecho y del lado izquierdo, pues esto se significa al decir *de un lado* y *de otro.*

Y así, tiene la palma al lado derecho aquel a quien no engríen las prosperidades, y tiene la palma al lado izquierdo aquel a quien no abaten las adversidades.

Como a un lado y a otro llevaba la palma San Pablo cuando decía (2 Cor. 6,7-8): *Con las armas de la justicia* para combatir *a la diestra y a la siniestra, en medio de honores y deshonores, de infamias y de buena fama, tenidos por impostores siendo veraces.* No abatían a éste las adversidades ni le levantaban en hinchazón de ánimo las prosperidades; luego llevaba la palma de un lado y del otro, porque se mantenía firme en la adversidad y humilde en la prosperidad; que quien se engríe de la prosperidad no sabe tener palma al lado derecho, y quien se abate en la adversidad no sabe tener la palma al lado izquierdo.

Luego, para llevar de un lado y de otro la palma en la fachada, nuestras almas deben tener siempre confianza en caso adverso y temor en lo próspero, para que ni lo adverso nos lleve a la desesperación ni lo próspero nos engría el ánimo por confiar en ello.

Por eso decía el egregio Predicador (Phil. 4,12): *Sé vivir en la pobreza y sé vivir en la abundancia; todo lo he probado y estoy ya hecho a todo: a tener hartura y a sufrir hambre, a tener abundancia y a padecer necesidad. Todo lo puedo en Aquel que me conforta.*

16. Y qué, hermanos, ¿acaso es arte alguno el verse humillado y abundar, el saciarse y tener hambre, el vivir en la abundancia y padecer necesidad, para que tan gran predicador lo muestre como cosa grande el saber estas cosas? Arte, sí, por cierto, y rara ciencia de la disciplina, que con todo el empeño de nuestro corazón debemos hacer por aprenderle; pues a quien no quebranta su necesidad, ni le impide la acción de gracias, ni prende en él el deseo de cosas temporales, éste sabe humillarse; pues en este lugar el Apóstol llama humillarse al padecer necesidad, puesto que en seguida añade como cosa contraria: *Sé vivir en la abundancia*. De manera que quien no se enorgullece de los bienes recibidos, quien no los emplea para convertirlos en vanagloria, quien no tiene para sí solo lo que ha recibido, sino que lo comparte, misericordioso, con los necesitados, éste sabe vivir en la abundancia. Quien usa de los alimentos que ha recibido, no para regalo del vientre, sino para reparar las fuerzas, y no da a la carne más de lo que necesita, éste sabe vivir en hartura. Quien, sin murmurar, tolera la falta de alimentos y ni aun por la necesidad de vivir hace cosa por donde su alma caiga en el lazo del pecado, éste sabe padecer hambre. Y aquel a quien ni la abundancia le yergue en soberbia ni la necesidad le irrita el apetito, ese tal sabe vivir en la abundancia y padecer penuria.

El Apóstol, con añadir: *Todo lo puedo*, para que no creyéramos que eran palabras de elación, agregó: *en Aquel que me conforta*. Vedlo: el ramo subió a lo alto; pero, como se mantiene en la raíz, se mantiene en su verdor: secaríase al subir a lo alto si se apartara de la raíz. Nada, pues, se atribuye a sí, puesto que atestigua que todo lo puede, mas no en sí, sino en Aquel que le conforta.

Luego de un lado y de otro tiene palmas el egregio Predicador, a quien ni la abundancia ensoberbece ni la escasez hace avariento.

17. Aprendamos, pues, hermanos, a dar gracias, no sólo en la prosperidad, sino también en la adversidad, ya que nuestro Creador, por su piedad, se ha hecho padre para nosotros y como a hijos adoptivos nos mantiene para la herencia del reino de los cielos; y no sólo nos conforta con sus dones, sino que hasta con los castigos nos enseña.

Aprendamos, pues, a vivir en la abundancia, de modo que cuanto de El recibimos lo compartamos con los indigentes, y la abundancia no engría al alma, no sea que tal vez se goce de tener lo que a otros falta y ya no se goce del bien común, sino del propio.

Del gozo privado al gozo común llama la Verdad a sus discípulos, cuando, al volver éstos de predicar y gloriarse de que los demonios se les sujetaban, los amonesta, diciendo (Lc. 10,20): *No tanto habéis de gozaros por esto cuanto porque vuestros nombres están escritos en los cielos*, pues no todos los elegidos arrojan a los demonios, pero sí que los nombres de todos los elegidos están escritos en el cielo.

Se aconseja, pues, a los discípulos deponer la alegría privada y gozarse de la común y perpetua felicidad.

De manera que quien se goza en lo que otro no tiene, tiene gozo privado y de su misma abundancia se ha hecho peor.

Contra este apetito de abundar nos amonesta San Juan cuando dice (1 Io. 2,15): *No queráis amar al mundo ni las cosas mundanas.* El cual da en seguida la razón: *Si alguno ama al mundo, no habita en él la caridad del Padre,* pues (Mt. 6,24) *ninguno puede servir a dos señores,* porque no puede a la vez amar lo transitorio y lo eterno.

Si, pues, amamos la eternidad, poseemos todo lo temporal en el uso, no en el afecto. Y agrega a continuación la misma razón, diciendo (v.16): *Porque todo lo que hay en el mundo es concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos y soberbia de la vida.*

18. En efecto, los hombres apetecen tener algo y aún más de lo necesario para enorgullecerse de tenerlo, y como otros no lo tienen, hácense altivos en su pensamiento.

De suerte que quien es tal no ha aprendido todavía a vivir en la abundancia.

Mas con frecuencia la avaricia tiene por necesidad lo que la concupiscencia sugiere; y cuando bastan cosas pequeñas, duele el que falten cosas mayores, y el alma, incauta, padece una falsa necesidad que ella se crea. De manera que la abundancia es vecina de la soberbia, a la cual, si alguna vez la domina la codicia, diríamos que la tiene en una cautividad pasajera.

Luego, si queremos aprender el arte de vivir en la abundancia, es necesario que ahuyentemos no solamente los vicios que le son más vecinos, sino también los que vienen de más lejos.

Aprendamos a padecer necesidad, para que aun lo que no tenemos no pretendamos tenerlo culpablemente, ni reputemos por felices a los que vemos cargados de cosas; muy pocas son aquellas de que disponen para el sustento de la vida; llevan muchas cosas, pero en una vida corta.

En este viaje nos es una gran compañera la pobreza, que no agobia al alma la falta de riqueza terrena de que tengamos que dar cuenta al Juez eterno; en cambio, caminamos más libremente a la patria, porque es como que no llevamos peso en el viaje.

19. Aprendamos a vivir en la hartura, para que, al tomar los alimentos del cuerpo, no sirvamos a la gula más bien que a la necesidad, pues la concupiscencia pide más que la necesidad; y muchas veces, cuando tratamos de satisfacer la necesidad de la carne, entra subrepticiamente el placer y traspasa la moderación en la comida; de donde resulta que una culpa pasa a otra culpa, porque, generalmente, cuando se refecciona la carne inmoderadamente, de ahí nace otra tentación de la carne, pues, debilitada la naturaleza por el pecado del primer hombre, nacemos a este mundo con nuestras tentaciones; y la carne unas veces nos ayuda a obrar bien y otras nos seduce para el mal. Luego, cuando le concedemos más de lo debido, alimentamos un enemigo; y cuando no damos lo debido a su necesidad, damos muerte a un ciudadano. Así es que debe sa-

tisfacerse a la carne, pero solamente en lo que basta para que pueda servirnos en el bien obrar; porque quien la concede tanto que llegue a ensoberbecerse, en absoluto ignora tener hartura.

Grande arte es tener hartura, de modo que nadie, por saciar la carne, incurra en la maldad de la torpeza.

Aprendamos a padecer hambre, de modo que nos agrade aquí nuestra necesidad en atención a la abundancia que la ha de seguir, y no dejemos que la necesidad de nuestro cuerpo nos arrastre a la culpa, no sea que la necesidad sugiera a la mente el pecado, y mientras la carne siente hambre, el alma sea arrastrada por la concupiscencia y busque culpablemente procurar de donde pueda satisfacer la necesidad de la carne; ni suceda que el corazón salte indignado, y la lengua se encienda en la amargura de la murmuración.

Luego quien, ante la necesidad de su carne, vigila por aquí y por allá y se guarda del lazo de la culpa, ése ha aprendido a padecer hambre.

20. Así que nosotros, hermanos carísimos, huyendo de la ira y de la avaricia en la adversidad y declinando del orgullo y del inconsiderado y vano contentamiento en la prosperidad, cuando por la fe, por la esperanza y por la caridad, por estas tres puertas, deseemos entrar al atrio de la vida interior, tenemos las palmas al uno y al otro lado.

Pláceme traer todavía a la memoria a otro ciudadano de la patria celestial y demostrar cómo tiene a un lado y al otro la palma.

Es el santo Job, que, con ser el hombre más rico de entre los orientales y acudirle toda clase de prosperidades, con tener muchos hijos, criados numerosos, abundantes ganados, se mantiene en tanto temor de Dios omnipotente, que en medio de la observancia de la disciplina, entre tantos actos de justicia, entre muchos obsequios humildes, dedicado a las obras de misericordia, consagrado a ofrecer sacrificios, inmolaba al Señor holocausto por cada uno de sus hijos, por si alguno de ellos tal vez hubiera pecado al menos en el corazón.

Pensemos, pues, cuánto era su cuidado de obrar bien, que hasta en sus hijos expiaba las culpas del corazón.

Pero habíase conocido cuán justo era en la prosperidad; mas no se sabía si podría perseverar puesto entre los flagelos; por tanto, había de ser tentado con el azote.

Aquel varón, santo en medio de sus prosperidades, es probado en las adversidades, para que quien era conocido del Señor omnipotente se diera a conocer a nosotros y a sí mismo entre los flagelos.

Y así, por disposición del Señor, acabáronsele los ganados, fueron muertos los guardianes; caída a tierra la casa, perecieron sus hijos; llagada su carne desde la planta del pie hasta la coronilla de la cabeza; quedóle incólume la esposa, para que con los dardos de sus palabras aumentara sus llagas. Pero, en la tentación, el varón santo, sano en medio de la herida, prudentemente la enseña y la responde, diciendo (Iob 2,10): *Si recibimos los bienes de la mano de Dios, ¿por qué no recibiremos también los males?*

Además, vienen los amigos a consolarle, prorrumpen en contumelias y al dolor de las llagas añaden todavía las heridas de las palabras. Dícenle que no tiene misericordia, llámanle raptor, le acusan de violento, decláranle opresor de los pobres.

¿Qué haría, pues, el soldado de Dios, oprimido en medio de las dolientes heridas y de las amargas palabras?

Vedle: los azotes de Dios y las palabras de los hombres fuerzan el ánimo del afligido a la desesperación. Pero su espíritu, lleno de virtud, yaciendo envuelto en las heridas de la carne, manteniéndose firme en la mente contra los impulsos de la desesperación, trajo a la memoria lo bueno que había hecho.

Porque había sido misericordioso y, además, el padre de los pobres, dice (Iob 29,15): *Era yo ojos para el ciego y pies para el cojo.* Porque fué cuidadoso de la disciplina y benigno, dice (v.15): *Estando sentado como un rey rodeado de sus guardias, no por eso dejaba de ser el consolador de los afligidos.*

Porque había sido humilde, dice (Iob 31,13): *Si me desdeñé de entrar en juicio con mi siervo y con mi sierva cuando tenían que pedirme algo en justicia.*

Porque había sido hospitalario, dice (v.19): *Si no hice caso del que iba a perecer por no tener ropa.*

Que no había sido violento, lo atestigua diciendo (v.21): *Si alcé mi mano contra el huérfano, aun viéndome superior en el tribunal.*

Porque nunca habíase alegrado del daño del enemigo, dice (v.19): *Si me holgué de la ruina del que me aborrecía.*

Porque fué paciente y sufrió con ánimo igual la malicia, aun de los suyos, dice (v.31): *¿Y las gentes de mi casa no llegaron a prorrumpir: Quién nos dará que pudiéramos saciarnos de su carne?*

¿Cómo es que el santo varón, en medio de los azotes, enumera sus virtudes? ¿Y cómo es que él mismo, con su propia boca, alaba las obras que había hecho, sino porque, en medio de las llagas y de las palabras que podían llevarle a la desesperación, dispone su alma para la esperanza?

Quien, pues, fué humilde en la prosperidad, trayendo a la memoria sus buenas obras, mantúvose inquebrantable en la adversidad. Si no hubiera traído a la memoria el bien que había hecho, ¿cómo aquellos azotes y aquellas palabras no habrían conducido su ánimo a la desesperación?

Al oír tantas cosas malas, el santo varón vió su alma empujada a la desesperación y procuró admirablemente afianzarse en la esperanza cierta con el recuerdo de sus buenas obras.

Así se cumple lo que está escrito (Eccli. 11,17): *En los días buenos no te olvides de los días malos, y en el día malo acuérdate del día bueno.* Porque si, cuando tenemos bienes, nos acordamos de los males que o ya hemos padecido o todavía podemos padecer, los bienes recibidos no nos engríen el ánimo, porque, ante el recuerdo de los males, el temor reprime el gozo de aquéllos; y si, cuando tenemos males, nos acordamos de los bienes que o ya hemos recibido o todavía esperamos poder recibir, el peso de los males no fuerza e

ánimo a la desesperación, porque el recuerdo de los bienes le lleva a esperar.

De manera, hermanos carísimos, que, si caminamos por los preceptos del Señor y por los ejemplos de los santos, para que ni la prosperidad nos engría ni la adversidad nos quebrante, mostramos tener palmas a un lado y a otro ante los ojos de Dios omnipotente, para quien es todo honor y gloria por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA VIII [XX]

(Ez. 40,27-38)

27 *La puerta del atrio interior caía al mediodía, y midió de puerta a puerta en la parte meridional cien codos.* 28 *Y llevóme al atrio interior a la puerta del mediodía, y midió la puerta, la cual era de las mismas medidas que las otras.* 29 *Las cámaras y fachadas y zaguán, sus ventanas y su zaguán alrededor tenían las mismas medidas, cincuenta codos de largo y veinticinco codos de ancho.* 30 *Y el vestíbulo que había alrededor tenía veinticinco codos de largo y cinco de ancho.* 31 *Y su pórtico daba al atrio exterior, y había también palmas en la fachada y ocho gradas para subir a la puerta.* 32 *E introdújome en el atrio interior por la puerta oriental, y midió la puerta, la cual era de las mismas medidas que las otras.* 33 *Sus cámaras, su fachada y su vestíbulo, así como arriba; y las ventanas y el vestíbulo alrededor tenían de longitud cincuenta codos y veinticinco codos de ancho.* 34 *Y su pórtico caía al atrio exterior; y había en su fachada, de un lado y de otro, palmas entalladas; subíase a la puerta por ocho gradas.* 35 *Y llevóme a la puerta que miraba al norte, y midióla según las mismas medidas que las otras.* 36 *Sus cámaras, y su fachada, y su vestíbulo, y sus ventanas alrededor tenían cincuenta codos de largo y veinticinco de ancho.* 37 *Y su vestíbulo caía al atrio exterior; y había palmas entalladas en su fachada de un lado y de otro; y subíase a la puerta por ocho gradas.* 38 *Y en cada una de las cámaras había un postigo enfrente de las puertas, junto a las cuales lavaban el holocausto.*

1. Las palabras del profeta que, con la ayuda de Dios, se han de explicar a vuestra caridad, más que ser expuestas, necesitan ser atentamente leídas, pues ellas repiten en las tres puertas interiores todo lo que se ha dicho dos y tres veces de las exteriores.

Pero hay en la descripción de ellas unas pocas cosas que cambian; por lo que es necesario que repitamos lo que ya se ha dicho, para que más libremente podamos aclarar lo que se ha de decir.

Pues bien, ahora se dice: *La puerta del atrio exterior caía al mediodía; y midió de puerta a puerta en la parte meridional cien codos. Y llevóme al atrio exterior a la puerta del mediodía y midió la puerta, la cual era de las mismas medidas que las otras. Sus cámaras, y fachada, y zaguán, sus ventanas y zaguán alrededor tenían las mismas medidas, cincuenta codos de largo y veinticinco de ancho.*

Ya recordáis que todas esas cosas se han dicho y se han expuesto más arriba. Pero no se ha dicho aún lo que del vestíbulo se añade: *Y el vestíbulo que había alrededor media veinticinco codos de largo y cinco de ancho, y su pórtico daba al atrio exterior.* Y de nuevo se repite lo que ya se había dicho más arriba: *Había también palmas en la fachada;* y en seguida se agrega lo que todavía no se había dicho: *Y ocho gradas para subir a la puerta.*

También esto que se había escrito de la puerta del mediodía se narra de la puerta del oriente en el mismo orden, porque en seguida se agrega: *E introdújome al atrio interior por la puerta de oriente, y midió la puerta, la cual era de las mismas medidas anteriores. Sus cámaras, y fachada, y zaguán, como arriba. Y las ventanas y el vestíbulo alrededor tenían de longitud cincuenta codos y veinticinco codos de anchura; y su vestíbulo* (esto es, el del atrio interior) *caía al atrio exterior, y había palmas entalladas en sus fachadas de un lado y de otro; y subíase a la puerta por ocho gradas.*

También estas cosas que se han dicho de la puerta del mediodía y de la del oriente se repiten asimismo de la puerta del norte con las mismas palabras, porque se añade: *Y llevóme a la puerta que miraba al norte y midióla según las mismas medidas que las otras. Sus cámaras, y su fachada, y su vestíbulo, y sus ventanas alrededor, tenían cincuenta codos de largo y veinticinco de ancho. Y su vestíbulo caía al atrio exterior, y había palmas entalladas en su fachada de un lado y de otro; y subíase a la puerta por ocho gradas.*

2. Ya hemos dicho antes por extenso: qué significa el atrio interior, qué la cámara, qué las fachadas, qué el vestíbulo, qué las ventanas, qué la longitud y la anchura y qué las palmas entalladas. No es, pues, menester que nos ocupemos otra vez de las mismas cosas, sino solamente de las que aún no se han dicho.

Ahora debemos averiguar cuáles sean estas tres puertas interiores y por qué el vestíbulo de estas mismas puertas tiene la medida de veinticinco codos de longitud y cinco codos de anchura, y por qué a ellas se sube, no por siete gradas, como se había dicho de las puertas exteriores, sino por ocho gradas.

No es, pues, una de las tres puertas interiores la puerta del atrio interior, de la que se ha hablado antes; porque se dice que ésta miraba al oriente y al norte, mientras que cada una de aquéllas se dice que miraban interiormente al mediodía, al oriente y al norte.

Por lo que rectamente se señala por esa puerta la entrada interior, porque, como ya se dijo en la precedente locución, está abierta así a la Judea como a la gentilidad, e igualmente a los principiantes que a los fervorosos en el bien, y lo mismo a los que han caído, pero que se han levantado después de la culpa.

Pero ahora, después de haber descrito cada una de las puertas en el oriente, en el norte y en el mediodía, ¿por qué de nuevo se describen cada una de las puertas del atrio interior en el mediodía, en el oriente y en el norte?

Mucha atención se necesita, con la ayuda de Dios, para indagar el fondo de tanta profundidad.

Si, pues, por el nombre de puertas entendemos los santos predicadores, debemos tener en cuenta que una sola es la Iglesia en los predicadores del Antiguo y del Nuevo Testamento.

Y las puertas tienen siete u ocho gradas, porque, acordes, predican la gracia septiforme del Espíritu Santo y en la octava grada anuncian el premio de la retribución eterna. Por eso está escrito (Eccl. 11,2): *Reparte a siete y hasta a ocho.* Y ¿a qué podemos llamar puertas exteriores, si no lo fueron los Padres antiguos, los cuales, mediante los preceptos de la Ley, aprendieron a cuidar de las obras más bien que de los corazones del pueblo? Como debemos entender por puertas interiores a los predicadores de la santa Iglesia, los cuales con espirituales consejos guardan los corazones de los discípulos para que no se deleiten, no ya en las obras malas que hacen, pero ni siquiera en los pensamientos.

Se dice, pues, que a aquellas puertas se sube por siete gradas; pero de éstas se dice que la subida es de ocho gradas; porque la Ley mandó venerar el día séptimo, y en el Nuevo Testamento está consagrado el día octavo, a saber, el día que se llama del Señor, que es el tercero de la pasión, o el octavo en el orden, porque sigue al séptimo.

3. Ahora, si por el nombre de puertas entendemos que se designan los santos apóstoles, a saber, los que fueron para nosotros los primeros predicadores de la santa Iglesia y nos enseñaron a guardar con la mayor diligencia la fe, la esperanza y la caridad, entonces ellos mismos son para nosotros puertas respecto de estas virtudes, puesto que por esas mismas virtudes nos conducen a la inteligencia interior de la eterna sabiduría.

Pero si ellos son las puertas exteriores, ¿a quiénes tomamos por las interiores? Y si ellos son las puertas interiores, ¿quiénes son las exteriores?

Acerca de lo cual puede entenderse congruentemente que ellos nos sirven a la vez de puertas exteriores e interiores, porque, cuando a los todavía principiantes predican, no cosas altas y místicas, sino ciertas cosas que pueden entender, son puertas exteriores; pero, cuando hablan cosas profundas y místicas a los perfectos, son puertas interiores.

Veamos cómo está abierta una puerta exterior (1 Cor. 3,1): *No he podido hablaros como a hombres espirituales, sino como a personas carnales aún, y como a niños os he alimentado con leche y no con manjares sólidos.*

Veamos cómo está patente la puerta interior (1 Cor. 2,6): *Enseñamos sabiduría entre los perfectos.*

Veamos si esa misma puerta es interior y exterior (Rom. 1,14): *Deudor soy igualmente a sabios y a ignorantes.* El cual otra vez dice (2 Cor. 5,13): *Si extáticos nos enajenamos, es por respeto a Dios; si nos moderamos, es por vosotros.*

Así que, en cuanto se extasía en la contemplación y en cuanto habla a los sabios, es puerta interior; pero en cuanto se modera en la predicación, acomodándose a los párvulos, sin mostrar de

cuánto fervor de espíritu se halla investido cuando predica, muestra ser puerta exterior.

De suerte que ellos mismos son para nosotros puertas interiores y exteriores, puesto que, constituyéndonos en la entrada de la fe, de la esperanza y de la caridad, cuando a los ya adelantados predican los misterios del reino celestial, nos introducen al interior mediante una inteligencia más sutil.

4. Por eso es por lo que primero se describe por siete gradas la subida a esas puertas y después por ocho, pues por la grada octava se figuran los misterios de aquella vida, en cuyos secretos entienden los perfectos, los que aprendieron a trascender con la mente todo lo temporal, los que desprecian totalmente la presente vida, que queda comprendida en el cursillo de siete días; los que se mantienen de la íntima contemplación.

De manera que las puertas del edificio espiritual tienen siete gradas, porque a sus oyentes predican el temor de Dios, la piedad, la ciencia, la fortaleza, el consejo, el entendimiento y la sabiduría. Pero, cuando ya mandan dejar todas las cosas, cuando aconsejan no amar cosa alguna de este mundo, que nada se posea con el afecto, entregarse a la contemplación de la patria celestial, y persuaden a deleitarse en los misterios de ella, añaden una grada e introducen hasta el interior.

Mostróse esta grada cuando la misma Verdad la enseñó a uno, el cual, habiéndole propuesto los preceptos de la Ley, respondió (Mt. 19,20): *Todos éstos los he guardado desde mi juventud.* Este hallábase ya como en la séptima grada cuando decía que había guardado todos los preceptos desde su juventud. Pero en seguida se le dice: *Una cosa te resta: si quieres ser perfecto, anda y vende cuanto tienes y dáselo a los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo; ven después y sígueme.* Palabras en las que efectivamente descubrió la octava grada; pero no quiso subirla, puesto que se retiró triste.

De suerte que quien, despreciando todas las cosas temporales, se mantiene en la contemplación de lo eterno, escudriña los gozos del reino celestial, después de las siete gradas que alcanzó, temiendo, obrando y ascendiendo hasta el entendimiento y la sabiduría, en la octava grada traspuso la entrada de la puerta interior.

5. Mas por el día octavo se significa el día del eterno juicio y de la resurrección de la carne; que por eso el salmo que se escribe para la octava ha dado principio por el pavor del juicio, diciendo (Ps. 6,1): *Señor, no me reprendas en tu saña ni me castigues en la fuerza de tu enojo.*

Ahora es, sí, el tiempo de la misericordia, mas el día de la ira es en aquel del juicio, a saber, en aquel en que se acaba todo este tiempo que se desenvuelve en siete días; y como éste es el día que sigue a los siete, con razón se llama el día octavo.

En el cual también nuestra carne resucita del polvo para recibir de la Verdad conforme a lo bueno o malo que hizo. También por eso la Ley dispuso que la circuncisión se hiciera el día octavo, porque por el miembro que se circuncida se engendra la descendencia

mortal y se aumenta el número de los que van pasando y el de los que suceden.

Pero, como en la resurrección de la carne ya no ha lugar a la propagación de la carne ni habrá ascendencia ni descendencia alguna, porque, como está escrito (Mt. 22,30), *ni los hombres tomarán mujeres ni las mujeres maridos, sino que serán como los ángeles de Dios en el cielo*, al octavo día se manda cortar el prepucio; pues ya no tiene lugar la propagación de la carne allí donde la carne del que resucita tiene la perseverancia de la eternidad.

Por eso la Virgen-Madre, que sin mezcla de carne concibió en su seno a Dios, atrajo al Verbo, que fué el primero que en su resurrección nos mostró la gloria de la patria eterna (Rom. 6,9): *El cual, resucitado de entre los muertos, ya no muere otra vez, y la muerte no tiene ya dominio sobre El*, nos dió ejemplo, para que creamos que en el último día se verificará en nuestra carne lo que sabemos que se realizó en la suya el día de su resurrección.

6. Y ya que se nos ofrece hablar de la resurrección de la carne, es cosa triste y por demás lamentable saber que en la Iglesia hay algunos que todavía dudan de la resurrección de la carne, cuando hasta los Padres antiguos creyeron que había de llegar, eso que no tenían ejemplo de esta misma resurrección de la carne. ¿De qué condenación, pues, no son merecedores los que ya han recibido el ejemplo de la resurrección del Señor y, sin embargo, todavía desconfían de su resurrección?; tienen la prenda, y aun no tienen fe; llenan las iglesias, pero, como desconfían de su resurrección, tienen vacía el alma.

En efecto, de esta resurrección se dice por el santo Job (19,25-27): *Yo sé que vive mi Redentor y que yo he de resucitar de la tierra en el último día, y de nuevo he de ser revestido de esta piel mía, y en mi carne veré a mi Dios, a quien he de ver yo mismo y no otro.*

También por eso se dice por el Salmista (Ps. 21,30): *Ante su acatamiento se postrarán todos los mortales, o los que descienden a la tierra.*

Descienden a la tierra los muertos, no en el espíritu, sino en el cuerpo; y se postran ante el acatamiento de Dios los que descienden a la tierra, porque los que ahora se pudren en la tierra, al resucitar, vienen al juicio.

Por eso, otra vez se dice (Ps. 62,2): *De ti está sedienta mi alma, y de cuántas maneras lo está este mi cuerpo. Mi alma está sedienta de Dios.*

Véase de qué está sedienta la carne, sino de resucitar. Por eso, otra vez dice (Ps. 103,29): *Les quitas el espíritu, y dejan de ser y vuelven a parar al polvo del que salieron.* Y en seguida añade acerca de la resurrección (v.30): *Enviarás tu Espíritu y serán creados, y renovarás la faz de la tierra.*

Por lo mismo, otra vez dice (Ps. 131,8): *Levántate, ¡oh Señor!; da tu reposo. Tú y el arca de tu santidad;* porque también el Señor se levantó de su reposo cuando levantó del sepulcro su carne.

Y después de El se levantó su arca, porque resucitó la Iglesia.

De ahí que por el mismo profeta de quien estamos hablando está escrito (Ez. 37,4-6): *Huesos áridos, oíd las palabras del Señor: Esto dice el Señor a estos huesos: He aquí que yo infundiré en vosotros el espíritu y viviréis, y pondré sobre vosotros nervios y haré que crezcan carnes sobre vosotros, y las cubriré de piel, y os daré espíritu y viviréis.*

De ahí, otro profeta, por la resurrección del Señor, vió que el género humano resucitaría al fin, y dice (Os. 6,3): *El mismo nos volverá a la vida después de dos días; al tercer día nos resucitará y viviremos en la presencia suya.*

He aquí que el Señor, hablando de sí mismo, agregó (Io. 5, 28-29): *Y no tenéis que admiraros de esto, porque vendrá tiempo en que todos los que están en los sepulcros oirán su voz, y saldrán los que hicieron buenas obras a resucitar para la vida eterna; pero los que las hicieron malas resucitarán para ser condenados.*

Por lo que San Pablo dice (Phil. 3,20-21): *De donde asimismo esperamos, aguardando al Salvador, Jesucristo, Señor nuestro, el cual transformará nuestro cuerpo vil y lo hará, conforme al cuerpo suyo, glorioso.* Por lo mismo, de nuevo dice (1 Thess. 4,13): *Porque, si creemos que Jesús, nuestra Cabeza, ha resucitado, también Dios a los que murieron por Jesús los llevará con El.*

Y el mismo otra vez dice (1 Cor. 15,20): *Las primicias de los difuntos, Cristo.* Ahora bien, si nosotros no nos levantamos del sueño de la muerte, ¿cómo tenemos por primicias la resurrección del Señor?

7. Ya lo veis: los Padres antiguos y los nuevos están unánimemente concordes acerca de la resurrección de la carne. Y ved que la misma Verdad por sí misma, primeramente de palabra, enseñó acerca de la resurrección de la carne lo que luego mostró en las obras; y, con todo y con estar en la casa de la fe, todavía la flaqueza de algunos no tiene fe.

Y es que suele causarle admiración cómo puede la carne revivir del polvo. Admirémonos de la altura de los cielos, de la mole de la tierra, del abismo de las aguas, de todo cuanto hay en el mundo, de los mismos ángeles, creados de la nada. Mucho menos es hacer algo de algo que el haber hecho de la nada todas las cosas.

Los mismos elementos, las especies mismas de las cosas, nos predican una imagen de la resurrección; así, el sol a diario muere a nuestra vista y a diario resucita; las estrellas en las primeras horas de la mañana mueren para nosotros y a la tarde resucitan; vemos los arbustos llenos de follaje y de frutos, los cuales en tiempo estival y en tiempo invernal permanecen desnudos de hojas, de flores y de frutos y como secos; pero, al retornar el sol de primavera, al resucitar el humor de la raíz, tornan a revestirse de sus adornos. ¿Por qué, pues, solamente desconfiamos de que suceda en los hombres lo que vemos realizarse en los leños?

Pero ven que, por lo común, las carnes se pudren en el polvo, y dicen: ¿De dónde pueden repararse en la resurrección los huesos y las medulas, de dónde la carne y los cabellos?

Los que tales cosas preguntan vean las diminutas semillas de árboles ingentes y digan, si pueden: ¿dónde está en ellas oculta tan grande mole y robustez, tanta diversidad de ramas, tanta multitud y el verdor de las hojas, tanta hermosura, frutos tan ubérrimos, el olor y sabor de los frutos? Porque ¿acaso las semillas de los árboles tienen el olor y el sabor que después ofrecen los árboles en sus frutos? Luego, si de la semilla de los árboles puede producirse lo que no puede verse, ¿por qué no creer que del polvo de la carne humana puede aparecer de nuevo lo que no se ve?

8. Con frecuencia suelen objetar una cuestioncilla vana, por la que dicen: Un lobo come la carne de un hombre y a ese lobo le devora un león; al morir el león, queda reducido a polvo; cuando ese polvo resucita, ¿cómo se separa la carne del hombre de la del lobo y de la del león?

A los cuales, ¿qué otra cosa podemos responder sino que primero piensen de qué modo han venido ellos a este mundo, y entonces descubrirán de qué modo resucitarán?

En efecto, tú, hombre que estás hablando, en algún tiempo fuiste espuma de la sangre en el útero materno, y allí eras en realidad un conglomerado de la semilla del padre y la sangre de la madre; ruégote me digas, si lo sabes, cómo aquel humor de la semilla se endureció en los huesos, cómo permaneció líquido en las medulas, cómo se solidificó en los nervios, cómo creció en la carne, cómo se extendió en el cutis, cómo se hizo distinto en los cabellos y en las uñas, de suerte que los cabellos fueran más muelles que las carnes, y las uñas más tenues que los huesos y más duras que las carnes. Luego, si todo esto y tantas cosas son distintas en una semilla, según su especie, y, no obstante, permanecen reunidas informes, ¿qué maravilla es que Dios omnipotente pueda, en la resurrección de los muertos, separar la carne del hombre de la de las bestias, de suerte que un mismo polvo no resucite en cuanto es polvo de lobo o de león y resucite en cuanto es polvo de hombre?

Mira, pues, ¡oh hombre!, cómo viniste a la vida y no dudes nunca de cómo volverás a la vida. ¿Por qué tú, que ignoras cómo viniste, pretendes comprender con tu razón cómo volverás? Deja al poder de tu Creador lo que no puedes comprender por ti mismo.

Lo cierto es que tú fuiste formado de la tierra, y como la tierra fué creada de la nada, tú has sido creado de la nada. Por tanto, no desconfíes de la resurrección de tu carne; sé prudente y considera que, para Dios, reparar lo que ya era es menos que el haber hecho lo que no era. [9.] Si con la razón no puedes comprender el hecho de la resurrección, considera atentamente cuántas cosas hay que tú no entiendes cómo son y, sin embargo, no dudas de que son. Dime, te ruego, si has conocido el giro del cielo, los ejes de la tierra, los abismos del mar, ¿dónde terminan, dónde están suspendidos? Sabemos, sí, que lo que ha sido hecho de la nada a la nada tiende; pero, si hay algo que se llama nada, ya no es nada; y si la nada es nada, jamás la mole del mundo pende ni hay donde esté lo que

se ha creado para que sea; luego ¿cómo es que jamás es lo que sabemos que es?

Tal vez éstas son cosas muy complicadas para ti; vuelve, pues, ¡oh hombre!, a ti mismo.

Tú ciertamente has sido creado del espíritu y del limo de la tierra, el primero invisible, el otro visible; el uno insensible, el otro sensible; ¿cómo, pues, puede mezclarse en ti el espíritu y el limo y de cosas diversas hacerse una no diversa; de manera que el espíritu y el limo se han mezclado en tal armonía que, cuando la carne se ve afligida, languidece el espíritu, y cuando el espíritu se aflige, la carne se consume?

Mas quizá todavía no puedes conocerte a ti mismo. Mira atentamente, yo te lo ruego, si puedes, de qué manera la dura roca manó aguas al golpe de la vara (Num. 24); cómo floreció la vara seca de Aarón (Num. 20); cómo concibió la virgen descendiente de su linaje; cómo permaneció virgen en el parto; cómo un muerto de cuatro días, resucitado a un solo mandato, teniendo ligados manos y pies, salió del sepulcro: aquel a quien después mandó el Señor que fuese desatado por los discípulos; cómo nuestro mismo Redentor, ya resucitado, en verdadera carne y huesos entró donde estaban los discípulos hallándose cerradas las puertas.

10. Ahí tienes estas cosas que no puedes comprender, y que, sin embargo, las crees. ¿Por qué, pues, andas dudando y discutiendo acerca de la gloria de la resurrección, cuando sin discusión alguna has creído tantos y tan grandes misterios, puesto que, si no crees en la resurrección de la carne, todo lo demás lo crees sin objeto?; porque en este estadio de los ángeles parecerá que corres, pero, cuando llegues a la meta, serás rechazado para que no recibas el premio, pues a cuento de esto se dice por San Pablo (1 Cor. 9, 24): *Corred de tal manera que ganéis;* y de nuevo (2 Cor. 15,19): *Si nosotros sólo tenemos esperanza en Cristo mientras dura nuestra vida, somos los más desdichados de todos los hombres.*

Los misterios, pues, del poder de Dios, que no pueden comprenderse, no deben discutirse con el entendimiento, sino venerarse con la fe; y así debemos saber que lo que la razón humana puede comprender, ya no puede ser admirable, y que toda la razón de los milagros está o consiste en el poder del que los hace.

Y ved que, hablando de la resurrección de la carne, nos hemos salido un poco del orden de la exposición. Volvamos, pues, a lo que habíamos comenzado.

11. Pues bien, las puertas exteriores tienen vestíbulos que miden veinticinco codos de longitud. Ahora, si sumamos ocho tres veces, llegamos hasta veinticuatro, a lo que añadimos la unidad para que tengamos la suma de veinticinco. Es decir, que los buenos oyentes, que son como ciertos vestíbulos de las puertas, tienen la longanimidad de la esperanza eterna y aguardan el octavo día con la fe en la Trinidad, y como la Trinidad es un solo Dios, suman ocho por tres, pero se mantienen firmes en la confesión de un solo Dios.

Los vestíbulos son llanos, esto es: los corazones de los buenos oyentes son humildes; tienen longitud, porque perseveran longánimes en la esperanza; su longitud mide veinticinco codos, porque creen en la resurrección de la carne en el octavo día por la Trinidad y confiesan que esa misma Trinidad es un solo Dios; tienen también cinco codos de anchura, porque desde la vida sencilla, que consta de los cinco sentidos, se dilatan hacia el amor del prójimo.

Y es de notar que después de los vestíbulos de las puertas que se han dicho antes, luego se dice que ese vestíbulo que tiene cinco codos de ancho mira al exterior; sin duda porque hay unos oyentes que, adelantando en grandes virtudes, penetran en el conocimiento de la vida interior; y hay otros oyentes sencillos que viven bien, pero con arreglo a los sentidos corporales, por lo cual se dice que miran al exterior; están, sí, en el interior, porque, si bien no saben, entendiendo, trascender los sentidos corporales, tienen, no obstante, fe, caridad y humildad; y además, aunque por la simplicidad parecen estar fuera, mas por el amor están dentro del edificio espiritual.

12. Por el vestíbulo que mira al exterior puede significarse la fe de los principiantes, y por el vestíbulo interior la fe de los perfectos, que por ella brillan ya con virtudes.

También puede significarse: por el vestíbulo interior, los preceptos sublimes, y por el vestíbulo exterior, los preceptos todavía pequeños.

Por el vestíbulo se va a las gradas y a la puerta; que es decir que por los preceptos de la predicación se llega a las virtudes y a la entrada de la gracia celestial; mas, cuando a otros manda que mediten en su pensamiento las cosas eternas, que gusten las cosas del cielo, y se les dice que vivan en los salmos, himnos y cánticos espirituales, se les muestra como el vestíbulo exterior; lo cual se mide por cincuenta codos de longitud y veinticinco de anchura; números de los que no hablamos ahora, porque de ellos hemos dicho antes mucho.

Ahora, cuando a algunos se les manda (1 Cor. 7,3): *El marido pague a la mujer el débito, y de la misma manera la mujer al marido*, es como que se designa el vestíbulo que mira al exterior, el cual, aunque mira al exterior, pero está dentro, porque el oyente rudo, si bien todavía hace lo que pertenece a la carne, pero no es ajeno al número de los buenos.

13. También puede designarse por la puerta del oriente al Señor; por la del mediodía, a la Judea; y por la del norte, a la gentilidad convertida.

Pero, así entendido, asalta al ánimo una cuestión: ¿Por qué en la anterior narración del profeta se ha descrito primero la puerta del oriente, luego la del norte y al fin la del mediodía, y, cuando describe las mismas puertas en el atrio interior, primero describió la del mediodía, luego la del oriente y en tercer lugar la del norte? ¿Por qué, pues, no mantuvo el mismo orden con que comenzó,

sino que le cambió en la descripción de las puertas, puesto que primero mencionó la del oriente, la del norte y la del mediodía, y después la del mediodía, la de oriente y la del norte?

Porque si por el nombre del norte se designa la gentilidad, a todo lector estudioso está claro que la gentilidad fué anterior a la Sinagoga, puesto que el mismo varón de quien los hebreos tomaron el nombre fué elegido de entre los gentiles. Así que cítese la puerta del oriente antes que la del norte y la del mediodía, porque el Señor en su divinidad nació antes que la gentilidad y que la Judea, porque es anterior a todos los siglos.

Pero en la narración siguiente cítese la puerta del mediodía, la del oriente y la del norte, porque nuestro Redentor se dignó nacer en la naturaleza humana entre la Judea y la gentilidad, puesto que vino en la fe de la Sinagoga y antes del principio de la Iglesia, que congregó a la gentilidad.

Luego en la primera descripción sea la puerta oriental antes de la puerta del norte y del mediodía; pero en la segunda descripción nómbrese entre la puerta del mediodía y del norte la puerta del oriente, porque en cuanto a la divinidad precedió a todas las cosas, y en cuanto a la humanidad vino entre todas, porque fué el fin de la Judea, que pasó, y el principio de la gentilidad, que siguió después.

De manera que, como ya hemos tratado, en cuanto con la gracia de Dios hemos podido, las cosas que aún no se habían dicho, y hemos repasado también las que ya se habían repetido más veces, vengamos ahora a las que, siguiendo el orden, se dicen, ya que en ellas apenas si se repite nada de lo que se ha dicho.

V.38: *Y en cada una de las cámaras,* o gazofilacios, *había un postigo enfrente de las puertas.*

14. Antes dijimos que las cámaras son los corazones de los doctores, que guardan los tesoros de la ciencia; y que el frente o fachada de las puertas son las palabras y las obras de los predicadores, por las que nosotros conocemos exteriormente cómo viven dentro de sí mismos.

Pero cada cámara tiene un postigo enfrente de las puertas, porque todo doctor, con los dichos y los ejemplos de los Padres, descubre al corazón del oyente el sentido o inteligencia de lo que enseña. Así, cuando examinamos la predicación del apóstol Pedro, cuando estudiamos las palabras de Pablo, cuando investigamos el Evangelio de Juan y por medio de sus palabras descubrimos a nuestros oyentes el sentido interior, ¿qué otra cosa hacemos sino abrir un postigo enfrente de las puertas?

Dígase, pues, *en cada una de las cámaras había un postigo en el frente de las puertas;* porque, si el doctor no confirma con los dichos de los apóstoles lo que él habla, no tiene postigo enfrente de las puertas; y si no tiene postigo, ya no puede llamarse cámara o gazofilacio del edificio espiritual, puesto que, si no descubre el sentido, no es doctor.

Ahora bien, cuando los buenos oyentes conocen por boca de los maestros los dichos y hechos de los apóstoles, entonces tácitamente se echan en cara a sí mismos las culpas y castigan con lágrimas todo lo malo que se acuerdan haber cometido.

Por eso también se dice aquí del postigo que hay frente a las puertas: *Junto a las cuales lavaba el holocausto;* [15.] pues quienes por la fe se han consagrado al Señor para vivir santamente, se han hecho holocausto para el Señor; porque, como todavía soportan en sí muchas cosas de su carne corruptible, pues todavía la pureza se mancilla en ellos con los feos pensamientos, todos los días acuden a las lágrimas y se afligen con frecuentes llantos; pues consideran los dichos y hechos de los Santos Padres y, teniéndose por indignos, lavan el holocausto junto al postigo de las puertas.

Ved, por ejemplo, al que, por temor de Dios omnipotente, prometió ser paciente, no devolver injuria por injuria, tolerando todo con ecuanimidad; tal vez dice algo que no debió decir. Este ciertamente que es holocausto, pero todavía manchado. Tal vez mostró paciencia ante las afrentas inferidas, permaneció callado; pero, no obstante, duélese de las afrentas que tolera, y su ánimo siéntese herido en su caridad. Es, pues, paciencia verdadera la que ama a aquel a quien tolera; porque soportar, pero odiar, no es la virtud de la mansedumbre, sino disimulo de la ira. Y así, éste muchas veces en su pensamiento se reprende a sí mismo, se queja, y no logra que prevalezca el no quejarse. Luego por su buena devoción ya es holocausto, pero todavía está manchado por el dolor que le aqueja.

Otro ha resuelto dentro de sí mismo distribuir entre los pobres los bienes que posee, sin reservar nada para sí, y confiar su vida a la sola providencia de Dios; pero, mientras va distribuyendo a los pobres lo que tiene, tal vez asalta a su mente un pensamiento, que dice: ¿De qué vivirás tú, si lo das todo? No deja, por eso, de dar; pero lo que comenzó a dar con alegría lo da después con tristeza. ¿Qué es el alma de éste sino un holocausto de misericordia? Mas, con todo, mancillado por la tristeza de su pensamiento, o no debió resolver darlo todo, o, una vez resuelto, no dudar en modo alguno.

Otro, despreciando la soberbia del mundo, resolvió huir los honores y dignidades de este siglo, gusta de ocupar el último lugar entre los hombres, para ser tanto más exaltado en la eterna gloria cuanto más humilde aparezca en esta vida pasajera. Este, tal vez, al verse de súbito despreciado por el prójimo, se indignó de verse despreciado. Quiere, sí, estar en el último lugar, pero no quiere ser tenido por despreciable.

A éste la devoción ya le eleva, pero la debilidad le hace peso. Luego por la devoción es holocausto, pero todavía manchado por la flaqueza.

De manera que éstos, a quienes por su flaqueza alcanza alguna culpa en lo que prometieron óptimamente, cuando por las palabras del doctor entienden lo que dijeron los Padres, conocen en cuánta

culpa incurrieron y se afligen con lamentos de penitencia, lavan el holocausto ante el postigo de las puertas.

16. Pero es de saber que entre el sacrificio y el holocausto hay esta diferencia: que todo holocausto es sacrificio, mas no todo sacrificio es holocausto; pues en el sacrificio solía ofrecerse parte de la víctima, pero en el holocausto se ofrecía toda. Por eso holocausto en latín se llama *todo quemado*.

Examinemos, pues, qué es sacrificio y qué es holocausto. Cuando uno ofrece a Dios algo suyo y algo no le ofrece, es sacrificio; pero cuando ofrece a Dios omnipotente todo lo que tiene, todo lo que es y todo lo que gusta, es holocausto.

Ahora bien, hay algunos que con el pensamiento están todavía atenidos a este mundo y, sin embargo, de lo que poseen suministran sustento a los indigentes y están prontos a defender a los vejados. Estos, en lo bueno que hacen, ofrecen sacrificio, porque inmolan a Dios algo de lo que hacen y también se reservan algo para sí.

En cambio, hay algunos que nada reservan para sí mismos, sino que consagran a Dios el entendimiento, la lengua, la vida y los bienes; ¿qué ofrecen éstos sino holocausto? Más aún, ellos mismos son holocausto.

El pueblo israelítico ofreció el primer sacrificio en Egipto y el segundo en el desierto.

De manera que quien todavía tiene puesto en el mundo el pensamiento, pero hace alguna cosa buena, ofrece a Dios sacrificio en Egipto; pero quien deja el mundo presente y hace todo el bien que puede, ya como que, habiendo dejado Egipto, ofrece sacrificio en el desierto; porque, desechado el estrépito de las concupiscencias carnales, en la tranquilidad y soledad de su mente, inmola a Dios todo cuanto hace.

Luego, aunque, como se ha dicho, el holocausto sea también sacrificio, mejor es el holocausto que el sacrificio, porque en el alma que no está sujeta a los deleites de este mundo se consume en ofrenda a Dios omnipotente todo lo que se tiene.

17. Pero debemos saber que hay algunos que, dejando también el mundo, ofrecen además todo lo que tienen, pero, sin embargo, en medio de lo bueno que hacen, no se compungen. Lo bueno que hacen, sí, es holocausto; mas, como no saben llorar ni examinarse a sí mismos, ni por el amor se entregan al llanto, su holocausto no es perfecto.

De ahí que se diga por el Salmista (Ps. 19,4): *Tenga presentes tus sacrificios y séale pingüe tu holocausto.*

Holocausto seco es la obra buena hecha sin derramar lágrimas de devoción; pero holocausto pingüe es cuando el bien que se hace está regado con las lágrimas del corazón humilde. Por eso de nuevo se dice (Ps. 65,15): *Ofrecerte he holocaustos pingües.*

Quien, pues, hace obras buenas, pero no sabe llorar de amor y deseo de Dios omnipotente, tiene holocausto, pero holocausto sin medula; en cambio, quien obra bien y anhela ver a su Creador y tiene prisa por llegar a los gozos de la eterna contemplación y se

atormenta a sí mismo con lágrimas del amor en que se consume, éste ha dado a Dios holocausto con medula.

Mas debemos cuidar tanto de abandonar el mal cuanto de obrar todo el bien que podamos, y aun en los mismos bienes que obramos compungirnos por el amor de la luz eterna; pues ese mismo amor de la luz disipa las tinieblas del corazón a fin de que podamos ver más sutilmente y para que en las buenas obras que hacemos no se mezclen las malas.

Debemos, en efecto, considerar cuál sea nuestra obra, qué pensamos en ella y qué intención hay en el pensamiento; y, en conociendo que con nuestra buena obra va mezclado algo de malicia o de mala delectación, recurramos a las lágrimas, lavemos el holocausto.

18. Hay, en verdad, algunos que a sí mismos se consagran a Dios en grandes obras y que llegan a tanta perfección, que no hay dificultad alguna que les haga desistir de ello; a quienes, por ejemplo, jamás la carne doblega su ánimo del propósito de la castidad a deleitarse en un primer pensamiento; porque, aunque por la sugestión es alguna vez tentado, no la permite levantarse, porque es dominado con el vigor del juicio.

Asimismo, en el propósito de la paciencia, no consiente que salga de los labios ni una sola palabra desordenada; ni que oprima al ánimo el dolor callado; ni que el dar con largueza la limosna, la sospecha de la necesidad origine tristeza; ni que en el propósito de humildad hiera al alma algún desprecio.

Pero, cuando en lo que rectamente se ha propuesto se muestran con fortaleza, traen a la memoria los pecados que han cometido antes del buen propósito y lloran aquello que se acuerdan haber hecho.

De manera que éstos, por la vida que tienen, son holocaustos, pero manchado por la vida que antes tuvieron; y lavan el holocausto ante el postigo de las puertas, porque, por lo que llegan a entender de los dichos de los Padres, se llenan a diario de lágrimas y con ellas lavan la vida que en otro tiempo mancharon con las malas obras.

Así es que, atendidas estas cosas, volvamos los ojos del alma a la vida pasada; acordémonos de lo que hemos sido cuando íbamos tras de las concupiscencias de este mundo; y, aunque de todo corazón servimos al Señor, al acordarnos de que hemos pecado, derramemos lágrimas y lavemos el holocausto.

19. Ved que hemos ofrecido a Dios omnipotente nuestra castidad; pero, si todavía mancha nuestra alma algún pensamiento inmundo, volvamos a las lágrimas, lavemos el holocausto.

Ved que hemos resuelto guardar la paciencia; si todavía nos domina la ira, si un callado resentimiento atormenta la mente, volvamos a las lágrimas, lavemos el holocausto.

Ved que ya hemos aprendido a dar de lo que poseemos y a ocupar un lugar humilde en este mundo; si todavía deprime nuestro ánimo alguna sospecha de penuria, si el desprecio que nos infiere el prójimo nos sorprende con alguna irritación, volvamos a las lágrimas, lavemos el holocausto, pues nuestro Creador tiene grandes

entrañas de misericordia para aceptar el llanto de los humildes; y donde han sido aceptados los lamentos de innumerables hombres, allí han de hallar también un lugar nuestras lágrimas.

Consideremos lo que se dice por otro profeta (Zach. 12,8): *Y los más débiles de ellos serán en aquel día otros tantos Davides; y la casa de David será a los ojos de ellos como casa de Dios, como un ángel del Señor.*

Aquel día es el de la misericordia, el de la venida del Redentor que se nos ha prometido.

De manera que el más débil será como David, porque el pecador torna a la penitencia; y la casa de David, como casa del Señor, porque todo el que ha vuelto a la penitencia se hace morada de su Creador, de modo que venga a ser como ángel del Señor a sus ojos, porque, anunciándolo, convida a otros con las entrañas de misericordia que él ha experimentado.

Por eso poco después se dice allí (Zach. 13,1): *En aquel día habrá una fuente abierta para la casa de David y para los holocaustos de Jerusalén, para lavar las manchas del pecador y de la mujer inmunda.*

20. En efecto, fuente oculta es el Unigénito del Padre en cuanto Dios invisible; pero es fuente abierta en cuanto Dios encarnado. Fuente que rectamente se dice abierta para la casa de David, porque del linaje de David vino a nosotros nuestro Redentor.

Pero Jerusalén se traduce por visión de la paz, de manera que habitan Jerusalén los que fijan su mente en la visión de la paz interior. Y es pecador y es inmunda, así aquel que delinque de obra como el alma que incurre en malos pensamientos; y ésta es inmunda, porque, aunque no toca la carne ajena, mancha la propia carne. Así es, sí, así es toda alma que, aunque no ejecuta acción mala, se mancha con un pensamiento torpe.

También por eso, bajo la figura de la Judea, del alma llena de inmundos deseos se dice por otro profeta (Ier. 2,24): *Todos los que la andan buscando no tienen que cansarse, la encontrarán con las señales de su inmundicia.* Es decir, que los espíritus inmundos no tienen que cansarse cuando quieren infligir la perdición y no son rechazados por pensamiento alguno recto; y hallan al alma envuelta en sus inmundicias cuando, ocupada en torpes pensamientos, la llevan con facilidad a la obra perversa.

Dígase, pues: *En aquel día habrá una fuente abierta para la casa de David y para los habitantes de Jerusalén, para lavar las manchas del pecador y de la inmunda;* porque ya tiene abierto para nosotros el seno de su misericordia nuestro Redentor, el cual se dignó encarnar en la casa de David para lavar de la mala obra al pecador y purificar del inmundo pensamiento al alma manchada.

Pues que está abierta la fuente, corramos con lágrimas, lavémonos en esta fuente de piedad.

21. En esa misma fuente se limpió David cuando, después de las manchas del pecado grave, volvió a los lamentos de la penitencia. En efecto, él buscaba esa misma fuente, cuando decía (Ps. 50,14):

Restitúyeme la alegría de tu Redentor y fortaléceme con un espíritu de príncipe; pues Jesús en hebreo es como Salvador en latín. ¿Y qué era pedir que le devolviera la alegría de Jesús sino declarar que antes de la culpa estaba acostumbrado a contemplarle y que por la culpa había perdido la alegría de contemplarle? Por eso con razón pedía, después de la culpa, que se le devolviese la alegría de verle.

En esta fuente de misericordia se lavó María Magdalena, famosa pecadora, que lavó sus manchas con lágrimas y las borró corrigiendo sus costumbres.

En esta fuente de misericordia, a todos abierta, lavó Pedro su negación, porque lloró amargamente.

En esta fuente de misericordia, en su última hora, se lavó el ladrón, que, acusándose a sí mismo en la hora de la muerte, confesando a la Verdad, quedó limpio de sus culpas.

22. ¿Por qué, pues, somos nosotros perezosos y por qué permanecemos entorpecidos y fríos, sabiendo que en esa fuente se han lavado tantos? ¿O es que hemos desesperado de nuestra limpieza nosotros, que tenemos en prenda tantos ejemplos de misericordia? ¿Y dejamos de buscar el perdón y de tener confianza en las lágrimas, nosotros que en las lágrimas de tantos tenemos prenda de nuestra esperanza?

Aunque estuviera cerrada, hemos debido buscar la fuente de la misericordia; está abierta, ¿y la desdeñamos?

Tendamos los ojos de la fe por todo el mundo; consideremos cuántos pecadores, de día y de noche, se lavan con las lágrimas de la penitencia en esta fuente de misericordia; cuántos vuelven a la luz después de las tinieblas; cuántos tras de las manchas tornan a la limpieza. Corramos con estos tales tras de las tinieblas de la muerte al agua de la vida; consideremos cuánto hemos pecado, cuánto pecamos cada día; y para que aparezcamos limpios después de las culpas, lavemos el holocausto.

HOMILIA IX [XXI]

(Ez. 40,39-43)

39 *Y en el zaguán de la puerta había dos mesas a un lado y dos al*
otro, para degollar sobre ellas las víctimas y para el holocausto por el
pecado y por el delito. 40 *Y al lado exterior que sube al postigo de la*
puerta que mira al norte había dos mesas, y otras dos al otro, delante
del zaguán de la puerta. 41 *Cuatro mesas de un lado y cuatro de otro.*
Al lado de la puerta había ocho mesas, sobre las cuales inmolaban las
víctimas. 42 *Y las cuatro mesas para el holocausto estaban hechas de*
piedras cuadradas de codo y medio de largo, y de codo y medio de an-
cho, y de un codo de alto, para poner sobre ellas los instrumentos que
se usan al inmolar el holocausto y la víctima. 43 *Y tenían todas ellas*
alrededor un borde de un palmo que se redoblaba hacia dentro, y sobre
las mesas ponían se las carnes de la ofrenda.

¿Qué hemos de decir de los sentidos místicos del profeta Ezequiel los que apenas si entendemos las palabras de su historia?

Ved, pues, que dice: *Y en el zaguán de la puerta había dos mesas a un lado y dos al otro, para sobre ellas degollar las víctimas para el holocausto y para el delito. Y al lado exterior que sube al postigo de la puerta que mira al norte había dos mesas, y otras dos al otro delante del zaguán de la puerta.*

1. De estas palabras, ciertamente, se origina una grande oscuridad de dudas: si ellas se refieren a una puerta cualquiera, o a dos, o a cada una de las puertas.

Mas, como se cuentan cuatro mesas a cada lado y después en la última conclusión se dice: *Había ocho mesas sobre las cuales inmolaban*, está patente que el Espíritu no habla de cada una de las puertas que antes había dicho; porque, si las seis puertas anteriormente referidas tuvieran cuatro mesas por cada lado, sumadas todas, no se diría que eran ocho, sino cuarenta y ocho.

Más: si esto se dice de una sola, una gran dificultad ofrécese a nuestra inteligencia; porque, después de descrito el zaguán de la puerta, donde se ha dicho que hay dos mesas a un lado y dos al otro, todavía se dice que hay dos mesas al lado exterior que sube al postigo de la puerta que mira al norte, y añade: *Y al otro lado delante del zaguán había dos mesas.*

Pues, si dentro del vestíbulo de la puerta hay dos mesas a cada lado, ya que añade: *Y al lado exterior había dos mesas, y al otro lado ante el zaguán había dos mesas*, entre las cuales también se menciona la puerta que mira al norte, sin duda aparecía claro que era uno el zaguán interior y otro el exterior, puesto que también se describe primero una puerta interior y luego otra puerta en este lado exterior del norte.

De manera que, después de haber descrito antes tres puertas, refirió que también eran otras tres las del atrio interior, la última de las cuales había dicho que era la puerta del norte, pero, como antes se ha dicho, del atrio interior.

Ahora bien, cuando en el zaguán de la puerta se describen dos mesas a un lado y dos al otro, todavía se está hablando con referencia a la misma puerta interior, puesto que en seguida se añade que *al lado exterior que sube al pórtico de la puerta que mira al norte había dos mesas, y otras dos al otro lado delante del zaguán de la puerta.* Luego se ha descrito que la puerta interior tiene dos mesas a cada lado del zaguán e igualmente dos la puerta exterior.

Resultan, pues, cuatro mesas de un lado e igualmente cuatro del otro, puesto que se describen dos a cada lado en el vestíbulo de la puerta interior y dos a un lado y a otro al exterior en la puerta del norte; todas las cuales suman las ocho en las cuales inmolaban.

Y, aclarado esto que se refiere a la narración exterior, hablemos del sentido espiritual; porque ya, con la ayuda de Dios, debe ser para nosotros más fácil la descripción interior, por cuanto no nos estorba el desconocimiento de la descripción exterior.

2. Pueden, pues, entenderse por las puertas los santos predica-

dores, según se ha dicho anteriormente; de manera que el vestíbulo sea el pueblo, en el cual, mientras recibe humildemente las palabras de la predicación, se construye sólidamente las mesas para el sacrificio.

Además, nada obsta el que por la puerta entendamos lo que los labios de los predicadores nos descubren acerca del sentido de la Sagrada Escritura, de suerte que el vestíbulo de la misma puerta sea para nosotros las palabras de la sagrada predicación que antes hemos recibido humildemente, para después llegar a entender la Sagrada Escritura.

Y así, tengamos por puerta interior el Nuevo Testamento y por puerta exterior el Antiguo Testamento, porque aquél nos descubre el sentido espiritual, y éste propone a las almas todavía rudas la historia de la Sagrada Escritura.

Tiene, pues, la puerta interior en la gran multitud de fieles dos lados, a saber: el amor de Dios y el amor del prójimo. Y hay dos mesas a un lado y a otro, porque en el amor de Dios necesariamente hay que tener fe y obras de vida, y en el amor del prójimo se han de guardar con sumo cuidado la paciencia y la benignidad.

En el amor de Dios son necesarias la fe y las obras, porque en verdad está escrito (Hebr. 11,6): *Sin fe es imposible agradar a Dios;* y en otra parte está escrito (Iac. 2,17): *La fe, si no es acompañada de las obras, está muerta en sí misma.* Y en el amor del prójimo debemos conservar la paciencia y la benignidad, porque de este amor está escrito (1 Cor. 13,4): *La caridad es paciente, benigna.* Paciente, es decir, que soporta ecuánime los males que le irrogan los prójimos; y benigna, esto es, que parte gustosa con los prójimos sus bienes.

También tiene la puerta exterior, o sea la Ley, dos lados, a saber: los Padres espirituales y el pueblo carnal. En cada uno de estos lados hay dos mesas, porque en los Padres espirituales tiene la doctrina y la profecía, y en el pueblo carnal tiene la circuncisión y el sacrificio.

De manera que en estas ocho mesas se inmola, porque cuanto cree la fe, cuanto la vida ostenta en el ejemplo de bien obrar, cuanto sufre humildemente la paciencia, cuanto la benignidad largamente suministra, cuanto enseña saludablemente la doctrina, cuanto para lo futuro avisa la profecía, cuanto la circuncisión sujetó exteriormente a la obediencia y cuanto hizo el sacrificio por medio de la devoción del oferente, todo ello muestra ser víctima ante el acatamiento de Dios omnipotente; porque ¿qué otra cosa hacía en realidad el pueblo con el sacrificio carnal sino inmolar la devoción de su corazón?

Pero es de notar que se dice que sólo había cuatro mesas para holocausto, a saber, las que hemos tomado por mesas del vestíbulo de la puerta interior, como entendemos que las cuatro restantes se habían construído para el sacrificio, no para el holocausto; pues el holocausto, como ya he declarado en anteriores pláticas, significa *todo quemado;* y la Ley manda, sí, amar a Dios y al prójimo, guar-

dar los divinos mandamientos, reprimir el deseo de las cosas ajenas, pero no manda dejar todas las cosas; en cambio, en el Nuevo Testamento la Verdad conmina, diciendo (Lc. 14,33): *Cualquiera que no renunciase todo lo que posee, no puede ser mi discípulo;* y otra vez dice (Lc. 9,23): *Si alguno quisiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo.*

Luego las mesas de la puerta interior tienen holocausto, porque en las virtudes del Nuevo Testamento todas las cosas se queman como en holocausto cuando renunciamos a todo lo que es de este mundo. Pero las mesas de la puerta exterior tienen sacrificio, mas no tienen holocausto, porque los preceptos de la Ley mandan ofrecer los diezmos, pero no mandan dejar todas las cosas.

3. Es, pues, de las cuatro puertas del vestíbulo interior de las que se dice: *inmolan sobre ellas el holocausto tanto por el pecado cuanto por el delito.* Y esta diferencia hay entre el pecado y el delito: que pecado es hacer algo malo, y delito es dejar de hacer lo bueno. Distinción que con sumo cuidado hay que tener presente; o bien, el pecado está en la obra, el delito en el pensamiento.

Rectamente, pues, se inmola el holocausto en las mesas de la puerta interior, así por el pecado como por el delito; porque quien pudiera despreciar totalmente el presente siglo y, dejándolo todo, se ofrece él mismo en holocausto a Dios, ese tal ya sabe llorar así los pecados de obra como los pecados de pensamiento y tanto lo malo que hizo cuanto lo bueno que debió hacer y no hizo. Quien, pues, lo ha dejado todo, en medio de sus lágrimas mira ya más libremente sus culpas; y cuando a su mente no le estorba cuidado alguno terreno, llora igualmente por la obra y por el pensamiento, ¿qué otra cosa da a Dios omnipotente sino su alma en holocausto?

4. Y no hallemos fuera de razón que el profeta, cuando habló del lado exterior y mencionó el vestíbulo de la puerta, agregase: *que mira al norte;* pues la Ley se tenía por dada para la guarda exterior de la letra; pero el vestíbulo de la puerta es el mismo sentido histórico de la Ley, el cual conduce al temor de Dios.

Se dice que esta puerta mira al norte porque la Ley mantenía bajo el temor de la muerte los fríos corazones del pueblo judío.

Aquel pueblo habría corrido como con calor si hubiera observado por amor los preceptos del Señor; mas, como guardaba la letra sólo por el temor a la muerte con que se le amenazaba, permanecía como en el letargo del frío. Por eso, a los pueblos nuevos que aman los premios eternos y no temen los tormentos temporales y ya están calentados, se les dice (Rom. 8,15): *No habéis recibido el espíritu de servidumbre para que obréis todavía por temor, sino que habéis recibido el espíritu de adopción de hijos, en virtud del cual clamamos: Abba!,* esto es, *¡oh Padre!*

Dígase, pues: *A los lados de la puerta había cuatro mesas a un lado y cuatro al otro;* pues cuando las almas de los buenos guardan la fe y las obras de vida, la doctrina y la profecía, nuestra puerta, esto es, la inteligencia de la palabra divina, tiene cuatro mesas a un lado; y cuando la santa predicación, que primero mantenía en los

pueblos carnales la circuncisión y el sacrificio, en los pueblos ya adelantados guarda la paciencia y la benignidad, también muestra cuatro mesas al otro lado.

Todas en junto son ocho para inmolar, a saber: cuatro interiores, para el holocausto, y cuatro exteriores, para el sacrificio.

Y así como los que en la santa Iglesia guardan la fe, la vida ejemplar, la paciencia y la benignidad, brillan ya, sin duda, en grandes virtudes, también los que en la Sinagoga aprendieron la doctrina, la profecía, la circuncisión y el sacrificio, ofreciendo unas cosas y reteniendo otras para sí, inmolaron a Dios omnipotente la víctima de su devoción.

Mas, como arriba se ha dicho que las cuatro mesas del vestíbulo interior estaban construídas para en ellas inmolar el holocausto por el delito, más abajo se declara dónde están construídas esas mesas, cuando se añade: *Las cuatro mesas para el holocausto estaban construídas con piedras cuadradas.*

5. ¿Y a quién tomamos por piedras cuadradas aquí sino a cualesquiera santos, cuya vida supo mantenerse firme lo mismo en la prosperidad que en la adversidad, pues la piedra cuadrada siempre está igual de cualquier lado que se vuelva? Luego quienquiera que ni se engríe con la prosperidad ni se abate en la adversidad, que no se deja arrastrar al mal por halagos, ni por vituperios retrocede de obrar el bien, es piedra cuadrada y tiene estabilidad por cualquier lado, puesto que de cualquier lado sufre caída.

En efecto, cuando el profeta conocía que el pueblo de los judíos decaía de la fe y previendo que se levantarían en la Iglesia los santos apóstoles, por medio de los cuales muchos de los gentiles se afianzarían en la fortaleza de la fe, con gran consuelo exclamó, diciendo (Is. 9,10): *Los ladrillos se arruinaron, pero nosotros edificamos con piedras cuadradas.* Es decir, que, al ver surgir en la Iglesia a los apóstoles, a los mártires y doctores, se dolió de la ruina de los ladrillos, esto es, de la perdición de los judíos; porque vió que el edificio de Dios omnipotente, esto es, la Iglesia, se construía con piedras cuadradas.

Luego las cuatro mesas están construídas con piedras cuadradas, porque la fe y las obras de vida, la paciencia y la benignidad de la vida de los santos, se han dado como ejemplares a los pueblos posteriores para que el vestíbulo ya tenga mesas, es decir, para que el pueblo tenga virtudes con las cuales encienda en el ara de su corazón el sacrificio de la oración a Dios omnipotente, pues lo que hicieron y hacen en la santa Iglesia los pueblos buenos y fieles, eso lo tomaron de los ejemplos de la vida de sus predicadores; pues ¿de dónde tendría mesas este vestíbulo si no hubieran hallado piedras cuadradas?

Y por sacar buenamente a plaza una de las piedras cuadradas, ¿queréis, hermanos carísimos, ver la fe? (Phil. 1,21): *Mi vivir es Cristo, y el morir ganancia.*

¿Queréis conocer la vida? (Gal. 6,14): *El mundo está crucificado para mí, y yo para el mundo.*

¿Queréis oír la paciencia? (1 Cor. 4,11-13): *Hasta la hora presente andamos sufriendo hambre y sed, desnudez, malos tratamientos, y no tenemos dónde fijar nuestro domicilio, y nos afanamos trabajando con nuestras propias manos; nos maldicen, y nosotros bendecimos; padecemos persecución, y la sufrimos con paciencia; nos ultrajan, y devolvemos súplicas.*

¿Queréis conocer la benignidad? *Con muchísimo gusto me consagraré y hasta me sacrificaré por vuestras almas.* Y por que no fuéramos a creer que él sería deudor de aquellos por quienes deseaba sacrificarse, a continuación añade a sus discípulos: *A pesar de que, cuanto más yo os quiero, soy menos querido de vosotros.*

Luego, cuando el pueblo fiel conoce la vida de los santos predicadores para imitar sus virtudes, sin duda en el vestíbulo se construyen mesas de piedras cuadradas.

También la Sinagoga tuvo Padres espirituales en la doctrina y en la profecía, y de ellos tomaron modelo de vida en las virtudes; pero aquel pueblo rudo, que más bien servía por temor que por amor, no quiso imitar las virtudes de los Padres, las cuales vió; por lo mismo, la puerta exterior, que mira al norte, no tiene mesas para el holocausto.

Y ya que hemos explicado esto moralmente, resta todavía que expongamos el sentido típico de estas mesas.

6. Pues bien: nuestra puerta tiene cuatro mesas en el vestíbulo interior; o sea, que la santa Iglesia, para la instrucción de los pueblos fieles, tiene cuatro clases de regentes, a los cuales enumera San Pablo por el don que han recibido de Dios omnipotente, cuando dice (1 Cor. 12 y Eph. 4,11): *A unos ha constituído apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelistas, y a otros, pastores y doctores.* Y enumera en una sola clase a los pastores y doctores, porque a la grey de Dios la apacientan en verdad quienes la enseñan.

Y también tuvo antes mesas la puerta exterior, o sea, la Sinagoga, porque, por medio de los príncipes de los sacerdotes y ancianos del pueblo y por medio de los escribas y fariseos, mantuvo la observancia del culto exterior; pues éstos fueron llamados doctores de la Ley.

De ahí que tanto en la puerta exterior como en la interior hay dos mesas de un lado y dos del otro, porque la santa Iglesia en sus comienzos tuvo apóstoles y profetas. Llamamos aquí profetas, no a los que lo fueron en el pueblo antiguo, sino a los que hubo en la Iglesia después de los apóstoles. Y para el tiempo posterior, que es el de ahora, tiene evangelistas y doctores. Mas, como el Evangelio se llama *la Buena Nueva*, también llamamos evangelistas a los que anuncian a los pueblos rudos los bienes de la patria celestial. Evangelistas y doctores que hubo en los primeros tiempos y que, por gracia de Dios, hasta ahora subsisten; pues todavía vemos a diario traer a la fe a los pueblos infieles y sabemos que todos los fieles son instruídos en las buenas costumbres por los doctores.

En cambio, los apóstoles y profetas han sido suprimidos de este tiempo presente, y por eso decimos que las mesas de esta

puerta nuestra, esto es, de la santa Iglesia, estuvieron como al otro lado.

7. Y también la puerta que da al norte tiene dos mesas a un lado y dos al otro, a saber: los que hemos llamado príncipes de los sacerdotes y ancianos del pueblo, constituídos en la suprema autoridad del régimen, y además los escribas y fariseos, que presidieron a aquel pueblo en un puesto inferior.

Pero estas mesas están junto a la puerta que mira al norte, porque, cuando estas cuatro clases regían al pueblo, la Sinagoga llegó hasta dar en la frialdad de la perfidia, mostrándose cruel en perseguir a nuestro Redentor.

Estas mesas tuvieron, no obstante, sacrificio, que mantuvieron solamente según la letra; por lo que también cayeron del frío, porque no las calentaba la llama del Espíritu.

En cambio, las mesas interiores tienen holocausto, porque así en los corazones de los apóstoles como en la mente de los evangelistas y de los doctores ardió y arde el fuego del Espíritu. El cual, por lo mismo que se adueña de todo el pensamiento de ellos en la buena obra, con la llama del amor de Dios consume, como holocausto, todo cuanto halla.

Ofrecen, pues, holocausto los que perseveran en obrar bien y de todo corazón se inflaman en santos pensamientos.

8. Ahora, estas mesas están construídas de piedras cuadradas, porque, cuando a diario meditan en su corazón las palabras de la Sagrada Escritura para ofrecer al Señor el holocausto de la oración, es como que se construyen de piedras cuadradas; pues las palabras de la Sagrada Escritura son como piedras cuadradas, que en todas partes se mantienen firmes, porque de ningún lado hállanse reprensibles, sino que en todo lo que narran como pasado, en lo que anuncian como futuro y en lo que predican como mortal o que enseñan como espiritual, de cualquier lado tienen firmeza, porque nada tienen reprensible.

De manera que los corazones de los santos son mesas de Dios para el holocausto, construídas de piedras cuadradas, porque, meditando siempre las palabras de Dios, ellos mismos en su pensamiento inmolan al Señor su vida carnal. Por lo que está escrito (Ps. 36,31): *La ley de su Dios la tienen en medio de su corazón, y andará con firmes pasos;* y de nuevo se dice (Ps. 118,11): *Dentro de mi corazón deposité tus palabras, para no pecar contra ti.*

Ahora que ya sabemos de dónde están construídas estas mesas, oigamos cuál sea su medida.

Prosigue: *De codo y medio de largo, y de codo y medio de ancha, y de un codo de alto.*

9. Alguien ha expuesto ya este lugar, diciendo: La mesa tiene un codo y medio de longitud y de latitud, o sea, en cuadro, que en junto suman tres codos; y estos tres codos tienen un codo de altura, para conservar los misterios de la Trinidad en la medida de un codo, es decir, de la Divina Majestad.

No puede mantenerse el sentido de tal exposición, porque pre-

cisamente en aquella suma Trinidad que todo lo creó, que todo lo contiene, no hay mitad alguna, ni una unidad de dos mitades; pues nada de disminución ni de división tiene aquella substancia, que, permaneciendo siempre inmutable, ni admite disminución ni aumento.

En cambio, ya hemos dicho nosotros muchas veces que la longitud se refiere a la longanimidad de la esperanza, y la latitud a la amplitud de la caridad.

Y así, las mesas que están construídas para el holocausto tienen de longitud la medida de un codo y medio, porque los santos Padres y doctores que con firmeza de ánimo se adentran en los secretos de la íntima esperanza, por lo mismo que viven virtuosamente, son bastante perfectos en lo que respecta a la medida humana; mas por lo que respecta a los misterios divinos, que no puede comprender plenamente el entendimiento del hombre mientras subsiste en esta carne mortal, no son perfectos.

Luego en sí mismos, sí, ya tienen un codo; pero en Dios todavía no tienen un codo, porque en las virtudes, sí, ya adelantan plenamente, pero, sin embargo, todavía hay en Dios algo que solamente en parte lo conocen.

Ved que de nuevo se ofrece como testimonio de la medida de la mesa San Pablo: veamos si en su vida tiene la medida de un codo. Dice (Phil. 3,15): *Pensemos así todos los que somos perfectos.*

Veamos si en lo que siente de Dios ha arribado ya perfectamente a percibir los misterios (v.12): *No que yo lo haya logrado todo;* el cual de nuevo dice (1 Cor. 13,9): *Ahora nuestro conocimiento es imperfecto, e imperfecta la profecía;* v.10: *Mas, llegado que fuere lo perfecto, cesará lo imperfecto;* y él mismo vuelve a decir: *Ahora conozco imperfectamente, pero entonces conoceré como yo soy conocido.*

Luego, si es perfecto y conoce imperfectamente, por lo que a él hace tiene un codo, mas por lo que es superior a él tiene medio.

Aspiren, pues, a un codo en la longitud de la esperanza las almas de los santos, aspiren en la perfección que tienen; mas, como todavía no pueden ver plenamente dónde ponen la mirada de la esperanza, redúzcase a medio codo lo que tienen sobre un codo, para que en esta vida siempre se consideren imperfectos y corran con más ardor a la perfección.

10. También tienen las mesas la anchura de codo y medio, porque los corazones de los santos, dilatados en la amplitud de la caridad para con el prójimo, a quien aman y ven, tienen un codo, puesto que pueden amar perfectamente a los que en algo pueden conocer perfectamente; pero a Dios omnipotente ámanle tiernamente, de buena voluntad le siguen; pero, sin embargo, no pueden amarle tanto cuanto debían, porque todavía no pueden ver al que aman, y la medida del amor es menor allí donde todavía es menor la medida del conocimiento.

Luego sobre un codo tienen además medio, porque en lo que respecta al amor del prójimo, lo cual es mucho menos, ya está

en ellos completo; pero en lo que es mucho más, en lo que respecta al amor de Dios, a quien no ven, todavía no está completo.

De este amor, que comienza aquí para perfeccionarse en la patria eterna mediante la visión del Señor, rectamente habla Isaías (31,9) diciendo: *Vive el Señor, o lo ha dicho el Señor, el cual tiene su fuego en Sión y su hogar en Jerusalén.*

Más es el ser hogar que el ser fuego, porque el fuego puede ser pequeño, pero en el hogar se enciende una llama más viva.

Ahora bien, Sión significa *vigilancia;* Jerusalén, *visión de la paz.* Mientras estamos aquí, vigilamos nuestra paz, para después verla allí plenamente.

Luego, debido al amor de Dios, hay fuego en Sión y hogar en Jerusalén, porque ardemos algo en ese amor aquí, donde contemplamos algo de El; pero ardemos plenamente allí, donde veremos plenamente a Aquel a quien amamos.

11. La altura de las mesas es de un codo; y ¿cuál es la altura de los santos sino la fe de las cosas invisibles, ya que por la fe se cree lo que no se ve?; y así, mediante la fe, la mesa de los justos toma tal altura, que llega a despreciar todo lo visible en la tierra y a buscar en el cielo todas las cosas invisibles que oye.

Y tiene un codo la altura de la mesa, porque en el corazón de todos los santos hay unidad de fe; pues, que la Trinidad es un solo Dios, lo han profesado los Padres del Antiguo Testamento y los predicadores del Testamento Nuevo. De manera que la altura de las mesas es de un codo, ni más ni menos, porque la fe de todos los Padres coincide en una gran unidad.

Y aquellos que, por adelantar en grandes virtudes, ya tienen un codo y medio en la longura de la esperanza, y un codo y medio en la anchura de la caridad, y en la altura de la fe alcanzan un codo, ya son grandes y deben ser venerados con grande admiración. Estos deben, por tanto, recibir en el seno de su trato las almas de los párvulos y ofrecerlas ante el acatamiento del Señor como un holocausto y sacrificio.

Por eso claramente se añade: *Para poner sobre ellas los instrumentos que se usan al inmolar el holocausto y la víctima.*

12. ¿Y qué son las almas de los fieles sino vasos santos que reciben las palabras de piedad, para de sus mentes inmolar el holocausto de la vida y de la oración?

De ahí el que Pablo, cuando aún era rudo en la vocación de la fe, pero ya había oído la voz del Señor y estaba lleno de la gracia del cielo, es llamado vaso, cuando se dice (Act. 9,15): *Es ya un vaso elegido por mí.* Por eso el profeta Isaías (52,11) amonestó a los pastores y doctores, diciendo: *Purificaos vosotros los que portáis los vasos del Señor.* En efecto, cual mesas, llevan los vasos del Señor aquellos que, instruyéndolos, llevan la vida de los fieles para conducirla algún día al Señor en holocausto y sacrificio.

Y no se ha de mirar con desdén el que se diga que en esos mismos vasos se inmola el holocausto y la víctima.

El holocausto, como repetidas veces se ha dicho, es víctima

pero no la víctima holocausto; porque, cuando se ofrece algo en parte y en parte se retiene, es sacrificio, sí, pero no es holocausto.

Hay, efectivamente, en la gran multitud de fieles algunos que dejan todo lo que es del mundo, dan todo lo que poseen, nada reservan para sí mismos; anhelan de corazón la patria eterna y de todo corazón se deshacen en lágrimas. Estos, en verdad, son vasos sobre la mesa, en los cuales se inmola el holocausto.

Y hay otros que atienden al cuidado de su propia casa, piensan en sus hijos y para ellos guardan la herencia; los cuales, no obstante, acordándose del eterno juicio, practican la misericordia con los pobres y reparten alimentos y vestidos entre ellos, según su voluntad. Estos son, sin duda, vasos sobre la mesa, en los cuales se inmola la víctima, no el holocausto.

Pero aquellos que, amonestando y soportando, aconsejando y aterrorizando, con paciencia y con la doctrina de los santos, disponen los corazones de los fieles hasta conseguir que dejen todo y se inflamen del todo en el amor del Señor, y enseñan a otros hasta lograr que, ya que no pueden dejar todas las cosas, al menos, en cuanto pudieren, hagan misericordia y repartan el cuidado de la carne con el cuidado del alma, llevan los vasos a la mesa del Señor construída de piedras cuadradas, en las cuales se inmola el holocausto y la víctima.

Y es que, como se ha dicho, los perfectos, con dejarlo todo, abrasan todo su corazón en el amor del Señor; y los imperfectos ofrecen el sacrificio de la parte que inmolaron.

13. Prosigue: *Y tenían todas ellas alrededor un borde de un palmo.* ¿Qué es esto de que los bordes tenían un palmo, sino que en el palmo se tiende la mano y los santos Padres y doctores predican aquello a lo que tienden las obras de los oyentes? Pues, cuando prolongamos nuestras obras, es como que extendemos la mano.

Hable, si no, cualquier doctor, toque el corazón del oyente, sacuda la desidia de los ociosos: cuando los encamine a obrar bien, muestra tener en los labios un palmo.

También es de considerar que en el palmo se extienden el dedo mayor y el menor; y ¿qué se significa en el dedo mayor y en el menor sino la obra grande y la pequeña?

Luego la mesa debe tener un palmo en el borde, para que el oyente esté atento a la predicación de sus doctores y haga, por su consejo, las obras grandes de tal modo que no omita el hacer también las pequeñas, y de tal modo se aplique a las pequeñas que no sea perezoso para hacer las grandes.

De ahí que la Verdad misma, por el Evangelio, dice (Mt. 23,23): *¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas, que pagáis diezmo hasta de la hierbabuena y del eneldo y del comino, y habéis abandonado las cosas más esenciales de la Ley: la justicia, la misericordia y la fe! Estas deberíais observar, sin omitir aquéllas.*

En efecto, por la justicia, la misericordia y la fe se significa el dedo mayor de la obra; por la hierbabuena, el eneldo y el comino, sin duda, se significa el dedo pequeño.

Estas cosas, pues, se deben hacer y no omitir aquéllas; porque, si queremos medir con un palmo nuestras obras, el dedo pequeño se ha de extender de modo que no se encoja el mayor.

14. También cuando se menciona la medida de los bordes de las mesas y se dice que miden un palmo, con acierto se añade: *De un solo palmo*, para indicar que, así como por la predicación de los doctores se mantiene la unidad de la fe, también se guarda la unidad de los espíritus en las obras, no sea que, por la obra buena que hace uno, el otro promueva el mal de la discordia.

Debemos, pues, obrar el bien de tal manera que, además, en cuanto nos sea posible, conservemos rectamente la unanimidad con aquellos con quienes convivimos, esto es, no dejando lo que hacemos, sino previniendo con buenas razones el mal de la discordia que tememos.

Para guardar así en sus obras la unidad del palmo, Pablo impedía que se engendrase la discordia, cuando, al ver que los de Corinto querían recibir a cierto lapso y echado de la sinagoga, dice (2 Cor. 2,10): *Lo que vosotros le concediereis por indulgencia, yo se lo concedo también, porque, si yo mismo uso de indulgencia, uso de ella por amor vuestro y en persona de Jesucristo, a fin de que no arrebate a ninguno de nosotros Satanás;* el cual, cierto es, suele engendrar de los bienes males, y lo que hacemos por caridad él lo endereza a la discordia; por eso en seguida añade también: *Pues no ignoramos sus maquinaciones.*

Ahora bien, el doctor que, por lo bueno que predica, logra que obren bien sus oyentes, si no junta en la unanimidad las almas de los que obran, tiene el palmo en los bordes, pero no tiene la unidad del palmo que se ha dicho.

15. Y es muy para pensar lo que se dice: que los bordes de las mismas mesas *se doblaban hacia dentro.* Es que entonces se doblan hacia dentro los bordes de las mesas cuando los doctores repasan silenciosamente en su conciencia lo que dicen, cuando se examinan minuciosamente a sí mismos, a ver si ellos hacen lo que perdican.

Y después de decir que los bordes de las mesas se doblan hacia dentro, rectamente se añade también: *alrededor;* no sea que se examinen sólo en parte y en lo demás descuiden examinarse, sino que siempre por doquiera se miren a sí mismos y procuren, en lo posible, cumplir con sus obras todo lo que enseñan; porque, si los que predican se dispensan de obrar bien, se convierten en cultivadores de otros y devastadores de sí mismos.

¡Oh doctor! Mira que ya eres mesa, ya conduces los vasos, ya sostienes en los vasos fieles el peso del holocausto y de la víctima; pero recoge hacia dentro el borde, esto es, dirige a tu corazón el sermón, oye lo que dices, obra lo que predicas; pues, si no haces caso de cumplir lo que enseñas, siembras mieses para otros, mientras tú te quedas ayuno sin participar del sustento.

De ahí que está escrito (Iob 5,5): *Sus mieses las devorará un hambriento.*

En efecto, las mieses del doctor que predica cosas buenas, pero no las hace, las come un hambriento, puesto que quien tiene hambre del pan de justicia cumple los preceptos que oye, y se queda sin fruto quien trabajó sembrándolo.

Por eso dice Salomón (Prov. 19,24): *Mete el perezoso su mano debajo del sobaco, sin llevarla hasta la boca.* Nadie hay tan perezoso que tenga por trabajo el llevar la mano a la boca para comer; pero el que no quiere hacer ni lo que dice, es tan perezoso, que ni aun quiere llevar a la boca la mano.

Por eso, otra vez, acerca de los que enseñan bien y obran mal, se dice (Ps. 77,9): *Los hijos de Efraín, diestros en tender y disparar el arco, volvieron las espaldas en el día del combate.* Tienden el arco y disparan dardos los que proponen sentencias de la Sagrada Escritura y hieren con sus certeras palabras los vicios de los oyentes; pero vuelven las espaldas en el día del combate, porque después ellos caen en la tentación de los vicios y no quieren oponer el pecho, puesto que no resisten en la lucha contra la tentación.

Y por eso otra vez se dice (Ps. 88,44): *Tienes embotados los filos de su espada y no le has auxiliado en la guerra.* La espada del doctor es la palabra de Dios; por lo que dice San Pablo (Eph. 6,17): *Empuñad la espada del espíritu, que es la palabra de Dios.*

De manera que Dios omnipotente, cuando ve que el doctor no quiere hacer lo que dice, en el día de la guerra embota el filo de su espada y no le ayuda, permitiendo que en el día de las tentaciones no le sirvan de ayuda las palabras de la doctrina que él predicó. Por consiguiente, tiene espada, sí, pero no le ayuda en la guerra, porque, cuando asalta la adversidad de la tentación, se olvida de la doctrina que enseñaba.

Supongamos, pues, que el doctor predica, por ejemplo, sobre la paciencia: se ve obligado a enseñar, con el magisterio de su doctrina, de qué manera se ha de guardar la paciencia contra los daños irrogados y contra las contumelias oídas; pero, cuando él se siente herido o por el daño o por la contumelia, olvidado de lo que enseñó, se excede en lesionar al prójimo o en devolver mayores contumelias.

Cuando esto ocurre, piense que es mesa de Dios, doble hacia el interior el borde y haga lo que predica.

En efecto, escrito está (Lc. 21,19): *Mediante vuestra paciencia poseeréis vuestras almas.* Y de nuevo está escrito (Prov. 19,11): *La doctrina del hombre se conoce por la paciencia.* De manera que, si la paciencia es el índice de la doctrina, tanto más docto se muestra uno cuanto más paciente fuere.

De ahí que aquel buen discípulo que veía a su maestro ser llevado por los aires, por el afecto de su grande amor, clamaba, diciendo (4 Reg. 2,12): *Padre mío, padre mío, carro de Israel y conductor suyo.* ¿Por qué, hermanos carísimos, es Elías llamado carro de Israel y conductor suyo, sino porque el conductor guía y el carro transporta? Luego el doctor que con paciencia soporta las costumbres del pueblo y, con las palabras de la Sagrada Escritura, le enseña, es carro y conductor: carro, porque, tolerando, soporta;

y conductor, porque con sus exhortaciones aviva; carro, porque aguanta los males; conductor, porque ejercita al pueblo con sus exhortaciones.

16. Tal vez tiene que hablar el doctor contra la vanagloria y, enseñando a maravilla cómo se la debe evitar, busca la vanagloria con las mismas palabras con que discurre contra la vanagloria.

Luego, si apetece alcanzar lo que prohibe, es mesa que no dobla el borde hacia el interior; pues la mesa del Señor, construída de piedras cuadradas, entonces tendrá doblado hacia dentro el borde cuando procure oír lo que dice, ya que escrito está (Phil. 2,3): *No haciendo cosa alguna por temor ni por gloria vana.* Y a los mismos dice otra voz el egregio Doctor: *Ni buscando la gloria de los hombres, ni de vosotros, ni de otros.*

Buscar, pues, del trabajo de la predicación un aplauso transitorio, ¿qué otra cosa es sino vender a precio vil una cosa que vale mucho?

Pero hay un grave peligro en las palabras de la doctrina, y es que con frecuencia los aplausos de los oyentes siguen a las palabras de los que enseñan, y como los doctores, por lo mismo que han sido bien celebrados, no quieren aparecer inferiores a lo que de ellos dicen, resulta que la palabra que por amor a Dios omnipotente comenzaron a dirigir a los oyentes para conquistar sus almas, después la emplean en conquistar aplausos; y los que primeramente buscaban en las palabras de Dios ganancias espirituales, pretenden luego favores temporales.

De donde se concluye que, así cualquier obra buena como las palabras santas de la doctrina, nada valen ante el juicio de Dios omnipotente cuando por ellas busca uno favores transitorios.

De ahí que por el profeta se dice a la Judea, por hallarla descuidada de sí misma, y por si acaso después de la culpa examinaba con cautela su pensamiento (Ier. 11,16): *El Señor te dió el nombre de olivo fértil, bello, fructífero, ameno; a la voz de una palabra suya prendió en el olivo un gran fuego y quedaron abrasadas todas sus ramas.*

Efectivamente, olivo fértil, bello, fructífero y ameno llama el Señor a aquel cuya eficacia en las obras o cuyo santo deseo en las palabras de la ciencia aprueba.

Pero a la voz de una palabra suya prende un grande fuego en el olivo cuando alguno anhela ser alabado, se avergüenza de tal vez aparecer inferior a lo que se dice y desea ser lo que de él dice la fama, pues la palabra elocuente produce el aplauso del adulador.

Por eso está escrito (Prov. 27,14): *El que con grandes voces se pone a alabar a su prójimo intempestivamente, es como si dijera mal de él.* Luego a la voz de su palabra prendió en el olivo un fuego grande, porque en la magnitud del aplauso se enciende en el corazón el deseo de ser alabado.

Y todas las ramas del olivo se abrasan, porque ante los ojos de Dios omnipotente desaparece sin valor tanto lo que se ha hecho bien como lo que sabiamente se ha dicho, cuando ello se ha hecho,

no ya con amor a Dios, sino con intención de conquistar alabanza transitoria.

De tal manera, pues, el mal pensamiento suplanta al bueno, que apenas si quien tales pensamientos tiene se da cuenta de ello.

Por eso el egregio Predicador, cuando decía, hablando sabiamente (Hebr. 4,12): *La palabra de Dios es más eficaz y más penetrante que cualquier espada de dos filos y que penetra hasta los pliegues del alma y del espíritu,* a renglón seguido añadió: *Hasta las junturas y tuétanos y discierne los pensamientos y las intenciones.*

17. Sí, la palabra de Dios penetra hasta las junturas y tuétanos, porque discierne los pensamientos e intenciones del corazón.

Además, los huesos se unen a los huesos por las junturas; y muchas veces, cuando hacemos algo con buena intención, pero de pronto caemos en el amor de la alabanza y obramos por ser alabados, lo que primero había comenzado por la Verdad, como unos pensamientos se juntan a otros pensamientos, vienen a ser a modo de ciertas junturas.

Y también tienen tuétanos los huesos que se han unido en la juntura; cosa que el santo Predicador da a conocer claramente cuando añade: *Y discierne los pensamientos y las intenciones;* son, pues, nuestros pensamientos las junturas, y las intenciones son los tuétanos: que con frecuencia pensamos una cosa y es otra la que en nuestra intención proponemos. Por ejemplo, si uno, con el propósito de ganar dinero, defiende la causa del huérfano o de la viuda, y acaso, entrando en la iglesia, en sus oraciones dice a Dios: «Tú ves que defiendo la causa del huérfano y de la viuda»; éste sabe sin duda lo que piensa, pero ignora lo que en su pensamiento intenta; pues piensa una cosa e intenta otra, puesto que lo que intenta no es la defensa del huérfano o de la viuda, sino la recompensa del dinero, ya que su intención es recibir el premio temporal y no el defender al huérfano o a la viuda.

De manera que la palabra de Dios discierne los pensamientos y las intenciones del corazón, porque no atiende a lo que tú piensas dentro de ti mismo, sino a la medula de la juntura, esto es, a la intención de lo que pretendes recibir.

18. Es menester, por lo tanto, que el doctor, cuando habla, como mesa del Señor, doble siempre el borde hacia adentro, tanto para no comenzar a hablar con mala intención cuanto para, cuando hubiera comenzado bien, no caer, seducido por los aplausos, en otro propósito.

Acaso tiene que hablar el doctor acerca de la observancia de la disciplina, y, asimismo, con frecuencia sucede que no sabe él mantenerse dentro de la disciplina, de la que tan bien sabe decir; porque o, movido de excesivo celo, no se modera con la mansedumbre, o, benigno por demasiada mansedumbre, se aviva menos con el aguijón del celo contra los vicios.

Así que debemos reflexionar, meditándolo mucho, lo que está escrito: que en los vasos del templo, entre las coronas y la trabazón,

se esculpieran bueyes y leones y querubines, y debajo de los bueyes y de los leones las amarras pendientes.

Pues bien, las coronas son señal de la victoria, y la trabazón significa la unanimidad de la concordia, y los querubines son llamados *plenitud de ciencia;* por los bueyes y los leones y los querubines están significados los sacerdotes y doctores entre las coronas y las trabazones, esto es, entre la fortaleza del bien obrar, con que corren a la victoria, y la concordia de la caridad, con que no discrepan entre sí; porque en la plenitud de la ciencia que tienen es necesario que conserven la mansedumbre de los bueyes y el fervor de los leones, a fin de que en la disciplina que enseñan, además de estar inflamados del santo celo, se mantengan tranquilos con dulzura paternal. Debajo de ellos penden las trabazones o amarras, para que los lazos de la disciplina con que están sujetos ellos mismos los empleen también con solicitud en los súbditos suyos, puesto que el pender de ellos las amarras significa tender sobre los súbditos los lazos de la vigilancia.

Cosas que se observan rectamente cuando ni la mansedumbre se pierde en el fervor del celo ni se pierde el fervor de los leones en la mansedumbre.

Tanta debe ser, ciertamente, la discreción, que ni sea excesivo el rigor ni remisa la misericordia, para que no suceda que, si la culpa se perdona sin orden ni concierto, venga el culpable a enredarse en más graves culpas, o que, si se retiene inmoderadamente la culpa, el corregido se haga tanto peor cuanto más piensa que no se tiene con él benignidad alguna.

Así es que a los perversos se les ha de mostrar dureza en la forma, pero caridad en el alma, para que el rigor que se muestra coarte al delincuente y la guarda de la caridad no prive del premio de la mansedumbre.

19. Y ved que, mientras estoy hablando, viene a la memoria José, ofreciéndose por testimonio en demostración de lo que digo.

En efecto, contando a sus hermanos el sueño que de su engrandecimiento había tenido, por esto que inocentemente habíales referido, concitó contra sí los estímulos de la maldad: fué vendido por sus mismos hermanos a los ismaelitas; conducido a Egipto, por admirable disposición de Dios omnipotente gobernó en el mismo Egipto; y habiendo surgido el hambre en la tierra de Canaán, los hermanos vinieron a Egipto, donde hallaron a José prefecto de Egipto, e, inclinando sus cervices a la tierra, le adoraron; y es que, como no puede cambiar lo dispuesto por Dios, adoraron a aquel a quien habían vendido precisamente para no adorarle.

Entonces este varón de Dios, lleno del espíritu de discreción, conoció a sus hermanos sin que ellos le conocieran; mas, acordándose de la culpa y dispuesto a perdonar la injuria, ni quiso devolver mal a sus hermanos ni perdonarlos sin corrección, sino que con voz reveladora de sospecha dijo (Gen. 42,9-10): *Vosotros sois unos espías que habéis venido a reconocer los parajes menos fortificados de esta tierra. Desde luego voy a probar si decís verdad: por vida de Fa-*

raón que no saldréis de aquí. ¡Oh flechazo al corazón! Habían venido como extranjeros, huían del peligro del hambre, no habían recibido el trigo que buscaban y sentíanse además heridos con la acusación de tal crimen. Entre tanto, son llevados a la cárcel y después de tres días todavía se encuentran aterrados bajo la misma dureza. Ya se vuelve al corazón, ya toca al ánimo el recuerdo de la culpa, y unos a otros se decían (v.21): *Justamente padecemos lo que padecemos, por haber pecado contra nuestro hermano y porque, al ver la angustia de su alma cuando nos rogaba que tuviéramos compasión de él, nosotros no le escuchamos; por eso nos ha sobrevenido esta tribulación.*

Mas, en medio de estas cosas, el amor vence en el corazón de José; se retira y, llorando, pagó lo que debía a la piedad. Luego, severo, tornó a sus hermanos, para que la severidad librara sus almas de la culpa. Después de esto queda uno preso; los demás son despachados con el trigo para que viniera el hermano más pequeño que dijeron tenían. Vino más tarde el hermano; ya la piedad se apoderaba del alma al ver al hermano inocente, mas permanecía severo en la apariencia para castigo de los hermanos delincuentes. Se les da nuevamente trigo; se esconde la copa en el saco del hermano más pequeño y, después de idos ellos, suscítase la cuestión del hurto; envíase a que vuelvan cautivos, y se resuelve que aquel en cuyo poder fuese hallada la copa se quede; encuéntrase en el saco del hermano más pequeño; entonces queda preso Benjamín, y todos los hermanos, llenos de aflicción, se vuelven. ¡Oh tormento de la misericordia! Castiga y ama. Ya vueltos, postrados en tierra y llorando, imploran el perdón; pues, acordándose de lo que acerca de él habían prometido al padre, veíanse oprimidos por una insoportable tristeza. Entonces, no pudiendo contenerse más la piedad oculta, prorrumpe, y de aquel rostro severo sacó lágrimas de caridad: fué echada a un lado la aparente ira, y la misericordia, que existía y no aparecía, hízose patente.

De tal manera aquel santo varón perdonó y castigó en sus hermanos el crimen, de tal modo mantuvo viva la misericordia con sus hermanos, que ni fué piadoso sin castigo ni riguroso sin piedad.

20. He ahí cuál es el magisterio de la disciplina: saber perdonar discretamente las culpas y corregirlas con piedad. Pero los que no tienen espíritu de corrección, o bien perdonan los pecados de manera que no los corrigen, o bien, al corregirlos, hieren como si no los perdonaran.

Por consiguiente, el doctor que tuviera necesidad de hablar sobre la moderación de la disciplina sepa que es mesa del Señor y que debe redoblar hacia el interior el borde, para que procure obrar con espíritu de discreción lo que dice cuando enseña.

Y no es menester que se abstenga de predicar porque considere que algo le falta, pues su puesto exige que hable.

Vaya, pues, acorde con sus palabras; y si no habla precisamente porque obra, obre por lo mismo que se ve obligado a hablar. De manera que en lo que se halla que cumple con sus obras lo que dice, en eso amoneste a los oyentes y fuerce sus almas al deseo de obrar

bien; mas en lo que se halle que todavía no cumple lo que dice, avívese él también a sí mismo a lo bueno que aconseja a los oyentes, a fin de que, a la vez, él aprenda a obrar lo que la Verdad enseña por medio de él en la predicación: que muchas veces lo que no sabemos viviendo, obligados a hablar lo aprendemos enseñando. De modo que, al surgir el recuerdo de lo culpable de nuestro perezoso proceder, la compunción nacida de pronto hiera al alma, y la que antes languidecía en su ocio sin hablar, excitada con sus propias voces, se ponga en disposición para obrar el bien.

Ved ya que, cuando el borde de la mesa mide un codo, cuando los labios del doctor arguyen contra los vicios, y el corazón de los oyentes se enfervoriza para obrar bien, muchos que oyen sus palabras reconocen cuáles y cuántos males han perpetrado y acuden para confesarse y con lágrimas piden que interceda por sus pecados, para que orando borre las culpas que predicando puso de manifiesto.

21. Por eso también se añade: *Y sobre las mesas poníanse las carnes de la ofrenda;* porque, cuando los doctores santos dirigen al Señor omnipotente sus oraciones por los pecadores arrepentidos que se confiesan, por lo mismo que piden perdón por la vida de los carnales, las mesas del Señor portan las carnes de la ofrenda.

Para que haya, pues, convertidos y que lloren por los cuales orar, es necesario que primero se predique a los que están en pecado, y cuando ya comiencen a dejar los pecados y corran a la inocencia, es necesario que los labios del doctor acrecienten para con ellos la predicación y que con algunos insista con la palabra de su doctrina tanto más vehementemente cuanto considera que han caído más gravemente; es decir, sabiendo que él recibirá tanto mayor recompensa cuanto de más graves pecados levanta a otros con sus palabras.

Pláceme, entre todo esto, sacar al medio las palabras del santo Evangelio, cuya sagrada historia, por lo mismo que narra la realización de un milagro, denuncia las cosas admirables que suceden cada día.

Cuando se llegaron al Señor aclamándole confiados y en ayunas los pueblos, el Señor dijo a sus discípulos (Mc. 8,2-3): *Me da compasión esta multitud de gentes, porque hace ya tres días que están conmigo y no tienen qué comer; y si los envío a sus casas en ayunas, desfallecerán en el camino, pues algunos de ellos han venido de lejos.*

La turba está tres días con el Señor cuando la multitud de fieles, dejando a un lado, por la penitencia, los pecados que cometió, se convierte al Señor de obra, de palabra y de pensamiento; a los cuales no quiso el Señor enviarlos a sus casas en ayunas para que no desfallecieran en el camino, es a saber, porque los pecadores convertidos desfallecen en el camino de la vida presente si se les deja sin alimentar con la doctrina su conciencia. Luego, para que no desfallezcamos en el camino de esta peregrinación, debemos nutrirnos con la sagrada peregrinación.

Pero es muy para meditar la piadosa sentencia que salió de la boca de la Verdad, y que dice: *Pues algunos de ellos han venido de lejos.*

Hay, sí, quien, sin haber experimentado nada de engaño y nada de la corrupción carnal, ha corrido al servicio de Dios omnipotente; este tal no ha venido de lejos, porque por la inocencia e incorrupción ha estado próximo.

Otro no está manchado con impudicicia alguna ni por pecado grave alguno, mas después de caído una vez, se ha convertido al servicio del ministerio espiritual; tampoco éste viene de lejos, porque, después que ha usado de la unión concedida, no ha andado por cosas vedadas.

Otros, en cambio, después de pecados graves, otros después de falsos testimonios, otros después de haber robado, otros después de haber causado violencias, otros después de haber cometido homicidios, vuelven a la penitencia y se convierten al servicio de Dios omnipotente; éstos, sí, éstos vienen de lejos al Señor; pues cuanto más erró uno en obrar mal, tanto más lejos del Señor se apartó.

Así, por ejemplo, el hijo pródigo, que dejó a su padre, marchó a un país lejano, en el cual apacentó puercos, es decir, alimentó vicios.

Por tanto, dense también alimentos a los que vienen de lejos, porque a los pecadores convertidos se les ha de ofrecer el alimento de la sana doctrina para que reparen en Dios las fuerzas que perdieron en sus malas obras.

Y es tanto más necesario que los doctores los saturen con frecuencia del alimento de la doctrina cuanto más manchados vinieron de los mayores vicios. Y cuando ya hayan comenzado a confesar los pecados que cometieron y después de confesarlos los dejaren y los castiguen con lágrimas, es necesario que los doctores santos oren solícitos por los pecados de ellos, a fin de que las mesas del Señor soporten las carnes de la ofrenda; y cuantas veces hacen esto y en esto intervienen por los pecados ajenos, más borran los suyos ante los ojos de Dios, porque con esa misma caridad suya se santifican, por la admirable piedad con que ofrecen sus lágrimas por los pecados ajenos.

Y no debe costar trabajo al doctor el derramar lágrimas por los pecadores convertidos, puesto que por nuestras iniquidades derramó su sangre en la cruz el mismo que todo lo ha creado. Que vive y reina con el Padre, en unidad del Espíritu Santo, Dios, en los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA X [XXII]

(Ez. 40,44-49)

44 *Y fuera de la puerta interior había las cámaras de los cantores en el atrio interior, que estaba al lado de la puerta que mira al norte, y sus fachadas miraban al mediodía; una estaba al lado de la puerta oriental que miraba al norte.* 45 *Y díjome: Esta cámara que mira al mediodía será para los sacerdotes que velan en la guarda del templo.*

46 *Aquella cámara que da al norte será para los sacerdotes que velan en el servicio del altar. Estos son los hijos de Sadoc, los cuales son descendientes de Leví y se acercan al Señor para emplearse en servirle.* 47 *Y midió el atrio, que tenía cien codos de largo y cien codos en cuadro de ancho, y el altar que estaba delante de la fachada del templo.* 48 *E introdújome en el vestíbulo del templo, y midió el vestíbulo, que tenía cinco codos de una parte y cinco codos de la otra; y la anchura de la puerta tres codos de un lado y tres de otro.* 49 *Y la longitud del vestíbulo era de veinte codos, y de once codos de anchura, y se subía a la puerta por ocho gradas. Y en la fachada había dos columnas, una de un lado y otra de otro.*

1. El profeta, entendiendo agudamente, por inspiración del Espíritu Santo, los sentidos místicos de la palabra de Dios, dice (Ps. 118,129): *Admirables son tus testimonios; por eso los ha observado exactamente mi alma.* Y antes (v.18) ha dicho: *Quita el velo a mis ojos y contemplaré las maravillas de tu Ley.* Y es que quien todavía no entiende lo que hay oculto en las palabras claras, tiene velados los ojos; en cambio, quien ya lo entiende los tiene sin velo.

Y considera las maravillas de la Ley de Dios quien, examinando espiritualmente las palabras de la letra, considera la grandeza de lo que interiormente está oculto. ¿O no es admirable el que suene una cosa a los oídos y que venga a la inteligencia cosa que no sonaba? ¿A quién diré que es semejante aquel para quien está oculto el fuego de la divina palabra, sino a la piedra, que en la mano se mantiene fría, pero que, golpeada con el hierro, brilla en centellas y comunica a éste el fuego que arde después de haberse mantenido frío en la mano?

Así, pues, así son las palabras de la Sagrada Escritura, las cuales, en la narración de la letra, se mantienen frías; mas, si alguno, inspirándole Dios, las medita atentamente, saca el fuego de su sentido místico, de suerte que después en sus palabras arde espiritualmente el alma que primero permanecía fría por la letra.

Pues bien, ved que el profeta dice: *Y fuera de la puerta interior estaban las cámaras de los cantores en el atrio interior que había al lado de la puerta que mira al norte, y sus fachadas miraban al mediodía: una estaba al lado de la puerta oriental que miraba al norte.*

2. De manera que cuyo es el ánimo que con estas palabras de la letra se enciende en el amor de Dios, y no más bien por el contrario, ¿quién no se queda frío con esta lectura?

Pero, si se examina la medula espiritual que está oculta en la letra, por ahí saltan las centellas de la inteligencia e incendian lo que primeramente sonaba a frío en los oídos del corazón.

Sin embargo, para que, mediante la inspiración de Dios, se nos descubra el sentido, primero se nos debe manifestar clara la misma narración literal.

Dice, pues, que la puerta era interior y que fuera de ésta estaba el atrio que se llama interior; y después se mencionan otras puertas; a saber: la del norte, la del mediodía y la del oriente, para mostrar

que el mismo atrio que había dicho se hallaba fuera de la puerta interior estaba dentro de las puertas exteriores.

Luego este atrio está fuera y dentro: está fuera, porque está fuera de la puerta interior; pero está dentro, porque está dentro de las puertas exteriores.

También se dice que en este mismo atrio están las cámaras de los cantores, y se dice que están colocadas al lado de la puerta que mira al norte; pero esas mismas cámaras miran al camino del mediodía; y se añade que una estaba al lado de la puerta oriental que miraba al norte.

3. Palabras en las que claramente se entiende que las cámaras de los cantores estaban situadas entre el lado de la puerta que mira al norte y el lado de la puerta oriental, esto es, la puerta que miraba al camino del norte.

Luego las fachadas de las cámaras estaban frente al camino del mediodía; pero su posición era entre la puerta del oriente y la del norte.

Así es que la puerta interior tenía de un lado la puerta del norte y del otro la puerta meridional; pero en la fachada del vestíbulo oriental habíase levantado la puerta, y las puertas cerraban el atrio exterior, que estaba fuera de la puerta interior, de tal manera que éste resultaba también interior.

Hemos recorrido brevemente esto que se refiere a las palabras de la letra, para que en ellas descubramos, mas no brevemente, los sentidos místicos.

Pues bien, en la parte anterior se han descrito las tres puertas; a saber: la del oriente, la del norte y la del mediodía, y en seguida se ha dado cuenta de otras tres del atrio interior, a saber: la del mediodía, la del oriente y la del norte; y después se ha hablado de la puerta del atrio interior, en la cual se refiere que se han edificado las mesas construídas de piedras cuadradas, y que miraba al norte la puerta en la que estaban las mesas para el sacrificio, no para el holocausto; por lo que dijimos que en el interior está significada la Iglesia y en el exterior la Sinagoga.

Pero, una vez terminado esto, el profeta empieza otra vez a describir la puerta interior y las otras tres, a saber: la del norte, la del mediodía y la del oriente; y dice que en el atrio interior de ella, que estaba fuera de la puerta interior, estaban las cámaras, los cantores, los sacerdotes, el templo, el altar, los sacrificios...

Palabras en las que, como comenzó a narrar, acerca de la institución de la Iglesia, otras cosas distintas de las que había dicho anteriormente, aparece claro que cambió el sentido de la puerta interior; pues, si todo lo hubiera dicho en un mismo sentido, no repetiría en un orden nuevo las mismas cosas y otras.

Porque ¿cómo podemos decir que fuera de la puerta interior están las cámaras, los cantores, los sacerdotes, el templo, el altar y los sacrificios, si por la puerta interior significa la profecía en este lugar a la santa Iglesia? Estando todas estas cosas dentro de ella,

¿a ver cómo están fuera de la puerta interior, si no están fuera de la Iglesia?

Luego por la puerta interior puede entenderse aquella de la que muy anteriormente hablamos, la que se dice colocada frente a la puerta del norte y del oriente, y por la cual dijimos que se significaba el acceso que se nos abre para los gozos eternos de la patria celestial.

De suerte que aquí, por las puertas que se dice haber alrededor del vestíbulo, se significa la santa Iglesia, y por la puerta interior el acceso o entrada al reino celestial.

Mas, para que no piense alguno que yo traigo violentamente a mi sentido las palabras del Espíritu Santo, ni diga que no he debido cambiar el sentir de que la puerta interior significa la santa Iglesia, como anteriormente dije, con la luz de la gracia de Dios omnipotente, mantengamos lo mismo que hemos comenzado, de suerte que la puerta interior, que nos conduce a los gozos interiores, represente a la Iglesia; y que las cámaras, los cantores, los sacerdotes, el templo, el altar y los sacrificios están en el atrio que hay fuera de la puerta, y que, no obstante, no están fuera de la Iglesia.

Pues bien, si con aguda penetración discurrimos, nada obsta el admitir, como se ha dicho, que la puerta interior significa la santa Iglesia, de la cual se dice ahora: *Y fuera de la puerta interior estaban las cámaras de los cantores en el atrio interior.*

Son, pues, dos las cosas de que se habla: la puerta interior y, fuera de ésta, el atrio interior, que es a la vez interior y exterior; y la puerta exterior, pero interior, como dijimos, a las puertas que se añaden en la narración.

4. Ahora bien, la santa Iglesia tiene dos vidas: una que lleva temporalmente, otra que recibe en la eternidad; una con la que trabaja en la tierra, otra con la que es remunerada en el cielo; una en la que acumula méritos, otra en la que goza ya de la recompensa recibida; y en la una y en la otra vida ofrece sacrificio, a saber: aquí el sacrificio de la compunción, allí el sacrificio de la alabanza.

De aquel sacrificio se dice (Ps. 50,19): *El espíritu compungido es el sacrificio para Dios.* Del otro está escrito (Ps. 50,21): *Entonces aceptarás el sacrificio de justicia, la oblación y el holocausto;* del cual otra vez dice (Ps. 29,15): *A fin de que sea mi gloria cantarte y nunca tenga penas.*

En ambos sacrificios se ofrecen carnes; porque aquí la mortificación del cuerpo es la ofrenda de la carne, y allí la ofrenda de la carne consiste en alabar a Dios en la gloria de la resurrección.

En efecto, allí se ofrece la carne como en holocausto cuando, trocada en la eterna incorrupción, no tendrá nada contrario, nada mortal, porque, abrasada toda de una vez en las llamas de su amor, permanecerá en perpetua alabanza.

Luego esta puerta interior, esto es, la santa Iglesia, tenga sus interioridades; a saber: aquella vida que todavía está oculta a nuestros ojos; tenga fuera de ella el atrio exterior, esto es, la vida presente, en la que se practica todo el bien para llegar al bien infinito.

5. Haya, pues, en el atrio interior, el que, no obstante, está fuera de la puerta, las cámaras de los cantores; porque todos los elegidos y perfectos, como todavía viven en carne mortal, a la vez están dentro del seno de la santa Iglesia y todavía están fuera de los gozos secretos de la vida interior.

Haya cámaras de los cantores dentro y fuera; porque los corazones de los santos que, por el gran fervor de su amor, cantan a Dios omnipotente sus deseos, a la vez están dentro y todavía no están dentro; porque están situados en la Iglesia y ya ven con el espíritu lo que interiormente aman con vehemencia; pero, sin embargo, no ven todavía perfectamente lo que aman.

Haya, pues, cámaras en el atrio interior, pero fuera de la puerta, de manera que en el deseo estén ya dentro y a la vez no estén todavía dentro con plena realidad.

Y ¿quiénes son las cámaras de los cantores sino los santos deseos de los amantes?; los cuales guardan en su alma, como un tesoro, los preceptos divinos, que observan contentos; porque cumplen los mandamientos de Dios, no por temor, sino por amor; y los preceptos de la Sagrada Escritura se les hacen dignos de ser cantados, puesto que no los cumplen con tristeza, sino siempre con deseo.

¿Queréis oír al corazón del justo como cámara de cualquier cantor? (Ps. 118,54): *En el lugar de mi destierro eran tus justísimos mandamientos el asunto de mis canciones.*

Llamamos justísimos a los mandamientos de Dios, porque, si se cumplen, nos hacen justos.

Y se nos hacen dignos de ser cantados en el lugar de nuestro destierro cuando, en la peregrinación de la vida presente, amamos esos mismos mandamientos y deseamos cumplirlos.

Por eso, el mismo Salmista muestra de nuevo ser cámara de los cantores, cuando dice (Ps. 100,1): *Cantaré, Señor, las alabanzas de tu misericordia y de tu justicia.*

6. También el predicador debe cantar la misericordia del Señor, por la cual se lavan los pecados, es decir, que debe publicarla con gozo y esperar en ella.

Pero ¿quién es tan justo que traiga ante los ojos de su alma su eterno juicio y no tiemble? ¿O más bien se atreverá, se apresurará y se alegrará de venir a aquel examen de tan tremendo juicio? Quien tal sea, grande es, porque ya canta la misericordia y el juicio del Señor; canta, sí, el juicio, al cual no tiembla entrar. Sea, pues, su alma cámara de los cantores; y por el tesoro de misericordia que ha recibido, vaya alegre al juicio que no teme.

Veamos, si os place, hermanos carísimos, otra cámara de cantor.

Acaso él canta el juicio, puesto que también él dice (2 Tim. 4, 6-8): *Yo ya estoy a punto de ser inmolado y se acerca el tiempo de mi muerte. He combatido con valor, he concluido la carrera, he guardado la fe. Nada me resta sino guardar la corona de justicia que me está reservada, y que me dará el Señor en aquel día, como justo Juez.* El cual, sonsciente de sus trabajos, acordándose de los combates que ha costenido y recordando la fe que ha guardado, al decir que tiene

reservada para sí su corona en el día del juicio y espera que le será restituída, más bien que donada, claramente manifiesta cantar el juicio que está deseando que llegue. Por lo cual añade también: *No sólo a mí, sino también a aquellos que desean su venida.*

7. Nadie, pues, desea la venida del Juez sino quien sabe que su causa es buena en el juicio. Por lo mismo, los corazones de los que desean la venida del justo Juez son cámaras de los cantores; porque, por la presunción de la gracia y de la vida y en virtud del santo deseo, los justos cantan el juicio que temen todos los injustos.

Pero vuestra caridad recuerda que en la homilía anterior dijimos que por la puerta del oriente se significa la fe; por la del norte, la esperanza, y por la del mediodía, la caridad.

Ahora se recuerda que estas cámaras están entre la puerta del oriente y la del norte y que miran al camino del mediodía; y es que los corazones de los santos, situados entre la fe y la esperanza, miran al camino del mediodía, esto es, arden en las llamas de la caridad.

También se dice que la puerta del oriente mira al camino del norte; y es que, en verdad, por la fe se nos perdonan todos los pecados en el bautismo; pero, no obstante, mientras vivimos aquí, aun después de la fe, muchas veces volvemos a los pecados; y es como que la puerta del oriente mira al camino del norte cuando nuestra vida, después de haber recibido la fe, todavía se entorpece algo con el frío de las culpas.

¿Y quién, después de haber recibido la fe, podrá mantenerse sin culpa en esta vida, diciendo San Juan (1.ª, 1,8): *Si dijéramos que no tenemos pecado, nosotros mismos nos engañamos y no hay verdad en nosotros?*

Acorde con las palabras de éste, Santiago dice (3,2): *Todos tropezamos en muchas cosas.*

Luego, si los pecados pasados se perdonan en la recepción del bautismo, y todavía, después de la fe, se cae en el pecado, ¿qué presunción de justicia tendremos y qué esperanza de la vida eterna será la nuestra, si, mientras estamos entre la puerta del oriente y la del norte, no levantamos los ojos del alma al camino del mediodía, a fin de que, caldeados en la santa caridad, el fuego del amor nos libre del entorpecimiento y del frío de la culpa?

Haya, pues, cámaras entre la puerta del oriente y la del norte, pero miren, como se ha dicho, al camino del Mediodía. De manera que entre esto: de haber nacido por la fe y de confiar en la esperanza de la piedad, después de haber caído en los pecados, debemos ejercitarnos en el fervor de la caridad y tender la mirada del corazón allí donde nos encendamos en las llamas del amor.

8. También puede entenderse por la puerta del norte la gentilidad; por la puerta del mediodía, la Judea, y por la puerta del oriente, al mismo Señor.

En efecto, no sin razón se significa por el norte a la gentilidad, a la cual mantiene en el entorpecimiento del frío aquel que dice

(Is. 14,13): *Me sentaré sobre el monte del Testamento al lado del septentrión.*

También con razón se toma por la puerta del mediodía a la Judea, en la cual los Padres espirituales ardieron en deseos del cielo; uno de los cuales habla, diciendo (Ps. 125,4): *Cambia, Señor, nuestra cautividad, como los torrentes al soplo del mediodía.* Pues la Judea, sí tuvo un pueblo carnal, en el cual como que soportó los fríos del norte, pero en sus santos doctores y profetas ardió con el fuego de la caridad para con Dios y para con el prójimo.

Y asimismo no sin razón la puerta del oriente designa a Aquel de quien está escrito (Zach. 10,12): *He aquí el varón, cuyo nombre es Oriente;* y de quien el mismo Zacarías dice (Lc. 1,78): *El Oriente ha venido a visitarnos de lo alto.*

Haya, pues, cámaras de los cantores al lado de la puerta del norte, porque no sólo en la Judea hubo corazones de santos espiritualmente inflamados, sino también en la multitud de la gentilidad convertida a los sacramentos de la santa fe.

Los corazones de los santos arden en el amor de la patria celestial, anhelan los gozos eternos, suspiran por la compañía de los bienaventurados ciudadanos del cielo; es verdad; pero de los Padres espirituales de la Sinagoga tomaron los ejemplos de este ardor que, por donación del Espíritu Santo, han recibido.

He ahí por qué también las cámaras puestas al lado de la puerta del norte miran al camino del mediodía.

Helo ahí; nosotros venimos de los gentiles, pero nos calentamos también en este fuego por el amor del Espíritu Santo. Miramos a los Padres de la Judea, que en sus palabras nos ofrecen a diario ejemplos de tan santos deseos.

9. ¿O no es como que ardía con el calor del mediodía quien se abrasaba cuando dijo (Ps. 41,1-2): *Como el ciervo, abrasado por la sed, desea las fuentes de las aguas, así, ¡oh Dios!, mi alma te desea a ti. Sedienta está mi alma del Dios fuerte y vivo: ¿cuándo será que yo llegue y me presente ante la cara de Dios?* El cual otra vez dice (Ps. 100,2): *Cantaré y estudiaré en el camino de la perfección. ¡Cuándo vendrás a mí!*

También estaba encendido en este amor el que decía (Lc. 2,29): *Ahora, Señor, sacas en paz de este mundo a tu siervo, según tu promesa, porque ya mis ojos han visto al Salvador que nos has dado.*

Luego porque venimos de la gentilidad, pero nos proponemos a los santos patriarcas de la Judea por modelos del amor divino, somos a modo de cámaras de cantores al lado de la puerta que mira al norte, pero tenemos la cara vuelta al mediodía.

10. Y es de notar que se dice que estas mismas cámaras están entre la puerta del norte y del oriente; es decir, que, después de la encarnación del Señor, una multitud de gentiles vino a la fe, y que de entre esos pueblos fieles también se levantan corazones amantes que de veras aman los misterios de la encarnación del Señor.

Tengan, pues, los santos cámaras entre la puerta de oriente y la del norte, porque entre los misterios de su redención que profe-

san y algunos carnales que toleran dentro de la Iglesia, muchos progresan en grande amor de Dios, crecen en las virtudes, esperan la venida del Juez eterno; y entre las cosas que aman y las que toleran son a modo de unas cámaras que en el alma guardan los tesoros del espíritu.

Y no desfallecen entre los misterios que aman y las cosas contrarias que soportan, porque tienen vuelto el rostro al camino del mediodía. Pues ¿qué es lo que nosotros padecemos que no padecieron antes nuestros padres por amor de Dios?

11. Pero es de notar que se dice que la puerta del oriente está entre la puerta del norte y la del mediodía; que es decir que nuestro Señor y Redentor nació de la Judea y en seguida, por la fe, atrajo a los gentiles a su Iglesia.

Apareció, pues, como entre la puerta del mediodía y la del norte, porque vino de aquélla y convirtió a ésta a su servicio.

Por eso se dice bien que la puerta oriental mira al camino del norte, porque el Señor, una vez nacido, abandonó la Sinagoga y congregó la muchedumbre de los gentiles.

También es de notar que, cuando de las cámaras se dice: *Y sus fachadas miraban al camino del mediodía*, se añadió *una;* a saber, para que entendamos claramente que para nosotros, los que descendemos de la gentilidad, el camino de la patria celeste no es distinto del de los que pertenecieron a la Judea, sino que es uno mismo el camino que a ellos y a nosotros nos lleva a los gozos eternos: el que por el Evangelio nos dice (Io. 14,6): *Yo soy el camino y la verdad y la vida*, de quien el Salmista dice: *Para que conozcamos en la tierra tu camino y todas las naciones tu Salvador*. Lo que en hebreo se dice Jesús, en latín significa Salvador.

Luego en la tierra se conoce el camino, porque Jesús, Dios antes de los siglos y hecho hombre en los siglos, se ha manifestado a los gentiles.

Por consiguiente, uno mismo es el camino para los que son del mediodía y para los que miran desde la puerta del norte; porque nuestro Señor y Redentor, para los elegidos de la Judea y de la gentilidad, desechado el temor de la pena, se hizo camino de amor que conduce al Padre y ayuda para llegar a El.

Prosigue: *Y díjome: Esta cámara que mira al mediodía será para los sacerdotes que velan en la guarda del templo;* y en seguida agrega: *Aquella cámara que mira al norte será para los sacerdotes que velan en el servicio del altar.*

12. En estas palabras del profeta debemos averiguar qué sacerdotes son de mayor categoría: si los que velan en la guarda del templo o los que sirven al altar.

Mas como poco después se añade: *El altar estaba delante de la fachada del templo*, claramente se muestra que son sacerdotes de mayor categoría los que velan en la guarda del templo; porque sin duda ministran en el altar que está dentro; mientras que los sacerdotes que velan en el altar que está delante de la fachada del templo

son tanto inferiores cuanto más exteriores son las cosas que ministran.

Debemos, pues, averiguar quiénes son los sacerdotes que guardan el templo y quiénes son los que se dice que sirven el ministerio del altar.

El Doctor de las Gentes, escribiendo a los fieles (1 Cor. 3,17): *El templo de Dios, que sois vosotros, es santo.* Luego ¿quiénes son los sacerdotes que guardan el templo de Dios sino los que, orando, predicando y estando en vela para los actos espirituales, defienden la Iglesia de las acometidas de los espíritus malignos, de los consejos de los malos y de los errores de los herejes?

¿O es que no había sido guarda del templo quien, enumerando los trabajos que había sufrido, dice (2 Cor. 11,27): *En toda suerte de trabajos y miserias, en muchas vigilias, en hambre y sed, en muchas aguas, en frío y desnudez;* y a continuación añade: *Fuera de estas cosas exteriores, cargando sobre mí las ocurrencias de cada día por el cuidado de todas las iglesias?*

Pensad, os ruego, con cuánta solicitud vela por el templo este guardián o centinela; pues ahí tenéis que padece en sí mismo cosas que no se pueden ponderar y emplea en otras la solicitud de su corazón.

¿Quién tiene tanta virtud, decidme, que piense, más que en sus aflicciones, en cuidar de la utilidad de los prójimos? ¿Quién estimará esto dignamente? ¿Quién dignamente lo ponderará? Trabaja, llora, padece hambre, sed, fríos; ayuna, se desvela, y, sin embargo, piensa, solícito, en vigilar todas las iglesias.

Ahí tenéis puesto por ejemplar un vigilantísimo custodio del templo eterno. Sea imitado, puesto que sirve para sufrir adversidades por la verdad, por procurar bienes a los prójimos y vigilar con solicitud por las almas. Inquirir, reprimir, para que nadie caiga en perfidia, ni en soberbia, ni en rapiña, ni en inmundicias, eso es guardar el templo de Dios, es decir, la Iglesia.

13. Pero hay otros sacerdotes de orden inferior, que vigilan en el servicio del altar, a saber, los que, para ayudar a los mayores, averiguan discretamente los pecados de los delincuentes y corrigen la vida de los carnales y llegan hasta esto: a que, por los lamentos de la penitencia, vienen como a quemar en sacrificio la carne que antes habían permitido vivir en pecado; pues los que presiden las santas iglesias no pueden atender por sí mismos a todo, sino que, mientras ellos se ocupan de los asuntos espirituales, si se han cometido algunas cosas malas y carnales, para reprenderlas y corregirlas, encargan a otros. Y cuando por éstos se corrige la vida carnal y los adelantados llegan hasta la abstinencia y al cuidado de la oración, ya es como que la carne se quema en el altar, para que en el acatamiento de Dios omnipotente huela ya a sacrificio la culpa que antes le desagradaba.

14. Pero aquí surge una cuestión: Habiéndose dicho antes que las cámaras tenían las fachadas al camino del mediodía, ¿qué razón hay para decir ahora que la cámara que mira al camino del mediodía

es la de los sacerdotes que velan en la guarda del templo, y que la cámara que mira al camino del norte es la de los sacerdotes que velan en el ministerio del altar? Pues, si ambas fachadas miran al camino del mediodía, ¿cómo se dice ahora que la una mira al mediodía y la otra al norte?

Pero en estas palabras conocemos que la cámara de los sacerdotes que velan en la guarda del templo estaba situada de tal manera que solamente miraba al camino del mediodía; mas la cámara de los sacerdotes que cuidan del servicio del altar, estaba en el atrio, de tal suerte que miraba al camino del mediodía y del norte. De manera que, con la cámara de los sacerdotes que velaban en la guarda del templo, miraba también al camino del mediodía, y, sin embargo, miraba al camino del norte, pero no con la cámara de los otros sacerdotes.

¿Qué es esto, hermanos carísimos? ¿Qué sentido místico podemos descubrir en estas palabras sino lo que, por lo dicho anteriormente, entiende ya el lector espiritual, a saber: que los sacerdotes de orden superior, que velan en la guarda del templo, solamente miran al camino del mediodía, porque, ocupados sólo en los cuidados espirituales, siempre atienden solícitos a las cosas pertenecientes al amor de Dios; mientras que los sacerdotes de orden inferior, los que están puestos para descubrir los pecados de los delincuentes, vuelven también los ojos al camino del norte, para ver en las almas de los pecadores cuáles están frías en obras y, llevándolas, mediante las palabras de la corrección, hasta los gemidos de la penitencia, sea como que queman la carne en el altar del Señor?

Miren, pues, con los sacerdotes mayores al camino del mediodía, para que, por lo que a ellos toca, ardan en el fuego de la caridad y se abrasen en las llamas del amor de Dios; mas, como con frecuencia corrigen los pecados de los delincuentes, vuelvan también los ojos al camino del norte.

De la una y de la otra clase de sacerdotes se añade: *Estos son los hijos de Sadoc, los cuales son descendientes de Leví y se acercan al Señor para servirle.*

15. Sadoc, en latín, significa el justo. Y ¿quién es el justo sino aquel a quien se dice (Ps. 118,137): *Justo eres, Señor, y justos son tus juicios?*

Y ¿quiénes son los hijos del justo sino aquellos de quienes está escrito (Io. 1,12): *A todos los que le recibieron, que son los que creen en su nombre, dióles poder de llegar a ser hijos de Dios?*

Y Leví significa el escogido. Y ¿quién es el escogido sino el pueblo fiel, que por los sacramentos de la fe ha sido separado de los malos? Luego todos los que perseverantemente se ocupan en obras espirituales son hijos del justo. Y los elegidos de entre los hijos del pueblo fiel se acercan al Señor para servirle, porque también de entre los mismos fieles son elegidos los que han de venir al servicio de Dios y a ocuparse en los estudios celestiales para instruir al pueblo.

16. Pero nosotros debemos averiguar con gran cuidado quiénes son los que sirven al Señor; pues no todos los que leen, ni

todos los que predican, ni todos los que dan lo propio, ni todos los que mortifican su cuerpo con la abstinencia de la carne sirven al Señor; porque los que, leyendo y predicando, buscan la gloria propia, y los que, dando lo que tienen y macerando el cuerpo con la abstinencia, apetecen recibir las alabanzas de los hombres, sírvense a sí mismos, no al Señor.

Contra lo cual dice el Señor (Ps. 100,6): *Los que procedían irreprensiblemente, ésos eran mis ministros.*

Tiene mancha en su vida quien en las buenas obras que hace se propone por premio la gloria terrena; porque quien desea recibir la recompensa en este mundo, ante los ojos de Dios tiene afeado el rostro de la buena obra por la mancha de la mala intención.

Tal vez alguno se ocupa con fervor en el cuidado de la disciplina, no consiente las culpas de los delincuentes; pero éste se deja llevar a hacer esto, no por amor de Dios omnipotente, sino por celo propio; en ello se sirve a sí, no al Señor.

Otro, por no parecer severo, tolera blandamente muchas cosas que perversamente se cometen; también éste se sirve a sí mismo y no al Señor, con no querer ser tenido por rigoroso o con su deseo de lenidad.

Por tanto, ora trabajemos en el ministerio de la palabra, ora repartamos lo nuestro a los indigentes; ya domemos nuestra carne con la abstinencia, ya nos movamos por el celo, o ya toleremos con paciencia sin castigar las obras malas, resta que debemos examinar con gran cuidado nuestra intención, a fin de que cuanto hacemos lo hagamos no llevados de nuestro celo, sino del de Dios, no sea que en lo que hacemos nos sirvamos a nosotros y no al Señor.

No habían servido al Señor, sino a sí mismos, aquellos de quienes decía San Pablo (Phil. 2,21): *Todos buscan sus propios intereses, no los de Jesucristo.*

En cambio, el mismo San Pablo se apresuraba con los hermanos, compañeros en el ministerio, a vivir y morir, no para sí mismo, sino para el Señor, cuando decía (Rom. 14,7): *Ninguno de nosotros vive para sí y ninguno de nosotros muere para sí, que, si vivimos, para el Señor vivimos; y si morimos, morimos para el Señor.*

Los santos, pues, no viven ni mueren para sí. No viven para sí porque en todo lo que hacen anhelan ganancias espirituales y, orando y predicando, al perseverar en las buenas obras, desean aumentar los ciudadanos de la patria celeste. Ni mueren para sí, porque, ante los hombres, con su muerte glorifican a Dios, al cual se apresuran a llegar muriendo.

En la muerte de los santos, por consiguiente, debemos pensar no cuánto de ellos se burlaron los infieles, sino cuánto creció en ellos la gloria de Dios; porque, si ellos hubieran buscado la propia alabanza, claro está que en la muerte habrían temido los oprobios. Pero ninguno de ellos vive para sí y ninguno muere para sí, porque ni viviendo ni muriendo buscaron su propia gloria.

Veamos si el primer Pastor de la Iglesia, que no vivió para sí, murió para sí. Pregúntese a su compañero Juan y que hable con las palabras del Señor sobre la muerte de este mismo Pastor (Io. 12,33): *Esto lo decía para significar de qué muerte había de morir*, pues no murió para sí quien con su muerte glorificó a Dios.

Aprendamos, pues, hermanos carísimos, a examinar con solícito cuidado nuestra intención en todo lo que hacemos y a no buscar nuestros intereses si queremos servir al Señor omnipotente.

Ahora bien, como hemos dicho que los hijos de Sadoc fueron tomados de entre el pueblo fiel para el servicio de Dios omnipotente, ¿es que en ese mismo pueblo no había otros muchos que se hallaron viviendo perfectamente en los mandamientos de Dios? Sí los había en verdad, puesto que se añade: *Y midió el atrio, que tenía cien codos de largo y cien codos en cuadro de ancho.*

17. Ya hemos dicho muchas veces que por la longitud se significa la longura o longanimidad de la esperanza, y por la anchura la amplitud de la caridad; también arriba se dijo que el número ciento, que es el diez sumado diez veces, significa la suma perfección.

¿Qué es, por tanto, el atrio del edificio espiritual sino la amplitud de pueblos fieles?, pues la longanimidad de la esperanza y la anchura de la caridad no es vana en los corazones de los fieles, porque vale cuanto se hace por la fe. De ahí lo que se dice por San Pablo (Gal. 5,6): *Para con Jesucristo nada vale el ser circunciso o incircunciso, sino la fe que obra animada por la caridad.*

Luego, cuando en la vida de los fieles en cierto modo es en cada uno de ellos perfecta la longanimidad de la esperanza, perfecta la anchura de la caridad, perfecta la certeza de la fe y perfecto el cuidado en el obrar, el atrio del templo tiene cien codos en cuadro.

Pero en la medida del cuadro no hay un lado mayor y otro menor, sino que los cuatro lados tienen igual medida; o sea que, mientras vivimos en esta vida, hallamos ser iguales en nosotros las mismas virtudes que hemos mencionado, a saber: la fe, la esperanza, la caridad y el obrar bien; si bien se dice ser mayor que la fe y que la esperanza la caridad, porque, después que se ha llegado a ver la cara del Señor, la esperanza y la fe pasan, pero la caridad permanece, mientras que ahora, cuanto creemos, tanto amamos, y cuanto amamos, tanto aguardamos por la esperanza.

Además, en cuanto a la fe y a las obras, el apóstol San Juan declara, diciendo (1.ª, 2,4): *Quien dice que conoce a Dios y no guarda sus mandamientos, es un mentiroso.*

En efecto, el conocimiento pertenece a la fe, y la guarda de los mandamientos, a las obras; luego, cuando hay poder, lugar y tiempo para obrar, tanto obras cuanto conoces a Dios, y tanto muestras conocer a Dios cuanto bien haces por Dios.

Mídanse, pues, en cuadro las virtudes del pueblo fiel, porque todo el que se ejercita en esta vida, tanto cree cuanto espera y ama, y tanto obra cuanto cree, ama y espera.

De suerte que, como hay muchos pueblos de la santa Iglesia robustos por la fe, longánimes por la esperanza, amplios en la caridad y eficaces en las obras, mídase el atrio del templo en cien codos en cuadro.

18. Y para decir también algo acerca de las virtudes de ellos, vemos a algunos de ellos prudentes en su inteligencia, fuertes en la adversidad, justos en el obrar, moderados en los placeres y discretos en el celo, los cuales, cuando tienen prudencia, fortaleza, justicia y templanza (o como place a algunos enumerarlas: prudencia, templanza, fortaleza y justicia), tienen la medida del edificio espiritual en cuadro.

Ved, pues, cómo las virtudes que hemos dicho tienen los buenos y fieles están encuadradas de tal manera, que ninguna excede a la otra.

En efecto, gran virtud es la prudencia; pero; si se tiene menos templanza en los placeres, si se es menos fuerte en los peligros y menos justa en las obras, sin duda se es también menos prudente.

Grande es la templanza; pero, si se es menos prudente para saber dónde se ha de moderar, si tiene menos valor para resistir con fortaleza la adversidad y decae de ánimo por el temor, y si por disposición suya falta algo a la justicia en las obras, también es menor la templanza.

Gran virtud es la justicia; pero, si discierne poco entre lo justo y lo injusto, si en los placeres del mundo modera poco el corazón, si es menos fuerte contra lo adverso, es menos justa.

Grande es la fortaleza; pero, si entiende menos qué bienes ha de guardar y qué males debe resistir; si es menos moderada en el apetito del placer y se deja vencer de la voluptuosidad, si tiene menos justicia en sus obras y alguna vez se deja dominar por la injusticia en el obrar, es menos fuerte.

Mídase, pues, por los cuatro lados la vida de los perfectos; y cada lado del atrio espiritual tenga tanto como cada uno de los otros; porque cada uno es tan prudente como templado, y tan justo como prudente, templado y fuerte fuere.

Entre ellos, sin embargo, hay muchos que todavía viven carnalmente, los cuales, aunque tal vez desconozcan las letras y no puedan leer los preceptos del Señor, pero en su trato con la multitud de los fieles ven cosas buenas que imitar. He ahí, en la Iglesia resuenan las voces del santo Evangelio y de los apóstoles: cada día se ponen a la vista de todos ejemplos de los que viven bien, de modo que no pueden excusarse diciendo: No hemos visto lo que debiéramos imitar.

Y por eso se añade: *Y el altar delante de la fachada del templo.*

19. ¿Quién es el templo sino los pueblos fieles, como por el Apóstol se dice a los discípulos (1 Cor. 3): *Pues santo es el templo de Dios, que sois vosotros?*

¿Y cuál es el altar de Dios sino el alma de los que viven bien? Los cuales, acordándose de sus pecados, se lavan con sus lágrimas, mortifican su carne con penitencias, no se inmiscuyen en los asun-

tos de este mundo, dan de lo que poseen a los indigentes y no ambicionan poseer lo que no tienen.

Con razón, pues, se dice que el corazón de éstos es altar de Dios, donde de la tristeza se enciende el fuego de la compunción y la carne se consume.

Y qué, hermanos carísimos, ¿acaso en este pueblo santo y fiel no vemos tales como en el atrio del templo? ¿Acaso no vemos que la vida de éstos se nos pone de continuo por ejemplo?

Luego el altar está ante la fachada del templo cuando a la faz de la santa Iglesia se ponen muchos que, acordándose del eterno juicio, se ofrecen cada día a Dios en sacrificio con lamentos de compunción; porque, como se ha dicho antes, castigan sus cuerpos a fin de que se cumpla esto que el Doctor de las Gentes dice (Rom. 12,1): *Que ofrezcáis vuestros cuerpos como hostia viva, santa y agradable a Dios.*

Es verdad que la víctima se mata para ser ofrecida, pero la víctima viva es el cuerpo afligido en aras del Señor. Lo cual se llama víctima y viva porque vive a las virtudes y está muerta a los vicios. Víctima, sí, porque en este mundo ya está muerta a las malas obras; y viva, porque hace todo lo bueno que puede.

20. Ahora bien, como al nombrar el altar se ha hablado también de la llama de la compunción, juzgo necesario dar a conocer que hay dos clases de compunción.

En efecto, una compunción es la que nace del temor, y otra la que nace del amor; porque una cosa es huir los suplicios, y otra desear los premios.

Por eso se mandaba por la Ley que en el tabernáculo se hicieran dos altares, a saber, uno exterior y otro interior, uno en el atrio y otro delante del arca, uno cubierto de bronce y el otro revestido de oro.

Y en el altar de bronce se quemaban las carnes, pero en el altar de oro se quemaban los perfumes.

¿Qué significa esto, hermanos carísimos, de quemar fuera las carnes y dentro los perfumes, sino esto que vemos todos los días: que hay dos clases de contrición? Porque unos lloran todavía por temor, pero otros ya se duelen con lamentos por amor; porque muchos, al acordarse de sus pecados, afligidos por el temor de los suplicios, derraman a diario lágrimas, lamentan el mal que han hecho y queman en el fuego de la contrición los vicios, cuyas sugestiones padecen todavía en su corazón. ¿Qué son éstos sino altar de bronce en el que se queman las carnes, puesto que todavía lloran las obras carnales?

21. Otros, en cambio, libres de los vicios carnales o asegurados ya con la abundancia y duración de sus lágrimas, con la llama del amor se encienden en lamentos de contrición, dirigen la mirada de su corazón a los premios de la patria celestial y desean hallarse ya entre los ciudadanos del cielo; dura esclavitud les parece lo mucho que se prolonga su peregrinación; desean ver al Rey en su hermosura y no cesan de llorar por su amor todos los días.

¿Qué son éstos sino altar de oro, en cuyo corazón se han quemado los perfumes, puesto que arden sus virtudes? Con razón se dice de este altar que está colocado delante del velo del arca en el *Sancta Sanctorum*, porque arca del Testamento se hizo para nosotros Aquel de quien sabemos que está escrito (Col. 2,3): *En quien están encerrados todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia.*

Arca dentro del velo es nuestro Redentor en el cielo.

Pero el altar de oro en que se queman los perfumes está delante del velo, porque los corazones de los santos, que con grandes virtudes arden en el amor de Dios, por un santo deseo arden en Aquel a quien no pueden ver todavía a cara descubierta.

Y entre el arca y el altar está el velo, porque el obstáculo de nuestra corrupción, que todavía nos separa de la visión de Dios, no se ha quitado aún, sino que, mientras estamos delante del velo, es necesario que, como incienso de olor suavísimo, ardamos en la llama del amor.

Nada terreno, nada transitorio debemos buscar por las lágrimas de la compunción; sólo quien ha creado todas las cosas nos perfecciona nuestro deseo.

Pasemos con el deseo por encima de todo para refugiarnos al Uno con el alma, no ya por temor a las penas, no por el recuerdo de los vicios, sino que, encendidos en las llamas del amor, nos deshagamos en lágrimas con el olor de las virtudes.

22. Ya se entreveía esta oración de los elegidos cuando en alabanza de la Esposa se decía (Cant. 3,6): *¿Quién es esta que va subiendo por el desierto como columnita de humo, formada de perfumes de mirra y de incienso y de toda clase de polvos de aromas?*

En efecto, la Iglesia de los elegidos, cuando se levanta de este mundo en santos deseos, por la fuerza de su ardiente amor, sube por el desierto que ha dejado.

Y agrega además cómo sube: como una columnita de humo de perfumes.

El humo procede del incienso, según se dice por el Salmista (Ps. 140,2): *Asciende, Señor, mi oración ante tu acatamiento como el incienso.*

El humo suele sacar lágrimas. De manera que es como humo compuesto de aromas la compunción de la oración concebida de las virtudes.

23. Y se llama con razón *de mirra y de incienso.*

Y se llama columnita la forma del humo, porque, como sólo desea lo celestial, progresa secretamente para no volver a solicitar lo terreno y temporal.

Y es de notar que no se la llama columna, sino columnita, porque a veces, con el ardor de la compunción, la fuerza del amor es tan sutil, que ni puede comprenderla el alma misma que ha merecido tenerla para que la ilumine.

Y con razón se llama de mirra y de incienso, porque el incienso se quema en sacrificio a Dios por disposición de la Ley; y con la

mirra se embalsaman los cuerpos de los muertos para que no los corrompan los gusanos.

Luego ofrecen sacrificio de mirra y de incienso los que afligen su carne para que no los dominen los vicios de la corrupción, y queman ante el divino acatamiento la hostia olorosa de su amor, y ellos mismos se presentan ante Dios con santas virtudes.

Por eso también allí se añade: *Y de toda especie de polvos de aromas.*

Polvo aromático es la virtud del que obra bien.

Y es de notar que a las virtudes de los que obran bien no se las llama aromas, sino polvos; porque, cuando hacemos algo bueno, ofrecemos aromas; pero cuando volvemos a mirar lo bueno que hemos hecho y, para que en ello no haya torcido, atendemos al juicio del nuevo examen, es como que de los aromas hacemos polvo para encender más sutilmente nuestra oración al Señor con la discreción y el amor.

24. Ahí tenéis ya, hermanos carísimos, que ante vosotros hemos tratado de descubrir estas cosas cuanto, con el favor de Dios, hemos podido. Nadie, pues, me reprenda si pongo fin a mi hablar, porque, como todos lo estáis viendo, han aumentado nuestras tribulaciones, las armas nos cercan por todas partes, por doquiera tenemos inminente el peligro de la muerte; los unos vuelven a nosotros con las manos cortadas; se nos anuncia que otros han quedado prisioneros y otros muertos.

Véome ya forzado a detener la lengua en la exposición, porque (Iob 10,1) *tedio me causa ya el vivir.* Nadie me pida ya que estudie la Sagrada Escritura, porque (Iob 30,31) *mi cítara se ha convertido en llanto, y en voces lúgubres mis instrumentos músicos.*

Ya la mirada de mi corazón no atiende a descubrir los misterios, porque (Ps. 118,28) *de tedio se ha adormecido el alma mía.* Ya la lectura es menos dulce al alma, porque (Ps. 101,5) *hasta de comer mi pan me he olvidado de puro gritar y gemir.*

Así que, a quien no es permitido vivir, ¡cómo le ha de ser grato descubrir los misterios escondidos en la Sagrada Escritura! Y yo, que me veo forzado a beber a diario tales amarguras, ¡cuándo podré propinar cosas dulces!

¿Qué resta, pues, sino que, en medio de los castigos que sufrimos por nuestras iniquidades, demos gracias con lágrimas, pues el mismo que nos creó se ha hecho además nuestro Padre por el espíritu de adopción que nos ha dado, y a veces nutre a sus hijos con pan, a veces los corrige con el azote; porque con dolores y con regalos nos instruye para que recibamos la herencia perpetua?

Sea, pues, la gloria para el Todopoderoso, nuestro Señor Jesucristo, que vive y reina con el Padre, en unidad del Espíritu Santo, Dios, por todos los siglos de los siglos. Amén.

CUARENTA HOMILIAS SOBRE LOS EVANGELIOS

PROLOGO

A Segundo, obispo de Tauromenio [1]

Gregorio, siervo de los siervos de Dios, al reverendísimo y santísimo hermano Segundo, obispo.

En las sagradas solemnidades de las misas hice la exposición de cuarenta pasajes del santo Evangelio, de los que, según costumbre, suelen leerse en esta iglesia en determinados días.

Por cierto que la exposición que escribí sobre algunas fué recitada por el notario al pueblo asistente [2]; pero la explanación de otras la hice yo mismo de palabra ante el pueblo; y tal como yo lo decía fué reproducido por escrito.

Mas, antes de que yo corrigiera detenidamente, según era mi propósito, las que yo había pronunciado, transcribiéronlas algunos hermanos, ganosos de estudiar la palabra divina. Con razón diría yo que éstos se parecen a ciertos hambrientos, que quieren comer las viandas antes de estar del todo condimentadas. Así, aquel pasaje en que está escrito (Mt. 4): *Jesús fué conducido del espíritu al desierto para que fuese tentado del diablo*, es verdad que le expuse primero de un modo algo ambiguo; pero más tarde con una anotación corregí esa ambigüedad.

También he cuidado de poner en dos tomos esas mismas homilías en el orden en que fueron dichas y de manera que las veinte primeras, que fueron las dictadas, y las otras veinte restantes, que fueron las que yo pronuncié personalmente, quedaran separadas en cada uno de los tomos.

Y si bien se han antepuesto algunas que en el Evangelio se leen después, y otras, que fueron escritas anteriormente por el evangelista, se hallan pospuestas, no debes, hermano, cambiarlas en modo alguno, pues tal como yo las dicté en distintos tiempos, tal fueron también colocadas en los códices por los copistas.

Así es que tú, hermano, si hallares el antes citado pasaje expuesto ambiguamente o encontraras que las homilías no están ordenadas como antes he dicho, ten por cierto que ellas están sin corregir y co-

---

[1] Tauromenio, ciudad y puerto en la costa oriental de Sicilia.

[2] El celoso y santo pastor no se dispensaba de apacentar, en cuanto podía, a la grey de Cristo; y cuando la salud quebrantada no le permitía pronunciar de viva voz la homilía, la daba escrita para que la pronunciara el notario y así no careciera del pasto de la divina palabra el pueblo.

rrígelas en conformidad con las que por el presente portador he procurado enviarte; y no permitas en modo alguno que continúen sin corrección.

Las editadas se guardan en el archivo de nuestra santa Iglesia, de manera que, si tal vez algunos discrepan mucho de tu fraternidad, aquí pueden hallarlas para que se aseguren por medio de las que están corregidas.

LIBRO I

HOMILIA I

(Dirigida al pueblo en la basílica de San Pedro Apóstol en la domínica segunda del Adviento del Señor)

Lección del santo Evangelio según San Lucas (21,25-33)

En aquel tiempo: Veránse fenómenos prodigiosos en el sol, la luna y las estrellas; y en la tierra estarán consternadas y atónitas las gentes por el estruendo del mar y de las olas; secándose los hombres de temor y de sobresalto por las cosas que han de sobrevenir a todo el universo; porque las virtudes de los cielos estarán bamboleando. Y entonces será cuando verán al Hijo del hombre venir sobre una nube con grande poder y majestad. Como quiera, vosotros, al ver que comienzan a suceder estas cosas, abrid los ojos y alzad la cabeza, porque vuestra redención se acerca. Y propúsoles esta comparación: Reparad en la higuera y en los demás árboles: cuando ya empiezan a brotar de sí el fruto, conocéis que está cerca el verano. Así también vosotros, en viendo la ejecución de estas cosas, entended que el reino de Dios está cerca. Os empeño mi palabra que no se acabará esta generación hasta que todo lo dicho se cumpla. El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no faltarán.

1. Hermanos carísimos: Nuestro Señor y Redentor, deseando encontrarnos bien dispuestos, anuncia de antemano los males que han de sobrevenir al mundo, cuyo fin se avecina, con el propósito de apagar en nosotros el amor del mundo.

Pone de manifiesto cuántas calamidades han de preceder a su término, que se acerca, para que, si no queremos temer a Dios cuando la vida se desliza tranquila, temamos, al menos, su cercano juicio, amedrentados por las calamidades.

En efecto, a esta lección del santo Evangelio que vosotros, hermanos, acabáis de oír, adelantó el Señor lo que poco más arriba dice (Lc. 21,10-12): *Se levantará un pueblo contra otro pueblo y un reino contra otro reino, y habrá terremotos en varias partes y pestilencias y hambres;* y poco después de algunas cosas más agregó esto que acabáis de oír (Lc. 21,25): *Veránse fenómenos prodigiosos en el sol, la luna y las estrellas; y en la tierra estarán consternadas y atónitas las gentes por el estruendo del mar y de las olas.*

Estamos viendo que, de todos estos acontecimientos, unos han sucedido ya en efecto, y tememos que otros han de suceder pronto;

pues levantarse un pueblo contra otro pueblo y hallarse las gentes consternadas, vemos que ocurre en nuestro tiempo más de lo que leemos en los libros; que el terremoto sepulta innumerables ciudades, sabéis con cuánta frecuencia lo oímos referir de otras partes del mundo; pestilencias las padecemos sin cesar; ahora, fenómenos prodigiosos en el sol, en la luna y en las estrellas todavía no los hemos visto claramente; pero que también éstos no distan mucho, lo colegimos de la mudanza de la atmósfera; por más que, antes de que Italia cayera bajo el dominio de los gentiles, vimos ráfagas de fuego, cual si relampagueara la misma sangre humana que ha sido derramada más tarde; no ha aparecido aún el extraño alboroto del mar y de las olas, pero, como muchas de las cosas anunciadas se han cumplido ya, no hay duda de que también sucederán las pocas que restan, porque el cumplimiento de las que pasaron da la seguridad de que se cumplirán las que están por venir.

2. Hermanos míos, estas cosas os las decimos con el fin de que vuestras almas estén vigilantes por vuestra salvación, no sea que, por contarse seguros, se adormezcan, o por la ignorancia languidezcan; antes bien, el temor las tenga siempre solícitas y la solicitud las confirme en el bien obrar, considerando esto que añade la palabra de nuestro Redentor (v.26):

Secándose los hombres de temor y de sobresalto por las cosas que han de sobrevenir a todo el universo, porque las virtudes de los cielos estarán bamboleando. Ahora bien, ¿a qué llama el Señor *virtudes de los cielos* sino a los ángeles, arcángeles, tronos, dominaciones, principados y potestades, que aparecerán visibles a nuestros ojos a la venida del justo Juez, para entonces exigirnos rigurosa cuenta de lo que ahora el Creador invisible tolera paciente?

También allí se añade (v.27): *Y entonces verán venir al Hijo del hombre sobre las nubes con grande poder y majestad.* Como si claramente dijera: Al que no quisieron escuchar cuando se mostró humilde, le verán venir en grande poder y majestad, para que entonces experimenten su poder, tanto más riguroso cuanto menos doblegan ahora la cerviz del corazón ante la paciencia de El.

3. Mas, porque todo esto se ha dicho contra los réprobos, en seguida se dicen palabras para consuelo de los elegidos; pues también se agrega (v.28): *Vosotros, al ver que comienzan a suceder estas cosas, abrid los ojos y alzad la cabeza, porque se avecina vuestra redención.* Como si la Verdad aconsejara claramente a sus elegidos, diciendo: Cuando vayan en aumento las calamidades del mundo, cuando en la conmoción de las virtudes del cielo se manifieste el terror del juicio, alzad la cabeza, esto es, estad de buen ánimo, porque al acabarse el mundo, del cual no sois amigos, se avecina la redención que esperáis; que frecuentemente en la Sagrada Escritura se dice la cabeza por significar el alma, porque, así como los miembros son regidos por la cabeza, así el alma dispone los pensamientos; de suerte que levantar la cabeza es levantar nuestras almas a los gozos de la patria celestial.

Por tanto, a los que aman a Dios se les manda gozarse y alegrarse

del fin del mundo, porque cierto es que en seguida hallarán al que aman, mientras que fenece el que no amaron.

Lejos, pues, del fiel que desea ver a Dios el contristarse por las sacudidas del mundo, puesto que sabe que con sus mismas percusiones perece; porque escrito está (Iac. 4,4): *Quien quisiere ser amigo de este mundo, se constituye enemigo de Dios.* Por consiguiente, quien, al acercarse el fin del mundo, no se alegra, atestigua ser amigo de él y, por lo mismo, queda convicto de ser enemigo de Dios. Pero no suceda esto a los corazones de los fieles; no ocurra esto a los que por la fe creen que hay otra vida y la procuran con sus obras; pues llorar por la destrucción del mundo es propio de los que han fijado las raíces de su corazón en el amor de él, de los que no buscan la vida venidera, de los que ni siquiera sospechan que la hay. Pero nosotros, los que conocemos los gozos eternos de la patria celestial, debemos darnos prisa a poseerlos cuanto antes; debemos desear caminar más apresurados y llegar a ella por el camino más breve; porque ¿de qué males no se ve acosado el mundo? ¿Hay tristeza o adversidad alguna que no nos oprima? ¿Qué es la vida mortal sino un camino? Pues considerad, hermanos míos, qué tal cosa sea sentirse desfallecer de la fatiga del camino y no querer que ese camino tenga fin.

Ahora bien, que se deba no hacer caso del mundo y aun despreciarle, nuestro Redentor lo declara con una aguda comparación, cuando añadió en seguida (v.29-31): *Reparad en la higuera y en los demás árboles: cuando ya empiezan a brotar de sí el fruto, conocéis que está cerca el verano. Así también vosotros, en viendo la ejecución de estas cosas, entended que el reino de Dios está cerca.* Como si claramente dijera: Como la proximidad del verano se conoce por el fruto de los árboles, así por la destrucción del mundo se conoce estar cerca el reino de Dios. Palabras con las que acertadamente se pone de manifiesto que el fruto del mundo es su ruina, pues para esto crece, para caer; para esto cae, para germinar; y para esto germina, para consumir a fuerza de calamidades todo lo que germina.

Y está bien comparado el reino de Dios con el verano, porque, cuando los días de la vida resplandecen con la claridad del Sol eterno, se acabaron ya entonces los nubarrones de nuestra tristeza.

4. Cosas todas éstas que se confirman plenamente con añadir la sentencia que dice (v.32-33): *Os empeño mi palabra que no se acabará esta generación hasta que todo lo dicho se cumpla. El cielo y la tierra se mudarán, pero mis palabras no faltarán.*

Nada hay en el mundo más durable que el cielo y la tierra, y nada en él pasa más rápidamente que la palabra, pues las palabras, mientras no están completas, no son palabras, y cuando se han completado ya no son, porque no pueden completarse sino pasando. Ahora bien, dice: *El cielo y la tierra se mudarán, pero mis palabras no faltarán,* que es como si claramente dijera: Todo lo que entre vosotros es durable hasta que venga la eternidad, no dura sino mudándose; y todo lo que en mí se ve pasar se mantiene fijo y

sin cambio, porque la palabra mía, que pasa, expresa sentencias que perduran sin cambiar.

5. He aquí, hermanos míos, que ya estamos viendo lo que oíamos; el mundo se ve acosado cada día de nuevos y redoblados males. Ya veis cuántos habéis quedado de aquella multitud innumerable, y, con todo, aun insisten a diario los flagelos; nos vemos envueltos en desgracias repentinas; nuevas e imprevistas calamidades nos afligen; pues así como en la juventud está el cuerpo vigoroso, el pecho se mantiene fuerte y sano, musculosa la cerviz y robustos los brazos, mas en la senectud se abate la estatura, la cerviz flácida se doblega, el pecho siéntese oprimido con frecuentes anhelos, decaen las fuerzas y la respiración fatigosa entrecorta las palabras al hablar, porque, aunque no haya enfermedad, por lo regular para los viejos la misma salud es una enfermedad; así el mundo: en sus primeros años tuvo como el vigor de la juventud, fué robusto para propagar la prole del género humano, recio en la salud del cuerpo y pingüe en abundancia de cosas; mas ahora se ve oprimido por su misma senectud y con mayor frecuencia se ve como empujado a una muerte próxima por las crecientes molestias.

No queráis, pues, hermanos míos, amar al que viendo estáis que no puede durar mucho tiempo. Fijad en vuestra alma los preceptos apostólicos, por los que se nos amonesta, diciendo (1 Io. 2, 15): *No queráis amar al mundo ni las cosas mundanas, porque, si alguno ama al mundo, no habita en él la caridad del Padre.*

Hace tres días habéis visto, hermanos, cómo, por una repentina tempestad, añosas alamedas han sido arrancadas de cuajo, casas destruídas e iglesias demolidas hasta sus cimientos. ¡Cuántos sanos e incólumes por la tarde pensaban que a la mañana podrían hacer algo! Y, sin embargo, en esa misma noche fenecieron de muerte repentina, sorprendidos en el lazo de la destrucción.

6. Pero debemos considerar, carísimos, que, para realizar todo esto, el Juez invisible no hizo más que mover la fuerza de un viento tenuísimo, agitó una sola nube y socavó la tierra y sacudió violentamente los cimientos de tantos edificios que están para desplomarse. Pues ¿qué ha de hacer ese mismo Juez cuando venga El mismo y se enardezca su ira para tomar venganza de los pecadores, si, cuando nos hiere por medio de una tenuísima nube, no le podemos soportar? ¿Qué hombre podrá subsistir en presencia de su ira, si con sólo mover el viento socavó la tierra, concitó las nubes y echó por los suelos tantos edificios?

San Pablo, considerando este rigor del Juez venidero, dice (Hebr. 10,31): *Horrenda cosa es caer en manos del Dios vivo.* El Salmista expresa esta severidad, diciendo (Ps. 49,3): *Vendrá Dios manifiestamente, vendrá nuestro Dios y no callará; llevará delante de sí un fuego devorador, alrededor de El una tempestad horrorosa.* Al rigor, pues, de tan severo Juez acompañarán la tempestad y el fuego, porque la tempestad descubre a los que el fuego abrasa.

Por tanto, hermanos carísimos, poned ante vuestros ojos aquel día, y todo lo que ahora se os hace pesado, en su comparación, se os

hará muy llevadero; pues de aquel día se dice por el profeta (Soph. 1,14-16): *Cerca está el día grande del Señor, está cerca y va llegando con suma velocidad. Amargas voces serán las que se oigan en el día del Señor; los poderosos se verán entonces en apreturas. Día de ira aquél, día de tribulación y de congoja, día de calamidad y de miseria, día de tinieblas y de oscuridad, día de nublados y de tempestades, día del sonido terrible de la trompeta.*

De este día dice el Señor de nuevo por el profeta (Ag. 2,7): *Aún falta un poco, y yo pondré en movimiento el cielo y la tierra.* He ahí que, como antes hemos dicho, pone en movimiento el aire, y la tierra no subsiste. ¿Quién, pues, podrá soportarle cuando ponga en movimiento el cielo? ¿Y qué diríamos que son estos horrores que presenciamos sino unos pregoneros de la ira que sobrevendrá? Pues por eso también es necesario tener presente que estas tribulaciones son tan distintas de aquella última tribulación cuanto dista del poder del Juez la persona del pregonero.

Tened, por tanto, puesta vuestra atención, hermanos carísimos, en aquel día; enmendad la vida, cambiad las costumbres, venced las malas tentaciones resistiéndolas, y castigad con lágrimas los pecados cometidos, porque algún día veréis el advenimiento del eterno Juez tanto más seguros cuanto más prevenís con el temor su severidad.

Hágalo así el Señor, etc.

HOMILIA II

(Dirigida al pueblo en la basílica de San Pedro Apóstol en la domínica de Quincuagésima)

Lección del santo Evangelio según San Lucas (18,31-43)

En aquel tiempo, tomando Jesús aparte a los doce, les dijo: Ya veis que subimos a Jerusalén, donde se cumplirán todas las cosas que fueron escritas por los profetas acerca del Hijo del hombre. Porque será entregado en manos de los gentiles, y escarnecido, y azotado, y escupido; y después que le hubieren azotado le darán la muerte, y al tercer día resucitará. Pero ellos ninguna de estas cosas comprendieron; antes era este lenguaje desconocido para ellos, ni entendían la significación de las palabras dichas. Y, al acercarse a Jericó, estaba un ciego a la orilla del camino pidiendo limosna. Y, sintiendo el tropel de la gente que pasaba, preguntó qué novedad era aquélla. Dijéronle que Jesús Nazareno pasaba por allí de camino. Y se puso a gritar: Jesús, hijo de David, ten piedad de mí. Los que iban delante le reprendían para que callase. Pero él levantaba mucho más el grito: Hijo de David, ten piedad de mí. Paróse entonces Jesús y mandó traerle a su presencia. Y cuando le tuvo ya cerca, preguntóle, diciendo: ¿Qué quieres que te haga? Señor, respondió él, que yo tenga vista.

Díjole Jesús: Tenla; tu fe te ha salvado. Y al instante vió, y le seguía, celebrando las grandezas de Dios. Y todo el pueblo, cuando vió esto, alabó a Dios.

1. Nuestro Redentor, previendo que con motivo de su pasión habían de hallarse confusos los ánimos de sus discípulos, predíjoles, cuando aún estaban lejos de suceder, los sufrimientos de su pasión y la gloria de su resurrección, con el fin de que, cuando le vieran morir, conforme estaba anunciado, no dudaran de que también había de resucitar.

Mas porque los discípulos, carnales aún, no podían comprender en modo alguno las palabras del misterio, se acude al milagro: a presencia de ellos, el ciego recobra la vista, para que, ya que no entendieran las palabras del misterio celestial, las obras celestiales los confirmaran en la fe.

Ahora bien, hermanos carísimos, los milagros de nuestro Señor y Salvador deben ser recibidos de manera que a un tiempo se crea que se han obrado en realidad y que, además, nos dan a entender que tienen otra significación; pues sus obras, a la vez que manifiestan su poder, hablan también de algo misterioso.

Ved, en efecto, que, según la historia, ignoramos quién fuera este ciego, pero hemos descubierto a quién representa según el misterio; pues el ciego es el género humano, que, expulsado de los gozos del paraíso en la persona de su padre y desconocedor de la claridad de la luz sobrenatural, padece la ceguera de su condenación; y, con todo, por la presencia de su Redentor recobra la vista para que vea ya con el deseo los gozos de la luz interior y encamine los pasos del bien obrar por la senda de la vida.

2. Pero es de notar que se dice que el ciego recobra la vista cuando Jesús se aproxima a Jericó. Ahora bien, en Jericó se significa la luna, y la luna en la Sagrada Escritura significa el defecto de la carne, porque, como cada mes decrece, representa el defecto de nuestra mortalidad. De manera que recobrar el ciego la vista cuando nuestro Creador se acerca a Jericó significa que, cuando la Divinidad tomó la mengua de nuestra carne, el género humano recobró la luz que había perdido. De suerte que, por soportar Dios lo humano, es el hombre elevado a lo divino.

Y en verdad que rectamente se refiere que este ciego estaba sentado junto al camino y que mendigaba; pues la misma Verdad dice: *Yo soy el camino*. De manera que quien desconoce la claridad de la luz eterna, ciego es; pero, si ya cree en el Redentor, sentado está junto al camino; mas si, aunque ya cree, se dispensa de rogar para recibir la luz eterna, o cesa en sus ruegos, ciego es, sí, y está sentado junto al camino, pero no mendiga. En cambio, si, además de creer y de reconocer la ceguera de su corazón, pide también recibir la luz de la Verdad, ciego es, se sienta junto al camino y además mendiga.

Por consiguiente, quien reconoce las tinieblas de su ceguera, quien tiene conocimiento de esta luz eterna que le falta, clame

desde lo profundo del corazón y grite con voces del alma, diciendo: *Jesús, hijo de David, ten piedad de mí.*

3. Pero oigamos qué se le dice a continuación al ciego que clama: *Los que iban delante le reprendían para que callase.* ¿Y qué figuran estos que preceden a Jesús en su camino sino la turba de apetitos carnales y el tumulto de los vicios que, antes de que Jesús llegue a nuestro corazón, disipan nuestro pensamiento con sus tentaciones y estorban en nuestras oraciones los clamores de nuestro corazón? Porque muchas veces, cuando queremos volvernos a Dios después de haber cometido pecados, cuando nos esforzamos en rogar contra esos mismos vicios en que habemos incurrido, acuden al corazón las representaciones de los pecados cometidos, encandilan la atención del entendimiento, dejan el ánimo confuso y apagan la voz de nuestras oraciones. De manera que los que iban delante le reprendían para que callase, porque, antes de que venga Jesús, los males que hemos hecho, agolpándose con sus imágenes en nuestro pensamiento, nos perturban en nuestra oración.

4. Oigamos ahora, en cambio, lo que hizo este ciego que había de ser iluminado. Prosigue: *Pero él levantaba mucho más el grito: Hijo de David, ten piedad de mí.* Ahí lo tenéis: aquel a quien la turba reprendía para que callase, levanta más y más el grito, porque cuanto mayor sea el alboroto de los pensamientos carnales que nos acosa, tanto con mayor ardor debemos insistir en la oración. La turba se opone a que clamemos, porque hasta en nuestras oraciones sufrimos muchas veces las representaciones de nuestros pecados; pero, con todo, es necesario que la voz salida de nuestro corazón insista tanto más fuertemente cuanto con mayor fuerza es repelida, hasta que llegue a sobreponerse al alboroto del pensamiento ilícito y con el exceso de su importunidad irrumpa hasta los oídos piadosos del Señor.

Cada cual, según sospecho, echa de ver que en sí mismo sucede esto que decimos: que, cuando apartamos nuestro ánimo de este mundo y volvemos a Dios, cuando nos entregamos a la práctica de la oración, las mismas cosas que antes hicimos siguiendo el deleite, después las sentimos importunas y pesadas en nuestra oración. ¡Apenas si, a fuerza del santo deseo, su pensamiento se aparta de la vista del corazón! ¡Apenas se sobreponen a sus representaciones los lamentos de la penitencia!

5. Pero, cuando insistimos fervorosamente en nuestra oración, detenemos en la mente a Jesús, que va de paso. Por eso se dice allí: *Parándose entonces Jesús, mandó traerle a su presencia.* Ved aquí que se para quien antes iba de paso; porque, mientras todavía padecemos las turbas de las representaciones, en algún modo sentimos a Jesús que pasa; mas, cuando insistimos fervorosos en la oración, Jesús se para, a fin de restituirnos la luz, porque Dios se fija en el corazón y se recobra la luz perdida.

6. En esto también nos insinúa el Señor algo que puede con provecho entenderse respecto a su humanidad y a su divinidad, a saber, que Jesús, cuando iba andando, oyó al ciego que clamaba,

y cuando se paró, obró el milagro; esto es, que el pasar es propio de la humanidad y el permanecer es propio de la divinidad. En efecto, por la humanidad tuvo el nacer, crecer, morir, resucitar, ir de un lugar a otro; ahora bien, como en la divinidad no hay mudanza, y eso de cambiarse es pasar, sin duda que ese tránsito es según la carne, no según la divinidad. En cambio, por razón de la divinidad le es propio permanecer siempre; porque en todo lugar está presente, ni se aparta moviéndose, ni tampoco viene moviéndose. De manera que el Señor, cuando pasaba, oyó al ciego que clamaba; mas, cuando se paró, le iluminó, porque, compadeciéndose por su humanidad, tuvo piedad de las voces de nuestra ceguera; mas la luz de la gracia nos la infundió por el poder de su divinidad.

7. Y debe notarse lo que dice al ciego cuando llega: *¿Qué quieres que te haga?* ¿Acaso El, que podía dar la vista, ignoraba lo que el ciego querría? No; pero quiere que se le pida lo que sabe que nosotros pedimos y El concede, puesto que aconseja reiteradamente la oración y, no obstante, dice: *Sabe bien vuestro Padre celestial lo que necesitáis antes de que se lo pidáis.* Pregunta, pues, para esto: para que se le pida; pregunta para esto: para incitar al corazón a que ore.

Por eso el ciego respondió en seguida: *Señor, que yo vea.* He ahí lo que el ciego pide al Señor: no oro, sino ver, teniendo por menos pedir algo fuera de la vista, porque, si bien el ciego puede tener cualquier cosa, pero sin vista no puede ver lo que tiene.

Imitemos, pues, hermanos carísimos, al que, como hemos oído referir, fué iluminado en el cuerpo y en el alma. No pidamos al Señor falsas riquezas, no bienes terrenos, no fugitivos honores, sino pidámosle luz; y no luz que se encierra en un local, no la que se acaba con el tiempo, no la que cambia con la interrupción de la noche, no la luz que se ve sernos común con las bestias, sino pidamos la luz que podemos ver con solos los ángeles, la que no tiene principio ni tiene fin; la luz para la cual el camino seguro es la fe.

Por eso también al ciego, que va a ser iluminado, rectamente se le responde en seguida: *Ten vista; tu fe te ha salvado.* Pero a esto el pensamiento carnal dice: ¿Cómo puedo yo pedir la luz espiritual, que no puedo ver? ¿Por dónde puedo yo cerciorarme de que exista la luz que no alumbra a mis ojos corporales? He aquí lo que a este pensamiento debe cualquiera responder brevemente: que eso mismo que te hace sentir piensa, no por el cuerpo, sino por el alma; tampoco hay quien vea su alma y, sin embargo, nadie duda que tiene alma, a la cual no ve; porque por el alma invisible es regido el cuerpo, pues si se quita lo que es invisible, en seguida viene a tierra lo visible que parecía mantenerse firme; luego en esta vida visible se vive de la sustancia invisible, ¿y se pone en duda que exista la vida invisible?

8. Pero oigamos ya lo que se obró en el ciego que pedía y lo que éste mismo hizo. Prosigue: *Al instante vió, y le seguía.* Ve y le sigue quien obra el bien que entiende; pero ve, mas no le sigue, quien conoce el bien, mas rehusa obrar el bien.

Por consiguiente, hermanos carísimos, si conocemos ya la ceguera de nuestra peregrinación; si, creyendo ya el misterio de nuestro Redentor, estamos sentados junto al camino; si, orando cada día, pedimos a nuestro Hacedor la luz de la vida; si, después de estar ciegos, esa misma luz alumbra nuestro entendimiento para que vea, sigamos con las obras a Jesús, a quien vemos con el entendimiento. Miremos por dónde va y sigamos sus pasos imitándole, ya que sigue a Jesús quien le imita; que por eso dice (Mt. 8,22): *Sígueme tú y deja que los muertos entierren a sus muertos.* Seguir, pues, quiere decir imitar; por lo mismo, otra vez advierte (Io. 12,26): *El que me sirve, sígame.*

Así que miremos por dónde va para que merezcamos seguirle. Vedle que, siendo el Señor y Creador de los ángeles, para tomar nuestra naturaleza, que El formó, vino al seno de la Virgen; mas no quiso en este mundo nacer de padres ricos, sino que eligió padres pobres; de ahí que la Madre, no teniendo un cordero que ofrecer por El, se procuró una pareja de pichones o tórtolas para la ofrenda; no quiso prosperidades en el mundo, soportó oprobios y burlas, aguantó salivas, azotes, bofetadas, corona de espinas, la cruz; y porque nosotros habíamos perdido el gozo interior por habernos deleitado en las cosas corporales, mostró cómo por la amargura se vuelve a él. ¿Qué, pues, no deberá padecer el hombre por sí, cuando tanto padeció Dios por los hombres?

Por consiguiente, quien ha creído ya en Cristo, pero todavía cuida de lucrarse por la avaricia, y se engríe soberbio en el honor, y se requema en los ardores de la envidia, y se mancilla con la inmundicia del placer, y desea prosperar en las cosas que son del mundo, ése tiene en menos el seguir a Jesús, en quien ha creído, puesto que, mostrándole su guía el camino de la amargura, él, apeteciendo goces y deleites, marcha por el camino opuesto.

Traigamos, pues, ante los ojos los pecados que habemos cometido; consideremos cuán terrible aparecerá el juez que ha de castigarlos; dispongamos al llanto nuestras almas; amárguese en el tiempo nuestra vida con la penitencia, para que en el día de la venganza no sienta la amargura eterna; porque por el llanto somos conducidos a los gozos eternos, como lo promete la Verdad, que dice (Mt. 5,5): *Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados.* En cambio, por los goces se llega al llanto, como lo atestigua la misma Verdad, diciendo (Lc. 6,25): *¡Ay de vosotros los que ahora reís, porque os lamentaréis y lloraréis!* Luego, si buscamos el gozo del premio a la llegada, tengamos en el camino el amargor de la penitencia.

De este modo sucederá que no sólo nuestra vida progresa en Dios, sino que este mismo proceder nuestro incitará a los otros a alabar a Dios; que por eso en el texto se añade: *Y todo el pueblo, cuando vió esto, alabó a Dios.*

HOMILIA III

(Dirigida al pueblo en la basílica de Santa Felicidad el día de su natalicio.)

Lección del santo Evangelio según San Mateo (12,46-50)

En aquel tiempo estaba—Jesús—platicando al pueblo, y he aquí que su Madre y sus hermanos—o parientes—estaban fuera y le querían hablar. Por lo que uno le dijo: Mira que tu Madre y tus hermanos están allí fuera preguntando por ti. Pero El, respondiendo al que se lo decía, replicó: ¿Quién es mi madre y quiénes son mis hermanos? Y mostrando con la mano a sus discípulos: Estos, dijo, son mi madre y mis hermanos. Porque cualquiera que hiciere la voluntad de mi Padre, que está en los cielos, ése es mi hermano, y mi hermana, y mi madre.

1. Breve es, hermanos carísimos, la lección del santo Evangelio que se ha recitado, pero cargada está con el peso de grandes misterios; pues Jesús finge no conocer a su Madre y, en cambio, señala quién sea su madre y quiénes sus allegados, no por parentesco carnal, sino por unión espiritual, cuando dice: *¿Quién es mi madre y quiénes son mis hermanos? Cualquiera que hiciere la voluntad de mi Padre, que está en los cielos, ése es mi hermano, y mi hermana, y mi madre.*

En las cuales palabras, ¿qué otra cosa nos da a entender sino que congrega a muchos de la gentilidad, que obedecen sus mandatos, y que no conoce a la Judea, de cuya carne El fué engendrado? Por eso se dice que su Madre estaba fuera cuando simula no conocerla, es a saber: que no es reconocida la Sinagoga por su Autor, precisamente porque, estando obligada a la observancia de la Ley, había perdido la inteligencia espiritual de la misma y se había dedicado a la guarda exterior de la letra.

Ahora bien, si no es de admirar el que, por referirse al uno y otro sexo que congrega en la fe, se diga que quien hiciere la voluntad del Padre es hermano y hermana del Señor, sí que es de admirar, y mucho, el que se diga también: *y madre.*

2. Y pues El se dignó llamar hermanos a los discípulos cuando dijo (Mt. 28,10): *Id, avisad a mis hermanos,* hay que averiguar ahora cómo pueda ser también madre quien, viniendo a la fe, pudo hacerse hermano del Señor.

Para lo cual debemos saber que quien, creyendo, es hermana y hermano de Cristo, predicando, se hace madre; puesto que es como que da a luz al Señor quien le hace nacer en el corazón del oyente; y cuando por su palabra se engendra en el alma del prójimo el amor del Señor, predicando se hace como madre suya.

3. En confirmación de lo cual se nos ofrece oportunamente la santa Felicidad, cuyo natalicio celeste celebramos hoy; la cual,

creyendo, se hizo sierva de Cristo y, predicando, se hizo madre de Cristo.

En efecto, según leemos en los anales más autorizados, ella temió dejar vivos en la carne, después de morir ella, a sus siete hijos, lo mismo que los padres carnales temen que sus hijos mueran antes que ellos; pues comprendida en la persecución, predicando, afirmó los corazones de sus hijos en el amor de la patria celestial, con lo que dió a luz en el espíritu a los que había dado a luz en la carne, de manera que con la predicación engendró para Dios a los que con la carne había engendrado para el mundo.

Contemplad, hermanos carísimos, este corazón varonil en un cuerpo femenino. Mantúvose impertérrita ante la muerte: temió que, si ella no perdía a sus hijos, perdieran éstos la luz de la verdad. ¿No llamaría yo, por tanto, mártir a esta mujer? Y más que mártir, en verdad; el Señor, hablando de Juan, dijo (Mt. 11,9): *¿Qué salisteis a ver? ¿Algún profeta? Eso sí, yo os lo aseguro, y aún mucho más que profeta.* Y el mismo Juan, preguntado, responde (Io. 1,21): *Yo no soy profeta.* Negaba ser profeta aquel a quien el Señor había reconocido por más que profeta. Es, pues, llamado más que profeta precisamente porque el oficio del profeta es, no mostrar también, sino sólo anunciar lo que está por venir; y Juan es más que profeta, porque señaló con el dedo al que anunció con la palabra. Así que yo no llamaría mártir, sino más que mártir, a esta mujer, la cual, para enviar por delante al reino sus siete hijos, antes los tuvo a todos muertos ante sí. Fué la primera al suplicio, mas llegó la octava. La madre, atormentada e impertérrita, presenció la muerte de los hijos; con el gozo de la esperanza juntó el dolor de la naturaleza; temió por los que vivían y se alegró con los que morían; prefirió no dejar tras sí alguno, no fuera que, si alguno sobreviviese, no pudiera tenerle por partícipe de su suerte.

Mas no piense alguno de vosotros, hermanos carísimos, que, viendo morir a sus hijos, no la tentara en modo alguno el afecto carnal, pues no podía sin dolor ver morir a los hijos que sabía eran carne de la suya; pero tenía tal fuerza interna de amor, que vencía al dolor de la carne. Conforme a lo cual, a Pedro, que había de padecer, se le dice (Io. 21,18): *Cuando seas viejo, extenderás tus manos y otro te ceñirá y te conducirá a donde tú no quieras.* Claro que, si Pedro no quisiera en absoluto, habría podido no padecer por Cristo; mas, por la virtud del espíritu, amó el martirio que por la flaqueza de la carne no quiso. El cual, a la vez que teme los tormentos por lo que respecta a la carne, salta de gozo ante la gloria en cuanto al espíritu, y así sucedió que, no queriéndole, quisiera el tormento del martirio.

Asimismo, nosotros, cuando buscamos el gozo de la salud, gustamos el amargo brebaje de la purga: disgusta, sí, el amargor en la bebida, pero gusta la salud que se ha de recobrar por la amargura. Según lo cual, Felicidad amó a sus hijos según la carne, mas por el amor de la patria celestial quiso también que murieran a su vista

los que amó; ella misma aceptó las heridas de ellos, pero ella sobrepujó en ellos que iban delante al reino.

Con razón, pues, llamaría más que mártir a esta mujer, que en sus hijos murió tantas veces con el deseo: al soportar el múltiple martirio, recibió también multiplicada la palma del martirio.

Refiérese haber sido costumbre entre los antiguos que quien fuera cónsul conservara el puesto correspondiente a la antigüedad de su honor; y si alguno, que más tarde llegara al consulado, fuera nombrado cónsul no una vez sola, sino acaso dos o tres veces, sobrepujara también en loores y honor a los que no hubieran sido cónsules más que una vez. Según esto, la bienaventurada Felicidad, que tantas y repetidas veces murió por Cristo en otros tantos hijos que murieron a su vista, sobrepujó a los mártires, porque no fué bastante para su amor el morir una vez sola.

4. Miremos, hermanos, miremos atentos a esta mujer; miremos atentos a nosotros mismos, los que corporalmente somos varones, ¿en qué seremos apreciados comparados con ella nosotros, que muchas veces proponemos algunas cosas buenas que se deben hacer, pero con sola una palabra, aun brevísima, que brotare contra nosotros de labios de un burlador, desmayados y confusos, nos volvemos en seguida atrás de nuestro propósito? Vedlo ahí: a nosotros las palabras nos retraen muchas veces de obrar bien; en cambio, a Felicidad no pudieron retraerla de su santo propósito ni los tormentos; nosotros devolvemos violentamente, contra los oídos del maldiciente, la injuria de su maledicencia, ella salió a conquistar el reino a través de la espada y estimó ser nada lo que se la oponía; nosotros, ante los preceptos del Señor, no queremos dar siquiera los bienes superfluos; ella no sólo ofreció a Dios sus bienes, sino que dió también por El la propia vida; nosotros, cuando por disposición divina perdemos los hijos, lloramos sin consuelo; ella los lloraría por muertos si no los hubiera ofrendado. Por tanto, cuando viniere al terrible examen el riguroso Juez, ¿qué diremos nosotros, los varones, cuando viéremos la gloria de esta mujer? ¿Cómo podrán entonces disculparse con la debilidad del espíritu los varones, cuando se ponga delante ésta, que con el mundo superó también el sexo?

Sigamos, pues, hermanos carísimos, el áspero y estrecho camino del Redentor, ya que con la práctica de las virtudes se ha hecho ese camino tan llano, que hasta las mujeres se complacen en seguirle. Despreciemos, por consecuencia, todas las cosas presentes, pues de nada valen en este mundo las que pueden perecer. Tengamos por vergonzoso amar lo que consta que en seguida perece. No nos domine el amor de las cosas de la tierra, no nos hinche la soberbia; no nos muerda la envidia, ni nos manche la lujuria, ni la envidia nos consuma.

Hermanos carísimos, nuestro Redentor murió por amor nuestro; aprendamos también nosotros a vencernos a nosotros mismos por amor de El. Que, si esto lo hacemos bien, no sólo eludiremos los castigos que nos amenazan, sino que seremos remunerados en la

misma gloria con los mártires; porque si bien falta la oportunidad de la persecución, pero también tiene su martirio nuestra paz, pues, aunque no dobleguemos el cuello a la espada, pero con la daga espiritual degollamos en el alma los deseos de la carne.

Ayúdenos el mismo, etc.

HOMILIA IV

(Dirigida al pueblo en la basílica de San Esteban; sobre los apóstoles.)

Lección del santo Evangelio según San Mateo (10,5-10)

En aquel tiempo envió Jesús a los doce, dándoles las siguientes instrucciones: No vayáis a tierra de gentiles ni tampoco entréis en poblaciones de samaritanos. Mas id antes en busca de las ovejas perdidas de la casa de Israel. Id y predicad, diciendo: Se acerca el reino de los cielos. Curad enfermos, resucitad muertos, limpiad leprosos, lanzad demonios. Dad graciosamente lo que graciosamente habéis recibido. No llevéis oro, ni plata, ni dinero alguno en vuestros bolsillos. Ni alforjas para el viaje, ni más de una túnica y un calzado, ni tampoco bastón; porque el que trabaja merece que le sustenten.

1. Hermanos carísimos, constando a todos que nuestro Redentor vino al mundo para redimir también a los gentiles y puesto que estamos viendo llamar todos los días a los samaritanos para que vengan a la fe, ¿cómo es que, cuando envía a sus discípulos a predicar, dice: *No vayáis a tierra de gentiles ni entréis tampoco en poblaciones de samaritanos. Mas id antes en busca de las ovejas perdidas de la casa de Israel*, sino por lo que colegimos de su definitivo proceder?; esto es: porque quiso que se predicara primero a sola la Judea y después a todas las gentes, para que cuando aquélla (Judea), llamada, no quisiera convertirse, los santos predicadores vinieran después a llamar a los gentiles, de suerte que, una vez rechazada la predicación de nuestro Redentor por los propios, buscara a los pueblos gentiles, como a extraños, y lo que se hacía para prueba de los judíos sirviera de aumento de gracia para los gentiles, pues a la sazón había quienes de entre los judíos deberían ser llamados y quienes de entre los gentiles deberían no ser llamados.

En efecto, leemos en los Actos de los Apóstoles (2) que, predicando Pedro, primeramente creyeron tres mil hebreos y después cinco mil. Asimismo (16), habiendo querido ir los apóstoles a predicar en Asia a los gentiles, se refiere que el Espíritu Santo se lo prohibió; y, con todo, el mismo Espíritu, que primero prohibió la predicación, la difundió después en los corazones de los asiáticos, pues hace ya mucho tiempo que ha creído toda el Asia. De manera que primero prohibió lo que después hizo, precisamente porque en aquella sazón vivían allí los que no habían de salvarse; vivían en-

tonces allí los que no merecían ser restaurados para la vida ni tampoco ser más gravemente juzgados por haber despreciado la predicación.

Luego, por un sutil y oculto juicio, a algunos se les priva de la sagrada predicación, porque no merecen ser movidos de la gracia. Por lo cual, hermanos carísimos, es necesario que en todas nuestras obras temamos los ocultos designios de Dios omnipotente sobre nosotros, no sea que, mientras nuestra alma, derramada exteriormente, no se aparta de lo que le place, el Juez disponga interiormente contra ella terribles adversidades.

Considerando bien esto, el Salmista dice (Ps. 65,5): *Venid a contemplar las obras de Dios y cuán terribles son sus designios sobre los hijos de los hombres.* Porque vió que uno es llamado misericordiosamente, al paso que otro es justamente rechazado; y porque el Señor dispone unas cosas perdonando y otras enojándose, llenóle de pavor esto que no pudo comprender, y, por eso, al que vió, no sólo incomprensible, sino también inflexible en algunas de sus disposiciones, le mencionó *terrible en sus designios.*

2. Pero oigamos qué es lo que se manda a los predicadores que fueron enviados: *Id y predicad, diciendo que se acerca el reino de Dios.* Esto, hermanos míos, aunque el Evangelio lo callara, harto lo pregona el mundo, ya que sus ruinas son sus voces; porque él, que, quebrantado con tantos golpes, ha caído de su gloria, ya nos presenta como cercano el reino venidero, ya resulta amargo a los mismos que le aman; sus mismas ruinas publican que no se le debe amar.

Ahora bien, si cualquiera huiría de su casa cuando ésta, desplomada, amenazase ruina, y aun se apresuraría a apartar de ella al que amara y que en ella permaneciera, es consiguiente que, cuando el mundo se arruina y nosotros, por amarle, nos adherimos a él, más bien que habitar queremos ser aplastados, ya que no hay razón alguna que aparte de su ruina a los que por las pasiones tiene prendidos su amor.

Fácil es, por tanto, apartar nuestro corazón de su amor ahora, cuando vemos todo destruído; mucho más difícil fué en aquel tiempo en que ellos eran enviados a predicar el invisible reino de los cielos, cuando por todas partes veían prosperar los reinados de la tierra. [3.] Por lo cual se agregó a los santos predicadores el hacer milagros, para que el poder que ostentaban acreditara sus palabras e hicieran cosas nuevas los que predicaran cosas nuevas, según lo que se añade en esta lección: *Curad enfermos, resucitad muertos, limpiad leprosos, lanzad demonios.*

Cuando el mundo estaba floreciente y creciendo el género humano, perdurando largo tiempo en este mundo la vida del hombre y en abundancia los bienes de la tierra, ¿quién, al oírlo, creyera que había otra vida? ¿Quién preferiría lo invisible a las cosas visibles? Pero ante los enfermos que tornaban a la salud, y los muertos que resucitaban a la vida, y los leprosos que recibían la purificación de sus carnes, y los libertados del poder de los inmundos

espíritus de los demonios, a vista de tantos milagros realizados, ¿quién no creería lo que oyera decir de cosas invisibles?

En efecto, para esto brillan los milagros visibles, para atraer a la fe de las cosas invisibles los corazones de los que los ven; para que, por estas cosas admirables que se ven exteriormente, se llegue a comprender que lo que hay interiormente es mucho más admirable.

También por eso, ahora, cuando ha crecido la multitud de fieles, hay dentro de la Iglesia muchos que siguen el camino de las virtudes, pero no ostentan los milagros de las virtudes, porque es inútil mostrar al exterior el milagro cuando en el interior falta el motivo para obrarle; pues, conforme a lo que dice el Doctor de las Gentes (1 Cor. 14,22), *el don de lenguas es una señal, no para los fieles, sino para los infieles.*

De ahí que el mismo egregio Predicador, a Eutico, que se quedó dormido mientras el sermón y se cayó de la ventana y quedó totalmente muerto (Act. 20,9), con sus oraciones le resucitó a presencia de todos los infieles; y habiendo arribado a Melita (Malta) y sabiendo que la isla toda era de infieles, orando curó al padre de Publio, atacado de fiebres y disentería (Act. 28). En cambio, a Timoteo, compañero suyo de peregrinación y coadjutor en la sagrada predicación, el cual padecía debilidad de estómago, no le curó con palabras, sino que le confortó con remedio medicinal, diciendo (1 Tim. 5,23): *Usa de un poco de vino por causa de tu estómago y de tus frecuentes enfermedades.*

¿Por qué, pues, no fortalece a su compañero enfermo valiéndose de la oración, él, que a un enfermo infiel y muerto, según creemos, salvó con sólo orar? Sin duda porque aquel que no estaba todavía interiormente vivo debía ser sanado interiormente por un milagro, para que, por lo que mostraba al exterior, la virtud interior le animara a la vida interior. En cambio, no era menester mostrar signos externos al fiel compañero enfermo, que ya vivía saludablemente en su interior.

4. Oigamos ahora qué es lo que, después de conceder la potestad de predicar y de hacer milagros, agrega nuestro Redentor: *Dad graciosamente lo que graciosamente habéis recibido.* Porque sabía de antemano que el don, recibido del Espíritu Santo, habían de utilizarle algunos torcidamente, esto es, para negociar con él, y que el poder de hacer milagros le habían de emplear en fomento de la avaricia (que para eso Simón Mago, al ver los milagros obrados por la imposición de manos, quiso comprar con dinero el don del Espíritu Santo, a saber, para vender peor lo que malamente habría comprado: Act. 8). Por eso nuestro Redentor, con un látigo, hecho de cordeles, arrojó del templo a las turbas y lanzó por el suelo los tenderetes de los que vendían palomas (Io. 2); pues vender las palomas significa dar la imposición de manos, recibida del Espíritu Santo no por mérito de la vida, sino por granjería.

Pero hay algunos que, cierto es, no reciben por la ordenación recompensa de dinero y, sin embargo, conceden los sagrados órde-

nes a cambio de favores humanos, y que buscan por esa donación tan sólo recompensa de alabanzas. Estos, sin duda, no dan graciosamente lo que graciosamente han recibido, porque esperan la moneda del favor a cambio del ministerio santo otorgado.

Acerca de lo cual el profeta (Is. 33,15), describiendo al varón justo, dice rectamente: *Tiene limpias sus manos de todo cohecho.* No dice: Tiene limpias sus manos del cohecho, sino que agrega *de todo cohecho;* porque una es la recompensa en obsequios, otra la recompensa a la mano, y otra la recompensa de la lengua. Recompensa en obsequios es prestar una sujeción indebida; recompensa a la mano es el dinero; recompensa de la lengua es la alabanza. Por consiguiente, quien otorga los sagrados órdenes, entonces tiene las manos limpias de todo cohecho cuando por las cosas divinas no demanda, no ya dinero alguno, pero ni gratitud humana alguna.

5. Ahora bien, hermanos carísimos, vosotros, los seglares, ya que conocéis lo que atañe a nosotros, volved la reflexión a lo que a vosotros se refiere. Servíos gratis mutuamente en todas las cosas. No queráis por vuestras buenas obras recompensa en este mundo, que ya estáis viendo cuán rápidamente desaparece. Así como procuráis ocultar lo malo que hacéis para que los otros no lo vean, guardaos asimismo de hacer ostentación de vuestras buenas obras para que los hombres las alaben. En modo alguno obréis el mal, pero tampoco el bien por la recompensa temporal. Buscad por testigo de vuestras obras al mismo que tenéis por juez; vea El que ahora vuestras buenas obras están ocultas, para que las ponga de manifiesto al tiempo de la retribución. Así como procuráis alimento al cuerpo para que no desfallezca, sean también alimento diario de vuestras almas las buenas obras; el cuerpo se nutre con el alimento; aliméntese el espíritu con la obra piadosa; lo que concedéis a la carne, que ha de perecer, no lo neguéis al alma, que ha de triunfar para siempre.

Pues si, cuando un repentino incendio devora una casa, su dueño, quienquiera que sea, pone en salvo todo lo que pudiere y huye y tiene por ganancia lo que libra consigo del fuego, ved que la llama de las tribulaciones abrasa a este mundo y todas las cosas de él, que parecían preciosas, el fin próximo, como fuego, las devasta ya. Tened, pues, hermanos carísimos, por la mayor ganancia si lleváis con vosotros algo de él; si, huyendo de él, lleváis algo; si lo que permaneciendo en él podía perecer, dándolo lo guardáis para vuestra recompensa eterna. En verdad perdemos todo lo terreno conservándolo; pero, empleándolo bien, lo conservamos.

Velozmente pasa el tiempo; por tanto, ya que con grande instancia somos impelidos a ver muy pronto a nuestro Juez, dispongámonos apresurados, con buenas obras, para llegar a El por la gracia de nuestro Señor Jesucristo, etc.

HOMILIA V

(Dirigida al pueblo en la basílica de San Andrés Apóstol el día de su natalicio.)

Lección del santo Evangelio según San Mateo (4,18-22)

En aquel tiempo, caminando un día Jesús por la ribera del mar de Galilea, vió a dos hermanos, Simón, llamado Pedro, y Andrés, su hermano, echando la red en el mar, pues eran pescadores, y les dijo: seguidme a mí y yo haré que vengáis a ser pescadores de hombres. Al instante los dos, dejadas las redes, le siguieron. Pasando más adelante, vió a otros dos hermanos, Santiago, hijo de Zebedeo, y Juan, su hermano, remendando sus redes en la barca con Zebedeo, su padre, y los llamó. Ellos también al punto, dejadas las redes y su padre, le siguieron.

1. Acabáis de oír, hermanos carísimos, cómo, a un solo llamamiento, Pedro y Andrés, abandonando las redes, siguieron al Redentor. Por cierto que todavía no le habían visto obrar milagro alguno, nada le habían oído referente al premio de la eterna recompensa, y, sin embargo, a una sola llamada del Señor dieron al olvido lo que parecían poseer.

¡Cuántos milagros suyos vemos nosotros, cuántas calamidades nos afligen, con cuán terribles amenazas nos aterran, y, con todo, nos negamos a seguirle a El que nos llama! Ya está sentado en los cielos el que nos aconseja la conversión. Ya ha sometido al yugo de la Ley la cerviz de los gentiles; ya se abatió la gloria del mundo y, con la ruina progresiva de éste, anuncia que se acerca el día de su severo juicio, ¡y, no obstante, nuestro espíritu soberbio no quiere todavía dejar voluntariamente lo que cada día va perdiendo contra su voluntad! ¿Qué es, pues, hermanos carísimos, lo que habremos de decir en su juicio los que ni a pesar de los preceptos nos apartamos del amor del presente siglo ni nos enmendamos, pese a los castigos?

2. Mas tal vez alguno diga en sus callados pensamientos: ¿Qué es y cuánto lo que al llamamiento del Señor dejaron uno y otro pescador, que casi nada tenían? Pero en esto, hermanos carísimos, debemos atender al afecto más bien que al efecto. Mucho dejó quien nada retuvo para sí; mucho dejó quien, aunque poco, lo dejó todo. Nosotros, en cambio, poseemos con amor lo que tenemos y con el deseo requerimos lo que no poseemos. Mucho, por consiguiente, dejaron Pedro y Andrés, puesto que ambos dejaron los deseos de poseer; mucho dejaron los que con lo que poseían renunciaron también al apetito: tanto, pues, dejaron siguiéndole, cuanto pudieron apetecer no siguiéndole. Por consiguiente, tampoco nadie, porque vea que algunos han dejado muchas cosas, diga dentro de sí mismo: Yo quiero imitar a los que desprecian este mundo, pero no tengo qué dejar. Mucho dejáis, hermanos, si renunciáis a los deseos terrenales; por insignificantes que sean nuestras cosas exteriores, bás-

tanle al Señor, porque El atiende al corazón, no a la cosa, ni tiene en cuenta cuánto se le ofrece en sacrificio, sino con cuánto sacrificio.

Ahora bien, si atendemos a los bienes exteriores, ved que nuestros santos mercaderes, dando las redes y la barca, mercaron la vida perpetua de los ángeles. Cierto que el reino de Dios no es propiamente estimable en precio; mas, con todo, vale tanto cuanto tienes. En efecto, a Zaqueo (Lc. 19) le costó la mitad de su hacienda, porque reservó la otra mitad para restituir cuadruplicado lo que injustamente retenía; a Pedro y Andrés les costó las redes y la barca; a la viuda, los dos pequeños cornadillos; al otro, un vaso de agua fría...; así es que, como hemos dicho, el reino de Dios vale tanto cuanto tienes. [3.] Considerad, pues, hermanos, qué cosa hay más barata cuando se compra y qué cosa hay más cara cuando se posee.

Pero tal vez ni se dispone de un vaso de agua fría para ofrecerle al indigente; pues aun en este caso la palabra divina nos promete seguridad, ya que, cuando nacía el Redentor, aparecieron los ángeles del cielo clamando (Lc. 2,14): *Gloria a Dios en lo más alto de los cielos y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad.* A los ojos de Dios nunca está la mano vacía de don si el arca del corazón está llena de buena voluntad; que por eso dice el Salmista (Ps. 55,12): *A mi cuidado quedan, ¡oh Dios!, los votos que te hice, y que cumpliré cantando tus alabanzas;* como si claramente dijera: Aunque exteriormente no tengo dones que ofrecerte, sin embargo, dentro de mí hallo el que ofrezco en aras de tu alabanza, ya que tú no te alimentas con lo que te damos, sino que te aplacas mejor con la ofrenda del corazón.

En efecto, para Dios no hay ofrenda más rica que la buena voluntad; y la buena voluntad consiste en tener como nuestra la adversidad del prójimo; en gozarnos de la prosperidad del prójimo como de ganancia nuestra; en tener por nuestros los daños ajenos; en considerar como nuestras las ventajas ajenas; en amar al prójimo, no por el mundo, sino por Dios, y asimismo en soportar al prójimo con amor; en no querer hacer a otro lo que no quieres que te hagan; en no negar a otro lo que deseas que justamente te dispensen a ti; en socorrer la necesidad del prójimo, no sólo según tus fuerzas, sino querer aprovecharle aún más de lo que puedes.

¿Qué holocausto hay más completo que éste, cuando, por esto que se inmola a Dios en el altar del corazón, se inmola el alma a sí misma? [4.] Pero este sacrificio de la buena voluntad nunca se ofrece plenamente a Dios mientras no se abandone del todo el apetito de este mundo, porque todo lo que en él amamos, todo eso en realidad envidiamos al prójimo, por parecernos que nos falta lo que otro consigue; y como siempre está en desacuerdo la envidia con la buena voluntad, en cuanto aquélla se apodera del alma, la buena voluntad se ausenta.

Por lo cual, los predicadores santos, para poder amar con perfección a los prójimos, han procurado no amar cosa alguna en este siglo; jamás apetecen nada, ni tampoco poseer cosa alguna con el afecto. Mirando atento a los cuales, Isaías dice (Is. 60,8): *¿Quiénes*

son esos que vuelan como nubes y como las palomas a sus ventanas? Viólos, en efecto, despreciar las cosas de la tierra y llegarse con el espíritu a las celestiales, llover con palabras y relampaguear con milagros; y como la santa predicación y la vida sobrenatural habíanlos levantado sobre las contaminaciones terrenas, llámalos palomas y nubes que vuelan.

Pues bien: los ojos son nuestras ventanas, porque por ellos ve el alma lo que exteriormente apetece; y la paloma es un animal sencillo, sin hiel de malicia; por tanto, son palomas a sus ventanas los que nada de este mundo apetecen, los que miran sin malicia todas las cosas y no se dejan llevar del deseo de arrebatar lo que ven con sus ojos.

En consecuencia, hermanos carísimos, ya que celebramos el natalicio del apóstol San Andrés, debemos imitar a quien rendimos culto. La solemnidad del alma muestre el obsequio de nuestra constante devoción; despreciemos lo terreno: dejando las cosas temporales, mercaremos las eternas. Mas, si todavía no podemos dejar las propias, al menos no apetezcamos las ajenas; si nuestra alma no arde aún con el fuego de la caridad, refrene su ambición con el temor, a fin de que, manteniéndose en el camino de su progreso y reprimiendo el apetito de las cosas ajenas, llegue algún día a despreciar las propias, con la ayuda de Nuestro Señor Jesucristo, etc.

HOMILIA VI

(Dirigida al pueblo en la basílica de los Santos Marcelino y Pedro el día del natalicio de éstos, en la domínica tercera del Adviento del Señor.)

Lección del santo Evangelio según San Mateo (11,2-10)

En aquel tiempo, Juan, habiendo oído en la prisión las obras de Cristo, envió dos de sus discípulos a preguntarle: ¿Eres tú el que ha de venir o debemos esperar a otro? A lo que Jesús respondió: Id y contad a Juan lo que habéis oído y visto: los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan, se anuncia el Evangelio a los pobres; y bienaventurado el que no tomare de mí ocasión de escándalo. Luego que se fueron éstos, empezó Jesús a hablar de Juan, y dijo al pueblo: ¿Qué es lo que salisteis a ver en el desierto? ¿Alguna caña que a todo viento se mueve? Decidme si no: ¿Qué salisteis a ver? ¿A un hombre vestido con lujo y afeminación? Ya sabéis que los que visten así, en palacios de reyes están. En fin, ¿qué salisteis a ver? ¿Algún profeta? Eso sí, yo os lo aseguro, y aun mucho más que profeta. Pues él es de quien está escrito: Mira que yo envío mi ángel ante tu presencia, el cual irá delante de ti disponiéndote el camino.

1. Hermanos carísimos, debemos preguntarnos: Juan, profeta y más que profeta, que dió a conocer al Señor, cuando venía a ser bautizado en el Jordán, diciendo (Io. 1,29): *He aquí el Cordero de Dios, ved aquí el que quita los pecados del mundo;* que, considerando

su pequeñez y el poder de la divinidad de Aquél, dice (Io. 3,30): *Quien trae su origen de la tierra, a la tierra pertenece y de la tierra habla; el que ha venido del cielo es superior a todos,* ¿por qué, estando en la cárcel, enviando a sus discípulos, pregunta: *¿Eres tú el que ha de venir o debemos esperar a otro?*, como si no conociera al que antes había mostrado con el dedo y como si no supiera que es el mismo a quien había pregonado cuando predicaba, cuando bautizaba y cuando le señalaba con el dedo?

Mas esta cuestión se resuelve en seguida si se atiende al tiempo y orden de los sucesos; porque, cuando estaba en las orillas del Jordán, fué cuando aseguró que ese mismo era el Redentor del mundo; pero, cuando estaba encarcelado, es cuando inquiere si es el mismo el que ha de venir; y no porque dude que El mismo es el Redentor del mundo, sino que pregunta para saber si El, que había venido en persona al mundo, también descendería personalmente a lo profundo del infierno (del seno de Abrahán); por si, como, precediéndole en el nacimiento, le había anunciado al mundo, le precedía también muriendo y descendiendo al infierno.

Por esto pregunta: *¿Eres tú el que ha de venir o esperamos a otro?*; como si claramente dijera: Así como te has dignado nacer para los hombres, da a conocer si también te dignas morir por los hombres y descender a los infiernos, de suerte que yo, que he sido el precursor de tu nacimiento, sea también precursor de tu descenso y anuncie que tú has de venir al infierno, como anuncié que habías venido al mundo.

He ahí por qué el Señor, requerido, después de enumerar los milagros de su poder, respondió en seguida, aludiendo a la humillación de su muerte: *Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan, se anuncia el Evangelio a los pobres; y dichoso aquel que no tomare de mí ocasión de escándalo.*

A vista de tantos milagros y de tan grandes poderes, cualquiera podría admirarse, mas no escandalizarse; pero el espíritu de los infieles recibió en El grave escándalo cuando, después de tantos milagros, le vió morir. Y por eso dice San Pablo (1 Cor. 1,23): *Mas nosotros predicamos a Cristo crucificado, lo cual para los judíos es motivo de escándalo y parece una locura a los gentiles.* A los hombres, pues, les pareció una locura el que muriera por los hombres el Autor de la vida; y el hombre tomó ocasión de escándalo contra él precisamente de donde debió quedarle más agradecido, ya que tanto más dignamente debe el hombre honrar a Dios cuantas mayores indignidades soportó Dios por los hombres.

¿Qué es, por tanto, decir: *Bienaventurado aquel que no tomare de mí ocasión de escándalo*, sino señalar claramente la abyección y humillación de su muerte? Como si hubiera dicho claramente: Hago cosas admirables, pero no me desdeño de soportar cosas abyectas, y pues yo te sigo en el morir, deben cuidar mucho los hombres de no despreciar la muerte en mí, puesto que veneran mis milagros.

2. Pero oigamos ya lo que, después de despachar a los disci-

pulos de Juan, dice Jesús a las turbas refiriéndose a Juan: *¿Qué es lo que salisteis a ver en el desierto? ¿Alguna caña que a todo viento se mueve?* Lo cual insinuó, no, claro está, afirmándolo, sino negándolo. En efecto, en cuanto se levanta el viento, inclina la caña hacia el otro lado: ¿Y qué se significa por la caña sino el espíritu carnal, que, apenas le toca el favor o la detracción, en seguida se inclina a una o a la otra parte?; pues, si de la boca de los hombres sopla el viento del favor, se alegra y se engríe y totalmente se inclina como dispuesto al favor; pero, si de donde venía el viento de la alabanza surgiera el de la detracción, en seguida le inclina, como a la parte contraria, a la violencia del furor.

Pero Juan no era una caña movida por el viento, porque ni le ablandaba favor alguno ni le hacía duro la injuria de cualquiera detracción; ni lo próspero lograba envanecerle, ni abatirle la adversidad; no era, pues, una caña movida por el viento Juan, a quien no desviaba de la rectitud de su vida variedad alguna de las cosas.

Ea, pues, hermanos carísimos, aprendamos nosotros a no ser cañas agitadas por el viento; consolidemos el ánimo, expuesto al viento de las lenguas; manténgase inflexible la firmeza del alma; no nos excite a ira detracción alguna, ni favor alguno nos incline a dispensar una gracia inútil; no nos engría la prosperidad, ni la adversidad nos conturbe; de suerte que los que estamos asentados en la solidez de la fe, jamás nos movamos por el cambio de las cosas pasajeras.

3. Todavía se añade acerca de la santidad de Juan: *Decidme, si no, ¿qué salisteis a ver? ¿A un hombre vestido con lujo y afeminación? Ya sabéis que los que visten así, en palacios de reyes están.* Ahora bien, a Juan se le describe, como sabéis, con un vestido de pelos de camello entretejidos. Y ¿qué es decir que los que visten con lujo y afeminación en los palacios de los reyes están, sino declarar con certera sentencia que no están al servicio del Rey celestial, sino de un rey terreno, los que huyen de padecer cosas desagradables por Dios y que, entregados solamente a las cosas exteriores, buscan la molicie y los deleites de la presente vida?

Por tanto, nadie piense que falte pecado en el lujo y en el afán de vestidos preciosos, porque, si en ellos no hubiera culpa, tampoco el Señor alabaría en modo alguno a Juan de la aspereza de su vestido. Si en esto no hubiera culpa, tampoco el apóstol San Pablo retraería del apetito de vestiduras preciosas a las mujeres, diciendo en una carta (1 Tim. 2,9): *No con adornos costosos.* Considerad, pues, qué culpa sea el que también apetezcan los hombres esto que el Pastor de la Iglesia cuidó de prohibir aun a las mujeres.

4. Aunque esto que se dice de Juan, que no vestía lujosa y afeminadamente, puede entenderse también en otro sentido, a saber, que no estuvo vestido muellemente, porque no fomentó con lisonjas la vida de los pecadores, sino que la increpó con el rigor de una severa reprimenda, diciendo (Mt. 3,7): *¡Oh raza de víboras!, ¿quién os ha enseñado a huir de la ira que os amenaza?*, conforme a lo que se dice por Salomón (Eccl. 12,11): *Los dichos de los sabios son como*

aguijones y como clavos hincados profundamente. En efecto, los dichos de los sabios son comparados a los clavos y a los aguijones, porque no saben disimular, sino punzar las culpas de los delincuentes.

5. *En fin, ¿qué salisteis a ver? ¿Algún profeta? Eso sí, yo os lo aseguro, y aun mucho más que profeta.* Ahora bien, el ministerio del profeta es predecir las cosas futuras, no mostrarlas también; luego Juan es más que profeta, porque también mostraba, señalándole con el dedo, al que, como precursor, había profetizado.

Mas ya que se niega que Juan sea una caña movida por el viento, y porque se dice que no viste afeminadamente, y puesto que se muestra como poco apropiado a él el nombre de profeta, oigamos ya lo que de él puede apropiadamente decirse. Prosigue: *El es de quien está escrito: Mira que yo envío mi ángel ante tu presencia, el cual irá delante de ti disponiéndote el camino.* Lo que en griego se llama ángel, en latín se dice nuncio; y así, al que es enviado a anunciar al Supremo Juez, rectamente se le llama ángel, para que en el nombre guarde la dignidad que cuadra a su obra. Aparte de que digno es el nombre si la vida no es inferior al nombre.

6. Ojalá, hermanos carísimos, no digamos, para condenación nuestra, que todos los inscritos con el nombre de sacerdotes son llamados ángeles, conforme lo atestigua el profeta que dice (Mal. 2,7): *En los labios del sacerdote ha de estar el depósito de la ciencia, y de su boca se ha de aprender la Ley, puesto que él es el ángel del Señor de los ejércitos.*

Pero también vosotros podéis, si queréis, merecer la dignidad de este nombre, porque cada uno de vosotros, si, en la medida de sus fuerzas y conforme a la gracia de la celeste inspiración recibida, aparta de la maldad al prójimo, si procura exhortarle a bien obrar, si enseña al que yerra el reino y el suplicio eternos, si dirige palabras de santa enseñanza, sin duda es un ángel.

Y ninguno diga: Yo no tengo suficiencia para aconsejar, no soy idóneo para exhortar. Haz lo que puedes, para que no te exijan en suplicios el talento malamente guardado que habías recibido; pues tampoco había recibido más que un solo talento aquel que se cuidó de esconderle más que de agenciar con él; también sabemos que en el tabernáculo de Dios, por mandato del Señor, se hicieron no sólo tazas, sino también redomas. Por las tazas se significa la abundancia de doctrina, y por las redomas la pequeña y angosta ciencia. El uno, lleno de doctrina de la verdad, embriaga las almas de los oyentes, y así, por lo que dice, ofrece como una taza. El otro no puede expresar todo lo que siente, pero, cuando esto lo expresa de algún modo, sin duda que lo da a gustar como por medio de una redoma. Por consiguiente, los que estáis en el tabernáculo de Dios, esto es, en la santa Iglesia, si no podéis en modo alguno suministrar tazas enseñando la sabiduría, dad a vuestros prójimos la redoma de una buena palabra, según lo que podáis con la gracia de Dios.

Traed también con vosotros a los demás a lo que vosotros conocéis que os ha sido provechoso; desead tener compañeros en los caminos del Señor. Cuando alguno de vosotros va al foro o bien al

baño, invita a ir con él a quien cree que está ocioso; pues aplicad esa vuestra costumbre terrena y, cuando vayáis a Dios, no vayáis solos a El. A propósito de esto está escrito (Apoc. 22,17): *Diga también quien escucha: Ven.* De manera que quien haya recibido en su corazón el llamamiento del amor celestial, dirija también exteriormente a los prójimos palabras de exhortación.

También puede ocurrir que no tenga pan que dar de limosna al indigente; pero quien tiene lengua, tiene algo más que poder dar, pues alimentar con el sustento de la palabra al alma, que ha de vivir para siempre, es más que saciar con pan terreno el estómago del cuerpo, que ha de morir.

Por tanto, hermanos, no queráis negar a los prójimos la limosna de la palabra.

Os aconsejo, a la vez que a mí, que nos excusemos de toda palabra ociosa: evitemos el hablar inútilmente; refrenemos todo lo posible la lengua, no hablemos al aire, pues dice el Juez (Mt. 12,36): *De cualquiera palabra ociosa que hablaren los hombres han de dar cuenta en el día del juicio.* Y palabra ociosa es la que carece o bien de provechosa rectitud o bien de justa necesidad. Trocad, por tanto, los coloquios ociosos en procurar la edificación.

Considerad que el tiempo de esta vida corre velocísimo. Atended a cuán riguroso vendrá el Juez; tenedle presente ante la vista de vuestro corazón; dadle a conocer a las almas de vuestros prójimos, para que, si, en cuanto alcanzan vuestras fuerzas, no descuidáis el anunciarle, podáis, como Juan, ser llamados por El ángeles, con el auxilio del Señor, etc.

HOMILIA VII

(Dirigida al pueblo en la basílica de San Pedro Apóstol en la domínica cuarta del Adviento del Señor.)

Lección del santo Evangelio según San Juan (1,19-28)

En aquel tiempo, los judíos enviaron de Jerusalén sacerdotes y levitas para preguntar a Juan: ¿Tú quién eres? El confesó y no negó; antes protestó: Yo no soy el Cristo. ¿Pues quién eres?, le dijeron. ¿Eres Elías? Y dijo: No. ¿Eres tú el profeta? Respondió: No. Pues ¿quién eres tú, le dijeron, para que podamos dar alguna respuesta a los que nos han enviado? ¿Qué dices de ti mismo? Yo soy, dijo, la voz del que clama en el desierto: Enderezad el camino del Señor, como lo tiene dicho el profeta Isaías. Es de saber que los enviados eran de la secta de los fariseos. Y le preguntaron de nuevo, diciendo: ¿Cómo, pues, bautizas, si tú no eres el Cristo, ni Elías, ni el profeta? Respondióles Juan, diciendo: Yo bautizo con agua; pero en medio de vosotros está uno a quien no conocéis. El es el que ha de venir des-

pués de mí, el cual ha sido preferido a mí y a quien yo no soy digno de desatar la correa de su zapato. Todo esto sucedió en Betania, a la otra parte del Jordán, donde Juan estaba bautizando.

1. Hermanos carísimos, en las palabras de esta lección se nos encomia la humildad de San Juan, el cual, con ser de tan grande virtud que se hubiera podido creer que fuera el Cristo, prefirió mantenerse sólidamente en lo que era para que la opinión de los hombres no le encumbrara vanamente sobre lo que era: *El, pues, confesó y no negó, antes protestó: Yo no soy el Cristo.*

Ahora bien, diciendo: *No soy*, negó abiertamente lo que no era, mas no negó lo que era, a fin de hacerse, diciendo la verdad, miembro de aquel cuyo nombre no usurpaba mendazmente. Por tanto, con no querer que se le dé el nombre de Cristo, fué hecho miembro de Cristo, porque, como procuró reconocer humildemente su propia pequeñez, mereció obtener de hecho el ser elevado hasta El.

Mas porque de esta lección nos viene a la mente otro dicho de nuestro Redentor, se nos origina de esta lección una duda harto complicada. En efecto, en otro lugar, preguntando los discípulos al Señor acerca de la venida de Elías, respondió (Mt. 17,12): *Elías ya vino y no le conocieron, sino que hicieron contra él todo cuanto quisieron.* Mt. 11,14: *Y si queréis entenderlo, Juan es el mismo Elías.* Y Juan, preguntado, dice: *No soy Elías.*

¿Qué es esto, hermanos carísimos, que lo que la Verdad afirma lo niega el profeta de la Verdad?; porque son cosas harto opuestas entre sí: *él es* y *no soy*. ¿Cómo es, entonces, profeta de la Verdad, si no va concorde con las palabras de la misma Verdad?

Mas, si se inquiere agudamente la verdad, se descubre no ser contrario lo que como tal suena; porque, refiriéndose a Juan, dijo el ángel a Zacarías (Lc. 1,17): *Irá delante de El revestido del espíritu y de la virtud* o celo *de Elías.* De él se dice que ha de venir revestido del espíritu y de la virtud de Elías, precisamente porque, como Elías precederá al segundo advenimiento del Señor, así Juan precedió al primero; como aquél ha de ser el precursor del Juez, así éste fué constituído precursor del Redentor.

Luego Juan, en el espíritu, era Elías, pero no era Elías en persona. Por consiguiente, el Señor afirma del espíritu lo que Juan niega de la persona.

Además que era justo hacerlo así, ya que el Señor hablaba de Juan a los discípulos en un sentido espiritual, y Juan respondía a aquellas turbas carnales refiriéndose no al espíritu, sino al cuerpo.

Parece, pues, contrario a la Verdad lo que Juan dijo; pero, sin embargo, no se apartó del camino de la verdad. [2.] El cual, después de negar también ser profeta, porque, en efecto, no sólo podía predecir, sino también mostrar al Redentor, a continuación expresa quién es, diciendo: *Yo soy la voz del que clama en el desierto.*

Sabéis, hermanos carísimos, que el Hijo unigénito se llama Verbo del Padre, como lo atestigua San Juan (1,1): *En el principio era ya el Verbo, y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios.* Y de

vuestro mismo hablar sabéis que la voz suena antes para que pueda oírse después la palabra. Según esto, Juan afirma que él es la voz porque precede a la Palabra; y así, prediciendo la venida del Señor, se llama voz, porque por su ministerio oyen los hombres al Verbo de Dios. Y además clama en el desierto, porque anuncia el consuelo del Redentor a la Judea, desechada y abandonada.

También da a conocer qué es lo que clama, cuando agrega: *Enderezad el camino del Señor, como lo tiene dicho el profeta Isaías.* El camino del Señor se endereza al corazón cuando se oye humildemente la palabra de la Verdad; el camino del Señor va derecho al corazón cuando la vida se dispone en conformidad con sus preceptos. Por eso está escrito (Io. 14,23): *Cualquiera que me ama, observará mi doctrina; y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos mansión dentro de él.* Por tanto, quien engríe su alma por la soberbia, quien se abrasa con la fiebre de la avaricia, quien se enloda con la suciedad de la lujuria, cierra la puerta de su corazón a la verdad y clausura los secretos del alma con el candado de los vicios para que no venga a él el Señor.

3. Pero todavía los enviados preguntan: *¿Cómo, pues, bautizas, si tú no eres el Cristo, ni Elías, ni el profeta?* Que esto no se dice por el deseo de conocer la verdad, sino por la malicia de desahogar la envidia, tácitamente lo declara el evangelista, que antes agregó, diciendo: *Es de saber que los enviados eran de la secta de los fariseos.* Como si claramente dijera: Piden cuenta de sus actos a Juan aquellos que no saben buscar, sino odiar la verdad. Pero todo santo, aun cuando sea preguntado con perversa intención, no deja el cuidado de ser bueno. Por eso también Juan a las palabras de odio repone justificando su proceder, pues agrega en seguida: *Yo bautizo con agua; pero en medio de vosotros está uno a quien vosotros no conocéis.* Juan bautiza, no en el Espíritu, sino en agua, porque, no pudiendo perdonar los pecados, lava con agua los cuerpos de los que se bautizan, mas no sana el alma con el perdón. ¿Por qué, pues, bautiza el que con el bautismo no perdona los pecados, sino para que, manteniéndose en su ministerio de precursor, el que naciendo anunció al que había de nacer, bautizando anunciara al Señor, que había de bautizar; y para que el que fué constituído precursor de Cristo predicando, también se constituyera en precursor suyo bautizando a imitación del sacramento? El cual, después de anunciar con estas cosas el misterio de nuestro Redentor, afirma que éste se halla en medio de los hombres y que es desconocido, porque el Señor, apareciendo en la carne, permaneció visible en el cuerpo, pero invisible en su majestad. Acerca del cual agrega además: *El que viene después de mí, el cual ha sido hecho antes que yo.* Y se dice: *Ha sido hecho antes que yo,* que es como decir: Ha sido antepuesto a mí. Viene, pues, detrás de mí, porque ha nacido después; pero ha sido antepuesto a mí, porque ha sido preferido a mí. Y hablando de esto un poco antes, declara además las causas de su preferencia, cuando agrega: *Por*

cuanto era ya antes que yo. Como si claramente dijese: Aunque nacido después, es superior a mí, porque su existencia no se cuenta por los años de su nacimiento, pues El, que ha nacido de la Madre en el tiempo, es engendrado sin madre por el Padre antes de los siglos.

Y cuando añade: *Y a quien yo no soy digno de desatar la correa de su zapato,* pone de manifiesto cuánta reverencia y humildad se le deba. Hubo entre los antiguos la costumbre de que, si alguno no quería recibir por esposa a la que le pertenecía, ésta quitara el calzado al que por derecho de afinidad debía tomarla por esposa. ¿Y cómo apareció Cristo entre los hombres sino como Esposo de la Iglesia? Del cual dice también este mismo Juan (Io. 3,28): *El Esposo es aquel que tiene esposa.* Y porque los hombres creyeron que Juan era el Cristo—cosa que el mismo Juan niega—, con razón se declara indigno de desatar la correa del calzado de El. Como si claramente dijera: Yo no puedo desatar el calzado de nuestro Redentor, porque, con razón, no usurpo el nombre de Esposo.

Esto, sin embargo, puede también entenderse de otra manera, pues ¿quién no sabe que el calzado se hace de los animales muertos? Pues bien, el Señor, al venir en la carne, apareció como calzado, porque en su divinidad asumió la mortalidad de nuestra corrupción; por lo que también dice el profeta (Ps. 59,10): *Extenderé mi calzado por la Idumea.* Ahora bien, por la Idumea se entiende la gentilidad, y por el calzado la mortalidad asunta. Y así, el Señor afirma que El extenderá su calzado por la Idumea, porque, cuando se dió a conocer a las gentes en la carne, la divinidad vino a nosotros como calzada. Ahora bien, no puede el entendimiento humano penetrar el misterio de esta encarnación, pues no le es posible en modo alguno investigar cómo encarna el Verbo, cómo el sumo y vivificador Espíritu se anima en el útero de la Madre, cómo el que existe y no tiene principio es concebido. La correa, pues, del calzado es la ligadura del misterio. Luego Juan no sirve para desatar la correa del calzado de El, porque no tiene suficiencia para investigar el misterio de su encarnación, ni siquiera él, que le conoció por espíritu profético. ¿Qué significa, por lo tanto, decir: *Yo no soy digno de desatar la correa de su zapato,* sino confesar clara y humildemente su ignorancia? Como si claramente dijera: ¿Qué maravilla es el que sea preferido a mí aquel a quien considero nacido después de mí, sí, pero que no comprendo el misterio de su nacimiento?

Ved aquí a Juan, lleno del espíritu profético, brillar por su sabiduría, y, con todo, deja entender lo que ignora. [4.] Sobre lo cual, hermanos carísimos, debemos ponderar y considerar con toda atención cómo los varones santos, para guardar en su interior la virtud de la humildad, cuando por modo maravilloso saben algunas cosas, procuran poner ante sus ojos aquello que ignoran, para que, considerando por un lado su pequeñez, no se ensoberbezca su alma por el lado por el cual son perfectos: que la ciencia, sí, es virtud; pero también la humildad es guarda de la virtud.

Resta, como consecuencia, que la mente se humille en todo lo que sabe, para que el viento de la soberbia no desparrame lo que recoge la virtud de la ciencia. Hermanos: cuando hacéis cosas buenas, traed siempre a la memoria las cosas malas que habéis hecho, para que, atendiendo cautos a la culpa, nunca se alegre incautamente de la buena obra el alma.

Considerad a vuestros prójimos recíprocamente como superiores en el camino de Dios, y de un modo especial a los que no os han sido encomendados, porque no sabéis los bienes que guardan en su interior aun aquellos a quienes veis obrar mal. Procure, pues, cada uno ser grande; pero, con todo, no sepa en modo alguno que lo es, para que no suceda que, atribuyéndose arrogantemente la grandeza, pierda lo que interiormente tenía, que a propósito de esto se dice por el profeta (Is. 5,21): *¡Ay de vosotros, los que os tenéis por sabios en vuestros ojos y por prudentes allá en vuestro interior!* Por lo mismo, dice San Pablo (Rom. 12,16): *No queráis teneros por sabios dentro de vosotros mismos.* He ahí por qué, contra Saúl ensoberbecido, se dice (1 Reg. 15): *Cuando tú te tenías por pequeño, yo te hice más grande que todos; mas porque ahora te consideras por grande, yo te tengo por pequeño.* Por el contrario, David, cuando danzaba delante del arca de la alianza, sin hacer aprecio de su regia autoridad, dijo (2 Reg. 6,22): *Bailaré yo, me abatiré todavía más de lo que he hecho y seré despreciable a los ojos míos.* ¿A quién no engreiría el desquijarar leones, quebrantar los brazos de los osos, ser preferido a sus hermanos mayores, ser ungido por rey cuando fué desechado el rey; echar por tierra al Goliat de todos temido; salvar, venciendo a los filisteos, una multitud de circundados que el rey le confió; recibir el reino prometido y entrar, al fin, a poseer sin contradicción alguna todo el reino de Israel? Y, sin embargo, en todo se despreció este que confiesa ser despreciable a sus ojos.

Por consiguiente, si los varones santos, aun cuando realizan actos heroicos, sienten bajamente de sí, ¿qué han de decir en su excusa los que se ensoberbecen sin acto alguno de virtud? Pero, aun cuando a alguno acompañen algunas buenas obras, éstas no tienen valor alguno si no están sazonadas con la humildad; porque la acción más admirable, acompañada de soberbia, no eleva, antes rebaja; quien, pues, reúne virtudes sin humildad es como el que lanza polvo al viento, que de donde piensa ganar algo, de ahí se ciega más.

Por consiguiente, hermanos carísimos, en todo lo que hacéis tened como raíz de la buena obra la humildad, y no atendáis a de quiénes sois superiores, sino a de quiénes sois todavía inferiores, para que, proponiéndoos ejemplos más altos, podáis, mediante la humildad, subir siempre a lo mayor.

HOMILIA VIII

(Dirigida al pueblo en la basílica de Santa María el día de la Natividad del Señor.)

Lección del santo Evangelio según San Lucas (2,1-14)

Por aquellos días se promulgó un edicto de César Augusto mandando empadronar a todo el mundo. Este fué el primer empadronamiento hecho por Cirino, gobernador de la Siria. Y todos iban a empadronarse, cada cual a la ciudad de su estirpe. José, pues, como era de la casa y familia de David, vino desde Nazaret, ciudad de Galilea, a la ciudad de David, llamada Belén, en Judea, para empadronarse con María, su esposa, la cual estaba encinta. Y sucedió que, hallándose allí, le llegó la hora del parto, y parió a su hijo primogénito; y envolvióle en pañales y recostóle en un pesebre, porque no hubo lugar para ellos en el mesón. Estaban velando en aquellos contornos unos pastores y haciendo centinela de noche sobre su grey, cuando de improviso un ángel del Señor apareció junto a ellos, y cercóles con su resplandor una luz divina; lo cual los llenó de sumo temor. Díjoles entonces el ángel: No tenéis que temer, pues vengo a daros una nueva de grandísimo gozo para todo el pueblo. Y es que hoy os ha nacido en la ciudad de David el Salvador, que es el Cristo, el Señor. Y sírvaos de seña que hallaréis al Niño envuelto en pañales y reclinado en un pesebre. Al punto mismo se dejó ver con el ángel un ejército numeroso de la corte celestial alabando a Dios y diciendo: Gloria a Dios en lo más alto de los cielos y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad.

1. Como, con el favor del Señor, hemos de celebrar hoy tres veces misa solemne, no podemos hablar por mucho tiempo sobre la lección evangélica; pero la misma Natividad de nuestro Redentor nos fuerza a decir algo, siquiera sea brevemente.

Pues bien, ¿qué significa el que, cuando ha de nacer el Señor, se hace la inscripción del mundo, sino esto que claramente resalta, a saber: que aparecía en la carne el que inscribiría en la eternidad a sus elegidos? En cambio, de los réprobos se dice por el profeta (Ps. 68,29): *Raídos sean del libro de los vivientes y no queden escritos en el libro de los justos.*

También nace convenientemente en Belén, porque Belén significa casa del pan; y precisamente El mismo es quien dice (Io. 6,51): *Yo soy el pan vivo que he descendido del cielo.* Por tanto, el lugar en que nace el Señor, ya antes fué llamado casa del pan, porque, en efecto, había de verificarse que quien saciaría interiormente a las almas aparecería allí en la sustancia de la carne.

Y no nace en la casa de sus padres, sino en el camino, para mostrar en realidad que nacía como de prestado en la humanidad suya que había tomado. De prestado, digo, o de ajeno, refiriéndome, no a su potestad, sino a la naturaleza; porque de su potestad está escrito (Io. 1,11): *Vino a su propia casa;* y por lo que hace a su

naturaleza, en la suya nació antes de los tiempos, en la nuestra vino en el tiempo; por tanto, el que, permaneciendo eterno, apareció en el tiempo, es ajeno a donde descendió.

Y como por el profeta se dice (Is. 40,6): *Toda carne es heno*, hecho hombre, convirtió nuestro heno en grano el que dice de sí mismo (Io. 12,24): *Si el grano de trigo, después de echado en la tierra, no muere, queda infecundo*. De ahí el que, nacido, es reclinado en el pesebre, para alimentar con el trigo de su carne a todos los fieles, esto es, a los santos animales, para que no permanezcan ayunos del sustento de la sabiduría eterna.

¿Y qué significa el que aparece el ángel a los pastores que estaban en vela y el que los circunde de luz la claridad de Dios, sino que, con preferencia a los demás, merecen ver las cosas más altas los que saben presidir con solicitud a los rebaños fieles, y que, cuando ellos vigilan piadosos sobre la grey, brilla copiosa sobre ellos la luz de la divina gracia?

2. Pero el ángel anuncia al Rey nacido, y a su voz cantan acordes los coros de los ángeles y, mutuamente regocijados, claman: *Gloria a Dios en lo más alto de los cielos y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad;* porque antes de que nuestro Redentor naciera en la carne, estábamos en desacuerdo con los ángeles, de cuya claridad y pureza distábamos mucho, por merecerlo así la primera culpa y nuestros diarios delitos; pues como pecando nos habíamos extrañado de Dios, los ángeles, ciudadanos de Dios, nos consideraban también como extraños a su compañía; pero, cuando ya reconocimos a nuestro Rey, los ángeles nos reconocieron como ciudadanos suyos, porque, habiendo tomado el Rey del cielo la tierra de nuestra carne, la celsitud angélica ya no desprecia nuestra pequeñez: los ángeles hacen las paces con nosotros; dejan a un lado los motivos de la antigua discordia y respetan ya como compañeros a los que antes, por enfermos y abyectos, habían despreciado.

He ahí por qué Lot y Josué adoran a los ángeles y, sin embargo, no se les prohibe tal adoración; en cambio, Juan en el Apocalipsis quiso adorar al ángel, pero el ángel le manifestó que no debía adorarle, diciendo (Apoc. 22,9): *Guárdate de hacerlo, que soy yo un consiervo tuyo y de tus hermanos.*

¿Qué significa el que, antes del advenimiento del Redentor, los hombres adoran a los ángeles y éstos callan, pero después lo rehusan, sino que, después que ven levantada por encima de ellos nuestra naturaleza, que antes habían menospreciado, temen verla postrada ante ellos? Y ya no se han atrevido a despreciar por más débil que la suya a la que en el Rey del cielo veneran por superior en realidad a la suya; ni se desdeñan de tener por socio al hombre ellos, que adoran al Hombre Dios por superior a ellos.

Por consiguiente, hermanos carísimos, cuidemos que no nos mancille inmundicia alguna, puesto que en la eterna presciencia somos ciudadanos de Dios e iguales a los ángeles. Recabemos nuestra dignidad con las costumbres; no nos manche la lujuria,

ningún pensamiento torpe nos acuse, no nos remuerda de maldad la conciencia, no nos consuma el rescoldo de la envidia, no nos hinche la soberbia, no nos devore la ambición por los deleites terrenos, no nos abrase la ira. Dioses hase llamado a los hombres (Ps. 81). Pues defiende en ti, ¡oh hombre!, contra los vicios el honor de Dios, ya que por ti se ha hecho hombre Dios, el cual vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA IX

(Dirigida al pueblo en la basílica de San Silvestre, obispo, el día de su natalicio.)

Lección del santo Evangelio según San Mateo (25,14-30)

En aquel tiempo, Jesús propuso a sus discípulos la siguiente parábola: Cierto hombre, yéndose a lejanas tierras, convocó a sus criados y les entregó sus bienes, dando al uno cinco talentos, a otro dos, y uno solo al otro, según su capacidad; y marchóse inmediatamente. El que recibió cinco talentos fué y, negociando con ellos, sacó de ganancia otros cinco. De la misma suerte, aquel que había recibido dos ganó otros dos. Mas el que recibió uno fué e hizo un hoyo en la tierra y escondió el dinero de su señor. Pasado mucho tiempo, volvió el amo de dichos criados y llamólos a cuentas. Llegando el que había recibido cinco talentos, presentóle otros cinco, diciendo: Señor, cinco talentos me has entregado; he aquí otros cinco más que he ganado con ellos. Respondióle su amo: Muy bien, siervo bueno y leal, ya que has sido fiel en lo poco, yo te confiaré lo mucho; ven a tomar parte en el gozo de tu señor. Llegóse después el que había recibido dos talentos, y dijo: Señor, dos talentos me diste; aquí te traigo otros dos que he granjeado con ellos. Díjole su amo: Muy bien, siervo bueno y fiel; pues has sido fiel en pocas cosas, yo te confiaré muchas más; ven a participar del gozo de tu señor. Por último, llegando el que había recibido un talento, dijo: Señor, yo sé que eres hombre de recia condición, que siegas donde no has sembrado y recoges donde no has esparcido. Y así, temeroso, me fuí y escondí tu talento en tierra; aquí tienes lo que es tuyo. Pero su amo le replicó y dijo: ¡Oh siervo malo y perezoso! Tú sabías que yo siego donde no siembro y recojo donde nada he esparcido, pues por eso mismo debías haber dado a los banqueros mi dinero, para que yo a la vuelta recobrase mi caudal con los intereses. Ea, pues, quitadle aquel talento y dádselo al que tiene diez talentos. Porque a quien tiene, dársele ha y estará abundante; mas a quien no tiene, quitarásele aun aquello que parece que tiene. A ese siervo inútil arrojadlo a las tinieblas exteriores: allí será el llorar y el crujir de dientes.

1. Hermanos carísimos, la lección del santo Evangelio nos aconseja reflexionar con cuidado, no vaya a suceder que los que nos encontramos con que hemos recibido más talentos que los otros, vengamos a ser, por eso mismo, más severamente juzgados; porque, creciendo los dones, crece también la cuenta que de los dones hay

que rendir. Así es que tanto más humilde y más pronto debe uno estar para servir por razón del don, cuanto más obligado a dar buena cuenta se considera.

He aquí un hombre que, al emprender un largo camino, llama a sus criados y les distribuye talentos para negociar; y que después de mucho tiempo vuelve para pedir cuentas: a los que han obrado bien remunera conforme a la ganancia que han reportado, pero condena al siervo que se ha descuidado en obrar bien.

¿Quién es este hombre que marcha lejos sino nuestro Redentor, que se fué al cielo con la misma carne que había asumido? La tierra es el lugar propio de la carne, la cual, cuando nuestro Redentor la coloca en el cielo, es como llevada a un país extraño.

Y este hombre que marcha lejos ha entregado sus bienes a su siervo, pues ha concedido a sus fieles los dones espirituales. Y a uno ha encomendado cinco talentos, a otro dos y a otro uno solo. Pues bien, como los sentidos corporales son cinco, a saber: vista, oído, gusto, olfato y tacto, en los cinco talentos se significa el don de los cinco sentidos, es decir, la ciencia de las cosas exteriores; en los dos talentos se significan el entendimiento y la obra, y con el nombre de un talento se significa el solo entendimiento.

Ahora bien, el que había recibido cinco talentos lucró otros cinco; pues hay algunos que, aunque no alcanzan a comprender las cosas interiores y místicas, sin embargo, por su aspiración a la patria celestial enseñan a cuantos pueden las cosas buenas; de esos dones externos que recibieron reportan doble talento y, guardándose de la petulancia de la carne, de la ambición de cosas terrenas y del deleite de las cosas visibles, retraen también de estas cosas a otros con su consejo. Hay otros que, dotados como de dos talentos, reciben el entender y el obrar, entienden lo sutil de las cosas interiores y ejecutan exteriormente obras admirables; y cuando, entendiendo y obrando, predican a otros, es como que reportan de su trabajo ganancia duplicada.

Y se dice bien que unas ganancias vinieron a ser de cinco y y otras de dos, porque predicándose a los dos sexos es como que se doblan los talentos recibidos.

Mas aquel que había recibido un solo talento, marchándose, cavó la tierra y escondió el dinero de su amo. Esconder el talento en la tierra es emplear en asuntos terrenos el ingenio recibido, no buscar ganancia espiritual, no levantar jamás de los pensamientos terrenos el corazón. Pues hay algunos que han recibido el don de la inteligencia, pero sólo gustan de ocuparse en las cosas que se refieren a la carne. De los cuales se dice por el profeta (Ier. 4,22): *Para hacer el mal son sabios, mas el bien no saben hacerlo.*

Ahora bien, el Señor, que distribuyó los talentos, vuelve para pedir cuentas, esto es: quien ahora concede piadoso sus dones espirituales, en el juicio examina más severamente los méritos, considera qué es lo que cada uno ha recibido y pondera qué ganancia reporta de lo que ha recibido. [2.] El criado que devuelve duplicados los talentos es alabado por el Señor e introducido a la eterna

recompensa, puesto que con palabra del Señor se dice: *Muy bien, siervo bueno y leal, ya que has sido fiel en lo poco, yo te confiaré mucho: ven a tomar parte en el gozo de tu Señor;* porque, en comparación de la retribución eterna, todas las cosas de la vida presente, aunque parezcan mucho, son poca cosa. Y al siervo fiel se le confía mucho cuando, vencidos todos los obstáculos de la corrupción, es glorificado con los gozos eternos en la mansión celestial: entonces es introducido a participar plenamente del gozo de su Señor cuando, llevado a la patria eterna y agregado a la compañía de los ángeles, de tal modo goza interiormente de este favor, que ya no hay cosa alguna de la corrupción que exteriormente le aflija.

3. Pero el siervo que no quiso agenciar con el talento, se vuelve al señor con palabras de excusa, diciendo: *Señor, yo sé que eres hombre de recia condición, que siegas donde no has sembrado y recoges donde no has esparcido. Y así, temeroso, me fuí y escondí tu talento en la tierra; aquí tienes lo que es tuyo.*

Es de notar que el siervo inútil llama duro al señor, al cual se disculpa, sin embargo, de no haberle servido con la ganancia, y dice que había temido dedicar al lucro el talento, cuando sólo debía haber temido devolvérsele sin ganancia al señor. Pues hay muchos dentro de la santa Iglesia de los cuales es figura este siervo, los cuales temen emprender el camino de una vida mejor y, en cambio, no se asustan de yacer en la ociosidad, y que, considerándose pecadores, temen escalar las vías de la santidad, pero no tienen miedo de permanecer en sus iniquidades.

Buena figura de los cuales es Pedro cuando todavía estaba en su flaqueza, cuando, al ver el milagro de los peces, dijo (Lc. 5,8): *Apártate de mí, Señor, que soy un hombre pecador.* Precisamente porque te consideras pecador, conviene que no apartes de ti al Señor. Pues los que no quieren mejorar sus costumbres ni acogerse al refugio de una vida más recta, por lo mismo que se ven flacos, se confiesan pecadores, rechazan al Señor y huyen de aquel en quien debían santificarse; y al modo de los que, perturbados, carecen de juicio, cuando están muriéndose tienen miedo a la vida.

Por eso es por lo que a este siervo se le replica en seguida: *¡Oh siervo malo y perezoso!, tú sabías que yo siego donde no siembro y recojo donde nada he esparcido; pues por eso mismo debías haber dado a los banqueros mi dinero, para que yo a la vuelta recobrase mi caudal con sus intereses.* El siervo perezoso queda convicto por sus propias palabras cuando el señor dijo: *Siego donde no siembro y recojo donde nada he esparcido;* como si claramente dijera: Si, según tú afirmas, yo reclamo lo que no di, ¿cuánto más exigiré de ti que me devuelves lo que te he dado? Por eso mismo debías haber dado mi dinero a los banqueros, para que yo a la vuelta recobrase mi caudal con sus intereses.

Ahora bien, dar el dinero a los banqueros es entregar la ciencia de la predicación a los que con sus palabras y con sus obras pueden ponerla en práctica. [4.] Pues así como veis lo que nosotros arriesgamos si retenemos el caudal del Señor, así vosotros, hermanos

carísimos, considerad solícitos el vuestro; porque de vosotros se exige con usura el fruto de lo que oís, puesto que hasta el caudal que no se ha dado se exige con usura; pues cuando se devuelve tan sólo lo que se había recibido, también se exige además lo que no se ha recibido.

Pensad, por tanto, hermanos carísimos, que debéis pagar con usura este caudal de la palabra que recibís, y procurad entender de esto que oís otras cosas que no oís, de manera que, deduciendo unas cosas de otras, aprendáis además por vosotros mismos lo que todavía no habéis aprendido de labios del predicador.

Pero oigamos con qué sentencia se castiga al siervo perezoso: *Quitadle aquel talento y dádselo al que tiene diez talentos.* [5.] Parecía muy en su punto que; al quitar al siervo malo un talento, se diera al que había recibido dos, más bien que al que había recibido cinco, porque al que tuvo menos se debió dar más que al que tuvo más. Pero es que, según dijimos antes, por los cinco talentos se significan los cinco sentidos, es decir, la ciencia de las cosas exteriores, y por los dos se significan el entendimiento y la operación; por consiguiente, el que tuvo dos había recibido más que el que tuvo cinco, porque el que por los cinco talentos mereció la administración de las cosas exteriores, todavía se quedó sin la inteligencia de las interiores; por consiguiente, el un talento, que significa, como hemos dicho, el entendimiento, debió darse a aquel que administró bien los dones exteriores que había recibido. Cosa que a diario estamos viendo en la santa Iglesia; porque muchos, por administrar bien los dones exteriores que reciben, son llevados también a la inteligencia mística, para que, ya que emplean bien los dones exteriores, puedan gozar de la inteligencia interna. [6.] Además, en seguida se añade esta sentencia general: *Porque a quien tiene, dársele ha, y estará abundante; mas a quien no tiene, se le quitará aun aquello que parece tener.* Es decir, que se dará al que tiene, y abundará, porque el que tiene caridad también participa de los demás dones; mas el que no tiene caridad pierde también los dones que parecía haber recibido. Por tanto, hermanos míos, es necesario que en todas vuestras obras cuidéis de guardar la caridad; ahora bien, la caridad verdadera consiste en amar al amigo en Dios y al enemigo por Dios. Y quien no tiene esta caridad pierde todo el bien que posee, queda privado del talento que había recibido y, conforme a la sentencia del Señor, es arrojado a las tinieblas exteriores, porque, como castigo, cae en las tinieblas exteriores el que por su culpa cayó en las tinieblas interiores; y allí, forzado, sufre las tinieblas vengadoras quien aquí llevó gustoso las tinieblas del placer.

7. Mas es de saber que no hay ocioso alguno que esté seguro de no haber recibido algún talento, porque ninguno hay que diga con verdad: Yo no he recibido ningún talento, no hay por qué esté obligado a rendir cuentas; pues con el nombre de talento se debe entender lo que cualquier pobre ha recibido, por mínimo que ello sea. Uno, pues, ha recibido la inteligencia de la predicación, y éste debe el ministerio como talento; otro ha recibido bienes

terrenos y debe distribuir o administrar el talento de tales cosas; aquél no ha recibido la inteligencia de las cosas interiores ni abundancia de bienes, pero ha aprendido un arte, con el cual se sustenta, y ese arte se considera como el talento que ha recibido; este otro nada de estas cosas ha logrado, pero tal vez ha merecido la amistad cerca de algún rico; ha recibido, pues, el talento de la amistad; por tanto, si no le habla en favor de los menesterosos, se le condena por retención del talento. Así es que quien tenga entendimiento, cuide de no estar siempre callado; quien tenga bienes abundantes, vigile para no descuidarse en ejercitar la misericordia; quien posea un arte por el cual se sustenta, procure con gran diligencia que el prójimo participe de su uso y utilidad; quien tiene ocasión de hablar al rico, tema ser castigado por retención del talento, si, pudiendo, no intercede cerca de él en favor de los pobres; porque el Juez que ha de venir exige de cada uno de nosotros el talento, o sea, cuanto ha dado.

Por consiguiente, para que, cuando vuelva el Señor, se halle uno seguro de la cuenta de su talento, piense cada día con temor en lo que ha recibido. Mirad que ya está cerca la vuelta del que se fué lejos; porque, aunque parece haberse alejado mucho quien se marchó lejos de esta tierra en que nació, pero vuelve en seguida a pedir la cuenta de los talentos; y si nos emperezáramos en obrar bien, nos juzgará más rigurosamente sobre los dones que nos concedió.

Consideremos, pues, qué es lo que habemos recibido y estemos alerta para emplearlo bien. No haya algún cuidado terreno que nos impida la vida espiritual, no vaya a suceder que, si se esconde en la tierra el talento, se provoque a ira al Señor del talento.

El siervo perezoso, cuando ya pide cuentas de las culpas el juez, desentierra el talento; hay, pues, muchos que se retraen de los deseos y obras terrenas cuando, por aviso del juez, son ya entregados al suplicio eterno. Vigilemos, por tanto, antes de que se nos pida cuenta de nuestro talento, para que, cuando ya el Juez amenace con el castigo, nos libre de él la ganancia que hemos reportado. Lo cual haga por nosotros Dios, que vive, etc.

HOMILIA X

(Dirigida al pueblo en la basílica de San Pedro Apóstol en el día de la Epifanía.)

Lección del santo Evangelio según San Mateo (2,1-12)

Habiendo nacido Jesús en Belén de Judá reinando Herodes, he aquí que unos Magos vinieron del Oriente a Jerusalén, preguntando: ¿Dónde está el nacido rey de los judíos? Porque nosotros vimos en Oriente su estrella y hemos venido con el fin de adorarle. Oyendo esto el rey Herodes, turbóse, y con él toda Jerusalén. Y convocando a todos los príncipes de los sacerdotes y a los escribas del pueblo, les preguntaba en dónde había de nacer el Cristo. A lo cual ellos respondieron: En

Belén de Judá; que así está escrito en el profeta: Y tú, Belén, tierra de Judá, no eres ciertamente la menor entre las principales ciudades de Judá, porque de ti es de donde ha de salir el caudillo que rija mi pueblo de Israel. Entonces Herodes, llamando en secreto a los Magos, averiguó cuidadosamente de ellos el tiempo en que la estrella les apareció. Y encaminándoles a Belén, les dijo: Id e infomaros puntualmente acerca de este niño; y en habiéndole hallado, dadme aviso para ir yo también a adorarle. Luego que oyeron esto al rey partieron. Y he aquí que la estrella que habían visto en Oriente iba delante de ellos, hasta que, llegando sobre el sitio en que estaba el niño, se paró. A vista de la estrella se regocijaron por extremo, y, entrando en la casa, hallaron al niño con María, su madre, y postrándose le adoraron; y, abiertos sus cofres, le ofrecieron presentes de oro, incienso y mirra. Y, habiendo recibido en sueños un aviso para que no volviesen a Herodes, regresaron a su país por otro camino.

1. Hermanos carísimos, como habéis oído en la lección evangélica, cuando nació el Rey del cielo, turbóse el rey de la tierra; porque, claro está, la grandeza terrena queda confundida cuando se manifiesta la majestad del cielo.

Mas nosotros debemos averiguar por qué, cuando nació el Redentor, un ángel se apareció a los pastores en Judea, y no un ángel, sino una estrella fué la que guió a los Magos desde el Oriente para ir a adorarle. Ello fué porque a los judíos, como se guiaban por la razón, debió darlo a conocer un ser racional, esto es, un ángel; en cambio, los gentiles, como no sabían valerse de la razón para conocer a Dios, son guiados no por palabras, sino por signos. Por lo cual también San Pablo dice (1 Cor. 14,22): *Las profecías no se han dado para los infieles, sino para los fieles; en cambio, los signos o milagros son para los infieles, no para los fieles.* Y por eso a aquéllos, como fieles, se les han dado las profecías y no se han dado a los infieles, y a éstos, como infieles, se les han dado los signos y no se han dado a los fieles.

También es de notar que los apóstoles predican entre los gentiles a nuestro Redentor cuando ya era de edad perfecta; y la estrella se le muestra a los gentiles párvulo y cuando aún no se valía del cuerpo para hablar. Sin duda porque la razón natural demandaba que al Señor, que ya hablaba, nos le dieran a conocer los predicadores por medio de la palabra, y que, cuando no hablaba aún, le predicaran los elementos mudos.

2. Pero debemos considerar cuánta dureza habría en el corazón de algunos judíos, que, a pesar de todos los signos mostrados así al nacer como al morir el Señor, no llegaron a reconocerle ni por el don de la profecía ni por los milagros, cuando todos los elementos atestiguaron que había venido su Hacedor; pues, para hablar de ellos algo al modo humano, los cielos conocieron que El era Dios, puesto que en seguida enviaron la estrella; el mar le reconoció, puesto que le ofreció su superficie de modo que pudiera pasar sobre ella; la tierra le conoció, pues tembló cuando El moría; el

sol le conoció, pues veló sus rayos luminosos; las rocas y los muros le conocieron, puesto que se rompieron a su muerte; el infierno le conoció, puesto que devolvió los muertos que retenía. Y, no obstante, al Señor, a quien todos los elementos insensibles reconocieron, los corazones de los judíos infieles todavía no conocen en modo alguno que es Dios; y, más duros que las piedras, no quieren quebrantarse para hacer penitencia, y se niegan a reconocer a quien los elementos, como hemos dicho, pregonan o con prodigios o con su quebranto; y, para colmo de su condenación, desprecian ya nacido al que desde mucho tiempo atrás supieron de antemano que había de nacer. Y no sólo supieron que nacería, sino también en dónde nacería; pues, preguntados por Herodes, señalan claramente el lugar de su nacimiento, cosa que aprendieron en la autoridad de la Escritura; y aducen el testimonio por el que se declara que Belén sería honrada con el nacimiento del nuevo rey; de suerte que el doble conocimiento de ellos, a ellos sirviera de argumento para su condenación y a nosotros para robustecimiento de la fe.

A los cuales, por cierto, significó bien Isaac cuando bendecía a su hijo Jacob, pues, faltándole la vista corporal y profetizando, no vió, con tenerle presente, al hijo, al cual, no obstante, anunció muchas cosas para lo futuro; porque, en realidad, el pueblo judío, lleno del espíritu de profecía y ciego, no conoció, cuando le tenía presente, a aquel de quien predijo muchas cosas futuras.

3. En cambio, Herodes, habiendo conocido el nacimiento de nuestro Rey, se vale de astutas argucias, y, para no verse privado del reino de la tierra, pide que se le dé a conocer dónde se encontraba el niño. Finge querer adorarle, para, si lograra encontrarle, darle muerte. Pero ¿qué vale la malicia humana contra los designios de Dios?; pues escrito está (Prov. 21,30): *Contra el Señor no hay sabiduría, no hay prudencia, no hay consejo* que valga. En efecto, la estrella que apareció conduce a los Magos; éstos hallan al Rey nacido, le ofrecen presentes y, en sueños, son advertidos de que no deben volver a Herodes; y así, sucede que Herodes no pueda hallar a Jesús, a quien busca.

¿Y quiénes están figurados en la persona de Herodes más que los hipócritas, los cuales jamás merecen hallar al Señor cuando fingidamente le buscan?

4. Y, a propósito de esto, es de saber que los herejes priscilianistas piensan que cada uno de los hombres nace bajo la influencia de una estrella, y aducen por argumento de su error que, cuando el Señor nació en la carne, apareció una estrella nueva; piensan que el destino del Señor fué la estrella que apareció. Pero, si meditamos las palabras del Evangelio, en las que de esta misma estrella se dice: *Hasta que, llegando al sitio en que estaba el niño, se paró,* hallamos que no fué el niño quien corrió hasta la estrella, sino que la estrella corrió hasta el niño, y, si vale decirlo, no fué la estrella el destino del niño, sino que el niño que apareció fué el destino de la estrella. Lejos, pues, de los fieles el decir que hay destino alguno, porque, en verdad, sólo este Hacedor que la creó administra la vida de los

hombres; que no ha sido hecho el hombre para las estrellas, sino que las estrellas han sido hechas para el hombre. Y, si se dice que la estrella es el destino del hombre, se declara que el hombre está forzado a sus propios destinos. Lo cierto es que Jacob, al nacer, tenía asido con la mano el talón del pie de su hermano (Gen. 25,25), de tal suerte que no podía salir del todo sin que a la vez comenzase a salir el siguiente; y, con todo y haber la madre dado a luz a entrambos a un mismo tiempo, no fué igual la suerte y la vida de ambos.

5. Pero a esto suelen responder los matemáticos que la virtud de las estrellas está en un solo instante; a los cuales nosotros oponemos que el nacimiento se verifica durante un largo espacio, y, por tanto, si la constelación varía a cada instante, también será forzoso decir que cada uno tendrá tantos destinos cuantos miembros tiene el que nace.

También suelen afirmar los matemáticos que quien nace bajo el signo de Acuario está destinado a ser pescador en esta vida; pero, según cuentan, no hay pescadores en Getulia, ¿y quién dirá que allí, donde no hay pescador alguno, nadie nace en Acuario?

Asimismo aseguran que los nacidos bajo el signo de Libra han de ser banqueros, y hay muchas provincias que los desconocen. Luego es necesario que confiesen o que en éstos falló el signo o que no tuvo en modo alguno efecto fatal.

Además, en el país de los persas y de los francos, los reyes se suceden por generación, y ¿quién podrá contar cuántos de servil condición nacen en los mismos momentos de hora y tiempo en que éstos han nacido?, y, sin embargo, los hijos de los reyes, nacidos bajo la misma estrella que los siervos, escalan el trono, mientras que los siervos, nacidos al mismo tiempo, mueren en la servidumbre.

Hemos dicho brevemente esto acerca de la estrella por que no pareciera que dejábamos sin contradecir la estulticia de los matemáticos.

6. Y bien, los Magos ofrecen oro, incienso y mirra. El oro, en verdad, corresponde al Rey; incienso se pone en el sacrificio de Dios; con mirra se embalsaman los cuerpos de los muertos. De manera que los Magos a aquel Niño a quien adoran, también con sus místicos dones le predican: en el oro, como Rey; en el incienso, como Dios, y en la mirra, como mortal.

En cambio, hay algunos herejes que le creen Dios, pero no creen que reina en todas partes; éstos, sin duda, le ofrecen incienso, pero no quieren ofrecerle también oro; hay otros que le consideran como Rey, pero niegan que sea Dios; éstos, en cambio, le ofrecen oro y no quieren ofrecerle incienso, y algunos hay que le ofrecen oro e incienso, mas no quieren ofrecer la mirra de la mortalidad asunta.

Nosotros, en contra, ofrecemos al Señor nacido oro y confesemos que El es el Rey del universo; ofrendémosle incienso, creyendo que El, que apareció en el tiempo, es Dios antes de todo tiempo; ofrezcámosle mirra, de suerte que, creyéndole impasible en su divinidad, creamos también que en nuestra carne fué pasible.

Aunque también pueden entenderse otras cosas en el oro, en el incienso y en la mirra. Porque en el oro se significa la sabiduría, conforme lo atestigua Salomón, que dice (Prov. 21,20): *Hay un tesoro inestimable en la boca del sabio.* En el incienso, que se quema en honor de Dios, se significa la virtud de la oración, como lo atestigua el Salmista, que dice (Ps. 140,2): *Ascienda mi oración ante tu acatamiento como el olor del incienso.* Según esto, ofrecemos oro al Rey nacido si brillamos en su presencia con la claridad de la celestial sabiduría; le ofrecemos incienso si con los santos propósitos de la oración quemamos los pensamientos carnales en el ara del corazón para poder exhalar ante Dios el suave aroma de los deseos celestiales; le ofrecemos mirra si por medio de la abstinencia mortificamos los vicios de la carne; pues corromperse la carne muerta es poner este cuerpo mortal al servicio de la molicie de la lujuria, conforme a lo que de algunos se dice por el profeta (Ioel 1,17): *Las bestias perecen en sus establos*—porque perecer las bestias en sus establos significa acabar su vida entre el hedor de la lujuria los hombres carnales—; luego ofrecemos mirra a Dios cuando con el adobo de la continencia preservamos de la putrefacción de la lujuria este cuerpo mortal.

7. Mas algo importante nos dan a entender los Magos con volverse a su región por otro camino, pues seguramente que en eso que, advertidos, hacen, nos indican lo que nosotros debemos hacer.

En efecto, nuestra patria es el paraíso, al cual, una vez conocido Jesús, se nos prohibe volver por el camino por donde de allí hemos salido. Y pues nos hemos apartado de nuestra patria, ensoberbeciéndonos, desobedeciendo, siguiendo lo visible, gustando el manjar prohibido, forzoso es que volvamos llorando humildes, obedeciendo, despreciando lo visible y refrenando el apetito de la carne. Así regresaremos por otro camino a nuestra región; porque los que nos ausentamos de los gozos del paraíso por los placeres, tornamos a ellos por los lamentos.

De ahí es necesario, hermanos míos, que, siempre temerosos y con recelo, tengamos presente en nuestro corazón, de un lado, las culpas cometidas, y de otro, el rigor del último juicio. Pensemos cuán severo vendrá el Juez que amenaza con el juicio y está oculto, que pretende atemorizar a los pecadores y, sin embargo, los sufre, y que retarda el venir más pronto precisamente para que halle menos que condenar. Castiguemos nosotros con el llanto las culpas y, con el Salmista (Ps. 94,2), *corramos a presentarnos ante su acatamiento, dándole gracias.* No nos engañe ningún mentiroso placer; ninguna vana alegría nos seduzca, pues cercano está el Juez, que dice (Lc. 6,25): *¡Ay de vosotros los que ahora reís, porque os lamentaréis y lloraréis!;* que por eso Salomón dice (Prov. 14,13): *Mezclada anda la risa con el llanto; el término del gozo es el dolor;* y, por lo mismo, otra vez dice (Eccl. 2,2): *Tuve a la risa por desvarío, y dije al gozo: ¡Cuán vanamente te engañas!* De ahí que en otro lugar dice (Eccl. 7,5): *El corazón de los sabios está donde hay tristeza, y el corazón de los necios, donde hay diversión.*

Por tanto, temamos mucho los designios del Señor, si de veras celebramos la solemnidad del día; porque a Dios le es grato el sacrificio de la aflicción, conforme lo asegura el Salmista, que dice (Ps. 50,19): *El espíritu compungido es el sacrificio para Dios* más grato.

Nuestros pecados pretéritos fueron borrados en la recepción del bautismo, y, con todo, hemos cometido muchos después del bautismo. Pero ya no podemos lavarnos otra vez con el agua bautismal. Por consiguiente, ya que después del bautismo hemos manchado el alma, bauticemos con lágrimas nuestras conciencias, de suerte que, volviendo por otro camino a nuestra región los que de ella nos apartamos por deleitarnos en los placeres, a ella tornemos amargados por la aflicción, con la ayuda del Señor, etc.

HOMILIA XI

(Dirigida al pueblo en la basílica de Santa Inés el día de su natalicio.)

Lección del santo Evangelio según San Mateo (13,44-52)

En aquel tiempo, Jesús propuso a sus discípulos la siguiente parábola: Es semejante el reino de los cielos a un tesoro escondido en el campo, que, si lo halla un hombre, lo encubre y, gozoso del hallazgo, va y vende todo cuanto posee y compra aquel campo. El reino de los cielos es asimismo semejante a un mercader que trata en perlas finas, y, viniéndole a las manos una de gran valor, va y vende todo cuanto tiene, y la compra. También es semejante el reino de los cielos a una red barredera, que, echada en el mar, allega todo género de peces. La cual en estando llena, sácanla los pescadores, y sentados en la orilla van escogiendo los buenos y los meten en sus cestos, y arrojan los de mala calidad. Así sucederá al fin del siglo: saldrán los ángeles y separarán a los malos de entre los justos. Y arrojarlos han en el horno de fuego. Allí será el llanto y el crujir de dientes. ¿Habéis entendido bien todas estas cosas? Sí, Señor, le respondieron. Y El añadió: Por eso todo doctor, instruído en lo que respecta al reino de los cielos, es semejante a un padre de familia que va sacando de su repuesto cosas nuevas y cosas antiguas.

1. Hermanos carísimos, se dice que el reino de los cielos es semejante a las cosas terrenas precisamente para que el alma, desde estas cosas que conoce, se eleve a las invisibles que no conoce, para que por el ejemplo de las visibles sea arrastrada a las invisibles y, como excitada por las cosas que con el uso aprendió, se enardezca, a fin de que por esto conocido que sabe amar aprenda también a amar lo desconocido.

Ved, pues, que el reino de los cielos se compara a un tesoro escondido en un campo, el cual tesoro mantiene oculto el hombre que lo ha descubierto, y para apoderarse de él, lleno de gozo, va, vende todo cuanto tiene y compra aquel campo.

Hay que notar también aquí que el tesoro descubierto se mantiene oculto para que esté guardado; pues no logra guardar de los malignos espíritus sus ansias del cielo quien no las substrae a las humanas alabanzas. Y es que en la vida presente nos hallamos como de camino, por el cual marchamos a la patria; y los espíritus malignos, como ciertos ladronzuelos, acechan nuestro viaje. Por consiguiente, quien lleva descubierto su tesoro por el camino, es que quiere que se lo roben.

Y digo esto, no para que los prójimos no vean nuestras buenas obras, puesto que escrito está (Mt. 5,16): *Vean vuestras obras y glorifiquen a vuestro Padre celestial;* sino para que, por esto que hacemos, no pretendamos alabanzas de afuera. Sea, pues, nuestra obra pública, pero de modo que la intención permanezca oculta, y así, con la buena obra, ofrezcamos buen ejemplo a los prójimos, y, sin embargo, que la intención que tenemos de agradar a solo Dios quede secreta.

Pues bien, el tesoro es el deseo celestial; el campo en que se esconde el tesoro es la disciplina del deseo celestial; el que, vendiendo todas las cosas, compra este campo, es, sin duda, quien, renunciando a todos los placeres por la observancia de la disciplina del deseo celestial, no hace caso de sus deseos terrenos, de modo que ya no le place nada que halague a la carne, ni se espanta su espíritu de nada que atormente la vida carnal.

2. Se dice, además, que el reino de los cielos es semejante a un hombre mercader que busca buenas piedras preciosas, el cual halla una de gran valor y que, una vez hallada, vendiéndolo todo, la compra; porque quien hubiera conocido perfectamente, en cuanto ello es posible, la dulcedumbre de la vida celestial, gustosamente abandona todo lo que había amado en la tierra; en su comparación resultan viles todas las cosas; deja lo que posee, reparte lo que había allegado; el alma se encandila en las cosas celestiales; nada terreno le place; tiene por feo cuanto le parecía hermoso en la tierra, porque en su mente sólo refulge la claridad de la preciosa margarita. Acerca del amor de la cual se dice bien por Salomón (Cant. 8,6): *El amor es fuerte como la muerte*, porque, en verdad, así como la muerte acaba con la vida del cuerpo, el amor de la vida eterna acaba con el amor de las cosas corporales, y a quien le absorbiera plenamente, le hace como insensible exteriormente a los deseos terrenos.

En efecto, Santa Inés, cuyo natalicio celebramos hoy, no habría podido morir por Dios en el cuerpo si antes no hubiera muerto en el alma a los bienes terrenos; porque su espíritu habíase elevado a la cumbre de la virtud, despreció los tormentos, pisoteó los premios; ante los reyes y presidentes armados, mantúvose invicta, más fuerte que el verdugo, más sublime que el juez.

¿Qué decimos ante esto nosotros, hombres barbados y, sin embargo, débiles, que vemos a las niñas ir al cielo a través del hierro; nosotros, a quienes domina la ira, hincha la soberbia, perturba la ambición y mancha la lujuria; nosotros, que, ya que no podemos alcanzar el reino de los cielos por la violencia de las persecuciones,

eso mismo nos afrenta más, el que no queremos seguir a Dios al menos cuando tenemos paz? Vedlo, en este tiempo a ninguno de nosotros dice Dios: «Muere por mí», sino solamente: «Mata en ti los deseos ilícitos». Luego, si en tiempo de paz no queremos reprimir los apetitos de la carne, ¿cómo daremos esa misma carne por Dios en tiempo de persecución?

4. Otra vez se dice que el reino de Dios es semejante a una red barredera echada en el mar y que recoge toda clase de peces, la cual, una vez llena, se saca a la orilla, y los peces buenos son seleccionados en los cestos, y los malos son arrojados fuera. La santa Iglesia se compara a una red barredera, porque está encomendada a pescadores y por ella quienquiera es traído desde las ondas del presente siglo al reino eterno para que no se sumerja en las profundidades de la muerte eterna. La cual red recoge toda clase de peces, porque llama al perdón de los pecados a los sabios y a los ignorantes, a los libres y a los esclavos, a los ricos y a los pobres, a los poderosos y a los débiles. Por eso dice a Dios el Salmista (Ps. 64,3): *A ti vendrán todos los mortales.* Red, esto es, Iglesia, que se llenará del todo cuando dentro de ella se acoja lo último del género humano; sacan la red y se sientan a la orilla, porque, como el mar es figura del siglo, así la orilla del mar figura el fin del siglo, en cuyo fin, cierto es, los peces buenos son colocados en los cestos y los malos son arrojados fuera, porque también los que son elegidos son recibidos en las mansiones eternas, y los réprobos, perdida la luz del reino interior, son arrojados a las tinieblas exteriores.

Ahora, pues, la red de la fe nos recoge a todos, buenos y malos, como peces entremezclados en común; pero la orilla da a conocer lo que traía la red de la santa Iglesia. Sólo que los peces que fueren capturados no pueden mudarse, pero nosotros somos recogidos malos y somos trocados en buenos. Meditemos, por tanto, para ser capturados de modo que no seamos separados en la orilla.

Ved cuán agradable es para nosotros la solemnidad de hoy; así que no se pierde poco aquel a quien aconteciera faltar a este concurso nuestro; pues ¿qué habrá de suceder en aquel día a quien es arrojado de la presencia del Juez y separado de la compañía de los justos, al que queda en tinieblas privado de luz y es abrasado en el fuego eterno?

Por eso también el Señor brevemente pone de manifiesto esta comparación, cuando agrega: *Así sucederá al fin del siglo: saldrán los ángeles y separarán a los malos de entre los justos. Y arrojarlos han en el horno de fuego. Allí será el llanto y el crujir de dientes.* Esto ya, hermanos carísimos, más bien que exponer, se debe temer, ya que con expresión clara se han anunciado los tormentos de los que pecan, para que nadie alegue excusa de su ignorancia si se dijera algo confusamente acerca del eterno suplicio.

Por eso también se añade: *¿Habéis entendido bien todos estas cosas? Sí, Señor, le respondieron.*

5. Y por conclusión se agrega: *Por eso todo doctor instruído*

en lo que respecta al reino de los cielos es semejante a un padre de familias que va sacando de su repuesto cosas nuevas y cosas antiguas.

Si por lo que se llama nuevo y antiguo entendemos el uno y el otro Testamento, negamos que hubiera sido docto Abrahán, quien, aunque conoció los hechos del Antiguo y Nuevo Testamento, pero no publicó sus palabras; ni podemos declarar semejante al docto padre de familias a Moisés, que, si bien enseñó el Antiguo Testamrnto, pero no anunció las palabras del Nuevo. Por tanto, desechando esta inteligencia, tenemos que acudir a otra.

Pues bien, en esto que la Verdad dice: *Todo doctor instruído en lo que respecta al reino de los cielos,* puede entenderse que hablaba no de los presentes, sino de los que podían pertenecer a la Iglesia; los cuales anuncian lo nuevo y lo antiguo cuando con sus palabras y costumbres dan a conocer lo que enseñan ambos Testamentos.

Y también puede entenderse esto de otra manera; porque lo antiguo del género humano fué descender al seno del infierno y sufrir por sus pecados los suplicios eternos; mas por la venida del Mediador se le agregó algo nuevo, a saber: que pueda penetrar en el reino de los cielos, si procura vivir aquí rectamente, y que el hombre nacido en la tierra muera a esta vida corruptible para ser colocado en el cielo; y así lo antiguo es que el género humano sufra pena eterna por la culpa, y lo nuevo, que, convertido, viva en el reino. Según esto, lo que dice el Señor al fin de su locución es lo mismo que dijo al principio; pues primero habló de la semejanza del reino celestial con el tesoro hallado y con la preciosa margarita, después narró las penas del infierno, consistentes en el abrasarse de los malos, y al fin añadió: *Por eso todo doctor instruído en el reino de los cielos es semejante a un padre de familias que va sacando de su repuesto cosas nuevas y cosas antiguas;* como si claramente dijera: Es predicador docto en la santa Iglesia aquel que sabe predicar lo nuevo de la dulcedumbre del reino y lo antiguo del terror del suplicio, para que aquellos a quienes no atraen los premios los atemoricen las penas.

Oiga, pues, cada uno lo que del reino debe amar; oiga lo que del castigo debe temer, para que al alma perezosa y fuertemente apegada a lo terreno, si no la atrae el amor del reino, al menos el temor la conmine; pues ved aquí lo que acerca del infierno se expresa: *Allí será el llanto y el crujir de dientes.*

Por consiguiente, puesto que a los goces presentes siguen lamentos eternos, huíd ahora, hermanos carísimos, la vana alegría, si teméis llorar allí, ya que nadie puede gozar aquí con el mundo y reinar allí con Cristo; así que reprimid aquí la insegura alegría temporal, refrenad los placeres de la carne; cuanto del presente siglo halaga al ánimo, amárguelo la consideración del fuego eterno; cuanto de pueril sonríe al alma, reprímalo la severidad de una vigorosa disciplina, a fin de que, huyendo voluntariamente de lo tem-

poral, consigáis los gozos eternos sin dolor, con la gracia de nuestro Señor Jesucristo, Dios, que vive y reina por todos los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA XII

(Dirigida al pueblo en la basílica de Santa Inés el día de su natalicio.)

Lección del santo Evangelio según San Mateo (25,1-13)

En aquel tiempo propuso Jesús a sus discípulos la siguiente parábola: Entonces el reino de los cielos será semejante a diez vírgenes que, tomando sus lámparas, salieron a recibir al esposo y a la esposa. De las cuales, cinco eran necias y cinco prudentes. Pero las cinco necias, al coger sus lámparas, no se proveyeron de aceite; al contrario, las prudentes, junto con las lámparas, llevaron aceite en sus vasijas. Como el esposo tardase en venir, se adormecieron todas y al fin se durmieron. Mas, llegada la medianoche, se oyó una voz que gritaba: Mirad que viene el esposo, salid a su encuentro. Al punto se levantaron todas aquellas vírgenes y aderezaron sus lámparas. Entonces las necias dijeron a las prudentes: Dadnos de vuestro aceite, porque nuestras lámparas se apagan. Respondieron las prudentes, diciendo: No sea que este que tenemos no baste para nosotras y para vosotras; mejor es que vayáis a los que lo venden y compréis lo que os falta. Mientras iban éstas a comprarlo, vino el esposo; y las que estaban preparadas entraron con él a las bodas y se cerró la puerta. Al cabo vinieron también las otras vírgenes, diciendo: Señor, Señor, ábrenos. Pero él respondió y dijo: En verdad os digo que yo no os conozco. Así que velad por vosotros, ya que no sabéis ni el día ni la hora.

1. Frecuentemente os recomiendo, hermanos carísimos, que huyáis de las malas obras y que evitéis el mancillaros con este mundo; mas la lección que hoy nos ofrece el Evangelio me impele a decir que con la mayor cautela temáis de las cosas buenas que hacéis, para que no pretendáis por ellas el favor o gracia de los hombres, no sea que se adueñe del alma el apetito de la alabanza y quede interiormente vacío de recompensa lo bueno que aparece al exterior.

He aquí, según dice el Redentor, diez vírgenes; todas son llamadas vírgenes y, sin embargo, no todas fueron admitidas en la bienaventuranza; porque algunas de ellas, con gloriarse exteriormente de su virginidad, no quisieron tener óleo en sus lámparas.

Pero antes debemos averiguar qué sea el reino de los cielos, por qué se le compara a diez vírgenes y también a quiénes se llama vírgenes prudentes y a quiénes necias.

Constando que ningún réprobo entra en el reino de los cielos, ¿cómo es que se le dice semejante también a las vírgenes necias? Mas debemos saber que en la Sagrada Escritura con frecuencia se llama reino de los cielos a la Iglesia del tiempo presente; reino del

cual en otro lugar dice el Señor (Mt. 13,41): *Enviará el Hijo del hombre a sus ángeles y quitarán de su reino todos los escándalos*, y cierto es que en el reino de la bienaventuranza, morada de la paz suprema, no puede haber escándalos que quitar; y por eso otra vez dice (Mt. 5,19): *El que violare uno de estos mandamientos, por mínimo que sea, y enseñare a los hombres, será tenido por mínimo en el reino de los cielos; pero el que los guardare y enseñare, ése será tenido por grande en el reino de los cielos;* ahora bien, quebranta el mandamiento y enseña quienquiera que no cumple con su vida lo que predica con la palabra; pero este que no quiere cumplir con sus obras lo que enseña, no logra llegar al reino de los cielos; ¿cómo, pues, será en él tenido por mínimo aquel a quien ni siquiera entrar se le permite? Luego, en esta sentencia, ¿qué significa el reino de los cielos sino la Iglesia presente? En la cual el doctor que violare un mandamiento es tenido por mínimo, porque la predicación de quien tiene vida despreciable, consiguientemente es despreciada.

Cada cual tiene cinco sentidos corporales; mas, duplicado el número cinco, completa una decena; y como la multitud de fieles está compuesta de uno y otro sexo, de ahí se exhibe a la santa Iglesia como semejante a diez vírgenes.

Y rectamente se la presenta como semejante a las vírgenes prudentes y necias, porque en ella están mezclados buenos y malos, y réprobos con elegidos.

Hay, pues, muchos continentes que se guardan de apetecer cosas exteriores y por la esperanza son arrebatados a las interiores; mortifican la carne y con todo su deseo suspiran por la patria celeste; desean con ansia los premios eternos y no quieren recibir por sus trabajos alabanzas de los hombres. Estos ciertamente no ponen su gloria en lo que dicen los hombres, sino que la guardan dentro de su conciencia.

Hay también muchos que afligen su cuerpo con la abstinencia, pero de esa misma abstinencia suya solicitan favores humanos; se dedican a enseñar, dan muchas cosas a los indigentes; pero en realidad son vírgenes necias, porque sólo buscan la retribución de la alabanza transitoria; que por eso también se agrega oportunamente: *Pero las cinco necias, al coger sus lámparas, no se proveyeron de óleo; al contrario, las prudentes, junto con las lámparas, llevaron óleo en sus vasijas.*

Ahora bien, por el óleo se significa el brillo de la gloria; y los vasos representan nuestros corazones, en los cuales llevamos todo lo que pensamos. Por consiguiente, las prudentes llevan óleo en sus vasos, porque mantienen dentro de la conciencia el brillo de la gloria, conforme lo afirma San Pablo, que dice (2 Cor. 1,12): *Porque toda nuestra gloria consiste en el testimonio que nos da la conciencia;* y las vírgenes necias no llevan óleo consigo, porque, como buscan su gloria en los aplausos de los prójimos, no la hacen consistir en el testimonio de su conciencia.

Y es de notar que todas tienen lámparas, mas no todas tienen óleo; porque generalmente también los réprobos, como los elegidos,

muestran obras de suyo buenas; pero solamente llegan al Esposo con óleo los que guardan interiormente la gloria de lo que hicieron exteriormente; de ahí que también por el Salmista se dice de la Iglesia de los elegidos (Ps. 4,14): *En el interior está la principal gloria de la hija del Rey.*

2. *Como el Esposo tardase en venir, se adormecieron todas y al fin se durmieron;* porque, como el Juez tarda en venir al último juicio, los elegidos, igual que los réprobos, se adormecen en el sueño de la muerte: que dormir es morir; pero adormecerse antes del sueño es languidecer en la salud antes de la muerte, pues con la fuerza de la enfermedad se llega al sueño de la muerte.

Mas, llegada la medianoche, se oyó una voz que gritaba: Mirad que viene el esposo, salid a su encuentro. [3.] A medianoche se grita: Que viene el esposo, porque el día del juicio llega tan ocultamente que no puede preverse cuándo viene; por eso está escrito (1 Thess. 5,2): *Como el ladrón de noche, así vendrá el día del Señor.*

Entonces se levantan todas las vírgenes, porque tanto los elegidos como los réprobos son despertados del sueño de la muerte. Aderezan sus lámparas, porque van repasando consigo sus obras por las que esperan recibir la bienaventuranza. Pero las lámparas de las vírgenes necias se apagan, porque sus obras, que al exterior habían aparecido brillantes ante los hombres, interiormente están obscurecidas ante el Juez; y no logran de Dios la retribución, porque ya recibieron por ellas las alabanzas de los hombres, que era lo que pretendieron.

¿Y qué significa el que entonces piden óleo a las prudentes sino que a la venida del Juez, como se encuentran interiormente vacías, buscan por fuera testimonio, cual si, decepcionadas en su confianza, dijeran a sus prójimos: Ya que veis que somos rechazadas como si no tuviéramos obras, decid vosotros lo que de nuestras obras habéis visto?

Pero las vírgenes prudentes responden, diciendo: *No sea que este que tenemos no baste para nosotras y para vosotras;* pues en aquel día—y en esto me refiero a algunos que descansan en la paz de la Iglesia—, apenas si cada uno bastará para prueba de sí mismo, cuanto menos para sí y para el prójimo.

Por eso, como increpándolas, en seguida añaden: *Mejor es que vayáis a los que lo venden y compréis lo que os falta.* Ahora bien, vendedores de óleo son los aduladores; por tanto, los que por cualquier favor recibido ofrecen con sus vanas alabanzas el brillo de la gloria, obran como si venden óleo; óleo del que con razón dice el Salmista (Ps. 140,5): *Nunca llegará a ungir mi cabeza el óleo del pecador.* Y como la cabeza es nuestro miembro principal, con la denominación de cabeza se designa el alma, que es la que rige el cuerpo. Por tanto, el óleo del pecador unge la cabeza cuando el aplauso del adulador halaga al alma.

Mientras iban éstas a comprarlo, vino el esposo; porque, mientras andan buscando en los prójimos el testimonio de su vida,

viene el Juez, que es testigo, no sólo de las obras, sino hasta de lo oculto en el corazón.

Y las que estaban preparadas entraron con él a las bodas, y se cerró la puerta. [4.] ¡Oh si pudiera saborear el corazón cuán admirable es esto que se dice: *Vino el Esposo;* y qué dulce: *Entraron con El a las bodas;* y qué amargo: *Y se cerró la puerta!* En efecto, viene Aquel que con su venida conmueve los elementos y en cuya presencia se estremecen el cielo y la tierra; que por eso dice también el profeta (Agg. 2,22): *Yo pondré en movimiento a un tiempo el cielo y la tierra;* al examen del cual será llevado todo el género humano, a quien, para castigar a los malos y premiar a los buenos, prestan servicio los arcángeles, los tronos, los principados y las dominaciones.

Considerad, hermanos carísimos, ¡qué terror habrá en aquel día ante la vista del Juez, cuando ya no tendrá remedio el castigo! ¡Cuál será la confusión de aquel a quien, por merecerlo su culpa, le acontezca quedar avergonzado ante aquella congregación de ángeles y de hombres! ¡Qué pavor causará, además, el ver airado a Aquel a quien ni siquiera aplacado puede contemplar el alma humana! Día del que, considerándole bien, dice el profeta (Soph. 1, 15): *Día de ira aquél, día de tribulación y de congoja, día de calamidad y de miseria, día de tinieblas y de obscuridad, día de nublados y de tempestades, día del sonido de la trompeta y del clarín.*

Pensad, por tanto, hermanos carísimos, cuánta sería la severidad que el profeta vió caer amarga, en el día del juicio, sobre el corazón de los réprobos, cuando no acaba de explicarlo con tantas expresiones.

En cambio, ¡cuánta será entonces la alegría de los elegidos, que merecen gozar la vista de Aquel ante cuya presencia ven que todos los elementos se estremecen, y entrar a la par con El a las bodas! Estos gozan, sí, de las bodas del Esposo, pero, además, ellos son también la esposa, porque en aquel tálamo del Rey eterno Dios se junta a nuestra visión; visión que ya, ciertamente y para siempre, jamás será separada de los brazos de su amor.

Entonces estará cerrada para los que lloran la puerta que ahora se abre a diario para los penitentes; porque también habrá entonces penitencia, mas ya no será fructuosa, pues no hallará entonces perdón quien ahora pierde el tiempo apto para conseguirlo; que por eso dice San Pablo (2 Cor. 6,2): *Llegado es ahora el tiempo favorable, llegado es ahora el día de la salvación;* y por eso el profeta dice (Is. 55,6): *Buscad al Señor mientras puede ser hallado; invocadle mientras está cerca.* [5.] Y también por lo mismo el Señor no oye a esas vírgenes necias que le invocan, porque, una vez cerrada la puerta del reino, ya no estará propicio aquel que ahora podía estarlo para escuchar.

Se añade, pues: *Al cabo vinieron también las otras vírgenes, diciendo: Señor, Señor, ábrenos. Pero él respondió y dijo: En verdad os digo que yo no os conozco.* Allí ya no puede merecer de Dios lo que pide quien aquí no quiso atender a lo que mandó, porque

quien ha desperdiciado el tiempo de la oportuna penitencia, en vano viene con ruegos a las puertas del reino; que por eso es por lo que el Señor dice por Salomón (Prov. 1,24-28): *Estuve yo llamando, y vosotros no respondisteis; os alargué mi mano, y ninguno se dió por entendido; menospreciasteis todos mis consejos, y ningún caso hicisteis de mis reprensiones. Yo también miraré con risa vuestra perdición y me mofaré de vosotros cuando os sobrevenga lo que temíais. Cuando de improviso os asalte la calamidad y la muerte se os arroje encima como un torbellino; cuando os acometa la tribulación y la angustia, entonces me invocarán los impíos, y no los oiré; madrugarán a buscarme, y no me hallarán.*

Vedlas: claman que se las abra, e impulsadas por el dolor de su repulsa, una y otra vez llaman al Señor, diciendo: *Señor, Señor, ábrenos.* Ofrendan ruegos, mas no son conocidas, porque el Señor entonces abandona como desconocidos a los que no reconoce ahora como suyos por el mérito de la vida.

6. Por lo cual también se agrega oportunamente una recomendación general para los discípulos, cuando dice: *Así que velad vosotros, ya que no sabéis el día ni la hora.* Y es porque, como Dios acepta la penitencia después del pecado, si uno supiera en qué tiempo habría de salir de este mundo, podría destinar parte del tiempo a los placeres y la otra parte a la penitencia; pero quien ha prometido perdonar al penitente, no ha prometido al pecador el día de mañana. Por consiguiente, debemos temer siempre el último día, el cual jamás podemos prever. He aquí aquel día aceptable de que hablábamos; le hemos recibido para estimularnos a la conversión, y, con todo, rehusamos llorar los males que hemos hecho; y no sólo no lloramos lo ya cometido, sino que además aumentamos los que debemos llorar. Mas si de pronto nos asalta alguna enfermedad, si los síntomas de la enfermedad anuncian la muerte próxima, pedimos que se nos alargue la vida para llorar nuestros pecados, y pedimos con el más ardiente deseo esas treguas que cuando las tuvimos las estimamos por nada.

7. Os voy a referir, hermanos carísimos, un suceso de cuya consideración saldrá vivamente edificada vuestra caridad, si quiere escuchar atenta.

Hubo en la provincia Valeria un varón noble llamado Crisaorio, a quien el pueblo llamaba vulgarmente Crisorio, varón muy rico, pero tan lleno de vicios como de riquezas, hinchado de soberbia, entregado a las voluptuosidades de su carne, ardiendo en llamas de avaricia por adquirir riquezas; pero, habiendo dispuesto el Señor poner fin a tantos males, le hirió con una enfermedad corporal, según lo que oí a cierto varón religioso pariente suyo, que todavía vive.

Este hombre, llegado ya a su fin, a la misma hora en que había de salir de su cuerpo, abiertos los ojos, vió unos espantosos y negrísimos espíritus puestos delante de él y que le amenazaban vivamente con arrastrarle a las profundidades del infierno. Comenzó a estremecerse, a palidecer, a sudar y pedir a grandes voces tre-

guas; y a un hijo suyo llamado Máximo—a quien yo, siendo monje, vi de monje—con grandes y turbados clamores llamarle, diciendo: Máximo, corre; Máximo, corre; nunca te hice mal alguno; a ti me confío. Turbado Máximo, se presentó al instante; llorando y alborotando, reunióse la familia. Ellos no podían ver aquellos espíritus malignos que él soportaba insistentes en amenazarle terriblemente; pero conocían su presencia por la confusión, palidez y temblor de él, que era llevado. Despavorido ante la espantosa figura de ellos, volvíase de uno a otro lado del lecho; se echaba del lado izquierdo, no podía tolerar su vista; volvíase a la pared y allí se presentaban. Por demás acorralado, desesperado ya de poder desenredarse, comenzó a gritar a grandes voces, diciendo: Treguas siquiera hasta mañana, treguas siquiera hasta mañana. Pero cuando esto gritaba, en medio de sus mismas voces, fué arrancado de la morada de su carne. Del cual consta ciertamente que fué por nosotros, no por él, por lo que vió estas cosas; para que la visión suya aproveche a vosotros, a quienes la divina paciencia espera longánime; puesto que el haber visto antes de morir aquellos espantosos espíritus y el haber pedido treguas, ¿qué aprovechó a quien no recibió las treguas que pedía?

Así que, hermanos carísimos, pensemos nosotros ahora con cuidado estas cosas y no perdamos en vano el tiempo ni solicitemos vivir para obrar bien cuando ya nos veamos impelidos a salir del cuerpo.

Acordaos de lo que dice el Señor (Mt. 24,20): *Rogad, pues, que vuestra huída no sea en invierno o en sábado.* En efecto, la Ley prohibe caminar muy lejos en sábado, y también el invierno impide andar, porque el entorpecimiento del frío contiene los pasos de los que andan; por eso dice: *Rogad que vuestra huída no sea en invierno o en sábado,* que es como si claramente dijera: Ved que no pretendáis dejar los pecados cuando ya no es lícito huir. Luego ahora que se puede, debe meditarse aquel tiempo en que no se puede huir. Siempre se debe tener presente la hora de nuestra salida; siempre debemos tener ante los ojos del alma este consejo de nuestro Redentor: *Así que velad vosotros, ya que no sabéis el día ni la hora.*

HOMILIA XIII

(Dirigida al pueblo en la basílica de San Félix el día de su natalicio.)

Lección del santo Evangelio según San Lucas (12,35-40)

En aquel tiempo dijo Jesús a sus discípulos: Estad con vuestras ropas ceñidas a la cintura y tened en vuestras manos las luces ya encendidas. Sed semejantes a los criados que aguardan a su amo cuando vuelve de las bodas, a fin de abrirle prontamente luego que llegue y llame a la puerta. Dichosos aquellos siervos a los cuales el amo, al venir, encuentra así velando. En verdad os digo que, arregazándose él su vestido, los hará sentar a la mesa y se pondrá a servir-

les. Y si viene a la segunda vela o viene a la tercera y los halla así prontos, dichosos son tales criados. Tened esto por cierto: que, si el padre de familias supiera a qué hora había de venir el ladrón, estaría ciertamente velando y no dejaría que le horadasen su casa. Así vosotros, estad siempre prevenidos, porque a la hora que menos pensáis vendrá el Hijo del hombre.

1. Bien clara es, hermanos carísimos, la lección del santo Evangelio que se ha recitado; mas, por si a algunos esa misma claridad acaso les pareciere profunda, la recorreremos brevemente, de manera que su exposición lleguen a conocerla los que la ignoran y, con todo, no se haga pesada a los que la conocen.

Que la lujuria en los varones se significa por los lomos lo atestigua el Señor, que, hablando del diablo al santo Job, dice (Iob 40,11): *Su fortaleza está en los lomos.* Por tanto, refiriéndose al sexo principal, con el nombre de lomos se designa la lujuria cuando el Señor dice: *Tened ceñidos vuestros lomos.* Ceñidos, pues, los lomos cuando refrenamos la lujuria con la continencia.

Mas, como es cosa de menos no hacer mal, si no procura uno además esforzarse en obrar el bien, en seguida añade: *Y tened en vuestras manos las luces ya encendidas;* porque tenemos en nuestras manos las luces ya encendidas cuando por las buenas obras mostramos a los prójimos ejemplos de virtud. De las cuales obras dice justamente el Señor (Mt. 5,16): *Brille así vuestra luz ante los hombres, de manera que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre, que está en los cielos.*

Dos son, pues, las cosas que se mandan: ceñir los lomos y tener encendidas las luces, con el fin de que en el cuerpo haya la pureza de la castidad y en las obras la luz de la verdad; porque a nuestro Redentor no le puede agradar de ningún modo lo uno sin lo otro; ni el bien obrar de quien no deja todavía las manchas de la lujuria, ni la brillante castidad de quien no se ejercita en obrar el bien. Por consiguiente, ni la castidad es gran cosa sin las buenas obras, ni la obra buena vale cosa sin la castidad. [2.] Y todavía, cuando ambas cosas se practican, resta el que éste, quienquiera que sea, ponga su esperanza en la vida eterna y que se preserve de los vicios, mas no únicamente por honestidad humana; y, si acaso alguna vez principia algunas buenas obras por esta honestidad, no debe perseverar en esa intención ni buscar la gloria de este mundo por las buenas obras, sino poner toda su esperanza en la venida de su Redentor.

Por eso a continuación se añade: *Sed semejantes a los criados que aguardan a su amo cuando vuelve de las bodas.* En efecto, el Señor marchó a las bodas, porque, resucitando de entre los muertos y subiendo a los cielos, el hombre nuevo asoció a sí la celeste muchedumbre de los ángeles. El cual entonces vuelve cuando ya se nos manifieste para el juicio.

3. Justamente, pues, se añade, refiriéndose a los criados que esperan: *A fin de abrirle prontamente luego que llegue y llame a la*

puerta; porque el Señor llega cuando se acerca para juzgar, y llama cuando ya, por las molestias de la enfermedad, deja entender que la muerte está próxima. Al cual abrimos prontamente cuando le recibimos con amor; no quiere, pues, abrir al Juez que llama quien tiembla salir del cuerpo y se asusta de ver como Juez a quien se acuerda de haber despreciado; pero quien está firme y seguro en su esperanza y en sus obras, en seguida abre al que llama, porque soporta alegre el juicio, y, cuando llega el tiempo de la muerte cercana, se goza de la retribución de la gloria. De ahí que en seguida añade: *Dichosos aquellos siervos a los cuales el amo al venir encuentre así velando.*

Vela quien tiene abiertos los ojos del entendimiento para ver la luz verdadera; vela quien obra en conformidad con lo que cree; vela quien ahuyenta de sí las tinieblas del sopor y de la negligencia: que por eso dice San Pablo (1 Cor. 15,34): *Estad alerta, ¡oh justos!, y guardaos del pecado;* y, por lo mismo, en otro lugar dice (Rom. 13,11): *Ya es hora de despertarnos de nuestro letargo.*

4. Pero oigamos ya lo que dice que hará el Señor a los criados vigilantes cuando venga: *En verdad os digo que, arregazándose él su vestido, los hará sentar a la mesa y de paso se pondrá a servirlos.* Se arregazará el vestido, esto es, se dispondrá a recompensarlos; y los hará sentar a la mesa, es decir, los confortará con el descanso eterno, pues nuestro estar a la mesa o asentamiento es descansar en el reino; que por eso en otra parte dice el Señor (Mt. 8,11): *Vendrán y estarán a la mesa con Abrahán, Isaac y Jacob;* además, el Señor se pondrá a servirlos, porque nos sacia con la ilustración de su luz. Y se ha dicho *de paso,* o sea, cuando del juicio vuelve al reino, o bien, el Señor pasa para nosotros después del juicio, porque eleva nuestra humanidad a la contemplación de su divinidad. También pasar es llevarnos a la contemplación de su claridad cuando después del juicio vemos la divinidad de aquel cuya humanidad hemos visto en el juicio, ya que, cuando venga al juicio, se mostrará a todos en la forma de siervo, pues escrito está (Io. 19,37 e Is. 26): *Dirigirán sus ojos hacia aquel a quien traspasaron.* Pero, cuando los réprobos se precipitan en los suplicios, los justos son llevados a la gloria de su claridad, conforme a lo que está escrito (Is. 26,10): *Sea quitado de delante el impío, para que no vea la gloria de Dios.*

5. Mas ¿qué sucede si los criados son negligentes en la primera vigilia? Como la primera vigilia significa la guarda de la edad primera, pues no hay que desesperar por eso ni dejar de obrar bien, ya que el Señor, insinuando su longánime paciencia, añade: *Y si viene a la segunda vela o viene a la tercera y los halla así prontos, dichosos son tales criados.* En efecto, la primera vela es el primer tiempo, o sea la niñez; la segunda es la adolescencia o la juventud, que, según la autoridad de la Sagrada Escritura, son una misma cosa, conforme dice Salomón (Eccl. 11): *Alégrate, ¡oh joven!, en tu adolescencia;* y la tercera se toma por la enectud.

Por consiguiente, quien no ha querido vigilar en la primera vela, vigile en la segunda; esto es, quien descuidó convertirse de sus maldades en la niñez, esté vigilante al menos en el tiempo de la juventud; y quien no quiso vigilar en la segunda, no desperdicie los remedios de la tercera vela; esto es, que quien no vigila sus caminos en la juventud, se corrija siquiera en la ancianidad.

Considerad, hermanos carísimos, que la piedad de Dios ha puesto cerco a nuestra dureza; ninguna excusa puede hallar ya el hombre. Dios es despreciado, y aguarda; ve que no se le ha hecho caso, y vuelve a llamar; se siente injuriado con su desprecio, y, no obstante, promete premiar a los que en cualquier tiempo se conviertan; mas nadie desprecie esta longanimidad suya, porque tanto más severa será su justicia en el juicio cuanto más larga paciencia concedió antes del juicio; que por eso dice San Pablo (Rom. 2,4): *¿No reparas que la bondad de Dios te está llamando a la penitencia? Tú, en cambio, con tu dureza y corazón impenitente vas atesorándote ira para el día de la venganza y de la manifestación del justo juicio de Dios.* He ahí por qué el Salmista dice (Ps. 7,12): *Dios, justo juez, fuerte y sufrido.* Con razón, antes de decir *sufrido*, adelantó *justo*, para que repares en que también juzga severamente ese a quien ves que soporta con larga paciencia los pecados de los delincuentes. Por eso el Sabio dice (Eccli. 5,4): *El Altísimo, aunque paciente, da el pago merecido.* Le llama *paciente* y *pagador*, porque aguanta los pecados de los hombres y también les da su merecido; pues a los que aguanta por mucho tiempo para que se conviertan, si no se convierten, los castiga con mayor dureza.

Además, para sacudir la desidia de nuestra alma, también por una semejanza se ponen delante los castigos exteriores, a fin de que, por temor a ellos, el alma se despierte y se vigile, pues se dice: *Tened esto por cierto: que, si el padre de familias supiese a qué hora había de venir el ladrón, estaría ciertamente velando y no dejaría que le horadasen la casa.* De la cual semejanza, puesta como premisa, se deduce también la exhortación: *Así vosotros estad siempre prevenidos, porque a la hora que menos pensáis vendrá el Hijo del hombre.*

En efecto, el ladrón horada la casa sin que se dé cuenta el padre de familias, porque, mientras el espíritu duerme y no vigila, la muerte, viniendo de improviso, irrumpe en la habitación de nuestro cuerpo y da muerte al señor de la casa a quien halla dormido; cuando, pues, el espíritu no prevé en modo alguno los castigos futuros, la muerte le arrastra al suplicio sin que se dé cuenta. Resistiría al ladrón si estuviera vigilante, porque, previniendo la venida del Juez, que ocultamente arrebata al alma, saldría a su encuentro por medio de la penitencia para no morir impenitente.

6. Nuestro Señor ha querido que nos fuera desconocida la última hora, precisamente para que siempre podamos sospechar que llega; de manera que, por lo mismo que podemos preverla, nos dispongamos de continuo para ella.

Por tanto, hermanos míos, fijad los ojos del alma en la condición de vuestra mortalidad; disponeos cada día con lágrimas y lamentos a la venida del Juez; y, puesto que es cosa cierta que todos hemos de morir, no queráis echar cuentas con una providencia incierta de la vida temporal. No os agobie el cuidado de las cosas de la tierra, pues por muchos montones de oro y de plata con que se rodee la carne y por muchos y preciosos vestidos con que se cubra, ¿qué otra cosa es sino carne? No atendáis, pues, a lo que tenéis, sino a lo que sois. Y ¿queréis oír lo que sois? El profeta lo indica cuando dice (Is. 40,6): *Toda carne es heno.* Y si toda carne no fuera heno, ¿dónde están aquellos que el año pasado celebraron con nosotros el natalicio de San Félix, que hoy estamos celebrando nosotros? ¡Oh, cuántas y cuáles providencias discurrían para la vida presente, pero, con arrebatarlos de improviso la hora de la muerte, se hallaron con lo que no habían previsto, y perdieron de una vez todo lo temporal congregado, y que les parecía poseer de modo permanente! Luego, si toda la pasada multitud del género humano, que al nacer estuvo vigoroso en la carne, después de la muerte se ha convertido en polvo seco, fué como heno.

Así, pues, ya que las horas huyen por instantes, obrad, hermanos carísimos, de modo que sirvan para recompensa de las buenas obras. Oíd lo que dice el sabio Salomón (Eccl. 9,10): *Todo cuanto pudieres hacer de bueno, hazlo sin perder tiempo, puesto que ni obra, ni pensamiento, ni sabiduría, ni ciencia ha lugar en el sepulcro, hacia el cual vas corriendo.*

En fin, puesto que ignoramos en qué tiempo vendrá la muerte y después de la muerte ya no podemos obrar, resta que aprovechemos con afán el tiempo que se nos concede; que así, así es como, cuando viene, se triunfa de la muerte: si antes de que venga se la teme siempre.

HOMILIA XIV

(Dirigida al pueblo en la basílica de San Pedro Apóstol la primera domínica después de la octava de Pascua.)

Lección del santo Evangelio según San Juan (10,11-16)

Yo soy el buen pastor. El buen pastor sacrifica su vida por sus ovejas. Pero el mercenario y el que no es el pastor, de quien no son propias las ovejas, en viendo venir al lobo, desampara las ovejas y huye; y el lobo las arrebata y dispersa el rebaño. El mercenario huye, por la razón de que es asalariado y no tiene interés alguno en las ovejas. Yo soy el buen pastor, y conozco mis ovejas, y las ovejas me conocen a mí. Así como el Padre me conoce a mí, así yo conozco a mi Padre; y yo doy mi vida por mis ovejas. Tengo otras ovejas que no son de este aprisco, las cuales debo yo recoger, y oirán mi voz, y se hará un solo rebaño y un solo pastor.

1. En la lección del santo Evangelio habéis oído lo que es vuestra instrucción; habéis oído también en la lección del santo

Evangelio cuál es nuestro riesgo. Vedlo aquí: Aquel que, no por gracia accidental, sino por esencia es bueno, dice: *Yo soy el buen pastor;* y añade en qué consiste su bondad, que nosotros debemos imitar, cuando dice: *El buen pastor sacrifica su vida por sus ovejas.*

El hizo lo que aconsejó, El puso en práctica lo que mandó. Pastor bueno, dió su vida por sus ovejas, para dar en nuestro sacramento su cuerpo, y derramar su sangre, y saciar con el alimento de su carne a las ovejas que había redimido. Ya se nos ha manifestado el camino del desprecio de la muerte, el cual debemos seguir nosotros; se nos ha dado la norma a la cual debemos conformarnos.

Para nosotros, lo primero es emplear misericordiosamente nuestros bienes exteriores en las ovejas de El; pero lo último, si fuera necesario, ofrendar hasta la vida por las mismas ovejas. Desde aquel mínimo principio se llega hasta este último extremo.

Ahora bien, siendo el alma, por la cual vivimos, incomparablemente mucho mejor que los bienes terrenos que exteriormente poseemos, quien no da por las ovejas sus bienes, ¿cuándo dará por ellas su vida? Pues hay algunos que, por amar sus bienes más que a las ovejas, con razón pierden el nombre de *pastor.* Acerca de los cuales en seguida se añade: *Pero el mercenario y el que no es pastor, de quien no son propias las ovejas, en viendo venir al lobo, desampara las ovejas y huye.* [2.] No se llama *pastor,* sino *mercenario,* a quien apacienta las ovejas del Señor no por amor íntimo, sino por las ganancias temporales. En efecto, es mercenario quien ocupa, sí, el puesto del pastor, pero no busca las ganancias de las almas; quien codicia las comodidades de la tierra, goza con el honor de la prelatura, se apacienta con las ganancias temporales y se alegra de la reverencia que le tributan los hombres; porque éstas son las recompensas del mercenario: que encuentre aquí lo que busca por lo que trabaja en su gobierno y después quede extrañado de la heredad del Rey.

Mas, en verdad, no puede conocerse si uno es pastor o mercenario mientras falte la ocasión oportuna; porque en tiempo normal generalmente el mercenario también atiende al cuidado de la grey, como el pastor; pero, cuando viene el lobo, da a conocer con qué disposición de ánimo estaba uno guardando las ovejas.

Ahora bien, el lobo viene sobre las ovejas cuando cualquier injusto o raptor oprime a los que son fieles y humildes; y el que parecía ser pastor y no lo era, desampara las ovejas y huye, porque, como teme verse envuelto por él en algún peligro, no se atreve a oponerse a su injusticia. Huye, mas no cambiando de puesto, sino substrayendo el amparo; huye, porque ha visto la injusticia y calló; huye, porque se esconde bajo el silencio. A los cuales se dice justamente por el profeta (Ez. 13,5): *Vosotros no habéis hecho frente ni os habéis opuesto, como muro, a favor de la casa de Israel para sostener la pelea en el día del Señor;* porque *hacer frente* es contradecir libremente con la razón a cualquiera potestad que obra perversamente, y sostenemos la pelea en el día del Señor por la casa

de Israel y nos oponemos como muro cuando con la autoridad de la justicia defendemos a los fieles inocentes contra la injusticia de los perversos. Por no hacer lo cual, el mercenario huye cuando viene el lobo.

3. Pero hay otro lobo que a diario sin cesar desgarra, no ya los cuerpos, sino las almas, es a saber, el espíritu maligno que acecha alrededor de los apriscos de los fieles y busca dar muerte a las almas. Lobo del cual se agrega a continuación: *Y el lobo las arrebata y disgrega el rebaño*. Viene el lobo, y el mercenario huye, porque el espíritu maligno desgarra en la tentación las almas de los fieles, y el que ocupa el puesto del pastor no tiene cuidado solícito: las almas perecen, y él se alegra de los beneficios terrenos.

El lobo arrebata y dispersa las ovejas cuando al uno le lleva a la lujuria, al otro le inflama en la avaricia, a éste le hincha con la soberbia, a ése le separa por la ira, a aquél le seduce con la envidia y al otro le suplanta con el engaño. Luego, cuando el diablo mata con las tentaciones al pueblo fiel, es como que el lobo dispersa el rebaño. Mas, contra todo esto, el mercenario no se enciende en celo alguno, no se mueve con algún fervor de la caridad, porque, como sólo busca las ganancias exteriores, sobrelleva negligente los daños interiores de la grey. Por eso también a continuación se añade: *El mercenario huye, porque es asalariado y no tiene interés alguno en las ovejas*. Esta es la sola razón de que el mercenario huya: que es mercenario. Como si claramente dijera: No puede mantenerse firme ante el peligro de las ovejas el que está al frente de ellas, no porque las ama, sino porque busca la ganancia temporal; pues, cuando acepta el honor, a la vez que se alegra de las ventajas temporales, teme hacer frente al peligro, para no perder lo que apetece.

Mas porque nuestro Redentor conoció las culpas del pastor fingido, de nuevo puso de manifiesto la norma a que debíamos conformarnos, diciendo: *Yo soy el buen pastor;* y agrega: *Y conozco mis ovejas*, esto es, las amo. *Y mis ovejas me conocen a mí*. Como si claramente dijera: Me siguen con solicitud, pues quien no ama la verdad, es que todavía no la conoce.

4. Ahora bien, puesto que ya conocéis nuestro peligro, deducid también de las palabras del Señor el peligro vuestro, hermanos carísimos. Ved si sois ovejas suyas, ved si le conocéis a El, ved si conocéis la luz de la verdad. Si le conocéis, no digo por la fe, sino por el amor; si le conocéis, no digo por las creencias, sino por las obras; porque esto que El mismo dice lo atestigua San Juan Evangelista, diciendo (1 Io. 2,4): *Quien dice que conoce a Dios y no guarda sus mandamientos, es un mentiroso y la verdad no está con él*. Por lo mismo, en este lugar el Señor añade en seguida: *Así como el Padre me conoce a mí, así yo conozco al Padre; y yo doy mi vida por mis ovejas*. Como si claramente dijera: En esto consta que yo conozco al Padre y que soy conocido del Padre, en que doy mi vida por mis ovejas; esto es, en el amor con que muero por mis ovejas manifiesto cuánto amo al Padre.

Mas, como había venido a redimir, no sólo a la Judea, sino también a la gentilidad, añade: *Tengo otras ovejas que no son de este aprisco, las cuales debo yo recoger, y oirán mi voz y se hará un solo rebaño y un solo pastor.* Cuando el Señor decía que debía recoger otras ovejas, había visto la redención nuestra, la de los que procedemos de la gentilidad. Y esto a diario estáis viendo que sucede, hermanos carísimos; esto, que los gentiles son reconciliados, lo estáis viendo realizado hoy. Hoy, cómo de dos rebaños se hace un solo redil, porque junta en una sola fe al pueblo judío y al gentil, como lo atestigua San Pablo (Eph. 2,14): *El es la paz nuestra, el que de los dos pueblos, judío y gentil, ha hecho uno.* Cuando, pues, elige para la vida eterna a los sencillos de uno y otro pueblo, lleva a su propio redil las ovejas. [5.] De las cuales, en efecto, dice otra vez (Io. 10): *Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y ellas me siguen, y yo las doy la vida eterna.* De las cuales también dice poco antes (v.9): *El que por mí entrare, se salvará, y entrará y saldrá sin tropiezos, y hallará pastos.* Entrará, efectivamente, a la fe, y de la fe saldrá a la visión; de la fe, a la contemplación; mas los pastos los hallarán en la refección eterna. Las ovejas, pues, hallarán pastos, porque quienquiera que le sigue con sencillo corazón, se nutre con el alimento de eterno verdor.

Ahora bien, ¿cuáles son los pastos de estas ovejas sino los gozos internos del paraíso siempre nuevo?, porque los pastos de los elegidos son ver cara a cara a Dios, y como se le ve sin defecto, el alma se sacia sin fin con este alimento vital. En estos pastos se han regocijado de la hartura eterna los que ya han evadido los lazos de la temporal voluptuosidad.

Allí los coros angélicos que cantan himnos; allí la compañía de los ciudadanos del cielo; allí la dulce alegría de los que vuelven del trabajo tristes de esta peregrinación; allí los coros de los previdentes profetas; allí el justo número de los apóstoles; allí el victorioso ejército de innumerables mártires, tanto más gozosos allí cuanto aquí más cruelmente atormentados; allí los varones fieles a los que no logró quebrantar en su firmeza viril la voluptuosidad del siglo; allí las mujeres santas que sobrepujaron al siglo y al sexo; allí los niños que aquí se adelantaron en las costumbres a sus años; allí los ancianos a quienes la edad tornó débiles, pero no los abandonó la fortaleza en las obras.

6. Busquemos, pues, hermanos carísimos, estos pastos en los que disfrutemos con la alegría de tales ciudadanos. El júbilo mismo de los que se alegran nos está invitando. ¡Ah! Ciertamente que, si en alguna parte el pueblo celebrase ferias, si concurriera a la dedicación de alguna iglesia, una vez anunciada la solemnidad, todos a una nos apresuraríamos a ser del concurso, y cada cual haría lo posible por estar presente; creeríase afectado por un grave perjuicio si no presenciara la solemnidad de la común alegría. Pues he aquí que en los cielos se celebra la fiesta de los ciudadanos elegidos; todos a su vez se congratulan de sí mismos en su junta; y, no obstante, nosotros, tibios en el amor de la eternidad, no ardemos en

deseo alguno, no pretendemos estar presentes a tan gran solemnidad, nos privamos de aquellos gozos y estamos alegres. ¡Ea!, hermanos; inflámese nuestro ánimo, avívese la fe en aquello que creemos, enciéndanse nuestros deseos por lo de arriba, y amar así, ya es ir. No haya obstáculo que nos impida el gozo de la interior solemnidad, pues tampoco aspereza alguna del camino hace cambiar de propósito a quien desea llegar a un lugar determinado. No nos seduzca prosperidad alguna halagadora, pues necio es el viajero que, por contemplar los prados amenos del camino, se olvida de seguir a donde se proponía.

¡Ea!, suspire con todas las ganas el ánimo por la patria eterna; nada de este mundo apetezca, pues cierto es que muy pronto lo tiene que dejar, a fin de que, siendo en verdad ovejas del Pastor del cielo y no poniendo nuestro gozo en lo del camino, seamos, a la llegada, saciados con los pastos eternos por la gracia de nuestro Señor Jesucristo, Dios, que vive y reina con el Padre, en unidad del Espíritu Santo, por todos los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA XV

(Dirigida al pueblo en la basílica de San Pedro Apóstol en la Sexagésima.)

Lección del santo Evangelio según San Lucas (8,4-15)

En ocasión de un grandísimo concurso de gentes que de las ciudades acudían a El presurosas, dijo Jesús esta parábola: Salió un sembrador a sembrar su semilla; y al esparcirla, parte cayó a lo largo del camino, donde fué pisoteada y la comieron las aves del cielo; parte cayó sobre un pedregal, y, luego que nació, secóse por falta de humedad; parte cayó entre espinas, y, creciendo al mismo tiempo las espinas con ella, sofocáronla; parte cayó en buena tierra, y, habiendo nacido, dió fruto a ciento por uno. Dicho esto, exclamó en alta voz: El que tenga oídos para escuchar, atienda. Preguntábanle sus discípulos cuál era el sentido de esta parábola. A los cuales respondió: A vosotros se os ha concedido el entender el misterio del reino de Dios, mientras a los demás en parábolas; de modo que viendo no echen de ver y oyendo no entiendan. Ahora bien, el sentido de la parábola es éste: la semilla es la palabra de Dios. Los granos sembrados a lo largo del camino significan aquellos que la escuchan, sí, pero viene luego el diablo y se la saca del corazón para que no crean y se salven. Los sembrados en un pedregal son aquellos que, oída la palabra, la reciben, sí, con gozo; pero no echa raíces en ellos; y así creen por una temporada y al tiempo de la tentación vuelven atrás. La semilla caída entre espinas son los que la escucharon, pero, con los cuidados y las riquezas y delicias de la vida, al cabo la sofocan y nunca llega a dar fruto. En fin, la que cae en buena tierra, denota aquellos que, con un corazón bueno y muy sano, oyen la palabra de Dios y la conservan y mediante la paciencia dan fruto sazonado.

1. La lección del santo Evangelio que ahora, hermanos carísimos, acabáis de oír, no requiere exposición, sino exhortación; que no debe la fragilidad humana atreverse a poner en discusión lo que la Verdad ha expuesto por sí misma.

Ahora que en esa misma exposición del Señor hay algo que nosotros debemos meditar cuidadosamente; pues si nosotros os dijéramos que la semilla significa la palabra, y el campo el mundo, y las aves los demonios, y las espinas las riquezas, tal vez dudaríais si creernos. He ahí también por qué el mismo Señor se dignó exponer lo que decía, para que aprendáis, además, a buscar la significación de las cosas que no quiso exponer por sí mismo. Así que, con exponer lo que había dicho, puso de manifiesto que hablaba en figura, y nos acredita de acertados cuando nuestra fragilidad os aclara lo que significan sus palabras. Pues ¿quién me creería jamás si yo quisiera interpretar las espinas por las riquezas, máxime cuando aquéllas punzan y éstas deleitan? Y, sin embargo, espinas son, porque con las punzadas de su pensamiento lastiman el alma, y cuando la arrastran hasta el pecado, como que la ensangrientan, hiriéndola. Riquezas a las que en esta ocasión, como lo afirma otro evangelista (Mt. 13), el Señor las llama, no simplemente *riquezas*, sino *engañadoras riquezas;* pues engañadoras son las que no pueden permanecer con nosotros mucho tiempo, engañadoras son las que no acaban con la pobreza de nuestra alma. Que sólo son verdaderas riquezas las que nos hacen ricos en virtudes. Por consiguiente, hermanos carísimos, si deseáis ser ricos, amad las riquezas verdaderas; si pretendéis las alturas del honor verdadero, aspirad al reino celestial; si amáis la gloria de las dignidades, apresuraos a inscribiros en aquella suprema corte de los ángeles.

2. Conservad en vuestra alma las palabras de Dios que percibís por el oído, pues la palabra de Dios es alimento del alma; y cuando la palabra que se ha oído no se retiene en el estómago de la memoria, es como el alimento ingerido que, por debilidad del estómago, es rechazado; y pues no hay esperanza de que viva quien no retiene los alimentos, temed, por tanto, estar en peligro de muerte eterna si, aunque recibáis el alimento de la santa exhortación, pero no retenéis en la memoria las palabras de vida, esto es, el alimento de la santidad.

Ya lo estáis viendo: todo lo que hacéis pasa, y cada día, queráis o no queráis, corréis apresurados sin cesar un momento hacia el juicio final. ¿Por qué, pues, se ama lo que hay que abandonar? ¿Por qué no se atiende al fin a donde se va? Recordad lo que se dice: *El que tenga oídos para oír, atienda;* y como todos cuantos allí estaban presentes tenían oídos corporales, el que a todos los que tienen oídos dice: *El que tenga oídos para escuchar, atienda,* sin duda requiere a los oídos del alma. Procurad, pues, que la palabra recibida permanezca en el corazón. Cuidad de que la semilla no caiga a lo largo del camino, no sea que el espíritu maligno venga y quite de la memoria la palabra.

Cuidad de que no reciba la semilla la tierra pedregosa y que dé fruto de buenas obras, pero sin raíces de perseverancia, porque a muchos agrada lo que oyen, proponen comenzar buenas obras, pero, apenas principian a molestarlos las contrariedades, abandonan lo comenzado. Porque la tierra pedregosa no tuvo humedad, lo que había germinado, no lo conservó perseverante hasta producir fruto. Pues así sucede a muchos; cuando oyen predicar contra la avaricia, detestan la avaricia y aplauden el desprecio de todas las cosas; pero, en cuanto el ánimo ve lo que apetece, se olvidan de lo que alababan; muchos, cuando oyen predicar contra la lujuria, no sólo apetecen no profanar la carne, sino que se avergüenzan de lo que han perpetrado; pero apenas se presenta a su vista una hermosura carnal, se dejan arrastrar el alma por los malos deseos, de tal modo cual si todavía no hubiera hecho propósito alguno contra esos mismos deseos, y obra lo que debía condenar quien, cuando se acordó de lo que había hecho, él mismo lo condenó. También muchas veces lloramos las culpas, y, no obstante, después del llanto, tornamos a cometer las mismas culpas. Así Balaam, al contemplar los campamentos del pueblo de Israel, lloró y rogó ser semejante a ellos en la muerte, diciendo (Num. 23,10): *¡Ojalá pueda yo lograr el morir como los justos y que sea mi fin semejante al suyo!*; pero, apenas pasó el tiempo de la compunción, se dejó abrasar por la avaricia, pues, atento a los dones prometidos, dió consejos para la devastación de aquel pueblo al cual deseó parecerse en la muerte, y olvidó lo que había llorado por no querer apagar el fuego de la avaricia, que estaba vivo.

3. Mas es de notar que, en su exposición, el Señor dice que los cuidados y las riquezas y las delicias sofocan la palabra. Y la sofocan porque con sus importunos pensamientos oprimen la garganta del alma, y como no dejan que llegue al corazón el buen deseo, es igual que si cierran el paso al aire vital.

También es de notar que son dos las cosas que junta a las riquezas, a saber, los cuidados y las delicias; pues, en efecto, con los cuidados agobian al alma y con la abundancia la enervan; así que a sus poseedores, por modo contrario, los afligen y los hacen lúbricos; ahora que como las delicias no pueden compaginarse con la aflicción, a un tiempo los afligen con la solicitud por su guarda y a otro tiempo con la abundancia estimulan a los placeres.

4. Ahora bien, la tierra buena da fruto sazonado mediante la paciencia, porque, ciertamente, nada son las cosas buenas que hacemos si, además, no toleramos ecuánimes las malas de los prójimos; pues cuanto más alto uno subiere en perfección, tanto más duras cosas que soportar halla en este mundo; porque a medida que nuestra alma va perdiendo el amor al presente siglo, aumenta la contrariedad del mismo siglo, que por eso es por lo que vemos a muchos hacer obras buenas y, no obstante, estar oprimidos con el grave peso de las tribulaciones; que abandonan ya los deseos terrenos y, con todo, se ven atormentados con más duros golpes. Ahora que, según la palabra del Señor, dan fruto sazonado mediante

la paciencia, porque, soportando con humildad los golpes, tras de ellos son maravillosamente llevados al descanso; así es pisoteada la uva, y se trueca en sabroso líquido de vino; así la oliva, exprimida a fuerza de golpes, pierde su amargor y se torna en craso licor de aceite; así en la era, mediante la trilla, los granos sepáranse de la paja y llegan limpios al granero.

Por consiguiente, quien quiera vencer totalmente los vicios ponga cuidado en soportar humildemente los golpes de su purificación, para que llegue después tanto más puro ante el Juez cuanto más le purga ahora de la inmundicia el fuego de la tribulación.

5. En aquel pórtico que está abierto a los que van a la iglesia de San Clemente, hubo un cierto Sérvulo de nombre, a quien muchos de vosotros habéis conocido, como yo, pobre en bienes, pero rico en méritos, al cual había deshecho una larga enfermedad, pues desde niño hasta el fin de su vida yacía paralítico. ¿Para qué voy a decir que no podía tenerse en pie quien jamás pudo levantarse del lecho, ni siquiera para sentarse? Nunca pudo llevar su mano a la boca, nunca pudo volverse del otro lado. Asistíanle la madre y un hermano, y cuanto lograba recibir de limosna, todo lo entregaba por mano de ellos a los pobres. Nunca aprendió a leer, pero habíase procurado libros de la Sagrada Escritura y, dando hospitalidad a ciertos religiosos, hacía que sin interrupción los leyeran en su presencia, con lo que resultó que, en la medida a él correspondiente, aprendió bien la Sagrada Escritura, con ignorar del todo, como he dicho, las letras. En medio del dolor procuraba siempre dar gracias a Dios, y día y noche ocupábase en cantarle himnos y alabanzas. Mas, llegado ya el tiempo en que debía recompensarse su tan grande paciencia, el dolor de los miembros penetró hasta las entrañas. Cuando se conoció próximo a la muerte, a los varones peregrinos y recibidos en hospitalidad aconsejó que se levantaran y cantaran salmos con él, en espera de su partida; y cuando con ellos, él mismo, moribundo, aún cantaba, de pronto reprimió las voces de los cantores con miedo de cantar mal, diciendo: ¡Callad! ¿Acaso no oís cuántas alabanzas resuenan en el cielo? Y, como aplicase el oído del corazón a las laudes que interiormente oía, aquella alma santa se desprendió del cuerpo; mas, después de haber ella salido, esparcióse allí tal fragancia, que todos los presentes llenáronse de una agradable suavidad; de manera que por esto conocieron claramente que con aquellos cánticos que él había oído, habíanle recibido en el cielo. A lo cual hallóse presente un monje nuestro, que aún vive, y suele confirmar con grande llanto que hasta que llevaron su cuerpo a la sepultura no desapareció la fragancia de aquel olor. He ahí con qué fin salió de esta vida quien en ella soportó paciente las tribulaciones. Por consiguiente, conforme a la palabra del Señor, mediante la paciencia, dió fruto sazonado la tierra buena, la cual, quebrantada con el arado de la disciplina, llegó a dar sazonada la mies de la remuneración.

Pero considerad, hermanos carísimos, yo os lo ruego, ¿qué razón para excusarnos en aquel severo juicio tendremos nosotros, que

somos perezosos para obrar bien, habiendo recibido pies y manos, cuando éste, pobre y sin manos, pudo cumplir los preceptos del Señor? ¿No nos argüirá el Señor, presentándonos, ora los apóstoles, que, predicando, llevaron consigo al reino multitud de fieles; ora los mártires, que llegaron a la patria celestial derramando su sangre? ¿Qué diremos entonces nosotros cuando veamos a este Sérvulo, de quien hemos hablado, a quien tan larga enfermedad paralizó sus brazos y, no obstante, no los paralizó para obrar el bien?

Considerad todo esto, hermanos, dentro de vosotros mismos, y estimulaos a procurar obrar bien, de tal manera que, proponiéndoos ahora imitar a los buenos, podáis después ser participantes de su suerte, con la gracia de nuestro Señor Jesucristo, etc.

HOMILIA XVI

(Dirigida al pueblo en la basílica de San Juan, llamada Constantiniana, en la domínica primera de Cuaresma.)

Lección del santo Evangelio según San Mateo (4,1-11)

En aquella sazón, Jesús fué conducido del Espíritu al desierto para que fuese tentado por el diablo. Y después de haber ayunado cuarenta días con cuarenta noches, tuvo hambre. Entonces, acercándose el tentador, le dijo: Si eres el Hijo de Dios, di que esas piedras se conviertan en pan. Mas Jesús le respondió: No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios. Después de esto le transportó el diablo a la santa ciudad y le puso sobre lo alto del templo, y le dijo: Si eres el Hijo de Dios, échate de aquí abajo, pues está escrito que te ha encomendado a sus ángeles, los cuales te tomarán en sus manos para que tu pie no tropiece contra alguna piedra. Replicóle Jesús: También está escrito: No tentarás al Señor tu Dios. Todavía le subió el diablo a un monte muy encumbrado, y mostróle todos los reinos del mundo y la gloria de ellos, y le dijo: Todas estas cosas te daré si, postrándote delante de mí, me adorares. Respondióle entonces Jesús: Apártate de ahí, Satanás, porque está escrito: Adorarás al Señor Dios tuyo y a El solo servirás. Con eso le dejó el diablo, y he aquí que se acercaron los ángeles y le servían.

1. Suelen algunos dudar sobre qué espíritu fué el que llevó a Jesús al desierto, a causa de que luego se añade: *Le transportó el diablo a la ciudad santa*, y después: *Le subió el diablo a un monte muy encumbrado;* pero en realidad, y sin cuestión alguna, comúnmente se conviene en creer que fué llevado al desierto por el Espíritu Santo; de manera que su Espíritu le llevaría allí donde le hallaría el espíritu maligno para tentarle.

Mas he aquí que la mente se resiste a creer y los oídos humanos se asombran cuando oyen decir que Dios Hombre fué transportado por el diablo, ora a un monte muy encumbrado, ora a la ciudad

santa. Cosas, no obstante, que conocemos no ser increíbles si reflexionamos sobre ello y sobre otros sucesos.

Es cierto que el diablo es cabeza de todos los inicuos y que todos los inicuos son miembros de tal cabeza. Pues qué, ¿no fué miembro del diablo Pilatos? ¿No fueron miembros del diablo los judíos que persiguieron a Cristo y los soldados que lo crucificaron? ¿Qué extraño es, por tanto, que permitiera ser transportado al monte por aquel a cuyos miembros permitió también que le crucificaran?

No es, pues, indigno de nuestro Redentor, que había venido a que le dieran muerte, el querer ser tentado; antes bien, justo era que, como había venido a vencer nuestra muerte con la suya, así venciera con sus tentaciones las nuestras.

Debemos, pues, saber que la tentación se produce de tres maneras: por sugestión, por delectación y por consentimiento. Nosotros, cuando somos tentados, comúnmente nos deslizamos en la delectación y también hasta el consentimiento, porque, engendrados en el pecado, llevamos además con nosotros el campo donde soportar los combates. Pero Dios, que, hecho carne en el seno de la Virgen, había venido al mundo sin pecado, nada contrario soportaba en sí mismo. Pudo, por tanto, ser tentado por sugestión, pero la delectación del pecado ni rozó siquiera su alma; y así, toda aquella tentación diabólica fué exterior, no de dentro.

2. Ahora bien, mirando atentos al orden en que procede en El la tentación, debemos ponderar lo grande que es el salir nosotros ilesos de la tentación.

El antiguo enemigo dirigióse altivo contra el primer hombre, nuestro padre, con tres tentaciones; pues le tentó con la gula, con la vanagloria y con la avaricia; y tentándole le venció, porque él se sometió con el consentimiento. En efecto, le tentó con la gula cuando le mostró el fruto del árbol prohibido y le aconsejó comerle. Le tentó con la vanagloria cuando dijo: *Seréis como dioses.* Y le tentó con la avaricia cuando dijo: *Sabedores del bien y del mal;* pues hay avaricia no sólo de dinero, sino también de grandeza; porque propiamente se llama avaricia cuando se apetece una excesiva grandeza; pues, si no perteneciera a la avaricia la usurpación del honor, no diría San Pablo refiriéndose al Hijo unigénito de Dios (Phil. 2,6): *No tuvo por usurpación el ser igual a Dios.* Y con esto fué con lo que el diablo sedujo a nuestro padre a la soberbia, con estimularle a la avaricia de grandezas.

3. Pero por los mismos modos por los que derrocó al primer hombre, por esos mismos modos quedó el tentador vencido por el segundo hombre. En efecto, le tienta por la gula, diciendo: *Di que esas piedras se conviertan en pan;* le tentó por la vanagloria cuando dijo: *Si eres el Hijo de Dios, échate de aquí abajo;* y le tentó por la avaricia de la grandeza cuando, mostrándole todos los reinos del mundo, le dijo: *Todas estas cosas te daré si, postrándote delante de mí, me adorares.* Mas, por los mismos modos por los que se gloriaba de haber vencido al primer hombre, es él vencido por el

segundo hombre, para que, por la misma puerta por la que se introdujo para dominarnos, por esa misma puerta saliera de nosotros aprisionado.

Pero en esta tentación del Señor hay, hermanos carísimos, una cosa que nosotros debemos considerar, y es que el Señor, tentado por el diablo, responde alegando los preceptos de la divina palabra, y El, que con esa misma Palabra, que era El, el Verbo divino, podía sumergir al tentador en los abismos, no ostenta la fuerza de su poder, sino que sólo profirió los preceptos de la Divina Escritura para ofrecernos por delante el ejemplo de su paciencia, a fin de que, cuantas veces sufrimos algo de parte de los hombres malos, más bien que a la venganza, nos estimulemos a practicar la doctrina.

Ponderad, os ruego, cuán grande es la paciencia de Dios y cuán grande es nuestra impaciencia. Nosotros, cuando somos provocados con injurias o con algún daño, excitados por el furor, o nos vengamos cuanto podemos, o amenazamos lo que no podemos. Ved cómo el Señor soportó la contrariedad del diablo y nada le respondió sino palabras de mansedumbre: soporta lo que podía castigar, para que redundase en mayor alabanza suya el que vencía a su enemigo, sufriéndole por entonces y no aniquilándole.

4. Es de notar lo que sigue: que, habiéndose retirado el diablo, los ángeles le servían (a Jesús). ¿Qué otra cosa se declara aquí sino las dos naturalezas de una sola persona, puesto que simultáneamente es hombre, a quien el diablo tienta, y el mismo es Dios, a quien los ángeles sirven? Reconozcamos, pues, en El nuestra naturaleza, puesto que, si el diablo no hubiera visto en El al hombre, no le tentara; y adoremos en El su divinidad, porque, si ante todo no fuera Dios, tampoco los ángeles en modo alguno le servirían.

5. Ahora bien, como la lección coincide en estos días en que hemos oído referir el ayuno de nuestro Redentor por espacio de cuarenta días, ya que también nosotros incoamos el tiempo de Cuaresma, debemos examinar por qué esta abstinencia se guarda durante cuarenta días. Y hallamos que Moisés, para recibir la Ley la segunda vez, ayunó cuarenta días; Elías ayunó en el desierto cuarenta días; el mismo Creador de los hombres, cuando vino a los hombres, durante cuarenta días no tomó en absoluto alimento alguno. Procuremos también nosotros, en cuanto nos sea posible, mortificar nuestra carne por la abstinencia durante el tiempo cuaresmal de cada año.

¿Por qué también se observa el número cuarenta sino porque la virtud del Decálogo se completa por los cuatro libros del santo Evangelio? Pues como el número diez, multiplicado por cuatro, suma cuarenta, así, cuando observamos los cuatro evangelios, entonces cumplimos perfectamente los preceptos del Decálogo.

También esto puede entenderse en otro sentido: este cuerpo mortal está compuesto de cuatro elementos, y por las concupiscencias de este mismo cuerpo nos oponemos a los preceptos del Señor, y los preceptos del Señor están consignados en el Decálogo; luego, ya que por las concupiscencias de la carne hemos despreciado

los preceptos del Decálogo, justo es que mortifiquemos esa misma carne cuatro veces diez veces.

Aunque también esto del tiempo cuaresmal puede entenderse de otro modo. Desde el día de hoy hasta la solemnidad pascual pasan seis semanas, que son cuarenta y dos días, de los cuales, como se substraen a la abstinencia los seis días del Señor, no quedan para la abstinencia más que treinta y seis días; ahora bien, como, de los trescientos sesenta y cinco días que tiene el año, nosotros nos castigamos durante treinta y seis días, resulta como que damos al Señor las décimas de nuestro año; de manera que nosotros, que vivimos para nosotros mismos el año recibido, en las décimas de él nos mortificamos con la abstinencia en obsequio de nuestro Creador. Por tanto, hermanos carísimos, así como en la Ley se manda ofrecer los diezmos de las cosas, esforzaos de igual modo en ofrecerle también los diezmos de los días.

Cada cual, conforme sus fuerzas lo consientan, atormente su carne y mortifique los apetitos de ella y dé muerte a las concupiscencias torpes para hacerse, como dice San Pablo, hostia viva. Porque la hostia se ofrece y está viva cuando el hombre ha renunciado a las cosas de esta vida y, no obstante, se siente importunado por los deseos carnales. La carne nos llevó a la culpa; tornémosla, pues, afligida, al perdón. El autor de nuestra muerte, comiendo el fruto del árbol prohibido, traspasó los preceptos de la vida; por consiguiente, los que por la comida perdimos los gozos del paraíso, levantémonos a ellos, en cuanto nos es posible, por la abstinencia.

6. Mas nadie crea que puede bastarle la sola abstinencia, puesto que el Señor dice por el profeta (Is. 58,6): *¿Acaso el ayuno que yo estimo no consiste más bien en esto?*; y agrega (v.7): *Que partas tu pan con el hambriento; y que a los pobres y a los que no tienen hogar los acojas en tu casa, y vistas al que veas desnudo, y no desprecies a tu propia carne.* Luego el ayuno que Dios aprueba es el que le ofrece una mano limosnera, el que se hace por amor del prójimo, el que está condimentado con la piedad. Da, pues, al prójimo aquello de que tú te privas, de modo que, de donde tu carne se mortifica, se alivie la carne del prójimo necesitado; que por eso dice el Señor por el profeta (Zach. 7,5): *Cuando ayunabais y plañíais..., ¿acaso ayunasteis por respeto mío? Y cuando comíais y bebíais, ¿acaso no lo hacíais mirando por vosotros mismos?* Come, pues, y bebe para sí quien toma para sí, sin atender a los indigentes, los alimentos corporales, que son dones comunes del Creador; y cada cual ayuna para sí cuando lo de que por algún tiempo se priva no lo da a los pobres, sino que lo reserva para ofrecerlo después a su cuerpo. De ahí lo que se dice por Joel: *Santificad el ayuno;* porque santificar el ayuno es ofrecer a Dios una digna abstinencia de la carne junto con otras obras buenas. Cese la ira; apláquense las disensiones, pues en vano se atormenta la carne si el alma no se reprime en sus malos deseos, puesto que el Señor dice por el profeta (Is. 58,3-5): *Es porque en el día de vuestro ayuno hacéis todo cuanto se os antoja,*

y ayunáis para seguir los pleitos y contiendas y herir con puñadas a otro sin piedad, y apremiáis a todos vuestros deudores.

Cierto que quien reclama de su deudor lo que le dió, nada injusto hace; pero digno es que quien se mortifica con la penitencia se prive también de lo que justamente le corresponde. Así, así es como a nosotros, afligidos y penitentes, perdona Dios lo que injustamente hemos hecho, si, por amor a El, perdonamos lo que justamente nos corresponde.

HOMILIA XVII

(Dirigida al pueblo en la basílica Lateranense.)

Lección del santo Evangelio según San Lucas (10,1-9)

En aquel tiempo eligió el Señor otros setenta y dos, a los cuales envió delante de El, de dos en dos, por todas las ciudades y lugares adonde había de venir El mismo. Y les decía: La mies, a la verdad, es mucha; mas los trabajadores, pocos. Rogad, pues, al dueño de la mies que envíe obreros a su mies. Id vosotros. He aquí que yo os envío a predicar como corderos entre lobos. No llevéis bolsillo, ni alforja, ni zapatos, ni os paréis a saludar a nadie por el camino. Al entrar en cualquiera casa, decid ante todas cosas: La paz sea en esta casa. Que si en ella hubiera algún hijo de la paz, descansará vuestra paz sobre él; donde no, volveráse a vosotros. Y perseverad en aquella misma casa comiendo y bebiendo de lo que tengan; pues el que trabaja merece su recompensa. No andéis pasando de casa en casa. En cualquiera ciudad que entrareis y os hospedaren, comed lo que os pusieren delante y curad los enfermos que en ella hubiere, y decidles: El reino de Dios está cerca de vosotros.

1. Hermanos carísimos, nuestro Señor y Salvador unas veces nos amonesta con las palabras y otras veces con las obras; pues sus obras preceptos son, porque, cuando calladamente hace algo, pone de manifiesto lo que nosotros debemos hacer.

He aquí que envía a los discípulos de dos en dos a predicar; porque dos son los preceptos de la caridad; a saber: el amor de Dios y el amor del prójimo; y menos que entre dos no puede haber caridad, pues de nadie se dice propiamente que se tiene caridad a sí mismo, sino que el amor, para que pueda ser caridad, tiende a otro. Pues bien, el Señor envía a sus discípulos de dos en dos a predicar, para insinuarnos tácitamente que quien no tiene caridad para con otro, no debe en modo alguno tomar el ministerio de la predicación.

2. Y rectamente se dice que los envió delante de El a todas las ciudades y lugares adonde El mismo había de ir, pues el Señor sigue a sus predicadores; porque la predicación va delante, y, cuando ya corren delante las palabras de la exhortación y mediante esto el alma recibe la verdad, entonces el Señor viene a habitar en nuestra mente; que por eso Isaías dice a los mismos predicadores (40,3):

Aderezad el camino del Señor, enderezad en la soledad las sendas de nuestro Dios; y por eso el Salmista dice a sus hijos (Ps. 67,5): *Allanad el camino al que sube sobre el occidente.*

El Señor, en efecto, sube sobre el occidente, porque precisamente sucumbiendo en la pasión manifestó, resucitando, su mayor gloria; es decir, sube sobre el occidente porque, resucitando, triunfó de la muerte que había soportado. Y allanamos el camino a este que sube sobre el occidente cuando nosotros predicamos su gloria a vuestras almas, para que luego El mismo, viniendo, las ilumine además con la presencia de su amor.

3. Mas oigamos lo que dice a los predicadores que envió: *La mies, en verdad, es mucha; mas los trabajadores, pocos. Rogad, pues, al dueño de la mies que envíe obreros a su mies.* Para la mies abundante son pocos los obreros—cosa que no podemos decir sin gran tristeza—; porque, si bien no faltan los que oyen las cosas buenas, pero faltan quienes las digan. Vedlo; el mundo está lleno de sacerdotes; pero, con todo, es muy difícil hallar un obrero en la mies del Señor, porque recibimos, sí, el oficio sacerdotal, pero no cumplimos el deber del oficio. Así que pensad, hermanos carísimos, y estad atentos a lo que se dice.

Rogad al dueño de la mies que envíe obreros a su mies. Vosotros rogad por nosotros para que podamos trabajar lo debido cerca de vosotros y no cese nuestra lengua en la exhortación, no sea que, después de haber recibido el puesto de predicar, nuestro silencio nos denuncie ante el justo Juez; que muchas veces la lengua se reprime por la propia maldad de los predicadores, sí, pero otras muchas veces, por culpa de los súbditos, sucede el que se substraiga la palabra de la predicación a los que presiden.

Efectivamente, la lengua se substrae por la propia maldad de los predicadores, conforme lo dice el Salmista (Ps. 49,16): *Al pecador le dijo Dios: ¿Cómo tú te metes a hablar de mis mandamientos?* Y también se substrae la palabra a los predicadores por culpa de los súbditos, conforme el Señor lo dijo a Ezequiel (Ez. 3,26): *Yo haré que tu lengua se pegue a tu paladar, de suerte que estés mudo y no seas ya un hombre que reprende; porque ella es una familia contumaz.* Como si claramente dijera: Por eso se te quita la palabra de la predicación, porque, cuando el pueblo me irrita con sus actos, no es digno de que se le dirija la exhortación de la verdad.

Pero no es fácil conocer por culpa de quién se substrae al predicador la palabra; mas certísimamente se sabe que el silencio del pastor algunas veces le perjudica a él mismo y siempre a los súbditos.

4. Y ojalá que, ya que no somos bastantes los que nos consagramos a la predicación, desempeñáramos nuestro ministerio con santidad de vida, puesto que se añade: *He aquí que yo os envío a predicar como corderos entre lobos.* Pero muchos, cuando reciben el derecho de regir, se entregan con ardor a maltratar a los súbditos, hacen que se tema su poder y dañan a los que debieran aprovechar; y, como no tienen entrañas de caridad, gustan de ostentar su do-

minio, no tienen de ningún modo en cuenta que deben mostrarse como padres; y truecan el puesto de humildad en exagerada dominación; y si alguna vez tratan suavemente por defuera, interiormente muéstranse crueles. De los cuales dice la Verdad en otra parte (Mt. 7,15): *Vienen a vosotros disfrazados con pieles de ovejas, mas por dentro son lobos voraces.*

Al contrario, nosotros debemos considerar que somos enviados como corderos en medio de lobos, para que, guardando los sentimientos de la inocencia, no llegue a hacer presa en nosotros la malicia; porque quien ocupa el puesto de predicador debe, no inferir males, sino tolerarlos, a fin de que con su mansedumbre se aplaque la ira de los crueles, y él mismo, herido por las aflicciones, cure en los otros las heridas de los pecados. Y si alguna vez el celo de la rectitud le exige tratar severamente a los súbditos, esa misma severidad nazca de amor, no de crueldad; de tal suerte que al exterior salga por los fueros de la disciplina y en su interior ame con piedad paternal a los que exteriormente castiga, como fustigándolos.

Lo cual hace bien el superior cuando no sabe amarse con amor propio, cuando no apetece cosa alguna de este mundo, cuando jamás doblega la cerviz del alma a las exigencias de las concupiscencias terrenas.

5. Por eso continúa: *No llevéis bolsillo, ni alforja, ni zapatos, ni saludéis a nadie por el camino;* porque la confianza que en Dios tenga el predicador debe ser tanta, que, aunque no provea lo necesario para esta vida, tenga por cierto que esto no le ha de faltar; y así, no por poner su atención en las cosas temporales provea menos de las eternas a los otros.

Al cual tampoco se le permite saludar a nadie en el camino, para indicar con cuánta prisa debe emprender el camino de la predicación. Palabras que, si alguno quiere entender en sentido figurado, diremos que en el bolsillo se guarda el dinero, y el dinero guardado significa la sabiduría oculta; por consiguiente, quien tiene la palabra de la sabiduría, pero no quiere ofrecérsela al prójimo, es como quien tiene el dinero guardado en el bolsillo. Acerca de lo cual está escrito (Eccl. 20,32): *La sabiduría que se tiene oculta y el tesoro escondido, ¿de qué sirven una y otro?*

Y ¿qué se significa por la alforja sino las cargas del siglo? Y ¿qué se significa en este lugar por los zapatos sino los ejemplos de las obras de los muertos? Luego no es digno que quien toma el cargo de predicar cargue con obligaciones de negocios seculares, no sea que, doblegando a ellas la cerviz, no la enderece para predicar las cosas celestiales. Tampoco debe parar su atención en los ejemplos de las obras de los necios, por que no parezca que defiende sus obras con pieles de muertos; pues hay algunos que disculpan su maldad con las maldades ajenas, porque, como ponen su atención en que los otros hicieron tales cosas, piensan que también ellos pueden hacerlas lícitamente. ¿Qué es lo que estos tales hacen sino procurar defender sus pies con pieles de animales muertos?

Ahora bien, todo el que saluda por el camino, saluda con ocasión del camino, mas no por el deseo de procurar la salud; luego quien, no por amor de la patria eterna, sino por la ambición de la paga, predica la salud a los oyentes, es como el que saluda por el camino, porque ocasionalmente, no de propósito, procura la salud a los que le oyen.

6. Prosigue: *Al entrar en cualquier casa, decid ante todas cosas: La paz sea en esta casa; que, si en ella hubiere algún hijo de la paz, descansará vuestra paz sobre él; donde no, volveráse a vosotros.*

La paz que se ofrece por boca del predicador, o descansa en la casa, si en ella hubiere algún hijo de la paz, o se volverá al mismo predicador, porque o habrá algún predestinado a la vida y seguirá la palabra celestial que oye, o, si ninguno quisiera círla, el mismo predicador no quedará sin recompensa, porque a él volverá la paz, puesto que el Señor le recompensa pagándole por el trabajo de su obra.

7. Y ved cómo quien prohibió llevar bolsillo y alforja, permite reportar de la misma predicación los gastos y los alimentos, pues agrega: *Perseverad en aquella casa, comiendo y bebiendo de lo que tengan, pues el que trabaja merece su recompensa.* Si se recibe nuestra paz, justo es que perseveremos en la misma casa, comiendo y bebiendo de lo que tengan, y así recibamos los subsidios terrenos de parte de aquellos a quienes nosotros ofrecemos los premios de la patria celestial. Por eso San Pablo, considerándolo como cosa de poco, dice (1 Cor. 9,11): *Si nosotros hemos sembrado entre vosotros bienes espirituales, ¿será gran cosa el que recojamos de vuestros bienes temporales?*

Y es de notar lo que sigue: *Pues el que trabaja merece recompensa;* porque ya como que se incoa aquí, a saber, con los alimentos, la recompensa que se completará allá con la visión de la verdad. En lo cual es de considerar que a una sola obra nuestra se deben dos recompensas: una en el camino y otra en la patria; una que nos sostiene en el trabajo y otra que nos remunera en la resurrección. De modo que la recompensa que se recibe al presente, debe servirnos para tender con mayor esfuerzo a la recompensa siguiente. Por tanto, el verdadero predicador debe predicar, no para recibir la recompensa en el tiempo presente, sino que debe recibir la recompensa de aquí, para continuar predicando; porque quien predica para recibir aquí recompensa de aplausos o paga de dineros, ciertamente se priva de la recompensa eterna; mas quien pretende que lo que dice agrade a los hombres para que, agradando lo que dice, sea, no él, sino Dios amado, o quien se procura con la predicación estipendio terreno precisamente para que no se apague su voz con la necesidad, a este tal, el haber recibido los subsidios en el camino, nada le impide, por cierto, para recibir la recompensa en la patria.

8. ¿Y qué hacemos nosotros—cosa que no podemos decir sin gran dolor—, qué hacemos nosotros, ¡oh pastores!, que recibimos la recompensa y, sin embargo, no somos operarios? Efectivamente, nosotros percibimos los frutos de la Iglesia en el estipendio cotidia-

no, y, no obstante, nada trabajamos en la predicación en favor de la Iglesia eterna. Ponderemos qué castigo merece el percibir aquí la paga del trabajo sin trabajar. Vedlo: nosotros vivimos de las ofrendas de los fieles; pero ¿es que trabajamos por las almas de los fieles? Nosotros percibimos como estipendio nuestro lo que los fieles han ofrecido por la redención de sus pecados, y, sin embargo, ni siquiera respiramos contra esos mismos pecados, bien orando, bien predicando, solícitos, como es justo; apenas si abrimos la boca para reprender a alguno por su pecado; y lo que todavía es más grave, tal vez, si se trata de alguna persona poderosa en el mundo, acaso alabamos sus yerros, no sea que, irritada, si nos oponemos, deje de contribuir con lo que daba.

Pero debemos recordar de continuo lo que de algunos está escrito en Oseas (4,8): *Comen los pecados de mi pueblo.* ¿Y por qué se dice que comen los pecados del pueblo sino porque fomentan los pecados de los delincuentes por no perder los estipendios temporales? Sin duda, pues, también comemos los pecados de ellos nosotros, los que vivimos de las oblaciones de los fieles, si comemos las que ellos han ofrecido por sus pecados y callamos. Así que examinemos qué crimen sea delante de Dios el comer el precio de los pecados y no hacer nada contra ellos, predicando. Oigamos lo que se dice por boca de Job (Iob 31,38): *Si la tierra que poseo clama contra mí, y los surcos se lamentan con ella; si he comido sus frutos sin pagar el precio.* La tierra, pues, clama contra su poseedor cuando la Iglesia se queja justamente contra su pastor; y también los surcos de ella se lamentan cuando los corazones de los oyentes que han sido arados con la predicación y con las fuertes reprensiones de los Padres precedentes hallan algo lamentable en la vida del pastor. Pero el dueño bueno de esa tierra no come los frutos de ella sin pagar el precio cuando el pastor discreto pone en juego el talento de la predicación por no tomar de la Iglesia, para condenación propia, el estipendio del alimento. Luego, cuando trabajamos en la predicación, al percibir los estipendios eclesiásticos, comemos los frutos de nuestra tierra, pagando su precio.

Además que somos pregoneros del Juez que ha de venir. ¿Quién, pues, ha de anunciar al Juez que ha de venir, si el pregonero calla? [9.] Por consiguiente, debemos reflexionar, a fin de que cada uno, en cuanto vale o en cuanto puede, ponga empeño en dar a conocer a la Iglesia que tiene a su cargo el temor del Juez venidero y la dulcedumbre de su reino; y como no es bastante el aconsejar a la vez a todos con una sola e igual exhortación, debe instruir a cada uno, en cuanto ello le sea posible, y edificarlos con privadas conversaciones, y procurar, por medio de sencillas exhortaciones, el fruto en los corazones de sus hijos.

Siempre debemos tener presente que a los santos apóstoles, y en los apóstoles a nosotros, se dice (Mt. 5,13): *Vosotros sois la sal de la tierra.* Luego, si somos la sal, debemos sazonar las almas de los fieles. Por consiguiente, vosotros, los que sois pastores, haceos cargo de que apacentáis a los animalitos de Dios, de los cuales se

dice a Dios por el Salmista (Ps. 67,11): *Allí tendrán su morada los animales de tu grey.* Vemos también muchas veces que se presenta a los animales una piedra de sal porque deben lamer de esa piedra y mejorarse. El sacerdote, pues, debe ser en el pueblo como piedra de sal ante los brutos animales; porque necesario es que el sacerdote provea lo que debe decir a cada uno y de qué modo debe aconsejar a cada cual, a fin de que quienquiera que se acerque al sacerdote quede sazonado con el sabor de la vida eterna, como quien ha tocado la sal. De manera que no somos sal de la tierra si no sazonamos los corazones de los oyentes. Este condimento ofrece en verdad al prójimo quien no le substrae la palabra de la predicación; [10.] porque entonces predicamos cosas buenas en verdad a los otros cuando con obras y ejemplos mostramos lo que decimos, cuando nosotros mismos nos movemos a compunción por el amor de Dios y lavamos con lágrimas las manchas cotidianas de la vida humana que no puede pasar sin culpa; y entonces nos lamentamos verdaderamente de nosotros mismos cuando sopesamos con cuidado las obras de los Padres que nos han precedido, para que, a vista de la gloria de ellos, aparezca manchada a nuestros ojos nuestra vida; entonces nos compungimos de veras cuando estudiamos atentamente los preceptos del Señor y nosotros queremos caminar por ellos, por los cuales ya sabemos que han caminado aquellos a quienes veneramos; que por esto está escrito de Moisés (Ex. 38,8): *Fabricó también la concha de bronce con su basa, en la cual se lavasen Aarón y sus hijos cuando entraran al sancta sanctorum, y la hizo de los espejos de acero que ofrecieron las mujeres que hacían la vela en la puerta del tabernáculo.* Ahora bien, Moisés coloca la concha de bronce en que debían lavarse los sacerdotes para entrar en el sancta sanctorum, porque la ley de Dios manda que ante todo nos purifiquemos por medio de la compunción, para que nuestra inmundicia no nos haga indignos de contemplar la pureza de los misterios de Dios. Lo cual muestra bien el baño hecho con los espejos de las mujeres que hacían la vela en la puerta del tabernáculo; porque los espejos de las mujeres significan los preceptos de Dios, en los cuales siempre se están mirando las almas santas, y así descubren si en ellas hay algunas manchas que las afeen, corrigen los defectos de los pensamientos y componen el rostro, disponiéndole conforme a la imagen que aparece en el espejo; pues meditando sabiamente los preceptos del Señor, en ellos descubren, sin duda alguna, así lo que place como lo que disgusta al Esposo celestial. Las cuales, mientras están en esta vida, no pueden entrar en el tabernáculo eterno; y las mujeres hacen la vela a la puerta del tabernáculo, porque las almas santas, aunque todavía se ven cargadas con la flaqueza de la carne, pero están siempre vigilando con amor la puerta de entrada a la eternidad. De manera que Moisés hizo el baño para los sacerdotes con los espejos de las mujeres, porque la ley de Dios ofrece a las manchas de nuestros pecados el baño de la compunción cuando nos pone a la vista los preceptos celestiales, por los que las almas santas agradaron al Esposo divino. En los cuales preceptos, si los estudiamos con

atención, descubrimos las manchas de nuestro rostro interior, y, al ver tales manchas, nos compungimos con el dolor de la penitencia, y, compungidos, como que nos lavamos en el baño hecho con los espejos de las mujeres.

11. Pero es muy necesario que, cuando ya estamos compungidos de lo que hemos hecho, vigilemos también la vida de los que nos han sido encomendados. Aféctenos, por tanto, la amargura de la aflicción, pero de manera que no nos retraiga del cuidado de los prójimos; porque ¿de qué sirve el que nos amemos a nosotros mismos si abandonamos a nuestros prójimos? Y, por el contrario, ¿de qué sirve el que amemos y cuidemos al prójimo, si nos abandonamos nosotros mismos? En efecto, para el ornato del templo se manda (Ex. 25,4) ofrecer grana dos veces teñida, para que a los ojos de Dios brille nuestra caridad con el amor de Dios y del prójimo. Además, se ama verdaderamente a sí mismo quien de corazón ama puramente a Dios. De manera que, cuando el alma, por amor a la verdad, se enciende en el amor a sí y al prójimo, la grana está dos veces teñida.

12. Pero, no obstante, debemos saber que el celo de la rectitud contra las acciones malas del prójimo debe ejercitarse de tal suerte que en el ardor de la severidad no desaparezca en modo alguno la virtud de la mansedumbre. Por lo tanto, la ira del sacerdote jamás debe ser precipitada ni arrebatada, sino más bien moderada con la gravedad del consejo.

También debemos sobrellevar a los que corregimos y corregir a los que sobrellevamos, no sea que, si se faltare en una de las dos cosas, o en el celo o en la mansedumbre, tal acto no sea propio del sacerdote; que por eso en la fábrica del templo, en sus columnas, estaban esculpidos en relieve leones, bueyes y querubines. Ahora bien, ya sabemos que el querubín significa plenitud de la ciencia; pero ¿cómo es que en las columnas no se hallan leones sin bueyes ni bueyes sin leones? Y ¿qué significan las columnas en el templo sino los sacerdotes en la Iglesia?; los cuales, cuando atienden al cuidado del régimen, a modo de columnas, soportan la carga que se les ha impuesto; luego en las columnas aparecen querubines, porque conviene indudablemente que el corazón del sacerdote se halle guarnecido con la plenitud de la ciencia; ahora por los leones se figura el terror de la severidad, y por los bueyes la paciencia de la mansedumbre; y así, en las columnas no aparecen leones sin bueyes, ni bueyes sin leones, porque en el pecho sacerdotal siempre deben conservarse juntos la virtud de la mansedumbre y el terror de la severidad, de tal manera que la mansedumbre sazone la ira, y el celo de la severidad avive a la mansedumbre para que no degenere acaso en disolución.

13. Mas ¿por qué decimos esto cuando estamos viendo a muchos cargarse con obras más atroces todavía? A vosotros, pues, ¡oh sacerdotes!, llorando, lo digo: porque hemos sabido que algunos de vosotros dispensan las órdenes mediante recompensas, venden la gracia espiritual, y, cometiendo pecado, de las iniquidades ajenas

acumulan ganancias temporales. ¿Por qué no tenéis presente que la palabra de Dios, imponiendo mandato, dice (Mt. 10,8): *Dad graciosamente lo que graciosamente habéis recibido?* ¿Por qué no ponéis ante los ojos del alma que nuestro Redentor, al entrar en el templo, echó por los suelos los puestos de los que vendían palomas y derribó las mesas de los banqueros? (Mt. 21,12). Porque ¿quiénes son los que hoy venden palomas en el templo de Dios sino los que en la Iglesia reciben dinero por la imposición de las manos, esto es, por la imposición de manos, por la cual se da desde el cielo el Espíritu Santo? Se vende la paloma porque se ofrece a precio la imposición de manos, por la cual se recibe el Espíritu Santo. Pero nuestro Redentor echa por los suelos los puestos de los que venden las palomas, porque anula el sacerdocio de tales mercaderes. Por eso los Sagrados Cánones (l.5 Decret. de Sim., c.5) condenan la herejía simoníaca y mandan que se prive del sacerdocio a los que por conferir los sagrados órdenes exigen precio. Por tanto, el puesto de los que venden palomas es echado por los suelos cuando los que venden la gracia espiritual son privados del sacerdocio, bien sea ante los ojos de los hombres, bien sea ante los de Dios. Pues cierto que hay otras muchas cosas malas de los prelados que ahora están ocultas a los ojos de los hombres, ya que generalmente se muestran a los hombres como pastores santos, y no se avergüenzan de aparecer con sus pecados ocultos ante los ojos del que juzga el interior.

Vendrá, vendrá ciertamente aquel día, y no está lejos, en que aparezca el Pastor de los pastores y haga públicas las obras de cada uno; y quien ahora castiga por medio de los prelados las culpas de los súbditos, entonces castigará cruelmente por sí mismo las maldades de los prelados; que por eso también, cuando El hubo entrado en el templo (Mt. 21,12), El mismo hizo con cordeles uno a manera de látigo, arrojando fuera de la casa de Dios a los negociantes; porque cierto es que castiga por medio de los pastores las culpas de los súbditos, pero castiga por sí mismo los vicios de los pastores.

Ahora, claro está, puede negarse ante los hombres lo que se hace ocultamente; pero también es cierto que ha de venir el juez, ante quien nadie puede ocultarse por más que calle, a quien nadie puede engañar por más que niegue.

14. Hay, además, hermanos carísimos, otra cosa en la vida de los pastores que me aflige sobremanera—y por que no parezca tal vez injurioso para alguno lo que afirmo, yo mismo me acuso también, aunque harto contra mi voluntad yazgo en ello, impulsado por la necesidad de estos días calamitosos—, y es que hemos venido a caer en los negocios exteriores y recibimos una cosa por lo que hace al honor y mostramos otra por lo que hace al oficio. Abandonamos el ministerio de la predicación y, para daño nuestro, según veo, somos llamados obispos, nosotros que tenemos el honor del nombre, pero no su virtud; puesto que abandonan a Dios los que nos están encomendados, y callamos; yacen caídos en accio-

nes depravadas, y no les tendemos la mano de la corrección; a diario perecen por sus muchas maldades, y los vemos con descuido encaminarse a los infiernos.

Mas ¿cómo podremos corregir la vida ajena nosotros, que descuidamos la nuestra? Y es que, entregados a los cuidados del siglo, nos hacemos tanto más insensibles a lo interior cuanto más aplicados nos hallamos a las cosas exteriores; pues la costumbre de atender a los cuidados terrenos endurece el ánimo para los deseos celestiales, y cuando se torna duro con la misma costumbre de los actos del siglo, no sirven para ablandarle las cosas que se refieren al amor de Dios. Por eso dice muy bien la Iglesia, refiriéndose a sus miembros débiles (Cant. 1,5): *Pusiéronme a guarda de viñas. Mi propia viña no la guardé.* Nuestras acciones son nuestras viñas, las cuales estimamos con el ejercicio cotidiano; pero puestas para guardas en las viñas; no guardamos nuestra propia viña, porque, cuidándonos de las acciones ajenas, descuidamos los actos propios de nuestro ministerio.

Yo creo, hermanos carísimos, que la Iglesia no recibe de otros daño mayor que el que Dios tolera de los sacerdotes cuando ve que aquellos que ha puesto para corregir a los demás dan ellos mismos ejemplos depravados; cuando pecamos nosotros, que debíamos reprimir los pecados. Y, lo que es más grave, generalmente los sacerdotes, que debían dar sus propias cosas, dispútanse además la posesión de las ajenas. Es frecuente el que se burlen cuando ven a algunos vivir humilde y sobriamente. Considerad, por consiguiente, qué será de los rebaños cuando los pastores se hacen lobos, porque toman a su cargo el cuidado de la grey los que no temen que atenten contra la grey del Señor aquellos contra los cuales debían ser defendidos los rebaños de Dios. No procuramos provecho alguno de las almas; a diario nos entregamos a nuestros caprichos; codiciamos lo terreno y con todo afán tratamos de conquistar gloria humana; y como, por lo mismo que somos prelados de los otros, tenemos mayor libertad para hacer cualquiera cosa, convertimos el ministerio de bendecir que hemos recibido en motivo de nuestra ambición. Abandonamos los intereses de Dios y nos dedicamos a los negocios de la tierra; hemos recibido puesto de santidad y nos enredamos en ocupaciones terrenas. ¡Oh! Ciertamente se ha cumplido en nosotros lo que está escrito (Os. 4,9): *Será el sacerdote como el pueblo;* porque el sacerdote no se diferencia del pueblo cuando su vida no sobrepuja en mérito alguno la conducta del vulgo. [15.] Pidamos lágrimas a Jeremías; considere él nuestra desgracia y, deplorándola, diga (Lam. 4,1): *¡Cómo se ha oscurecido el oro y mudado su color bellísimo! Dispersas están las piedras del santuario por los ángulos de las plazas.* En efecto, el oro se ha oscurecido porque la vida de los sacerdotes, antes luminosa por el esplendor de las virtudes, ahora se muestra digna de reproche por sus acciones bajísimas. Y se ha mudado su color bellísimo, porque aquel hábito de santidad ha llegado hasta la ignominia del desprecio por las obras terrenas y abyectas. Cierto

es que las piedras del santuario se usaban sólo en el interior y no se ponían en el cuerpo del sumo sacerdote sino cuando, al entrar en el *sancta sanctorum*, aparecía en audiencia privada de su Creador. Nosotros, hermanos carísimos, nosotros somos las piedras del santuario, que debemos aparecer siempre en la privanza de Dios, a las cuales necesario es no ser vistos nunca fuera, esto es, no ser vistos en negocios extraños. Pero *las piedras del santuario andan dispersas por los ángulos de las plazas*, porque derraman al exterior su vida los que por su conducta reprobable debían además permanecer siempre orando en lo interior. Helo ahí, apenas hay alguna costumbre del mundo que no adopten los sacerdotes. Luego, cuando son exterioridades las que exhiben los que están constituídos en estado de santidad, es como que las piedras del santuario yacen dispersas por fuera. Además, como en lengua griega la plaza se llama así por su amplitud, las piedras del santuario están por las plazas cuando algunos religiosos siguen los amplios caminos del mundo.

Y andan dispersas no sólo por las plazas, sino por los ángulos de las plazas, porque obran conforme a los gustos de este mundo, y, no obstante, por el hábito religioso pretenden ser colmados de honores. Andan, sí, dispersos por los ángulos de las plazas, porque, a la vez que se hallan arrastrados por las obras en que se ocupan, pretenden ser honrados por la apariencia de santidad.

16. Estáis presenciando de cuántas maneras es castigado el mundo; ya veis los azotes con que a diario es sacudido el pueblo. ¿A quién se debe esto sino principalmente a nuestros pecados? Ved las ciudades asoladas, derruídas las murallas, las iglesias y monasterios destruídos, los campos convertidos en un desierto; y nosotros, que hemos debido conducir por el camino de la vida al pueblo que perece, nosotros somos la causa de su muerte, ya que por culpa nuestra yace postrada la turba del pueblo, porque, debido a nuestras negligencias, no ha sido adoctrinada para la vida.

Y ¿qué diríamos que son, sino manjar de Dios, las almas de los hombres, las cuales han sido creadas para que sean injeridas en su cuerpo, esto es, para que tiendan a incrementar la Iglesia eterna? Ahora bien, nosotros hemos debido ser el condimento de este manjar, porque, según poco antes hemos dicho, a los predicadores que fueron enviados se les dice (Mt. 5): *Vosotros sois la sal de la tierra*. Luego, si el pueblo es manjar, los sacerdotes han debido ser el condimento de ese manjar. Pero como, cuando dejamos la oración y el ejercicio de las santas enseñanzas, la sal se torna insípida, ya no puede condimentarse el manjar de Dios, ni es ingerido por su Autor, precisamente porque, debido a nuestra insipidez, no se condimenta.

Examinemos a ver quiénes por nuestra predicación se han convertido jamás; quiénes por nuestra increpación se han corregido de su perverso proceder y han hecho penitencia; quién debido a nuestra instrucción abandonó la lujuria, quién la avaricia, quién ha depuesto la soberbia. Pensemos qué ganancia para Dios hemos

agenciado nosotros, los que, habiendo recibido de sus manos el talento, hemos sido enviados a negociarle, puesto que dice: *Negociad mientras vengo.* He aquí que ya viene, he aquí que reclama la ganancia de nuestra negociación. ¿Qué ganancia de almas es la que presentamos debida a nuestra negociación? ¿Qué gavillas de almas llevaremos a su presencia debidas a la siega de nuestra predicación?

17. Pongamos ante nuestros ojos aquel día de tanto apuro, aquel día en que vendrá el Juez y pedirá cuenta a sus siervos, a los que ha confiado sus talentos. ¡Ah!, que se dejará ver en su aterradora majestad entre los coros de los ángeles y de los arcángeles; a aquel tremendo examen será conducida la multitud de todos los elegidos y réprobos, y cada cual mostrará sus obras.

Allí aparecerá Pedro con la Judea que, convertida, llevó tras sí; allí Pablo conduciendo, por decirlo así, al mundo convertido; allí Andrés conducirá en pos de sí a presencia del Juez a la Acaya, y Juan el Asia, y Tomás la India. Allí aparecerán las almas que han lucrado todos los padres de la grey del Señor, las cuales traen en pos de sí el rebaño que han sometido a Dios mediante sus santas predicaciones. Y cuando tantos pastores comparecieren con sus rebaños ante los ojos del Pastor eterno, ¿qué habremos de decir nosotros, míseros, los que volvemos vacíos al Señor después de negociar, los que hemos tenido nombre de pastores, pero no tenemos alimentadas por nosotros las ovejas que debíamos presentar? Aquí somos llamados pastores; ¡y no llevamos allí rebaño alguno!

18. Pero es que, si nosotros somos negligentes, ¿Dios abandonará sus ovejas? De ningún modo, sino que El mismo, conforme lo prometió por el profeta (Ez. 34), las apacentará por sí mismo, y a todos los que ha predestinado para la vida, los enseña con el estímulo de las tribulaciones y con el espíritu de compunción; y ciertamente que por nosotros bautiza a los fieles, con nuestras preces los bendice, y por la imposición de nuestras manos reciben de Dios el Espíritu Santo, y ellos llegan al fin al reino de los cielos, mientras que nosotros, por nuestras negligencias, nos precipitamos en el abismo.

Los elegidos, purificados por manos de los sacerdotes, entran en la patria celestial, mientras los mismos sacerdotes corren a los suplicios eternos por su reprobable vida. ¿A qué cosa, pues, a qué cosa compararé a tales sacerdotes sino al agua del bautismo, que, borrando los pecados de los que se bautizan, los envía al reino de los cielos y ella después desciende a las cloacas? Temamos esto, hermanos, y vayan acordes nuestro proceder y nuestro ministerio. Pensemos cada día en destruir nuestros pecados, para que no esté a ellos sujeta nuestra vida, de la cual se vale Dios omnipotente para desligar a otros. Consideremos de continuo lo que somos, pensemos en nuestro negocio, pensemos en la obligación que hemos contraído. Ajustémonos a diario las cuentas que tendremos con nuestro Juez y cuidemos de nosotros de tal modo que no aban-

donemos el cuidado del prójimo, para que quien a nosotros se junte quede condimentado con la sal de nuestra lengua. Cuando veamos algún lascivo o lúbrico, debemos aconsejarle que procure refrenar su iniquidad por medio del matrimonio, para que, por esto que es lícito, aprenda a dominar lo que no es lícito. Cuando veamos algún casado, se le debe aconsejar que cuide en lo que atañe al siglo de modo que no posponga el amor de Dios; que satisfaga la voluntad del cónyuge, pero sin desagradar al Creador. Cuando veamos a un clérigo, debemos aconsejarle que viva de tal modo que ofrezca ejemplo de vida a los seglares, no sea que, si en él se hallare algo justamente reprensible, caiga en descrédito nuestra religión por culpa suya. Cuando veamos a un monje, se le debe aconsejar que siempre en las obras, en las palabras y en el pensamiento atienda a su hábito, de suerte que deje totalmente lo que es del mundo, y con sus costumbres presente ante los ojos de Dios lo que con el hábito muestra a los ojos de los hombres. Y así, al que ya es santo, aconséjesele que crezca en santidad; al que todavía es malo, que se corrija, para que quienquiera que se una al sacerdote salga condimentado con la sal de su palabra.

Pensad con cuidado todo esto, hermanos, entre vosotros mismos; enseñadlo también a vuestros prójimos; disponeos a dar a Dios omnipotente el fruto del talento que recibisteis para negociar.

Pero todo esto que decimos, mejor que hablando, lo conseguiremos orando ante El.—Oremos: ¡Oh Dios!, que habéis querido que fuésemos llamados pastores en el pueblo, os rogamos nos concedáis que podamos ser en vuestros ojos lo que nos llama la voz de los hombres. Por nuestro Señor Jesucristo, vuestro Hijo, etc.

HOMILIA XVIII

(Dirigida al pueblo en la basílica de San Pedro Apóstol en la domínica de Pasión.)

Lección del santo Evangelio según San Juan (8,46-59)

En aquel tiempo dijo Jesús a los judíos: ¿Quién de vosotros me convencerá de pecado alguno? Pues si os digo la verdad, ¿por qué no me creéis? Quien es de Dios escucha las palabras de Dios. Por eso vosotros no las escucháis, porque no sois de Dios. A esto respondieron los judíos, diciéndole: ¿No decimos bien nosotros que tú eres un samaritano y que estás endemoniado? Jesús les respondió: Yo no estoy poseído del demonio, sino que honro a mi Padre, y vosotros me habéis deshonrado a mí. Pero yo no busco mi gloria; otro hay que la promueve y él me vindicará. En verdad, en verdad os digo que quien observare mi doctrina no morirá para siempre. Dijeron los judíos: Ahora acabamos de conocer que estás poseído de algún demonio. Abrahán murió y murieron también los profetas, y tú dices: Quien observare mi doctrina no morirá eternamente. ¿Acaso eres tú mayor que nuestro padre Abrahán, el cual murió, y que los profetas, que

también murieron? ¿Tú por quién te tienes? Respondió Jesús: Si yo me glorifico a mí mismo, mi gloria nada vale: es mi Padre el que me glorifica, aquel que decís vosotros que es vuestro Dios. Vosotros, empero, no le habéis conocido. Yo sí que le conozco; y si dijere que no le conozco, sería, como vosotros, mentiroso. Pero le conozco y observo sus palabras. Abrahán, vuestro padre, ardió en deseos de ver este día mío: vióle y se llenó de gozo. Los judíos le dijeron: ¿Aún no tienes cincuenta años y viste a Abrahán? Respondióles Jesús: En verdad, en verdad os digo que, antes que Abrahán fuera criado, yo existo. Al oír esto, cogieron muchas piedras para tirárselas. Mas Jesús se ocultó y salió del templo

1. Hermanos carísimos, considerad la mansedumbre de Dios. Había venido a destruir los pecados, y decía: *¿Quién de vosotros me convencerá de pecado alguno?* El que en virtud de su divinidad podía justificar a los pecadores, no se desdeña de probar por la razón que El no es pecador.

Pero es muy terrible lo que dice después: *Quien es de Dios, escucha las palabras de Dios. Por eso vosotros no las escucháis, porque no sois de Dios.* Si, pues, es de Dios el que escucha las palabras de Dios, y no puede escuchar las palabras de Dios quien no es de Dios, pregúntese cada cual si es que recoge en el oído del corazón las palabras de Dios, y sabrá de dónde es. La Verdad manda desear la patria celestial, refrenar los apetitos de la carne, menospreciar la gloria del mundo, no apetecer lo ajeno y dar de lo propio. Cada uno, por consiguiente, mire dentro de sí con atención a ver si esta voz de Dios tiene valor en el oído de su corazón, y conocerá si ya es Dios. Porque hay algunos que no se dignan escuchar los preceptos de Dios ni siquiera con el oído corporal; y hay otros que sí que los oyen con el sentido corporal, pero no les dedican ningún afecto del alma; y hay también quienes reciben con agrado las palabras de Dios, de tal suerte que hasta llegan a compungirse y llorar, pero después de la hora de las lágrimas vuelven a la iniquidad. Estos, los que no hacen caso de practicarlas, ciertamente, no escuchan las palabras de Dios.

Repasad, pues, hermanos carísimos, vuestra vida en vuestra conciencia, y tras seria reflexión temed esto que resuena en los labios de la Verdad: *Por eso vosotros no las escucháis, porque no sois de Dios.*

Y esto que de los réprobos afirma la Verdad, lo ponen de manifiesto con sus obras inicuas los mismos réprobos, pues prosigue: *A esto respondieron los judíos, diciéndole: ¿No decimos bien nosotros que tú eres un samaritano y que estás endemoniado?*

2. Pero oigamos lo que, después de haber recibido tal afrenta, responde el Señor: *Yo no estoy poseído del demonio, sino que honro a mi Padre, y vosotros me habéis deshonrado a mí.* Como la palabra *samaritano* significa *custodio*, y El es en verdad aquel custodio de quien el Salmista dice (Ps. 126): *Si el Señor no custodia la ciudad, inútilmente se desvelan los que la guardan;* y al cual se dice por

Isaías (21,11): *Centinela, ¿qué ha habido esta noche? Centinela, ¿qué ha habido esta noche?*; el Señor no quiso responder: «Yo no soy samaritano», sino: *Yo no estoy poseído del demonio.* Dos cosas le echaron en cara: negó la una, consintió en la otra callando, porque había venido por custodio del género humano, y si dijera que El no era samaritano, negaría que era custodio; pero calló lo que reconoció por verdad y rechazó mansamente lo que oyó que falsamente le decían, respondiendo: *Yo no estoy poseído del demonio.* ¿Qué otra cosa se condena con estas palabras sino nuestra soberbia, la cual, a poco que se la irrite, devuelve injurias mayores que las que ha recibido, hace todo el mal que puede y amenaza con lo que no puede hacer?

He ahí al Señor, que recibe injurias y no se irrita, no devuelve palabras ofensivas; y eso que, si a los que tales cosas le decían hubiera querido responder: «Vosotros sí que estáis endemoniados», cierto que hubiera dicho la verdad; porque, a no estar poseídos del demonio, no podrían decir de Dios cosas tan perversas. Pero la Verdad, habiendo recibido la injuria, no quiso decir lo que era cierto, porque no fuera a parecer que no decía la verdad, sino que, provocado, devolvía la afrenta.

De aquí, ¿qué es lo que se nos da a entender a nosotros sino que, cuando de nuestros prójimos recibimos afrentas calumniosas, callemos también las verdaderas cosas malas de ellos, para no convertir en instrumento de ira el ministerio de la justa corrección?

Mas porque todo el que tiene celo de Dios es con frecuencia difamado por los hombres perversos, el Señor nos ofreció en sí mismo ejemplo de paciencia, cuando dijo: *Yo honro a mi Padre y vosotros me habéis deshonrado a mí.*

Y qué sea lo que nosotros debemos hacer en tales casos, también nos lo aconseja con el ejemplo, cuando agrega: *Yo no busco mi gloria; otro hay que la promueve, y él me vindicará.* Ya sabemos con certeza lo que está escrito (Io. 5,22): que *el Padre dió al Hijo todo el poder de juzgar*, y, con todo, ved que el mismo Hijo, cuando recibe injurias, no busca su gloria, remite al juicio del Padre las afrentas que le infieren; sin duda para darnos a entender cuán pacientes debemos ser nosotros, cuando El, que es quien tiene todo el poder de juzgar, no quiere todavía vengarse.

Y cuando aumente la perversidad de los malos, no sólo no debe disminuirse la predicación, sino que hasta debe abundar más. Lo cual nos amonesta con su ejemplo el Señor, que, después de haberle dicho que estaba endemoniado, más largamente los favorece con su predicación, diciendo: *En verdad, en verdad os digo que quien observa mi doctrina no morirá para siempre.*

Pero, así como los buenos necesitan hacerse todavía mejores aguantando las injurias, así, en cambio, los réprobos se hacen peores con los beneficios; y por eso, después de recibir la predicación, dicen otra vez: *Ahora acabamos de conocer que estás poseído de algún demonio;* y es que, como habían incurrido en la muerte eterna y no veían la muerte eterna en que habían incurrido, no atendiendo más

que a la muerte de la carne, cegábanse con las palabras de la Verdad, y decían: *Abrahán murió y los profetas murieron también, y tú dices: Quien observare mi doctrina no morirá eternamente.* En lo cual, ellos, pareciendo que veneran a Abrahán y a los profetas, los prefieren a la misma Verdad; pero a nosotros se nos da claramente a conocer que los que desconocen a Dios rinden también honor falso a los siervos de Dios.

3. Y es de notar que el Señor está viendo que le contradicen abiertamente y, con todo, no deja de predicarlos otra vez, diciendo: *Abrahán, vuestro padre, ardió en deseos de conocer este día mío; vióle y se llenó de gozo.* Abrahán, en efecto, vió el día del Señor en aquella ocasión en que dió hospitalidad a los tres ángeles que figuraban la Trinidad, a los cuales, después de recibirlos, habló, como que los tres eran uno (Gen. 18), porque, si en cuanto a las personas son tres en número, en cuanto a la naturaleza las tres personas no son más que una divinidad. Pero los entendimientos carnales de los que le oían no levantaban de la carne sus ojos, atendiendo en El sólo a la edad del cuerpo, y así dicen: *¿No tienes aún cincuenta años y has visto a Abrahán?* A los cuales nuestro Redentor aparta benignamente de que miren a su humanidad y los trae a la contemplación de su divinidad, diciendo: *En verdad, en verdad os digo que, antes de que Abrahán fuera criado, yo soy.* Ahora bien, *antes* es del tiempo pretérito, y *soy*, del presente; y como la divinidad no es de tiempo pasado ni futuro, sino que siempre es, no dice: *Antes* de Abrahán *yo fuí*, sino: Antes de Abrahán, *yo soy*. Por eso también a Moisés le dice (Ex. 3): *Yo soy el que soy; dirás a los hijos de Israel: El que es me ha enviado a vosotros.* Por consiguiente, Abrahán tuvo antes y después, ya que pudo aparecer, mostrando su presencia, y pudo desaparecer, por concluirse su vida; pero la Verdad siempre tiene el ser, porque nada comienza para El en el primer tiempo, ni se termina en el siguiente.

Pero, no comprendiendo esta doctrina de la eternidad las inteligencias de los infieles, echan mano a las piedras y pretendían sepultar con ellas al que no podían entender.

4. Mas, qué es lo que el Señor hizo contra el furor de los que pretendían apedrearle, se pone de manifiesto cuando a continuación se dice: *Mas Jesús se ocultó y salió del templo.*

Es cosa por demás admirable, hermanos carísimos, el que evitase a sus perseguidores, ocultándose, el Señor, que, si hubiera querido valerse del poder de su divinidad, con un silencioso acto de su voluntad los habría sometido a los golpes con que ellos le amenazaban, o, en castigo, los habría hecho desaparecer con muerte repentina. Pero, como había venido a padecer, no quiere hacer de juez. Bien claramente mostró cuánto podía en el tiempo de su pasión, y, sin embargo, llevó a cabo la misión a que venía; porque, cuando a los perseguidores, que preguntaban por El, dijo: *Yo soy*, con esta sola palabra abatió la soberbia de ellos y a todos los derribó por tierra. Luego quien pudo también evitar en esta ocasión el ser apedreado, sin esconderse, ¿por qué se esconde sino porque nues-

tro Redentor, hecho hombre entre los hombres, nos enseña unas cosas con la palabra y otras con su ejemplo? ¿Y qué es lo que con este ejemplo nos dice, sino que, aun cuando podamos resistir, declinemos humildemente la ira de los que se ensoberbecen? Por eso también dice San Pablo (Rom. 12,19): *Dad lugar* o treguas *a la cólera.*

Considere el hombre con cuánta humildad debe soportar la ira del prójimo, cuando Dios, escondiéndose, evitó las iras de los enfurecidos. Nadie se levante contra las injurias que se le dirigen; nadie vuelva afrentas contra afrentas; pues el rechazar la injuria callando, a imitación de Dios, es más glorioso que deshacerla respondiendo.

5. Pero, en contra de esto, la soberbia dice en el interior del corazón: «Es indecoroso el que calles cuando recibes la injuria; quien ve que eres injuriado y que callas, piensa, no en que muestras paciencia, sino en que reconoces tus crímenes». Mas ¿de dónde nace en el corazón esta voz contra la paciencia sino de que hemos puesto nuestro pensamiento en lo de abajo, y, buscando la gloria en la tierra, no cuidamos complacer al que desde el cielo nos mira?

Por lo tanto, cuando recibamos la ofensa, pongamos en práctica la palabra de Dios: *Yo no busco mi gloria; otro hay que la promueve, y El me vindicará.*

Esto que está escrito del Señor: *Se escondió,* puede entenderse también de otro modo; dado que El había predicado muchas cosas a los judíos, pero ellos burlábanse de su predicación, y además habíanse hecho peores con la predicación, puesto que hasta se dispusieron a apedrearle. Pues bien: ¿qué da a entender el Señor escondiéndose sino que la misma Verdad se esconde a los que no hacen caso de seguir sus enseñanzas? Porque la Verdad huye del alma a la que no halla humilde.

Y cuántos hay hoy que detestan la dureza de los judíos, que no quisieron oír la predicación del Señor, y, sin embargo, ellos mismos se conducen en las obras de igual modo que el que acusan a los judíos respecto a la fe: escuchan los preceptos del Señor, reconocen los milagros, pero no quieren corregir sus maldades. Ved que nos llama, y no queremos ir a El; aguanta, y parece que no conocemos su paciencia.

Ea, pues, hermanos, mientras tenemos tiempo, deje cada cual su mala vida y tema la paciencia de Dios, no sea que no pueda luego evitar airado a quien ahora desprecia paciente.

HOMILIA XIX

(Dirigida al pueblo en la basílica de San Lorenzo, mártir, en Septuagésima.)

Lección del santo Evangelio según San Mateo (20,1-16)

En aquel tiempo dijo Jesús a sus discípulos: El reino de los cielos se parece a un padre de familias que, al romper el día, salió a alquilar jornaleros para su viña. Y ajustándose con ellos en un denario por día, enviólos a su viña. Saliendo después, cerca de la hora de tercia, se encontró con otros que estaban mano sobre mano en la plaza, y díjoles: Andad también vosotros a mi viña y os daré lo que sea justo. Y ellos fueron. Otras dos veces salió a eso de la hora de sexta y de la hora de nona, e hizo lo mismo. Finalmente, salió cerca de la hora undécima y vió a otros que estaban todavía sin hacer nada, y les dijo: ¿Cómo os estáis aquí todo el día ociosos? Respondiéronle: Es que nadie nos ha alquilado. Díjoles: Pues id también vosotros a mi viña. Puesto el sol, dijo el dueño de la viña a su mayordomo: Llama a los trabajadores y págales el jornal, empezando desde los postreros y acabando en los primeros. Venidos, pues, los que habían ido cerca de la hora undécima, recibieron un denario cada uno. Cuando al fin llegaron los primeros, se imaginaron que les darían más. Pero, no obstante, éstos recibieron igualmente cada uno un denario. Y al recibirlo murmuraban contra el padre de familias, diciendo: Estos últimos no han trabajado más que una hora, y los has igualado con nosotros, que hemos soportado el peso del día y del calor. Mas él por respuesta dijo a uno de ellos: Amigo, yo no te hago agravio. ¿No te ajustaste conmigo en un denario? Toma, pues, lo que es tuyo, y vete; yo quiero dar a éste, bien que sea el último, tanto como a ti. ¿Acaso no puedo yo hacer lo que quiero? ¿O ha de ser tu ojo malo porque yo soy bueno? De esta suerte, los postreros serán primeros, y los primeros postreros. Muchos, empero, son los llamados, mas pocos los escogidos.

1. Mucho que decir exige en su exposición esta lección del santo Evangelio que hemos leído, la cual quiero recorrer brevemente, si me es posible, para no cansaros con un largo desarrollo y con una exposición prolija.

Se dice que el reino de los cielos se parece a un padre de familias que alquila jornaleros para cultivar su viña. Pero ¿quién se asemeja al padre de familias más propiamente que nuestro Creador, que rige a todas sus criaturas y manda a sus elegidos en este mundo a la manera que un señor en su casa a los criados?

El cual tiene una viña, a saber, la Iglesia universal, la cual, desde el justo Abel hasta el último elegido que ha de nacer al fin del mundo, ha plantado tantos a manera de sarmientos cuantos santos ha producido.

Ahora bien, este padre de familias, de mañana, a la hora tercia,

a la sexta, a la nona y a la undécima, envía obreros a cultivar su viña, porque desde el principio hasta el fin del mundo no ha cesado de reunir predicadores para enseñar al pueblo fiel. La mañana del mundo fué desde Adán hasta Noé; la hora tercia, desde Noé hasta Abrahán; asimismo, la sexta, desde Abrahán hasta Moisés, y la nona, desde Moisés hasta la venida del Señor; pero la hora undécima es desde la venida del Señor hasta el fin del mundo, en la cual fueron enviados a predicar los santos apóstoles y recibieron la paga completa, aunque vinieron tarde.

Por manera que el Señor en ningún tiempo ha dejado de enviar obreros para instruir a su pueblo, como si dijéramos, a cultivar su viña; porque, cuando cuidó de formar las costumbres de su pueblo, primero por medio de los patriarcas, luego por los doctores de la Ley y por los profetas y, finalmente, por los apóstoles, como que por medio de obreros trabajó en el cultivo de su viña. Si bien cualquiera que en algún modo y medida ha practicado el bien con buena fe, ha sido obrero de esta viña.

El obrero, pues, de la mañana, de la hora tercia, sexta y nona representa el antiguo pueblo hebreo, el cual, porque desde el principio del mundo procuró por medio de sus elegidos dar culto a Dios con recta fe, como que no dejó de trabajar en el cultivo de la viña.

Pero a la hora undécima son llamados los gentiles, a los cuales se les dice también: *¿Cómo os estáis aquí ociosos todo el día?*; porque los que después de tan larga duración del mundo habían descuidado el trabajar por su vida, estaban como ociosos todo el día.

Mas atended, hermanos, a lo que, preguntados, responden: *Respondieron: Es que nadie nos ha conducido.* En efecto, ningún patriarca, ningún profeta habíales sido enviado. ¿Y qué quiere decir: *porque nadie nos ha conducido*, sino: porque nadie nos ha predicado los caminos de la vida?

Por consiguiente, ¿qué es lo que habremos de decir en nuestro descargo nosotros que nada trabajamos, nosotros que casi desde el seno de nuestra madre hemos venido a la fe, que desde la cuna hemos oído las palabras de la vida, que con la leche de la carne hemos mamado a los pechos de la santa Iglesia la bebida saludable de la celestial predicación?

2. Pero también podemos distinguir las diversas horas aplicándolas a cada hombre en relación con sus distintas edades. Y así, la mañana de nuestro entendimiento es la niñez; por la hora tercia puede entenderse la adolescencia, porque el crecer del ardor de la edad es como que el sol va subiendo a lo alto; y la hora sexta es la juventud, porque, cuando en ella se consolida la plenitud de la fortaleza, es como que el sol se fija en su cenit; por la hora nona se entiende la ancianidad, en la cual, como la edad declina del ardor de la juventud, es como cuando el sol desciende de lo alto de la bóveda celeste; pero la hora undécima es la edad que se llama decrépita o envejecida. De ahí que los griegos a los muy viejos llaman, no *gerontas*, sino *prezbyteroys*, para dar a entender que son más que viejos, y así llaman a los de edad más avanzada. Por lo tanto, como

el uno es llevado a vivir bien en la niñez, el otro en la adolescencia, éste en la juventud, aquél en la ancianidad y alguno en la decrepitud, ello es que a distintas horas son llamados los obreros a trabajar en la viña.

Examinad, pues, hermanos carísimos, vuestras costumbres, y ved si sois ya obreros de Dios. Atienda cada cual a lo que hace y considere si es que trabaja en la viña del Señor. Porque quien en esta vida procura su propio interés, no ha venido todavía a la viña del Señor, pues para el Señor trabajan quienes atienden no a las ganancias de ellos, sino a las del Señor, los que le sirven a impulsos de la caridad y con afecto de piedad, los que se desvelan por ganar almas y se dan prisa en llevar consigo a otros a la vida; pero quien vive para sí, quien se ceba en los placeres de su carne, con razón es argüído de ocioso, porque no busca el fruto de la obra divina.

3. Asimismo, quien hasta la última edad no ha hecho caso de vivir para Dios, es como que ha estado ocioso hasta la hora undécima. Por eso certeramente se dice a los ociosos hasta la hora undécima: *¿Por qué os estáis ahí todo el día ociosos?* Como si claramente se dijera: Ya que no habéis querido vivir para Dios en la niñez ni en la juventud, a lo menos en la última edad entrad en razón, y, aunque tarde, entrad en los caminos de la vida cuando ya no es mucho lo que habréis de trabajar. También a éstos los llama el Señor, y, por lo general, los remunera antes, porque salen del cuerpo para la patria antes que los que parecían llamados ya desde la niñez. O qué, ¿no llegó a la hora undécima el ladrón que tuvo la fortuna de confesar a Dios en la cruz, no tarde por razón de la edad, pero sí tarde por razón de estar ya en el suplicio, pues exhaló el último aliento apenas hecha la confesión?

Y por el último comenzó el padre de familias a pagar el denario, porque antes que a Pedro llevó al ladrón al descanso del paraíso. ¡Cuántos Padres hubo antes de la Ley y cuántos bajo la Ley, y, no obstante, los que fueron llamados cuando el advenimiento del Señor llegaron sin demora alguna al reino de los cielos! Y los que fueron a trabajar a la hora undécima reciben el mismo denario que con todo afán esperaron los que trabajaron a primera hora; pues los que al fin del mundo se convirtieren al Señor lograrán, por suerte, la misma recompensa de la vida eterna que los que fueron llamados desde el principio del mundo.

De ahí que los que fueron primero a trabajar, murmurando, dicen: *Estos últimos no han trabajado más que una hora y los has igualado con nosotros, que hemos soportado el peso del día y del calor.* Han, pues, soportado el peso del día y del calor los que en el principio del mundo—como entonces sucedía vivir más largo tiempo—tuvieron también que soportar necesariamente más prolongadas tentaciones de la carne; porque soportar uno el peso del día y del calor es verse importunado por el ardor de su carne durante el tiempo de una vida más larga.

4. Mas puede preguntarse: ¿Cómo se dice que murmuraban los que, aunque tarde, llegaron al reino de los cielos, si el reino

de los cielos no admite murmurador alguno, ni puede murmurar ninguno de los que le reciben? Pues como los Padres antiguos hasta la venida del Señor, por más rectamente que hubieran vivido, no fueron llamados al reino hasta que no descendiera Aquel que, mediante su muerte, abriría para los hombres las clausuradas puertas del paraíso, es como un murmurar de ellos eso mismo, el que ellos vivieron santamente por conseguir el reino y, no obstante, se les difirió por mucho tiempo su consecución. De modo que el haber trabajado en la viña y el haber murmurado se cumplió, sin duda, en aquellos a quienes recibieron las mansiones, si bien tranquilas, del infierno, tras de haber vivido santamente. Y así, los que, después de largo tiempo de infierno (limbo de los justos), llegaron a los gozos del reino, es como que, después de haber murmurado, reciben el denario.

Nosotros, en cambio, los que hemos llegado a la hora undécima, no murmuramos después del trabajo y recibimos el denario, puesto que los venidos al mundo después del advenimiento del Mediador somos llevados al reino en seguida que salimos del cuerpo, y recibimos sin demora el reino, que los Padres antiguos merecieron recibir después de larga dilación. Por eso dice también el padre de familias: *Yo quiero dar a éste, bien que sea el último, tanto como a ti.*

Y porque la donación del reino es un acto de su santa voluntad, con razón se añade: *¿Acaso no puedo yo hacer lo que quiero?* Necia es, por tanto, la queja del hombre contra la benignidad de Dios; porque de lo que debería lamentarse sería, no de que no diera lo que no debía, sino más bien de que no diera lo que debía. Por eso con razón prosigue: *¿O ha de ser tu ojo malo porque yo soy bueno?* Nadie, por tanto, se engría de lo que hace; nadie del tiempo que lleva trabajando, puesto que a renglón seguido la misma Verdad clama con esta terminante sentencia: *De esta suerte, los postreros serán primeros, y los primeros, postreros.* Ved, pues, que, aunque sepamos qué y cuántas cosas buenas hemos hecho, todavía ignoramos con cuánta minuciosidad las examinará el supremo Juez. Y la verdad, ya es para gozarse sobremanera cada uno con estar, aunque sea el último, en el reino de los cielos.

5. Pero es harto terrible lo que después de esto sigue: *Muchos, empero, son los llamados, mas pocos los elegidos;* porque muchos, sí, vienen a la fe, pero pocos llegan al reino de los cielos. Y si no, vedlo: cuántos y cuántos concurrimos a la fiesta de hoy; llenamos la capacidad de la iglesia, pero, sin embargo, ¿quién sabe cuán pocos son los que se cuentan en el número de los elegidos de Dios? Ahí lo tenéis; la voz de todos clama: ¡Oh Cristo!; pero no lo clama la vida de todos: muchos siguen a Dios con sus clamores, pero con las obras huyen de El; y por eso dice San Pablo (Tit. 1,16): *Profesan conocer a Dios, mas le niegan con las obras;* y por eso Santiago dice: (2,17): *La fe, si no es acompañada de obras, está muerta en sí misma;* y por lo mismo, el Señor dice por el Salmista (Ps. 39,6): *Púseme yo a referirlos y a contarlos: exceden todo número;* pues, en llamando el Señor, se multiplican sin cuento los fieles, porque a veces vienen

a la fe hasta los no elegidos, y aquí están mezclados con los fieles por la profesión de la fe; mas, por su reprobable vida, no merecen ser contados allí en la suerte de los fieles. Este redil de la Iglesia recibe los cabritos con los corderos; pero, según asegura el Evangelio, cuando viniere el Juez, separa de los buenos a los malos, como el pastor separa de las ovejas a los cabritos. No pueden, pues, contarse allí en el rebaño de las ovejas los que aquí han sido esclavos de los placeres de su carne. El Juez separa allí de la suerte de los humildes a los que aquí se engríen llenos de soberbia; no pueden participar del reino de los cielos quienes, profesando aquí la fe celestial, buscan con todo afán las cosas terrenas. [6.] Y veis en la Iglesia, hermanos carísimos, a muchos tales, pero ni debéis imitarlos ni tampoco despreciarlos; pues sabemos lo que cada uno es hoy, pero no sabemos lo que ha de ser mañana; y con frecuencia al que vemos venir tras de nosotros se nos adelanta por su agilidad en obrar el bien, y apenas si podemos seguir mañana al que hoy parecía que le llevábamos la delantera. Helo aquí: cuando Esteban moría por la fe, Saulo custodiaba los vestidos de los que le apedreaban; por consiguiente, él mismo apedreaba por las manos de todos los apedreadores, puesto que él los dejaba a todos expeditos para apedrear; y, sin embargo, con sus trabajos en la santa Iglesia aventajó al mismo a quien, persiguiéndole, hizo mártir.

Dos cosas son, por lo tanto, las que cuidadosamente debemos considerar: la primera es que, puesto que muchos son los llamados y pocos los escogidos, cada uno se guarde de presumir de sí en modo alguno, porque, aunque haya sido ya llamado a la fe, no sabe si es digno del reino eterno; y la segunda es que nadie se atreva a desalentar al prójimo, a quien tal vez halla yacer en los vicios, porque desconoce la abundancia de la misericordia divina.

7. Os voy a referir, hermanos, una cosa que ha sucedido hace poco, para que, si en vuestro corazón halláis que sois pecadores, améis más la misericordia de Dios omnipotente.

Este mismo año vino de converso a mi monasterio, que está situado junto a la iglesia de los santos mártires Juan y Pablo, cierto hermano; fué recibido con piedad, y con mayor piedad ha vivido él. Un hermano suyo siguióle al monasterio con el cuerpo, que no con el corazón; pues, detestando harto el modo de vivir y el hábito, moraba en el monasterio como huésped; mas, con rehuir en sus costumbres la vida de los monjes, no podía dejar de habitar en el monasterio, porque no tenía ni qué hacer ni dónde vivir. A todos resultaba enojosa su perversidad; mas, por amor a su hermano, todos le soportaban con paciencia, pues era soberbio y lascivo y no sabía que después de este mundo hubiera otra vida, y hasta se burlaba cuando alguno quería predicársela. De manera que vivía en el monasterio con hábito seglar: ligero en el hablar, voluble en antojos, orgulloso, desaliñado en el vestir, disipado en el obrar. Pero en el mes de julio próximo pasado tocóle el azote de la peste que habéis conocido, y, llegado a su fin, comenzó a verse ungido para entregar su alma. Ya casi muerto, habíase refugiado el aliento vital sólo

en el corazón y en la lengua. Hallábanse presentes los hermanos, y, en cuanto con la gracia de Dios podían, defendían con oraciones su partida. Pero, de repente, él, viendo llegársele un dragón para devorarle, comenzó a gritar con grandes voces, diciendo: Mirad que he sido entregado al dragón para que me devore, el cual por vuestra presencia no puede devorarme. ¿Por qué me hacéis esperar? Retiraos para que pueda devorarme. Y como los hermanos le aconsejaran que se signase con la señal de la cruz, con la fuerza que le era posible respondía, diciendo: Yo quiero signarme, pero no puedo, porque me oprime el dragón; las espumas de su boca embadurnan mi rostro, con su boca oprime mi garganta; vedlo, mis brazos están sujetos por él, que ya ha engullido en su boca mi cabeza. Al decir esto él, pálido, tembloroso y moribundo, comenzaron los hermanos a insistir con más fervor en sus oraciones y a ayudar con sus ruegos al oprimido con la presencia del dragón. Entonces, librado de repente, comenzó a gritar con grandes voces, diciendo: ¡Gracias a Dios! Vedle, se marchó; vedle, ya salió; ante vuestras oraciones huye el dragón que se había apoderado de mí; y en seguida prometió que había de servir a Dios y ser monje; y desde aquel momento hasta ahora se ve molestado por las fiebres y cargado de dolores; fué, sí, arrebatado a la muerte, pero no ha sido aún plenamente devuelto a la vida, pues como estuvo dominado por grandes e inveteradas iniquidades, se ve atormentado por una larga enfermedad, y al corazón duro le quema un fuego de más dura purificación, porque sucede, por disposición divina, que a los vicios que más han durado los consuma una más prolongada enfermedad.

¿Quién había de creer jamás que éste llegaría a convertirse? ¿Quién podrá ponderar bastante tanta misericordia de Dios? Ahí lo tenéis; ese joven perverso, en la hora de la muerte vió al dragón a quien sirvió en la vida, pero le vió, no para perder del todo la vida, sino para que supiera a quién había servido, y conociéndolo le resistiera, y resistiéndole le venciera; esto es, vió a quien invisiblemente le dominaba, para que después no le dominara.

¿Qué lengua será bastante para dar a conocer las entrañas misericordiosas de Dios? ¿Qué espíritu no queda atónito ante las riquezas de la piedad divina?

Estas riquezas de la piedad divina consideró el Salmista cuando decía (Ps. 58,18): *¡Oh protector mío!, a ti cantaré salmos, pues tú, ¡oh Dios!, eres mi asilo. ¡Dios mío, misericordia mía!* Vedlo: al considerar que la vida humana está cercada de tantas tribulaciones, llamó a Dios: *Protector mío;* y porque de la tribulación presente nos recibe en el descanso eterno, le llama además *asilo;* pero, considerando que ve y sufre nuestras maldades, que soporta nuestras culpas y, sin embargo, nos preserva mediante la penitencia para premiarnos, no quiso ya llamar a Dios *misericordioso*, sino que le llamó *la misma misericordia*, diciendo: *¡Dios mío, misericordia mía!*

Pongamos, pues, ante nuestra vista todo el mal que hemos hecho y con cuánta benignidad nos soporta Dios; consideremos qué entrañas de misericordia tiene, que no sólo perdona los pecados, sino

que todavía promete el reino de los cielos a los que, después de pecar, hagan penitencia. Y así, de lo más íntimo del corazón, digamos cada uno y digamos todos: ¡Dios mío, misericordia mía, que vives y reinas trino en la Unidad y uno en la Trinidad por infinitos siglos de los siglos! Amén.

HOMILIA XX

(Dirigida al pueblo en la basílica de San Juan Bautista el sábado de las cuatro témporas anterior a la Natividad de Cristo.)

Lección del santo Evangelio según San Lucas (3,1-11)

El año decimoquinto del imperio de Tiberio César, gobernando Poncio Pilato la Judea, siendo Herodes tetrarca de la Galilea, y su hermano Filipo tetrarca de Iturea y de la provincia de Traconítide, y Lisanias tetrarca de Abilinia; hallándose sumos sacerdotes Anás y Caifás, el Señor hizo entender su palabra a Juan, hijo de Zacarías, en el desierto; el cual vino por toda la ribera del Jordán predicando un bautismo de penitencia para la remisión de los pecados; como está escrito en el libro de las palabras del profeta Isaías: La voz de uno que clama en el desierto: Preparad el camino del Señor, enderezad sus sendas. Todo valle sea terraplenado; todo monte y cerro, allanado; y los caminos torcidos serán enderezados, y los escabrosos igualados, y verán todos los hombres al Salvador de Dios. Y decía Juan a las gentes que venían a recibir su bautismo: ¡Oh raza de víboras! ¿Quién os ha enseñado que podréis huir de la ira de Dios que os amenaza? Haced dignos frutos de penitencia y no andéis diciendo: Tenemos a Abrahán por padre. Porque yo os digo que de estas piedras puede hacer Dios nacer hijos de Abrahán. La segur está puesta en la raíz de los árboles; así que todo árbol que no da buen fruto será cortado y arrojado al fuego. Y preguntándole las gentes: ¿Qué es lo que debemos, pues, hacer?, les respondía, diciendo: El que tiene dos vestidos dé al que no tiene ninguno, y haga otro tanto el que tiene qué comer.

1. Con haber hecho mención del emperador de la República romana y de los que gobernaban la Judea, diciendo: *En el año decimoquinto del imperio de Tiberio César, gobernando Poncio Pilato la Judea, siendo Herodes tetrarca de Galilea, y su hermano Filipo tetrarca de Iturea y de la provincia de Traconítide, y Lisanias tetrarca de Abilinia; hallándose sumos sacerdotes Anás y Caifás, el Señor hizo entender su palabra a Juan, hijo de Zacarías, en el desierto,* se determina el tiempo en que el Precursor de nuestro Redentor recibió el encargo de predicar; pues como venía para dar a conocer a Aquel que había de redimir a algunos de los judíos y a muchos de los gentiles, señalando la época del emperador de los gentiles y de los príncipes de los judíos, se fija el tiempo de su predicación. Mas,

como la gentilidad había de ser congregada y la Judea dispersa por culpa de su perfidia, la descripción determina los principados terrenos, puesto que se refiere que en la República romana gobernaba uno solo, y en el reino de la Judea, dividida en cuatro partes, gobernaban varios. Ahora bien, como nuestro Redentor dice (Lc. 11,17): *Todo reino dividido quedará destruído*, luego está claro que había llegado a su término el reino de la Judea, que, dividida, estaba sometida a tantos gobernadores.

Y también se muestra, no sólo bajo qué gobernadores, sino además bajo qué sacerdotes aconteció. Y porque Juan Bautista daría a conocer a Aquel que a la vez sería rey y sacerdote, el evangelista San Lucas señaló el tiempo de su predicación por el reino y el sacerdocio, anunciando quiénes reinaban y quiénes eran sacerdotes.

2. *Vino por toda la ribera del Jordán predicando un bautismo de penitencia para la remisión de los pecados.* Es cosa clara para todos los que leen el Evangelio que Juan no sólo predicó el bautismo de penitencia, sino que también bautizó a algunos. Mas, no obstante, no pudo dar su bautismo para remisión de los pecados, porque sólo por el bautismo de Cristo se nos concede la remisión de los pecados. Y así debe notarse que se dice: *predicando el bautismo de penitencia para remisión de los pecados;* porque, como no podía él dar el bautismo que perdonaría los pecados, lo predicaba. De manera que así como precedía con su predicación al Verbo encarnado del Padre, así también su bautismo, precediéndole, fuera figura del verdadero.

3. Prosigue: *Como está escrito en el libro de las palabras del profeta Isaías: La voz de uno que clama en el desierto: Preparad el camino del Señor, enderezad sus sendas.* En efecto, el mismo Juan Bautista, preguntado quién era, respondió diciendo (Io. 1,23): *Yo soy la voz del que clama en el desierto.* El cual, según hemos dicho antes, es llamado *voz* por el profeta porque iba delante del Verbo.

Ahora, qué es lo que clamaba se manifiesta cuando prosigue: *Preparad el camino del Señor, enderezad sus sendas.* ¿Qué otra cosa hace todo el que predica la verdadera fe y las buenas obras sino preparar el camino del Señor, que viene a los corazones de los oyentes?

Para que este poder de la gracia halle camino abierto y alumbre la luz de la verdad, para que, inculcando con la predicación santos pensamientos en el alma, enderece los caminos del Señor: *Todo valle sea terraplenado, y todo monte y collado, allanado.* ¿Qué se entiende aquí por el nombre de *valle* sino los hombres humildes? ¿Y qué por el de *montes y collados* sino los soberbios? Luego, a la venida del Señor, los valles se terraplenaron y los montes y collados se allanaron, porque, según dice El (Lc. 14,11), *todo el que se ensalza será humillado y quien se humilla será ensalzado.* En efecto, el valle, terraplenado, se eleva, y el monte y el collado, allanados, se abajan. La gentilidad, pues, ciertamente, por su fe en el hombre Jesucristo como Mediador entre Dios y los hombres, recibió la

plenitud de la gracia, mientras que la Judea, por su error, debido a su perfidia, perdió aquello de que se envanecía.

De manera que todo valle será terraplenado, porque los corazones de los humildes, mediante la predicación de la santa doctrina, se llenarán de la gracia de las virtudes, según lo que está escrito (Ps. 103,10): *Tú haces brotar las fuentes en los valles;* y como en otro lugar se dice (Ps. 64,14): *Y abundarán en grano los valles.* Pues bien, el agua se desliza de los montes, esto es, la doctrina de la verdad huye de las mentes soberbias; en cambio, brotan las fuentes en los valles, esto es, las mentes de los humildes reciben la enseñanza de la predicación.

Ya hemos visto cómo los valles abundan en grano, porque se han llenado con el sustento de la verdad las bocas de los que, por mansos y sencillos, parecían a este mundo despreciables. [4.] También el pueblo, que había visto a Juan Bautista dotado de una admirable santidad, creía que él era particularmente aquel monte elevado y sólido del cual está escrito (Mich. 4,1): *En los últimos tiempos, el monte de la casa del Señor será fundado sobre la cima de los montes;* pues creían que él era el Cristo, según lo que dice el Evangelio (Lc. 3,15): *Opinando el pueblo que quizá Juan era el Cristo y prevaleciendo esta opinión en el corazón de todos,* le requerían, diciendo: *¿Por ventura eres tú el Cristo?* Pero, si Juan no se hubiera tenido por valle, no habría estado lleno de gracia en el espíritu; el cual, para dar a entender lo que era, dijo (Mt. 3,11): *El que viene después de mí es más poderoso que yo y no soy yo digno de besarle las sandalias.* Y de nuevo dice (Io. 3,28): *El esposo es aquel que tiene esposa; mas el amigo del esposo, que está para asistirle y atenderle, se llena de gozo con oír la voz del esposo. Mi gozo, pues, ahora es completo. Conviene que él crezca y que yo mengüe.* Ved que, siendo, por su admirable conducta virtuosa, tal que se opinaba que sería el Cristo, no sólo respondió que él no era el Cristo, sino que declaró no ser siquiera digno de desatar la correa de su calzado, esto es, de escudriñar el misterio de su encarnación. Los que opinaban que él era el Cristo, creían que la Iglesia era su esposa; pero él dice: *El esposo es aquel que tiene esposa;* como si dijera: Yo no soy el esposo, pero soy amigo del esposo; y declara que su gozo está, no en la voz suya, sino en oír la voz del esposo, porque su corazón se alegraba, no precisamente porque, cuando predicaba, los pueblos le oían humildes, sino porque él oía interiormente la voz de la Verdad para predicarla afuera. Y dice bien que el gozo es completo, porque quien se goza en la voz suya, no tiene gozo completo.

También dice: *Conviene que El crezca y que yo mengüe.* [5.] Respecto a lo cual hay que inquirir en qué creció Cristo y en qué menguó Juan, sino en que el pueblo, que veía la abstinencia de Juan y tan distante de los hombres, creía que él era el Cristo; mientras que, viendo a Cristo comer con los publicanos y andar con los pecadores, creía que éste no era el Cristo, sino un profeta; pero, andando el tiempo, Cristo, que había sido tenido por un profeta, fué reconocido por el Cristo; y Juan, que era tenido por el

Cristo, se dió a conocer que era profeta. Y así se cumplió lo que de Cristo predijo su Precursor: *Conviene que El crezca y que yo mengüe.* Efectivamente, en la apreciación del pueblo, Cristo crecía, porque fué reconocido por lo que era; y Juan menguó, porque dejó de ser llamado lo que no era.

Por consiguiente, puesto que Juan perseveró en la santidad precisamente porque se mantuvo humilde en su corazón, y, en cambio, muchos han caído precisamente porque se envanecieron en sí mismos con pensamientos altivos, dígase con razón: *Todo valle será terraplenado, y todo monte y collado, allanado;* porque los humildes reciben la gracia que rechazan de sí los corazones de los soberbios.

6. Prosigue: *Y así los caminos torcidos serán enderezados, y los escabrosos, igualados.* Los caminos torcidos son enderezados cuando los corazones de los malos, torcidos por la injusticia, se rigen por la norma de la justicia; y los escabrosos se tornan planos cuando las almas que no son mansas, sino iracundas, vuelven a la suavidad de la mansedumbre por la infusión de la gracia celestial.

De manera que, cuando el alma iracunda no recibe la palabra de la verdad, es como si la aspereza del camino impidiera el paso del caminante; en cambio, cuando el alma iracunda, por la gracia de la mansedumbre que ha recibido, acepta la palabra de exhortación, el predicador encuentra llano el camino allí donde antes no podía dar un paso por la escabrosidad del mismo camino, esto es, donde no podía predicar.

7. Continúa: *Y verá toda carne al Salvador de Dios.* Como *toda carne* se toma en el sentido de *todo hombre,* y todos los hombres no han podido ver en esta vida al Salvador de Dios, esto es, a Cristo, ¿adónde, pues, tiende el profeta la mirada de la profecía en esta sentencia sino al día del último juicio? En el cual, abriéndose los cielos, aparezca Cristo, en el trono de su majestad, asistido por los ángeles y sentado con los apóstoles, todos, así los elegidos como los réprobos, le verán igualmente, para que los justos gocen sin fin del don de la retribución y los injustos giman perpetuamente en la venganza del suplicio.

Ahora bien, como esta sentencia se refiere a que en el último juicio será visto de toda carne, rectamente se añade: *Y decía a las turbas que venían a que las bautizase: ¡Oh raza de víboras!, ¿quién os ha enseñado que podréis huir de la ira que os amenaza?* Porque la ira que amenaza es el castigo de la venganza eterna, la cual no puede rehuir entonces el pecador que ahora no recurre a los lamentos de la penitencia.

Y es de notar que los malos descendientes, que imitan las acciones de los padres malos, son llamados *raza de víboras;* porque, como miran con malos ojos a los buenos y los persiguen, como pagan con males a algunos, como procuran daños a los prójimos, como en todas estas cosas siguen las huellas de sus padres carnales, son como hijos que han nacido envenenados de padres envenenados.

8. Ahora bien, puesto que ya hemos pecado, puesto que nos

hallamos envueltos en el hábito de la mala costumbre, diga qué es lo que debemos hacer para que podamos huir de la ira que nos amenaza.

Prosigue: *Haced dignos frutos de penitencia.* Palabras en las que es de notar que el amigo del esposo aconseja hacer, no ya *frutos de penitencia,* sino *dignos frutos de penitencia;* porque una cosa es hacer frutos de penitencia, y otra hacer dignos frutos de penitencia. Y para exponer cuáles sean dignos frutos de penitencia, es de saber que a quien no ha cometido ninguna cosa ilícita, con razón se le permite que use de las lícitas y que practique sus obras de piedad de modo que, no obstante, si quisiere, no abandone las cosas lícitas del mundo; pero, si alguno ha incurrido en pecado de fornicación, o tal vez, lo que es más grave, en adulterio, tanto debe abstenerse de las cosas lícitas cuanto más ilícitas cosas se acuerda haber cometido; pues tampoco debe ser igual el fruto de la buena obra de aquel que ha delinquido menos y de aquel que ha delinquido más, o de aquel que no ha caído en maldad alguna y de quien ha caído en alguna y de quien ha caído en muchas. Por eso es por lo que, conforme a la conciencia de cada uno, se aplica aquello de: *Haced dignos frutos de penitencia;* de suerte que tanto mayor ganancia debe lucrar por medio de la penitencia, cuanto mayores daños se ha inferido con la culpa.

9. Mas los judíos, gloriándose en la nobleza de su linaje, no querían reconocerse por pecadores por razón de que descendían de la estirpe de Abrahán; a los cuales con razón se dice: *Y no andéis diciendo: Tenemos por padre a Abrahán, porque yo os digo que Dios es poderoso para hacer de estas piedras hijos de Abrahán.* ¿Qué fueron sino piedras los corazones de los gentiles, insensibles para conocer a Dios, según se dice a ciertos judíos (Ez. 36,26): *Quitaré de vuestro cuerpo el corazón de piedra?* Y no sin fundamento se ha designado a los gentiles con el nombre de piedras, puesto que han adorado a las piedras y está escrito a tal propósito (Ps. 113,8): *Sean semejantes a estos ídolos los que los hacen y cuantos en ellos ponen su confianza.* De las cuales piedras fueron, en efecto, suscitados hijos de Abrahán; porque, cuando los duros corazones de los gentiles creyeron en la descendencia de Abrahán, esto es, en Cristo, hiciéronse hijos de aquel a cuya descendencia se juntaron por la fe. Por eso, también el egregio Predicador dice a estos mismos gentiles (Gal. 3,29): *Y siendo vosotros de Cristo, sois hijos de Abrahán.* Luego, si nosotros por la fe de Cristo ya somos hijos de Abrahán, los judíos, por su perfidia, dejaron de ser hijos de Abrahán.

Cierto es que, en aquel día del tremendo juicio, los padres buenos no pueden aprovechar a los hijos malos; lo asegura el profeta, que dice (Ez. 14): *Si Noé, Daniel y Job se pusieren de su parte, juro yo, dice el Señor Dios, que no librarán al hijo ni a la hija, sino que ellos, por su justicia, librarán sus almas;* y en otra parte: que los hijos buenos no aprovechan a los padres malos, sino que la bondad de los hijos sirve más bien de reato a los padres malos, la Verdad lo dice por sí misma a los judíos incrédulos (Lc. 11,19): *Si yo lanzo*

los demonios por medio de Beelcebú, ¿por virtud de quién los lanzan vuestros hijos? ; por tanto, ellos mismos serán vuestros jueces.

10. Prosigue: *La segur está ya puesta en la raiz del árbol. Así que todo árbol que no da fruto será cortado y arrojado al fuego.* Arbol de este mundo es todo el género humano; la segur es nuestro Redentor, que, en cuanto a la humanidad, se compone como del mango y de la cuchilla; pero que, en cuanto a la divinidad, corta; y la segur está ya como aplicada al árbol, porque, aunque por la paciencia espera, pero, no obstante, ya se ve lo que ha de hacer: y *todo árbol que no da fruto será cortado y arrojado al fuego ;* porque todo perezoso que rehusa el hacer aquí fruto de buenas obras, halla más pronto preparado el fuego del infierno.

Y es de notar que se dice: *la segur está puesta,* no a las ramas, sino a la raíz; así que, cuando son arrebatados los hijos de los malos, ¿qué otra cosa se corta sino las ramas del árbol infructuoso?; pero, cuando, a una con el padre, es arrebatada toda la descendencia, el árbol infructuoso es cortado de raíz, para que ya no subsista por donde brote de nuevo la mala descendencia.

De las palabras del Bautista consta que los corazones de los oyentes se turbaron, pues en seguida añade: *Y preguntábanle las gentes, diciendo: ¿Qué es lo que debemos hacer?* Habíanse conmovido por el terror quienes pedían consejo.

11. Prosigue: *Les respondía, diciendo: El que tiene dos vestidos dé al que no tiene ninguno, y haga otro tanto el que tiene qué comer.* Porque el vestido nos es más necesario que la capa, pertenece al digno fruto de penitencia el que debemos partir con los prójimos no sólo cualquier cosa exterior y menos necesaria, sino hasta las cosas que nos son más necesarias, como, por ejemplo, la comida, con que vivimos en cuanto al cuerpo, y el vestido, con que nos cubrimos. Ahora bien, como en la Ley está escrito (Lev. 19): *Amarás a tu prójimo como a ti mismo,* queda convicto de amar menos al prójimo quien no parte con él, cuando está necesitado, aun las cosas que le son necesarias. Por consiguiente, se manda que se partan con el prójimo dos vestidos, precisamente porque esto no puede decirse de uno; pues, si se dividiera uno, ninguno se vestiría; pues, en efecto, con medio vestido lo mismo se queda sin vestir el que lo recibe que quien lo da.

Mas, por lo que a esto hace, es de saber cuánto valen las obras de misericordia, puesto que ellas se preceptúan con preferencia a las demás obras como dignos frutos de penitencia. También por eso, la Verdad dice por sí misma (Lc. 11,41): *Dad limosna, y, con eso, todas las cosas estarán limpias en orden a vosotros ;* y en otro lugar dice: *Dad y se os dará ;* por eso está escrito (Eccli. 3,33): *El agua apaga el fuego ardiente y la limosna expía los pecados ;* por eso otra vez se dice (Eccli. 29,15): *Mete la limosna en el seno del pobre y ella rogará por ti ;* por eso el buen padre aconseja al hijo bueno, diciendo (Lc. 6; Tob. 4,9): *Si tuvieres mucho, da con abundancia; si poco, aun de esto poco procura dar de buena gana.*

12. De ahí que nuestro Redentor, para mostrar cuán grande

virtud es la sobriedad y el dar hospitalidad a los indigentes, dice (Mt. 10,41): *El que hospeda a un profeta en atención a que es profeta, recibirá premio de profeta; y el que hospeda a un justo en atención a que es justo, tendrá galardón de justo.* Palabras en las cuales es de notar que se dice: recibirá premio, no *del profeta* ni *del justo*, sino premio *de profeta* y *de justo*; porque una cosa es premio del profeta, y otra premio de profeta; como una cosa es premio del justo, y otra premio de justo. ¿Pues qué es decir recibirá premio de profeta sino que quien con su dádiva sostiene al profeta, aunque él no es profeta, sin embargo, ante el Señor omnipotente tendrá el premio de la profecía? Tal vez éste es un justo que, por lo mismo que nada de este mundo posee, tanta mayor libertad tiene para hablar en favor de la justicia; pues bien, cuando a éste le sustenta uno que posee algo en este mundo y que acaso no se atreve todavía a hablar en pro de la justicia, se hace partícipe de la libertad con que aquél aboga por la justicia; de manera que recibirá igualmente la recompensa de la justicia con aquel a quien ayudó sustentándole, puesto que así pudo defender libremente la justicia. Aquél cierto es que está lleno del espíritu de profecía, pero, con todo, necesita de alimento corporal; y si no se alimenta el cuerpo, cierto es también que no puede hablar; por tanto, quien proporciona alimento al profeta en atención a que es profeta, le ha dado fuerzas para que pueda proferir su profecía; por consiguiente, recibirá con el profeta el premio quien, aunque no esté dotado del espíritu profético, pero a los ojos de Dios exhibe esto: que le ayudó.

He ahí por qué San Juan (3,7) dice a Cayo, refiriéndose a algunos hermanos peregrinos: *Pues que por el nombre de Cristo han emprendido el viaje, sin tomar nada de los gentiles, por eso mismo nosotros debemos acoger a los tales, a fin de cooperar a la verdad.* De modo que quien provee de subsidios temporales a los que tienen dones espirituales, se hace cooperador de éstos en esos mismos dones espirituales. Siendo, pues, pocos los que reciben dones espirituales y muchos los que abundan en cosas temporales, los ricos hacen suyas las virtudes de los pobres por cuanto auxilian con sus riquezas a los pobres santos.

He ahí por qué, cuando por boca de Isaías al Señor promete a la gentilidad desierta, esto es, a la santa Iglesia, los méritos de las virtudes espirituales bajo la figura de arbustos en el desierto, también prometió a la vez olmo, diciendo (Is. 41,18): *Al desierto le convertiré en estanques de aguas, y en la tierra árida e inhabitable haré correr copiosos arroyos; haré nacer en la soledad el cedro, el setín, y el arrayán, y el olivo; y en el desierto produciré a un tiempo el abeto, el olmo y el boj, a fin de que todos a una vean, y sepan, y consideren, y comprendan.*

13. En efecto, el Señor puso en el desierto estanques de aguas y en la tierra árida arroyos; porque a la gentilidad, que, por la aridez de su mente, no daba antes fruto alguno de buenas obras, le dió las corrientes de la santa predicación; y la misma a la que antes, por la rudeza de su aridez, no tenían acceso los predicadores, luego

hizo brotar ríos de doctrina. A la cual se promete, además, como un grande don: *Haré nacer en la soledad el cedro y el setín*, o espino blanco. Vemos la razón de prometer el cedro, porque es muy oloroso y de naturaleza incorruptible; mas, por lo que respecta al espino, habiéndose dicho al hombre que pecó (Gen. 3): *Espinas y abrojos te producirá la tierra*, ¿qué mucho que se le prometa a la santa Iglesia lo que al hombre que peca se le propaga en castigo? Pero con el nombre de cedro se designan los que en sus obras muestran virtudes y milagros, los cuales pueden decir con San Pablo (2 Cor. 2, 15): *Nosotros somos el buen olor de Cristo;* los corazones de los cuales se hallan tan sólidamente fundados en el amor eterno, que ya no puede corromperlos podredumbre alguna del amor terreno. Y en el setín están significados los varones de doctrina espiritual, los cuales, cuando disertan sobre los pecados o sobre las virtudes y ora amenazan con los suplicios eternos, ora prometen los gozos del reino celestial, punzan los corazones de los oyentes, y así perforan con el dolor de la compunción, para que corran de sus ojos lágrimas a manera de sangre del alma.

El arrayán o mirto es figura de la virtud de la templanza, de manera que con la moderación ponga freno a los miembros disolutos. ¿Quiénes, pues, están figurados por el mirto sino los que saben compadecerse de las aflicciones de los prójimos, cuyas tribulaciones mitigan con su compasión, según esto que está escrito (2 Cor. 1,4): *Bendito sea Dios, que nos consuela en todas nuestras tribulaciones, para que podamos también nosotros consolar a los que se hallan en cualquier trabajo?* ; los cuales, cuando llevan a los prójimos afligidos una palabra o una ayuda de consuelo, sin duda que los contienen dentro de la rectitud para que no lleguen a desesperarse al verse atribulados sin amparo.

Y ¿a quiénes tomamos por el olivo sino a los misericordiosos, ya porque en griego la misericordia se dice óleos, ya porque el fruto de la misericordia luce ante los ojos de Dios omnipotente como el licor de la oliva?

Todavía se le añade en la promesa: *Y en el desierto produciré a un tiempo el abeto, el olmo y el boj.* ¿Y quiénes están figurados en el abeto, que, creciendo, se levanta a grande altura, sino aquellos que en la Iglesia, si bien viviendo aún en cuerpos terrenos, contemplan ya las cosas celestiales, y que, aunque en su nacimiento brotaron de la tierra, por la contemplación remontan ya su mente hasta lo más alto de los cielos?

¿Y quiénes están significados por el olmo sino las almas de los seglares, que, entregándose todavía a los cuidados terrenos, ningún fruto dan de virtudes espirituales? Mas, aunque el olmo no tiene fruto propio, suele, no obstante, sostener a la vid con fruto; porque también los seculares en la santa Iglesia, aunque no tienen fruto de virtudes espirituales, pero, cuando con su largueza sustentan a los varones llenos de dones espirituales, ¿qué hacen sino sostener la vid con los racimos?

Y el boj, que no sube a lo alto y que, aunque tampoco tiene

fruto, pero conserva siempre su verdor, ¿a quiénes otros figura sino a los que en la santa Iglesia todavía no pueden, por su corta edad, hacer buenas obras, pero, sin embargo, siguiendo la fe de los padres fieles, mantienen la fe en perpetuo verdor?

Después de todo lo cual rectamente se agrega: *Para que todos a una vean, y sepan, y consideren, y comprendan.* De manera que el cedro se pone en la Iglesia para que quienquiera que recibe del prójimo el olor de las virtudes espirituales, no se quede él absorto en el amor de la vida presente, antes bien, se encienda en deseos de los bienes celestiales.

El espino se pone en la Iglesia para que quien se sintiere punzado con la palabra de la predicación, a ejemplo de ella aprenda a compungir con la predicación los corazones de los que le siguen.

Se pone el mirto para que quien en lo recio de la tribulación recibiera de los labios o de las obras del prójimo que se compadece la mitigación del consuelo, aprenda cómo debe él mitigar también con su consuelo a los prójimos afligidos.

Se pone el olivo a fin de que quien ve las obras de misericordia que otros practican, aprenda de qué manera debe él mismo compadecerse del prójimo indigente.

Se pone el abeto para que quien conociere el valor de su contemplación se inflame él también en el deseo de contemplar los premios eternos.

Se pone el olmo para que quien vea cómo este que de suyo no puede tener fruto de virtudes espirituales sustenta, sin embargo, a los que están llenos de dones espirituales, ayude, con cuanta largueza pueda, la vida de los santos y soporte, sosteniéndolos, los racimos de bienes celestiales que él no puede producir.

Y se pone el boj para que quien considera que muchos, tiernos todavía, tienen el verdor de la verdadera fe, se avergüence él de ser aún infiel.

De suerte que, después de descritos los árboles, rectamente se dice: *A fin de que todos vean, y sepan, y consideren, y comprendan.* Donde, además, atinadamente, se agrega: *Todos a una,* porque, como en la santa Iglesia las diversas costumbres de los hombres son de diversa clase, es necesario que todos a una aprendan ya que a una ven en la Iglesia individuos de distinta condición, edad y clase a quienes imitar.

Pero he aquí que, pretendiendo exponer la significación del olmo, hemos divagado largamente por muchos arbustos. Volvamos, pues, al porqué trajimos a cuento el testimonio del profeta (Mt. 10): *Quien hospeda a un profeta en atención a que es profeta, recibirá premio de profeta.* Es porque, si bien el olmo no da fruto, sin embargo, sosteniendo a la vid con sus frutos, hace suyos los frutos ajenos que buenamente sustenta.

14. Ahora bien, cuando Juan nos aconseja obras grandes, al decir: *Haced dignos frutos de penitencia,* y otra vez: *El que tiene dos túnicas, dé al que no la tiene, y haga otro tanto el que tiene qué comer,* ya se da a entender claramente qué es lo que la Verdad dice (Mt. 11,

12): *Desde el tiempo de Juan Bautista hasta el presente, el reino de los cielos padece violencia, y los violentos son los que lo arrebatan.*

Palabras de la divina sentencia que debemos estudiar a fondo con el mayor cuidado, porque hay que averiguar de qué modo puede sufrir violencia el reino de los cielos y quién hace violencia al cielo. Y si es que el reino de los cielos padece violencia y los violentos lo arrebatan, hay que averiguar por qué desde el tiempo de Juan Bautista y no también antes.

Y es que, cuando la Ley dice: Quien hiciere esto o aquello morirá, a todo lector está patente que a cualesquiera pecadores hirió con severo castigo, pero no devolvió a la vida por la penitencia; pero, cuando Juan Bautista, como precursor de la gracia del Redentor, predica la penitencia para que el pecador que murió por la culpa viva por la conversión, resulta cierto que, desde el tiempo de Juan Bautista, el reino de los cielos padece violencia. Pues ¿qué es el reino de los cielos sino la mansión de los justos? Por tanto, a sólo los justos se deben los premios de la patria celestial, y así los humildes, los castos, los mansos, los misericordiosos, lleguen a los gozos eternos. Mas, cuando alguno, o hinchado de soberbia, o manchado con el vicio de la carne, o encendido en ira, o sin piedad por su crueldad, después de la culpa se convierte por la penitencia y logra la vida eterna, es como que el pecador entra en patria ajena. Luego, desde el tiempo de Juan Bautista, el reino de los cielos padece violencia, y los violentos lo arrebatan, porque quien dió a conocer a los pecadores la penitencia, ¿qué otra cosa enseñó sino a arrebatar a viva fuerza el reino de los cielos?

Repasemos, pues, hermanos carísimos, los males que hemos hecho y aflijámonos con frecuentes lamentaciones; arrebatemos por medio de la penitencia la vida que no hemos alcanzado con nuestra vida. Dios omnipotente exige de nosotros tal violencia porque quiere que con nuestros llantos arrebatemos el reino de los cielos, que no se debe a nuestros méritos. No quiebre la firmeza de nuestra esperanza ni cualidad ni cantidad alguna de nuestros pecados. Gran confianza en el perdón ofrece aquel ladrón venerable, el cual es venerable no por ladrón, pues fué ladrón por su crueldad, sino venerable por su confesión.

Considerad, pues, considerad cuán incomprensibles entrañas de misericordia hay en Dios omnipotente. Este ladrón, con las manos ensangrentadas, sin pensar adónde se encamina, colgado está del patíbulo de la cruz: allí confesó, allí sanó, allí mereció oír (Lc. 23): *Hoy estarás conmigo en el paraíso.* ¿Qué es esto? ¿Quién será capaz de decir y de apreciar tanta bondad de Dios? Desde el mismo lugar del castigo de su crimen llegó a los premios de la virtud. Y es que Dios omnipotente ha permitido que sus elegidos caigan en algunos yerros, precisamente para ofrecer la esperanza del perdón a otros que yacen en la culpa, si de todo corazón se vuelven a El, y ya abrirles la patria celestial mediante los llantos de la penitencia.

Ejercitémonos, por consiguiente, nosotros en los lamentos; extingamos con llantos y dignos frutos de penitencia las culpas que

hemos cometido, no sea que se acabe el tiempo que se nos ha concedido para el perdón; porque los que vemos a muchos curados ya de sus iniquidades, ¿qué tenemos en ello sino una prenda de la divina misericordia?

Ayúdenos el mismo a quien amamos, Jesucristo, Dios y Señor nuestro, que con el Padre y el Espíritu Santo vive y reina, Dios, por todos los siglos de los siglos. Amén.

LIBRO II

HOMILIA I [XXI]

(Dirigida al pueblo en la basílica de Santa María el día santo de Pascua.)

Lección del santo Evangelio según San Marcos (16,1-7)

Pasado el sábado, María Magdalena y María de Santiago y Salomé compraron aromas para ir a embalsamar a Jesús. Y, partiendo muy de madrugada el primer día de la semana, llegaron al sepulcro salido ya el sol. Y se decían una a otra: ¿Quién nos quitará la piedra de la entrada del sepulcro? La cual realmente era muy grande. Mas, echando la vista, repararon que la piedra estaba apartada. Y, entrando en el sepulcro, se hallaron con un joven sentado al lado derecho, vestido de un blanco ropaje, y se quedaron pasmadas. Pero él les dijo: No tenéis que asustaros; vosotras venís a buscar a Jesús Nazareno, que fué crucificado; ya resucitó; no está aquí; mirad el lugar donde le pusieron. Pero id y decid a sus discípulos y a Pedro que irá delante de vosotros en Galilea, donde le veréis, según que os tiene dicho.

1. Hermanos carísimos, he tenido por costumbre hablaros por medio de muchas lecciones que yo dictaba; mas, como por la debilidad del estómago no puedo leer yo mismo lo que tenía dictado y advierto que algunos de vosotros escuchan con poco gusto, he ahí por qué ahora, contra costumbre, quiero imponerme a mí mismo el exponer dentro de la solemnidad de la misa la lección del santo Evangelio, no dictándola, sino pronunciándola.

Así que recibidla conforme la hablamos, ya que la palabra hablada mueve los corazones tardos más que la leída y golpea cual con mano solícita para que se mantengan alerta.

Es verdad que no veo cómo pueda ser capaz de esta obra; pero, no obstante, el amor suministra las fuerzas que la impericia niega; pues conozco al que dice (Ps. 80,11): *Abre bien tu boca, que yo la saciaré plenamente.* Queramos, pues, realizar la buena obra, que con la ayuda de Dios se perfeccionará. Además, que esta misma gran solemnidad de la resurrección del Señor da alientos para hablar, pues también es harto indigno que la lengua carnal silencie los debidos laudes precisamente en este mismo día en que resucitó la carne de su Creador.

2. Habéis oído, hermanos carísimos, que las santas mujeres que habían seguido al Señor acudieron con perfumes al sepulcro,

y, llevadas del afecto humano, muéstranse obsequiosas con aquel, aunque ya muerto, a quien habían amado vivo. Pues bien, lo que ellas hicieron significa algo que debe hacerse en la Iglesia. Sí, es necesario que oigamos lo que se ha hecho para que meditemos en lo que, a su ejemplo, nosotros debemos hacer también. Así que nosotros, que creemos en el que ha muerto, si, abundando en el buen olor de las virtudes, buscamos mediante las buenas obras al Señor, ciertamente venimos a su sepulcro con perfumes.

Y aquellas mujeres que acudieron con aromas ven a los ángeles, porque las almas que con el buen olor de las virtudes se encaminan con santos deseos al Señor, llegan a ver a los que moran en el cielo.

Pero debemos notar qué es lo que significa el que se vea al ángel sentado a la derecha. Pues bien, ¿qué se significa por la siniestra sino la vida presente, y qué por la derecha sino la vida eterna? Por eso en el Cantar de los Cantares (2,6) está escrito: *Mi esposo pondrá su mano izquierda debajo de mi cabeza y con su diestra me abrazará.* Luego, como nuestro Redentor había trascendido ya la mortalidad de la vida presente, con razón estaba sentado a la derecha el ángel que había venido a anunciar su vida eterna. El cual se mostró revestido de blanca vestidura, porque anunció los gozos de nuestra festividad; así que la blanca vestidura es nuncio del esplendor de nuestra solemnidad. ¿De la nuestra, diremos, o de la suya? Pues para decirlo más propiamente, digamos: de la suya y de la nuestra.

En efecto, la resurrección de nuestro Redentor fué también fiesta nuestra, porque nos devolvió la inmortalidad; y fué festividad de los ángeles, porque, con devolvernos a nosotros al cielo, se completó el número de los que de ellos claudicaron.

Luego, en su festividad y en la nuestra, el ángel apareció con blancas vestiduras, porque, cuando por la resurrección del Señor volvemos nosotros a los cielos, quedan reparadas las vacantes de la patria celestial.

3. Mas oigamos lo que se dice a las mujeres que llegan: *No os asustéis;* como si claramente les dijera: Asústense los que no aman la venida de los ciudadanos del cielo; teman los que, presos de carnales apetitos, desesperan de poder llegar a juntarse con ellos; pero vosotros, los que veis a vuestros conciudadanos, ¿por qué teméis? Por eso San Mateo (28,3), describiendo al ángel que había aparecido, dice: *Su semblante como el relámpago, y era su vestidura como la nieve.*

El terror del miedo está figurado en el relámpago, y en la nieve lo apacible de la blancura. Y como Dios omnipotente es terrible para los pecadores y blando para los justos, rectamente el ángel, testigo de su resurrección, aparece con el rostro como el relámpago y vestido de blanco, de suerte que, con su mismo aspecto, a un tiempo aterrará a los réprobos y alentará a los piadosos. Por eso mismo también al pueblo que caminaba por el desierto (Ex. 13) precedía una columna de fuego por la noche y una columna de nube por el día. En el fuego, pues, se significa el terror, y en la nube una visión

blanda y acariciadora. Asimismo, la vida del justo se toma por día, y la del pecador por noche. De ahí que San Pablo dice a los pecadores convertidos (Eph. 5,8): *En otro tiempo fuisteis tinieblas, mas ahora sois luz en el Señor*. De día, pues, la columna se mostró como nube y de noche como de fuego, porque Dios omnipotente aparecerá blando para los justos y terrible para los injustos: a aquéllos, cuando vengan a juicio, los acariciará con la suavidad de su mansedumbre; pero a éstos los aterrará con el rigor de su justicia.

4. Pero oigamos ya lo que añade el ángel: *Vosotras venís a buscar a Jesús Nazareno*. Jesús en lengua latina significa salud, esto es, Salvador; y cierto es que entonces muchos podían llamarse Jesús, pero no sustantiva, sino nominalmente; por eso, para dar a entender de qué Jesús habla, se agrega el lugar: de Nazaret o *Nazareno;* y agrega la causa: *Que fué crucificado*. Y añade: *Ya resucitó, no está aquí*. Se dice no está aquí en cuanto a la presencia corporal, quien, sin embargo, jamás está ausente en cuanto a la presencia de su majestad.

Pero id y decid a sus discípulos y a Pedro: El irá delante de vosotros en Galilea. Debemos inquirir por qué, después de nombrados los discípulos, Pedro es designado por su nombre. Y es porque, si éste, que había negado a su Maestro, no fuera designado nominalmente por el ángel, no se atrevería a acudir con los discípulos. Es llamado, pues, nominalmente para que no desesperara por causa de la negación. En lo cual nosotros debemos considerar por qué Dios omnipotente permitió que éste, a quien había dispuesto para que presidiera toda la Iglesia, temiera ante el dicho de una criada y le negara a El mismo. Lo cual sabemos con certeza que fué traza de una providencia llena de gran piedad; para que quien había de ser pastor de la Iglesia aprendiera en su culpa cómo debería él compadecerse de los otros; por eso le hizo conocerse primero a sí mismo y después le puso al frente de los demás, para que de su flaqueza aprendiera cuán misericordiosamente debía soportar las debilidades ajenas.

5. Y se dice bien de nuestro Redentor: *El irá delante de vosotros en Galilea, donde le veréis, según os tiene dicho*, pues Galilea se interpreta por *transmigración realizada*. En efecto, nuestro Redentor ya había pasado de la pasión a la resurrección, de la muerte a la vida, de los sufrimientos a la gloria, de la corrupción a la incorrupción; y en verdad después de la resurrección le ven los discípulos primeramente en Galilea, porque, si ahora pasamos de los vicios a lo excelso de las virtudes, después veremos contentos la gloria de su resurrección. Así que quien es anunciado en el sepulcro se deja ver en la transmigración, porque quien es reconocido por la mortificación de la carne es visto en la transmigración del alma.

Hemos tocado estas cosas a la ligera por exponer la lección del Evangelio en la gran solemnidad del día; pero pláceme hablar algo más detenidamente acerca de esta solemnidad.

6. Pues bien, había dos vidas, una de las cuales conocíamos, pero desconocíamos la otra; la una, es verdad, era mortal; la otra,

inmortal; una corruptible, otra incorruptible; una de muerte, otra de resurrección. *Pero vino el Mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre* (1 Tim. 2,5), tomó una y dió a conocer la otra; sobrellevó la una muriendo y dió a conocer la otra resucitando; pues si a los que conocemos la vida mortal nos prometiera la resurrección de la carne, pero no nos la mostrara palpablemente, ¿quién creyera sus promesas? Así es que, hecho hombre, apareció en la carne, se dignó morir voluntariamente, pero resucitó en virtud de su poder, y con su ejemplo nos hizo palpar lo que nos había prometido como premio.

Mas tal vez alguno diga: El resucitó, sí, debidamente, porque, como Dios, no pudo estar sujeto a la muerte. Pues para ilustrar nuestra ignorancia, para robustecer nuestra flaqueza, no quiso que bastara el solo ejemplo de su resurrección, sino que entonces murió El solo, pero no resucitó El solo; porque escrito está (Mt. 27,52): *Los cuerpos de muchos santos, que habían muerto, resucitaron.* Queda, pues, cerrado el paso a todos los argumentos de la perfidia. Por tanto, nadie diga: El hombre no debe esperar en sí lo que en su carne mostró Dios hombre; ya sabemos que con Dios resucitaron hombres, y no dudamos que fueron puros hombres.

Luego, si somos miembros de nuestro Redentor, esperemos que se realice en nosotros lo que consta que se realizó en la Cabeza. Por muy en poco que nos tengamos nosotros, los últimos miembros, debemos esperar en nosotros lo que hemos oído de los miembros superiores.

7. Pero ved que ahora me estoy acordando de lo que los judíos decían al Hijo de Dios crucificado (Mt. 27,42): *Si él es el Rey de Israel, baje ahora de la cruz y creeremos en él.* Pero, si entonces bajara de la cruz por condescender, en efecto, con los que le insultaban, no nos mostraría la virtud de la paciencia. Mas esperó un poco, soportó los oprobios, toleró las burlas, conservó la paciencia, dejó para más tarde la admiración, y El, que no quiso bajar de la cruz, se levantó del sepulcro; que levantarse del sepulcro fué más que bajar de la cruz; más fué destruir la muerte resucitando que conservar la vida descendiendo. Ahora que los judíos, como no le vieron bajar de la cruz ante sus insultos, y, en cambio, le vieron muerto, creyeron que le habían vencido y se gozaron como si hubieran hecho desaparecer su nombre.

Mas he aquí que ha ido creciendo en el mundo su nombre, hecho famoso por su muerte, precisamente de donde aquella turba infiel creyó que se había extinguido. Y ahora el mundo llora la muerte de aquel a quien se gozaban los judíos de haber dado muerte, porque conoce que El por el suplicio subió a su gloria. Lo cual significan bien en el libro de los Jueces (16) las hazañas de aquel Sansón, que, habiendo entrado en Gaza, ciudad de los filisteos, en seguida que éstos supieron su llegada, cercaron de improviso la ciudad con vigilantes que le acecharan y se gozaron de haber hecho al fin preso a Sansón; y ya sabemos lo que hizo Sansón: a media-

noche arrancó las puertas de la ciudad y se las llevó a lo alto del monte.

¿A quién representa, hermanos míos, con este hecho aquel Sansón sino a nuestro Redentor? ¿Qué significa la ciudad de Gaza sino el sepulcro? ¿Y qué se significa por los filisteos sino la perfidia de los judíos, los cuales, en viendo muerto al Señor y su cuerpo depositado en el sepulcro, en seguida pusieron guardias en el sepulcro y se alegraron de que se hallara encerrado en la tumba, como Sansón en Gaza, aquel que habíase mostrado como autor de la vida? Pero a medianoche Sansón salió, no solo, sino que además se llevó las puertas, porque, en efecto, nuestro Redentor, resucitado antes de amanecer, no sólo salió libre del sepulcro, sino que además rompió los cerrojos del infierno; arrancó las puertas y subió a lo alto del monte, porque, resucitando, arrancó las puertas del infierno y en su ascensión penetró en el reino de los cielos.

Hermanos carísimos, deseemos de todo corazón esta gloria de su resurrección, que primero se mostraba en figura y después se hizo patente en la realidad; muramos por su amor.

Ea, en la resurrección de nuestro Hacedor hemos conocido por conciudadanos nuestros a los ángeles, ministros suyos. Unámonos presurosos a la repetida solemnidad de aquellos ciudadanos; juntémonos a ellos con el deseo y con el pensamiento, ya que todavía no podemos con la visión. Pasemos de los vicios a las virtudes para que merezcamos ver a nuestro Redentor en Galilea.

Sostenga nuestra aspiración a la vida Dios omnipotente, que por nosotros entregó a la muerte a su único Hijo, nuestro Señor Jesucristo, que con El vive y reina, en unidad del Espíritu Santo, Dios, por todos los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA II [XXII]

(Dirigida al pueblo en la basílica de San Juan de Letrán, llamada Constantiniana, el sábado de Pascua.)

Lección del santo Evangelio según San Juan (20,1-9)

El primer día de la semana, al amanecer, cuando todavía estaba obscuro, fué María Magdalena al sepulcro y vió quitada de él la piedra. Y echó a correr, y fué a estar con Simón Pedro y con aquel otro discípulo amado de Jesús, y les dijo: Se han llevado al Señor; no sabemos dónde le han puesto. Con esta nueva salió Pedro y el citado discípulo, y encamináronse al sepulcro. Corrían ambos a la vez, mas este otro corrió más aprisa que Pedro, y llegó primero al sepulcro. Y, habiéndose inclinado, vió los lienzos en el suelo, pero no entró dentro. Llegó tras él Simón Pedro, y entró en el sepulcro y vió los lienzos en el suelo: el sudario que habían puesto sobre la cabeza de Jesús, no junto con los demás, sino separadamente doblado en otro lugar. Entonces el otro discípulo que había llegado primero al sepulcro, entró también, y creyó.

1. El estómago, debilitado por una larga enfermedad, me ha impedido durante mucho tiempo dirigiros la palabra, carísimos, para exponeros la lección del santo Evangelio, porque hasta la voz ha perdido la fuerza para hablar alto; y confieso que me causa rubor el hablar entre tantos cuando no puedo hacerme oír de muchos. Pero yo mismo me reprocho este pudor. Pues qué, ¿acaso debo dejar de atender a unos pocos porque no pueda aprovechar a muchos? ¿O deberé acaso volver a la era vacío porque no pueda llevar muchos haces de mies? Luego, ya que no puedo llevar cuantos debo, al menos llevaré tal vez pocos, acaso dos, quizás uno solo, que la aplicación de la misma debilidad tiene asegurada su recompensa, porque nuestro Supremo Juez, si bien retribuye conforme a lo que se ha trabajado, pero también pondera las fuerzas aplicadas al trabajo.

2. Hermanos, la lección del santo Evangelio que acabáis de oír es harto clara en su sentido histórico, pero debemos inquirir brevemente su sentido místico.

Cuando todavía estaba obscuro, fué María Magdalena al sepulcro. Según la historia, se hace notar la hora del suceso; pero, según el sentido místico, señala el estado en que se hallaba la inteligencia de la que buscaba, esto es, qué era lo que entendía María Magdalena. En efecto, María buscaba en el sepulcro al Creador de todo, al cual había visto muerto corporalmente, y al no encontrarle creyó que había sido robado. Todavía estaba obscuro cuando llegó al sepulcro, echó a correr apresurada y lo anunció a los discípulos. Pero, de éstos, se apresuraron más los que más amaban, a saber, Pedro y Juan. Los dos corrían igualmente, pero Juan corrió más aprisa que Pedro, llegó el primero al sepulcro, pero no se determinó a entrar; llegó, pues, Pedro tras él y entró.

¿Qué, hermanos, qué significa este correr? ¿Creeremos, acaso, que esta descripción del evangelista carece de misterio? No por cierto, que tampoco Juan diría que él llegó delante y que no entró, si creyera que en esa misma indecisión suya no hubiera misterio. Ahora bien, ¿qué se significa por Juan sino la Sinagoga, y qué por Pedro sino la Iglesia? Y no parezca cosa extraña el que se exponga que la Sinagoga está figurada por el más joven, y la Iglesia por el más viejo, puesto que, si bien la Sinagoga vino al culto de Dios primero que la Iglesia de los gentiles, con relación a la vida presente, la multitud de los gentiles fué primero que la Sinagoga, como lo atestigua San Pablo, que dice (1 Cor. 15,46): *Pero no es el espiritual el que ha sido formado primero, sino el animal.* De suerte que por Pedro, el más viejo, se significa la Iglesia de los gentiles, y por Juan, el más joven, la Sinagoga de los judíos.

Corren los dos igualmente, porque, desde el principio de la vida hasta el fin, la gentilidad y la Sinagoga corren por igual y común camino, mas no por igual y común sentido. La Sinagoga llegó la primera al sepulcro, pero no entró, porque ella, sí, recibió los preceptos de la Ley, oyó las profecías referentes a la encarnación y a la pasión del Señor, pero no quiso creer en El muerto; Juan, pues,

vió los lienzos puestos en el suelo, pero no entró; [3.] lo cual significa que la Sinagoga conoció los misterios de la Sagrada Escritura y, con todo, difirió entrar, esto es, creer, en la fe de la pasión del Señor. Vió presente a aquel a quien había profetizado hacía mucho tiempo desde lejos y ampliamente, pero se negó a recibirle; tuvo a menos el que fuera hombre; no quiso creer en Dios hecho mortal en la carne. ¿Qué significa, por tanto, esto sino que corrió más aprisa y, con todo, permaneció vacua ante el sepulcro?

Y llegó tras él Pedro y entró en el sepulcro, porque la Iglesia de los gentiles, que llegó después, además de reconocer que el Mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo, había muerto en la carne, le creyó Dios vivo. Vió los lienzos puestos en el suelo, y el sudario que había sido puesto sobre su cabeza, colocado, no junto con los demás lienzos, sino separadamente doblado en otro lugar.

¿Qué creemos, hermanos, que signifique el no estar el sudario de la cabeza junto con los demás lienzos sino que Dios, como dice San Pablo, es la cabeza de Cristo, y que los misterios incomprensibles de la divinidad están fuera de lo que alcanza a conocer nuestra pequeñez, y que su poder trasciende la naturaleza de la criatura?

Y es de notar que se dice que estaba no sólo separado, sino también doblado en otro lugar. Pues bien, del lienzo que se halla doblado no se ve el principio ni el fin; y así, con razón se halla doblado el sudario de la cabeza, porque la Majestad divina es sin principio ni fin, ni nace principiando ni está sujeta a concluir. [4.] Y rectamente se dice en otro lugar que Dios no se halla en las almas desacordes de los pastores, porque Dios está en la unidad y no merecen recibir su gracia los que unos de otros se hallan divididos por los escándalos de las sectas.

Ahora bien, como con el sudario suele enjugarse el sudor de los que trabajan, con el nombre de *sudario* puede también significarse el cansancio de Dios, que cierto es que en sí permanece siempre inmutable, pero, sin embargo, se muestra como cansado cuando soporta las crueles maldades de los hombres. Por eso dice también el profeta (Ier. 6,11): *Canséme de sufrir*. Dios, pues, cuando apareció en la carne, padeció en nuestra flaqueza; a vista de cuya pasión, los incrédulos no quisieron venerarla, pues tuvieron a menos creer. Por eso Jeremías dice también (Lam. 3,64): *Tú les darás, ¡oh Señor!, lo que merecen las obras de sus manos. Pondrás sobre su corazón, en vez de escudo, las aflicciones que les enviarás*. Pues para que no llegaran a sus corazones las punzadas de la predicación, menospreciando los sufrimientos de su pasión, pusieron como escudo los mismos sufrimientos suyos, es a saber, que no permitieron que llegaran a ellos las palabras de El, por lo mismo que le vieron sufrir hasta la muerte.

Pero ¿qué somos nosotros sino miembros de nuestra cabeza, esto es, de Dios? De manera que por los lienzos de su cuerpo se significan las ligaduras de los sufrimientos que ahora oprimen a todos los elegidos, es decir, a sus miembros. Y se halla aparte el sudario que se había puesto sobre su cabeza, porque la pasión

de nuestro Redentor dista mucho de nuestros sufrimientos, puesto que El soportó sin culpa lo que nosotros soportamos culpables. El quiso sucumbir voluntariamente a la muerte, a la cual llegamos nosotros contra nuestra voluntad.

5. Prosigue: *Entonces entró también el discípulo que había llegado el primero al monumento.* Después de haber entrado Pedro, entró Juan también: éste, que había llegado primero, entró el último. Es de notar, hermanos, que al fin del mundo se acogerá también la Judea a la fe del Redentor, según lo atestigua San Pablo, que dice (Rom. 11,25): *Hasta tanto que la plenitud de las naciones haya entrado en la Iglesia, y entonces salvarse ha todo Israel.*

Y vió y creyó. ¿Qué es, hermanos, lo que os parece que creyó? ¿Acaso que el Señor a quien buscaban había resucitado? No por cierto, porque aún no se veía en el sepulcro y, además, porque lo contradicen las palabras que siguen, y que dicen: *Y vió y creyó.* ¿Qué es, pues, lo que vió y lo que creyó? Vió los lienzos que estaban en el suelo, y creyó lo que había dicho la mujer: que el Señor había sido robado del sepulcro. En lo cual debemos reconocer una gran providencia de Dios; porque así el corazón de los discípulos se encendió en deseos de buscarle y a la vez se les dilata el encontrarle, para que la debilidad de su espíritu, acosado por su misma tristeza, se robusteciera más al hallarle y con tanto mayor valor le retuviera después de hallado cuanto más había tardado en encontrarle.

6. Hermanos carísimos, hemos repasado brevemente todo esto en la exposición de la lección evangélica; ahora resta decir algo acerca de la grandeza de esta solemnidad. Y con razón digo *la grandeza de esta solemnidad,* porque es la primera de todas las otras solemnidades; y así como en la Sagrada Escritura, por razón de su dignidad, se llaman el *sancta sanctorum* y el Cantar de los Cantares, así esta solemnidad puede llamarse la solemnidad de las solemnidades, puesto que en ella se nos muestra el ejemplo de nuestra resurrección, la esperanza segura de la patria celestial y la realidad de la gloria del reino celeste, que ya casi tocamos con las manos. Por ella son llevados ya a las amenidades del paraíso los justos que, si bien en el seno tranquilo de Abrahán, sin embargo estaban cerrados en los abismos de la muerte.

Lo que el Señor había prometido antes de su pasión, en la resurrección lo cumplió (Io. 12,32): *Cuando fuere levantado en alto en la tierra,* dijo, *todo lo atraeré a mí;* porque todo lo atrajo quien no dejó ninguno de sus elegidos en el infierno. Llevóse todos, claro que los elegidos, pues a ningún infiel, ni a los condenados a los suplicios eternos por sus delitos, los restituyó el Señor al perdón cuando resucitó, sino que sólo arrancó de las profundidades del infierno a los que reconoció como suyos por la fe y por las obras.

De ahí también se dice con razón por Oseas (13,14): *¡Oh muerte!, yo he de ser la muerte tuya; seré tu mordedura, ¡oh infierno!;* pues aquello a lo que damos muerte hacemos que totalmente no

sea, pero de lo que solamente mordemos, una parte substraemos y dejamos otra parte; luego porque a todos sus elegidos libró totalmente de la muerte, fué muerte para la muerte; pero como del infierno sacó una parte y dejó otra parte, no mató del todo al infierno, sino que le destruyó o le mordió; por eso dice: Yo he de ser la muerte tuya, ¡oh muerte!; como si claramente dijera: Porque acabo totalmente contigo en mis elegidos, seré tu muerte, ¡oh muerte!, y seré tu mordedura, ¡oh infierno!, porque, arrebatándote los elegidos, te dejo la otra parte.

¡Qué tal será, pues, esta solemnidad que ha destruído los abismos del infierno y nos ha dejado abiertas las puertas del reino de los cielos!

7. Analicemos detenidamente su nombre; preguntemos al apóstol San Pablo y veamos qué es lo que declara acerca de su valor. Dice, pues (1 Cor. 5,7): *Porque Jesucristo, que es nuestro Cordero pascual, ha sido inmolado* por nosotros. Ahora bien, si Cristo es la Pascua, debemos atender a lo que la Ley dice de la Pascua, para que indaguemos sutilmente si es que ello parece dicho de Cristo.

Dice Moisés (Ex. 12,7...): *Y tomarán la sangre del cordero y rociarán con ella los dos postes y el dintel de las casas en que le comerán. Las carnes las comerán aquella noche asadas al fuego, y panes ázimos con lechugas silvestres. Nada de él comeréis crudo ni cocido en agua, sino solamente asado al fuego. Comeréis también la cabeza, y los pies, y los intestinos. No quedará nada de él para la mañana siguiente; si sobrare alguna cosa, la quemaréis al fuego.* Donde todavía se añade: *Y le comeréis de esta manera: tendréis ceñidos vuestros lomos y puesto el calzado en los pies y un báculo en la mano, y comeréis aprisa.* Cosas todas ellas que nos causarán grande admiración si las exponemos en su significado místico. Porque cuál sea lo que significa la sangre del cordero, bebiéndola lo habéis aprendido mejor que oyéndolo. Y con esta sangre se rocían los dos postes cuando se bebe no sólo con la boca del cuerpo, sino también con la del corazón; se han rociado, pues, los dos postes cuando el sacramento de su pasión se toma por la boca para nuestra redención y con la mente atenta se la medita para su imitación; porque quien recibe la sangre de su Redentor de tal modo que, no obstante, no quiera imitar su pasión, pone en un solo poste la sangre que debe poner además en el dintel de las casas.

¿Y qué entendemos espiritualmente por las casas sino nuestras almas, en las cuales habitamos por el pensamiento?; el dintel de las cuales es la intención que preside nuestras acciones. Por tanto, quien dirige la intención de su alma a imitar la pasión del Señor, pone la sangre del Cordero en el dintel de la casa. O bien, nuestras casas son nuestros cuerpos, en los que habitamos mientras vivimos; y ponemos en el dintel de la casa la sangre del Cordero cuando llevamos en la frente la señal de la cruz de la pasión del Cordero.

Acerca del cual aún se dice: *Las carnes las comerán de noche asadas al fuego.* Efectivamente, comemos de noche el Cordero,

porque en el sacramento recibimos el cuerpo del Señor ahora cuando todavía no vemos nuestras conciencias respectivas. Pero estas carnes deben asarse al fuego, sin duda porque el fuego deshace las carnes que se cuecen en agua, pero da mayor firmeza o consistencia a las que cuecen sin agua.

De manera que el fuego asó las carnes de nuestro Cordero, porque la misma virtud de su pasión le hizo más poderoso para resucitar y más resistente para la incorrupción; pues al fuego de la pasión se endurecieron las carnes de aquel que tornó a la vida después de muerto. De ahí lo que también el Salmista dice (Ps. 21, 16): *Todo mi verdor se ha secado como un vaso de barro cocido.* Pues ¿qué es un vaso de barro antes de ponerse al fuego sino barro blando? Pero con el fuego se consigue solidificarle. Luego el verdor de su humanidad se secó como un vaso de barro cocido, porque con el fuego de la pasión adquirió la firmeza de la incorrupción.

8. Mas para la verdadera solemnidad del alma no es bastante con sólo entender los misterios de nuestro Redentor, sino que a ellos deben agregarse además las buenas obras; porque ¿qué aprovecha comer y beber su sangre y ofenderle con las malas acciones? Por eso todavía se añade cómo se ha de comer: con panes ácimos y lechugas silvestres. Y come los panes sin fermentar quien realiza las buenas obras sin el fermento de la vanagloria, quien practica las obras de misericordia sin mezcla de pecado, a fin de no desvirtuar malamente lo que al parecer dispensa rectamente. También habían mezclado a su buena acción el fermento del pecado aquellos a quienes el Señor, increpándolos, decía por el profeta (Am. 4,4): *Id a Betel a continuar vuestras iniquidades;* y poco después: *Y ofreced el sacrificio de alabanza con pan fermentado;* porque quien de la rapiña ofrece a Dios sacrificio inmola a los ídolos el sacrificio de alabanza.

Pero, como las lechugas silvestres son muy amargas, las carnes del cordero deben comerse con lechugas silvestres, para que, al recibir el cuerpo del Redentor, nos aflijamos llorando nuestros pecados, y de esa manera el mismo amargor de la penitencia purifique del humor de la mala vida el estómago del alma.

Además también allí se agrega: *Nada de él comeréis crudo ni cocido en agua.* Ved que ahora las mismas palabras de la historia se oponen al sentido histórico. Pues qué, hermanos carísimos, ¿acaso aquel pueblo, cuando estaba asentado en Egipto, había tenido por costumbre comer el cordero crudo, para que la Ley diga: *Nada de él comeréis crudo?* También se añade: *Ni cocido en agua.* Pues ¿qué se significa por el agua sino la sabiduría humana, según esto que pone Salomón en boca de los herejes (Prov. 9,17): *Las aguas hurtadas son más dulces?* ¿Qué significan las carnes crudas del cordero sino la falta de consideración a su humanidad, el pensar en ella con descuido e irreverencia?; pues todo lo que meditamos minuciosamente, como lo cocemos en el alma. Mas la carne del Cordero ni se ha de comer cruda ni cocida en agua, porque a nuestro Redentor ni hemos de tenerle por puro hombre ni la ciencia

humana debe investigar cómo Dios pudo encarnarse; porque quien cree que nuestro Redentor es solamente hombre, ¿qué otra cosa hace sino comer crudas las carnes del Cordero, las cuales no ha querido cocer mediante el reconocimiento de su divinidad? Y todo el que se empeña en descubrir, mediante la ciencia humana, los misterios de su encarnación, quiere cocer en agua las carnes del Cordero, esto es, quiere penetrar el misterio de su providencia mediante una ciencia que le disuelve.

Por consiguiente, quien quiera celebrar la solemnidad del pozo pascual, no cueza en agua el Cordero ni le coma crudo; esto es, ni quiera penetrar lo misterioso de su encarnación con los recursos de la humana sabiduría, ni crea que El es un puro hombre, sino que debe comer sus carnes asadas al fuego, esto es, debe saber que todo ello es obra providencial del poder del Espíritu Santo.

Y todavía se añade con respecto a ello: *Comeréis la cabeza, y los pies, y los intestinos.* Según dijimos antes, hermanos, hemos aprendido del testimonio de San Pablo que Cristo es la cabeza, porque nuestro Redentor es el alfa y la omega, esto es, Dios antes de los siglos y hombre hasta el fin de los siglos; comer, pues, la cabeza del Cordero es recibir por la fe su divinidad; y comer los pies del Cordero es investigar las huellas de su humanidad mediante el amor y la imitación. Y ¿qué son los intestinos sino los preceptos encerrados y ocultos en sus palabras, los cuales comemos cuando escuchamos con avidez sus palabras de vida? Y al decir: *y comeréis de prisa,* ¿qué otra cosa se condena sino la languidez de nuestra pereza cuando no buscamos por nosotros mismos sus palabras y sus misterios y lo oímos de mala gana cuando otros lo predican?

No quedará nada de él para el día siguiente; porque sus palabras deben meditarse con grande solicitud, a fin de que antes de que llegue el día de la resurrección, durante la noche de esta vida presente, todos sus mandatos sean entendidos y cumplidos. Mas, como es muy difícil poder entender toda la Escritura y penetrar sus misterios, oportunamente se agrega: *Si sobrase alguna cosa, la quemaréis al fuego.* Quemamos al fuego lo que resta del Cordero cuando humildemente atribuímos al Espíritu Santo lo que del misterio de la encarnación no podemos entender ni comprender; así que nadie se atreva, soberbio, ni a despreciar ni contradecir lo que no entiende, sino que, atribuyéndolo al Espíritu Santo, lo entregue al fuego.

9. Pues que ya sabemos cuál es la Pascua que se debe comer, aprendamos ahora cuáles deben ser los que deben comerla.

Prosigue: *Y le comeréis de esta manera: tendréis ceñidos vuestros lomos.* ¿Qué se entiende por los lomos sino los deleites carnales? Por lo que el Salmista pide (Ps. 25,2): *Acrisola al fuego mis lomos o afectos;* pues, si no supiera que el placer de la liviandad reside en los lomos, no pediría que se los acrisolase al fuego. De ahí que, como principalmente por el placer sensual prevaleció sobre el género humano el poder del diablo, de éste dice el Señor (Iob 40,11): *Su fortaleza está en sus lomos.* Luego quien come la Pascua debe

tener ceñidos sus lomos; es decir, que quien celebre la solemnidad de la resurrección y de la incorrupción, no debe estar ya sujeto a la corrupción por vicio alguno; debe domar sus apetitos y apartar de la lujuria su carne.

Así es que no ha aprendido aún qué cosa sea la solemnidad de la incorrupción quien, por la incontinencia, es todavía esclavo de la corrupción.

Duras cosas son éstas para algunos, pero angosta es la puerta que conduce a la vida, y tenemos ya muchos ejemplos de continentes. De ahí que todavía se añade con acierto: *Tendréis el calzado puesto en los pies.* ¿Y qué son nuestros pies sino nuestras obras, y qué el calzado sino pieles de animales muertos? ¿Y cuáles son los animales muertos con cuyas pieles protegemos nuestros pies sino los Padres antiguos, que nos han precedido en la vida eterna? Cuando, pues, meditamos en sus ejemplos, protegemos los pies de nuestras obras. Luego tener puesto el calzado en los pies significa contemplar el camino que siguieron los muertos y evitar que a nuestras obras las hiera el pecado.

Teniendo un báculo en la mano. ¿Qué designa la Ley por el báculo sino la vigilancia pastoral? Y es de notar que primero se preceptúa tener ceñidos los lomos y después tener los báculos en la mano; porque los que ya saben dominar en sus cuerpos las inclinaciones de la lujuria, ésos son los que deben recibir el ministerio pastoral, para que, cuando predican a otros obligaciones fuertes, no caigan ellos flojamente en los suaves lazos de la molicie.

Y se añade rectamente: *Y comeréis aprisa.* Fijaos, hermanos carísimos, fijaos en que se dice: aprisa, apresurados. Aprended aprisa los mandamientos de Dios, los misterios del Redentor, los gozos de la patria celestial. Apresuraos a cumplir en seguida los preceptos que conducen a la vida, pues así como sabemos que hoy todavía se nos permite obrar, no sabemos si mañana nos será permitido. Por lo tanto, comed aprisa la Pascua, esto es, anhelad la solemnidad de la patria celeste. Ninguno sea perezoso en el camino de esta vida, no sea que pierda su puesto en la patria. Ninguno demore el cuidado de apetecerla, antes bien, lleve a cabo lo comenzado, no sea que luego no se le permita concluir lo que principió. Si no nos emperezamos en el amor de Dios, nos ayudará el mismo a quien amamos, Jesucristo, nuestro Señor, que vive y reina con el Padre, en unidad del Espíritu Santo, Dios, por todos los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA III [XXIII]

(Dirigida al pueblo en la basílica de San Pedro Apóstol en el día después de la Pascua.)

Lección del santo Evangelio según San Lucas (24,13-35)

En aquel día, dos de ellos iban a una aldea llamada Emaús, distante de Jerusalén el espacio de setenta estadios, y conversaban entre sí de todas las cosas que habían acontecido. Mientras así discurrían y conferenciaban recíprocamente, el mismo Jesús, juntándose con ellos, caminaba en su compañía; mas sus ojos estaban como deslumbrados, para que no le reconociesen. Díjoles, pues: ¿Qué conversación es esa que, caminando, lleváis entre los dos, y por qué estáis tan tristes? Uno de ellos, llamado Cleofás, respondiendo, le dijo: ¿Tú solo eres tan extranjero en Jerusalén, que no sabes lo que ha pasado en ella estos días? Replicó El: ¿Qué? Lo de Jesús Nazareno, respondieron; el cual fué un profeta poderoso en obras y en palabras a los ojos de Dios y de todo el pueblo. Y cómo los príncipes de los sacerdotes y nuestros jefes le entregaron para que fuese condenado a muerte, y le han crucificado. Mas nosotros esperábamos que él era el que había de redimir a Israel; y, no obstante, después de todo esto, he ahí que estamos ya en el tercer día después que acaecieron dichas cosas. Bien es verdad que algunas mujeres de entre nosotros nos han sobresaltado, porque antes de ser de día fueron al sepulcro, y, no habiendo hallado su cuerpo, volvieron diciendo habérseles aparecido unos ángeles, los cuales les han asegurado que está vivo. Con eso, algunos de los nuestros han ido al sepulcro y hallado ser cierto lo que las mujeres dijeron; pero a Jesús no le han encontrado. Entonces les dijo El: ¡Oh necios y tardos de corazón para creer todo lo que anunciaron ya los profetas! Pues qué, ¿por ventura no era conveniente que el Cristo padeciese todas estas cosas y entrase así en su gloria? Y, empezando por Moisés y discurriendo por todos los profetas, les interpretaba en todas las Escrituras los lugares que hablaban de él. En esto llegaron cerca de la aldea adonde iban, y El hizo ademán de pasar adelante. Mas le detuvieron por fuerza, diciendo: Quédate con nosotros, porque ya es tarde y va ya el día de caída. Entró, pues, con ellos; y, estando juntos en la mesa, tomó el pan y le bendijo, y habiéndole partido, se lo dió. Con lo cual se les abrieron los ojos y le conocieron; mas él desapareció de su vista. Entonces se dijeron uno a otro: ¿No es verdad que sentíamos abrasarse nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras? Y, levantándose al punto, regresaron a Jerusalén, donde hallaron congregados a los once y a otros de su séquito, y que decían: El Señor ha resucitado realmente y se ha aparecido a Simón. Ellos, por su parte, contaban lo que les había sucedido en el camino, y cómo le habían conocido al partir el pan.

1. Poco podemos hablar los que nos ocupamos todos los días en esta solemnidad; y tal vez sea más provechoso, ya que, por lo

regular, se comen también con mayor avidez los alimentos cuando escasean. Por tanto, he resuelto exponer en resumen, y no palabra por palabra, el sentido de la lección evangélica, a fin de que no pueda resultaros pesada una exposición más larga.

Ya habéis oído, hermanos carísimos, que el Señor se apareció a dos de sus discípulos que iban de camino y que, aunque todavía no creían, iban hablando de El, pero no les mostró señal alguna por donde pudieran conocerle; es decir, que el Señor se mostró exteriormente a sus ojos corporales conforme a lo que les sucedía interiormente a los ojos de su alma, o sea, que como ellos en su interior le amaban, pero dudaban, así el Señor exteriormente se les hacía presente, pero no declaraba quién era. De manera que se les hizo presente porque hablaban de El, pero ocultó las señales por donde le conocieran, porque dudaban de El. Hizo, sí, conversación con ellos, les echó en cara la dureza de corazón, les declaró los misterios de la Sagrada Escritura que hablaban de El, pero también fingió ir más lejos, porque todavía era, por la fe, un extraño para ellos.

Fingir es componer; por eso a los que componen figuras se les llama imagineros (fígulos). Sin embargo, nada hizo con doblez quien es la simple Verdad, sino que El se mostró a ellos corporalmente al modo que estaba en la mente de ellos: quería probar si ellos, ya que no le amaban aún como Dios, podían amarle como peregrino o extraño. Y como no podían ser ajenos a la caridad los que andaban con la Verdad, le ofrecen hospedaje, cual si fuera un peregrino.

Mas ¿por qué decimos que le ofrecen, si en el texto está escrito que *le detuvieron por fuerza?* No es maravilla el deducir de este ejemplo que a los peregrinos no sólo se les ha de ofrecer hospitalidad, sino que hasta se les ha de forzar a aceptarla. Así, pues, siéntanle a la mesa, ofrécenle pan y comida, y, al partir El el pan, reconocen por Dios al que no habían conocido cuando les exponía las Sagradas Escrituras. De modo que, cuando oían los preceptos de Dios, no fueron iluminados, [2.] pero lo fueron cuando obraron, porque escrito está (Rom. 2,13) que *no son justos delante de Dios los que oyen la Ley, sino los que la cumplen, ésos son los que serán justificados.* Por consiguiente, quien quiera entender lo que ha oído, apresúrese a poner por obra lo que haya logrado oír. Ahí lo tenéis: el Señor no es conocido mientras habla, y se digna dejarse conocer cuando le dan de comer.

Amad, pues, hermanos carísimos, la hospitalidad, amad las obras de caridad; que por esto se dice por San Pablo (Hebr. 13,1): *Conservad siempre la caridad para con vuestros hermanos, y no os olvidéis de ejercitar la hospitalidad, pues por ella algunos, sin saberlo, hospedaron ángeles;* y por lo mismo, San Pedro dice (1.ª, 4,9): *Ejercitad la hospitalidad los unos con los otros, sin murmuraciones;* y por eso también la misma Verdad dice (Mt. 25,35): *Era peregrino, y me hospedasteis.*

Es cosa harto divulgada y ha llegado a nosotros por referencias de nuestros mayores. Cierto padre de familias, con todos los de su casa, se dedicaba con gran solicitud a la hospitalidad; y recibiendo

diariamente a su mesa a los peregrinos, cierto día llegó, entre otros, un peregrino que fué conducido a la mesa; y cuando, según humilde costumbre, quiso el padre de familias echarle agua para lavarle las manos, se volvió a coger la jarra, mas de repente desapareció aquel en cuyas manos quería poner el agua, y no le halló. Y, admirándose de esto que le había sucedido, aquella misma noche, el Señor, en una visión, le dijo: Los demás días me recibiste en mis miembros, pero ayer me recibiste a mí mismo.

Mirad: cuando venga al juicio dirá (Mt. 25,40): *Lo que hicisteis con alguno de estos mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicisteis.* Mirad que antes del juicio, cuando es recibido en sus miembros, también nos tiene por recibidores de El mismo, y, no obstante, nosotros somos tardos para ejercitar la hospitalidad. Considerad, hermanos, cuán excelente sea la virtud de la hospitalidad. Recibid en vuestra mesa a Jesucristo, para que podáis ser recibidos por El en las bodas eternas. Tened ahora dispuesto el hospedaje para Cristo peregrino, a fin de que en el juicio no os desconozca El como peregrinos, sino que como a propios os reciba en su reino, con la ayuda de El, que vive y reina Dios por todos los siglos.

HOMILIA IV [XXIV]

(Dirigida al pueblo en la basílica de San Lorenzo en la feria cuarta de Pascua.)

Lección del santo Evangelio según San Juan (21,1-14)

En aquel tiempo, Jesús se apareció otra vez a los discípulos a la orilla del mar de Tiberíades; y fué de esta manera: Hallábanse juntos Simón Pedro y Tomás, llamado Dídimo, y Natanael, el cual era de Galilea, y los hijos de Zebedeo y otros dos de sus discípulos. Díceles Simón Pedro: Voy a pescar. Respóndenle ellos: Vamos también nosotros contigo. Fueron, pues, y entraron en la barca; y aquella noche no cogieron nada. Venida la mañana, se apareció Jesús en la ribera; pero los discípulos no conocieron que fuese El. Y Jesús les dijo: Muchachos, ¿tenéis algo que comer? Respondiéronle: No. Díceles El: Echad la red a la derecha del barco y encontraréis. Echáronla, pues, y ya no podían sacarla por la multitud de peces que había. Entonces el discípulo aquel que Jesús amaba dijo a Pedro: Es el Señor. Simón Pedro, apenas oyó: Es el Señor, vistióse la túnica (pues estaba desnudo) y se echó al mar. Los demás discípulos vinieron en la barca, tirando de la red llena de peces, pues no estaban lejos de tierra, sino como unos doscientos codos. Al saltar a tierra, vieron preparadas brasas encendidas y un pez puesto encima y pan. Jesús les dijo: Traed acá de los peces que acabáis de coger. Subió Simón Pedro y sacó a tierra la red llena de ciento cincuenta y tres peces grandes. Y, con ser tantos, no se rompió la red. Díceles Jesús: Vamos, almorzad. Y ninguno de los que estaban comiendo osaba preguntarle: ¿Quién eres tú? Sabiendo bien que era Jesús. Acércase, pues, Je-

sús, y toma el pan y se lo distribuye, y lo mismo hizo del pez. Esta fué la tercera vez que Jesús apareció a sus discípulos después que resucitó de entre los muertos.

1. La lección del santo Evangelio que acabáis de oír, hermanos míos, llama al alma a reflexión; pero con su misma llamada indica que se debe proceder con grande discreción.

Puede, pues, preguntarse: ¿Por qué Pedro, que antes de su conversión fué pescador, después de convertido volvió a la pesca? Pues, si la Verdad dice (Lc. 9,62): *Ninguno que después de haber puesto la mano en el arado vuelve los ojos atrás es apto para el reino de los cielos*, ¿por qué vuelve a lo que había dejado?

Pero si se examina con discreción, en seguida se echa de ver que la ocupación que tuvo sin pecar antes de la conversión no hay duda que tampoco fué pecado al repetirla después de la conversión.

Además, sabemos que Pedro fué pescador y que Mateo fué cambista; mas después de su conversión Pedro volvió a la pesca, pero Mateo no volvió a su negocio anterior, porque una cosa es procurarse el sustento pescando, y otra aumentar los caudales con las ganancias del cambio. Hay, pues, muchas ocupaciones que apenas o de ningún modo pueden realizarse sin pecado; por consiguiente, las que implican pecado, necesario es que el alma no vuelva a ellas después de la conversión.

2. También puede preguntarse: ¿Por qué el Señor, que antes de la resurrección anduvo a presencia de sus discípulos sobre las aguas del mar, después de su resurrección esperó en la orilla a sus discípulos que trabajaban dentro del mar? La razón de ello en seguida se alcanza si se reflexiona en la causa que entonces había; porque ¿qué significa el mar sino el siglo presente, que se descompone en tempestades de infortunios y en los vaivenes de la vida corruptible? Y ¿qué significa la solidez de la orilla sino la perpetuidad de la quietud eterna? Luego los discípulos se afanaban en el mar porque todavía se hallaban en medio de las corrientes de la vida mortal; pero nuestro Redentor, como ya había traspuesto la corrupción de la carne, después de la resurrección estaba a pie firme en la playa. Es como si con las obras hablase a sus discípulos acerca del misterio de su resurrección, diciendo: Ya no me aparezco a vosotros en el mar porque no estoy con vosotros entre las olas del desasosiego. Por eso es por lo que en otro lugar dice a sus discípulos después de la resurrección (Lc. 24,44): *Esto es lo que os decía cuando aun estaba con vosotros;* y no es que no estaba con ellos, puesto que se les aparecía corporalmente presente, sino que dice que no estaba con ellos puesto que con la inmortalidad de la carne estaba de modo distinto al cuerpo mortal de ellos. Pues esto que en este lugar (de San Lucas) confiesa diciendo que no estaba con ellos, cuando con ellos estaba, eso mismo da a entender aquí con estar corporalmente, a saber, demuestra que, mientras los discípulos están todavía navegando, El ya se encuentra en la orilla.

3. Y se ofreció grande dificultad a los discípulos en la pesca,

para que tuvieran ocasión de admirarse mucho al llegar el Maestro. El cual dijo en seguida: *Echad la red a la derecha del barco y encontraréis.* Dos veces se lee en el Evangelio que el Señor mandó que echaran las redes para pescar, a saber: una antes y otra después de la resurrección. Pero, antes de padecer y resucitar, nuestro Redentor mandó, sí, que echaran la red, mas no mandó que la echaran a la derecha o a la izquierda; en cambio, cuando se apareció después de la resurrección a los discípulos, manda que echen la red a la derecha. Además, en aquella primera pesca cogieron tantos peces, que se rompía la red; pero en ésta cogieron también muchos, mas no se rompieron las redes.

¿Quién no sabe que la derecha representa a los justos, y la siniestra los malos? Luego la pesca en la que no se manda determinadamente a qué parte deba echarse la red, significa la Iglesia presente, que recoge buenos y malos y no selecciona los que trae, porque desconoce a quiénes puede escoger; pero la pesca hecha después de la resurrección del Señor se hizo sólo a la derecha, porque solamente llega a ver la gloria de su claridad la Iglesia de los elegidos, que no tendrá obra alguna siniestra.

En aquella pesca, la red se rompe a causa de la multitud de peces, porque ahora, a la profesión de la fe, con los elegidos entran tantos réprobos, que además rompen con las herejías la unidad de la Iglesia; en cambio, en esta otra pesca también se cogen muchos peces, y grandes, y no se rompe la red, porque la santa Iglesia de los elegidos, descansando en la constante paz de su Hacedor, ya no se desgarra con ninguna disensión.

4. Y después de haber pescado peces tan grandes, Simón Pedro subió a la barca y sacó a tierra la red. Ya supongo que vuestra caridad cae en la cuenta de por qué es Pedro quien saca a tierra la red; pues a él fué encomendada la Iglesia, a él es a quien particularmente se dice (Io. 21,21): *Simón, hijo de Juan, ¿me amas? Apacienta mis ovejas.* Lo que más tarde se declara con palabras, eso mismo se da a entender ahora con las obras. Luego para que entendamos que el predicador de la Iglesia nos aparta de las corrientes de este mundo, sin duda es necesario que Pedro saque a tierra la red llena de peces.

El, pues, saca los peces a la tierra firme de la orilla, porque con la palabra de la santa predicación muestra a los fieles la estabilidad de la patria eterna. Esto hizo con sus palabras, esto con sus epístolas, esto hace a diario con milagros. Cuantas veces por él nos convertimos al deseo del descanso eterno, cuantas veces nos apartamos del tumulto de los negocios terrenales, ¿qué otra cosa sucede sino que, cual peces que han entrado en la red de la fe, somos sacados a las playas?

Mas, cuando se dice que la red estaba llena de peces grandes, se añade además de cuántos, a saber, de ciento cincuenta y tres. El número no carece de misterio; antes bien, la profundidad de tan gran misterio reclama vuestra atención, pues el evangelista no ex-

presaría tan detalladamente la cantidad si no quisiera indicar que está llena de misterio.

Pues bien, vosotros sabéis que en el Antiguo Testamento se preceptúa que todas nuestras acciones se ajusten a los mandamientos del Decálogo, y que en el Nuevo se da a los fieles, ya multiplicados, la fuerza o virtud para obrar mediante la gracia septiforme del Espíritu Santo. Gracia que describe el profeta (Is. 11) diciendo: *Espíritu de sabiduría y de entendimiento, espíritu de consejo y de fortaleza, espíritu de ciencia y de piedad, y le llenó el Espíritu del temor de Dios.* Pero recibe el obrar en este Espíritu quien conoce la fe en la Trinidad, esto es, quien crea que el Padre y el Hijo y el mismo Espíritu Santo tienen un solo poder y confiese que son una sola substancia.

Ahora bien, siendo siete las gracias que, como hemos dicho antes, son dadas abundantemente en el Nuevo Testamento y diez los preceptos del Antiguo Testamento, toda nuestra virtud y operación pueden reducirse en total a diecisiete. Multipliquemos ahora por el triángulo, o por tres, los diecisiete, y llegan hasta cincuenta y uno; número que en verdad no carece de misterio, puesto que en el Antiguo Testamento se mandó llamar *jubilar* cada año cincuenta, en el cual todo el pueblo descansaría de todo trabajo. Pero el verdadero descanso está en la unidad. En efecto, la unidad no admite división, pues donde se divide la unidad no hay verdadero descanso.

Multipliquemos ahora por el triángulo, o por la Trinidad, cincuenta y uno, y hacen ciento cincuenta y tres. Luego, como todo nuestro obrar, manifestado en la fe de la Trinidad, tiende al descanso, multiplicamos diecisiete por tres para llegar a cincuenta y uno; y como nuestro verdadero descanso tiene lugar cuando ya conocemos la claridad de la Trinidad, la cual sabemos con certeza que consiste en la unidad de la divinidad, multiplicamos por tres cincuenta y uno y tenemos la suma de los elegidos en la patria celestial, figurados en los ciento cincuenta y tres peces.

Luego fué cosa justa el que después de la resurrección del Señor fuera echada la red que había de capturar tantos peces cuantos eran los que figuraban a solos los elegidos para la patria celestial.

5. Pero a todo esto, ya que la lección evangélica de ayer y la de hoy nos recomiendan cuidadosa atención, ¿por qué se lee que nuestro Señor y Redentor después de su resurrección comió el pez asado? Pues no carece de misterio el hecho que se repite, puesto que en esta lección se ha leído que comió pan y pez asado, y en la de ayer que con el pez asado comió panal de miel.

¿Qué pensáis que significa el pez asado sino el mismo Mediador entre Dios y los hombres después de su pasión, ya que El se dignó ocultarse en las aguas del género humano, quiso quedar capturado en el lazo de nuestra mortalidad y como asado en la tribulación al tiempo de su pasión? Mas el que se dignó hacerse como pez asado en la pasión, en la resurrección se hizo para nosotros como panal de miel; porque quien quiso que los tormentos de su pasión estuvieran figurados en el pez asado, en el panal de miel quiso repre-

sentar las dos naturalezas de su persona, ya que el panal de miel está en la cera, y la miel en la cera representa la divinidad en la humanidad. Cosa que no discrepa tampoco de la lección de hoy, pues comió pan y pez, es decir, que quien como pez pudo ser asado por razón de la humanidad, se nos da a comer como pan por razón de la divinidad, pues El mismo dice (Io. 6): *Yo soy el pan vivo que descendí del cielo*. De manera que comió pez asado y pan, para manifestarnos, en lo mismo que come, que El soportó la pasión en nuestra humanidad y que por su divinidad nos procuró nuestra resurrección.

Si consideramos atentamente todo esto, vemos, además, de qué manera nos conviene imitarlo, ya que el Redentor pone de manifiesto sus obras para allanar el camino de su imitación a los que le seguimos. Vedlo: nuestro Señor quiso juntar en su comida el pez asado con el panal, sin duda, porque recibe en su cuerpo, para el descanso eterno, a los que, cuando padecen aquí tribulaciones por El, no dejan de desear la dulzura interior; se come el panal con el pez asado, porque los que aquí son afligidos por causa de la verdad, son allá saciados con la verdadera dulcedumbre.

6. También es de notar el detalle de que el Señor celebra su última comida con siete de sus discípulos, pues se recuerda que en ella estuvieron Pedro y Tomás, Natanael, los hijos de Zebedeo y otros dos de sus discípulos. ¿Por qué celebra su último convite con siete discípulos, sino por declarar que sólo han de estar con El en la eterna refección los que están llenos de la gracia del septiforme Espíritu Santo? Además, todo el tiempo presente se desenvuelve en siete días, y con frecuencia la perfección se significa por el número siete. Luego en el último convite se sustentan de la presencia de la Verdad los que ahora con el deseo de la perfección pasan por encima de lo terreno, aquellos que no están ligados al amor de este mundo, a los cuales, aunque por medio de las tentaciones les pone obstáculos por doquiera, no amortigua, sin embargo, sus primeros deseos.

Respecto a este último convite se dice en otro pasaje por San Juan (Apoc. 19,9): *Dichosos los que son convidados a la cena de las bodas del Cordero*. Los llama, sí, convidados, mas no a la comida, sino a la cena; sin duda porque la comida del fin del día es cena. Luego los que, acabado el tiempo de la vida presente, llegan a la refección de la eterna contemplación, son convidados, no a la comida del Cordero, sino a la cena. Cena que está significada en este último convite, al cual se recuerda que asistieron siete discípulos, porque, como hemos dicho, la refección interna sustenta entonces a los que, ahora llenos de la gracia septiforme, alientan en el amor del Espíritu.

Por tanto, hermanos, reflexionad estas cosas dentro de vosotros mismos; desead llenaros de la presencia de este Espíritu. De vuestro estado presente juzgad qué pueda sucederos en lo futuro. Ved si estáis llenos de este Espíritu, y conoceréis si podréis llegar a aquel convite; porque a quien ahora no conforta este Espíritu, ciertamente que no participa en aquella refección del eterno convite.

Recordad lo que de ese mismo Espíritu dice San Pablo (Rom. 8,9): *Si alguno no tiene el espíritu de Cristo, ese tal no es de Cristo.* Este espíritu de amor es a manera de título de la pasión de Cristo. Y qué, ¿acaso tiene el espíritu de Cristo aquel cuya mente ofuscan los odios, hincha la soberbia, irrita hasta lo interior la ira, tiene preso la avaricia y enerva la lujuria? Pensad cuál sea el espíritu de Cristo: sin duda el que hace que se ame a los amigos y a los enemigos, que se desprecie lo terreno y se desee lo celeste, que se mortifique la carne por causa de los vicios y que se ponga freno a los apetitos en el alma. Luego, si queréis saber si sois posesión de Dios, examinad quién es vuestro poseedor. Ahí lo tenéis en lo que hemos dicho. San Pablo pregona a boca llena que quien no tiene el espíritu de Cristo no es de Cristo; como si claramente dijera: Quien ahora no se deja regir por Dios, que habite en él, no se gozará después viendo su claridad.

Mas nosotros, que, ante estas cosas que hemos dicho, desfallecemos, mientras que no alcanzamos el súmmum de la perfección, pongamos todos los días los pasos de un santo deseo en el camino de Dios. Nos da alientos la misma Verdad, que dice por el Salmista (Ps. 138,16): *Todavía era yo un embrión informe y ya me distinguían tus ojos; todos están escritos en tu libro.*

No nos será perjudicial del todo nuestra imperfección, con tal que, puestos en el camino del Señor, no volvamos la vista a lo pasado, y nos apresuremos a recorrer lo que nos falta; porque quien se ha dignado inflamar los deseos de los imperfectos, algún día los consolidará hasta llegar a la perfección: por Jesucristo, nuestro Señor, que con El vive y reina en unidad del Espíritu Santo, Dios, por todos los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA V [XXV]

(Dirigida al pueblo en la basílica de San Juan, llamada Constantiniana, en la feria quinta de Pascua.)

Lección del santo Evangelio según San Juan (20,11-18)

En aquel tiempo, María estaba fuera llorando, cerca del sepulcro. Con las lágrimas, pues, en los ojos, se inclinó a mirar al sepulcro, y vió a dos ángeles vestidos de blanco, sentados uno a la cabecera y otro a los pies, donde estuvo colocado el cuerpo de Jesús. Dijéronle ellos: Mujer, ¿por qué lloras? Respondióles: Porque se han llevado de aquí a mi Señor y no sé dónde le han puesto. Dicho esto, volviéndose hacia atrás, vió a Jesús en pie; mas no conocía que fuese Jesús. Dícele Jesús: Mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas? Ella, suponiendo que sería el hortelano, le dice: Señor, si tú le has quitado, dime dónde le pusiste y yo me le llevaré. Dícele Jesús: María. Volvióse ella y le dijo: Rabboni (que quiere decir: Maestro mío). Dícele Jesús: No me toques, porque no he subido todavía a mi Padre; mas anda, ve a mis hermanos y diles: Yo me

subo al Padre mío y Padre vuestro, mi Dios y Dios vuestro. Fué, pues, María Magdalena a dar parte a los discípulos, diciendo: He visto al Señor y me ha dicho esto y esto.

1. María Magdalena, la que había sido pecadora en la ciudad, amando la Verdad, lavó con lágrimas las manchas de sus pecados; y se cumple la palabra de la Verdad, que dice (Lc. 7,47): *Le son perdonados muchos pecados porque ha amado mucho;* pues ella, que antes, cuando pecaba, habíase mantenido fría, después, cuando amó, ardía en llama viva.

En efecto, luego que llegó al sepulcro y no encontró allí el cuerpo del Señor, creyó que había sido robado y corrió a contárselo a los discípulos, los cuales, cuando llegaron, comprobaron ser verdad lo que les había dicho la mujer, y lo creyeron. De ellos se ha escrito poco antes (Io. 20,10): *Con esto se volvieron otra vez los discípulos a casa;* y después se agrega: *Entretanto, María estaba fuera llorando.* En lo cual se debe considerar cuán grande sería el amor que ardía en el corazón de esta mujer, que no se apartaba del sepulcro del Señor aun después de haberse retirado los discípulos. Buscaba al que no hallaba, y, buscándole, lloraba; e, inflamada en el fuego de su amor, ardía en deseos de encontrar al que creyó robado. De aquí resultó que al cabo le viera solamente ella, que había perseverado en buscarle; pues cierto es que la virtud o valor del bien obrar está en la perseverancia; y la Verdad dice (Mt. 10,22): *Quien perseverare hasta el fin, éste se salvará;* y en un precepto de la Ley se manda (Ex. 25) que la cola de la víctima se inmole en el sacrificio. La cola equivale, pues, al fin de la obra, y así, inmola bien aquel que lleva el sacrificio de la buena obra hasta perfeccionar la acción debida. He aquí por qué se refiere que José tenía, a diferencia de sus hermanos, una túnica talar (Gen. 37), porque la túnica hasta los talones significa la obra buena llevada hasta su perfección.

2. Tenemos ya que María, llorando, se inclinó y miró al sepulcro. Cierto que ya había visto antes vacío el sepulcro y ya había anunciado que el Señor había sido robado. ¿Qué significa, pues, el que de nuevo se inclina y otra vez quiere verle, sino que al amante no le basta haber mirado una vez, porque la fuerza del amor acrecienta el deseo de inquirir? Así es que primero buscó y no halló; perseveró en buscar, y de ahí resultó hallar; sucedió que con la dilación crecieran los deseos y que estos deseos crecidos lograran hallarle. De ahí que, refiriéndose a esto mismo, la esposa Iglesia dice en el Cantar de los Cantares (3,1-2): *En mi lecho eché de menos por la noche al que ama mi alma; anduve buscando y no le hallé. Me levantaré, dije, y daré vueltas por la ciudad, y buscaré por calles y plazas al amado de mi alma.* También lamenta el no haberle hallado cuando dice: *anduve buscando y no le encontré.* Mas, como no se tarda mucho en hallar si no se desiste en inquirir, agrega (v.3-4): *Encontráronme las patrullas que rondan por la ciudad y les dije: ¿No habéis visto al amado de mi alma? Cuando* he aquí que *a pocos pasos me encontré al que adora mi alma.*

Ahora bien, buscamos en el lecho al amado cuando, hallándonos algo tranquilos en la vida presente, suspiramos con el deseo de nuestro Redentor. Y le buscamos por la noche, porque, aunque el alma está atenta a El, sin embargo, todavía el ojo está a oscuras. Pero al que no ha hallado al amado réstale que se levante, dé vueltas por la ciudad, esto es, que recorra con la mente e investigue por la santa Iglesia de los elegidos; que le busque por las calles y por las plazas, esto es, que observe a los que andan por las vías angostas y por las anchas, ya que también hay algunos seglares que tienen algunas virtudes dignas de imitarse.

Y, cuando andamos buscando, nos encuentran las patrullas que rondan la ciudad, es decir, que los santos Padres, que guardan la Iglesia, salen al encuentro de nuestros buenos deseos, para enseñarnos, ora con sus escritos, ora con sus palabras. Y a poco de haber repasado a éstos hallamos al Amado, porque nuestro Redentor, si bien por su humildad fué hombre entre los hombres, mas en su divinidad está sobre todos los hombres. De manera que después de trasponer a los guardias se halla al Amado, porque, al ver que los profetas y los apóstoles le están sometidos, caemos en la cuenta de que está sobre los hombres aquel que por naturaleza es Dios.

De suerte que primero se busca al que no ha de ser hallado, para que después de hallado se le retenga con más fuerza; pues, como hemos dicho, los santos deseos crecen con la dilación; pues, si con la dilación desfallecen, no fueron deseos verdaderos. En este deseo ha ardido todo el que ha logrado llegar a la Verdad; que por eso dice David (Ps. 41,2): *Sedienta del Dios fuerte y vivo está mi alma. ¡Cuándo será que yo llegue y me presente ante la cara de Dios!* Así es que nos amonesta diciendo (Ps. 104,4): *Buscad sin cesar su rostro;* y por eso el profeta (Is. 26,9) dice: *Mi alma te deseó en la noche, y mientras haya aliento en mis entrañas me dirigiré a ti desde que amanezca;* y por lo mismo la Iglesia dice otra vez en el Cantar de los Cantares (5,8): *Desfallezco de amor.* Porque justo es que con ver al médico logre la salud quien, por desearle ardientemente, tiene llagado de amor su corazón. De ahí que nuevamente dice (5,6): *Mi alma había quedado desmayada al eco de su voz.*

Luego el alma del hombre que no busca el rostro de su Creador está endurecida en el mal, porque permanece fría en su interior; pero, si comenzare a inflamarse en tal deseo, desmayada por el fuego del amor, corre en seguimiento del que ama; tórnase ansiosa con el deseo, tiene por viles cuantas cosas antes le placían; fuera del Creador, nada le agrada; y cuanto anteriormente deleitaba su ánimo, se le hace después por demás pesado; nada alivia su tristeza mientras no llega a ver al que desea; el alma se angustia; la misma luz le causa fastidio; y con tal fuego en el alma consúmese la herrumbre de la culpa y queda el alma en deseos encendida como un ascua de oro; porque con sus costumbres había perdido la hermosura y con este incendio resplandece.

3. Ahora bien, esta que así ama, que otra vez se inclina a mi-

rar al sepulcro que ya había examinado antes, veamos con qué resultado la hace buscar de nuevo la fuerza impetuosa de ese amor.

Prosigue: *Y vió dos ángeles vestidos de blanco, uno a la cabecera y otro a los pies de donde estuvo colocado el cuerpo de Jesús.* ¿Por qué en el lugar donde había estado el cuerpo de Jesús aparecen dos ángeles, el uno a la cabecera y el otro a los pies, sino porque, como en la lengua latina *angelus* (ángel) significa nuncio, también después de su pasión debía ser anunciado Aquel que, además de ser Dios antes de los siglos, al fin de los siglos se hizo hombre?

Cuando por el apóstol San Juan (1,1) se anuncia que *en el principio era el Verbo y el Verbo estaba con Dios*, es como que el ángel está sentado a la cabecera; y cuando se anuncia: *Y el Verbo se hizo carne y habitó en medio de nosotros*, es como que se sienta a los pies.

Podemos también por los dos ángeles entender los dos Testamentos, uno anterior y otro posterior; los cuales están unidos uno a otro por el lugar del cuerpo del Señor, ya que, en verdad, uno y otro Testamento, al declarar en igual sentido que el Señor, encarnado y muerto, también había resucitado, es como que el Testamento Antiguo se asienta a la cabecera y el Testamento Nuevo a los pies.

Por eso también los dos querubines que cubrían el propiciatorio se miran uno a otro con sus rostros vueltos al propiciatorio (Ex. 25); pues al querubín se le llama plenitud de ciencia, y ¿qué se significa por los dos querubines sino ambos Testamentos? Y ¿qué se significa por el propiciatorio sino al Señor encarnado, del cual dice San Juan (1.ª, 2,2): *El mismo es la víctima de propiciación por nuestros pecados?* De manera que, cuando el Antiguo Testamento anuncia que ha de acontecer lo que el Nuevo Testamento declara que ya se ha hecho, es como que ambos querubines se miran uno a otro, teniendo vuelto el rostro al propiciatorio; porque, cuando ven puesto en medio de ellos al Señor encarnado, no miran cosa distinta, ya que ambos narran acordes el misterio de su dispensación.

4. Los ángeles preguntan a María, diciendo: *Mujer, ¿por qué lloras? Y respondióles: Porque se han llevado de aquí a mi Señor y no sé dónde le han puesto.* Es que los santos coloquios que nos hacen derramar lágrimas de amor, nos consuelan esas lágrimas cuando nos prometen ver la cara de nuestro Redentor.

Pero es de notar que la mujer no dice: se han llevado el cuerpo de mi Señor, sino: *se han llevado a mi Señor.* Es porque acostumbra la Sagrada Escritura a significar, unas veces, el todo por la parte, y otras veces, la parte por el todo.

Significa el todo por la parte, v.gr., cuando de los hijos de Jacob está escrito (Gen. 46) que entró Jacob en Egipto con setenta almas, aunque las almas no entraron en Egipto sin los cuerpos; donde por sola el alma se significa todo el hombre, o sea, por la parte se significa el todo.

Sólo el cuerpo del Señor había yacido en el sepulcro, pero María buscaba no sólo el cuerpo, sino al Señor, que se habían llevado, esto es, significando por el todo la parte.

Dicho esto, volviéndose hacia atrás, vió a Jesús en pie, mas no conocía que fuese Jesús. Es de notar que María, que aún dudaba de la resurrección del Señor, se volvió hacia atrás para ver al Señor, o sea, que por su misma duda había como vuelto la espalda a la cara del Señor, de quien ni pensaba siquiera que habría resucitado; y así, porque amaba y no creía, veía y no conocía a Aquel a quien el amor habíale hecho presente y la duda le hacía desconocido. Desconocimiento que se expresa también cuando se añade: *Mas no conocía que fuese Jesús.*

El cual la dijo: *Mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas?* Le pregunta la causa de su llanto para que creciera el deseo, para que al nombrar a quien buscaba se abrazara más en su amor.

Ella, suponiendo que sería el hortelano, le dijo: Señor, si tú le has quitado, dime dónde le has puesto y yo me lo llevaré. Seguramente que esta mujer, que creyó que Jesús era el hortelano, aun equivocándose, no se equivocó. ¿O es que no era para ella hortelano espiritual quien por medio de su amor plantaba en su pecho las semillas vivas de las virtudes?

5. Mas ¿qué significa el que, habiendo visto al que creyó ser el hortelano, sin haberle dicho aún a quién buscaba le dice: *Señor, si tú le has llevado?* Pues, cual si ya hubiera dicho por cuyo amor lloraba, nombró a quien no había nombrado; que esto suele hacer en el alma la fuerza del amor, creer que nadie desconoce a aquel en quien ella está siempre pensando. Pues de igual modo, esta mujer tampoco dice a quién busca, y, no obstante, dice: *Si tú le has llevado;* porque piensa que ninguno ignora a quién llora ella así con un constante anhelo.

Dícele Jesús: ¡María! Después de haberla nombrado *mujer*, por el nombre común a su sexo, y no fué reconocido, la llama por su nombre. Como si claramente le dijera: Reconoce a quien te conoce. También al varón perfecto se le dice (Ex. 33): *Téngote conocido* particularmente o *por tu nombre;* porque el vocablo *hombre* es vocablo común a todos nosotros, pero la voz *Moisés* es propia de aquel a quien se dice que es conocido por el nombre. Como si claramente le dijera el Señor: No sólo te conozco en general como a otros, sino también particularmente. Así María reconoce al Creador, pues le llama por su nombre: *y en seguida le llama: Rabboni, esto es: Maestro mío;* porque El mismo era a quien buscaba por fuera y El mismo quien interiormente la enseñaba a buscarle.

Ahora bien, el evangelista no añade lo que la mujer hizo; pero se deduce de lo que ella oyó. A la cual se dice: *No me toques, porque no he subido todavía a mi Padre;* palabras en las que se muestra que María quiso abrazar los pies de aquel a quien ya reconoció. Pero el Maestro le dice: *No me toques;* no porque el Señor no quiera que después de resucitado le toquen las mujeres, puesto que de las dos que fueron al sepulcro está escrito (Mt. 28,9): *Abrazaron sus pies y le adoraron,* sino que también se añade la razón por la que no debía tocarle, cuando se agrega: *Porque no he subido todavía a mi Padre.*

6. Pues bien, Jesús sube en nuestro corazón a su Padre cuando se le confiesa igual al Padre; porque quien no le cree igual al Padre, todavía Jesús no ha subido en su corazón al Padre. De manera que Jesús había subido al Padre en el corazón de Pablo, cuando el mismo Pablo decía (Phil. 2,6): *El cual, teniendo la naturaleza de Dios, no tuvo por usurpación el ser igual a Dios.* De ahí que también tocó con la mano de la fe a nuestro Redentor San Juan, que dice (1,1): *En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios. El estaba en el principio en Dios. Por El fueron hechas todas las cosas.* Toca, pues, al Señor quien cree que El es igual al Padre en la eternidad de la sustancia.

Pero tal vez asalta a alguno esta duda tácita: ¿Cómo puede ser el Hijo igual al Padre? Acerca de lo cual no queda sino el que la naturaleza humana, admirada, sepa que lo que no alcanza a comprender es para ella creíble valiéndose de otra cosa más admirable, y así tiene ya con qué responderse brevemente a ésta: Pues consta que El creó a la Madre, en cuyo seno virginal había de ser formado en cuanto a la humanidad, ¿qué extraño es, por tanto, el que sea igual al Padre quien es anterior a su Madre?

Además, por testimonio de San Pablo sabemos que Cristo es la virtud y la sabiduría de Dios; luego quien tiene por menor al Hijo, rebaja de modo especial al Padre, cuya sabiduría declara serle desigual; pues ¿qué hombre poderoso soportaría con paciencia el que alguien le dijera: Eres grande ciertamente, pero, con todo, tu sabiduría es inferior a ti?

Además, el mismo Señor dice (Io. 10): *Yo y el Padre somos uno;* y otra vez dice: *El Padre es mayor que yo;* y del cual está escrito que estaba sometido u obediente a sus padres. ¿Qué extraño, pues, que diga que en el cielo es inferior al Padre por razón de la humanidad, en la cual estaba hasta en la tierra sujeto a sus padres?

Ateniéndose a esta humanidad, se dice ahora a María: Anda, ve a mis hermanos y diles: *Yo me subo al Padre mío y Padre vuestro, Dios mío y Dios vuestro.* Si le llama *mío* y *vuestro,* ¿por qué no dice en común *nuestro?* Pues porque diciéndolo distintamente indica que El tiene el mismo Padre y Dios, pero por modo distinto que nosotros, a saber: subo al Padre mío por naturaleza y Padre vuestro por gracia; al Dios mío, porque de El descendí; al Dios vuestro, porque subiréis a El; es Dios para mí en cuanto yo soy también hombre; es Dios para vosotros porque estáis libres del error. Es, pues, mi Padre y mi Dios, pero de modo distinto, porque, en cuanto soy Dios, me engendró antes de los siglos, y en cuanto soy hombre, me creó en unión conmigo en los siglos.

Fué, pues, María a dar parte a los discípulos, diciendo: He visto al Señor y me ha dicho esto y esto. Ved ahí que la culpa del género humano se quita por el mismo conducto de donde procedió; pues así como en el paraíso una mujer proporcionó la muerte al hombre, desde el sepulcro una mujer anunció la vida a los hombres; y la que había referido las palabras de la mortífera serpiente, ahora refiere las palabras de su Vivificador. Es como si el Señor, no con las pala-

bras, sino con las obras, dijera al género humano: De la misma mano que os ofreció la poción de muerte, bebed ahora la vida.

7. Hemos tratado rápidamente estas cosas al exponer la lección del santo Evangelio. Ahora, con la ayuda del mismo Señor, de quien venimos hablando, consideremos la gloria de su resurrección y sus entrañas de piedad.

Quiso El surgir más pronto de la muerte para que nuestra alma no permaneciera mucho tiempo en la muerte de la infidelidad. De ahí que también se dice rectamente por el Salmista (Ps. 109,7): *Beberá del torrente durante el camino; por eso levantará su cabeza.*

En efecto, desde el mismo principio del mundo, el torrente de la muerte había invadido al género humano; y el Señor bebió de este torrente durante el camino, porque a su paso gustó la muerte; y levantó su cabeza por lo mismo, porque lo que al morir puso en el sepulcro, al resucitar lo levantó sobre los ángeles, e hirió para *in aeternum* al antiguo enemigo con lo mismo que le permitió temporalmente tratarle con crueldad por manos de sus perseguidores.

8. Lo cual indica el Señor claramente a Job cuando dice (Iob 40,20): *¿Podrás tú pescar a leviatán con anzuelo?* Efectivamente, por leviatán, que se llama *aditamento de ellos,* se designa aquel antiguo devorador del género humano, quien, prometiendo al hombre hacerle Dios, le arrebató la inmortalidad; quien, además, persuadiendo al mal a los que le siguen, multiplica la culpa que propinó al primer hombre y los amontona sin cesar los castigos. Ahora bien, en el anzuelo se pone el cebo y se oculta el anzuelo. Luego el Padre omnipotente pescó a este leviatán con el anzuelo; porque entregó a la muerte a su Hijo unigénito hecho carne, en el cual pudiera ver la carne pasible, mas no pudiera ver la divinidad impasible; y cuando esta serpiente, por manos de los perseguidores, mordió en El el cebo del cuerpo, clavóle el anzuelo de la divinidad. Es verdad que antes le había reconocido por Dios en los milagros, pero cayó de este conocimiento en la duda al verle pasible; así que, cual anzuelo, sujetó las fauces del devorador cuando en su Hijo mostró el cebo de la carne, que el devorador apetecía, y que, al tiempo de la pasión, ocultó la divinidad, que le daría muerte. De manera que en el anzuelo de su encarnación quedó preso; porque, apeteciendo en El la comida del cuerpo, quedó traspasado por el anzuelo de la divinidad; pues, en realidad, allí estaba la humanidad, para que el devorador la llevara para sí, y allí estaba la divinidad para traspasarle; allí la debilidad, patente para provocarle, y allí oculto el poder que clavara las fauces del raptor. Quedó, pues, prendido en el anzuelo, porque de allí donde mordió le vino la muerte, y perdió el derecho que tenía sobre los mortales por haberse atrevido a gustar en la muerte a aquel inmortal en quien no tenía derecho.

9. También se debe a eso el que viva esa misma María de quien hablamos; porque Aquel que nada tenía de por qué morir o nada debía a la muerte, sucumbió por todo el género humano. De ahí el que nosotros cada día volvamos después de las culpas a la

vida; porque nuestro Hacedor descendió hasta sufrir sin culpa el castigo nuestro.

Helo ahí: ya el antiguo enemigo ha perdido las presas que había hecho en el género humano; ha perdido la victoria de su engaño; a diario salen de su dominio los pecadores, viniendo al perdón; a diario el Redentor los arranca de sus fauces con su mano. Por eso, otra vez dice al santo Job el Señor (Iob 40,21): *¿Acaso podrás taladrar con una argolla sus quijadas?* La argolla, donde se fija, sujeta cercando. Y ¿qué significa la argolla sino la divina misericordia, que nos cerca por todas partes? La cual taladra las quijadas de este leviatán, porque con el poder de su inefable misericordia se opone a la malicia del antiguo enemigo, de tal modo que, a veces, hasta le hace perder aquellos que ya había hecho suyos y caen como de su boca los que después de haber pecado vuelven a la inocencia; pues ¿quién, una vez aprisionado por su boca, escaparía si no hubieran sido taladradas sus quijadas? ¿Acaso no aprisionó a Pedro cuando negó a Cristo? ¿Acaso no aprisionó en su boca a David cuando se sumió en el fuego devorador de la lujuria? Pero cuando, por el arrepentimiento, ambos volvieron a la vida, como que en cierto modo este leviatán los dejó caer por el taladro de su quijada.

Por el taladro de su quijada son, pues, substraídos de su boca los que, después de haber pecado tanto, han vuelto arrepentidos. Pero ¿qué hombre evadirá la boca de este leviatán por no haber cometido algo ilícito?

Por lo mismo, deduzcamos cuán deudores somos al Redentor del género humano, que no sólo nos ha prohibido caer en la boca de leviatán, sino que además nos ha concedido salir de su boca, ya que no ha quitado la esperanza al pecador, puesto que ha taladrado la quijada de leviatán, ofreciéndonos así camino por donde escapar de él, para que, al menos después de la mordedura, huya el incauto que no quiso evitar antes el ser mordido.

Por doquiera, pues, nos sale al paso la medicina de lo alto, puesto que, además de haber dado al hombre los preceptos para que no peque, dió también remedios al que peca, para que no desespere. Por lo cual, con todo cuidado debe evitarse el caer en la boca de este leviatán por deleitarse en el pecado; y si, no obstante, fuere arrebatado, no desespere, porque, si llora debidamente el pecado, todavía halla en la quijada de él el taladro por el cual escaparse.

10. Testigo es de la divina misericordia esta misma María de que venimos hablando, de la cual el fariseo, queriendo obstruir la fuente de la piedad, decía (Lc. 7,39): *Si este hombre fuera profeta, bien conocería quién y qué tal es esta mujer que le está tocando, porque es mujer de mala vida.* Pero ella, que ya había dejado sus malos caminos, lavó con lágrimas las manchas del alma y del cuerpo y enjugó los pies de su Redentor; habíase sentado a los pies de Jesús y escuchaba las palabras de su boca; habíale prestado su adhesión cuando vivía; buscábale muerto; halló vivo al que buscaba muerto; y halló en El tanta gracia, que ella misma vino a anunciarle a sus apóstoles, esto es, a sus nuncios.

Por tanto, hermanos, ¿qué es lo que aquí debemos contemplar, si no es la inmensa misericordia de nuestro Hacedor, quien, para muestra, nos ha puesto por ejemplares de penitencia a aquellos que, después de la caída, hizo vivir por medio de la penitencia? Yo estoy mirando a Pedro, me fijo en el ladrón, miro a Zaqueo, veo a María, y no hallo en ellos sino modelos de esperanza y de penitencia puestos delante de nuestros ojos.

Tal vez alguno no ha decaído en la fe: mire a Pedro, que lloró amargamente porque, tímido, negó. Otro ha sido cruelmente malo para con su prójimo: mire al ladrón, que en el mismo trance de la muerte, arrepentido, alcanzó los premios de la vida. Otro, abrasado en la fiebre de la avaricia, arrebató lo ajeno: mire a Zaqueo, que, si quitó algo a otro, devolvió el cuádruplo. Otro, inflamado en el ardor de la liviandad, perdió la pureza de la carne: mire a María, que con el fuego del amor divino redujo a cenizas el amor carnal.

Animo, que Dios omnipotente por doquiera nos pone a la vistá a quiénes debemos imitar; doquiera nos muestra ejemplos de misericordia. Desagrádennos los males ya experimentados; Dios omnipotente se olvida gustoso que hemos sido malos; dispuesto está a considerar por inocencia nuestra penitencia. Manchados después de las aguas saludables del bautismo, renazcamos de las lágrimas. De esta manera, según palabra del apóstol (1 Petr. 2,2), *como niños recién nacidos, apeteced la leche del espíritu.* Volved, pues, como hijos parvulitos, al regazo de vuestra madre la Sabiduría eterna; amamantaos a los jugosos pechos de la piedad de Dios; lamentad lo pasado, evitad lo que os amenaza; nuestros momentáneos llantos los consolará con gozo eterno nuestro Redentor, que vive y reina con Dios Padre en unidad del Espíritu Santo, Dios, por todos los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA VI [XXVI]

(Dirigida al pueblo en la basílica de San Juan, llamada Constantiniana, en la octava de la Pascua.)

Lección del santo Evangelio según San Juan (20,19-31)

En aquel tiempo, aquel mismo día, primero de la semana, siendo ya muy tarde y estando cerradas las puertas de la casa donde se hallaban reunidos los discípulos por miedo a los judíos, vino Jesús, y, apareciéndose en medio de ellos, les dijo: La paz sea con vosotros. Dicho esto, mostróles las manos y el costado. Llenáronse de gozo los discípulos con la vista del Señor, el cual repitió: La paz sea con vosotros. Como mi Padre me envió, así os envío yo también a vosotros. Dichas estas palabras, alentó hacia ellos, y les dijo: Recibid el Espíritu Santo; quedan perdonados los pecados a aquellos a quienes los perdonareis, y quedan retenidos a los que se los retuviereis. Tomás, empero, uno de los doce, llamado Dídimo, no estaba con ellos cuando vino Jesús. Dijéronle después los otros discípulos: Hemos visto al Señor. Mas él respondió: Si

yo no veo en sus manos la hendidura de los clavos, y no meto mi dedo en el agujero que en ellas hicieron, y mi mano en la del costado, no lo creeré. Ocho días después estaban otra vez los discípulos en el mismo lugar, y Tomás con ellos. Vino Jesús, estando cerradas las puertas, y púsoseles en medio, y dijo: La paz sea con vosotros. Después dice a Tomás: Mete aquí tu dedo y registra mis manos, y trae tu mano y métela en mi costado, y no seas incrédulo, sino fiel. Respondió Tomás y dijo: ¡Señor mío y Dios mío! Díjole Jesús: Tú has creído, ¡oh Tomás!, porque me has visto; dichosos aquellos que sin haberme visto han creído. Muchos otros milagros hizo también Jesús en presencia de sus discípulos, que no están escritos en este libro; pero éstos se han escrito con el fin de que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que, creyendo, tengáis vida en su nombre.

1. La primera cuestión que de esta lección asalta al pensamiento es: ¿cómo después de la resurrección fué el verdadero cuerpo de Jesús el que, estando cerradas las puertas, pudo entrar a donde estaban los apóstoles?

Mas debemos reconocer que la obra de Dios deja de ser admirable si la razón la comprende, y que la fe carece de mérito cuando la razón adelanta la prueba. En cambio, esas mismas obras de Dios que de ningún modo pueden comprenderse por sí mismas, deben cotejarse con alguna otra obra suya, para que otras obras más admirables nos faciliten la fe en las que son sencillamente admirables.

Pues bien, aquel mismo cuerpo que, al nacer, salió del seno cerrado de la Virgen, entró donde estaban los discípulos hallándose cerradas las puertas. ¿Qué tiene, pues, de extraño el que después de la resurrección, ya eternamente triunfante, entrara estando cerradas las puertas el que, viniendo para morir, salió a luz sin abrir el seno de la Virgen? Pero, como dudaba la fe de los que miraban aquel cuerpo que podía verse, mostróles en seguida las manos y el costado; ofreció para que palparan el cuerpo que había introducido estando cerradas las puertas.

En lo cual pone de manifiesto dos cosas admirables y para la razón humana harto contrarias entre sí, y fué mostrar, después de su resurrección, su cuerpo incorruptible y a la vez tangible, puesto que necesariamente se corrompe lo que es palpable, y lo incorruptible no puede palparse.

No obstante, por modo admirable e incomprensible, nuestro Redentor, después de resucitar, mostró su cuerpo incorruptible y a la vez palpable, para, con mostrarle incorruptible, invitar a los premios y, con presentarle palpable, afianzar la fe; además se mostró incorruptible y palpable, sin duda, para probar que, después de la resurrección, su cuerpo era de la misma naturaleza, pero tenía distinta gloria.

2. Y les dijo: *La paz sea con vosotros. Como mi Padre me envió, así os envío yo también a vosotros.* Esto es, como mi Padre, Dios, me envió a mí, Dios también, yo, hombre, os envío a vosotros, hombres.

El Padre envió al Hijo, quien, por determinación suya, debía

encarnarse para la redención del género humano, y el cual, cierto es, quiso que padeciera en el mundo; pero, sin embargo, amó a Hijo, que enviaba para padecer. Asimismo, el Señor, a los apóstoles, que eligió, los envió, no a gozar en el mundo, sino a padecer, como El había sido enviado. Luego, así como el Padre ama al Hijo y, no obstante, le envía a padecer, así también el Señor ama a los discípulos, a quienes, sin embargo, envía a padecer en el mundo. Rectamente, pues, se dice: *Como el Padre me envió a mí, así os envío yo también a vosotros;* esto es: cuando yo os mando ir entre las asechanzas de los perseguidores, os amo con el mismo amor con que el Padre me ama al hacerme venir a sufrir tormentos.

Aunque también puede entenderse que es enviado según la naturaleza divina. Y entonces se dice que el Hijo es enviado por el Padre, porque es engendrado por el Padre; pues también el Hijo, cuando les dice (Is. 15,26): *Cuando viniere el Paráclito, que yo os enviaré del Padre,* manifiesta que El les enviará el Espíritu Santo, el cual, aunque es igual al Padre y al Hijo, pero no ha sido encarnado. Ahora, si *ser enviado* debiera entenderse tan sólo de *ser encarnado,* cierto que no se diría en modo alguno que el Espíritu Santo sería enviado, puesto que jamás encarnó, sino que su misión es la misma procesión, por la que a la vez procede del Padre y del Hijo. De manera que, como se dice que el Espíritu Santo es enviado porque procede, así se dice, y no impropiamente, que el Hijo es enviado porque es engendrado.

3. *Dichas estas palabras, alentó hacia ellos y les dijo: Recibid e Espíritu Santo.* Debemos inquirir qué significa el que nuestro Señor enviara una sola vez el Espíritu Santo cuando vivía en la tierra y otra sola vez cuando ya reinaba en el cielo; pues en ningún otro lugar se dice claramente que fuera dado el Espíritu Santo, sino ahora, que es recibido mediante el aliento, y después, cuando se declara que vino del cielo en forma de varias lenguas.

¿Por qué, pues, se da primero en la tierra a los discípulos y luego es enviado desde el cielo, sino porque es doble el precepto de la caridad, a saber, el amor de Dios y el del prójimo? Se da en la tierra el Espíritu Santo para que se ame al prójimo, y se da desde el cielo el Espíritu para que se ame a Dios.

Así como la caridad es una sola y sus preceptos dos, el Espíritu es uno y se da dos veces: la primera, por el Señor cuando vive en la tierra; la segunda, desde el cielo, porque en el amor del prójimo se aprende el modo de llegar al amor de Dios; que por eso San Juan dice (1.ª 4,20): *El que no ama a su hermano, a quien ve, a Dios, a quien no ve, ¿cómo podrá amarle?* Cierto que antes ya estaba el Espíritu Santo en las almas de los discípulos para la fe; pero no se les dió manifiestamente sino después de la resurrección. Por eso está escrito (Io. 7,39): *Aún no se había comunicado el Espíritu Santo, porque Jesús no estaba todavía en su gloria.* Por eso también se dice por Moisés (Deut. 32,13): *Chuparon la miel de las peñas y el aceite de las más duras rocas.* Ahora bien, aunque se repase todo el Antiguo Testamento, no se lee que, conforme a la Historia, sucediera tal

cosa; jamás aquel pueblo chupó la miel de la piedra ni gustó nunca tal aceite; pero como, según San Pablo (1 Cor. 10,4), *la piedra era Cristo*, chuparon miel de la piedra los que vieron las obras y milagros de nuestro Redentor, y gustaron el aceite de la piedra durísima, porque merecieron ser ungidos con la efusión del Espíritu Santo después de la resurrección. De manera que, cuando el Señor, mortal aún, mostró a los discípulos la dulzura de sus milagros, fué como darles miel de la piedra; [4.] y derramó el aceite de la piedra cuando, hecho ya impasible después de su resurrección, con su hálito hizo fluir el don de la santa unción. De este óleo se dice por el profeta (Is. 10,27): *Pudriráse el yugo por el aceite*. En efecto, nos hallábamos sometidos al yugo del poder del demonio, pero fuimos ungidos con el óleo del Espíritu Santo, y como nos ungió con la gracia de la liberación, pudrióse el yugo del poder del demonio, según lo asegura San Pablo, que dice (2 Cor. 3,17): *Donde está el Espíritu del Señor, allí hay libertad*. . .

Mas es de saber que los primeros que recibieron el Espíritu Santo, para que ellos vivieran santamente y con su predicación aprovecharan a algunos, después de la resurrección del Señor, le recibieron de nuevo ostensiblemente, precisamente para que pudieran aprovechar, no a pocos, sino a muchos. Por eso en esta donación del Espíritu se dice: *Quedan perdonados los pecados de aquellos a quienes vosotros se los perdonareis, y retenidos los de aquellos a quienes se los retuviereis*.

Pláceme fijar la atención en el más alto grado de gloria a que fueron sublimados aquellos discípulos, llamados a sufrir el peso de tantas humillaciones. Vedlos, no sólo quedan asegurados ellos mismos, sino que además reciben la potestad de perdonar las deudas ajenas y les cabe en suerte el principado del juicio supremo, para que, haciendo las veces de Dios, a unos retengan los pecados y se los perdonen a otros.

Así, así correspondía que fueran exaltados por Dios los que habían aceptado humillarse tanto por Dios. Ahí lo tenéis: los que temen el juicio riguroso de Dios quedan constituídos en jueces de las almas, y los que temían ser ellos mismos condenados condenan o libran a otros.

5. El puesto de éstos ocúpanle ahora ciertamente en la Iglesia los obispos. Los que son agraciados con el régimen, reciben la potestad de atar y de desatar.

Honor grande, sí; pero grande también el peso o responsabilidad de este honor. Fuerte cosa es, en verdad, que quien no sabe tener en orden su vida sea hecho juez de la vida ajena; pues muchas veces sucede que ocupe aquí el puesto de juzgar aquel cuya vida no concuerda en modo alguno con el puesto, y, por lo mismo, con frecuencia ocurre que condene a los que no lo merecen, o que él mismo, hallándose ligado, desligue a otros. Muchas veces, al atar o desatar a sus súbditos, sigue el impulso de su voluntad y no lo que merecen las causas; de ahí resulta que queda privado de esta misma potestad de atar y de desatar quien la ejerce según sus

caprichos y no por mejorar las costumbres de los súbditos. Con frecuencia ocurre que el pastor se deja llevar del odio o del favor hacia cualquiera prójimo; pero no pueden juzgar debidamente de los súbditos los que en las causas de éstos se dejan llevar de sus odios o simpatías. Por eso rectamente se dice por el profeta (Ez. 13, 19) que *mataban a las almas que no están muertas y daban por vivas a las que no viven.* En efecto, quien condena al justo, mata al que no está muerto, y se empeña en dar por vivo al que no ha de vivir quien se esfuerza en librar del suplicio al culpable.

6. Deben, pues, examinarse las causas y luego ejercer la potestad de atar y de desatar. Hay que conocer qué culpa ha precedido o qué penitencia ha seguido a la culpa, a fin de que la sentencia del pastor absuelva a los que Dios omnipotente visita por la gracia de la compunción; porque la absolución del confesor es verdadera cuando se conforma con el fallo del Juez eterno.

Lo cual significa bien la resurrección del muerto de cuatro días, pues ella demuestra que el Señor primeramente llamó y dió vida al muerto, diciendo (Io. 11,43): *Lázaro, sal afuera;* y que después, el que había salido afuera con vida, fué desatado por los discípulos, según está escrito (Io. 11,44): *Cuando hubo salido afuera el que estaba atado de pies y manos con fajas, dijo entonces a sus discípulos: Desatadle y dejadle ir.* Ahí lo tenéis: los discípulos desatan a aquel que ya vivía, al cual, cuando estaba muerto, había resucitado el Maestro. Si los discípulos hubieran desatado a Lázaro cuando estaba muerto, habrían hecho manifiesto el hedor más bien que su poder.

De esta consideración debe deducirse que nosotros, por la autoridad pastoral, debemos absolver a los que conocemos que nuestro Autor vivifica por la gracia suscitante; vivificación que sin duda se conoce ya antes de la enmienda en la misma confesión del pecado. Por eso, al mismo Lázaro muerto no se le dice: Revive, sino: *Sal afuera.*

En efecto, mientras el pecador guarda en su conciencia la culpa, ésta se halla oculta en el interior, escondida en sus entrañas; pero, cuando el pecador voluntariamente confiesa sus maldades, el muerto sale afuera. Decir, pues, a Lázaro: *Sal afuera,* es como si a cualquier pecador claramente se dijera: ¿Por qué guardas tus pecados dentro de tu conciencia? Sal ya afuera por la confesión, pues por tu negación estás para ti oculto en tu interior. Luego decir: salga afuera el muerto, es decir: confiese el pecador su culpa; pero decir: desaten los discípulos al que sale fuera, es como decir que los pastores de la Iglesia deben quitar la pena que tuvo merecida quien no se avergonzó de confesarse.

He dicho brevemente esto por lo que respecta al ministerio de absolver, para que los pastores de la Iglesia procuren atar o desatar con gran cautela. Pero, no obstante, la grey debe temer el fallo del pastor, ya falle justa o injustamente, no sea que el súbdito, aun cuando tal vez quede atado injustamente, merezca ese mismo fallo por otra culpa.

El pastor, por consiguiente, tema atar o absolver indiscretamente; mas el que está bajo la obediencia del pastor tema quedar atado, aunque sea indebidamente, y no reproche, temerario, el juicio del pastor, no sea que, si quedó ligado injustamente, por ensoberbecerse de la desatinada reprensión, incurra en una culpa que antes no tenía. Y dicho todo esto harto rápidamente, tornemos al orden de la exposición.

7. *Tomás, uno de los doce, llamado Dídimo, no estaba con ellos cuando vino el Señor.* Unicamente este discípulo estuvo ausente, y cuando vino oyó lo que había sucedido y no quiso creer lo que oía. Volvió de nuevo el Señor y descubrió al discípulo incrédulo su costado para que le tocase y le mostró las manos, y con presentarle las cicatrices de sus llagas curó la llaga de su incredulidad.

¿Qué pensáis de todo esto, hermanos carísimos? ¿Creéis que sucedió al acaso el que estuviera en aquella ocasión ausente aquel discípulo elegido y el que, cuando vino, oyera, y oyendo dudara, y dudando palpara, y palpando creyera? No; no sucedió esto al acaso, sino que fué disposición de la divina Providencia; pues la divina Misericordia obró de modo tan admirable para que, tocando aquel discípulo incrédulo las heridas de su Maestro, sanase en nosotros las llagas de nuestra incredulidad. De manera que la incredulidad de Tomás ha sido más provechosa para nuestra fe que la fe de los discípulos creyentes, porque, decidiéndose aquél a palpar para creer, nuestra alma se afirma en la fe, desechando toda duda.

En efecto, el Señor, después de resucitado, permitió que aquel discípulo dudara; pero, no obstante, no le abandonó en la duda; a la manera que antes de nacer quiso que María tuviera esposo, el cual, no obstante, no llegó a consumar el matrimonio; porque, así como el esposo había sido guardián de la integérrima virginidad de su Madre, así el discípulo, dudando y palpando, vino a ser testigo de la verdadera resurrección.

8. *Y tocó y exclamó Tomás: ¡Señor mío y Dios mío! Díjole Jesús: Tú has creído, Tomás, porque me has visto.* Diciendo el apóstol San Pablo que (Hebr. 11,1) *la fe es el fundamento de las cosas que se esperan y un convencimiento de las cosas que no se ven,* resulta claro en verdad que la fe es una prueba decisiva de las cosas que no se ven, pues las que se ven, ya no son objeto de la fe, sino del conocimiento. Ahora bien, ¿por qué, cuando Tomás vió y palpó, se le dice: *Porque has visto has creído?* Pues es porque él vió una cosa y creyó otra; el hombre mortal, cierto que no puede ver la divinidad; por tanto, él vió al hombre y creyó que era Dios; y así dijo: *¡Señor mío y Dios mío!* Luego, viendo, creyó, porque, conociéndole verdadero hombre, le aclamó Dios, aunque como tal no podía verle.

9. Causa mucha alegría lo que sigue: *Bienaventurados los que sin haber visto han creído.* Sentencia en la que, sin duda, estamos señalados nosotros, que confesamos con el alma al que no hemos visto en la carne. Sí, en ella estamos significados nosotros, pero con tal que nuestras obras se conformen con nuestra fe, porque quien cumple en la práctica lo que cree, ése es el que cree de verdad.

Por el contrario, de aquellos que solamente creen con palabras, dice San Pablo (Tit. 1,16): *Profesan conocer a Dios, mas lo niegan con las obras;* por eso dice Santiago (2,17): *La fe, si no es acompañada de obras, está muerta en sí misma;* y, por lo mismo, el Señor dice al santo Job, refiriéndose al antiguo enemigo del género humano (Iob 40,18): *Mira cómo él se sorbe un río, sin que le parezca haber bebido mucho; aun presume poder agotar el Jordán entero.* Y bien, por el río, ¿quién está significado sino el género humano, que va pasando?; esto es, el género humano, que corre desde el principio hasta el fin y que, como agua puesta en movimiento, corre por la declinación de la carne hasta su término señalado. ¿Y qué se designa por el Jordán sino la clase de los bautizados?; porque, como el Autor de nuestra redención se dignó ser bautizado en el río Jordán, rectamente con el nombre de Jordán se designa la multitud de los que están comprendidos en el sacramento del bautismo.

Así, pues, el antiguo enemigo sorbió el río del género humano, porque desde el principio del mundo hasta la venida del Redentor, salvándose apenas algunos pocos elegidos, tragó en el vientre de su malicia al género humano; por eso se dice bien de él: *Se sorbe un río y no le parece mucho,* pues no tiene por grande cosa el arrebatar a los infieles. Pero es harto grave lo que sigue: *Y aun presume poder agotar el Jordán entero;* porque, después de haber arrebatado a todos los infieles desde el principio del mundo, aún presume poder engañar también a los fieles; porque con el lenguaje de su pestífera persuasión diariamente devora a aquellos cuya vida réproba está en desacuerdo con la fe que profesan.

10. Por consiguiente, hermanos carísimos, temed esto y prestadle toda atención; meditadlo con toda solicitud. Ved que celebramos la solemnidad de la Pascua, pero debemos vivir de modo que merezcamos llegar a las fiestas de la eternidad.

Todas las fiestas que se celebran en el tiempo pasan; procurad cuantos estáis presentes a esta solemnidad no ser excluídos de la solemnidad eterna. ¿De qué sirve asistir a las fiestas de los hombres, si aconteciera faltar a las fiestas de los ángeles? La solemnidad presente es una sombra de la solemnidad futura, y anualmente celebramos ésta precisamente para ser llevados a aquella que no es anual, sino perdurable.

Cuando se celebra ésta en su tiempo determinado, confórtese nuestra memoria con el recuerdo de aquélla; con la repetición del gozo temporal, caliéntese y enfervorícese el alma en los gozos eternos, para que en la patria se goce realmente con alegría lo que de aquel gozo se piensa figuradamente durante la jornada.

Poned, pues, en orden, hermanos, vuestra vida y vuestras costumbres. Considerad ahora cuán riguroso aparecerá en el juicio este que tan manso ha resucitado de entre los muertos. Cierto que en el día de su tremendo juicio aparecerá con los ángeles, con los arcángeles, con los tronos, con las dominaciones, con los principados y con las potestades, ardiendo los cielos y la tierra, es decir, aterrorizados en su presencia todos los elementos. Así que tened

presente siempre a este tan severo Juez; temed ahora a este que ha de venir, para que, cuando venga, le veáis, no temerosos, sino tranquilos; se le debe temer ahora para no temerle después; sírvanos su temor para acostumbrarnos a obrar bien; el miedo que nos infunde aparte de la perversión nuestra vida.

11. Creedme, hermanos, tanto más seguros estaremos entonces en su presencia, cuanto más hagamos ahora por recelarnos de la culpa. ¿Verdad que, si alguno de vosotros tuviera que presentarse mañana para informar ante mi tribunal en un pleito que tuviera con su adversario, tal vez pasaría toda la noche insomne, discurriendo para sí, solícito y anheloso, qué es lo que él podría decir y qué respondería a las objeciones; y temería mucho el encontrarme duro, y temblaría de aparecer culpable? Pero ¿quién o qué soy yo? Ciertamente, no tardando, después de ser hombre he de ser todo gusanos, y después de esto, polvo. Luego, si con tanto cuidado se teme el juicio de quien es polvo, ¿con qué solicitud se debe pensar, con qué miedo se debe proveer el juicio de tan soberana Majestad?

12. Mas, como hay algunos que dudan de la resurrección de la carne, y como la demostraremos mejor saliendo a la vez al paso a las dudas ocultas en vuestros corazones, debemos decir algo acerca de la fe de la resurrección.

Muchos, pues, están dudosos respecto a la resurrección, como nosotros lo estuvimos en algún tiempo, porque, como ven que en el sepulcro la carne se convierte en podredumbre y los huesos quedan reducidos a polvo, no creen que del polvo sean formados otra vez la carne y los huesos; y, como discurriendo para sí, vienen a decir esto: ¿Cuándo ha surgido del polvo un hombre? ¿Cuándo ha sucedido animarse la ceniza?

A los cuales responderemos brevemente que, para Dios, rehacer lo que ya fué es mucho menos que el crear lo que no ha existido. ¿O qué maravilla es que quien creó todas las cosas de la nada torne a hacer del polvo al hombre?; porque más admirable es haber formado de la nada el cielo y la tierra que el volver a hacer de la tierra al hombre.

Pero se pone la atención en la ceniza y se duda de que pueda convertirse en carne, y se busca cómo comprender por medio de la razón el poder de la obra de Dios.

Tales cosas dicen éstos en sus pensamientos porque los diarios milagros de Dios, precisamente por su frecuencia, han desmerecido para ellos. Pero ahí lo tenéis: en el grano de una pequeñísima semilla está encerrada toda la magnitud del árbol que de ella ha de nacer. Imaginémonos, pues, la admirable magnitud de un árbol cualquiera; pensemos dónde comenzó al nacer ese árbol que, creciendo, ha llegado a ser tan grande, y hallaremos, sin duda, su origen en una pequeñísima semilla. Consideremos ahora dónde está oculta en aquel pequeño grano la fortaleza del leño, lo áspero de la corteza, su gran olor y sabor, la abundancia de los frutos y el verdor de las hojas; porque, si tocamos el grano de la semilla, hallamos que no es fuerte, ¿de dónde, pues, ha procedido la fortaleza del madero?;

tampoco es áspero, ¿de dónde ha brotado lo áspero de la corteza?; ni tiene sabor, ¿de dónde el sabor de los frutos?; se le huele y no tiene olor, ¿de dónde el olor fragante de los frutos?; nada verde muestra en sí, ¿de dónde ha salido el verdor de las hojas?

Luego en la semilla están juntamente ocultas todas esas cosas que, sin embargo, no brotan juntamente de la semilla; en realidad, de la semilla se produce la raíz, de la raíz procede el tallo, del tallo sale el fruto y del fruto otra vez la semilla.

Añadamos, en consecuencia, que también la semilla se oculta en la semilla; ¿qué tiene, pues, de extraño que del polvo rehaga los huesos, los nervios, la carne, los cabellos..., aquel que de una pequeña semilla renueva todos los días, en la gran corpulencia de un árbol, la madera, los frutos y las hojas?

Por lo tanto, cuando el alma busca dudosa la razón del poder resucitar, deben presentársele las cuestiones de estas cosas que suceden sin cesar y que, sin embargo, jamás puede comprender la razón; y ya que no puede comprender lo que está viendo con los ojos, crea lo que oye referente a las promesas del poder de Dios.

Meditad, hermanos, en vuestro interior las promesas que son perdurables, pero tened en menos las que pasan con el tiempo como cosa ya pasada. Apresuraos a poner toda vuestra voluntad en llegar a la gloria de la resurrección, que en sí ha puesto de manifiesto la Verdad. Ahuyentad los deseos terrenales, que apartan del Creador, porque tanto más alto llegaréis en la presencia de Dios omnipotente cuanto más os distingáis en el amor al Mediador entre Dios y los hombres, el cual vive y reina con el Padre, en unidad del Espíritu Santo, Dios, por todos los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA VII [XXVII]

(Dirigida al pueblo en la basílica de San Pancracio el día de su natalicio.)

Lección del santo Evangelio según San Juan (15,12-16)

En aquel tiempo dijo Jesús a sus discípulos: El precepto mío es que os améis unos a otros como yo os he amado a vosotros. Que nadie tiene amor más grande que el que da su vida por sus amigos. Vosotros sois mis amigos si hacéis lo que yo os mando. Ya no os llamaré siervos, pues el siervo no es sabedor de lo que hace su amo. Mas a vosotros os he llamado amigos, porque os he hecho saber cuantas cosas oí de mi Padre. No me elegisteis vosotros a mí, sino que yo soy el que os ha elegido a vosotros y destinado para que vayáis y hagáis fruto, y vuestro fruto sea duradero, a fin de que cualquiera cosa que pidiereis al Padre en mi nombre os lo conceda.

1. Estando llenas de preceptos todas las alocuciones del Señor, ¿cómo es que, refiriéndose al del amor, cual si se tratara de un mandato único, dice el Señor: *El precepto mío es que os améis los unos a los otros,* sino porque todo mandato se refiere a sólo el amor

y todos los preceptos se reducen a uno solo? Porque a la manera que las ramas de un árbol, por muchas que sean, proceden todas de una sola raíz, así todas las virtudes, aunque sean muchas, nacen de una sola, de la caridad, y no tiene verdor alguno el ramo de la buena obra si no está radicado en la caridad, puesto que cuanto se manda se funda en sólo la caridad.

Los preceptos del Señor, por consiguiente, son a la vez muchos y son uno solo: muchos, por la diversidad de las obras, y uno, por la raíz del amor.

Ahora bien, de qué modo ha de practicarse este amor, El mismo lo da entender, mandando en muchas sentencias de su Escritura amar a los amigos en El y a los enemigos por El. Tiene, pues, verdadera caridad quien ama al amigo en Dios y al enemigo por Dios.

Hay, empero, algunos que aman a los prójimos, mas por afecto de parentesco y de la carne; a los cuales, no obstante, no se oponen las Sagradas Letras; pero una cosa es lo que se hace espontáneamente por razón de la naturaleza y otra cosa es lo que se debe por obediencia a los preceptos del Señor referentes a la caridad. Estos no hay duda que también aman al prójimo; mas, con todo, no logran los grandes premios del amor, porque no explican su amor espiritualmente, sino carnalmente.

Por consiguiente, cuando el Señor dice: *El precepto mío es que os améis los unos a los otros*, en seguida añadió: *como yo os he amado*. Como si claramente dijera: Amad para lo que yo os he amado.

2. En lo cual debemos observar atentamente, hermanos carísimos, que el antiguo enemigo, cuando impele nuestras almas al amor de las cosas temporales, excita contra nosotros a un prójimo más débil para que procure quitarnos esas mismas cosas que nosotros amamos. Y no le importa al enemigo, al hacer esto, el quitar lo terreno, sino el debilitar en nosotros la caridad; pues en seguida montamos en cólera y, por no querer ceder en lo exterior, interiormente nos causamos daño grave; pues por defender bienes pequeños de fuera perdemos bienes mayores del interior, porque, amando lo temporal, perdemos el verdadero amor. Todo el que nos quita lo nuestro es, en efecto, enemigo; pero, cuando comenzamos a odiar al enemigo, de dentro es lo que perdemos. Así que, cuando el enemigo nos haga sufrir algo exteriormente, estemos alerta en el interior contra el ladrón oculto, el cual nunca queda mejor vencido que cuando se ama al que nos daña exteriormente.

Una sola y decisiva es, en efecto, la prueba de la caridad: si se ama al mismo que nos es contrario. Por eso la misma Verdad soporta el patíbulo de la cruz y dispensa el amor a sus mismos perseguidores, cuando dice (Lc. 23): *Perdónalos, Padre, porque no saben lo que hacen*. ¿Qué extraño es que los discípulos amen, mientras viven, a los enemigos, si el Maestro ama a los enemigos aun cuando le están dando muerte?

El súmmum de este amor lo expresa cuando añade: *Nadie tiene amor más grande que el que da su vida por sus amigos*. El Señor había venido a morir también por sus enemigos, y, sin embargo, decía

que El había de dar su vida por sus amigos, sin duda para enseñarnos que como, amándolos, podemos ganar a los enemigos, también son amigos los mismos perseguidores.

3. Pero he aquí que nadie nos persigue de muerte; ¿cómo, pues, podemos probar si amamos a los enemigos? Algo hay, sí, que debe hacerse en la paz de la Iglesia, por donde aparezca claro si, al tiempo de la persecución, podremos morir amando. En efecto, el mismo San Juan dice (1.ª 3,17): *Quien tiene bienes de este mundo y, viendo a su hermano en necesidad, cierra las entrañas para no compadecerse de él, ¿cómo es posible que resida en él la caridad de Dios?* Por eso también San Juan Bautista dice (Lc. 3,11): *El que tiene dos vestidos dé al que no tiene ninguno.* Luego quien en tiempo de paz no da por amor de Dios su vestido, ¿cómo dará su vida en tiempo de persecución? Por tanto, para que en tiempo de perturbación se mantenga invicta la virtud de la caridad, nútrase de misericordia en el tiempo tranquilo, de manera que aprenda a dar a Dios primeramente sus cosas y después a sí mismo.

4. Prosigue: *Vosotros sois mis amigos.* ¡Oh, cuánta es la misericordia de nuestro Creador! ¡No somos siervos dignos, y nos llama amigos! ¡Cuánta es la dignidad de los hombres! ¡Ser amigos de Dios!

Mas, ya que habéis oído la gloria de la dignidad, oíd también a costa de qué se gana: *Si hiciereis lo que yo os mando.* Sois amigos míos si hacéis lo que yo os mando; como si claramente dijera: Gozaos de la dignidad, pero pensad a costa de qué trabajos se llega a tal dignidad.

Efectivamente, cuando los hijos de Zebedeo, por mediación de su madre, pretendían los dos primeros puestos, el uno a la diestra de Dios y el otro a la siniestra, oyeron (Mt. 20,22): *¿Podéis beber el cáliz que yo he de beber?* Solicitaban ya un puesto eminente, y la Verdad los llama al camino por donde llegarían a tales preeminencias. Como si dijera: Ya veo que apetecéis un puesto elevado, pero recorred antes la vía del dolor, pues por el cáliz se llega a la grandeza; si vuestra alma apetece lo que agrada, bebed antes lo que mortifica. Así, así es como, por el trago amargo de la confesión, se llega al goce de la salud.

Ya no os llamaré siervos, pues el siervo no es sabedor de lo que hace su amo. Mas a vosotros os he llamado amigos, porque os he hecho saber cuantas cosas oí de mi Padre. ¿Cuáles son todas estas cosas que ha oído de su Padre, y que ha querido hacer saber a sus discípulos para hacerlos amigos suyos, sino los gozos de la caridad interior, sino los regocijos de la patria celestial, lo cual fija en nuestras almas mediante las aspiraciones a su amor?; pues cuando amamos las cosas celestiales que hemos oído, ya conocemos lo que amamos, porque el mismo amor es noticia. Había, pues, hecho conocer todas estas cosas a aquellos que, habiendo trocado sus deseos terrenos, ardían en las llamas del amor divino.

Bien había contemplado a estos amigos de Dios el profeta cuando decía (Ps. 38,17): *Yo veo, Señor, que tú has honrado sobremanera a tus amigos;* y amigo *(amicus)* suena así como custodio del alma.

Por tanto, cuando el Salmista vió que los elegidos de Dios, apartados del amor del mundo, cumplían la voluntad divina, obedeciendo sus mandatos celestiales, admiró a los amigos de Dios, diciendo: *Yo veo, Señor, que tú has honrado sobremanera a tus amigos.* Y como si en seguida pretendiéramos que nos diera a conocer la causa de tan grande honor, a continuación añadió: *Su imperio ha llegado a ser sumamente poderoso.*

Vedlos: los elegidos de Dios doman la carne, fortalecen el espíritu, vencen a los demonios, brillan en virtudes, menosprecian lo presente y predican con obras y con palabras la patria eterna; además la aman más que a la vida, y a ella llegan por medio de los tormentos; pueden ser llevados a la muerte, pero no pueden ser doblegados; su imperio, pues, ha llegado a ser sumamente poderoso. En el mismo martirio en que su cuerpo sucumbió a la muerte, ved cuánta fué la grandeza de su espíritu; y ¿de dónde esto sino porque su imperio ha llegado a ser sumamente poderoso?

Y para que no pienses tal vez que son pocos los que son tan grandes, añadió (v.18): *Póngome a contarlos y veo que son más que las arenas del mar.* Contemplad, hermanos, todo el mundo: lleno está de mártires; ya apenas si los que vivimos somos tantos cuantos son los testigos de la verdad. Luego sólo Dios puede contarlos; para nosotros son más que las arenas, porque nosotros no podemos saber cuántos son.

5. Ahora, quién sea el que ha llegado a esta dignidad de ser llamado amigo de Dios, véalo cada uno en sí mismo; mas no atribuya a sus méritos ninguno de los dones que halle tener, no sea que venga a caer en la enemistad.

Por eso añade también: *No me elegisteis vosotros, sino que yo soy el que os he elegido a vosotros y os he destinado para que vayáis y hagáis fruto.* Os he puesto a la corriente de la gracia, os planté para que vayáis voluntariamente y con las obras hagáis fruto. Y he dicho que vayáis voluntariamente, porque querer hacer algo ya es ir con la voluntad. Y cuál fruto sea el que deben hacer se añade: *Y vuestro fruto sea duradero.*

Todo lo que trabajamos por este siglo apenas si dura hasta la muerte, pues la muerte, en interponiéndose, corta el fruto de nuestro trabajo; pero lo que se hace por la vida eterna, aun después de la muerte perdura, y entonces empieza a aparecer cuando comienza a desaparecer el fruto de las obras de la carne. Principia, pues, aquella retribución donde ésta termina. Por tanto, quien ya tiene conocimiento de lo eterno tenga en su alma por viles las ganancias temporales. Así que hagamos frutos tales que perduren, hagamos frutos tales que, cuando la muerte acabe con todo, ellos principien con la muerte. Y que en la muerte principien los frutos de Dios lo atestigua el profeta, que dice (Ps. 126,2): *Mientras concede Dios el sueño a sus amados, he aquí que les viene del Señor la herencia.* Todo el que duerme en la muerte pierde la herencia; pero, cuando Dios diere a sus amados el sueño, he aquí que les viene del Señor la he-

rencia, porque después que han llegado a la muerte es cuando los elegidos de Dios encuentran la herencia.

6. Prosigue: *A fin de que cualquiera cosa que pidiereis al Padre en mi nombre os la conceda.* Ved que aquí dice: *Cualquiera cosa que pidiereis a mi Padre en mi nombre os la conceda;* y en otra parte dice el mismo evangelista (Io. 16,23): *Cuanto pidiereis al Padre en mi nombre os lo concederá. Hasta ahora nada habéis pedido en mi nombre.* Si todo lo que pedimos en nombre del Hijo nos lo concede el Padre, ¿cómo es entonces que Pablo rogó por tres veces al Señor y no mereció ser oído, sino que se le dijo (2 Cor. 12,9): *Te basta mi gracia, porque la virtud se perfecciona en la debilidad?* ¿Acaso tan egregio predicador no pidió en nombre del Hijo? ¿Por qué, pues, no consiguió lo que pedía? ¿Cómo es entonces verdad que el Padre nos da todo lo que pidiéremos en nombre del Hijo, si el Apóstol pidió en nombre del Hijo que se le quitara el espíritu de Satanás, y, con todo, no consiguió lo que pedía?

Pero, como el nombre del Hijo es Jesús, y Jesús significa Salvador o saludable, según esto, pide en nombre del Salvador quien pide lo pertinente a la verdadera salud; mas, si se pide lo que no conviene, no se pide al Padre en nombre de Jesús. Por eso, también a los apóstoles, flacos aún, dice el Señor: *Hasta ahora nada habéis pedido en mi nombre.* Como si claramente les dijera: No habéis pedido en nombre del Salvador los que no sabéis buscar la salud eterna. Por eso no es escuchado Pablo, porque, si se viera libre de la tentación, no le aprovecharía para la salud.

7. He aquí estamos viendo, hermanos carísimos, cuántos sois los que os habéis congregado para la solemnidad del Mártir, los que os arrodilláis, golpeáis vuestros pechos, oráis, confesáis y regáis con lágrimas vuestras mejillas; pero examinad, os ruego, vuestras peticiones: ved si pedís en nombre de Jesús, esto es, si pedís los gozos de la salud eterna. ¡Ay!, que en la casa de Jesús no buscáis a Jesús si en el templo de la eternidad importunáis pidiendo cosas temporales. Vedlo: el uno en su oración pide que se le dé esposa; el otro, una finca; aquél pide vestido, éste alimento... Y cierto es que deben pedirse estas cosas cuando son necesarias, mas debemos recordar continuamente la enseñanza que hemos aprendido del mandato de nuestro mismo Redentor (Mt. 6,33): *Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todas las demás cosas se os darán por añadidura.*

Tampoco es cosa mala pedir estas cosas por Jesús, con tal que no se pidan en exceso. Pero, lo que es más grave aún, hay quien pide la muerte del enemigo, y a quien no puede perseguir con la espada, le persigue con la oración; y el que es maldecido vive todavía, y, sin embargo, el maldiciente ya se ha hecho reo de la muerte de aquél. ¡Dios manda amar al enemigo, y se pide a Dios que mate al enemigo! Luego quien así ora, en sus mismas oraciones pugna contra el Creador.

8. De ahí que, bajo la figura de la Judea, se dice (Ps. 108,7): *Su oración sea delito.* La oración es delito cuando quien ora pide lo que prohibe Aquel a quien pide. Por eso, la Verdad dice (Mc. 11,

25): *Al poneros a orar, si tenéis algo en contra de alguno, perdonadle el agravio.* Virtud de perdonar que manifestaremos más claramente aduciendo un ejemplo del Antiguo Testamento.

En efecto, habiendo incurrido la Judea en culpas que reclaman la justicia de su Creador, el Señor prohibe a su profeta que ruegue por ella, diciendo (Ier. 7,16): *No tienes tú que interceder por este pueblo, ni te empeñes en cantar mis alabanzas y rogarme.* Ier. 15,1: *Aun cuando Moisés y Samuel se me pusieran delante, no se doblaría mi alma a favor de este pueblo.*

¿Cómo es que, dejando a un lado sin mencionar a tantos Padres, sólo trae a cuento a Moisés y a Samuel, cuyo admirable poder de intercesión se pone de manifiesto al decir que ni éstos pueden interceder, que es como si claramente dijera el Señor: Ni siquiera escucho a los que, por el mérito grande de su oración, de ningún modo desprecio? ¿Cómo es, repito, que Moisés y Samuel son preferidos a los otros sus iguales, sino porque solamente de estos dos, en toda la serie del Antiguo Testamento, se lee que oraron también por sus enemigos? El uno es apedreado por el pueblo, y, sin embargo, ruega al Señor por los que le apedrean; el otro es despojado de su mando, y, no obstante, al pedirle que rogara, se declara, diciendo (1 Reg. 12,23): *Lejos de mí cometer tal pecado contra el Señor, que yo cese de rogar por vosotros.*

Aun cuando Moisés y Samuel se me pusieran delante, no se doblegaría mi alma a favor de este pueblo. Como si claramente dijera: Ni siquiera escucho ahora en favor de los amigos a los que sé que, por su gran virtud, ruegan también por sus enemigos. El poder, pues, de la oración está en la grandeza de la caridad, y todos consiguen lo que rectamente piden cuando, al orar, no se halla su alma ofuscada con el odio del enemigo.

Además vencemos al espíritu recalcitrante si oramos también por los enemigos. Los labios, sí, ruegan por nuestros enemigos, pero ojalá que el corazón tenga amor; pues con frecuencia oramos, sí, por nuestros enemigos, pero esto, más bien que por caridad, lo hacemos porque está mandado, ya que pedimos que vivan nuestros enemigos, y, no obstante, tememos ser oídos. Mas, como el juez interior atiende a la intención más que a las palabras, resulta que nada pide en favor del enemigo quien ruega por él sin caridad.

9. Pero he aquí que el enemigo nos ha ofendido gravemente, nos ha causado daños, ha perjudicado a los que le ayudábamos, ha perseguido a los que le amábamos. Sería cosa de no perdonar eso si no fuera porque nosotros necesitamos que se perdonen nuestros delitos; pero es el caso que nuestro Abogado ha compuesto la oración a favor nuestro, y el mismo que es abogado es también juez de nuestra causa; y a la petición que compuso agregó una condición, que dice (Mt. 6): *Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores.* Por lo tanto, como viene por juez el mismo abogado, el mismo que hizo la oración la oye; luego, o sin hacerlo, decimos: *Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores,* y al decir esto nosotros mismos nos

condenamos más, o tal vez suprimimos en la oración esa condición, y entonces nuestro abogado no reconoce la oración que El compuso y al punto dice para sí: Yo bien sé lo que mandé; ésa no es la misma oración que yo hice.

¿Qué debemos hacer en consecuencia, hermanos, para amar a nuestros hermanos con afecto de caridad, si no es no mantener maldad alguna en el corazón, para que así Dios omnipotente tenga en cuenta nuestra caridad para con el prójimo y dispense su piedad a nuestras iniquidades?

Acordaos de lo que se nos manda: *Perdonad y se os perdonará.* Ved, pues, qué se nos debe y qué debemos: así que perdonemos lo que se nos debe. Pero a esto se resiste el ánimo: quiere cumplir lo que oye, y, sin embargo, se rebela.

Estamos ante la tumba de un mártir, de quien sabemos por qué muerte llegó al reino de los cielos. Nosotros, ya que no demos la vida del cuerpo por Cristo, domemos tan siquiera el corazón. Dios se aplaca con este sacrificio, y en el juicio de su piedad aprueba la victoria de nuestra paz. El contempla la lucha de nuestro corazón, y a los que después remunera por vencedores, ahora, mientras luchan, los ayuda Jesucristo, nuestro Señor, que vive y reina, en unidad del Espíritu Santo, Dios, por todos los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA VIII [XXVIII]

(Dirigida al pueblo en la basílica de los Santos Nereo y Aquileo en el día de su natalicio.)

Lección del santo Evangelio según San Juan (4,46-53)

En aquel tiempo había en Cafarnaúm un señor de la corte que tenía un hijo enfermo. Este tal, habiendo oído que Jesús venía de Judea a Galilea, fué a encontrarle, suplicándole que bajase a curar a su hijo, que estaba muriéndose. Pero Jesús le respondió: Vosotros, si no veis milagros y prodigios, no creéis. Instábale el de la corte: Ven, Señor, antes que muera mi hijo. Dícele Jesús: Anda, que tu hijo está bueno. Creyó aquel hombre a la palabra que Jesús le dijo, y se puso en camino. Yendo ya hacia su casa, le salieron al encuentro los criados con la nueva de que su hijo estaba ya bueno. Preguntóles a qué hora había sentido la mejoría. Y le respondieron: Ayer, a las siete, le dejó la calentura. Reflexionó el padre que aquélla era la hora misma que Jesús le dijo: Tu hijo está bueno. Y así creyó él y toda su familia.

1. La lección del santo Evangelio que acabáis de oír, hermanos carísimos, no necesita exposición; mas por que no parezca, si callamos, que la tenemos en poco, hablaremos algo sobre ella, más bien para exhortar que para exponerla; pues solamente hallo que requiera ser expuesto el porqué aquel que había acudido a pedir la salud de su hijo, oyó: *Vosotros, si no veis milagros y prodigios, no creéis;* porque puesto que buscaba la salud de su hijo,

sin duda creía, pues no habría pedido salud a quien no creyera salvador. ¿Por qué, entonces, a quien creyó antes de ver milagros se le dice: *Vosotros, si no veis milagros y prodigios, no creéis?*

Pero recordad lo que pidió y claramente conoceréis que dudó en la fe. Porque pidió que fuera a su casa y curase a su hijo. Requería, por tanto, la presencia corporal del Señor, que en espíritu no está jamás ausente. Luego tenía menos fe en El, puesto que pensó que no podría dar la salud si no estaba presente además con el cuerpo; pues, si hubiera tenido fe perfecta, sabría ciertamente que no hay lugar alguno donde no esté Dios. Por consiguiente, desconfió en gran parte, porque no concedió el poder a su majestad, sino a su presencia corporal. Así, pidió la salud para su hijo, y, no obstante, dudó en la fe, porque, aunque acudió a El y le creyó poderoso para curar, pero creyó que estaba ausente de su hijo, que se moría.

Pero el Señor, a quien le ruega que vaya, le hace saber que no está ausente del lugar adonde le requiere, pues El, que con sólo su querer creó todas las cosas, con sólo mandarlo devolvió la salud.

2. Respecto a lo cual debemos fijarnos atentamente en que, según sabemos por el testimonio de otro evangelista, el centurión se presentó al Señor, diciendo (Mt. 8,6): *Señor, un criado mío está postrado en mi casa paralítico, y padece muchísimo;* al cual Jesús en seguida responde: *Yo iré y le curaré.*

¿Cómo es que el régulo le ruega que vaya a curar a su hijo y rehusa ir corporalmente, y, en cambio, no se le invita a que vaya al siervo del centurión, y, sin embargo, El mismo promete ir corporalmente? No se digna presentarse corporalmente al hijo del régulo y no se desdeña de acudir al siervo del centurión.

¿Qué es esto sino que nuestra soberbia es humillada cuando en los hombres veneramos, no la naturaleza en la cual hemos sido hechos a imagen de Dios, sino los honores y las riquezas? Y es que, cuando atendemos a lo que los rodea, descuidamos pensar en lo que son ellos mismos, cabalmente porque no nos preocupamos de las cosas interiores; sí, precisamente cuando atendemos a las cosas despreciables que hay en los cuerpos, descuidamos pensar en lo que realmente son.

Pero nuestro Redentor, para demostrar que deben despreciarse las cosas que los hombres tienen por grandes y que no deben despreciarse las que los hombres desprecian, no quiso ir al hijo del régulo y se dispuso a ir al siervo del centurión. Así quedó desaprobada nuestra soberbia, que no sabe considerar a los hombres por lo que son en cuanto hombres, sino que, como hemos dicho, sólo atiende a las cosas que los rodean; no mira a la naturaleza, no reconoce en los hombres el honor de Dios. Vedlo; el Hijo de Dios no quiere ir al hijo del régulo y, sin embargo, se dispone a ir a curar al siervo.

Seguramente que, si nos rogara el siervo de cualquiera que fuéramos a él, nuestra soberbia en seguida nos hablaría silenciosamente en el interior, diciendo: No vayas, porque te degradas a

ti mismo; tu honor queda rebajado y el lugar te envilece. Ved que ha venido del cielo el que no tiene a menos acudir en la tierra a un siervo, y, en cambio, los que procedemos de la tierra tenemos a mengua el humillarnos en la tierra.

Pero ¿qué cosa hay más vil delante de Dios, qué cosa puede haber más despreciable que procurar ser honrado entre los hombres y no temer la presencia del testigo interior? He ahí por qué también el Señor dice a los fariseos en el santo Evangelio (Lc. 16,15): *Vosotros os la dais de justos delante de los hombres; pero Dios conoce vuestros corazones; porque lo que parece sublime a los ojos humanos, a los de Dios es abominable.*

Notad, hermanos, notad bien lo que se dice; porque, si lo que parece sublime a los hombres es abominable ante Dios, los pensamientos de nuestro corazón son delante de Dios tanto más bajos cuanto más altos son ante los hombres; y la humildad de nuestro corazón tanto más sublime es ante Dios cuanto más baja parece a los hombres. [3.] Por consiguiente, tengamos en nada cualquiera cosa buena que hiciéremos; no nos engría obra alguna nuestra, no nos ensoberbezcan ni la abundancia de bienes ni los honores. Si nos enorgullecemos en nuestro interior por la afluencia de cualesquiera bienes, somos despreciados por Dios; por el contrario, de los humildes dice el Salmista (Ps. 114,6): *El Señor es quien cuida de los pequeñitos.* El cual (el Salmista), como llama pequeñitos a los humildes, después de haber proferido esta sentencia, añadió el consejo; pues, cual si le preguntáramos qué haría él en vista de esto, agregó: *Me humillé y me libró.*

Meditad esto, hermanos; pensadlo con toda atención; no pretendáis que vuestros prójimos os veneren por los bienes de este mundo. En los hombres de los cuales no sois súbditos, honrad, por respeto a Dios, esto, el haber sido hechos a imagen de Dios; lo cual cumplís bien con vuestros prójimos cuando principiáis por no preferiros a ellos en vuestro corazón; porque quien todavía se ensalza por las cosas transitorias, no sabe respetar en el prójimo lo que tiene de permanente. Dejad, pues, de pensar interiormente en lo que tenéis, sino pensad en lo que sois. Ved cómo huye el mundo, tan amado. En cambio, estos santos, ante cuya tumba estamos, pisotearon este mundo lisonjero, despreciándole en su corazón; entonces la vida era larga; la salud, robusta; había abundancia de bienes y una descendencia numerosa, más la tranquilidad de una paz constante; y, con todo, estando tan floreciente en sí mismo, en el corazón de ellos habíase agostado el mundo.

Pues he aquí al mundo ya agostado en sí mismo, y todavía está floreciente para nuestros corazones: dondequiera se ve la muerte, doquiera el luto, la desolación doquier; en todas partes nos maltrata, en todas partes nos vemos cercados de amargura, y, con todo, ciegamente apetecemos las mismas amarguras de nuestra concupiscencia carnal; seguimos al mundo que huye y nos apegamos a él, que se precipita; y, como no podemos contenerle en su caída, nos precipitamos con él, a sabiendas de que se precipita.

En algún tiempo, el mundo, con sus deleites, nos ha retraído de Dios; ahora, tan lleno de plagas está, que ya el mismo mundo nos encamina a Dios.

Pensad, pues, que nada son las cosas temporales; el término de ellas pone de manifiesto cuán nada era lo que ha podido dejar de ser; el concluir de las cosas indica que lo pasajero, aun en el tiempo en que parecía mantenerse, era casi nada.

Por consiguiente, hermanos carísimos, atended a estas verdades con solícita consideración; asentad vuestro corazón en el amor de lo eterno, para que, desdeñando el alcanzar los altos puestos de la tierra, lleguéis a la gloria en la que creéis mediante la fe, por Jesucristo, nuestro Señor.

HOMILIA IX [XXIX]

(Dirigida al pueblo en la basílica de San Pedro en la Ascensión del Señor.)

LECCIÓN DEL SANTO EVANGELIO SEGÚN SAN MARCOS (16,14-20)

En aquel tiempo, Jesús apareció a los once cuando estaban a la mesa, y les echó en cara su incredulidad y dureza de corazón, porque no habían creído a los que le habían visto resucitado. Por último, les dijo: Id por todo el mundo; predicad el Evangelio a todas las criaturas. El que creyere y se bautizare, se salvará; pero el que no creyere, será condenado. A los que creyeren acompañarán estos milagros: en mi nombre lanzarán los demonios, hablarán nuevas lenguas, manosearán las serpientes, y, si algún licor venenoso bebieren, no les hará daño; pondrán las manos sobre los enfermos, y quedarán éstos curados. Así, el Señor Jesús, después de haberles hablado, fué elevado al cielo, y está sentado a la diestra de Dios. Y sus discípulos fueron y predicaron en todas partes, cooperando el Señor y confirmando su doctrina con los milagros que le acompañaban.

1. El que los discípulos tardaran en creer la resurrección del Señor, yo diría que se debió no tanto a la flaqueza de ellos cuanto a la futura seguridad nuestra; porque la resurrección se les demostró a los discípulos con muchos argumentos que, cuando nosotros, leyéndolos, los conocemos, ¿qué efecto nos hacen sino dejarnos más convencidos a causa de la duda de ellos? María Magdalena, que en seguida creyó, me ha hecho menos fuerza que Tomás, que dudó por mucho tiempo; pues él, dudando, tocó las cicatrices de las llagas y arrancó de nuestro pecho la llaga de la duda.

También debemos notar lo que San Lucas refiere para dar a conocer la verdad de la resurrección, diciendo (Act. 1,4): *Comiendo con ellos, les mandó que no partieran de Jerusalén;* y poco después (v.9): *Se fué elevando, a vista de ellos, por los aires, hasta que una nube le cubrió a sus ojos.* Notad las palabras, fijaos en los misterios: *Comiendo con ellos, se fué elevando;* comió y se elevó, esto es, para que, por el hecho de comer, se patentizara la realidad de su carne,

Pero San Marcos refiere que, antes de que el Señor subiera a los cielos, echó en cara a los discípulos la dureza de su corazón y su incredulidad. ¿Qué debemos pensar de esto sino que el Señor reprende a sus discípulos precisamente cuando los va a abandonar corporalmente, a fin de que lo que les dijera al partir quedara más fuertemente grabado en el corazón de los que le oían?

2. Oigamos nosotros ahora lo que, aconsejándolos, dice a sus discípulos después de reprender su dureza: *Id por todo el mundo, predicad el Evangelio a todas las criaturas.* ¿Qué, hermanos míos, acaso se debe predicar el Evangelio también a las cosas insensibles y aun a los brutos animales, puesto que de él se dice a los discípulos: *Predicad el Evangelio a todas las criaturas?* No, sino que por la denominación *todas las criaturas* se designa al hombre; porque criaturas son las piedras, que ni viven ni sienten; lo son las hierbas y los árboles, que viven, sí, pero no sienten—viven, digo, no por el alma, sino por su verdor, pues también San Pablo dice (1 Cor. 15,36): *Necio, lo que tú siembras no recibe vida si primero no muere;* luego vive lo que muere para ser vivificado—; de manera que las piedras tienen ser, pero no viven; las plantas también son, pero no sienten; y los brutos animales son, viven y sienten, pero no discurren; los ángeles son, viven, sienten y discurren; el hombre, pues, tiene algo de todas las criaturas, porque tiene de común con las piedras el ser; con los árboles, el vivir; con los animales, el sentir, y con los ángeles, el entender; luego, teniendo el hombre algo común con todas las criaturas, en algún modo el hombre es todas las criaturas; luego, cuando se predica el Evangelio al hombre, se predica a todas las criaturas, porque en realidad se predica a aquel para quien han sido creadas todas las criaturas y del cual no son extrañas las demás debido a su respectiva semejanza.

También por la denominación *todas las criaturas* puede significarse todo el mundo gentil, pues antes (Mt. 10,5) se había dicho: *No vayáis a tierra de gentiles;* pero ahora se dice: *Predicad a todas las criaturas,* esto es, para que la predicación de los apóstoles, que antes había rechazado la Judea, viniera en ayuda nuestra, cuando aquel pueblo soberbio la había rechazado para testimonio de su reprobación.

Ahora bien, cuando la Verdad envía a sus discípulos a predicar, ¿qué otra cosa hace en el mundo sino como esparcir granos de semilla? Y envía pocos granos a la sementera para recoger abundantes mieses de nuestra fe; mas no surgiría en todo el mundo tanta mies de fieles si la mano del Señor no sembrara sobre la tierra racional aquellos escogidos granos de los predicadores.

3. Prosigue: *El que creyere y fuere bautizado, se salvará; pero el que no creyere, será condenado.* Tal vez diga cada uno en su interior: Yo ya creo, me salvaré. Dice verdad, si tiene la fe con obras, porque es verdadera fe la que no contradice con las obras lo que afirma con las palabras; pues a esto se refiere lo que San Pablo dice de algunos falsos fieles (Tit. 1,16): *Profesan conocer a Dios,*

mas le niegan con las obras; y por eso San Juan dice (1.ª, 2,4): *Quien dice que conoce a Dios y no guarda sus mandamientos, es un mentiroso, y la verdad no está en él.*

Siendo esto así, debemos, examinando nuestra vida, descubrir si es verdadera nuestra fe; pues somos verdaderamente fieles cuando cumplimos en las obras lo que profesamos con las palabras. En efecto, el día del bautismo prometimos renunciar a todas las obras y pompas del antiguo enemigo; vuelva, pues, cada uno de vosotros hacia sí los ojos de la consideración para examinarse, y si halla que después del bautismo cumple lo que prometió antes del bautismo, alégrese, porque ya está cierto de que es fiel; pero, ¡ah!, que si no ha cumplido lo que prometió, si se ha lanzado a realizar obras malas y a deleitarse en las vanidades del mundo, veamos si ya sabe llorar sus yerros; porque ante el Juez misericordioso no es tenido por mentiroso quien después de haber mentido vuelve a la verdad; que Dios omnipotente, cuando acepta gustoso nuestra penitencia, El mismo oculta de su juicio lo que hubimos errado.

4. Prosigue: *A los que creyeren acompañarán estos milagros: en mi nombre lanzarán los demonios, hablarán nuevas lenguas, manosearán las serpientes; y si algún veneno bebieren, no los hará daño; pondrán las manos sobre los enfermos y quedarán éstos curados.*

¿Qué, hermanos míos, acaso no creéis, puesto que no obráis estos milagros? Pero estas cosas eran necesarias en los comienzos de la Iglesia, pues para robustecer la fe en la multitud de los creyentes debía nutrirse con milagros; que también nosotros, cuando plantamos los arbustos, los echamos agua con frecuencia hasta que vemos que ya se han adherido a la tierra, y, una vez que ya han fijado sus raíces, cesará el riego; pues por eso dice San Pablo (1 Cor. 14,22): *El don de lenguas es una señal, no para los fieles, sino para los infieles.*

Acerca de estos milagros y señales tenemos otras cosas que debemos considerar más útilmente. En realidad, la santa Iglesia hace a diario espiritualmente lo que entonces hacían corporalmente los apóstoles; porque sus sacerdotes, cuando por la gracia del exorcismo ponen la mano a los creyentes y se oponen a que los espíritus malignos habiten en sus almas, ¿qué otra cosa hacen sino lanzar los demonios?

Y cualesquiera fieles que ya han abandonado el lenguaje del siglo de su antigua vida y hablan de los santos misterios, cantan las alabanzas de su Creador y en la medida de sus fuerzas publican su gran poder, ¿qué otra cosa hacen sino hablar nuevas lenguas?

Los cuales, cuando con sus exhortaciones quitan de los ajenos corazones la malicia, manosean las serpientes.

Y cuando oyen malsanos consejos, pero, a pesar de ello, no se dejan seducir a obrar el mal, veneno es lo que beben, sí, pero no los hará daño.

Los que, cuantas veces ven a sus prójimos débiles en el bien obrar, se ofrecen a ellos con todo lo que pueden, y con el ejemplo de su buen obrar robustecen la vida de los que vacilan en su proceder,

¿qué otra cosa hacen sino poner sus manos sobre los enfermos para que se curen?

Milagros en verdad tanto mayores por cuanto son espirituales, y por ellos resucitan, no ya los cuerpos, sino las almas.

Así que, hermanos carísimos, si queréis, vosotros mismos podéis hacer estos milagros con la gracia de Dios. Pero de aquellas señales exteriores no pueden obtener vida los que las realizan, porque los milagros corporales alguna vez muestran la santidad de quien los obra, pero no la dan; en cambio, estos milagros espirituales que se obran en el alma, no muestran la santidad de la vida, pero la causan; aquéllos pueden hacerlos los malos y los buenos; de éstos no pueden disfrutar sino los buenos. Por eso la Verdad dice de algunos (Mt. 7,22): *Muchos me dirán en aquel día del juicio: ¡Señor, Señor!, ¿pues no hemos nosotros profetizado en tu nombre, y lanzado en tu nombre los demonios, y hecho muchos milagros en tu nombre? Mas entonces yo les protestaré: Jamás os he conocido; apartaos de mí, obradores de la maldad.*

No queráis, hermanos carísimos, apetecer las señales que pueden tenerse en común con los malos; antes bien, procurad estas que ahora hemos llamado milagros de la caridad y de la piedad, los cuales son tanto más seguros cuanto más ocultos y por medio de los cuales se obtiene del Señor una recompensa tanto mayor cuanta menor gloria obtiene de los hombres.

5. Prosigue: *Así el Señor Jesús, después de haberles hablado, fué elevándose al cielo y está sentado a la diestra de Dios.*

En el Antiguo Testamento hemos aprendido que Elías fué arrebatado al cielo; pero una cosa es el cielo aéreo y otra el etéreo, pues el cielo aéreo está inmediato a la tierra; por eso decimos las aves del cielo, porque las vemos volar en el aire. De modo que Elías fué elevado al cielo aéreo, siendo llevado rápidamente a determinada región de la tierra, donde viva en la mayor paz del espíritu y del cuerpo, hasta que al fin del mundo vuelva y rinda el tributo a la muerte. El ha diferido la muerte, pero no la ha evadido; mas nuestro Redentor, como no la ha diferido, la venció y la destruyó resucitando, y subiendo a los cielos manifestó la gloria de su resurrección.

Es también de notar que se lee que Elías subió en un carro; y esto para hacer patente que el puro hombre (para subir) necesita auxilio ajeno; por medio, pues, de los ángeles se obraron y se manifestaron aquellos auxilios, puesto que ni al cielo aéreo podía subir por sí aquel a quien se lo impedía su débil naturaleza. Pero de nuestro Redentor se lee que fué elevado, no en carro ni por ministerio de los ángeles, sino que quien había hecho todas las cosas era llevado, sin duda, por su propia virtud sobre todas ellas; y así tornaba a donde estaba y volvía de donde permanecía, porque, cuando por la humanidad subía a los cielos, por su divinidad contenía igualmente el cielo y la tierra.

6. Ahora bien, así como José, vendido por sus hermanos, fué figura de la venta de nuestro Redentor, así Enoc, trasladado, y Elías,

arrebatado al cielo aéreo, ambos figuraron la ascensión del Señor. Por tanto, el Señor tuvo nuncios y testigos de su ascensión: uno anterior a la Ley y otro durante la Ley, hasta que al cabo llegara el mismo que en verdad pudo penetrar los cielos. De ahí que también se diferencia por cierta gradación la elevación de cada uno de ellos; pues se refiere que Enoc fué trasladado y Elías arrebatado al cielo, hasta que, por fin, viniera el que ni trasladado ni arrebatado, sino por su propia virtud, penetrara en el cielo etéreo.

En la traslación de éstos, que, cómo siervos, significaron la ascensión del Señor, y en sí mismo, que ascendió a los cielos, el Señor nos manifiesta que a los que en El creemos concedería también la pureza de su carne y que, andando el tiempo, crecería bajo su influencia la virtud de la castidad; pues, en efecto, Enoc tuvo mujer e hijos, mas no se lee que Elías tuviera mujer ni hijos.

Considerad cómo, a medida que pasa el tiempo, crece la pureza de la santidad; cosa que se muestra patente en los siervos que fueron trasladados y en la persona del Señor, que subió a los cielos. Enoc, que fué engendrado y que engendró por unión carnal, fué trasladado; Elías, que fué engendrado por unión carnal, pero que no engendró por unión carnal, fué arrebatado. Y el Señor, que ni fué engendrado ni engendró por tal modo, ascendió por sí mismo.

7. Pero debemos considerar cómo es que San Marcos dice: *Está sentado a la diestra de Dios;* y San Esteban dice (Act. 7,55): *Estoy viendo ahora los cielos abiertos y al Hijo del hombre en pie a la diestra de Dios.* ¿Cómo es que San Marcos afirma que él le ve sentado, y San Esteban que le ve en pie? Mas vosotros, hermanos, sabéis que el estar sentado es propio del que juzga, y estar en pie es propio del que lucha o ayuda. Según lo cual, como nuestro Redentor subió a los cielos y ahora juzga todas las cosas y al fin vendrá como juez de todos, San Marcos, después de la ascensión, le describe sentado, porque después de la gloria de su ascensión vendrá al fin como juez; pero San Esteban, puesto en trance de lucha, como le tuvo por auxiliador suyo, le vió estar en pie, porque, para que éste venciera en la tierra la infidelidad de los perseguidores, desde el cielo peleó con su gracia a favor de él.

8. Prosigue: *Y sus discípulos fueron y predicaron en todas partes, cooperando el Señor y confirmando su doctrina con los milagros que le acompañaban.* En todo esto, ¿qué es lo que debemos considerar y qué es lo que debemos grabar en nuestra memoria sino que la obediencia siguió al precepto y que los milagros siguieron a la obediencia?

Mas, ya que con la ayuda de Dios hemos recorrido la lección evangélica, exponiéndola brevemente, resta que reflexionemos algo sobre tan grande solemnidad.

9. Y lo primero que debemos averiguar es por qué, cuando nació el Señor, aparecieron los ángeles, y no se lee que aparecieran con blancas vestiduras, y, en cambio, se lee que, cuando subió a los cielos, aparecieron los ángeles con blancas vestiduras, pues así está escrito (Act. 1,9-10): *Se fué elevando a vista de ellos por los aires,*

hasta que una nube le encubrió a sus ojos. Y, estando atentos a mirar cómo iba subiéndose a los cielos, he aquí que aparecieron cerca de ellos dos personajes con vestiduras blancas. Ahora bien, en las vestiduras blancas se muestra el gozo y la fiesta del alma; ¿cómo es, pues, que, cuando nace el Señor, los ángeles no aparecen con vestiduras blancas, y cuando el Señor asciende aparecen con blancas vestiduras, sino porque, cuando Dios hombre penetró en el cielo, entonces celebraron los ángeles una gran fiesta? Porque al nacer el Señor veíase la divinidad humillada, pero al subir al cielo fué exaltada la humanidad, y las vestiduras blancas son más propias de la exaltación que de la humillación. Por consiguiente, en la ascensión los ángeles debieron aparecer con vestiduras blancas, porque quien en su natividad apareció Dios humilde, en su ascensión se mostró hombre excelso.

10. Pero lo que más debemos atender en esta solemnidad, hermanos carísimos, es que en este día quedó borrado el decreto de nuestra condenación y cambiada la sentencia de nuestra corrupción; pues aquella naturaleza a la que se dijo (Gen. 3,19): *Polvo eres y a ser polvo tornarás*, en el día de hoy subió al cielo.

Por esta elevación de nuestra carne es por lo que el santo Job llamó *ave* al Señor; pues como el santo Job previó que la Judea no entendió el misterio de su ascensión, pronunció sentencia acerca de su infidelidad por medio de una figura, diciendo (Iob 28,7): *No conoció el camino del ave.* Con razón, pues, fué llamado *ave* el Señor, porque remontó su cuerpo de carne a las regiones etéreas; y no conoció el camino de esta ave quien no creyó que El ascendió a los cielos.

De esta solemnidad dice el Salmista (Ps. 8,2): *Tu majestad se ve ensalzada sobre los cielos;* y de ella dice otra vez (Ps. 46,6): *Ascendió Dios entre voces de júbilo, y el Señor al son de clarines;* y de la misma dice nuevamente (Ps. 67,19): *Al subir el Señor a lo alto, llevó consigo a los cautivos; dió dones a los hombres.*

En efecto, cuando subió a lo alto, llevó consigo a los cautivos, porque con la virtud de su incorrupción destruyó la corrupción nuestra; y dió dones a los hombres, porque, enviando desde el cielo al Espíritu Santo, concedió a unos el don de hablar con sabiduría, a otros el don de hablar con ciencia, a éstos el don de las virtudes, a aquéllos el don de curar, y a esotros el de interpretar las palabras. Dió, pues, dones a los hombres cuando, por la gracia de este Espíritu, la virtud de ellos se extendió por el mundo.

También Habacuc dice acerca de la gloria de su ascensión (3,11): *Se elevó el sol, y la luna se paró en su carrera.* Porque ¿a quién se designa con el nombre de sol sino al Señor, y a quién con el de luna sino a la santa Iglesia?; pues hasta que el Señor subió a los cielos, la santa Iglesia todo lo temía de las adversas potestades del mundo; mas, después que se fortaleció con la ascensión del Señor, predicó en público la fe que guardó secreta. Luego el sol se elevó y la luna se paró en su carrera, porque, cuando el Señor subió al cielo, la santa Iglesia se propagó con la autoridad de la predicación.

Por eso Salomón pone en boca de esta Iglesia (Cant. 2,8): *Vedle que viene saltando por los montes;* porque contempló la excelencia de tan grandes obras, dijo: Vedle que viene saltando por los montes. En efecto, hasta llegar a redimirnos dió, por decirlo así, algunos saltos. ¿Queréis, hermanos carísimos, conocer los saltos que El dió? Del cielo vino a la tierra, al seno de su Madre; del seno de su Madre saltó al pesebre; del pesebre saltó a la cruz; de la cruz, al sepulcro; del sepulcro volvió al cielo.

Ved que, para hacernos correr tras El, la Verdad, que se manifestó en la carne, dió por nosotros varios saltos, porque (Ps. 18,6) *saltó como un gigante para recorrer su camino,* a fin de que nosotros le dijéramos de corazón (Cant. 1,3): Llévanos tras *de ti, y correremos en pos del perfume de tus ungüentos.*

11. Por consiguiente, hermanos carísimos, es necesario que nosotros pongamos nuestro corazón adonde creemos que El subió con el cuerpo. Ahuyentemos los deseos terrenales; puesto que tenemos a nuestro Padre en los cielos, nada de aquí abajo nos deleite.

Lo que, sobre todo, debemos reflexionar es que este que plácidamente subió a los cielos volverá terrible y que nos pedirá severa cuenta de lo que ahora mansamente nos ha mandado. Nadie, por lo tanto, malgaste el tiempo que se nos ha concedido para hacer penitencia; nadie, mientras pueda obrar, descuide el mirar por sí, porque nuestro Redentor vendrá luego al juicio con tanto más rigor cuanto mayor ha sido la paciencia que nos ha dispensado antes del juicio.

Meditad, pues, estas cosas dentro de vosotros, hermanos; repasadlas con frecuencia en vuestros pensamientos. Aunque el ánimo vaya fluctuando todavía entre las tempestades de esta vida, fijad, no obstante, el áncora de vuestra esperanza en la patria eterna; asegurad los propósitos del alma a la luz verdadera.

Vedlo: ya hemos oído que el Señor ha subido a los cielos; conservemos, pues, mediante la meditación, lo que creemos; y, si todavía estamos aquí sujetos a la flaqueza del cuerpo, sigámosle, no obstante, con pasos de amor; que no desdeña nuestros buenos deseos el mismo Jesucristo, nuestro Señor, que nos los ha dado y que vive y reina con Dios Padre, en unidad del Espíritu Santo, Dios, por todos los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA X [XXX]

(Dirigida al pueblo en la basílica de San Pedro el día santo de Pentecostés.)

Lección del santo Evangelio según San Juan (14,23-31)

En aquel tiempo dijo Jesús a sus discípulos: Cualquiera que me ama observará mi doctrina, y mi Padre le amará, y vendremos a él y haremos mansión dentro de él. El que no me ama no practica mi doctrina. Y la doctrina que habéis oído no es mía, sino del Padre, que me ha enviado. Estas cosas os he dicho conversando con vosotros; mas el Con-

solador, el Espíritu Santo, que mi Padre enviará en mi nombre, os lo enseñará todo, y os recordará cuantas cosas os tengo dichas. La paz os dejo, la paz mía os doy; no os la doy como la da el mundo. No se turbe vuestro corazón ni se acobarde. Oído habéis que os he dicho: Me voy, y vuelvo a vosotros. Si me amaseis, os alegraríais, sin duda, de que voy al Padre, porque el Padre es mayor que yo. Yo os lo digo ahora antes que suceda, a fin de que, cuando sucediere, os confirméis en la fe. Ya no hablaré mucho con vosotros, porque viene el príncipe de este mundo, aunque no hay en mí cosa que le pertenezca. Mas a fin de que conozca el mundo que yo amo al Padre y que cumplo con lo que me ha mandado... Levantaos y vamos de aquí.

1. Hermanos carísimos, quiero recorrer brevemente las palabras de la lección evangélica, con el fin de poder detenernos luego más despacio en la contemplación de tan gran solemnidad.

Pues bien: hoy el Espíritu Santo, en medio de un ruido repentino, descendió sobre los discípulos y cambió sus corazones carnales en amor de El; y con las lenguas de fuego que aparecieron exteriormente, interiormente quedaron sus corazones inflamados; pues, al recibir a Dios en forma visible de fuego, abrasáronse dulcemente en su amor; porque el mismo Espíritu Santo es amor; y por eso dice San Juan (1.ª 4,8): *Dios es caridad.* Por consiguiente, quien con toda el alma desea a Dios, ya tiene de hecho a quien ama.

Mas he aquí que, si a cada uno de vosotros se pregunta si ama a Dios, con todo aplomo y seguramente responderá: Sí, yo le amo; pero en el mismo principio de la lección habéis oído que la Verdad dice: *Todo el que me ama observará mi doctrina;* por tanto, la prueba del amor es la exhibición de las obras. Por eso el mismo San Juan dice en su Epístola (1.ª 4,20): *Si alguno dice: Sí, yo amo a Dios, y no observa sus mandatos, es un mentiroso.* Amamos, pues, de veras a Dios y guardamos sus mandamientos cuando refrenamos nuestras concupiscencias, porque quien todavía se derrama en deseos ilícitos, sin duda no ama a Dios, puesto que contraría su voluntad.

2. *Y mi Padre le amará, y vendremos a él y haremos mansión en él.* Considerad, hermanos carísimos, cuán grande dignidad sea ésta, el tener a Dios, que ha venido a hospedarse en el corazón. En verdad que, si algún amigo rico y poderoso viniera a nuestra casa, a toda prisa limpiaríase toda la casa para que no hubiera tal vez en ella algo que molestara a la vista del amigo que viene. Pues quien prepara a Dios la casa de su alma, haga desaparecer de ella las inmundicias de sus malas obras.

Pero ved lo que dice la Verdad: *Vendremos y haremos mansión dentro de él.* Y es que viene a los corazones de algunos, pero no hace mansión; porque ante la presencia de Dios, sí, llegan a compungirse; pero al tiempo de la tentación se olvidan de aquello de que se habían compungido, y así vuelven a cometer los pecados como si no los hubieran llorado. Por consiguiente, quien de veras ama a Dios, quien guarda sus mandamientos, a su corazón viene Dios y, además, hace mansión; porque el amor de su divinidad le penetra de tal

modo, que no se aparta de él al tiempo de la tentación. Aquel, pues, le ama de verdad a cuya alma no la arranca el consentimiento la mala delectación; porque tanto más se aparta uno del amor divino cuanto más se deleita en los amores de abajo.

Por eso todavía añade: *Pero el que no me ama no practica mi doctrina.* Entrad, pues, hermanos carísimos, dentro de vosotros mismos y preguntaos si amáis de veras a Dios; mas nadie se fíe de sí mismo, sea lo que fuere lo que su alma le respondiere, si le falta el testimonio de las buenas obras. Acerca de si ama al Creador pregúntese a las palabras, a los pensamientos y a las obras. El amor de Dios jamás está ocioso; pues, si existe, hace cosas grandes; pero, si rehuye el obrar, no es amor.

Y la doctrina que habéis oído no es mía, sino del Padre, que me ha enviado. Vosotros, hermanos carísimos, sabéis que el mismo que habla es el Hijo Unigénito, el Verbo del Padre, y, por tanto, la palabra que habla el Hijo no es del Hijo, sino del Padre, porque el mismo Hijo es la Palabra del Padre.

Estas cosas os he dicho ahora que estoy con vosotros. ¿Cuándo dejaría de estar con ellos quien, estando para subir al cielo, les hizo promesa, diciendo (Mt. 28,20): *Estad ciertos que yo mismo estaré siempre con vosotros hasta la consumación de los siglos?* Pero es que el Verbo encarnado simultáneamente permanece y se retira: se retira con el cuerpo y permanece con la divinidad. Luego les hace saber que entonces había permanecido con ellos, porque El, que siempre estaba presente con su poder invisible, apartaba ya de ellos su cuerpo visible.

3. *Mas el Paracleto, el Espíritu Santo, que mi Padre enviará en mi nombre, os lo enseñará todo y os recordará cuantas cosas os tengo dichas.* Muchos de vosotros, hermanos carísimos, sabéis que por la palabra griega *paracleto* se significa *abogado* o *consolador;* el cual se llama *abogado* precisamente porque intercede ante la justicia del Padre por los yerros de los pecadores; el cual es una misma substancia con el Padre y con el Hijo; y se le presenta orando por los pecadores porque a los que El ha llenado los hace orar; por eso dice también San Pablo (Rom. 8,26): *El mismo Espíritu pide por nosotros con gemidos inenarrables.*

Mas tal vez alguno dirá: El que pide es inferior a aquel a quien pide; ¿cómo, pues, se dice que pide el Espíritu Santo, que no es inferior? Pero es que se dice que pide el Espíritu Santo porque excita para que pidan aquellos a quienes ha llamado.

Y se llama *consolador* este mismo Espíritu, porque a los entristecidos por haber cometido pecado alivia su alma de la aflicción de tristeza, dándoles esperanza del perdón.

Acerca de este Espíritu, rectamente se promete que *El mismo os enseñará todo,* porque, si el mismo Espíritu no asiste interiormente al corazón del que oye, de nada sirve la palabra del que enseña. Por tanto, nadie atribuya al hombre que enseña lo que de sus labios entiende, porque, si no acude el que habla al interior, en vano trabaja el que habla por de fuera.

Ya lo veis: todos oís por igual la misma voz del que habla y, sin embargo, no todos percibís igualmente el sentido de lo que oís; luego, no siendo distinta la voz, ¿por qué vuestros corazones entienden de modo distinto lo que dice, sino porque, además de la voz que amonesta en general, hay un maestro interior que adoctrina particularmente a algunos para que entiendan lo que dice el que habla?

De esta unción del Espíritu se dice otra vez por San Juan (2,27): *Conforme a lo que la unción del Señor os enseña en todas las cosas.* Luego el alma, cuando no está ungida por el Espíritu, no se instruye por la voz.

Según esto, ¿por qué nos ocupamos en dictar esta enseñanza de los hombres, cuando ni el mismo Creador habla para instruir al hombre, si al mismo hombre no se le habla por la unción del Espíritu? En efecto, Caín, antes de cometer el fratricidio, oyó: *Has obrado mal, cesa ya;* pero, como por exigirlo así sus culpas fué amonestado de palabra y no por la unción del Espíritu, pudo, sí, oír la voz de Dios, mas no quiso cumplirla.

También debemos preguntar: ¿Por qué del mismo Espíritu se dice: *Os sugerirá todas las cosas,* siendo así que el sugerir suele ser propio del inferior? Pues porque, como a veces decimos sugerir por suministrar, se dice que el Espíritu invisible sugiere porque nos suministra ciencia, no terrena, sino oculta.

La paz os dejo, la paz mía os doy. Aquí la dejo, allí la doy; a los que siguen la dejo, a los que han llegado la doy.

4. Ea, hermanos carísimos, ya hemos expuesto brevemente las palabras de la lección sagrada; trasladamos ahora la atención de nuestra alma a contemplar tan grande festividad. Y puesto que, además de la lección del Evangelio, se os ha leído también la lección de los Actos de los Apóstoles, traigamos, pues, de ésta algo que ayude a nuestra contemplación.

5. Pues bien: habéis oído que el Espíritu Santo apareció sobre los discípulos en forma de lenguas de fuego y que les dió el don de lenguas; ahora bien, ¿qué se significa con este milagro sino que la santa Iglesia, llena del mismo Espíritu, había de hablar en la lengua de todas las gentes? En efecto, los que, enfrentándose con Dios, se empeñaron en levantar una torre, perdieron el poder comunicarse en una sola lengua; en cambio, todas las lenguas vinieron a hacerse una sola en los que temieron humildes a Dios. De manera que, en este caso, la humildad mereció este don; en el otro caso, la soberbia mereció la confusión.

También debemos inquirir, hermanos carísimos, por qué el Espíritu Santo, coeterno con el Padre y con el Hijo, apareció en forma de fuego; por qué en forma de fuego y a la vez de lenguas; por qué se muestra unas veces en figura de paloma y otras veces en forma de fuego; por qué sobre el Hijo unigénito apareció en figura de paloma y sobre los discípulos en forma de fuego, y de tal suerte que ni sobre el Señor vino en forma de fuego ni sobre los discípulos en figura de paloma.

Discurramos por estas cuatro preguntas que hemos propuesto, para ver de solucionarlas.

El Espíritu, coeterno con el Padre y con el Hijo, se muestra en fuego, porque Dios es fuego incorpóreo, inefable e invisible, según lo afirma San Pablo (Hebr. 12,29): *Nuestro Dios es como un fuego devorador.* Y se dice que Dios es fuego, porque con El se consume el hollín de los pecados. De este fuego dice la Verdad (Lc. 12,49): *Yo he venido a poner fuego en la tierra, ¿y qué he de querer sino que arda?* Pues bien, tierra se han llamado los corazones terrenos, que, por andar siempre acumulando pensamientos bajos, son conculcados por los espíritus malignos; mas el Señor pone fuego en la tierra cuando con el aliento del Espíritu Santo inflama los corazones de los carnales; y hace arder la tierra cuando el corazón carnal, frío por sus malas pasiones, abandona las concupiscencias del mundo presente y se enciende en el amor de Dios.

Justamente, pues, apareció el Espíritu Santo en forma de fuego, porque sacude la indolencia y la frialdad de todos los corazones que El llena, y los inflama en el deseo de la eternidad.

Y se mostró en forma de lenguas de fuego, porque el mismo Espíritu Santo es coeterno con el Hijo, y la lengua tiene la mayor afinidad con el Verbo o Palabra. En efecto, el Hijo es el Verbo o Palabra del Padre, y como es una la substancia del Espíritu y del Verbo, el Espíritu debió mostrarse en forma de lengua. Además, como por la lengua se manifiesta la palabra, el Espíritu apareció en forma de lengua, porque quien es tocado por el Espíritu Santo confiesa al Verbo de Dios, esto es, al Hijo Unigénito de Dios, y no puede negar al Verbo de Dios, porque ya tiene la lengua del Espíritu Santo.

O bien, el Espíritu Santo apareció en forma de lenguas de fuego, porque a cuantos llena los hace fervorosos y elocuentes. Los doctores tienen lenguas de fuego, porque, cuando predican que se debe amar a Dios, inflaman los corazones de sus oyentes; que también es inútil la palabra del predicador si no sirve para proporcionar el fuego del amor.

Este ardor de la predicación había recibido de los mismos labios de la Verdad aquellos que decían (Lc. 24,32): *¿No es verdad que sentíamos abrasarse nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras?* Es verdad; oyendo predicar se enardece el ánimo y desaparece la frialdad de la indolencia; el alma se halla ansiosa de sobrenaturales deseos y alejada de las concupiscencias terrenas; el amor verdadero que la ha llenado la aflige, haciéndola llorar; pero, a la vez que se siente afligida por tal ardor, sírvenla de alimento sus mismas penas; gusta de oír los preceptos divinos, y cuantos preceptos aprende son como otras tantas hogueras que la inflaman; y así, la que hasta entonces era perezosa en buenos deseos, después, mediante la predicación, arde en ellos. De ahí que con razón se dice por Moisés (Deut. 33,2): *En su mano derecha traía la ley de fuego;* porque la siniestra se llama a los réprobos, que han de ser colocados a la izquierda; mas los elegidos son llamados la diestra de Dios. Luego en la diestra de Dios está la ley de

fuego, porque los elegidos nunca oyen con frío corazón los mandatos celestiales, sino que, al oírlos, se enardecen en llamas de amor interno. La predicación se dirige al oído, pero el alma de éstos se abrasa al sentir avivarse en ella la llama de la dulzura interior.

Pero el Espíritu Santo se ha mostrado en figura de paloma y también de fuego, porque hace sencillos y fervorosos a todos los que llena; pues no puede agradar a Dios ni la sencillez sin el fervor, ni el fervor sin la sencillez; por eso la misma Verdad dice (Mt. 10,16): *Sed prudentes como las serpientes y sencillos como la paloma.* En lo cual debemos advertir que el Señor no quiso aconsejar a los discípulos la sencillez de la paloma sin la prudencia de la serpiente, ni esto sin aquello, a fin de que la astucia de la serpiente avive la sencillez de la paloma, y la sencillez de la paloma modere la astucia de la serpiente; por lo cual dice San Pablo (1 Cor. 14,20): *No seáis niños en el uso de la razón.*

Bien: ya hemos oído cómo debe ser la prudencia de la serpiente; oigamos ahora el consejo referente a la sencillez de la paloma. *Pero sed como niños en la malicia.* He ahí por qué del santo Job se dice (1,1): *Era un hombre sencillo y recto.* Porque ¿de qué vale la rectitud sin la sencillez o la sencillez sin la rectitud?

Luego, porque este Espíritu enseña la rectitud y la sencillez, debió aparecer en forma de fuego, y también en figura de paloma, a fin de que todo corazón a quien toca su gracia se haga apacible con la suavidad de la mansedumbre y fervoroso con el celo de la justicia.

6. Por último, debemos inquirir por qué sobre nuestro Redentor y Mediador entre Dios y los hombres aparece en figura de paloma, y, en cambio, sobre los discípulos en forma de fuego. Es verdad que el Hijo unigénito de Dios es juez del género humano; pero ¿quién soportaría su justicia si antes de atraernos con su mansedumbre quisiera juzgar nuestras culpas con el celo de la rectitud? Así es que, hecho hombre por los hombres, mostróse a los hombres manso; no quiso castigar a los pecadores, sino atraerlos; quiso corregirlos primero mansamente, para tener a quien salvar luego en el juicio. Luego sobre El debió el Espíritu Santo aparecer en figura de paloma, puesto que no venía entonces a castigar con su celo a los pecadores, sino a tolerarlos todavía con su mansedumbre.

Mas, por el contrario, sobre los discípulos debió mostrarse en forma de fuego, a fin de que el fuego espiritual los inflamara contra ellos mismos, que eran simples hombres y, por lo mismo, pecadores, y ellos mismos castigaran en sí con la penitencia los pecados que Dios los perdonara pacientemente; pues ni ellos, que estaban adscritos para el celeste magisterio, podían estar sin pecado, según lo que asegura San Juan, diciendo (1.ª, 1,8): *Si dijéramos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos y no hay verdad en nosotros.*

De manera que sobre los hombres vino en forma de fuego, pero sobre el Señor en figura de paloma, porque los pecados que Dios piadosamente nos tolera por su misericordia, nosotros debemos examinarlos diligentemente por el celo de la rectitud y abrasarlos

siempre con una fervorosa penitencia. Luego el Espíritu Santo se manifestó sobre el Redentor en figura de paloma y a los hombres en forma de fuego, porque cuanto más moderada se ha mostrado con nosotros la severidad de nuestro Juez, tanto más debe enardecerse contra sí misma nuestra flaqueza.

Y bien, terminada la razón de las cuatro proposiciones, pasemos a contemplar los dones del mismo Espíritu Santo.

7. De este mismo Espíritu está escrito (Iob 26,13): *Su Espíritu hermoseó los cielos.* Ahora bien, los adornos del cielo son las virtudes de los que predican; adornos que enumera San Pablo, diciendo (1 Cor. 12,8): *A uno se da por el Espíritu el don de hablar con sabiduría; a otro, el don de hablar con ciencia, según el mismo Espíritu; a otro, la fe en el mismo Espíritu; al otro, la gracia de curar en nombre del mismo Espíritu; a otro, el don de obrar milagros; a otro, la profecía; a otro, la discreción de espíritus; a otro, el hablar diversas lenguas, y a otro, la interpretación de las palabras. Todas estas cosas las causa el mismo indivisible Espíritu, distribuyéndolas según quiere.* Luego los adornos de los cielos son tantos cuantos son los dones de los predicadores.

A este propósito también está escrito (Ps. 32,6): *Por la palabra del Señor se fundaron los cielos;* y como el Verbo o Palabra de Dios es el Hijo del Padre, para mostrar que toda la Trinidad obra a una, seguidamente se agrega que estos cielos, es decir, los santos apóstoles, son obra de la divinidad del Espíritu Santo. *Y por el Espíritu de su boca* se formó *todo el poder de ellos.* Luego todo el poder de estos cielos proviene del Espíritu Santo; pues no se atreverían a oponerse a las potestades de este mundo si no les hiciera fuertes la fortaleza del Espíritu Santo, porque ya sabemos cuáles fueron los maestros de la Iglesia antes de la venida de este Espíritu, y ya hemos visto de qué fortaleza se hallaron revestidos después de su venida.

8. Efectivamente, este mismo Pastor de la Iglesia, ante cuyo benditísimo cuerpo hemos hecho estación, cuán débil y temoroso fuera antes de la venida del Espíritu Santo, preguntémoslo, y dígalo la criada portera; pues apenas le tocó la voz de una mujer, por miedo a morir, negó a la Vida. Y téngase en cuenta que Pedro negó en la tierra a Jesús preso, al cual, ya colgado en la cruz, confesó el ladrón.

En cambio, oigamos cuál era después de la venida del Espíritu Santo este hombre antes tan tímido. Reúnese el concilio de los magistrados con los ancianos y conminan con castigos a los apóstoles para que no hablen en nombre de Jesús, y Pedro, con gran valentía, responde (Act. 5,29): *Es menester obedecer a Dios antes que a los hombres;* y en otra ocasión (Act. 4,19): *Juzgad vosotros si en la presencia de Dios es justo el obedeceros a vosotros antes que a Dios. Porque nosotros no podemos menos de decir lo que hemos visto y oído. Y entonces ellos* (los apóstoles) *se retiraron de la presencia del concilio muy gozosos por haber sido hallados dignos de sufrir aquel ultraje por el nombre de Jesús.*

Ahí tenéis, Pedro, que antes temía las palabras, ahora se goza

en los azotes, y el que antes, requerido por la pregunta de una criada, temió, después de la venida del Espíritu Santo, aun azotado, hizo frente al poder de los príncipes.

¡Qué grato es elevar los ojos de la fe para contemplar el poder de este soberano artífice y espaciarlos contemplando a los Padres del Antiguo y del Nuevo Testamento!

Mirad: con los ojos de la fe bien abiertos, yo estoy viendo a David, Amós, Daniel, Pedro, Pablo, Mateo..., y me complazco en considerar qué gran artista es este Santo Espíritu; pero desfallezco en esa misma consideración, porque El llena al niño citarista y le convierte en el Salmista; llena al pastor de bueyes, que se alimentaba de cabrahigos, y le hace profeta; llena al joven abstinente, y le trueca en juez de los ancianos; llena al pescador y le cambia en predicador; llena al perseguidor y le hace doctor de las gentes; llena al publicano y le hace evangelista. ¡Oh, qué gran artista es el Espíritu Santo! Nada tarda en enseñar cuanto quiere, pues en seguida que toca al alma la enseña, y el solo haber tocado es haber enseñado; además, al punto que ilustra al alma humana, la convierte, y de pronto ésta renuncia a lo que era y al punto muestra lo que no era.

9. Pensemos cuáles encontró en el día de hoy a nuestros santos predicadores y cuáles los hizo. En efecto, ellos que, por miedo a los judíos, estaban reunidos en una casa cerrada, cada uno conocía la lengua propia de su país, y, sin embargo, ni en esa misma lengua que les era conocida se atrevían a hablar públicamente de Cristo; viene el Espíritu Santo y los enseñó a hablar diversas lenguas, y reanimó el valor de sus almas, y los que antes temían hablar de Cristo aun en su propia lengua, comenzaron luego a hablar de El hasta en la ajena; porque su corazón, inflamado, despreció los tormentos del cuerpo, que antes temían, y por el amor del Creador venció la influencia del miedo; y los que antes, temerosos, sucumbían de miedo ante sus adversarios, ahora ya los aventajaban en valor. Luego ¿qué diré de quien los elevó a la cumbre de estas grandezas sino que convirtió en cielos las almas de hombres terrenos?

Ponderad, hermanos carísimos, cuán grande sea esta solemnidad de la venida del Espíritu Santo después de la encarnación del Hijo Unigénito de Dios. Del mismo modo que ésta, debemos también honrar aquélla; porque en la encarnación, Dios, permaneciendo tal, asumió al hombre o la naturaleza humana; y en la venida del Espíritu Santo, los hombres recibieron a Dios, que viene de los cielos; en aquélla, Dios se hizo por naturaleza hombre; en ésta, los hombres se hicieron Dios por adopción. Por consiguiente, hermanos carísimos, si no queremos permanecer carnales en la muerte, amemos a este Espíritu vivificante.

10. Mas como la carne no entiende al espíritu, tal vez alguno diga en su interior con pensamiento carnal: ¿Cómo puedo yo amar al que no conozco? También nosotros decimos esto mismo; porque el alma atenta a las cosas visibles no atina a ver las invisi-

bles, pues no piensa sino en las visibles, y cuando no las trae entre manos, interiormente las trae en la imaginación, y mientras yace en las imágenes corpóreas no puede elevarse a las incorpóreas. De donde resulta que tanto más perniciosamente desconoce al Creador cuanto más familiarizado está su pensamiento con la criatura corpórea. Pero, aunque no podamos ver a Dios, disponemos de algún medio para abrir camino por donde nuestra inteligencia llegue a El.

En efecto, a quien de ningún modo podemos ver en sí mismo, ya podemos verle en sus siervos; y viendo a éstos hacer obras maravillosas, ya es para nosotros cosa cierta que Dios habita en sus almas.

De las cosas corpóreas deduzcamos las incorpóreas. Ninguno de nosotros puede mirar directamente al centro del sol cuando sale por el oriente, porque nuestros ojos, fijos en sus rayos, se deslumbran; pero vemos los montes iluminados por el sol, y así vemos que el sol ha salido ya. Luego, aunque no podamos ver en sí mismo al Sol de justicia, veamos los montes iluminados con la claridad de El, esto es, a los santos apóstoles, que brillan en virtudes y resplandecen con milagros; a los cuales invade la luz del Sol nacido; y aunque en sí mismo sea invisible, por ellos, cual por montes iluminados, se nos ofrece visible. La divinidad en sí viene, pues, a ser como el sol en el cielo, y la divinidad en los hombres, como el sol en la tierra. Miremos, pues, en la tierra al Sol de justicia, ya que no podemos verle en el cielo, para que, mientras, gracias a El, peregrinamos por la tierra sin tropiezos en el bien obrar, de cuando en cuando levantemos los ojos al cielo a mirarle.

Pero nuestro camino en la tierra se hace sin tropiezos cuando se ama a Dios y al prójimo perfectamente. Y cuenta que no se ama verdaderamente a Dios sin amor al prójimo, ni al prójimo se ama de veras sin amar a Dios. De aquí que, como en otro sermón hemos dicho, se lee que el mismo Espíritu fué dado dos veces a los discípulos: primero, por el Señor cuando vivía en la tierra; después, por el Señor reinando en el cielo; porque desde la tierra se le da para amar al prójimo, y desde el cielo para amar a Dios. ¿Y por qué primero en la tierra y después desde el cielo sino para dar a entender claramente que, según dice San Juan (1.ª, 4,20), *el que no ama a su hermano, a quien ve, ¿cómo puede amar a Dios, al cual no ve?*

Amemos, pues, hermanos carísimos, amemos al que es nuestro prójimo, para que podamos amar a Aquel que está sobre nosotros. Piense el alma qué es lo que en el prójimo puede ofrendar a Dios, para que merezcamos gozar perfectamente en Dios con el prójimo. Entonces llegamos a aquella alegría de la celeste familiaridad, de la cual nos da ahora la prenda el Espíritu Santo.

Tendamos con todo el amor a este fin, en el cual nos alegraremos sin fin. Allí está la compañía santa de los ciudadanos del cielo; allí la alegría cierta; allí el descanso seguro; allí la paz verdadera, que ya no se nos deja, sino que se nos da por nuestro Señor Jesucristo.

HOMILIA XI [XXXI]

(Predicada al pueblo en la basílica de San Lorenzo Mártir el sábado de las cuatro témporas.)

Lección del santo Evangelio según San Lucas (13,6-17)

En aquel tiempo, Jesús propuso la siguiente parábola: Un hombre tenía plantada una higuera en su viña, y vino a ella en busca del fruto y no lo halló. Por lo que dijo al viñador: Ya ves que hace tres años seguidos que vengo a buscar fruto en esta higuera, y no lo hallo. Córtala, pues; ¿para qué ha de ocupar terreno en balde? Pero él respondió: Señor, déjala todavía este año, y cavaré alrededor de ella y le echaré estiércol, a ver si así dará fruto; cuando no, entonces la harás cortar. Enseñando Jesús un día de sábado en la sinagoga, he aquí que vino allí una mujer que padecía por espacio de dieciocho años una enfermedad causada de un espíritu, y andaba encorvada, sin poder mirar poco ni mucho hacia arriba. Como la viese Jesús, llamóla a sí y le dijo: Mujer, libre quedas de tu achaque. Puso sobre ella las manos, y enderezóse al momento; y daba gracias y alabanzas a Dios. El jefe de la sinagoga, indignado de que Jesús hiciera esta cura en sábado, dijo al pueblo: Seis días hay destinados al trabajo; en ésos podéis venir a curaros, y no en el día de sábado. Mas el Señor, dirigiendo a él la palabra, dijo: ¡Hipócritas!, ¿cada uno de vosotros no suelta su buey o su asno del pesebre, aunque sea sábado, y los lleva a abrevar? Y a esta hija de Abrahán, a quien, como veis, ha tenido atada Satanás por espacio de dieciocho años, ¿no será permitido desatarla de estos lazos en día de sábado? Y a estas palabras quedaron avergonzados todos sus contrarios, y todo el pueblo se complacía en sus gloriosas acciones.

1. Nuestro Señor y Redentor habla en el Evangelio unas veces con las palabras, otras veces con los hechos; a veces enseña unas cosas con las palabras y otras cosas con los hechos, y también alguna vez enseña una misma cosa con las palabras y con los hechos.

Pues bien, habéis oído ahora, hermanos carísimos, que en el Evangelio se habla de una higuera estéril y de una mujer encorvada, y que a la una y a la otra dispensó su piedad. Lo de la higuera lo expresó figuradamente; lo de la mujer, en sentido recto; pero la higuera infructuosa significa lo mismo que la mujer encorvada; y la higuera reservada, lo mismo que la mujer enderezada.

El dueño de la viña vino por tres años seguidos a la higuera y no halló fruto alguno, y la mujer que luego se enderezó estuvo dieciocho años encorvada; y por el número de dieciocho años se significa lo mismo que por haber venido el dueño de la viña por tres años a la higuera infructuosa.

Ahora bien, ya que lo hemos tratado todo adelantando un resumen, recorramos ahora cada cosa por el orden de la lección.

2. *Un hombre tenía plantada una higuera en su viña, y vino a ella en busca de fruto y no le halló.* ¿Qué significa la higuera sino la natu-

raleza humana? Y ¿qué significa la mujer encorvada sino la misma naturaleza humana? La cual, como la higuera, fué bien plantada, y, como la mujer, fué bien formada; pero, caída en el pecado por su propia voluntad, ni da fruto de buenas obras ni conserva el estado de rectitud.

En efecto, cayendo en pecado por su voluntad, porque no quiso dar el fruto de la obediencia, perdió el estado de rectitud; ella, que había sido formada a semejanza de Dios, por no haber perseverado en su dignidad, despreció el mantenerse tal como había sido plantada y creada.

El dueño de la viña vino por tres años a la higuera; esto es, requirió a la naturaleza humana antes de la Ley, durante la Ley y en el tiempo de la gracia, esperando, amonestando y visitándola.

3. *Por lo que dijo al viñador: Ya ves que hace tres años seguidos que vengo a buscar fruto en esta higuera y no lo hallo.* Vino antes de la Ley, pues por medio de la razón natural la hizo conocer cómo debía cada uno conducirse con su prójimo, tomando ejemplo de cómo quería que se condujesen los otros con él. Vino durante la Ley, pues la enseñó con sus preceptos, y vino después de la Ley por medio de la gracia, pues se hizo presente manifestando su misericordia.

Con todo, se lamenta de no haber hallado fruto en los tres años; porque a las almas de algunos malos ni los corrige la ley natural inspirada, ni los enseñan los preceptos, ni los convierten los milagros de su encarnación.

¿Y qué se significa por el viñador sino el orden de los prelados? Los cuales, cuando están al frente de la Iglesia, cierto que están al cuidado de la viña del Señor. Y así, el primer guardián de esta viña fué San Pedro, apóstol. A éste sucedemos nosotros, aunque indignos, en cuanto trabajamos por adoctrinaros, enseñándoos, increpándoos, rogándoos.

4. Pero con gran temor debe oírse lo que de la higuera infructuosa se dice al viñador: *Córtala, pues; ¿para qué ha de ocupar terreno en balde?*

Cada cual, según su condición y en cuanto ocupa un puesto en la presente vida, si no muestra fruto de buenas obras, como árbol infructuoso, ocupa terreno en balde, porque quita la ocasión de que otros obren el bien en el mismo lugar que él ocupa.

Además, cualquiera poderoso de este siglo, si no tiene fruto de buenas obras, hasta sirve de estorbo a los demás, porque cuantos a él están sometidos, ante su mal ejemplo, vense envueltos como bajo la sombra de su perversidad. En lo alto está el árbol infructuoso y abajo yace la tierra estéril; hácese densa la sombra del árbol infructuoso y no permite que desciendan a la tierra los rayos del sol; es decir, que, cuando los súbditos ven los malos ejemplos del superior malo, también ellos permanecen infructuosos por estar privados de la luz de la verdad, y, cubiertos por la sombra, no reciben el calor del sol, porque, como están mal resguardados en el siglo, por eso permanecen fríos para con Dios.

Pero de éste, cualquiera que sea perverso y poderoso, apenas si Dios hace requerimiento alguno, porque, después que él se ha perdido, ya sólo resta preguntar: ¿Por qué oprime a otros? Por eso dice bien el señor de la viña: *¿Por qué ocupa terreno en balde?* En efecto, ocupa terreno en balde el que pone obstáculos a las almas ajenas; ocupa terreno en balde el que no desempeña, obrando bien, el puesto que tiene.

5. Mas oigamos lo que dice el viñador: *Señor, déjala todavía este año y cavaré alrededor de ella y la echaré estiércol.* ¿Qué es cavar alrededor de la higuera sino increpar a las almas infructuosas? En efecto, toda fosa está en lo bajo, y cierto es que la increpación, al mostrarse, humilla al alma; luego siempre que increpamos a alguno su pecado, es como que, por exigencias del cultivo, cavamos alrededor del árbol infructuoso.

Oigamos además lo que dice que hará después de cavar: *Y la echaré estiércol.* ¿Qué es el estiércol sino el recuerdo de los pecados?; pues los pecados de la carne se llaman estiércol; que por eso se dice también por el profeta (Ioel 1,17): *Pudriéronse los jumentos en su estiércol;* pues pudrirse los jumentos en su estiércol es acabar su vida los carnales envueltos en el hedor de su lujuria. Así nosotros, cuantas veces increpamos al alma carnal por sus pecados, es como que echamos estiércol al árbol infructuoso, para que recuerde lo malo que ha hecho y vuelva, por decirlo así, del hedor a robustecerse en la gracia del arrepentimiento. Luego se echa estiércol a la raíz del árbol cuando se despierta la conciencia trayendo al pensamiento el recuerdo de su perversidad.

Y cuando el alma, arrepentida, se mueve al dolor y se convierte a la gracia del bien obrar, es como si la raíz del corazón, al contacto del estiércol, vuelve a la fecundidad del bien obrar; llora el mal que recuerda haber hecho, se disgusta de lo mala que recuerda haber sido, pone la atención en sí misma y aviva su propósito de ser mejor. Luego el árbol revive del hedor para fructificar, porque, de la consideración del pecado, el ánimo resucita para obrar bien.

Pero hay muchos que escuchan la reprensión y, sin embargo, no quieren arrepentirse y permanecen infructuosos para Dios, aunque con verdor en este siglo.

Mas oigamos lo que agrega el cultivador de la viña: *A ver si así dará fruto; cuando no, entonces la harás cortar;* porque, en verdad, quien aquí no quiere robustecerse con la corrección para fructificar, allá caerá donde no puede levantarse por la penitencia; y después será cortado sin fruto, aunque aquí parezca estar verde.

6. *Enseñando Jesús un día de sábado en la sinagoga, he aquí que vino allí una mujer que por espacio de dieciocho años padecía una enfermedad causada de un espíritu.*

Ya hemos dicho poco antes que el venir tres veces el amo a la higuera infructuosa significaba lo mismo que significa el número de dieciocho años en la mujer encorvada; pues el hombre fué hecho el sexto día y en ese mismo día sexto quedaron terminadas todas las obras del Señor; ahora bien, el número seis, multiplicado por

el triángulo (por tres), suma dieciocho; luego como el hombre, que fué hecho el día sexto, no quiso hacer obras perfectas, sino que antes de la Ley, en la Ley y en el principio de la Ley de gracia se mantuvo enfermo, así la mujer estuvo encorvada dieciocho años.

Y andaba encorvada y no podía mirar ni poco ni mucho hacia arriba.

Todo pecador que ocupa su pensamiento en las cosas terrenas, sin atender a las celestiales, no puede mirar hacia arriba, porque con seguir tras los deseos de las cosas de abajo se encorva la rectitud de su mente y siempre está viendo lo que está pensando sin cesar.

Volved, hermanos carísimos, dentro de vuestro corazón y ved siempre qué es lo que a todas horas estáis resolviendo en vuestros pensamientos: el uno en los honores, el otro en las riquezas, aquél en la extensión de sus predios, Todas estas cosas, de abajo son, y cuando el alma se enreda en ellas, declina del estado de su rectitud; y como no se eleva a los deseos celestiales, no puede, como la mujer encorvada, mirar hacia arriba.

7. Prosigue: *Como la viese Jesús, llamóla a sí y la dijo: Mujer, libre quedas de tu achaque. Puso sobre ella las manos, y enderezóse al momento.* Llamó y enderezó a aquella mujer, esto es, la iluminó y la ayudó. Llama, pero no endereza, cuando somos iluminados por su gracia, sí; mas, por exigencia de nuestros deméritos, no podemos ser ayudados. Muchas veces, pues, vemos lo que se debe hacer, mas no lo ejecutamos; tratamos de hacerlo, pero desfallecemos; la razón conoce lo que es recto, mas falta la fortaleza para obrarlo. Sin duda porque en castigo del pecado sucede poder conocer el bien por gracia, sí; mas, con todo, vernos, por nuestros deméritos, repelidos del mismo bien que conocemos; porque la culpa, repetida, fuerza al alma para que nunca pueda levantarse; ésta hace esfuerzos, pero decae, porque, aun sin querer, cae forzada en lo que perseveró por mucho tiempo.

Bien aplicado está a esta nuestra inclinación lo que del género humano se dice por el Salmista (Ps. 37,7): *Estoy hecho una miseria y encorvado hasta el suelo;* porque, al pensar que el hombre había sido creado para ver la luz sobrenatural, pero que, por exigirlo sus pecados, había sido arrojado fuera de ella, y que lleva consigo las tinieblas de su inteligencia, no apetece las cosas de arriba, pone su atención en las cosas de la tierra, nunca desea las cosas del cielo y siempre tiene ocupada su alma en las cosas terrenales; todo esto que lamentó en el linaje humano lo lamentó en sí mismo, diciendo: *Estoy hecho una miseria y encorvado hasta el suelo;* porque, una vez perdida la contemplación de las cosas celestiales, si el hombre pensara tan sólo en las cosas necesarias para el cuerpo, estaría encorvado y humillado, sí, pero no lo estaría del todo; pero aquel a quien aparta de la contemplación sobrenatural no sólo la necesidad, sino que también le arrastra el placer ilícito, éste tal no sólo está encorvado, sino que lo está del todo.

Por eso, de los espíritus inmundos dice el profeta (Is. 51,23): *Los que dijeron a tu alma: Encórvate para que pasemos por encima.*

En efecto, el alma está recta cuando desea las cosas de arriba y no se inclina a las de abajo; pero los espíritus malignos, cuando ven que ésta se mantiene en su rectitud, no pueden pasar por encima de ella; porque el pasar de ellos es esparcir en ella deseos inmundos. Por eso la dicen: *Encórvate para que pasemos;* porque, si ella no se inclina por el apetito hacia abajo, no puede prevalecer en modo alguno contra ella la perversidad de ellos; y no pueden pasar por encima de la que temen hallar firme contra ellos en el propósito de mantenerse recta.

8. Por tanto, hermanos carísimos, nosotros, nosotros mismos damos entrada en nosotros a los espíritus malignos cuando apetecemos lo terreno, cuando nos encorvamos para gustar las cosas temporales. Avergüéncenos, por consiguiente, el apetecer lo terreno y el ofrecer nuestras almas inclinadas para que pasen por encima nuestros enemigos.

El que está encorvado, siempre mira a la tierra, y quien busca lo de abajo, no se acuerda de a qué precio fué redimido. De ahí lo que se dice también por Moisés (Lev. 21): que el que sea giboso no sea en modo alguno promovido al sacerdocio; y cuantos hemos sido redimidos con la sangre de Cristo quedamos hechos miembros del sacerdote Cristo. Por eso también a nosotros se dice por San Pedro (1.ª, 2,9): *Vosotros, linaje escogido, sacerdocio real;* pero el que es giboso siempre mira abajo; por tanto, es rechazado del sacerdocio; porque quienquiera que pone su atención en las cosas terrenas, él mismo da testimonio de que no es miembro del Sumo Sacerdote.

De ahí también que en otro lugar (Lev. 11) se prohibió al pueblo fiel comer los peces que no tuvieran aletas y escamas. Ahora bien, los peces que tienen aletas y escamas suelen dar saltos sobre las aguas. ¿Y qué se significa por los peces con aletas sino las almas elegidas?; las cuales, ellas solas por cierto, pasan al cuerpo de la Iglesia celestial, porque, como dotadas de las aletas de las virtudes, saben dar saltos, mediante los deseos del cielo, para apetecer lo sobrenatural por la contemplación, aunque de nuevo vuelvan a lo que son en sí mismas por su cuerpo mortal.

Por consiguiente, hermanos carísimos, si ya conocemos los bienes de la patria celestial, disgústenos el andar encorvados. Pongamos ante nuestros ojos la mujer encorvada y la higuera infructuosa. Traigamos a la memoria las obras malas que hemos hecho; echemos a la raíz del corazón un canasto de estiércol, para que lo que aquí nos hedía por la penitencia, allí nos haga ricos en frutos de la retribución. Y aunque no podamos practicar todas las virtudes en conjunto, Dios se goza de nuestro lamento. Le daremos gusto con sólo dar principio a practicar la justicia, corrigiendo las injusticias que hemos cometido. Y no durarán mucho los lamentos, porque los gozos futuros secarán todas las lágrimas. Por Jesucristo, nuestro Señor, etc.

HOMILIA XII [XXXII]

(Predicada al pueblo en la basílica de los Santos Proceso y Martiniano.)

Lección del santo Evangelio según San Mateo (16,24-28)

En aquel tiempo dijo Jesús a sus discípulos: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo y cargue con su cruz y sígame. Pues quien quisiere salvar su vida, la perderá; mas quien perdiere su vida por amor de mí, la encontrará. Porque ¿de qué le sirve al hombre el ganar todo el mundo si pierde su alma? ¿O con qué cambio podrá el hombre rescatarla? Ello es que el Hijo del hombre ha de venir revestido de la gloria de su Padre, acompañado de sus ángeles, y entonces dará el pago a cada cual conforme a sus obras. En verdad os digo que hay aquí algunos que no han de morir antes que vean al Hijo del hombre aparecer en su reino.

1. Como nuestro Señor y Redentor vino al mundo cual hombre nuevo, dió al mundo preceptos nuevos; pues a nuestra vida antigua, amamantada en los vicios, opuso su contrario y nuevo modo de vivir. Porque el hombre viejo y carnal, ¿qué es lo que había aprendido sino a guardar para sí lo propio, arrebatar lo ajeno, si podía, y apetecerlo cuando no podía? Pero el médico celestial a cada uno de los vicios opuso remedios que les salieran al paso; porque así como en el arte de la medicina el calor se cura con el frío, y el frío con el calor, así nuestro Señor opuso a los pecados remedios contrarios, mandando a los lúbricos continencia; a los duros de corazón, largueza; a los iracundos, mansedumbre, y a los soberbios, humildad.

En efecto, al proponer a los que le seguían nuevos preceptos, dijo (Lc. 14,33): *Cualquiera de vosotros que no renuncia todo lo que posee, no puede ser mi discípulo.* Como si claramente dijera: Los que, según el antiguo modo de vivir, apetecéis lo ajeno, si queréis convertiros, dad generosamente de lo vuestro.

Pero oigamos lo que dice en esta lección: *Si alguno quiere seguirme, niéguese a sí mismo.* Allí se dice renunciemos a lo nuestro; aquí se dice que renunciemos a nosotros mismos. Es verdad que tal vez no sea costoso para el hombre el renunciar lo que posee, pero sí que es muy costoso el renunciarse a sí mismo. En efecto, el renunciar lo que se posee tiene menos importancia, pero la tiene mucho mayor el renunciar lo que se es.

2. Pues bien, el Señor, a los que venimos a El, ha mandado que renunciemos nuestras cosas, porque todos los que venimos a la palestra de la fe tomamos a nuestro cargo el luchar contra los espíritus malignos; ahora bien, los espíritus malignos nada poseen en este mundo; por consiguiente, con ellos, desnudos, debemos luchar nosotros desnudos; porque, si uno que está vestido lucha con quien está desnudo, pronto será echado a tierra, porque tiene por donde ser asido. ¿Y qué son todas las cosas terrenas sino algo a manera

de vestidos? Luego quien corre a luchar contra el diablo debe despojarse de los vestidos para no sucumbir; nada de este mundo posea con amor; no se procure de las cosas temporales deleite alguno, no sea que, por cubrirse con tal apetito, tenga por donde ser sujetado para caer.

Mas no es bastante renunciar a nuestras cosas si no renunciamos además a nosotros mismos. Pero... ¿qué es lo que estamos diciendo? ¿Que nos renunciemos también a nosotros mismos? Pues si nos renunciamos a nosotros mismos, ¿adónde iremos fuera de nosotros? ¿O quién es el que va si él mismo se deja?

Pero es que somos una cosa en cuanto caídos por el pecado, y otra en cuanto formados por la naturaleza; una cosa es lo que nos hemos hecho, y otra lo que hemos sido hechos. Renunciémonos en lo que nos hemos convertido pecando, y mantengámonos cuales hemos sido hechos por la gracia. Vedlo, pues; el que ha sido soberbio, si, vuelto a Cristo, se ha hecho humilde, ya se ha renunciado a sí mismo; si un lujurioso ha cambiado su vida en continente, también se ha renunciado en lo que fué; si un avaro ha dejado de ambicionar y quien antes arrebataba lo ajeno ha aprendido a dar generosamente de lo propio, ciertamente se ha negado a sí mismo; él es el mismo en cuanto a la naturaleza, es verdad; pero no es el mismo en cuanto a la maldad; que por eso está escrito (Prov. 12,7): *Da una vuelta a los impíos y no quedará rastro de ellos;* porque, vueltos los impíos, desaparecerán, no porque en absoluto no tengan ser, sino porque no estarán ya en el pecado de su maldad.

Luego, cuando cambiamos lo que fuimos en lo viejo del pecado y nos mantenemos firmes en aquello para lo que hemos sido llamados por la novedad de la gracia, entonces nos negamos, entonces nos dejamos a nosotros mismos.

Examinemos cómo se había negado San Pablo, cuando decía (Gal. 2,20): *Vivo yo, o más bien, ya no vivo yo.* En efecto, habíase extinguido aquel perseguidor cruel y había comenzado a vivir el piadoso predicador, pues si hubiera permanecido el mismo, claro que no sería piadoso.

Pero, ya que dice que no vive, díganos cómo es que predica tan santamente enseñando la verdad; y en seguida añade: *sino que Cristo vive en mí.* Como si claramente dijera: Yo cierto es que me he extinguido a mí mismo, porque ya no vivo según la carne; pero no estoy muerto en mi ser natural, porque vivo según el espíritu en Cristo.

3. Diga, pues, diga con razón la Verdad: *Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo;* porque quien no deja de estar en sí mismo, no puede acercarse a lo que está más alto que él, ni puede alcanzar lo que está más arriba que él mientras no haya aprendido a sacrificar lo que tiene.

Así se trasplantan los arbustos para que prosperen, y, por decirlo así, se les arranca de raíz para que crezcan. Así desaparecen las semillas al mezclarse con la tierra, para que crezcan más abundantes, conservando sus especies; pues por donde parece que han perdido el ser que tenían, por ahí reciben el aparecer lo que no eran.

Pues bien: el que ya se ha negado a los vicios, debe procurarse las virtudes en las cuales crezca; porque, después de haber dicho: *El que quiera venir en pos de mí, niéguese a sí mismo*, en seguida añade: *Cargue con su cruz y sígame.*

De dos maneras se carga con la cruz: o afligiendo el cuerpo con la abstinencia o afligiendo el alma con la compasión hacia el prójimo.

Veamos cómo San Pablo llevó de ambos modos su cruz, el cual decía (1 Cor. 9,27): *Yo castigo mi cuerpo y lo esclavizo, no sea que, habiendo predicado a los otros, venga yo a ser reprobado.* Bien: ya hemos oído cómo llevó la cruz de la carne: mortificando el cuerpo; oigamos cómo llevó la cruz del alma en la compasión del prójimo. Dice, pues (2 Cor. 11,29): *¿Quién enferma que no enferme yo con él? ¿Quién es escandalizado que yo no me requeme?* Efectivamente, el perfecto predicador, para dar ejemplo de abstinencia, llevaba la cruz en el cuerpo, y porque sentía en sí los daños de la flaqueza ajena, llevaba la cruz en el corazón.

Ahora bien, como ciertos vicios andan cercando a las virtudes, deber nuestro es decir qué vicio acecha desde muy cerca a la abstinencia de la carne y cuál a la compasión del prójimo. La vanagloria, pues, algunas veces asalta de cerca a la abstinencia de la carne; porque, cuando se echan de ver el cuerpo macilento y flaco y la palidez del rostro, se alaba la virtud que salta a la vista; y cuanto más de manifiesto se muestra a los ojos humanos, tanto más rápidamente se derrama afuera; y generalmente lo que parece hacerse por Dios, se hace solamente por los aplausos humanos; como lo demuestra bien aquel Simón que, hallado en el camino, lleva alquilado la cruz del Señor. En efecto, se llevan las cargas ajenas en alquiler cuando se hace algo por algún ansia de vanidad. ¿Y quiénes están representados en Simón sino los abstinentes y arrogantes, que afligen, sí, su carne con la abstinencia, pero interiormente no reportan el fruto de la abstinencia? Por tanto, Simón lleva en alquiler la cruz del Señor; esto es, el pecador, cuando no procede en el bien obrar con buena voluntad, realiza sin fruto la obra del justo. Por eso el mismo Simón lleva la cruz, pero no muere; que es decir: los abstinentes y arrogantes ciertamente afligen su cuerpo con la abstinencia, pero viven para el mundo por el afán de vanagloria.

También la falsa piedad acecha oculta a la compasión del alma, de tal suerte que a veces la lleva hasta condescender con los vicios; siendo así que para con las culpas no se debe ejercer la compasión, sino el celo; porque al hombre se debe la compasión, pero a los vicios la rectitud; de tal suerte que a un tiempo amemos lo que en la criatura ha hecho Dios y ahuyentemos lo malo que la criatura ha hecho, no sea que, si incautamente dejamos pasar las culpas, parezca, no que compadecemos por caridad, sino que condescendemos por negligencia.

4. Prosigue: *Pues quien quisiere salvar su vida, la perderá; mas quien perdiere su vida por mí, la encontrará.* Así se le dice al fiel: Quien quisiere salvar su vida, la perderá; mas quien perdiere su vida por mí, la encontrará. Es como si a un labrador se le dijera:

Si guardas el trigo, lo pierdes; si lo siembras, lo hallas de nuevo. ¿Quién no sabe que el trigo, cuando se siembra, desaparece de la vista y muere en la tierra?; pero, por lo mismo que se pudre en la tierra, reverdece renovado. Ahora bien, como la santa Iglesia tiene unos tiempos de persecución y otros tiempos de paz, nuestro Redentor da preceptos distintos para unos tiempos y para los otros. En tiempo, pues, de persecución hay que dar la vida; pero en tiempo de paz hay que quebrantar los deseos terrenales que más ampliamente pueden dominarse.

Por eso se dice también a continuación: *Porque ¿de qué le sirve al hombre el ganar todo el mundo, si pierde su alma?*

Cuando falta la persecución de los enemigos, hay que guardar con la mayor cautela el corazón, porque en tiempo de paz, como se puede vivir, también gusta ambicionar. Esta ambición ciertamente se reprime bien si se examina con cuidado la misma situación del ambicioso. Porque ¿a qué conduce el afán de acumular cuando no puede perdurar el mismo que acumula? Tenga en cuenta cada uno lo efímero de su vida y caerá en la cuenta de que puede bastarle lo poco que tiene. Pero tal vez teme que le falte con qué sostenerse en el viaje de esta vida; la brevedad de la vida está reprendiendo nuestros largos deseos, pues inútilmente llevamos muchas cosas cuando tan cercano se halla el término adonde se va.

Mas muchas veces vencemos, sí, la avaricia, pero todavía existe un obstáculo: el no seguir los caminos de la rectitud por no poner el menor cuidado para la perfección; pues muchas veces menospreciamos lo pasajero, pero, no obstante, nos hallamos impedidos por el respeto humano, de tal suerte que no nos atrevemos todavía a profesar de palabra la rectitud que guardamos en el alma; y en la defensa de la justicia, no tanto atendemos a que lo ve Dios cuanto nos avergüenza el que los hombres vean que obramos contra la justicia.

Pero también a esta llaga se aplica después el oportuno remedio, cuando el Señor dice (Lc. 9,26): *Quien se avergonzare de mí y de mis palabras, de ese tal se avergonzará el Hijo del hombre cuando venga en su majestad y en la del Padre y de los santos ángeles.*

5. Mas he aquí que los hombres dicen ahora para sus adentros: Nosotros no nos avergonzamos ya del Señor ni de sus palabras, puesto que a plena voz le confesamos. A los cuales yo respondo que en esta multitud de cristianos hay algunos que confiesan a Cristo porque se ve que todos son cristianos; pero, si el nombre de Cristo no estuviera hoy en tanta gloria, no tendría hoy la santa Iglesia tantos profesos. Luego no es prueba de la fe la profesión verbal de la fe, cuando el profesarla todos libra de la vergüenza. Hay, sin embargo, alguna señal por donde cada uno se pruebe verdaderamente en la confesión de Cristo: pregúntese si no se avergüenza ya del nombre; si con plena fortaleza de alma arrostra el que los hombres le avergüencen; pues cierto es que en tiempo de persecución podían los fieles soportar las afrentas, ser despojados de sus bienes, depuestos de sus dignidades, ser atormentados con castigos; mas en tiempo de

paz, como no nos hacen tales cosas nuestros perseguidores, hay otras cosas por donde nosotros nos demos a conocer.

Con frecuencia nos avergonzamos de que nos desprecien nuestros prójimos; tenemos por indigno el soportar palabras injuriosas; si tal vez surge una contienda con el prójimo, nos da vergüenza ser los primeros en dar una satisfacción. Claro, el corazón carnal, como busca la gloria de este mundo, desprecia la humildad; y muchas veces el hombre airado quiere reconciliarse con su contrario, pero se avergüenza de ir el primero a dar satisfacción.

Meditemos la conducta de la Verdad, para que veamos hasta dónde nos han postrado nuestras malas acciones; pues si somos miembros de la Cabeza suprema, de Jesucristo, debemos imitar a Aquel a quien estamos unidos; porque ¿qué es lo que, para ejemplo y enseñanza nuestra, dice el egregio San Pablo? (2 Cor. 5,20): *Somos embajadores de Cristo, y es Dios el que os exhorta por boca nuestra. Os rogamos, pues, encarecidamente en nombre de Cristo que os reconciliéis con Dios.*

He aquí que, pecando, hemos entablado discordia entre nosotros y Dios; y, con todo, es Dios el primero que ha enviado a nosotros sus embajadores para rogarnos que nosotros mismos, los que hemos pecado, volvamos a la paz de Dios. Avergüéncese, pues, la soberbia humana; confúndase cada cual si no es él el primero en dar satisfacción al prójimo, siendo así que, después de nuestra culpa, el mismo Dios, que ha sido ofendido, ruega, por medio de sus embajadores, que debemos reconciliarnos con El.

6. Prosigue: *En verdad os digo que hay aquí algunos que no han de morir antes que vean el reino de Dios.*

Hermanos carísimos, en la Sagrada Escritura no siempre se llama reino de Dios al reino futuro, sino que algunas veces se da este nombre a la Iglesia presente. Por eso está escrito: *El Hijo del hombre enviará sus ángeles y quitará del reino de Dios todos los escándalos.* Pues bien: en aquel reino en el cual cierto es que no son admitidos los réprobos, no habrá escándalos. De tal ejemplo se deduce que en este pasaje se da el nombre de *reino de Dios* a la Iglesia presente. Y porque algunos de los discípulos habían de vivir en el cuerpo hasta que vieran la Iglesia de Dios ya formada y levantada enfrente de la gloria de este mundo, ahora se dice con promesa consoladora: Hay aquí algunos que no han de morir hasta que vean el reino de Dios.

Pero ¿qué necesidad había de esta súbita promesa, cuando tanto había encarecido el Señor soportar la muerte? Mas, si examinamos sutilmente esto, conoceremos con cuánta piedad se hace. Para que los discípulos, rudos aún, pudieran asegurarse con más firmeza en los bienes futuros, debió prometérseles algo de la vida presente. Así, al pueblo de Israel, para libertarle de la tierra de Egipto, se le hace la promesa de la tierra de promisión, a fin de que, cuando fuera llamado a los bienes celestiales, se persuadiera por el cumplimiento de las promesas terrenas. ¿Y esto por qué? Pues para que, teniendo algo que recibiera inmediatamente, confiara más en lo que

pudiera ver que se le prometía para más tarde; porque aquel pueblo carnal, si no recibía cosas pequeñas, no creería en las cosas grandes.

De manera que Dios omnipotente, al conceder generoso cosas terrenas, estimula a esperar las celestiales, a fin de que, recibiendo lo que veía, aprendiera a esperar lo que no veía, y tanto más firmemente aspirara a las invisibles cuanto más le asegurasen en la certeza de la esperanza las promesas visibles. De ahí que con razón se dice también por el Salmista (Ps. 104,44): *Dióles el país de los gentiles e hízoles disfrutar de las labores de los pueblos, a fin de que guardasen sus mandamientos y observasen su ley.* Pues, de la misma manera, la Verdad en este lugar, hablando a sus discípulos rudos, promete que han de ver el reino de Dios, para que esperen con mayor confianza este reino en el cielo.

Luego, de que ya vemos este reino dilatado en el mundo, debemos esperar el reino que se ha de recibir en el cielo. Mas hay algunos que están inscritos con el nombre de cristianos, pero que no tienen la fe de los cristianos; creen que sólo existe lo visible y no apetecen lo invisible, porque ni sospechan que exista.

Hermanos carísimos, estamos reunidos ante el sepulcro de los cuerpos de los santos mártires. ¿Creéis que éstos habrían entregado sus cuerpos a la muerte si no les constara de modo indudable que hay otra vida por la cual debían morir? Pues ya lo veis: los que esto creyeron, brillan ya por sus milagros; a sus cuerpos, extintos ya, acuden los enfermos que viven, y son curados; vienen los perjuros, y son vejados por el demonio; vienen los endemoniados, y quedan libres. ¿De qué manera, pues, viven allí donde viven, si aquí donde están muertos viven haciendo tantos milagros?

7. Voy, hermanos, a referiros brevemente un suceso que no tiene poco valor y que yo he llegado a saber por el relato de ciertos religiosos ancianos.

En tiempo de los godos hubo cierta matrona muy religiosa que venía con frecuencia a la iglesia de estos mártires. Un día, habiendo venido, como de costumbre, a orar, al salir halló dos monjes en pie con hábito de peregrinos; creyó que eran peregrinos y mandó que se les diera algo de limosna; pero antes de que el limosnero se acercase a ellos para darles la limosna, aproximáronse más a ella y dijeron: Tú nos visitas ahora; nosotros te visitaremos en el día del juicio y te ayudaremos cuanto podamos. Dicho lo cual, desaparecieron de su vista. Atemorizada ella, volvió a orar y se deshizo más prolijamente en lágrimas. Y después de esto, oraba con tanta mayor intensidad cuanto más segura estaba de la promesa.

Pues bien: si, según San Pablo (Hebr. 11,1), *la fe es el fundamento de las cosas que se esperan y un convencimiento de las cosas que no se ven*, no os decimos ya que creáis en la vida futura, porque ahí tenéis cómo los mismos que en ella viven se presentan visiblemente ante la vista de los hombres, y lo que puede verse, más propicio es decir que se conoce que decir que se cree; por tanto, el Señor, que así nos muestra visiblemente que viven con El aquellos a quienes El

recibe invisiblemente, más bien que el que lo creyéramos ha querido que viéramos la vida futura.

8. Haced, por consiguiente, hermanos carísimos, que éstos sean vuestros abogados en la causa que tenéis que ventilar ante vuestro severo Juez. Presentadlos por vuestros defensores en aquel tan terrible día. ¡Oh!, ciertamente que, si alguna causa vuestra hubiera de ventilarse mañana ante un recto juez, vosotros, hermanos, pasaríais todo el día de hoy pensando: buscaríais abogado, haríais muchas instancias para llevar al defensor ante tan recto juez.

Pues he aquí que el riguroso juez, Jesús, ha de venir; pone espanto tan numeroso concilio de ángeles y de arcángeles; ante tal concilio se discutirá nuestra causa, y, no obstante, nosotros no buscamos ahora patronos que sean luego nuestros defensores. Aquí están, ofreciéndose por defensores nuestros, los santos mártires; ellos quieren y hasta diría que piden que les roguemos. Requeridlos, pues, para que avalen vuestras oraciones; requeridlos para que os amparen contra vuestras culpas, ya que el mismo Juez quiere que se le ruegue, para no tener que castigar a los pecadores; que también por eso amenaza por mucho tiempo con su ira y, sin embargo, espera misericordioso.

Que su misericordia nos aliente, pero de tal suerte que de ningún modo nos haga negligentes. Remuérdannos nuestros pecados, pero sin que nuestra alma caiga en desesperación; porque, si tememos confiados y confiamos temerosos, más rápidamente alcanzaremos el reino de los cielos, por Aquel que vive y reina con el Padre, en unidad del Espíritu Santo, Dios, por todos los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA XIII [XXXIII]

(Predicada al pueblo en la basílica de San Clemente en la feria sexta de las cuatro témporas de septiembre.)

Lección del santo Evangelio según San Lucas (7,36-50)

En aquel tiempo, uno de los fariseos rogó a Jesús que fuera a comer con él. Y, habiendo entrado en casa del fariseo, se puso a la mesa. Cuando he aquí que una mujer de la ciudad, que era de mala conducta, luego que supo que se había puesto a la mesa en casa del fariseo, trajo consigo un vaso de alabastro lleno de bálsamo y, arrimándose por detrás a sus pies, comenzó a bañarlos con sus lágrimas, y los limpiaba con los cabellos de su cabeza, y los besaba, y derramaba sobre ellos el bálsamo. Viendo lo cual el fariseo que le había convidado, decía para consigo: Si este hombre fuera profeta, bien conocería quién y qué tal es la mujer que le está tocando, o que es pecadora. Jesús, respondiendo, dícele: Simón, una cosa tengo que decirte. Di, Maestro, respondió él. Cierto acreedor tenía dos deudores: uno le debía quinientos denarios, y el otro cincuenta. No teniendo ellos con qué pagar, perdonó a entrambos la deuda. ¿Cuál de ellos le amará más? Respondió Simón: Hago

juicio que aquel a quien se perdonó más. Y díjole Jesús: Has juzgado rectamente. Y volviéndose a la mujer, dijo a Simón: ¿Ves esta mujer? Yo entré en tu casa y no me diste agua con que se lavaran mis pies, mas ésta ha lavado mis pies con sus lágrimas y los ha enjugado con sus cabellos. Tú no me has dado el ósculo, pero ésta, desde que llegó, no ha cesado de besar mis pies. Tú no has ungido con óleo mi cabeza, y ésta ha derramado sobre mis pies sus perfumes. Por todo lo cual te digo que le son perdonados muchos pecados, porque ha amado mucho. Que ama menos aquel a quien menos se le perdona. En seguida dijo a la mujer: Perdonados te son tus pecados. Y luego los convidados empezaron a decir interiormente: ¿Quién es éste, que también perdona pecados? Mas El dijo a la mujer: Tu fe te ha salvado; vete en paz.

1. Al pensar en la penitencia de María Magdalena, mejor que decir algo, quisiera llorar; pues ¿a qué corazón, aunque sea de piedra, no movería a imitar su penitencia las lágrimas de esta pecadora? Porque ella consideró lo que había hecho y no quiso poner coto a lo que había de hacer: ella se presentó en medio de los comensales, llegó sin ser llamada y ofrendó sus lágrimas en medio del festín. Deducid qué amor la abrasaría, cuando no se avergüenza de llorar en medio de un banquete.

Pero esta a quien San Lucas llama mujer pecadora, San Juan la llama María; nosotros creemos que es aquella María de la que San Marcos afirma que fueron arrojados siete demonios. Y ¿qué se designa por los siete demonios sino todos los vicios?, pues como todo el tiempo se comprende en siete días, propiamente todas las cosas se significan por el número siete; por eso María, que tuvo todos los vicios, tuvo siete demonios.

Mas he aquí que se puso a mirar las manchas de su torpe vida y corrió, para ser lavada, a la fuente de la misericordia, sin avergonzarse de los convidados; porque, como ella se avergonzaba gravemente de sí misma en su interior, no creyó que hubiera exteriormente cosa que la avergonzara.

¿Y cuál admiramos más, hermanos carísimos, el que María venga o el que la reciba el Señor? ¿Que la recibe diré o que la trae? Pero mejor diré que la trae y la recibe; porque sin duda, El, que con su mansedumbre la recibió exteriormente, interiormente la trajo con su misericordia.

2. Bien: recorriendo el texto del Evangelio, veamos también ya el orden por el que vino a ser sanada. *Trajo un vaso de alabastro lleno de bálsamo, y, arrimándose por detrás a los pies de Jesús, comenzó a bañárselos con sus lágrimas, y los limpiaba con los cabellos de su cabeza, y los besaba, y derramaba sobre ellos el bálsamo.*

Es cosa clara, hermanos, que aquella mujer, mientras estuvo dada antes a las obras ilícitas, llevó consigo el bálsamo para perfumar su cuerpo; de manera que aquello que antes torpemente había aplicado a sí, ahora laudablemente lo ofrecía a Dios; con los ojos había deseado lo terreno, pero ya, afligiéndolos por el arrepentimiento, lloraba; había exhibido sus cabellos adornando su rostro, pero aho-

ra con los cabellos limpiaba las lágrimas; había hablado con labios altaneros, pero ya, besando los pies del Señor, los imprimía en las plantas de su Redentor. Luego cuantos deleites tuvo, otros tantos holocaustos halló en sí. El número de sus delitos lo convirtió en número de virtudes, para que cuanto por su parte había despreciado culpablemente a Dios, todo ello sirviera a Dios en penitencia.

3. Mas el fariseo, viendo esto, lo despreció; y no sólo reprochó a la mujer pecadora que vino, sino también al Señor, que la recibe, diciendo en su interior: *Si éste fuera profeta, bien conocería quién y qué tal es la mujer que le está tocando, porque es una mujer de mala vida*

He ahí el fariseo, verdaderamente soberbio en su interior y falsamente justo; tacha a la enferma por su enfermedad y al médico por su acogida, siendo así que él mismo padecía la llaga de la soberbia y lo ignoraba.

De suerte que el Médico hallábase entre dos enfermos, pero el uno, en medio de su fiebre, conservaba íntegro el sentido; el otro en la fiebre había perdido el sentido de la inteligencia. En efecto, aquélla lloraba lo que había hecho, pero el fariseo, ensoberbecido con falsa justicia, aumentaba lo grave de su enfermedad; así es que en su enfermedad había perdido además el sentido, puesto que también ignoraba que él distaba de estar sano.

Pero, al hablar de esto, fuérzanos a llorar el ver que algunos de nuestro orden, adornados con el ministerio sacerdotal, si han llegado tal vez a hacer bien alguna cosa, aunque sea la más insignificante, en seguida menosprecian a los súbditos y se indignan contra los pecadores del pueblo y no quieren compadecerse de los que confiesan su culpa, y, al modo del fariseo, tienen por indigno el dejarse tocar por la mujer pecadora.

¡Oh! Cierto que, si aquella mujer se hubiera acercado a los pies del fariseo, sin duda que la habría retirado, echada a puntapiés, porque se creería manchado con el pecado ajeno; mas, por no estar en posesión de la verdadera justicia, enfermaba con la enfermedad ajena.

Por eso es siempre necesario que, cuando veamos a cualesquiera pecadores, nos consideremos primero a nosotros como caídos en la desgracia de aquéllos, porque tal vez o hemos caído o podemos caer en cosas semejantes; y aunque es verdad que la censura del maestro debe perseguir siempre los vicios con la virtud de la disciplina, pero, con todo, conviene que distingamos cuidadosamente que a los vicios los debemos el rigor, pero a la naturaleza la compasión; porque, si se debe fustigar al pecador, al prójimo hay que sostenerle. Ahora bien, cuando él mismo se arrepiente de lo que ha hecho, entonces nuestro prójimo ya no es pecador, pues, al aplicarse a sí mismo la justicia de Dios, ya castiga en sí lo que la divina justicia condena.

4. Mas oigamos ya la sentencia por la que este soberbio y arrogante queda convicto. Se le presenta el ejemplo de dos deudores, uno de los cuales debía menos y el otro más, y se le pregunta que, habiendo sido perdonada la deuda a ambos, quién de los dos ama

más al que los perdonó. Pregunta a la cual responde en seguida: *Aquel a quien se perdonó más.*

Aquí es de notar que el fariseo, al quedar convicto por su propio fallo, viene a cargar, como frenético, con el lazo en el cual queda prendido.

El Señor le enumera lo bueno que ha hecho la mujer pecadora y le enumera lo malo que ha hecho el falso justo, diciendo: *Yo entré en tu casa, y no me has dado agua con que se lavaran mis pies; mas ésta ha bañado mis pies con sus lágrimas y los ha enjugado con sus cabellos. Tú no me has dado el ósculo de paz, pero ésta, desde que llegó, no ha cesado de besar mis pies. Tú no has ungido con óleo mi cabeza, y ésta ha derramado sobre mis pies su bálsamo.* Y después de este recuento, deduce la sentencia: *Por todo lo cual te digo que le son perdonados muchos pecados, porque ha amado mucho.*

¿Qué pensamos, hermanos míos, que es el amor sino fuego? Y ¿qué la culpa sino hollín? Por eso ahora se dice: *Le son perdonados muchos pecados, porque ha amado mucho.* Como si claramente se dijera: Ha quemado del todo el hollín de sus pecados, porque está muy abrasada en el fuego del amor; pues tanto más se consume el hollín del pecado cuanto más se abrasa en la hoguera de la caridad el corazón del pecador.

Ahí lo tenéis; la que había llegado enferma al médico quedó curada; en cambio, otros enferman todavía con motivo de la salud de ella, puesto que los que estaban sentados a la mesa, a una murmuraron para sus adentros, diciendo: *¿Quién es éste, que también perdona los pecados?*

Pero el Médico celestial no desprecia a los enfermos a quienes ve hacerse peores con la medicina, sino que asegura a la que antes había curado, pronunciando esta sentencia: *Tu fe te ha salvado, vete en paz.*

Ahora bien, su fe la salvó, porque no dudó conseguir lo que pidió; pero es que también había recibido ya la certeza de su esperanza por gracia de Aquel de quien confiadamente buscaba la salud.

Y se la manda que vaya en paz para que no torne nuevamente a la senda del escándalo desde el camino de la verdad. Por eso se dice también por Zacarías (Lc. 1,79): *Para enderezar vuestros pasos por el camino de la paz.* Enderezamos, pues, nuestros pasos por el camino de la paz cuando nuestras acciones siguen el camino que se conforma con la gracia de nuestro Creador.

5. Y bien, hermanos carísimos, ya que hemos concluído la exposición histórica, ahora, si os parece bien, expongamos todo lo dicho en sentido místico.

¿A quién, pues, designa el fariseo que presume de su falsa justicia sino al pueblo judío; y a quién la mujer pecadora que se arroja llorando a los pies del Señor sino a la gentilidad convertida? La cual vino con un pomo de alabastro, derramó el bálsamo, se colocó por detrás a las plantas del Señor, regó sus pies con lágrimas, las

enjugó con sus cabellos y no cesó de besar los pies que ungía y enjugaba.

A nosotros, sí, a nosotros representó aquella mujer cuando, después de haber pecado, nos volvemos de todo corazón al Señor y la imitamos en el llanto de la penitencia; porque ¿qué se significa por el bálsamo sino el olor de la buena fama? Por eso dice San Pablo (2 Cor. 2,15): *Nosotros somos el buen olor de Cristo delante de Dios.* Luego, cuando obramos rectamente, perfumando la Iglesia con el olor de la buena fama, ¿qué hacemos sino derramar el bálsamo en el cuerpo del Señor? Pero nosotros nos hemos puesto frente a los pies del Señor cuando, situados en la culpa, nos resistíamos a seguir sus pasos; mas cuando, después de haber pecado, nos convertimos a la verdadera penitencia, ya nos colocamos por detrás a sus pies, porque seguimos las huellas de Aquel a quien antes nos oponíamos.

La mujer riega con lágrimas los pies del Señor; lo que también hacemos en realidad nosotros cuando, movidos a compasión, ayudamos a cualesquiera miembros de Cristo, aun a los últimos; cuando participamos en la tribulación de sus santos, cuando tenemos por nuestras sus aflicciones.

La mujer enjugó con sus cabellos los pies que había regado. Los cabellos, es cierto, son cosa que rebasa del cuerpo; y ¿qué figuran los cabellos sino la abundancia de bienes terrenos? Y cuando exceden de lo necesario, aunque se corten, no se siente. Luego enjugamos los pies del Señor con los cabellos cuando a sus santos, de quienes nos compadecemos por caridad, los socorremos también con lo que nos sobra, y de suerte que el alma llegue a compadecerse de tal modo que muestre también con su largueza su sentimiento de dolor.

Riega, pues, ciertamente con sus lágrimas los pies del Redentor, pero no los enjuga con sus cabellos, quienquiera que se compadece del dolor del prójimo, pero que, sin embargo, no le presta auxilio con las cosas que a él le sobran. Llora, pero no enjuga, el que acude con buenas palabras de dolor, pero que no alivia en modo alguno la violencia del dolor, suministrando lo necesario.

La mujer besa los pies que había enjugado; cosa que hacemos nosotros perfectamente cuando amamos solícitos a quienes proveemos con nuestra largueza, de modo que ni nos sea molesta la necesidad de ellos ni nos resulte onerosa su indigencia, y cuando el dar lo necesario no entibie el amor del alma.

6. También puede entenderse por los pies del Señor el misterio de su encarnación, por la cual la divinidad vino a pisar la tierra, porque tomó la carne; pues *el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros* (Io. 1,14).

Según esto, buscamos los pies del Redentor cuando de todo corazón amamos el misterio de su encarnación; ungimos con perfumes sus pies cuando con la buena opinión de la Sagrada Escritura predicamos el poder de su humanidad.

Mas el fariseo ve esto y se indigna, porque, cuando el pueblo judío ve que la gentilidad predica a Dios o cree en Dios, se consume en su propia malicia. Pero nuestro Redentor recuenta las buenas obras de la mujer, es decir, las obras buenas de la gentilidad, para que el pueblo judío reconozca el mal en que yace; porque el fariseo, que, como hemos dicho, representa a aquel pueblo pérfido, queda confundido con estas palabras: *Yo entré en tu casa y no me diste agua para lavar mis pies, y ésta ha regado con sus lágrimas mis pies.* Pues bien, el agua es cosa que está fuera de nosotros, y las lágrimas son cosas que están dentro de nosotros; de modo que aquel pueblo infiel jamás dió al Señor ni las cosas exteriores, mientras que la gentilidad convertida dió por El, no sólo sus bienes, sino que hasta derramó su sangre.

Tú no me diste el ósculo, y ésta, desde que entró, no ha cesado de besar mis pies. Sabido es que el ósculo es señal de amor, y aquel pueblo infiel no dió a Dios el ósculo, pues no quiso amarle con caridad, sino que le sirvió por temor; en cambio, la gentilidad llamada no cesa de besar las huellas de su Redentor, pues continuamente suspira por su amor; que por eso, con palabras de la Esposa en el Cantar de los Cantares (1,1), dice a su mismo Redentor: *Béseme con el beso de su boca.* De veras desea el beso de su Redentor la que está dispuesta a servirle por amor.

No ungiste mi cabeza con óleo. Si por los pies del Señor significamos el misterio de su encarnación, se sigue que por su cabeza signifiquemos su divinidad. Por eso se dice por San Pablo (1 Cor. 11, 3): *La cabeza de Cristo, Dios.* El pueblo judío confesaba creer en Dios en cuanto tal, mas no en cuanto hombre. De ahí que se dice al fariseo: *No ungiste mi cabeza con óleo;* porque el pueblo judío descuidó, además, el predicar dignamente el poder de la divinidad, en la cual afirmaba creer.

Esta, en cambio, ha ungido con bálsamo mis pies; pues la gentilidad, una vez que creyó el misterio de su encarnación, ensalzó con los más grandes encomios aun lo más bajo de El.

Y cuando ya el Redentor cesó de enumerar lo bueno, añadió esta sentencia: *Por lo cual yo te digo: Se le perdonan muchos pecados, porque ha amado mucho.* Como si claramente dijera: Aunque está muy duro lo que se cuece, sin embargo, sobra fuego de amor, en el cual hasta lo duro se consume.

7. Pláceme en medio de todo esto fijar la atención en tan grande misericordia. Tanta es la estima que a las obras de la mujer pecadora, pero ya penitente, tiene la Verdad, que llega hasta enumerárselas minuciosamente a su adversario.

El Señor estaba sentado a la mesa del fariseo, pero se deleitaba con la mujer penitente con manjares del espíritu; con el fariseo alimentábase la Verdad exteriormente; con la mujer pecadora, pero ya arrepentida, alimentábase interiormente. De ahí que la Iglesia, buscándole bajo la figura de un cervatillo, le dice en el Cantar de los Cantares (1,6): *Indícame tú, el amado de mi alma, dónde tienes los pastos, dónde el sesteadero al llegar el mediodía.*

Ahora bien, el Señor es llamado cervatillo según la carne, en cuanto es hijo de los Padres antiguos. Al mediodía es más ardoroso el calor del sol, y el cervatillo busca un lugar sombrío, donde no penetra el calor del verano. Luego el Señor sestea en aquellos corazones a los que no abrasa el amor del presente siglo ni queman los apetitos de la carne y cuyas ansias no se satisfacen con las concupiscencias de este mundo. Por eso se dice a María (Lc. 1,35): *El Espíritu Santo vendrá sobre ti y la virtud del Altísimo te hará sombra.* Luego el cervatillo busca lugares sombríos para apacentarse al mediodía; es decir, que el Señor se apacienta en las almas que por respeto a la virtud de la templanza no se dejan abrasar en deseos corporales. Según lo cual, la mujer penitente alimentaba interiormente al Señor más que el fariseo le alimentaba exteriormente; porque nuestro Redentor, cual cervatillo, habíase refugiado contra el ardor carnal en el alma de aquella mujer, a la que, después del ardor de los vicios, había moderado la sombra de la penitencia.

8. Consideremos ahora cuán grande misericordia fué, no ya recibir con El a la mujer pecadora, sino el consentirla, además, que enjugase sus pies. Consideremos la gracia de Dios misericordioso y condenemos nuestros muchos pecados.

Ya lo estáis viendo: El ve a los pecadores y los aguanta; soporta a los que están resistiéndole y, no obstante, a diario los está llamando con su clemencia por medio del Evangelio; está deseando que hagamos una confesión sincera, y perdonar todos nuestros delitos. Con la misericordia del Redentor nos mitigó el rigor de la Ley, pues en ella está escrito (Ex. 19 y Lev. 20): El que hiciere esto y aquello, muera de muerte; el que hiciere esto y aquello, sea apedreado; mas nuestro Creador apareció hecho hombre, y a quien confiese los pecados promete no el castigo, sino la vida; recibe a la mujer que confiesa sus llagas y la despide curada. Luego su misericordia trocó el rigor de la Ley, puesto que a los que ésta condena justamente, El los libra misericordiosamente.

Por esto rectamente está escrito en la Ley (Ex. 17,12): *Como los brazos de Moisés estaban cansados, tomando una piedra, pusiéronla debajo y sentóse en ella, y Aarón de una parte y Hur de la otra le sostenían los brazos.* Ahora bien, Moisés sentóse en la piedra cuando la Ley reposó en la Iglesia; y esta misma Ley tuvo cansados los brazos porque no soportó con misericordia a pecador alguno, sino que los castigó con severo rigor. Asimismo, Aarón significa el monte de la fortaleza, y Hur el fuego, de manera que ¿a quién representa este monte de la fortaleza sino a nuestro Redentor, del cual se dice por el profeta Isaías (2,2): *En los últimos días, el monte de la casa del Señor tendrá sus cimientos sobre la cumbre de todos los montes;* y a quién representa el fuego sino al Espíritu Santo, del cual el mismo Redentor dice (Lc. 12,49): *Yo he venido a poner fuego en la tierra?* Luego Aarón y Hur sostienen los brazos cansados de Moisés y, sosteniéndolos, los aligeran, que es decir: viniendo el Mediador entre Dios y los hombres, con el

fuego del Espíritu Santo nos hizo más llevaderos, mediante la inteligencia espiritual, los preceptos graves de la Ley, que, entendidos carnalmente, no podían soportarse. De manera que en cierto modo aligeró los brazos de Moisés, porque aclarándolos tornó en suave la dureza de sus preceptos.

Ya nos insinuó esta promesa de su misericordia a los que le seguimos, cuando dijo por el profeta (Ez. 18,23 y 33,11): *No quiero la muerte del pecador, sino que se convierta y viva.* Por lo mismo, en otro lugar, a toda alma pecadora, figurada en la Judea, se dice (Ier. 3,1): *Si un marido repudia a su mujer, y ella, separada de éste, toma otro marido, ¿acaso volverá jamás a tomarla? ¿No quedará tal mujer inmunda y contaminada? Pero tú es cierto que has pecado con muchos amantes; esto no obstante, vuélvete a mí, dice el Señor.*

He ahí que ha puesto el ejemplo de una mujer liviana, y manifiesta que después de su liviandad no puede ser recibida; mas el Señor, por su misericordia, pasa sobre el ejemplo que antes puso, diciendo que, aunque no podía ser recibida la mujer fornicaria, El, no obstante, está dispuesto a recibirla.

Meditad, hermanos, y ponderad su grande misericordia; declara que no puede hacerse tal cosa y manifiesta que El mismo puede hacerla contra lo usado. Ya lo veis: El mismo llama y busca, para abrazarlos, aun a los que declara manchados, a aquellos de quienes se queja porque le han abandonado.

Por consiguiente, nadie desaproveche el tiempo de tan grande misericordia; nadie menosprecie los remedios que le ofrece la piedad divina. Ved que la divina benignidad nos llama a los extraviados y, cuando tornamos a El, nos abre las entrañas de su misericordia.

Piense cada cuál cuán obligado queda cuando Dios le espera; no sea que, despreciado, se exaspere. Quien no ha querido estar con El, vuelva; quien despreció el mantenerse en pie, al menos después de la caída levántese.

Con cuánto amor nos espera nuestro Creador, lo da a entender cuando dice por el profeta (Ier. 8,6): *Yo estuve atento y los escuché; nadie habla cosa buena; ninguno hay que haga penitencia de su pecado, diciendo: ¡Ay!, ¿qué es lo que he hecho?* Cierto que jamás hemos debido pensar cosas malas; pero, aunque no hemos querido pensar rectamente, vedle, todavía espera a que reflexionemos. Ved las entrañas de su gran piedad; considerad que tenéis abierto el regazo de su misericordia; a los que cuenta perdidos por pensar mal, los busca cuando piensan bien.

Hermanos carísimos, volved a vosotros la mirada de vuestra alma y poneos delante por modelo, que imitéis, a la mujer pecadora y penitente. Llorad lo que recordáis haber pecado en la adolescencia y en la juventud; cubrid con lágrimas las manchas de las costumbres y obras malas; amemos ya el seguir las huellas de nuestro Redentor, que habemos despreciado pecando. Ved que, como hemos dicho, nos abre, para recibirnos, los senos de su infinita piedad y que no es despreciada nuestra vida pecadora. En cuanto

nos horrorizamos de nuestra maldad, ya estamos concordes con nuestra limpieza interior.

El Señor, apiadado, nos abraza cuando a El volvemos, porque ya no puede serle indigna la vida que a fuerza de lágrimas se purifica en Jesucristo, nuestro Señor, que vive y reina con Dios Padre, en unidad del Espíritu Santo, por todos los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA XIV [XXXIV]

(Dirigida al pueblo en la basílica de los Santos Juan y Pablo en la domínica tercera después de la Trinidad.)

Lección del santo Evangelio según San Lucas (15,1-10)

En aquel tiempo solían los publicanos y pecadores acercarse a Jesús para oírle, y los fariseos y escribas murmuraban de eso, diciendo: Mirad cómo se familiariza con los pecadores y come con ellos. Entonces les propuso esta parábola: ¿Quién hay de vosotros que, teniendo cien ovejas y habiendo perdido una de ellas, no deja las noventa y nueve en la dehesa y no vaya en busca de la que se perdió, hasta encontrarla? En hallándola, se la pone sobre los hombros muy gozoso, y, llegado a casa, convoca a sus amigos y vecinos, diciéndoles: Regocijaos conmigo, porque he hallado la oveja mía que se me había perdido. Os digo que a este modo habrá más fiesta en el cielo por un pecador que se arrepiente que por noventa y nueve justos que no tienen necesidad de penitencia. O ¿qué mujer, teniendo diez dracmas, si pierde una, no enciende luz y barre bien la casa y lo registra todo hasta dar con ella? Y, en hallándola, convoca a sus amigas y vecinas, diciendo: Alegraos conmigo, que ya he hallado la dracma que había perdido. Así os digo yo que harán fiesta los ángeles de Dios por un pecador que hace penitencia.

1. El tiempo del estío, que tan contrario es a mi salud, me ha impedido por larga temporada hablar sobre la exposición del Evangelio; pero ¿acaso, porque ha callado la lengua, ha dejado de arder la caridad? Y os digo esto porque—cada uno de vosotros lo reconoce en su interior—muchas veces hállase la caridad impedida por ciertas ocupaciones y, aunque interiormente arde en el corazón, con todo, no se manifiesta en las obras; que tampoco se ve en la tierra el sol cuando le cubre una nube, pero, no obstante, él brilla en el cielo. Pues, de igual manera, la caridad suele estar ocupada y guardar en el interior la fuerza de su ardor, sin que al exterior manifieste las llamas de las obras. Mas ya que ahora vuelve el tiempo para hablar, vuestras ansias me estimulan de tal suerte, que me será tanto más grato hablar cuanto con mayores deseos lo esperan vuestras almas.

2. Pues bien, hermanos míos, en la lección del Evangelio habéis oído que los pecadores y los publicanos se acercaron a

nuestro Redentor y fueron recibidos, no sólo a conversar, sino también a comer. Visto lo cual por los fariseos, se indignaron.

Deducid de esto que la justicia verdadera tiene compasión, y la falsa justicia indignación, aunque también los justos suelen con razón indignarse con los pecadores. Mas una cosa es lo que se hace por soberbia, y otra lo que se hace por el celo de la disciplina. Y así, los justos muéstranse indignados, pero sin indignación; muéstranse desconfiados, pero no desconfían; parecen perseguir, pero aman, porque, si bien exteriormente extreman la reprensión velando por la disciplina, pero interiormente conservan la dulzura mediante la caridad; en su corazón, aquellos a quienes reprenden los anteponen a sí mismos y, además, piensan que aquellos a quienes juzgan son mejores que ellos. Haciendo lo cual guardan a los súbditos mediante la disciplina y a sí mismos por la humildad.

Por el contrario, los que suelen engreírse de una falsa justicia desprecian a todos los demás y no conceden misericordia alguna a los débiles; y así, por lo mismo que no se tienen por pecadores, se hacen mucho más pecadores. Del número de los cuales eran los fariseos, quienes, juzgando mal del Señor porque recibía a los pecadores, en su corazón reseco acusaban a la Fuente de misericordia.

3. Mas, como eran enfermos que no sabían que lo eran, para que conociesen que lo eran, el Médico celestial los cura con fomentos blandos: preséntalos una comparación piadosa y con ella comprime en el corazón de ellos la hinchazón de su llaga; pues dice: *¿Quién de vosotros, teniendo cien ovejas y habiendo perdido una de ellas, no deja las noventa y nueve en la dehesa y se va en busca de la que se había perdido?*

Ved con qué dignación de piedad puso la Verdad una semejanza que todo hombre reconocería apropiada a sí mismo, y que, sin embargo, estaba apropiada de un modo particular al mismo Autor de los hombres; pues, como el centenar es número perfecto, El tuvo cien ovejas cuando creó la naturaleza angélica y la humana; mas perdió una oveja cuando el hombre, pecando, dejó los pastos de la vida; y dejó las noventa y nueve ovejas en la dehesa, porque dejó en el cielo aquellos excelsos coros de los ángeles.

Mas ¿por qué se llama dehesa o desierto al cielo sino porque dehesa o desierto se llama un campo abandonado, y el hombre abandonó el cielo cuando pecó? Así, pues, las noventa y nueve ovejas habían quedado en el desierto cuando el Señor buscaba la una en la tierra, porque el número de la criatura racional, esto es, de los ángeles y de los hombres, que había sido creado para ver a Dios, con haberse perdido el hombre, quedó disminuído; y para que el total de las ovejas se reintegrara al cielo, se buscaba al hombre que se había perdido en la tierra.

Además, lo que este evangelista llama *dehesa*, otro (Mateo) dice *montes*, queriendo significar las alturas; porque, ciertamente, las ovejas que no habían perecido estaban en las alturas.

En hallándola, se la pone sobre los hombros muy gozoso. Puso

la oveja sobre sus hombros, porque, al asumir la naturaleza humana, El mismo cargó con nuestros pecados.

Y, llegado a casa, convoca a sus amigos y vecinos, diciéndoles: Regocijaos conmigo, porque he hallado la oveja mía que se me había perdido. En hallando la oveja, vuelve a casa, porque nuestro Pastor, después de obrar la redención del hombre, volvió al reino de los cielos. Allí encuentra a sus amigos y vecinos, esto es, a los coros de los ángeles, que son sus amigos, porque indefectiblemente cumplen su voluntad; y son también vecinos suyos, porque en esta su asiduidad gozan de la clara vista de El.

Y es de notar que dice: regocijaos, no *con la oveja hallada*, sino *conmigo*, porque, en verdad, nuestra vida es su gozo; así es que, cuando somos llevados al cielo, completamos la fiesta de su alegría.

4. *Os digo que, a este modo, por un pecador que se arrepienta habrá en el cielo mayor fiesta que por noventa y nueve justos que no tienen necesidad de penitencia.* Debemos examinar, hermanos míos, por qué dice el Señor que por los pecadores convertidos hay en el cielo mayor fiesta que por los justos que perseveran. ¿Por qué esto sino por lo que nosotros mismos vemos experimentalmente cada día, a saber, que muchas veces los que saben que no se han visto enredados en las seductoras mallas del pecado, se mantienen, sí, firmes en el camino de la justicia y no cometen ninguna acción ilícita, pero, con todo, no anhelan con afán por la patria del cielo y, por lo mismo que recuerdan no haber cometido acción ilícita alguna, se apegan más a las lícitas, y por lo regular mantiénense perezosos para realizar obras buenas de mayor importancia, puesto que se cuentan bastante seguros con no haber cometido pecados más graves?

Mas, por el contrario, a veces los que tienen presente que han cometido algo ilícito, oprimidos por su misma pena, enciéndense en amor de Dios, se entregan a practicar grandes virtudes, apetecen todo lo más recio del santo combate, abandonan todo lo del mundo, huyen de los honores, gozan en las afrentas que han recibido, arden en deseos y ansias de la patria celestial, y, como consideran que anduvieron errantes apartados de Dios, reparan los daños precedentes con las ganancias que se les siguen.

Luego en el cielo, por un pecador convertido hay mayor gozo que por un justo que se mantiene en su ser; a la manera que un capitán estima al soldado que en la guerra, habiendo vuelto después de huir, ataca con más valor al enemigo, estímale en más que al que nunca huyó, pero tampoco mostró valor alguno; igualmente, el labrador prefiere mucho más la tierra que, después de haber producido espinas, da abundante mies que la que nunca tuvo espinas, pero jamás dió mies abundante.

5. Pero, esto no obstante, es de saber que hay muchos justos cuya vida causa tanto gozo, que no puede anteponérsele en modo alguno cualquier penitencia de los pecadores; porque muchos, aunque no tienen conciencia de pecado alguno, pero, no obstante,

se entregan tan fervorosamente a la compunción cual si se vieran cargados con todas las culpas: prívanse de todo lo lícito, sométense heroicamente al desprecio del mundo, no quieren permitirse contento alguno, prívanse de todos los bienes, aun de los que les son concedidos; desprecian todo lo visible, arden en amor de lo invisible, gozan con los sufrimientos, humíllanse a sí mismos en todas las cosas, y así como otros deploran los pecados de obra, ellos lamentan los simples pensamientos. ¿Cómo, pues, llamaría yo a éstos sino justos penitentes, puesto que se humillan arrepintiéndose como culpables de los pensamientos y siempre son constantes en obrar rectamente?

Debe, por tanto, colegirse de aquí cuánto gozo causará a Dios cuando el justo llora humilde, siendo así que en el cielo se hace fiesta cuando el injusto hace penitencia del mal que ha obrado.

6. Prosigue: *¿O qué mujer, teniendo diez dracmas, si pierde una, no enciende luz, y barre bien la casa y lo registra todo hasta dar con ella?*

El mismo que se representó en el pastor se designa también en la mujer, pues El mismo es Dios y la Sabiduría de Dios; y como en la dracma se imprime la imagen, la mujer perdió la dracma cuando el hombre, que había sido hecho a imagen de Dios, pecando perdió la semejanza de su Hacedor.

Pero la mujer enciende la luz, porque la Sabiduría de Dios se manifestó en la humanidad. Ahora bien, la lámpara es una luz puesta en un vaso de barro; así es que la luz puesta en un vaso de barro es la divinidad en la carne. Por cierto que de este vaso de barro de su cuerpo dice la misma Sabiduría (Ps. 21,16): *Mi verdor se ha secado como vaso de barro cocido;* pues como el vaso de barro se endurece al fuego, su verdor se secó como vaso de barro cocido, porque con los sufrimientos de su pasión consolidó, para la gloria de la resurrección, la carne que había tomado.

Y, después de encender la luz, revolvió toda la casa, porque, en cuanto su divinidad se dejó ver en la carne, removió toda nuestra conciencia; pues se revuelve toda la casa cuando la conciencia humana se conmueve con la consideración de su pecado.

Esta palabra *revuelve* no difiere de la de *barre* que se lee en otros códices; pues, ciertamente, si el alma no se revuelve primero con el temor, no queda barrida o limpia de sus viciosas costumbres. Así, pues, revuelta la casa, se halla la dracma, porque, cuando se ha convertido o revuelto la conciencia del hombre, torna a él la imagen de su Hacedor.

Y, en hallándola, convoca a sus amigas y vecinas, diciendo: Alegraos conmigo, porque he hallado la dracma que había perdido. ¿Quiénes son las amigas o vecinas sino las potestades celestes, ya antes mencionadas? Las cuales tanto más vecinas son de la Sabiduría divina cuanto más cerca de ella están por la gracia de la continua visión.

Pero aquí no debemos descuidarnos en preguntar: ¿Por qué se dice que esta mujer, figura de la divina Sabiduría, tuvo diez

dracmas, una de las cuales perdió, la cual halló después de buscarla? Cierto es que Dios creó la naturaleza de los ángeles y la de los hombres para que le conocieran; y sin duda los creó a su imagen porque quiso que perdurasen eternamente. Pues bien, la mujer tuvo diez dracmas porque los coros de los ángeles son nueve, y, para que se completara el número de los elegidos, fué creado el coro de los hombres, el cual, si no pereció para su Creador aun después de haberse perdido por la culpa, fué porque la eterna sabiduría le reparó con la luz del vaso de barro que brilla en la carne por medio de los milagros.

7. Y hemos dicho que son nueve los coros de los ángeles, porque, por testimonio de la Sagrada Escritura, sabemos ciertamente que hay ángeles, arcángeles, virtudes, potestades, principados, dominaciones, tronos, querubines y serafines.

Que hay ángeles y arcángeles lo atestiguan casi todas las páginas de la Sagrada Escritura; de los querubines y serafines hablan con frecuencia, como es sabido, los libros de los profetas; también San Pablo hace mención de otros cuatro coros, cuando, escribiendo a los de Efeso, dice (Eph. 1,21): *Sobre todos los principados, y potestades, y virtudes, y dominaciones;* el cual otra vez, escribiendo a los colosenses, dice (Col. 1,16): *Ora sean tronos, o dominaciones, o principados, o potestades.* Es verdad que, hablando a los de Efeso, había hecho mención de las dominaciones, principados y potestades, y al hablar de ellos a los colosenses, antepuso los tronos, de los cuales no había hablado a los efesios. Juntando, pues, los tronos a aquellos cuatro de que habló a los efesios, esto es, a los principados, potestades, virtudes y dominaciones, son cinco los coros de que se hace particular mención; a los cuales agregando los ángeles, los arcángeles, los querubines y los serafines, cierto se halla que son nueve los coros de los ángeles.

De ahí que al ángel, que fué criado el primero, se le dice por el profeta (Ez. 28,12): *Tú, sello de la imagen* de Dios, *lleno de sabiduría y colmado de hermosura, vivías en medio del paraíso de Dios.* Donde es de notar que no se dice que fué hecho a imagen de Dios, sino sello de la imagen, para expresar que, por lo mismo que es más delicada su naturaleza, en él se halla mejor grabada la imagen de Dios. Y en ese mismo lugar, en seguida se añade: *En tus vestiduras brillaban todas las piedras preciosas: el sardio, el topacio, el jaspe, el crisólito, el ónice, el berilo, el zafiro, el carbunclo y la esmeralda.* Veis aquí que digo el nombre de nueve piedras preciosas, porque nueve son, efectivamente, los coros de los ángeles; de los cuales estuvo adornado y vestido aquel ángel primero, porque, siendo el príncipe de todos los ejércitos angélicos, comparado con ellos, brilló más que todos.

8. Y ya que hemos hecho un recorrido enumerando los coros de ángeles que hay, ¿por qué no expresar también detalladamente sus ministerios?

Pues bien: a los ángeles en lengua griega se llama simplemente nuncios, y a los arcángeles, nuncios supremos. Pero es de saber

que la voz *ángel* es nombre del oficio, no de la naturaleza, pues aquellos santos espíritus de la patria celeste en realidad siempre son espíritus, pero no siempre pueden llamarse ángeles; porque solamente son ángeles cuando por ellos se anuncian algunas cosas. De ahí que también se dice por el Salmista (Ps. 103,4): *Que hace ángeles suyos a los espíritus;* como si claramente dijera que a los espíritus que tiene siempre, cuando quiere, los hace ángeles también.

Bien: los que anuncian las cosas de menor importancia se llaman ángeles, y los que anuncian las de mayor importancia, arcángeles. De ahí que a María se le manda no un ángel cualquiera, sino el arcángel San Gabriel; pues justo era que para este ministerio viniese un ángel de los más encumbrados, puesto que anunciaba la mejor de todas las nuevas.

Los cuales precisamente por eso gozan de nombres particulares, a fin de que, por los nombres, se dé a conocer lo poderosos que son; porque en aquella santa ciudad, perfecta en sabiduría por la visión de Dios omnipotente, tienen nombres propios, no precisamente porque sin ellos no podrían ser conocidas sus personas, sino porque, cuando vienen a nosotros a realizar algún ministerio, reciben también entre nosotros el nombre correspondiente a tales ministerios.

9. Y así, Miguel significa *¿quién como Dios?;* Gabriel, *la fortaleza de Dios;* y Rafael, *la medicina de Dios.* Y cuantas veces se obra algo de un poder maravilloso, se ve que es enviado San Miguel, para que por la obra y por el nombre se dé a entender que nadie puede hacer lo que puede hacer Dios. Por eso a aquel antiguo enemigo que aspiró, en su soberbia, a ser semejante a Dios, diciendo (Is. 14,13 y 14): *Escalaré el cielo; sobre las estrellas de Dios levantaré mi trono; sentaréme sobre el monte del testamento al lado del septentrión. Sobrepujaré la altura de las nubes; semejante seré al Altísimo,* cuando, al fin del mundo, para que perezca en el definitivo suplicio, será dejado en su propio poder, preséntasele como que ha de pelear con el arcángel San Miguel, según se dice por San Juan (Apoc. 12,7): *Trabóse una batalla con el arcángel San Miguel,* para que aquel que se había engreído, soberbio, hasta hacerse semejante a Dios, aprenda, derrocado por San Miguel, que nadie debe levantarse soberbio hasta hacerse semejante a Dios.

También a María es enviado San Gabriel, que se llama *la fortaleza de Dios,* porque venía a anunciar a Aquel que se dignó aparecer humilde para pelear contra las angélicas potestades, del cual dice el Salmista (Ps. 23,7): *Levantad, ¡oh príncipes!, vuestras puertas, y elevaos vosotras, ¡oh puertas de la eternidad!, y entrará el Rey de la gloria. ¿Quién es este Rey de la gloria? Es el Señor fuerte y poderoso, el Señor poderoso en las batallas;* y de nuevo (v.10): *El Señor de los ejércitos, ése es el Rey de la gloria.* Luego el Señor de los ejércitos y poderoso en las batallas, que venía a guerrear contra las potestades angélicas, debía ser anunciado por la fortaleza de Dios.

Asimismo, Rafael significa, como hemos dicho, la *medicina de Dios;* porque cuando, haciendo oficio de médico, tocó los ojos de

Tobías, hizo desaparecer las tinieblas de su ceguera. Luego justo es que se llamara *medicina de Dios* el que es enviado para curar.

Y ya que nos hemos entretenido interpretando los nombres de los ángeles, resta que expongamos brevemente los nombres de los ministerios.

10. Llámanse, pues, *virtudes* aquellos espíritus por medio de los cuales se obran más frecuentemente los prodigios y milagros.

Y se llaman *potestades* los que, de entre los de su orden, han recibido mayor poder para tener sometidos a su potestad los poderes adversos, a los cuales reprimen para que no tienten cuanto pueden a las almas de los hombres.

Y se llaman *principados* los que, además, presiden a los otros espíritus buenos de los ángeles, los cuales ordenan a los otros que les están sujetos lo que deben hacer; y son los que presiden en el cumplimiento de las divinas disposiciones.

Y se llaman *dominaciones* los que todavía superan en poder a los principados, porque presidir es estar al frente, pero dominar es tener sujetos a los demás. De manera que los ejércitos de los ángeles que sobresalen por su extraordinario poder, en cuanto tienen sujetos a su obediencia a los demás, se llaman dominaciones.

También se llaman *tronos* aquellos ejércitos de ángeles en los cuales Dios omnipotente preside el cumplimiento de sus decretos; porque en nuestra lengua llamamos tronos a los asientos, se han llamado tronos de Dios a los que tan llenos están de la gracia divina, que en ellos se asienta Dios y por ellos decreta sus disposiciones. De ahí que se diga por el Salmista (Ps. 9,5): *Te has sentado sobre el trono tú que juzgas según justicia* o la misma justicia.

Los *querubines* son llamados también *plenitud de ciencia;* y estos más excelsos ejércitos de ángeles son llamados querubines, porque, cuanto más de cerca contemplan la claridad de Dios, tanto más llenos están de una ciencia más perfecta, de suerte que, en cuanto cabe en criatura, tanto más perfectamente saben todas las cosas cuanto, por su dignidad, ven más de cerca a su Creador.

En fin, llámanse *serafines* aquellos ejércitos de ángeles que, por su particular aproximación a su Creador, arden en un amor incomparable; porque serafines se llaman los ardientes e inflamados, los cuales, como tan cercanos a Dios que entre ellos y Dios no hay otro espíritu alguno, arden tanto más cuanto más de cerca le ven. Ciertamente su amor es llama, pues cuanto más sutilmente ven la claridad de Dios, tanto más se inflaman en su amor.

11. Pero ¿qué nos aprovecha el tratar someramente estas cosas de los espíritus angélicos, si no procuramos también aplicarlas a nuestro provecho mediante una oportuna reflexión? Porque, ya que consta de ángeles y de hombres aquella ciudad (a la cual creemos que suben tantos seres humanos cuantos son los ángeles que de allí faltaron, fundándonos en lo que está escrito [Deut. 32,8]: *Determinó el número de las gentes según el número de los ángeles)*, también nosotros debemos acostumbrarnos a hablar de las distintas clases de los ciudadanos del cielo e inflamarnos a nosotros mismos en santos

deseos para acrecentar nuestras virtudes. Y puesto que creemos que allí han de subir tantos hombres cuantos son los ángeles que faltan, resta que también los hombres que se encaminan a la patria celestial imiten, dirigiéndose allí, algo de las virtudes de aquellos ejércitos. Correspondan, pues, los distintos modos de vida de los hombres a las distintas órdenes de aquellos ejércitos, para que sean destinados a los oficios de ellos según la semejanza de la vida.

Porque hay muchos que saben pocas cosas, pero, no obstante, no dejan de enseñar, piadosos, eso poco a los hermanos; y así, éstos quedan comprendidos en el número de los ángeles.

Hay algunos que, favorecidos con abundantes gracias de Dios, son más hábiles para comprender y anunciar los más altos misterios celestiales. ¿En qué número se han de colocar éstos sino entre los arcángeles?

Otros hay que hacen obras maravillosas y heroicas, ¿qué lugar corresponde a éstos sino entre las virtudes celestiales?

También hay algunos que hasta ahuyentan de los posesos a los espíritus malignos y los arrojan con la eficacia de su oración y en virtud del poder que han recibido; así que ¿cuál lugar corresponde a su mérito sino en el número de las celestes potestades?

Otros hay que en las virtudes recibidas superan en mérito aun a los otros hombres elegidos; de manera que, siendo mejores que los buenos, también van al frente de los otros hermanos elegidos. ¿Cuál, pues, será el lugar suyo sino entre el número de los principados?

Algunos hay que se vencen en todos los vicios y en todos los apetitos, de tal modo que, por razón de su pureza, son llamados dioses entre los hombres. De ahí que se dice a Moisés (Ex. 7,1): *Mira, yo te he constituido Dios de Faraón.* ¿En dónde, pues, se coloca a éstos sino en el número de las dominaciones?

Asimismo, hay otros que, por dominarse a sí mismos con vigilante cuidado y por examinarse con solícita atención, fijos siempre en el temor de Dios, reciben como recompensa de su virtud el que puedan también juzgar rectamente a los otros; y sin duda porque a estas almas les es fácil la divina contemplación, en ellas, como en su trono, Dios preside y examina las obras de los otros, y todo lo dispone a maravilla desde su asiento. ¿Qué son éstos, pues, sino los tronos de su Hacedor, o a qué número se les adscribe sino al de los tronos de Dios? Así es que, como la santa Iglesia se rige por medio de ellos, muchas veces, aun los elegidos son juzgados de muchas debilidades suyas.

Igualmente hay algunos que tan llenos están del amor de Dios y del prójimo, que con razón se llaman querubines; pues, como querubín, según hemos dicho, significa plenitud de ciencia y, por decirlo San Pablo, hemos aprendido que la caridad es toda la Ley, por sus merecimientos han logrado un puesto entre los querubines.

En fin, hay otros que, abrasados en las llamas de la divina contemplación, todo su anhelo consiste en el deseo de solo su Creador; ya no apetecen cosa alguna de este mundo; sólo se alimentan del

amor de la eternidad; despréndense de todo lo terreno; pasan con la mente por encima de todo lo temporal; aman y se abrasan, aunque en su mismo abrasarse hallan su descanso; amando, arden, y hablando, inflaman a otros, y a cuantos llega su palabra hácenlos arder en seguida en amor de Dios. ¿Qué llamaré a éstos sino serafines? El corazón de los cuales, hecho ascua de fuego, alumbra y quema, porque ilumina los ojos del alma en las cosas sobrenaturales y, haciéndolos compungirse, purifican con el llanto la escoria de los vicios. Luego los que de tal modo están inflamados en el amor de su Creador, ¿qué lugar han logrado por destino de su vocación sino entre el número de los serafines?

12. Pero, cuando os hablo de esto, volveos, hermanos carísimos, a vuestro interior y examinad vuestros méritos y los pensamientos secretos; ved si ya hacéis algo bueno interiormente; ved si entre el número de estos ejércitos que hemos repasado, nombrándolos brevemente, halláis un lugar a vuestra vocación.

Mas ¡ay de las almas que reconocen no haber en ellas alguno de estos bienes que hemos enumerado! Y todavía más ¡ay! de aquella que, aun reconociéndose privada de tales dones, con todo, jamás lo lamenta. Por tanto, hermanos carísimos, quien tal es, digno es de la mayor compasión porque él no llora.

Ponderemos, pues, los dones que han recibido los elegidos y con todas nuestras fuerzas anhelemos por el amor de tan grande suerte. Gima quien reconozca no hallar en sí la gracia de estos dones; y quien conoce tener en sí alguno, aunque sea de los menores, no envidie a otros que los tengan mayores; porque las diferencias que hay entre los espíritus bienaventurados también han sido dispuestas así, para que los unos sean superiores de los otros.

Pero se refiere que Dionisio Areopagita, antiguo y venerable Padre por cierto, decía que para cumplir ministerio exterior son enviados, visible o invisiblemente, los de los ejércitos o coros de los ángeles menores; es decir, que para auxiliar a los hombres vienen o los ángeles o los arcángeles; porque los coros superiores nunca salen del interior, y así los que son superiores nunca se emplean en ministerios exteriores.

A lo cual parece oponerse lo que dice Isaías (6,6 y 7): *Y voló hacia mí uno de los serafines, y en su mano tenía una brasa encendida que con las tenazas había tomado de encima del altar, y con ella tocó mi boca.* Pero quiere que en estas palabras del profeta se entienda que los espíritus que son enviados toman su nombre de los ministerios que desempeñan; y así, el ángel que lleva carbón del altar para purificar los pecados de la lengua, se llama serafín, que significa incendio. Y créese que a este sentido favorece sin inconveniente lo que se dice por Daniel (7,10): *Millares de miles le servían y diez mil millones asistían ante su presencia;* porque una cosa es servir y otra asistir; de manera que sirven a Dios los que salen a anunciarnos algo, pero asisten ante su presencia los que gozan de tan íntima contemplación, que jamás son enviados a ejecutar en el exterior obra alguna.

13. Mas como por algunos lugares de la Sagrada Escritura sabemos que hay ciertas cosas que se han hecho por los querubines y otras por los serafines, por carecer de claros testimonios, nosotros no queremos afirmar si tales cosas las hacen por sí mismos o por los coros que les están sometidos, y que, según se dice, por venir mandados de los mayores, de éstos toman el nombre.

Sin embargo, sabemos certísimamente que, para cumplir órdenes superiores, unos espíritus envían a otros, como lo atestigua, por ejemplo, el profeta Zacarías, que dice (2,3 y 4): *He aquí que salió fuera el ángel que hablaba conmigo, y otro ángel le salió al encuentro y le dijo: Corre, habla a ese joven y dile: Sin muros será habitada Jerusalén.* Ahora bien, como el ángel dice: *Corre y habla,* no hay duda que el uno envía al otro. Además, los enviados son inferiores, y los que envían, superiores.

Y respecto a los coros que son enviados, también estamos ciertos de que, cuando vienen a nosotros, cumplen exteriormente su ministerio, pero sin que por ello se ausenten interiormente por la contemplación. De manera que a la vez son enviados y asisten o están presentes, porque, aunque el espíritu angélico es limitado, pero aquel espíritu soberano, que es Dios, es infinito, y así los ángeles son enviados y están ante El, porque, doquiera que vayan enviados, corren dentro de El mismo.

14. También es de saber que muchas veces los coros de los ángeles bienaventurados reciben los nombres de los coros inmediatos; así, por ejemplo, hemos dado el nombre de tronos o asientos de Dios a un especial coro de bienaventurados, y, no obstante, por el Salmista se dice (Ps. 79,1): *Tú, que estás sentado sobre los querubines, manifiéstate.* Y es que, como, entre los distintos órdenes, los querubines están junto a los tronos, debido a la proximidad, el Señor parece sentado también sobre los querubines.

De manera que en aquella ciudad celeste cada uno tiene sus cosas particulares, pero de tal modo que son comunes a todos; y lo que cada orden tiene en sí en parte, eso tiene en otro orden totalmente. Mas no por eso se les da a todos un mismo nombre, sino que los que han recibido un don más plenamente, reciben el nombre particular correspondiente a este don; y así ya hemos llamado al serafín incendio, no obstante arder todo orden a la vez en el amor del Creador; y al querubín hemos llamado plenitud de ciencia, y, sin embargo, ¿quién no tiene ciencia allí donde todos juntos ven a Dios, fuente de la ciencia? También se llaman tronos a los ejércitos que preside el Creador; pero ¿quién puede ser feliz si el Señor no se asienta en su alma?

Luego se ha dado el nombre particular del don de que todos participan en común a los que han recibido ese don más plenamente; porque, aunque allí unos tengan algo de tal modo que no puedan tenerlo así otros, como los que tienen el nombre particular de dominaciones y de principados, allí todo es de cada uno, pues, por la caridad del espíritu, cada uno lo tiene todo en los otros.

15. Mas ved que, por descubrir los secretos de los ciudadanos

del cielo, nos hemos desviado mucho del orden de nuestra exposición. Suspiremos, pues, por parecernos a esos de quienes hemos hablado, pero volvamos a nosotros mismos, porque debemos acordarnos de que somos carne. No hablemos solamente de los secretos del cielo, antes bien, en la presencia de Dios, purifiquemos por medio de la penitencia las máculas de nuestro polvo. Mirad que El mismo nos promete su misericordia, diciendo: *Harán fiesta los ángeles de Dios por un pecador que haga penitencia,* y, en cambio, el Señor dice por el profeta (Ez. 33,13) que *en cualquier día que el justo pecare, todas sus buenas obras las dará al olvido.*

Ponderemos, si es que nos es posible, la disposición de la piedad divina, la cual amenaza con el castigo al justo si cayere, mientras que promete su misericordia a los caídos para que quieran levantarse; atemoriza a aquéllos para que no se engrían en sus bienes y alienta a éstos para que no desesperen en sus maldades. ¿Eres justo? Teme su ira, para que no caigas. ¿Eres pecador? Confía en su misericordia, para que te levantes.

Mas ¡ay!, que ya estamos caídos; no hemos podido mantenernos en pie; yacemos en nuestros malos deseos; no obstante, el que nos formó rectos, todavía espera y nos estimula para que nos levantemos; El nos abre el seno de su misericordia y busca acogernos en él mediante la penitencia. Mas no podemos hacer digna penitencia sin conocer cómo es tal penitencia.

Pues bien, hacer penitencia es llorar los pecados que hemos cometido y no hacer lo que se debe llorar; porque quien llora unos pecados, pero de modo que comete otros, o simula o no sabe hacer penitencia; porque ¿de qué sirve el que uno llore los pecados de lujuria, si todavía se abrasa su alma en el fuego de la avaricia? ¿O qué aprovecha el llorar los pecados de ira, si todavía se consume en las llamas de la envidia?

Pero lo más indispensable es esto que decimos: que quien llora los pecados no cometa lo que es digno de llorarse; que quien lamenta los vicios, tema cometer vicios. [16.] Debe, pues, atenderse con el mayor cuidado a que quien se acuerda de haber cometido cosas ilícitas, procure abstenerse hasta de algunas lícitas, para de este modo satisfacer al Creador; de suerte que quien cometió lo prohibido, debe privarse hasta de lo que está permitido, y quien recuerda haber delinquido en cosas mayores, debe corregirse aun de las menores.

Poco valor tendría lo que yo estoy diciendo si no lo confirmara con testimonios de la Sagrada Escritura.

Sabido es que la Ley del Antiguo Testamento prohibe desear la mujer ajena, pero no prohibe bajo pena el que el rey obligue a los soldados a entrar en lo más recio del combate o el que desee beber agua; y todos sabemos que David, traspasado por el dardo de la concupiscencia, deseó y robó la mujer ajena (culpa a la que siguieron los debidos castigos), y que borró con las lágrimas de la penitencia el mal que había cometido. El mismo después, hallándose

acampado frente a los ejércitos enemigos, apeteció beber el agua de la cisterna de Belén, y unos distinguidos soldados suyos, irrumpiendo por entre la multitud de sus adversarios, trajeron el agua que el rey deseaba beber; pero éste, aleccionado ya por los castigos, arrepintióse en seguida de haber deseado el agua que ponía en peligro la vida de sus soldados, y, derramándola, se la ofreció al Señor, según consta por la Escritura (2 Reg. 23,16): *Hizo libación de ella, o la derramó en obsequio del Señor;* con lo que el agua derramada se convirtió en sacrificio al Señor, porque destruyó el pecado de su concupiscencia, castigándole con la mortificación.

De manera que el que antes no había temido apetecer la mujer ajena, después hasta tuvo miedo de haber deseado el agua; porque, como se acordó de haber cometido cosas ilícitas, severo ya contra sí mismo, absteníase hasta de las cosas lícitas.

Así, así hagamos nosotros la penitencia, si queremos llorar perfectamente los pecados cometidos. Consideremos los infinitos tesoros de misericordia de nuestro Creador: El nos ha visto pecar y nos ha soportado; El, que antes de la culpa nos prohibió pecar, todavía, después de haber pecado, no cesa de esperar para perdonarnos.

17. Vedlo: El mismo, a quien hemos despreciado, nos llama; nos hemos apartado de El, y, no obstante, El no se aparta; por eso dice bien Isaías (30,20): *Tus ojos estarán viendo siempre a tu preceptor, y tus oídos oirán la voz de El, que te aconseja, yendo tras de ti.* Como cara a cara ha sido aconsejado el hombre cuando, creado en estado de justicia, recibió los preceptos de la rectitud; pero cuando despreció estos preceptos, como que ante su cara volvió la espalda del alma a su Creador. Mas he ahí que todavía sigue tras de él y le aconseja; porque, aunque ya le hemos despreciado, no obstante, no cesa todavía de llamar. Cuando despreciamos sus palabras, cuando conculcamos sus preceptos, es como que, ante su cara, volvemos la espalda; pero El, manteniéndose tras de nosotros, que nos hemos vuelto, nos llama; porque, aunque ve que le despreciamos, sin embargo, continúa dando voces por medio de sus preceptos y espera mediante la paciencia.

Considerad, hermanos carísimos, si, cuando alguno de vosotros está hablando a su criado, éste se le insolentase y le volviese la espalda, ¿acaso el amo despreciado no castigaría su insolencia? ¿No le haría sentir su animadversión? Pues ved que nosotros, pecando, hemos vuelto la espalda a nuestro Creador, y, con todo, nos aguanta; nos llama benigno a los que, soberbios, nos hemos vuelto contra El, y, pudiendo castigarnos por la espalda, promete recompensarnos para que volvamos.

Que tan grande misericordia de nuestro Creador ablande la dureza de nuestra culpa, de suerte que el hombre, que, castigado, podía haber conocido por experiencia el mal que había hecho, se avergüence al menos de verse esperado.

18. Voy a referiros brevemente un suceso que oí narrar al venerable Maximino, que, siendo presbítero, fué padre de mi

monasterio, y que actualmente es obispo de Siracusa. Si lo escucháis con atención, creo que pronto os habré aprovechado, hermanos carísimos.

En nuestro tiempo vivió un tal Victorino, llamado también Emiliano por otro nombre, de no escasos bienes, atendida la mediana condición de la vida. Mas, como, por lo regular, en la opulencia de bienes reina el pecado de la carne, vino él a caer en cierto delito que debió hacerle temer mucho y pensar en lo horrible de su muerte. Compungido, pues, al considerar su delito, irguióse contra sí mismo, renunció a todo lo de este mundo y encaminóse al monasterio, en el cual vivió, por cierto, con tanta humildad y tanto rigor para consigo, que todos los hermanos que allí habían crecido en el amor de Dios, cuando vieron la penitencia de él, viéronse forzados a tener en poco su vida; porque procuró con todo el fervor de su alma crucificar su cuerpo, contrariar la propia voluntad, hurtar el tiempo para orar, purificarse con lágrimas diarias, gustar de ser despreciado y temer la veneración que le rendían los hermanos; así es que, por eso, acostumbraba a adelantarse a las vigilias de los hermanos, y como el monte en que estaba situado el monasterio, por un lado ofrecía lugar más oculto, habíase acostumbrado a salir allí antes de las vigilias para allí entregarse a la penitencia y al llanto con tanta mayor libertad cuanto más oculto se hallaba; pues consideraba el rigor del juicio venidero y, acorde ya con el mismo juez, castigaba con el llanto el débito de su delito.

Pero cierta noche el abad del monasterio, que le vigilaba, habiéndole visto salir, ocultándose, siguióle despacio afuera, y, habiéndole visto postrado en oración en el lugar oculto del monte, quiso esperar a que se levantara para averiguar por cuánto tiempo duraba su oración, cuando de súbito una luz venida del cielo se difundió sobre el que yacía postrado en oración; y fué tanta la claridad que se esparció por aquel contorno, que toda la parte de aquella región estaba iluminada por aquella luz; y el abad, así que lo vió, echóse a temblar y huyó. Y cuando, después del espacio de una hora, volvió aquel hermano al monasterio, el abad, para saber si él se había dado cuenta de que sobre él se había difundido tanta luz, procuró preguntarle, diciendo: ¿Dónde te fuiste, hermano? Mas él, creyendo poder ocultarse, respondió que había estado en el monasterio; negando lo cual, el abad obligóle a decir lo que había visto. Entonces él, viéndose descubierto, declaró también lo que estaba oculto para el abad, añadiendo: Cuando viste descender sobre mí la luz del cielo, vino también una voz que dijo: Queda perdonado tu pecado.

Es verdad que Dios omnipotente pudo perdonar su pecado sin decirlo, pero al hablar por medio de la voz, iluminándole con la luz, con el ejemplo de su misericordia quiso convertir nuestros corazones a la penitencia.

Nos admiramos, hermanos carísimos, de que el Señor a su perseguidor Saulo le postró desde el cielo y de que le habló desde el

cielo. He aquí que también en nuestros tiempos un pecador y penitente ha oído la voz del cielo. A aquél se le dijo (Act. 9): *¿Por qué me persigues?* Este, en cambio, mereció oír: *Queda perdonado tu pecado.*

Muy inferior en méritos a Pablo es este pecador penitente; pero, ya que en este relato hablamos de Saulo, deseoso aún de crueldad y de muerte, permítase que me atreva a decir que Saulo, por su soberbia, oyó una voz que le acusaba; en cambio, éste, por su humildad, oyó una voz de consuelo; a éste, porque la humildad le había postrado, la divina piedad le levantaba; a aquél, porque le había erguido la soberbia, la divina severidad le humillaba.

Confiad, hermanos míos, en la misericordia de nuestro Creador; pensad lo que hacéis, recordad lo que habéis hecho. Mirad atentos la generosidad de la piedad divina y venid con lágrimas al juez misericordioso mientras espera a que, teniendo en cuenta que es justo, no queráis descuidar en vuestros pecados, y, considerando que es piadoso, no desesperéis.

Dios hombre sale fiador del hombre ante Dios. Para nosotros, penitentes, es gran confianza el que nuestro juez se ha hecho abogado nuestro. Que vive y reina con el Padre y el Espíritu Santo, Dios, por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA XV [XXXV]

(Dirigida al pueblo en la basílica de San Mamés el día de su natalicio.)

Lección del santo Evangelio según San Lucas (21,9-19)

En aquel tiempo dijo Jesús a sus discípulos: Cuando sintiereis rumor de guerras y sediciones, no queráis alarmaros; es verdad que primero han de acaecer estas cosas, mas no por eso será luego el fin. Entonces, añadió El, se levantará un pueblo contra otro pueblo, y un reino contra otro reino. Y habrá grandes terremotos en varias partes, y pestilencias, y hambres; y aparecerán en el cielo cosas espantosas y prodigios extraordinarios. Pero, antes que sucedan todas estas cosas, se apoderarán de vosotros, y os perseguirán, y os entregarán a las sinagogas, y meterán en las cárceles, y os llevarán por fuerza a los reyes y gobernadores por causa de mi nombre. Lo cual os servirá de ocasión para dar testimonio. Por consiguiente, imprimid en vuestros corazones la máxima de que no debéis discurrir de antemano cómo habéis de responder, pues yo pondré las palabras en vuestra boca y una sabiduría a que no podrán resistir ni contradecir todos vuestros enemigos. Y seréis entregados por vuestros mismos padres, y hermanos, y parientes, y amigos, y harán morir a muchos de vosotros. De suerte que seréis odiados de todo el mundo por amor de mí. No obstante, ni un cabello de vuestra cabeza se perderá. Mediante vuestra paciencia salvaréis vuestras almas.

1. Como nos hemos alejado bastante de la ciudad, para que no se retrase más la hora de volver, es necesario exponer con mayor brevedad el santo Evangelio.

Nuestro Señor y Redentor anuncia las calamidades que han de preceder al fin del mundo, para que, cuando lleguen, nos conturben menos, por lo mismo que ya de antemano nos son conocidas, pues los golpes que se ven venir hieren menos, y se nos hacen más llevaderas las calamidades del mundo cuando estamos contra ellos resguardados con el escudo de la previsión.

Ved, pues, lo que dice: *Cuando sintiereis rumor de guerras y sediciones, no os alarméis; es necesario que primero acaezcan estas cosas, mas no por eso será luego el fin.* Debemos examinar las palabras de nuestro Redentor, por las que nos anuncia que hemos de padecer calamidades interiores y exteriores; porque las guerras provienen de los enemigos, y las sediciones, de los propios ciudadanos. Así, pues, para indicarnos que hemos de ser conturbados interior y exteriormente, declara que tendremos que sufrir lo uno de parte de los enemigos, y lo otro, de parte de los propios hermanos.

Y porque a estos males que vendrán primero no seguirá en seguida el fin, añade: *Se levantará un pueblo contra otro pueblo, y un reino contra otro reino; y habrá grandes terremotos en varias partes, y pestilencias, y hambres; y aparecerán en el cielo cosas espantosas y prodigios extraordinarios,* o, como se lee en algunos códices, *terrores del cielo y tempestades;* y después se añade: *Y habrá grandes señales.* La última tribulación va precedida de muchas tribulaciones, de manera que las frecuentes calamidades que preceden dan a entender los males eternos que vendrán después.

Así es que, después de las guerras y de las sediciones, no vendrá en seguida el fin, porque deben anteceder muchos males para que puedan dar indicio del mal que no tiene fin.

Pero, como se nos han anunciado tantas señales de perturbación, conviene que las vayamos considerando una por una brevemente, ya que es forzoso que suframos unas del cielo, otras de la tierra, otras de los elementos, y otras de los hombres.

Pues dice: *Se levantará un pueblo contra otro pueblo:* he aquí la perturbación que nos vendrá de parte de los hombres.

Habrá grandes terremotos en algunas partes: he ahí la perturbación de parte del cielo.

Habrá pestilencias: he ahí el desequilibrio de los cuerpos.

Habrá hambres: he ahí la esterilidad de la tierra.

Terrores del cielo y tempestades: he ahí la inestabilidad de los elementos.

Y, como todas estas cosas han de concluir, todas se perturban antes de concluirse; de manera que los que en todo hemos pecado, en todo somos castigados, para que se cumpla lo que se dice en la Sabiduría (5,21): *Todo el universo peleará a su favor contra los insensatos;* porque todo cuanto hemos recibido para vivir, hacemos que nos sirva para pecar.

Mas todas cuantas cosas hemos empleado malamente para servir

a la maldad se nos truecan en instrumento de nuestro castigo. En efecto, de la tranquilidad de la paz en que nos dejan los hombres nos valemos para mantenernos en una falsa seguridad; preferimos peregrinar en la tierra más bien que vivir ya de asiento en la patria; hacemos que la salud del cuerpo sirva a los vicios; empleamos la abundancia de bienes en atender, no a la necesidad, sino a ilícitos placeres; y obligamos a la serenidad apacible de la atmósfera a que nos sirva para entregarnos a los deleites terrenales. Luego con razón se sigue que nos hieran a una todas las cosas que, malamente empleadas, servían a nuestros delitos, para que cuantos fueron los gozos que impunemente tuvimos en el mundo, tantos sean los tormentos que después tengamos que soportar forzosamente por parte del mismo mundo.

Pero es de notar que se dice: *Terrores del cielo y tempestades.* Siendo así que las tempestades invernales suelen venir ordinariamente a sus tiempos, ¿por qué se predice en este pasaje que vendrán tempestades como señal de perdición sino porque el Señor anuncia que vendrán tempestades extemporáneas? De manera que las que vienen a sus tiempos no sirven de señal, sino las que vienen fuera de su tiempo. Cosa que ya hemos experimentado nosotros, que hemos visto convertido en lluvias invernales todo el tiempo del estío.

Y porque todas estas cosas se deben, no a la injusticia del que hiere, sino a lo que merece el mundo que las sufre, se anuncia para antes lo que han de hacer los hombres perversos, cuando se dice: [2.] *Pero antes de que sucedan estas cosas, se apoderarán de vosotros, y os perseguirán, y os entregarán a las sinagogas, y os meterán en las cárceles, y os llevarán por fuerza ante los reyes y gobernadores por causa de mi nombre.* Como si claramente dijera: Primero se perturbarán los corazones de los hombres y después los elementos, para que, al trastornarse el orden natural, aparezca la causa de donde proviene el castigo; porque, si bien el fin del mundo viene naturalmente por su constitución, sin embargo, da a entender que vendrá por hallar a algunos tan perversos, que merecen verse envueltos en sus ruinas, cuando agrega: *Todo lo cual os sucederá para testimonio.* ¿Para testimonio contra quiénes sino contra aquellos que o persiguiéndoos os dan muerte, o viéndolo no se convierten? Porque la muerte de los justos sirve de estímulo a los buenos y de acusación a los malos; pues lo que a los justos sirve de ejemplo de vida, sirve a los perversos para que perezcan sin excusa.

3. Mas, como oyendo estas cosas tan terribles podían turbarse los corazones de los débiles, por eso también se agrega el consuelo, añadiendo a continuación: *Por consiguiente, resolved en vuestros corazones no discurrir de antemano cómo habéis de responder, pues yo pondré palabras en vuestra boca y una sabiduría a que no podrán resistir ni contradecir todos vuestros enemigos.* Como si claramente dijera a sus miembros débiles: No os aterréis, no temáis; vosotros vais a la lucha, pero yo peleo; vosotros decís palabras, pero yo hablo.

Prosigue: *Seréis entregados por vuestros mismos padres, y hermanos,*

y parientes, y amigos, y harán morir a muchos de vosotros. Los males que nos causan los extraños nos duelen menos, pero nos son más crueles los tormentos que sufrimos de parte de aquellos en cuyo amor confiábamos; porque, además del tormento del cuerpo, nos duele el amor perdido; que por eso, de Judas, su traidor, dice el Señor por el Salmista (Ps. 54,13): *En verdad que, si me hubiese llenado de maldiciones un enemigo mío, hubiéralo sufrido con paciencia; y si me hablasen con altanería los que me odian, podría acaso haberme guardado de ellos; mas tú, hombre que aparentabas ser otro yo, mi guía y mi amigo; tú que juntamente conmigo tomabas el dulce alimento, que andábamos de compañía en la casa de Dios.* Y otra vez (Ps. 40,10): *Lo que más es, un hombre con quien vivía yo en dulce paz, de quien yo me fiaba y que comía de mi pan, ha urdido contra mí una grande traición.* Como si de su traidor claramente dijera: Su traición me ha sido tanto más dolorosa cuanto más mío me parecía ser aquel de quien la he sufrido.

Por consiguiente, todos los elegidos, por lo mismo que son miembros de la suprema cabeza (Jesucristo), deben imitarle también en su pasión, de manera que les duela tener en su muerte por enemigos aquellos de quienes se fiaban, y se acreciente en ellos la recompensa de su padecimiento tanto cuanto más gana su virtud con la pérdida del amor ajeno.

4. Pero, como son cosas duras estas que se predicen de la aflicción de la muerte, en seguida se agrega el consuelo del gozo de la resurrección, diciendo: *Ni un cabello de vuestra cabeza se perderá.*

Sabemos, hermanos, que, cuando se corta la carne, duele, y que, cuando se corta el cabello, no duele. Por consiguiente, cuando dice a sus mártires: *Ni un cabello de vuestra cabeza se perderá,* es como decirles claramente: ¿Por qué teméis que se pierda lo que, cortado, duele, cuando no se perderá lo que, cortado, no duele?

Prosigue: *Mediante vuestra paciencia poseeréis vuestras almas.* La posesión del alma se atribuye a la virtud de la paciencia, porque la paciencia es raíz y guardiana de todas las virtudes. En efecto, por la paciencia poseemos nuestras almas, porque, cuando ya hemos aprendido a vencernos a nosotros mismos, comenzamos a ser dueños de lo que somos. Ahora bien, la paciencia consiste en soportar ecuánimes el mal que nos causan los otros y no murmurar queja alguna contra quien nos hace mal; porque quien sobrelleva el mal que le causa el prójimo, pero de modo que interiormente se queja y guarda tiempo oportuno para devolverle, este tal no tiene paciencia, sino que la aparenta; pues escrito está (1 Cor. 13,4): *La caridad es paciente, es benigna;* porque es paciente para tolerar los males ajenos, y es benigna para amar a los mismos a quienes soporta. Por eso dice la misma Verdad (Mt. 5,44): *Amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os aborrecen y orad por los que os persiguen y calumnian.* De manera que, ante los hombres, esta virtud consiste en soportar a los enemigos; pero ante Dios, en amarlos; porque Dios sólo

acepta el sacrificio que ante sus ojos enciende la llama de la caridad en el altar de las buenas obras.

5. Y es de notar, por cierto, que muchas veces aparentamos ser pacientes, por lo mismo que no podemos devolver el mal; pero quien no devuelve el mal porque no puede, sin duda que no es paciente, según hemos dicho, pues la paciencia no se la busca en las apariencias, sino en el corazón.

Además, por el vicio de la impaciencia desaparece la misma doctrina, mantenedora de las virtudes; porque escrito está (Prov. 19,11): *La doctrina del hombre se conoce por la paciencia;* luego tanto menos docto muestra uno ser cuanto menos paciente se muestra. Ni puede tampoco, en verdad, hacer bien enseñando, si con su vida no sabe soportar ecuánime los males ajenos; pues Salomón indica de nuevo cuán grande sea la virtud de la paciencia cuando dice (Prov. 16,32): *Mejor es el varón sufrido que el valiente, y quien domina sus pasiones, que un conquistador de ciudades.* Luego es menor victoria el conquistar ciudades, porque se conquista lo que está fuera de nosotros; y es mayor lo que se conquista por la paciencia, porque el alma se domina a sí misma, y se somete uno a sí mismo cuando la paciencia le doblega a humillarse mediante la resignación.

Pero conviene saber lo que con frecuencia ocurre a los pacientes: que en el momento en que sufren las contrariedades o que oyen las injurias, no sienten dolor alguno y muestran su paciencia de tal modo, que, además, cuidan de guardar la inocencia del corazón; pero, cuando poco después traen a la memoria los males que han soportado, siéntense instigados por el ardor de un pesar vehementísimo; buscan razones para vengarse, y, creyéndose justificados en retractarse, pierden la mansedumbre que tuvieron al sufrir. [6.] Y es que el enemigo, astuto, promueve guerra contra los dos; a saber: excitando al uno para que sea el primero en injuriar al otro, y provocando a éste para que, ofendido, devuelva las injurias; y cuando ya ha salido victorioso de aquel a quien excitó a proferir las injurias, muéstrase más furiosamente resentido contra aquel a quien no pudo mover a que devolviera las injurias. De donde resulta que arremete con todo su poder contra aquel a quien ha visto soportar valiente las injurias; y, renunciando de momento a luchar abiertamente contra aquel a quien no pudo perturbar con arrojarle los dardos de las injurias, aguarda, para engañarle, al tiempo en que recapacite en su interior; y el que perdió en franca lucha se decide a tender asechanzas arteramente, y así vuelve al ánimo del vencedor cuando ya está tranquilo, y trae a su memoria ora los daños que ha sufrido en sus bienes, ora las injurias lanzadas, y, exagerando con mucha viveza todos los males que se le han inferido, hácele ver que fueron intolerables, y con tanto ardor conturba el ánimo del que estaba tranquilo, que muchas veces el varón paciente, cautivo después de la victoria, hasta se avergüenza de haber soportado tales cosas, y se duele de no haber devuelto las injurias y aguarda a devolverlas mayores cuando se le ofrezca la ocasión.

¿A quiénes, pues, se parecen éstos sino a los que por su valor

salen victoriosos en el campo, pero después, por su descuido, son capturados dentro de los muros de la ciudad? ¿A quiénes son éstos semejantes sino a los que una enfermedad grave no pudo arrebatarlos la vida, pero luego los mata una ligera fiebre que se presenta de nuevo?

Por consiguiente, guarda verdaderamente la paciencia aquel que, al tiempo de recibir los dardos de los otros, los aguanta sin pesar y que, al recordarlos, se alegra de haberlos soportado, para que en el tiempo de la calma no se pierda el fruto de la paciencia conservado en el tiempo de las tentaciones.

7. Y ya que hoy celebramos el natalicio de este mártir, hermanos míos, no debemos desentendernos de la virtud de la paciencia; pues si, con la ayuda de Dios, procuramos guardar la virtud de la paciencia, aunque vivimos en tiempo de paz para la Iglesia, logramos, no obstante, la palma del martirio.

Porque hay dos clases de martirio: uno en el alma y otro en la obra a la vez que en el alma; así que podemos ser mártires aunque ningún arma de los perseguidores nos quite la vida; pues si morir a manos del perseguidor es un manifiesto martirio puesto por obra, pero aguantar las afrentas y amar al que nos odia es un martirio oculto en el alma.

Y que hay dos clases de martirio, uno oculto y otro público, lo atestigua la Verdad cuando, preguntando a los hijos de Zebedeo, dice (Mt. 20,22): *¿Podéis beber el cáliz que yo he de beber?*, y como le respondieran en seguida: *Podemos*, les contesta de nuevo, diciendo: *Sí que beberéis mi cáliz*. Y ¿qué entendemos por el cáliz sino el dolor de la pasión? Del cual dice en otra parte (Mc. 14): *Padre, si es posible, pase de mí este cáliz*. Pero los hijos de Zebedeo, esto es, Santiago y Juan, no murieron los dos martirizados, y, sin embargo, los dos oyeron que ambos beberían el cáliz; pues Juan no acabó su vida en el martirio, pero fué mártir, porque sufrió en el alma el martirio que no sufrió en el cuerpo. Luego, a ejemplo de éste, también nosotros podemos ser mártires sin que nos maten las armas del perseguidor, con tal que guardemos de verdad la paciencia en el alma.

No creo fuera de propósito si para edificación vuestra os pongo un ejemplo de observancia de la paciencia.

8. Hubo en nuestro tiempo un hombre llamado Esteban, padre del monasterio que está situado junto a los muros de la ciudad de Rieti, varón muy santo y singular en la virtud de la paciencia. Todavía viven muchos que le conocieron, y que refieren su vida y su muerte. Tenía un lenguaje rudo, pero una vida docta. Este, por amor de la patria celestial, había renunciado todas las cosas y huía de poseer algo en este mundo. Evitaba el ruido de las gentes y se dedicaba con toda intensidad a frecuentes y prolijas oraciones. Sin embargo, tanto había crecido en él la virtud de la paciencia, que tenía por amigo suyo a todo el que le irrogase alguna molestia; y por las afrentas devolvía su agradecimiento. Cuando en su misma pobreza sufría algún daño, lo reputaba por grande ganancia; no tenía por ayudadores suyos sino a todos sus contrarios. Cuando el día de

la muerte urgíale a salir del cuerpo, acudieron muchos para encomendar sus almas a un alma tan santa que iba a salir de este mundo; y cuando estaban ante su lecho todos los que habían acudido, algunos con sus propios ojos vieron que entraban ángeles, pero ninguno pudo en modo alguno decir una palabra; otros no vieron absolutamente nada; pero a todos los que se hallaban presentes acometió un temor tan vehemente, que ninguno pudo quedarse allí al salir aquella alma santa; de manera que así los que habían visto como los que nada en absoluto vieron, asaltados todos por el mismo temor y aterrados, huyeron, sin que ninguno pudiera estar allí presente al morir él.

Considerad, pues, hermanos, cómo aterrará Dios omnipotente cuando ha de venir como riguroso juez, si de tal manera aterró a los que estaban presentes cuando vino complacido y remunerador; y cuánto será de temer cuando pueda ser visto, si de tal manera abatió las almas de los presentes cuando no podía ser visto.

He ahí, hermanos carísimos, el premio tan grande que éste alcanzó por guardar aquella paciencia en tiempo de paz para la Iglesia. ¿Qué no daría interiormente a éste su Creador cuando en el día de su salida nos mostró también exteriormente su grande gloria? ¿A quiénes sino a los santos mártires pensamos que estará asociado aquel a quien hasta por el testimonio de los ojos corpóreos consta que fué recibido por los espíritus bienaventurados? No murió éste al filo de espada alguna, y, no obstante, a su partida recibió la palma de la paciencia que conservó en su alma.

A diario comprobamos ser verdad lo que antes se nos ha dicho: que la santa Iglesia está llena de flores de elegidos; que en la paz tiene lirios y en la guerra rosas.

9. Debemos saber, además, que la virtud de la paciencia suele practicarse de tres modos: porque de las cosas que soportamos, unas son venidas de Dios, otras vienen del antiguo enemigo y otras vienen del prójimo, a saber: de parte del prójimo sufrimos persecuciones, daños y afrentas; de parte del antiguo enemigo, tentaciones, y de parte de Dios, castigos. Ahora bien, en estos tres modos debe el alma vigilarse a sí misma con grande cautela, no sea que, ante los males que le causa el prójimo, se deje arrastrar a devolverle el mal, o, ante las tentaciones del enemigo, se deje seducir hasta deleitarse y consentir en el delito, o, ante los castigos del Creador, caiga hasta el extremo de murmurar.

Al enemigo, pues, se le vence perfectamente cuando nuestra alma, a pesar de las tentaciones, no se deja arrastrar al deleite ni al consentimiento, y cuando, a pesar de las ofensas del prójimo, se guarda del odio, y cuando, ante los castigos de Dios, reprime las quejas.

Y no queramos que, por hacer esto, se nos recompense con bienes presentes; porque por el trabajo de la paciencia deben esperarse los bienes de la vida futura; y así el premio de nuestro trabajo principie cuando ya se ha concluído del todo el trabajo; que por eso se dice por el Salmista (Ps. 9,19): *No estará olvidado para siempre*

el pobre, ni quedará frustrada para siempre la paciencia de los infelices.

Parece, sí, frustrada la paciencia de los pobres cuando se ve que los humildes no reciben recompensa alguna por ella; pero no quedará frustrada para siempre la paciencia de los pobres, porque su gloria la recibirán cuando de una vez concluyan todos sus trabajos.

Por tanto, conservad, hermanos, la paciencia en vuestras almas, y, llegado el caso, practicadla en las obras. A ninguno de vosotros muevan a odiar al prójimo las palabras injuriosas, ni le conturbe daño alguno en los bienes perecederos; que, si con ánimo atento teméis los castigos eternos, no tendréis por graves los daños de los bienes pasajeros; y, si anheláis la gloria de la recompensa eterna, no os doleréis de las injusticias temporales. Soportad, pues, a vuestros adversarios y amad como hermanos a los que soportáis; buscad los premios eternos a cambio de daños temporales.

Pero ninguno de vosotros confíe poder practicar esta virtud con solas sus fuerzas, sino conseguirla por medio de las oraciones, para que os la conceda el mismo que la manda. Ya sabemos que oye con gusto a los que le piden, cuando se le pide que conceda lo que El manda. Cuando se le llama perseverantemente en la oración, en seguida presta su auxilio en la tentación Jesucristo, nuestro Señor, que con el Padre y el Espíritu Santo vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA XVI [XXXVI]

(Dirigida al pueblo en la basílica de los Santos Apóstoles Felipe y Santiago en la domínica segunda después de Trinidad.)

Lección del santo Evangelio según San Lucas (14,16-24)

En aquel tiempo, Jesús propuso la parábola siguiente: Un hombre dispuso una gran cena y convidó a mucha gente. A la hora de cenar envió un criado a decir a los convidados que vinieran, pues ya todo estaba dispuesto. Y comenzaron todos, como de concierto, a excusarse. El primero le dijo: He comprado una granja y necesito ir a verla; ruégote que me des por excusado. El segundo dijo: He comprado cinco yuntas de bueyes y voy a probarlas; dame, te ruego, por excusado. Otro dijo: Acabo de casarme, y así no puedo ir allá. Habiendo vuelto el criado, refirió todo esto a su amo. Irritado entonces el padre de familias, dijo a su criado: Sal luego a las plazas y barrios de la ciudad y tráeme acá cuantos pobres, y lisiados, y ciegos, y cojos hallares. Dijo después el criado: Señor, se ha hecho lo que mandaste, y aún sobra lugar. Respondióle el amo: Sal a los caminos y cercados e impele a los que hallares a que vengan para que se llene mi casa; porque os protesto que ninguno de los que antes fueron convidados ha de probar mi cena.

1. Hermanos carísimos, entre los placeres del cuerpo y los del alma hay esta diferencia: que los placeres corporales, cuando no se

tienen, avivan un gran deseo de ellos; pero cuando se les gusta con avidez, en seguida producen fastidio por la hartura al que los saborea; pero los gustos espirituales, al contrario, cuando no se tienen, causan fastidio; mas cuando ya se tienen, causan deseo, y tanto más los codicia quien los gusta cuanto más los saborea quien los goza: en aquéllos, el apetecerlos agrada y el probarlos fastidia; éstos apenas si se apetecen, pero, una vez probados, gustan más; en aquéllos el apetito conduce a la hartura, y la hartura lleva al fastidio; pero en éstos el apetecerlos sacia, y la saciedad causa mayor apetito, porque los gustos espirituales, a la vez que sacian, aumentan el deseo en el alma, porque, cuanto más se saborean, tanto más se conoce que merecen desearse con avidez; y, por lo mismo, cuando no se tienen, no pueden gozarse, porque se desconoce su sabor, y ¿quién puede querer lo que desconoce?

Por eso nos amonesta el Salmista, diciendo (Ps. 33,8): *Gustad y ved cuán suave es el Señor;* como si claramente dijera: No conocéis su suavidad si no la gustáis; pero tocad tan sólo con el paladar del alma este alimento de vida, para que, probándolo, podáis apetecer su dulzura.

Ahora bien, estas delicias perdiólas el hombre cuando pecó en el paraíso; privóse de ellas cuando cerró su boca a este alimento de eterna dulcedumbre; de ahí el que también nosotros, nacidos en la desgracia de esta peregrinación, venimos ya aquí con el gusto estragado, sin saber qué es lo que debemos apetecer; y tanto más crece el mal de nuestro fastidio cuanto más se abstiene el alma de comer esta dulzura; y, por lo mismo que perdió la costumbre de gustarla durante tan largo tiempo, ya no apetece las delicias interiores.

Por eso es por lo que nos consumimos en nuestro fastidio y nos hace desfallecer la peste de tan largo ayuno; y como no queremos gustar interiormente la dulcedumbre que tenemos dispuesta, nos hallamos tan a gusto hambreando, ¡oh míseros!, las delicias exteriores.

2. Mas la divina Bondad no abandona a los que la abandonan, antes trae a nuestra alma el recuerdo de aquellas delicias despreciadas y nos brinda con ellas: prometiéndolas sacude la pereza y, además, invita a que cumplamos el deber de rechazar nuestro fastidio, pues dice: *Un hombre dispuso una gran cena y convidó a muchos.* ¿Quién es este hombre sino aquel de quien dice el profeta (Ier. 17,9): *Y es hombre, y ¿quién le ha conocido?* El cual dispuso una gran cena, pues se dispuso a saciarnos de dulzura interior.

Y convidó a mucha gente; pero acudieron pocos, porque, a veces, los mismos que le están sometidos por la fe se niegan, con su mala vida, a participar del eterno convite.

Prosigue: *A la hora de cenar, envió un criado a decir a los convidados que vinieran, pues ya todo estaba dispuesto.* ¿Cuál es la hora de la cena sino el fin del mundo?, al cual ya estamos próximos, según lo atestigua hace mucho tiempo San Pablo, diciendo (1 Cor. 10, 11): *Nos hallamos al fin de los siglos.* Luego si, cuando somos lla-

mados, ya es hora de la cena, tanto menos debemos excusarnos del convite de Dios, por lo mismo que vemos llegarse ya el fin del mundo; y pues pensamos que ya nada resta, debemos temer que se acabe el tiempo de la gracia que ahora se nos concede.

Y este convite se llama, no comida, sino cena, porque después de la comida resta la cena, mas después de la cena no queda otra comida; y como el convite de Dios se nos preparará al fin, está en su punto el llamarse cena y no comida.

Y ¿a quién se designa por este criado al cual envía el padre de familias para invitar sino al orden de predicadores? Del cual orden, aunque todavía nos consideramos indignos, aunque nos sentimos oprimidos por el peso de nuestros pecados, sin embargo, al presente, cuando os digo algo para vuestra edificación, cumplo con este ministerio; pues soy el criado del gran padre de familias: cuando os aconsejo que despreciéis al mundo, vengo a invitaros a la cena del Señor.

Nadie, atendiendo a mi persona, me desprecie en este puesto; que si no aparezco digno para invitar, pero, con todo, son grandes las delicias que prometo. Con frecuencia, hermanos míos, suele acontecer lo que os digo, que una persona poderosa tenga un criado despreciable; sin embargo, cuando tal vez por él envía a los suyos o a los extraños algún aviso, no se desprecia la persona del criado que habla, porque se guarda en el alma el respeto del señor que le envía, ni los que lo oyen atienden a por quién, sino a qué o de parte de quién lo oyen. Así, hermanos carísimos, hacedlo así vosotros, y si tal vez con razón nos despreciáis, guardad, no obstante, en vuestra alma la reverencia debida al Señor, que os llama.

Purgad bien vuestros corazones y arrojad de ellos ese mortífero fastidio, porque ya está todo preparado para curar el fastidio de vuestra alma. Pero, si todavía sois carnales, acaso buscáis manjares carnales; pues he ahí convertidos para vosotros en alimento espiritual los mismos alimentos carnales; para arrojar el fastidio de vuestra alma ha sido sacrificado en la cena de Dios su único Cordero.

3. Mas ¿qué hacemos, viendo que todavía son muchos los que obran conforme a lo que se añade: *Y comenzaron todos, como de concierto, a excusarse?* Es Dios quien ofrece lo que se le debía pedir; sin que se le pida, quiere dar lo que apenas podía esperarse que se dignara conceder aun rogándoselo; y ¡es despreciado! ¡Cuán cierto es que a los que le desprecian anuncia que les están preparadas las delicias de la eterna refección, y, a pesar de ello, todos, como de concierto, se excusan!

Discurramos por cosas pequeñas para que podamos ponderar mejor las mayores. Si un hombre poderoso enviara a invitar a cualquier pobre, ¿qué haría este pobre sino alegrarse de su invitación, dar una respuesta humilde, cambiar de ropa y apresurarse a ir cuanto antes, para que no hubiera otro que llegara antes que él al convite del poderoso?

¿Conque, cuando invita un hombre, un pobre se apresura a concurrir, y nosotros nos excusamos cuando somos invitados por

Dios? Mas, ¡ah!, que ya puedo con esto apreciar lo que se dicen vuestros corazones; pues tal vez se dicen en sus ocultos pensamientos: Nosotros no queremos excusarnos; nosotros nos congratulamos de ser llamados y de llegar al convite de la refección eterna. [4.] Vuestras almas, que así hablan, dicen verdad si no aman lo terreno más que lo celestial, si no se ocupan de los bienes corporales más que de los espirituales.

Por eso también se añade aquí la razón que alegan los que se excusan, diciendo a continuación: *El primero dijo: He comprado una granja y necesito salir a verla; ruégote que me des por excusado.* ¿Qué se designa por la granja sino los bienes terrenos? Sale, pues, a ver la granja quien sólo piensa en la riqueza de los bienes terrenos. *El segundo dijo: He comprado cinco yuntas de bueyes y voy a probarlas; dame, te ruego, por excusado.* ¿Qué es lo que entendemos por las cinco yuntas de bueyes sino los cinco sentidos corporales, los cuales con razón son llamados yuntas, porque en uno y otro sexo son dobles? Además, como los sentidos corporales no pueden comprender las cosas interiores, sino que sólo conocen las exteriores, y, dejando las interiores, sólo se ocupan de las exteriores, en ellos está perfectamente figurada la curiosidad, la cual, como quiere averiguar las vidas ajenas desconociendo siempre sus propias interioridades, gusta de ocuparse de lo exterior. Vicio grave es la curiosidad, que, por llevar afuera la mente de alguno para que investigue la vida del prójimo, le oculta siempre su interior, para que por conocer lo ajeno se desconozca a sí; y con eso, el alma del curioso, cuanto más conociere el mérito ajeno, tanto más ignorante se quede de sí misma; que por eso, acerca de las cinco yuntas de bueyes, se dice también: *Y voy a probarlas; dame, te ruego, por excusado.* Cuando dice: *voy a probarlas,* esas mismas palabras del que se excusa están de acuerdo con la declaración de su vicio, porque, en efecto, la prueba suele ser a veces propio de la curiosidad.

Pero es de notar que así el que por salir a ver la granja como el que por probar las yuntas de bueyes se excusan de asistir a la cena de quien les invita, mezclan palabras de humildad, diciendo: *te ruego que me tengas por excusado;* porque, cuando dicen: *te ruego,* rehusando a la vez el asistir, adviértese humildad en las palabras y soberbia en la conducta.

Pues ved que cualquiera, por malo que sea, reprueba este proceder cuando lo oye, y, no obstante, no deja de hacer lo mismo que reprueba; porque, cuando decimos a uno que obra mal: Conviértete, sigue a Dios, deja al mundo, ¿qué es lo que hacemos sino llamarle a la cena del Señor? Pero cuando responde: Ruega por mí, que soy un pecador; yo no puedo hacer eso, ¿qué otra cosa hace sino rogar y excusarse? Porque, al decir: Soy un pecador, muestra humildad; pero cuando agrega: no puedo convertirme, muestra soberbia. Luego, rogando, se excusa quien, a la vez que habla con humildad, con sus obras practica la soberbia.

5. Otro dice: *Acabo de tomar esposa, así que no puedo ir allá.* ¿Qué entendemos por la esposa sino la voluptuosidad de la carne?

Porque, si bien el matrimonio es cosa buena y está ordenado por la divina Providencia para propagar la descendencia, hay, sin embargo, algunos que lo apetecen no por este fin, sino por gozar del placer; de ahí que, sin inconveniente, puede significarse una cosa injusta por otra justa.

De manera que el gran Padre de familias nos invita a la cena del eterno convite; pero, como el uno está dominado por la avaricia, el otro por la curiosidad y el otro por la voluptuosidad, lo cierto es que todos los réprobos se excusan igualmente: mientras que al uno le ocupan los cuidados terrenales, y al otro le hace desvivirse el inquirir sagaz los actos ajenos, y al otro le manchan el alma los placeres sensuales, ninguno de ellos, desdeñoso, se apresura a acudir al convite de la vida eterna.

6. Prosigue: *Habiendo vuelto el criado, refirió todo esto a su amo. Irritado entonces el padre de familias, dijo a su criado: Sal luego a las plazas y barrios de la ciudad y tráeme acá cuantos pobres, y lisiados, y ciegos, y cojos hallares.*

He ahí: quien se ocupa más de lo debido en los bienes de la tierra rehusa venir a la cena; quien se desvive por curiosear desdeña los manjares de vida que le están preparados, y quien sirve a los apetitos carnales rechaza los manjares del convite espiritual. En consecuencia, ya que los soberbios no quieren venir, son elegidos los humildes. Y esto ¿por qué? Porque, según dice San Pablo (1 Cor. 1, 27), *Dios ha escogido a los flacos del mundo para confundir a los fuertes.*

Pero es de notar cómo están clasificados los que son llamados a la cena y vienen. Son llamados pobres y débiles, porque los que son pobres y se ensoberbecen, aunque pobres, se muestran como poderosos. Y son ciegos los que no tienen luz alguna de ingenio. Y son cojos los que no obran con rectitud. Y porque en la debilidad de los miembros se indican los vicios de las costumbres, está claro que, así como son pecadores los que, llamados, no quisieron venir, tampoco son pecadores los que, invitados, vinieron.

7. Pero los pecadores soberbios son rechazados para que sean elegidos los pecadores humildes; de manera que Dios ha elegido a los que el mundo desprecia, porque, por lo regular, el mismo desprecio hace que el hombre entre dentro de sí, como aquel que abandonó a su padre y gastó pródigamente la parte de la herencia que había recibido, después que comenzó a padecer hambre, entrando dentro de sí, dijo (Lc. 15,17): *¡Cuántos jornaleros en casa de mi padre tienen pan en abundancia!* En efecto, habíase ausentado lejos de sí cuando pecaba; y, si no hubiera padecido hambre, no habría vuelto dentro de sí; mas, después que careció de bienes terrenos, entonces comenzó a pensar en los bienes espirituales que había perdido.

Así es que los pobres, y los débiles, y los ciegos, y los cojos son llamados y vienen, porque todos los flacos y despreciados en este mundo, por lo regular, oyen la voz de Dios tanto más pronto cuanto menos en qué deleitarse hallan en este mundo.

Lo cual pone bien de manifiesto aquel esclavo egipcio al servicio de los amalecitas, el cual, mientras los amalecitas hacían sus robos y correrías, quedóse enfermo en el camino y medio muerto de hambre y de sed; y al cual David, habiéndole hallado, le dió de comer y de beber, y, después de confortado, hízose guía de David, halló a los amalecitas comiendo y bebiendo y con gran valor humilló a los que le habían abandonado enfermo (1 Reg. 30). Pues bien, llámase a los amalecitas pueblo lamedor, y ¿a quiénes figura un pueblo lamedor sino a las almas de los mundanos, los cuales, ambicionando todo lo terreno, como que lamen al deleitarse únicamente en los bienes temporales?

Depredan, pues, como el pueblo amalecita o lamedor los que por ambicionar los bienes terrenos engrosan sus ganancias con los daños ajenos; pero el joven egipcio es abandonado enfermo en el camino, porque todo pecador, cuando empieza a caer de la posición que tenía en este mundo, en seguida viene a ser despreciado por las almas mundanas; mas le halla David y le da de comer y de beber, porque el Señor poderoso no desprecia a los que el mundo desprecia; y con frecuencia, a los que, no pudiendo seguir al mundo, quedan como en el camino, los vuelve a la gracia de su amor y los proporciona la comida y bebida de su palabra; y cuando, además, los hace predicadores suyos, como que los elige por guías en el camino; pues cuando plantan a Cristo en el corazón de los pecadores es como que hacen caer a David sobre sus enemigos, y, como David, acuchillan a los amalecitas que están comiendo y bebiendo, porque con su virtud humillan a los soberbios que los habían despreciado en el mundo. En fin, el joven egipcio que había quedado en el camino, da muerte a los amalecitas, porque, por lo regular, los que antes no podían competir en este mundo con los mundanos, después, mediante la predicación, enseñan a los mundanos.

8. Pero oigamos lo que, después de introducidos los pobres a la cena, dice el criado: *Señor, se ha hecho lo que mandaste y aún sobra lugar.* Muchos tales de la Judea fueron reunidos para la cena del Señor, pero la multitud que del pueblo israelítico creyó no llenó el lugar del divino convite: en él entraron muchos judíos; pero todavía sobra lugar en el reino, en el cual debe ser recibido gran número de gentiles.

Por eso al mismo criado se le dice: *Sal a los caminos y cercados e impele a cuantos hallares a que vengan, para que se llene mi casa.*

Al invitar el Señor a la cena a cuantos hallare por las plazas y barrios de la ciudad, señalaba al pueblo que había sabido observar la Ley en sus relaciones sociales; mas, cuando manda reunir sus comensales de por los caminos y cercados, sin duda quiere reunir un pueblo agreste, esto es, al pueblo gentil, significando al cual se dice por el Salmista (Ps. 95,13): *Entonces manifestarán su gozo todos los árboles de las selvas a la vista del Señor, porque viene.* Los gentiles, pues, han sido llamados árboles de las selvas, porque en su infidelidad siempre estuvieron torcidos y sin fruto; por tanto,

los que se convirtieron de este género de vida agreste vinieron a la cena del Señor como de la selva.

9. Pero es de notar que en esta tercera invitación no se dice: invita, sino: *impele a que entren*. De manera que unos son llamados y no quieren venir; otros son llamados y vienen; y no se dice que sean llamados los otros, sino que sean impelidos a entrar.

Son llamados y no quieren entrar aquellos que reciben, sí, el don de inteligencia, mas no obran en conformidad con lo que por ese don entienden. Son llamados y vienen los que con sus obras completan el don de inteligencia recibido. Pero hay algunos que son llamados de tal modo que además son impelidos. Esto es, hay algunos que conocen lo bueno que deben hacer, pero dejan de hacerlo; ven lo que debían hacer, pero no tienen ganas de hacerlo. A éstos les acontece, por lo regular, según ya hemos dicho, que las adversidades de este mundo les contrarían en sus apetitos carnales: que se empeñan en alcanzar gloria temporal sin lograrlo, y que, proponiéndose, como si dijéramos, navegar por alta mar en pos de grandes negocios de este mundo, siempre son arrojados por olas adversas a las playas de su humillación; y cuando se ven contrariados en sus deseos por el mundo que se les opone, recuerdan lo que deben a su Creador, de tal suerte que, avergonzados, vuelven a Aquel a quien, ensoberbecidos, habían abandonado por amor del mundo.

Muchas veces también, algunos que desean escalar la gloria temporal, o se ven sorprendidos por alguna enfermedad, o, acosados por las injurias, vense anulados, o siéntense afligidos por los golpes de daños graves, y en las aflicciones del mundo echan de ver que no debieron esperar nada de sus placeres, y, corrigiéndose a sí mismos en sus deseos, vuelven de corazón a Dios.

En efecto, de éstos dice el Señor por el profeta (Os. 2,6): *Yo la cerraré la salida con un seto de espinas, la cerraré con una pared y ella no hallará paso. E irá en pos de sus amantes y no los encontrará; los buscará y no los hallará, y dirá: Iré y volveré a mi primer esposo, pues mejor me iba entonces que ahora.* El esposo de toda alma fiel es Dios, porque ella está unida a El por la fe; pero el alma que estaba unida a Dios sigue a sus amadores cuando el alma que ya creía por la fe, se prosterna aún con sus obras ante los espíritus inmundos, busca la gloria mundana, se apacienta en los deleites de la carne y se nutre de refinados placeres; y muchas veces Dios omnipotente mira compasivo a esta alma y mezcla amarguras a los deleites de ella; por eso dice: *Yo la cerraré la salida con un seto de espinas.* Nuestros caminos, pues, cerrados están con seto de espinas cuando en aquello que malamente deseamos hallamos las punzadas de los dolores.

Y la cerraré con una pared y no hallará paso. Nuestros caminos están cerrados con una pared cuando en este mundo a nuestros deseos se oponen penosas contrariedades; y no podemos hallar paso cuando no logramos conseguir lo que malamente deseamos.

E irá en pos de sus amadores y no los encontrará; los buscará y

no los hallará; porque de ningún modo logra que los espíritus malignos, a los que en sus ansias se sometió, satisfagan sus deseos.

Pero cuánto provecho resulte de esta saludable adversidad lo añade cuando agrega: *Y dirá: Iré y volveré a mi primer esposo, pues entonces me iba mejor que ahora.* Luego después que halla sus caminos cercados con un seto de espinos, después que no logra encontrar a sus amadores, vuelve al amor de su primer esposo, porque, regularmente, después que no podemos lograr en este mundo lo que queremos, después que, ante la imposibilidad, desmayamos en nuestros deseos terrenales, entonces volvemos el alma a Dios, entonces empieza a agradar lo que desagradaba y entonces es dulce el recuerdo de aquel cuyos preceptos nos habían sido amargos; y el alma pecadora que se había propuesto ser adúltera, pero que no había podido realizarlo abiertamente, resuelve ser esposa fiel.

En consecuencia, los que, quebrantados por las adversidades de este mundo, tornan al amor de Dios y se corrigen de los apetitos de la vida presente, ¿qué es de ellos, hermanos míos, sino que son impelidos a que entren?

10. Pero es harto de temer la sentencia que en seguida se añade; Oídla con toda la atención del alma, hermanos y señores míos: hermanos, en cuanto pecadores; señores míos, en cuanto sois justos; oídla con atención, para que en el juicio la temáis tanto menos cuanto con mayor temor la oís ahora en la predicación.

Dice, pues: *Os protesto que ninguno de los que antes fueron convidados ha de probar mi cena.* Ved que nos está invitando por sí mismo, nos llama por medio de los ángeles, llama por los patriarcas, llama por los profetas, llama por los apóstoles, llama por los pastores; también llama por nosotros, con frecuencia llama por medio de los milagros, alguna vez llama por las prosperidades de este mundo, a veces por las adversidades. Nadie le desprecie, nadie, no sea que si cuando le invita se excusa, cuando quisiere entrar no pueda.

Oíd lo que dice la Sabiduría por Salomón (Prov. 1,28): *Entonces me invocarán, y no los oiré; madrugarán a buscarme, y no me hallarán.* He aquí por qué las vírgenes que llegan tarde dan voces, diciendo: *Señor, Señor, ábrenos;* pero ya a los que entonces buscan la entrada se les dice (Mt. 25,12): *En verdad os digo que yo no os conozco.*

¿Qué debemos hacer en vista de esto, hermanos carísimos, sino abandonarlo todo, dejar a un lado los cuidados del mundo y alentar sólo en deseos eternos?

11. Pero esto a pocos es concedido. Yo quiero aconsejaros que dejéis todas las cosas, mas no me atrevo.

Por tanto, si no podéis dejar todo lo del mundo, poseed las cosas de este mundo de tal modo que no por ellas os sometáis al mundo; poseed las cosas de la tierra, pero no os posean ellas; esto es, que lo que tenéis esté bajo el dominio de vuestra alma, no suceda que, si vuestra alma se deja dominar por el amor de las cosas, más

bien sea ella la poseída por las cosas. Servíos de las cosas temporales y desead las eternas; usad para el camino las cosas temporales, desead las eternas para la llegada a la patria. Mirad como de lado o con indiferencia cuanto sucede en el mundo; tienda sus ojos adelante el alma, poniendo toda su atención en los bienes que esperamos. Extírpense de raíz los vicios, arrancándolos no sólo de las obras, sino hasta del pensamiento. No nos retraigan de la cena del Señor ni los deleites de la carne, ni la solicitud de la curiosidad, ni la fiebre de la ambición; antes bien, aun las mismas cosas buenas que hacemos en el mundo mirémoslas con cierta indiferencia del alma, para que nuestro cuerpo utilice cualesquiera cosas de la tierra de tal manera que no dañen en modo alguno a nuestro corazón.

No nos atrevemos, pues, hermanos, a deciros que dejéis todas las cosas; pero, no obstante, si vosotros queréis, aun reteniéndolas todas, las dejáis si administráis lo temporal de modo que aspiréis con todo el alma a lo eterno; que por eso el apóstol San Pablo dice (1 Cor. 7,29...): [12.] *El tiempo es corto, y así lo que importa es que los que tienen mujer vivan como si no la tuviesen; y los que lloran, como si no llorasen; y los que se huelgan, como si no se holgasen; y los que hacen compras, como si nada poseyesen; y los que gozan del mundo, como si no gozasen de él, porque la escena de este mundo pasa en un momento.*

De manera que tiene mujer como si no la tuviese quien sabe pagar el tributo de la carne de tal suerte que no se vea por ello forzado a adherirse totalmente al mundo. Y, como el mismo egregio Predicador diga en otro lugar (v.33): *El que tiene mujer anda afanado en las cosas de este mundo y en cómo ha de agradar a su mujer*, tiene mujer como si no la tuviera aquel que procura agradar a su cónyuge, pero de modo que no desagrade al Creador.

También llora, pero como si no llorase, quien se aflige de las pérdidas temporales, pero de suerte que siempre se consuele el alma con las ganancias eternas.

Y goza, pero como si no gozase, quien se alegra de los bienes temporales de modo que siempre tenga presentes los eternos tormentos y en todo lo que levanta en gozo al alma la reprime en seguida con el peso de un miedo previsor.

Y hace compras, pero como si nada poseyese, quien dispone de las cosas terrenas para usarlas, mas previendo cautamente que todas las ha de dejar muy pronto.

También usa del mundo, pero como si no usase, quien procura las cosas exteriores necesarias para la vida, pero no deja que estas cosas dominen su alma, sino que le sirvan sumisas en lo exterior y nunca roben la atención del alma que aspira a las cosas de arriba.

Los que así se comportan tienen todas las cosas de la tierra, no en el deseo, sino para su uso; porque usan, sí, de las cosas necesarias, pero no quieren tener cosa alguna con pecado. Además, de esas mismas cosas que tienen, reportan a diario ganancias y se alegran, más que de los bienes que tienen, de lo bueno que hacen.

13. Y para que no parezca esto difícil a algunos, voy a referir el caso de una persona a quien muchos de vosotros habéis conocido como yo, suceso que yo mismo he conocido por personas fidedignas, no hace aún tres años, en la ciudad de Civita-Vecchia.

No hace mucho vivió en esta misma ciudad el conde Teofanio, hombre consagrado a obras de misericordia, atento a toda obra buena y, sobre todo, amante de la hospitalidad. Ocupado en los deberes de su condado, atendía a los negocios terrenos y temporales, pero más por obligación que por afecto, según apareció claramente después de su muerte; pues como, al acercarse la hora de morir, una grandísima tempestad impidiera el que pudiese ser conducido al sepulcro, y su esposa, anegada en llanto, le dijera: ¿Qué haré? ¿Cómo llevarte al sepulcro, si no puedo asomar a la puerta de casa por la tempestad tan violenta?, él entonces la respondió: No llores, mujer; que, tan pronto como yo muera, volverá a serenarse la atmósfera; y, dicho esto, murió, y, en muriendo, calmóse la tempestad. Sus manos y sus pies, hinchados por la gota, habíanse convertido en llagas y estaban ulcerados con el pus que manaban; mas, al descubrir su cuerpo para lavarle, según costumbre, halláronse sus manos y sus pies tan sanos cual si jamás hubieran tenido llaga alguna; y así fué conducido al sepulcro y sepultado. Al cuarto día parecióle a su mujer que debía cambiarse la losa de mármol que se había colocado sobre su sepulcro, y, al ser levantado el mármol que cubría el sepulcro, salió de su cuerpo tan fragante olor cual si su carne podrida bullese en aromas y no en gusanos.

He referido esto para poder demostrar, con este reciente ejemplo, que muchos, aun viviendo en el mundo, no tienen espíritu mundano. Por tanto, a quienes el deber los sujeta al mundo de modo que no puedan desprenderse totalmente del mundo, deben tener las cosas del mundo de modo que no se sometan a ellos con daño del alma.

Meditad, pues, esto, y, ya que no podáis abandonar todo lo del mundo, cumplid exteriormente con los deberes exteriores, pero interiormente apresuraos con ardor a conquistar los bienes eternos. No haya cosa alguna que retarde el deseo de vuestra alma; ningún deleite de cosa alguna de este mundo os estorbe. Si se ama el bien, deléitese el alma en los bienes mejores, esto es, en los celestiales; si se teme el mal, pónganse delante del alma los males eternos, para que, viendo que allí está lo que más debe amar y lo que más debe temer, no se pegue en modo alguno a este mundo.

Para hacer esto tenemos por auxiliar nuestro, y por el cual todo lo conseguiremos si ardemos de veras en su amor, al Mediador entre Dios y los hombres, que vive y reina con el Padre y el Espíritu Santo, Dios, por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA XVII [XXXVII]

(Dirigida al pueblo en la basílica de San Sebastián Mártir.)

Lección del santo Evangelio según San Lucas (14,26-33)

En aquel tiempo dijo Jesús a las turbas: Si alguno de los que me siguen no aborrece a su padre y a su madre, y a la mujer y a los hijos, y a los hermanos y hermanas, y aun a su vida misma, no puede ser mi discípulo. Y el que no carga con su cruz y no me sigue, tampoco puede ser mi discípulo. Porque ¿quién de vosotros, queriendo edificar una torre, no echa primero despacio sus cuentas para ver si tiene el caudal necesario con que acabarla? No le suceda que, después de haber echado los cimientos y no pudiendo concluirla, todos los que lo vean comiencen a burlarse de él, diciendo: Ved ahí un hombre que comenzó a edificar y no pudo terminar. ¿O cuál es el rey que, habiendo de hacer guerra contra otro rey, no considera primero despacio si podrá con diez mil hombres hacer frente al que con veinte mil viene contra él? Que si no puede, despachando una embajada cuando está el otro todavía lejos, le ruega con la paz. Así, pues, cualquiera de vosotros que no renuncia todo lo que posee, no puede ser mi discípulo.

1. Si consideramos, hermanos carísimos, cuáles y cuántos bienes son los que se nos prometen para el cielo, todo lo que hay en la tierra lo tiene por vil el alma, porque toda la riqueza de la tierra, comparada con la felicidad del cielo, más bien que subsidio, es pesadumbre.

La vida temporal, comparada con la eterna, muerte debe llamarse mejor que vida; porque el diario deshacerse de nuestra corrupción, ¿qué otra cosa es más que una muerte prolongada? En cambio, ¿qué lengua es capaz de decir, ni entendimiento de comprender, cuán grandes son los gozos de aquella ciudad celeste, hallarse entre los coros de los ángeles, colocado con los felicísimos espíritus, estar de asiento en la gloria del Creador, mirar presente la faz de Dios, ver la luz infinita, no ser afectados por el temor de la muerte y gozarse del don de la perpetua incorrupción?

Sólo con oír esto, se enardece el ánimo y desea estar ya presente allí donde espera gozar sin fin. Pero a los grandes premios no puede llegarse sino tras grandes esfuerzos; y por eso el egregio Predicador, San Pablo, dice (2 Tim. 2,5): *No será coronado sino quien peleare legítimamente.* Alegre, pues, al alma la grandeza de los premios, pero no tema las fatigas de la lucha. Por eso, a los que a El acuden dice la Verdad: *Si alguno de los que me siguen no aborrece a su padre y a su madre, y a la mujer y a los hijos, y a los hermanos y a las hermanas, y aun a su vida misma, no puede ser mi discípulo.*

2. Mas pláceme poner en claro: ¿cómo es que se nos manda aborrecer a los padres y a los allegados de la sangre, siendo así que tenemos precepto de amar aun a los enemigos? Porque cierto es que la Verdad, refiriéndose a la esposa, dice (Mt. 19,6): *Lo que Dios*

unió no lo separe el hombre; y San Pablo dice (Eph. 5,25): *Vosotros, maridos, amad a vuestras mujeres así como Cristo amó a su Iglesia.*

Ya lo veis; el discípulo predica que se debe amar a la mujer, siendo así que el Maestro dice: *Quien no aborrece... a su mujer, no puede ser mi discípulo.* ¿Será que el Juez anuncia una cosa y el Predicador publica otra distinta? ¿O es que podemos amar y aborrecer a la vez?

Pero, si examinamos agudamente el sentido del precepto, lo uno y lo otro podemos hacerlo discrecionalmente, de manera que amemos a la esposa y a los que nos están unidos por parentesco carnal y también a cuantos reconocemos por prójimos, y que desconozcamos por tales, aborreciéndolos y huyéndolos, a cuantos sentimos como adversarios en el camino de Dios; pues viene a ser amado, diríamos que por medio de ese odio quien no es atendido cuando, por juzgar carnalmente, nos induce al mal; y el Señor, para demostrar que este odio para con el prójimo no procede de malevolencia, sino de caridad, a continuación añade, diciendo: *Y aun su misma vida.* Luego se nos manda aborrecer a los prójimos y aborrecer nuestra propia vida; consta, pues, que cumple el deber de odiar al prójimo amándole quien le odia como a sí mismo; porque nosotros odiamos bien nuestra vida cuando no consentimos en sus carnales deseos, cuando mortificamos sus concupiscencias y nos oponemos constantes a sus placeres, de manera que, una vez despreciadas estas cosas, se encamina a lo mejor, y así viene a ser amada como por el odio.

Así, así es como a la esposa y a nuestros prójimos debemos mostrar el odio, amando a la vez lo que son y odiando lo que nos estorban en el camino de Dios.

3. En efecto, cuando San Pablo se encaminaba a Jerusalén, el profeta Agabo cogió su cinturón y ató sus pies, diciendo (Act. 21, 11): *Así atarán en Jerusalén al varón de quien es este cinto.* Mas éste, que odiaba perfectamente su vida, ¿qué decía? *Yo no sólo estoy dispuesto a ser atado, sino también a morir en Jerusalén por el nombre de Jesucristo* (Act. 21,13); *ni tengo mi vida por más preciosa que yo* (Act. 20,24). He ahí cómo, amándola, odiaba su vida, la cual deseaba entregar a la muerte por Jesús, para que, muriendo al pecado, resucitara a la vida.

Por tanto, copiemos de esta discreción en odiarnos el modo de odiar al prójimo; ámese en este mundo a todos, aunque sea al enemigo; pero ódiese al que se nos opone en el camino de Dios, aunque sea pariente; porque quien ya aspira a lo eterno, en ese camino que ha emprendido por la causa de Dios debe hacerse extraño al padre, a la madre, a los hijos, a los parientes y aun a sí mismo, para conocer a Dios tanto mejor cuanto que, por El, no conoce a nadie, pues mucho es lo que fustigan al alma y ofuscan su perspicacia los afectos carnales, los cuales, sin embargo, nunca nos dañarán si los dominamos, reprimiéndolos.

Debemos, pues, amar a los prójimos; debemos tener caridad

con todos, con los parientes y con los extraños, pero sin apartarnos del amor de Dios por el amor de ellos.

4. Además, sabemos que, cuando era trasladada desde la tierra de los filisteos a la tierra de Israel el arca del Señor, fué colocada sobre un carro, al cual fueron uncidas vacas que se dice eran recién paridas y que sus terneros quedaron encerrados en casa; y está escrito (1 Reg. 6,12): *Y las vacas iban vía recta por el camino que conduce a Bethsames y marchaban por un mismo camino andando y mugiendo y no se desviaban ni a la derecha ni a la izquierda.*

Ahora bien, ¿a quién figuran las vacas sino a cualquiera de los fieles que hay en la Iglesia, y que, cuando consideran los preceptos de la Sagrada Escritura, llevan como puesta sobre ellos el arca del Señor?

Es de notar que de estas vacas se refiere que eran recién paridas; es decir, que hay muchos que, colocados interiormente en el camino del Señor, exteriormente están ligados con afectos carnales, pero no se desvían del camino recto, porque llevan en el alma el arca del Señor.

Y ved que las vacas se encaminan a Bethsames. Ahora bien, Bethsames significa casa del sol, y el profeta (Mal. 4,2) dice: *Mas para vosotros, que teméis mi nombre, nacerá el sol de justicia.* Luego, si nos encaminamos a la casa del Sol eterno, justo es, en verdad, que no nos desviemos del camino del Señor por causa de los afectos carnales.

También debe ponerse toda la atención en que las vacas, uncidas al carro del Señor, van camino adelante y mugen. Gimen interiormente, pero, con todo, no desvían del camino sus pasos. Sin duda de este modo deben mantenerse dentro de la santa Iglesia tanto los predicadores como los fieles, compadeciéndose caritativamente de los prójimos, pero sin salirse del camino del Señor por causa de tal compasión.

5. Y cómo deba mostrarse este odio a la vida, la misma Verdad lo declara, diciendo luego: *Quien no carga con su cruz y no viene en pos de mí, tampoco puede ser mi discípulo.*

Bien: se llama cruz—de *cruciatur*—el sufrimiento; y de dos maneras cargamos con la cruz del Señor: o cuando mortificamos la carne con la abstinencia, o cuando, compadecidos del prójimo, reputamos por nuestra la necesidad suya; pues quien muestra dolerse de la necesidad ajena, lleva la cruz en el alma.

Mas es de saber que hay algunos que soportan la abstinencia de la carne, no por Dios, sino por vanagloria; y son muchos los que se compadecen del prójimo, no espiritual, sino carnalmente, de suerte que con su compasión le estimulan, no a la virtud, sino al pecado; y así, éstos parece, sí, que llevan la cruz, pero no siguen al Señor. Por eso dice bien la misma Verdad: *Quien no carga con su cruz y además no viene en pos de mí, no puede ser mi discípulo.*

Llevar, pues, la cruz e ir en pos del Señor es o afligir la carne con privaciones o compadecerse del prójimo conforme a la voluntad eterna de Dios; porque quien esto hace por un gusto temporal, lleva, sí, la cruz, pero no quiere ir en pos del Señor.

6. Ahora bien, como se han dado preceptos de cosa sublime, en seguida se agrega el símil de un edificio alto, diciendo: *Pues ¿quién de vosotros, queriendo edificar una torre, no echa primero despacio sus cuentas, para ver si tiene recursos bastantes con que acabarla? No le suceda que, después de haber echado los cimientos y no pudiendo concluirla, todos los que lo vean comiencen a burlarse de él diciendo: Ved ahí un hombre que comenzó a edificar y no pudo rematar.*

Debemos premeditar todo lo que hacemos, porque ahí tenéis que, según dice la Verdad, quien edifica una torre prepara antes los recursos para el edificio; luego, si deseamos construir la torre de la humildad, debemos prepararnos primero contra las adversidades de este mundo.

Pero entre el edificio terreno y el celeste hay esta diferencia: que el terreno se construye reuniendo caudales, pero el celeste repartiéndolos; reunimos caudales para aquél recogiendo lo que no tenemos; para éste reunimos caudales dejando lo que tenemos.

No pudo reunir estos caudales aquel rico que, siendo dueño de muchas posesiones, preguntó al Señor diciendo (Lc. 18,18): *Maestro bueno, ¿qué podré yo hacer para alcanzar la vida eterna?*, y que, habiendo oído que se le aconsejaba dejar todas las cosas, se retiró triste y apesadumbrado en el alma, precisamente por eso, porque exteriormente poseía muchos bienes; pues como en esta vida tenía los caudales de la grandeza, no quiso tener los caudales de la humildad para encaminarse a la vida eterna.

Pero es de considerar que se dice: *Cuantos lo vieren, comenzarán a burlarse de él;* porque, según dice San Pablo (1 Cor. 4,9), *servimos de espectáculo al mundo, a los ángeles y a los hombres;* así que en todo lo que hacemos debemos tener en cuenta a nuestros enemigos, los cuales acechan siempre nuestros actos y siempre se congratulan de nuestros defectos. Mirando a los cuales (enemigos), el profeta dice (Ps. 24,2): *Dios mío, yo confío en ti; no me veré avergonzado, ni mis enemigos se reirán de mí.* De manera que, si al realizar nuestras obras no estamos alerta contra los espíritus malignos, sufriremos las burlas de los mismos que nos incitan al mal.

Y después que se ha puesto el símil de la construcción de un edificio, agrégase otro símil, procediendo de lo menos a lo más, para que de las cosas menores se piense en las mayores. Y así prosigue: *¿O cuál es el rey que, habiendo de hacer guerra contra otro rey, no considera primero despacio si podrá con diez mil hombres hacer frente al que con veinte mil viene contra él? Que, si no puede, despachando una embajada cuando está el otro todavía lejos, le ruega con la paz.*

Un rey va decidido a luchar contra otro rey, y, sin embargo, si considera que no puede resistirle, envía una embajada y pide la paz. [7.] ¿Con qué lágrimas, pues, debemos solicitar la paz nosotros, que en aquel tremendo examen no acudimos de igual a igual con nuestro juez, ya que nos hacen indudablemente inferiores la flaqueza de nuestra condición y nuestra causa?

Pero tal vez hemos desechado ya de nosotros las culpas de nuestras malas obras, ya evitamos al exterior todo mal; y qué, ¿acaso podremos dar buena cuenta de nuestros pensamientos? Porque se dice que viene con veinte mil hombres aquel contra el cual no puede éste que viene con diez mil; pues de diez mil a veinte mil es como de sencillo a doble. Ahora bien, nosotros, cuando mucho adelantamos, apenas mantenemos en rectitud nuestras obras exteriores; porque, si ya ha sido arrancada de nuestra carne la lujuria, todavía no ha sido totalmente arrancada del corazón; mas Aquel que viene a juzgar, juzga igualmente lo exterior y lo interior y examina por igual las obras y los pensamientos. Viene, pues, con doble ejército contra sencillo quien nos examina a la vez de las obras y de los pensamientos, cuando apenas estamos preparados para responder de una sola obra.

¿Qué debemos, por tanto, hacer, hermanos carísimos, viendo que no podemos hacer frente con un ejército sencillo a un ejército doble, sino enviar una embajada y solicitar la paz, ahora, cuando todavía está lejos, pues se dice que está lejos porque no está aún presente por el juicio?

Enviémosle de embajadoras nuestras lágrimas; enviémosle obras de misericordia; sacrifiquemos en su altar hostias pacíficas; reconozcamos que nosotros no podemos contender con El en juicio; consideremos su poder y su fortaleza y pidámosle la paz. Esta es la embajada nuestra que aplaca al Rey que viene.

Pensad, hermanos, cuán benigno es, pues que tarda en venir, sabiendo que puede confundirnos con su venida. Enviémosle, como hemos dicho, nuestra embajada llorando, haciendo limosnas, ofreciendo sacrificios. Y para obtener nuestro perdón sufraga de un modo particular el santo sacrificio del altar ofrecido con lágrimas y con fervor del alma; porque Aquel que, habiendo resucitado de entre los muertos, ya no muere, todavía en este sacrificio padece místicamente por nosotros; pues cuantas veces ofrecemos el sacrificio de su pasión, otras tantas renovamos su pasión para absolución nuestra.

8. Muchos de vosotros, hermanos carísimos, conocéis ya, según creo, esto que quiero traer a vuestra memoria refiriéndolo.

Se cuenta haber sucedido, no hace mucho tiempo, que cierto individuo fué hecho prisionero de sus enemigos y transportado muy lejos; y después de estar largo tiempo en prisiones, su mujer, no teniendo noticia alguna de su cautiverio, pensó que había muerto. Todas las semanas cuidaba de ofrecer sacrificios por él, como si ya fuera difunto; y cuantas veces su mujer ofrecía sacrificio en sufragio de su alma, otras tantas se le desataban las cadenas en la prisión. Habiendo vuelto no mucho después, admirado en extremo, refirió a su mujer que en determinados días cada semana se le desataban sus cadenas; y su mujer, fijándose en los días y en las horas, reconoció que él quedaba desatado cuando ella se acordaba de ofrecer por él sacrificios.

Por tanto, de aquí, hermanos carísimos, colegid de aquí, como cosa cierta, de cuánto vale para desatar las ligaduras del corazón el santo sacrificio ofrecido por nosotros, puesto que, ofrecido por otros, pudo en éste desatar las ligaduras del cuerpo.

9. Muchos de vosotros, hermanos carísimos, habéis conocido a Casio, obispo de Narni, quien acostumbraba a ofrecer el santo sacrificio a Dios cada día, de modo que apenas si pasó un solo día de su vida en que no inmolase a Dios omnipotente la hostia pacífica; con el cual sacrificio iba también muy acorde su vida; pues, distribuyendo en limosnas cuanto tenía, cuando se acercaba a la hora de ofrecer el sacrificio, como deshaciéndose en lágrimas, inmolábase a sí mismo con grande contrición de corazón. Yo he conocido su vida y su muerte por referencia de cierto diácono de vida venerable que había sido familiar suyo; y contaba que cierta noche habíase aparecido en visión a su presbítero el Señor, diciendo: Ve y di al obispo: Persevera en lo que haces y mantente en tus buenas obras; no descanse tu pie ni des paz a la mano; en el natalicio de los Apóstoles vendrás a mí y te daré tu recompensa. Levantóse el presbítero; pero, por estar tan próximo el día del natalicio de los Apóstoles, temió anunciar a su obispo el día de su próxima muerte. Volvió el Señor otra noche y le reprendió fuertemente su desobediencia y repitió las mismas palabras de su encargo. Entonces el presbítero se levantó para ir, mas de nuevo la flaqueza de ánimo impidió manifestar la revelación, y también se resistió a llevar el aviso del repetido mandato y descuidó el manifestar lo que había visto. Pero, como a la gran mansedumbre suele seguir mayor ira en vengar la gracia despreciada, apareciendo el Señor en una tercera visión, a las palabras añadió ya los azotes, y fué molido con tan severos golpes para que las heridas del cuerpo ablandaran la dureza del corazón. Levantóse, pues, aleccionado por el castigo, y corrió en busca del obispo, al que halló ya dispuesto, según costumbre, a ofrecer el santo sacrificio ante el sepulcro del santo mártir Juvenal; llamóle aparte de los circunstantes y se postró a sus pies. El obispo, al verle derramar abundantes lágrimas, a duras penas si pudo levantarle, y procuró conocer la causa de sus lágrimas. Pero él, para referir ordenadamente la visión, quitándose primero de los hombros el vestido, descubrió las heridas de su cuerpo, testigos, por decirlo así, de la verdad y de su culpa, y mostró en las heridas recibidas con cuánto rigor habían surcado sus miembros los azotes. Apenas visto lo cual por el obispo, horrorizóse y, con grande asombro, preguntó a voces quién se había atrevido a hacer con él tal cosa. Mas él respondió que él mismo había sido castigado por su culpa. Acrecióse con el terror la admiración, pero, sin dar ya más treguas a las preguntas de aquél, el presbítero descubrió el secreto de la revelación y le refirió las palabras del mandato del Señor que había oído, diciendo: Persevera en lo que haces, mantente en tus buenas obras, no descanse tu pie ni des paz a tu mano; en el natalicio de los Apóstoles vendrás a mí y te daré tu recompensa. Oído lo cual, el obispo postróse en oración con gran contrición de corazón, y el

que había venido a ofrecer el sacrificio a la hora de tercia, retrasóle hasta la hora de nona por haber prolongado tanto su oración. Y ya desde entonces acrecentáronse más y más los progresos de su piedad, y se hizo tan fuerte en el bien obrar cuanta era su seguridad de la recompensa, por lo mismo que con tal promesa había comenzado a tener por deudor al mismo a quien había sido deudor. Mas había tenido éste la costumbre de acudir a Roma todos los años el día del natalicio de los Apóstoles, y ya, prevenido con esta revelación, no quiso venir, según costumbre. Estuvo, pues, cuidadoso en aquel mismo tiempo y pendiente de la esperanza de su muerte; y así el segundo año y también el tercero, y del mismo modo el cuarto, el quinto y el sexto; y ya podía desconfiar de la revelación si los azotes no atestiguasen las palabras. Mas he aquí que, habiendo llegado sano a las vigilias el séptimo año, durante ellas acometióle una fiebrecilla, y, en el mismo día del natalicio, a los hijos fieles que le esperaban declaró que no podía celebrar las solemnidades de la misa; pero ellos, que también estaban temerosos de su muerte, acudieron todos juntos a él, obligándose unánimes a no consentir que en aquel día se celebraran las solemnidades de la misa a no ser que su mismo prelado se presentara ante el Señor a interceder por ellos. El entonces, conmovido, celebró misa en el oratorio episcopal y dió a todos por su mano el cuerpo del Señor y la paz; y terminado todo lo pertinente al oficio del sacrificio ofrecido, volvió al lecho, y, estando allí, como viera que le rodeaban sus sacerdotes y ministros, como dándoles el último adiós, exhortábalos a conservar el vínculo de la caridad y les predicaba con cuánta concordia debieran unirse entre sí, cuando en esto que de repente, entre las palabras de la santa exhortación, clamó con voz aterradora, diciendo: «Ya es hora»; y al punto él mismo, con sus propias manos, dió a los que le asistían el lienzo que, según costumbre en los que morían, se le pondría sobre su rostro. Extendido el cual, expiró; y de este modo, aquella alma santa, al llegar a los gozos eternos, quedó libre de la corrupción del cuerpo.

¿A quién, hermanos carísimos, a quién ha imitado este santo varón en su muerte sino a Aquel a quien había contemplado en su vida? Pues al decir: «Ya es hora», salió de su cuerpo, lo mismo que Jesús, cumplidas todas las cosas, habiendo dicho (Io. 19,30): *Todo está cumplido, inclinando su cabeza, entregó su espíritu.* De modo que lo que el Señor hizo en virtud de su poder, eso mismo hizo su siervo en virtud de su vocación.

10. Ved qué grande paz obró por gracia, al venir el Señor, aquella embajada de la Hostia diaria enviada por medio de limosnas y de lágrimas.

Deje, pues, el que pueda, todas las cosas; y quien no puede dejarlas todas, mientras todavía está lejos el Rey, envíe embajada de lágrimas y de limosnas, ofrezca dones de sacrificios.

Quien sabe que, airado, no se le puede soportar, quiere ser aplacado con ruegos. El detenerse todavía es porque espera la em-

bajada de la paz. Ya habría venido, ya, si quisiera; y habría deshecho a todos sus enemigos.

Mas también cuán terrible vendrá lo da a conocer; y, no obstante, retrasa su venida, porque no quiere encontrar a quienes castigar, antes nos echa en cara la culpa de nuestro abandono, diciendo: *Así, pues, cualquiera de vosotros que no renuncia todo lo que posee, no puede ser mi discípulo;* y, con todo, nos ofrece el medio de esperar la salud, ya que quien no puede ser resistido cuando está airado, quiere ser aplacado con que se le pida la paz.

Así que, hermanos carísimos, lavad con lágrimas las manchas de vuestros pecados, cubridlos con limosnas, expiadlos con sacrificios. No pongáis el corazón en las cosas que todavía no habéis dejado de usar; poned vuestra esperanza solamente en el Redentor y vivid con el pensamiento en la vida eterna. Pues, si ya no tenéis puesto el amor en cosa alguna de este mundo, ya habéis dejado todas, aun poseyéndolas.

Concédanos los gozos deseados el mismo que nos ofrece el medio de obtener la paz eterna, Jesucristo, nuestro Señor, que vive y reina con el Padre, en unidad del Espíritu Santo, Dios, por todos los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA XVIII [XXXVIII]

(Dirigida al pueblo en la basílica de San Clemente en la domínica vigésima después de Trinidad.)

Lección del santo Evangelio según San Mateo (22,1-14)

En aquel tiempo Jesús propuso la siguiente parábola: En el reino de los cielos acontece lo que a cierto rey que celebró las bodas de su hijo. Y envió sus criados a llamar los convidados a las bodas, mas éstos no quisieron venir. Segunda vez despachó nuevos criados con orden de decir de su parte a los convidados: Tengo dispuesto el banquete, he hecho matar mis terneros y demás animales cebados, todo está a punto; venid, pues, a las bodas. Mas ellos no hicieron caso; antes bien, se marcharon, quién a su granja y quién a su tráfico. Los demás cogieron a los criados y, después de haberlos llenado de ultrajes, los mataron. Lo cual oído por el rey, montó en cólera, y, enviando sus tropas, acabó con aquellos homicidas y abrasó su ciudad. Entonces dijo a sus criados: Las prevenciones para las bodas están hechas, mas los convidados no eran dignos de asistir a ellas. Id, pues, a las salidas de los caminos, y a todos cuantos encontréis convidadlos a las bodas. Al punto los criados, saliendo a los caminos, reunieron a cuantos hallaron, buenos y malos, de suerte que la sala de las bodas se llenó de gentes, que se pusieron a la mesa. Entrando después el rey a ver los convidados, reparó allí un hombre que no iba con vestido de boda. Y díjole: Amigo, ¿cómo has entrado tú aquí sin vestido de boda? Pero

él enmudeció. Entonces dijo el rey a sus ministros: Atado de pies y manos, arrojadle fuera a las tinieblas, donde no habrá sino llanto y crujir de dientes. Tan cierto es que muchos son los llamados y pocos los escogidos.

1. A ser posible, quiero, hermanos carísimos, exponer brevemente el texto de la lección evangélica, para poder, al fin de ella, hablar más largamente.

Mas antes hay que averiguar si esta lección según San Mateo es la misma que, según San Lucas, se describe bajo el nombre de la cena; pues hay algunas cosas que parecen no concordar entre sí; porque aquí se habla de una comida y allí de una cena; aquí el que entró a las bodas sin vestido digno es rechazado, y allí no se expresa que fuera rechazado ninguno de los que se dice que entraron. Por eso, con razón se colige que aquí en las bodas está significada la Iglesia presente, y allí en la cena está significado el último y eterno banquete, puesto que aquí entran algunos que han de salir, y quien ha entrado allí una vez, ya no saldrá más.

Mas si, tal vez, alguno sostiene que es la misma lección, yo tengo por lo mejor, dejando a salvo la fe, atenerme al juicio ajeno antes que dar lugar a discordias; porque acaso también puede entenderse sin inconveniente que San Mateo refirió lo de haber sido arrojado fuera el que entró sin vestido nupcial, cosa que San Lucas pasó en silencio. Y lo de que aquél llama cena a lo que éste llama comida, tampoco obsta en modo alguno a lo que nosotros entendemos; porque, como entre los antiguos se hacía la comida a la hora de nona, a la comida también se la llamaba cena.

2. Pues bien, recuerdo haber dicho yo muchas veces que en el Evangelio comúnmente se llama reino de los cielos a la presente Iglesia. En efecto, a la congregación de los fieles se llama reino de los cielos; pues como el Señor dice por el profeta (Is. 66,1): *El cielo es mi solio;* y Salomón dice (Sap. 7): *El alma del justo es el trono de la Sabiduría;* y también San Pablo (1 Cor. 1,24) que *Cristo es la virtud de Dios y la sabiduría de Dios*, ya podemos colegir que, si Dios es la Sabiduría y el alma del justo es el trono de la Sabiduría, cuando se llama al cielo solio de Dios, resulta que el alma del justo es cielo. De ahí que de los predicadores se dice por el Salmista (Ps. 18,2): *Los cielos publican la gloria de Dios;* luego el reino de los cielos es la Iglesia de los justos, porque, no ambicionando sus corazones nada en la tierra, por cuanto que suspiran por lo eterno, ya reina el Señor en ellos como en los cielos. [3.] Dígase, pues: *En el reino de los cielos acontece lo que a cierto rey que celebró las bodas de su hijo.*

Ya entiende vuestra caridad quién es este rey, Padre del Hijo, rey también; a saber, aquel a quien el Salmista dice (Ps. 71,1): *Da, ¡oh Dios!, al Rey tus leyes para que juzgue y da al Hijo del Rey tu justicia.*

Que celebró las bodas de su hijo. Entonces celebró Dios Padre las bodas de su Hijo cuando juntó a éste la naturaleza humana en

las entrañas de la Virgen, cuando quiso que el que era Dios antes de los siglos se hiciera hombre al cabo de los siglos.

Mas, como esta unión nupcial suele verificarse entre dos personas, lejos de nosotros el pensar y creer que la persona de Dios y la del hombre, nuestro Redentor, Jesucristo, sean dos personas unidas; porque nosotros confesamos que éste existe compuesto de dos naturalezas y en dos naturalezas, pero huímos, como herejía, el creer que está compuesto de dos personas.

Por tanto, más claramente y con mayor seguridad puede decirse que el Padre celebró las bodas de su Hijo Rey cuando por el misterio de la encarnación se desposó con la santa Iglesia; y el seno de la Virgen Madre fué el tálamo de este esposo; y por eso dice el Salmista (Ps. 18,6): *Puso en el sol su tabernáculo, y a manera de un esposo que sale de su tálamo.*

En efecto, salió, como un esposo de su tálamo, Dios encarnado cuando, para unir consigo a la Iglesia, salió del seno inmaculado de la Virgen.

Y envió sus criados para que invitasen a estas bodas a los amigos. Enviólos una vez y los envió segunda vez, porque hizo predicadores de la encarnación del Señor primero a los profetas y después a los apóstoles. De manera que por dos veces envió a sus criados, porque por los profetas anunció la encarnación del Unigénito como futura, y por los apóstoles la anunció ya verificada.

Pero, como los que fueron invitados primeramente no quisieron asistir al convite de las bodas, en la segunda invitación se dice ya: *Tengo dispuesto el banquete; he hecho matar mis terneros y demás animales cebados; todo está a punto.*

4. ¿Qué entendemos, hermanos carísimos, por los terneros y por los animales cebados sino los Padres del Antiguo y del Nuevo Testamento?

Mas, como hablo para el vulgo, es necesario exponer también las mismas palabras de la lección evangélica.

Decimos cebados a los animales gordos precisamente porque a los que, debido al alimento, están gordos, los llamamos cebados. Y como en la Ley está escrito (Mt. 5,43): *Amarás a tu amigo y*—malamente han añadido—*odiarás a tu enemigo,* entonces habíase autorizado a los justos (Deut. 13) para hacer frente con toda fuerza a los enemigos de Dios y contra sus adversarios, y se los autorizó para matarlos; cosa que, sin duda alguna, se prohibe en el Nuevo Testamento, puesto que la Verdad por sí misma predica, diciendo (Mt. 5,44): *Amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os aborrecen.*

Por tanto, ¿qué significan los terneros sino los Padres del Antiguo Testamento?; porque, al recibir de la Ley el anuncio de que acometieran a los adversarios castigándolos con el odio, ¿qué otra cosa eran, por así decirlo, sino toros que herían a sus enemigos con el cuerno de su poder temporal?

Y ¿qué se entiende por animales cebados sino los Padres del Nuevo Testamento, que, como reciben la gracia de la grosura in-

terior manteniéndose en los deseos eternos, elévanse a lo sobrenatural en alas de su contemplación? Pues ¿qué otra cosa es poner el pensamiento en lo bajo sino una especie de aridez de espíritu? De manera que quienes, mediante la consideración de los bienes del cielo, se alimentan, con íntimo deleite, de los santos deseos, es como que engordan con más abundante comida.

De esta grosura deseaba cebarse el profeta cuando decía (Ps. 62, 6): *Quede mi alma bien llena de ti, como de un manjar pingüe y jugoso.*

De manera que, como los predicadores de la encarnación del Señor, que fueron enviados—primero los profetas y después los santos apóstoles—, fueron perseguidos por los infieles, se dice a los invitados que no quisieron venir: *Mis toros y los animales cebados y todo está dispuesto.* Como si más claramente se dijera: Considerad cómo han muerto los Padres que precedieron y pensad en enmendar vuestra vida.

Pero es de notar que en la primera invitación nada se dice de los terneros ni de los animales cebados; y en la segunda ya se advierte que se han matado los terneros y los animales cebados. Y es porque Dios omnipotente, cuando no queremos atender a sus palabras, agrega ejemplos, para que lo que nosotros creemos ser imposible, nos lo haga esperar tanto más fácilmente, por cuanto oímos que ello ha sucedido ya a otros.

5. Prosigue: *Mas ellos no hicieron caso, sino que se marcharon, quién a su granja y quién a su tráfico.* Ahora bien, irse a la granja es consagrarse con exceso a los cuidados terrenos, e irse al tráfico es ambicionar ganancias de los negocios del mundo. Y como quien pone su atención en los cuidados terrenos y quien se consagra a los negocios de este mundo se excusan de pensar en el misterio de la encarnación del Señor y de vivir en conformidad con El, es como quien, marchándose a la granja o al tráfico, rehusa venir a las bodas.

Y lo que es más grave; muchas veces, algunos no sólo rechazan la gracia de quien los llama, sino que también los persiguen; por eso se añade: *Los demás cogieron a los criados y, después de haberlos llenado de ultrajes, los mataron. El rey entonces, al saberlo, envió sus tropas, acabó con aquellos homicidas y abrasó su ciudad.*

Acabó con aquellos homicidas, porque quita la vida a los perseguidores; y abrasó la ciudad de ellos, porque no sólo sus almas, sino también el cuerpo en que habían morado, se abrasan en las llamas del infierno eterno; y se dice que, enviando sus tropas, acabó con aquellos homicidas, porque ejecuta en los hombres sus decretos por medio de los ángeles; pues ¿qué son los coros de los ángeles sino ejércitos de nuestro Rey?; por eso el mismo Rey se llama Señor de los ejércitos; de manera que envió sus tropas para acabar con sus enemigos, porque el Señor ejerce la venganza por medio de sus ángeles.

Y nuestros Padres oían este poder de vengarse, pero nosotros lo estamos viendo; pues ¿dónde están ya aquellos soberbios perseguidores de los mártires? ¿Dónde aquellos que erguían la cerviz

de su corazón contra el Creador y se enorgullecían de la mortífera gloria de este mundo?

Vedlo; viva está aún la muerte de los mártires en la memoria de los vivos; en cambio, los que se gloriaron de su crueldad contra ellos, jamás vienen a nuestra memoria sino para contarlos en el número de los muertos.

De manera que conocemos en la realidad lo que oímos en las parábolas.

6. Pero el que ve que, cuando invita, es menospreciado, no dejará vacías las bodas del Rey, su hijo; envía a otros, porque, aunque por algunos es combatida la palabra de Dios, sin embargo, alguna vez ha de hallar dónde posar la palabra de Dios. Por eso añade además: *Entonces dijo a sus criados: Las prevenciones para las bodas están hechas, mas los invitados no eran dignos de asistir a ellas. Id, pues, a las salidas de los caminos y a todos cuantos encontréis convidadlos a las bodas.*

Como en la Sagrada Escritura por los caminos entendemos las acciones, por salidas de los caminos entendemos los defectos de las acciones, y, por lo regular, vienen fácilmente a Dios aquellos a quienes no acompaña el éxito en las acciones o negocios terrenos.

Prosigue: *Al punto los criados, saliendo a los caminos, reunieron a cuantos hallaron, buenos y malos; de manera que la sala de las bodas se llenó de gente.*

7. He ahí cómo por la misma condición de los que asistieron se pone de manifiesto que por estas bodas del Rey se significa la Iglesia presente, en la cual están reunidos buenos y malos. En efecto, compuesta está de diversidad de hijos, porque a todos los engendra en la fe, pero de tal modo que no a todos, por culpa de ellos, logra conducir a la libertad de la gracia mediante la reforma de la vida.

De manera que, mientras aquí vivimos, necesariamente hemos de vivir mezclados en este mundo; que, cuando lleguemos al término, seremos separados, pues los buenos nunca están solos sino en el cielo, y los malos nunca están solos sino en el infierno, porque esta vida, que está situada entre el cielo y el infierno, por lo mismo que se mantiene en el medio, recibe en común a los ciudadanos de las dos partes, a los cuales la santa Iglesia recibe también ahora indistintamente, pero después los separa a la salida.

Por consiguiente, si sois buenos, mientras vivís en esta vida, debéis soportar con paciencia a los malos; porque quien no sobrelleva a los malos, él mismo en su intolerancia da testimonio de no ser bueno. No pretenda ser Abel quien no experimenta la malicia de Caín. De este modo se hallan los granos en la era, envueltos en la paja; así, las flores brotan entre las espinas, y la rosa, que embalsama con su aroma, crece con las espinas, que punzan.

En efecto: dos hijos tuvo el primer hombre, mas uno fué elegido, y el otro, réprobo. Tres hijos de Noé albergó al arca; pero dos de ellos fueron elegidos, y el otro, reprobado. Dos hijos tuvo Isaac; pero el uno fué elegido, y el otro, reprobado. Doce hijos tuvo Jacob, pero uno de ellos, por su inocencia, fué vendido; en cambio, los

otros, por su malicia, fueron los que vendieron a su hermano. Doce fueron los elegidos para apóstoles, pero entre ellos se mezcló un réprobo que probara a los once que debían ser probados. Siete son los diáconos ordenados por los apóstoles, pero seis de ellos permanecieron en la verdadera fe y uno fué autor del error.

De manera que en esta Iglesia ni puede haber malos sin buenos, ni buenos sin malos. Tened, pues, presentes los tiempos anteriores, hermanos carísimos, y haceos vosotros fuertes para sufrir a los malos, pues, si somos hijos de los elegidos, necesario es, por consiguiente, que sigamos sus ejemplos; que no ha sido bueno quien ha rehusado soportar a los malos.

De ahí aquello que de sí mismo afirma el santo Job, diciendo (Iob 30,29): *Soy como hermano de los dragones y compañero de los avestruces;* de ahí aquello que, según Salomón, dice el Esposo a la santa Iglesia (Cant. 2,2): *Como azucena entre espinas, así es mi amiga entre las vírgenes;* por eso dice el Señor a Ezequiel (Ez. 2,6): *Hijo del hombre, tienes que haberlas con incrédulos y pervertidores, y habitas con escorpiones;* por eso San Pedro enaltece la vida del santo Lot, diciendo (2 Petr. 2,7): *Si libertó al santo Lot, a quien estos hombres abominables afligían y perseguían con su infame vida, pues conservaba puros sus ojos y oídos, morando entre gentes que cada día sin cesar atormentaban su alma pura con obras detestables;* por lo mismo, San Pablo alaba y confirma la vida de sus discípulos, diciendo (Phil. 2,15): *Sin tacha en medio de una nación depravada y perversa, en donde resplandecéis como lumbreras del mundo, conservando la palabra de vida;* y por eso, en fin, San Juan da testimonio o alaba a la iglesia de Pérgamo, diciendo (Apoc. 2,13): *Bien sé que habitas en un lugar donde Satanás tiene su asiento, y mantienes, no obstante, mi nombre, y no has negado mi fe.*

Ya lo veis, hermanos carísimos, recorriendo así todo, conocemos que no ha habido un bueno a quien no haya probado la perversidad de los malos, pues el hierro—por decirlo así—de nuestra alma nunca llega a la delgadez de la aguja si no le rayere la lima de la perversión ajena.

8. No debe, pues, atemorizaros el que en la Iglesia haya muchos malos y pocos buenos, porque el arca en las aguas del diluvio —que era figura de la santa Iglesia—también era amplia en su parte inferior y angosta en la superior, pues en su parte más alta tenía la medida de un solo codo; de modo que es de creer que en la parte inferior alojó a los cuadrúpedos y reptiles, y en la superior, a las aves y a los hombres; donde alojó a las bestias era dilatada, y era estrecha donde guardó a los hombres, porque, ciertamente, la santa Iglesia en los carnales es ancha y es angosta en los espirituales, pues donde tolera las costumbres bestiales de los hombres, allí dilata más su seno; pero donde tiene a los que están vigorizados por la razón espiritual, allí llega a lo sumo y, aunque son pocos, se angosta, porque (Mt. 7,13-14) *la puerta ancha y el camino espacioso son los que conducen a la perdición, y son muchos los que entran en él; mas*

¡qué angosta es la puerta y cuán estrecha la senda que conduce a la vida! ¡Y qué pocos son los que atinan con ella!

Y el arca se estrecha hasta alcanzar la medida de un codo, porque en la santa Iglesia, cuantos más santos son, son más pocos; y en lo más elevado se llega hasta Aquel que, entre los hombres, es el solo hombre, sin que ninguno se le pueda comparar: el que ha nacido santo; el cual, como dice el Salmista (Ps. 101,8), *ha sido hecho cual pájaro solitario sobre los tejados.*

De manera que cuanto más abundan los malos, tanto más deben ser tolerados; pues también en la trilla de la era pocos son los granos, que se guardan en las paneras, y grandes los montones de paja, que se queman en el fuego.

9. Pero, puesto que ya, por la gracia de Dios, habéis entrado en la casa de las bodas, esto es, en la santa Iglesia, examinad con todo cuidado, hermanos, no sea que el Rey, al entrar, encuentre algo que reprender en los hábitos de vuestra alma, pues digno es de considerarse con gran temor del corazón lo que a continuación se dice: *Entrando después el rey a ver los convidados, reparó allí un hombre que no iba con vestido de boda.* ¿Qué pensáis, hermanos carísimos, que se significa por el vestido de boda?; porque, si decimos que el vestido nupcial es el bautismo o la fe, ¿quién ha entrado a estas bodas sin la fe y el bautismo, pues, por lo mismo que todavía no cree, está fuera? Luego, ¿qué debemos entender por el vestido de boda sino la caridad? De modo que entra a las bodas, pero no entra con vestido nupcial, quien, entrando en la Iglesia, tiene fe, pero no tiene caridad. Con razón, pues, se llama a la caridad vestido de boda, porque ésta es la que tuvo nuestro Creador cuando vino a desposarse con la Iglesia; pues sólo el amor de Dios hizo que su Unigénito uniera a sí las almas de los hombres elegidos; y por eso dice San Juan (3): *Tanto amó Dios al mundo, que ha llegado a darnos su Hijo unigénito.* Por tanto, quien ha venido a los hombres por caridad, ha puesto de manifiesto que esa misma caridad es el vestido de bodas. Así, pues, quienquiera de vosotros que, situado en la Iglesia, cree en Dios, ya ha entrado a las bodas; pero no ha venido con vestido de boda si no guarda el don de la caridad.

Cierto es, sí, hermanos, que, si uno fuere invitado a bodas carnales, cambiaría el vestido; en su mismo hábito decoroso mostraría congratularse con el esposo y con la esposa, y se avergonzaría de aparecer con vestiduras despreciables entre los que gozaban y celebraban la fiesta. Pues nosotros venimos a las bodas de Dios y nos retraemos de cambiar los hábitos de nuestro corazón. Hacen fiesta los ángeles cuando los elegidos son recibidos en el cielo. ¿Con qué cara, pues, vemos estas fiestas espirituales los que no tenemos el vestido de boda, esto es, la caridad, que es la única que nos hace hermosos?

10. Pero es de saber que, así como el vestido se teje mediante dos palos, uno arriba y otro abajo, así la caridad contiene dos preceptos, a saber, el amor de Dios y el amor del prójimo; pues escrito está (Mc. 12,30; Deut. 6): *Amarás al Señor Dios tuyo con todo tu*

corazón, y con toda tu alma, y con todas tus fuerzas, y a tu prójimo como a ti mismo. Donde es de notar que en el amor del prójimo se pone medida o tasa, puesto que se dice: *Amarás al prójimo como a ti mismo;* pero al amor de Dios no se le ciñe a medida alguna, puesto que se dice: *Amarás al Señor Dios tuyo con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con todas tus fuerzas.* A todos, pues, se les dice, no cuánto, sino con cuánto; ama, pues, verdaderamente a Dios aquel que nada deja para sí.

Por tanto, es necesario que guarde los dos preceptos de la caridad todo el que procura tener en las bodas el vestido nupcial. De ahí que, según el profeta Ezequiel, el vestíbulo de las puertas de la ciudad, situada en el monte, medía dos codos, esto es, un codo por cada umbral; sin duda porque no se nos abre la entrada de la ciudad celeste si en esta Iglesia—que, por eso de estar todavía fuera, se llama vestíbulo—no se tiene el amor de Dios y el amor del prójimo.

Por lo mismo se manda (Ex. 25) que esté dos veces teñida la grana en las cortinas que cubren el tabernáculo. Vosotros sois, hermanos míos, las cortinas del tabernáculo; vosotros, los que por la fe guardáis en vuestros corazones los secretos celestiales. Pero, en las cortinas del tabernáculo, la grana debe estar dos veces teñida, porque la grana tiene parecido con el fuego, y ¿qué es la caridad sino fuego? Y esta caridad debe estar dos veces teñida, esto es, teñida con el amor de Dios y con el amor del prójimo; porque quien ama a Dios de tal modo que por contemplarle a El no hace caso del prójimo, es grana, sí, pero no está dos veces teñida; asimismo, quien ama al prójimo de manera que, por amor a éste, deja la contemplación de Dios, también es grana, pero no dos veces teñida. Por consiguiente, para que nuestra caridad pueda ser grana dos veces teñida, debe estar inflamada en el amor de Dios y en el amor del prójimo, de manera que ni por la compasión del prójimo deje la contemplación de Dios ni se entregue más de lo debido a la contemplación de Dios, abandonando la compasión del prójimo.

Así, pues, todo hombre, mientras vive entre los hombres, ponga sus anhelos en Aquel a quien desea, pero de modo que no descuide a éste, con quien vive; y preste su auxilio a éste de manera que no le aparte en modo alguno de Aquel a quien se apresura a llegar.

11. También es de saber que el amor del prójimo se subdivide en dos preceptos, pues el Sabio dice (Tob. 4): *Cuida de no hacer tú mismo a otro cuanto no quieras que se te haga a ti;* y la Verdad predica por sí misma, diciendo (Mt. 7,12): *Haced vosotros con los demás hombres todo cuanto deseáis que hagan ellos con vosotros.* Si, pues, hacemos con los demás lo que razonablemente queremos que se haga con nosotros y evitamos el hacer a otros lo que no queremos que se haga con nosotros, observamos sin quebranto los deberes de la caridad.

Mas nadie piense que, tan pronto como ama a alguno, ya tiene caridad, mientras no examine la calidad de ese amor; porque, si alguno ama a otro, pero no le ama por Dios, él piensa que tiene cari-

dad, pero no la tiene; pues hay verdadera caridad cuando el amigo es amado en Dios y el enemigo es amado por Dios. De manera que quien ya sabe amar a los que no le aman, ése ama por Dios a los que ama; y es porque la caridad suele probarse únicamente por su oposición al odio; por eso el Señor dice por sí mismo (Lc. 6,35): *Vosotros amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os odian;* luego seguro está de que ama quien por Dios ama a aquel de quien sabe que no es amado.

Grande es esto, sublime es esto y, para muchos, difícil de cumplir; pero, no obstante, éste es el vestido nupcial. Por tanto, quien, entrando en las bodas, no le tiene, tema con fundamento que tal vez, al entrar el Rey, sea arrojado fuera; pues ved lo que se dice: *Entrando el rey a ver a los convidados, reparó allí un hombre que no iba con vestido de boda.*

Nosotros, hermanos carísimos, nosotros los que estamos en las bodas del Verbo, los que ya creemos en la Iglesia, los que nos nutrimos con el manjar de las Sagradas Escrituras, los que nos gozamos de que la Iglesia está desposada con Dios, considerad, os ruego, si habéis venido a estas bodas con el vestido nupcial; examinad cuidadosamente vuestros pensamientos; examinad de todo vuestros corazones, a ver si ya no tenéis odio a alguno, si no encendéis en la brasa de la envidia palabra alguna contra la felicidad ajena, si no corréis, con encubierta malicia, a perjudicar a alguno. [12.] Ved que el Rey entra en las bodas y que al que no halla vestido de la caridad, en seguida, airado, dice: *Amigo, ¿cómo has entrado aquí sin vestido de boda?*

Es muy de admirar el que a éste le llama amigo, y le arroja; como si le dijera claramente: Amigo y no amigo; amigo por la fe, pero no amigo por las obras.

Pero él enmudeció; porque—cosa que no puede decirse sin lágrimas—todo alegato de excusa está demás ante la severidad de la suprema acusación; porque entonces increpa exteriormente el que, como testigo de la conciencia, acusa interiormente al alma.

Mas, con todo, es de saber que quien tiene este vestido de la virtud, pero no le tiene perfecto aún, a la entrada del Rey piadoso, no debe desesperar del perdón, puesto que El mismo, dándonos esperanzas, dice también por el Salmista (Ps. 138,16): *Tus ojos vieron mi imperfección; todos serán escritos en tu libro.*

Y ya que hemos dicho esto poco para consuelo del que cae y del débil, hablemos ahora al que carece totalmente de este vestido.

13. Prosigue: *Entonces el rey dijo a sus ministros: Atado de pies y manos, arrojadle fuera, a las tinieblas, donde no habrá sino llanto y crujir de dientes.* Son atados de pies y manos por rigurosa sentencia quienes no quisieron desligarse ahora de las malas obras para mejorar su vida; o bien, entonces el castigo ata a los que ahora la culpa tiene atados para las buenas obras; las manos, pues, que no dan nada a los indigentes, y los pies que desdeñan visitar al enfermo, ya están voluntariamente atados para las buenas obras. Por consi-

guiente, los que ahora se atan voluntariamente al vicio, luego, sin que quieran, estarán atados al suplicio.

Y se dice bien que sea arrojado a las tinieblas exteriores, porque tinieblas interiores llamamos a la ceguera del corazón, y tinieblas exteriores a la noche eterna de la condenación. De manera que todo condenado es arrojado, no a las tinieblas interiores, sino a las exteriores, porque allí es arrojado contra su voluntad en la noche de la condenación quien aquí incurrió voluntariamente en la ceguera del corazón.

También se dice: *Donde no habrá sino llanto y crujir de dientes;* para que rechinen los dientes allí los que aquí se gozaban en la voracidad, y lloren allí los ojos que aquí se derramaban por el mundo tras ilícitas concupiscencias; de manera que cada uno de los miembros que aquí servían, sometidos cada cual a sus singulares vicios, tenga su particular suplicio.

14. Pero después de haber expulsado a uno solo, esto es, a aquel en quien están figurados todos los malos, en seguida se añade una sentencia general, por la que se dice: *Tan cierto es que muchos son los llamados y pocos los escogidos.*

Muy tremendo es, hermanos carísimos, lo que hemos oído. Ya lo veis; todos nosotros ya hemos venido, por la fe, a las bodas del Rey celestial, y creemos y confesamos el misterio de su encarnación; tomamos el manjar de la divina palabra, pero el Rey ha de entrar el día venidero del juicio; sabemos que hemos sido llamados; no sabemos si somos escogidos. Por consiguiente, tan necesario es que cada uno de nosotros se mantenga humilde, por lo mismo que no sabe si es elegido.

Y, sin embargo, hay algunos que ni principian a obrar bien, y otros que principiaron a obrar bien, pero no perseveran. A uno se le ve pasar toda la vida de lleno en la maldad, mas hacia el fin de su vida se convierte de su maldad por una rigurosa penitencia; otro parece llevar una vida escogida, y, sin embargo, hacia el fin de la vida le sucede inclinarse a la maldad del error; aquél comienza a obrar bien y acaba mejor; otro se entrega desde sus primeros años a las malas obras, y en las mismas obras malas acaba siendo siempre peor.

Así que ande cada uno tan solícito y temeroso, por cuanto ignora lo que le resta; ya que—cosa que debe repetirse a sí mismo muchas veces y retenerla siempre en la memoria, sin olvidarla—*muchos son los llamados y pocos los escogidos.*

15. Ahora bien, como a veces mueven más a los corazones de los oyentes los ejemplos de los fieles que las palabras de los que enseñan, quiero referiros un ejemplo cercano, que vuestros corazones deben oír con tanto más temor cuanto más de cerca les habla.

Tuvo mi padre tres hermanas que fueron todas tres vírgenes consagradas a Dios; la primera de las cuales se llamaba Társila, Gordiana la segunda, y la otra Emiliana. Animadas del mismo fervor, consagradas a un mismo tiempo, sometidas a estrecha regla, hacían vida común en la propia casa. Después de pasar largo tiempo

en la misma vida, Társila y Emiliana comenzaron a crecer de día en día en el amor del Creador, y, viviendo aquí sólo con el cuerpo, vivían con el alma continuamente en el cielo. Por el contrario, el alma de Gordiana comenzó a entibiarse, a menguar de día en día en el fervor de su amor interno y a volver poco a poco al amor de este mundo. Társila solía decir muchas veces con grande llanto a su hermana Emiliana: Veo que nuestra hermana Gordiana no es de nuestra condición, pues advierto que se derrama al exterior y que no guarda el corazón para lo que se ha propuesto. Ellas procuraban todos los días corregirla suavemente y volverla de la ligereza de costumbres a la gravedad de su hábito; ella, al oír las palabras de corrección, de pronto mostraba gravedad en el rostro; mas, pasada la hora de la corrección, pasaba también aquella sobrepuesta gravedad de recogimiento y de nuevo volvía a la frivolidad en el hablar; gustaba de la compañía de jóvenes mundanas y le era harto enojosa cualquier persona que no estuviera entregada a este mundo. Pero, cierta noche, a esta Társila, que, por su virtud de oración asidua, de vigilante compunción, de abstinencia singular y de gravedad en su vida venerable, había sobresalido entre sus hermanas hasta el honor y la cima de la santidad, se apareció—según ella misma refirió—en una visión mi ascendiente Félix, obispo de esta iglesia romana, y la mostró una mansión de perpetua claridad, diciendo: Ven, que te espero en esta mansión de luz; la cual (Társila), atacada al punto de una fiebre que la sobrevino, llegó a su último día. Y como, cuando mueren las mujeres y varones nobles, acuden muchos a consolar a sus allegados, a la misma hora de su muerte rodearon su lecho muchos hombres y mujeres, entre las que se halló también mi madre; de pronto, al abrir ella los ojos para mirar, vió a Jesús que venía, y con grave reprensión comenzó a clamar a los circunstantes, diciendo: Retiraos, retiraos, Jesús viene; y, fijando su mirada en Aquel a quien veía, aquella alma santa soltóse del cuerpo, y repentinamente se esparció tanta fragancia de un aroma admirable, cuya suavidad mostró, además, a todos que allí había venido el Autor de la suavidad. Y, al ser desnudado su cuerpo para lavarle, según se acostumbra a hacer con los muertos, hallóse que, por su costumbre de orar largamente, en los codos y en las rodillas había crecido la piel a modo de los camellos; y así, la carne muerta atestiguaba lo que su espíritu había practicado siempre en la vida. Todo esto sucedió la víspera del natalicio del Señor; pasado el cual, en seguida aparecióse en visión una noche a su hermana Emiliana, diciendo: Ven, para que, ya que he celebrado sin ti el Nacimiento del Señor, celebre contigo su santa Epifanía. A lo cual ella, temerosa de la salvación de su hermana Gordiana, respondió: Y si voy sola yo, ¿a quién encomiendo nuestra hermana Gordiana? Y con rostro triste, según aseguraba, la dijo de nuevo: Tú ven, pues Gordiana, nuestra hermana, ha sido considerada como una de las del mundo. A esta visión siguió en seguida una molestia del cuerpo, y tal como se había dicho, la víspera de la Epifanía del Señor, agravándose aquella molestia, falleció. Pero Gordiana, así que halló ha-

berse quedado sola, creció en su maldad, y los deseos que antes tenía ocultos en su pensamiento, los llevó después a efecto con su mal proceder, porque, olvidando el temor de Dios, olvidada del pudor y del respeto, olvidada de su consagración, tomó luego por esposo al rentero de sus campos.

He ahí, todas tres habían vivido con el mismo fervor, pero no perseveraron en idéntica vigilancia; porque, según dice el Señor, *muchos son los llamados y pocos los escogidos.*

Os he referido esto para que quien ya se halle obrando bien, no se atribuya a sí mismo las fuerzas del bien obrar, para que nadie confíe en sus buenas obras; porque si bien ya sabe cómo es hoy, no sabe todavía cómo ha de ser mañana. Nadie, por consiguiente, se goce ya seguro de sus buenas obras, mientras en la incertidumbre de esta vida ignora cuál será al cabo el fin que se seguirá.

Y ya que os he referido este caso, que os ha hecho temer de la severidad divina, os referiré todavía otro, también reciente, que consuele con la divina misericordia vuestros corazones atemorizados. Recuerdo haber referido ya este caso en otro sermón (homilía 19), pero vosotros no asististeis.

16. A mi monasterio, que está situado junto a la iglesia de los santos mártires Juan y Pablo, llegó, no hace todavía dos años, cierto hermano, pidiendo ser admitido, el cual, probado durante mucho tiempo en la Regla, fué admitido. Siguióle al monasterio un hermano suyo, no por deseo de conversión, sino por amor carnal. El que había venido para convertirse agradaba mucho a los frailes. Por el contrario, su hermano distaba mucho de la vida y costumbres de él; vivía, no obstante, en el monasterio, más por necesidad que por voluntad, y, aunque en todos sus actos era perverso, todos le sufrían con paciencia por amor a su hermano. Era ligero en el hablar, perezoso en el obrar, elegante en el vestir, desarreglado en las costumbres, y no podía soportar que alguno le hablara del santo hábito. Su vida había llegado a hacerse enojosa a todos los hermanos; pero, no obstante, como se ha dicho, en atención a su hermano, todos la toleraban. Despreciaba sobremanera a quien le decía algo acerca de que se corrigiese de su maldad. No podía, no ya hacer cosa buena, pero ni siquiera oírla. Protestaba, jurando, irritándose y burlándose, que jamás adquiriría la costumbre de hablar santamente. Pero, en esta peste que hace poco arrebató a gran parte de la población de esta ciudad, fué atacado de un tumor en la ingle y puesto en trance de muerte. Estando para expirar, reuniéronse los frailes para proteger con sus oraciones su partida; ya su cuerpo estaba exteriormente muerto; sólo en el pecho alentaba aún el calor vital; y todos los frailes comenzaron a orar por él con tanto más fervor cuanto más rápidamente veían que se quedaba muerto, cuando de repente, con todo el esfuerzo que podía, comenzó a clamar a los frailes presentes y a interrumpir las oraciones de ellos, diciendo: Retiraos, ved que he sido entregado al dragón para que me devore, el cual, por vuestra presencia, no puede devorarme; ya tiene metida en su boca mi cabeza; dejadle,

para que no me atormente más y haga lo que ha de hacer; pues, si he sido entregado a él para que me devore, ¿por qué he de estar sufriendo con su retraso por vuestra presencia? Los hermanos entonces comenzaron a decirle: ¿Qué es, hermano, lo que estás diciendo? Sígnate con la señal de la santa cruz. El respondía del modo que le era posible, diciendo: Yo quiero signarme, pero no puedo, porque me oprime el dragón. Al oír esto los hermanos, postrados en tierra, comenzaron a pedir con lágrimas y mayor fervor por la salvación de él; y he aquí que, repentinamente aliviado el enfermo, gozoso, comenzó a levantar la voz, en cuanto podía, diciendo: Gracias a Dios; ved que ya huye el dragón, que se había apoderado de mí para devorarme; vuestras oraciones le han puesto en fuga y no ha podido estar; rogad ahora por mis pecados, porque estoy dispuesto a convertirme y abandonar totalmente la vida mundana.

De manera que aquel hombre que, como se ha dicho, hallábase ya exteriormente muerto, habiendo recobrado la vida, se convirtió a Dios de todo corazón. Adoctrinado en la nueva vida con largos y continuos flagelos, pocos días después, habiéndose agravado la enfermedad, murió. El cual ya no vió al dragón al morir, porque le venció con el cambio de vida.

Ya lo veis, hermanos míos; Gordiana, de quien antes hablé, desde la santidad de la vida monacal cayó precipitada en el castigo; y este hermano de quien os he referido esto, desde el mismo punto de la muerte volvió a la vida eterna. Nadie, pues, sabe lo que Dios en sus ocultos juicios tiene dispuesto de él, porque *muchos son los llamados y pocos los escogidos.*

Por consiguiente, puesto que nadie está seguro de ser elegido, resta que todos deben estar temerosos. Teman todos de sus acciones; gócense todos únicamente en la misericordia divina; ninguno presuma de sus fuerzas.

Uno solo hay que asegure nuestra esperanza, a saber, Aquel que se dignó unir a sí nuestra naturaleza, Jesucristo, que vive y reina con el Padre, en unidad del Espíritu Santo, Dios, por todos los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA XIX [XXXIX]

(Dirigida al pueblo en la basílica de Juan, llamada Constantiniana.)

Lección del santo Evangelio según San Lucas (19,41-47)

En aquel tiempo, al llegar Jesús cerca de Jerusalén, poniéndose a mirar esta ciudad, derramó lágrimas sobre ella, diciendo: ¡Ah, si conocieses también tú, por lo menos en este día que se te ha dado, lo que puede atraerte la paz! Mas ahora está todo ello oculto a tus ojos. Vendrán días sobre ti en que tus enemigos te circunvalarán, y te rodearán, y te estrecharán por todas partes; y te arrasarán con los hijos tuyos que tendrás encerrados dentro de ti, y no dejarán en ti piedra

sobre piedra, por cuanto has desconocido el tiempo en que Dios te ha visitado. Y, habiendo entrado en el templo, comenzó a echar fuera a los que vendían y compraban en él, diciéndoles: Escrito está: Mi casa es casa de oración; mas vosotros la tenéis hecha una cueva de ladrones. Y enseñaba todos los días en el templo.

1. Pretendo, si me es posible, exponer en pocas palabras la breve lección evangélica, para que puedan meditar más largamente sobre ella los que ya saben de poco deducir mucho.

Que el Señor, llorando, describe la ruina de Jerusalén, llevada a cabo por los emperadores romanos Vespasiano y Tito, no lo ignoran quienes hayan leído la historia de la destrucción de la misma; pues señalados están los emperadores romanos con decir: *Vendrán días sobre ti en que tus enemigos te circunvalarán, y te rodearán, y te estrecharán por todas partes, y te arrasarán con los hijos tuyos que tendrás encerrados dentro de ti;* y también esto que sigue: *Y no dejarán en ti piedra sobre piedra.* Además lo atestigua la misma transmigración de la ciudad, porque, al ser ahora construída en el mismo lugar donde el Señor había sido crucificado fuera de las puertas, según se dice, aquella primera Jerusalén fué totalmente arrasada.

Y a quién se atribuye la culpa del castigo de su destrucción, se añade: *Por cuanto has desconocido el tiempo en que Dios te ha visitado.* En efecto, el Creador de los hombres se dignó visitarla por el misterio de su encarnación, pero ella no se acordó del temor ni del amor que se le debía. Por eso, para echar también en cara la ingratitud del corazón humano, el profeta presenta las aves del cielo en testimonio contra tal ingratitud, cuando dice (Ier. 8,7): *El milano conoce por la atmósfera su tiempo; la tórtola, la golondrina y la cigüeña saben distinguir constantemente la estación o tiempo de su transmigración; pero mi pueblo no ha conocido el juicio del Señor.*

Mas antes hay que averiguar qué sea eso que se dice: *Poniéndose a mirar esta ciudad, derramó lágrimas sobre ella, diciendo: ¡Ah, si conocieses también tú!* De manera que el Redentor fué el primero en llorar la ruina de la ciudad, cosa que la misma ciudad no sabía que había de suceder, y a la cual dice el Señor llorando: *¡Ah, si conocieras también tú!*; sobrentiende: llorarías tú, que ahora saltas en gozo, porque no sabes lo que te amenaza.

También por eso se añade: *Por lo menos en este día que se te ha dado, lo que puede atraerte la paz;* porque, cuando se entregaba a las concupiscencias de la carne y no preveía los males que la amenazaban, entonces tenía lo que podía atraerle la paz. Y por qué consideraba que los bienes presentes podían darle la paz, se declara cuando se dice: *Mas ahora está todo oculto a tus ojos;* pues, si no estuvieran ocultos a los ojos de su corazón los males que la amenazaban, no se habría alegrado de la prosperidad presente. Y también se agrega en seguida el castigo que a la misma amenazaba por parte de los emperadores romanos, según antes dije; y después de describir el castigo, añádese lo que hizo el Señor, que *entró en el templo y comenzó a arrojar de él a los que compraban y vendían en él, diciéndoles:*

doles: Escrito está: Mi casa es casa de oración, mas vosotros la tenéis hecha una cueva de ladrones.

2. Después de haber narrado los males venideros, en seguida entró en el templo para arrojar de él a los que allí se dedicaban a vender y a comprar; con lo que, en verdad, puso de manifiesto que la ruina del pueblo sobrevino principalmente por culpa de los sacerdotes; porque con describir la ruina y castigar a los que vendían y compraban en el templo, con el resultado de lo que El hacía mostró de dónde procedía la raíz de la perdición.

Ahora bien, según sabemos por el testimonio de otro evangelista, en el templo vendíanse palomas; y ¿qué se significa por la paloma sino el don del Espíritu Santo? Luego arroja del templo a los que vendían y compraban, porque condena tanto a los que conceden la imposición de manos mediante precio cuanto a los que pretenden comprar el don del Espíritu Santo.

En seguida, refiriéndose al templo, se añade: *Mi casa es casa de oración; mas vosotros la tenéis hecha una cueva de ladrones;* pues sin duda que los que residían en el templo para recibir las ofrendas amenazarían con perjuicios a los que no los ofrecían; habíase, por tanto, convertido la casa de oración en cueva de ladrones, porque habían aprendido a asistir al templo para esto, o para cuidar de perjudicar corporalmente a los que no ofrecían dones, o para causar la ruina espiritual a los que los daban.

Mas, como nuestro Redentor no niega la palabra de la predicación ni a los indignos ni a los ingratos, después de haber aplicado el rigor de la disciplina a los perversos, en seguida ofrece el don de su gracia, pues se añade: *Y enseñaba todos los días en el templo.*

3. Ya hemos recorrido esta lección, exponiéndola brevemente, conforme a la historia; pues bien, ya que sabemos que Jerusalén fué arrasada y que de su ruina se ha convertido en mejor, puesto que sabemos que los ladrones son arrojados del templo y que el mismo templo ha sido demolido; de estas cosas exteriores debemos hacer alguna aplicación semejante para lo interior, y de la demolición de las paredes de los edificios, temer la ruina de los muros interiores.

Poniéndose a mirar la ciudad, derramó lágrimas sobre ella, diciendo: ¡Ah, si conocieras también tú! Nuestro Redentor hizo esto una sola vez, cuando anunció que la ciudad sería arrasada; mas no cesa de hacerlo a diario por sus elegidos cuando considera que algunos han pasado de una vida virtuosa a costumbres reprobables. Llora, pues, por aquellos que no saben por qué deben llorar, los cuales, según dice Salomón (Prov. 2,14), *se gozan en el mal que han hecho y hacen gala de su maldad;* los cuales, si conocieran la condenación que les amenaza, se llorarían a sí mismos con lágrimas de elegidos.

Y qué bien cuadra al alma amenazada de perecer la sentencia que se añade: *Por lo menos en este día que se te ha dado, lo que puede atraerte la paz. Mas ahora está todo ello oculto a tus ojos.*

El alma perversa, que goza en el tiempo transitorio, tiene aquí su día, al cual acompaña lo que puede atraerle la paz; porque

mientras se goza en las cosas temporales, mientras se engríe con los honores, mientras se entrega a la voluptuosidad de la carne, mientras no la asusta temor alguno del futuro castigo, tiene paz en el día suyo el alma que en el día ajeno experimentará la grave desgracia de su condenación; pues ella tendrá que estar afligida donde los justos se alegrarán, y cuanto ahora la sirve de paz, entonces se trocará en la amargura de la desesperación, porque comenzará a acusarse a sí misma: ¿por qué no evitó la condenación que sufre?, ¿por qué cerró los ojos del alma para no ver los males que habían de seguirse? Por eso se le dice: *Mas ahora está todo ello oculto a tus ojos.*

En efecto, el alma pervertida, dedicada a las cosas presentes, entregada a las concupiscencias terrenas, se oculta a sí misma los males que se han de seguir, porque rehuye el prever las cosas futuras que perturban la presente alegría, y abandonándose a los halagos de la vida presente, ¿qué otra cosa hace sino ir con los ojos cerrados al fuego? Por eso, con razón está escrito (Eccli. 11,27): *En los días buenos no te olvides de los días malos;* y, por lo mismo, se dice por San Pablo (1 Cor. 7): *Los que gozan, como si no gozaran:* porque, si algún gozo se tiene en esta vida, se ha de tener de manera que jamás se aparte de la memoria el amargor del juicio venidero, a fin de que el alma temerosa, estando afectada por el miedo del castigo eterno, cuanto ahora mitigue la alegría presente, tanto aplaque después la ira futura; pues a este propósito está escrito (Prov. 28,14): *Bienaventurado el hombre que está siempre temeroso; pero el de corazón duro se precipitará en la maldad;* porque tanto más rigurosa se sufrirá luego la ira del juicio futuro cuanto menos se la teme ahora en medio de los pecados.

4. Prosigue: *Vendrán días sobre ti en que tus enemigos te circunvalarán.* ¿Quiénes son, pregunto, los mayores enemigos del alma humana sino los espíritus malignos que asedian al salir de este mundo al alma, a la cual incitan con engañosos deleites cuando se entregaba al amor carnal? Y la cincunvalan porque, disminuyendo ante los ojos de su mente las iniquidades que ha cometido, la llevan forzada a su condenación, de manera que, sorprendida ya a lo último de su vida, vea qué enemigos la han cercado y, sin embargo, no pueda hallar salida para evadirlos; porque ya no le es permitido obrar el bien que despreció cuando le estuvo permitido hacerlo.

De los cuales enemigos puede entenderse bien lo que sigue: *Te rodearán y te cercarán por todas partes.* En efecto, los malignos espíritus cercan por todas partes, echándola en cara las iniquidades, no sólo las de obra, sino las de palabra y hasta las de pensamiento, para que ella, que antes anduvo muy a sus anchas en el delito, al fin se vea estrechada por todas sus iniquidades en la retribución.

Prosigue: *Y te arrasarán con los hijos tuyos que tendrás encerrados dentro de ti.* Entonces el alma, al conocer su responsabilidad, caerá a tierra cuando la carne, que creyó ser su vida, se vea urgida

a convertirse en polvo. Entonces caen sus hijos en la muerte cuando los pensamientos ilícitos, que hasta entonces de ella brotan, en la venganza final de la vida se desvanezcan, según está escrito (Ps. 145, 4): *Entonces se desvanecerán todos sus proyectos*, los cuales (pensamientos malos) puede entenderse que están significados en las piedras, pues prosigue: *Y no dejarán en ti piedra sobre piedra*, ya que el alma pervertida, cuando a un pensamiento malo añade otro peor, ¿qué otra cosa hace sino poner piedra sobre piedra? Mas en la ciudad destruída no queda piedra sobre piedra, porque, cuando el alma viene a ser castigada, todo aquel edificio de sus pensamientos se desmorona.

5. Y el porqué padece esto se dice a continuación: *Por cuanto has desconocido el tiempo en que Dios te ha visitado*. Dios omnipotente ha solido visitar de muchos modos al alma pervertida; porque constantemente la visita con sus preceptos, a veces castigándola, otras veces con algún milagro, para que oiga las verdades que desconocía y, aunque todavía se muestre soberbia y despreciadora, o bien, se convierta, punzada por el dolor, o bien, rendida por los beneficios, se avergüence del mal que ha hecho.

Pero, porque no conoce el tiempo en que Dios la visita, al fin de su vida es entregada a aquellos enemigos con los cuales se junta en compañía por el juicio irrevocable de eterna condenación, conforme a lo que está escrito (Lc. 12,58): *Cuando vas junto con tu contrario ante el magistrado, haz en el camino todo lo posible por librarte de él, no sea que por fuerza te lleve al juez, y el juez te lleve al alguacil, y el alguacil te meta en la cárcel*. Ahora bien, nuestro contrario en el camino es la palabra de Dios, la cual se opone a nuestros apetitos carnales en la vida presente; de la cual se libra el que se somete humilde a sus preceptos; de otra suerte, el contrario le entrega al juez, y el juez al alguacil, porque el pecador, culpable de haber despreciado la palabra del Señor, será llevado ante el tribunal del juez; y el juez le entregará al alguacil, porque permitirá que sea entregado al maligno espíritu para que le castigue, y así él mismo lleve forzada al alma al castigo del cuerpo, por lo mismo que voluntariamente consintió en él por la culpa; y el alguacil le mete en la cárcel, porque es recluído en el infierno por el espíritu maligno hasta que llegue el día del juicio, y desde entonces sea atormentado juntamente con él en las llamas del infierno.

6. Una vez terminada la ruina de la ciudad—que es el símil que nosotros hemos aplicado al alma que se condena—, en seguida se añade: *Y, habiendo entrado en el templo, comenzó a echar fuera a los que vendían y compraban en él*.

A la manera que el templo de Dios está en medio de la ciudad, así también está en medio del pueblo fiel la vida de los religiosos. Y con frecuencia algunos toman el hábito religioso, y, cuando llegan a recibir los sagrados órdenes, convierten el misterio de la santa religión en comercio de granjería terrena.

En efecto, son vendedores en el templo los que administran por precio lo que a algunos se les debe por obligación; pues vender la

justicia es administrarla por el precio recibido; y son compradores en el templo los que no quieren pagar al prójimo lo que es justo, y los que, no haciendo caso de cumplir lo que tienen de obligación, compran su pecado con dar premio a quien debía obligarlos. A los cuales se dice con razón: *Mi casa es casa de oración, mas vosotros la tenéis hecha una cueva de ladrones;* porque, como a veces ocupan un puesto en la religión hombres perversos, en ese puesto en que debían vivificar a los prójimos interponiendo sus oraciones, en ese mismo puesto les dan la muerte con los filos de su maldad.

7. También es templo y casa de Dios el alma y la conciencia de los fieles, los cuales, si alguna vez proyectan malos pensamientos en daño del prójimo, están como ladrones en la cueva, y dan muerte a los que proceden con sencillez cuando dañan a los que no son culpables de nada; pues el alma del fiel ya no es casa de oración, sino cueva de ladrones, cuando, abandonando la inocencia y la sencillez de la santidad, se propone hacer lo que pueda perjudicar al prójimo.

Ahora bien, como, contra todas estas maldades, las palabras de nuestro Redentor nos instruyen incesantemente por medio de las Sagradas Escrituras, todavía sigue hasta hoy haciendo lo que se refiere que hizo entonces cuando se dice: *Y enseñaba todos los días en el templo.*

La Verdad enseña todos los días en el templo, puesto que instruye al alma fiel en la manera de evitar diestramente los pecados. Pero nosotros debemos saber que entonces nos instruímos verdaderamente con las palabras de la Verdad cuando con temor y constancia meditamos nuestros castigos eternos, conforme a esto que dice un seguro sabio (Eccli. 7,40): *En todas tus acciones acuérdate de tus postrimerías, y nunca jamás pecarás.* Efectivamente, debemos meditar cada día en lo que hemos oído de los labios mismos de nuestro Redentor: *Por lo menos en este día que se te ha dado, lo que puede atraerte la paz.*

Mientras que el severo juez espera y no pone todavía la mano para castigar, mientras parece que el tiempo nos asegura en cierto modo contra el castigo de la venganza final, debemos pensar en el castigo venidero, y meditando, gemir; y gimiendo, tener siempre presentes los pecados que hemos cometido; y teniéndolos presentes, llorarlos, y llorándolos, borrarlos. No nos distraiga prosperidad alguna de pasajera alabanza y regocijo, ni ofusquen los ojos de nuestra alma las cosas transitorias, no sea que nos lleven ciegos al infierno. Que, si discretamente se piensa, de los labios de la Verdad se aprende la importancia que tiene el despreciarle, puesto que al negligente y que no atiende a lo futuro dice: *Por lo menos en este día que se te concede, lo que puede atraerte la paz. Mas ahora todo ello está oculto a tus ojos.*

8. Es, por tanto, muy digno de meditarse cuán terrible será para nosotros la hora de nuestra muerte, qué pavor ante los castigos que hemos merecido, cuán vivo entonces el recuerdo de todos los pecados, cómo se olvida la felicidad pasada, qué miedo y respeto

al Juez. ¿Cuál, pues, de las cosas presentes debe sernos deleitable, cuando, una vez pasadas todas ellas, no puede pasar lo que nos amenaza, y cuando, además, se acaba también para siempre todo lo que aquí se ama y principia aquello donde el dolor no acaba nunca? Entonces los espíritus malignos demandan sus obras al alma que sale; entonces recuerdan las maldades que la persuadieron para llevarla en su compañía a los tormentos.

Mas ¿por qué decimos esto solamente del alma perversa, siendo así que también sucede a los elegidos que parten de este mundo, requiriendo algo suyo en ellos, por si pudieran triunfar, ya que, de entre los hombres, uno solo ha existido que antes de su pasión dijo con segura palabra (Io. 14,30): *Ya no hablaré mucho con vosotros, porque viene el príncipe de este mundo, aunque no hay en mí cosa que le pertenezca?* Y es que, como le vió hombre mortal, creyó el príncipe de este mundo que podía encontrar en El algo; pero el que vino al mundo sin pecado, también sin pecado alguno salió de la corrupción de este mundo.

No se atrevió a decir esto contra el príncipe del mundo ni siquiera Pedro, que mereció oír (Mt. 16,19): *Todo lo que atares sobre la tierra, quedará atado en el cielo, y todo lo que desatares en la tierra, quedará desatado en el cielo.* Tampoco se atrevió a decir esto Pablo, quien antes de pagar su tributo a la muerte había penetrado en los secretos del cielo. Ni se atrevió a decirlo Juan (21,20), quien, por sobresalir en el amor, se reclinó en la cena sobre el pecho de su Redentor.

Y es que, habiendo dicho el profeta (Ps. 50,7): *Mira que fuí concebido en iniquidad y que mi madre me concibió en pecado,* no puede estar sin pecado en este mundo quien a él ha venido con culpa. Y por eso el mismo profeta dice (Ps. 142,2): *Ningún viviente puede aparecer justo en tu presencia;* y, por lo mismo, Salomón dice (Eccl. 7,21): *No hay en la tierra hombre justo que haga el bien y no peque;* y por lo mismo dice San Juan (1.ª 1,8): *Si dijéremos que no tenemos pecado, nosotros mismos nos engañamos y no hay verdad en nosotros;* y Santiago dice (3,2): *Todos tropezamos en muchas cosas.*

Consta, pues, que, en todos los que han sido concebidos en la concupiscencia de la carne, el príncipe de este mundo ha tenido, sin duda, algo suyo, ya en las obras, ya en las palabras, ya en el pensamiento; mas, o no ha podido arrebatarlos después, o no pudo antes hacerlos suyos, porque los libró de sus deudas quien, sin deber nada, pagó tributo a la muerte por nosotros, a fin de que nuestras deudas no nos retuvieran bajo el poder de nuestro enemigo, puesto que el Mediador entre Dios y los hombres, el hombre Jesucristo, pagó gratuitamente por nosotros lo que El no debía. De manera que el que satisfizo por nosotros la muerte del cuerpo, que El no debía, nos libró de la muerte del alma, que nosotros debíamos. Por eso dice: *Viene el príncipe de este mundo, pero en mí no tiene cosa alguna.*

Nosotros debemos, por tanto, procurar y pensar con grandes lamentos cuán rabioso y terrible nos asaltará en el día de nuestra

muerte el príncipe de este mundo, reclamando sus obras en nosotros, pues que acudió a Dios, que moría en la carne, y hasta buscó algo en El, en quien nada suyo pudo hallar. Pues ¿qué hemos de decir o qué hemos de hacer nosotros, que hemos cometido muchos pecados? [9.] ¿Qué diremos al enemigo que reclama y que halla en nosotros muchas cosas suyas sino solamente que tenemos un refugio seguro y una firme esperanza, porque nos hemos hecho una misma cosa con Aquel en quien el príncipe de este mundo también reclamó algo suyo, pero nada pudo hallar, porque sólo El está libre entre los muertos (Ps. 87,5), y que ya hemos sido librados del pecado con una verdadera libertad, porque estamos unidos a Aquel que es verdaderamente libre?

Consta, sí, y no podemos negarlo, y confesamos en verdad que el príncipe de este mundo tiene muchas cosas en nosotros; pero, con todo, al tiempo de nuestra muerte, ya no puede arrebatarnos, porque hemos sido hechos miembros de Aquel en quien El no tiene parte alguna.

Mas ¿qué aprovecha el que estemos unidos por la fe a nuestro Redentor, si nos separamos de El por las costumbres?; pues El dice (Mt. 7,21): *No todo aquel que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos.* Es necesario, pues, juntar a la fe verdadera las buenas obras. Lavemos con llantos diarios los pecados que hemos cometido; suplan con ventaja a nuestras pasadas maldades las buenas obras nacidas del amor de Dios y del prójimo; no rehusemos prestar a nuestros hermanos todo el bien que nos sea posible, pues no de otro modo nos hacemos miembros de nuestro Redentor sino uniéndonos a Dios y compadeciendo a nuestros prójimos.

10. Ahora bien, como, por lo común, los ejemplos, más que las palabras, mueven los corazones de los oyentes al amor de Dios y del prójimo, de buena gana quiero manifestaros, hermanos carísimos, que este hijo mío, que está presente, Epifanio Diácono, nacido en la provincia de Isauria, suele contar un milagro ocurrido en el vecino país de Licaonia. Dice, pues, que en ella hubo un monje de vida muy venerable, llamado Martirio, el cual se dirigía desde su monasterio a visitar otro monasterio, al cual iba ya delante el padre espiritual, y yendo de camino halló un leproso, a quien la enfermedad de la lepra había desfigurado con profundas llagas por los miembros, el cual quería volver a su morada, pero no podía por su desfallecimiento. Manifestaba tener su morada en el mismo camino por el que se apresuraba a ir el monje Martirio; y el varón de Dios, compadecido del desfallecimiento del leproso, echó, decidido, en tierra el manto con que se cubría y le extendió y sobre él colocó al leproso, y envolviéndole todo en el manto, le echó sobre sus hombros y, caminando, le llevó con él. Cuando ya se acercaba a las afueras del monasterio, el padre espiritual del mismo monasterio comenzó a clamar con grandes voces: Corred, abrid pronto las puertas del monasterio, porque viene el hermano Martirio trayendo a cuestas al Señor. Mas tan pronto como Martirio llegó a la puerta del convento, aquel que parecía ser un leproso, desprendiéndose de

su cuello y apareciendo en la figura en que suele ser reconocido por los hombres el Redentor del género humano, Dios y hombre, Jesucristo, subióse al cielo, viéndole Martirio, a quien, cuando subía, dijo: Martirio, tú no te has avergonzado de mí en la tierra, yo no me avergonzaré de ti en los cielos. Al punto de entrar en el monasterio el santo varón, díjole el padre del monasterio: Hermano Martirio, ¿dónde está aquel a quien traías a cuestas? Al cual respondió él diciendo: Si yo hubiera sabido quién era, me hubiera postrado a sus pies. Entonces contó el mismo Martirio que, cuando le llevaba, no había sentido peso alguno. Y no es maravilla: ¿cómo había de sentir el peso de aquel que llevaba a quien con El iba cargado?

De este suceso debemos deducir nosotros cuánto vale la compasión fraterna; cuánto nos unen a Dios omnipotente las entrañas misericordiosas, pues entonces nos acercamos al que está sobre todas las cosas cuando, compadeciéndonos del prójimo, nos humillamos a nosotros mismos.

En las cosas temporales, nadie toca las alturas sino quien se eleva; pero en las cosas espirituales cierto es que, cuanto más nos abajamos por la compasión hacia el prójimo, tanto más de veras nos acercamos a lo alto.

Ahí tenéis que, para edificación nuestra, no le bastó al Redentor del género humano el manifestar que en el último juicio ha de decir (Mt. 25,40): *Siempre que lo hicisteis con alguno de estos hermanos más pequeños, conmigo lo hicisteis,* sino que aun antes del juicio quiso mostrar en sí mismo lo que había dicho, para probar que a todo el que ahora hace bien a los indigentes, El mismo le concede de un modo especial lo que por su amor hubiera hecho, y tanto mayor recompensa recibe uno cuanto menos desprecia a quien parece más digno de desprecio. ¿Qué cosa hay en la carne humana más sublime que la carne de Cristo, que está levantada sobre los ángeles? Y ¿qué cosa hay en la carne humana más abyecta que la carne de un leproso, que se desprende de las llagas inflamadas y que está saturada de los hedores que exhala? Pues ved que apareció en la figura de un leproso, y el que es digno de ser reverenciado sobre todas las cosas no tuvo por indigno el parecer despreciable sobre todas las cosas. ¿Y esto por qué sino para enseñarnos a nosotros, tardos en comprender, que todo el que se dispone diligente a acompañarle a El, que está en el cielo, no debe rehusar el humillarse en la tierra y compadecer a los hermanos abyectos y más despreciables?

Me propuse hablaros brevemente, hermanos carísimos; pero, como no está en manos del hombre su camino, no puede detenerse la palabra que se desliza, de la cual dispone el mismo de quien hablamos, el cual vive y reina con el Padre, en unidad del Espíritu Santo, Dios, por todos los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA XX [XL]

(Dirigida al pueblo en la basílica de San Lorenzo Mártir en la dominica primera después de Trinidad.)

Lección del santo Evangelio según San Lucas (16,19-31)

En aquel tiempo, Jesús propuso esta parábola: Hubo cierto hombre rico que vestía de púrpura y de lino finísimo y tenía cada día espléndidos banquetes. Al mismo tiempo vivía un mendigo llamado Lázaro, el cual, cubierto de llagas, yacía a la puerta de éste, deseando saciarse con las migajas que caían de la mesa del rico; mas nadie se las daba; pero los perros venían y lamíanle las llagas. Sucedió, pues, que murió dicho mendigo, y fué llevado por los ángeles al seno de Abrahán. Murió también el rico, y fué sepultado en el infierno. Y cuando estaba en los tormentos, levantando los ojos, vió a lo lejos a Abrahán y a Lázaro en su seno. Y exclamó diciendo: Padre Abrahán, compadécete de mí y envíame a Lázaro para que, mojando la punta de su dedo en agua, me refresque la lengua, pues me abraso en estas llamas. Respondióle Abrahán: Hijo, acuérdate que recibiste bienes durante tu vida, y Lázaro, al contrario, males; y así, éste ahora es consolado, y tú atormentado. Fuera de que entre nosotros y vosotros está de por medio un abismo insondable; de suerte que los que de aquí quisieran pasar a vosotros no podían, ni tampoco de ahí pasar acá. Ruégote, pues, ¡oh Padre!, replicó el rico, que le envíes a casa de mi padre, donde tengo cinco hermanos, a fin de que los aperciba, y no les suceda a ellos el venir también a este lugar de tormentos. Replicóle Abrahán: Tienen a Moisés y a los profetas; escúchenlos. No, dijo él, ¡oh padre Abrahán!; pero, si alguno de los muertos fuere a ellos, harán penitencia. Respondióle Abrahán: Si a Moisés y a los profetas no los escuchan, aun cuando uno de los muertos resucite, tampoco le creerán.

1. En las palabras de la Sagrada Escritura debe, ante todo, hermanos carísimos, mantenerse la verdad histórica, y después debe averiguarse el sentido espiritual mediante la inteligencia de la alegoría; pues fácilmente se comprende el sentido de la alegoría cuando se apoya en la raíz de la verdad histórica.

Mas, como a veces la alegoría edifica la fe, y la historia la moralidad, nosotros, que, gracias a Dios, hablamos a los que ya son fieles, creemos no estar fuera de lugar el que hablemos alterando aquel orden, y, supuesto que ya tenéis la fe verdadera, debéis primero oír brevemente algo referente a la alegoría y reservar para el fin de nuestra exposición lo que del sentido moral de la historia os es muy necesario conocer, ya que, por lo regular, suele recordarse mejor lo último que se ha oído.

Tratemos, pues, brevemente el sentido alegórico para que podamos llegar más pronto a lo espacioso del sentido moral.

2. *Hubo cierto hombre rico que se vestía de púrpura y de lino finísimo y tenía cada día espléndidos banquetes.* ¿A quién, hermanos

carísimos, a quién figura este rico que se vestía de púrpura y de hilo finísimo y que tenía cada día espléndidos banquetes sino al pueblo judío, que en su vida exterior practicaba el culto y que se valía del regalo de la Ley, que había recibido, para su ostentación y no para su provecho? ¿Y a quién representa Lázaro lleno de úlceras sino al pueblo gentil, que, como se convirtió a Dios y no se avergonzó de confesar sus pecados, tuvo la llaga en la piel? Porque el virus procede del interior a las llagas de la piel y por ahí sale fuera; pues ¿qué es la confesión de los pecados sino cierta manifestación de las llagas, puesto que el virus del pecado, que estaba perniciosamente oculto en el alma, se descubre saludablemente en la confesión? De manera que las llagas de la piel sacan a la superficie el humor de la podredumbre, y, confesando los pecados, ¿qué otra cosa hacemos sino descubrir el mal que estaba en nosotros oculto?

Pero *Lázaro*, ulcerado, *deseaba saciar su hambre con las migajas que caían de la mesa del rico, y nadie se las daba;* porque aquel pueblo soberbio tenía a menos el admitir a un gentil al conocimiento de la Ley; y como él se valió de la Ley, no para practicar la caridad, sino para ensoberbecerse, dió en hacer ostentación de los dones recibidos; y, como de la ciencia le fluían las palabras, era como que de la mesa caían las migajas.

En cambio, *los perros lamían las llagas del pobre que yacía en tierra.* A veces en la Sagrada Escritura suele entenderse por perros a los predicadores, porque, en efecto, la lengua de los canes, al lamer las llagas, las cura; y los santos predicadores, cuando nos enseñan a confesar nuestro pecado, es como que tocan con su lengua la llaga del alma; y cuando, predicándonos, nos sacan del pecado, es como que tocando la llaga nos vuelven a la salud.

Ahora bien, que con el nombre de canes se significa la lengua de los predicadores, lo dice el Señor por el Salmista (Ps. 67,24): *La sangre de tus enemigos, y lamerla han las lenguas de tus mastines.* En efecto, de entre los judíos fueron elegidos los santos predicadores para los infieles; los cuales predicadores, saliendo en defensa de la verdad por servir a Dios, dieron, por así decirlo, grandes ladridos contra los ladrones y salteadores. Y, al contrario, en reproche de algunos predicadores se dice (Is. 56,10): *Perros mudos, impotentes para ladrar.*

Luego, cuando los santos predicadores condenan los pecados, pero recomiendan la confesión de los pecados, diciendo (Iac. 5,16): *Confesad vuestros pecados uno a otro y orad los unos por los otros, para que seáis salvos,* es como que los canes lamen las llagas de Lázaro. Los santos doctores, pues, cuando reciben la confesión de los gentiles, vuelven a la salud las heridas de las almas de éstos. De ahí que Lázaro está bien traducido por *ayudado,* porque le ayudan a levantarse los que lamen sus llagas con la lengua de la corrección.

El lamer de los canes puede también significar la lengua terrible de los aduladores, ya que de éstos es propio el lamer nuestras heridas, porque comúnmente suelen celebrar con grandes aplausos los mismos pecados que nosotros mismos nos reprochamos.

Pero sucedió que ambos murieron: el rico, que se vestía de púrpura y de lino finísimo, fué sepultado en el infierno; en cambio, Lázaro fué llevado por los ángeles al seno de Abrahán.

¿Qué significa el seno de Abrahán sino el descanso reservado a los santos Padres? Del cual dice la Verdad (Mt. 8,11): *Vendrán muchos gentiles del Oriente y del Occidente y estarán a la mesa con Abrahán, con Isaac y con Jacob en el reino de los cielos, mientras que los hijos del reino* (los judíos) *serán echados a las tinieblas exteriores.*

Rectamente, pues, se llama hijo del reino a aquel de quien se dice que se vestía de púrpura y de lino finísimo, el cual desde lejos levanta sus ojos para ver a Lázaro, porque, mientras los infieles sufren en el infierno los suplicios de su condenación, antes del día del juicio final contemplan por encima de ellos en el descanso a los fieles, el gozo de los cuales no pueden contemplar ya después en modo alguno. Y en verdad que está lejos lo que ven, puesto que no llegan allí por su culpa.

Y se declara que se abrasa más en la lengua, puesto que dice: *Envíame a Lázaro para que, mojando la punta de su dedo en agua, me refresque la lengua, pues me abraso en estas llamas.* El pueblo infiel tuvo en su boca las palabras de la Ley, que no quiso practicar con las obras; por tanto, se abrasará más allí por donde manifestó saber lo que no quiso cumplir. Por lo cual, de los doctos, pero negligentes, se dice con razón por Salomón (Eccl. 6,7): *Todo el afán del hombre es para su boca, mas su alma no quedará por esto saciada.*

Quienquiera que trabaja solamente para saber lo que debe hablar, deja su alma ayuna y vacía del alimento de su misma ciencia.

Desea que le toque la punta del dedo, porque el condenado a los suplicios eternos desea participar de la obra de los justos, aun de la más insignificante y mínima. Al cual se le responde que en esta vida ha recibido bienes porque creyó que todo su gozo estaba en esta felicidad transitoria.

También los justos pueden tener bienes en esta vida, pero no los consideran como recompensa, porque, como apetecen bienes mejores, esto es, los eternos, a juicio de ellos, aunque abunden en bienes, con sus santos deseos los agostan y no los tienen por bienes. De ahí que el profeta David, que abundaba en riquezas de su reino y muchos dones, por más que comprendiese que estos bienes le eran necesarios, sin embargo, un solo bien era el que anhelaba con todo el ardor, diciendo (Ps. 72,28): *Todo mi bien es estar unido con Dios.*

Y, a todo esto, es de notar que se le dice: *Acuérdate, hijo.* Ved, pues, que Abrahán llama *hijo* al que, sin embargo, no libra del tormento, porque los Padres fieles que precedieron a este pueblo infiel, al considerar que muchos se desviaron de su fe, no se compadecen de ellos para sacarlos del tormento, aunque los reconocen por hijos en cuanto a la carne.

Y el rico que se halla en medio de los tormentos, dice que tiene cinco hermanos, porque el soberbio pueblo judío, que ya en su mayor parte ha sido condenado, ha conocido que los secuaces suyos que ha dejado en la tierra se han entregado a la inteligencia carnal

de los cinco libros de Moisés o se han consagrado a satisfacer los cinco sentidos corporales, y por eso declara haber dejado cinco hermanos. Y porque, hallándose él en el infierno, se lamenta de los que no se levantan a la inteligencia espiritual, pide que Lázaro sea enviado a ellos.

Al cual se dice que ya tienen a Moisés y a los profetas. Pero él replica que no creerán si no ven algún resucitado de entre los muertos, y en seguida se le responde: *Si no oyen a Moisés y a los profetas, aunque resucite alguno de los muertos, no le creerán.*

En efecto, de Moisés dice la Verdad (Io. 5,46): *Si creyeseis a Moisés, me creeríais a mí también, pues de mí escribió él.* Se cumple, pues, lo que se le respondió por Abrahán, ya que el Señor resucitó de entre los muertos; pero aquel pueblo judío, como no quiso creer a Moisés, tampoco quiso creer al que había resucitado de entre los muertos; y como rehusó entender espiritualmente las palabras de Moisés, no se llegó a Aquel de quien había hablado Moisés.

3. Baste, hermanos carísimos, esto que hemos expuesto sucintamente, para indicar los misterios de la alegoría; ahora apréstese el alma a desentrañar más ampliamente el sentido moral de lo sucedido.

Hubo cierto hombre rico que se vestía de púrpura y de lino finísimo y tenía cada día espléndidos banquetes. Al mismo tiempo, vivía un mendigo llamado Lázaro, el cual, cubierto de llagas, yacía a la puerta del rico.

Creen algunos que los preceptos del Antiguo Testamento eran más severos que los del Nuevo; pero sin duda se engañan en su mal modo de pensar, pues en aquél no se castiga el ansia de tener, sino la rapiña; en éste se castiga el robo con cuádruple restitución. Y este rico no es reprendido de haber robado lo ajeno, sino de no haber dado de lo propio. Y no se dice que ejerciera violencia contra alguno, sino que se había engreído de los bienes que había recibido.

Por tanto, de aquí debe colegirse ante todo con qué pena será castigado quien arrebata lo ajeno, cuando quien no da de lo propio es castigado con la pena del infierno. Nadie, pues, se cuente seguro diciendo: Ea, yo no robo lo ajeno, sino que disfruto buenamente de los bienes que he recibido; porque este rico no fué castigado precisamente por robar lo ajeno, sino porque malamente reservó para sí solo los bienes que había recibido. También le llevó al infierno esto: el no vivir temeroso en medio de su felicidad, el hacer servir a su arrogancia los dones recibidos, el no tener entrañas de caridad y el no querer redimir sus pecados teniendo tan abundante caudal.

Y es que hay algunos que no reputan por pecado el rendir culto a los vestidos elegantes y de gran valor. Cosa que, si no fuera culpable, tampoco la palabra de Dios detallaría tan minuciosamente que el rico que estaba atormentado en el infierno se vestía de púrpura y de lino finísimo.

En realidad, nadie se procura los vestidos preciosos sino por vanagloria, esto es, para parecer más honorable que los demás.

Y que haya culpa en ello también, podemos deducirlo mejor de lo contrario; porque, si no fuera virtud lo abyecto de un vestido vil, no diría el evangelista tan de propósito refiriéndose a Juan (Mc. 1,6): *Andaba Juan vestido con un saco de pelos de camello.*

Y es de notar con gran cuidado el orden con que la Verdad describe al rico soberbio y al pobre humilde. Fijaos, pues, en que dice: *Hubo cierto hombre rico,* y en seguida añade: *Al mismo tiempo vivía un mendigo llamado Lázaro.*

Cierto es que entre el pueblo suelen saberse los nombres de los ricos mejor que los de los pobres; ¿cómo es, entonces, que el Señor, hablando de un pobre y de un rico, dice el nombre del pobre y no dice el nombre del rico, sino porque Dios conoce y aprueba a los pobres y desconoce a los ricos? De ahí el que a algunos que se engreían de la potestad de hacer milagros se les ha de decir al fin (Mt. 7,23): *No os conozco, no sé quiénes sois; apartaos de mí, operarios de la maldad.* Por el contrario, se dice a Moisés (Ex. 33,12): *Te conozco por tu nombre.* Por eso del rico dice: *Hubo cierto hombre;* y del pobre dice: *Un mendigo llamado Lázaro.* Como si claramente dijera: Conozco al pobre humilde, pero al rico soberbio no le conozco; a aquél le tengo conocido por mi aprobación; a éste le desconozco por la sentencia de reprobación.

4. También debemos pensar nosotros cómo nos dispensa nuestro Creador toda clase de atenciones, pues hace una cosa no con un solo propósito. Vedlo si no. Dice que *el mendigo Lázaro, lleno de llagas, yace a la puerta del rico.* Con esto solo, formuló el Señor dos juicios; pues tal vez hubiera tenido el rico alguna disculpa si Lázaro, pobre y ulcerado, no hubiera estado postrado ante la puerta de aquél, si hubiera estado lejos de él, si su necesidad no hubiera importunado su vista; y también, si el rico hubiera estado lejos de la vista del pobre llagado, el pobre habría sufrido menos tentación en su alma; pero, habiendo puesto al pobre y ulcerado ante la puerta del rico y del que abundaba en placeres, en esta sola y misma cosa mostró el súmmum de la condenación en que había incurrido el rico que no se compadeció a vista del pobre, y, a la vez, probó que el pobre había sido tentado diariamente con ver al rico. Porque ¿cuántas tentaciones pensáis que soportaría el pensamiento de este pobre y cubierto de llagas al ver que él carecía de pan y de salud y teniendo a su vista al rico, que gozaba de salud y de placeres: él afligido por el dolor y el frío y viendo al otro gozar y vestirse de lino finísimo y de púrpura; él cubierto de llagas, y el otro abundar en bienes; él necesitado, y el otro sin querer socorrerle? ¿Qué cúmulo de tentaciones pensamos, hermanos carísimos, que acudirían entonces al corazón del pobre, al cual bastaría por cierto, para sufrir, su pobreza, aunque estuviera sano, o su enfermedad, aunque le hubieran socorrido? Pero, para que el pobre fuera más probado, consumiéronle a la vez la pobreza y la enfermedad, y además veía pasar ante él al rico brillantemente rodeado de una corte de servidores, mientras que a él nadie le visitaba en su enfermedad e inopia. Y que nadie le visitaba atestígualo la libertad

con que los perros, sin que nadie se lo impidiera, lamían sus llagas. Por consiguiente, con este único hecho de permitir que el pobre Lázaro yaciese ante la puerta del rico, Dios omnipotente puso de manifiesto dos juicios, a saber, que el rico despiadado aumentara el castigo de su condenación y que el pobre tentado se hiciera digno de mayor recompensa; pues a diario veía el rico al pobre a quien no compadecía, y el pobre veía a diario al rico de quien era tentado. Aquí abajo dos corazones, pero arriba uno que lo inspeccionaba, el cual, probando al pobre, le ejercitaba para la gloria, y tolerando al rico le reservaba para el castigo.

5. Porque prosigue: *Sucedió, pues, que murió dicho mendigo y fué llevado por los ángeles al seno de Abrahán. Murió también el rico y fué sepultado en el infierno.* Rico, por cierto, que, hallándose ya en medio de los tormentos, busca por amparador a aquel a quien él no quiso compadecer; pues ved que se añade: *El cual, cuando estaba en los tormentos, vió a lo lejos a Abrahán y a Lázaro en su seno. Y exclamó diciendo: Padre Abrahán, compadécete de mí y envíame a Lázaro para que, mojando la punta de su dedo en agua, me refresque la lengua, pues me abraso en estas llamas.* ¡Oh cuán sutiles son los juicios de Dios! ¡Oh con cuánta justicia realiza la retribución de las obras de los buenos y de las obras de los malos!

En efecto, antes se ha dicho que en esta vida *Lázaro deseaba saciarse con las migajas que caían de la mesa del rico, y nadie se las daba;* ahora, del suplicio del rico se dice que apetece que de la punta del dedo de Lázaro caiga en su boca una gota de agua. De aquí, hermanos, de aquí deducid cuán rigurosa sea la justicia de Dios: ya que este rico no quiso dar al pobre ulcerado ni siquiera las migajas de su mesa, puesto en el infierno, llega hasta pedir lo mínimo, pues que pide una gota de agua el que negó las migajas de pan.

Y es muy de notar qué signifique el que el rico, que se halla en el fuego del infierno, pida que refresque su lengua, porque es costumbre de la Sagrada Escritura el decir a veces una cosa y con ella dar a entender también otra. Pues bien, el Señor no había dicho antes que el rico soberbio se entregara a la locuacidad, sino que banqueteaba con exceso; es cierto que no le había motejado de locuaz, sino de que había pecado de voracidad, a la vez que de soberbia y de dureza de corazón; pero, como en los banquetes suele abundar la locuacidad, esto se da a entender con decir de quien banqueteaba malamente que en el infierno se abrasa más vivamente en la lengua; porque la principal culpa que asiste a los que andan con exceso en comilonas es la locuacidad, y tras de la locuacidad sigue la frivolidad en las diversiones. Y que a la voracidad sigan las diversiones lo atestigua la Sagrada Escritura, que dice (Ex. 32,6): *Y el pueblo todo sentóse a comer y beber y después levantáronse todos a divertirse.* Pero, antes de que el cuerpo se entregue a la diversión, la lengua se desliza en palabras jocosas e inútiles.

Luego ¿qué es lo que se da a entender con decir que el rico que se halla en los tormentos pide que se refrigere su lengua sino que aquel que, banqueteando, había pecado más con la lengua, por justo castigo, se abrasaba más en la lengua?

6. Y con gran pavor se debe meditar mucho lo que a éste se dice en la respuesta de Abrahán: *Hijo, acuérdate de que recibiste bienes durante tu vida, y Lázaro, al contrario, males; y así, éste ahora es consolado, y tú atormentado.*

Esta sentencia, hermanos míos, más que exposición, demanda temor; porque, si alguno de vosotros ha recibido en este mundo algunos bienes exteriores, debéis temer esos mismos...—los llamaré así—dones exteriores, no sea que se os hayan concedido en premio de algunas buenas obras vuestras, no sea que el juez que ya os ha pagado aquí con bienes exteriores se niegue a daros la retribución de bienes interiores, no sea que los honores y las riquezas os sirvan de paga por vuestro trabajo y no de ayuda para la virtud.

Ved, pues, que cuando se dice: *Recibiste bienes durante tu vida*, se hace pensar que este rico tenía algo bueno, por lo cual habría recibido bienes durante su vida; por otra parte, cuando se dice que Lázaro había recibido males, sin duda se da a entender que también Lázaro tenía algo malo que purgar. Ahora que lo malo de Lázaro lo purgó el fuego de la inopia, y lo bueno del rico lo recompensó la abundancia de la vida presente; a aquél la pobreza le afligió y le purificó; a éste la abundancia le remuneró y le condenó.

Por tanto, todos los que en este mundo tenéis bienes, al recordar lo bueno que habéis hecho, temed mucho por vosotros mismos, no sea que la prosperidad que se os ha concedido sea la remuneración de eso mismo bueno que habéis hecho; y cuando veis que algunos pobres hacen algunas cosas reprensibles, no los despreciéis, no desconfiéis, porque tal vez la fragua de la pobreza purifica el exceso de alguna maldad pequeñísima que los mancha.

De todas maneras, temed por vosotros, puesto que ya ha ocurrido acompañar a las malas obras una vida próspera; pero, respecto de los pobres, pensad que también la pobreza es maestra que castiga la vida de aquéllos hasta colocarlos en la rectitud de la vida.

7. Prosigue: *Fuera de que entre nosotros y vosotros está de por medio un abismo insondable, de suerte que los que de aquí quisieran pasar a vosotros, no pueden, ni tampoco de ahí pasar acá.* En lo cual es muy oportuno indagar por qué se dice: *los que de aquí quisieran pasar a vosotros no pueden;* porque no hay duda en que los que se hallan en el infierno quieran pasar a la parte de los bienaventurados; pero ¿en qué sentido se dice de los que ya han sido recibidos en la bienaventuranza que quisieran pasar a donde se hallan los que están atormentados y que no pueden? Pues ello es porque, así como el desear los réprobos pasar a donde están los elegidos es lo mismo que querer verse libres de la aflicción de sus tormentos, así el querer los justos pasar a donde están los afligidos y condenados

a los tormentos se entiende que es pasar con la compasión y querer librarlos. Pero los que quieren pasar desde la mansión de los bienaventurados a donde están los afligidos y condenados a los tormentos, no pueden, porque las almas de los justos, aunque de su bondad natural tienen misericordia, unidas ya a la justicia de su Creador, están revestidas de tal rectitud, que no sienten compasión alguna hacia los réprobos. Y es así porque concuerdan con el juez a quien están unidos, y así, ni por efecto de la compasión descienden hasta aquellos a los que no pueden librar, puesto que los hallan tan extraños a ellos cuanto más rechazados los ven de su Creador, a quien ellos aman. Por consiguiente, ni los injustos pasan a la suerte de los bienaventurados, porque se ven oprimidos por la condenación eterna, ni los justos pueden pasar a los réprobos, porque, rectos ya en la justicia del juicio, no se compadecen de ellos en modo alguno.

8. Mas, después que se le ha quitado al rico la esperanza de su alivio, su alma intercede por los hermanos que había dejado en el mundo, y es que a veces el castigo propio mueve, aunque inútilmente, las almas de los réprobos a la caridad, para que entonces amen ya espiritualmente a los que aquí, cuando amaban los pecados, ni siquiera se amaban a sí mismos. Por eso ahora se añade: *Ruégote, pues, ¡oh padre!, que le envíes a casa de mi padre, donde tengo cinco hermanos, a fin de que los aperciba y no les suceda a ellos el venir también a este lugar de tormentos.*

En lo cual es de notar cuántas cosas se acumulan para su tormento al rico que se abrasa; pues para tormento suyo se le conserva el conocimiento y la memoria; y así conoce a Lázaro, a quien despreció, y se acuerda también de sus hermanos, a los que dejó. En efecto, no habría quedado del todo vengado el pobre si el rico no le hubiera reconocido recompensado; ni fuera completa la pena en el fuego si no temiera además para los suyos lo que él padece.

Por consiguiente, para que los pecadores sean más castigados en el suplicio, ven además la gloria de aquellos a quienes despreciaron, y son atormentados también por la compasión hacia aquellos a quienes vanamente han amado.

En verdad, es de creer que, antes de la retribución del último juicio, los injustos ven a algunos justos en su descanso, para que los atormente no sólo el propio suplicio, sino también el bienestar de los otros. En cambio, los justos siempre ven a los injustos en los tormentos, para acrecentamiento de su gozo, porque ven el mal de que misericordiosamente se libraron, y se muestran tanto más agradecidos a su Redentor cuanto más ven en los otros lo que ellos pudieron sufrir si hubieran sido abandonados. Y el ver el castigo de los réprobos no empaña en el alma de los justos la gloria de tanta felicidad, porque, donde no habrá ya compasión de la desgracia, sin duda que tampoco podrá disminuirse la alegría de los bienaventurados. Mas ¿qué extraña el que sirva de gozo a los justos el que éstos vean los tormentos de los injustos, si en la pintura se aplica el color negro para que resalte más el blanco o el rojo? De manera

que, según se ha dicho, a los buenos se aumentan los gozos, por cuanto ven con sus propios ojos esparcidos por allá abajo los males de los condenados de que ellos se libraron; y aunque, para gozar plenamente, bastan sus gozos, pero, sin duda, siempre ven los males de los réprobos, porque los que ven la claridad de su Creador, no hay cosa que suceda a la criatura que ellos no puedan ver.

9. Y al rico, que pide que Lázaro sea enviado, Abrahán responde en seguida: *Tienen a Moisés y los profetas: escúchenlos.* Pero el que había despreciado las palabras de Dios creía que sus secuaces no podrían oírlas; por eso replica: *No, padre; pero, si alguno de los muertos fuera a ellos, harán penitencia.* Al cual se responde al punto con veraz sentencia: *Si no escuchan a Moisés y a los profetas, aunque resucitara alguno de los muertos, tampoco le creerían;* porque, es verdad, los que desprecian las palabras de la Ley, ¿cuánto más difícilmente cumplirán los preceptos del Redentor, que resucitó de entre los muertos, puesto que son más rigurosos? Pues lo que se manda por la Ley es menos que lo que manda el Señor: aquélla manda pagar los diezmos, pero nuestro Redentor exige de los que siguen la perfección el que den todo lo que poseen; aquélla refrena los pecados de la carne, pero nuestro Redentor condena hasta los pensamientos ilícitos. Así es que, si no escuchan a Moisés y a los profetas, aunque resucitara algún muerto, tampoco le creerían; porque los que no hacen caso de cumplir los preceptos de la Ley, que son más fáciles, ¿cuándo tienen fuerzas para obedecer los mandatos más rígidos de nuestro Redentor? Consta, pues, y no es de admirar, que, en verdad, se niegan a creer a aquel cuyos preceptos no quieren cumplir.

Y baste lo que hemos dicho, considerando el suceso histórico.

10. Pero vosotros, hermanos, que conocéis ya el descanso de Lázaro y el castigo del rico, vivid alerta, buscad intercesores para vuestras culpas y procuraos pobres que sean vuestros abogados en el día del juicio; ahora, pues, tenéis muchos Lázaros; ante vuestras puertas yacen y están necesitados de las migajas que a diario caen de vuestra mesa después de haberos saciado vosotros.

Las palabras de la lección sagrada deben enseñarnos a cumplir los preceptos de la caridad. Todos los días, si lo buscamos, hallamos a Lázaro, y, aunque no le busquemos, le tenemos a la vista. Ved que a todas horas se presentan los pobres y que ahora nos piden ellos, que luego vendrán como intercesores nuestros. Por cierto que, en realidad, nosotros deberíamos rogar, y, con todo, somos rogados. Ved si debemos negar lo que nos piden, cuando nos piden los que son nuestros patrocinadores.

No perdáis el tiempo de la misericordia; no hagáis caso omiso de los remedios que habéis recibido; pensad en el castigo antes de que venga; cuando veáis en el mundo algún abyecto, y aunque en él se vean algunas cosas reprensibles, no le despreciéis, porque tal vez aquellos que adolecen de costumbres poco buenas los cura la medicina de la pobreza; y cuando sus obras son tales que con razón deban reprenderse, si queréis, hacedlo servir para vuestra recom-

pensa, de manera que los vicios de ellos sirvan para aumento y progreso de vuestra piedad, por lo mismo que a la vez dais pan y consejo. Por consiguiente, el pobre, cuando se le ve reprensible, debe ser amonestado, pero no despreciado; mas, si no tuviera de qué ser reprendido, debe ser venerado sobremanera como intercesor. Pero el caso es que vemos a muchos de quienes no sabemos lo que merecen; pues todos deben ser respetados, y tanto más necesario es el deber de posponerte a todos cuanto menos sabes quién sea el otro.

11. Voy, hermanos, a referiros un suceso que mi hermano y compresbítero Especioso, que aquí está presente, ha conocido muy bien. En aquel tiempo en que yo fuí al monasterio, residía en esta ciudad, junto a la iglesia de la Santísima Virgen María, cierta anciana llamada Redenta, que había tomado hábito religioso. Esta había sido discípula de aquella Herundina, mujer de grandes virtudes, que se decía haber llevado vida eremítica en lo alto de los montes Prenestinos o de Palestrina; a la cual habíanse agregado dos discípulas en vida común, una llamada Rómula y otra que aún vive, y que yo conozco de vista, pero ignoro su nombre.

Estas tres, que moraban en la misma casa, llevaban una vida llena, sí, de ricas virtudes, pero pobre en bienes de este mundo. Mas esta Rómula que antes he citado aventajaba en méritos a su condiscípula que ya he mencionado, pues era de una paciencia admirable, de una obediencia perfectísima, observante en el silencio y asaz cuidadosa de practicar la oración continua.

Mas como, por lo general, aquellos a quienes los hombres tienen por perfectos, todavía tienen a los ojos del sumo Artífice alguna imperfección—como nos suele acontecer con frecuencia a los hombres imperitos, que vemos una efigie aún no perfectamente esculpida, y ya la alabamos como si estuviera terminada, pero que todavía el artista la mira y la pule, oye que ya se la alaba y, no obstante, no deja de golpearla, mejorándola—, esta Rómula de que he hablado vióse acometida por una enfermedad que los médicos llaman en voz griega parálisis, y, permaneciendo durante muchos años en el lecho, yacía sin poder apenas valerse de ninguno de sus miembros, y, no obstante, todas estas calamidades no llegaron a impacientar su alma, antes los mismos dolores corporales habíansele convertido en aumento de virtudes, pues había acrecentado la práctica de la oración con tanta mayor solicitud cuanto menos podía hacer otra cosa

Pues bien: cierta noche llamó a Redenta, la que dije que cuidaba de ambas discípulas como si fueran sus hijas, diciéndola: Ven, madre; madre, ven. La cual se levantó al punto, y también la otra condiscípula suya, según ello apareció claro a ambas que lo han referido y a otros muchos, y yo también lo supe por aquel tiempo. Y a media noche, hallándose ante el lecho de la que yacía, de pronto una luz venida del cielo llenó todo el espacio de aquella celda; y aquel resplandor brilló con tanta claridad, que llenó de indecible pavor los corazones de las que la asistían, y, según ellas lo referían después, todo su cuerpo quedó yerto y ellas sobrecogidas de un súbito estupor, pues comenzó a oírse un ruido como de una gran

multitud que entrara y se agolpara a la puerta de la celda; y, según decían, ellas sentían la multitud que entraba, mas, por el exceso de temor y de luz, nada podían ver, porque el miedo las hacía cerrar los ojos y el fulgor de tanta luz las deslumbraba. Luz a la que siguió en seguida un maravilloso fragante aroma, tal, que, así como la luz habíalas atemorizado, la suavidad del olor confortaba su ánimo. Pero, no pudiendo soportar la fuerza de tanta luz, la misma Rómula comenzó a consolar a la misma Redenta, allí presente y trémula, su maestra, diciéndola dulcemente: No temas, madre, que no muero ahora; y, repitiendo esto con frecuencia, poco a poco fué extinguiéndose la luz que había bajado del cielo; pero subsistió el olor que las había seguido. Así pasó el día siguiente y el tercero, permaneciendo la fragancia del olor que se había esparcido. A la cuarta noche, llamó otra vez a su maestra, y cuando ésta hubo venido, pidió y recibió el Viático; pero no se habían retirado todavía Redenta y su otra discípula del lecho de la yacente, cuando he aquí que de repente en el patio, ante la puerta de la misma celda, presentáronse dos coros de cantores, y, según ellas referían, habían distinguido voces de distintos sexos: los varones entonaban el canto de la salmodia y las mujeres respondían; y después de haber celebrado las exequias celestes ante la puerta de la celda, aquella alma santa desprendióse del cuerpo, al ser llevada la cual al cielo, cuanto más subía el coro de los cantores, tanto más débil comenzó a oírse la salmodia, hasta que, alejados, desaparecieron el sonido de la salmodia y la suavidad del olor.

12. Ahora bien, mientras ésta vivió en el cuerpo, ¿quién la rindió honores, pues parecía de todos indigna y despreocupada de todos? ¿Quién se dignaría acercarse a ella? ¿Quién la visitaría? Pero la margarita de Dios estaba oculta en el basurero.

Hermanos, llamo basurero a esta corruptibilidad del cuerpo; llamo basurero a la abyección de la pobreza. De manera que la margarita que yacía en el basurero fué levantada y colocada como adorno del Rey celestial; ya brilla entre los ciudadanos del cielo, ya resplandece entre aquellas desconocidas piedras preciosas de la diadema eterna.

¡Oh vosotros los ricos en este mundo, los que os tenéis por tales o que realmente lo sois!, comparad, si podéis, vuestras falsas riquezas con las riquezas verdaderas de Rómula: vosotros, en el camino de esta vida, poseéis todo lo que habéis de dejar; ella nada buscó en el camino y, al fin, todo lo encontró; vosotros lleváis una vida alegre y teméis la tristeza de la muerte; ella llevó una vida triste y llegó a una muerte alegre; vosotros pretendéis en el tiempo el favor de los hombres; ella, despreciada de los hombres, halló por compañía los coros de los ángeles.

Aprended, pues, hermanos, a despreciar todo lo temporal; aprended a tener por nada el honor que pasa; amad la gloria eterna; honrad a los que veis pobres y a los que veáis exteriormente despreciados del mundo; pensad que interiormente son amigos de Dios; compartid con ellos lo que tenéis, para que ellos se dignen compar-

tir alguna vez con vosotros lo que ellos tienen; pensad que por boca del Doctor de las Gentes se dice (2 Cor. 8,14): *Supla al presente vuestra abundancia la necesidad de los otros, para que asimismo su abundancia sea también suplemento a vuestra indigencia;* pensad que la Verdad dice por sí misma (Mt. 25,40): *Siempre que lo hicisteis con alguno de estos mis pequeñuelos hermanos, conmigo lo hicisteis.*

¿Por qué, pues, sois perezosos para dar, cuando lo que dais al que yace en la tierra lo dais al que tiene su trono en el cielo?

Pero Dios omnipotente, que, valiéndose de mí, habla esto a vuestros oídos, háblelo directamente por sí mismo a vuestras almas. El que vive y reina con el Padre, en unidad del Espíritu Santo, Dios, por todos los siglos de los siglos. Amén.

INDICE LITURGICO[1]

A) *PROPIO «DE TEMPORE»*

	Libro	Hom.	Página
Adviento:			
Domínica I: Hom. in Ev.	I	1	537
Domínica II: Hom. in Ev.	I	6	557
Domínica III: Hom. in Ev.	I	7	560
Sábado de las cuatro témporas: Hom. in Ev.	I	20	623
Domínica IV: Hom. in Ev.	I	20	625
Navidad, 25 dic.: Hom. in Ev.	I	8	564
Epifanía: Hom. in Ev.	I	10	571
Día II infraoct. Epif.: Hom. in Ev.	I	10	572
Día III infraoct. Epif.: Hom. in Ev.	I	10	573
Día IV infraoct. Epif.: Hom. in Ev.	I	10	574
Septuagésima: Hom. in Ev.	I	19	616
Sexagésima: Hom. in Ev.	I	15	593
Quincuagésima: Hom. in Ev.	I	2	542
Cuaresma: Hom. in Ev.	I	16	596
Feria V infra Hebd. II Quadr.: Hom. in Ev.	II	40	769-70
Domínica de Pasión: Hom. in Ev.	I	18	612
Feria V infra Hebd. Pass.: Hom. in Ev.	II	33	704
Domínica de Resurrección: Hom. in Ev.	II	21	633-34
Feria II infraoct. de Pascua: Hom. in Ev.	II	23	646
Feria IV infraoct. de Pascua: Hom. in Ev.	II	24	648
Feria V infraoct. de Pascua: Hom. in Ev.	II	25	653
Sábado «in albis»: Hom. in Ev.	II	22	638
Domínica «in albis»: Hom. in Ev.	II	26	661
Domínica II desp. de Pascua: Hom. in Ev.	I	14	588-89
Ascensión del Señor: Hom. in Ev.	II	29	677
Día II infraoct. de la Ascens.: Hom. in Ev.	II	29	678
Día III infraoct. de la Ascens.: Hom. in Ev.	II	29	679
Día V infraoct. de la Ascens.: Hom. in Ev.	II	29	680
Día VI infraoct. de la Ascens.: Hom. in Ev.	II	29	681
Día VII infraoct. de la Ascens.: Hom. in Ev.	II	29	681
Octava de la Ascensión: Hom. in Ev.	II	29	682
Domínica de Pentecostés: Hom. in Ev.	II	30	684
Domínica infraoct. del Corpus: Hom. in Ev.	II	36	731-732
Domínica del Corazón de Jesús: Hom. in Ev.	II	34	711-712
Domínica V después Pentec. (2.º noct.): Morales l.3 c.3 y 4.			
Domínica IX después Pentec.: Hom. in Ev.	I	39	761
Domínica XI después Pentec.: Hom. in Ez.	I	10	350
Domínica IV agosto (2.º noct.): Morales l.1 c.10.			
Domínica I sept. (2.º noct.): Morales l.2 c.1.			

[1] Este índice ofrece la presencia de San Gregorio en el Breviario Romano, principalmente en las lecciones del tercer nocturno.

	Libro	Hom.	Página
Domínica II sept. (2.º noct.): Morales l.9 c.2.			
Feria VI de las cuatro témporas sept.: Hom. in Ev.	II	33	706
Sábado de las cuatro témporas sept.: Hom. in Ev.	II	31	692
Domínica XIX después Pentec.: Hom. in Ev.	II	38	749
Domínica XX después Pentec.: Hom. in Ev.	II	28	674
Domínica I nov. (2.º noct.): Hom. in Ez.	I	2	249

B) *PROPIO DE LOS SANTOS*

Fiesta:

30 noviembre, San Andrés: Hom. in Ev.	I	5	553
3 diciembre, San Francisco Javier: Hom. in Ev.	II	29	678
13 diciembre, Santa Lucía: Hom. in Ev.	I	11	575
21 diciembre, Sto. Tomás Apóstol (2.º noct.): Hom. in Ev.	II	30	689
21 diciembre, Sto. Tomás Apóstol: Hom. in Ev.	II	26	665
21 enero, Santa Inés: Hom. in Ev.	I	12	579
10 febrero, Santa Escolástica (2.º noct.): Diálogos II c.33.			
13 abril, San Hermenegildo (2.º noct.): Diálogos III c.23.			
12 mayo, Santos Nereo, Aquileo, etc.: Hom. in Ev.	II	28	675
10 julio, Siete Hermanos Mártires: Hom. in Ev.	I	3	546
17 julio, San Alejo (2.º noct.): Morales l.10 c.16.			
22 julio, Santa María Magdalena (2.º noct.): Hom. in Ev.	II	25	653
2 agosto, San Alfonso de Ligorio: Hom. in Ev.	I	17	600
8 agosto, Santos Ciriaco y compañeros: Hom. in Ev.	II	29	678
9 agosto, San Juan M.ª Vianney: Hom. in Ev.	II	32	697
17 septiembre, Impresión de las Llagas de San Francisco: Hom. in Ev.	II	32	697
18 septiembre, San José de Cupertino: Hom. in Ev.	II	38	754
29 septiembre, San Miguel Arcángel (2.º noct.): Hom. in Ev.	II	34	715
28 octubre, Santos Simón y Judas, Apóstoles (2.º noct.): Hom. in Ev.	II	30	689
23 noviembre, San Clemente (Santa Felicidad, 9 lecc.): Hom. in Ev.	I	3	547
30 noviembre, San Andrés: Hom. in Ev.	I	5	533

C) *COMUN DE LOS SANTOS*

In Vigiliis Apostolorum: Hom. in Ev.	II	27	668
Commune Apostolorum (2.º noct.): Hom. in Ev.	II	30	689
Commune Evangelistarum (2.º noct.): Hom. in Ez.	I	3	260

	Libro	Hom.	Página
Commune Evangelistarum (3.er noct.) : Hom. in Ev.	I	97	600
Commune Unius Martyris : Hom. in Ev.	II	37	741
Commune Unius Martyris (2.º loco) : Hom. in Ev.	II	32	697
Commune Plurimorum Martyrum : Hom. in Ev.	II	35	725
Commune Confessoris Pontificis : Hom. in Ev.	I	9	566
Commune Doctorum (2.º noct.) : Morales l.9 c.6.			
Commune Confessoris non Pontificis : Hom. in Ev.	I	13	585
Commune Confessoris non Pontificis (2.º noct.) : Morales l.1 c.16.			
Commune Virginum : Hom. in Ev.	I	12	579
Commune non Virginum : Hom. in Ev.	I	11	573
Octava dedicationis Ecclesiae : Morales l.27 c.27.			
Officium Sanctae Mariae in Sabbato (mense Aug.), lectio 3.ª, expos. S. Greg. in libros Regum (apócrifo).			

D) HOMILIAS SOBRE LOS EVANGELIOS Y EL BREVIARIO ROMANO

Fiestas litúrgicas

Hom.

Libro I :

1 Domingo I de Adviento.
2 Domingo de Quincuagésima.
3 Fiesta de los Santos Siete Hermanos Mártires y Santa Felicitas (23 noviembre).
4 (No figura en el Breviario.)
5 Fiesta de San Andrés.
6 Domingo II de Adviento.
7 Domingo III de Adviento.
8 Día de Navidad.
9 Común de confesor pontífice.
10 Día de la Epifanía y feria II, III y IV de la octava.
11 Fiesta de Santa Lucía (13 diciembre) y común de no vírgenes.
12 Fiesta de Santa Inés (21 enero) y común de vírgenes.
13 Común de confesor no pontífice.
14 Domingo II después de Pascua de Resurrección.
15 Domingo de Sexagésima.
16 Domingo de Cuadragésima.
17 Fiesta de San Alfonso María de Ligorio (2 agosto) y común de evangelistas.
18 Domingo de Pasión.
19 Septuagésima.
20 Sábado de las cuatro témporas de Navidad y domingo IV de Adviento.

Hom.

LIBRO II :

21 Domingo de Resurrección.
22 Sábado «in albis».
23 Lunes de Pascua de Resurrección.
24 Miércoles de Pascua de Resurrección.
25 Jueves de Pascua de Resurrección y Santa María Magdalena (22 julio).
26 Domingo «in albis» y Santo Tomás Apóstol (21 diciembre).
27 En la vigilia de los Santos Apóstoles.
28 Domingo 20 después de Pentecostés y Santos Nereo y Aquileo (12 mayo).
29 Día de la Ascensión y lunes, martes, jueves, viernes y sábado de la octava, San Francisco Javier (3 diciembre), San Ciriaco y compañeros (8 agosto) y Santos Simón y Judas (28 octubre).
30 Domingo de Pentecostés y Santo Tomás Apóstol (21 diciembre). Común de apóstoles (2.º noct.).
31 Sábado de las témporas de septiembre.
32 Fiesta de San Juan María Vianney (9 agosto) e Impresión de las Llagas de San Francisco (17 septiembre) y San José Cupertino (18 septiembre). Común de un mártir.
33 Feria V de la Semana de Pasión y feria VI de las cuatro témporas de septiembre.
34 Domingo infraoctava del Corazón de Jesús y San Miguel Arcángel (30 septiembre).
35 Común de muchos mártires.
36 Domingo infraoctava del Corpus.
37 Común de un mártir.
38 Domingo XIX después de Pentecostés.
39 Domingo IX después de Pentecostés.
40 Feria V de la segunda semana de Cuaresma.

HOMILÍAS SOBRE EZEQUIEL Y EL BREVIARIO ROMANO

L.1 h.10 Domingo XI después de Pentecostés.
L.1 h.2 Domingo I de noviembre (2.º noct.).
L.1 h.3 Común de evangelistas (2.º noct.).

MORALES Y EL BREVIARIO ROMANO

L.3 c.3 y 4 Domingo V de Pentecostés (2.º noct.).
L.1 c.10 Domingo IV de agosto (2.º noct.).
L.2 c.1 Domingo I de septiembre (2.º noct.).
L.9 c.2 Domingo II de septiembre (2.º noct.).
L.10 c.16 Fiesta de San Alejo (17 julio) (2.º noct.).
L.9 c.6 Común de doctores (2.º noct.).
L.1 c.16 Común de confesor no pontífice (2.º noct.).
L.27 c.27 Común de la dedicación de la Iglesia (2.º noct.).

DIÁLOGOS Y EL BREVIARIO ROMANO

L.2 c.33 Santa Escolástica, 11 de febrero.
L.3 c.23 San Hermenegildo, 13 de abril.

INDICE DE NOMBRES

Adalberto 52.
Adelmo, San 47.
Adriano 71.
Adriano I 49 54.
Affigemiensis, Simón 52.
Agilulfo 17 18 43 237 238.
Agustín, San 31 35 36 45 49 50 52 53 54 56 57 58 59 60 61 63 66 69 71 72 73 81 82 83 84 87 92 95.
Agustín de Cantorbery, San (Inglaterra) 27 28 32.
Aigrain, R. 7.
Albareda, A. 44
Alcuíno 100 102.
Alfaro, fray Gregorio de 99 101.
Alfonso (el príncipe) 98.
Alfredo el Grande 38.
Alvarez de Toledo, Alfonso 85 94 99 101.
Alvaro de Córdoba 94.
Ambrosio, San 10 31 35 49 50 54 73 83.
Anónimo de Streoneshalch 54.
Anselmo de Laón 53.
Anspach, E. 52.
Antolín, Guillermo 98.
Antonio (monje de San Andrés) 8 13 82.
Antonio, San (abad) 50.
Arconada, Ricardo de 101.
Aristóteles 55 59 80.
Ariulfo 17.
Artigas 98.
Atanasio, San 28.
Autharis 17.

Baith 52.
Bardenhewer 31 44 49 50.
Basilio, San 31 83.
Batiffol 15 23 29 67 75 86.
Batle y Prats, L. 97.
Bauer, L. 67 70 75.
Beda, San 27 50 54.
Beer, Rudolf 93 96 98.
Belisario 3 4 26.
Benedicto I. (papa) 11.
Benedicto XIV 74
Benito, San 6 7 10 38 46 60 63 69 82 83 84 85 100 101.
Benkert 68.
Berengario de Tours 50.
Bernardo, San 3 58 60 81.
Berta (princesa) 27.
Bertoni, G. 31.
Blosio, Ludovico 67.
Boecio 57.
Bofarull, Jaume 101.
Bonolis, G. 31.
Boros, A. 68 71.
Braulio, San 94.
Brechter, San 28 32.
Brunequilda 24 26.
Bruno Avila 93 100 101.
Buenaventura, San 55.
Butler, C. 79 81 89 92.

aminero, Javier 100.
Cándido 27.
Capella, Marciano 5 10.
Capelle, B. 47.
Carlomagno 38.
Carmé, M. 67.
Carton de Wiart, E. 15.
Casel, O. 67.
Casiano 45 69 82 83 85 87 92.
Casiodoro 3 5 57 66 68 84.
Caspar, E. 55 59.
Castañiza, Fr. Juan 100 101.
César Augusto 66.
Cesáreo de Arlés, San 73.
Cicerón 5 66.
Cipriano, San 49 50 56 83.
Claudio (monje) 46.
Clemencín 100.
Clemente, Alejandrino 92.
Columba o Columbano 39.
Constantina (esposa del emperador) 12.
Constancio (monje) 6.
Copioso (monje) 74.
Cromberger, Jacobo 101.
Cunill 100.
Childeberto 26.
Chilperico 26.
Chindasvinto 51.

Dámaso, San 47.
Danielou, J. 92.
Danuzia, G. 32.
Delehaye, H. 29.
Denzinger, H. 58.
Desiderio (obispo de Viena, Francia) 62 63.
Donato 10 34 63.
Duchesne, L. 7.
Dudden, F. H. 11 15 19 22 24 46 55 61 79.

[1] Los números se refieren a las páginas. El índice de nombres comprende solamente la introducción general e introducciones particulares.

Eberhart I de Salzburgo 52.
Eckar, G. 47.
Egberto (obispo de Reggio Emilia) 47.
Egeberto de York 20.
Eguren, J. M.ª de 96
Eidenschink, J. A. 68.
Emiliana (tía de San Gregorio) 5.
Enrique de Gante 52.
Epifanio, San 83.
Esteban (obispo) 25.
Estrabón 55.
Etelberto (rey de los anglosajones) 27.
Evagrio 83 92.
Ewald, P.-Hartmann, L. M. 5 6 8 9 10 11 13 19 22 23 25 26 27 28 29 32 33 34 39 42 62 83.
Expósito, M. 52.

Farkas, G. 67.
Fecamp 81.
Federicus Alemanus 102.
Félix III (papa) 4.
Filostro 83.
Fliche, A. 7.
Florencio (monje) 96.
Focas (emperador) 29.
Frickel, M. 61 68 70.

Gans 25.
García Colombás, G. M. 44 46 60 100 101.
García Villada, S. I. 97.
Gelasio (papa) 21 30 47 56.
Genadio 26.
Gerold Theodore 21.
Geroncio (monje) 13.
Gewaert, A. 47 48.
Ghellick, J. de 49.
Gillet, O. S. B., Robert 70 81 82 83 85 89 91.
Giabbanni, Anselmo 74.
González San Martín 99 101.
Gordiano 4.
Gottlieb 53.
Graciano 51 55.
Gregorio Magno, San (continuamente) estudiante 5 ss.; pretor 6 ss.; monje 8; apocrisario 11; papa 13; acción pastoral 14 ss.; escritor 31 ss.; doctor de la Iglesia y título de «magno» 49 ss.; «doctor authenticus» 53; teólogo dogmático, ascético y moral 56 ss.; humanista 10 61 ss.; Gregorio y la cultura griega 5 66 ss.; doctrina sobre Dios 69; sobre la Encarnación y la Iglesia 70; angelología 71; escatología 72 ss.; sistema exegético 75 ss.; moral 79 ss.; sistema ascético 81 ss.; maestro de la espiritualidad en los siglos benedictinos 81.
Gregorio Nacianceno 31 83.
Gregorio Niseno 31 92.
Gregorio de Tours 4 5 7 10 13 26.
Gregorovius, F. 3 55.
Griera 100.
Grisar 15 20 21 26 54 67.
Grosjean, G. 31.
Günther Zainer 32.
Gutiérrez del Cano, M. 97.
Gyser, Juan 102.

Hadericus 51.
Halking, F. 29.
Haller 55.
Harnack, A. 55 56 67 70 71.
Hartel 96.
Harting, P. N. V. 31.
Hartmann, L. M. (véase Ewald-Hartmann).
Hermenegildo, San 24 46.
Hefele, Ch. J. 38.
Heriberto de Reggio Emilia 100.
Honorio de Autún 53 54.
Hilario, San 35 49 54 83.
Hill, N. 68 72.
Hincmaro de Reims 36 38 81.
Hoffmann, Georg 29.
Honorio I (papa) 20.
Horacio 18 65.
Howorth, H. H. 19 55.
Hugo de S. Víctor 54.

Ignacio de Loyola, San 63.
Ignacio de Antioquía, San 83.
Ildefonso de Toledo, San 50.
Ingunda 24.
Inocencio I 56.
Isabel la Católica 100.
Isidoro de Sevilla, San 36 50 51 54 81 86 94.

Jenaro (obispo de Málaga) 25.
Jerónimo, San 31 35 45 50 54 83.
Juan (monje) 13.
Juan II (rey de España) 100.
Juan el Ayunador 28.
Juan de Calcedonia 28.
Juan Crisóstomo, San 31.
Juan de la Cruz, San 70 93.
Juan Damasceno, San 59.
Juan (defensor) 25.
Juan Diácono 4 6 9 11 12 19 20 21 42 48 49 63 72.
Juan (obispo de Ravena) 23 36.
Julián de Toledo, San 72 94.
Justiniano 12 13 49 68.
Justino, San 45.
Justo (monje) 74.

Krüger 29.
Kurz, L. 68 72.

Lanfranco 50.
Laredo, Bernardino de 10.
Lathen (Ladcen) 52 81.
Lau, G. J. 11 55 73.
Leandro, San 7 10.
Laudunensis, Anselmus 53.
Leandro de Sevilla, San 11 12 13 24 33 38 64 76 77 79 94 100.
Leclero, H. 47 48.
Leclerq, J. 82 87.
Lefevre, G. 53.
Lehmann, P. 53.
León Magno, San 30 47 58 83.

Leturia, P. 22.
Liciniano (obispo de Cartagena) 94.
Lieblang, F. 68 80 81 88 89.
Leovigildo 23 24.
Lombardo, Pedro 51 54.
Longás, Pedro 96 98.
López de Ayala, Pedro 53 96 98 99.
Lorenzo (presbítero) 62.
Lorsch, Samuel von 36 52.
Lothem 36.
Lowe, E. A. 42 96.

Llorca, B. 11.

Madoz, José 32 93 98 99.
Manitius, M. 36 51 52 55 81.
Mansi, Joannes D. 28 49.
María, doña (reina, esposa de Juan II) 100.
Marín, Emerio, O. F. M. 21 22.
Mariniano (arzobispo de Ravena) 23 36 83.
Marrou, H. 62.
Martín, V. 7.
Martín de León, San 97.
Mauricio (emperador) 12 13 28 29 38.
Mauro, San 101.
Maximiano (abad de San Andrés) 12.
Máximo (metropolitano de Dalmacia) 23.
Melanchton 55.
Menéndez y Pelayo, M. 24 97 98.
Mercati 47.
Mersch, E. 71.
Mérulo (monje) 13.
Migne 26 32 47 69 81.
Miguel (carmelita) 53 97.
Millares Carlo, A. 94.
Mohrmann P. 32.
Monmsen, Th. 25 55.
Montdesert, Claude 76.
Moricca, U. 24 31 42 44 46 55.
Morín, G. 48.
Moya de Contreras 99.

Narsés 13.
Nicolás Antonio 99 101.
Nicolás de Cusa 60.
Norberg, D. 32.
Nugent, Vicent 68.

Ocaña, Gonzalo de 96 99 100 101.
Odón de Cluny 36 52 53.
Olmos y Canalda, E. 97.
Orígenes 54 73 83 92.
Osuna, conde de 97.

Pablo, San 35.
Pablo (diácono) 6 12 13 21 71.
Paladio 45.
Panmaquio 7.
Pantaleón (prefecto del pretorio) 26.
Paterio 36 51 81.
Pedro (diácono) 9 44 45.
Pedro (monje) 62.
Pelagio II (papa) 11 12 13.
Pelz, Karl 72.
Pérez de Guzmán, Hernán 96 101.
Pérez Pastor, C. 96.
Pérez Llamazares, J. 97.
Petreio, Teodoro 53 67.
Pico de la Mirándola 60.
Pío X, San 22.
Placidia 12.
Plácido, San 101.
Porcel, Olegario María, O. S. B. 8 12 68 84.
Precioso (monje) 74.
Procopio 5.
Pseudo Dionisio Areopagita 70 72 83.

Quisaorio 42.
Quintiliano 5 66.

Ratholdo 52.
Recaredo 24 25.
Ribera, F. de 93.
Rimberto de Hamburgo 36 52.
Rocamora, J. M.ª 98.
Rodríguez de Castro 99 100.
Royo Orcajo, Timoteo 97.
Rusticiana 12.

Sabiniano 28.
Sáenz de Aguirre 50.
Sanctulus 63.
Sansegundo, León M. 101.
Schubert, H. von 55 56.
Schneider, A. 55.
Schwane, J. 67.
Schwartz, E. 32.
Secundino (obispo de Taormina) 39.
Seeberg, R. 55 56 67.
Séneca 65.
Sereno (obispo de Marsella) 27.
Serrano, L. 51 94 98.
Sérvulo 42.
Simplicio 6.
Silvia 4.
Spearing 22.
Stiglmayr, J. 72.
Stuhlfath, Walter 4.
Sulpicio Severo 45.
Suñol 20.

Tácito 18.
Tajón (arzobispo de Zaragoza) 36 51 52 60 81 94.
Társila 5.
Teodolinda 23.
Teodoreto 45.
Teodoro 12.
Teotisa 12.
Teresa, Santa 3 99.
Tertuliano 73.
Tito Livio 18.
Tixeront 67.
Tobías de la Natividad de María 67.
Tomás de Aquino, Santo 3 55 72 80.

Torre, Martín de la 96 98.
Totila 3 4 6 30 48.
Tournai, Alulfo de 52.
Traube, L. 53.
Truyol, P. 42.
Turchi Nicolao 32.

Uccelli, P. A. 74.

Vaihé, S. 29.
Valbuena Prat, A. 99.
Vallejo, J. 32.
Veiga Valiño, A. 94.
Villanueva, J. 52 97.
Virgilio 14 18 26 66.
Vindel 100.
Voss, J. 68.

Wasselynck, René 36 68 81.
Weber, L. 31 35 55 67 80.
Westhoff, F. 68.
Wilmart, A. 51.

Zacarías (papa) 46.
Zarco Cuevas 53 99.

INDICE DE MATERIAS

Absolución: cuándo es verdadera, a quién se debe dar, cautela, veneración y temor 664.
Abstinencia: cómo se debe exhortar a los abstinentes 182-185.
Abundancia: arte de vivir en la 482-483.
Acciones del mundo: muchos sólo en ellas hallan gusto 349.
Actos buenos: cubren las malas obras 273.
Adulación: ha de ser rechazada al punto 368.
Adversidad: cómo se debe exhortar a los oprimidos por la 203-4; purifica el corazón 111.
Africa: Gregorio y Africa 26.
Alegres: cómo deben ser amonestados 152.
Alma: es una sustancia invisible 544; conocimiento de sí misma 448; anchura de — 445-446-447; contumacia 330; cuándo está firme 695; los enemigos de — 763; por la contemplación piensa salir de las estrechuras de la carne 405; orientación del — que ama fuertemente al Esposo 419-420; longanimidad y caridad de tal alma 421; en ella se dejan sentir diversas voces: de la carne, del alma, del firmamento y de la voz que está sobre el firmamento 315-316.
Altar gregoriano: privilegios 73-74.
Amor: Dios es —; las obras demuestran 684; es la raíz de todos los preceptos 669; el amor es fuego 706; ha de ser con pensamientos, palabras y obras; el amor no está ocioso; si rehuye obrar, no es — 685; si desfallece, no es verdadero 654; el deseo de inquirir es propio 653; la virtud del — levanta a lo eterno 272; manera de practicar el —; morir es el signo máximo del — 669-670; el beso, señal de — 708; modo de amar aborreciendo 742-43; el mundo no es objeto de — 698; respuesta de la gentilidad al — 708; no se ama a Dios sin amor al prójimo 691; amor a los enemigos 669.

[Amor]
--**al prójimo:** paciencia y benignidad en el — 502; no tiene tasa; división del — 755-756; por Dios: dificultad del — 756-757.
—**a Dios:** son necesarias la fe y las obras en el — 502.
—**propio:** evítele el prelado 139-40; le arrastra a la blandura 139-40; efectos del — 274.
Amos: cómo se les debe exhortar 155.
Amistad de Dios: dignidad de la — de Dios; cómo se llega a la — 670-71; son pocos los que la consiguen; es gracia de Dios 671; sus frutos 671.
Angeles: naturaleza, oficio, ministerio de los —; coros de — 715-716-717-720; pensamientos sobre los — 315-316.
Angelología: doctrina sobre los ángeles en S. G. 71-72.
Animales: significado de la diversa colocación de los cuatro — 270-271.
Antifonario: gregoriano 20 48.
Año: qué es el año jubilar 650.
Apóstoles: son para nosotros puertas exteriores e interiores 488-489.
Aprecio: aprecio de las cosas humanas en Dios 696.
Ascensión: efectos y puntos de la — 682-683.
Ascética: cf. **Espiritualidad.**
Astucia: del tentador con los pacientes; Herodes, prototipo de la — 592; ante los designios de Dios no vale la — 572.
Atención: a uno mismo 274.
Avaricia: qué es la —; clases de — 597; inutilidad de la — 700; cómo se debe exhortar a los ayariciosos 187.
Ayuno: modos del —; efectos del ayuno 599.

Bautismo: diferencia entre el — de Juan y de Cristo 623.
Benedictinos: 6-10.
Benevolencia: cómo exhortar a los benévolos 162-4.
Bien: modo de obrar el — 510; diversos modos de volver la vista atrás en el camino del — 268; cómo se debe exhortar a

[Bien]
los que obran el — en público y el mal ocultamente 224.
Bodas: cómo el Hijo celebró sus —; particularidad, invitación a ellas 749-750; predicadores de sus bodas, manjares de ellas, significación de las excusas a sus — 750-752.
Buen Pastor: quién es, quién no es, cómo se conoce el — 589-90; quiénes son sus ovejas; hay otras ovejas que no son de este aprisco; sus pastos son los gozos internos; diligencia en buscar los pastos 590-592.
Buenas obras: son dones de Dios 326; son también nuestros 326.
Bueno: el que rehusa respetar a los malos no es aún — 336.
Buenos: tres clases de — 473; a veces imitan a Dios por callar lo bueno 338.

Caída: de los que se glorían en su virtud 851; pero no están por eso perdidos 851.
Camino: de Dios: angosto para los principiantes y ancho para los perfectos 451; de salvación; idéntico para judíos y gentiles 524.
Canto gregoriano: 20 48.
Caridad: mayor que las otras virtudes 528; verdadera y fingida 446; dos son los preceptos de la — 232-33 600 662; sus obras 21; en las obras de caridad se recibe a Cristo 647; ve a Cristo en sus miembros; en las tribulaciones de sus santos; hace suyas las aflicciones ajenas 707; la caridad tiende al prójimo; no puede ser predicador el que no tiene — 600; anchura de la — 474 451-52 415 507-8; única señal de elección es la firmeza en la — 455; puerta para llegar a los gozos secretos 480; la verdadero — es la más temible a los espíritus malignos 313; hay que soportarse mutuamente para levantar el edificio de la — 396; el que la tiene, aunque sea débil, no es ajeno al edificio de Dios 423; cómo se debe exhortar a los que distribuyen caritativamente sus bienes 185-8.
Carne: 478-479; sobre el deseo de librarse de la carne.
Castidad: eleva la caridad; su fe en Cristo da la — 681.
Celibato: cómo se debe exhortar a los célibes 207.
Celo espiritual: en el predicador 390 388 389; será testigo entre él y el alma, a la que celó contra sus vicios 389; unido a la misericordia 389.
Cena: quién ofrece la —; quiénes son llamados a la —; excusas de los hombres a la —; quiénes entran a la —; quienes son forzados a entrar a la — 735-736-737.
[Cena]
Cielo: sus bienes y gozos; ansias de gozo sin fin 741; clases de ciudadanos 718 - 19; inversión suertes 715; peligro de las riquezas para ganarlo 775; comparación de la vida terrena y de la de la gloria 741.
Ciencia: en qué consiste la verdadera — 721; y sapiencia 60.
Circunspección: de los santos 296-297-298.
Clemencia: propia del prelado 132-135.
Compañía: efectos de la buena — 278; única razón por la que se debe evitar la — de los malos que arrastren con su ejemplo 337.
Compunción: definición 84 714; clases de — 85 530-31; efectos 86 606; doctor de la — 9; ideal del monje 9.
Comunión: grandeza y dignidad; preparación para ella 684.
Conciencia: valor de su testimonio 332.
Concordia: 313; cf. **Caridad.**
Concupiscencia: cómo se debe amonestar a los que son vencidos súbitamente por ella y a los que deliberadamente se entregan al pecado 217-9.
Condenación: la ruina de la ciudad de Jerusalén, símil de ella 764; el rico despiadado la aumenta 774.
Confesión: qué es la — 770.
Conmoción: del corazón, por el temor y por la caridad 358-359.
Conocimiento: de uno mismo 274; diversos modos de estar ausente de sí mismo 274-275; la naturaleza reconoce a su Dios 571-72; Dios conoce a cada hombre 656; Cristo se da a conocer en las obras de caridad 646.
Contemplación: qué es la — 629; acto de la contemplación 88; no puede ser completa en esta vida 414; cómo puede ser Dios contemplado 89-90; tres grados o vías 87-88; deseos de — 90; anchura de la — 553 465-466; efecto en la intelección de los S. E. 299; por ella tendemos ya la mente fuera de las estrecheces de la carne 404-405; suavidad de la — 281; sobre los ángeles y sobre Dios 315-316; hace que se seque la voluptuosidad de la carne 413; es más molestado de las tentaciones quien es más levantado en la — 407; no hay estado entre los fieles que pueda ser excluído de la gracia de la — 454;

[Contemplación] anticipación de la eterna felicidad 91; firme esperanza de la gloria 91; «amor ipse notitia est» 91; brevedad 91; condiciones requeridas 91-92; el abeto, figura de la — 627; doctor de la — 9.
Contrición: dos clases de — 530-531.
Contumacia: del alma; en qué consiste 330.
Conversión: de los visigodos 23-25; falsa — 326.
Corrección: sea el prelado discreto en ella 141-6.
Criados: cómo se les debe exhortar 155.
Cristo: su encarnación 399 403; su encarnación y la ampliación del fuego de su amor a la gentilidad 321-322; su humanidad 402-403; dado a conocer a los hombres por su humanidad 322; el fulgor de su divinidad atemperado por la obscuridad de su humanidad 256; mediador 201 395; redentor 301 286-87 305 270 290 442; abogado nuestro 308; juez 256 258 305; mano del Señor 252 362; su resurrección 431; mediador: su gloria en el cielo 319; unión a El de los elegidos en el cielo 311; cabeza de la Iglesia 416-417 399; todos nosotros somos el cuerpo de El 287; su pasión y resurrección figuraron lo que a la Iglesia sucedería 431; representado por los cuatro animales 270.
Crítica: protestante y racionalista y Greg. 53-55.
Crueldad: hace al hombre obcecarse en las tinieblas de su ignorancia 254.
Cruz: qué es la —; modos de cargar con ella 743 699; quiénes no siguen a Cristo con la cruz 743; escándalo; locura; el signo máximo del amor 556; vicios opuestos a ella 699.
Cuaresma: qué es —; razón de ayunos durante ella; ayuno y buenas obras en la — 599.
Cuerpo místico: Cristo es la cabeza; los fieles son miembros 701; doctrina sobre el — en San Greg. 71.
Culpas: más graves que las que tienen apariencia de virtud 277.
Culto: exige imitación 555.

Débiles: a pesar de su imperfección, aman a Dios y al prójimo y hacen obras buenas 421-422.
Demonio: modo de luchar con él 697.
Demonios: son los enemigos del alma; sus asechanzas; sus maneras de acechar 763.
Descarados: cómo se les debe exhortar 156.
Designios: temor ante los — de Dios 550.
Desprecio del mundo: qué son las cosas temporales 696 77.
Destino: la estrella, figura del —; el verdadero — del hombre 572-573.
Detractores: a veces, tolerarlos; a veces, reprimirlos 333-334.
Diálogos: los cuatro libros de los «Diálogos»; ocasión, naturaleza de la obra, problemas 44-46.
Dicho: los clavos y aguijones, figuras del — 558.
Dios: doctrina sobre — en las obras de San Gregorio 69-70; pensamientos sobre el ser de — 316; a El debe trascender el alma por la fe 316; conocimiento de — 447-448; imposibilidad de ver tal cual es, en esta vida, la gloria de — 324; si la gloria que hay en las cosas que son hechas 324; se dice en la S. E. a veces por denominación, a veces por esencia 310; su omnipotencia 449; su paciencia ante nuestras iniquidades 329-330; en el cielo seremos semejantes a — 259-260; nuestras buenas obras son dones de — 326; modo de dispensar sus dones a los elegidos 356-357; autor, por su gracia, de las obras virtuosas de los santos 310; efecto del fuego de su amor en los hombres 323; dos modos de apartarse de —: por la fe y por las obras 328; no endurece el corazón del que peca 373; cf. **Palabra de Dios.**
Discordia: cómo se debe exhortar a los propensos a la discordia 191-92; a los sembradores de discordias 195.
Discreción: del prelado en la corrección, en el discípulo, en la ira y en la mansedumbre 141 146; en los predicadores; ejemplo de José 514-515.
Divinidad: permanecer es propio de la — 544.
Doblez: cómo se debe exhortar a los dobles 164-6.
Doctores: humildad ante la sabiduría de Dios 316; cf. **Predicados.**
Dones: del Espíritu Santo 489 475-476 478; diversidad de los divinos dones 356-357.
Dotados: deben predicar 113.
Duda: Dios no abandona en ella 665.
Dulzura: con ella se debe reprender a los soberbios 179.

Ecuménico: patriarca 28-29.
Edad Media: G., primer hombre medieval 3-4 59 62 68.
Ejemplo: influjo en los que quieren ser buenos del malo 383.
Elección: la firmeza en la caridad es la única señal de — 455; de los hombres hecha por Cristo 401-402.
Elegidos: atienden siempre a lo que los otros tienen mejor que ellos 357; hasta el fin de la vida crecen en virtud 277; se congregarán en la patria celestial 311.
Encarnación: doctrina sobre la — en las obras de San Gregorio 70-71; cf. **Cristo.**
Enfermedad: cómo se debe exhortar a los enfermos 166 17.
Enseñanza: cómo es la enseñanza de Cristo 654; modos de enseñar 654.
Envidia: cómo se debe exhortar a los envidiosos 163.
Episcopado: es necesaria la recta intención en el que lo desea 116.
Epistolario: gregoriano 31-33.
Escándalo: cuándo se ha de evitar 297-298.
Escatología: doctrina sobre los novísimos en San Gregorio 72.
España: Gregorio y España; relaciones con San Leandro, Hermenegildo, Recaredo, con la España bizantina 23-35; plan de un estudio automático 93; difusión de sus obras 94; principales manuscritos 96-98; traducciones 98-100; ediciones 100-102.
Esperanza: puerta para llegar a los gozos secretos 480; longanimidad de la — 507; levanta a lo eterno 272.
Espíritu: a algunos eleva, pero no los toma 360; cuando arrebata al predicador 353.
—carnal: la caña, figura del —; flexibilidad del — 557.
—maligno: su acción en los hombres opuesta a la del Espíritu Santo 253-254; sus insidias contra el alma 387-388.
—de profecía: junta en sí a la vez las cosas anteriores y posteriores 288.
Espíritu Santo: es el que habla por medio del profeta 253; después del advenimiento del Mediador aparece la virtud del — 323; su permanencia en los corazones de los santos; cuándo se retira 280; diversos modos de entender el discurrir y la movilidad del — 279-280; su efecto en un corazón carnal 279; modo humano de hablar de la Sagrada Escritura al referirse al — 279.
Espíritu de vida: efectos del — 301-302.
Espiritualidad gregoriana: fuentes: Sagrada Escritura, San Agustín, Casiano, San Benito 82-84; compunción 84-86; contemplación 86 92; vida activa y contemplativa 92-93.
Evangelistas: los cuatro animales que representan a los — 269-270.
Examen: hace que nos conozcamos a nosotros mismos 274; necesidad del — del corazón 277; después de hablar debe examinarse el predicador 380; los santos se vigilan cuidadosamente 298-299; cf. **Santos.**
Excerpta: de las obras de San Gregorio 50-53.
Exegesis gregoriana: sistema exegético 75-79.
Exhortación: cómo se debe dirigir la — cuando son muchos los oyentes.
Extranjeros: saborean la divina Palabra, desechada por los judíos 289.

Fe: qué es 665 702; verdadera fe 678-79; fundamento de las virtudes 477; puerta para llegar a los goces secretos 480; clases de fe; modos de manifestarla 700-701; altura de la — 508; anchura de la — 465-466; antecede a la caridad 439; conocimiento de Dios por la — 447; cómo carece de mérito; Cristo muestra su cuerpo para afianzarla 661; y obras 665; no sirve sin las obras 328; igualdad de los fieles en la 435; los padres del Antiguo y los del Nuevo Testamento concuerdan en una misma — 435-436; es idéntica en los pueblos que precedieron y en los que siguieron al Mediador 444.
Fieles: diversas clases 434 509 443; diversidad de méritos, pero igualdad en la fe 434-435.
Fiesta: las terrenas nos recuerdan las eternas 666.
Fin del mundo: 15-18; señales del fin del mundo 726; terribilidad del fin del mundo 727; figurado en la cena; con él termina el tiempo de gracia 732-733.
Flores: de las obras de San Gregorio 50 53.
Formación: humanista 10 63; desprecio de los autores paganos 61; formación literaria romana bilingüe 66; formación helénica perdida 66.
Fortaleza: de ella es figura el Bautista; la fe es su solidez; inflexibilidad 557.
—de Dios: se manifiesta en lo

[Fortaleza de Dios]
que es despreciado y desechado 252.
Fuego: Dios es fuego; Dios pone a la tierra fuego; el fuego enciende en deseos de eternidad; el fuego purifica, hace elocuentes y fervorosos 687-88; designa el Espíritu Santo 255 279; otras veces designa la malicia de la mente 255-256.

Galia: Gregorio y la Galia 26.
Generosidad: generosidad de los santos 547-48.
Gentil: actitud diversa del pueblo judío y del — 285; el pueblo gentil convertido despide por sus elegidos el olor de las virtudes 285.
Gobierno: esperado 110; engendra soberbia 111; perturba la serenidad del juicio 111; los imperfectos no le deseen 112 117; debe aceptarla el virtuoso y bien dotado 113; y aun contra su voluntad 114 117; los que le desean son movidos por el engañoso propósito de realizar buenas obras 116.
Gozo interior: a él se penetra por tres puertas 479-480.
Gracia: necesidad de la —; preveniente y subsiguiente: efectos 361-362; papel de la — preveniente en nuestras buenas obras 326.
Gula: cómo se debe exhortar a los glotones 182 185.
Gusto: el — de los casos celestiales hace que se encuentre amargo lo terreno 360-361.

Hablar: como han de hablar el superior y el inferior 330-331.
Holocausto: su inmolación 503-504; su diferencia con el sacrificio 389-390-497; qué es lavarlo 496-497-498.
Hombre nuevo: lo que es propio del — 346.
Hombre viejo: lo que es propio del — 346 698.
Homilías: sobre los Evangelios, número, lugar, tiempo litúrgico 38-42; sobre Ezequiel, ocasión, número, temas tratados 42-44.
Humanidad: 1) en ella Cristo es inferior al Padre; 2) María, Madre de la humanidad de Cristo 657; 3) cf. **Cristo;** es propio de ella la transitoriedad 544.
Humanidades: 10 63 ss.
Humildad: fundamento de las virtudes 476; raíz de toda obra buena; recuerda en los favores la culpa; premio 563; ejemplo de Cristo 545; arte de vivir en la — 482; es auténtica si va acompañada de las otras virtudes 114; ante la gloria de Dios 377; necesaria al prelado 130-135; su necesidad para los que predican 327; en el que predica y en los oyentes 382-383; de los verdaderos contemplativos 405 453; de los santos doctores y profetas ante Dios 316-317-318; formación, ejemplos 745-747; considerando lo malo que hay en nosotros y lo bueno que hay en los demás 357-358; al compartir el bien con los prójimos 306-307; cómo se debe exhortar a los que, pudiendo predicar, temen hacerlo por humildad 198-202; cómo se debe exhortar a los humildes 176-180; no puede apreciarla en las alturas quien en lo bajo es soberbio 117.
Humildes: conocidos por Dios; de ellos es el reino de los cielos 773.

Iglesia: Reino de Dios 702; Cuerpo de Cristo 287; Madre de dos po de Cristo 287; Madre de dos trono incorruptible de nuestro Rey 422-423; amable a Dios, temible a los espíritus malignos 312; por qué es sensible 312; relaciones con Cristo, cabeza 416-417; acción en ella del Espíritu Santo 397-398; construida por los padres del A. y N. Testamento 424-425; diversa función de los padres de ambos Testamentos 424-425; es una sola en los predicadores del Antiguo y del Nuevo Testamento 488; quiénes penetran en ella espiritualmente 398; Pedro, figura de la 639 649; Cristo, cabeza de la; miembros de la 639-649; fundamento y piedras del edificio de la 396-397; tiene dos vidas 520; en las dos ofrece sacrificio 520; clases de hombres dentro de la 630; se alegra en las voces de sus predicadores 359-360; distintos órdenes de fieles que pelean contra las aéreas potestades 314; mezcla de buenos y malos en la 752 577 649; necesidad de buenos y malos en la 753; peligro en la selección 577; el arca de Noé figura de la 753 440-41; la red figura de la Iglesia 649; persecución y paz en la —; comportamiento en las persecuciones de la—comportamiento en la paz de la—; pilegros en la paz de la 700; doctrina sobre la Iglesia en San Gregorio 71.
Impacientes: cómo se les debe exhortar 158 162.

Imperfectos: muchos al ser probados se encuentran tales 479; cf. **Débiles.**
Impetu: del espíritu y de la carne; efectos de ambos 276-277; de la carne se disfraza del ímpetu del espíritu 277.
Inconstancia: cómo se debe exhortar a los inconstantes 180-182; nace de la ligereza del carácter 181.
Indoctos: los pastores — no se atrevan a enseñar 108.
Inferior: ha de hablar con humildad 331.
Infierno: doctrina sobre el — en San Gregorio 72; la memoria y conocimiento en el — ; verán la gloria de los justos en el — 776; castigo de cada miembro en el —; quiénes van al —, llanto y crujir de dientes en el — 757.
Inglaterra: Gregorio e Inglaterra 274.
Insolentes: cómo se los debe exhortar 157.
Integridad (pureza): cómo se debe exhortar a los que no tienen experiencia de pecados carnales 209-10.
Intención: necesidad de la rectitud de 527-528 512-513.; determina la bondad de nuestras acciones 296-297; ha de estar elevada a la celestial 271-272.
Ira: sea el prelado discreto en ella 141-6; cómo se debe exhortar a los iracundos 176-8.
Italia: Gregorio e Italia 22 ss.

Judíos: a ellos volverá la gracia de la predicación 378-379.
Juicio: males que le precederán y seguirán 587; fuente de buenos y malos 538; ignominia del día y la hora 583-84; confusión 553; inseguridad 759; ejemplos 758-59; severidad 540; inutilidad de las quejas; minuciosidad 620; terror 666-67 760; espera y vigilancia 538; los buenos lo ansían 539; hemos de presentar buenas obras 552.
Justicia: necesidad en el prelado 132 135.
Justo: quién lo es 552; anda en presencia de sí mismo 274; su actitud ante los perversos 331-332-333; a veces hay que reprimir a los detractores 333; a veces publican sus virtudes para atraer con su ejemplo 334; a veces para utilidad propia 334-35.

Lámpara: se aplica a los santos varones por el resplandor de sus buenas obras 278.
Limosna: distinto darla por precepto o por caridad 355; valor [Limosna] 777; los pobres que piden serán intercesores en el cielo 777.
Locuacidad: cómo se debe exhortar a los muy locuaces 172-73.
Lombardos: 6 15 ss.
Lugar de Dios: es cada alma santa 353; es el corazón de los pecadores cuando vienen a la vida de la gracia 354; sin el espíritu, de nada sirve estar en uno u otro 336.
Lujuria: cómo se debe exhortar a los que tienen experiencia de pecados carnales 208-9.
Luz: Jesús es la luz 542; la fe es el camino de la luz 544.

Llanto: Jesús llora, por quién llora, quién debe llorar 762-63..

Maestro: debe acomodar su palabra a los oyentes 148.
Magos: dones que ofrecen, su oficio, significación, aplicaciones pastorales 573-74.
Mal: cómo se debe aconsejar a los que obran el mal secretamente y el bien en público 224.
Malevolencia: cómo se debe exhortar a los malévolos 162 164.
Mansedumbre: necesidad de que el prelado sea discreto en ella 141 146; cómo se debe exhortar a los mansos 176 178; ejemplo de San Pablo 462 464; ejemplo de San Esteban 464.
María: segunda Eva 657; María nos da a beber la vida 658.
Mártires: recuerdo de los mártires 752.
Martirio: clases 729.
Matrimonio: qué es, fin, moralidad 735; indisolubilidad 741; cómo se debe exhortar a los casados 204 207.
Meditación: del prelado en la Sagrada Escritura 146.
Miedo: quienes han de tener — 634.
Mies: abundancia de la mies 601.
Milagros: la Iglesia por sus sacerdotes realiza toda suerte de milagos 679-80; el milagro muestra la santidad, pero no la da 680; efectos 551; distinción entre los que hacen los elegidos y los que hacen los réprobos 455; fin 551; actitud ante el milagro 542.
Misas: gregorianas 73 75.
Misericordia: la perfecta misericordia 466; valor 767-67; ejemplo 767-68; mitiga el rigor de la ley 709-710; incomprensibilidad; Dios es la misma misericordia 621-22; de nuestro Redentor, es fuente donde lavar

[Misericordia]
los pecados 499 500; Cristo es la fuente de la misericordia 704; de Dios manifestada en los castigos 248-249; de Dios para con la gentilidad 467-468; del Señor debe ser cantada por el predicador 521.
Misterio: incomprensibilidad; fe en el misterio 661.
Moral: gregoriana 79 81.
Morales: libro de los 33 36.
Muerte: Cristo, vencedor; el demonio pierde al mundo por ella 658-659; nos es desconocido el día de nuestra muerte 446; el recuerdo de los pecados haría terrible la — 765 767; la felicidad pasada ante la — 766; los demonios en la — 766-67; el ladrón figura la —; súbita venida; aprovechamiento del tiempo; temor 587-88; universalidad; Elías y Henoc 658 681.
Mundo: manera de poseer las cosas; vivir en el mundo sin espíritu del — 738 740; la segur está puesta al árbol del mundo 627; el mundo impide mirar hacia arriba 695; caducidad 540; desprecio 539-40; peligro de adherirse al mundo 550; nada hay que pueda agradar en él 468 470; posición del hombre ante las cosas del mundo 548.

Naturaleza humana: su caída; redención; los hombres iguales a los ángeles en la —; respeto a la naturaleza humana 565-66; creada a imagen de Dios 693.
Necesidad: arte de vivir en la — 482-483-484.
Niños: el boj, figura de los —; ellos conservan el verdor de la Iglesia 630.
Número: significación del número siete 651.

Obediencia: recomendada 381-382.
Obispos: ocupan el puesto de los apóstoles; con el régimen reciben la potestad de atar y desatar; su responsabilidad 663.
Obras: no sirven sin la fe 328; las malas obras son sólo nuestras 326.
Obras buenas: cómo se debe aconsejar a los que no las principian y cómo a los que las principian, pero no las acaban; a los que ocultan las que hacen 225.
Oficio pastoral: es el arte de las artes 108; es pesada carga 365; división de la mente por los múltiples asuntos 365 374.
Oración: necesidad; insistencia en la — 543; en nombre de Jesús; cosas que se han de pedir 612 544; orden en la petición 672; en la caridad está el poder de la — 673-74; el incienso, figura de la — 574.
Ostentación: peligro del lujo en el servicio de Dios, su fin lleva al pecado 557.
Oriente: Gregorio y el Oriente 28 ss.
Oyentes: diversas clases 494.

Paciencia: qué es; quién tiene paciencia 727; modos de conseguirla 729-30.
—**de Dios:** ante nuestras maldades 329-330; fruto del espíritu 301-302; posesión de las almas en ella 727; unión de la caridad con la paciencia 727-28; exhortación de la virtud de la paciencia a los enfermos 169.
Pacientes: los pacientes aguantan sin pesar su alegría en las injurias 729; cómo se los debe exhortar 158 162.
Padre: somos hijos de Dios, filiación diferente de Cristo y los hombres 657.
Palabra: el Hijo es la Palabra del Padre 685.
Palabra de Dios: alabanza de la — 276; su dulzura y amargura 362; obscuridad y utilidad 284; es eficaz cuando es consecuencia del bien obrar 363-364; su efecto en los buenos oyentes 262-263; discierne los pensamientos e intenciones del corazón 513; gustada por los no judíos 269.
Paráclito: abogado, defensor, consolador, maestro, inspirador 685-86; lenguas, fuego, paloma, figuras del Espíritu Santo 686.
Pascua: solemnidad de las solemnidades, esperanza segura de gloria, grandeza de la solemnidad de la —, ha destruído el infierno, ha abierto el cielo 640-41; significación de la —, significación de los alimentos pascuales 641-43.
Pasión: cómo se debe exhortar a quien está dominado por pasiones contrarias 227.
Pastoral: libro de la "Regula Pastoralis", ocasión, materia, propagación 36-39; código de santidad sacerdotal y tratado de pastoral 36,39.
Pastores: ciencia debida 106-108; distinga las virtudes y los vicios 141; los indoctos no se atrevan a enseñar 108; den ejemplo de vida, 109; están obligados a predicar 127; prudencia en el hablar 127; cómo deben exhortar a los jóvenes,

[Pastores]
a los ancianos, 150; a los hombres y a las mujeres 150; a los ricos y a los pobres 150-152; cómo tratar a los soberbios 151; modo diverso de exhortar a los súbditos y a los prelados 152-55; a los criados y a los amos 155; a los sabios y a los rudos 155-56; a los descarados y ruborosos 156; a los insolentes y pusilánimes 157-58; a los impacientes y pacientes 158-162; a los benévolos y a los malévolos 162-64; a los sencillos y dobles 164-66; a los sanos y a los enfermos 166-170; a los endurecidos en la maldad 170-71; a los silenciosos y locuaces 172-74; a los parsimoniosos y a los precipitados 174-76; modo de exhortar a los mansos e iracundos 176-78; a los humildes y soberbios 178-80; a los pertinaces y a los inconstantes 180-82; a los glotones y abstinentes 182-85; a los caritativos y avariciosos 185-88; a los que hacen mal uso de las riquezas 188-90; a los propensos a las discordias y a los pacíficos 191-94; a los sembradores de discordias y pacificadores 194-95; cómo deben exhortar a los que no entienden rectamente las Sagradas Escrituras 196-97; a los que pudiendo predicar no lo hacen por humildad y a aquellos que no pudiendo hacerlo lo practican por falta de reflexión 198-202; a los que tienen éxito en lo temporal y a los oprimidos por la adversidad 202-04; a los casados y a los solteros 204-208; a los lujuriosos y a los puros 2-8-11; a los que lamentan los pecados de obra y de pensamiento 211-13; a los que lloran los pecados cometidos, pero no los dejan, y a los que los dejan, pero no los lloran 214-15; a los que obran lo ilícito y lo aplauden y a los que motejan lo malo, pero no lo evitan 216-17; movilidad de los que no tienen cura de almas; a los que tienen no se les permite cambiar de lugar 280.

Patriarca: ecuménico 28-29.

"Patrimonium Petri": 22-23.

Paz: cómo se debe exhortar a los amigos de la paz 192; a los pacificadores 194.

Pecado: universalidad del pecado, sólo Cristo vivió sin pecado, Cristo pagó con su muerte nuestro pecado 766; el — nos arrebató el cielo 695; El — nos hace mirar a la tierra 696; el — es causa del pecado y castigo del pecado 372; oscurecen y embotan el alma 543; hay ocupaciones que llevan al — 648; los apóstoles reciben poder para perdonar los — 663; cómo se debe exhortar a los que deliberadamente se entregan al — 219-20; a los que cometen con frecuencia pecados leves 220; a los que lloran pecados de obra y de pensamiento 211-14; a los que lloran los cometidos, pero no los dejan, y a los que los dejan, pero no los lloran 214-15; de los superiores 367.

[Pecado]

Pecador: se mueve a impulso de la tentación 268; concita contra sí la ira del Creador 337; se torna insensible a la vergüenza 348; debe ser reprendido y jamás temido 350.

Pecadores: misericordia de Cristo para con los pecadores, Magdalena modelo de los pecadores 710; hay fiesta en el cielo por la conversión de los pecadores 713.

Penitencia: qué es, Cristo acoge en ella 721-22; cómo ha de ser la 626; cambio que opera en el pecador 354; la — cubre los pecados pasados 272; riega con llanto las culpas, lo perdido en el placer ha de adquirirse con lamentos de 574; nos salva de la ira de Dios 625; frutos de la penitencia 626; efecto de la predicación 353-54 358-59; efecto del espíritu de penitencia 302; valor de las obras de misericordia para la 627; las obras de misericordia son dignos frutos de 627-628.

Perdón: Dios permite los pecados para ofrecer esperanza de 631; Dios da a todos el 631; poder de los apóstoles de perdonar, fin del perdón, odios y simpatías en él 664; ejemplo de perdón por la penitencia 723.

Pereza: cómo se debe exhortar al perezoso 174-75.

Perfección: a ella llegan justos y pecadores 470 475 480; diversos grados en la — 87 303; se adquiere gradualmente 417-418-419; la fe en la —, el amor en la —, el deseo de Cristo en la — 643.

Perfectos: necesidad de imitarlos en la penitencia 308; figurados por los cuatro animales 270.

Perseverancia: el valor del bien obrar está en la —, los perseverantes encontrarán a Dios 653.

Pertinacia: cómo se debe exhortar a los pertinaces 180-82; nace de la soberbia 181.

Perversos: no consideran lo que hacen 275; no hay que temer sus desprecios 331-332.

Pervertidores su nefasto proceder 335-36.
Placer: diferencia entre — del alma y del cuerpo, sólo Dios es objeto de — 731-32.
Pobres: Dios prueba a los — fin de esta prueba 774; no se desprecie al pobre, veneración como intercesor 778; el cielo es de los pobres 774; son margaritas escondidas en el basurero del mundo 779; cómo deben ser amonestados por los pastores 150.
Pobreza: en qué consiste 466.
Potestades: celestes 304.
Predicación: el ministerio de la — llévenle los virtuosos 115; disposiciones para oírla, defectos que impiden el fruto 561; ha hecho posible la difusión de las virtudes 309; hay que poner por obra lo oído en ella 345; recibida de diverso modo por las almas 352; puede sustraerse por culpa de los oyentes y por culpa del predicador 382; tiende a repeler al que busca el honor y a elevar al que huye del honor 400; anuncia a otros lo visto y conocido en la contemplación 408; los pueblos fieles son congregados por los santos predicadores 312; luchan así contra las potestades aéreas 312; su efecto cuando los malos empiezan a oírla 353; al que yace en su debilidad no se ha de conceder autoridad para predicar 327-328; sí al que está ya firme 327-328; debe acomodarse a la condición de los oyentes 148.
Predicador: invita a la cena del Señor, representa a Dios, reverencia que le es debida 733; prepara el camino del Señor 623; el predicador sin la gracia de Dios no puede hacer nada 625; abre la entrada al reino de los cielos 417; aventaja en méritos a sus oyentes 460-461; su puesto en la Iglesia 287; estudia la Sagrada Escritura 146-7; algunas cualidades del — 514; su celo espiritual 388-389; se exige madurez en el — 250-251; la discreción en el — 514 515-516; gravedad, firmeza y discreción en el — 262 514-515-516; la sabiduría y virtud de los santos — unidos por la caridad 267; debe considerar primero cómo debe vivir para ver cómo debe predicar 347; los santos — no se vuelven jamás a lo que dejaron; tienden siempre a lo mejor 267-268; su vida ha de mantenerse fija en lo alto 366; necesidad de las buenas obras en los — 261; ha de subir [Predicador] a lo alto del bien obrar 364-365; ha de poner por obra lo que enseña 510 512; ha de cumplir primero lo que predica 350-351; gran altura de vida de los santos — 460 465; ha de mostrar a los oyentes el sentido de lo que enseña 495; el predicador vuelva al interior de sí mismo para que no le ensoberbezca la vida sin predicación 231-7; después de hablar ha de entrar dentro de sí mismo 379; ha de predicar con las obras y con la palabra 230; necesidad de examinarse interiormente 380; la falta de reflexión impele a muchos a predicar sin los debidos requisitos 200; modo de proceder cuando recibe un oyente terreno 386-387; cómo pone asedio contra el alma a que debe enseñar 387-388; cómo se debe dirigir la exhortación cuando son muchos los oyentes 226; cómo dirigir la exhortación a uno mismo que está dominado por pasiones contrarias 227; cómo se debe exhortar a los que no predican por humildad 198-99; a las almas novicias no se les debe predicar cosas elevadas 229; sonoridad y ardor de las palabras de los santos — 262; sutileza de esas palabras 262; cuando el espíritu le arrebata 353; culpable de la caída del justo si calló cuando debía hablar 371; Dios consolida las almas de sus — 458; su lengua abunda en riquezas de ciencia 457; debe cantar la misericordia del Señor 521; les sirve de gran custodia la vida venerable de los oyentes 459; en las alabanzas de los oyentes hay un peligro para los — 512-513; solicitud y oraciones por los pecadores arrepentidos 516-517; todos son aptos para exhortar y aconsejar; el Señor reparte en ellos sus talentos; predicadores con elocuencia y sin ella; la predicación es el alimento del alma — 558-59; si miente en algo, ya no anuncia la palabra de Dios 348; daños del silencio en los — 601-8; comportamiento de los — 602; la severidad en los — 602 606; incompatibilidad de ocupaciones con los — 602; aplausos y estipendios en los —; castigo de éstos 604; gratuidad de los — 607 551; el pueblo es el manjar, el condimento de los — 609; responsabilidad de los — 610; acomodación de la vida y el ministerio en los consejos de los — 610-11; doble vida de los santos 263.

Prelado: cualidades del — 117 118; tema serlo el indigno 118-121; virtudes en general 122; pureza de pensamientos 122-4; sea el primero en el obrar 124-26; discreto en el silencio y útil en el hablar 126; sea compasivo y contemplativo 128-130; sea discreto en la corrección, en el disimulo, en la ira y mansedumbre 141 146; dé ejemplo de vida 153-4; medite la Sagrada Escritura 146; cómo deben ser exhortados 152; están al frente de la Iglesia 693.
Prelatura: en ella, por lo regular, se pierde la práctica de obrar bien 117; lleva consigo soberbia 132.
Primado: de la Iglesia romana 28-29.
Procesión: el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo 662.
Profecía: orden de la — 241-242; tiempos de la — 240-242; mediante las — de lo futuro se prueban las de lo pasado y viceversa 241; — de presente 240-241; también las obras son — 363; modos y cualidades de la — 242-247.
Profeta: unión en los — de lo que internamente oyen y de lo que dicen 250; limitación en la expresión externa de lo que le infunde el Espíritu Santo 311; razón por la que a veces los — hablan de sí como si se tratara de otros 253; diferencia entre los verdaderos y falsos — 247-248; humildad ante los misterios de Dios de los santos profetas 317; fácilmente pasa de un tema a otro 296; a veces falta el espíritu de profecía a los — 246-247; su actitud ante los perversos 330.
Prójimo: hemos de mirarle como a nosotros mismos 274-275.
Prosperidad: cómo se debe exhortar a los que prosperan 202; trae soberbia 111.
Purgatorio: doctrina sobre el — en San Gregorio 73.

Recogimiento: cómo lograrlo 448.
Recompensa: por las buenas obras no se ha de esperar en este mundo la — 552; el tentado se hace digno de mayor recompensa 774.
Recuerdo: recordar en la predicación los pecados 694; el recuerdo mantiene la rectitud del alma 696.
Reflexión: la falta de — impele a algunos a predicar sin los debidos requisitos 200.
Reino de los cielos: es la Iglesia, sus miembros, quiénes son excluídos de él 580 616 749; por qué se le compara a diez vírgenes 580; quiénes son las vírgenes prudentes, quiénes son las necias 580-83; horas de llamada en él 617; obreros buenos y malos en él 618; murmuradores en él 619; son pocos los escogidos para él 619-20; el — mansión de los justos, quiénes entran en él 631; el — lo alcanzan también los pecadores 474-475 477; la resurrección es la llave de él 641.
Reprensión: hay que hacerla sin que nos detenga la humildad de unos o la soberbia de los otros 349-350; actitud ante ella, ejemplo de San Pedro 460-461.
Réprobos: vuelven a lo malo que abandonaron 267; el remedio de la gracia la truecan en aumento de culpa 373-374; sólo consideran lo que tienen mejor que los otros 357.
Resurrección: de la carne 489-493; los Padres del Antiguo y del Nuevo Testamento están de acuerdo en afirmarla 489-491; la — de Cristo es la nuestra 634-635; no devuelve la inmortalidad 634; la mortificación de la carne y la — 635; somos conciudadanos de los ángeles por la — 637; explicación de las dudas sobre ella, esperanza de la — 668; cf. **Cristo.**
Ricos: cómo deben ser amonestados por los pastores 150.
Riquezas: uso de las — 188-90 772; peligro de ellas 772.
Roma: 3 13; escatología de la ciudad 15-18; culto renovado 19-20; caridad 21; su deplorable estado 463-470.
Ruborosos: cómo se les debe exhortar 156.
Rudos: cómo se les debe exhortar 155-6.

Sabiduría: cuanto más se posea, más indigno parece lo temporal 361; la — significada por el oro 574.
Sabios: cómo se les debe exhortar 155-56.
Sacerdocio: cualidades: ciencia, unidad, acción, discreción en hablar, compasión, contemplación, humildad, rectitud, predicación y dirección de almas 37-38; los sacerdotes son llamados ángeles, es una dignidad que hay que merecer 558.
Sacerdotes: son las ventanas que defienden la luz de la santa predicación 374; quién ha de recibir el ministerio de los — 644; Cristo los envía a padecer, amor de Cristo a los sacer-

[Sacerdotes]
dotes 662; Dios ilumina a los sacerdotes vigilantes de su grey 565; — que sirven al Señor 526-528; — que guardan el templo y — que sirven al altar 524-528; — de orden inferior 525-526; — de orden superior 525-526; se han de considerar a sí pecadores; compasión con los pecadores 705; han de ser médicos de las almas 706; solicitados por múltiples cuidados 374-375; lo penoso de su trabajo 375-376; la paciencia, la ira, la difamación en los sacerdotes celosos 613.
Sacramentario: gregoriano 19 46-48.
Sacrificio: noción, diferencia con el holocausto 497; — de la compunción y de alabanza 520.
Sagrada Escritura: luz y alimento divino 75; sentidos histórico, alegórico y moral 76-78; reglas de la exegesis gregoriana 76-79; el estudio de la Sagrada Escritura, ideal del monje 8; el Nuevo Testamento entra dentro del Antiguo Testamento 290; paralelismo entre ambos Testamentos 290-291; altura a que llega el Nuevo Testamento comparado con el Antiguo 436 - 438; tiene dos umbrales: exterior e interior, letra y alegoría 425; en ella todos los preceptos y todos los ejemplos de los justos están contenidos 426-427-428-429; letra y espíritu en la — 518; unidad de su sentido 290; estatura, altura y aspecto terrible de ella 292-293-294-295; inmutabilidad diversa de ambos Testamentos 291-292; inteligibilidad 299 444-445; todo es útil en ella 313; unas veces es comida, otras bebida 313; nos enseña el amor a Dios y al prójimo 303; nos vivifica 303-304; nos alimenta 344; anunciadora de la cruz 289-290; toda nuestra defensa está contenida en la divina palabra 426-429; una misma palabra no tiene siempre la misma significación en la — 471; el espíritu del lector determina que aprehenda uno u otro sentido 299-300; el Nuevo Testamento nos descubre el sentido espiritual, el Antiguo Testamento el sentido histórico 502; en general deben tomarse en sentido espiritual aun los casos que pueden tomarse en sentido histórico 394; se expone a todos, pero de modo diverso 284-286; lo que no señalan abiertas lo dan a conocer por el tiempo o por el lugar 376-377; lo obscuro y lo patente en ella 339; progresivo crecimiento de la ciencia de los padres espirituales 438; orden a seguir en su estudio 344; exhortación a meditar la palabra de Dios 426; cómo se debe exhortar a los que no la entienden rectamente 196; necesidad de practicar lo que se lee en la — 345; se ha cumplido el Antiguo Testamento, también se cumplirán las promesas del Nuevo 439-440; cómo están escritos en la Sagrada Escritura las lamentaciones, canciones y ayes 340-341-343; versiones de la — 307.
Salud: cómo se debe exhortar a los sanos 166-170.
Santidad: consiste en asemejarse a Cristo 258-259.
Santos: no viven ni mueren para sí 527-528; no tienen todos las mismas virtudes 355-356; sacan su fuerza del amor 283; serán jueces junto con el Señor 257-258; su intención elevada a lo celestial 271-272; su temor a Dios 273; comunicación mutua de dones 357; su circunspección 296 297 298; poder de sus palabras 282; se examinan cuidadosamente 298-299 (cf. **Examen**); se excitan mutuamente a la perfección 356-357; — que por su ocultación no iluminan a otros 278; efectos de su compañía en los demás 278; — resplandor que ilumina a los demás 278; son nuestros defensores, ellos pueden avalar nuestras nociones 703.
Santos Padres: en su vida aprendemos lo que hay que entender en el libro de la S. E. 358.
Sapiencia: 60.
Schola Cantorum: 19-20 48.
Seglares: el olmo figura de los — 629.
Seguimiento: llamada de Jesús en su —, ejemplo de los apóstoles en el —, afecto y efecto en el —, apreciación de Dios en el — 553-54; exige renuncia de bienes terrenos, exige renovación de sí mismos 697.
Sembrador: quién es, qué siembra, diversos modos de recibir la semilla, diferente fructificación 593; los cuidados, riquezas y delicias sofocan la semilla 594; la buena tierra da fruto en paciencia 595.
Sencillez: cómo se debe exhortar a los sencillos 164-66.
Sentido: los sentidos de la Sagrada Escritura aprehendidos por diversos lectores 300 (cf. **Sagrada Escritura**); liberal y alegórico en la Sagrada Escritura 76-78 385.

Sentido místico: en la expresión de la edad del profeta 251-252.
Severidad: a veces se guardan con ella mejor las almas débiles 390; unida a la dulzura y humildad 390.
«Servus servorum Dei»: 29.
Silencio: es el alimento de las palabras 364; cómo se debe exhortar a los excesivamente silenciosos 172-73.
Simonía: clases, raíz de la perdición 762 764-65.
Sinagoga: Juan figura de la — 639.
Soberbia: qué es, efectos 613; la verdad huye de ella 615; a veces aparenta ser libertad 331; cómo se debe exhortar a los soberbios 176-80.
Súbditos: cómo deben ser exhortados 152; relaciones con los superiores 154-55.
Superior: ha de predicar la fe y las obras 368; ha de sobrepasar las obras de los que le han sido encomendados 364-365; ha de hablar con autoridad humilde 330-331; obligación de hablar al impío 367; es culpable cuando calla debiendo hablar 367; modo de hablar a los débiles 369; tacto en sus reprensiones según sean los reprendidos 369-371; es un centinela 364-366; al exhortar debe pensar qué habla, a quién habla, cuándo habla, cómo y cuánto habla 368-369; relaciones con los súbditos 154-55.

Talentos: qué significan, a qué obligan, cuenta rigurosa 567-68-69.
Temor: cubre los pecados pasados 272; a veces aparenta ser humildad 331; de los santos ante los juicios de Dios 317 319-320.
Templanza: figurada por el mirto 629.
Tentación, fin, clases 597; molesta más a los que son más levantados en la contemplación 407; se dan más violentas en quienes comienzan a amar lo celestial 386-387; el que ha sido curado debe soportar las — de la carne 379-380; que sufrirán los elegidos ante los prodigios de los predicadores del anticristo 329.
Tesoro escondido: qué es, significación, exigencias 576.
Testamento: el Antiguo y Nuevo Testamentos figurados en los ángeles, se miran uno a otro, ambos hablan del Señor, narran acordes el misterio del [Testamento] Señor 655 (cf. **Sagrada Escritura**).
Tiempo: aprovechamiento 584.
Trinidad: definición 650; no admite disminución ni división 507; en ella creyeron ya los Padres del Antiguo Testamento 435; conocida de los Padres del Antiguo Testamento, pero no del pueblo 437-38.
Tristes: cómo deben ser amonestados 152.

Vanagloria: es pecado, los vestidos elegantes son — 772-73.
Verdad: se enseña en el templo, cómo se adquiere, no está en el mundo 765; huye del alma soberbia 615; quiénes son aptos para defenderla 349.
Vergüenza: es laudable avergonzarse del mal y reprensible avergonzarse del bien 349.
Vicios: alguna vez deben dejarse los — más leves para quitar los más graves 228.
Vida: tres etapas, simbolismo en las tres vigilias 587; diversos órdenes de vida, vive lo que muere para ser vivificado 678-699-700; reforma de — 698.
Vida activa y contemplativa: aportación de G. a la historia y práctica de la espiritualidad 92; su aplicación a la vida monástica 92; caracteres diversos de ambas 92-93; personificadas en Marta y María, Lía y Raquel 93; en qué consisten 410; representadas estas dos vidas por Marta y María 411; supremacía de la vida contemplativa: razones 411; representadas también por Lía y Raquel 411-412; para llegar a la contemplativa hay que pasar primero por la activa 412; función de cada una 429-430; es útil volver a veces de la — contemplativa a la activa 412; — activa y contemplativa en los santos predicadores 263 267; diferencias entre ambas y prioridad de la contemplativa 263-264; — activa comparada con la servidumbre, y — contemplativa comparada con la libertad 264 266; en la — activa podemos permanecer fijos 280; en la — contemplativa no podemos permanecer largo tiempo con el alma atenta 280-281.
Vida celestial: el que a ella aspira ha de tener ecuanimidad entre la prosperidad y la adversidad 481 486; ejemplo de

[Vida celestial]
San Pablo 482; ejemplo de Job 484-485.
Vida eterna: camino de la — 545; anchura de la — 430.
Vida interior: del prelado 135-37.
Virtudes: sin las cuales no puede entrar en el cielo quienquiera que tenga ya uso de razón 453; teologales, sin las que no puede salvarse quien es capaz de obrar algo: fe, esperanza y caridad 433-434; cardinales 80; las cuatro principales, orden en su observancia 263; levantan de los actos terrenos 272;
[Virtudes]
una virtud excita a otra virtud 355; de los buenos y fieles 529; equilibrio entre ellas 529.
Visión de Dios: pondrá fin a la fe y perfeccionará la caridad 441.
Visitación: modos de visitar Dios el alma, peligro en no conocer el tiempo de la visitación de Dios 764.
Voluntad: qué es la buena, para tenerla es necesario no amar cosa alguna con el afecto, está simbolizada por la paloma 554-555.

INDICE ESCRITURISTICO[1]

ANTIGUO TESTAMENTO

Gen	27,1ss	284 286
	42,9ss	514 515
Ex	12,7	641 644
	21,2	264 266
	25,31	286 288
Lev	21,17	118
Num	23,10	594
Deut	1,42	248 249
	15,19	250
2 Reg	7,3-6; 12-13	247
Iob	2,10	484 485
	16,20	332
	29,15-16	334 335
Ps	59,10	562
	65,5	550
	100,1	521
	103,2-3	339
	117,12	335 336
Prov	1,24-28	583
	5,15	380
Eccl	1,18	361
	11,4	268
Cant	2,5	420
	2,9	403
	2,10-12	439 440
	3,1-2	653 654
	3,9	422 423
	4,16	253 254
	7,4	366
Sap	7,22	279
Is	2,2	395
	5,21	563
	6,1	413 414
	20,9	365
	26,1	408
	33,15	552
	35,7	401
	40,6	565
	58,6	599
	63,2	399
Ier	5,16	580
	23,16	347
Ez	1,1-5	249
	1,6-9	260
	1,10-12	269
	1,12-14	276
	1,15-18	283
	1,18-23	295
	1,24	300
	2,1-9	325
	3,1-14	342
	3,15-21	362
	3,22	376
	4,1	144
	13,5	589
	40,1-4	392
	40,4-5	406
	40,6-8	416
	40,9-12	430
	40,12-15	442
	40,17-19	456
	40,20-26	470
	40,27-38	486
	40,39-43	500
	40,44-49	517
Os	10,11	349
Am	4,7	352
	8,11	343
Mich	4,10	361
Hab	3,11	282
Soph	1,15	582
Ag	1,5-6	345
Mal	2,7	558

NUEVO TESTAMENTO

Mt	2,1-12	570
	4,1-11	596
	4,18-22	553
	5,16	576
	5,19	580
	10,5-10	549
	11,2-10	555
	11,17	333
	11,9	547
	12,46-50	546
	13,44-52	575
	16,24-28	697
	19,29	465 466
	20,1-16	616
	21,8	443 444
	22,1-14	748
	25,1-13	579
	25,14-30	566
	28,10	546
Mc	4,26-29	418 419
	7,32	350
	8,2-3	516
	16,1-7	633
	16,14-20	677
Lc	1,17	560
	2,1-14	564
	2,14	554
	3,1-11	622

[1] De los pasajes de la Sagrada Escritura especialmente comentados.

7,36-50 703
8,4-15 592
10,1-9 606
12,35-40 584
13,6-17 602
14,16-24 731
14,26-33 741
15,1-10 713
18,31-43 [illegible]
19,41-47 760
21,9-10 724
21,25-33 [illegible]
24,13-35 [illegible]
Jo 1,19-28 559
2,4 [illegible]
3,7 [illegible] 630
4,46-53 674
5,8 [illegible]
8,46-59 [illegible]
10,11-16 [illegible]
14,23-31 683
15,12-16 668
20,1-9 [illegible]
20,11-18 [illegible]
20,19-31 [illegible]
21,1-14 [illegible]
21,18 [illegible]
Rom 1,21-24 372 373
2,4 587
14,7 527
1 Cor 1,4-5; 10-12 369 370
1,23 556
14,22 551
15,9 356
2 Cor 5,17 346
6,7-8 481
9,1-2 423 464
Filip 2,14 591
Hebr 4,12 513
1 Jo 2,4 500

ACABÓSE DE IMPRIMIR ESTE VOLUMEN DE LAS «OBRAS DE SAN GREGORIO MAGNO», DE LA BIBLIOTECA DE AUTORES CRISTIANOS, EL DÍA 22 DE FEBRERO DE 1958, FIESTA DE LA CÁTEDRA DE SAN PEDRO EN ANTIOQUÍA, EN LOS TALLERES DE LA EDITORIAL CATÓLICA, S. A., ALFONSO XI, 4, MADRID

LAUS DEO VIRGINIQUE MATRI

BIBLIOTECA DE AUTORES CRISTIANOS

VOLUMENES PUBLICADOS

1 SAGRADA BIBLIA, de NÁCAR-COLUNGA, 7.ª ed., corregida en el texto y copiosamente aumentada en las notas. Prólogo del excelentísimo y reverendísimo Sr. D. GAETANO CICOGNANI, nuncio de Su Santidad en España. 1957. LXXVI + 1409 págs. en papel biblia.—100 pesetas tela, 145 piel.

2 SUMA POETICA, por JOSÉ MARÍA PEMÁN y M. HERRERO GARCÍA, 2.ª edición. 1950. XVI + 800 págs.—(Agotada. Se prepara la 3.ª ed.)

3 OBRAS COMPLETAS CASTELLANAS DE FRAY LUIS DE LEON. Edición revisada y anotada por el P. Fr. FÉLIX GARCÍA, O. S. A. 2.ª ed. 1951 XII + 1799 págs. en papel biblia.—95 pesetas tela, 140 piel.

4 SAN FRANCISCO DE ASIS: *Escritos completos*, las *Biografías* de sus contemporáneos y las *Florecillas*. Edición preparada por los PP. Fr. JUAN R. DE LEGÍSIMA y Fr. LINO GÓMEZ CANEDO, O. F. M. 3.ª ed. 1956. XL + 872 págs., con profusión de grabados.—75 pesetas tela, 120 piel.

5 HISTORIAS DE LA CONTRARREFORMA, por el P. RIBADENEYRA, S. I. *Vida de los PP. Ignacio de Loyola, Diego Laínez, Alfonso Salmerón y Francisco de Borja. Historias del Cisma de Inglaterra. Exhortación a los capitanes y soldados de la «Invencible»*. Introducción y notas del P. EUSEBIO REY, S. I. 1945. CXXVI + 1355 págs., con grabados.—Agotada.

6 OBRAS DE SAN BUENAVENTURA. Tomo I: *Introducción. Breviloquio. Itinerario de la mente a Dios. Reducción de las ciencias a la Teología. Cristo, maestro único de todos. Excelencia del magisterio de Cristo.* Edición en latín y castellano, dirigida, anotada y con introducciones por los PP. Fr. LEÓN AMORÓS, Fr. BERNARDO APERRIBAY y Fr. MIGUEL OROMÍ, O. F. M. 2.ª ed. 1955. XLVIII + 755 págs.—80 pesetas tela, 125 piel.—Publicados los tomos II (9), III (19), IV (28), V (36) y VI y último (49).

7 CODIGO DE DERECHO CANONICO Y LEGISLACION COMPLEMENTARIA, por los Dres. D. LORENZO MIGUÉLEZ, Fr. SABINO ALONSO MORÁN, O. P., y P. MARCELINO CABREROS DE ANTA, C. M. F. Prólogo del Excmo. y Rvmo. Sr. Dr. Fr. JOSÉ LÓPEZ ORTIZ, obispo de Túy. 6.ª ed. 1957. XLVIII + 1102 págs.—110 pesetas tela, 155 piel.

8 TRATADO DE LA VIRGEN SANTISIMA, de ALASTRUEY. Prólogo del Excmo. y Rvmo. Sr. Dr. D. ANTONIO GARCÍA Y GARCÍA, arzobispo de Valladolid. 4.ª ed. 1956. XXXVI + 978 págs.—80 pesetas tela, 125 piel.

9 OBRAS DE SAN BUENAVENTURA. Tomo II: *Jesucristo en su ciencia divina y humana. Jesucristo, árbol de la vida. Jesucristo en sus misterios:* 1) *En su infancia.* 2) *En la Eucaristía.* 3) *En su Pasión.* Edición en latín y castellano, preparada por los PP. Fr. LEÓN AMORÓS, Fr. BERNARDO APERRIBAY y Fr. MIGUEL OROMÍ, O. F. M. 2.ª ed. 1957. XVI + 849 págs.—85 pesetas tela, 130 piel.—Publicados los tomos III (19), IV (28), V (36) y VI (49).

10 OBRAS DE SAN AGUSTIN Tomo I: *Introducción general y bibliografía. Vida de San Agustín*, por POSIDIO. *Soliloquios. Sobre el orden. Sobre la vida feliz.* Edición en latín y castellano, preparada por el P. Fr. VICTORINO CAPÁNAGA, O. R. S. A. 3.ª ed. 1957. XII + 822 págs.—85 pesetas tela, 130 piel.—Publicados los tomos II (11), III (21), IV (30), V (39), VI (50), VII (53), VIII (69), IX (79), X (95), XI (99), XII (121), XIII (139), XIV (165) y XV (168).

11 OBRAS DE SAN AGUSTIN. Tomo II: *Confesiones* (en latín y castellano). Edición crítica y anotada por el P. Fr. ANGEL CUSTODIO VEGA, O. S. A. 3.ª ed. 1955. VIII + 740 págs.—75 pesetas tela, 120 piel.—Publicados los tomos III (21), IV (30), V (39), VI (50), VII (53), VIII (69), IX (79), X (95), XI (99), XII (121), XIII (139), XIV (165) y XV (168).

12-13 OBRAS COMPLETAS DE DONOSO CORTES (dos volúmenes). Recopiladas y anotadas por el Dr. D. JUAN JURETSCHKE, profesor de la Facultad de Filosofía de Madrid. 1946. Tomo I: XVI + 953 págs. Tomo II: VIII + 869 págs.—Cada tomo, 70 pesetas en tela.

14 BIBLIA VULGATA LATINA. Edición preparada por el P. Fr. ALBERTO COLUNGA, O. P., y D. LORENZO TURRADO, profesores de Sagrada Escritura en la Universidad Pontificia de Salamanca. 1953. Reimpresión. XXIV + 1592 + 122* págs. en papel biblia.—En tela, 80 pesetas; en piel, 135.

15 VIDA Y OBRAS COMPLETAS DE SAN JUAN DE LA CRUZ. *Biografía*, por el P. CRISÓGONO DE JESÚS, O. C. D. *Subida del Monte Carmelo. Noche oscura. Cántico espiritual. Llama de amor viva. Escritos breves y poesías.* Prólogo general, introducciones, revisión del texto y notas por el P. LUCINIO DEL SS. SACRAMENTO, O. C. D. 3.ª ed. 1955. XXXVI + 1400 págs., con grabados.—ω pesetas tela, 135 piel.

16 TEOLOGIA DE SAN PABLO, del P. JOSÉ MARÍA BOVER, S. I. 1952. Reimpresión. XVI + 971 págs.—65 pesetas tela, 110 piel.

17-18 TEATRO TEOLOGICO ESPAÑOL. Selección, introducciones y notas de NICOLÁS GONZÁLEZ RUIZ. Tomo I: *Autos sacramentales.* 2.ª ed. 1953. LXXII + 924 págs. Tomo II: *Comedias teológicas, bíblicas y de vidas de santos.* 2.ª ed. 1953. XLVIII + 924 págs.—Cada tomo, 60 pesetas tela, 105 piel.

19 OBRAS DE SAN BUENAVENTURA. Tomo III: *Colaciones sobre el Hexaéméron. Del reino de Dios descrito en las parábolas del Evangelio. Tratado de la plantación del paraíso.* Edición en latín y castellano, dirigida, anotada y con introducciones por los PP. Fr. LEÓN AMORÓS, Fr. BERNARDO APERRIBAY y Fr. MIGUEL OROMÍ, O. F. M. 2.ª ed. 1957. XII + 798 págs.—85 pesetas tela, 130 piel.—Publicados los tomos IV (28), V (36) y VI (49).

20 OBRA SELECTA DE FRAY LUIS DE GRANADA: *Una suma de la vida cristiana.* Los textos capitales del P. Granada seleccionados por el orden mismo de la *Suma Teológica* de Santo Tomás de Aquino, por el P. Fr. ANTONIO TRANCHO, O. P., con una extensa introducción del P. Fr. DESIDERIO DÍAZ DE TRIANA, O. P. Prólogo del Excmo. y Rvmo. Sr. Dr. Fr. FRANCISCO BARBADO VIEJO, Obispo de Salamanca. 1952. Reimpresión. LXXXVIII + 1162 páginas.—70 pesetas tela, 115 piel.

21 OBRAS DE SAN AGUSTIN. Tomo III: *Contra los académicos. Del libre albedrío. De la cuantidad del alma. Del maestro. Del alma y su origen. De la naturaleza del bien: contra los maniqueos.* Texto en latín y castellano. Versión, introducciones y notas de los PP. Fr. VICTORINO CAPÁNAGA, O. R. S. A.; Fr. EVARISTO SEIJAS, Fr. EUSEBIO CUEVAS, Fr. MANUEL MARTÍNEZ y Fr. MATEO LANSEROS, O. S. A. 1951. Reimpresión. XVI + 1047 págs.—65 pesetas tela, 110 piel. Publicados los tomos IV (30), V (39), VI (50), VII (53), VIII (69), IX (79), X (95), XI (99), XII (121), XIII (139), XIV (165) y XV (168).

22 SANTO DOMINGO DE GUZMAN. *Orígenes de la Orden de Predicadores. Proceso de canonización. Biografías del Santo. Relación de la Beata Cecilia. Vida de los Frailes Predicadores. Obra literaria de Santo Domingo.* Introducción general por el P. Fr. JOSÉ MARÍA GARGANTA, O. P. Esquema biográfico, introducciones, versión y notas de los PP. Fr. MIGUEL GELABERT y Fr. JOSÉ MARÍA MILAGRO, O. P. 1947. LVI + 955 págs., con profusión de grabados.—(Agotada. Se prepara la 2.ª ed.)

23 OBRAS DE SAN BERNARDO. Selección, versión, introducciones y notas del P. GERMÁN PRADO, O. S. B. 1947. XXIV + 1515 págs., con grabados. (Agotada. Véase núm. 110 de este catálogo.)

24 OBRAS DE SAN IGNACIO DE LOYOLA. Tomo I: *Autobiografía* y *Diario espiritual.* Introducciones y notas del P. VICTORIANO LARRAÑAGA, S. I. 1947. XII + 881 págs.—35 pesetas tela, 80 piel.

25-26 SAGRADA BIBLIA, de BOVER-CANTERA. Versión crítica sobre los textos hebreo y griego. 4.ª ed., en un solo volumen. 1957. XVI + 1650 páginas en papel biblia.—100 pesetas tela, 145 piel.

27 LA ASUNCION DE MARIA. Tratado teológico y antología de textos, por el P. José M.ª BOVER, S. I. 2.ª ed., con los principales documentos pontificios de la definición del dogma. 1951. XVI + 482 págs.—40 pesetas tela, 85 piel.

28 OBRAS DE SAN BUENAVENTURA. Tomo IV: *Las tres vías o incendio de amor. Soliloquio. Gobierno del alma. Discursos ascético-místicos. Vida perfecta para religiosas. Las seis alas del serafín. Veinticinco memoriales de perfección. Discursos mariológicos.* Edición, en latín y castellano, preparada por los PP. Fr. BERNARDO APERRIBAY, Fr. MIGUEL OROMÍ y Fr. MIGUEL OLTRA, O. F. M. 1947. VIII + 975 págs.—45 pesetas tela, 90 piel.—Publicados los tomos V (36) y VI (49).

29 SUMA TEOLOGICA, de SANTO TOMÁS DE AQUINO. Tomo I: *Introducción general* por el P. SANTIAGO RAMÍREZ, O. P., y *Tratado de Dios Uno.* Texto en latín y castellano. Traducción del P. Fr. RAIMUNDO SUÁREZ, O. P., con introducciones, anotaciones y apéndices del P. Fr. FRANCISCO PÉREZ MUÑIZ, O. P. 2.ª ed. 1957. XVI + 231* + 718 págs., con grabados.—90 pesetas tela, 135 piel.—Publicados los tomos II (41), III (56), IV (126), V (122), VI (149), VIII (152), IX (142), X (134), XII (131), XIII (164), XIV (163) y XV (145).

30 OBRAS DE SAN AGUSTIN. Tomo IV: *De la verdadera religión. De las costumbres de la Iglesia católica. Enquiridión. De la unidad de la Iglesia. De la fe en lo que no se ve. De la utilidad de creer.* Versión, introducciones y notas de los PP. Fr. VICTORINO CAPÁNAGA, O. R. S. A.; Fr. TEÓFILO PRIETO, Fr. ANDRÉS CENTENO, Fr. SANTOS SANTAMARTA y Fr. HERMINIO RODRÍGUEZ, O. S. A. 1956. Reimpresión. XVI + 899 págs.—70 pesetas tela, 115 piel.—Publicados los tomos V (39), VI (50), VII (53), VIII (69), IX (79), X (95), XI (99), XII (121), XIII (139), XIV (165) y XV (168).

31 OBRAS LITERARIAS DE RAMON LLULL. *Libro de Caballería. Libro de Evast y Blanquerna. Félix de las Maravillas. Poesías* (en catalán y castellano). Edición preparada y anotada por los PP. MIGUEL BATLLORI, S. I., y MIGUEL CALDENTEY, T. O. R., con una introducción biográfica de D. SALVADOR GALMÉS y otra al *Blanquerna* del P. RAFAEL GINARD BAUÇÁ, T. O. R. 1948. XX + 1147 págs., con grabados.—55 pesetas tela, 100 piel.

32 VIDA DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO, por el P. ANDRÉS FERNÁNDEZ, S. I. 2.ª ed. 1954. XXXII + 65* + 760 págs.—75 pesetas tela, 120 piel.

33 OBRAS COMPLETAS DE JAIME BALMES. Tomo I: *Biografía y Epistolario.* Prólogo del Excmo. y Rvmo. Sr. Dr. D. JUAN PERELLÓ, obispo de Vich. 1948. XLIV + 898 págs. en papel biblia.—50 pesetas tela, 95 piel.—Publicados los tomos II (37), III (42), IV (48), V (51), VI (52), VII (57) y VIII (66).

34 LOS GRANDES TEMAS DEL ARTE CRISTIANO EN ESPAÑA. Tomo I: *Nacimiento e infancia de Cristo,* por el Prof. FRANCISCO JAVIER SÁNCHEZ CANTÓN. 1948. VIII + 192 págs., con 304 láminas.—Agotada en tela, 115 pesetas piel.—Publicados los tomos II (64) y III (47).

35 MISTERIOS DE LA VIDA DE CRISTO, del P. FRANCISCO SUÁREZ, S. I. Volumen 1.º: *Misterios de la Virgen Santísima. Misterios de la infancia y vida pública de Jesucristo.* Versión castellana por el P. GALDOS, S. I. 1948. XXXVI + 915 págs.—45 pesetas tela, 90 piel.—Publicado el volumen 2.º (55).

36 OBRAS DE SAN BUENAVENTURA. Tomo V: *Cuestiones disputadas sobre el misterio de la Santísima Trinidad. Colaciones sobre los siete dones del Espíritu Santo. Colaciones sobre los diez mandamientos.* Edición en latín y castellano, preparada y anotada por los PP. Fr. BERNARDO APERRIBAY, Fr. MIGUEL OROMÍ y Fr. MIGUEL OLTRA, O. F. M. 1948. VIII + 754 págs.—40 pesetas tela, 85 piel.—Publicado el tomo VI (49).

37 OBRAS COMPLETAS DE JAIME BALMES. Tomo II: *Filosofía fundamental.* 1948. XXXII + 824 págs. en papel biblia.—50 pesetas tela, 95 piel. Publicados los tomos III (42), IV (48), V (51), VI (52), VII (57) y VIII (66).

38 MISTICOS FRANCISCANOS ESPAÑOLES. Tomo I: FRAY ALONSO DE MADRID. *Arte para servir a Dios* y *Espejo de ilustres personas.* FRAY FRANCISCO DE OSUNA: *Ley de amor santo.* Introducción del P. Fr. JUAN BAUTISTA GOMIS, O. F. M. 1948. XII + 700 págs. en papel biblia.—45 pesetas tela, 90 piel.—Publicados los tomos II (44) y III (46).

39 OBRAS DE SAN AGUSTIN. Tomo V: *Tratado de la Santísima Trinidad.* Edición en latín y castellano. Primera versión española, con introducción y notas del P. Fr. LUIS ARIAS, O. S. A. 2.ª ed. 1956. XX + 943 págs., con grabados.—80 pesetas tela, 125 piel.—Publicados los tomos VI (50), VII (53), VIII (69), IX (79), X (95), XI (99), XII (121), XIII (139), XIV (165) y XV (168).

40 NUEVO TESTAMENTO, de NÁCAR-COLUNGA. Versión directa del texto original griego. (Separata de la Nácar-Colunga.) 1948. VIII + 451 págs. en papel biblia, con profusión de grabados y 8 mapas.—(Agotada.)

41 SUMA TEOLOGICA, de SANTO TOMÁS DE AQUINO. Tomo II: *Tratado de la Santísima Trinidad,* en latín y castellano, versión del P. Fr. RAIMUNDO SUÁREZ, O. P., e introducciones del P. Fr. MANUEL CUERVO, O. P. *Tratado de la creación en general,* en latín y castellano; versión e introducciones del P. Fr. JESÚS VALBUENA, O. P. 2.ª ed. 1953. XX + 594 págs.—65 pesetas tela, 110 piel.—Publicados los tomos III (56), IV (126), V (122), VI (149), VIII (152), IX (142), X (134), XII (131), XIII (164), XIV (163) y XV (145).

42 OBRAS COMPLETAS DE JAIME BALMES. Tomo III: *Filosofía elemental y El Criterio.* 1948. XX + 755 págs. en papel biblia.—50 pesetas tela, 95 piel.—Publicados los tomos IV (48), V (51), VI (52), VII (57) y VIII (66).

43 NUEVO TESTAMENTO. Versión directa del griego con notas exegéticas, por el P. JOSÉ MARÍA BOVER, S. I. (Separata de la Bover-Cantera.) 1948. VIII + 622 págs. en papel biblia, con 6 mapas.—(Agotada.)

44 MISTICOS FRANCISCANOS ESPAÑOLES. Tomo II: FRAY BERNARDINO DE LAREDO: *Subida del monte Sión.* FRAY ANTONIO DE GUEVARA: *Oratorio de religiosos y ejercicio de virtuosos.* FRAY MIGUEL DE MEDINA: *Infancia espiritual.* BEATO NICOLÁS FACTOR: *Doctrina de las tres vías. Introducciones del* P. Fr. JUAN BAUTISTA GOMIS, O. F. M. 1948. XVI + 837 págs. en papel biblia.—50 pesetas tela, 95 piel.—Publicado el tomo III y último (46).

45 LAS VIRGENES CRISTIANAS DE LA IGLESIA PRIMITIVA, por el P. FRANCISCO DE B. VIZMANOS, S. I. Estudio histórico-ideológico seguido de una antología de tratados patrísticos sobre la virginidad. 1949. XXIV + 1306 páginas en papel biblia.—65 pesetas tela, 110 piel.

46 MISTICOS FRANCISCANOS ESPAÑOLES. Tomo III y último: FRAY DIEGO DE ESTELLA: *Meditaciones del amor de Dios.* FRAY JUAN DE PINEDA: *Declaración del «Pater noster».* FRAY JUAN DE LOS ANGELES: *Manual de vida perfecta* y *Esclavitud mariana.* FRAY MELCHOR DE CETINA: *Exhortación a la verdadera devoción de la Virgen.* FRAY JUAN BAUTISTA DE MADRIGAL: *Homiliario evangélico.* Introducciones del P. Fr. JUAN BAUTISTA GOMIS, O. F. M. 1949. XII + 868 págs. en papel biblia.—50 pesetas tela, 95 piel.

47 LOS GRANDES TEMAS DEL ARTE CRISTIANO EN ESPAÑA. Tomo III: *La Pasión de Cristo,* por JOSÉ CAMÓN AZNAR. 1949. VIII + 106 páginas, con 303 láminas.—60 pesetas tela, 105 piel.

48 OBRAS COMPLETAS DE JAIME BALMES. Tomo IV: *El protestantismo comparado con el catolicismo.* 1946. XVI + 768 págs.—50 pesetas tela, 95 piel.—Publicados los tomos V (51), VI (52), VII (57) y VIII (66).

49 OBRAS DE SAN BUENAVENTURA. Tomo VI y último: *Cuestiones disputadas sobre la perfección evangélica. Apología de los pobres.* Edición en latín y catellano, preparada y anotada por los PP. Fr. BERNARDO APERRIBAY, Fr. MIGUEL OROMÍ y FRAY MIGUEL OLTRA, O. F. M. 1949. VIII + 48* + 779 páginas.—50 pesetas tela, 95 piel.

50 OBRAS DE SAN AGUSTIN. Tomo VI: *Del espíritu y de la letra. De la naturaleza y de la gracia. De la gracia de Jesucristo y del pecado original. De la gracia y del libre albedrío. De la corrección y de la gracia. De la predestinación de los santos. El don de la perseverancia.* Edición en latín y castellano, preparada y anotada por los PP. Fr. VICTORINO CAPÁNAGA, O. R. S. A.; Fr. ANDRÉS CENTENO, Fr. GERARDO ENRIQUE DE VEGA, Fr. EMILIANO LÓPEZ y Fr. TORIBIO DE CASTRO, O. S. A. 2.ª ed. 1956. XII + 953 págs.—80 pesetas tela, 125 piel.—Publicados los tomos VII (53), VIII (69), IX (79), X (95), XI (99), XII (121), XIII (139), XIV (165) y XV (168).

51 OBRAS COMPLETAS DE JAIME BALMES. Tomo V: *Estudios apologéticos. Cartas a un escéptico. Estudios sociales. Del clero católico. De Cataluña.* 1949. XXVIII + 1002 págs. en papel biblia.—50 pesetas tela, 95 piel.—Publicados los tomos VI (52), VII (57) y VIII (66).

52 OBRAS COMPLETAS DE JAIME BALMES. Tomo VI: ESCRITOS POLÍTICOS: *Triunfo de Espartero. Caída de Espartero. Campaña de gobierno. Ministerio Narváez. Campaña parlamentaria de la minoría balmista.* 1950. XXXII + 1061 págs. en papel biblia.—50 pesetas tela, 95 piel.—Publicados los tomos VII (57) y VIII (66).

53 OBRAS DE SAN AGUSTIN. Tomo VII: *Sermones.* Edición en latín y castellano, preparada por el P. AMADOR DEL FUEYO, O. S. A. 1950. XX + 945 págs.—Agotada en tela, 95 pesetas piel.—Publicados los tomos VIII (69), IX (79), X (95), XI (99), XII (121), XIII (139), XIV (165) y XV (168).

54 HISTORIA DE LA IGLESIA CATOLICA. Tomo I: *Edad Antigua (1-681): La Iglesia en el mundo grecorromano,* por el P. BERNARDINO LLORCA, S. I. 2.ª ed. 1955. XXXII + 961 págs., con grabados.—85 pesetas tela, 130 piel.—Publicados los tomos II (104) y IV (76).

55 MISTERIOS DE LA VIDA DE CRISTO, del P. FRANCISCO SUÁREZ, S. I. Volumen 2.º y último: *Pasión, resurrección y segunda venida de Jesucristo.* Versión castellana por el P. GALDOS, S. I. 1950. XXIV + 1226 páginas.—60 pesetas tela, 105 piel.

56 SUMA TEOLOGICA, de SANTO TOMÁS DE AQUINO. Tomo III: *Tratado de los Angeles.* Texto en latín y castellano. Versión del P. Fr. RAIMUNDO SUÁREZ, O. P., e introducciones del P. Fr. AURELIANO MARTÍNEZ, O. P. *Tratado de la creación del mundo corpóreo.* Versión e introducciones del P. Fr. ALBERTO COLUNGA, O. P. 1950. XVI + 943 págs., con grabados.—50 pesetas tela, 95 piel. Publicados los tomos IV (126), V (122), VI (149), VIII (152), IX (142), X (134), XII (131), XIII (164), XIV (163) y XV (145).

57 OBRAS COMPLETAS DE JAIME BALMES. Tomo VII: ESCRITOS POLÍTICOS: *El matrimonio real. Campaña doctrinal. Campaña nacional. Campaña internacional Desenlace. Ultimos escritos políticos.* 1950. XXXII + 1053 páginas en papel biblia.—50 pesetas tela, 95 piel.—Publicado el tomo VIII (66).

58 OBRAS COMPLETAS DE AURELIO PRUDENCIO. Edición en latín y castellano, dirigida, anotada y con introducciones por el P. Fr. ISIDORO RODRÍGUEZ, O. F. M., y D. JOSÉ GUILLÉN, catedráticos en la Pontificia Universidad de Salamanca. 1950. VIII + 84* + 825 págs.—50 pesetas tela, 95 piel.

59 COMENTARIOS A LOS CUATRO EVANGELIOS, por el P. JUAN DE MALDONADO, S. I. Tomo I: *Evangelio de San Mateo.* Versión castellana, introducción y notas del P. LUIS MARÍA JIMÉNEZ FONT, S. I. Introducción biobibliográfica del P. JOSÉ CABALLERO, S. I. 1956. Reimp. VIII + 1159 págs. en papel biblia.—95 pesetas tela, 140 piel.—Publicados los tomos II (27) y III (112).

60 CURSUS PHILOSOPHICUS, por una comisión de profesores de las Facultades de Filosofía en España de la Compañía de Jesús. Tomo V: *Theologia Naturalis,* por el P. JOSÉ HELLÍN, S. I. 1950. XXVIII + 928 págs.—65 pesetas tela, 110 piel.

61 SACRAE THEOLOGIAE SUMMA, por una comisión de profesores de las Facultades de Teología en España de la Compañía de Jesús. Tomo I: *Introductio in Theologiam. De revelatione christiana. De Ecclesia Christi. De Sacra Scriptura,* por los PP. MIGUEL NICOLÁU y JOAQUÍN SALAVERRI, S. I. 3.ª ed. 1955. XX + 1191 págs.—90 pesetas tela, 135 piel.—Publicados los tomos II (90), III (62) y IV (73).

62 SACRAE THEOLOGIAE SUMMA, por una comisión de profesores de las Facultades de Teología en España de la Compañía de Jesús. Tomo III: *De Verbo incarnato. Mariología. De gratia Christi. De virtutibus infusis,* por los PP. JESÚS SOLANO, JOSÉ A. DE ALDAMA y SEVERINO GONZÁLEZ, S. I. 3.ª ed. 1956. XXIV + 902 págs.—90 pesetas tela, 135 piel.—Publicado el tomo IV (73).

63 SAN VICENTE DE PAUL: BIOGRAFIA Y ESCRITOS. Edición preparada por los PP. JOSÉ HERRERA y VEREMUNDO PARDO, C. M. 2.ª ed. 1955. XVI + 976 págs. en papel biblia.—85 pesetas tela, 130 piel.

64 LOS GRANDES TEMAS DEL ARTE CRISTIANO EN ESPAÑA. Tomo II: *Cristo en el Evangelio,* por el Prof. FRANCISCO J. SÁNCHEZ CANTÓN. 1950. VIII + 124 págs., con 255 láminas.—60 pesetas tela, 105 piel.—Publicado el tomo III (47).

65 PADRES APOSTOLICOS: *La Didaché o Doctrina de los doce apóstoles. Cartas de San Clemente Romano. Cartas de San Ignacio Mártir. Carta y martirio de San Policarpo. Carta de Bernabé. Los fragmentos de Papías. El Pastor de Hermas.* Edición bilingüe, preparada y anotada por D. DANIEL RUIZ BUENO, catedrático de lengua griega y profesor a. de la Universidad de Salamanca. 1950. VIII + 1130 págs. en papel biblia.—Agotada en tela, 110 pesetas piel.

66 OBRAS COMPLETAS DE JAIME BALMES. Tomo VIII y último: *Biografías. Misceláneas. Primeros escritos. Poesías. Indices.* 1950. XVI + 1014 páginas en papel biblia.—50 pesetas tela, 95 piel.

67 ETIMOLOGIAS, de SAN ISIDORO DE SEVILLA. Versión castellana total, por vez primera, e introducciones parciales de D. LUIS CORTÉS, párroco de San Isidoro de Sevilla. Introducción general e índices científicos del Prof. SANTIAGO MONTERO DÍAZ, catedrático de la Universidad de Madrid. 1951. XX + 88* + 563 páginas.—(Agotada. Se prepara la 2.ª ed.)

68 EL SACRIFICIO DE LA MISA. Tratado histórico-litúrgico. Versión española de la obra alemana en dos volúmenes *Missarum sollemnia,* del P. JUNGMANN, S. I. 2.ª ed. 1952. XXVIII + 1264 págs.—80 pesetas tela, 125 piel.

69 OBRAS DE SAN AGUSTIN. Tomo VIII: *Cartas.* Edición en latín y castellano, preparada por el P. LOPE CILLERUELO, O. S. A. 1951. VIII + 921 páginas.—Agotado tela, 100 pesetas piel.—Publicados los tomos IX (79), X (95), XI (99), XII (121), XIII (139), XIV (165) y XV (168).

70 COMENTARIO AL SERMON DE LA CENA, por el P. JOSÉ M. BOVER, S. I. 2.ª ed. 1955. VIII + 334 págs.—60 pesetas tela, 105 piel.

71 TRATADO DE LA SANTISIMA EUCARISTIA, por el Dr. GREGORIO ALASTRUEY. 2.ª ed. 1952. XL + 426 págs.—45 pesetas tela, 90 piel.

72 COMENTARIOS A LOS CUATRO EVANGELIOS, por el P. JUAN DE MALDONADO, S. I. Tomo II: *Evangelio de San Marcos y San Lucas.* Versión castellana, introducción y notas del P. JOSÉ CABALLERO, S. I. 1954. Reimpresión. XVI + 881 págs. en papel biblia.—65 pesetas tela, 110 piel.—Publicado el tomo III y último (115).

73 SACRAE THEOLOGIAE SUMMA, por una comisión de profesores de las Facultades de Teología en España de la Compañía de Jesús. Tomo IV: *De Sacramentis. De novissimis,* por los PP. JOSÉ A. DE ALDAMA, FRANCISCO DE P. SOLÁ, SEVERINO GONZÁLEZ y JOSÉ F. SAGÜÉS, S. I. 3.ª ed. 1956. XXVIII + 1110 páginas.—90 pesetas tela, 135 piel.

74 OBRAS COMPLETAS DE SANTA TERESA DE JESUS. Nueva revisión del texto original con notas críticas. Tomo I: *Bibliografía teresiana,* por el P. OTILIO DEL NIÑO JESÚS, O. C. D. *Biografía de Santa Teresa,* por el P. EFRÉN DE LA MADRE DE DIOS, O. C. D. *Libro de la Vida,* escrito por la SANTA. Edición revisada y preparada por los PP. EFRÉN DE LA MADRE DE DIOS y OTILIO DEL NIÑO JESÚS. 1951. XII + 904 págs. en papel biblia.—(Agotada. Se prepara la 2.ª ed.)—Publicado el tomo II (120).

75 ACTAS DE LOS MARTIRES. Edición bilingüe, preparada y anotada por D. DANIEL RUIZ BUENO, catedrático de lengua griega y profesor a. de la Universidad de Salamanca. 1951. VIII + 1185 págs. en papel biblia.—(Agotada.)

76 HISTORIA DE LA IGLESIA CATOLICA. Tomo IV y último: *Edad Moderna: La Iglesia en su lucha y relación con el laicismo,* por el P. FRANCISCO JAVIER MONTALBÁN, S. I. Revisada y completada por los padres BERNARDINO LLORCA y RICARDO GARCÍA VILLOSLADA, S. I. 1953. Reimpresión. XII + 851 págs.—70 pesetas tela, 115 piel.

77 SUMMA THEOLOGICA SANCTI THOMAE AQUINATIS, cura fratrum eiusdem Ordinis, in quinque volumina divisa. Vol. I: *Prima pars.* 1955. Reimpresión. XXIV + 851 págs.—75 pesetas tela, 120 piel.—Publicados los tomos II (80), III (81), IV (83) y V (87).

78 OBRAS ASCETICAS DE SAN ALFONSO MARIA DE LIGORIO. Tomo I: *Obras dedicadas al pueblo en general.* Edición crítica. Introducción, versión del italiano, notas e índices del P. ANDRÉS GOY, C. SS. R. 1952. XVI + 1033 págs.—70 pesetas tela, 115 piel.—Publicado el tomo II y último (113).

79 OBRAS DE SAN AGUSTIN. Tomo IX: *Los dos libros sobre diversas cuestiones a Simpliciano. De los méritos y del perdón de los pecados. Contra las dos epístolas de los pelegianos. Actas del proceso contra Pelagio.* Edición en latín y castellano, preparada y anotada por los PP. Fr. VICTORINO CAPÁNAGA y Fr. GREGORIO ERCE, O. R. S. A. 1952. XII + 799 págs.—60 pesetas tela, 105 piel.—Publicados los tomos X (95), XI (99), XII (121), XIII (139), XIV (165) y XV (168).

80 SUMMA THEOLOGICA S. THOMAE AQUINATIS, cura fratrum eiusdem Ordinis, in quinque volumina divisa. Vol. II: *Prima secundae.* 1955. Reimpresión. XX + 848 págs.—75 pesetas tela, 120 piel.—Publicados los tomos III (81), IV (83) y V (87).

81 SUMMA THEOLOGICA S. THOMAE AQUINATIS. cura fratrum eiusdem Ordinis, in quinque volumina divisa. Vol. III: *Secunda secundae.* 2.ª ed.

1956. XXVIII + 1230 págs.—90 pesetas tela, 135 piel.—Publicados los tomos IV (83) y V (87).

82 OBRAS COMPLETAS DE SAN ANSELMO. Tomo I: *Monologio. Proslogio. Acerca del gramático. De la verdad. Del libre albedrío. De la caída del demonio. Carta sobre la encarnación del Verbo. Por qué Dios se hizo hombre.* Edición en latín y castellano, con extensa y documentada introducción general, preparada por el P. Julián Alameda, O. S. B. 1952. XVI + 897 páginas.—70 pesetas tela, 115 piel.—Publicado el tomo II y último (100).

83 SUMMA THEOLOGICA S. Thomae Aquinatis, cura fratrum eiusdem Ordinis, in quinque volumina divisa. Vol. IV: *Tertia pars.* 1952. XX + 798 págs.—80 pesetas tela, 125 piel.—Publicado el tomo V (87).

84 LA EVOLUCION HOMOGENEA DEL DOGMA CATOLICO, por el P. Francisco Marín-Sola, O. P. Introducción general del P. Emilio Sauras, O. P. 1952. VIII + 831 págs.—60 pesetas tela, 105 piel.

85 EL CUERPO MISTICO DE CRISTO, por el P. Emilio Sauras, O. P. 2.ª ed. 1956. VIII + 960 págs.—80 pesetas tela, 125 piel.

86 OBRAS COMPLETAS DE SAN IGNACIO DE LOYOLA. Edición crítica. Transcripción, introducciones y notas de los PP. Cándido de Dalmases e Ignacio Iparraguirre, S. I. 1952. XVI + 80* + 1075 págs.—85 pesetas tela, 130 piel.

87 SUMMA THEOLOGICA S. Thomae Aquinatis, cura fratrum eiusdem Ordinis, in quinque volumina divisa. Vol. V: *Supplementum. Indices.* 1952. XX + 652 + 389* págs.—90 pesetas tela, 135 piel.

88 TEXTOS EUCARISTICOS PRIMITIVOS. Edición bilingüe de los contenidos en la Sagrada Escritura y los Santos Padres, preparada por el P. Jesús Solano, S. I. Tomo I: *Hasta fines del siglo IV.* 1952. XL + 754 páginas.—75 pesetas tela, 120 piel.—Publicado el tomo II y último (118).

89 OBRAS COMPLETAS DEL BEATO MAESTRO JUAN DE AVILA. Edición crítica. Tomo I: *Epistolario. Escritos menores.* Biografía, introducciones y notas del Dr. D. Luis Sala Balust. 1952. XL + 1120 págs.—75 pesetas tela, 120 piel.—Publicado el tomo II (103).

90 SACRAE THEOLOGIAE SUMMA, por una comisión de profesores de las Facultades de Teología en España de la Compañía de Jesús. Tomo II: *De Deo uno et trino. De Deo creante et elevante. De peccatis,* por los PP. José M. Dalmáu y José F. Sagüés, S. I. 2.ª ed. 1955. XXXII + 1066 págs.—90 pesetas tela, 135 piel.—Publicados los tomos III (62) y IV (73).

91 LA EVOLUCION MISTICA, por el P. Mtro. Fr. Juan G. Arintero, O. P. 1952. LXIV + 804 págs.—70 pesetas tela, 115 piel.

92 PHILOSOPHIAE SCHOLASTICAE SUMMA, por una comisión de profesores de las Facultades de Filosofía en España de la Compañía de Jesús. Tomo III: *Theodicea. Ethica,* por los PP. José Hellín e Ireneo González, S. I. 2.ª ed. 1957. XXVIII + 928 págs.—95 pesetas tela, 140 piel.

93 THEOLOGIAE MORALIS SUMMA, por el P. Marcelino Zalba, S. I. Tomo I: *Theologia moralis fundamentalis. Tractatus de virtutibus theologicis. Tractatus de virtute religionis.* 2.ª ed. 1957. XX + 992 págs.—120 pesetas tela, 165 piel.

94 SUMA CONTRA LOS GENTILES, de Santo Tomás de Aquino. Edición bilingüe, con el texto crítico de la leonina. Tomo I: *Libros I y II: Dios: su existencia y su naturaleza. La creación y las criaturas.* Traducción dirigida y revisada por el P. Fr. Jesús M. Pla, O. P. Introducciones particulares y notas de los PP. Fr. Jesús Azagra y Fr. Mateo Ferrer, O. P. Introducción general por el P. Fr. José M. de Garganta, O. P. 1952. XVI + 712 págs.—70 pesetas tela, 115 piel.—Publicado el tomo II y último (102).

95 OBRAS DE SAN AGUSTIN. Tomo X: *Homilías.* Edición en latín y castellano, preparada por el P. Fr. Amador del Fueyo, O. S. A. XII + 943 págs.—70 pesetas tela, 115 piel.—Publicados los tomos XI (99), XII (121), XIII (139), XIV (165) y XV (168).

96 OBRAS DE SANTO TOMAS DE VILLANUEVA. *Sermones de la Virgen María* (primera versión al castellano) y *Obras castellanas.* Introducción biográfica, versión y notas del P. Fr. Santos Santamarta, O. S. A. 1952. XII + 665 págs.—65 pesetas tela, 110 piel.

97 LA PALABRA DE CRISTO. Repertorio orgánico de textos para el estudio de las homilías dominicales y festivas, elaborado por una comisión de autores bajo la dirección de Mons. Angel Herrera Oria, obispo de Málaga. Tomo I: *Adviento y Navidad: El juicio final. La misión del Precursor. El testimonio de Juan a los judíos. Predicación del Bautista. Presentación y purificación en el templo. El Dulce Nombre de Jesús.* 1955. Reimp. XXIV + 948 págs.—80 pesetas tela, 125 piel.—Publicados los tomos II (119), III (123), IV (129), V (133), VI (138), VII (140), VIII (107) y IX (167).

98 PHILOSOPHIAE SCHOLASTICAE SUMMA, por una comisión de profesores de las Facultades de Filosofía en España de la Compañía de Jesús. Tomo I: *Introductio in Philosophiam. Logica. Critica. Metaphysica generalis,* por los PP. Leovigildo Salcedo y Jesús Iturrioz, S. I. 2.ª ed. 1957. XXIV + 870 páginas.—95 pesetas tela, 140 piel.—Publicados los tomos II (137) y III y último (92).

99 OBRAS DE SAN AGUSTIN. Tomo XI: *Cartas* (2.ª). Edición en latín y castellano, preparada por el P. Fr. Lope Cilleruelo, O. S. A. 1953. VIII + 1100 págs.—70 pesetas tela, 115 piel.—Publicados los tomos XII (121), XIII (139), XIV (165) y XV (168).

100 OBRAS COMPLETAS DE SAN ANSELMO. Tomo II y último: *De la concepción virginal y del pecado original. De la procesión del Espíritu Santo. Cartas dogmáticas. Concordia de la presciencia divina, predestinación y gracia divina con el libre albedrío. Oraciones y meditaciones. Cartas.* Edición en latín y castellano, preparada por el P. Fr. Julián Alameda, O. S. B. 1953. XVI + 804 págs.—70 pesetas tela, 115 piel.

101 CARTAS Y ESCRITOS DE SAN FRANCISCO JAVIER. Unica publicación castellana completa según la edición crítica de «Monumenta Historica Soc. Iesu» (1944-1945), anotadas por el P. Félix Zubillaga, S. I., redactor de «Mon. Hist. Soc. Iesu». 1953. XVI + 578 págs.—60 pesetas tela, 105 piel.

102 SUMA CONTRA LOS GENTILES, de Santo Tomás de Aquino. Edición bilingüe con el texto crítico de la leonina. Tomo II: *Libros III y IV: Dios, fin último y gobernador supremo. Misterios divinos y postrimerías.* Traducción dirigida y revisada por el P. Fr. Jesús M. Pla, O. P. Introducciones particulares y notas de los PP. Fr. José M. Martínez y Fr. Jesús M. Pla, O. P. 1953. XVI + 960 págs.—75 pesetas tela, 120 piel.

103 OBRAS COMPLETAS DEL BEATO JUAN DE AVILA. Edición crítica. Tomo II: *Sermones. Pláticas espirituales.* Introducciones y notas del Dr. D. Luis Sala Balust, 1953. XX + 1424 págs.—85 pesetas tela, 130 piel.

104 HISTORIA DE LA IGLESIA CATOLICA. Tomo II: *Edad Media: La cristiandad en el mundo europeo y feudal*, por el P. Ricardo García Villoslada, S. I. 1953. XII + 1006 págs.—75 pesetas tela, 120 piel.—Publicado el tomo IV (76).

105 CIENCIA MODERNA Y FILOSOFIA. *Introducción físico-química y matemática*, por el P. José M.ª Riaza, S. I. 1953. XXXII + 756 páginas, con profusión de grabados y 16 láminas.—75 pesetas tela, 120 piel.

106 THEOLOGIAE MORALIS SUMMA, por el P. Marcelino Zalba, S. I. Tomo II: *Theologia moralis specialis: De mandatis Dei et Ecclesiae. De statibus particularibus.* 2.ª ed. 1957. XX + 982 págs.—120 ptas. tela, 165 piel.

107 LA PALABRA DE CRISTO. Repertorio orgánico de textos para el estudio de las homilías dominicales y festivas, elaborado por una comisión de autores bajo la dirección de Mons. Angel Herrera Oria, obispo de Málaga. Tomo VIII: *Pentecostés (4.º): La parábola de los invitados a la boda. La curación del hijo del régulo. El perdón de las ofensas. El tributo al César. Resurrección de la hija de Jairo. Cristo Rey. La última venida de Cristo.* 1957. Reimp. XXXII + 1368 págs.—100 pesetas tela, 145 piel.—Publicado el tomo IX (167).

108 TEOLOGIA DE SAN JOSE, por el P. Fr. Bonifacio Llamera, O. P., con la *Suma de los dones de San José*, de Fr. Isidoro Isolano, O. P., en edición bilingüe. 1953. XXVIII + 663 págs.—65 pesetas tela, 110 piel.

109 OBRAS SELECTAS DE SAN FRANCISCO DE SALES. Tomo I: *Introducción a la vida devota. Sermones escogidos. Conversaciones espirituales. Alocución al Cabildo catedral de Ginebra.* Edición preparada por el P. Francisco de la Hoz, S. D. B. 1953. XX + 800 págs.—65 pesetas tela, 110 piel. Publicado el tomo II y último (127).

110 OBRAS COMPLETAS DE SAN BERNARDO. Tomo I: *Vida de San Bernardo*, por Pedro Ribadeneira, S. I. *Introducción general. Sermones de tiempo, de santos y varios. Sentencias.* Edición preparada por el P. Gregorio Díez, O. S. B. 1953. XXXVI + 1188 págs.—70 pesetas tela, 115 piel.—Publicado el tomo II y último (130).

111 OBRAS DE SAN LUIS MARIA GRIGNION DE MONTFORT. *Cartas. El amor de la Sabiduría eterna. Carta a los Amigos de la Cruz. El secreto de María. El secreto admirable del Santísimo Rosario. Tratado de la verdadera devoción. Escritos destinados a los misioneros de la Compañía de María y a las Hijas de la Sabiduría. Preparación para la muerte. Cánticos.* Edición preparada por los PP. Nazario Pérez (†) y Camilo María Abad, S. I. 1954. XXVIII + 984 págs.—70 pesetas tela, 115 piel.

112 COMENTARIOS A LOS CUATRO EVANGELIOS, por el P. Juan de Maldonado, S. I. Tomo III y último: *Evangelio de San Juan.* Versión castellana, introducción y notas del P. Luis María Jiménez Font, S. I. 1954. VIII + 1064 págs.—70 pesetas tela, 115 piel.

113 OBRAS ASCETICAS DE SAN ALFONSO MARIA DE LIGORIO. Tomo II y último: *Obras dedicadas al clero en particular.* Edición crítica. Introducciones, versión del italiano, notas e índices del P. Andrés Goy, C. SS. R. 1954. XXIV + 941 págs. en papel biblia.—75 pesetas tela, 120 piel.

114 TEOLOGIA DE LA PERFECCION CRISTIANA, por el P. Antonio Royo Marín, O. P. Prólogo del Excmo. y Rvdmo. Dr. Fr. Albino G. Menéndez-Reigada, obispo de Córdoba 2.ª ed 1955. XL + 904 págs.—75 pesetas tela, 120 piel.

115 SAN BENITO. *Su vida y su Regla*, por los PP. García M. Colombás, León M. Sansegundo y Odilón M. Cunill, monjes de Montserrat. 1954. XX + 760 págs.—70 pesetas tela, 115 piel.

116 PADRES APOLOGISTAS GRIEGOS (s. II). Edición bilingüe, preparada por D. DANIEL RUIZ BUENO. 1954. VIII + 1006 págs. en papel biblia.—80 pesetas tela, 125 piel.

117 THEOLOGIAE MORALIS SUMMA. Tomo III y último: *Theologia moralis specialis. De sacramentis. De delictis et poenis*, por el P. EDUARDO F. REGATILLO, S. I. 1954. XVI + 1000 págs.—(Agotada. En prensa la 2.ª ed.)

118 TEXTOS EUCARISTICOS PRIMITIVOS. Edición bilingüe de los contenidos en la Sagrada Escritura y los Santos Padres, preparada por el P. JESÚS SOLANO, S. I. Tomo II y último: *Hasta el fin de la época patrística.* 1954. XX + 1012 págs., con grabados.—85 pesetas tela, 130 piel.

119 LA PALABRA DE CRISTO. Repertorio orgánico de textos para el estudio de las homilías dominicales y festivas, elaborado por una comisión de autores bajo la dirección de Mons. ANGEL HERRERA ORIA, obispo de Málaga. Tomo II: *Epifanía a Cuaresma: La Sagrada Familia. El milagro de las bodas de Caná. La curación del leproso y la fe del centurión. Jesús calma la tempestad. La cizaña en medio del trigo. Parábola del grano de mostaza y de la levadura. Los obreros enviados a la viña. La parábola del sembrador. El anuncio de la pasión y el ciego de Jericó.* 2.ª ed. 1957. XXXII + 1330 págs.—100 pesetas tela, 145 piel.—Publicados los tomos III (123), IV (129), V (133), VI (138), VII (140), VIII (107) y IX (167).

120 OBRAS COMPLETAS DE SANTA TERESA DE JESUS. Nueva revisión del texto original con notas críticas. Tomo II: *Camino de perfección. Moradas del castillo interior. Cuentas de conciencia. Apuntaciones. Meditaciones sobre los Cantares. Exclamaciones. Libro de las Fundaciones. Constituciones. Visita de Descalzas. Avisos. Desafío espiritual. Vejamen. Poesías. Ordenanzas de una cofradía.* Edición preparada por el P. EFRÉN DE LA MADRE DE DIOS, O. C. D. 1954. XX + 1046 págs.—80 pesetas tela, 125 piel.

121 OBRAS DE SAN AGUSTIN. Tomo XII: *Del bien del matrimonio. Sobre la santa virginidad. Del bien de la viudez. De la continencia. De los enlaces adulterinos. Sobre la paciencia. El combate cristiano. Sobre la mentira. Contra la mentira. Del trabajo de los monjes. El sermón de la montaña.* Edición en latín y castellano, preparada por los PP. Fr. FÉLIX GARCÍA, Fr. LOPE CILLERUELO y Fr. RAMIRO FLÓREZ, O. S. A. 1954. XVI + 995 págs.—75 pesetas tela, 120 piel.—Publicados los tomos XIII (139), XIV (165) y XV (168)

122 SUMA TEOLOGICA de SANTO TOMÁS DE AQUINO. Tomo V: *Tratado de los hábitos y virtudes en general*, en latín y castellano; versión, introducciones y apéndices del P. Fr. TEÓFILO URDÁNOZ, O. P. *Tratado de los vicios y pecados*, en latín y castellano; versión del P. Fr. CÁNDIDO ANIZ, O. P., e introducciones y apéndices del P. Fr. PEDRO LUMBRERAS, O. P. 1954. XX + 975 páginas.—75 pesetas tela, 120 piel.—Publicados los tomos VI (149), VIII (152), IX (142), X (134), XII (131), XIII (164), XIV (163) y XV (145).

123 LA PALABRA DE CRISTO. Repertorio orgánico de textos para el estudio de las homilías dominicales y festivas, elaborado por una comisión de autores bajo la dirección de Mons. ANGEL HERRERA ORIA, obispo de Málaga. Tomo III: *Cuaresma y tiempo de Pasión: Las tentaciones de Jesús en el desierto. La transfiguración. Curación del endemoniado ciego y mudo. La multiplicación de los panes. Los fariseos acusan a Cristo. La entrada en Jerusalén.* 2.ª ed. 1957. XXVIII + 1208 págs.—100 pesetas tela, 145 piel.—Publicados los tomos IV (129), V (133), VI (138), VII (140), VIII (107) y IX (167).

124 SINOPSIS CONCORDADA DE LOS CUATRO EVANGELIOS. Nueva versión del original griego, con notas críticas, por el P. JUAN LEAL, S. I. 1954. XX + 353 págs.—55 pesetas tela, 100 piel.

125 LA TUMBA DE SAN PEDRO Y LAS CATACUMBAS ROMANAS, por los Dres. ENGELBERTO KIRSCHBAUM, EDUARDO JUNYET y JOSÉ VIVES. 1954. XVI + 616 págs., con 127 láminas.—90 pesetas tela, 135 piel.

126 SUMA TEOLOGICA de SANTO TOMÁS DE AQUINO. Tomo IV: *Tratado de la bienaventuranza y de los actos humanos*, en latín y castellano; versión e introducciones del P. Fr. TEÓFILO URDÁNOZ, O. P. *Tratado de las pasiones*, en latín y castellano; versión e introducciones de los PP. Fr. MANUEL UBEDA y Fr. FERNANDO SORIA, O. P. 1954. XX + 1032 págs.—80 pesetas tela, 125 piel.—Publicados los tomos V (122), VI (149), VIII (152), IX (142), X (134), XII (131), XIII (164), XIV (163) y XV (145).

127 OBRAS SELECTAS DE SAN FRANCISCO DE SALES. Tomo II y último: *Tratado del amor de Dios. Constituciones y Directorio espiritual. Fragmentos del epistolario. Ramillete de cartas enteras.* Edición preparada por el P. FRANCISCO DE LA HOZ, S. D. B. 1954. XXIV + 982 págs.—75 pesetas tela, 120 piel.

128 DOCTRINA PONTIFICIA. Tomo IV: *Documentos marianos*, por el P. HILARIO MARÍN, S. I. 1954. XXXII + 892 págs.—80 pesetas tela, 125 piel.

129 LA PALABRA DE CRISTO. Repertorio orgánico de textos para el estudio de las homilías dominicales y festivas, elaborado por una comisión de autores bajo la dirección de Mons. ANGEL HERRERA ORIA, obispo de Málaga. Tomo IV: *Ciclo pascual: La resurrección del Señor. «¡Señor mío y Dios mío!» El buen Pastor. «Vuestra tristeza se volverá en gozo». La promesa del Paráclito. «Pedid y recibiréis» Persecución y martirio.* 2.ª ed. 1957. XX +

1284 págs.—100 pesetas tela, 145 piel.—Publicados los tomos V (133), VI (138), VII (140), VIII (107) y IX (167).

130 OBRAS COMPLETAS DE SAN BERNARDO. Tomo II y último: *Sermones sobre el Cantar de los Cantares. Sobre la consideración. De las costumbres y oficios de los obispos. Sobre la conversión. Del amor de Dios. Del precepto y de la dispensa. Apología. De la excelencia de la Nueva Milicia. De los grados de la humildad y de la soberbia. De la gracia y del libre albedrío. Sobre algunas cuestiones propuestas por Hugo de San Víctor. Contra los errores de Pedro Abelardo. Vida de San Malaquías. Cartas.* Edición preparada por el P. Gregorio Díez, O. S. B. 1955. XVI+1260 págs.—85 pesetas tela, 130 piel.

131 SUMA TEOLOGICA de Santo Tomás de Aquino. Tomo XII: *Tratado de la vida de Cristo,* en latín y castellano; versión e introducciones del P. Fr. Alberto Colunga, O. P. 1955. XVI + 684 págs.—70 pesetas tela, 115 piel. Publicados los tomos XIII (164), XIV (163) y XV (145).

132 HISTORIA DE LA LITURGIA, por Mons. Mario Righetti, abad mitrado de la Pontificia Colegiata de Nuestra Señora del Remedio (Génova). Tomo I: *Introducción general. El año litúrgico. El breviario.* Edición preparada por D. Cornelio Urtasun. 1955. XX + 1343 págs. en papel biblia, con profusión de grabados.—95 pesetas tela, 140 piel.

133 LA PALABRA DE CRISTO. Repertorio orgánico de textos para el estudio de las homilías dominicales y festivas, elaborado por una comisión de autores bajo la dirección de Mons. Angel Herrera Oria, obispo de Málaga. Tomo V: *Pentecostés (1.°): La venida del Espíritu Santo. La Santísima Trinidad. «Sed misericordiosos». La gran cena. La oveja perdida. La pesca milagrosa.* 2.ª ed. XXIV + 1100 págs.—100 pesetas tela, 145 piel.—Publicados los tomos VI (138), VII (140), VIII (107) y IX (167).

134 SUMA TEOLOGICA de Santo Tomás de Aquino. Edición bilingüe. Tomo X: *Tratado sobre la templanza;* versión e introducciones del padre Fr. Cándido Aniz, O. P. *Tratado sobre la profecía;* versión e introducciones del P. Fr. Alberto Colunga, O. P. *Tratado de los distintos géneros de vida y estados de perfección;* versión del P. Fr. Jesús García Alvarez, O. P., e introducciones del P. Fr. Antonio Royo Marín, O. P. 1955. XX + 887 págs.—75 pesetas tela, 120 piel.—Publicados los tomos XII (131), XIII (164), XIV (163) y XV (145).

135 BIOGRAFIA Y ESCRITOS DE SAN JUAN BOSCO. *Memorias del Oratorio. Ideario pedagógico. Ascética al alcance de todos. Extractos de artículos y discursos. Vidas de Domingo Savio y Miguel Magone. Epistolario.* Edición preparada por el P. Rodolfo Fierro, S. D. B. 1955. XXIV + 990 páginas.—75 pesetas tela, 120 piel.

136 DOCTRINA PONTIFICIA. Tomo I: *Documentos bíblicos,* por Salvador Muñoz Iglesias. Prólogo del Excmo. y Rvdmo. Sr. Dr. D. Leopoldo Eijo Garay, patriarca de las Indias Occidentales y obispo de Madrid-Alcalá. 1955. XXXII + 705 págs.—75 pesetas tela, 120 piel.—Publicado el tomo IV (128).

137 PHILOSOPHIAE SCHOLASTICAE SUMMA, por una comisión de profesores de las Facultades de Filosofía en España de la Compañía de Jesús. Tomo II: *Cosmologia. Psychologia,* por los PP. José Hellín y Fernando M. Palmés, S. I. 1955. XX + 845 págs.—85 pesetas tela, 130 piel.—Publicado el tomo III y último (92).

138 LA PALABRA DE CRISTO. Repertorio orgánico de textos para el estudio de las homilías dominicales y festivas, elaborado por una comisión de autores bajo la dirección de Mons. Angel Herrera Oria, obispo de Málaga. Tomo VI: *Pentecostés (2.°): Reconciliación fraterna. Segunda multiplicación de los panes. Lobos con piel de oveja. El mayordomo infiel. Llanto sobre Jerusalén. El fariseo y el publicano. El sordomudo.* 1955. XXIV + 1301 págs.—85 pesetas tela, 130 piel.—Publicados los tomos VII (140), VIII (107) y IX (167).

139 OBRAS DE SAN AGUSTIN. Tomo XIII: *Tratados sobre el Evangelio de San Juan* (1-35). Edición en latín y castellano, preparada por el P. Teófilo Prieto, O. S. A. 1955. VIII + 800 págs.—75 pesetas tela, 130 piel.—Publicados los tomos XIV (165) y XV (168).

140 LA PALABRA DE CRISTO. Repertorio orgánico de textos para el estudio de las homilías dominicales y festivas, elaborado por una comisión de autores bajo la dirección de Mons. Angel Herrera Oria, obispo de Málaga. Tomo VII: *Pentecostés (3.°): El buen samaritano. Los diez leprosos. «Buscad primero el reino de Dios y su justicia...» Resurrección del hijo de la viuda. La curación del hidrópico. El más grande y primer mandamiento. El paralítico de Cafarnaúm.* 1955. XXIV + 1244 págs.—85 pesetas tela, 130 piel.—Publicados los tomos VIII (107) y IX (167).

141 OBRAS DE SAN JUAN CRISOSTOMO. Tomo I: *Homilías sobre San Mateo* (1-45). Edición bilingüe preparada por D. Daniel Ruiz Bueno, catedrático de lengua griega y profesor a. de la Universidad de Salamanca. 1955. XVI + 894 págs.—80 pesetas tela, 125 piel.—Publicado el tomo II (146).

142 SUMA TEOLOGICA de Santo Tomás de Aquino. Edición bilingüe. Tomo IX: *Tratados de la religión, de las virtudes sociales y de la fortaleza;* versión bajo la dirección del P. Fr. Teófilo Urdánoz, O. P.; introducciones y apéndices del P. Fr. Pedro Lumbreras, O. P. 1935. XX + 906 págs.—80 pesetas tela, 125 piel.—Publicados los tomos X (134), XII (131), XIII (164), XIV (163) y XV (145).

143 OBRAS DE SANTA CATALINA DE SIENA. *El Diálogo.* Edición preparada por D. ANGEL MORTA. Prólogo del excelentísimo y reverendísimo Sr. Dr. FRANCISCO BARBADO VIEJO, obispo de Salamanca. 1955. XXXII + 642 págs.—70 pesetas tela, 115 piel.

144 HISTORIA DE LA LITURGIA, por Mons. MARIO RIGHETTI, abad mitrado de la Pontificia Colegiata de Nuestra Señora del Remedio (Génova). Tomo II y último: *La Eucaristía. Los sacramentos. Los sacramentales.* Edición preparada por D. CORNELIO URTASUN. 1956. XX + 1192 págs. en papel biblia, con grabados.—95 pesetas tela, 140 piel.

145 SUMA TEOLOGICA de SANTO TOMÁS DE AQUINO. Edición bilingüe. Tomo XV: *Tratado del orden;* versión e introducciones del P. Fr. ARMANDO BANDERA, O. P. *Tratado del matrimonio;* versión e introducciones del P. Fr. SABINO ALONSO MORÁN, O. P. 1956. XX + 645 págs.—70 pesetas tela, 115 piel.

146 OBRAS DE SAN JUAN CRISOSTOMO. Tomo II: *Homilías sobre San Mateo* (46-90). Edición bilingüe, preparada por D. DANIEL RUIZ BUENO, catedrático de lengua griega y profesor a. de la Universidad de Salamanca. 1956. XII + 800 págs. en papel biblia.—75 pesetas tela, 120 piel.

147 TEOLOGIA DE LA SALVACION, por el P. ANTONIO ROYO MARÍN, O. P. Prólogo del Excmo. y Rvdmo. Sr. Dr. Fr. FRANCISCO BARBADO VIEJO, O. P., obispo de Salamanca. 1956. XX + 660 págs.—70 pesetas tela, 115 piel.

148 LOS EVANGELIOS APOCRIFOS. Colección de textos, versión crítica, estudios introductorios, comentarios e ilustraciones, por AURELIO DE SANTOS OTERO. 1956. XVI + 761 págs., con 32 lám.—80 pesetas tela, 125 piel.

149 SUMA TEOLOGICA de SANTO TOMÁS DE AQUINO. Edición bilingüe. Tomo VI: *Tratado de la ley en general.* Versión e introducciones del P. Fr. CARLOS SORIA, O. P. *Tratado de la ley antigua.* Versión e introducciones del P. Fr. ALBERTO COLUNGA, O. P. *Tratado de la gracia.* Versión del P. Fr. JUAN JOSÉ UNGIDOS, O. P., e introducciones del P. Fr. FRANCISCO PÉREZ MUÑIZ, O. P. 1956. XVI + 923 págs.—75 pesetas tela, 120 piel.—Publicados los tomos VIII (152), IX (142), X (134), XII (131), XIII (164), XIV (163) y XV (145).

150 HISTORIA DE LOS HETERODOXOS ESPANOLES, de MARCELINO MENÉNDEZ PELAYO. Tomo I: *España romana y visigoda. Período de la Reconquista. Erasmistas y protestantes.* 1956 XVI + 1086 págs. en papel biblia.—80 pesetas tela, 125 piel.

151 HISTORIA DE LOS HETERODOXOS ESPANOLES, de MARCELINO MENÉNDEZ PELAYO. Tomo II y último: *Protestantismo y sectas místicas. Regalismo y Enciclopedia. Heterodoxia en el siglo XIX.* Con un estudio final sobre Menéndez Pelayo y su *Historia de los heterodoxos,* por el Dr. RAFAEL GARCÍA Y GARCÍA DE CASTRO, arzobispo de Granada. 1956. XVI + 1223 págs. en papel biblia.—80 pesetas tela, 125 piel.

152 SUMA TEOLOGICA de SANTO TOMÁS DE AQUINO. Tomo VIII: *Tratado de la prudencia.* Versión e introducciones del P. SANTIAGO RAMÍREZ, O. P. *Tratado de la justicia.* Versión e introducciones del P. TEÓFILO URDÁNOZ, O. P. 1956. XVI + 880 págs.—75 pesetas tela, 120 piel.—Publicados los tomos IX (142), X (134), XII (131), XIII (164), XIV (163) y XV (145).

153 BIOGRAFIA Y ESCRITOS DE SAN VICENTE FERRER. Edición preparada por los PP. Fr. JOSÉ M. DE GARGANTA y Fr. VICENTE FORCADA, O. P. 1956. XXXII + 730 págs.—75 pesetas tela, 120 piel.

154 CUESTIONES MISTICAS, por el P. Mtro. Fr. JUAN G. ARINTERO, O. P. 1956. LVI + 689 págs.—75 pesetas tela, 120 piel.

155 ANTOLOGIA GENERAL DE MENENDEZ PELAYO. Recopilación orgánica de su doctrina. Elaborada por JOSÉ MARÍA SÁNCHEZ DE MUNIÁIN. Tomo I: *Biografía y autorretrato. Juicios doctrinales. Juicios de Historia de la filosofía. Historia general y cultural de España. Historia religiosa de España.* Prólogo del Excmo. y Rvdmo. Dr. ANGEL HERRERA, obispo de Málaga. 1956. 172* + 968 págs.—90 pesetas tela, 135 piel.

156 ANTOLOGIA GENERAL DE MENENDEZ PELAYO. Recopilación orgánica de su doctrina. Elaborada por JOSÉ MARÍA SÁNCHEZ DE MUNIÁIN. Tomo II: *Historia de las ideas estéticas. Historia de la literatura española. Notas de Historia de la literatura universal. Selección de poesías. Indices.* Prólogo del Excmo. y Rvdmo. Dr. ANGEL HERRERA, obispo de Málaga. 1956. 68* + 1352 págs.—90 pesetas tela, 135 piel.

157 OBRAS COMPLETAS DE DANTE. Versión castellana de NICOLÁS GONZÁLEZ RUIZ sobre la interpretación literal de GIOVANNI M. BERTINI. Colaboración de JOSÉ LUIS GUTIÉRREZ GARCÍA. 1956. VIII + 1146 págs.—85 pesetas tela, 130 piel.

158 CATECISMO ROMANO de SAN PÍO V. Texto bilingüe y comentario. Versión, introducciones y notas de PEDRO MARTÍN HERNÁNDEZ, sacerdote operario. 1956. XL + 1084 págs.—85 pesetas tela, 130 piel.

159 SAN JOSE DE CALASANZ. Estudio pedagógico y selección de escritos por el P. GYÖRGY SÁNTHA, Sch. P. Versión del estudio pedagógico, sobre el original inédito, por el P. CÉSAR AGUILERA, Sch. P. Versión de la selección de escritos por una comisión dirigida por el P. JULIÁN CENTELLES, Sch. P. 1956. LII + 830 págs.—85 pesetas tela, 130 piel.

160 HISTORIA DE LA FILOSOFIA. Tomo I: *Grecia y Roma*, por el P. GUILLERMO FRAILE, O. P. 1956. XXVII + 840 págs.—90 pesetas tela, 135 piel.

161 SEÑORA NUESTRA. *El misterio del hombre a la luz del misterio de María*, por JOSÉ MARÍA CABODEVILLA. Prólogo del excelentísimo y reverendísimo Sr. Dr. D. CASIMIRO MORCILLO, arzobispo de Zaragoza. 1957. XII + 433 páginas.—65 pesetas tela, 110 piel.

162 JESUCRISTO SALVADOR. *La persona, la doctrina y la obra del Redentor*, por TOMÁS CASTRILLO. 1957. XII + 524 págs.—75 pesetas tela, 120 piel.

163 SUMA TEOLOGICA de SANTO TOMÁS DE AQUINO. Edición bilingüe. Tomo XIV: *Tratado de la penitencia*. Introducciones del P. Fr. ARMANDO BANDERA, O. P., y versión bajo su dirección. *Tratado de la extremaunción*. Versión e introducciones del P. Fr. ARTURO ALONSO LOBO, O. P. 1957. XX + 611 págs.—80 pesetas tela, 125 piel.—Publicado el tomo XV (145).

164 SUMA TEOLOGICA de SANTO TOMÁS DE AQUINO. Edición bilingüe. Tomo XIII: *Tratado de los sacramentos en general*. Versión e introducciones del P. Fr. CÁNDIDO ANIZ, O. P. *Tratados del bautismo y confirmación*. Versión e introducciones del P. Fr. ARTURO ALONSO LOBO, O. P. *Tratado de la Eucaristía*. Versión del P. Fr. MANUEL GARCÍA MIRALLES, O. P., e introducciones del P. Fr. EMILIO SAURAS, O. P. 1957. XVI + 882 págs. — 90 pesetas tela, 135 piel.—Publicados los tomos XIV (163) y XV (145).

165 OBRAS DE SAN AGUSTIN. Tomo XIV: *Tratados sobre el Evangelio de San Juan* (36-124). Edición en latín y castellano, preparada por el P. VICENTE RABANAL, O. S. A. 1957. XII + 770 págs.—95 pesetas tela, 140 piel. Publicado el tomo XV (168).

166 TEOLOGIA MORAL PARA SEGLARES, por el P. ANTONIO ROYO MARÍN, O. P. Tomo I: *Moral fundamental y especial*. 1957. XVI + 832 págs. 100 pesetas tela, 145 piel.

167 LA PALABRA DE CRISTO. Repertorio orgánico de textos para el estudio de las homilías dominicales y festivas, elaborado por una comisión de autores bajo la dirección de Mons. ANGEL HERRERA ORIA, obispo de Málaga. Tomo IX: *Fiestas* (1.°): *Navidad. Epifanía. Jueves y Viernes Santo. La Ascensión del Señor. Corpus Christi. Sagrado Corazón de Jesús. San José. Todos los Santos. Conmemoración de los Fieles Difuntos*. 1957. XX + 1024 págs.—100 pesetas tela, 145 piel.

168 OBRAS DE SAN AGUSTIN. Tomo XV: *De la doctrina cristiana. Del Génesis contra los maniqueos. Del Génesis a la letra, incompleto. Del Génesis a la letra*. Edición en latín y castellano, preparada por el P. BALBINO MARTÍN, O. S. A. 1957. XII + 1268 págs.—115 pesetas tela, 160 piel.

169 OBRAS DE SAN JUAN CRISOSTOMO. *Tratados ascéticos*. Edición bilingüe preparada por DANIEL RUIZ BUENO, catedrático de Lengua griega. 1958. VIII + 820 págs.—100 pesetas tela, 145 piel.

170 OBRAS DE SAN GREGORIO MAGNO. *Regla pastoral. Homilías sobre la profecía de Ezequiel. Cuarenta homilías sobre los Evangelios*. Edición preparada por PAULINO GALLARDO, canónigo de la catedral de Palencia. Introducción general por MELQUÍADES ANDRÉS, rector del Seminario Hispanoamericano. 1958. XVI + 804 págs.—105 pesetas tela, 150 piel.

DE PROXIMA APARICION Y EN PREPARACION

DOCTRINA PONTIFICIA. Tomo II: *Documentos políticos*.
OBRAS DE SAN AGUSTIN. Tomos XVI y XVII.
MORAL PARA SEGLARES, por el P. ROYO MARÍN, O. P. Tomo II y último.
LA PALABRA DE CRISTO. Tomo X y último.
OBRAS COMPLETAS DEL BEATO JUAN DE AVILA. Tomo III y último.
OBRAS COMPLETAS DE SANTA TERESA. Tomo III y último.
HISTORIA DE LA IGLESIA. Tomo III. (Aparecidos ya el I, el II y el IV.)

Este catálogo comprende la relación de obras publicadas hasta el mes de febrero de 1958.

La BAC viene publicando, al menos, doce volúmenes nuevos cada año.

La BAC es hoy el pan de nuestra cultura católica

Al hacer su pedido haga siempre referencia al número que la obra solicitada tiene, según este catálogo, en la serie de la Biblioteca de Autores Cristianos

Depósito legal. M. 286-1958

UNIVERSITY OF ILLINOIS-URBANA
3 0112 063860164